ASI FUE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

EX LIBRIS Scan Digit KEPLER



The Doctor

ASI FUE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

ASI FUE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
es una edición de Editorial Anesa - Noguer - Rizzoli
Título original de la obra: HISTORY OF THE SECOND WORLD WAR
Copyright 1966, 1967, 1968 by Purnell & Sons Ltd.
Copyright 1972 by Editorial Noguer, S. A., para España y países
de lengua española.
Impresión: Rizzoli Editore, Via Civitavecchia, 102, Milán.
Printed in Italy.
AMÉRICA NORILDIS EDITORES SOCIEDAD ANÓNIMA (ANESA), Cangallo 564, 1º,
Buenos Aires, Argentina.
Hecho el registro de la Propiedad Intelectual y el depósito que marca la ley 11723.
Todos los derechos reservados.
Se prohibe la reproducción o uso de todo o parte del contenido
de esta publicación, tanto en español come en cualquier otro idioma.

ASI FUE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL



De la invasión del Reich a la capitulación del Japón

ANESA - NOGUER - RIZZOLI

EDICION ORIGINAL INGLESA

dirigida por **sir Basil Liddell Hart**, *capitán, historiador y crítico militar, redactor de la Enciclopedia Británica;*

y por **Barrie Pitt**, *colaborador de la Enciclopedia Británica y asesor militar del "Sunday Times Magazine",*

con la colaboración del Imperial War Museum

Colaboradores del volumen sexto

Karel Krátky
historiador militar checoslovaco

Antonin Snejdárek
historiador y periodista checoslovaco

H. W. Koch
escritor alemán; lector de Historia Moderna en la Universidad de York (Gran Bretaña)

I. V. Parotkin
general de división, historiador militar y escritor soviético

Noble Frankland
escritor británico; oficial de la RAF; miembro del departamento histórico del Ministerio del Aire; director del "Imperial War Museum"

Gregor Janssen
economista alemán

Melita Maschmann
escritora y periodista alemana; antigua activista de la "Bund Deutscher Mädel" (Liga de las jóvenes alemanas)

A. J. P. Taylor
historiador y periodista británico

J. L. Moulton
general de división; comandante en jefe de varias unidades británicas; experto en operaciones combinadas

Peter Elstob
periodista inglés

Charles B. MacDonald
historiador del Ministerio de Defensa americano; ex comandante de compañía en Europa; autor de tres volúmenes de la historia oficial del Ejército de los Estados Unidos y de otras obras sobre la segunda Gerra Mundial

Kenneth J. Macksey
comandante; especialista inglés en estrategia de medios acorazados

Stanley L. Falk
historiador americano; combatiente en el Japón; especialista en cuestiones orientales

Sir Geoffrey Evans
escritor y periodista inglés; oficial en las campañas del Norte de África, Etiopía y Birmania; comandante de las fuerzas aliadas terrestres en Siam

Richard Livingstone
comandante; voluntario de los "comandos" en la costa francesa y en Extremo Oriente

Don Yoder
periodista americano

Yoshitaka Horie
comandante; ex oficial de Estado Mayor en Iwo Jima; autor de obras sobre la segunda Guerra Mundial

Earl Ziemke
historiador americano; enrolado en el Cuerpo de "marines" del Pacífico

Viktor Ivanovic Zelanov
historiador militar soviético; colaborador y asesor de la sección para la Gran guerra Patriótica del Instituto de marxismo-leninismo

Martin Blumenson
historiador americano

R. L. V. ffrench Blake
comandante de escuadrón del 17/21º de lanceros británicos en Túnez y de regimiento en Italia

Douglas Orgill
periodista del "Newcastle Journal", "Daily Mail" y "Daily Express"; ex comandante de unidad acorazada en Italia; autor de una obra sobre la campaña de Italia en el otoño de 1944

Elizabeth Wiskemann
publicista británica; segunda agregada de prensa en Berna de 1941 a 1945; corresponsal en Roma del "Economist" en 1946-1947; profesora de Relaciones internacionesl y de Historia Moderna en la Universidad de Sussex

Kenneth James
periodista británico

Jeremy Bennett
escritor y periodista británico

I. S. Konev
mariscal de la URSS; miembro del Soviet Supremo en 1946, de 1946 a 1960 comandante en jefe del Ejército soviético; comandante en jefe de las fuerzas soviéticas en Alemania oriental desde agosto de 1961 a abril de 1962, posteriormente inspector general del Ministerio de Defensa

Helmuth Weidling
general; último comandante alemán en la zona de Berlín; autor, durante su cautiverio en Rusia, de un completo informe de la batalla de Berlín

EDICION ESPAÑOLA

Asesores

- D. Manuel Aznar Zubigaray, *historiador militar, embajador de España y periodista*
- D. Ramiro Lago García, *general de División*
- D. José Ramón Lago Vázquez, *capitán diplomado de Estado Mayor*

Alan Bullock
escritor y periodista británico

Jonh Keegan
escritor británico; especialista en estrategia e historia militar

Pavel Stepanovic Matronov
coronel; historiador militar soviético; participó en las batallas de Brodi Kíev, Stalingrado y Kursk

Michael Montgomery
periodista británico; autor de una obra sobre el movimiento de Resistencia en Checoslovaquia

Phyllis Auty
colaboradora del "Economist"; experta en cuestiones yugoslavas

Antony Brett-James
historiador británico, autor de obras sobre la guerra en Asia sudoriental

John Vader
escritor australiano; piloto de la RAAF en el Pacífico sudoccidental

Fusako Sasaki
periodista japonesa

Robert E. Walters
especialista americano en cuestiones militares y navales; enrolado en el Cuerpo de "marines"

Roger Pineau
capitán de navío de la reserva naval americana; perteneciente al servicio de información de la Marina de Guerra de los Estados Unidos; autor de numerosas obras históricas

Rikihei Inoguchi
capitán de navío; ex oficial de Estado Mayor japonés, al mando de la operación "Kamikaze" lanzada contra Filipinas y Formosa; combatiente en la campaña de Okinawa

Kazunari Miyo
capitán de navío; oficial de Estado Mayor durante la guerra chino-japonesa; al mando de la operación aérea en Guadalcanal; autor de numerosas obras de tema militar

Robert Coakley
historiador militar americano

Donald Macintyre
especialista inglés en cuestiones navales, comandante de formaciones de escolta en la batalla del Atlántico

Trevor N. Dupuy
coronel americano; profesor de ciencia y estrategia militar en Harvard; desde 1958 director de la "Historical Evaluation and Research Organisation"

Riley Sunderland
escritor americano, adscrito al Departamento histórico del Ejército como especialista en cuestiones malayas

Arthur Swinson
periodista y escritor inglés

Nicolaij Vasilievic Eronin
coronel, historiador y periodista soviético, autor de numerosas obras de historia militar

Alvin D. Coox
profesor adjunto de Historia y presidente del comité para estudios asiáticos en la Universidad estatal de San Diego en California; autor de obras de tema militar sobre el Japón

Malcolm Mackintosh
escritor y periodista escocés; oficial de enlace entre el Ejército británico y el Alto Mando soviético

R. J. C. Butow
escritor estadounidense, profesor en la sección de Historia y el instituto para estudios sobre Extremo Oriente y la URSS de la Universidad de Washington; oficial del servicio de información en el mando supremo de MacArthur

Rodolfo Mosca
historiador y catedrático de Historia de las Relaciones Internacionales

K. Jack Bauer
profesor adjunto de Historia en el Rensselaer Polytechnic Institute de Try, Nueva York; autor de numerosos ensayos sobre cuestiones navales

Ronald Clark
escritor británico, autor de numerosas obras sobre tecnología bélica; corresponsal de guerra en Normandía durante el "D-Day"

David Elstein
publicista inglés

Louis Allen
escritor y periodista británico; profesor de literatura francesa en la Universidad de Durham





INDICE





LA INSURRECCION ESLOVACA

Karel Krátky y Antonin Snejdárek

La historia del movimiento de resistencia checoslovaco, que culminó con la insurrección eslovaca, nunca ha despertado un interés semejante al provocado por las acciones de los "maquis" franceses, de los "partisanos" yugoslavos y soviéticos o las del Ejército nacional polaco. Sin embargo la insurrección eslovaca fue una operación militar extraordinariamente eficaz, bien concebida, preparada con el máximo cuidado y destinada a representar un primerísimo papel en la ayuda prestada al Ejército ruso en su conquista de Europa oriental. Dos eminentes historiadores checoslovacos, especializados en el estudio del movimiento antinazi surgido en su país, relatan la historia de la lucha entablada por los checoslovacos a finales de verano del año 1944.



Soldados pertenecientes al Cuerpo de Ejército 1 checoslovaco, encuadrado en el Ejército ruso, levantan el emblema nacional de su país en el paso Dukla que, antes de la guerra, constituía la frontera cárpata entre Polonia y Checoslovaquia. (Fotoarchiv VHU Praha)

El movimiento de la Resistencia en Checoslovaquia, país situado casi en el corazón mismo de la Europa ocupada, presentó unas características algo distintas a las de los movimientos surgidos en otros países; ello fue consecuencia no sólo de la larga duración de la ocupación alemana, sino también de la naturaleza de los gobiernos impuestos a Bohemia, Moravia y Eslovaquia.

Como se sabe, en Bohemia y Moravia los alemanes instauraron el llamado *Protektorat*. Allí, el sistema hitleriano ejerció un control directo, tanto político como económico, encaminado, ante todo, a salvaguardar la ley y el orden a través de la Gestapo, mediante un especial engranaje administrativo y a la actividad del *Reichsprotektor*, ayudado por el Gobierno colaboracionista del «Presidente» E. Hacha.

Idénticas intenciones albergaban los alemanes en la otra mitad del país, en Eslovaquia, donde consiguieron crear un Estado títere, «independiente», de tipo autoritario y clerical, al frente del cual se encontraba monseñor J. Tiso. En el curso de la guerra Hitler se sirvió, en distintas ocasiones, de este Estado como medio para demostrar al mundo las excelentes relaciones existentes entre los alemanes y los eslovacos en la «Nueva Europa».

Los primeros datos concretos sobre la organización de un movimiento subversivo contra este régimen los hallamos en algunos documentos del año 1943, cuando los representantes del Gobierno eslovaco iniciaron negociaciones para conseguir ayuda de la Unión Soviética, de Estados Unidos y de Gran Bretaña a fin de empezar una lucha armada en territorio checoslovaco. Eslovaquia estaba destinada a ser el teatro principal de la insurrección, sobre todo a causa de su mayor proximidad al frente soviético, a la notable importancia numérica y de armamento de su Ejército y por la naturaleza favorable del terreno. La insurrección estallaría cuando los rusos se acercaran a la frontera o quizá cuando el Alto Mando alemán decidiera proceder a la ocupación de Eslovaquia.

La experiencia demostraba que el factor decisivo para el éxito total de la insurrección era conseguir una eficaz cooperación con las actividades de las fuerzas soviéticas; en otras palabras, debería iniciarse en el momento exacto en que el Ejército ruso desencadenara un ataque directo hacia el corazón del territorio checoslovaco, en los Cárpatos, o inmediatamente después de la conquista de Cracovia, al Norte, y de Mikols, al Sur. La última y definitiva versión, elaborada y aprobada el 20 de junio de 1944 por los miembros de la Resistencia, se basaba en los siguientes puntos:

- el Ejército combatiente eslovaco, que incluía dos divisiones de infantería (casi 22.000 hombres) y estaba dislocado en Eslovaquia oriental, donde se ocupaba de la construcción de fortificaciones en los Cárpatos, colaboraría con el Ejér

Tropas eslovacas en marcha hacia los Bajos Tatra. La orden de iniciar la insurrección se cursó el 29 de agosto de 1944, pero la falta de preparación de las guarniciones insurrectas, unido a la rápida reacción alemana, limitaron el escenario de la rebelión a Eslovaquia central. (Fotoarchiv VHU Praha)



Tropas rusas en marcha por la región cárpata. Durante la ofensiva desencadenada por el Ejército ruso contra las fuerzas alemanas en Checoslovaquia, el Cuerpo de Ejército I checoslovaco de la URSS desempeñó un primerísimo papel en la liberación del país. (Novosti Press Agency)

cito ruso para facilitar el acceso a Eslovaquia; la actividad de las divisiones eslovacas se concentraría en torno a Bardajov y Medzilaborce:

- las fuerzas no operantes, distribuidas en guarniciones, con un total de casi 10.000 hombres, deberían concentrarse en Eslovaquia central y asegurarse el dominio de las zonas en torno a Zvolen, Banská-Bystrica y Brezno: en aquellos puntos donde las guarniciones no estaban todavía «en guerra», los hombres asumirían el control de los sectores de sus respectivas competencias, movilizarían las reservas y constituirían destacamentos partisanos;
- en el primer caso, las operaciones se iniciarían a una señal convenida dada por el Alto Mando soviético; en el segundo, de uno a tres días antes de la entrada de las fuerzas alemanas en territorio eslovaco.

Por lo que respecta a la ayuda exterior, se preveía que los rusos pondrían a disposición del movimiento armas y material bélico, transfiriendo la Brigada aerotransportada checoslovaca a la retaguardia del frente cárpato y bombardeando, desde el aire, a las fuerzas enemigas que intentasen avanzar por el territorio dominado por los insurrectos.

Representantes militares del Gobierno checo en el exilio también examinaron, junto con los oficiales británicos y americanos, las posibilidades de hacer llegar a los insurrectos armas y material sanitario, así como la de poner a su disposición los Grupos aéreos checoslovacos encuadrados en la RAF. Sin embargo, la proximidad de la zona prevista para las actividades bélicas al frente soviético, con todas las implicaciones políticas que esto hubiera comportado, exigía que los angloamericanos, antes de proceder al envío de abastecimientos de esta índole, llegaran a un acuerdo con los rusos. De los documentos hallados en los archivos checoslovacos se desprende que las negociaciones entabladas a este respecto no alcanzaron un éxito absoluto, por lo que fue imposible destacar de la RAF a los grupos aéreos checos para destinarlos a las operaciones en Checoslovaquia. La mayor contribución en la ayuda a los insurrectos la prestaron los grupos partisanos.

El objetivo estratégico de la insurrección era facilitar la rápida penetración de las tropas soviéticas a través de los Cárpatos, en la retaguardia de los Ejércitos alemanes que se hallaban en Rumania y en Hungría, a fin de provocar el derrumbamiento de todo el frente meridional del sistema defensivo alemán en la cuenca del Danubio y en los Balcanes. Luego, la insurrección se extendería, sucesivamente, desde Eslovaquia, a Moravia y a Bohemia.

El resultado inmediato de la actividad partisana fue inducir a los alemanes a adelantar la ocupación directa de Eslovaquia. Los primeros encuentros con las tropas alemanas que avanzaban para completar la ocupación se produjeron el 29 de agosto de 1944, en Cadca, Zilina, Povazská-Bystrica y Trencin. Y esta misma noche se transmitió la señal convenida para iniciar la revuelta («Iniciar el traslado») a todas la guarniciones y unidades comprometidas en el plan. Por último, la mañana del 30 de agosto, la «emisora de radio de la Eslovaquia libre», lanzó un llamamiento a las armas a toda la población.

¿Cuál era en aquel momento la situación en Eslovaquia oriental, donde se hallaba concentrado el grueso de las Fuerzas Armadas eslovacas? En este sector, la actividad principal la desarrollaban las unidades partisanas bajo la dirección del primer frente ucraniano del Ejército ruso. Mas, cuando la insurrección estalló en Eslovaquia central, sólo una parte de los planes operativos de las divisiones de Eslovaquia oriental estaban terminados: los relacionados con la actividad de algunos oficiales de grado superior en el Alto Mando. En el momento crucial, las contramedidas adoptadas, en Bratislava, por el Gobierno títere y la traición de algunos comandantes pusieron a estas divisiones en un desesperado estado de confusionismo. La vacilación y la escasa preparación de dichas unidades fueron una ventaja para los alemanes. El 31 de agosto, elementos de la División Acorazada 108 alemana iniciaron el desarme de las unidades eslovacas y fueron muy pocos los que, en pequeños grupos o individualmente, consiguieron huir y reunirse con los partisanos en las montañas de Salnské Pohorie, o bien abrirse paso hacia el territorio dominado por los insurrectos de Eslovaquia central.

Tanto en el Este como en el Oeste, importantes unidades de numerosas guarniciones acusaron también una preparación inadecuada para la ac-



ción subversiva. Por ejemplo, las guarniciones de Bratislava, Nitra, Hlohovec, Nové Mesto nad Váhom, Trencin y Kezmarok no se sumaron a la insurrección, impidiendo así el enlace inmediato con el Ejército ruso.

Retirada de los Ejércitos rebeldes

La versión «correcta» del plan empezó a entrar en su fase ejecutiva en la segunda mitad de septiembre. Los avances alemanes y las circunstancias ya descritas obligaron a soldados y a partisanos a retirarse hacia Eslovaquia central. El Estado Mayor de las tropas alemanas, a cuyo frente se hallaba ahora el general Berger, de las SS, no había previsto una insurrección en tan amplia escala, y, por lo tanto, tuvo que reclamar numerosas unidades de reserva (de 15.000 a 20.000 hombres) para que restablecieran, en un plazo de cuatro días, el dominio de las importantes líneas de comunicación que cruzaban el territorio y que se hallaban en poder de los insurrectos.

Elementos de la División acorazada *Tatra* avanzaron desde el paso de Jablunkov, a través de Cadca y Zilina, hasta Vrútky y el valle del Turiec. Al mismo tiempo entró en acción, desde el Este, el Grupo operativo *Schäffer*, con la misión de liberar la vía del ferrocarril a lo largo del Váh y ocupar la ciudad de Ruzomberok, en la que se había concentrado la producción de afustes para la artillería. Paralelamente al ataque del Grupo operativo entraron en acción, desde territorio polaco, elementos de la División 86 de las *Waffen SS* contra Kezmarok y Propad. Parte de la División Acorazada SS 108 avanzó desde Eslovaquia oriental en dirección a Telgart, contribuyendo a desarmar a las divisiones de Eslovaquia oriental. El Regimiento Acorazado SS *Schill*, en el que habían sido encuadradas diversas unidades alemanas y contingentes de las escuelas de adiestramiento del Protectorado de Bohemia-Moravia, avanzó desde Eslovaquia occidental sobre Nitra, y, desde allí, hacia Handlová. Unidades de la División 20 SS hicieron su aparición en las zonas occidentales, ejerciendo de inmediato el cometido de tropas de ocupación.

Pese a todo, las órdenes impartidas por el general de las SS, el *Reichsführer* Himmler, en cuanto a que se reprimiera la insurrección y se restablecieran inmediatamente las comunicaciones a través de Eslovaquia, no pudieron ponerse en práctica en la primera fase de las operaciones. Por el contrario, la batalla que poco después estallaría por el dominio del paso de Dukla, en los Cárpatos, iba a crear un nuevo y potencial peligro: el de que las tropas rusas avanzaran por la retaguardia del frente alemán en Hungría. En realidad, fue precisamente por esta razón por lo que, a mediados de septiembre, contingentes de la División Acorazada 108 y algunas unidades especiales, con un total de casi 12.500 hombres, recibieron la orden de replegarse sobre el sector carpático del frente.

En octubre hizo su aparición en Eslovaquia la Brigada *Dirlewanger SS*, con órdenes de atacar hacia el Sur, a lo largo de la Línea Ruzomberok-St. Hory-Korytnica, así como la División *Panzergrenadier SS Horst Wessel*, ahora destacada de la reserva del Grupo de Ejércitos Sur, para avanzar contra los rebeldes que operaban en los centros de Telgart, Brezno, Banská-Bystrica, Zvolenká Slatina y Zvolen. Mediado el mes de octubre, el Grupo operativo *Schäffer* fue sustituido por la División 14 de granaderos de las *Waffen SS*, desplegada a lo largo del valle del Váh, en tanto que dicho valle y el del Vitra se confiaban a la 21 y a la 708 Divisiones *Volksgrenadier*. También fueron transferidas a Eslovaquia varias unidades menores, antiaéreas, de montaña y de ingenieros, así como numerosas unidades de la policía militar o de los servicios de seguridad. En conjunto, se trataba de casi 45.000 hombres, o sea el equivalente de unas siete divisiones alemanas (en esta época los efectivos regulares de las divisiones alemanas estaban sensiblemente reducidos).



En los alrededores del paso de Dukla, las tropas soviéticas hubieron de vencer serias dificultades para hacer avanzar sus medios motorizados. En este sector, las fuerzas del Ejército ruso no alcanzaron la frontera con Checoslovaquia hasta el día 6 de octubre de 1944. (Fotoarchiv VHU Praha)

¿Cómo se hallaban organizadas las fuerzas armadas rebeldes? El 31 de agosto se constituyeron, en el cuadro del Mando Supremo del Ejército 1 checo, en Eslovaquia, dos sectores defensivos con mandos autónomos.

El área de defensa 1 tenía su mando en la ciudad de Banská-Bystrica. La zona operativa asignada a las fuerzas dependientes de este mando (tres regimientos de infantería y dos brigadas de artillería) era el proyectado sector defensivo de Eslovaquia central: Zvolen, Banská-Bystrica y Brezno. Y estas fuerzas también tenían que ocuparse de las operaciones defensivas en los valles del Nitra y del Turiec, más al Oeste.

El área de defensa 2, que disponía de fuerzas análogas, comprendía las regiones septentrionales de la zona controlada por los insurrectos y tenía su propio mando en Liptovsky Sväty-Mikulás. Su misión principal era efectuar operaciones en la zona que, partiendo del Spisská Nová Ves y Kezmarok, se extendía al Oeste, a lo largo del valle del Váh, hasta Dolny Kubin y Ruzomberok.

Pero pronto, bajo la potente presión ejercida por el enemigo, esta estructura se reveló ineficaz y el 10 de septiembre fue necesario proceder a una reorganización de las defensas del territorio liberado. En Banská-Bystrica, Brezno, Zvolen, Prievidza, Turciansky, Sväty-Martin y Liptovská Osada quedaron instalados los mandos de seis grupos tácticos más flexibles y capaces, por lo tanto, de adaptarse mejor a las condiciones locales y de cooperar con mayor eficacia con las fuerzas partisanas. Como mando autónomo se constituyó el llamado Grupo aéreo, con sede de mando en Banská-Bystrica, y la base junto al aeródromo militar de Tri Buby, en Sliac y posteriormente en el aeródromo militar de Zolna.

A primeros de septiembre se habían sumado a la insurrección más de 18.000 hombres del Ejército eslovaco y, después de la movilización decretada a mediados de mes, este número ascendió a 47.000. A éstos había que añadir también los 2000 o más hombres de la 2.ª Brigada aerotransportada checa, trasladados en avión desde la Unión Soviética a territorio liberado. En territorio checoslovaco se encontraban, además, 7 brigadas, 2 grupos y 7 destacamentos partisanos, con un total de más de 15.000 hombres.

La experiencia alemana se deja sentir

En la historia de la insurrección se pueden distinguir cuatro fases. En la primera, del 29 de agosto al 21 de septiembre, las fuerzas que avanzaban para completar la operación a lo largo de las directrices ya citadas, constituían el primer indicio de la revuelta, cuando todavía no estaban ultimados los preparativos militares. En estos primeros días, numerosos sectores del frente rebelde estaban definidos de un modo más bien casual y sus éxitos obedecieron a menudo más a la moral y al entusiasmo de los hombres que a la capacidad de los comandantes. Fue así como la mayor experiencia y la superioridad en armamento de que gozaban los alemanes les permitió rechazar a los insurrectos y limitar su actividad a la región central de Eslovaquia. Al Noroeste, los alemanes lograron ocupar Liptovsky Sväty-Mikulás el 4 de septiembre, y Ruzomberok dos días más tarde, aislando así a los eslovacos desplegados al norte del Váh. Pero su avance desde Zelina hacia el Sudeste fue detenido a primeros de mes en los alrededores de Strecno por un destacamento de partisanos.

Esta resistencia hizo posible la reorganización de las defensas que dominaban la dirección de acceso al valle de Turiec, con los importantes centros de Vrútky y Turciansky Sväty-Martin.

No consiguiendo penetrar por este lado, pese a la intervención de la aviación, los alemanes iniciaron un movimiento envolvente, haciendo avanzar algunas unidades a lo largo del valle del Nitra y ocupando Topol'cany y Prievidza el 14 de septiembre. El mando del Ejército 1 checoslovaco, dándose cuenta de que este movimiento amenazaba la retaguardia de las fuerzas establecidas en el valle del Turiec, ordenó una retirada en todo el valle sobre posiciones defensivas situadas en las estribaciones occidentales de los montes Vel'ka Fatra. De esta manera, las fuerzas alemanas pudieron ocupar ciudades clave como Handlová y Turciansky Sväty-Martin. En el Norte, la defensa se hallaba ahora apoyada en las pendientes de los Bajos Tatra.

Se produjeron también duros encuentros en la parte sudoriental del territorio dominado por los insurrectos. En un primer momento, los alemanes consiguieron extenderse hasta Telgárt, ocupando este centro el 4 de septiembre; pero, después, tropas rebeldes, apoyadas por partisanos, pasaron a la ofensiva, y no sólo lograron recon-



Un soldado soviético gravemente herido recibe los primeros auxilios de un oficial médico checoslovaco. En el curso de la ofensiva en los Cárpatos polacos, el Ejército ruso tuvo que pagar un duro tributo: sólo el Ejército 38 registró, en menos de cincuenta días, más de 80.000 bajas. (Fotoarchiv VHU Praha)

quistar Telgárt sino que incluso rechazaron a los alemanes hacia el Este, hasta Dobsiná y Spisská Nová Ves.

Hacia mediados de septiembre, en casi todos los sectores del frente insurrecto la situación era relativamente estable. Mas, en la segunda fase de las operaciones se desencadenaron duros combates en la vertiente septentrional del monte Ostro, al sur de Ruzomberok, en el límite occidental del sector dominado por los eslovacos, cuando los alemanes intentaron abrirse paso a la fuerza para llegar a Svätý Kríz y Zvolen. Fue precisamente en esta zona donde, a principios de octubre, tropas de la 2.ª Brigada aerotransportada checoslovaca entraron por primera vez en acción, situándose ya en Eslovaquia occidental, en las cercanías de Banská-Stiavnica. La llegada de esta unidad constituyó un gran estímulo, tanto moral como militar, para las fuerzas que operaban en el territorio liberado, y, a partir del 17 de septiembre, la presencia activa en toda la zona de los aviadores checoslovacos contribuyó asimismo en gran medida a estabilizar este frente. Otro factor que también contribuyó a ayudar a los sublevados a reducir la presión enemiga fue la operación Cárpatos-Dukla, iniciada el 8 de septiembre y terminada el 6 de octubre, en la que la frontera checoslovaca correspondiente al paso de Dukla fue cruzada por soldados checoslovacos y soviéticos. Naturalmente, se registraron cambios importantes en la situación total estratégica del frente germano-soviético, sobre todo en Rumania, en Hungría y en los Cárpatos; a consecuencia de estos cambios, la región eslovaca adquiría una importancia todavía mayor respecto a los movimientos de los Ejércitos alemanes y al transporte de sus abastecimientos.

A principios de octubre, Himmler y el general Hoffle, comandante en jefe alemán en Eslovaquia, se encontraron en Viena, donde decidieron que era indispensable lanzar un ataque concentrado contra las fuerzas rebeldes; en esta ocasión, el general Hoffle expresó lo que sigue:

«Si el enemigo alcanzara su objetivo, esto es, el paso de Dukla, que da acceso a Eslovaquia, en unión del Ejército rebelde, dispondría de una fuerza que, con sucesivos refuerzos llegados por vía aérea podría ampliar su éxito inicial mediante un ataque inmediato al Oeste, en dirección a Bratislava (alternativa menos probable) o más profundamente, hacia el Noroeste, en dirección a Hungría. En este caso, el Ejército rebelde del general Viest podría ser equivalente a una fuerza aerotransportada: "una poderosa fuerza a espaldas del enemigo"».

Estas consideraciones asumieron particular importancia a la luz de cuanto estaba ocurriendo a la sazón en las altas esferas del Gobierno húngaro. Como se sabe, tras la sustitución del primer ministro, ocurrida el 24 de septiembre, se iniciaron negociaciones secretas que, el 15 de octubre, culminaron en la iniciativa por parte del almirante Horthy de llegar a una paz con los Aliados. Pero, tras la experiencia habida en Rumania, los jefes alemanes se dieron cuenta de las gravísimas consecuencias que ello comportaría y se apresuraron a enviar unidades de policía y de SS a ocupar Budapest, confiando, al mismo tiempo, el gobierno del país a Szalasy y a su movimiento fascista de la «Cruz y las flechas». Esto llevó a las tropas alemanas hasta el confín meridional del sector eslovaco dominado por los insurrectos, confín que, hasta aquel momento, había permanecido tranquilo.

Paso a la guerrilla

Estos acontecimientos condujeron a la tercera fase de la insurrección nacional eslovaca: bajo la presión ejercida por nuevas divisiones de las SS, tanto las tropas regulares como las partisanas se vieron obligadas a abandonar las operaciones de tipo convencional para pasar a una actividad de guerrilla en las montañas. Las divisiones alemanas, dotadas de artillería e incluso apoyadas desde fines de octubre por la aviación, se enfrentaban con algunas decenas de millares de soldados y de partisanos checoslovacos casi al borde de la derrota. Existían aún unidades en buenas condiciones, pero su número era considerablemente inferior respecto al de las que habían tomado parte en las primeras fases de la lucha, y además la ausencia de reservas permanentes, que permitieran el relevo de las unidades más castigadas se transformó pronto en un gravísimo problema: el valor y la fuerza de voluntad no bastaban para contrarrestar la potencia de los carros de combate y de los morteros.

Los alemanes iniciaron su ofensiva convergente del 18 al 20 de octubre, a lo largo de once direcciones. Mientras los defensores estuvieron en situación de contener el avance en las pendientes septentrionales de los Bajos Tatra, a lo largo de otras direcciones (como la de Tisovec a Brezno y a lo largo de los valles de Kremnica y Turciansky), y pese a sus titánicos esfuerzos, los eslovacos tuvieron que ceder. El 24 de octubre, tropas alemanas ocuparon Detva, al Sur, y el 25 de octubre, Brezno, al Este; al día siguiente aparecieron algunos carros de combate en Zvolen y en el aeródromo de Tri Duby, y, finalmente, el 28 de octubre, a lo largo de diversas direcciones, efectuaron una maniobra convergente sobre Banská-Bystrica, que era el centro de la rebelión, y que fue oportunamente evacuado por los insurrectos. Todas las operaciones de este período se limitaron a breves repliegues, alternados por acciones de hostigamiento destinadas a retrasar el avance del enemigo.

En el curso de estos últimos días, los jefes militares y políticos de la insurrección transfirieron los mandos a Donovaly, al pie de la cadena principal de los Bajos Tatra. No obstante, puesto que resultaba imposible organizar ulteriores tentativas de resistencia, el 29 de octubre el general Viest impartió la última orden, disolviendo el Ejército y dando instrucciones a fin de que todas las unidades empezaran a emplear los métodos de guerra partisanos, intentando acercarse al Ejército ruso y pasar a la otra parte del frente germano-soviético.

Última fase y consiguiente victoria

Entonces la insurrección nacional eslovaca entró en su fase final, una fase caracterizada por las nuevas y difíciles condiciones de la lucha en las montañas. Después de un largo período de pausa, durante el cual las fuerzas eslovacas se prepararon para el invierno inminente y para establecer eficaces sistemas de enlace entre sus dispersas unidades, entre fines de diciembre y los primeros meses de 1945 se llegó a una colaboración, cada vez más intensa, con las fuerzas soviéticas, que avanzaban por el Este y por el Sur, y, con ello, a la victoriosa conclusión de la lucha y a la liberación de esta parte de Checoslovaquia.

Desde el principio, la insurrección nacional eslovaca había planteado un serio problema, de cuya solución dependería, en parte, su destino; este problema era el de las ayudas exteriores y la coordinación de la actividad militar con el Ejército ruso. Con este fin se celebraron entrevistas entre funcionarios del Gobierno y de los partidos checoslovacos con los soviéticos a partir del 30 de agosto de 1944.

Aparte de la ayuda material y del rápido transporte de tropas por vía aérea, la ayuda más eficaz que los rusos podían dar al pueblo eslovaco era hacer avanzar su Ejército lo más rápidamente posible a través de los Cárpatos. En sus preparativos a largo plazo para atravesar dichos montes, los comandantes del Ejército ruso se basaban en la valoración de la situación estratégica general existente a lo largo de todo el arco del frente oriental. A este respecto, los planes para ulteriores operaciones por parte de los Ejércitos más próximos a la frontera checoslovaca hubieron de ser suspendidos el 25 de agosto, por cuanto en los esquemas operativos del Ejército ruso, para el otoño de 1944, Checoslovaquia se encontraba, exactamente, entre dos direcciones principales estratégicas: la septentrional, hacia Varsovia y Berlín, y la meridional, hacia Budapest y Viena. A pesar de ello, la revolución nacional rumana del 23 de agosto y la insurrección eslovaca del 29 de agosto, influyeron en cierta medida en los planes relativos a la liberación de Checoslovaquia, aun cuando, como más tarde se hizo evidente, el Alto Mando soviético continuó ateniéndose sustancialmente a su plan estratégico inicial.

El 2 de septiembre, el embajador checoslovaco, Zdenek Fierlinger, obtuvo del Gobierno soviético la promesa de un apoyo concreto para los insurrectos eslovacos. Al mismo tiempo, el mariscal

ESLOVAQUIA: LA BATALLA POR LA LIBERTAD

29 de agosto - 15 de septiembre: duros combates en Eslovaquia central

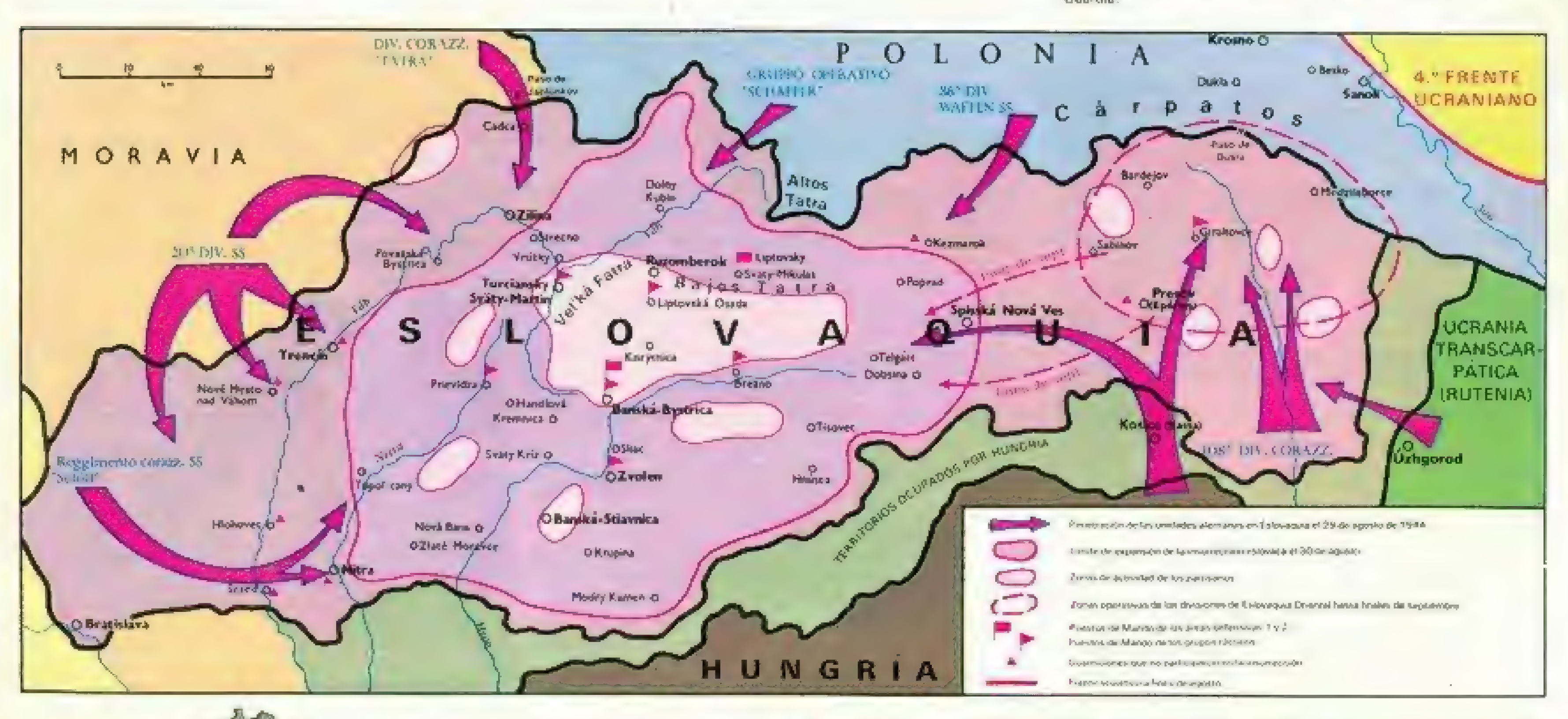
El 29 de agosto de 1944, al ser ocupada Checoslovaquia por las tropas alemanas, los jefes del movimiento de Resistencia dieron la orden de iniciar la insurrección. Pero los alemanes reaccionaron rápidamente: unidades de la División Acorazada 108 procedieron al desarme de las unidades eslovacas en Eslovaquia central, en tanto se iniciaban encarnizados combates en la parte central del país. Ante los ataques desencadenados por las fuerzas alemanas en el Oeste, las unidades rebeldes se vieron obligadas a retirarse a los montes Vel'ka y a los Bajos Tatra; en el Sudeste, sin embargo, los eslovacos consiguieron rechazar la ofensiva enemiga; en cuanto al sector meridional, ocupado por las tropas húngaras, permaneció completamente tranquilo. Hacia mediados de septiembre, la situación se había estabilizado relativamente en casi todos los frentes.

18-29 de octubre: fin de la Resistencia organizada

Decididos a cortar de raíz la Resistencia eslovaca, los alemanes iniciaron, del 18 al 20 de octubre, una ofensiva convergente sobre Eslovaquia central. En los Bajos Tatra, los defensores pudieron contener los ataques desencadenados por el enemigo, pero las guarniciones del Sur y del Sudeste se vieron obligadas a retirarse. Después de ocupar Detva, Brezno y Zvolen, durante los días 24-26 de octubre, el 28 los alemanes efectuaron una conversión sobre Banská-Bystrica, a lo largo de varias direcciones. Dándose cuenta de que ya era imposible mantener una resistencia organizada, el general Viest disolvió el Ejército eslovaco el 29 de octubre; a partir de este momento, los insurrectos se limitaron a simples acciones aisladas de guerrilla en las montañas, intentando acercarse al Ejército ruso y a pasar al otro lado del frente ruso-alemán.

8 de septiembre - 30 de noviembre: ofensiva soviética en los Cárpatos

El 8 de septiembre de 1944, los rusos iniciaron una ofensiva en el sector de los Cárpatos, entre los pasos de Dukla y Lupkóv, a fin de llevar a cabo una penetración en territorio checoslovaco. El Mando alemán hizo afluir refuerzos rápidamente a lo largo de todas las direcciones de penetración soviéticas, y por ello el avance del Ejército ruso se desarrolló a un ritmo lentísimo. Las grandes unidades del Ejército 38 se vieron detenidas en Krosno, en tanto la ciudad de Dukla no pudo ser conquistada hasta el 20 de septiembre, y ello gracias a los éxitos conseguidos por el Cuerpo de Ejército de infantería LXVII y por la 2.ª Brigada aerotransportada checoslovaca. Entre el 26 de septiembre y el 28 de octubre, las fuerzas del Ejército ruso liberaron los primeros pueblos checoslovacos, y durante el mes de noviembre las tropas del Ejército 38, que habían estabilizado el frente en los Cárpatos, se hallaban en condiciones de poder completar la operación, alcanzando el Ondava juntamente con el 1er. Ejército Guardia.







Konev, comandante del primer frente ucraniano, recibía las siguientes instrucciones del STAVKA:

«Preparar y llevar a cabo una operación en correspondencia con el punto de conjunción del primer y cuarto frentes ucranianos, atacando desde la zona de Krosno-Sanok en dirección a Presov, para alcanzar la frontera eslovaca y enlazar con los Ejércitos eslovacos.

»Para el desarrollo de esta operación se puede emplear el Cuerpo de Ejército checoslovaco, sacando cierta ventaja de la presencia de fuerzas eslovacas al nordeste de Presov; es imprescindible establecer contacto con estas fuerzas.

»Le confiamos plenamente la ejecución de esta operación. Caso de hacerse necesario puede procederse a un desplazamiento del límite de sector con el cuarto frente ucraniano.

»Una vez elaborado el plan, deberá someterlo a nuestra aprobación antes del 3 de septiembre, indicando en él incluso las líneas de detención previstas por Vd.»

El plan preveía que la puesta en marcha de la operación se confiara a las tropas del Ejército 38 (general K. S. Moskalenko), al que se asignó el Cuerpo de Ejército 1 checoslovaco de la Unión Soviética. Las divisiones eslovacas colaborarían en la apertura de un paso a través de los Cárpatos (pero poco antes de que se pusiera en marcha la operación, los comandantes del Ejército ruso fueron informados de que estas divisiones habían sido desarmadas); luego se procedería a lanzar en paracaídas a la 2.ª Brigada aerotransportada checoslovaca en la vertiente eslovaca de los Cárpatos, cerca de Stropkov. De este modo, se esperaba que las fuerzas insurrectas lograran alcanzar Presov en cinco días como máximo.

El plan fue aprobado y se fijó la fecha del 8 de septiembre para su puesta en marcha. Cada uno de los detalles se preparó y calculó de forma que apoyara, lo más eficazmente posible, la insurrección nacional, y que al mismo tiempo permitiera al Ejército ruso un rápido avance y en consecuencia, una más rápida liberación de Eslovaquia oriental y de Ucrania Transcarpática.

El sector elegido en los Cárpatos, que incluía los pasos de Dukla y de Lupkow, era el más idóneo; pues aun siendo muy accidentado, la vertiente que en esta zona señalaba la línea fronteriza alcanzaba una altura media de sólo 600 metros. Los factores determinantes para romper la resistencia alemana serían, ante todo, el factor sorpresa, y, en segundo lugar, la actividad coordinada de las tropas eslovacas y de los partisanos en la retaguardia de las líneas enemigas.

Al iniciarse la operación, las defensas alemanas en este sector estaban guarnecidas con tres divisiones, reforzadas con cierto número de unidades especiales. La villa de Krosno se alzaba en una región cruzada por la línea de demarcación de dos Ejércitos alemanes: el XXIV *Panzerkorps* constituía el flanco izquierdo de la 1.ª *Panzerarmee*, mientras el XI Cuerpo de Ejército SS se hallaba desplegado en el ala izquierda del Ejército 17. En el extremo izquierdo de la línea defensiva alemana, el ataque del Ejército 38 se enfrentaba con la División de infantería 545 (que formaba el ala izquierda del XI Cuerpo de Ejército SS), mientras en la extrema derecha se encontraban las Divisiones de infantería 68 y 208 (XXIV *Panzerkorps*).

La defensa alemana se veía favorecida, en gran manera, por la naturaleza irregular del terreno ondulado y por el hecho de poder contar con posiciones defensivas ya preparadas; en efecto, tropas eslovacas y húngaras habían contribuido a su construcción en la primavera de 1944. Además, junto al paso de Dukla se hallaba desplegada la División de infantería 75 alemana, y cuando el Ejército 38 inició el ataque, esta división fue rápidamente transferida a la zona de operaciones; al día siguiente se hallaba ya comprometida en los combates frente a la zona de defensa 2.

Este hecho tuvo, desde el principio, una repercusión decisiva en el desarrollo de la operación, por cuanto los alemanes no sólo pudieron resistir en Krosno, sino que también el ritmo mismo de toda la operación se retrasó sensiblemente. Por añadidura, en los días que siguieron, el mando trasladó a este sector nuevas unidades procedentes del sector septentrional. Es cierto que esta decisión debilitó los contraataques alemanes contra la cabeza de puente soviética sobre el Vístula y Sandomierz, permitiéndole estabilizar sus propias posiciones, pero, por otra parte, robusteció las defensas en los Cárpatos, poniéndolas en condiciones de poder hacer frente a los ataques del Ejército 38 y del 1.er Ejército Guardia.



Cartel de propaganda con que la Resistencia eslovaca trataba de desanimar a los insurrectos que querían rendirse, utilizando los salvaconductos lanzados por los alemanes. «Los salvaconductos —dice el texto— no son más que un vil engaño: los alemanes no tienen piedad de nadie, ni siquiera de sus siervos; hay que poner fin a las crueldades nazis, responded con las armas a las proposiciones alemanas». (History of the Second World War)

El Cuerpo de Ejército I checoslovaco de la Unión Soviética no fue sino una más de las muchas unidades militares checas que combatieron al lado de los Aliados contra el Eje, unidades que empezaron a constituirse en Polonia en 1939 y en Francia en 1939-40. Más tarde, en 1940-41, tomaron parte en la batalla de Inglaterra, en las de África del Norte y en las de Francia septentrional, en 1944, hasta la conquista de Dunkerque. Las unidades checoslovacas de la Unión Soviética, mucho más numerosas, tomaron parte activa en las durísimas batallas del frente oriental.

De acuerdo con el plan, la operación Cárpatos-Dukla se inició a primeras horas de la mañana del día 8 de septiembre, con un fuerte bombardeo de la aviación y de la artillería. Pero las eficaces contramedidas tomadas por el Mando alemán impidieron que los atacantes pudieran efectuar la operación en los tiempos previstos, por lo que ésta se prolongó durante dos meses y medio, en una extenuante sucesión de durísimas batallas.

La batalla desde el punto de vista soviético

El ataque principal del Ejército 38 soviético rompió las defensas alemanas situadas en las últimas estribaciones al pie de los Cárpatos, lanzó al campo a las unidades ligeras y al Cuerpo de Ejército I checoslovaco e intentó profundizar en Checoslovaquia con el 1.er Regimiento de caballería Guardia, que comenzó a avanzar más allá de las líneas enemigas.

Pero, ya desde la primera jornada, empezaron a manifestarse ciertos contratiempos que más tarde iban a tener terribles repercusiones. Ante todo resultó imposible rechazar a los alemanes de la villa de Krosno, si bien su primer sector defensivo fue arrollado más al Oeste, donde las vías de comunicación eran pésimas y donde la naturaleza del terreno obstaculizaba el avance. El segundo día fueron lanzados al ataque del segundo sector defensivo tropas del segundo escalón, que se vieron obligadas a batirse cuerpo a cuerpo con los alemanes; en estos encuentros, las brigadas del Cuerpo de Ejército I checoslovaco desempeñaron un primerísimo papel.

A pesar de que los alemanes seguían reforzando sus posiciones, los atacantes lograron rebasarlas y avanzar hasta el siguiente punto clave del sistema defensivo del adversario: la ciudad de Dukla. Mas, en este sector defensivo se detuvo el avance del Ejército 38. El 9 de septiembre los alemanes disponían de casi 18.000 hombres, 287 piezas de campaña y 605 ametralladoras; y, al final de esta primera fase, sus fuerzas sumaban ya más de 44.000 hombres, 643 piezas de artillería, 1785 ametralladoras y 70 carros de combate y cañones autopropulsados.

Entre el 15 y el 25 de septiembre, el mando del Ejército 38, lanzando al campo las unidades acorazadas de segundo escalón, desplazó la dirección principal del ataque sobre el flanco izquierdo, en un intento de doblegar la resistencia alemana en la ciudad de Dukla. Al mismo tiempo, el I Cuerpo de Caballería Guardia quedó libre del cerco alemán, y así el frente entero quedó bastante próximo a la línea principal de los Cárpatos, a lo largo de la frontera checoslovaca.

En el curso de esta fase, entre el 12 y el 19 de septiembre, la 2.ª Brigada aerotransportada checoslovaca fue agregada al Cuerpo de Ejército de infantería LXVII, en el flanco izquierdo del sector operativo. Los hombres de dicha brigada, combatiendo al costado de los carros de combate soviéticos, recibieron su bautismo de fuego en esta zona, contribuyendo a liberar los importantes poblados de Besko y Pulawy. Las operaciones del flanco izquierdo también se vieron facilitadas por los resultados obtenidos con el contiguo Cuerpo de Ejército de infantería CVII, que desencadenó un enérgico ataque hacia el Sur y alcanzó el territorio checoslovaco cerca de los pasos de Laborecki y de Lupkow. Esto influyó positivamente en la situación de la primitiva dirección de ataque del Ejército 38; aquel mismo día, parte del Cuerpo de Ejército I checoslovaco logró liberar la ciudad de Dukla y apoderarse de las carreteras de acceso al paso homónimo.



La insurrección eslovaca ha entrado en su fase final: apostados en las regiones montañosas, los partisanos, armados con fusiles automáticos, se lanzan a una acción contra las fuerzas alemanas en Eslovaquia central. (SPB Praha)

Los meses de octubre y noviembre vieron la conquista de una parte esencial de los Cárpatos, a lo largo de la frontera polaco-checoslovaca, y la liberación de los primeros pueblos checoslovacos entre el 26 de septiembre y el 28 de octubre, mientras en noviembre tropas del Ejército 38, que, en gran parte, habían estabilizado el frente en los Cárpatos, pudieron completar la operación, alcanzando el río Ondava.

Así pues, para los soldados checoslovacos que se encontraban cerca de la frontera de su país había llegado el momento crucial. Después de dos días de intensa actividad de reconocimiento, en las primeras horas de la mañana del día 7 de octubre, el Cuerpo de Ejército I checoslovaco se lanzó adelante, a lo largo de todo el frente, resolviéndose el ataque no sólo en el cruce de la frontera, sino también con la liberación de los primeros centros habitados checoslovacos por parte de las tropas nacionales.

Libertad al cabo de seis años

Se hace difícil describir con palabras lo que aquellos hombres experimentaban. Tras la vergüenza de Munich, en 1938, y la subsiguiente ocupación del 15 de marzo de 1939, Checoslovaquia fue el primer país que se encontró en guerra con Alemania, el primero en sentir en su propio territorio toda la dureza de la dominación extranjera; y ahora era uno de los últimos países de Europa en alcanzar, después de seis años crueles, el umbral de la libertad. Una libertad conquistada con las armas, por soldados checoslovacos, que, por vías insospechadas, habían logrado huir al extranjero en los primeros años de la contienda.

Por trágica ironía de la suerte, muchos de estos hombres no llegarían a ver otra cosa que unos pocos metros del suelo natal o una bandera checoslovaca clavada en el límite de la frontera. Tal fue, por ejemplo, el destino del capitán Vrána y del general Vedral-Sazávsky. El capitán Vrána, que mandaba una compañía de carros de combate, fue herido tres veces: las dos primeras, logró saltar fuera del carro, mas la tercera cayó acribillado por una ráfaga de ametralladora. El general Vedral, comandante de la 1.ª Brigada checoslovaca, halló la muerte el 6 de octubre, cuando su automóvil pasó sobre una mina alemana, después de superar el paso y avanzar unos cincuenta metros por territorio checoslovaco. Asimismo, el teniente Vandelin Opatrny halló la muerte estando ya en su tierra natal hacia fines de octubre.

La entrada en territorio checoslovaco, el 6 de octubre, constituyó un gran estímulo para los checos, tanto en su patria como en el extranjero. Esto fue particularmente evidente en la Eslovaquia central, donde aquel mismo día el grueso de la 2.ª Brigada aerotransportada checoslovaca fue

lanzada en paracaidas, al mando del general Viest, recién nombrado comandante en jefe del 1.er Ejército checoslovaco en Eslovaquia. Todavía hoy, cada año el pueblo checoslovaco celebra el 6 de octubre como día del Ejército checoslovaco, conmemorando los sacrificios soportados en la lucha por la reconquista de la libertad.

Aun cuando el 15 de octubre, con ayuda de los fascistas húngaros, los alemanes pudieron mantener el control de las divisiones húngaras dislocadas en los Cárpatos, el Ejército ruso logró abrir una brecha a través de los pasos, alcanzando Ucrania transcarpática (que antes de la guerra había formado parte de Checoslovaquia) y liberándola enteramente el 28 de octubre. Al mismo tiempo, tropas soviéticas y rumanas del segundo frente ucraniano, avanzando desde el Sudeste, alcanzaron Debrecen, preparando, al mismo tiempo, el camino para una penetración en Eslovaquia meridional.

¿Qué sentido tenía, pues, continuar la lucha extenuante de las operaciones Cárpatos-Dukla? Algunos documentos del Cuerpo de Ejército I checoslovaco, con fecha del 31 de octubre de 1944, responden a este interrogante de manera clara y convincente.

«Motivos que justifican la continuación de la ofensiva del Ejército 38:

- necesidad de alcanzar la carretera principal entre Ladomirová y Svidník, a fin de cercar un grupo de fuerzas enemigas en el flanco izquierdo del Ejército;
- necesidad de penetrar en Eslovaquia oriental y efectuar la unión con el segundo frente ucraniano, que avanza desde Hungría hacia el Norte, de modo que queden aisladas las fuerzas alemanas en las regiones orientales de Checoslovaquia;
- necesidad de mantener empeñado el máximo número de unidades alemanas a fin de aligerar la presión enemiga contra Eslovaquia en armas, contra nuestras propias unidades que avanzan desde Hungría y contra la prevista ofensiva en dirección de Cracovia.»

De esta manera, las batallas en las que continuó participando el Cuerpo de Ejército I checoslovaco, al flanco de las tropas soviéticas, durante todo el mes de noviembre de 1944, mantuvieron empeñadas tropas enemigas en este sector, obligándolas a replegarse gradualmente hasta el río Ondava; en este punto, el Cuerpo de Ejército y las unidades contiguas del 1.er Ejército Guardia se establecieron defensivamente y el frente se estabilizó hasta fines de enero de 1945. Así concluyó la operación.

Significado de la insurrección

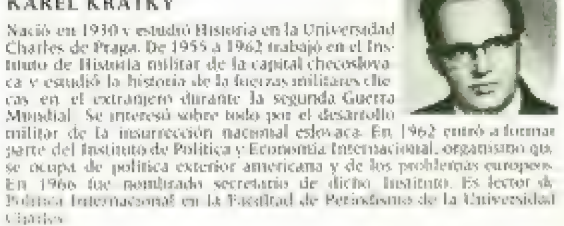
Aparte de los objetivos mencionados en el documento del Cuerpo de Ejército checo antes citado, la operación Cárpatos-Dukla tuvo por efecto obligar a los alemanes a emplear, en aquellos 320 km de sector secundario del frente, un total de 18 divisiones (tres de ellas acorazadas), casi 2000 cañones y morteros, unos 250 carros de combate y piezas de artillería autopropulsada, así como gran cantidad de diverso material bélico. Ello constituyó una gran ayuda en las batallas sostenidas por los insurrectos de Eslovaquia central, a pesar de que el objetivo principal de las operaciones –que era el enlace entre las líneas del frente y las fuerzas rebeldes– no se consiguiera.

En el curso de estos combates, los alemanes sufrieron importantes bajas. Sobre unos 300 km de todo el sector de los Cárpatos polacos la suma de las pérdidas alemanas relativas a los meses de septiembre y octubre fue calculada en unos 150.000 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros; asimismo perdieron 160 carros de combate y cañones autopropulsados y más de 1500 piezas de campaña y morteros. En el espacio de cincuenta días las tropas soviéticas penetraron en una profundidad comprendida entre los 30 y 100 km, y sus bajas se elevaron a 80.000 hombres, de ellos 19.000 muertos.

En el curso de la insurrección ocho «fortalezas volantes» americanas, con base en Bari, transportaron al aeródromo de Tri Duby 100 fusiles contracarros, 50 ametralladoras ligeras, material sanitario y aparatos de radio. Pero una incursión aérea americana efectuada sobre la refinería de Dubova, poco antes de la insurrección tuvo resultados poco afortunados; pese a las advertencias transmitidas a los Aliados por algunas emisoras clandestinas, esta refinería fue completamente destruida... y con ella se perdió gran cantidad de gasolina que hubiera podido ser utilizada por los insurrectos.

La participación del Cuerpo de Ejército I checoslovaco en la lucha tuvo una enorme importancia. Se trató de la mayor operación en la que los soldados checos combatieron, codo a codo, con el Ejército ruso. Pese a las cuantiosas pérdidas sufridas –cerca de 1100 muertos, 4000 heridos y 1000 desaparecidos entre el 8 de septiembre y el 28 de noviembre– el Cuerpo de Ejército se portó siempre de manera admirable. En cuanto a moral y a voluntad de combatir, destacó como una de las mejores unidades dentro de todo el Ejército 38.

La insurrección nacional eslovaca fue uno de los factores que concurrieron, de manera determinante, a sentar las bases para el futuro desarrollo de Europa central. Confirmó, más allá de toda posible duda, la unidad de Checoslovaquia, unidad que la violencia hitleriana no había logrado destruir. Demostró también que la idea de que checos y eslovacos vivieran juntos en un único Estado estaba profundamente arraigada, lo que sería la base en que apoyar el futuro de ambos pueblos. Reveló, en fin, que la inmensa mayoría de la opinión pública checoslovaca había rechazado el «nuevo orden» hitleriano, levantándose en armas contra él y buscando, al mismo tiempo, la posibilidad de asegurar al país un legítimo lugar entre los Estados de Europa, de manera que pudiese desempeñar un papel importante y verdaderamente independiente en un continente que, al fin, había recobrado la paz.



KAREL KRÁTKY

Nació en 1930 y estudió Historia en la Universidad Charles de Praga. De 1955 a 1962 trabajó en el Instituto de Historia militar de la capital checoslovaca y estudió la historia de la fuerzas militares checas en el extranjero durante la segunda Guerra Mundial. Se interesó sobre todo por el desarrollo militar de la insurrección nacional eslovaca. En 1962 entró a formar parte del Instituto de Política y Economía Internacional, organismo que se ocupa de política exterior americana y de los problemas europeos. En 1966 fue nombrado secretario de dicho Instituto. Es lector de Política Internacional en la Facultad de Periodismo de la Universidad Charles.



ANTONIN SNEJDAREK

Nació en 1916 y estudió Leyes en Francia y en la universidad de Praga. A partir de 1945 formó parte del servicio diplomático checoslovaco en Alemania. Más tarde trabajó como historiador al frente del Departamento de Historia Mundial contemporánea en el Instituto Histórico de la Academia de Ciencias checoslovacas. Desde 1966 es director del Instituto de Política y Economía Internacional de Praga. Dentro de sus actividades universitarias y periodísticas, ha estudiado la historia de la segunda Guerra Mundial, especialmente lo que se refiere a la Resistencia así como los problemas de Alemania después de la guerra y de la seguridad europea. Forma parte del Comité Internacional para la Historia de la Resistencia en la segunda Guerra Mundial; es co-presidente del grupo para la seguridad europea del movimiento *Pugwash* y miembro de otros organismos de estudios, tanto checoslovacos como extranjeros.

LOS EJERCITOS RENEGADOS

H. W. Koch



En esta fotografía, publicada por la propaganda nazi, se ve al general soviético Andrei Vlasov, hecho prisionero por los alemanes en julio de 1942, pasando revista a una unidad rusa que viste uniforme de la *Wehrmacht*. (Ullstein)

¿Cuántos soldados soviéticos combatían en las filas de la *Wehrmacht*? Los Aliados occidentales tenían buenas razones para hacer esta pregunta, puesto que, a finales de octubre de 1944, más de 28.000 soldados rusos, con uniforme alemán, habían sido cercados en Francia y en Bélgica. El rumor de que estas fuerzas no eran sino parte de un ejército de renegados, mandado por un general ruso, resultaba desde luego bastante embarazoso para el Gobierno soviético. La historia del Ejército Vlasov es una mezcla de hechos reales y de invenciones propagandísticas, que tiene su justa correspondencia en los intentos de los soviéticos por constituir un ejército alemán antihitleriano con los supervivientes de Stalingrado.

Desde fines de 1942 a principios de 1944, la prensa de los países neutrales y la de los Aliados publicó, de vez en cuando, algunas sensacionales noticias que afirmaban que Alemania estaba organizando un Ejército soviético de liberación, destinado a combatir, codo con codo, con los alemanes contra el Ejército ruso. Casi al mismo tiempo, circularon análogos rumores acerca de fuerzas germanas, reclutadas por los rusos entre los prisioneros de guerra alemanes en la Unión Soviética y puestas a las órdenes del general von Seydlitz-Kurzbach, segundo comandante del *Feldmariscal* von Paulus en Stalingrado, ambos hechos prisioneros por los rusos.

Estos rumores, que circulaban sin interrupción en Gran Bretaña y en Estados Unidos, hallaron confirmación en 1943, en ciertas informaciones que aseguraban que tropas soviéticas con uniforme alemán se hallaban dislocadas en las regiones ocupadas de Francia y de Holanda. Por lo tanto, antes de iniciar la invasión de Francia, los Aliados se dirigieron al Gobierno soviético solicitando instrucciones acerca del tratamiento que debería darse a los ciudadanos rusos que se encontraban combatiendo en las filas alemanas. Los rusos rechazaron, indignados, esta pregunta por cuanto daban por seguro que ningún ruso se prestaría jamás a semejante traición.

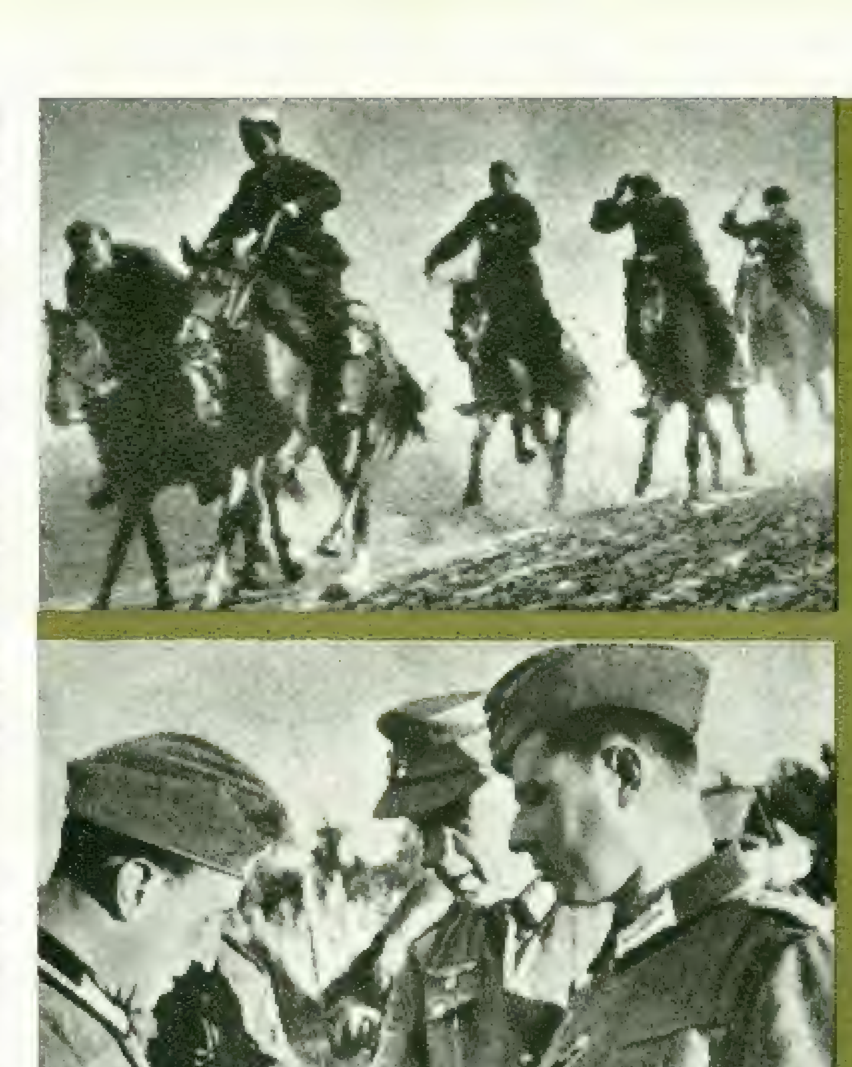
Y sin embargo, entre el 6 de junio y finales de octubre de 1944, tras las alambradas de los campos de prisioneros aliados se encontraban casi 28.000 rusos con uniforme alemán. Así, pues, lo que en principio sólo había sido un rumor, era ahora una realidad. Naturalmente, muchos se preguntaron cómo era posible que tantos rusos hubieran decidido pasarse al enemigo.

El motivo fundamental en que se inspiró el ataque alemán a la Unión Soviética fue la búsqueda de un *Lebensraum*, el arranque hacia una nueva expansión continental, análoga a la ya experimentada en el siglo XIX por Estados Unidos y por la propia URSS. Mas la expansión deseada por Hitler se diferenciaba de las precedentes en un aspecto fundamental: no se desarrollaría sobre un territorio relativamente deshabitado; por lo tanto, la esclavitud y la aniquilación de los pueblos sometidos constituía un punto cardinal de su política. De ahí derivaba una consecuencia lógica: el «Este» debía ser conquistado por la raza germana. La guerra contra la Unión Soviética no era una «cruzada contra el bolchevismo» y, por esta razón, Hitler no tomó ni siquiera en consideración la posibilidad de armar a los soldados soviéticos que se presentaban en las filas alemanas para combatir contra el Ejército ruso. «Sólo un alemán podrá llevar armas, no un eslavo, ni un checo ni tampoco un ucraniano», declaró, categóricamente, el 16 de julio de 1941.

Pero era inevitable que los comandantes de primera línea vieran las cosas desde un punto de vista totalmente distinto del que lo enfocaba el Alto Mando. La rapidez del avance alemán (que trajo como consecuencia una prolongación excesiva de las líneas de comunicación), la desfavorable proporción que acusaban los alemanes entre bajas y tropas de reserva, el gran número de prisioneros soviéticos y el evidente deseo de muchos de ellos de colaborar contra el régimen staliniano, fueron los factores determinantes que indujeron a algunos comandantes alemanes a seguir sus propias leyes. En un principio, los prisioneros empezaron a ser reclutados como conductores, intérpretes, agentes de la policía ferroviaria, y luego, casi en seguida como soldados de primera línea.

El mismo mes en que Hitler rechazaba toda forma de colaboración con la Unión Soviética, la División de infantería 134 alemana empezó a reclutar prisioneros rusos como tropas combatientes, con el mismo trato y privilegios que los soldados alemanes. Pronto, los soviéticos tuvieron ocasión de demostrar su valor como tropas de primera línea, por lo que, a fines de 1942, casi la mitad de la citada división estaba integrada por anti-

AL SERVICIO DE ALEMANIA



Tropas de caballería del Turquestán encuadradas en las fuerzas combatientes alemanas. Durante el verano de 1942, prestaban servicio en el Ejército alemán unos 500.000 ciudadanos soviéticos, y a fines de año, esta cifra alcanzaba casi el millón.

Soldados pertenecientes a un Cuerpo de Ejército voluntario constituido por valones. A partir del invierno de 1941-1942, estas tropas tomaron parte en muchas de las acciones desencadenadas por los alemanes contra el Ejército ruso, por ejemplo, en la batalla de Járkov y en la ofensiva sobre Rostov.



Tropas de caballería cosaca a la carga contra fuerzas del Ejército ruso. El primer destacamento de cosacos al servicio de los alemanes se constituyó en el verano de 1942: era el *Kosakenabteilung* 600, a las órdenes del antiguo comandante soviético de cosacos Kononov.



Artilleros del Ejército eslovaco. Cuando en 1938 se instauró en Eslovaquia el Estado títere, al servicio de Alemania, algunas divisiones eslovacas combatieron al lado de las tropas alemanas.

guos soldados rusos. Por iniciativa del general von Tresckow, jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos del Centro, se constituyó una brigada rusa a las órdenes del hijo del ex general zarista Sachatov.

Otros ejemplos como éste se repitieron una y otra vez, sobre todo en verano de 1942, cuando el Grupo de Ejércitos Sur penetró en el Cáucaso, esto es, en regiones habitadas por turcos, armenios, azerbaijanos, calmucos y georgianos, los cuales, en el mejor de los casos, se consideraban ciudadanos soviéticos... pero no rusos. Fue aquí donde se constituyó el primer destacamento de cosacos, el *Kosakenabteilung 600*, a las órdenes del ex comandante cosaco soviético Kononov. En verano de 1942, casi 50.000 ciudadanos de la Unión Soviética prestaban servicio en el Ejército alemán y, a fines de este mismo año, se llegó a 800.000 o a 1.000.000.

Intento de atraerse a los soviéticos

La batalla de Moscú demostró que la guerra-relámpago había concluido. Y puesto que las operaciones militares, por sí solas, ya no podían ser decisivas, era preciso añadir al esfuerzo material un nuevo tipo de guerra psicológica. La sección de «Ejércitos extranjeros orientales», del Servicio de Información del OKH, al frente del cual se hallaba el teniente coronel Gehlen, tuvo que llevar a cabo un gran esfuerzo para poder formular directrices políticas precisas en lo concerniente a los objetivos alemanes en la URSS. Los esfuerzos de Gehlen se basaban en las afirmaciones de muchos oficiales soviéticos, quienes aseguraban que la proporción de deserciones en el Ejército ruso aumentaría considerablemente en cuanto Alemania se comprometiera a constituir un Estado soviético libre, en lugar del régimen bolchevique. Esto daría a los ciudadanos soviéticos, dispuestos a colaborar, la sensación de tener un objetivo determinado.

Pero semejante idea estaba destinada a chocar, inevitablemente, con las de Hitler, que se basaban en el *Lebensraum*, esto es, en la simple explotación, cuyo ejemplo más evidente fueron las arbitrariedades del *Gauleiter* Koch en Ucrania.

También chocaban con los principios de Alfred Rosenberg, quien, en su calidad de ministro de los territorios orientales ocupados, intentaba dividir la Unión Soviética, transformando los distintos pueblos no rusos que la integraban en una zona de Estados nacionales satélites de Alemania. El contraste de estas tres políticas dominó –y lo que es aún más importante, hizo muy confusa– la política oriental de Alemania.

Precisamente en medio de esta controversia surgió la figura del capitán general Andrei Vlasov. Este general había sido hecho prisionero en 1942, y bajo la impresión de haber sido abandonado y, por añadidura, «tachado» del Alto Mando soviético, Vlasov pasó por una experiencia análoga a la del general alemán Seydlitz en Stalingrado: una vez hecho prisionero, no vaciló en colaborar con los alemanes contra el régimen staliniano. Para el grupo del OKH que aspiraba a una concreta colaboración ruso-germana, la defección de Vlasov fue una verdadera bendición del cielo.

Con Vlasov los alemanes habían capturado a uno de los más jóvenes y osados generales soviéticos, un general que, aunque desengañado ya de Stalin, estaba todavía animado de un indestructible espíritu patriótico; en el Alto Mando alemán, todos los que tenían un verdadero espíritu realista, sabían que en él habían encontrado, finalmente, a su «De Gaulle».

Vlasov se declaró dispuesto a colaborar con los alemanes casi inmediatamente después de la captura. Apenas dos meses más tarde, dirigió octavillas y cartas abiertas a sus antiguos compañeros del Ejército ruso, explicándoles las razones que le impulsaban a combatir contra Stalin. En el curso del año 1942, y a fines de 1943, se negó a exhortar a los soldados del Ejército ruso a la deserción, invitándoles, por el contrario, a rebelarse con las armas contra Stalin.





Grabado superior: escudo nacional del Estado de Croacia, coronado por la «U» del movimiento ustashi yugoslavo. Fotografía inferior: un croata perteneciente al personal aeronáutico en tierra. (History of the Second World War)

Los renegados soviéticos

Las ideas de Vlasov tenían que chocar, inevitablemente, con las de Rosenberg y, sobre todo, con las de Hitler. Siendo «un gran ruso», Vlasov no estaba de acuerdo con los diversos comités nacionales de las naciones orientales constituidas en Alemania, a cuyos representantes tuvo ocasión de conocer después de su traslado a una residencia especial que los alemanes destinaban a los más ilustres fugitivos y prisioneros soviéticos. En ella se encontraba el general Malyskin, que más tarde sería su segundo comandante. En Berlín se encontraba también el general Blagovescenskij, quien, antes de caer prisionero, fue comandante de la artillería costera soviética, y el general Truchin, antiguo jefe de Estado Mayor y oficial adscrito a las operaciones por el distrito militar báltico. Desde el punto de vista intelectual, el más versátil del grupo era Milentij A. Zykov quien, a pesar de tener tan sólo el grado de capitán del Ejército, había desempeñado las funciones de vicecomisario de una división soviética. Periodista de profesión y redactor de *Isveztia*, había sido desterrado a Siberia en el curso de las purgas; pero, al estallar la guerra, se le dejó en libertad. Estaba, por último, Georgi N. Zilenkov, ex funcionario del Partido comunista y antiguo secretario de uno de los mayores distritos de Moscú.

Tanto por su origen como por convicción, todos ellos eran «grandes rusos», y al brindárseles la oportunidad de actuar, intentaron oponerse a la política oriental de Rosenberg y rechazar los diversos consejos nacionales que insistían en la creación de repúblicas separadas, independientes de Rusia. El único grupo importante de connacionales que les apoyaba era el *Natzionalno-Trudovoi Sojuz* (NTS, unión nacional de trabajadores), un antiguo grupo de emigrados zaristas, fundado en Belgrado en 1930.

El primer plan de Vlasov, elaborado a fines de 1942, preveía la constitución, con ayuda alemana, de un comité nacional soviético, que él mismo dirigiría, con sede en Smolensk. La constitución de este comité debería ir precedida de la máxima publicidad, tanto a través de la radio como de la prensa, de carteles y de octavillas. En estos últimos figuraría el «manifiesto de Smolensk», cuyos puntos esenciales eran la abolición de las granjas colectivas, el restablecimiento de las empresas privadas, la garantía de una justicia social, la protección a la clase trabajadora ante la explotación, la libertad religiosa y de palabra, de reunión y de prensa y la liberación de todos los presos políticos.

Incluso sin contar con la aprobación oficial de Hitler, los secuaces de Vlasov y sus seguidores siguieron adelante en el desarrollo de los planes, y el comité quedó constituido en diciembre de 1942. Vlasov habló en público en algunas ciudades soviéticas ocupadas, y obtuvo resultados muy convincentes. Pero pronto Hitler se opuso a estos viajes. La radio y la prensa, controladas por los alemanes, no volvieron a hablar de la constitución del comité, y las octavillas con el «manifiesto de Smolensk» sólo pudieron ser lanzadas sobre las líneas soviéticas, pues su distribución en los territorios ocupados por los alemanes fue rigurosamente prohibida. Sin embargo, los alemanes que apoyaban a Vlasov consiguieron eludir esta orden y, amparándose en un «error de navegación», un avión alemán lanzó las octavillas sobre una zona ocupada.

El comité nacional soviético juzgó entonces que la mayor contribución que podía aportar a la causa era la formación de un Ejército de liberación ruso –el *Russkaia Osvoboditelnaia Armiia* (ROA)– que combatiera contra Stalin al lado de los alemanes. Naturalmente, el núcleo de este Ejército existía ya: se trataba de las *Osttruppen* y de las legiones nacionales que luchaban en las filas alemanas.

No obstante, después de Stalingrado y del fracaso de la ofensiva contra Kursk, el ritmo de las deserciones entre las tropas orientales aumentó de forma tan alarmante, como ya se ha dicho, que los alemanes se apresuraron a retirarlas del frente para utilizarlas en la lucha contra los movimientos de Resistencia en los países ocupados. En este aspecto, la gran lealtad demostrada por los cosacos impulsó incluso a Rosenberg, si no a apartarse de sus ideas, sí, por lo menos, a modificar su táctica, aceptando la difusión de un tipo



Cosacos rusos de la *Kosakenabteilung 600* encuadrados en las filas de la *Wehrmacht*, según una fotografía publicada por la propaganda alemana. *(History of the Second World War)*

de propaganda especial que prometía la formación de una fuerza antistalinista constituida por ciudadanos soviéticos; esta fuerza sería la ROA. El traslado de estas tropas a las regiones occidentales y sudorientales fue el primer paso para la reorganización y concentración de la ROA, que, una vez completada, regresaría al frente oriental para asumir el papel de unidad combatiente del comité nacional soviético.

Pero en resumidas cuentas, pese a las banderas, enseñas y condecoraciones, la ROA continuó siendo, sustancialmente, una ilusión propagandística alemana que nunca existió como verdadera fuerza unida, pese a todas las esperanzas de Vlasov. Sin embargo, tuvo un importante efecto colateral en los acontecimientos que se produjeron doce meses más tarde. Las actividades del movimiento de Vlasov se desarrollaban en el centro militar alemán de Dabendorf, en la periferia de Berlín. Allí se adiestraba a los agentes propagandistas, se componían e imprimían periódicos y se registraban los discursos radiofónicos; pero el adiestramiento propagandista implicaba, también, cierta preparación militar. Con este fin, Vlasov y sus seguidores alemanes consiguieron hacer llegar a Dabendorf, clandestinamente, comandantes y técnicos militares de grados superiores pertenecientes al Ejército ruso; de aquí acabó por surgir un verdadero y propio Estado Mayor General, un Estado Mayor que, por el momento, no tenía Ejército.

Para que este Ejército pudiera «materializarse» fue preciso que se produjera un nuevo «giro» del destino: la aprobación de Heinrich Himmler, el apóstol supremo del principio según el cual los eslavos eran *untermenschen* (infrahumanos). Gracias a la insistencia de Gunther D'Alquen, jefe de las unidades de propaganda de las SS, y a consecuencia también de los ataques desencadenados por el Ejército ruso, Himmler acabó por convencerse del potencial que representaba Vlasov y su proyectado Ejército. Por ello, en septiembre de 1944 recibió al general soviético. El resultado de la entrevista fue positivo, en particular porque el propio Vlasov había adoptado una actitud de compromiso en la cuestión de las nacionalidades, afirmando Himmler: «Cada pueblo obtendrá la libertad nacional, incluyendo el derecho de autodeterminación». La conclusión final fue la creación de un nuevo comité –el *Komitet Osvobozdeniia Narodov Rossiyi* (KONR, comité para la liberación de los pueblos de Rusia). Himmler prometió también que el KONR tendría su propio Ejército. Bajo el impulso de la situación general, Himmler consiguió asegurarse la escéptica aprobación de Hitler.

Una ceremonia fastuosa

La fundación del KONR se celebró en una ceremonia fastuosa en el Palacio Hradcany de Praga. La elección de la ciudad no fue casual: se trataba de una capital eslava, no alemana. El momento culminante de la ceremonia lo constituyó la adopción del «manifiesto de Praga», programa de una cruzada antibolchevique bastante significativo por dos razones. Ante todo, por la firmeza con que Alemania prometió su independencia («el KONR acepta, con satisfacción, la ayuda de Alemania a condición de que ello no sea en detrimento del honor ni de la independencia de nuestro país»); en segundo lugar, por la explícita negación o abjuración de la revolución bolchevique de 1917.

El nuevo comité obtuvo algunos buenos resultados. Una vez impartida la orden que preveía la constitución del Ejército del KONR, Vlasov no tardó mucho tiempo en tener dispuestas dos divisiones enteras, la 600 y la 650 *Panzergrenadier*, constituidas, principalmente, por trabajadores rusos en Alemania y por prisioneros de guerra. Las dos unidades alcanzaron muy pronto una fuerza de más de 50.000 hombres. El sueño de Vlasov parecía haberse realizado, por lo menos en parte. Este Ejército Vlasov, creado después de dos años de lucha contra los prejuicios antieslavos de los alemanes, nació demasiado tarde para poder ejercer una influencia decisiva en la marcha de la guerra en el frente oriental. Como había sucedido antes con la ROA, acabó resultando ineficaz.

Los renegados alemanes

Si el Ejército Vlasov no fue más que un fantasma, otro tanto puede decirse del Ejército Seydlitz. Este tuvo su origen en la capitulación del Ejército 6 alemán en Stalingrado. Como se sabe, Hitler reaccionó violentamente ante la capitulación de von Paulus. El día 1 de enero de 1943, examinando la situación en el Mando Supremo, se mostró sumamente agitado. «Dentro de poco (von Paulus) hablará por radio... ¡Veremos lo que ocurre! Y también Seydlitz y Schmidt hablarán.

Los encerrarán un par de días en una ratonera y, cuando salgan de allí, estarán dispuestos a hablar cuanto ellos quieran.»

En realidad, sólo dieciocho meses más tarde aceptó von Paulus la idea de lanzar un llamamiento, a través de radio Moscú, a las tropas alemanas. Mas, entre tanto, los rusos habían encontrado ya, entre los oficiales alemanes y otros hombres de rango inferior, la ayuda necesaria para preparar un formidable aparato propagandístico. El núcleo de este aparato lo constituían algunos alemanes desterrados, hombres como Walter Ulbricht, Wilhem Pieck y los poetas Johannes R. Becher y Erik Weinert. Muchos de ellos habían adquirido ya una gran experiencia en el arte de lanzar llamamientos a las tropas por medio de altavoces.

Estos llamamientos fueron siempre un rotundo fracaso. Ante todo, los alemanes tenían pocos motivos para sentirse derrotistas mientras iban de victoria en victoria; y en segundo lugar, el planteamiento de estas proclamas era totalmente equivocado.

Sin embargo, existen algunos indicios que demuestran que, hacia fines de 1941, los soviéticos empezaron a tomar en consideración soluciones alternativas; un ejemplo de ellas es la ayuda oficial concedida a un capitán del Ejército alemán hecho prisionero, el doctor Ernst Hadermann, un maestro de escuela que ya en 1942 fundara en su campo de prisioneros el primer grupo antifascista. En unos momentos en que los Ejércitos alemanes todavía estaban avanzando, este hombre demostró la fuerza de ánimo necesaria para dirigirse a sus compañeros y hablarles de la necesidad de derrocar el régimen nazi y devolver a Alemania su libertad democrática.

Poco después de la caída de Stalingrado, cuando los oficiales germanos fueron internados, el Ejército ruso encargó a algunos comunistas alemanes que hicieran un llamamiento invocando las tradiciones nacionales germanas, aun cuando esto significaba ignorar, o mejor, contradecir, los dogmas marxistas. Los argumentos utilizados por estos propagandistas eran el recuerdo de las tradiciones de cooperación ruso-germanas a partir de Pedro el Grande hasta la Convención de Taurage (Tauroggen), en 1812; el movimiento de reforma prusiano, las guerras de liberación e, incluso, la cooperación entre el *Reichswehr* y el Ejército ruso en los días de la república de Weimar. Afirmaban que la derrota de Stalingrado demostraba que Alemania ya no podía ganar la guerra.

Pese al nuevo tipo de argumentos que utilizaron y al hecho de que se apartaran de los dogmas ortodoxos, y pese al trato preferente de que gozaban los hombres a quienes iban dirigidos, lo cierto fue que los soviéticos no encontraron una acogida demasiado alentadora. Los comités de campo, constituidos con objeto de preparar el terreno para la formación de un comité nacional, fueron boicoteados por los comandantes superiores. En cambio, se mostraron más accesibles algunos oficiales de grado inferior; pero incluso en este caso se trató de una pequeña minoría. En junio de 1943, se constituyó un comité preliminar para la formación de un comité nacional a favor de una Alemania libre: *Nationales Komite für ein Freies Deutschland* (NKD); a él pertenecían Walter Ulbricht, Erik Weiner, el teniente conde Heinrich von Einsiedel, bisnieto de Bismarck, y un sargento alemán.

En su orden del día del 1 de mayo de 1943, Stalin declaró que su objetivo no era destruir el Ejército alemán, sino el régimen nazi. El 12 y el 13 de junio de 1943 se celebró en Krasnogorsk, cerca de Moscú, la conferencia en la que se constituyó el NKD. El esquema inicial del manifiesto presentado por los comunistas alemanes llevaba una fuerte carga ideológica marxista, y los delegados del Ejército alemán lo rechazaron. Al final, gracias a la ayuda de los mismos rusos, los elementos del Ejército lograron que se aprobaran ciertos cambios muy radicales. Lo firmaron 33 miembros del NKD: tres comandantes, dos capitanes, tres tenientes, tres alféreces, nueve suboficiales y algunos soldados rasos. El resto estaba integrado por fugitivos alemanes. Weinert fue elegido presidente y como vicepresidentes se nombró al conde von Einsiedel y al comandante Hetz.



Walter Ulbricht (a la izquierda), uno de los jefes alemanes del movimiento antinazi en la Unión Soviética y miembro del NKD, comité pro Alemania libre, constituido el 12 de julio de 1943, en el curso de la conferencia celebrada en Krasnogorsk. *(History of the Second World War)*

El manifiesto reclamaba la destitución de Hitler y la constitución de un fuerte componente ideológico que no tuviese «nada en común con la impotencia del régimen de Weimar». En el texto del manifiesto aparecían los viejos colores imperiales: negro, blanco y rojo, recurso que más tarde adoptaría también el periódico del NKD, el *Freies Deutschland*. Radio Moscú transmitió la noticia de la constitución del comité el 20 de julio de 1943, invitando al pueblo alemán a rebelarse contra Hitler y a «formar un gobierno realmente nacional de tendencia democrática». Al día siguiente, *Pravda* dedicaba toda una página a la reproducción del manifiesto y a un comentario de su contenido.

Pese a la importancia que la prensa y los noticiarios cinematográficos soviéticos otorgaron al acontecimiento, el efecto inmediato sobre los comandantes superiores alemanes fue bastante limitado. A fin de atraerse a algunos de ellos, los soviéticos decidieron fundar un «grupo de iniciativa», con objeto de constituir el *Bund Deutscher Offiziere* (BDO), federación de los oficiales alemanes. En julio de 1943, un nutrido grupo de generales alemanes (entre ellos Seydlitz y Korfes) fue trasladado a un campo de prisioneros en Liunovo, casi a 40 km de Moscú. Ninguno de ellos sabía con qué fin...

Wolfgang Leonhard, un ex comunista alemán, autor del libro *Hijo de la revolución*, nos informa que la creación del BDO estaba prevista para el 1 de septiembre de 1943; debía tratarse de una federación destinada a acoger a todos los oficiales que no estaban dispuestos a entrar en el NKD. Pero de pronto, y con gran sorpresa de todos, el acontecimiento fue aplazado.

Según Leonhard, otro extraño acontecimiento se produjo paralelamente a dicho aplazamiento. En las pruebas de imprenta de la primera página del *Freies Deutschland* aparecía un artículo de fondo cuyo título rezaba «Armisticio-La petición del momento». Se trataba, nada menos, que de una oferta de armisticio al Gobierno nazi. El artículo había sido aprobado por el redactor-jefe y el periódico estaba a punto de entrar en máquinas, cuando, sin previo aviso, fue eliminado ¿Qué había sucedido?

Según parece –y ello se confirmó más tarde– desde fines de 1942 el Japón estaba llevando a cabo algunos intentos para servir de mediador en el conflicto ruso-alemán y, lo que es más importante todavía se hallaban también en curso contactos entre el ministerio de Asuntos Exteriores germano y la Embajada soviética en Estocolmo. Durante aquel período y hasta principios de septiembre de 1943, los rusos habían hecho tres ofertas oficiosas de armisticio a través de canales no oficiales, con objeto de llegar a un acuerdo de paz basándose en las fronteras existentes el 30 de septiembre de 1939. La última serie de entrevistas que se celebraron (en septiembre) se interrumpió bruscamente por orden explícita de Hitler. No es desatinado imaginar que, precisamente a causa de estas negociaciones oficiosas, Rusia considerara oportuno minimizar al NKD y aplazar la constitución del BDO.

Pero, más tarde, con el pretexto de realizar nuevos sondeos para una paz ruso-alemana, el camino temporalmente cerrado se abrió de nuevo. Sin embargo, el 11 de septiembre de 1943, en el curso de la primera entrevista oficial en Liunovo, los generales alemanes prisioneros se mostraron totalmente opuestos a la idea de colaborar. Seydlitz leyó una resolución en la que se afirmaba que toda actividad de esta índole sería considerada como una puñalada por la espalda a la *Wehrmacht*. La conferencia se disolvió y los generales solicitaron volver a sus respectivos campos de prisioneros.

Mas aquella misma noche, inesperadamente, se produjo un golpe teatral. El general Melnikov, quien en 1941 defendió un sector de vital importancia en el frente de Tula, llegó de Moscú y durante toda la noche estuvo intentando doblegar la resistencia de Seydlitz, Lattmann y Korfes. Declaró, en nombre del Gobierno soviético, que en

cuanto el NKD y el BDO lograran que los jefes militares alemanes se volvieran contra Hitler –poniendo así fin a la guerra en el frente oriental–, la Unión Soviética garantizaría la supervivencia del Reich alemán con las fronteras de 1938 (que incluían Austria); en segundo lugar, también garantizaba la supervivencia de la *Wehrmacht* y, en tercer lugar, el compromiso soviético de no «bolchevizar» Alemania y apoyar, en cambio, un gobierno democrático.

Estas promesas resultaron decisivas. El BDO quedó oficialmente constituido y, en el curso de pocas semanas, pasó a ser parte integrante del NKD, en cuanto este último aceptó determinadas peticiones de los generales. Se constituyó de nuevo el *Presidium* del NKD: Weiner continuó en la presidencia pero, como vicepresidente fue nombrado Seydlitz.

¿Qué fue lo que indujo a Stalin a seguir esta línea de acción? Sucedía que, desde el momento de la invasión alemana, Stalin había solicitado de las potencias occidentales que reconocieran la frontera occidental de Rusia, incluidos los territorios arrebatados a Polonia en 1939; pero hasta aquellos momentos, tanto Estados Unidos como Gran Bretaña se habían negado a este reconocimiento. Mientras Churchill estaba dispuesto a ciertas concesiones por lo que respecta a los países bálticos, el secretario de Estado americano, Cordell Hull, se mostraba abiertamente contrario a cualquier compromiso de esta índole. Esto, unido al hecho de que los Aliados tardaban mucho en abrir el segundo frente, suscitó las sospechas de Stalin. Y puesto que la conferencia de Teherán entre los tres grandes estadistas era ya inminente, Stalin pretendía preparar todas sus bazas. Por otra parte, los alemanes se encontraban todavía en pleno corazón del territorio soviético, y recordando lo sucedido en Munich, ¿cómo iba a estar seguro de que apenas los Ejércitos soviéticos empezaran a avanzar hacia el Oeste, Hitler y los occidentales, impulsados por su común aversión al bolchevismo, no estipularían otro indigno acuerdo de aquella índole?

Mas, fuesen cuales fueran las razones, la Unión Soviética tenía en sus manos un triunfo: un elemento cuyo valor intrínseco podía aumentar o reducir a placer. Pero en el curso de la conferencia de Teherán este valor quedó reducido cuando, entre otras cosas, Gran Bretaña se comprometió a inducir al Gobierno polaco a aceptar las peticiones de la Unión Soviética en relación a la frontera occidental. Desde este momento, pareció que los temores occidentales de una paz por separado ruso-germana ya no tenían razón de ser. Puede ser significativo, en este sentido, el hecho de que, poco después de la citada conferencia, el general Melnikov fuera sustituido; en su lugar, como persona responsable de los enlaces con el NKD, se puso a un civil, que, deliberadamente, ignoró las garantías dadas a Seydlitz, Lattmann y Korfes en nombre del Gobierno soviético.

Entre tanto, el NKD había comenzado a actuar a través de sus diarios, emisiones radiofónicas y llamamientos dirigidos a los comandantes alemanes de las unidades desplegadas en primera línea del frente. Pero, tanto el periódico *Freies Deutschland* como las emisiones radiofónicas estaban sujetas a una rigurosa censura, lo que tuvo como consecuencia que el efecto directo de tal propaganda continuara siendo insignificante.

Propaganda nada más

Hacia fines de la primavera y comienzos del verano de 1944, la incapacidad de los miembros del NKD y del BDO para ejercer cualquier presión sobre los oficiales situados en la otra parte del frente era evidentísima. Además, tras las decisiones de Teherán, ambos organismos habían perdido toda su importancia política a los ojos de los soviéticos; por lo que, desde entonces, no fueron otra cosa que instrumentos de propaganda en manos de los rusos.

Este cambio tuvo inevitables repercusiones, que amenazaron separar el NKD del BDO. En un principio, Seydlitz no quiso limitarse a ser simple instrumento de la propaganda bélica soviética, mientras su colega Lattmann figuraba a la cabeza de los «radicales» que se le oponían. Se llevó a cabo una votación, y Lattmann obtuvo mayoría. A partir de entonces el NKD no representaría ya el movimiento de oposición al régimen hitleriano, ni tampoco el núcleo de un futuro gobierno alemán, ni lanzaría más llamamientos para un repliegue ordenado de los Ejércitos germanos; el slogan fue, en cambio: «Para sobrevivir, desertar y adherirse al NKD».

Poco después, dos acontecimientos se conjuraron para dar al NKD y al BDO nuevas perspectivas. Ante todo, el derrumbamiento del Grupo de Ejércitos del Centro alemán bajo el choque de la ofensiva soviética, entre junio y julio de 1944. Casi veintiocho divisiones alemanas, con un número aproximado de 350.000 hombres, fueron aniquiladas o hechas prisioneras. Entre los prisioneros se hallaba el segundo comandante del Cuerpo de Ejército XII, general Vincenz Müller. Tras esta derrota, llegó la que Leonhard describe como «la invasión de los generales» en el NKD y BDO. En diciembre de 1944, los rusos tenían en su poder unos ochenta generales alemanes, cincuenta de los cuales eran miembros de ambos comités.

El segundo acontecimiento fue la frustrada tentativa de asesinar a Hitler. En esta ocasión, el *Freies Deutschland* subrayó, en un artículo de primera página, la necesidad de que los socialdemócratas y los comunistas dejaran al margen sus prejuicios contra los generales prusianos y se unieran a ellos para actuar juntos contra el *Führer*.

Lo que en Alemania sucedió tras el fracaso de esta conjura y, particularmente, la ejecución del *Feldmariscal* von Witzleben, hizo que abandonara su reserva un hombre, que, hasta aquel momento, se había negado a tener relación alguna con el NKD y con el BDO: el *Feldmariscal* von Paulus. En efecto, a partir de este momento, se declaró dispuesto a proclamar públicamente la destitución de Hitler, a reconocer que los alemanes habían perpetrado atrocidades en los territorios ocupados y a adherirse al BDO. Pero se trataba tan sólo de una reacción temporal. Después de un último gran llamamiento firmado por cincuenta generales alemanes en diciembre de 1944, tanto el NKD como el BDO empezaron a entrar en una fase de declive. Las decisiones políticas de cierta importancia se tomaban en otro lugar y la colaboración de los generales alemanes ya no era necesaria. Una vez más los funcionarios comunistas alemanes empezaron a eliminar despiadadamente a todos los escépticos, haciéndoles deportar a Siberia. Muchas de las pequeñas unidades propagandistas que trabajaban con el Ejército soviético fueron reclamadas. El conde von Einsiedel, uno de los vicepresidentes del NKD, horrorizado por las violencias y saqueos perpetrados por el Ejército ruso, presentó una protesta oficial que tuvo por resultado, no precisamente una indagación sobre los hechos denunciados, sino el encarcelamiento de quien los denunció.

En el interior de Alemania las repercusiones de las actividades del BDO y del NKD se limitaron, casi exclusivamente, a rumores. Oficialmente, éstos eran desmentidos y considerados como mera propaganda soviética. Pero llegó un momento en que esto ya no fue posible. En abril de 1944, Seydlitz fue condenado a muerte en rebeldía y algunos familiares de los miembros del BDO fueron internados en campos de concentración. La SD, sección de las SS responsable del servicio informativo, en sus «informes a la opinión pública», informaba que en abril de aquel año, soldados con licencia procedentes del frente oriental habían hecho circular rumores según los cuales oficiales y soldados del Ejército de Stalingrado habían constituido, en Moscú, un gobierno nacional alemán en el exilio. El 2 de julio de 1944, dicha sección recogía también los rumores según los cuales la ofensiva soviética entonces en curso había sido ideada por Seydlitz; aspecto singularmente significativo de la forma en que los éxitos militares soviéticos se conciliaban con los prejuicios alemanes referentes a la inferioridad de los infrahumanos eslavos.

Estos rumores acerca de la existencia de un supuesto Ejército Seydlitz continuaron aumentando en Alemania, y, en efecto, contenían un germen de verdad, aunque pequeño. A partir del verano de 1944, los soviéticos reclutaron elementos de oposición entre los discípulos más prometedores de los cursos de doctrina «antifascista» recluidos en los campos de prisioneros. Los candidatos considerados idóneos seguían después un curso teórico de diez días. Luego se adiestraban para dos misiones precisas: infiltrarse en las líneas alemanas para difundir la sedición y crear núcleos de resistencia, o bien constituir tropas combatientes encuadradas en unidades del Ejército ruso como objetivos concretos.

En el primer caso, según sus cualidades específicas, los candidatos eran seleccionados para tres objetivos: ante todo, pasar tras las líneas alemanas, simplemente para ofrecer un cuadro favorable del tratamiento que los soviéticos reservaban a los prisioneros de guerra. El segundo objetivo consistía en volver a los territorios ocupados por los alemanes, con cartas dirigidas a personas particulares y otro material propagandístico que debían distribuir. Finalmente, a otros se les asignaban misiones de mayor alcance, como la formación de células de Resistencia y la preparación y ejecución de actos de sabotaje.

En el segundo caso, los hombres que se comprometían a llevar a cabo verdaderas misiones de combate fueron adiestrados en Ucrania desde mayo de 1944 en adelante. También éstos, que vestían uniformes soviéticos, eran sometidos a intenso adiestramiento teórico y militar. La proposición de participar en auténticas operaciones bélicas ya se había puesto en práctica, por parte alemana, mucho tiempo antes por iniciativa de algunos de los miembros más radicales del propio NKD. Por ejemplo, los ex miembros de la *Luftwaffe*, el capitán Gustav Schröter y el comandante Heinz Zorm, tuvieron permiso para formar parte de las unidades partisanas soviéticas que operaban en la retaguardia de las líneas alemanas.

Constituye un interesante aspecto de esta actividad el hecho de que si bien estas operaciones se desarrollaron nominalmente en el mando de la NKD y del BDO, ni el comité ni la federación tuvieron la menor información de ello.

Así pues, la historia del NKD y del BDO es una historia de fracasos, exactamente como la historia de la mayor organización soviética que se intentó oponer a Stalin: el Ejército Vlasov. Pero, en definitiva, estas dos historias no fueron otra cosa que un reflejo de la especial naturaleza de la segunda Guerra Mundial, en la que, por lo menos, se luchó en tres niveles. Desde el punto de vista de Alemania se trató, en una primera fase, de una guerra de reintegración nacional, de un desquite por el trato sufrido en Versalles; desde el específico punto de vista hitleriano, a partir de 1941, fue una guerra de expansión continental; por último, para todos los beligerantes fue una guerra de ideologías hostiles, que, en muchos casos, incidieron profundamente sobre tradicionales conceptos de lealtad nacional. Este aspecto halló, en el frente oriental, su más trágica expresión en las figuras de los generales Vlasov y von Seydlitz.

H. W. KOCH

Nació en Munich en 1933. Su versión personal de los últimos años de la guerra en Alemania (*Can I Forget?*) se publicó en Londres en 1960. En 1952 se estableció en Gran Bretaña, donde se doctoró en Historia y en estudios americanos en la universidad de Keele. Desde 1965 es lector de Historia Moderna en la universidad de York. Actualmente completa un volumen sobre la actual Alemania, realizando otros trabajos respecto a objetivos bélicos en Alemania durante la primera Guerra Mundial

Polonia y Alemania oriental, enero-febrero 1945

EL EJERCITO RUSO



Una columna motorizada soviética de abastecimiento cruza un puente sobre el Vístula, siguiendo a las tropas que, en el curso de la ofensiva del 12 de enero de 1945, en dirección a Polonia, llevaron a cabo el hundimiento del frente alemán. (Novosti Press Agency)

A principios de 1945, Alemania se hallaba en una situación extremadamente crítica. Sus Ejércitos habían sufrido graves derrotas en el frente oriental, especialmente en el curso de 1944. Además, el bloque nazi se había desintegrado, las fuerzas angloamericanas alcanzaban la Línea Sigfrido, la lucha llegaba al territorio alemán y el país entero se resentía duramente de la carencia de hombres y de armas. En realidad, Alemania se encontraba ya frente a la catástrofe inevitable, acorralada entre las fuerzas armadas de una formidable coalición. Era ya del todo evidente lo inevitable de la derrota militar. Las grandes pérdidas de territorios antes ocupados al Este y al Oeste habían reducido el potencial militar y económico del país hasta tal punto que ya no se hallaba en situación de sostener una lucha prolongada.

Los dirigentes alemanes basaban sus esperanzas en la probabilidad de prolongar la guerra y ganar el tiempo suficiente para que la coalición antihitleriana se desintegrase. Los nazis alimentaban la esperanza de que el desacuerdo entre el Gobierno americano y británico, de una prte, y el soviético de otra acabara por ser irreconciliable. Y aparte las gestiones diplomáticas encaminadas a acentuar y aumentar tal desacuerdo, la «camarilla» nazi tomó también algunas medidas enérgicas de tipo militar. En diciembre de 1944 los alemanes desencadenaron una potente ofensiva, cuidadosamente preparada, contra las fuerzas angloamericanas en las Ardenas. A su juicio, ello debería inducir a los jefes británicos y americanos a examinar de nuevo su actitud respecto a Alemania, haciéndoles más dúctiles acerca de una posible paz por separado. En caso de que tal tentativa triunfara, los alemanes podrían sustraer fuerzas del frente occidental y concentrar todos sus esfuerzos en el oriental, a fin de contrarrestar la poderosa ofensiva del Ejército ruso antes de que penetrase en profundidad en territorio germano.

El cuidado con que se preparó la ofensiva de las Ardenas y la sorpresa conseguida permitieron a los alemanes abrir una brecha en el frente del Ejército 1 americano y avanzar después hasta el Mosa, llegando así a amenazar los flancos de las fuerzas angloamericanas en Bélgica y en Holanda. A comienzos de enero de 1945, los alemanes atacaron de nuevo; esta vez, correspondió el turno a las fuerzas americanas del sector de Estrasburgo, que se vieron obligadas a abandonar la idea de lanzar una ofensiva que les permitiera llegar hasta el Rhin cruzarlo y avanzar hasta las regiones centrales de Alemania.

Churchill pide ayuda

Lo alarmante de la situación de los Aliados tras la contraofensiva alemana puede medirse por las declaraciones de numerosos generales americanos. Por ejemplo, el 4 de enero, el general Patton escribía en su diario: «Todavía podemos perder esta guerra». No fue, por lo tanto, casual que Winston Churchill pidiese ayuda al Gobierno soviético. En su carta a Stalin, con fecha del 6 de enero, escribía:

«La batalla en curso en Occidente es muy dura y podría ocurrir que el Mando Supremo se viera obligado a tomar decisiones de extrema gravedad. Por propia experiencia sabéis lo difícil que es la situación cuando se trata de defender un frente muy amplio después de una pérdida temporal de la iniciativa... Os agradecería me hiciérais saber si podemos contar con una gran ofensiva soviética en el frente del Vístula, o en otra parte, durante el mes de enero... Considero la cuestión urgente.»

Los rusos no pusieron objeciones, y en seguida concedieron la ayuda que solicitaban los Aliados. Stalin respondió a Churchill en estos términos: «Estamos preparándonos para la ofensiva; mas, por ahora, las condiciones atmosféricas nos son desfavorables. Sin embargo, teniendo en cuenta la situación en que se encuentran nuestros aliados en el frente occidental, el STAVKA ha decidido acelerar los preparativos y lanzarse, a lo largo de todo el frente central, a operaciones ofensivas en amplia escala contra los alemanes, a más tardar en la segunda quincena de enero, independientemente de las condiciones atmosféricas.»

Y aunque las fuerzas soviéticas no estaban todavía totalmente preparadas, la ofensiva se inició el 12 de enero, escasamente cinco días después de la respuesta de Stalin a Churchill.

El fuerte ataque soviético en la dirección Varsovia-Berlín, obligó al Mando alemán a desplazar rápidamente grandes masas de fuerzas hacia el frente oriental. Así, antes de finalizar el mes de

EN EL REICH

I.V.Parotkin, general de división

En enero de 1945, la breve calma que reinaba en el frente oriental fue interrumpida por un violento huracán: el Ejército ruso empezó a avanzar desde la cabeza de puente del Vístula y se lanzó hacia el Oeste, en dirección a las fronteras del Reich. En un mes, las vanguardias soviéticas ocuparon Polonia y gran parte de Checoslovaquia, alcanzando el Oder casi a 80 km de Berlín. Fue una operación tan masiva como brillante, que contribuyó en gran medida a aligerar la presión alemana sobre los angloamericanos en las Ardenas. Finalmente, la pesadilla de los alemanes se transformaba en realidad: la "horda bolchevique" invadía el suelo de su patria. El general de división Parotkin nos ofrece en el presente capítulo la versión soviética de esta operación decisiva.

enero, se habían trasladado al Este 11 divisiones, de ellas 4 *Panzerdivisionen* que formaban parte de la 6.ª *Panzerarmee SS*, hasta entonces en el frente occidental. De este modo, los alemanes se vieron privados de la posibilidad de explotar, en el Oeste, el éxito inicial, con lo que la ofensiva de las Ardenas se agotó.

Los jefes alemanes no tardaron en darse cuenta de que el destino de Alemania iba a decidirse en el Este, por lo que, sin dejar por ello de operar activamente contra las fuerzas angloamericanas, concentraron casi todos sus esfuerzos en el frente ruso-alemán. El punto de partida de sus planes era la hipótesis de que el Ejército ruso concentraría su esfuerzo principal sobre Prusia oriental y sobre el ala meridional del frente, en Hungría y en Polonia meridional. Y convencidos de que, por el momento, la dirección de Berlín no estaba en absoluto amenazada, creyeron que los rusos sólo desarrollarían en aquel sector una ofensiva local, cuyo objetivo sería asegurarse el mantenimiento de un contacto operativo entre los frentes elegidos para las operaciones principales.

Formulando así una valoración totalmente equivocada acerca de la forma en que podrían desarrollarse los acontecimientos, los alemanes tomaron medidas para reforzar las defensas en los flancos, utilizando para ello a las unidades de reserva y transfiriendo fuerzas desde la dirección central. Por ejemplo, en diciembre, el IV *Panzerkorps SS* fue transferido a Hungría desde la zona de Varsovia y, en el curso de noviembre y diciembre, también se hicieron afluir a Hungría casi 20 divisiones. El resultado de estos desplazamientos fue que, a principios de 1945, el Grupo de Ejércitos Sur tenía 12 *Panzerdivisionen* o divisiones motorizadas, mientras el Grupo de Ejércitos A, que defendía Berlín, sólo disponía de seis.

Los alemanes consideraron que, desplegando el grueso de sus fuerzas en el Sur, lograrían aniquilar el ala izquierda del Ejército ruso en Hungría, liberarían las fuerzas cercadas en Budapest, restablecerían el frente sobre el Danubio y se atrincherarían sólidamente. Una vez finalizada esta operación, transferirían las fuerzas restantes al sector central para reforzarlo de modo adecuado. La errónea previsión de la dirección en que iba a desencadenarse el ataque principal soviético hizo que las fuerzas alemanas desplegadas sobre la dirección Varsovia-Berlín se vieran obligadas a enfrentarse con el primer frente de Rusia Blanca y el primer frente ucraniano.

Pocos días antes de desencadenarse la ofensiva soviética, los alemanes comprobaron, con toda precisión, que ingentes fuerzas soviéticas estaban concentrándose, entre Varsovia y Jaslo, contra el Grupo de Ejércitos A; pero entonces ya era demasiado tarde para modificar su despliegue.

Decididos a desarrollar una actividad más enérgica en el Sur, los alemanes se prepararon para disponer fuertes defensas entre el Vístula y el Oder. En Polonia, por ejemplo, dispusieron con anticipación siete líneas defensivas, escalonadas en profundidad (casi 500 km), mientras procedían a fortificar pequeñas y grandes ciudades, disponiéndolas para una resistencia tenaz y prolongada.

La mejor posición fortificada era la más avanzada, la línea del Vístula. Estaba constituida por cuatro cinturones defensivos, tenía una profundidad de 30 a 70 km y se hallaba guarnecida por casi todas las fuerzas del Grupo de Ejércitos A. Al iniciarse la ofensiva soviética, esta línea era la única guarnecida, por cuanto se había establecido que las otras se utilizarían en el curso de la batalla para contener la ofensiva con fuerzas de reserva, a las que se unirían otras en retirada a medida que fueran llegando. La intención alemana era desbaratar la ofensiva soviética mediante una enérgica defensa sobre la línea del Vístula, a fin de que, aunque las fuerzas soviéticas lograsen romperla, luego se vieran obligadas a superar una serie de cinturones defensivos, dando así tiempo a que llegaran sus reservas, organizar una contraofensiva y restablecer la situación inicial.

Por lo tanto, era de gran importancia que las fuerzas soviéticas consiguieran profundizar rápidamente en el sistema defensivo escalonado en profundidad, a fin de alcanzar los cinturones defensivos intermedios sin detenerse. Como se verá más adelante, el Mando soviético tuvo en cuenta estas exigencias especiales al trazar sus planes, y tomó todas las medidas necesarias para que la zona de defensa táctica fuera rebasada rápidamente y el ataque conservara un ritmo acelerado durante todo el curso de la operación.

Los dos Grupos de Ejércitos encargados de aniquilar a los alemanes sobre la dirección Varsovia-Berlín eran el primer frente de Rusia Blanca, al mando del mariscal Zukov, y el primer frente ucraniano, al mando del mariscal Konev; con ellos colaboraría el cuarto frente ucraniano del general Petrov. Y, por último, en estrecha colaboración con todas estas fuerzas, actuaría el segundo frente de Rusia Blanca, del general Cernjachovski, al que se había confiado el mando de la operación en Prusia Oriental.

El mayor peso de la ofensiva recaía en el primer frente de Rusia Blanca y el primero ucraniano, por lo tanto fue en las zonas de su competencia donde se concentró el mayor número de fuerzas. En efecto, el 45% de los hombres, el 70% de los carros de combate y de cañones autopropulsados y el 43% de cañones, morteros y aviones de todo el Ejército ruso se concentró allí; el plan preveía también que a lo largo de la dirección principal de ataque se utilizara el grueso de las fuerzas móviles, esto es, cuatro de los seis Ejércitos acorazados de la Unión Soviética y nueve Cuerpos de Ejército acorazados, motorizados y de caballería autónomos.

Poder disponer de unas fuerzas móviles tan ingentes aseguraba, desde el principio, a la operación unas características de gran maniobrabilidad y dinamismo, y el STAVKA utilizó con amplitud las reservas de que disponía para crear sobre la dirección de Berlín una gran fuerza. En efecto, a excepción de dos Ejércitos mixtos, el conjunto de los diez Ejércitos mixtos y cuatro Ejércitos acorazados, que componían la reserva del STAVKA, fueron enviados al primer frente de Rusia Blanca o al primero ucraniano. De este modo, el STAVKA se aseguraba una superioridad aplastante sobre la dirección de Berlín.

El Ejército ruso se disponía, por lo tanto, a iniciar la operación Vístula-Oder en condiciones de franca superioridad. Mas, a pesar de las grandes pérdidas sufridas en los últimos años, la *Wehrmacht* seguía siendo todavía una fuerza que no podía despreciarse. El grueso de sus unidades se hallaba concentrado sobre el frente ruso-alemán: y ese grueso comprendía 3.100.000 hombres, 28.500 cañones y morteros, casi 4000 carros de combate y cañones autopropulsados y unos 2000 aviones de combate. Además, en otras unidades de diverso tipo, mantenidas en reserva o en la retaguardia, los alemanes disponían de más de 2.000.000 de hombres, 2700 cañones, unos 5400 carros de combate y más de 3000 aviones. Y puesto que el Alto Mando alemán seguía dedicando casi toda su atención al frente oriental, si fuera necesario estas fuerzas podrían utilizarse contra el Ejército ruso en cualquier momento.

LOS NUEVOS CARROS DE COMBATE PESADOS SOVIETICOS

El *JS-3*, que entró en servicio en 1945, era una nueva versión del *KV-1*, que en 1941 fue el primer carro de combate pesado soviético. La forma achatada de su coraza representaba una notable mejora respecto a los tipos intermedios *JS-1* y *JS-2*; pero también tenía algunos puntos negativos; por ejemplo, el espacio destinado a la tripulación y a las municiones de 122 mm era demasiado limitado. El *SU-100*, equivalente soviético del *Jagdpanzer* alemán, se había construido aprovechando el casco del *T-34*. Era potente, dotado de un cañón de 100 mm, pero, sin embargo, a veces presentaba ciertas limitaciones en su empleo táctico.



La planificación y preparación de un avance tan prolongado trajo consigo el acuciante problema de los abastecimientos y no les fue fácil a los rusos hallar una solución. Las fuerzas atacantes estaban operando fuera del país, bastante lejos de sus principales bases, y el transporte de grandes cantidades de material bélico resultaba bastante complicado; por otra parte, la precipitada acumulación de las reservas necesarias constituyó uno de los factores más importantes de esta fase preparatoria de la ofensiva.

El rodillo soviético

La operación puede dividirse en dos fases. En la primera (del 12 al 17 de enero) el frente alemán fue arrollado en una extensión de casi 500 km, se dispersó el grueso del Grupo de Ejércitos A y los atacantes prepararon el terreno para un rápido avance. En la segunda (del 18 de enero al 3 de febrero), el primer frente de Rusia Blanca y el primero ucraniano, secundados en ambos flancos por el segundo frente de Rusia Blanca y el cuarto ucraniano, se lanzaron en persecución de la *Wehrmacht* en retirada y aniquilaron a las reservas alemanas a medida que iban llegando; se apoderaron también del área industrial de Silesia, alcanzaron el Oder a lo largo de un amplio frente y lo cruzaron sin dilación, conquistando varias cabezas de puente en la orilla occidental y abriéndose camino para un sucesivo avance hacia Berlín y Praga.

En Polonia, la ofensiva se inició el 12 de enero, cuando el cuarto frente ucraniano atacó desde la cabeza de puente de Sandomierz; dos días más tarde, pasaba asimismo a la ofensiva el primer frente de Rusia Blanca.

El golpe desencadenado por el primer frente ucraniano fue decisivo; la mañana del primer día se hundió casi por completo el sistema defensivo alemán situado frente a la cabeza de puente de Sandomierz. Por la tarde, elementos de vanguardia de las unidades móviles, aprovechando el éxito inicial, alcanzaron el primer cinturón defensivo germano. Aquella misma noche, siguiendo la dirección principal de ataque, las fuerzas del mariscal Konev abrieron una brecha en el frente enemigo de 35 km de anchura por 16 a 20 de profundidad. La rapidez del avance y, sobre todo, la de los carros de combate, obligó al adversario a hacer afluir reservas de modo fragmentario, cosa que había intentado evitar a toda costa.

Aunque dura, la batalla por el primer cinturón defensivo retrasado fue breve y finalizó con la derrota total de las unidades acorazadas y motorizadas alemanas.

El grueso de las fuerzas del XXIV *Panzerkorps*, que había sido rechazado hacia el Norte, y los restos de las unidades de infantería que abandonaron la principal línea defensiva, intentaron establecerse en Kielce; pero los carros de combate y la infantería soviética del ala derecha entraron en escena para asegurarse el control de este importante reducto; hacia el día 15, después de un ataque combinado por el Este, Sur y Oeste, caía Kielce. La derrota sufrida por los alemanes en este sector y la conquista del reducto de Kielce hicieron que el flanco derecho de la fuerza de ataque principal pudiera considerarse eficazmente protegido, creando, por lo tanto, las condiciones adecuadas para una ulterior persecución hacia Breslau (Wroclaw).

El éxito logrado por la ofensiva de la fuerza de ataque principal facilitó la misión del ala izquierda del frente, que la aprovechó para avanzar por la orilla septentrional del Vistula hasta Cracovia. Con objeto de que la ofensiva se desarrollase rápidamente en dirección a esta importante ciudad, el mariscal Konev destacó, el 14 de enero, a lo largo de esta dirección, gran parte del segundo escalón del frente. Esta maniobra, oportuna y hábilmente realizada, permitió al ala izquierda apuntarse otro gran éxito, asegurando a la fuerza principal una notable protección por el Sur, y haciendo posible el aislamiento del Ejército 17 alemán del grueso del Grupo de Ejércitos A.

Así, el 15 de enero, todas las reservas que los alemanes habían concentrado frente a las fuerzas atacantes del mariscal Konev se habían dispersado. Los restos de estas unidades se retiraron precipitadamente, cubiertas por la retaguardia, hacia el cinturón defensivo a lo largo del río Pilica.

La ofensiva del primer frente de Rusia Blanca se había iniciado el 14 de enero y, ya en el curso de la primera jornada, las fuerzas del mariscal Zukov hundieron la principal línea defensiva alemana, avanzaron unos 12 o 18 km y abrieron dos grandes brechas en el frente alemán: una, de una extensión de 30 km, en la cabeza de puente de Magnuszew; otra, de 25 km, en la cabeza de puente de Pulawy. El Mando alemán intentó detener el avance soviético lanzando al campo las

CARRO DE COMBATE "JS-3"

Tripulación: 4 hombres. **Autonomía:** 184 km. **Velocidad:** 38,50 km/h. **Peso:** 46 t. **Armamento:** un cañón de 122 mm, una ametralladora de 12,7 mm y una ametralladora coaxial de 7,62 mm.

CAÑÓN AUTOPROPULSADO "SU-100"

Tripulación: 4 hombres. **Autonomía:** 288 km. **Velocidad:** 48 km/h. **Peso:** 32 t. **Armamento:** un cañón de 100 mm y una ametralladora de 12,7 mm.



reservas que se hallaban en posiciones intermedias. Pero este intento fracasó: dichas reservas fueron aniquiladas, una tras otra, antes de que el primer frente de Rusia Blanca hubiese empeñado en la batalla el grueso de sus unidades móviles.

Hacia el fin de la segunda jornada, la resistencia alemana en la principal dirección de ataque había sido rota. La brecha tenía una extensión de 120 km y su profundidad oscilaba entre 30 km (en Magnuszew) y 50 km (en Pulawy).

La tarde del 15 de enero se lanzaron a través de la brecha los elementos avanzados del 3.er Ejército Guardia y del Ejército Acorazado 4, seguido, a su vez, en el curso de la mañana siguiente, por el grueso de las fuerzas móviles del primer frente de Rusia Blanca. El mismo 15 de enero, el ala izquierda del frente pasó también a la ofensiva, atravesando el Vístula al norte de Varsovia; al día siguiente, sus vanguardias irrumpieron en la carretera Modlin-Varsovia y su avance, a lo largo de la orilla meridional del Vístula, amenazó con envolver a los alemanes situados en la zona de la capital polaca. Aprovechando el éxito conseguido por el grueso de las fuerzas del frente, el 16 de enero, el Ejército 1 polaco pasó a la ofensiva, desarrollando su máximo esfuerzo sobre el ala izquierda y atacando en dirección Noroeste, desde la zona al sudeste de Varsovia. Estas unidades polacas, al fin en su propio territorio, lucharon valerosamente.

La noche del día 17, el grueso del 2.º Ejército Acorazado Guardia alcanzaba las cercanías de Sochaczew, interrumpiendo la dirección de retirada alemana desde Varsovia hacia el Oeste y Sudoeste, mientras el Ejército 47, avanzando rápidamente a lo largo de la orilla meridional del Vístula, amenazaba desde el Norte a las fuerzas alemanas de Varsovia. En el curso de la mañana de aquel mismo día, las unidades de vanguardia del Ejército 1 polaco llegaron a los suburbios septentrionales y sudorientales de la capital, empezando a atacar la ciudad. Durante toda la jornada, en la periferia y en el interior de la urbe se desarrollaron encarnizados encuentros y, al anochecer, la capital polaca quedaba liberada. En el curso de los días que siguieron, los restos de las fuerzas cercadas al oeste de Varsovia fueron completamente eliminados, mientras el 1.er Ejército acorazado Guardia, lanzado en persecución del enemigo en retirada, alcanzaba la zona de Olszowiec.

En torno a las fuerzas alemanas que guarnecían la zona Kielce-Radom se formaba ahora una «bolsa» cuya profundidad había aumentado considerablemente tras los grandes éxitos del primer frente ucraniano en la dirección de Czestochowa; tras el hundimiento y el avance fulminante en dirección de Tomaszow-Mazowiecki, realizado por la fuerza de asalto principal del primer frente de Rusia Blanca y asimismo gracias a la estabilidad del frente a lo largo del Vístula, en el sector comprendido entre Josefov y Zawichost. Muchas de las unidades alemanas que se encontraban en dicha bolsa ya habían sido duramente derrotadas en torno a Kielce y Radom en los primeros días de las operaciones, mas el grupo que se hallaba en la zona de Ostrowiec era todavía muy fuerte. En efecto, comprendía el Cuerpo de Ejército XLII y restos de las unidades retiradas bajo la presión de las fuerzas del primer frente de Rusia Blanca, que se lanzó al ataque desde la cabeza de puente de Pulawy.

El Mando alemán intentó evacuar las tropas del saliente de Ostrowiec, pero no lo consiguió. El ala derecha del primer frente ucraniano atacó hacia Skarzyosko-Kamienna, mientras el ala izquierda del frente de Rusia Blanca apuntaba hacia Szydlowiec, a fin de enlazar con ella, logrando así aniquilar casi por completo al Cuerpo de Ejército XLII alemán. A fines del quinto día de la ofensiva (16 de enero), la defensa de los alemanes sobre el Vístula había sido destruida. Sus reservas se hallaban dispersas y los restos de sus unidades, a las que nadie estaba en situación de dar órdenes, combatían en grupos aislados o se retiraban precipitadamente hacia el Oeste.

Orden de acelerar las operaciones

Se había alcanzado, casi por completo, el primer objetivo y, por lo tanto, el 17 de enero de 1945 el STAVKA ordenó a los mariscales Konev y Zukov que acelerasen el avance de ambos frentes hasta el río Oder, con objeto de desarticular cuanto antes las líneas defensivas intermedias y derrotar a las reservas alemanas a fin de no dejarles tiempo de establecerse en posiciones defensivas preparadas. El mariscal Konev recibió, además, la orden de liberar Cracovia, desarrollando, al mismo tiempo, un ataque hacia Breslau y hacia la cuenca carbonífera de Dombrowski. Para envolver esta región desde el Norte, deberían utilizarse las fuerzas del segundo escalón, aún no



Arriba: cuando se preparaba la Operación «Vístula-Oder», el STAVKA efectuó una concentración masiva de fuerzas en el sector que se extendía desde Varsovia a Jaslo, guarnecido por el primer frente de Rusia Blanca y por el primer frente ucraniano, ambos encargados de la ruptura. En esta zona, en efecto, se concentró el 45 % de los hombres, el 70 % de los carros de combate y de los cañones autopropulsados y el 43 % de la artillería, morteros y aviones del Ejército ruso. Abajo: tropas soviéticas de infantería cruzan la ciudad de Cracovia, conquistada el 19 de enero de 1945 por las grandes unidades del flanco izquierdo del primer frente ucraniano. *(History of the Second World War) (Novosti Press Agency)*



empeñado (Ejércitos 21 y 59), así como parte de las reservas, consistentes en unidades de caballería.

Todas las operaciones posteriores, de ambos frentes, se desarrollaron de acuerdo con estas instrucciones del Mando Supremo.

Una característica peculiar de los combates que se sucedieron durante la segunda quincena del mes de enero fue que, a lo largo de todo el frente de la ofensiva, las fuerzas soviéticas persiguieron a los alemanes con una rapidez excepcional, sin detenerse ni de día ni de noche. La persecución se llevó a cabo a lo largo de todas las carreteras existentes en la zona de la ofensiva, e incluso fuera de ellas, en caminos y senderos improvisados. Durante este período, las mayores unidades acorazadas y mixtas avanzaron en columnas, llevando en cabeza destacamentos móviles destinados exclusivamente a la persecución.

Cuando había que rechazar algún contraataque en los flancos o neutralizar algún grupo numeroso de fuerzas alemanas, sobrepasadas por las fuerzas soviéticas, esta misión se confiaba a unidades destacadas, que, una vez eliminado el obstáculo, se reintegraban rápidamente a las fuerzas de vanguardia.

En este período, casi todos los combates los llevaron a cabo los destacamentos de vanguardia de las columnas móviles, cuya misión era vencer la resistencia de los diversos grupos de soldados alemanes que intentaban cerrarles el camino, pero no la de combatir contra grandes reductos, limitándose, por lo tanto, a desbordarlos y a dejar luego una pequeña fuerza de cobertura para vigilarlos. Apareciendo de improviso sobre las líneas de comunicación de los grandes grupos en retirada o de las fuerzas de la reserva que el Mando alemán enviaba para guarnecer las líneas defensivas o los reductos, las fuerzas móviles soviéticas amenazaban cercarlas, obligando así al enemigo a abandonar, sin oponer resistencia, los lugares que debía defender. En varias ocasiones, las fuerzas acorazadas irrumpieron en las grandes ciudades o alcanzaron posiciones defensivas adversarias mucho antes de que los alemanes tuvieran tiempo de guarnecerlas. En muchos casos, los destacamentos de vanguardia soviéticos se apoderaron de importantes reductos mediante ataques por sorpresa. Los destacamentos avanzados de las unidades mixtas operaban de igual modo, precediendo, a veces en más de 50 kilómetros, al grueso de las unidades, mientras que las fuerzas acorazadas, a su vez, precedían a las unidades mixtas en casi 100 km.

Perdida la batalla por la línea del Vístula y no hallándose en condiciones de contener a las fuerzas soviéticas a lo largo de líneas defensivas intermedias los alemanes empezaron a hacer afluir, apresuradamente ingentes fuerzas procedentes de la reserva, del frente occidental, de Italia, de Dinamarca y de otros sectores del frente oriental. Entre el 19 de enero y el 3 de febrero, elementos de 23 divisiones y más de 200 batallones autónomos fueron enviados a primera línea para oponerse al primer frente de Rusia Blanca: las fuerzas alemanas se vieron así incrementadas en más del doble respecto al número de los efectivos con que, inicialmente, contaba el Ejército 9. Más de 10 divisiones atacadas por el primer frente de Rusia Blanca fueron transferidas, durante el curso de las operaciones, a la zona operativa del primer frente ucraniano, en tanto llegaban también otras 7 divisiones y casi 150 unidades procedentes de otros sectores.

Ante esta situación, el primer frente de Rusia Blanca tenía que desbaratar los intentos alemanes de atrincherarse en el cuarto cinturón defensivo (la llamada «Línea Poznan»), cruzarlo y proseguir su rápido avance. Procediendo de forma que la ofensiva no perdiese su ímpetu inicial, las fuerzas del primer frente debían sobrepasar a las alemanas y alcanzar la quinta línea defensiva, que cubría las zonas fortificadas de la frontera germana en la zona del llamado «muro de Pomerania», a lo largo de los ríos Warta y Netze, así como la



El mariscal G. K. Zukov, comandante del primer frente de Rusia Blanca, que en la primera jornada del ataque, que se inició el 14 de enero de 1945, hundió la principal línea defensiva alemana sobre el Vistula. *(History of the Second World War)*



El mariscal Rokossovskij, comandante del segundo frente de Rusia Blanca, cuyas tropas, junto con las del cuarto frente ucraniano, apoyaron en los flancos el esfuerzo principal de la ofensiva soviética en Polonia. *(History of the Second World War)*



El mariscal Konev, comandante del primer frente ucraniano. Desarrollando la ofensiva en dirección al Oder con la máxima celeridad, Konev impidió que los alemanes constituyeran una línea defensiva sobre las orillas del río. *(History of the Second World War)*

El golpe desencadenado contra los alemanes en Polonia por el primer frente ucraniano y el primer frente de Rusia Blanca, respectivamente los días 12 y 14 de enero de 1945, fue irresistible: el día 17 de enero la principal línea defensiva alemana sobre el Vistula fue arrollada y el STAVKA ordenó a los mariscales Konev y Zukov que acelerasen el avance hasta el Oder, mientras sus fuerzas eran protegidas en los flancos por las acciones del cuarto frente ucraniano y del segundo frente de Rusia Blanca. En el curso de esta operación, el Ejército ruso persiguió a los alemanes con rapidez excepcional, cercando a menudo muchas unidades en retirada. El 25 de enero, el primer frente de Rusia Blanca hundió la Línea Poznan, y el 31 su ala izquierda alcanzó y cruzó el Oder, al norte de Küstrin. El 19 de enero, las unidades en cabeza del ala derecha del primer frente ucraniano entraban en territorio alemán y, pese a la tenaz resistencia enemiga en el Oder, el día 25 las fuerzas soviéticas ya habían establecido numerosas cabezas de puente en la orilla occidental del río; en el flanco izquierdo, los Ejércitos 59 y 60 desbordaron por el Norte a las fuerzas alemanas en Silesia, obligándolas a emprender una rápida retirada. El 28 de enero, las tropas soviéticas ocuparon la ciudad de Katowice y el día 29 caía en su poder la zona industrial de Silesia.



Cañón contracarro soviético actuando durante las últimas acciones ofensivas por la conquista de Varsovia. Después de haber cruzado el Vistula, al norte y al sur de la capital polaca, las fuerzas del primer frente de Rusia Blanca atacaron frontalmente la ciudad, que fue conquistada el 17 de enero de 1945 por el Ejército 1 polaco. *(Archivo Ruzoh)*

región fortificada de Meseritz, al este de Frankfurt, y las zonas fortificadas y la línea defensiva sobre la orilla occidental del Oder.

A pesar de que, a lo largo de las direcciones de acceso a la Línea Poznan la resistencia alemana se hacía cada vez más obstinada, el ritmo del avance mantuvo todo su ímpetu. Entre el 20 y el 22 de enero, las fuerzas avanzaron de 135 a 145 km, alcanzando la citada línea en toda su extensión. Un importante reducto de la misma, la ciudad fortificada de Bydgoszcz (Bromberg), cayó el 23 de enero, tras un movimiento envolvente realizado por el ala derecha del primer frente de Rusia Blanca. Al atardecer del día 25, la Línea Poznan había sido rota en toda su longitud por los carros de combate y, parcialmente, por las unidades mixtas.

Mientras los Ejércitos del ala izquierda del primer frente de Rusia Blanca se abrían camino hacia el Oder, en la derecha se creó una situación bastante crítica. Las fuerzas del contiguo segundo frente habían efectuado una conversión hacia el Norte para cercar a los alemanes en Prusia oriental y el primer frente había avanzado a su flanco para mantener el contacto; esta maniobra determinó una extensión excesiva del ala derecha que, el 28 de enero, tuvo que cubrir más de 160 km con fuerzas totalmente inadecuadas. Entonces el Mando alemán decidió aprovechar esta situación para atacar el flanco de la fuerza principal del primer frente de Rusia Blanca, y con este fin empezó a concentrar apresuradamente un fuerte contingente de tropas en Pomerania oriental.

El mariscal Zukov quería llevar a término, lo antes posible, la misión principal que se confiara a su frente –esto es, alcanzar el Oder y establecer una cabeza de puente al otro lado– y, por lo tanto, no tomó ninguna medida inmediata para neutralizar a las fuerzas alemanas que iban concentrándose en Pomerania; sin embargo, a fin de proteger su flanco, se vio obligado a confiar una misión de cobertura a parte de su fuerza de ataque –el segundo escalón– y a algunas unidades de reserva (3.er Ejército de asalto, Ejército 4 y Ejército 1 polaco).

La fuerza de ataque prosiguió su rápida ofensiva, y el 31 de enero el 2.º Ejército Acorazado Guardia y el Ejército 5 de asalto alcanzaron y cruzaron el Oder al norte de Küstrin. La tarde del 3 de febrero, el 1.er Ejército Acorazado Guardia, el 8.º Ejército Guardia, el Ejército 33 y el Ejército 69 habían alcanzado el río y rastrillado la orilla oriental, a lo largo de todo el sector, al sur de Zeden. Los alemanes ya sólo conservaban un precario punto de apoyo, en Küstrin y en Frankfurt, en tanto las fuerzas soviéticas se hallaban sólidamente establecidas en cabezas de puente al norte y al sur de Küstrin. El primer frente de Rusia Blanca había llevado a término una de las más grandes operaciones organizadas por el Ejército ruso.

Mientras tanto, el primer frente ucraniano había continuado su inexorable persecución en dirección a Breslau: el 19 de enero, sus unidades de vanguardia penetraban en territorio alemán, seguidas, entre el 20 y el 23, por el resto del grupo de ataque. Este éxito dio a las tropas un extraordinario ímpetu político y moral, y al encontrarse en suelo alemán empezaron a batirse con redoblado vigor. Pero, cuanto más avanzaban, tanto más tenaz se hacía la resistencia alemana y con mayor frecuencia tenían que rechazar sus contraataques, apoyados por carros de combate y por la aviación. Sabían, sin embargo, que el enemigo estaba realizando su último esfuerzo y, animados por esta certeza, volcaban todas sus fuerzas en el intento de aniquilar, lo más rápidamente posible, aquella desesperada resistencia.

El paso del río Oder

Puesto que los intentos para contener el ataque del primer frente ucraniano habían fracasado, el Mando alemán se preparó para librar una batalla defensiva a orillas del Oder. No obstante, el mariscal Konev tomó todas las medidas necesarias para llevar sus fuerzas hasta dicho río en el menor tiempo posible, a fin de cruzarlo antes de que los alemanes tuvieran tiempo de organizar una defensa eficaz. En las divisiones del primer escalón desplegaban grandes unidades móviles. Se trataba de infantería motorizada, carros de combate, cañones autopropulsados y vehículos acorazados para el transporte del personal auxiliar; estas fuerzas tenían la misión de continuar la ofensiva sin perder contacto con las unidades de carros de combate, profundizar en las defensas alemanas y alcanzar el Oder, apoderándose de los puntos de cruce sobre el río y defenderlos hasta la llegada de las fuerzas del frente.

Las fuerzas aéreas operaron en estrecha colaboración con las tropas de tierra, cuyo éxito se vio favorecido por las incursiones aéreas llevadas a cabo sobre las concentraciones de las reservas alemanas, así como en los puntos de cruce sobre el poder y sobre las fortificaciones de las principales líneas defensivas.

Cuando el Grupo de ataque (3.er Ejército Acorazado Guardia, Ejército Acorazado 4, 3.er Ejército Guardia, Ejército 13 y Ejército 52 mixto) se dirigió hacia el Oder, los Ejércitos 59 y 60 del flanco izquierdo del frente se hallaban sensiblemente retrasados; y con objeto de cerrar este vacío, el mariscal Konev hizo avanzar hacia el sur de la zona de Namslau al 3.er Ejército Acorazado Guardia y al I Cuerpo de Ejército de Caballería Guardia, enviándolos a lo largo de la orilla oriental del Oder a través de las retaguardias alemanas. Esta oportuna maniobra sorprendió por completo a los alemanes, que se vieron obligados a batirse apresuradamente en retirada sobre un amplio frente. Entonces, las tropas que se encontraban sobre el flanco izquierdo de la fuerza de ataque aceleraron de súbito el ritmo del avance, y, en consecuencia, la noche del día 22 fueron las primeras en alcanzar el río. En las últimas horas del día 25, toda la fuerza de ataque había alcanzado el Oder, entre Keben y Oppeln, atravesándolo y apoderándose de varias cabezas de puente en la orilla occidental. En el curso de los últimos días del mes de enero se trabaron duros combates para ampliar estas cabezas de puente.

Mientras el enemigo derrotado era acosado desde el ala derecha y desde el centro por el primer frente ucraniano, en la izquierda se desencadenaba una lucha violenta por la posesión de Cracovia. El ataque de los Ejércitos 59 y 60 en dirección a la ciudad, a lo largo de la orilla septentrional del Vístula, y el del Ejército 38 del cuarto frente ucraniano en dirección a Nowy Sacz, consiguieron que el Ejército 17 alemán se encontrase envuelto en profundidad por ambos lados; a fin de evitar el peligro de un cerco total, el Mando alemán decidió retirar el Ejército a Cracovia. En efecto, el 16 de enero empezó a retirarse rápidamente a lo largo de todo el frente, excepto en los flancos, donde continuó oponiendo una obstinada resistencia. El ala izquierda del primer frente ucraniano se lanzó inmediatamente en su persecución, y el 18 de enero cruzaba el curso bajo el Dunajec.

Casi al mismo tiempo, parte de las fuerzas alcanzaba el río Biala y conquistaba Tarnow, un gran reducto alemán e importante nudo ferroviario. Además, el 18 de enero, mediante una hábil maniobra, los Ejércitos 59 y 60 cercaban Cracovia, mientras las unidades acorazadas empezaban a batirse por el dominio de los suburbios septentrionales. Tras una dura lucha en el perímetro defensivo exterior y en el interior de la ciudad misma, el 19 de enero quedaba liberada la que fue antigua capital polaca.

Perdida Cracovia y puesto que el primer frente ucraniano estaba descendiendo sobre Breslau con toda la potencia de sus fuerzas acorazadas, los alemanes no tenían otra alternativa que retirarse cuanto antes al sudeste de la ciudad, puesto que el menor retraso podía significar que las fuerzas desplegadas en aquel sector quedasen cercadas o aniquiladas. Mas, a pesar de resignarse a que sus fuerzas se retirasen sobre el Oder, los alemanes decidieron que debían contener, a toda costa, la ofensiva soviética en la dirección de Katowice y a lo largo de la orilla oriental del Oder. Si lo conseguían, no sólo conservarían la importante región industrial de Silesia, sino que también se amenazaría el flanco izquierdo del primer frente ucraniano. Era, pues, muy importante para los rusos que dicho frente se apoderase cuanto antes de Silesia.

De acuerdo con las órdenes impartidas por el STAVKA, el 17 de enero, el Ejército 21 (perténe-







Arriba, a la izquierda: Auschwitz. Dos prisioneras conducidas fuera del recinto por soldados soviéticos. Perseguidos de cerca por el Ejército ruso, los alemanes abandonaron también los "campos del horror".

Arriba, a la derecha: un médico soviético presta los primeros auxilios a los prisioneros del campo de Oswenciyn.

Al lado: artilleros alemanes en las operaciones defensivas de Breslau.

ciente al segundo escalón del frente) y algunas unidades de caballería de la reserva desplegaron en la zona de Miechow para desencadenar un ataque en dirección a Zawiercie y Tarnowski Gori. El 19 de enero, estas fuerzas hundieron las defensas alemanas en el río Warta y, en el curso de la noche siguiente, desbordaron por el Norte a los alemanes presentes en Silesia. El día 23, su ala derecha alcanzó el Oder cerca de Oppeln, mientras el flanco izquierdo se extendía hasta Tarnowski Gori y Byton (Beuthen). El mariscal Konev decidió entonces enviar el 3.er Ejército Acorazado Guardia hacia el Sudeste, a retaguardia de los alemanes, a fin de obligarles a retirarse de la zona industrial ante la amenaza de un envolvimiento. Según las directivas del STAVKA, se había decidido no cerrar el cerco en torno a las fuerzas alemanas de Silesia ni obstaculizar la retirada de la zona industrial; lo que se deseaba era empujar a los alemanes lejos de esta zona, con la intención de no poner en peligro las valiosas instalaciones que allí había.

Esta maniobra logró un éxito brillante. Un ataque decisivo, desencadenado por las fuerzas soviéticas desde el Este y desde el Nordeste, paralelo al envolvimiento parcial que ahora amenazaba a la región entera, indujo a los alemanes a abandonar apresuradamente las ciudades de la Silesia polaca, retirándose hacia el Sudoeste. Las tropas soviéticas ocuparon Katowice, centro de la cuenca carbonífera de Dombrowski, el 28 de enero, y el 29 toda la zona industrial había sido rastrillada, mientras las fuerzas alemanas, en retirada, fueron rápidamente aniquiladas en los bosques que se extendían al Oeste.

El día 30 de enero, el ala izquierda del primer frente ucraniano había alcanzado el Oder, consiguiendo conquistar cabezas de puente en su orilla occidental.

El cuarto frente colaboró estrechamente con el primero atacando a través de los Cárpatos occidentales, en un frente de 200 km, entre Jaslo y Kosice. Durante todo el mes de enero, sus fuerzas avanzaron a través del escarpado terreno montañoso y boscoso de Polonia y de Checoslovaquia, extendiéndose hacia el Oeste, en una profundidad comprendida entre los 100 y los 200 km; a fines de mes alcanzaron la línea Bielsko-Viala-Zakopane. En el curso de la ofensiva, el frente infligió duras pérdidas al Ejército 17 y a la *Panzerarmee*, manteniendo empeñadas fuerzas que los alemanes hubiesen deseado emplear en otros sectores; además, con su acción, logró que el primer frente ucraniano no tuviera que preocuparse de proteger el flanco izquierdo mientras limpiaba de alemanes la región industrial de Silesia y avanzaba hacia el Oder. Debe añadirse a ello que, gracias a los importantes progresos realizados hacia el Oeste, el cuarto frente ucraniano consiguió, a su vez, que el segundo frente pudiera avanzar, en dirección Nordeste, su ala derecha hacia checoslovaquia.

En el curso de los combates sostenidos sobre suelo checoslovaco, los soldados del Cuerpo de Ejército de este país combatieron una vez más con gran valor al lado de las tropas del cuarto frente



El Ejército ruso ha penetrado en suelo germano, y en la línea de la frontera las señales de carreteras, en alemán, se sustituyen por otras en lengua rusa. En el curso de la ofensiva del mes de enero, el Ejército ruso aniquiló treinta y cinco divisiones alemanas, infligiendo a las fuerzas enemigas bajas que casi llegaron a 500.000 hombres, capturando además 14.000 piezas de artillería y morteros, unos 1400 carros de combate, más de 19.000 ametralladoras y un total de 1300 aviones. *(History of the Second World War)*

ucraniano, revelándose como verdaderos patriotas y valientes soldados.

Treinta y cinco divisiones alemanas aniquiladas

La llegada al Oder del primer frente de Rusia Blanca y del primero ucraniano, así como la conquista de cabezas de puente en la orilla occidental del río, representaron una de las más grandes operaciones estratégicas realizadas por el Ejército ruso en el curso de la guerra.

La ofensiva de enero, por parte de los tres frentes soviéticos, significó, para el Grupo de Ejércitos A alemán, una serie de graves derrotas: casi treinta y cinco divisiones alemanas fueron aniquiladas, mientras otras veinticinco perdieron entre el 60 y el 70 % de sus efectivos. En el curso de la ofensiva, las fuerzas soviéticas destruyeron, además, un gran número de unidades aisladas, transferidas a este sector para reforzar al citado Grupo de Ejércitos A. En efecto, durante la operación Vístula-Oder, los alemanes habían empleado casi cuarenta divisiones suplementarias, retiradas principalmente de los frentes occidental o italiano o bien de la reserva. Las bajas alemanas se elevaban a cerca de 500.000 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros; cayeron, además, en manos de los soviéticos más de 1300 aviones, unos 1400 carros de combate o cañones autopropulsados, más de 14.000 cañones y morteros y más de 19.000 ametralladoras.

Durante las operaciones, el Ejército ruso avanzó cerca de 550 km, liberó Polonia y gran parte de Checoslovaquia, alcanzó el Oder en un amplio frente, se aseguró numerosas cabezas de puente en su orilla occidental y se estableció a una distancia entre 80 y 160 km de Berlín.

Al desencadenar en profundidad el golpe frontal, las fuerzas soviéticas rompieron el frente estratégico alemán, aislando el Grupo septentrional que se hallaba concentrado en Prusia oriental y en Pomerania, del meridional, presente en Checoslovaquia y en los Balcanes. Esto permitió al Mando soviético aniquilar, en breve tiempo, las fuerzas alemanas desplegadas en el flanco.

Uno de los aspectos más destacados de las operaciones Vístula-Oder fue la grandiosidad de sus proporciones.

La idea de una operación «en profundidad» se había concebido durante la fase de elaboración de un plan encaminado a derrotar a una gran fuerza, como era la del Grupo de Ejércitos A. Las directivas del STAVKA preveían, por ejemplo, que el primer frente de Rusia Blanca cubriera una distancia comprendida entre los 30 y los 350 km, y el primer frente ucraniano una distancia comprendida entre los 280 y los 300 km. En realidad, el avance acabó alcanzando aún mayor magnitud de cuanto preveían los planes; ello demuestra el realismo con que el Alto Mando soviético había repartido las fuerzas disponibles entre los diversos frentes, así como el alto grado de habilidad adquirido por los comandantes del Ejército ruso al emplear sus recursos para hacer frente al desarrollo de una situación concreta. Todo esto tuvo su expresión más significativa en la forma en que se organizaron las fuerzas atacantes, así como en el despliegue de las tropas. Además de poder contar con primeros escalones fortísimos, frentes y Ejércitos disponían también de segundos escalones y de agrupaciones móviles y de reservas.

La habilidad del Mando soviético también quedó demostrada en su forma de situar los grupos de ataque en las cabezas de puente de partida. A pesar de su limitada extensión (Magnuszew 818 km², Pulawy 303 km² y Sandomierz 3864 km²), en las citadas cabezas de puente se concentraron, antes de iniciar las operaciones, las fuerzas siguientes: en Magnuszew, 2 Ejércitos mixtos, 2 Ejércitos acorazados, 1 Cuerpo de caballería y otro de artillería; en Pulawy, 1 Ejército mixto, 1 Cuerpo de Ejército de caballería y 1 acorazado; en Sandomierz 3 Ejércitos mixtos, 1 Ejército acorazado, 2 Cuerpos de Ejército acorazados y 1 de caballería y 2 divisiones de artillería de ruptura. En las cabezas de puente de Magnuszew y de Pulawy, el primer frente de Rusia Blanca concentró, además, 14.000 piezas de artillería y morteros y 768 carros de combate y cañones autopropulsados; mientras el primer frente ucraniano concentró casi 1200 piezas de artillería y 1434 carros de combate y cañones autopropulsados.

Naturalmente, una concentración de tropas y de armamento tan inmensa comportaba el riesgo de pérdidas gravísimas por obra de la artillería o la aviación alemanas. Pero tal concentración se llevó a cabo en el máximo secreto, aprovechando las horas de oscuridad, y, por otra parte, la aviación soviética gozaba de una total y absoluta supremacía.

El difícil problema de hundir el sistema defensivo alemán escalonado en profundidad y de superar los obstáculos que representaban los grandes ríos fue, asimismo, resuelto con gran habilidad por los comandantes soviéticos, los cuales no sólo desplegaron las fuerzas en profundidad, sino que además supieron efectuar una decisiva concentración de hombres y de equipo sobre la dirección del ataque principal. El hundimiento inicial se llevó a cabo con resultados excelentes gracias al eficaz empleo de grandes unidades móviles, que permitieron desarrollar la ofensiva a gran velocidad y adelantarse a los alemanes en sus intentos de organizarse sobre posiciones defensivas intermedias.

Asimismo, el método elegido para las operaciones (profundos ataques frontales a lo largo de diversas direcciones, con el fin de romper el frente alemán y después destruir, uno tras otro, los grupos aislados) resultó eficacísimo. También se resolvieron los problemas inherentes a la persecución a través de largas distancias; en efecto, las tropas de los frentes acosaron a los alemanes sin tregua unos 14 ó 16 días, cubriendo distancias comprendidas entre los 400 y 600 km, a un ritmo medio de 30 a 35 km diarios para las fuerzas mixtas y de 40 a 45 km para las fuerzas acorazadas y motorizadas.

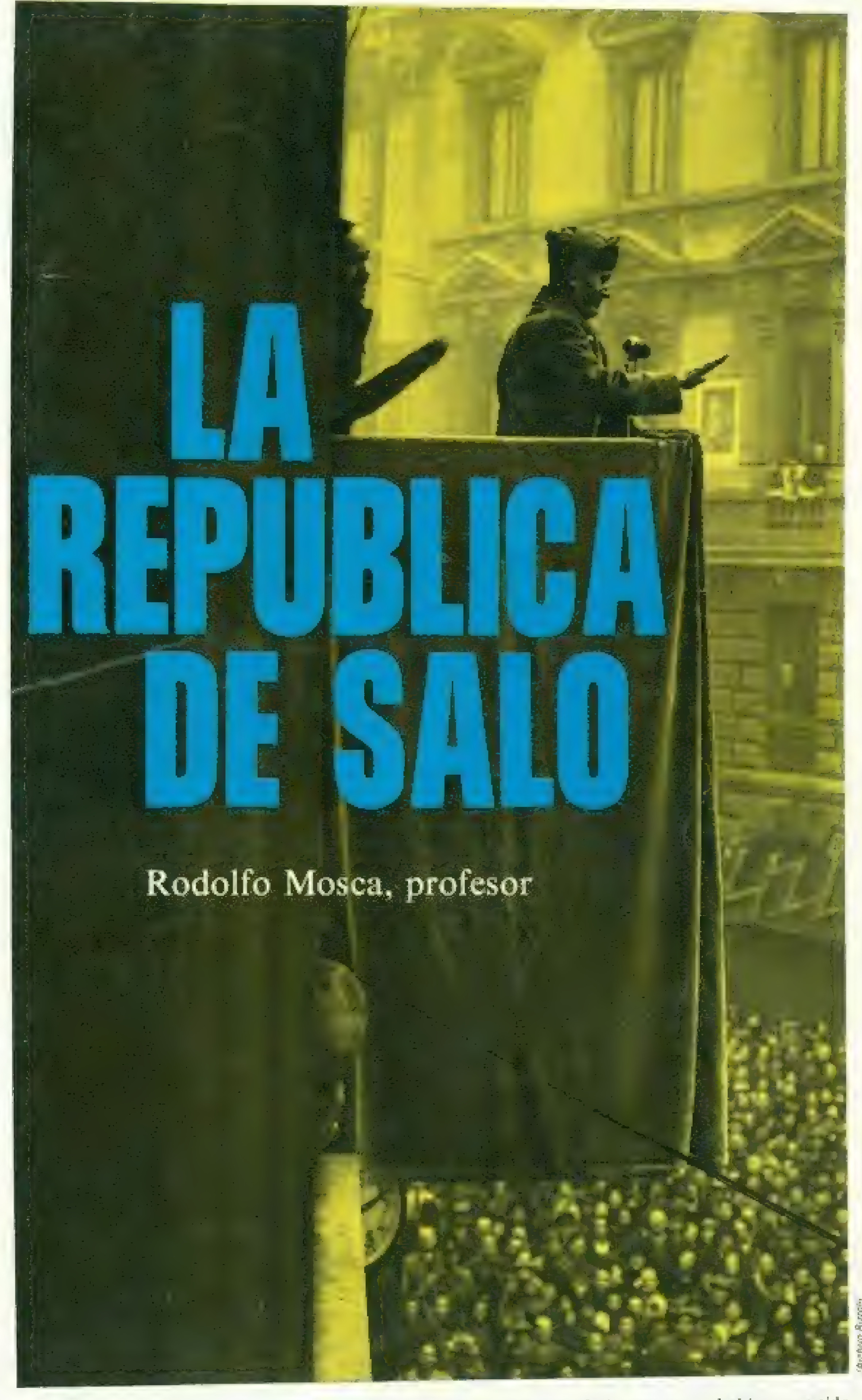
Los Ejércitos acorazados y los Cuerpos de Ejército acorazados, mecanizados y de caballería contribuyeron, en medida eficaz, a acelerar el ritmo de la persecución, precediendo a menudo al grueso de las fuerzas entre 30 y 100 km; varios grupos alemanes fueron así cercados y destruidos a gran distancia de la línea de partida.

La vasta escala a la que se habían concebido las operaciones Vístula-Oder y la habilidad con que las fuerzas soviéticas la realizaron, suscitaron entonces unánimes aprobaciones. En una carta del 27 de enero, Winston Churchill escribía a Stalin: «Estamos admirados por las espléndidas victorias que habéis logrado sobre el enemigo común y por la potencia de las fuerzas dirigidas contra él. Os rogamos aceptéis las más cálidas felicitaciones y el más sincero agradecimiento por la histórica hazaña realizada.» Tiempo después, el general de las fuerzas acorazadas alemanas, F. Mellenthin, se expresaba en los siguientes términos: «La ofensiva soviética se desarrolló con fuerza e ímpetu sin precedentes. Era evidente que el Alto Mando soviético había asimilado, a la perfección, la técnica de organizar una ofensiva con potentes Ejércitos mecanizados. Resulta imposible describir todo lo acontecido entre el Oder y el Vístula en los primeros meses de 1945. Europa no había visto nada semejante desde la destrucción del Imperio Romano.»

Después de la aplastante derrota sufrida por las fuerzas alemanas en Polonia, y con el Ejército ruso desplegado a lo largo del Oder, sobre un vasto frente, y sólidamente establecido en una serie de cabezas de puente sobre la orilla occidental, había llegado el momento de desencadenar, junto con los Ejércitos aliados, los golpes finales contra la Alemania hitleriana, poniendo fin así a la guerra en Europa.

I. V. PAROTKIN, GRAL. DE DIVISIÓN

Nació en 1909, luchó en la segunda Guerra Mundial e intervino en la batalla de Berlín. Eminente historiador militar, ostenta el título de profesor de Ciencias militares, tema sobre el cual es también lector universitario. Ha colaborado en las obras *La segunda Guerra Mundial 1939-1945* e *Historia de la gran Guerra patriótica de la Unión Soviética 1941-1945*. Es también autor de otros varios libros y ensayos sobre Historia Militar.



LA REPUBLICA DE SALO

Rodolfo Mosca, profesor

Hay dos fechas a las cuales se puede hacer remontar el nacimiento de la que, con intención irónica y minimizante, se llamó República de Saló. La primera es la del 14 de septiembre, cuando Radio Roma difundió la noticia: «Benito Mussolini reanuda hoy la dirección del fascismo en Italia». La segunda el 23 de septiembre, cuando se constituyó en Roma el «gobierno fascista republicano». Desde un punto de vista formal, debemos aceptar la del 23 de septiembre, ya que, en realidad, fue a partir de este momento cuando quedó constituida una autoridad política y administrativa que pretendía ser la única y legítima de la Italia no ocupada aún por las fuerzas angloamericanas. Sin embargo, y aunque esto sea cierto, queda siempre la duda de si verdaderamente puede identificarse a la República de Saló con el gobierno fascista republicano, tan improvisada y borrascosamente constituido en Roma el mencionado 23 de septiembre. En efecto, la citada república incluía también, en sí misma, al gobierno fascista republicano, pero su naturaleza era muy distinta. Por eso, debemos considerar la fecha del 14 de septiembre como la que marca el momento en que propiamente nace, sin un nombre todavía (ese nombre que, más tarde, le será atribuido), la República de Saló. Pero, como es obvio, es preciso demostrarlo.

Ante todo, cuando el 23 de septiembre se anunció la formación de un gobierno fascista republicano, no había espacio en Italia centro-septentrional para la creación de una autoridad político-administrativa, independiente y responsable. Ya en la primavera anterior, Hitler había dado instrucciones muy secretas para la puesta a punto del Plan «Alarico», cuyo objetivo era la ocupación militar de Italia, en caso de una eventual, aunque temida y prevista, defección del gobierno de Roma. Este plan se puso en práctica, rápidamente, la noche misma del 8 de septiembre. Mas, en realidad, se inició ya a partir del 26 de julio, por lo menos en parte. Más adelante, el 10 de septiembre, Hitler tomó otras dos decisiones que completaron el plan. En primer lugar, ordenó la separación (que presagiaba ya la anexión) de Venecia Julia y del Alto Adigio del resto del territorio italiano. Ambas regiones fueron puestas bajo la autoridad de dos *Gauleiter*: Reines y Hofer, ex funcionarios austriacos, fanáticamente convencidos de la exactitud histórica de una reconquista de los territorios perdidos en la época de los Habsburgo y después de la primera Guerra Mundial. Venecia Julia y el Alto Adigio tenían, además, un innegable interés estratégico por ser zonas de enlace entre el frente meridional italiano y balcánico y el interior de Alemania. Mas, si hemos de dar fe al testimonio de Goebbels, los designios anexionistas de Hitler no iban a detenerse aquí. Con fecha 23 de septiembre, Goebbels anotaba en su *Diario* que el *Führer* le había confiado que «debemos avanzar hasta las fronteras del Véneto, y el propio Véneto tiene que ser incluido en el Reich en forma autónoma.»

La segunda decisión de Hitler fue dividir la zona de Italia ocupada por los alemanes en dos sectores: una «zona de operaciones», puesta al mando del *Feldmariscal* Rommel, y una zona de simple ocupación o «territorio ocupado», que dependería de un comandante militar alemán dotado de plenos poderes. Para tener una idea de la sumisión de la soberanía italiana, debemos añadir que, entre el 10 y el 13 de septiembre, Hitler cursó órdenes para la creación de un mando de SS en el norte de Italia y la atribución a Rudolf Rahn, diplomático ingresado en la carrera por la puerta ambigua de los «servicios especiales», de la responsabilidad de las relaciones con todos los órganos políticos y administrativos italianos.

Estas decisiones de Hitler equivalían a otros tantos «hechos consumados» que el gobierno fascista republicano no estaría jamás en condiciones de revocar o simplemente de modificar. Pero existía aún otro «hecho consumado», que hacía puramente nominal e ilusoria la autoridad de aquel gobierno: éste no estaba en condiciones de disponer de un Ejército, por minúsculo que fuera, que defendiera los intereses nacionales que pretendía representar. El Ejército italiano no existía desde el 9 de septiembre: se había disuelto apenas llegó la noticia del armisticio.

Sin espacio para actuar libremente, sin el instrumento preciso para hacerse valer, sobre todo en aquella fase de la guerra que había convertido a la península entera en un campo de batalla, el gobierno del 23 de septiembre no podía acogerse siquiera a la autoridad de los hombres que lo componían. Es significativo, a este respecto, el hecho de que Mussolini, que figuraba al frente del citado gobierno, no se hallase presente aquel día en Roma, a donde, por lo demás, ya no volvió nunca. Por la mañana se encontraba todavía en Alemania, y, por la tarde, llegaba a Forlí, para, desde allí, dirigirse al fin (después de tantas inútiles solicitudes formuladas desde el 26 de julio e

incluso el mismo día en que salió de Campo Imperatore) a la Rocca delle Caminate. Y no menos significativo es el hecho de que el mariscal Graziani, ministro de Defensa, aceptara formar parte del gobierno después de resistirse mucho, obligado más que convencido. Todos los demás, aunque en distinta medida, eran jerarcas de segunda fila, si bien algunos de ellos estuvieron presentes en la última reunión del Gran Consejo. Buffarini Guidi, intrigante y confidente de los alemanes, asumió el Ministerio del Interior; Tringali-Casanova, presidente del Tribunal especial, asumió, indiferente a la amarga contradicción el Ministerio de Justicia; Biggini, el Ministerio de Educación Nacional, y Mezzasoma, un anodino funcionario, el Ministerio de Cultura Popular. Como Pavolini, a quien Mussolini había nombrado pocos días antes secretario del nuevo Partido Fascista, y Ricci, a quien se confió la tarea de reconstituir la milicia voluntaria, todos eran supervivientes, casi fantasmas. Entre ellos no figuró nunca el nombre de algunos de los grandes jerarcas del régimen, de aquellos que más contribuyeron a su fundación y a su mayor gloria. Cierto que muchos de ellos votaron contra Mussolini la noche del 25 de julio, por lo que ahora sólo podían esperar su venganza. Pero otros muchos se mantuvieron alejados porque se sentían ya decepcionados.

Por lo tanto, un gobierno semejante, que se sostenía tan sólo por la intervención de los verdaderos gobernantes de Italia al norte de la línea de fuego, y, de un modo particular, por la labor del hábil y tenaz Rahn, no tenía título alguno en su poder para ser o representar algo a los ojos de los italianos. Es fácil, en consecuencia, comprender su insignificancia política y la ineficacia administrativa que le caracterizó casi desde el principio, y que no encontrase en torno suyo, desde el primer instante, nada más que un enorme vacío. Prescindiendo del inevitable desánimo del país, abandonado de repente a sí mismo tras el 8 de septiembre, la opinión pública reaccionó, ante su constitución, con gran apatía e indiferencia.

La República de Saló, en cuanto realidad en el inquieto panorama de la vida italiana, entre el otoño de 1943 y la primavera de 1945, existió sólo y únicamente con referencia a Mussolini; en él se respaldó y con él se disipó. En realidad, no fue otra cosa que el retrato fiel del *Duce*, correspondiéndole como el régimen que con él se identificó durante veinte años. Pero caía ahora la coraza del mito que había protegido y también ocultado a Mussolini desde la marcha sobre Roma hasta el 25 de julio. Y tras el mito había un hombre cansado, desilusionado, que intentaba, sin demasiada esperanza ni demasiado valor, evadirse de la realidad en que Hitler le había colocado a la fuerza. Se sentía de nuevo prisionero, mucho más que antes, porque esta vez era prisionero del aliado, del «amigo», y, por lo tanto, sin salida posible. Por su parte, Hitler no podía hacer otra cosa. Una vez decidido que una Italia reintegrada al fascismo le sería más útil a sus necesidades bélicas que una Italia ocupada, y en consecuencia enemiga, no había nadie, excepto Mussolini, que fuera capaz de conseguir que la operación resultase posible y aceptable.

El 18 de septiembre, Mussolini se dirigió, desde Radio Munich, al pueblo italiano («después de un largo silencio mi voz llega de nuevo a vosotros») en un discurso que centró en dos puntos. Primero: «El Estado que queremos instaurar –dijo– será nacional y social en el más alto sentido de la palabra, esto es, fascista, volviendo así a nuestros orígenes». Segundo: reanudar la lucha, lo más rápidamente posible, al lado de Alemania y de los aliados del Tripartito. Un programa, por lo tanto, de doble vía: retorno a los orígenes o, como repitió más de una vez, «partir de cero», para uso interno y volver a ser una fuerza militar y recuperar la autonomía frente a los alemanes. Mussolini repitió su discurso ante el primer Consejo de Ministros que se celebró el 27 de septiembre en la Rocca delle Caminate. Nada más ilusorio, más irrealizable, que este programa. Cabe pensar que, después de todo, el *Duce* no se encontraba todavía en condiciones de medir las dimensiones reales del colapso que acababa de sufrir Italia. Pero, en cambio, sabía perfectamente –Rahn se lo dijo el día anterior– que la nueva república sólo serviría para asegurar un mínimo de legalidad formal y de orden en las retaguardias del frente defendido por los alemanes, y que, por estar disuelto el Ejército italiano y no teniendo el gobierno que proveer a su manutención, éste debería pagar a Alemania una «contribución por gastos de guerra equivalente a las necesidades de las tropas alemanas en territorio italiano». También sabía Mussolini que no se le permitiría instalar su gobierno en Roma. Tendría que trasladarse al Norte, bajo la vigilancia directa de Rahn y del general Wolff, comandante de las SS en el norte de Italia. Pero a Mussolini no le había gustado nunca afrontar las realidades amargas y difíciles; siempre prefirió disfrazarlas o ignorarlas. Y la RSI no actuó de modo distinto.

Mussolini se trasladó el 10 de octubre desde Rocca delle Caminate a Gargnano, en la orilla septentrional del lago de Garda, donde instaló sus ministerios dispersos en pueblos cercanos. Así, la República de Saló era una especie de esbozo desarticulado, sin límites territoriales definidos, no reconocida por ninguna potencia, excepto por los miembros del Tripartito. Por añadidura, por aquellos días, la república perdía su batalla por el Ejército. El día 9 Graziani se había trasladado a Alemania para proponer la creación, en tres fases sucesivas, de 12 divisiones. Las cuatro primeras deberían estar integradas por los voluntarios que se ofrecieran entre los 600.000 o más militares que se hallaban concentrados en los campos de prisioneros alemanes; pero Graziani no fue autorizado siquiera a entrevistarse con ellos. Los jefes alemanes no confiaban en la lealtad de estos hombres y prefirieron entregarlos, poco después, a la Organización *Todt*, que los utilizaría como mano de obra y, naturalmente, en Alemania. Sólo permitieron, basándose en los protocolos de Berlín del 16 de octubre, que fueran llamadas a las armas algunas clases determinadas, mas con la condición de que los reclutas fueron enviados a Alemania para su adiestramiento, y, por lo tanto, bajo el absoluto control y dependencia del Ejército alemán. Así se vino abajo una de las grandes esperanzas de la República de Saló, y este fracaso tuvo consecuencias tan importantes como imprevistas. Por una parte, un número bastante elevado de reclutas llamados a filas, conscientes de que iban a ser enviados a Alemania, no se presentó; incluso muchos de ellos fueron a incrementar las formaciones partisanas. Por otra, este fracaso estimuló la rivalidad entre fautores y opositores de un Ejército «político» –rivalidad que Mussolini intentó ambiguamente paliar–, y el desarrollo de iniciativas autónomas, como la del X MAS, a las órdenes del príncipe Borghese.

Esta inconsistencia de la República de Saló en relación con Alemania, puesta al descubierto en la cuestión del Ejército, fue agravándose con el correr del tiempo. Pero, en el fondo, era más un efecto que una causa. Tal vez la cuestión del Ejército se hubiera planteado en términos menos duros y mortificantes si el país hubiera dado pruebas de secundar los propósitos de la república. Mas el llamamiento lanzado el 27 de septiembre para la conciliación, no tuvo eco. Mussolini, y más tarde la prensa, revelaron el propósito de no perseguir a los antifascistas, sino sólo a los traidores, o sea, a los fascistas responsables de haber hecho caer al país en el «abismo». Se tendió generosamente la mano, con «el corazón abierto», a los hombres de las más diversas procedencias políticas. Pero ningún antifascista la estrechó, pese a las perspectivas de una república social muy avanzada. Al principio, el partido consiguió adhesiones nada desdeñables entre aquellos que estuvieron de parte del régimen hasta el 25 de julio: 250.000 inscritos apenas un mes después de la liberación de Mussolini. Mas este éxito inicial se agotó rápidamente. Crecía la convicción de que los alemanes habían perdido la guerra, y nadie ignoraba que la República de Saló estaba de parte de ellos; aumentaba también, al mismo tiempo, el escepticismo acerca de si Mussolini, en el plano político y social, se hallaría realmente en condiciones de «partir de cero», esto es, de hacer tabla rasa de los errores del pasado.

A este respecto, el Congreso de Verona sirvió de conejillo de Indias. Para dar una ordenación y un contenido a la república y, por lo tanto, unas instituciones adecuadas, Mussolini prometió la rápida convocatoria de una Asamblea Constituyente. Y a fin de combatir en su propio terreno a los partidos clandestinos reunidos en torno a la Resistencia –especialmente al comunista– la república debía ser esencialmente republicana y social. El Congreso del nuevo PNF, que se reunió el 14 de noviembre de 1943 en Verona, debía ser el primer paso dado en esta dirección, y, en cambio, se limitó a aprobar un manifiesto en el que intervinieron Mussolini, quizás Bombacci (diputado comunista antes de la marcha sobre Roma y ahora partidario de una república fascista proletaria), Pavolini e, inevitablemente, Rahn. El manifiesto presentaba 18 puntos, y confirmaba la necesidad de reunir una Asamblea Constituyente que declarase la abolición de la Monarquía y el advenimiento de la «república social» y que restituyera al partido la hegemonía de su posición en todos los campos. Los judíos serían considerados extranjeros e incluso, mientras durase la guerra, como enemigos. En política exterior se atribuía a la «república social» la tarea de la defensa de la integridad territorial del país y la de trabajar a favor de una «comunidad europea» que se conseguiría eliminando las «intrigas británicas» y el sistema capitalista. En el terreno social, las reformas serían radicales y profundas, pero se conservaría la propiedad privada. Se trataba de un programa indeciso entre un extremismo contradictorio y la antigua tendencia autoritaria. Rahn, intérprete de la voluntad de Hitler, ya se había preocupado de moderar los tonos más violentos: los alemanes no pretendían llevar el agua al molino comunista, y además necesitaban la cooperación de los industriales italianos, alarmados ente las perspectivas de una revolución social. Pero fueron los propios delegados del PFR los que neutralizaron el manifiesto y la intención de la Constituyente, agotándose en discrepancias, en discusiones y en venganzas y abandonando al fin el Congreso para acudir a Ferrara, donde había sido asesinado el representante local del PFR. Los únicos resultados fueron una amenaza de guerra civil y el proceso y condena de los traidores del 25 de julio.

Ya inmediatamente después de la liberación de Mussolini se empezó a pedir el castigo de Galeazzo Ciano, yerno del *Duce* y ministro de Asuntos Exteriores desde junio de 1936 a febrero de 1943, es decir, durante los años en que maduró la alianza con la Alemania nazi. Ciano, a los ojos de los fanáticos fascistas, era culpable de una doble e inexcusable traición: traición al hombre a quien se lo debía todo y traición al régimen, al país y al aliado alemán. Atizaban el fuego, aunque discretamente, los propios alemanes, que no le perdonaban su antipatía por Ribbentrop, su intolerancia, irónica e imprudente, respecto a los más conocidos jerarcas nazis y su escepticismo en cuanto al éxito de la guerra. El 13 de octubre de 1943, el gobierno de Saló aprobó la creación de un tribunal especial y extraordinario y de otros tribunales provinciales. El primero se ocuparía de los principales responsables de la traición del 25 de julio, y los segundos de los culpables de inferior categoría.

De todos los traidores pendientes de proceso, sólo Grandi había podido escapar al extranjero, refugiándose en Lisboa. Gottardi, De Bono, Pareschi, Marinelli y Cianetti fueron detenidos entre fines de septiembre y primeros de octubre. Todos los demás estaban escondidos, excepto Ciano,



Collecchio, 21 de enero de 1945: Mussolini pasa revista a la División *Italia*, una de las pocas unidades que fueron enviadas a Alemania para su adiestramiento y luego puestas bajo el mando directo de la *Wehrmacht*. (Archivo Rizzoli)

quien, a fines de agosto, había pedido asilo en Alemania para escapar a Badoglio; los alemanes le confinaron en Baviera, y al ser liberado Mussolini él fue uno de los primeros en visitarle, y parecía incluso que el 25 de julio había sido olvidado. El propio Ciano, al tener noticia de que se intentaba procesarle, solicitó regresar a Italia para disculparse. Pero el Servicio Secreto alemán interceptó su llamada telefónica al embajador Anfuso, en Berlín, y entonces decidió adelantar los acontecimientos. Ciano llegó a Verona el 29 de octubre, escoltado por las SS y por la señora Beetz, agente del servicio de seguridad alemán, vinculada a la familia Ciano y encargada de recuperar el diario del ex ministro de Asuntos Exteriores, a fin de impedir una eventual publicación que, indudablemente, habría infligido un grave golpe a la superviviente fidelidad de la República de Saló a la alianza con Alemania. Todos los detenidos fueron encerrados en la prisión de los Scalzi, de Verona, y en esta ciudad se abrió el proceso la mañana del 8 de enero de 1944.

Los acusados repitieron cuanto habían declarado ya durante los interrogatorios: su voto no había sido un voto contra Mussolini. En realidad, nunca pudo probarse –como por lo demás era cierto– que hubiera existido ninguna conjura, y menos aún de acuerdo con la Monarquía. Pero el día 9 fue leída en la sala una declaración del mariscal Cavallero, posterior al 25 de julio, en la que se hablaba de conjuras y de conspiraciones contra Mussolini en los meses anteriores. Hacia las dos de la tarde, el presidente Vecchini leyó la sentencia: Cianetti, 30 años de prisión; para todos los demás, pena de muerte. Mussolini no hizo nada para evitar que la sentencia se cumpliera. Las confidencias a que se entregó con el jefe de su secretaría, Dolfin, son las del hombre paralizado, como siempre, por la incapacidad de tomar decisiones ante problemas difíciles; un hombre siempre a la búsqueda de justificaciones *a posteriori*. Antes del proceso había declarado: «En el aspecto histórico, el proceso conviene a muchos, por cuanto viene a limitar, en el espacio y en el tiempo, las responsabilidades más amplias que, el 25 de julio, llevaron a la caída del régimen». Y la víspera de la ejecución comentó: «Para mí, Ciano ha muerto hace mucho tiempo». Entre tanto, Edda Ciano trataba de negociar, por mediación de la señora Beetz, la salvación de su marido a cambio de la entrega de su *Diario* a los alemanes. Ciano debería ser rescatado de la cárcel y puesto a salvo con ayuda de las SS. Pero Hitler negó su consentimiento y Edda Ciano tuvo que huir a Suiza para seguir intentando, desde allí, y antes de la ejecución, presionar a Hitler y a su padre: mas todo fue inútil. Ciano y los otros condenados a muerte fueron fusilados a las 9 de la mañana del día 11 de enero, después de haber sido rechazada la petición de gracia no por los órganos competentes, la autoridad militar y el ministro de justicia, sino por Pavolini como secretario del Partido. Nadie comprendió, y Mussolini el primero, que la condena era tan sólo una venganza y que además contradecía la premisa con la que se proclamara la República de Saló: partir de cero. Por lo visto, la república se contentaba con partir del 24 de julio; de este modo, ella misma confesaba su fracaso.

Al mismo tiempo, la república trató de dar contenido, por lo menos, a la parte social del manifiesto aprobado por el Congreso de Verona. Se trataba de realizar un nuevo modelo de ordenación social sin repetir lo que ya se hiciera antes del 25 de julio y que pudiera interesar a las masas obreras sin practicar un marxismo de contrabando. Pero este proyecto también naufragó, siendo igualmente rechazado por los alemanes. Al frente de un nuevo ministerio de Economía corporativa se puso a un ingeniero químico, Angelo Tarchi, quien, el 13 de enero de 1944, presentó al consejo de ministros un esquema para la reforma radical de la economía italiana. Este proyecto consistía en la nacionalización (incorporación) de las empresas italianas con capital superior a un millón de liras o con más de 50 obreros. A los obreros se les aseguraría la participación en la gestión de la empresa, participación que se extendería incluso a las empresas no nacionalizadas. Era un programa más coherente y moderado que el del Congreso de Verona; pero implicaba la reducción de la misión del Partido, al cual, por otra parte, se le vedaba hacer valer sobre este terreno la única solución teóricamente disponible, que era la leninista: todo para el Partido y nada más que el Partido. Por ello, el PFR no apoyó este programa. Por su parte, las masas trabajadoras permanecieron suspicaces y hostiles; a su vez, los alemanes lo consideraron un peligroso experimento socialista, lo mismo que los industriales. Finalmente, influyó también el capital extranjero invertido en el Norte de Italia (sobre todo el suizo). Sin embargo, el 30 de junio, Mussolini ordenó que se llevaran adelante los procedimientos elaborados por Tarchi. Mas no es de extrañar que jamás fuesen aplicados. Por aquel entonces, las huelgas que se produjeron durante el mes de marzo en el Norte de Italia ya habían puesto de manifiesto el aislamiento y la parálisis de la república en aquel sector.

Después de la caída de Roma, del desembarco de los angloamericanos en Normandía y del avance de los Ejércitos soviéticos en Polonia la situación se precipitó a ritmo acelerado. La entrevista de Hitler y Mussolini en Klessheim, cerca de Salzburgo, el 22-23 de abril de 1944 (primer encuentro de ambos después del nacimiento de la República de Saló) ofreció la ocasión para hacer resaltar el descontento italiano por el desaprensivo comportamiento alemán hacia los internados, los trabajadores reclutados por la fuerza y la falta de autoridad de la república. En cambio, todo acabó después con la declaración de Mussolini que daba su aprobación a que los militares y los soldados internados siguieran en Alemania. Otra entrevista, que había de ser la última, tuvo efecto el 20 de julio, cerca de Goerlitz, poco después del frustrado atentado contra Hitler. Se desarrolló en mejores términos que la anterior, porque entonces Alemania se hallaba ya con el agua al cuello.

Se admitió entonces que los internados fuesen transformados en trabajadores civiles y que dos divisiones se repatriaran.

Pero también la república italiana estaba con el agua al cuello. El frente se hallaba ya en el Norte de Italia y la guerra civil estallaba con violencia. La república lanzó en aquella hoguera a «las brigadas negras», que eran su último recurso. Por esta razón estas unidades no combatieron nunca para oponerse a la invasión, que ahora amenazaba también por la parte de los Alpes franceses. A fines de agosto, Mussolini declaró al consejo de ministros que plantearía a Rahn el siguiente dilema: el Gobierno debía estar en condiciones de actuar libremente o dimitiría. Fue uno de los últimos golpes de Mussolini; pero sin continuación, como todos los demás: no le dijo a Rahn, ni una palabra. Al fin llegaron de Alemania las dos divisiones italianas prometidas y, poco después, otras dos adiestradas. Pero carecían de armas, pues los alemanes apenas las tenían para ellos mismos. A fines de año, Mussolini decidió hablar en Milán: lo hizo en el Teatro Lírico el día 16 de diciembre. Recordó la historia de la traición, pero tuvo que admitir que no se había convocado la Asamblea Constituyente. Fue una especie de rendición discreta, con admisión concluyente del fracaso: «Encontré superfluo convocar una constituyente cuando el territorio de la república, dado el desarrollo de las operaciones militares, no podía, en modo alguno, considerarse definitivo. Me pareció prematuro crear un verdadero Estado de derecho en plenitud de sus instituciones cuando no existían fuerzas armadas que las sostuvieran». Al terminar su discurso, Mussolini todavía incitó a continuar la lucha. «Queremos defender con uñas y dientes el valle del Po; queremos que el valle del Po permanezca republicano en espera de que toda Italia llegue a ser republicana».

La multitud le aclamó. Pero no eran sino palabras, destinadas a no ir más allá. Mussolini se jactó de liberarse de la sujeción de los alemanes aplicando el programa social sin preocuparse de sus objeciones (en enero de 1945 se nacionalizaron cuatro empresas, mas esto fue todo) y reorganizando después el Gobierno tras la exclusión de Buffarini Guidi.

Pero todo esto no era más que el fin. Mussolini estaba destinado a ser traicionado por todos, incluso por los alemanes, pues no tuvo nunca la fuerza de las decisiones firmes. Los alemanes trataron de la rendición a espaldas suyas. Y así, la República de Saló acabó con la vida del que la creara...



Noble Frankland

LOS BOMBARDEOS DE LA RAF

(Brown Bros)

¿Fue necesario el bombardeo estratégico de Alemania? ¿Sirvió efectivamente para abreviar el conflicto? ¿Cuáles fueron sus efectos inmediatos sobre la economía alemana, sobre la moral de la población y sobre la eficiencia de la máquina bélica nazi? Noble Frankland describe aquí el papel que correspondió a la RAF en la ofensiva aérea que culminó en el "raid" sobre Dresde, todavía hoy tan discutido.

En el último año de la guerra, las fuerzas de bombardeo aliadas disponían de un gran poder destructivo, poder que volcaron sobre Alemania. Los *Lancaster*, los *Halifax* y los *Mosquito* del mando de bombarderos británicos, así como las «fortalezas volantes» y los *Liberator* de la 8.ª y de la 15.ª Fuerza Aérea norteamericana, redujeron al mínimo las reservas alemanas de carburante, destruyendo también las industrias para la fabricación de gasolina sintética y desorganizando la red de transportes en todo el territorio del Reich. Asimismo redujeron a ruinas muchas de las ciudades alemanas, en particular Dresde, la capital de Sajonia, que, en febrero de 1945, sufrió el más terrible y violento bombardeo efectuado en toda la segunda Guerra Mundial.

Estas acciones de bombardeo estratégico tuvieron un efecto decisivo en el éxito de la guerra. En efecto, sin reservas de gasolina para sus carros de combate y para sus aviones, Alemania ya no podía seguir oponiendo una resistencia militar eficaz. Y tampoco podía esperar ninguna mejora de la situación en el futuro, por cuanto sus industrias estaban arrasadas o carecían de los suministros más esenciales. Por último, la destrucción de las ciudades acabó por convencer a la mayoría de la población alemana de que ya era imposible toda resistencia.

Sin embargo, esta notable contribución de los bombardeos estratégicos a la victoria aliada llegó tarde, y su propio peso sólo se dejó sentir conjuntamente con los éxitos logrados por las fuerzas terrestres y navales. Y si bien al final los resultados efectivos se aproximaron bastante a lo calculado, para conseguirlos se necesitó mucho más tiempo del que se había previsto. Tres razones principales fueron la causa de ello:

- en primer lugar, para conseguir daños verdaderamente importantes por medio de los bombardeos era preciso efectuar un número de ataques muy superior al previsto. Esto obedeció a que las poblaciones en general, y los alemanes en particular, demostraron unas dotes de recuperación muy superiores a lo que se esperaba y además porque la organización encargada de la reparación de los daños y de la posterior utilización de los materiales damnificados demostró una eficacia excepcional;
- en segundo lugar, la eficacia del bombardeo era proporcionalmente inversa a los resultados obtenidos por la artillería antiaérea, y, en particular, por la caza. Esto era tan cierto que, pese a la intensidad y continuidad de los bombardeos, éstos tuvieron un efecto limitado sobre el esfuerzo bélico alemán hasta que sus defensas aéreas fueron arrolladas y los Aliados conquistaron la supremacía en el aire;
- por último, porque a pesar de haberse conseguido el dominio del aire y de que las fuerzas aéreas estratégicas aliadas alcanzaron unas proporciones verdaderamente gigantescas, la concentración del máximo esfuerzo sobre los objetivos más importantes se vio obstaculizada tanto por las condiciones atmosféricas como por el desacuerdo que reinaba entre los altos mandos en cuanto a la elección de los citados objetivos. En la última fase, la ofensiva angloamericana tenía tres objetivos principales: los carburantes, el sistema de comunicaciones y los ataques indiscriminados sobre las ciudades más importantes.

Desde un principio surgieron divergencias en relación a la conveniencia de seguir una u otra de las enseñanzas prácticas o teóricas que determinaban las distintas orientaciones. Todavía hoy, no parece que se haya prosperado mucho al establecer cuál será el juicio de la Historia en relación con aquellos cruciales días de 1944 y 1945, cuando más apasionada era la controversia entre los que tenían la responsabilidad de las decisiones: Churchill, Portal, Harris, Tedder, Roosevelt, Arnold y Spaatz.

Entre la opinión pública, la controversia parece centrarse en la polémica suscitada por el bombardeo de Dresde, acontecimiento sobre el cual aún hoy día se publican y propagan explicaciones, interpretaciones, juicios y estadísticas.

Ante todo, el bombardeo de Dresde no fue un acontecimiento que pueda comprenderse, como se ha intentado a menudo, considerándolo al margen del conjunto de la ofensiva aérea estratégica y de la situación bélica en general. Las razones del ataque eran complejas y, en relación con los resultados obtenidos, deben ser clara y objetivamente comprendidas antes de querer formular un juicio moral. No hay que olvidar que las estadísticas sensacionalistas, como, por ejemplo, la de las víctimas causadas, están destinadas a dejar una profunda impresión, incluso mucho tiempo después de su difusión; asimismo, que todos los que tienen en sus manos las riendas del poder están expuestos, como todos los humanos, a posibles olvidos y a errores; por último, que la asimilación parcial de fragmentos de noticias e informaciones pueden llevar, fácilmente, a conclusiones erróneas. Un ejemplo de este peligro es el reciente «descubrimiento» de un documento que demuestra que Portal persiguió con verdadera insistencia la destrucción de Dresde, incluso después de conocerse la opinión adversa de Churchill. Y como veremos en el presente capítulo, esta acusación contra el jefe del Estado Mayor de la Aviación británica no sólo es totalmente infundada, sino además absolutamente contraria a la incontrastable evidencia.

Los bombarderos siempre pasan

Antes de la guerra, basándose en la convicción de que los bombarderos siempre conseguirían abrirse paso más allá de las defensas alemanas, el Estado Mayor de la RAF elaboró una teoría para la utilización de la potencia aérea conocida como «doctrina Trenchard». Esta teoría sostenía que el único medio de defensa contra los bombardeos eran los contrabombardeos, y que ganaría la guerra el primero que desencadenara un ataque en gran escala contra las fuentes de producción de la potencia bélica enemiga y lo repitiera, luego, con acciones frecuentes y con grandes medios. La opinión de Trenchard sobre las fuentes de potencia bélica del enemigo sólo estaba vagamente definida; mas, es cierto que él consideraba que el efecto moral de los bombardeos y, por lo tanto, su repercusión sobre las poblaciones bombardeadas, era más importante que el efecto material. También es cierto que Trenchard no consideraba la defensa de la caza como un factor de particular importancia en el panorama de la ofensiva aérea estratégica. Si la defensa aérea del adversario, o, en el caso específico, su potencia ofensiva, se revelaba demasiado fuerte, podría restablecerse el equilibrio mediante ataques a las fábricas de aviones. Trenchard opinaba, en consecuencia, que el bombardeo pesado era el elemento más importante de la potencia aérea y, con toda probabilidad, de todo el esfuerzo bélico.

Pero, en los últimos tres o cuatro años de paz, cuando se hizo cada vez más evidente que en la próxima guerra el enemigo sería Alemania, la doctrina de Trenchard perdió parte de su valor.

En primer lugar, mientras el programa de rearme británico empezaba a ponerse en marcha, ya era evidente que Alemania había conseguido constituir una importante fuerza aérea. Y puesto que ésta parecía mucho más potente de lo que en realidad era, se consideraba que un encuentro decisivo entre aparatos alemanes y británicos terminaría rápidamente con la aplastante victoria de Alemania.

En segundo lugar, en el momento decisivo, no estuvieron dispuestos a «arrojar el guante». Por lo tanto, los planes operativos del *Bomber Command*, conocidos como «planes aéreos occidentales», preveían, sobre todo, una serie de cuidados ataques a efectuar con extrema precisión contra puntos clave de la producción bélica alemana. Pero incluso estos ataques no se llevarían a efecto si no se daban determinadas circunstancias (que se esperaba no surgieran) al estallar la guerra; como, en efecto, así fue. A pesar de todo, seguía considerándose el bombardeo pesado como el arma de ataque más potente y también más adecuada para contener la intensidad de la ofensiva adversaria.

Esto era un poco extraño, por cuanto el desarrollo de la técnica de utilización de los cazas dejaba entrever también otras posibilidades. La entrada en servicio de cazas interceptadores, como los *Hurricane* y, más tarde, los *Spitfire*, junto con el uso del radar, dieron a la defensa aérea la posibilidad de hacer frente con eficacia a la acción de los incursores. Sydney Camm, que proyectó el *Hurricane*; R. K. Mitchell, proyectista del *Spitfire*; sir Robert Watson Watt, que elaboró el principio del radar; sir Henry Tizard, que realizó las adaptaciones militares, y sir Hugh Dowding, comandante de las fuerzas aéreas, fueron los artífices de la organización que hizo posible la primera batalla de Inglaterra.

Pero incluso antes de que se iniciara esta batalla, el mando bombardero británico ya había constatado que sus planes para el bombardeo diurno de precisión eran irrealizables. Las pérdidas infligidas a los *Wellington* y a los *Hampden* fueron demasiado elevadas, y, en consecuencia, al cabo de seis meses de guerra, recurrió al bombardeo nocturno.

No obstante, en el curso de los años 1940 y 1941, los ingleses se dieron cuenta de la imposibilidad de que las tripulaciones de los bombarderos, obstaculizados por las defensas alemanas, pudieran localizar de noche determinados objetivos; gran parte de las bombas británicas seguirían cayendo, inútilmente, en pleno campo. Y como hasta finales de 1941 los Ejércitos británicos habían sido derrotados en todos los frentes u obligados a la defensiva, la Marina británica se encontraba empeñada en un esfuerzo desesperado para superar la batalla del Atlántico, los rusos habían sido rechazados hasta Moscú y los americanos se recobraban con dificultad del golpe de Pearl Harbor, era inconcebible que la única fuerza aliada que se encontraba en condiciones de atacar a Alemania no hiciese el mayor esfuerzo posible para conseguirlo.

En consecuencia, el *Bomber Command*, que en aquella situación no podía hacer otra cosa, empezó a atacar y bombardear los objetivos que lograba encontrar al paso, esto es, las ciudades alemanas. Este tipo de ataque se definió entonces con una frase que, más tarde, se hizo célebre y que podría traducirse como «bombardeo de zona».

Mientras se desarrollaba esta fase del ataque y el *Bomber Command*, en el curso del año 1942, bajo el mando del nuevo comandante en jefe sir Arthur Harris, lograba sus primeros éxitos importantes sobre Lübeck y Colonia, los americanos también se preparaban para la ofensiva aérea. Pero los norteamericanos, en contra de lo que al principio esperaba de ellos la RAF, no quisieron intervenir en la ofensiva como una simple ayuda, sino con un Cuerpo aéreo autónomo. No pretendían seguir a los ingleses con sus «fortalezas volantes» y sus *Liberator* en la ofensiva aérea nocturna; lo que querían era llevar a cabo acciones diurnas que les permitieran desencadenar ataques de precisión contra objetivos clave en Alemania. Los ingleses, que, como se sabe, habían tenido la misma idea, trataron de hacerles comprender que un plan de este tipo era prácticamente irrealizable y que sería mucho mejor adaptar los aparatos y adiestrar a las tripulaciones para el bombardeo nocturno.

Pero los americanos no se dejaron convencer. Sus bombarderos podían alcanzar cotas mucho más elevadas que los británicos, y además estaban dotados de un armamento defensivo mucho más potente. Si volaban en formaciones cerradas, dispuestas según determinados esquemas tácticos, esperaban poder ejercer una potencia de fuego tan intensa que les permitiría abrirse paso hasta los objetivos. Además, si la autonomía de los

NUEVAS ARMAS ALIADAS PARA LA

La táctica británica para el empleo de las fuerzas aéreas preveía que los bombarderos pesados constituyeran el factor básico de su potencia: "Los bombarderos siempre conseguirán pasar" era el lema. Mas, la inesperada eficacia de la defensa aérea y antiaérea enemiga anuló rápidamente esta esperanza, y la RAF, en las incursiones diurnas, llegó a sufrir pérdidas realmente insostenibles. Pronto resultó evidente que, sin la protección de los cazas, los bombarderos sólo podrían operar de noche y que los *Lancaster,* –los bombarderos pesados ingleses–, estaban deficientemente armados, sobre todo contra los ataques procedentes de tierra. La 8.ª Fuerza aérea americana inició, con sus potentes y bien armadas "fortalezas volantes" y con los *Liberator,* una serie de incursiones aéreas diurnas sin escolta. No obstante, también los americanos, a pesar de volar en formaciones que se protegían recíprocamente, sufrieron, como los ingleses, graves pérdidas, hasta que se convencieron de la necesidad de utilizar cazas de escolta. Gracias a su gran autonomía, se eligió para esta misión el avión *Mustang.*



Lancaster B-3

Longitud: 21,18 m. **Envergadura:** 31,09 m. **Velocidad máxima:** 443 km/h. **Armamento:** 8 ó 10 ametralladoras de 7,7 mm. **Carga de bombas:** 8154 kg. **Tripulación:** 7 hombres. **Autonomía máxima:** 3400 km. con una carga de 3071 kg de bombas.

Tripulación de los "Lancaster"

Los *Lancaster,* dotados de un armamento insuficiente, disponían de una tripulación de 7 hombres. De izquierda a derecha: ametrallador en la torreta de cola, ametrallador en la torreta dorsal, oficial de ruta, radiotelegrafista, piloto, mecánico y apuntador (que accionaba también la torreta de proa).

GUERRA AÉREA



Boeing B-17G "fortaleza volante"

Longitud: 22,55 m. **Envergadura:** 31,40 m. **Velocidad máxima:** 462 km/h. **Velocidad de crucero:** 293 km/h. **Armamento:** 13 ametralladoras de 12,7 mm. **Carga de bombas:** 3600 kg. **Tripulación:** 10 hombres. **Autonomía:** 3380 km, con una carga de 2265 kg de bombas.

P-51C Mustang

Velocidad: 706 km/h. **Armamento:** 4 ametralladoras *Browning* de 12,7 mm. **Carga de bombas:** 2 de 453 kg. **Autonomía máxima:** 3926 km.

Tripulación de las "fortalezas volantes"

Las *fortalezas volantes* llevaban 10 hombres de tripulación. De izquierda a derecha: apuntador, oficial de ruta (con dos armas laterales), jefe de tripulación y segundo piloto, mecánico (encargado también de la torreta dorsal), radiotelegrafista, ametrallador en la torreta inferior, dos ametralladores en las portezuelas laterales, ametrallador de cola.

cazas era suficiente, tendrían la protección de los *Spitfire* del mando de cazas de la RAF, y, pasado algún tiempo, incluso la de los cazas americanos.

Las pérdidas americanas cada vez mayores

Los americanos iniciaron la ofensiva el 17 de agosto de 1942 con un ataque a las estaciones ferroviarias de Ruán, efectuado tan sólo por 12 aviones. Todos los aparatos regresaron indemnes. Durante el resto del año, continuaron adiestrando a sus unidades con ataques sobre objetivos situados en Francia, eligiendo casi siempre las bases de submarinos. Esto era el comienzo; pero, como el propio Churchill advirtió a Roosevelt, no se trataba ciertamente de un comienzo muy espectacular, sobre todo si se comparaba con los ataques, cada día más violentos, de los bombarderos nocturnos británicos.

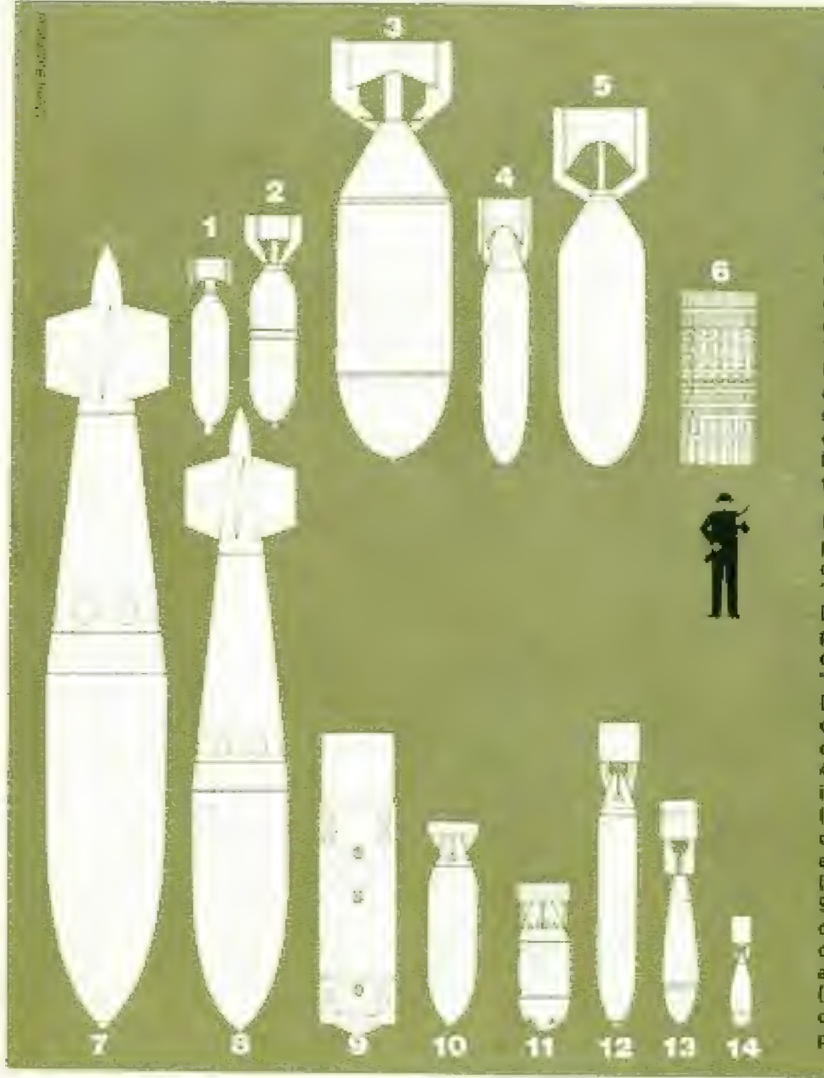
No puede decirse que esta comparación fuera más favorable en 1943, cuando, a partir de primeros de año, los bombarderos americanos empezaron a atacar los objetivos situados en la misma Alemania. Mientras el *Bomber Command* devastaba el valle del Ruhr, Hamburgo e incluso Berlín, la 8.ª Fuerza aérea USA intentaba iniciar ataques específicos contra las industrias clave alemanas. Pero las graves pérdidas que se produjeron por la acción de los cazas diurnos alemanes obligaron a los americanos a concentrar sus esfuerzos contra la industria aeronáutica, en la esperanza de poder reducir la eficacia de la defensa aérea enemiga. Lo malo era que las fábricas de aviones constituían objetivos difíciles de alcanzar, por cuanto se hallaban en zonas casi inaccesibles, y, por lo tanto, muy peligrosas.

Las pérdidas americanas se hicieron cada vez más graves, sin que la defensa aérea alemana acusara el menor declive. Por añadidura, las unidades alemanas de caza nocturna, tras una primera fase un tanto incierta, habían evolucionado y ahora constituían a su vez una grave amenaza para los bombarderos nocturnos de la RAF. Y si bajo el peso de su ofensiva aérea el *Bomber Command* no lograba provocar un desplome total de las defensas alemanas y si los americanos no conseguían aniquilar a las fuerzas de caza de la *Luftwaffe* en su fase de producción, la doble ofensiva angloamericana sufriría una crisis gravísima.



FORMACIÓN «ENSAMBLADA»

A diferencia de la RAF, que no estudió nunca una formación especial para sus incursiones nocturnas en masa, la 8.ª Fuerza aérea americana adoptó un riguroso tipo de formación que, en los bombardeos diurnos, aseguraba la máxima potencia de fuego contra los cazas alemanes. Tres patrullas de seis bombarderos, volando en formación "ensamblada", se disponían en forma de "V" horizontal, manteniéndose en vuelo levemente escalonadas unas de otras. Los aviones se unían luego en formaciones más extensas, volando a corta distancia. Cada grupo seguía a su correspondiente jefe de formación. El oficial de ruta de este aparato era el encargado de guiar a toda la formación y también el que daba la señal de lanzamiento a los otros aviones. Los cazas de escolta, cuando empezaron a ser utilizados, rara vez volaban junto a los bombarderos, limitándose a precederles para entablar combate con los cazas alemanes sin esperar nunca a ser atacados.



BOMBAS DE AVIACIÓN

Por regla general, tenían: envoltura de acero, espoleta de percusión ordinaria, explosivo TNT y amatol.

USA: (1) Bomba Mk4 de 45 kg. (2) Bomba Mk2 de 226 kg con doble espoleta en la ojiva y en la cola. (3) Bomba AN-M56, de 1800 kg, con doble espoleta (4) Bomba perforante de 450 kg, con ojiva reforzada. (5) Bomba AN-M66 de 900 kg. (6) Bomba M9 de 226 kg: 128 bombas termita de 1,800 kg cada una.

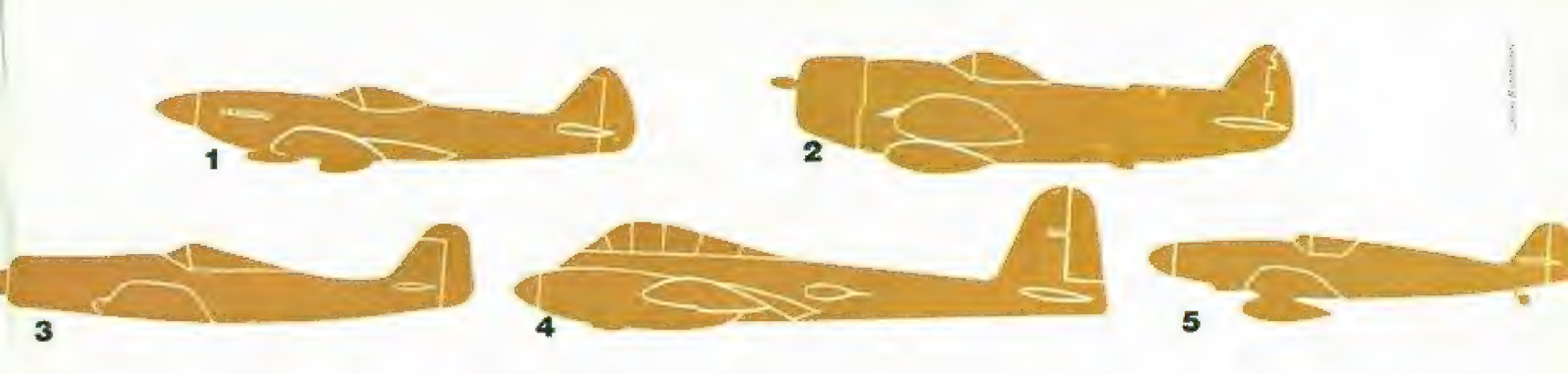
RAF: (7) Bomba de gran penetración "Grand Slam", de 10.000 kg: explosivo "Torpex", espoleta retardada. (8) Bomba de gran penetración "Tallboy" de 5500 kg: explosivo "Torpex", espoleta retardada. (9) Bomba de gran capacidad, de 1800 kg. (10) Bomba de capacidad media, de 450 kg, con espoleta instantánea o retardada. (11) Bomba antisubmarina de 270 kg: explosivo "Torpex", espoleta de profundidad. (12) Bomba perforante de 900 kg: explosivo "Shellite", ojiva reforzada. (13) Bomba de 225 kg, con espoleta a percusión o retardada. (14) Bomba antisubmarina de 45 kg, con espoleta posterior retardada.

Berlín: punto clave de la ofensiva

Algunas tripulaciones especializadas del *Bomber Command* habían conseguido crear una nueva técnica de ataque nocturno de precisión que, en mayo de 1943, les permitió volar los diques de Möhne y del Elder. Pero, aunque de esta técnica se derivó más tarde un método de señalización que revolucionó las posibilidades del bombardeo de noche, en 1943 y gran parte de 1944, el grueso de las unidades del *Bomber Command* no estaba aún en condiciones de poder realizar nada de esto. El único sistema válido de bombardeo seguía siendo el «bombardeo de zona», y, en 1943, el Mando inició su mayor y más ambicioso esfuerzo: la batalla de Berlín, que duró todo el invierno hasta marzo de 1944. Esta operación debía representar la cumbre de la ofensiva y completar la total destrucción de Alemania.

Un mes antes, en octubre de 1943, los americanos ya habían intentado un ataque destructivo contra Schweinfurt, centro de producción de cojinetes a bolas. Estaban seguros de que su destrucción perjudicaría en gran manera a la *Luftwaffe* y constituiría la base de la ofensiva americana contra determinados objetivos clave de la industria alemana.

Por lo tanto, estas operaciones, las británicas contra Berlín y las americanas contra Schweinfurt, eran de vital importancia. Si la batalla de Berlín determinaba el hundimiento total o parcial



AVIONES DE ESCOLTA E INTERCEPTADORES

Representación gráfica de dos tipos de cazas que escoltaban a los bombarderos aliados y tres de los aviones interceptadores que utilizaba la "Luftwaffe".

1. **SPITFIRE: era el único caza de escolta de la RAF; su mayor defecto consistía en su escasa autonomía.**
2. **THUNDERBOLT: caza de escolta de la 8.ª Fuerza aérea americana de alta cota y gran autonomía; fue el primer caza a hélice que superó los 800 km por hora.**
3. **Caza alemán FW-109 D para ataques a ras de suelo; también se utilizaba mucho como interceptador contra los bombarderos.**
4. **ME-410, caza alemán de alta cota.**
5. **ME-109 G, se utilizaba también para "bombardear" formaciones aliadas con bombas de 220 kg, sujetas al fuselaje.**

de Alemania, la política de los bombardeos indiscriminados obtendría plena afirmación de su eficacia y la invasión de Europa se convertiría en una simple fórmula para sancionar la rendición. Asimismo, si la operación contra Schweinfurt perjudicaba duramente la industria aeronáutica alemana y determinaba, a su vez, el hundimiento de las fuerzas de caza, los bombarderos americanos tendrían camino libre para iniciar la destrucción de industrias tan vitales como la petrolífera.

El día 14 de octubre de 1943, 291 «fortalezas volantes» se dirigieron, en formación, hacia Schweinfurt. Al llegar a las cercanías de Aquisgrán, la caza de escolta, que había alcanzado el límite de su radio de acción, viró para regresar a su base, apareciendo inmediatamente sucesivas oleadas de cazas alemanes. Fueron apareciendo aparatos monomotores, dotados de cañones de 20 mm, seguidos por bimotores que disparaban cohetes.

Los americanos, pese a la desesperada situación en que se encontraban, continuaron su acción, demostrando un valor excepcional y consiguiendo dañar gravemente las fábricas de cojinetes. Pero 60 de sus aparatos fueron abatidos, 17 muy averiados y otros 121 ligeramente dañados. Y no se trató de un desastre aislado; fue sólo el día más dramático de una terrible semana durante la cual, intentando superar las defensas alemanas, los americanos perdieron 148 bombarderos con sus respectivas tripulaciones.

Naturalmente, operaciones de este tipo y de esta envergadura no podían continuar, de lo contrario se llegaría a la destrucción total de las fuerzas aéreas americanas. Eficaces o no, estas acciones hubieron de ser suspendidas. El general Arnold, que conocía muy bien las reacciones de la opinión pública de su país, dejó creer que el ataque a Schweinfurt había sido tan sumamente eficaz que no precisaba repetirlo. Pero la dura realidad era que no había posibilidad alguna de efectuarlo de nuevo.

Y, por añadidura, la eficacia de la operación fue muy relativa. Los daños eran de poca consideración y las reparaciones se efectuaron rápidamente. Así, pues, el plan americano de destruir determinados objetivos de la industria alemana con ataques diurnos parecía totalmente desbaratado por las fuerzas defensivas de la *Luftwaffe*. Era como si se hubiera repetido, a mayor escala, la batalla de Inglaterra y con idéntico resultado: la victoria de la defensa contra la ofensiva. Pero en la guerra, muy a menudo las apariencias son ilusorias, y en este caso, desde luego, lo fueron. Pues lo cierto era que desde marzo de 1943 se habían conseguido grandes progresos en la aplicación de la técnica de los «bombardeos de zona». El *Bomber Command* recibió nuevas fuerzas: el número de *Lancaster* y de *Mosquito* fue cada vez mayor. La utilización del radar se extendió en gran manera y su eficacia mejoró notablemente. Las batallas del Ruhr y de Hamburgo dieron nuevos rumbos a la guerra aérea, y, por primera vez, Essen, el reino de los Krupp –objetivo de gran dificultad a causa de la perenne niebla que lo cubría y de lo potente de sus defensas– había sido gravemente dañado.

Estos ataques demostraron ser muy enérgicos, y se suponía que la destrucción de Berlín y de otras ciudades daría el golpe de gracia a Alemania. El propio ministro de Economía alemán, Speer, estaba entonces convencido de ello.

Berlín era, desde luego, el objetivo más importante. Estaba más lejos de las bases británicas y esto exigía una relación entre bombas y carburante que resultaba netamente desfavorable a las primeras; además, la distancia aumentaba las dificultades de navegación y el riesgo de interceptación a lo largo de la ruta. Al contrario que Hamburgo, Berlín aparecía muy confusamente en las pantallas de radar, pues se hallaba situado en una zona muy densa de centros habitados y no ofrecía el claro contraste de las diferencias de reflexión de los impulsos entre la tierra firme y el mar. Además, la ciudad contaba con muchos reflectores y buena artillería antiaérea.

Nunca fue posible efectuar un ataque concentrado exclusivamente sobre Berlín. Las condicio-



Liberator envuelto en llamas tras haber sido alcanzado por la «Flak». Las pérdidas sufridas por la 8.ª Fuerza aérea americana en el curso de sus ataques diurnos de precisión fueron aumentando gradualmente hasta hacerse totalmente insostenibles. (US Air Force)

nes atmosféricas impedían a menudo atacar una zona determinada, mientras dejaban otra libre; además, si se insistía en concentrar los ataques sobre un objetivo concreto ello permitiría a las defensas alemanas concentrarse a su vez. Una cosa era enviar sobre Hamburgo 3000 bombarderos en una semana, en pleno verano y con la ventaja de la sorpresa, y otra muy distinta repetir una concentración análoga sobre Berlín en los meses invernales. En efecto, la batalla de Berlín no puede considerarse integrada tan sólo por los ataques principales sobre la ciudad, sino también por los otros 19, lanzados sobre otras ciudades alemanas en el mismo período, que abarca desde mediados de noviembre de 1943 a fines de marzo de 1944.

Los ataques principales sobre Berlín exigieron 9111 salidas; los otros, 11.113. En total, participaron en la batalla 20.224 bombarderos, de los cuales 19.994 eran cuatrimotores, y de estos, 14.652 eran *Lancaster*.

Los daños provocados fueron graves, pero en ningún momento llegaron a comprometer la capacidad alemana para proseguir la guerra. En realidad, como los acontecimientos demostrarían más tarde, los alemanes siguieron combatiendo con una tenacidad cada vez mayor y durante más de un año después de la batalla de Berlín.

Las pérdidas de la RAF, insostenibles

Pero, a su vez, el *Bomber Command* había sufrido gravísimas pérdidas. Tras estas acciones 1047 bombarderos no regresaron; otros 1682 sufrieron daños que variaban desde los leves a los de una total ineficacia. La gravedad de estas pérdidas y el esfuerzo que representó para el mando de la Aviación queda claramente de manifiesto por la situación diaria de eficacia de los aviones y las disponibilidades de tripulación que, en el periodo de noviembre de 1943 a marzo de 1944, alcanzaba una media de 890. Por lo tanto, en una ofensiva que duró cuatro meses y medio, el *Bomber Command* perdió, prácticamente, más aviones y tripulaciones de las que tenía a su disposición en cualquier día de batalla. Naturalmente, cuanto más duraba ésta, más tendían a aumentar las pérdidas. Y, en efecto, la noche del 30 de marzo de 1944, durante el último gran ataque, de los 795 bombarderos que atacaron Nuremberg sólo regresaron indemnes 94; otros 75 volvieron averiados, 12 de ellos hasta tal punto que quedaron destruidos al aterrizar.

Como es lógico, pérdidas de tal magnitud no podían permitirse durante mucho tiempo. Quienes sostienen que la gran ofensiva aérea sobre el Ruhr, Hamburgo y Berlín hubiera podido ser decisiva de haberse continuado en la primavera de 1944, no consideran que, a fines de marzo de aquel año, el *Bomber Command*, lo mismo que los americanos en octubre de 1943, había llegado a un punto de pérdidas que no podía mantenerse por más tiempo. Por lo tanto, así como Schweinfurt pareció señalar el fracaso de los ataques diurnos de precisión por parte de los americanos, la batalla de Berlín, que culminó en el ataque a Nuremberg, pareció indicar igual resultado para los ataques indiscriminados efectuados de noche por los ingleses.

No obstante, un plan formulado antes de que la situación fuera tan grave, indujo al *Bomber Command* a desplazar sus objetivos principales de Berlín y de las grandes ciudades alemanas al sistema ferroviario del norte de Francia. Estas operaciones formaban parte del plan de preparación del desembarco angloamericano en Europa, previsto para el verano. Y aunque las pérdidas sufridas en el curso de estos ataques también empezaron a agravarse, esta nueva ofensiva aérea dio excelentes resultados, que tuvieron repercusiones muy favorables cuando los Ejércitos de invasión desembarcaron en Normandía.



A la izquierda: una fortaleza volante B-17, alcanzada por el fuego antiaéreo de la "Flak", cae envuelta en llamas, mientras los otros aparatos de la formación arrojan sus bombas en un intento de destruir las instalaciones para la fabricación de gasolina sintética de Merseburg, en Alemania suroriental. Abajo: vista aérea de la ciudad de Hannover, tal como quedó después de los terribles bombardeos a que la sometió la aviación inglesa y que culminaron en el 19 de octubre de 1943, en que quedó arrasada un área de más de 6,2 km².

El Plan «Petróleo»

Paralelamente, destacaba también la posibilidad de otra estrategia aérea, esto es, los ataques contra la producción alemana de carburantes sintéticos. Antes de la guerra y durante la misma, Gran Bretaña y Estados Unidos sabían que el problema del carburante era uno de los puntos débiles de la máquina bélica alemana. Era evidente que si la producción y las reservas fueran drásticamente reducidas, los efectos influirían sobre las fuerzas motorizadas y todavía más sobre la industria bélica. Para el general Carl Spaatz, que a principios de enero de 1944 había asumido el mando de la 8.ª Fuerza aérea de Gran Bretaña, junto con el de la 15.ª en Italia, las instalaciones petrolíferas representaban el más importante objetivo.

Para sir Arthur Harris, comandante en jefe del *Bomber Command*, gran parte de las consideraciones en torno a los citados objetivos clave no eran tan convincentes. Y su escepticismo no carecía de fundamento. En el Estado Mayor de la Aviación y en todos los otros Estados Mayores, había una gran cantidad de supuestos expertos, y muchos de sus juicios eran inadecuados o en exceso agudos. Harris consideraba que, al final, lo más definitivo sería la destrucción de las grandes ciudades alemanas.

Todas estas hipótesis (la de Tedder, según la cual el camino más seguro era destruir los transportes; la de Spaatz, que sostenía el ataque a la producción petrolífera, y la del mismo Harris, que consideraba la ofensiva indiscriminada como la más adecuada) tenían su importancia. Tedder, si bien no era el comandante de fuerzas aéreas favorito de Churchill, gozaba del prestigio conseguido por sus éxitos en Oriente Medio, así como de la confianza plena del comandante supremo, general Eisenhower. Spaatz, que dirigía las fuerzas aéreas más importantes jamás reunidas y a quien sostenía plenamente el general Arnold, desde Washington, estaba en situación de hacer valer sus puntos de vista. Harris, severo, decidido y convencido, se había revelado ya como uno de los jefes más hábiles de la segunda Guerra Mundial. Sin él hubiera sido prácticamente inconcebible el *Bomber Command*.

Por añadidura, al iniciarse el último año de guerra, estos puntos de vista, distintos e incluso contradictorios, asumieron una verdadera importancia estratégica. Y ello obedeció a que en la fase de pausa de los americanos, después del fracaso de Schweinfurt y en la británica después de la acción de Nuremberg, intervinieron nuevos factores que aumentaron considerablemente la eficacia del bombardeo estratégico, hasta el punto de transformarlo por completo.

Un nuevo caza aliado

Dos importantes factores determinaron la nueva situación. El primero era la entrada en servicio de un nuevo caza de amplio radio y de extraordinaria eficacia, el *P-51 Mustang*, constituido por una célula americana dotada de un motor *Rolls Royce Merlin*.

Este avión fue puesto en servicio por la 8.ª Fuerza aérea, entre diciembre de 1943 y marzo de 1944, y a fines de este período ya estaba en condiciones de volar desde las bases británicas hasta Berlín y de enfrentarse con cualquier aparato alemán. A partir de entonces, no hubo ningún sector de Alemania donde los pilotos alemanes pudieran sentirse completamente seguros, por lo menos durante el día. Dondequiera que estuviesen, ya fuera en período de adiestramiento o en acción, podían verse empeñados de pronto por los agresivos *Mustang*.

El resultado de ello fue que, en poco tiempo, el cielo de Alemania estuvo totalmente dominado, durante el día, por los americanos. Y esto no sólo produjo un efecto desmoralizador en la *Luftwaffe*, sino también un efecto particularmente favorable en los bombarderos diurnos, tan duramente castigados en los días de Schweinfurt. El

BOMBAS LANZADAS POR LOS ALIADOS Y DESARROLLO DE LA PRODUCCIÓN BÉLICA ALEMANA

El objetivo final de la ofensiva aérea aliada era destruir directamente la producción bélica germana en el mismo corazón de Alemania, debilitando de esta manera sus fuerzas en todos los frentes. Los gráficos que reproducimos en esta página, compuestos con las cifras que nos han facilitado los informes oficiales británicos, indican el número total de bombas lanzadas y el desarrollo de la producción de tres industrias de guerra fundamentales de Alemania.

BOMBAS LANZADAS

Sólo una vez terminada la guerra pudieron los Aliados valorar con exactitud los efectos causados por la ingente cantidad de bombas lanzadas sobre Alemania, y constatar que, en cuanto a la mayoría de los materiales bélicos, la producción había aumentado en medida casi idéntica al peso de las bombas. El notable incremento que se advierte en el número de bombas lanzadas durante el año 1944, obedece a la gran ofensiva aérea, diurna y nocturna, llevada a cabo por los bombarderos americanos y británicos.



PRODUCCIÓN AÉREA

Una de las mejores tácticas de los atacantes para conquistar la supremacía aérea consistía en destruir las fábricas de aviones y de motores de aviación del enemigo. Los Aliados adoptaron esta táctica casi desde el principio; pero las contramedidas tomadas por lo alemanes (descentralización de las grandes industrias en pequeñas instalaciones diseminadas por todo el país y, por lo tanto, difíciles de localizar y de atacar) demostraron ser tan eficaces que muy pronto su producción aeronáutica se incrementó sensiblemente. Los Aliados no pudieron conquistar una neta superioridad aérea hasta que decidieron que los bombarderos fueran acompañados por cazas de escolta de gran radio en acción.



PRODUCCIÓN DE CARROS DE COMBATE

Durante los años que precedieron al desembarco en Normandía, cuando los rusos se quejaban porque ellos solos llevaban todo el peso de la guerra, únicamente la ofensiva aérea estratégica lanzada por los Aliados pudo demostrar el gran empeño puesto por los angloamericanos en atacar directamente Alemania. Mas, pese a ello, la producción alemana de carros de combate, así como la de aviones, siguió incrementándose. Esto no significa, sin embargo, que no hubiese aumentado todavía más si no se hubieran efectuado tales bombardeos.



PRODUCCIÓN DE CARBURANTE

Los ataques de los bombarderos aliados contra la producción alemana de carburante fueron los que mejores resultados consiguieron. Hacía tiempo que los alemanes habían comprendido el grave peligro que amenazaba a la más vulnerable y vital de sus industrias bélicas. Mas, exceptuando dos ataques contra Ploesti, los bombarderos americanos no se lanzaron a fondo en acciones concentradas contra las instalaciones de Alemania meridional, ni contra las ya citadas de Ploesti, hasta octubre de 1943. Al principio, los daños causados a la producción fueron bastante limitados; pero en verano de 1944 aumentaron en tal medida que, durante las batallas más importantes, las fuerzas alemanas llegaron a quedar casi inmovilizadas.



INCURSIONES CLAVE CONTRA ALEMANIA

(Estadísticas proporcionadas por el Imperial War Museum)

15-16 de mayo de 1940: incursiones de la RAF sobre el Ruhr

Ataque nocturno de precisión contra instalaciones petrolíferas y estaciones de ferrocarril. De los 99 aviones utilizados sólo se perdió uno. No se conocen los daños causados, pero probablemente fueron insignificantes. Esta incursión fue la que inició la ofensiva aliada estratégica contra Alemania (Antes, la RAF se había limitado a llevar a cabo acciones contra objetivos costeros y contra las vías de comunicación militares, así como a lanzar octavillas).

16-17 de diciembre de 1940: incursión de la RAF sobre Mannheim

Bombardeo nocturno indiscriminado contra el centro de la ciudad. De los 134 aviones utilizados sólo se perdieron 3. Únicamente se produjeron daños aislados: muchas de las bombas cayeron bastante lejos de la zona del objetivo. Fue la primera incursión indiscriminada de la RAF.

28-29 de marzo de 1942: incursión de la RAF sobre Lübeck

Bombardeo nocturno indiscriminado sobre el centro de la ciudad. De los 234 aviones utilizados se perdieron 12. Casi 1500 casas quedaron totalmente destruidas; las industrias sufrieron graves daños. Mas, apenas una semana después, la producción había recobrado su ritmo normal. Fue la primera gran incursión en la que se utilizaron bombas incendiarias.

17 de abril de 1942: incursión de la RAF sobre Augsburgo

Ataque diurno de precisión contra las fábricas de motores *Diesel MAN*. De los 12 *Lancaster* que intervinieron (sin escolta de cazas), 7 fueron derribados y 5 resultaron dañados. Las bombas alcanzaron varias secciones de montaje y otros edificios anexos, pero los daños a la producción fueron escasos. Esta incursión demostró la imposibilidad de que los bombarderos pesados pudieran llevar a cabo, con éxito, ataques diurnos de precisión y reforzó aún más la confianza de la RAF en los ataques nocturnos.

30-31 de mayo de 1942: incursión de la RAF sobre Colonia

Bombardeo nocturno indiscriminado contra el centro de la ciudad. De los 1046 aviones que intervinieron, 40 fueron derribados y 116 dañados. Casi media ciudad quedó destruida; murieron más de 474 personas y más de 40 000 quedaron sin hogar. Colonia, sin embargo, se recuperó con sorprendente rapidez. Fue la primera incursión de "los mil bombarderos".

17 de agosto de 1942: incursión de la 8.ª Fuerza aérea contra Ruán.

Ataque nocturno de precisión contra la estación de ferrocarril de Sotteville. Intervinieron 12 *B-17*, que regresaron indemnes a su base. Se causaron daños sin importancia a los raíles y al material en general. Esta primera incursión de la 8.ª Fuerza aérea convenció a los americanos de la necesidad de proseguir los ataques diurnos de precisión.

5-6 de marzo de 1943: incursión de la RAF sobre Essen

Bombardeo nocturno sobre las industrias Krupp. De los 442 aviones que intervinieron, 14 fueron derribados y 38 averiados. Se causaron graves daños a las instalaciones y 65 hectáreas de la ciudad resultaron destruidas; mas los ingleses sobrevaloraron los daños causados a la producción. Fue la primera vez que se utilizó el sistema de guía-radar *Oboe*, lo que favoreció en gran manera la localización del objetivo a pesar de la niebla que cubría la zona industrial del Ruhr.

16-17 de mayo de 1943: incursión de la RAF sobre los diques del Möhne, Eder y Sorpe

Ataque nocturno de precisión. Intervinieron 19 *Lancaster*, de los cuales 8 fueron derribados y 6 dañados. Los diques del Möhne y del Eder quedaron totalmente destruidos; el de Sorpe sólo fue alcanzado en parte. Se produjeron graves inundaciones, que ocasionaron más de 1000 víctimas; sin embargo, la incursión no tuvo efectos muy importantes sobre la economía bélica alemana. Este bombardeo contribuyó al desarrollo de la técnica de los ataques de precisión.

En este gráfico se señalan los principales objetivos de los bombarderos aliados en la Europa ocupada durante el período de 1942-1945. Salvo indicaciones especiales, todas las ciudades relacionadas representaban objetivos industriales.

Principales mandos aliados

A. Sunninghill Park (mando de la 9.ª Fuerza aérea americana)
B. High Wycombe (mando de bombarderos de la RAF y mando de la 8.ª Fuerza aérea americana)
C. Bushy Park (mando de las fuerzas aéreas estratégicas USA)

Objetivos principales

1. Burdeos (U-Boot)
2. La Pallice (U-Boot)
3. Lorient (U-Boot)
4. St. Nazaire (U-Boot)
5. Nantes (aviones)
6. Brest (U-Boot)
7. Le Mans (aviones)
8. París
9. Ruán
10. Martinvast (bombas volantes)
11. Sottevast (bombas volantes)
12. Siracourt (bombas volantes)
13. Lottinghem (bombas volantes)
14. Mimovecques (bombas volantes)
15. Watten (bombas volantes)
16. Wizernes (bombas volantes)
17. Lille
18. Bruselas (aviones)
19. Rotterdam
20. Amsterdam (aviones)
21. La Rochelle
22. Cherburgo
23. El Havre
24. Boulogne-sur-Mer
25. Dunkerque
26. Metz
27. Emden (U-Boot)
28. Wilhelmshaven (U-Boot)
29. Vegesack (U-Boot)
30. Bremen (aviones)
31. Hamburgo
32. Flensburg (U-Boot)
33. Kiel (U-Boot)
34. Lubeck
35. Hannover
36. Brunswick
37. Magdeburgo
38. Oschersleben (aviones)
39. Dessau (aviones)
40. Essen
41. Dortmund
42. Duisburgo
43. Dusseldorf
44. Colonia
45. Bonn
46. Mohne (dique)
47. Wuppertal
48. Eder (dique)
49. Sorpe (dique)
50. Kassel (aviones)
51. Leipzig (aviones)
52. Dresde
53. Leignitz
54. Berlín
55. Rostock
56. Peenemunde (bombas volantes)
57. Stettin
58. Danzig (U-Boot)
59. Erfurt
60. Gotha (aviones)
61. Schweinfurt (cojinetes de bolas)
62. Furth
63. Nuremberg
64. Regensburg (Ratisbona) (aviones)
65. Augsburgo (aviones)
66. Munich
67. Ulm
68. Stuttgart
69. Ludwigshafen
70. Sarrebruck
71. Bochum
72. Karlsruhe
73. Friedrichshafen
74. Chemnitz
75. Praga
76. Wiener Neustadt (aviones)
77. Francfort
78. Hanau
79. Aschaffenburg
80. Coblenza
81. Ober-Lahnstein
82. Giessen
83. Siegen
84. Schwerte
85. Soest
86. Hamm
87. Lohne
88. Osnabruck
89. Rheine
90. Bielefeld
91. Altenbeken Neunbeken
92. Seelze
93. Lehrte
94. Hameln
95. Paderborn
96. Bebra
97. Stendal
98. Halle
99. Gera
100. Breslau
101. Oppeln
102. Heydebreck
103. Bohumin
104. Minden
105. Mulhouse
106. Friburgo
107. Offenburg
108. Rastatt
109. Karlsruhe
110. Heilbronn
111. Treuchtlingen
112. Pasing
113. Munich
114. Rosenheim
115. Salzburgo
116. Strasshof
117. Wurzburg
118. Mannheim
119. Darmstadt
120. Maguncia
121. Bingen
122. Viena
123. Münster
124. Wesseling
125. Reisholz
126. Dulmen
127. Gelsenkirchen
128. Salzbergen
129. Nienburg
130. Farge
131. Heide
132. Hitzacker
133. Dollbergen
134. Derben
135. Politz
136. Salzgitter
137. Lutzkendorf
138. Leuna
139. Ruhland
140. Bohlen
141. Rositz
142. Molbis
143. Zeitz
144. Brux
145. Deschowitz
146. Blechhammer
147. Auschwitz
148. Neuburg
149. Freiham
150. Linz
151. Moosbierbaum
152. Korneuburg
153. Floridsdorf
154. Schwechat
155. Lobau
156. Budapest

Puestos de mando aéreos aliados
Objetivos industriales
Objetivos ferroviarios
Objetivos petrolíferos
Operación "Thunderclap"
Autonomía de los cazas aliados

Agosto-diciembre de 1942
Diciembre de 1942-ju

24-25 de julio de 1943: incursión de la RAF sobre Hamburgo

Bombardeo nocturno indiscriminado contra el centro de la ciudad. De los 791 aviones que intervinieron, 12 fueron derribados y 31 dañados. Se arrojaron más de 2200 toneladas de bombas. Graves daños en las zonas residenciales. Los incendios se prolongaron, en plena actividad, durante veinticuatro horas. Esta acción constituyó un éxito total del *Bomber Command*, que logró neutralizar el radar enemigo mediante la utilización de tiras de estaño conocidas con el nombre de *Window*. Nuevos ataques sucesivos, en el curso de las noches del 27 y 29 de julio y del 2 de agosto, completaron la destrucción de la ciudad. Se calcula que el número de víctimas fue superior a las 42.000.

14 de octubre de 1943: incursión de la 8.ª Fuerza aérea americana sobre Schweinfurt

Ataque diurno de precisión contra las fábricas de cojinetes a bolas. Intervinieron 291 aviones, de los cuales fueron derribados 60 y dañados 138. Fue el ataque más eficaz de cuantos se lanzaron contra Schweinfurt, pero los efectos sobre la producción sólo fueron temporales, ya que los alemanes consiguieron reorganizar las industrias bélicas de la ciudad antes de la segunda incursión, realizada cuatro meses después. Los bombarderos únicamente fueron escoltados por los cazas en un trecho de su recorrido; las graves pérdidas infligidas a los americanos por la caza alemana demostraron la inconsistencia de la teoría de la autodefensa de las formaciones de bombardeo obligando a los americanos a suspender, de momento, la ofensiva aérea diurna.

18-19 de noviembre de 1943: incursión de la RAF sobre Berlín

Bombardeo nocturno indiscriminado sobre el centro de la ciudad. Intervinieron 444 aviones, de los que fueron derribados 9. Se lanzó un total de 1500 toneladas de bombas, con daños no comprobados pero probablemente graves. Fue el primero de los dieciséis ataques masivos lanzados contra Berlín, con una participación total de más de 9000 aparatos. Estos ataques resultaron menos eficaces que los efectuados contra Hamburgo y el Ruhr, a causa de la mayor distancia, el mal tiempo y la eficaz defensa alemana.

8 de marzo de 1944: incursiones de la 8.ª Fuerza aérea americana sobre Berlín

Ataque diurno de precisión contra las fábricas de cojinetes a bolas Erkner. Intervinieron 590 aviones, de los que 37 fueron derribados. Se causaron graves daños a las fábricas (75 bombas alcanzaron el objetivo), produciéndose la interrupción temporal de la producción. Tercer ataque americano sobre Berlín; los bombarderos iban escoltados por grandes formaciones de cazas *P-51*. Se inicia la supremacía aérea diurna americana.

30-31 de marzo de 1944: incursión de la RAF sobre Nuremberg

Bombardeo nocturno indiscriminado sobre el centro de la ciudad. Intervinieron 795 aviones, siendo derribados 95 y dañados 71. Fueron lanzadas casi 2500 t de bombas. Para el *Bomber Command* fue la acción más costosa de toda la guerra y representó lo que Schweinfurt había representado para los bombarderos diurnos americanos. Estas acciones pusieron de manifiesto que el bombardeo de amplio radio no podía continuar indefinidamente sin contar con la total supremacía aérea, lo que obligó a la RAF a suspender toda acción de este tipo después de la citada incursión de Nuremberg.

23-24 de septiembre de 1944: incursión de la RAF sobre el canal de Dortmund-Ems

Bombardeo nocturno de precisión contra el canal de Dortmund-Ems, vía de comunicación que unía el Ruhr con las otras zonas industriales. Intervinieron 141 aviones y fueron derribados 14. Se lanzaron 11 bombas *Tallboy* de 5500 kg cada una provocando daños en el canal e interrumpiendo casi 10 km de su curso.

13-14 de febrero de 1945: incursión de la RAF sobre Dresde

Bombardeo nocturno indiscriminado sobre el centro de la ciudad. Intervinieron 805 aviones y sólo fueron derribados 8. Se causaron graves daños en la ciudad vieja y en la periferia, con devastación total de una zona de más de 650 hectáreas. Las bombas incendiarias desencadenaron la tormenta de fuego más terrible de toda la guerra. Según los cálculos, el número de víctimas osciló entre 35.000 y 135.000, si bien la segunda cifra parece, desde luego, desorbitada. Fue el bombardeo más terrible y más discutido de cuantos se efectuaron en Europa durante la guerra. En efecto, Dresde, cuya importancia estratégica era más bien dudosa, estaba casi indefensa: el día 14 fue atacada de nuevo por 400 aviones de la 8.ª Fuerza aérea americana.



número de sus misiones aumentó, al tiempo que disminuían considerablemente las pérdidas y sus ataques eran más precisos.

El segundo factor importante fue el avance de los Ejércitos aliados en dirección al Rhin. En agosto de 1944, las fuerzas aliadas sobrepasaron el despliegue defensivo de la caza alemana y la línea avanzada de las posiciones de localización radar; en el curso del mismo mes, la defensa aérea alemana quedó francamente debilitada y el dominio efectivo del aire pasó a los americanos y a los ingleses.

Así, pues, parecía que en septiembre las fuerzas aéreas estratégicas estarían en condiciones de desencadenar un ataque decisivo. Se habían conseguido ya sustanciales progresos en la destrucción de la industria petrolífera y en los sistemas de comunicaciones, y la ofensiva contra las ciudades más importantes se había reanudado a escala mucho mayor. La situación en los frentes terrestres era asimismo óptima, por cuanto los Ejércitos angloamericanos se hallaban ya sólidamente establecidos en el Rhin y los rusos seguían avanzando. Se esperaba incluso que la guerra terminaría antes de Navidad.

Una de las causas que disipó esta esperanza fue el fracaso de la acción de Arnhem, y otra el también fracasado intento de las fuerzas aéreas estratégicas de explotar su inmenso potencial para conseguir cuanto antes resultados decisivos. Los ataques contra la industria petrolífera, contra los transportes y contra las instalaciones industriales en general, aunque distribuidos teóricamente en un orden de prioridad, en la práctica no pudieron desarrollarse adecuadamente.

El general Portal, jefe de Estado Mayor de la Aviación británica, que conocía el curso de la ofensiva contra la industria petrolífera y también la crítica situación en que se encontraba Alemania en este campo, se inclinaba hacia los que defendían este tipo de ofensiva. Presionaba a Harris para que aumentase su esfuerzo contra las instalaciones petrolíferas, aun cuando ello comportase una reducción de los ataques contra las ciudades; pero Harris se mostraba un tanto reacio. El agotamiento de las reservas de carburante alemán hubiera podido producirse mucho antes si Portal hubiera insistido más.

La guerra continúa

La ofensiva general angloamericana contra Alemania se vio frenada, en cierto modo, en otoño de 1944, por lo que la guerra se prolongó hasta 1945. En realidad, el nuevo año se inició en el frente occidental bajo una atmósfera muy deprimente. Las constantes discusiones en torno al bombardeo estratégico dejaban en el ánimo de todos una sensación de inutilidad. Y no eran solamente los mandos de la Aviación los únicos en tener tal sensación, pues en cuanto a Eisenhower acababa de recibir un duro golpe con la contraofensiva alemana en las Ardenas.

Estos contratiempos hoy pueden parecernos insignificantes; pues lo cierto era que los Aliados tenía una neta superioridad en todo, los soviéticos se preparaban para reanudar el avance y la contraofensiva alemana en las Ardenas fue pronto detenida. Pero en enero de 1945, las perspectivas no aparecían bajo esta luz. Los alemanes demostraban una alarmante genialidad para proyectar nuevas armas. Los *schnorkel* amenazaban dar nuevo impulso al empleo de los *U-Boot* y en cuanto a velocidad sus aviones superaban a todos. Todavía cabía el peligro de que los aparatos a reacción anularan el dominio del aire de los Aliados. Las armas de represalia (la *V-2* era un verdadero misil parcialmente guiable) revelaban posibilidades aún más alarmantes. Y no se tenía la seguridad de que Alemania no estuviera fabricando la bomba atómica. Por añadidura, el apoyo que el pueblo alemán continuaba dando a Hitler seguía siendo muy fuerte. El *Führer* sobrevivía a todos los atentados y conjuras; sus Fuerzas Armadas luchaban aún con ardor y decisión; la población civil resistía con un estoicismo que constituye una de las maravillas de la historia. Y si bien se aceptaba que con el fin de Hitler todo terminaría, quedaba en pie todavía el problema del Japón. No es extraño, pues, que los Aliados buscaran afanosamente un sistema para acelerar la victoria contra Alemania.

En enero, con los Ejércitos angloamericanos temporalmente detenidos, parecía que los Aliados se hallaran frente a dos posibles soluciones. Una era que el Ejército ruso avanzase rápidamente hasta el corazón de Alemania; la otra, que los bombarderos pesados lanzaran un gigantesco ataque de aniquilación sobre una o varias ciudades alemanas hasta arrasarlas.

Los jefes de Estado Mayor británicos y americanos habían acariciado por algún tiempo la idea de este ataque (al cual daban el nombre de «Thunderclap»), pero todavía no había encontrado ningún plan que valiese la pena, por cuanto consideraban que un ataque aéreo de este tipo no sería, por sí solo, suficiente para provocar el hundimiento definitivo a que aspiraban. Pero en enero llegaron al convencimiento de que este ataque, lanzado sobre Berlín y coincidiendo con la llegada de multitud de fugitivos que huían del Ejército ruso, tendría por lo menos un efecto favorable para el avance soviético.

El 25 de enero de 1945, sir Norman Bottomley, segundo jefe de Estado Mayor de la Aviación, expuso telefónicamente este proyecto a sir Arthur Harris y, al día siguiente, comunicó a Portal las sugerencias de este último: el ataque principal sobre la capital alemana debería completarse con operaciones análogas contra Chemnitz, Leipzig y Dresde.

Churchill pide acción

El mismo 25 de enero de 1945, el propio Churchill habló de la posibilidad de esta acción con el ministro del aire, sir Archibald Sinclair. En particular, como expresó al día siguiente en una nota dirigida a Sinclair, le interesaba saber si Berlín u otras grandes ciudades de Alemania oriental podían ser consideradas aún como objetivos particularmente importantes. En tono más bien perentorio dio a entender que lo que entonces quería no eran palabras sino acción.

No obstante, Portal se mostraba indeciso sobre la conveniencia de llevar a cabo dicho plan. No consideraba que la Operación «Thunderclap», incluso realizada con fuerzas ingentes, fuera del todo decisiva y temía que los bombarderos pudiesen sufrir graves pérdidas. Aún seguía firmemente convencido de que la ofensiva contra las instalaciones petrolíferas debían tener absoluta prioridad. Además, sostenía que los ataques contra los astilleros de submarinos y contra las fábricas de aviones a reacción debía continuar. Aparte de estas consideraciones, estaba de acuerdo, siempre que los americanos prestaran su apoyo, en que un gran ataque sobre Berlín, acompañado de otros ataques masivos sobre Dresde, Leipzig, Chemnitz y acaso otros centros, provocaría gran confusión en el repliegue por el Este y obstaculizaría los movimientos de las tropas alemanas por el Oeste.

El 27 de enero, Sinclair envió a Churchill una nota en la que le comunicaba que el Estado Mayor había dispuesto los ataques previstos. Y precisó que estas acciones sólo podrían realizarse después de los ataques a las instalaciones petrolíferas y a otros objetivos ya aprobados.

Este era su plan; Portal lo aprobó con algunas reservas, motivadas por el temor de que se debilitara la ofensiva contra la industria petrolífera. Su idea era aplicar la Operación «Thunderclap» a la situación particular determinada por el avance soviético. La elección de los objetivos fue consecuencia de la conversación telefónica entre Bottomley y Harris, y la premura con que se preparó la operación debe atribuirse, directamente, a los insistentes apremios de Churchill.

Creemos que precisar estos detalles servirá para aclarar el gradual desarrollo de acontecimientos que luego fueron causa de grandes equívocos en todas partes. Mas, antes debe aclararse también otro equívoco: el de la extraordinaria noticia de que, el 28 de enero, Churchill hubiera intentado revocar la orden de ataque sobre Dresde, mientras Portal insistía, a su vez, en efectuarlo. En realidad, ese día 28 de enero, Churchill se limitó a expresar a Portal algunas dudas sobre la oportunidad de una operación tan trascendente, sobre todo después de haberse establecido que los bombardeos contra las instalaciones petrolíferas tendrían absoluta prioridad. Portal le aseguró que esta prioridad subsistía todavía, si bien afirmando asimismo que pronto se realizarían ataques en fuerza sobre algunas ciudades de Alemania oriental, incluida Dresde.

El plan estaba ahora próximo a su realización; pero era preciso esperar el período de luna nueva y las condiciones atmosféricas adecuadas. La noche del 13 de febrero de 1945, unos 800 bombarderos británicos, divididos en dos oleadas se dirigieron hacia Dresde. Al día siguiente atacaron 400 bombarderos diurnos americanos de la 8.ª Fuerza aérea; otros 200 atacaron todavía el 15 de febrero y 400 el 2 de marzo. Entre tanto, la noche del 14 de febrero, los ingleses bombardearon en fuerza Chemnitz, mientras los americanos efectuaban las otras operaciones previstas, incluida la del 26 de febrero, sobre Berlín, con más de 100 bombarderos.

Estas operaciones, con las que se trataba de acelerar la victoria aliada, creando la confusión en la retaguardia alemana, eran solicitadas al Estado Mayor del Aire por el primer ministro y, en su mayor parte, eran también requeridas por los soviéticos. Si no se hubieran llevado a cabo en aquel momento, cabría preguntarse ahora por qué la aviación estratégica no había ejercido toda su potencia contra tales objetivos en una fase crucial de la guerra.

Muchos de estos ataques, así como los realizados por el *Bomber Command*, han sido olvidados con el tiempo; no así el de Dresde, que se desarrolló en condiciones ideales y con absoluta falta de defensa. El éxito de tal acción, al contrario de lo ocurrido la noche siguiente sobre Chemnitz, fue aplastante. El número de víctimas fue enorme, superior incluso al de Hamburgo.

En aquella época, algunos periodistas opinaron que tales acciones podían representar un cambio de política y hablaron de ellos como de bombardeos terroríficos. Esto causó cierta confusión en América, donde se creía que los bombardeos eran cosa distinta de lo que en realidad eran, e incluso en Gran Bretaña, donde, por lo menos una minoría, consideraba los bombardeos como una especie de intervenciones quirúrgicas y no como elementos constitutivos de una guerra casi generalizada por completo.

Acaso bastará decir que el bombardeo de Dresde representó la cumbre lógica de la ofensiva aérea estratégica contra Alemania que, en su conjunto, tuvo una importancia definitiva en la derrota del nazismo. El éxito de esta operación superó toda previsión razonable. Pero la acción, si bien pareció indispensable en el momento de su realización, o sea a mediados de febrero, acabó por no aparecer bajo la misma luz a fines de marzo, cuando, frente al evidente y progresivo hundimiento de los alemanes, hubo que preguntarse si merecían un castigo tan despiadado.

NOBLE FRANKLAND

Nació en 1922 y estudió en el Trinity College de Oxford. Durante la guerra prestó servicio como oficial de ruta en el Mando de bombarderos y fue condecorado con la DFC. Trabajó luego en la sección de Historia del Ministerio de Aviación. Tras doctorarse en Oxford, recibió el encargo de redactar, junto con sir Charles Webster, la historia de la ofensiva aérea estratégica contra Alemania, obra que se publicó en 1961. De 1956 a 1960 fue director de la Sección de Estudios del Instituto Real para asuntos internacionales. En la actualidad es director del *Imperial War Museum*

LOS EFECTOS DE LOS BOMBARDEOS

Gregor Janssen



A comienzos de 1944, las ciudades alemanas fueron sometidas, durante más de dieciocho meses, a violentos ataques por parte de los bombarderos británicos; y pese a ello la producción bélica era más elevada que antes y la moral de la población no daba muestras de ceder. Pero, apenas un año después, la economía alemana sufrió un notable colapso y sus fuerzas estaban a punto de quedar paralizadas por falta de suministros. Un especialista en historia económica alemán analiza la ofensiva aérea aliada y llega a la conclusión de que el giro decisivo se produjo cuando los americanos estuvieron en situación de efectuar bombardeos de precisión que destruyeron el sistema de abastecimientos alemán.

El centro de gravedad de la industria alemana se hallaba en el Oeste. La producción de carbones minerales y de coque se concentraba en las cuencas del Rhin y del Ruhr; las industrias químicas y de ingeniería química en Renania, y sólo una pequeña parte en el Este. Las fábricas que trabajaban el acero estaban distribuidas por todo el territorio del Reich, aunque más concentradas en la zona del Ruhr. Y los centros de producción del sector electrotécnico, de los materiales de precisión y ópticos bastante dispersos, lo mismo que las refinerías de petróleo.

Cuando Hitler preparaba la industria alemana para sostener sus planes de guerra, ya se perfiló el peligro de estas concentraciones, que difícilmente podrían salvarse de eventuales ataques.

En 1936 se inició un programa de redistribución de las industrias, que se basaba en los siguientes puntos: las áreas industriales cercanas a las zonas fronterizas (Ruhr, Sajonia y Silesia) debían desplazarse a las regiones centrales. La zona entre Hannover, Magdeburgo y Halle, se consideró a cubierto de operaciones militares, por cuanto entonces se esperaba que las posibles amenazas procederían más de tierra que del aire.

Mas, las limitaciones impuestas por las leyes de economía obligaron a circunscribir tan sólo a algunos sectores los planes de desplazamiento y



Vista parcial de la ciudad de Dresde, gravemente dañada en el curso de los bombardeos efectuados los días 13, 14 y 15 de febrero y 2 de marzo de 1944; estos ataques formaban parte de la Operación «Thunderclap». (Keystone)

de construcción que, en el período subsiguiente, se limitaron al sector de la industria siderúrgica y la petrolífera. Luego, la guerra-relámpago, en los primeros años de la guerra, ofreció una mayor capacidad a la industria alemana; pero, al mismo tiempo, las victorias logradas apartaron de la mente de Hitler y de sus más cercanos colaboradores toda idea de una posible derrota militar, así como de una eventual amenaza contra las industrias alemanas.

Fue después de fracasar en su intento de bloquear a Alemania, cuando Churchill decidió atacarla por medio de bombarderos. A raíz de las primeras incursiones británicas, Goering, comandante en jefe de la *Luftwaffe* y, al mismo tiempo, organizador de la industria alemana, anunció acciones de represalia. Empeñados en la difícil tarea de dañar los objetivos con la máxima precisión y desde gran altura, Gran Bretaña y Alemania se vieron comprometidas en una guerra aérea cuyos límites e intensidad eran imprevisibles. Y cuando Hitler interrumpió la batalla de Inglaterra para dar prioridad a los preparativos contra la Unión Soviética, la iniciativa aérea pasó a los ingleses.

El año 1941 fue relativamente tranquilo... antes de la tormenta final. Gran Bretaña se preparó para una larga guerra aérea, incrementando notablemente sus fuerzas de bombardeo. Y cuando Churchill logró convencer a Roosevelt de la validez de sus planes de potenciación, Estados Unidos iniciaron, a su vez, la preparación de una fuerza de bombardeo.

La idea de Churchill de someter a Alemania mediante la acción de la RAF se basaba en el supuesto de que el enemigo debía ser atacado por una verdadera fuerza armada autónoma. En consecuencia, el Gabinete de Guerra se decidió, el 14 de febrero de 1942, a favor de los bombardeos por zonas. El sistema no era, ciertamente, el más rápido; pero en cambio aseguraba mejores resultados. Este fue el gran momento de sir Arthur Harris, a quien Churchill había puesto al mando de las fuerzas de bombardeo británicos. En Alemania, ese mismo mes, Albert Speer asumía la jefatura del Ministerio de Armamentos.

El protegido de Hitler en funciones

El arquitecto Albert Speer tenía 36 años cuando se hizo cargo del Ministerio, tras la muerte de Todt. Esta decisión de Hitler suscitó general sorpresa, pues varios colaboradores de Todt hubieran podido ocupar el cargo y además se suponía que el joven arquitecto sabría muy poco de armamentos. No obstante, en este caso, la elección del *Führer* resultó afortunada. Speer superó todas las esperanzas, luchando contra los elementos que, en Alemania, eran contrarios a la guerra. Hitler tuvo razón cuando dijo que sin Speer la guerra hubiera terminado dos años antes.

En Gran Bretaña, con el nombramiento de Arthur Harris como comandante del *Bomber Command*, también se inició una nueva fase. Churchill estaba convencido de haber encontrado en el nuevo general de Aviación al hombre capaz de realizar el tipo de guerra proyectado.

El medio principal para someter a los alemanes eran sin duda los bombarderos cuatrimotores, que podían llevar una carga de 9 toneladas de bombas, con un radio de acción de casi 5000 km y una cota de tangencia de más de 10.000 m; estos aviones estaban equipados además con aparatos de radio para la navegación y para el lanzamiento de bombas. Harris pidió 4000 de estos aviones, más otros 1000 cazabombarderos, a fin de tener 1000 aparatos sobre el cielo de Alemania durante cada acción. Sin embargo, a causa de la carencia de materias primas, Harris nunca tuvo a su disposición más de 1350 bombarderos en total.

La suposición de que el bombardeo indiscriminado de las ciudades alemanas conduciría, inevitablemente, al hundimiento total de las industrias fue el error más evidente de este tipo de estrategia aérea. Las industrias aeronáuticas y, lo que era todavía más importante, las instalaciones para la producción de carburantes, estaban diseminadas en todo el territorio del Reich y, desde luego, no se hallaban en absoluto en las grandes ciudades. Los ataques desencadenados luego sobre estos sectores rebaten claramente las teorías de Harris. El único objetivo existente en las grandes ciudades era la red de transportes, pero ésta podía inutilizarse, de modo permanente, con bombardeos de precisión.

Con los bombardeos indiscriminados, los daños en las fábricas de armas eran solamente efectos secundarios de una acción enfocada en otro sentido: el de sembrar el terror entre la población civil de Alemania. Churchill y su general de Aviación decidieron continuar los «bombardeos contra la moral», sosteniendo abiertamente esta conducta en la Conferencia de Casablanca. Y así, a mediados de 1942 se inició esta «danza de la muerte» sobre las ciudades alemanas, que, como se sabe, empezó con la incursión de 1000 bombarderos sobre Colonia, alcanzó su primera cima con el incendio de Hamburgo y culminó en la destrucción de una ciudad carente de defensas y económicamente poco importante como Dresde.

Durante largo tiempo Churchill estuvo convencido de que ésta era la mejor arma para triunfar sobre Alemania. Mas, los ataques aéreos sobre el Ruhr, las ciudades del Rhin, las ciudades del este del Ruhr y sobre la propia Berlín, no contribuyeron a acelerar las operaciones militares, y, por el contrario, reforzaban la voluntad de la población alemana de resistir. Una vez finalizada la guerra, Churchill y Harris hubieron de admitir que los masivos ataques aéreos no habían acelerado de modo alguno el hundimiento del Reich.

La entrada en acción de las fuerzas aéreas del Ejército americano aumentó la amenaza sobre las industrias bélicas. La USAAF asumió el peligroso encargo de atacar, con bombardeos de precisión, objetivos militares y centros de comunicación. Speer y Milch, inspector general de la *Luftwaffe*, advirtieron el peligro que pesaba sobre sus planes de producción y tuvieron que admitir amargamente que la potencia aérea alemana era incapaz de contrarrestarlo.

El 4 de junio de 1942, la 8.ª Fuerza USAAF inició las operaciones sobre Europa occidental, atacando aeropuertos y estaciones ferroviarias en Holanda y en Francia. El 21 de diciembre del mismo año bombardeó las industrias Krupp, al principio sin éxito positivo. El peligro se hizo más evidente cuando las formaciones de bombarderos americanos empezaron a paralizar todos los sectores de la industria alemana, destruyendo sus puntos clave. Uno de los más importantes lo representaba la producción de cojinetes a bolas, que en su mayor parte se hallaba concentrada en Schweinfurt. El 17 de agosto estas instalaciones fueron duramente atacadas en una incursión diurna, y ese mismo día Speer se dirigió en avión hasta el Mando Supremo de Hitler para enseñarle un montón de fotografías de los daños sufridos. Como hiciera otras veces, pidió mayor protección para los sectores más importantes de la cadena de producción de armas, incluyendo Schweinfurt. Y así, el 14 de octubre, al llegar una segunda formación de bombarderos americanos dispuestos a destruir por completo la fábrica, encontró las fuerzas defensivas aéreas dispuestas para la acción. Entonces en el cielo de Schweinfurt se desarrolló una de las más grandes batallas aéreas de la guerra, y las pérdidas americanas fueron tan elevadas que la ciudad no sufrió más ataques en los dos meses siguientes y la producción pudo normalizarse.

1500 ahogados por la destrucción de los diques

Los diques tenían particular importancia para las industrias del Ruhr. Los que cerraban los valles del Möhne y del Sorpe proporcionaban agua para uso industrial al 70 % de las fábricas y agua potable para unos cinco millones de personas. El dique del valle del Eder regulaba el nivel del Wesser y las crecidas del Eder y del Fulda. En conjunto, aseguraban la energía a numerosas centrales eléctricas. En consecuencia, el ministro británico de Aviación creyó que, con un ataque desencadenado en el período de los niveles máximos, se conseguiría paralizar por completo todas aquellas industrias. Se esperaba que si un solo ataque se llevaba a término con éxito, los resultados serían catastróficos.

La incursión se realizó la noche del 17 al 18 de mayo. Las pocas armas antiaéreas de 37 mm, emplazadas sobre los diques, ni siquiera tuvieron tiempo de apuntar sobre los aviones británicos, que se acercaban a baja altura. Dos diques fueron alcanzados y se hundieron; el tercero no se localizó. Este éxito parcial satisfizo a Londres; no obstante, las esperanzas cifradas en sus efectos se vieron frustradas. Los resultados no fueron de carácter económico, sino psicológico, por cuanto 1500 personas se ahogaron a causa de la inundación y, además, la RAF demostró estar en condiciones de poder bombardear cualquier objetivo alemán.

Apenas se conoció la noticia del ataque a los diques, Speer se personó en el lugar y dictó las disposiciones oportunas para su reconstrucción con ayuda de la Organización *Todt*. Este ataque proporcionó a Speer un buen pretexto para insistir, una vez más, en la necesidad de proteger adecuadamente todas las industrias del Ruhr contra las incursiones aéreas enemigas y Hitler dio su consentimiento.

La historia de los bombardeos aéreos de cierta eficacia, durante el año 1943, quedaría incompleta si omitiéramos el ataque a la península de Peenemünde. Desde 1932, el general Dornberger y el joven Wernher von Braun trabajaban en el proyecto de un cohete que pudiera transportar una enorme carga explosiva a grandes distancias. En el curso de 1942 y de 1943, se dieron los últimos retoques a los programas «Agregat 4» y «Fieseler 103», que se habían realizado en Peenemünde bajo la égida del Ejército y de la *Luftwaffe* y conocidos como *V-1* y *V-2*.

Naturalmente, cuanto más aumentaba la extensión de los polígonos experimentales, mayor era el peligro de que fueran descubiertos por el Servicio de Información británico, y, por lo tanto, atacados por la RAF. Ya el 14 de mayo de 1943, el *Feldmariscal* Milch, afirmó que el enemigo pronto acabaría por conocer el lugar donde se construían las «máquinas infernales». El 17 de agosto, como se sabe, la USAAF atacó Schweinfurt. Y la noche siguiente el general Harris confirmaba los temores de Milch al iniciar la Operación «Hydra». Mientras las fuerzas de la defensa aérea alemana se preparaban para repeler una acción sobre Berlín, los bombarderos de la RAF, tras un logrado ataque diversivo, se dirigían a Peenemünde y lanzaban sus bombas sobre el centro experimental del Ejército. La *V-1*, a la que, en cierto modo, se consideraba como el último hijo de la *Luftwaffe*, resultó indemne; pero el programa de las *V-2* sufrió un grave retraso.

El 19 de diciembre de 1942, Speer había cursado órdenes de descentralización a las fábricas de material bélico; pero esta orden no alcanzó a toda la industria bélica. En efecto, los grandes centros de producción del Rhin, del Ruhr, del Sarre, los de Silesia superior y los de Salzgitter, estaban, en cada caso particular, vinculados a la situación geográfica y no podían ser fraccionados. La única posiblidad era protegerles mediante una fuerte defensa.

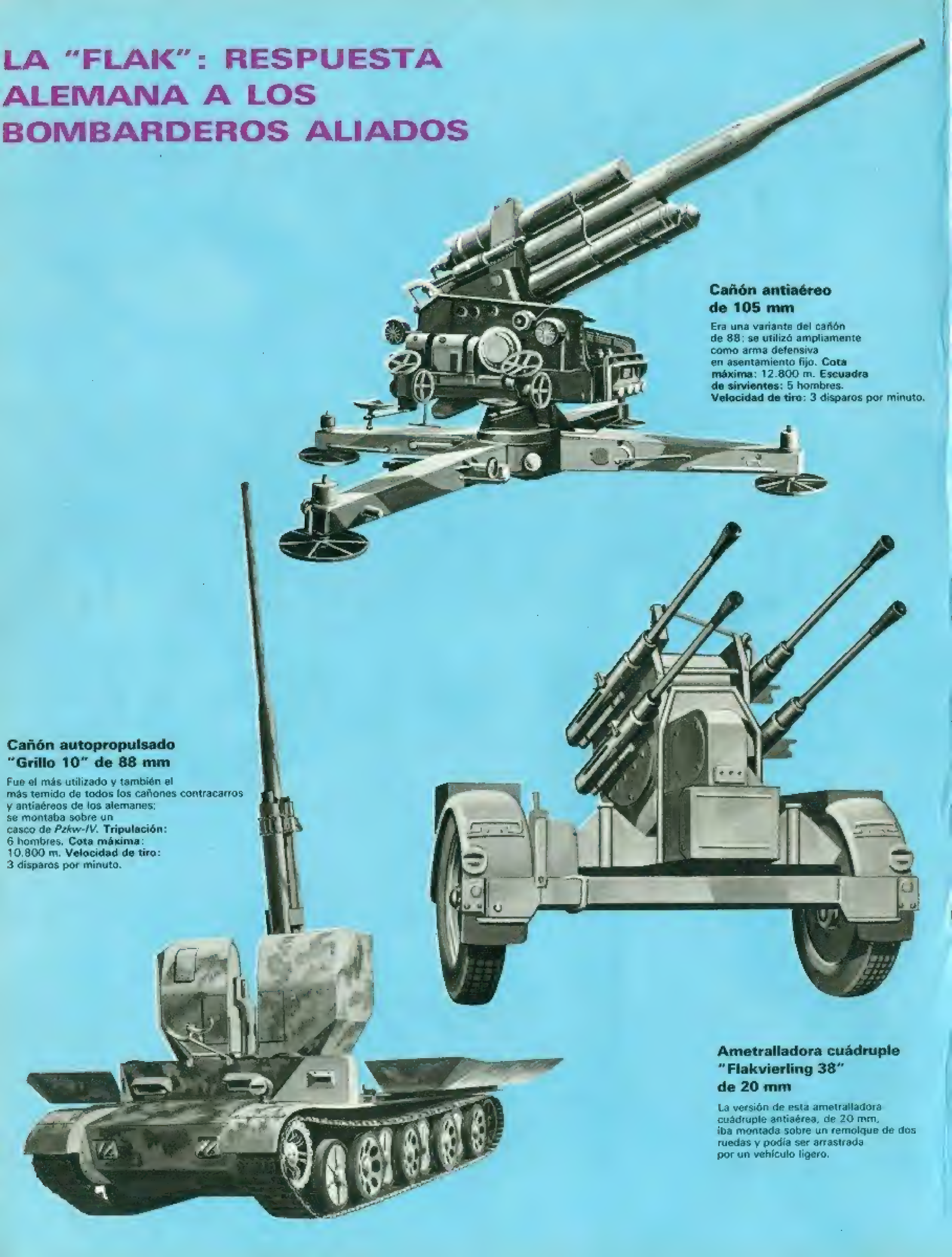
Se agrava la situación

Con el desarrollo de los bombardeos, tanto de día como de noche, el peligro se hizo cada vez más grave. Speer sostuvo varias conversaciones con Hitler, pidiéndole que acelerase los programas de producción de cañones antiaéreos y sus respectivas municiones y también que se decidiera a adoptar calibres mayores. En septiembre, Hitler se puso de acuerdo con el ministro para este programa; mas, a fines de mes, Speer solicitó el traslado de varias unidades antiaéreas a Friedrichshafen para reforzar las defensas de las industrias aeronáuticas allí emplazadas. Se presentían ya los signos de una peligrosa tendencia: Speer sólo obtenía protección para sus fábricas cuando éstas empezaban a ser atacadas. Y esta situación, que obedecía a la escasa artillería antiaérea disponible, se repitió a lo largo de todo el año 1943. El 30 de mayo de dicho año se consideró, por primera vez, la posibilidad de utilizar cohetes para desbaratar formaciones enteras de aviones. Speer sometió el problema a Dornberger, pero no se llegó a ninguna decisión al respecto. A principios de 1944, cuando las incursiones aliadas empezaron a mostrar una orientación precisa, Speer solicitó más enérgicamente una activa protección aérea, y el *Führer*, impresionado por los constantes informes acerca de los daños provocados por los ataques aéreos, dio plenos poderes a todos aquellos que estaban interesados en el sector de los armamentos.

Un año decisivo: 1944

A finales de 1943, los ataques aéreos habían destruido muchas ciudades alemanas, no obstante, bajo la experta guía de Speer, la producción

LA "FLAK": RESPUESTA ALEMANA A LOS BOMBARDEROS ALIADOS



Cañón antiaéreo de 105 mm

Era una variante del cañón de 88; se utilizó ampliamente como arma defensiva en asentamiento fijo. **Cota máxima:** 12.800 m. **Escuadra de sirvientes:** 5 hombres. **Velocidad de tiro:** 3 disparos por minuto.

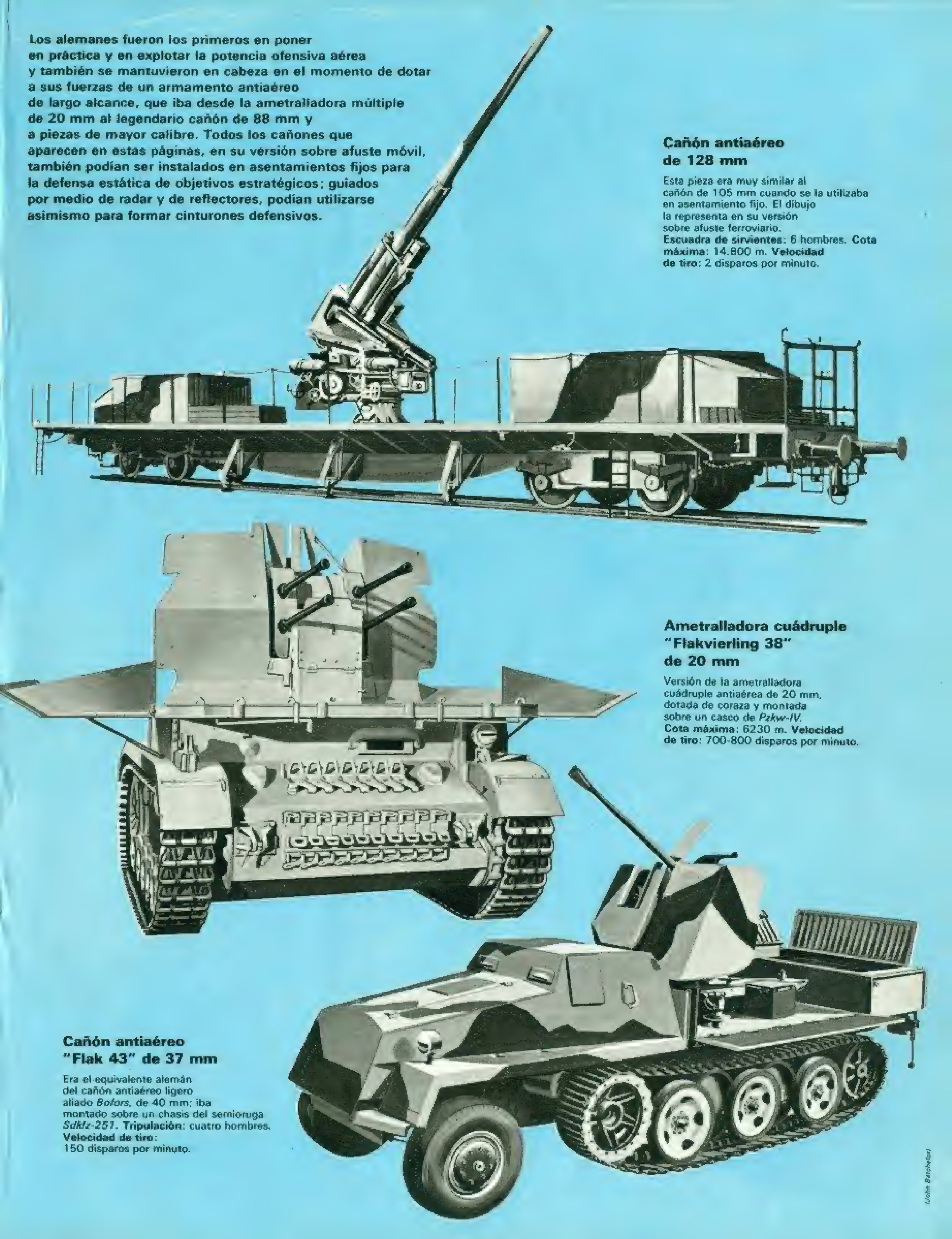
Cañón autopropulsado "Grillo 10" de 88 mm

Fue el más utilizado y también el más temido de todos los cañones contracarros y antiaéreos de los alemanes; se montaba sobre un casco de *Pzkw-IV*. **Tripulación:** 6 hombres. **Cota máxima:** 10.800 m. **Velocidad de tiro:** 3 disparos por minuto.

Ametralladora cuádruple "Flakvierling 38" de 20 mm

La versión de esta ametralladora cuádruple antiaérea, de 20 mm, iba montada sobre un remolque de dos ruedas y podía ser arrastrada por un vehículo ligero.

Los alemanes fueron los primeros en poner en práctica y en explotar la potencia ofensiva aérea y también se mantuvieron en cabeza en el momento de dotar a sus fuerzas de un armamento antiaéreo de largo alcance, que iba desde la ametralladora múltiple de 20 mm al legendario cañón de 88 mm y a piezas de mayor calibre. Todos los cañones que aparecen en estas páginas, en su versión sobre afuste móvil, también podían ser instalados en asentamientos fijos para la defensa estática de objetivos estratégicos; guiados por medio de radar y de reflectores, podían utilizarse asimismo para formar cinturones defensivos.



Cañón antiaéreo de 128 mm

Esta pieza era muy similar al cañón de 105 mm cuando se la utilizaba en asentamiento fijo. El dibujo la representa en su versión sobre afuste ferroviario. **Escuadra de sirvientes**: 6 hombres. **Cota máxima**: 14.800 m. **Velocidad de tiro**: 2 disparos por minuto.

Ametralladora cuádruple "Flakvierling 38" de 20 mm

Versión de la ametralladora cuádruple antiaérea de 20 mm, dotada de coraza y montada sobre un casco de *Pzkw-IV*. **Cota máxima**: 6230 m. **Velocidad de tiro**: 700-800 disparos por minuto.

Cañón antiaéreo "Flak 43" de 37 mm

Era el equivalente alemán del cañón antiaéreo ligero aliado *Bofors*, de 40 mm; iba montado sobre un chasis del semioruga *Sdkfz-251*. **Tripulación**: cuatro hombres. **Velocidad de tiro**: 150 disparos por minuto.

(John Batchelor)

de material bélico era más elevada que antes. El cambio decisivo de la situación se inició a principios de 1944, cuando se produjeron los primeros ataques aéreos contra las bases de la *Luftwaffe*. A mediados de este mismo año, la producción de armamentos recibía un nuevo golpe al ser incendiadas las instalaciones para la producción de carburante. Y poco después llegaba el golpe fatal: la red de transportes se rompía bajo el constante martilleo de las bombas aliadas y toda la organización alemana se veía así privada de la indispensable libertad de movimientos.

A partir de agosto de 1943, los aviones aliados pudieron despegar de los aeropuertos situados en Italia y alcanzar, sin grandes dificultades, tanto los aeródromos de Ploesti (la más importante fuente de petróleo alemana) como el sector meridional de los territorios del Reich. Uno de los mayores peligros era que ahora las formaciones de bombarderos americanas iban escoltadas por cazas aliados de amplio radio hasta sus mismos objetivos, lo que no sólo les permitía evitar las enormes pérdidas sufridas en Schweinfurt, sino que supuso también un alarmante incremento de las pérdidas entre los cazas alemanes. Por fortuna, las grandes esperanzas puestas en el nuevo caza *Messerschmitt* se hicieron evidentes muy pronto, hasta el punto que Milch afirmó que, sin él, «ya no sería posible la existencia de las fábricas de armas». La opinión del *Feldmariscal* era exacta, pero casi en seguida sus esperanzas se frustraron a causa de la rivalidad existente entre el Ejército y la *Luftwaffe*. El potencial producido no era suficiente para satisfacer todos los programas de prioridad de las industrias bélicas. El plan de la *Luftwaffe* preveía una producción mensual de 2000 cazas, 750 bombarderos *JU-88* y 200 *Heinkel 177*.

Sin embargo, estas cifras eran superiores a las posibilidades de producción de todas las industrias aeronáuticas reunidas, incluso aunque no hubiesen sido elegidas por los americanos como objetivos de primerísima importancia. La Operación «Big Week» se inició el 20 de febrero de 1944. Durante seis días consecutivos la USAAF sometió a las fábricas de aviones a una ininterrumpida lluvia de bombas. Las destrucciones alcanzaron proporciones de tal magnitud que, de haber continuado la acción, la *Luftwaffe* habría sido totalmente eliminada. Ese mismo día, Milch y su Estado Mayor hicieron una visita de inspección a las principales industrias aeronáuticas, y en el curso de la misma surgió la idea de crear una sección independiente para la construcción de aviones de caza. Parte de la producción alemana de aviones quedaría bajo el directo control de Speer, que había logrado éxitos mucho más resonantes que los propios responsables de la *Luftwaffe*. Milch se mostró entusiasmado con la idea.

Todos los sectores de la industria aeronáutica habían sido dañados. El 28 de febrero, Milch informó a Speer que, en marzo de 1944, el nivel de producción quedaría reducido en un 30 o un 40 % respecto al del mes anterior. La sección encargada de la producción de aviones de caza, creada por Speer y que él había puesto al mando de su enérgico colega Saur, se afanó por incrementar la producción con todos los medios posibles. El 31 de julio de 1944 el número de cazas fabricados se había duplicado. Pero entonces ya ni eso era suficiente.

Bloqueo de la producción de carburantes

Hasta aquel momento, el carburante, savia vital de las modernas operaciones militares, se había salvado, inexplicablemente, de los ataques aéreos. En 1942, una incursión sobre los campos petrolíferos de Ploesti tuvo escasas consecuencias; pero estas instalaciones y las fábricas alemanas de gasolina sintética ejercían sobre las fuerzas de bombardeo americanas una fascinación irresistible. El 1 de agosto de 1943, una formación de 177 bombarderos, de los cuales 54 no regresaron a su base, atacó de nuevo las refinerías de Ploesti. Los daños pudieron repararse, y pronto las instalaciones reanudaron sus actividades. Pero en octubre, los bombarderos americanos actuaron otra vez, tanto en el sector de Ploesti como en el de Alemania meridional. No obstante, según la sección operativa del Ministerio de Armamentos, las pérdidas totales de carburante, a fines de 1943, no superaba las 150.000 toneladas, esto es, una mínima parte de la producción global.

Esta situación, favorable a los alemanes, obedecía, en parte, a la falta de un acuerdo en el seno del Mando americano de las fuerzas de bombardeo en cuanto a los objetivos. Pero, cuando el 12 de mayo, los aviones americanos bombardearon las plantas industriales de Leuna, Bohlen, Zeitz y Lutzkendorf, en Alemania oriental, parte de estas instalaciones quedó tan gravemente dañada que, durante varias semanas, el suministro quedó totalmente bloqueado.

Speer duda de la victoria

Apenas convaleciente de una grave enfermedad, el 16 de mayo, Speer visitó las ruinas, todavía humeantes, de los establecimientos de Leuna y, al día siguiente, dictó las órdenes para dar prioridad absoluta a las reparaciones. Mas, apenas habían empezado los trabajos cuando, entre el 28-29 de mayo, otras oleadas de bombarderos atacaron de nuevo las instalaciones. La posibilidad de continuar la producción de carburantes adquirió, entonces, una importancia decisiva. Y pese a las dudas que abrigaba respecto a la posibilidad de una victoria alemana, Speer se lanzó a fondo a esta empresa, dándose plena cuenta de la gravedad de la situación. «La salvación de las instalaciones de hidrogenación –escribía– es, en la actualidad, el objetivo más importante en el plan interior: las acciones bélicas dependerán prácticamente de este logro». El 23 de mayo Speer expuso a Hitler un cuadro real de la situación. El *Führer* ordenó que se intensificaran las medidas de defensa antiaérea y de protección con cortinas de humo, además de adoptar otras precauciones cuyos resultados, en su conjunto, no parecieron suficientes al ministro de Armamentos. A primeros de junio de 1944, los americanos establecieron para la 8.ª y 15.ª Fuerza aérea las siguientes órdenes de prioridad en los bombardeos: industria petrolífera, fábricas de cojinetes a bolas y fábricas de carros de combate; las instalaciones para la producción de cazas a reacción y armas *V*, venían después. También por parte alemana la protección a las fábricas de carburantes ocupaba el primer lugar, o sea que, ambos bandos, consideraban decisiva la lucha en este sector.

Mientras continuaban las reparaciones, Speer dispuso que el reconocimiento aéreo adversario debía ser obstaculizado a toda costa, al objeto de mantener secreto el curso de los trabajos durante el mayor tiempo posible. Pero la defensa aérea alemana ya no estaba en condiciones de asumir ni siquiera esta misión. El 10 de junio cayeron nuevas bombas sobre Ploesti; el día 12 la RAF atacó las instalaciones de hidrogenación occidentales; el 20, las primeras plantas del sector oriental de Alemania quedaron completamente destruidas. Ese mismo día, Speer dio cuenta a Hitler de la catastrófica situación. Calculando el tiempo necesario para las reparaciones, preveía el desastre para el mes de septiembre.

Pese a todas las medidas defensivas, la 8.ª Fuerza aérea siguió atacando. Parecía como si las previsiones de Speer se estuvieran cumpliendo. A primeros de julio presentó a Hitler un nuevo informe sobre la situación, y preveía la inminente paralización de la *Luftwaffe*. Su *memorandum* terminaba con estas palabras: «Si los Aliados continúan conservando el dominio del aire, pronto nos faltará el material necesario para continuar la guerra». En septiembre la producción de carburante descendió un 8 % en relación a la de abril anterior y las reservas se agotaron con rapidez, precisamente en el momento en que la producción alemana de aviones de caza alcanzaba su punto máximo.

El golpe decisivo

Pero, aun cuando la máquina bélica alemana se hubiera debilitado por los daños sufridos en las instalaciones petrolíferas, no puede afirmarse que ésta fuera la causa decisiva. El golpe final fue descargado sobre las líneas de comunicación. En efecto, la crisis de transportes, que se produjo en la primavera de 1942, ya demostró claramente hasta qué punto la producción alemana de armamentos dependía de tales líneas. No obstante, hasta 1944 se había logrado salir del paso en una u otra forma. Pero, desde entonces, las comunicaciones empezaron a ser el objetivo preferido de los Aliados, con la doble misión de preparar la invasión en Occidente y obstaculizar el suministro de armas a las fuerzas alemanas. El 18 de mayo de 1944 Speer recibió un deprimente informe del ministro de Transportes. Los daños más graves no habían sido causados por los ataques contra los trenes en movimiento, sino más bien por los bombardeos de zona contra las estaciones ferroviarias.

En Hamm, que era la zona más afectada, 9000 obreros trabajaban constantemente en los trabajos de reparación.

El 30 de junio, cuando Speer se reunió en el ministerio con los técnicos de transportes, no había ya nada que discutir sobre la posibilidad de rechazar la invasión. La red ferroviaria se hallaba ya tan reducida que ni siquiera un largo intervalo entre dos incursiones bastaría para reactivarla. Los trenes viajaban casi siempre protegidos por la oscuridad de la noche y escasamente dotados de armas antiaéreas, y al cabo de pocos meses todo el sistema económico alemán quedó trastornado por la catastrófica situación de los transportes.

Mientras Speer y el ministro Ganzenmüller discutían aún la posibilidad de resolver la crisis, el triángulo Hamm-Osnabrück-Münster, vital para la industria de los armamentos, quedó completamente paralizado. Speer intentó, por lo menos, trasladar el material bélico estrictamente indispensable; pero, en la segunda quincena de enero de 1945, cuando apareció el hielo y la nieve y empezaron a afluir desde el Este los trenes de refugiados, se hizo imposible todo programa de transportes interregionales. El 23 de enero, Speer llegó a la única conclusión posible, estableciendo que los víveres y el vestuario tuviesen prioridad en relación con los transportes de armas. Cuando Hitler, el 18 de febrero, encargó a Speer la formación de un Estado Mayor de transportes, esperando que su hábil ministro pudiese resolver incluso este problema, el resultado fue tragicómico. Pero, sirviéndose del nuevo encargo para facilitar, en los límites de lo posible, el abastecimiento de la población alemana, Speer le dio el único significado posible.

Pocos días después de que asumiera también la responsabilidad del sector de los transportes, la Aviación americana inició la Operación «Clarion», dando el golpe de gracia a aquel sector. De un momento a otro se esperaba el total hundimiento militar. Speer lo retrasó, día tras día, transportando dos millones de obreros a las localidades dañadas, mas todo fue en vano. La industria alemana de armamentos se hundió con la entrada de las fuerzas aliadas en el Reich.

GREGOR JANSSEN

Nació en Bottrop (Westfalia) en 1938, y durante la guerra vivió en Colonia. Estudió en esta ciudad y más tarde en York. A partir de 1959 estudió Historia y Filosofía en Colonia, en Bonn y en Tubinga, especializándose en economía. En 1968 publicó su tesis doctoral, que versaba sobre los armamentos alemanes en el período 1942-45, cuando estaban bajo la dirección de Speer.

Alemania, agosto de 1944



BAJO LOS BOMBARDEOS

Melita Maschmann

La ofensiva contra Alemania pronto se convirtió, para los jefes del Mando bombardero aliado, en un problema en el que había que pensar y calcular con detenimiento, como si se tratase de un tema puramente teórico. Mas para la población alemana la potente ofensiva significó, en el mejor de los casos, un cambio radical en su modo de vida, y en el peor una muerte terriblemente cruel.

En agosto de 1944, mis padres, que entonces vivían en Darmstadt, se vieron obligados a abandonar su hogar a consecuencia de los bombardeos. La casa fue alcanzada por las bombas y ellos, después de recuperar entre los escombros buena parte de sus cosas, fueron a refugiarse a casa de unos parientes. Tenían la intención de trasladarse, el 11 de septiembre, a una pequeña ciudad del Odenwald, y yo me trasladé a Darmstadt desde Berlín dos días antes para ayudarles en el traslado. Pero la mañana de este 11 de septiembre, el chófer de la furgoneta que debía llevarnos a Michelstadt, pretextando que estaba muy cansado nos dijo que no nos recogería hasta el día siguiente.

Ni él ni mis padres vieron este día siguiente. En el curso de la noche, después de un nuevo bombardeo, Darmstadt fue reducida a un montón de ruinas humeantes; el 80 % de la ciudad quedó completamente destruido y más de 15.000 personas perdieron la vida. Veinte minutos antes de medianoche se oyó el silbido de las sirenas. Yo estaba en cama, pero aún dormía. En Berlín me había habituado ya a estas alarmas nocturnas. Me vestí automáticamente, tomé la pequeña maleta que tenía siempre preparada y, en la oscuridad, intenté alcanzar la puerta a tientas; los gritos de mi madre me obligaron a moverme más aprisa. No conocía bien la casa donde se habían refugiado mis padres, pero me bastó con seguir las sombras apresuradas que se agolpaban en las oscuras escaleras. Alguien me empujó hacia un rincón del sótano en el espacio destinado a mi familia. Estremecida por un temblor incontenible, fui a sentarme junto a ellos en un tosco banco de madera. La habitación estaba débilmente iluminada y, toda ella, inmersa en la angustia silenciosa de aquellas gentes que hacían cualquier cosa para dominar su propio miedo.

Desolado panorama de Wesel, en el Ruhr septentrional, después de los bombardeos aliados. Gran parte de los edificios de la ciudad quedaron pulverizados y todos los distritos sufrieron daños de consideración. En primer término puede verse un pequeño tramo de la línea férrea, totalmente destruida. *(US Air Force)*

La esperanza de que los bombarderos enemigos se limitaran a cruzar la zona donde nos encontrábamos para dirigirse a otro lugar se desvaneció pronto, y ya sólo nos quedó la espantosa certeza de que había llegado nuestro turno. El zumbido de los aviones que se acercaban se convirtió pronto en un ruido ensordecedor, y al mismo tiempo empezaron a oírse las explosiones de las primeras bombas al caer. De pronto, nos quedamos a oscuras. Cruzando los brazos sobre la cabeza, en un gesto instintivo de defensa, nos acurrucamos en la oscuridad y seguimos escuchando las explosiones. Los bombarderos llegaban en oleadas; el ruido infernal de la destrucción se acercaba, luego parecía alejarse; se acercaba de nuevo... para volver a retirarse otra vez, pero sólo para volver, casi en seguida y más violento si cabe. Por unos instantes, el latido convulso de nuestros corazones, nos impidió acusar ninguna otra sensación. Se produjo entonces una pausa algo más prolongada: por lo visto las explosiones se habían concentrado en los extremos de la ciudad y el zumbido de los motores se oía, ahora, como un rumor lejano.

En algunos lugares se encendían linternas de bolsillo, y los finos rayos de luz trazaban su huella lumi-

nosa a través de la niebla espesa y blanca que impregnaba el aire. Las explosiones más próximas habían sacudido la casa hasta el punto de resquebrajarla; los ladrillos se habían aplastado unos contra otros, y nubes de polvo blanco y seco salían de las hendiduras de las paredes; respirar era un verdadero tormento

De pronto, vi a prima frente a mí; tenía el cabello revuelto y le cubría el rostro ensangrentado. Mi prima era la dueña de la casa; había intentado salvar, en vano, a algunos vecinos y llevarlos a nuestro sótano, pero el camino estaba bloqueado por los escombros. Nos dijo que sería imposible volver a las alcobas; las escaleras no sólo estaban bloqueadas por las paredes desplomadas, sino que, en parte, eran presa de las llamas. Por lo tanto, la única manera de poder salir del sótano era pasar a través de una pequeña abertura, tapada con una plancha de hierro, que se hallaba exactamente bajo el techo y que únicamente se podía alcanzar con una escalera de mano. A través de esta abertura se podía llegar a la calle; mas, por el momento, nos quedamos donde estábamos.

No podría precisar ahora cuántos segundos de relativa calma pasaron antes de que se produjera la nueva oleada de ataques; acaso nos quedaban tan sólo unos pocos minutos para luchar con la muerte. En este breve intervalo hablé con mi madre por última vez. La guerra había alterado su sistema nervioso y ahora se conducía como una niña presa de la desesperación. Empezó a gritar, rogando a uno de los soldados que nos ayudara; pero él se encontraba, a su vez, en las mismas condiciones que nosotros; entonces sus clamores, pidiendo ayuda, se dirigieron a Dios y, fuera por completo de sí, empezó a golpear las paredes de nuestra prisión buscando una salida.

Casi en seguida, una nueva oleada de ataques se desencadenó sobre nosotros; luego, apenas se alejó el inmediato peligro, dejé a mi madre en brazos de mi padre. Había visto cómo uno de los soldados trepaba por los rotos peldaños e intentaba abrir la plancha de hierro de la salida de seguridad; pero la cerró inmediatamente: una llamarada le había rechazado con violencia; entonces bajó de la escalera, diciendo: «Estamos perdidos».

Lo que ocurrió después fue una sucesión de actos irracionales.

Yo, por mi parte, estaba profundamente convencida de que íbamos a morir y me hallaba preparada para ello. Esta determinación, que ya tuve ocasión de experimentar en el curso de la guerra, en otros momentos de gran peligro, me inspiraba una calma profunda. A la sazón era una convencida nazi: la guerra tenía para mí un objetivo y un significado precisos, y estaba dispuesta a aceptar todos los sacrificios que imponía. Mas, pese a estar dispuesta a morir en aquel momento, fui, no se por qué, la única persona que logró huir del sótano, o mejor, la única que se salvó.

Abrí a mi vez la pequeña trampa y me hallé frente a un mar de fuego. La calle estaba cubierta de ruinas ardientes desprendidas del techo del edificio frontero. Sin pensarlo demasiado, cubriéndome la cabeza y los hombros con una chaqueta empapada en agua, crucé velozmente la zona en llamas hasta llegar a una plaza donde se podía respirar mejor; sumergí mis zapatos casi quemados en un charco de agua y después volví atrás, hacia la trampa, que sólo podía abrirse desde dentro; la golpeé con los pies y empecé a dar gritos, mas al poco rato me vi obligada a huir de nuevo hacia la plaza, pues de otro modo las llamas me hubieran sofocado y quemado allí mismo. Inicié más tarde una última y desesperada tentativa para salvarlos; pero no me llegó del interior ningún signo de vida, y entonces mi naturaleza cedió al instinto primario: el instinto de salvarme dejando que los demás muriesen en su horrible prisión. En los dos o tres minutos que siguieron, con el escaso resto de energías que aún me quedaban, no hice sino correr, desesperadamente, intentando salvarme. En aquella zona, todos los edificios eran presa de las llamas. Y sobre aquel mar de fuego se desató, además, en toda la ciudad una especie de ciclón ardiente. Cada vez que una ráfaga de fuego alcanzaba a una persona fugitiva, en un instante reducía su cuerpo a las dimensiones de un niño pequeño; en los días sucesivos, los muertos yacían sobre las calles no quemados, sino como momificados. Llegué al límite de aquel ciclón de fuego, pero pronto tuve que agarrarme a un árbol para evitar que una ráfaga de viento me arrojara contra una de las casas incendiadas.

Cuando logré recuperar parte de mis fuerzas, pedí a un hombre, que llevaba una cruz svástica en la manga, que me prestara la máscara antigás. Quería volver atrás y hacer todo lo posible para salvar a los que todavía estuvieran con vida. Él se negó a dármela y entonces yo le grité: «¿Cómo es posible que usted permanezca aquí, parado, con su svástica, cuando en este momento hay millares de mujeres y niños que están muriendo? Vamos, dese prisa, venga conmigo a ayudarlos». Mas él continuaba negándose; entonces, yo le arranqué del brazo el emblema del partido: me avergonzaba que aquel distintivo fuera llevado por un individuo tan vil.

Más tarde encontré a un grupo de soldados que se quejaban de sus propios oficiales. «Esta gente permanece a salvo en sus *bunker*, dando órdenes a diestro y siniestro, y dejando que nos abrasen». Pedí a estos hombres que me ayudaran, implorando que me siguieran hasta la plaza donde estaba el depósito del agua.

Algunos soldados me siguieron; pero al llegar al depósito de agua, vi cómo sólo me seguía uno. Naturalmente, yo había recorrido ya aquella zona y sabía que era posible cruzarla, sintiéndome por esta razón más segura que los que se habían detenido. En la plaza junto al depósito, la gente que había logrado escapar al incendio se hallaba en estado de *shock*; la mayor parte estaban en el suelo, sin sentido —¿acaso muertos?—, otros se habían metido en el agua. El calor era insoportable y el oxígeno tan escaso que incluso el deseo de vivir quedaba sofocado. Traté de despertar a aquellas gentes de su letargo, suplicándoles que se arriesgaran a emprender aquel último trecho de camino hacia la salvación que yo misma había recorrido dos veces: lentamente, algunos se pusieron de pie y se formó un pequeño grupo. Luego, poco a poco, la furia del incendio se redujo. Durante la noche hice de nuevo aquel recorrido varias veces, pasando al lado de los montones de escombros humeantes bajo los cuales se hallaban sepultados mis padres. Me ayudó un muchacho de catorce o quince años, perteneciente a las Juventudes hitlerianas; disponía de una bicicleta que conseguía hacer avanzar apoyándola directamente sobre las llantas, pues tenía las gomas quemadas. Trasladábamos a las personas sin sentido hasta el pequeño jardín, donde las descargábamos para volver atrás y recoger otras, y poníamos en el sillín los que tenían los pies abrasados; a los niños los llevábamos a hombros.

Así continuamos trabajando en silencio hasta la mañana, sin detenernos ni un momento para reflexionar. Si por un solo instante nos hubiéramos detenido a pensar, la desesperación nos habría paralizado. Pero pertenecíamos a aquella generación que tuvo que aprender, rápidamente, a cumplir el propio deber sin hacer demasiadas preguntas.

En una ciudad alemana, un grupo de soldados procede a la cremación de las víctimas tras una incursión aérea. Los bombardeos aliados provocaron incendios y devastaciones terribles en las ciudades alemanas, pero la mayoría de la población supo aceptar con resignación ejemplar todos los sufrimientos, considerándolos como una consecuencia inevitable de la guerra. (Erich Andres)



LA CONFERENCIA DE YALTA

A. J. P. Taylor

A fines de 1944, los Aliados vacilaban al tener que afrontar los problemas que plantearía el fin de una guerra victoriosa. En aquel momento, Gran Bretaña trató de actuar, por última vez, como gran potencia: en efecto, Churchill convenció a Stalin y a Roosevelt de que debían conferenciar con él, en Yalta, para decidir el futuro concierto mundial. En este capítulo, A. J. P. Taylor nos describe un momento de gran optimismo, así como las decisiones, los errores y las suspicacias que poco después habían de conducir a la guerra fría.

Las operaciones angloamericanas en el nordeste de Francia, a partir del «D-Day» (6 de junio de 1944), señalaron la iniciación de un nuevo período en las relaciones entre las tres grandes potencias. En aquel momento ya resultaba evidente para todos que Alemania sería derrotada en breve plazo. En efecto, después del hundimiento alemán en Normandía, los generales británicos y americanos sostenían que la guerra podría terminar en otoño de 1944. La duda inicial respecto a que los soviéticos podrían conquistar la mayor parte de Europa mientras las potencias occidentales conservarían tan sólo Italia y quizá Grecia, se había ya desvanecido. Mas bien se creía ahora que los Ejércitos occidentales alcanzarían el centro de Alemania antes que los rusos. Era, pues, absolutamente necesario llegar a un acuerdo respecto al futuro de Alemania. Con este fin, a últimos de junio quedaron establecidas y delimitadas las zonas de operaciones, y si bien en aquel momento nadie se diera cuenta de ello aún, estas zonas iban a determinar el futuro reajuste de Alemania. Las condiciones de la rendición alemana estaban ya fijadas. En cuanto a todo lo demás, la situación se mantenía fluida.

Pero al acercarse el fin de la guerra, surgieron nuevos problemas en Europa. Pronto el conflicto quedaría localizado en Extremo Oriente, por lo que los americanos deseaban asegurarse el apoyo soviético además del británico. Roosevelt, firme en su propósito de restablecer el equilibrio mundial, esperaba poder contar también con la colaboración soviética en las Naciones Unidas, e incluso estaba dispuesto a pagarla a buen precio. Los ingleses aspiraban a algo más concreto todavía: querían restablecer la libertad en Europa y consideraban, a su vez, que los términos de la paz deberían fijarse mientras la guerra estuviera aún en curso. Temían que los americanos, inmediatamente después de la victoria, retiraran sus tropas de Europa, dejándoles solos frente a la victoriosa Unión Soviética. Por experiencia sabían que, una vez terminada la lucha, sus fuerzas perderían todo su ímpetu, y, para complicar más las cosas, Gran Bretaña se hallaba; en aquellos momentos, en el límite de sus recursos; la economía británica estaba al borde de la crisis. A medida que se acercaba el final de la guerra, sus problemas se agravaban cada vez más. En efecto, la ley de «Préstamos y Arriendos» caducaría, automáticamente, al finalizar el conflicto y los ingleses no se hallaban en condiciones de poder prescindir de esta ayuda.

No es pues de extrañar que Churchill tomara la iniciativa de entrevistarse con sus dos aliados: Gran Bretaña trataba de actuar, por última vez, como la gran potencia que había sido y Churchill parecía ser el hombre más indicado para mantener unida la gran alianza. Churchill y Roosevelt se entrevistaron en Quebec entre el 11 y el 19 de septiembre de 1944: este fue su primer encuentro después de los de Teherán y El Cairo y entonces Churchill trató de restablecer, a toda costa, aquella unión angloamericana que tan debilitada había quedado después de la citada conferencia de Teherán. Desde el principio, ofreció sin reservas el más completo apoyo de Gran Bretaña a la guerra contra el Japón. Roosevelt aceptó inmediatamente, pese a la opinión contraria de sus consejeros de Marina, que preferían continuar la guerra ellos solos en el Pacífico. Con esto, los ingleses obtenían, naturalmente, una gran ventaja porque, pese a la terminación de la primera fase de la guerra (la lucha contra Alemania) también durante la segunda (la guerra contra el Japón) seguiría en vigor la ley de «Préstamos y Arriendos». Por lo tanto, urgía a los ingleses que la primera fase terminase cuanto antes y que la segunda se prolongara, por lo menos hasta que estuvieran en condiciones de poder actuar de modo decisivo en Birmania. En efecto, Churchill aspiraba a más: quería reforzar la alianza angloamericana tanto en Europa como en Extremo Oriente. Preveía la amenaza soviética, contra la cual sólo Gran Bretaña, con la ayuda de la citada ley de «Préstamos y Arriendos», podría constituir una sólida defensa; este parecer era contrario al de Roosevelt, para quien el problema no tenía una particular importancia, ya sea porque no creía en una efectiva amenaza soviética o porque confiara en su experta habilidad para inducir a Stalin a la moderación. Por lo demás, Roosevelt era un hombre que no intentaba nunca resolver los problemas antes de que, realmente, tuviera que afrontarlos. Pero el problema del futuro de Alemania se reveló de modo inesperado. Henry Morgenthau, ministro del Tesoro norteamericano, fue convocado por Roosevelt a Quebec. Contrariamente a lo que se esperaba, Morgenthau no discutió la ley de «Préstamos y Arriendos», sino que propuso un plan de «demolición» de Alemania, con el que pretendía destruir totalmente su potencia industrial. Al principio, Churchill rechazó enérgicamente semejante proposición, declarando que un programa de este tipo ligaría Gran Bretaña a un peso muerto. Morgenthau ofreció entonces a Inglaterra un crédito de tres mil millones de dólares para la segunda fase de la guerra, según la ley de «Préstamos y Arriendos» y un crédito sucesivo de otros tres mil millones para fines no bélicos. Quizá animado por su consejero personal Cherwell, Churchill aceptó. Y Roosevelt, que necesitaba el apoyo de Morgenthau con vistas a las próximas elecciones presidenciales, aceptó también.

Churchill vuelve al punto de partida

Pero el plan de Morgenthau no tuvo éxito. El Gabinete británico lo rechazó de plano, y otro tanto hicieron, en Washington, los consejeros de Roosevelt: este último se defendió alegando que, en realidad, había firmado sin darse cuenta de los riesgos que corría. Pocos días después decidió posponer todos los programas relacionados con el futuro reajuste de Alemania hasta la terminación de la guerra. De este modo, Churchill había llegado, con Roosevelt, a un punto muerto en lo que respecta a Europa. La falta de un plan en relación con Alemania y de un cierto sentido de temor hacia el comunismo, significaban que una acción común angloamericana en Europa era innecesaria. Churchill comprendió que había vuelto al punto de partida: a falta de un entendimiento con Roosevelt, no le quedaba otra salida que ponerse de acuerdo con Stalin.

Resultado de la conferencia de Quebec fue el viaje de Churchill a Moscú, donde sostuvo entrevistas con Stalin del 9 al 17 de octubre. En realidad, se trató de un encuentro memorable: fue la última vez que Churchill iba a Moscú y el último encuentro anglosoviético sin la intervención americana. Pero el verdadero significado de estas entrevistas todavía hoy permanece oscuro. En apariencia, tanto Churchill como Stalin se mostraron confiados, mientras, en el fondo, ambos estaban recelosos o, por lo menos, así pareció a partir del primer momento. O quizás las suspicacias surgieron en un segundo tiempo. Lo cierto es que, en aquel período, afirmaron estar en perfecto acuerdo. Churchill expuso su antigua idea –que Stalin compartía– de la gradual transformación de la zona de operaciones militares en zonas de influencia política, e incluso señaló los porcentajes sobre un pedazo de papel: Rumania, un 90% rusa; Grecia, un 90% británica; Hungría y Yugoslavia, mitad y mitad. Así Stalin empezó a negociar; este era el acuerdo más práctico concluido entre Gran Bretaña y la URSS. En esta división no se incluía a Polonia, pero incluso respecto a este país, las divergencias aparecían menos profundas. En aquel período Stalin ya se había hecho una composición de lugar respecto al Gobierno polaco exiliado en Londres, y comprendió que, fueran cuales fuesen las concesiones que hiciera, aquellos polacos no cederían ni un paso; por lo tanto, mostrándose conciliador, se daba cuenta que le sería más fácil ganarse las simpatías de Churchill.

Este encuentro de Moscú creó otro problema. En él se hallaba presente un observador americano, y Stalin aseguró, formalmente, que la Unión Soviética entraría en guerra contra el Japón y en Extremo Oriente, tres meses después de la derrota de Alemania. Naturalmente, Roosevelt, complaci-



Churchill, Roosevelt y Stalin en Yalta, a orillas del mar Negro, durante la conferencia que allí se celebró del 4 al 11 de febrero de 1945 entre los representantes de las tres grandes potencias mundiales. En el curso de esta conferencia, en la que Roosevelt obtuvo de Stalin la promesa de una próxima participación de la Unión Soviética en la guerra de Extremo Oriente, no se afrontó, sin embargo, el problema del reajuste político europeo después de la guerra. *(Popperfoto)*

do ante esta noticia, no hizo ninguna objeción respecto a la partición anglosoviética de los Balcanes. Entonces Churchill regresó a su patria triunfante. «Las relaciones con la Unión Soviética no habían sido nunca tan estrechas, profundas y cordiales como ahora», aseguró en la Cámara de los Comunes. Y probablemente Stalin se expresaría de igual forma. Ambos estadistas se daban cuenta de las profundas divergencias que les separaban, pero también estaban convencidos de que el acuerdo sobre el reparto de las zonas de influencia evitaría un choque en los Balcanes e incluso podía constituir un ejemplo para futuras negociaciones análogas en cualquier otra parte del mundo. La importancia del acuerdo se puso de manifiesto en diciembre, cuando los ingleses derrotaron a los comunistas griegos sin que Stalin dijera una palabra ni diera la menor señal de protesta.

Pero resulta evidente que entre ambas partes había un equívoco; unos y otros sabían que todo Gobierno libremente elegido sería anticomunista; y sin embargo, llegaron a conclusiones del todo opuestas. Los ingleses combatirían los gobiernos comunistas por no haber sido elegidos libremente; y los soviéticos estarían contra los gobiernos elegidos libremente porque, inevitablemente, serían anticomunistas.

Más importante que Teherán

De todos modos, a fines de 1944, la situación parecía favorable a un acuerdo. No fueron los soviéticos sino los americanos quienes lamentaron la política adoptada por los ingleses en Grecia y también, en parte, en Italia. Esta situación se revela, de manera clarísima, en la correspondencia bastante violenta que, en aquel período, sostuvieron Roosevelt y Churchill. El prestigio soviético aumentó todavía más en Occidente cuando los rusos anticiparon la fecha de su ofensiva invernal, para favorecer a los Ejércitos angloamericanos, después del imprevisto contraataque alemán en las Ardenas. Las potencias occidentales aparecían, una vez más, en segundo término con respecto a los soviéticos y esta impresión se hizo aún más patente cuando Churchill y Roosevelt decidieron conferenciar con Stalin en territorio soviético.

La conferencia de Yalta, que se desarrolló desde el 4 al 11 de febrero de 1945, se reveló mucho más importante que la de Teherán. El anterior encuentro no había sido sino una conversación entre los tres estadistas, en presencia de unos pocos consejeros militares. En cambio, en la conferencia de Yalta, participaron delegaciones políticas y militares completas, y los tres hombres de Estado tuvieron menos tiempo para discutir en privado. Roosevelt se hallaba algo contrariado por haber tenido que desplazarse tan lejos, y ansiaba regresar cuanto antes a Estados Unidos. Más tarde, Hindsight afirmó que Roosevelt a la sazón estaba ya muy enfermo y que su fuerte naturaleza empezaba a debilitarse. Sin embargo, nadie se dio cuenta de ello entonces y Roosevelt logró obtener buena parte de lo que esperaba. Su objetivo en Yalta era, únicamente, asegurarse de modo absoluto la participación soviética en la guerra en Extremo Oriente. Era opinión unánime de sus consejeros militares que, sin la intervención soviética, la guerra se prolongaría aún durante dieciocho meses por lo menos, lo que significaría un gran esfuerzo económico y una pérdida todavía más grave de vidas humanas. Por otra parte, Roosevelt consideraba que la intervención soviética en Extremo Oriente debilitaría sus fuerzas en Europa. Y Stalin no sólo secundó los planes de Roosevelt –lo que es bastante comprensible puesto que la URSS era una potencia oriental–, sino que incluso se declaró dispuesto a colaborar con Chiang kai-shek antes que con los comunistas chinos.

Como confirmación del acuerdo, Stalin notificó su participación en las futuras actividades de las Naciones Unidas, respetando las condiciones impuestas por Roosevelt. No hubo falsedad o hipocresía en estos acuerdos. En aquel momento, las ideas de Roosevelt y de Stalin coincidían perfectamente: ambos deseaban prolongar y afirmar su alianza.

Contrariamente a lo que más tarde dijeron en América sus adversarios, en aquella ocasión Roosevelt llevó la mejor parte. No concedió nada más que lo que la URSS ya poseía o podría poseer. En cambio, él obtenía la certeza de la intervención soviética en Extremo Oriente y la participación rusa en las Naciones Unidas.

El éxito de Churchill, por el contrario, fue menor; la proyectada intervención soviética en Extremo Oriente disminuía el papel que Gran Bretaña hubiera podido asumir. Además, Churchill hubiera querido resolver primero la sistematización de Europa, pero Roosevelt se negó a apoyarle. Desde luego, se habló largamente del asunto de Polonia y de las futuras indemnizaciones alemanas; mas, al terminar la conferencia, no se había tomado ninguna decisión definitiva. Churchill consideraba que al final de la guerra Gran Bretaña se hallaría demasiado débil para oponerse a la URSS y que, por lo tanto, era necesario imponerse mientras durase el conflicto. Roosevelt tenía plena confianza en que la potencia americana, para no hablar ya de su prestigio personal, continuaría aumentando y estaba satisfecho al ver que algunos problemas seguían aplazándose. Por su parte, Stalin estaba convencido de hacer su propio juego, tanto en relación a Polonia como respecto a las concesiones que se le otorgaban y, con su condescendencia trataba de conservar buenas relaciones con Roosevelt.

Sin embargo, la conferencia de Yalta fue mucho más que un recíproco «engaño». A pesar de todo lo que después se dijo, este encuentro fue el resultado de la firme intención, tanto de Roosevelt como de Stalin, de llegar a un acuerdo basado en compromisos propuestos y aceptados con sinceridad y convicción. En el fondo, los rusos hallaron menos desconfianza en esta conferencia que en cualquier otro encuentro después de la revolución bolchevique. Roosevelt se consideraba en el camino acertado para realizar su ideal: creía haber abierto la puerta a un mundo unido, en lugar de dividido en dos bloques. Churchill y Gran Bretaña quedaban algo al margen, pero ello respondía exactamente a la realidad de los hechos. Prácticamente, se estaba produciendo el declive de Gran Bretaña como gran potencia. En Yalta, la Unión Soviética y los Estados Unidos encontraron las bases para un entendimiento y una colaboración.

Síntomas de profundo descontento

Pero este ambiente de optimismo empezó a desvanecerse apenas se clausuró la conferencia. Tanto Roosevelt como Churchill fueron objeto de numerosas críticas al regresar a sus respectivos países. Roosevelt por haber concedido a la URSS tres asientos en la Asamblea de las Naciones Unidas; Churchill por no haber insistido más para imponer elecciones libres en Polonia. A Churchill le alarmaron más las críticas de los conservadores que las procedentes de la izquierda, pues, una vez terminada la guerra, tenía intención de ponerse al frente del partido conservador.

En realidad, todas estas críticas no eran sino consecuencia de un descontento mucho más profundo. La animadversión de ingleses y de norteamericanos hacia la URSS se había anulado o, por lo menos, atenuado durante la guerra. Particularmente en Gran Bretaña, estas declaraciones de amistad hacia la Unión Soviética representaban una contribución esencial para paliar los roces sindicales en las grandes industrias. Pero ahora que la guerra tocaba a su fin, los que siempre habían sido anticomunistas no querían mostrarse indiferentes en lo que concernía a los intereses de la nación. Por añadidura, todos aquellos que tenían una mentalidad tradicionalista, se daban cuenta, ahora, de las consecuencias de la derrota alemana. En efecto, al destruir a la Alemania nazi, los Aliados, inevitablemente, habían hecho de la Unión Soviética la única gran potencia europea y, por lo tanto, todos los que, desde fines de 1917 habían previsto y temido la amenaza soviética, estaban ahora más preocupados que nunca.

EL LEVANTAMIENTO DEL BLOQUEO DE AMBERES

J. L. Moulton, general de división


(Imperial War Museum)

Amberes era una posición muy importante para los Aliados y, sin embargo, Montgomery estaba convencido de que era posible atacar el Ruhr sin asegurarse antes la posesión de aquella ciudad clave, que acortaría las vías de comunicación y, por consiguiente, facilitaría el problema de los abastecimientos. Su punto de vista prevaleció y se llevó a cabo la operación "Market Garden"; pero la carencia de abastecimientos, al no considerar Amberes objetivo principal, contribuyó a la derrota sufrida en Arnhem. La solución de la crisis de los abastecimientos se afrontó demasiado tarde, y, también esta vez, correspondió a los canadienses soportar la terrible violencia del choque en las batallas de Amberes, del estuario del Escalda y del reducto de Walcheren.



Después de la conquista de Amberes, el 4 de septiembre de 1944, los alemanes prisioneros fueron encerrados en las jaulas de leones del zoológico de la ciudad. Tras la caída de Bruselas y de Amberes, parte del Ejército 15 alemán recibió la orden de guarnecer los puertos del canal de la Mancha, mientras las Divisiones 64 y 70 fueron destinadas a la defensa del estuario del Escalda. (Imperial War Museum)

A comienzos de septiembre de 1944, los generales alemanes experimentaron la clara sensación de que las puertas del Reich estaban abiertas de par en par ante los Ejércitos aliados que avanzaban a través de Francia. El hecho de que no rebasaran el Rhin y penetraran en el corazón de Alemania antes del invierno les pareció milagroso.

Y, sin embargo, no había nada de milagroso en la disminución del ritmo del avance aliado. Un Ejército, decía Napoleón, «marcha con el vientre», y fue justamente el problema de los abastecimientos el que puso un freno al avance y proporcionó a los alemanes el tiempo suficiente para recobrarse y organizar la resistencia. Cuando un Ejército victorioso avanza, sus vías de comunicación se alargan progresivamente, hasta obligarlo a detenerse por falta de carburante y de municiones. También concurren otros factores a esta detención: las pérdidas en hombres y en material y, aunque sea más difícil de determinar, la reacción psicológica, tanto entre las tropas de primera línea como en los diversos escalones del mando.

Churchill no tardó en darse cuenta de este peligro, y el 8 de septiembre redactó una nota para los jefes de Estado Mayor británicos:

«Ya se puede prever una calma probable después de los avances que habéis realizado. El Ejército del general Patton lucha duramente en la línea Metz-Nancy. El Feldmariscal *Montgomery ha expresado ya sus aprensiones en lo que respecta al futuro plan del general Eisenhower. Es difícil imaginar de qué modo el Grupo de Ejércitos XXI podrá avanzar hacia la frontera alemana si antes no ha arrollado la tenaz resistencia de los puertos de la Mancha y derrotado a los alemanes en Walcheron y al norte de Amberes».*

A primeros de septiembre, los Ejércitos británicos y canadienses empezaron a acusar los efectos del esfuerzo impuesto a los hombres tras las bajas sufridas en Normandía, pese a la afluencia constante de divisiones norteamericanas frescas que desembarcaban en el puerto de Cherburgo. Pero la logística es un capítulo en sí misma y los abastecimientos escaseaban de tal manera, en aquel período, que justificaban la definición de carestía.

En agosto, el Ejército 7 alemán había sido destruido a causa de la insistencia de Hitler, quien había ordenado no ceder terreno en Normandía, y Montgomery y Patton supieron aprovechar la ocasión y avanzaron hacia la frontera del Reich. Muy pronto, la costa, el puerto artificial *Mulberry* y Cherburgo se encontraron entre 650-800 km detrás de la línea del frente aliado. El «Red Ball Express» norteamericano –camiones pesados y remolques para el transporte de carros de combate, transformados para cargar abastecimientos– entró en funciones a partir del 25 de agosto, mientras llegaban de Gran Bretaña otros abastecimientos gracias al puente aéreo, que, en la segunda semana de septiembre, logró transportar 1000 t de carga por día. Los puertos del canal de la Mancha estaban más próximos al frente que los de Normandía. Como se sabe, los canadienses entraron en Dieppe el 1 de septiembre y el 10 de octubre ocuparon Ostende. Pero los alemanes seguían ocupando El Havre, Boulogne-sur-Mer, Calais y Dunkerque, puertos especialmente adaptados para un tráfico marítimo normal.

Amberes, puerto ideal para los abastecimientos

Amberes era un puerto de gran capacidad. En sus muelles podían atracar buques de hasta 19.000 toneladas, con un calado de 9 m y podía acoger simultáneamente a casi un millar de unidades de diversos desplazamientos. Poseía 26 km² de diques de carena, 32 km de muelles, 600 grúas y además explanadas de distribución de vagones, silos para cereales, almacenes frigoríficos, montacargas para el carbón y depósitos para aceites combustibles. Antes de la guerra su tráfico era de 60.000 toneladas diarias y los miembros del SHAEF habían calculado que podían hacer llegar allí, diariamente, 40.000 toneladas de abastecimientos. Con Amberes a 40 km de Bruselas, los transportes hasta el frente tendrían que efectuar un breve recorrido; sin embargo, entre Amberes y el mar corre, a lo largo de 120 km, el bajo Escalda y la artillería alemana tenía bajo su tiro el estuario, bloqueado además por campos de minas que habían sido dispuestos con antelación.

El 3 de septiembre, mientras el general Dempsey atravesaba con el Ejército 2 la frontera belga, Montgomery cursó nuevas directivas, ordenando a Dempsey que avanzase con la máxima velocidad hasta el Rhin, esperando que lograra atravesarlo por sorpresa. La División acorazada Guardia alcanzó Bruselas aquella misma noche. En el flanco izquierdo, la División Acorazada 11 fue retenida temporalmente en las cercanías de Lille y entró en Amberes al día siguiente. Tuvo que sostener algunos combates en la zona del puerto, pero al cabo de unos pocos días, con ayuda de la Resistencia belga, logró conquistarlo prácticamente intacto.

El Cuerpo de Ejército XII, que ascendía desde el Sur, le relevó y se estableció en Amberes, mientras el Cuerpo de Ejército XXX, con una rápida conversión al Este, se dirigió hacia la frontera holandesa, más allá de Bruselas, con intención de dirigirse hacia el Rhin y con el Cuerpo de Ejército XII cubriéndole el flanco izquierdo.

El día 3 también Eisenhower cursó sus órdenes, confiando a Montgomery la múltiple misión de «asegurarse Amberes, romper el sector de la Línea Sigfrido que protegía el Ruhr y luego conquistar la zona». El 10 de septiembre autorizó a Montgomery para que lanzase la ofensiva de Arnhem. El 18 se produjeron los lanzamientos de las divisiones aerotransportadas y, a partir de dicha fecha hasta el 25, cuando el resto de la 1.ª División paracaidista recibió la orden de retirarse, todas las esperanzas estuvieron fijas en esta batalla.

El Ejército 15 alemán no había conocido lo peor de la batalla de Normandía. Responsable de la defensa del Paso de Calais, había permanecido allí en espera de un segundo desembarco que no se produjo jamás. A fines de julio, Hitler consintió al fin que algunas divisiones del citado Ejército 15 se trasladasen a Normandía. A finales de agosto, de las 19 divisiones originarias de dicho ejército sólo le quedaban seis intactas.

El general von Zangen, recientemente designado para mandarlo y con la orden de mantenerse en la línea del Somme, descubrió que las unidades acorazadas de los Aliados estaban desplegando alrededor de su flanco meridional, donde debería encontrarse el Ejército 7. Entonces, el Ejército 15 (algo menos de 100.000 hombres) empezó a replegarse al Este. Luego, el 6 de septiembre, Zangen fue informado de que Bruselas y Amberes habían caído en poder de los británicos y recibió la orden de guarnecer El Havre, Boulogne-sur-Mer, Calais y Dunkerque y de llevar el resto de sus unidades a Walcheren.

El repliegue de 86.000 hombres

Barcos mercantes, barcazas fluviales y balsas se concentraron alrededor de los puntos establecidos para el embarque –Breskens y Terneuzen– hacia los que se dirigían las tropas en retirada. Las operaciones se desarrollaron casi siempre de noche y, pese a las bajas sufridas a causa de los ataques aéreos aliados, el 23 de septiembre, cuando dichas operaciones concluyeron, Zangen había logrado poner a salvo 86.000 hombres, 616 cañones, 6200 camiones y 6000 caballos. La División 719 alemana, que llegó demasiado tarde para defender Amberes, recibió la orden de cubrir la retirada desde la Zuid-Beveland; por su parte, el 1.er Ejército paracaidista del general Student se trasladó a la izquierda de Zangen. Posteriormente también se constituyó una reserva, a las órdenes del teniente general Chill, compuesta por los restos de tres divisiones de infantería, el 6.° Regimiento escogido de paracaidistas así como parte del Regimiento de prácticas *Goering*.

Zangen designó la defensa del estuario del Escalda a la División de infantería 64, del general Eberding, situándola al oeste del río, y dispuso la división 70, del teniente general Daser, en las islas de Walcheren y en Zuid-Bebeland. La División 64 se había constituido apresuradamente en Alemania con soldados que se encontraban con per-

miso del frente oriental y del italinao, y asimismo con unidades trasladadas desde Noruega. Por consiguiente, estaba formada por tropas frescas y expertas, aunque todavía no estaban acoplados sus diversos elementos. También la División 79 era de reciente constitución, pero con inválidos y enfermos retirados de otros frentes.

En un principio, Walcheren no había sido incluida en la lista de las «fortalezas» preparadas por Hitler y cuyos defensores se habían obligado a no entregarlas al enemigo bajo un juramento individual; pero el 4 de septiembre, juntamente con Boulogne-sur-Mer, se la incluyó también, y tanto los hombres de la División 64 como la guarnición de Boulogne-sur-Mer tuvieron que prestar este juramento. «En esta hora –proclamó Zangen haciéndose eco de Hitler en una orden del día– las fortalezas a lo largo del Escalda desempeñan un papel decisivo en el porvenir de nuestro pueblo.»

El 3 de septiembre, el Ejército 1 canadiense del general Crerar, que se había mantenido en posición retrasada para aligerar la afluencia de abastecimientos del Ejército 2 británico, atravesó el Somme. Todo lo que la orden, cursada aquel día por Montgomery, pedía a Crerar era «limpiar de enemigos la faja costera y avanzar en el sector de Brujas y de Calais». El 14 de septiembre, Montgomery cursó una nueva directiva respecto a Arnhem que asignaba a Crerar la prioridad en la misión de romper el bloqueo de Amberes, sin revocar, no obstante, la orden de avanzar hacia Boulougne-sur-Mer, Brujas y Calais. El teniente general Simonds, comandante del Cuerpo de Ejército II canadiense, había dado orden a la División Acorazada 1 polaca de rastrillar el sector al sur y al oeste de Amberes, hasta Terneuzen y sobre el Escalda, mientras la División Acorazada 4 canadiense debía rastrillar la que más tarde se llamó bolsa de Breskens, es decir el sector comprendido entre Terneuzen y Zeebrugge en la desembocadura del Escalda.

La noche del 13, cuatro compañías del Regimiento *Algonquin* atravesaron, bajo el fuego enemigo, los dos canales a la altura de Moerkerke. Obtuvieron un éxito inicial, pero luego sufrieron un pesado contraataque y a la mañana siguiente se vieron obligadas a retirarse, dejando 35 muertos y 53 heridos. Otros 60 hombres fueron hechos prisioneros. En Moerkerke ya no se llevaron a cabo intentos posteriores.

Más al Sur, el 12 de Dragones polaco, que avanzaba a través de una zona de *polders*, llegó, el 17 de septiembre, a Hulst; pero un violento contraataque lanzado por la infantería y los carros de combate alemanes le obligaron a abandonar una cabeza de puente. La 3.ª Brigada de infantería polaca, que atacó al día siguiente, atravesó el brazo del canal de Kijkuit y la noche del 20 llegó a Terneuzen. El 22, los polacos acabaron de rastrillar la orilla meridional del Escalda, hasta Amberes, hundiendo o capturando las embarcaciones que los alemanes habían preparado para atravesar el río.

Casi toda la zona de los *polders* estaba ya inundada o, en previsión, estaba a punto de serlo. Las zonas anegadas se extendían desde Zeebrugge hasta el canal Bruges-Sluis, a unos 11 km al Sur y con una anchura de 8 km. Más adelante, las inundaciones cesaban a lo largo de 8 km, pero la llanura, uniforme y expuesta, estaba atravesada por un obstáculo muy poderoso: el doble canal. Después de Eede, donde los dos canales se separan, se extendían otros 17,5 km de terreno anegado a lo largo del canal Leopoldo, un solo *polder* seco (el *polder* Isabella) y el Braakman, pequeña ensenada del 1,5 km de anchura y 8 de longitud, que lleva al Escalda. Se trataba, pues, de un terreno prohibido para los medios acorazados.

El obstáculo de los canales

Simonds comprendió que no podría disponer de divisiones de infantería para atacar la bolsa de Breskens hasta que no estuviera disponible la División 3 canadiense, que combatía en Boulogne-sur-Mer y en Calais. La otra, la División de infantería 2 canadiense, al mando del general de división Foulkes, había sido transferida a Amberes, donde debía relevar a la 53.ª División *Welch*. A su llegada había encontrado Merksem, suburbio de Amberes al norte del canal Alberto, ocupado todavía por los alemanes, y a la población civil que atravesaba tranquilamente el canal para acudir a sus obligaciones cotidianas. Se produjo un encuentro entre patrullas, y el 20, un contraataque que los canadienses rechazaron. La noche siguiente, la 5.ª Brigada de infantería canadiense logró, en un segundo intento, establecer una cabeza de puente al otro lado del canal Alberto, a algunos kilómetros más al Este de su punto de conjunción con el canal de Amberes a Turnhout.

El día 24, y por segunda vez el 26, los canadienses trataron inútilmente de atravesar el canal de Amberes a Turnhout. Sin embargo, más al Este, la División 49 *(West Riding)*, transferida allí desde el Havre, constituyó una cabeza de puente y, gradualmente, pese a la tenaz oposición, consiguió ampliarla. El 28 los canadienses atravesaron el canal y comenzaron a abrirse camino a lo largo de la orilla septentrional, hasta su sector. El mismo día, Crocker, que había asumido el mando de las operaciones en el sector de Amberes, ordenó a la División Acorazada 1 polaca que avanzase al Nordeste, hacia la línea del siguiente canal, el Wilhelmina, que distaba 32 km. El 30 los polacos pusieron fin a la encarnizada resistencia alemana y ocuparon Merksplas; pero desde aquel momento, sus progresos fueron más lentos.

También en este sector la resistencia del enemigo se había endurecido, anunciando una larga y difícil batalla para las divisiones canadienses, británicas y polacas del Ejército 1 canadiense.

El 27 de septiembre, Montgomery cursó una nueva directiva a sus Ejércitos. Los dos objetivos seguían siendo los mismos: Amberes y el Ruhr. Amberes constituía el primer objetivo del Ejército 1 canadiense, el cual, además de conquistar el Escalda, también tenía que avanzar al Nordeste, hacia 's-Hertogenbosch y Tilburg, para proteger el flanco del Ejército 2 británico que irrumpiría en el Ruhr.

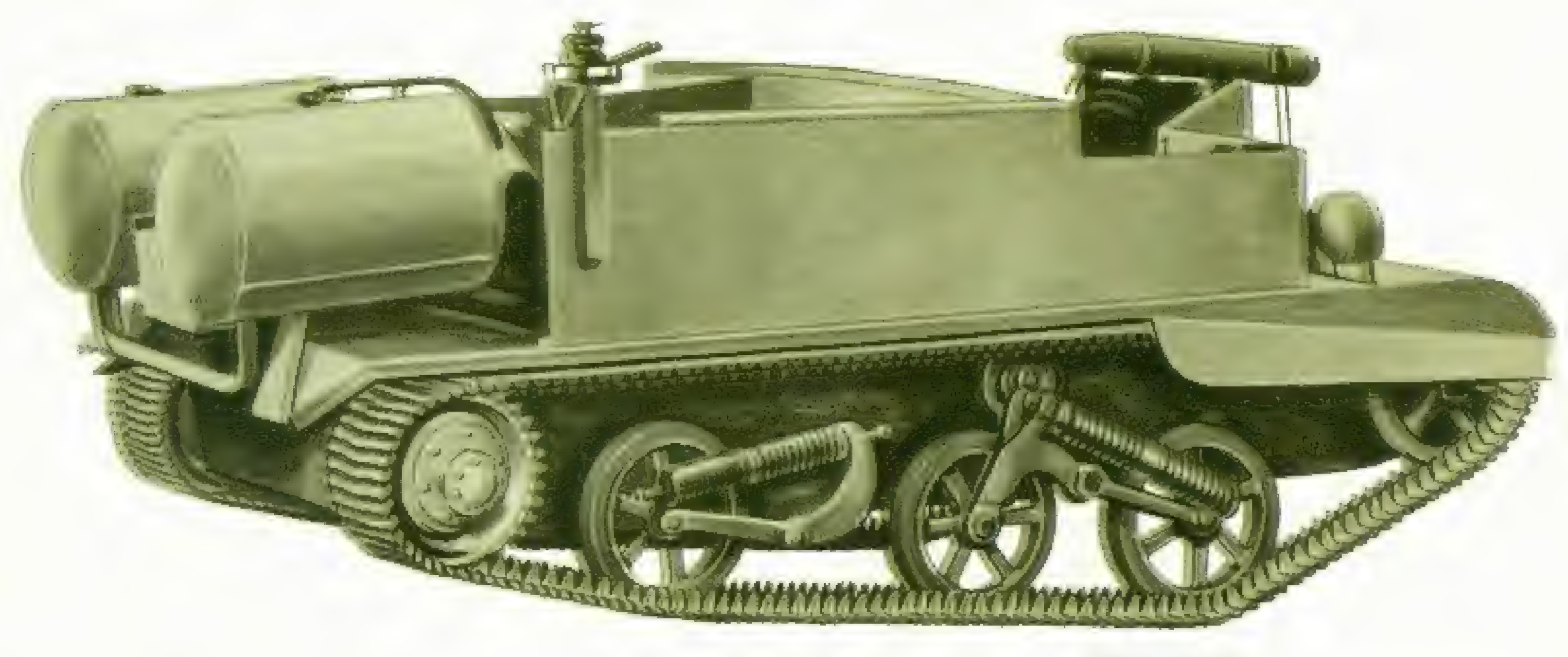
El mismo día 27 Crerar tuvo que volver a Gran Bretaña por invalidez temporal y se designó a Simonds para el mando del Ejército y a Foulkes para el mando del Cuerpo de Ejército II canadiense. Simonds confió a Crocker, comandante del Cuerpo de Ejército I británico, la misión de apoyar al Ejército 2 y efectuar una serie de operaciones hacia Breda y Rozendaal, con el fin de cubrir el flanco y la retaguardia de los canadienses que avanzaban hacia el istmo de Beveland. A Foulkes se le encargó que limpiase de enemigos el Escalda, empleando la División de infantería 2 canadiense para el avance hacia el istmo y la isla de Zuid-Beveland, y la 3 contra la bolsa de Breskens.

La División de infantería 2 canadiense inició el nuevo avance el 2 de octubre. Los comienzos fueron prometedores: el mismo día ocupó Lochtenberg, el 3 Brasschaat, el 5 Putte (en la frontera entre Holanda y Bélgica) y el 6 se encontraba a menos de 5 km de Woensdrecht. Esta población, rodeada casi completamente por *polders* anegados, y Hoogerheide, a 800 m más al Este, eran los puntos clave para envolver los terrenos inundados y llegar al istmo. Un camino comarcal que atraviesa Woensdrecht lleva a la estación homónima en la línea ferroviaria, mientras la carretera princi-

Breskens, 1 de noviembre de 1944: antes del ataque contra la isla de Walcheren, soldados británicos pertenecientes al comando n.º 4 se dirigen hacia la playa para ocupar sus puestos en las barcazas de desembarco que los transportarán a Flessinga. (Associated Press)

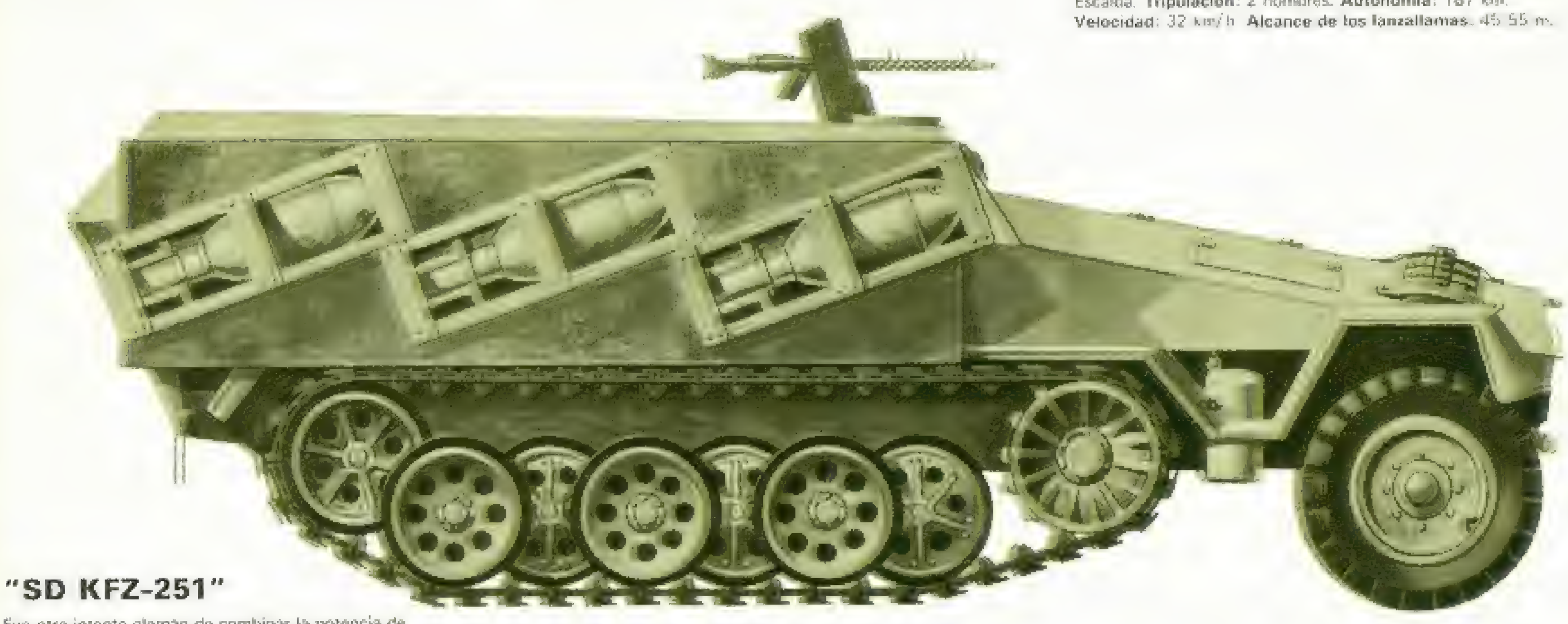


VEHÍCULOS ESPECIALES EMPLEADOS EN EL ESCALDA



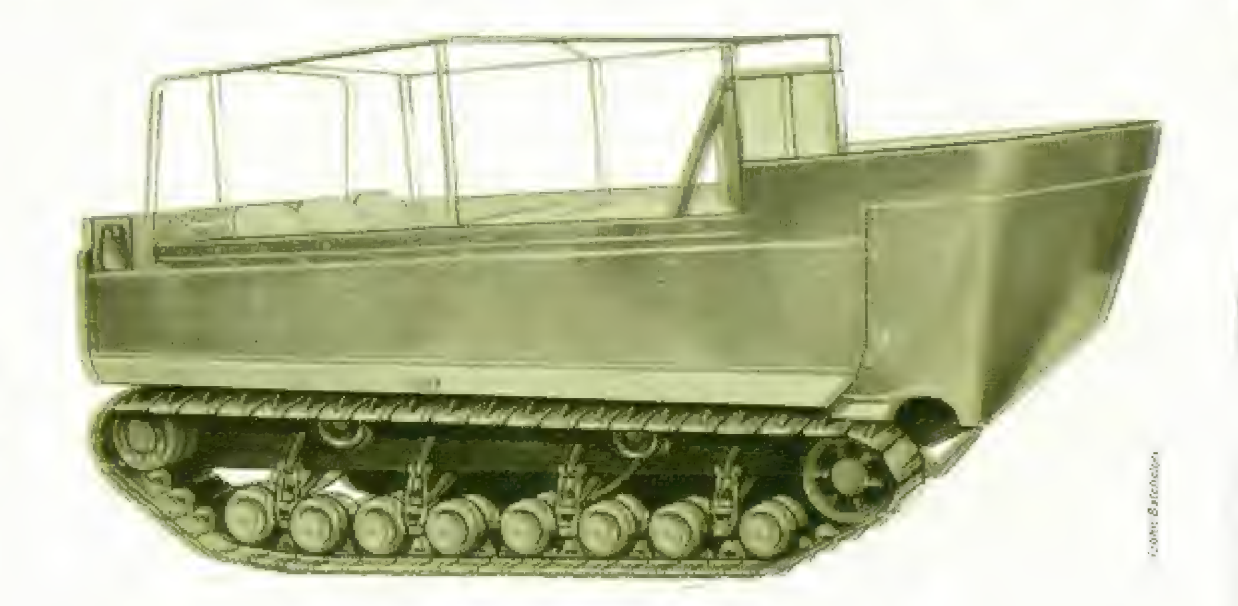
"WASP"

El *Wasp*, un *Bren-carrier* de fabricación británica provisto de lanzallamas, apoyó a la infantería en sus ataques a través de los canales en la región del Escalda. **Tripulación:** 2 hombres. **Autonomía:** 187 km. **Velocidad:** 32 km/h. **Alcance de los lanzallamas:** 45-55 m.



"SD KFZ-251"

Fue otro intento alemán de combinar la potencia de fuego con la movilidad, dotando a un vehículo semioruga de cohetes *Nebelwerfer*.
Tripulación: 3 ó 4 hombres. **Autonomía:** 300 km
Velocidad: 50 km/h. **Armamento:** 6 cohetes *Wurfrahmen*; 2 ametralladoras de 7,82 mm.



"WEASEL"

El vehículo ligero de transporte norteamericano *M-29C* se empleó muy a menudo, durante la campaña en el Oeste, en las anegadas y pantanosas llanuras de los *pólders*. Este vehículo anfibio ejercía sobre el terreno una presión unitaria notablemente ínfima: 0,5 kg por decímetro cuadrado, inferior a la presión del pie del hombre.

pal se bifurca a la altura de Korteven, a poco más de 1,5 km de Hoogerheide. El día 7, los *Calgary Highlanders*, después de un duro combate, entraron en Hoogerheide; pero los *Black Watch* canadienses, que atacaron Koteven al día siguiente, fueron rechazados y obligados a retroceder hasta su línea de partida. El reconocimiento aéreo avistó una numerosa formación enemiga, dotada de medios acorazados y de cañones en los bosques al sur de Bergenop-Zoom; era el Grupo de combate Chill, que descendía hacia el Sur para defender el istmo. Aquella noche y todo el día siguiente, los canadienses situados en Hoogerheide y más al Este tuvieron que rechazar ataques alemanes.

Jaque a los canadienses

El día 9, un destacamento de la División Acorazada 4 canadiense intervino para proteger el flanco derecho de la División de infantería 2 canadiense, y al final de un nuevo ataque lanzado el 11 el *Royal Regiment* y el *Black Watch* alcanzaron la línea ferroviaria del istmo y estuvieron a punto de aislar a los alemanes. El 13, el *Black Watch* entró en Woensdrecht, si bien luego recibió la orden de retirarse. Había perdido 145 hombres, de ellos 56 muertos. Y los alemanes continuaron resistiendo.

El 16, el *Royal Hamilton Light Infantry* avanzó a su vez hacia Woensdrecht, apoyado por un intenso fuego artillero, y al día siguiente los *Essex Rifles* rechazaron repetidos ataques, perdiendo en dos días 161 hombres. Afortunadamente, Calais cayó el 1 de octubre, lo que hizo que quedara disponible para la operación contra la bolsa de Breskens la División de infantería 3 canadiense. El 6 de octubre, a las 5,30 horas, la 7.ª Brigada de infantería, que había recorrido 144 km desde Calais, lanzó un ataque al otro lado del canal Leopoldo, y tomó Eede. Bajo la protección de las llamas lanzadas por 27 *Wasp* (*Bren-carrier* lanzallamas), los *Canadian Scottisch* y los *Regina Rifles* atravesaron el canal y formaron dos pequeñas cabezas de puente. Pero los alemanes, pasada la sorpresa inicial y el temor a los lanzallamas, reaccionaron decididamente con un violento fuego de morteros y de ametralladoras, y se lanzaron al contraataque. Las bajas sufridas por ambas partes fueron enormes. Aquella noche el III Batallón *(Royal Winnipeg Rifles)* atravesó el canal, en el que se había tendido un puente de asalto sobre flotantes de capoc, y el 9 de octubre, después de encarnizados combates, pudieron enlazarse las dos cabezas de puente. Luego, la noche del 13, los ingenieron tendieron un puente pesado, por el que pudieron pasar los carros de combate.

Las pérdidas sufridas por los canadienses hasta aquel momento sumaban 533 hombres, entre oficiales y soldados.

Dos días después del ataque de la 7.ª Brigada, la 9.ª lanzó el suyo a través de la bahía de Braakman. La División Acorazada 79 británica suministró los medios acorazados especiales; sus dos regimientos de asalto de ingenieros le proporcionaron 100 *Buffalo* (vehículos anfibios orugas norteamericanos) y 40 *Terrapin* (vehículos anfibios de ruedas británicos). Después de una dilación de 24 horas, a causa de una esclusa averiada, los *Buffalo*, que transportaban a los *North Nova Scotia Highlanders* y al *Highland Light Infantry* canadiense, avanzaron desde Ternuezen para «desembarcar» en los diques, a 8 km de distancia, que se hallaban al otro lado de la bahía de Braakman. Era el día 9 de octubre.

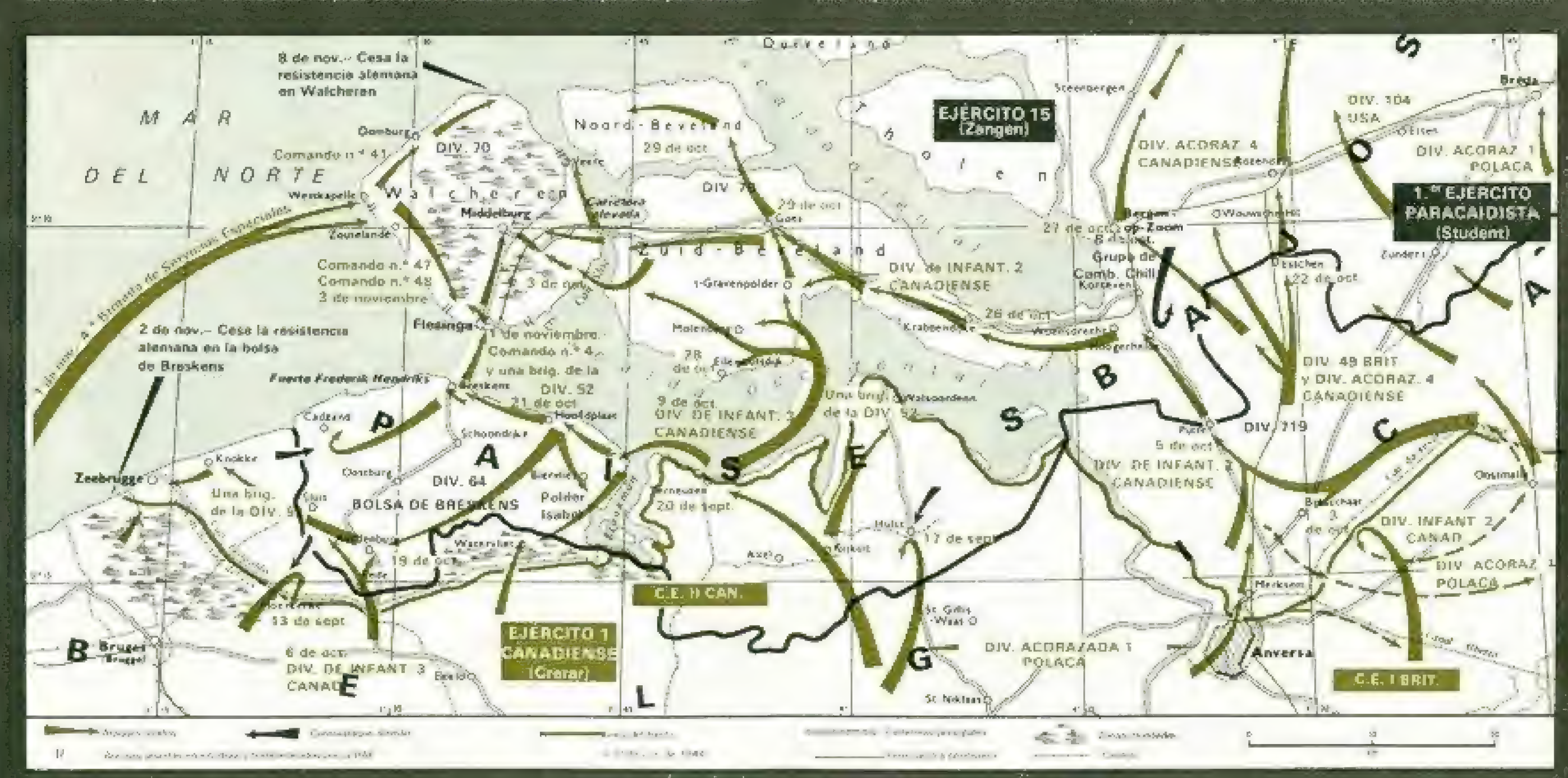
La sorpresa constituyó un éxito. El fuego de barrera alemán no comenzó hasta el amanecer y, mientras tanto, la cabeza de desembarco fue consolidada. A las 9,30 horas protegidos por cortinas fumígenas, desembarcaron los tres batallones de reserva: el *Stormont*, el *Dundas* y el *Glengay Highlanders*. Eberding reunió todas las reservas que pudo para hacer frente a la amenaza; pero el 10 de octubre los canadienses se apoderaron de Hoofplaat, a poco más de 3 km, en el Escalda, y el día 11, efectuando una conversión en dirección al *polder* Isabella, ocuparon Biervliet.

El día 1 de octubre, el almirante sir Bertrand Ramsay, comandante naval de Eisenhower, que pensaba concentrar los medios de desembarco a fin de que estuvieran dispuestos para el ataque a la isla de Walcheren, fue informado de que se había asignado prioridad a otras operaciones. Cuatro días más tarde asisitió a la reunión convocada por Eisenhower en Versalles. «Monty hizo la pasmosa declaración de que podríamos tomar el Ruhr sin conquistar antes Amberes –escribió Ramsay en su diario–. Esto me dio ocasión para acusarlo de no haber dado prioridad absoluta a la conquista de Amberes como objetivo inmediato y disparé todas mis andanadas contra la estrategia equivocada que habíamos seguido... Si ahora domináramos por completo Amberes, en lugar del corredor (de Arnhem), estaríamos en condiciones mucho mejores para lanzar el ataque decisivo.» También estaba presente sir Alan Brooke, de regreso de la segunda conferencia de Quebec, y más tarde le dijo a Ramsay que compartía su opinión. Luego Ramsay pensó que Brooke convencería a Montgomery para que al fin diese prioridad a la conquista del Escalda.

Algunos días después, una tempestad averió el puerto artificial *Mulberry* y obligó a interrumpir las operaciones de descarga, lo que avaló la tesis de Ramsay.

Llegado a este punto, la conquista del estuario del Escalda se vio favorecida por una prioridad más que justificada. El 9 de octubre Montgomery cursó otra directiva: el Ejército 1 canadiense debía concentrar todas las fuerzas y medios disponibles para liberar el acceso desde el mar a Amberes: la operación tendría «la prioridad absoluta sobre cualquier otra acción ofensiva del Grupo de Ejércitos XXI, sin ninguna excepción». La División de infantería 104 norteamericana y la División *Lowland* inglesa del general Hakewell-Smith se pusieron a disposición del Cuerpo de Ejército canadiense, y el Ejército 2 británico recibió la orden de relevar a las tropas canadienses que estaban avanzando al nordeste hacia 's-Her-

Las operaciones aliadas para la conquista del estuario del Escalda se desarrollaron con extrema lentitud. En un principio sólo consiguieron pleno éxito los ataques de la División 1 polaca, que el 22 de septiembre rastrilló la orilla meridional del Escalda. En el Oeste, la bolsa de Breskens permanecía en poder de los alemanes, mientras en el Este la División de infantería 2 canadiense, entre el 6 y el 7 de octubre fue detenida en el istmo de Beveland. Hasta el 9 de octubre, cuando Montgomery cursó su directiva, el Ejército 1 canadiense no pudo concentrar todas las fuerzas disponibles para levantar el bloqueo de Amberes. Mientras el Cuerpo de Ejército I británico conquistaba, en los últimos días de octubre, Bergenop-Zoom, Rozendaal y Breda, el 29, unidades de la 52.ª División "Lowland" y la División de infantería 2 canadiense se aseguraron la posesión de Zuid-Beveland y de Noord-Beveland. Mientras tanto, el resto de las fuerzas de la División 52 completaba, con la caída de Zeebrugge el 1 de noviembre, la conquista de la bolsa de Breskens. El mismo día, la 4.ª Brigada de servicios especiales atacó Walcheren, dominando, el 8 de noviembre toda resistencia alemana.





Comandos británicos embarcados en vehículos *Buffalo* cruzan el Escalda en dirección a Walcheren. Guarnecida por elementos de la División 70 alemana, la isla estaba defendida por sólidas posiciones de hormigón, provistas de cañones de 75 mm y otros de calibre superior. *(Associated Press)*

togenbosch y Tilburg, a fin de que pudieran concentrar sus esfuerzos en Amberes.

El plan de Simonds, gracias a la prioridad concedida a Amberes, pudo adoptar al fin una forma definitiva. Sus unidades acorazadas fueron concentradas al este de la ciudad, donde podrían operar eficazmente, a las órdenes de Crocker, junto con la División de infantería 49 *West Riding* y la División de infantería 104 americana, para atacar Rozendaal, Breda y el Mosa, rompiendo las defensas alemanas en el Escalda. Para desalojar el grueso de estas defensas Foulkes dispondría de las Divisiones de infantería 2 y 3 canadienses; de la Brigada 4 de servicios especiales, constituida por comandos, para el ataque anfibio contra la isla de Walcheren, y, como reserva, le quedaba la División *Lowland*. Los ataques se lanzarían simultáneamente, excepto el dirigido contra Walcheren, para el cual era necesario esperar que la artillería de apoyo desplegase alrededor de Breskens.

El 17 de octubre la División Acorazada 4 canadiense completó su concentración al nordeste de Amberes y pasó a las órdenes del Cuerpo de Ejército I. Más tarde, el 20 de octubre, Foster lanzó el ataque contra Esschen y Bergen-op-Zoom. Esschen cayó el 22. La resistencia de los alemanes se endureció cuando el Ejército 15 y el 1.er Ejército paracaidista intentaron lanzarse hacia el istmo, mas las fuerzas acorazadas canadienses ocuparon Wouwsche-Hil el 26 y al día siguiente entraron en Bergen-op-Zoom. En el frente del Ejército 2, el Cuerpo de Ejército XII entró en 's-Hertogenbosch el 24, y en Tilburg el 28. Los alemanes, desplegados frente a dos Cuerpos de Ejército, se retiraron al otro lado del Mosa para evitar ser capturados.

El 23 de octubre, mientras las Brigadas 5 y 6 de infantería canadiense avanzaban en dirección a Korteven y el istmo, la División de infantería 2 canadiense encontró una violenta oposición en las cercanías de Woensdrecht. No obstante, al día siguiente, los alemanes que se encontraban en el interior, amenazados por las unidades acorazadas, empezaron a retirarse hacia el Norte y la División 2 comenzó a avanzar al Oeste, a lo largo del istmo. El acceso al istmo estaba bloqueado por dos zonas inundadas, más allá de las cuales el canal de Zuid-Beveland bloqueaba la extremidad meridional de la isla homónima.

Una travesía difícil

El *Royal Regiment* canadiense, atacando con un apoyo masivo de artillería, atravesó las primeras zonas inundadas en el transcurso de la mañana del 24; pero los vehículos acorazados de la División 4 fueron detenidos, en el angosto sector disponible, por los cañones contracarros y no pudieron superar el canal junto con los *Essex Scottish*. Una vez más la infantería tenía que combatir sola, abriéndose camino a través de los *polder* inundados. La Brigada 4 de infantería canadiense, después de repetidos ataques, alcanzó Krabbendijke el 26 de octubre.

Pero había la posibilidad de intentar una travesía menos difícil. En las primeras horas de la mañana del 27 de octubre, el IV/5.º *Royal Scots* y el VI *Cameronians* se embarcaron en vehículos *Buffalo*, y guiados por una embarcación de desembarco y por proyectiles trazadores disparados por los *Bofors*, cubrieron sin inconvenientes el recorrido de 14,5 km; así, a las 4,50 desembarcaron en dos puntos de los diques de la costa de Zuid-Beveland. Los dos batallones enlazaron a las 6,35 horas, después de algunos encuentros sin importancia con el enemigo. Once carros de combate anfibios *Sherman DD*, del *Staffordshire Yeomanry*, que alcanzaron la costa procedentes de Terneuzen, tuvieron grandes dificultades para trepar por los diques, y cuando lo lograron sólo cuatro de ellos estaban en condiciones de entrar en acción. La reserva de la brigada, o sea el VII *Cameronians*, llegó a tierra después del VI, a las 11. Durante la jornada, los alemanes lanzaron un contraataque, pero mientras tanto los canadienses ya se habían establecido sólidamente en la cabeza de desembarco.

El rastrillamiento de la isla de Beveland

El 28 de octubre, el VII *Cameronians* conquistó Ellewoutsdijk, a 6,5 km en el interior de la cabeza de desembarco, y la noche del mismo día el V *Highland Light Infantry* entró en Molenburg. En el curso de la noche del 27, la Brigada 6 de infantería canadiense atravesó el canal navegable y luego se unió a la Brigada 156 en 's-Gravenpolder. El 29 la Brigada 5 ocupó Goes y canadienses *Lowlanders* avanzaron hasta la carretera elevada que une la isla de Zuid-Beveland a la de Walcheren.

Mientras tanto, el ataque contra la bolsa de Breskens, desde la ensenada de Braakman, había obligado a los alemanes a ceder en el canal Leopoldo, y en consecuencia Eberding se retiró para tomar posiciones en una línea interior. El 21 de octubre los canadienses, reanudando el ataque, conquistaron Breskens; el 22 intentaron la conquista del fuerte Frederik Hendriks, siendo rechazados, pero el 25 el fuerte se rindió. El 27 los *Canadian Scottish*, que intentaban envolver Cadzand, sufrieron un violento contraataque; no obstante, Knokke cayó el 1 de noviembre y el mismo día los canadienses hicieron prisionero al general Eberding. Al día siguiente los canadienses entraron en Zeebrugge y cesó la resistencia alemana. La bolsa de Breskens había costado a la División de infantería 3 canadiense la pérdida de 2077 hombres.

La isla de Walcheren, especie de espada de Damocles suspendida en el límite extremo del sistema defensivo alemán en el Escalda, había causado mucha preocupación a Crerar, a Simonds y a Ramsay desde mediados de septiembre. La isla, de forma aproximadamente rectangular, con 19 km de longitud y 14 de anchura, se encuentra en su casi totalidad bajo el nivel del mar, pero una cornisa de dunas, que corre a lo largo de tres de sus lados, se une en el lado oriental con una zona que se eleva sobre dicho nivel. En la costa septentrional y sudoccidental los alemanes habían situado numerosas posiciones artilleras de hormigón, cuyos cañones podían disparar tanto en dirección al mar como en dirección al Escalda. Además, la costa estaba defendida de los eventuales ataques de la infantería con setos de alambrada, minas y ametralladoras, la mayor parte también en posiciones de hormigón.

Eisenhower ya había decidido, por consejo de sus comandantes de las fuerzas aéreas y de las unidades aerotransportadas, que el ataque aerotransportado contra la isla tenía pocas probabilidades de éxito; pero manifestó estar de acuerdo en que la operación para la conquista de Walcheren debía tener el apoyo incondicional de la aviación de bombardeo. Al mismo tiempo se confió a la Brigada 4 de servicios especiales, a las órdenes del general Leicesterm, el cometido de lanzar el ataque y Ramsay envió al capitán de navío Pugsley para que asumiera el mando de la operación y para proceder a la concentración de las embarcaciones de desembarco y de las de apoyo.

El 3 de octubre, en las primeras horas de la tarde, 247 *Lancaster* y *Mosquito* atacaron el dique en Westkapelle con un éxito total: demolieron 108 metros de dique y el mar irrumpió a través de la brecha, inundando los *Polders* y la población. El nivel de agua continuó subiendo durante 48 horas. Los resultados de un segundo ataque, a ambos lados de Flessinga (Vlissingen), el 7 de octubre, no fueron tan satisfactorios. Luego, los bombardeos eligieron las baterías como objetivo. En conjunto, el mando de bombarderos arrojó sobre la isla de Walcheren de 800 a 900 toneladas de explosivos.

La tarde del 31 de octubre, la brigada de servicios especiales, a excepción del comando n.º 4, embarcó para lanzar un nuevo ataque contra Ostende. El citado comando n.º 4, el único de aquella brigada que pertenecía al Ejército, reforzado por tres unidades francesas, embarcó en Breskens en las primeras horas del 1 de noviembre, y las unidades de cabeza, una vez atravesado el Escalda, desembarcaron en el muelle Orange de Flessinga a las 6,20 horas, en plena oscuridad, mientras los cañones emplazados en la zona de Breskens iniciaban un violento cañoneo. A pesar de

las dificultades del ataque, los obstáculos, el alambre de espino y el fuego procedente de las casamatas alemanas, el comando pudo constituir una cabeza de desembarco desde la que empezó a avanzar hacia la ciudad.

En la segunda fase del desembarco en Flessinga, a las 8, las embarcaciones trasladaron al 4.º *Kings Own Scottish Borderers* y al Grupo de artillería de montaña 452, seguidos más tarde por el resto de la Brigada de infantería 155 de la División 52. Cuando se hizo de noche, el comando y los *Borderers* habían conquistado, tras duros combates en las calles, el puerto y el centro de la ciudad.

En la zona de Breskens se procedió a una masiva concentración de artillería para apoyar el ataque; pero sólo las baterías pesadas, inadecuadas para proporcionar un apoyo consistente a la infantería, tenían el alcance eficaz para actuar contra la brecha de Westkapelle desde la bolsa de Breskens. Por lo tanto el acorazado *Warspite* y los pontones armados acorazados *Erebus* y *Riberts* intervendrían haciendo fuego con sus cañones de 381 mm; pero para el apoyo inmediato los atacantes sólo podían contar con las unidades que acompañaban a las embarcaciones de desembarco. La mañana del día 1 de noviembre el cielo estaba cubierto y el mar borrascoso; no obstante, antes que correr el riesgo de un aplazamiento –que no se sabía lo largo que podría ser–, Pugsley y Leicester decidieron realizar el intento.

Al principio, la artillería alemana no entró en acción. Luego abrió fuego, con efectos mortíferos, no contra los medios de desembarco, sino contra las embarcaciones de apoyo, que la empeñaron por completo. El Grupo de apoyo del flanco oriental, del capitán de fragata Sellar, sufrió notables pérdidas: nueve de sus 28 embarcaciones fueron hundidas y once quedaron fuera de combate; 20 oficiales y 172 hombres de las tripulaciones resultaron muertos o perecieron ahogados y 15 oficiales y 111 suboficiales y soldados fueron gravemente heridos.

Los comandos n.º 41 y n.º 48 de la *Royal Navy* desembarcaron con pocos minutos de intervalo entre sí, a la derecha y a la izquierda de la brecha, ya amplia, abierta en el dique. El comando n.º 41 alcanzó aquella misma tarde la periferia de Domburg y el n.º 48 se adueñó de una batería enemiga a poco más de 3 km de la brecha; pero todo el sector se vio sometido a un intenso fuego de artillería y el 2 de noviembre, cuando arreció una borrasca, ya no fue posible seguir la penetración.

Aquel día, el comando n.º 47 rebasó al 48, y dejando atrás Zoutelande, la noche del 3 llegó a la brecha al oeste de Flessinga y estableció contacto con el comando n.º 4. El 4 de noviembre, una compañía del VII/9 *Royal Scots*, de la Brigada 155, llegó a Middelburg a bordo de vehículos *Buffalo* que vadearon los terrenos anegados, y el teniente general Daser, sorprendido por completo, se rindió con los 2000 hombres de la guarnición.

Mientras tanto, el *Regiment de Maisonneuve* y el Regimiento *Glasgow Highlanders* establecieron una cabeza de puente sobre la carretera elevada a primeras horas del día 2, pero, por la tarde, se vieron rechazados. La noche anterior los ingenieros habían descubierto que a 2,5 km de la carretera elevada había otro camino de comunicación, apenas accesible, que atravesaba el canal Sloe, y cuando lograron abrir una pista entre las minas y el fango, el VI *Cameronians* la recorrió en las primeras horas del día 3. El batallón fue contraatacado, pero resistió, y la tarde siguiente se le unió el V *Hamilton Light Infantry*. Al amanecer del día 5 los *Lowlanders* avanzaron por el Oeste para llevar a cabo la conjunción con los *Royal Scots*, procedentes del Middelburg, y el VII *Cameronians* ocupó Veere. Entre tanto, los comandos llegaron a la punta septentrional de la isla, donde los últimos defensores alemanes se rindieron el día 8. La 4.ª Brigada de servicios especiales habían perdido 496 hombres: 103 muertos, 325 heridos y 68 desaparecidos, casi seguramente muertos.

Examen de los errores

El dragado de minas comenzó el 4 de noviembre, se emplearon diez flotillas, algunas de las cuales avanzaron hasta Amberes para iniciar su misión desde aquel extremo; pero las primeras embarcaciones costeras no pudieron atracar hasta el 26 de noviembre. En aquella fecha se habían dragado 267 minas. El primer gran buque de carga llegó dos días después y el 1 de diciembre se descargaron unas 10.000 t de abastecimientos, que, a fines de la segunda semana, se elevaron a 19.000.

Desde el día 1 de octubre al 8 de noviembre el Ejército 1 canadiense capturó 41.043 prisioneros, habiendo perdido a su vez 703 oficiales y 12.170 suboficiales y soldados entre muertos, heridos y desaparecidos. El 2 de enero de 1945, el almirante Ramsay, principal propugnador de la operación del Escalda, murió en un accidente aéreo.

Examinando la campaña de Amberes, Montgomery escribió:

«...Debo admitir que hubo un grave error por mi parte: el de haber subestimado las dificultades de conquistar el acceso a Amberes desde el mar para asegurarnos el libre empleo del puerto. Había calculado que el Ejército 1 canadiense podría liberar la ciudad, mientras nosotros penetrábamos en el Ruhr. Estaba equivocado».

También Eisenhower, que a pesar de comprender perfectamente lo necesario que era conquistar Amberes, se vio tentado por el objetivo del Ruhr y permitió que Montgomery actuase a su manera. El error de no concentrar el esfuerzo sobre un solo objetivo se reflejó en la batalla de Arnhem, en las dos divisiones mal empleadas en los *polders* del Escalda y en las numerosas divisiones de infantería que se vieron obligadas a una detención forzosa en Cherburgo por falta de carburante. De esta forma no se pudo conquistar Arnhem y el libre acceso al Escalda desde el mar se logró con notable retraso. La conclusión prevista primero por Ramsay y por muchos otros después, es obvia: antes de iniciar la operación de Arnhem habría sido indispensable lograr el libre acceso desde el mar al puerto de Amberes.

Tropas británicas abandonando una barcaza de desembarco alcanzada por los disparos alemanes cuando se aproximaba a Walcheren. La artillería alemana concentró su tiro, de una manera especial, contra las embarcaciones de apoyo, de las que hundió nueve y puso fuera de combate once. *(Imperial War Museum)*



LA BATALLA DE

Peter Elstob

A comienzos de diciembre de 1944, Hitler había llevado a cabo una empresa casi imposible: con los restos de los Ejércitos que combatieron y fueron derrotados en Normandía, en Francia, en Bélgica y a poca distancia de la frontera del Reich, desintegrándose en la derrota, logró constituir un nuevo Grupo de Ejércitos en el frente occidental. Y, lo que es aún más asombroso, esta nueva gran unidad no se había formado con el único fin de defender la línea del frente, sino también con perspectivas de atacar el punto más débil del sector americano y avanzar luego, de forma fulminante, hacia el Mosa, como en 1940, y llegar al canal de la Mancha, lanzando la contraofensiva acorazada más audaz de toda la historia. Este ataque, cuyo éxito dependía de la rigurosa sincronización de las acciones contra objetivos de importancia vital, requirió la utilización más masiva de fuerzas acorazadas del frente occidental. Ofrecemos aquí el relato del terrible golpe lanzado contra las tropas americanas, desorganizadas y a menudo presas del pánico, durante la batalla de las Ardenas.

El 19 de agosto de 1944, inmediatamente después de los desembarcos aliados en el sur de Francia y el mismo día en que, prácticamente, la última unidad acorazada alemana del frente occidental era aniquilada en la bolsa de Falaise, Hitler cursó la siguiente orden: «Preparaos para reanudar la ofensiva en noviembre... Dentro de uno o dos meses deberán enviarse al frente occidental unas 25 divisiones».

Pero ¿cómo? ¿Dónde podría encontrar Alemania 25 divisiones después de las enormes pérdidas sufridas en hombres y en material? Los generales del *Führer* dijeron que se podría considerar un milagro si la *Wehrmacht* conseguía reponer la mitad de las bajas; era completamente imposible pensar en constituir un nuevo Grupo de Ejércitos. Pero Hitler replicó afirmando que les demostraría, una vez más, que lo imposible era realizable.

Por vez primera, Alemania se puso incondicionalmente en pie de guerra. Se concedieron poderes dictatoriales a Goebbels para que incrementase la producción bélica y proporcionara nuevo potencial humano al Ejército. La edad de reclutamiento se rebajó hasta los 16 años, y nadie pudo escapar al reclutamiento masivo: obreros no estrictamente indispensables para la industria, comerciantes, empleados del Estado, estudiantes universitarios, alumnos oficiales todavía en período de adiestramiento, hombres considerados antes como inútiles, presidiarios; a todos se les llamó a las armas. A pesar de los bombardeos masivos, la producción bélica aumentó, alcanzando cotas máximas. Los recién enrolados, los llamados *Volksgrenadier*, «la infantería del pueblo», estuvieron equipados y preparados para marchar a primera línea después de seis u ocho semanas tan sólo de adiestramiento intensivo. Así, a principios de noviembre, Hitler había conseguido, con gran desconcierto de sus generales, reconstituir la reserva móvil perdida y enviar al frente occidental 18 nuevas divisiones.

El problema que preocupaba a Hitler era acertar en qué sector debía lanzar su gran ofensiva, si bien hacía tiempo que estaba en consideración la zona de colinas cubierta por espesos bosques y situada en la zona fronteriza entre Luxemburgo, Bélgica y Alemania, conocida por los alemanes con el nombre de Eifel y en el extranjero con el de Ardenas. Era el camino histórico de las invasiones alemanas, el escenario de su arrolladora victoria de 1940, y, además, por una casualidad extraordinaria, el sector más débilmente guarnecido del frente occidental.

Este fue el factor determinante: la elección recaería, pues, en las Ardenas.

En esta ocasión, Hitler preparó personalmente el plan, y aunque se había convencido al anciano, pero todavía muy considerado *Feldmariscal* von Rundstedt para que volviera al servicio activo y asumiese el mando nominal, por el efecto que ejercería sobre la moral de las tropas, en realidad fue el propio *Führer* quien dirigió la batalla.

Se reunieron tres Ejércitos, dos acorazados y uno de infantería, que constituían el Grupo de Ejércitos B, al mando del *Feldmariscal* Model. La 6.ª *Panzerarmee SS*, que constituiría la unidad de cabeza en el ataque, se puso bajo el mando de uno de los más antiguos camaradas de Hitler, Josef Dietrich, comúnmente llamado Sepp, un ex sargento del Ejército regular, guardia de corps personal del *Führer* en los tiempos de las luchas callejeras y que ya había sido comandante de la famosa 1.ª *Panzerdivision SS Leibstandarte Adolf Hitler*, la «Guardia personal de Hitler».

Por el flanco de la 6.ª *Panzerarmee SS* avanzaría el Ejército Acorazado 5, que reforzaría el brazo izquierdo de la tenaza, mandado también por otro de los «generales combatientes» de Hitler, Hasso von Manteuffel. La importante misión de erigir una muralla que protegiera el flanco meridional del ataque se confió al Ejército 7, del general Erich Brandenberger, un oficial de la vieja escuela, completamente desprovisto de fantasía pero decidido y tenaz.

Hitler decidió utilizar una vez más al desgastadísimo Cuerpo de Ejército de paracaidistas, que debía apoderarse de un importante nudo de carreteras tras las líneas americanas, manteniéndolo abierto para sus divisiones acorazadas SS. Al coronel von der Heydte, un veterano de Creta, se le encargó que constituyera otro Grupo para esta operación. El *Führer* tuvo asimismo una de sus famosas ideas heterodoxas y mandó llamar a Otto Skorzeny, el hombre que había «liberado» a Benito Mussolini.

Skorzeny recibió la orden de adiestrar unidades especiales de comandos, vestidos con uniforme americano, que deberían preceder al grueso de las fuerzas, montados en vehículos capturados al enemigo, para conquistar los puentes sobre el Mosa y, naturalmente, para sembrar la confusión en las filas americanas.

Para romper el frente se eligió un sector de 136 km de longitud, desde Monschau, al Norte, hasta Echternach, al Sur. La infantería debía irrumpir en una docena de puntos, a través de las líneas americanas, después de una poderosa preparación de artillería, abriendo brechas que permitirían a las formaciones acorazadas lanzarse hacia los puntos de cruce del Mosa, en una clásica *Blitzkrieg*, antes de que los Aliados se recuperasen.

Una vez cruzado el río empezaría la segunda fase de la ofensiva: un rápido avance hacia Amberes a lo largo de dos direcciones. El ataque del Grupo de Ejércitos B iría apoyado por otro, lanzado por el Ejército 15 del general Student, en Holanda, y en cuanto se hubieran reconquistado Amberes y el estuario del Escalda las fuerzas aliadas quedarían divididas en dos partes y sus cuatro Ejércitos serían sin duda aniquilados. Hitler esperaba que así los Aliados occidentales estarían dispuestos a estipular la paz por separado y Alemania podría lanzar todas sus fuerzas hacia el Este.

Los comandantes alemanes de las grandes unidades operativas protestaron, objetando que el plan era demasiado ambicioso. El anciano *Feldmariscal* von Rundstedt comentó sarcásticamente: «¿Amberes» ¡Si conseguimos llegar al Mosa tendremos que arrodillarnos y dar gracias a Dios!».

Pero Hitler ni siquiera quiso tomar en consideración los planes modificados que le sometían, ratificando el suyo y recordando, a los que se atrevían a aconsejarle, que su único deber era el de obedecerle. Pero, con todo, la oposición de los generales y los enormes problemas logísticos impuestos por la operación hicieron imposible su comienzo en la fecha establecida en un principio, y Hitler se vio obligado a aceptar continuos aplazamientos. Al final perdió la paciencia y dijo que si hacía caso a los generales el momento del ataque no llegaría nunca, y estableció un día y una hora improrrogables: las 5,30 del sábado 16 de diciembre de 1944.

Las fuerzas que el Mando alemán había conseguido reunir eran numéricamente inferiores a lo que se había prometido, pero aun así superiores a lo que los generales esperaban, por lo que su estado de ánimo cambió, pasando de un negro pesimismo a un prudente optimismo. Se consiguió situar 20 divisiones, 7 de ellas acorazadas, en el frente del ataque, donde los americanos sólo disponían de seis, sin que sospechase nada el Servicio de Información del enemigo. En conjunto, la superioridad numérica era de cinco a dos, lo que supone aproximadamente el mínimo indispensable para el éxito de una ofensiva. Pero, además, el atacante suele tener la ventaja de la elección del terreno y del tiempo, por lo que el grueso de las fuerzas atacantes (8 divisiones *Volksgrenadier* y 5 *Panzerdivisionen*) estaban concentradas a lo largo de 72 km de las Ardenas, extensión guarnecida por dos divisiones de infantería y un escuadrón de

Soldados alemanes dirigiéndose al ataque durante la ofensiva de las Ardenas, desencadenada el 16 de diciembre de 1944. (Imperial War Museum)

LAS ARDENAS





Junto a un vehículo oruga norteamericano, abandonado por las tropas en retirada, un oficial alemán anima a sus tropas para el asalto. Las fuerzas alemanas en las Ardenas constaban de 20 divisiones, de las que siete eran acorazadas, con un total de unos 200.000 hombres. *(Imperial War Museum)*

exploración de caballería americano, que disponían como única reserva de un *Combat Command* (Grupo de combate) y de una división acorazada que no había participado todavía en combates.

En el Norte, el frente de ataque alemán cubría la línea de la extrema ala derecha del Cuerpo de Ejército V del Ejército 1, débilmente guarnecido por la División de infantería 99 americana, y un vacío de unos 3 km, inexplicablemente no guarnecidos, entre el frente del Cuerpo de Ejército V y el del Cuerpo de Ejército VIII del general Middleton.

Inmediatamente después del trecho de frente indefenso, entre los dos Cuerpos de Ejército, se encontraban unos 900 hombres del 18.º Escuadrón de caballería, que no había establecido el enlace con una división recién llegada a su derecha y estaban dispuestos en una formación poco densa a lo largo de la garganta de Losheim, una de las más fáciles y tradicionales vías de acceso de Alemania a Bélgica.

La mitad meridional del frente, contra la que lanzaría el ataque la 5.ª *Panzerarmee*, con tres divisiones *Volksgrenadier*, una división paracaidista y dos *Panzerdivisionen*, estaba defendida por la División de infantería 28, situada en el centro del Cuerpo de Ejército VIII americano.

¿Eran posibles cinco objetivos?

El resto del Grupo de Ejércitos B actuaría a ambos lados del ataque principal, con la misión de destruir la línea americana y proporcionar protección al avance por ambos flancos. El Ejército 3 americano del general Patton, a la derecha del Cuerpo de Ejército VIII, estaba completando sus preparativos para una gran ofensiva a través del Sarre; a su izquierda, el Cuerpo de Ejército V había comenzado, tres días antes de la ofensiva alemana, un ataque hacia el Norte, contra los diques del Rur, y una fase de dicho ataque le impuso una maniobra insólita: la División de infantería 2, una de las más expertas, destacó hacia delante una columna, que, procediendo por el centro de la División de infantería 99, había conquistado un importante nudo de carreteras a 6,5 km al interior del territorio alemán. La inesperada presencia de esta división y de su artillería de apoyo contribuiría a desbaratar los planes de la 6.ª *Panzerarmee SS*.

El Grupo de Ejércitos B debía alcanzar cinco objetivos iniciales, y, además, rápidamente, pues de lo contrario se desvanecería en seguida la ambiciosa esperanza de llegar a Amberes. Los dos primeros objetivos consistían en establecer sólidas líneas defensivas en los extremos del frente de ataque, para proteger los flancos y defenderlos de una posible contramaniobra de envolvimiento por parte del enemigo. El tercer objetivo preveía la ruptura de la línea guarnecida por los americanos y un avance fulminante hacia el Mosa, conquistando sus puentes en 24 o 48 horas como máximo; el cuarto objetivo era el asignado a las fuerzas acorazadas del general von Manteuffel, que debían avanzar al lado de las *Panzerdivisionen SS*, manteniendo la marcha de éstas, aunque su recorrido fuera más largo, y conquistar además, sobre la marcha, el importante nudo ferroviario y de carreteras de St. Vith. Como quinto objetivo, el ala izquierda de las fuerzas de Manteuffel debía conquistar primero Bastogne, un nudo de carreteras de gran importancia, y después continuar el avance para apoderarse de los puentes en un tercer trecho del curso del Mosa.

La larga noche del 15 de diciembre fue una de las más oscuras y frías de aquel triste y helado invierno. A medianoche todo estaba preparado en el bando alemán: unos 200.000 hombres, que disponían de una dotación de carros de combate, cañones y municiones más abundante que en los últimos tiempos, estaban dispuestos a lanzar la ofensiva más poderosa que habían llevado a cabo en el frente occidental desde 1940. Más lejos, en la retaguardia, los 1250 paracaidistas del coronel von der Heydte esperaban la llegada de los camiones que los transportarían a los aeródromos. Asimismo, los hombres de Skorzeny, vestidos con uniforme aliado y a bordo de vehículos aliados, estaban formados detrás de los carros de combate de cabeza de la 1.ª *Panzerdivisionen SS* y bromeaban entre sí, observando que era ya demasiado tarde para perfeccionarse en el estudio del inglés y preguntándose si serían fusilados en caso de captura.

Los hombres de las unidades encargadas de lanzar el ataque, muchos de los cuales iban a combatir por primera vez, intentaban descansar antes de que comenzara el fuego artillero de preparación. Su entusiasmo había sido debidamente preparado por una serie de «órdenes del día», destinadas a levantar su moral y cursadas por los más prestigiosos jefes de la *Wehrmacht*, como los *Feldmariscales* von Rundstedt y Model, así como también por el propio *Führer* en persona. Muchos de aquellos soldados estaban convencidos de que iban a participar en una gran batalla, gracias a la cual, y por algún milagro, Alemania acabaría por ganar la guerra.

Frente a esta poderosa concentración había unos 80.000 americanos, la mayor parte de los cuales estaban durmiendo tranquilamente, ajenos por completo a la inminente tempestad que caería sobre ellos, pues mientras el Servicio de Seguridad alemán trabajaba con admirable eficacia el Servicio de Información aliado había demostrado una desoladora ineptitud.

A las 5,30 horas en punto, la masa de la artillería alemana abrió fuego y casi todas las posiciones americanas se vieron pesadamente martilleadas durante un período que osciló entre 20 minutos a una hora y media.

Cuando cesó la preparación artillera se encendieron centenares de reflectores que, apuntando hacia las nubes bajas, iluminaron indirectamente el campo de batalla. Poco después, antes de que los aturdidos americanos tuvieran tiempo de recuperarse, irrumpieron las tropas alemanas.

El objetivo tácticamente más importante era constituir una sólida protección en los flancos, estableciendo fuertes líneas defensivas en cada extremo del frente de ataque. Estas líneas, aunque no tenían la importancia del ataque de los medios acorazados, eran vitales, pues sin ellas las potentes unidades aliadas, situadas al norte y al sur de las Ardenas, podrían bloquear la ofensiva efectuando a su vez una maniobra de envolvimiento en forma de tenaza.

La línea septentrional se debía extender desde la ciudad de Monschau hasta Eupen, a lo largo de una carretera elevada. Sepp Dietrich decidió lanzar primero un ataque a la derecha y a la izquierda de Monschau, y una vez sus tropas hubieran hundido la líneas americanas, abriendo una brecha para las *Panzerdivisionen SS*, les haría efectuar una conversión a la derecha para formar una muralla defensiva ininterrumpida hasta Lieja.

Un primer y fatal revés

El ataque al norte de Monschau lo bloqueó, antes del amanecer y en el punto en que se había obstruido la carretera, el Escuadrón de caballería 102, que, a la luz de los cohetes de iluminación, infligió a los *Volksgrenadier* numerosas bajas y paralizó el ímpetu del ataque. Al sur de Monschau, los *Volksgrenadier* se enfrentaron con un batallón de la División de infantería 99, establecido en buenas posiciones defensivas sobre una elevación. En cuanto cesó la preparación artillera, las tropas alemanas avanzaron impetuosamente y en formación cerrada hacia los americanos atrincherados. Entonces, lo que se produjo no fue un combate, sino una carnicería; pero los jóvenes soldados del *Führer* continuaron avanzando. Por lo menos en tres ocasiones llegaron a la línea de las posiciones americanas; más, a pesar de su arrojo, no pudieron rebasarlas, pues su número era demasiado escaso. El ataque fue rechazado, y sufrió la misma suerte otro intento efectuado aquel mismo día.

Al final de la primera jornada, el plan de constituir una sólida línea defensiva en el sector septentrional había fracasado, lo cual fue un golpe cuyas consecuencias se harían cada vez más graves para los alemanes.

Unos 136 km más al Sur, la modalidad táctica para el ataque adoptada por el general Brandenberger preveía que una de las cuatro divisiones de *Volksgrenadier* cruzase el Sauer, antes del amanecer, al este de Echternach, mientras otra lo cruzaría al oeste de la ciudad. Después de unirse al sur de la misma, las dos divisiones deberían apoderarse de las alturas situadas detrás de las posiciones de la artillería americana para obligarla a retroceder. Una vez efectuada esta parte del plan, sería posible tender sobre el Sauer un puente de barcas para que los cañones pesados y el equipo necesario para constituir la línea defensiva meridional pudieran cruzar el río. Al mismo tiempo, una tercera división cruzaría el Sauer más al Norte, y efectuaría una conversión a la izquierda para extender en aquella dirección la línea defensiva meridional.

Defendía el sector de Echternach del frente americano el Regimiento de infantería 12 de la División de infantería 4, cuyos efectivos no estaban completos. Los *Volksgrenadier* atacantes eran unos 12.000, por lo que la relación a su favor era de 4 a 1; no obstante, hay que tener en cuenta que se trataba en gran parte de muchachos de diecisiete años, del último reclutamiento, que disponían de unos pocos vehículos, de ningún carro de combate y de un escaso número de cañones autopropulsados, lo que contribuía a compensar la inferioridad numérica de los americanos.

En algunos puntos, pequeñas unidades norteamericanas consiguieron resistir a pesar de la desigualdad de las fuerzas: 21 hombres transformaron una sólida casa campesina de piedra en un fortín y durante cuatro días rechazaron todos los ataques. En otro lugar, 60 americanos, con una sola ametralladora y atrincherados en un hotel hicieron de él un reducto desde el que contuvieron el avance alemán el tiempo suficiente para que la infantería propia acudiera a liberarles. Pero en otros muchos puntos las escasas fuerzas americanas fueron arrolladas.

El Batallón Acorazado de infantería LX, que desde hacía unos días se encontraba en un pequeño sector del frente para efectuar «ejercicios de combate», recibió la alarma con una hora de anticipación, pues la División *Volksgrenadier* que debía atacarlo avanzó lentamente a causa de la niebla. Los alemanes, aunque eran numéricamente muy superiores a los defensores, no disponían de cañones autopropulsados, mientras que la infantería acorazada americana estaba perfectamente equipada y, por consiguiente, pudo infligir graves pérdidas a la artillería alemana, arrastrada por caballos, y a los medios de transporte no acorazados. La línea defensiva principal de los americanos cedió varias veces; pero la llegada de reservas salvó la situación y al atardecer la infantería acorazada seguía manteniendo sus posiciones, haciendo fracasar el intento de los *Volksgrenadier* de enlazar con los atacantes de Echternach y constituir con ellos la línea defensiva meridional.

En este frente los alemanes no había conseguido conquistar los objetivos más importantes. Arrollaron las posiciones avanzadas americanas y penetraron en fuerza al oeste del Sauer, pero no pudieron rechazar a la artillería de la División de infantería 4, cuyos hombres habían demolido los puentes provisionales. Aunque la posición de los americanos en el extremo del flanco meridional del frente de las Ardenas era precaria y lo sería aún más mientras no llegasen los refuerzos, se había conseguido retrasar el avance alemán, desbaratando el orden previamente establecido para las diversas fases de la contraofensiva. También este contratiempo, como el del sector septentrional, tendría consecuencias graves para el desarrollo de la batalla.

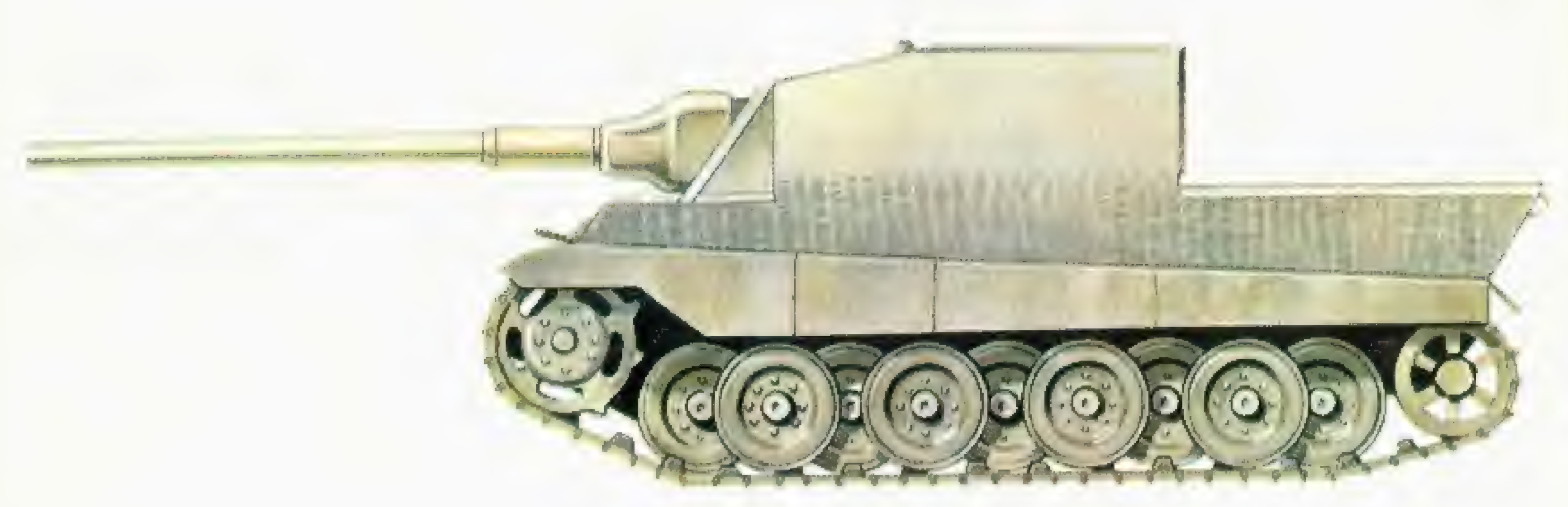
Éxitos alentadores y graves reveses

Pero a lo largo de la dirección principal de ataque, en las primeras 24 horas, se produjeron





Arriba: soldados alemanes avanzando en el sector montañoso de las Ardenas. El primer y más importante objetivo de las fuerzas alemanas atacantes consistía en establecer sólidas líneas defensivas en los dos extremos del frente, a fin de proteger los flancos de la ofensiva y eludir una maniobra de envolvimiento por parte aliada. Abajo: en las cercanías de un pueblo, en la región de las Ardenas, algunos soldados alemanes observan los camiones abandonados por las tropas norteamericanas. Si la ofensiva en las Ardenas hubiera conseguido un éxito total, también habría entrado en acción el Ejército 15 alemán, lanzando un ataque en el Norte, hacia Holanda. *(Imperial War Museum)*



Cúpula de observación
del jefe de carro

Torreta
Henschel

Asiento
del jefe de carro

Asiento del apuntador
(a la izquierda)
y del cargador
(a la derecha)

Cañón de 88 mm

Toma de aire
para el radiador

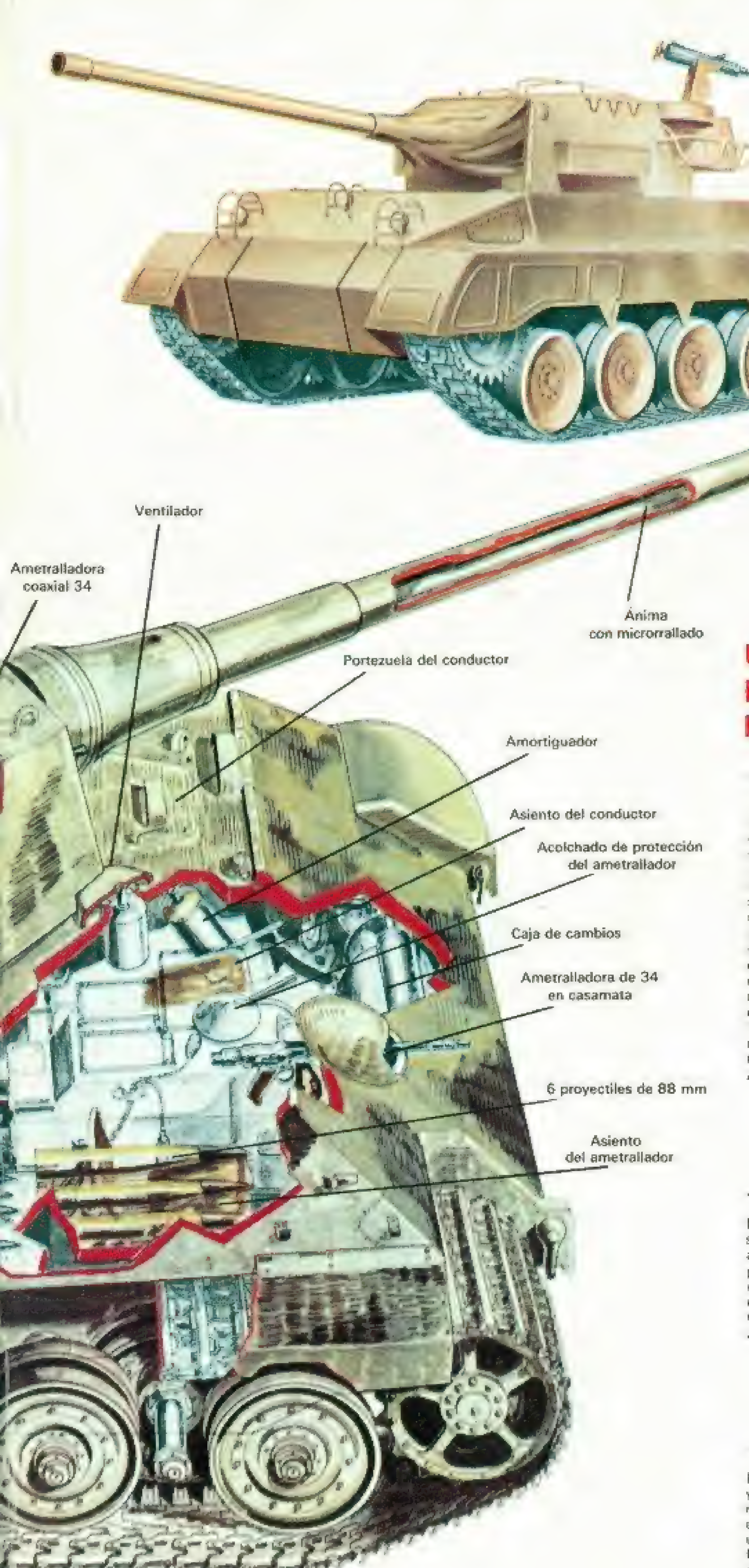
Ventilador de la
refrigeración por aire

Ventilador

Tapón del depósito
de gasolina
(a ambos lados)

Escape

Tres depósitos de gasolina
(a ambos lados)



UNA NUEVA Y MÁS POTENTE SERIE DE MEDIOS ACORAZADOS

"KÖNIGSTIGER"

El *Pzkw Mk VI Tigre II* (a la izquierda), llamado *Königstiger* (tigre real), entró en servicio a mediados de 1944; era uno de los carros de combate más protegidos y, durante toda la guerra, el que mejor resistió los impactos de lleno. Fue construido en un período difícil, cuando los bombardeos aliados sobre las fábricas y las fuentes de materias primas de Alemania causaron una serie de retrasos que redujeron la producción total al limitado número de 485 unidades. El *Tigre II* apareció con dos tipos diferentes de torreta: el tipo *Henschel* (que ilustramos en este grabado) y el tipo *Porsche*. Ambas se montaban sobre un casco que era el resultado de la amplia experimentación que se había realizado con el *Tigre I*, con un tubo más largo, las planchas de la coraza con una mejor inclinación y un motor perfeccionado que prestaba excelentes servicios en todos los regímenes. A pesar de ello, el *Tigre II* no tenía suficiente potencia y presentaba dificultades de maniobra, sobre todo al atravesar puentes. **Peso**: 68 t. **Tripulación**: 6 hombres. **Coraza**: espesor máximo 185 mm, mínimo 40 mm. **Armamento**: un cañón de 88 mm y 2 ametralladoras de 7,9 mm.

"JAGDTIGER"

El *Jagdtiger* (tigre cazacarros), *Jagdpanzer VI* (arriba a la izquierda), seguía, en orden de aparición, al cazacarros pesado *Elephant*. Fue el autopropulsado de mayor tonelaje que empleó el Ejército alemán; pero sus posibilidades de maniobra se veían dificultadas por el peso excesivo, lo cual no encontraba compensación en el notable espesor de la coraza y en el cañón de 128 mm, con baja velocidad de tiro. **Peso**: 70 t. **Tripulación**: 6 hombres. **Coraza**: espesor máximo 250 mm, mínimo 30 mm. **Armamento**: un cañón de 128 mm y una ametralladora de 7,9 mm.

"HELLCAT"

El *M-18* norteamericano (arriba a la derecha) era una versión más ligera y más potente del autopropulsado *M-10* de 76 mm. Con una velocidad máxima de 88 km/h, este cañón autopropulsado cazacarros se empleó esencialmente para disparar y retirarse, en lugar de combatir en una posición estática, al contrario de lo que se hacía con los *Jagdpanzer*. **Peso**: 20 t. **Tripulación**: 5 hombres. **Coraza**: espesor máximo 25 mm. **Armamento**: un cañón de 76 mm y 2 ametralladoras de 12,7 mm.

dos notables éxitos alemanes, un éxito parcial, una derrota grave y tres reveses de duración limitada, cosa que la operación no podía permitirse.

El gran éxito y la grave derrota tuvieron como escenario el frente de la 6.ª *Panzerarmee SS*: un grupo de combate, que marchaba en cabeza de la 1.ª *Panzerdivision SS*, pasó a través del espacio no guarnecido entre los Cuerpos de Ejército V y VIII americanos e irrumpió en las zonas indefensas de la retaguardia; pero, en cambio, la 12.ª *Panzerdivision SS* y dos Divisiones *Volksgrenadier*, que debían abrir una brecha para los carros de combate, quedaron paralizadas ante los americanos durante todo el día.

El segundo e importante éxito lo consiguió al norte del Schnee-Eifel el Grupo de Manteuffel, que cruzó fulminantemente las posiciones del Escuadrón de caballería 18 en la garganta de Losheim y llegó a la carretera principal que conducía a St. Vith, avanzando hasta unos 15 km de distancia de este importante centro. Sin embargo, también allí, el ataque clave que debía permitir envolver por el sur del Schee-Eifel para efectuar la conjunción con el ala derecha de las fuerzas atacantes, permaneció inmovilizado todo el día a un kilómetro y medio, aproximadamente, de la línea de partida.

El intento principal del general Manteuffel para llegar al Mosa lo efectuó el ala izquierda, donde el XLVII *Panzerkorps* escogido, formado por una *Panzerdivision*, dos divisiones de infantería y una división de infantería paracaidista del Ejército 7 de Brandenberger, proyectaba cruzar el Our, cortar la carretera estatal y apoderarse de los puentes sobre el siguiente río, el Clerve, que discurría más al Oeste, en el breve tiempo de 24 horas. Si la maniobra salía bien, al día siguiente los alemanes podrían ocupar Bastogne y lanzar los carros de combate por las buenas carreteras que conducían al Mosa.

Pero también este intento del centro fue insatisfactorio, pues una *Panzerdivision* y la división de infantería de apoyo no consiguieron cruzar el Our en su sector y los vehículos acorazados se vieron obligados a desplazarse hacia el Sur para avanzar por otro puente. Sin embargo, la 2.ª *Panzerdivision*, que en el plan tenía la misión de preceder a todas las demás unidades combatientes en la batalla de las Ardenas, cruzó el Our y avanzó, subiendo por las pendientes boscosas para apoderarse de la carretera estatal *Skyline Drive* (carretera del horizonte, como la designaban familiarmente los conductores de los camiones americanos que la recorrían para transportar los abastecimientos al Ejército 9 estadounidense) consiguiendo con ello una victoria parcial. La División de infantería 28 americana, a pesar de su inferioridad numérica y del estado de agotamiento de sus hombres, consiguió impedir que el enemigo cruzara el río Clerve durante todo el segundo día, y su valiente resistencia permitió ganar unas horas valiosísimas, necesarias para reforzar Bastogne.

Aunque entonces ninguno de los dos bandos podía darse cuenta, el esquema que se podía trazar al final de los dos primeros días de combates determinó el resultado de la batalla. Vale la pena detenerse a examinar con más detalle los acontecimientos.

La confianza en la victoria había llegado al máximo en las filas de la 6.ª *Panzerarmee SS*, pues se le había confiado la mejor y más corta dirección de ataque hacia el Mosa y además se le asignaron los contingentes más numerosos de carros de combate, artillería y hombres. Había proyectado lanzar dos ataques acorazados principales: la 12.ª *Panzerdivision SS* (la División *Hitler Jugend*) efectuaría el de la derecha, y su gran rival, la 1.ª *Panzerdivision SS Leibstandarte Adolf Hitler* avanzaría por la izquierda. Cada una de estas unidades esperaba lanzarse al ataque detrás de una División *Volksgrenadier* que debía llevar a cabo la ruptura inicial; frente a estas cuatro divisiones se encontraban tan sólo cuatro batallones de la inexperta División de infantería 99 americana. Sin embargo, como en aquel momento estaba en su apogeo el ataque aliado contra los diques del Rur, inmediatamente al Norte, había en este frente una masiva concentración de artillería americana.

La preparación artillera alemana fue más fuerte allí que en cualquier otro sector. Precisamente, un par de días antes, un informe del servicio de contraespionaje americano afirmó que el frente alemán que se oponía a uno de los batallones de la División de infantería 99 parecía muy débil, añadiendo que disponía tan sólo de dos cañones arrastrados por caballos. Pero después de una hora de cañoneo ininterrumpido, el oficial que mandaba el batallón americano exclamó: «Indudablemente, van a matar de agotamiento a sus dos caballos».

En cuanto cesó el cañoneo, las unidades alemanas atacaron en fuerza todas las posiciones avanzadas americanas y la mayor parte de los defensores murieron o cayeron prisioneros. Sin embargo, cuando los *Volksgrenadier* trataron de aprovechar la victoria se vieron inmovilizados por un denso fuego de morteros y de artillería y no pudieron avanzar. Algunos hombres de la División *Hitler Jugend*, perdiendo la paciencia por el retraso, trataron de hacer avanzar solos a los carros de combate; pero fueron detenidos por las granadas rompedoras de gran calibre. Al oscurecer, hacia las 16,30 horas, los supervivientes americanos habían formado reductos alrededor del puesto de mando de su batallón, en la espesura del bosque, y, aunque reducidos a la mitad de sus efectivos, mantenían un frente. Estos jóvenes soldados inexpertos, tan sólo dos semanas después de su incorporación a primera línea, lograron detener a dos *Panzerdivisionen* escogidas de las SS durante 24 importantísimas horas; es decir, el tiempo necesario para guarnecer sólidamente las elevaciones situadas detrás de la serie de colinas de Elsenborn, contra las cuales la División *Hitler Jugend*, en los días que siguieron, acabó sufriendo pérdidas irreparables antes de renunciar a sus intentos y trasladarse a otro sector. Pero el grupo de combate a la cabeza de la *Leibstandarte Adolf Hitler* estaba mandado por uno de los más rígidos, severos y audaces oficiales de la División acorazada de las SS, el coronel Joachim Peiper, que exigía y obtenía de sus hombres una obediencia ciega, que casi se podría definir como suicida.

Indignado porque los *Volksgrenadier* no habían sabido abrir una brecha para su grupo de combate, Peiper continuó avanzando contra viento y marea y condujo personalmente a los carros de combate a través de las intrincadas zonas de la retaguardia, ordenando que derribaran todos los obstáculos que no pudieran evitar. Sus unidades de cabeza, irrumpiendo en tierra de nadie al anochecer, y aunque perdieron cinco carros de combate, siguieron avanzando sin descanso toda la noche, y al amanecer del domingo 17 de diciembre ocuparon la ciudad de Honsfeld, mucho más allá de las líneas americanas, capturando numerosos vehículos y cañones abandonados por el enemigo.

En las cercanías de Malmédy yacen en la nieve los cuerpos de los soldados norteamericanos muertos, la tarde del 17 de diciembre de 1944, por una unidad perteneciente a la división Acorazada SS de Peiper. De los 125 prisioneros americanos murieron ochenta y seis. *(US Army)*



La importantísima penetración de Peiper

Los hombres de Peiper efectuaron entonces una conversión para trasladarse al sector de la División *Hitler Jugend*, donde se apoderaron de un gran depósito de carburante en Bullange y obligaron a 50 soldados americanos a llenar sus depósitos. Después de mediodía localizaron una columna de refuerzos americana que procedía del Norte. Esta columna formaba parte de la División Acorazada 7 estadounidense, que se dirigía a St. With; y si la columna de Peiper hubiera llegado tan sólo media hora antes se habría encontrado con el *Combat Command* acorazado americano y se hubiera desarrollado una gran batalla entre vehículos acorazados. Pero la ocasión había pasado



Un jovencísimo soldado alemán de las SS hecho prisionero, cerca de Malmédy, por la División aerotransportada 82 norteamericana. La instrucción insuficiente de gran parte de los soldados alemanes, para muchos de los cuales la ofensiva de las Ardenas constituía su primera experiencia de guerra, fue una de las causas de los fracasos sufridos por la *Wehrmacht* en aquel frente. *Imperial War Museum*

y precisamente en aquel momento la casualidad condujo al cruce de Malmédy una batería de observación de artillería de campaña, con 125 hombres que nada pudieron hacer contra los carros de combate y los cañones de una *Panzerdivision*, siendo rápidamente capturados.

Peiper, que desde luego había conseguido romper el frente, esperaba llegar a su objetivo (el puente sobre el Mosa en Huy) a última hora de la noche o en las primeras horas de la mañana siguiente. Unos kilómetros más allá se encontraba Stavelot, de donde partía una buena carretera que, casi en línea recta y a lo largo de 64 km, conducía al Mosa.

Lo que sucedió a partir de entonces constituye todavía un misterio. Sus fuerzas de cabeza se vieron obligadas a detenerse cuando los vehículos semioruga quedaron inutilizados; pero éste era un inconveniente ya calculado, y, por otra parte, la reacción alemana puso fuera de combate dos carros americanos y capturó aún más prisioneros. No obstante, aquel encuentro movió a los comandantes a obrar con cautela y por ello hasta el crepúsculo las vanguardias del grupo de combate no avanzaron hasta las elevaciones situadas al otro lado del río, más allá de Stavelot. En este lugar, los alemanes vieron centenares de vehículos americanos y llegaron a la conclusión de que habían alcanzado una posición fuertemente defendida.

Pero lo cierto era que la única unidad que se hallaba en Stavelot era un batallón de ingenieros y no había ni carros de combate ni cañones contracarros. Los vehículos eran camiones que transportaban carburante desde un enorme depósito situado a unos kilómetros de distancia. Los carros de combate alemanes de cabeza fueron a parar a un campo minado establecido recientemente por los americanos, y los comandantes, que habían estado avanzando durante 36 horas, debieron considerar que ya habían tentado bastante a la suerte, pues exageraron notablemente la fuerza de los defensores. Peiper, en contra de sus costumbres, no se trasladó al lugar y permitió que se hiciese una pausa. Probablemente comprendía que, de todas maneras, habría tenido que detenerse.

Mas, sea cual sea la explicación de la detención del grupo de combate de Peiper en Stavelot, en el curso de la segunda noche de la ofensiva, lo cierto es que señaló el punto de inflexión decisivo en el avance de la 6.ª *Panzerarmee SS*, pues a la semana siguiente, aunque seguía constituyendo la amenaza más grave contra el sector septentrional del frente, ya no estuvo en condiciones de continuar la penetración hacia el Oeste por falta de apoyo y, sobre todo, por falta de carburante. Los refuerzos americanos, constituidos por la División aerotransportada 82, la División Acorazada 30 y otras unidades, atacaron implacablemente el grupo de Peiper, que entonces permaneció aislado del resto de la 1.ª *Panzerdivision SS*.

La inesperada y tenaz resistencia que la División 99 americana ofreció al I *Panzerkorps* y el retraso provocado por los extensos campos minados que había en este frente crearon un gran embotellamiento en el tráfico de la retaguardia alemana, donde la artillería propulsada por tracción animal, los convoyes de abastecimientos, el material de pontoneros, las unidades de reserva y los gigantescos cañones de asedio intentaban avanzar para respetar los tiempos previstos en el programa de ataque.

Skorzeny siembra la confusión

Otto Skorzeny condujo personalmente a su grupo a través de este caos y evitó las carreteras congestionadas, avanzando por los campos y perdiendo al mejor de sus comandantes mientras cruzaban un terreno minado anteriormente por los alemanes; así pudo mandar a tres de sus comandos, formados por soldados disfrazados, hacia los puntos de cruce del Mosa. Uno de ellos consiguió llegar el puente de Huy y lo guarneció todo el día, difundiendo alarmantes rumores entre las unida-



Soldados norteamericanos en Bastogne. El retraso impuesto por el ala derecha del Regimiento de infantería 110 norteamericano al ataque alemán en dirección a Bastogne, permitió al Mando aliado reforzar aquel importante centro con el envío de tropas aerotransportadas. *(Brown Bros)*

des americanas que pasaban. Otras escuadras volaron depósitos de municiones y destruyeron las líneas de comunicación, pero la consecuencia más importante que produjo la presencia de soldados alemanes con uniforme americano tras las líneas adversarias fue provocar rigurosas medidas de vigilancia. Los americanos detenían todos los *jeeps* y camiones para preguntar a sus ocupantes los nombres de los personajes de los tebeos, la clasificación de los equipos de béisbol o detalles acerca de la vida privada de los actores cinematográficos más conocidos de Norteamérica. Con frecuencia, los oficiales americanos de grado más elevado no conocían la respuesta exacta y tenían que pasar horas bajo vigilancia. Todo ello, unido a los rumores de que estaban cayendo por todas partes paracaidistas alemanes, inmovilizó muchas unidades que eran muy necesarias en el frente.

En realidad, también el lanzamiento de paracaidistas fue una farsa, como toda la operación de Skorzeny; la falta de carburante para los camiones de transporte mantuvo inmovilizados a los hombres la primera noche de la ofensiva y el lanzamiento se aplazó 24 horas, cuando ya había pasado el efecto sorpresa y era casi seguro que los refuerzos americanos se estaban dirigiendo a las zonas escogidas por los alemanes. Por otra parte, fuertes vientos contrarios dispersaron a las formaciones aéreas y los paracaidistas tocaron tierra a gran distancia unos de otros. Muchos de estos jóvenes, valientes voluntarios que se lanzaban por primera vez, fueron a parar a lugares remotos de las Ardenas, lejos de las poblaciones y de las carreteras. Algunos se rompieron los brazos o las piernas al llegar a tierra; a una parte de ellos los capturaron las patrullas de exploración americanas o los habitantes de la zona; otros permanecieron en la nieve y murieron. En la primavera siguiente aún se descubría de vez en cuando algún cadáver.

Sólo unos diez o quince aparatos localizaron la zona del lanzamiento, y el coronel von der Heydte descubrió entonces que no disponía de más de 350 hombres, con víveres insuficientes, sin prendas de abrigo, ningún aparato de radio que funcionase y ninguna arma más pesada que los pequeños morteros y los fusiles automáticos. En cuanto amaneció, los paracaidistas oyeron el ruido de camiones que se dirigían hacia donde ellos se encontraban y unos minutos después unos vehículos cargados de soldados americanos cru-

zaron su posición. Era la División de infantería 1, la más experta de todo el Ejército estadounidense, veterana de tres desembarcos (en África, en Sicilia y en Normandía) que acudía para reforzar a las Divisiones de infantería 2 y 99 y para proteger el repliegue de esta última hacia las alturas de Elsenborn. La citada división llegó con el tiempo justo para apuntalar el flanco meridional y contribuir a detener el ataque de la 6.ª *Panzerarmee SS*, en la que Hitler depositaba tantas esperanzas.

En los días que siguieron, el coronel von der Heydte se vio obligado a asistir al paso de otras dos divisiones americanas, la 7 acorazada y la 30 de infantería, sin poder intervenir. En aquellos momentos, la que Omar Bradley había definido como «el arma secreta» americana, es decir, las formaciones móviles, entraba en acción.

Pasados cuatro días, cuando los soldados habían consumido los víveres y sufrían terriblemente a causa del intenso frío, el coronel von der Heydte ordenó a sus hombres que se dividieran en pequeños pelotones y trataran de volver atrás, cada uno por su cuenta. Dejó en libertad a los americanos que había capturado y les confió sus heridos, rogando al comandante que los cuidase. Dos días después, exhausto y hambriento, von der Heydte se rindió. Y este fue el final del gran Cuerpo de Ejército paracaidista alemán, cuyas hazañas habían merecido la admiración de los soldados en todos los frentes.

El general von Manteuffel había proyectado un avance en dos columnas alrededor del Schnee-Eifel, a la izquierda de la 7.ª *Panzerarmee SS*, teniendo como primer objetivo el envolvimiento de las unidades de la División de infantería 106 establecidas en aquel sector, para ocupar a continuación St. Vith, el nudo de comunicaciones indispensable para la segunda parte de la ofensiva alemana.

Novecientos hombres del Escuadrón de caballería 18 que cubrían el flanco izquierdo de la División 106 ocupaban algunos reductos dispuestos en los Novecientos hombres del Escuadrón de caballería 18 que cubrían el flanco izquierdo de la División 106 ocupaban algunos reductos dispuestos en los pueblos situados más allá de la garganta de Losheim. Al amanecer, estos hombres se encontraron de pronto entre el ataque lanzado por los *Volksgrenadier* de Manteuffel y el de una división de infantería paracaidista del ala izquierda de Sepp Dietrich. El citado escuadrón de caballería formaba parte del Grupo de caballería XIV, cuyo comandante, el coronel Mark Devine, salió de Manderfeld para tratar de descubrir lo que estaba sucediendo en el frente. En algunos puntos se habían rechazado los primeros ataques alemanes, pero en otros las exiguas unidades de defensores fueron arrolladas después de haber tenido apenas tiempo para pedir por radio la intervención de la artillería. Devine, comprendiendo que se trataba de una ofensiva en gran escala y que las posiciones avanzadas eran demasiado inferiores numéricamente, ordenó a los que estaban aún en condiciones de hacerlo que rompieran contacto con el enemigo y se replegasen. Luego, se presentó ante sus superiores en St. Vith, donde se encontraba el puesto de mando de la División 106, proponiendo que se constituyese una nueva línea defensiva en el flanco, a través del extremo occidental de la garganta de Losheim, desde la que se pudiera lanzar un contraataque en cuanto llegase la reserva. El consejo se escuchó porque nadie se dio cuenta, en el puesto de mando de la división, de que era imposible poner en práctica estas proposiciones teniendo en cuenta las fuerzas que los alemanes habían lanzado al ataque.

Rumores, desorganización y pánico

Devine volvió a su puesto de mando, Manderfeld, hacia las 11 y lo encontró en un estado caótico, con el Estado Mayor preparándose afanosamente para abandonarlo y tratando de destruir los documentos. Columnas de fugitivos habían entrado en el pueblo hablando de terribles desastres y de victorias alemanas. Su terror era contagioso. En el puesto de mando del Grupo de caballería XIV cundió el pánico y el Estado Mayor se precipitó hacia los vehículos con los pocos efectos personales que había conseguido reunir; en el intento de destruir todo lo que podía ser útil a los alemanes acabaron incendiando el pueblo, destruyéndolo completamente. Esto señaló el comienzo de una serie de repliegues desordenados que se convirtieron en una pesadilla sin fin y que no terminaron hasta unas sesenta horas después.

Cuando la caballería interrumpió la acción y se retiró, el ala derecha de Manteuffel irrumpió desde la garganta de Losheim y continuó avanzando hasta que la detuvo la artillería, cerca del pueblo de Aux, frente a St. Vith. Allí, el general que mandaba la División 106, Alan Jones, recién llegado al continente, se encontró empeñado en su primer combate. Su preocupación principal era la suerte de los dos regimientos aislados en la vertiente oriental del Schnee-Eifel. Considerando erróneamente que el Grupo de caballería XIV le cubría el flanco izquierdo, Jones destacó uno de los dos batallones de reserva para que reforzara el flanco derecho y dio orden de que el otro fijase el ala derecha de Manteuffel, una unidad mixta de infantería y cañones autopropulsados que estaba atacando las unidades de artillería de campaña de Auw. Estas baterías consiguieron retirarse y participar en los importantísimos combates por la defensa de St. Vith unos días después.

La columna meridional de ataque de Manteuffel en torno al Schnee-Eifel había acabado bajo el fuego mortal de la División de infantería 106, establecida en la vertiente meridional de la altura y después de violentos combates cuerpo a cuerpo por las calles de Bleialf, punto clave de la red de carreteras de la zona, los alemanes se habían visto obligados a detenerse a 3 km de la línea de partida. El general Manteuffel, muy irritado, ordenó que reanudaran el ataque al amanecer, se apoderasen «a toda costa» de Bleialf y avanzasen para enlazar con la columna septentrional, a fin de encerrar en una trampa a los dos regimientos ame- rasen «a toda costa» de Bleialf y avanzasen para enlazar con la columna septentrional, a fin de encerrar en una trampa a los dos regimientos ame-ricanos que se encontraban en el Schnee-Eifel.

El primer día de la ofensiva la División 106 perdió poco terreno y probablemente el inexperto Estado Mayor no supo valorar con exactitud lo precario de la posición. Los alemanes continuaron haciendo avanzar su artillería e infantería a través de las brechas abiertas durante toda la noche, preparándose para el ataque del día siguiente.

A la petición de refuerzos por parte de la División 106, el Cuerpo de Ejército VIII le asignó un *Combat Command* acorazado, y asimismo el 16 por la tarde aseguró que la División Acorazada 7 procedente del Norte estaba ya en marcha; el grupo de combate de cabeza llegaría a la mañana siguiente, hacia las 7. Era una previsión extraordinariamente optimista, pues no se había tenido en cuenta ni las condiciones de viabilidad de las carreteras durante el invierno ni los embotellamientos creados por la precipitada retirada de numerosas unidades de la retaguardia. En realidad, el grueso de los carros de combate de la citada División Acorazada 7 no llegó a St. Vith hasta última hora de la tarde del domingo, cuando ya era demasiado tarde para salvar a los dos regimientos del Schnee-Eifel. Los vehículos acorazados tardaron cinco horas para cubrir los últimos 19 km, abriéndose camino entre una marea de elementos de los mandos de unidades de segunda línea que eran presas del pánico.

El 17 de diciembre por la tarde, unos 8000 o 9000 americanos se encontraban cercados en el sector del Schnee-Eifel, y dos días después se rindieron en masa. Fue uno de los reveses más graves sufridos por las fuerzas armadas americanas en el teatro de operaciones europeo, como asegura el mismo informe oficial americano.

Entonces los alemanes avanzaron gozosos para conquistar St. Vith.

El ataque del centro

La acción más importante confiada al Ejército 5, un ataque lanzado por el centro por dos Cuerpos de Ejército acorazados, aunque fue en definitiva la que consiguió mayor éxito, no tuvo el rápido comienzo previsto en los planes. Una división *Volksgrenadier* del LVIII *Panzerkorps*, seguida por la 116.ª *Panzerdivision*, debían pasar a través de las posiciones guarnecidas por un solo regimiento, el 112, de la División de infantería 28, atrincherado al este del río Our, y dirigirse luego directamente hacia el Mosa pasando por el sector situado entre Bastogne y St. Vith, un vacío que, según las previsiones, se crearía por efecto de los ataques contra estas dos localidades.

Más al Sur, la 26.ª División *Volksgrenadier* del XLVII *Panzerkorps* debía apoderarse de los puentes sobre el Our, para que pudieran pasar por ellos los vehículos acorazados de la 2.ª *Panzerdivision*; luego, la infantería y los carros de combate hundirían el sector central del frente de la División de infantería 28 americana, en el que estaba establecido su Regimiento 110, cruzarían el río Clerve y avanzarían para conquistar Bastogne. Como medida de precaución adicional, una de las divisiones paracaidistas del general Brandenberger avanzaría por el flanco de la dirección, llevando a cabo la separación entre el citado Regimiento de infantería 110 y el 109, que se encontraba más al Sur.

El plan estaba bien ideado y tenía buenas probabilidades de desarrollarse rápidamente. No obstante, como es lógico, sólo una parte de las fuerzas alemanas podría participar en las fases iniciales del ataque.

En el frente del LVIII *Panzerkorps*, los americanos, que se encontraban al este del Our, habían dejado intactos los puentes que podían soportar el peso de los carros de combate y de los cañones autopropulsados. Si los atacantes se apoderaban de ellos por sorpresa sus unidades acorazadas podrían intervenir con la rapidez necesaria para llegar al Mosa. Y el general Manteuffel, precisamente para garantizar el elemento sorpresa, orde- podrían intervenir con la rapidez necesaria para llegar al Mosa. Y el general Manteuffel, precisamente para garantizar el elemento sorpresa, orde-nó que no se sometiese a esta parte del frente a ninguna preparación artillera antes del amanecer y que unidades de *Volksgrenadier*, con indumentaria mimética blanca, penetrasen silenciosamente, antes de que despuntara el día, detrás de las líneas americanas y en cuanto comenzase el ataque se apoderaran rápidamente de los dos puentes.

Si aquellos *Volksgrenadier* hubieran tenido más experiencia o si la infantería americana que defendía el punto hubiera tenido un poco menos, el plan podría haber triunfado; pero las divisiones alemanas estaban formadas por unidades heterogéneas, procedentes de las diversas zonas de ocupación de Noruega y de Dinamarca, y muchos soldados no habían participado nunca en una acción bélica. La primera parte del plan se desarrolló bien: las compañías de *Volksgrenadier* llegaron durante la noche más allá de la línea avanzada americana, y en cuanto comenzó el fuego de preparación artillera (en este sector lo hizo una hora después que en los demás) avanzaron por las brechas abiertas.

Los alemanes consiguieron la sorpresa más completa. En una ocasión, irrumpieron en un claro en el preciso momento en que una sección se había dispuesto en fila para recibir la primera comida del día. Muchos americanos cayeron bajo el inesperado fuego de los fusiles automáticos y por la explosión de las granadas de mano, los otros se dispersaron. Las unidades vestidas con indumentaria mimética blanca se dirigieron rápidamente hacia los puentes y allí fue donde su inexperiencia les hizo fracasar. Embriagados por el éxito, avanzaron al descubierto hacia las casamatas y las trincheras y entonces los hombres del Regimiento de infantería 112 americano los segaron con ráfagas de ametralladora, y cuando buscaron refugio en las hondonadas del terreno, los machacaron con las granadas de mortero. Las bajas de los atacantes fueron considerables, tanto allí como en otros puntos de este sector del frente; y la consecuencia al anochecer fue que todos los puentes seguían en manos americanas.



Los *Volksgrenadier* acababan de recibir un duro golpe; la *Panzerdivision* había perdido seis carros de combate y el ataque central de Manteuffel llevaba un notable retraso sobre los tiempos previstos. Con el fin de recuperar el tiempo perdido, la 116.ª *Panzerdivision* recibió la orden de destacar un batallón de carros de combate ligeros *Mark IV* a unos 89 km más al Sur, para cruzar el Our por el puente tendido por el XLII *Panzerkorps*. Luego, los *Mark IV* deberían efectuar una conversión al Norte, volviendo atrás por el frente americano del Our, y apoderarse de los puentes sobre el frente del LVIII *Panzerkorps*, atacando por la espalda.

El «Schwerpunkt» de las unidades acorazadas

El general Hasso von Manteuffel confiaba en que, por lo menos, llegaría al Mosa el XLVII *Panzerkorps*, la «reserva número uno» de la *Wehrmacht* en el frente occidental. Para la contraofensiva de las Ardenas esta reserva consistía en una división escogida de infantería del frente soviético («la vieja 26», rebautizada como 26.ª *Volksgrenadier*) y la famosa 2.ª *Panzerdivision*, que había luchado con tenaz valor contra los Aliados desde Normandía hasta las fronteras del Reich. Otra división escogida de la reserva, la *Panzerlehr*, intervendría también para reforzar el peso del *Schwerpunkt*, es decir, el asalto acorazado contra un sector limitado del frente enemigo para conseguir el hundimiento.

El cometido asignado a la 26.ª División *Volksgrenadier* era muy difícil: debía cruzar el Our, avanzar de 11 a 13 km y cruzar luego el Clerve; mantener abiertas las dos brechas para que pudieran pasar los vehículos acorazados y después seguir a pie a los carros de combate a lo largo de

Las fuerzas alemanas en las Ardenas, con el entusiasmo que en ellas provocó una serie de órdenes del día cursadas por los más famosos comandantes de la *Wehrmacht*, se lanzaron al ataque convencidas de participar en una grandiosa y decisiva batalla, gracias a la cual Alemania acabaría ganando la guerra. *(Imperial War Museum)*

Según los planes de Hitler, la ofensiva de las Ardenas (a la izquierda) debía conducir el Grupo de Ejércitos B a orillas del Mosa y, después de cruzar el río, hasta Amberes. El ataque (debajo) comenzó a las 5,30 horas del 16 de diciembre de 1944, en un sector de 136 km de frente, desde Monschau a Echternach, sorprendiendo al Cuerpo de Ejército VIII norteamericano, que se hallaba desplegado en un frente poco denso. El éxito de la operación dependía de la rapidez de la ejecución, pero la resistencia opuesta por los norteamericanos en algunos sectores de importancia vital comprometió, desde sus comienzos, el resultado. Los alemanes no lograron crear un sólido frente defensivo en los flancos, y los éxitos en el sector central se obtuvieron demasiado tarde. Un batallón de exploración de la División 2 llegó, el 20 de diciembre, a sólo 37 km del Mosa, y en el curso de la mañana del 21 también St. Vith cayó en poder de los alemanes. Pero ya la ofensiva había perdido impulso y los Aliados habían enviado refuerzos al frente y se preparaban para lanzar una contraofensiva.



24 km, hasta Bastogne, localidad que debía conquistarse.

Para no alarmar prematuramente a los americanos, las unidades atacantes de la citada 26.ª *Volksgrenadier* recibieron la orden de no cruzar el Our antes del comienzo de la preparación artillera; pero su comandante, el general de división Kokott, hizo observar que todas las noches había mandado a cierto número de hombres al otro lado del río, para mantener una línea de posiciones avanzadas en la orilla americana hasta el amanecer, y que si ahora faltaba a esta norma probablemente haría entrar en sospechas al enemigo. Habiéndosele autorizado para seguir este sistema también la noche anterior al ataque, Kokott aprovechó el permiso para mandar dos de sus tres regimientos al otro lado del Our y hacerlos avanzar silenciosamente a través de los bosques, hasta la carretera nacional *Skyline Drive*, en la que el Regimiento de infantería 110 americano había establecido su línea de resistencia principal. La carretera nacional era uno de los primeros objetivos del XLVII *Panzerkorps*.

El grueso de las fuerzas acorazadas atacantes del general von Manteuffel, la 2.ª *Panzerdivision*, debía cruzar el Our por Dasburg, avanzar rápidamente unos 6 km por terreno boscoso hasta la población de Marnach, en la *Skyline Drive*, ocuparla, avanzar después otros 5 km y conquistar la localidad de Clervaux, donde se encontraba el principal punto de cruce del Clerve.

La sucesión de las fases operativas establecidas en el plan alemán exigía que todos los puentes sobre el Clerve se conquistaran antes de la noche del primer día, es decir, antes de doce horas a partir del comienzo de la preparación artillera, lo que presuponía una concatenación estricta de los movimientos; por ello, los comandantes de las unidades estaban impacientes por poner en marcha a sus hombres.

El Regimiento 110 de la División de infantería 28 americana, que defendía estos 16 km de frente de las Ardenas, había establecido su defensa en una serie de pueblos preparados con elementos de fortificación de campaña, guarnecido cada uno por una compañía y que tenían detrás posiciones de artillería. Los mandos habían comprendido que era imposible impedir que los alemanes cruzaran el Our y que la franja situada entre el río y la *Skyline Drive* era, en realidad, una tierra de nadie, de la que se servían ambos bandos para acciones de patrulla. En el caso de un ataque, el cometido esencial sería el de no ceder la *Skyline Drive*, la posición tácticamente más importante; en segundo lugar, los defensores tendrían que disputarle al enemigo el dominio de los puentes sobre el Clerve.

La firme defensa americana

Tanto en aquel sector como en todos los demás, el fuego de preparación artillera tuvo como primer efecto la interrupción de las comunicaciones telefónicas. Sin embargo, los primeros contactos entre unidades enemigas no se produjeron sobre la línea del frente, sino en Holzthum, al oeste de la *Skyline Drive*, a 8 km del Our y sólo a 6,5 de un importante puente sobre el Clerve. Los atacantes eran, naturalmente, parte de los *Volksgrenadier* de la División 26 que penetraron, sin que los americanos se dieran cuenta, durante la noche. Los defensores, alertados por la preparación artillera, los rechazaron y entonces la alarma se transmitió por radio a las 6,15 horas al puesto de mando del Regimiento, en Clervaux, lo que permitió a las demás posiciones prepararse para resistir.

La 26.ª *Volksgrenadier*, al no conseguir apoderarse de Holzthum con un ataque frontal, intentó penetrar efectuando una conversión al Norte; pero cayó bajo el fuego de un batallón de artillería que la inmovilizó en el terreno. El comandante alemán, irritado por este imprevisto, ordenó un ataque contra las posiciones de artillería, pero también esta acción fracasó. Los *Volksgrenadier* atacaron repetidamente los pueblos de Holzthum y Consthum, que obstruían el camino hacia el puente sobre el Clerve, mas no consiguieron pasar. La resistencia ofrecida por los americanos era inesperadamente tenaz, e hizo que aquellas unidades alemanas, que esperaban ser las primeras en pasar el río, perdieran todo el tiempo que habían ganado con el cruce nocturno del Our.

Volvieron a atacar desesperadamente las posiciones artilleras americanas, pero los artilleros graduaron las espoletas a tiempo a un segundo y dispararon a ojo, con puntería directa, tanto que, en ocasiones, las esquirlas de granada alcanzaban a sus propios hombres. La posición siguió en poder de los defensores, pese a la pérdida del comandante de la batería y de 15 sirvientes.

También otras posiciones de este sector americano ofrecieron una resistencia inesperadamente encarnizada. En Wahlhausen, un puesto de observación americano defendido por una sola sección, rechazó uno tras otro los ataques, hasta que se le agotaron las municiones. Al anochecer, los alemanes atacaron a los defensores con cañones antiaéreos y avanzaron en fuerza. El último mensaje de Wahlhausen fue una exhortación a la artillería americana a hacer fuego contra los atacantes. Sólo uno de los defensores sobrevivió. El resto de la compañía a la que pertenecía esta sección se encontraba en el pueblo de Weiler, y también allí las oleadas sucesivas de valientes pero inexpertos jóvenes *Volksgrenadier* fueron rechazadas durante todo el día. Los americanos no cedieron hasta el anochecer.

El general Kokott había ordenado a sus unidades atacantes que rebasaran el pueblo defendido de Hosingen, en la *Skyline Drive*, pero una compañía de fusileros y otra de ingenieros fijaron las columnas alemanas por ambos lados, lo que dio lugar a una verdadera batalla campal por la conquista del pueblo. También en este punto los tiempos de avance de los alemanes se vieron desbaratados, y los americanos, aunque se encontraban en número muy inferior, detuvieron durante dos días y medio al enemigo. Al final, aislados y sin municiones, los supervivientes se rindieron.

Asimismo, la tenaz resistencia del ala derecha del Regimiento de infantería 110 impidió que los *Volksgrenadier* de la División 26 cruzaran el Clerve antes del tercer día y permitió que se reforzara Bastogne para que pudiera rechazar después todos los intentos efectuados por los alemanes para apoderarse de ella. También la mitad izquierda del sector del citado regimiento, que se apoyaba en Clervaux, ofreció una inesperada y encarnizada resistencia. En Marnach, a mitad del camino entre el puente de Dasburg y la posición clave constituida por la localidad de Clervaux, una compañía de infantería americana rechazó, durante el primer día, el ataque de los alemanes y no cedió hasta que los carros de combate de la 2.ª *Panzerdivision* irrumpieron en el interior de la población. En Clervaux la resistencia fue muy tenaz, y durante dos días detuvo a las unidades mixtas de las fuerzas acorazadas y de la infantería alemana; el mismo comandante del regimiento permaneció en su puesto de mando hasta que los atacantes irrumpieron en la planta baja del edificio. Con los supervivientes de su mando y algunos heridos en condiciones de andar salió por una puerta posterior del primer piso, que daba a una colina, aunque más tarde le hicieron prisionero.

El regimiento, desplegado en el centro de la División de infantería 28, perdió 2750 hombres en dos días y medio para impedir que el enemigo tuviera acceso a los puentes del Clerve; pero su sacrificio no fue inútil, pues permitió que entre tanto se reforzasen las defensas de Bastogne e impidió que von Manteuffel alcanzara el Mosa.

Ésta era, pues, la situación en las Ardenas después de un centenar de horas de combates ininterrumpidos. En el flanco septentrional, las alturas del Elsenborn estaban firmemente defendidas por cuatro divisiones de infantería americanas y por numerosas unidades de artillería. No obstante, se había evitado el desastre por muy poco margen. La División de infantería 99 se vio obligada a retirarse, y la 2, que había tenido que interrumpir su ofensiva, se replegó a su vez combatiendo desesperadamente a través del frente que se deshacía. La División 9 había acudido desde Eupen para reforzar la posición de Monschau, donde los americanos no cedían ni un palmo de terreno a pesar de la presión continua de las oleadas de ataques, y los veteranos de la División 1 llegaron con el tiempo justo para apuntalar por la derecha la línea de las elevaciones, que sufría los repetidos ataques de las unidades acorazadas de las SS. De esta forma, con la mayor parte de la 6.ª *Panzerarmee SS* contenida casi en las posiciones de partida y con el Grupo de combate de Peiper (vanguardia de la División *Leibstandarte Adolf Hitler* y único que había conseguido una victoria) atrapado en una bolsa, había naufragado la gran esperanza alemana de efectuar un avance arrollador hacia el Mosa en el sector septentrional; y con St. Vith y Bastogne atacadas, pero aún en manos americanas, el plan inicial no servía prácticamente de nada.

La superación de la primera crisis

En el bando americano no empezó a reinar una apariencia de orden hasta cuatro días después del caos provocado por las innumerables acciones enemigas, por la interrupción de las comunicaciones y por el pánico que se había difundido en algunas zonas de la retaguardia. Sólo entonces fue posible organizar una reacción. El general Bradley, aunque estaba convencido, en un principio, de que los alemanes habían lanzado un ataque de hostigamiento para detener la proyectada ofensiva de Patton contra el Sarre, envió enseguida dos divisiones acorazadas al frente amenazado. También el general Simpson, comandante del Ejército 9, envió la División Acorazada 5 y la 30 de infantería para ayudar a su viejo amigo, el general Hodges. Además, se lanzaron a la batalla dos divisiones aerotransportadas, que constituían la única reserva del SHAEF. A estas últimas las habían retirado a Reims para un período de descanso y reorganización, después de casi dos meses de combates en Holanda, y no debían entrar en acción de nuevo antes de que pasase otro mes.

El general Montgomery desplazó a su vez una parte de la única reserva que le quedaba, el Cuerpo de Ejército XXX, para reforzar las posiciones situadas al oeste del río Mosa, aunque la ofensiva se desarrollaba exclusivamente en el frente americano.

El 19 de diciembre, cuando el SHAEF se dio plena cuenta de la gravedad de la situación, anuló la proyectada ofensiva contra el Sarre, y el general Patton recibió órdenes de lanzar, lo antes posible, una contraofensiva en el flanco izquierdo alemán con dos de los Cuerpos de Ejército que formaban parte del Ejército 3.

Pero esto requería cierto tiempo, por lo que se autorizó a las fuerzas aliadas a replegarse si era preciso, pero no más allá del Mosa. El general Eisenhower dijo a Bradley que «eligiera la línea en la que podría resistir con menor número de bajas», y también pidió a Montgomery que examinase la posibilidad de ceder terreno en Holanda, a fin de reducir el frente y constituir una reserva.

Mientras el general Patton trataba rápidamente de hacer que su frente efectuase una conversión de 90º y Bastogne y St. Vith esperaban el ataque alemán, el general von Manteuffel hizo pasar sus fuerzas acorazadas a través del corredor abierto entre las dos localidades. La maniobra amenazaba con partir en dos el frente aliado y hacía aún más difícil el cometido del general Bradley.

Fue entonces cuando el general Eisenhower hizo frente a la situación tomando una de las decisiones más difíciles para un comandante.

Ardenas, Bélgica, 16-21 de diciembre de 1944



Soldados de color, pertenecientes a la División 106 norteamericana, hechos prisioneros la tarde del 17 de diciembre de 1944, después de los ataques envolventes lanzados al norte y al sur del Schnee-Eifel por las Divisiones 18 y 62 *Volksgrenadier*. Una vez finalizada la operación, los alemanes habia logrado capturar entre 8.000 y 9.000 soldados norteamericanos. *(Bibliothek für Zeitgeschichte)*

ARDENAS: LA CRISIS

Charles B. Macdonald

Mientras los defensores norteamericanos de St. Vith y Bastogne, desplegados apresuradamente, sostenían una batalla desesperada para poner un dique a la marea alemana en las Ardenas, se combatía otra batalla en el Mando Aliado. La manzana de la discordia era la espinosa cuestión del papel que Montgomery desempeñaría en la batalla de las Ardenas. Eisenhower se daba cuenta de que el mariscal británico se encontraba en las mejores condiciones para fijar el flanco septentrional del saliente alemán hasta que Patton estuviera preparado para lanzar un ataque por el Sur; pero la idea de la intervención de Montgomery provocó sorpresa e indignación entre los generales americanos. Así, mientras los contraataques aliados no se habían establecido aún, los alemanes acabaron por apoderarse de St. Vith y se prepararon para asestar el golpe final a Bastogne.

Los violentos y costosos combates que tuvieron lugar en las alturas de Elsenborn, sobre el Schnee-Eifel, en St. Vith, en la *Skyline Drive* y en el Clerve, así como en los puentes del Sauer y en Echternach, no fueron decisivos para el éxito de la ofensiva alemana. Consideradas en su conjunto, estas acciones iniciales invalidaron notablemente el efecto de sorpresa táctica y estratégica con la que contaban los alemanes y privaron a sus generales del rápido impulso del que tendrían necesidad para llegar a la meta estratégica de Amberes.

La cruenta lucha ante las alturas de Elsenborn bloqueó el flanco septentrional de la penetración alemana, deteniendo la acción decisiva de la 6.ª *Panzerarmee*. Después de los combates del Schnee-Eifel y de St. Vith, los alemanes habían logrado adueñarse de las importantísimas carreteras que atravesaban esta localidad, pero con ello dificultaron en gran manera el movimiento hacia el Oeste del ala septentrional de la 5.ª *Panzerarmee*, del general von Manteuffel, en el centro del despliegue. Ambas detenciones estrecharon a las columnas acorazadas de Sepp Dietrich en un corredor situado entre St. Vith y las alturas de Elsenborn, corredor que apenas tenía 6,5 km de anchura.

Asimismo, los combates en la *Skyline Drive* y en los puentes del Clerve, cerca de Clervaux, habían frenado notablemente el avance de la 5.ª *Panzerarmee*, la cual, según los planes, debería irrumpir con gran rapidez a través de la zona central de las Ardenas, apoderándose en el curso de su avance de Bastogne, y desde este punto debería asegurarse los puentes de cruce del Mosa para proteger el flanco izquierdo de la 6.ª *Panzerarmee*. La resuelta resistencia norteamericana en los puentes del Sauer y en la base meridional de Echternach impuso una demora análoga al Ejército 7, del general Erich Brandenberger, que debía establecer una sólida protección defensiva extendida hacia el Oeste con el fin de evitar que Manteuffel y Dietrich se vieran expuestos a una rápida contraofensiva americana lanzada por un comandante a quien todos los generales alemanes tenían en la más alta consideración: el general George S. Patton.

La tenaz defensa de estas posiciones avanzadas tuvo también el mérito de permitir al comandante del Cuerpo de Ejército VIII norteamericano, general de división Troy H. Middleton –cuyas unidades situadas en un despliegue demasiado extraño habían soportado el peso del ataque alemán– trasladar a la línea de fuego sus reservas, con lo que contribuyó a la demora impuesta a los alemanes. Middleton envió uno de los dos *Combat Command* de la División Acorazada 9, que constituía



Soldados alemanes en un descanso durante la ofensiva de las Ardenas. El retraso sobre los tiempos previstos y la imposibilidad de alcanzar los objetivos rápidamente fueron causa de notables dificultades para las fuerzas alemanas. A lo largo de las pocas carreteras de escasa capacidad se crearon impresionantes embotellamientos de tráfico y paradas forzosas; y el fallido intento de conquistar los depósitos de carburante bloqueó a camiones y vehículos acorazados.
(History of the Second World War)

formalmente la única reserva, a St. Vith, y había desplegado el segundo a lo largo de las carreteras situadas tras el Clerve y que conducían a Bastogne.

Además, existían también otras reservas, aunque oficialmente no figurasen como tales, en condiciones de hacer sentir su peso, una especie de residuos bélicos compuestos por compañías de plana mayor, de unidades logísticas y auxiliares y de hombres desbandados que volvían en pequeños grupos aislados, supervivientes de unidades desbaratadas o cercadas. Estos soldados sostuvieron centenares de combates improvisados, que en el terreno desigual de las Ardenas tuvieron una gran importancia en comparación con su exiguo número.

Esto ocurrió, por ejemplo, en Stavelot, pequeña población en el valle del Amblève, a 24 km al sudoeste de las alturas de Elsenborn, donde la única unidad alemana que durante las primeras horas del día logró romper el frente quedó empeñada en combate y obligada a perder un tiempo valiosísimo. Se trataba de un grupo de combate al mando del *Obersturmbannführer* de las SS Joachim Peiper, de la 1.ª *Panzerdivision SS*, que había realizado un rápido avance hacia el Oeste, exterminando durante el mismo a todos los prisioneros norteamericanos que había capturado.

Esta dilación no habría sido fatal, en sí misma, para Peiper; pero algunos pequeños grupos de defensores, decididos a no darse por vencidos, estaban preparados y a la espera en otros puntos. Un comandante norteamericano ordenó a una unidad belga, de guardia en un enorme depósito de carburante, que arrojase gasolina en una cuneta de la carretera y la incendiase, para impedir a Peiper que se acercase al depósito. Un solo cañón entretuvo a los carros de Peiper en la siguiente localidad el tiempo suficiente para permitir que los ingenieros demoliesen dos puentes que habrían sido muy útiles al enemigo. Asimismo, un breve desgarrón en las pesadas nubes cargadas de nieve, que habían protegido a los alemanes desde el principio de la contraofensiva, permitió a su vez a los cazabombarderos norteamericanos asestar un golpe fugaz pero duro a los medios acorazados adversarios que avanzaban a toda velocidad.

A falta de otros recursos, estas acciones retardadoras fueron los mejores logros que se podían conseguir en aquel momento. Sin embargo, si se quería rechazar total y definitivamente la marea arrolladora que había invadido las Ardenas –unos 200.000 hombres y más de un millar de carros de combate– era necesario emplear algo más que los 83.000 hombres y los pocos carros (ni siquiera 300) de que disponía Middleton al comienzo de la acción.

En el Mando del Ejército 1 norteamericano del teniente general Courtney S. Hodges, necesitaron cierto tiempo antes de darse plena cuenta de lo que estaba sucediendo en las Ardenas. Como quiera que la preparación de la artillería alemana había destruido la mayor parte de las líneas telefónicas de las unidades avanzadas, los informes de algunos sectores llegaron con notable retraso. Los primeros mensajes procedentes de las divisiones situadas en el extremo septentrional del frente parecían indicar tan sólo un ataque de hostigamiento local, lanzado con el fin de dificultar la ofensiva americana contra los diques del Rur en las cercanías de Monschau.

Pero ataque local o no, el comandante supremo de las fuerzas aliadas, general Dwight D. Eisenhower, y el comandante del Grupo de Ejércitos XII, teniente general Omar N. Bradley, comprendieron inmediatamente que Middleton tendría necesidad de ayuda para hacer frente al adversario. Por este motivo se envió la División Acorazada 7 al sur del Ejército 9, para reforzar la posición de St. Vith; la División Acorazada 10, del Ejército 3, se destinó a reforzar la pilastra meridional en Echternach y Bastogne. También el general Hodges se apresuró a trasladar algunas unidades situadas en los sectores más septentrionales del frente que defendía el Ejército 1 para mandarlas a las alturas de Elsenborn, mientras el general Simpson, comandante del Ejército 9, enviaba asimismo dos divisiones con el fin de extender en dirección Oeste las defensas a lo largo del Amblève.

Puesto que los partes que continuaron llegando durante todo el día 17 de diciembre al puesto de mando de Hodges daban noticias catastróficas, el general se dirigió a Eisenhower pidiéndole el envío de la reserva que tenía a su disposición, la cual estaba constituida únicamente por dos divisiones aerotransportadas estadounidenses y además en fase de reorganización después de haber luchado en la Operación «Market Garden». Eisenhower, aunque a disgusto, cedió a las solicitudes de Bradley, que apoyaba la petición, y las dos unidades (las Divisiones 82 y 101 aerotransportadas) iniciaron un avance desesperado de 160 km, en plena oscuridad de la noche y bajo una lluvia mezclada con nevisca. Una de ellas, la División 82 –según las disposiciones definitivas– debía formar un cordón en el extremo occidental, cerca de la pequeña población de Werbomont, a fin de detener a los carros de combate de Peiper, mientras la 202 reforzaría las defensas de Bastogne.

A medianoche del día 17 de diciembre, segunda jornada de la ofensiva alemana, unos 60.000 hombres y 11.000 camiones se encontraban en marcha para unirse al Ejército 1 de Hodges en las Ardenas. Una semana más tarde, los refuerzos que se dirigían en aquel frente eran ya tres veces superiores. La consigna que imperaba entonces era «movilidad», y, desde luego, en cuestión de movilidad los norteamericanos eran auténticos maestros.

Desde Middleton al comandante supremo, todos habían empezado a aplicar las contramedidas, adaptándose casi instintivamente las teorías que tanto tiempo se habían estudiado en las escuelas de guerra de Estados Unidos. La primera regla para contener y luego eliminar un saliente, creado a consecuencia de una gran ofensiva era (y de ello se habían tenido amplias demostraciones durante la primera Guerra Mundial) mantener sólidamente las defensas en los flancos de la penetración enemiga, porque esto privaba al adversario del espacio de maniobra necesario si las fuerzas que empleaba eran muy numerosas. A continuación, un contraataque lanzado por los flancos podría rechazarlo más fácilmente. Fue por esto por lo que el mando americano, casi orientado en una sola y firme resolución, al impedir que los alemanes se adueñaran de la importantísima red de carreteras de Bastogne, se dispuso a acometer la empresa.

Sin embargo, los movimientos iniciales fueron sólo repliegues improvisados, con el único objeto de hacer frente a los peligros inmediatos. Todavía se tenían que adoptar las grandes decisiones de máximo alcance. El general Eisenhower las discutió el 19 de diciembre, cuando reunió a sus oficiales en un viejo y húmedo cuartel de Verdún. Con él se encontraban Bradley, Patton y el teniente general Jacob L. Devers, comandante del Grupo de Ejércitos VI, constituido por un Ejército norteamericano y uno francés, establecidos en el extremo meridional del frente aliado.

Como preámbulo, el general Eisenhower dijo que deseaba ver a su alrededor sólo caras alegres.

Anunció que ya había llegado a Francia una nueva división de infantería, la cual se trasladaría rápidamente a la línea de fuego. Otras tres nuevas divisiones anticiparían sus embarques en los puertos británicos, y además pediría que las divisiones que se encontraban en Estados Unidos, dispuestas a partir, enviaran inmediatamente los regimientos de infantería, haciéndolos desembarcar directamente en Francia. También procuraría que las unidades de artillería obtuvieran la autorización para emplear las espoletas de proximidad, es decir, espoletas dotadas de un ingenio de encendido electrónico que provocaba el estallido del proyectil apenas éste se encontraba cerca del blanco. Por lo tanto, el proyectil estallaría, con efectos mortíferos, mientras todavía estuviera en el aire y por encima del objetivo. Era una invención reciente y que hasta entonces se había mantenido muy secreta; tanto que hasta aquel momento sólo había sido empleado por las baterías antiaéreas para proteger a los buques en alta mar.

Por orden de Eisenhower se suspendieron las ofensivas norteamericanas ya iniciadas al norte y al sur de las Ardenas. Asimismo, tanto Bradley como Montgomery tenían que examinar la posibilidad de repliegues limitados para poder poner a disposición otras reservas; pero, en ningún caso, deberían retirar las tropas más allá de la orilla occidental del Mosa. Simpson extendería hacia el Sur el despliegue del Ejército 9, para que quedasen disponibles las divisiones del Ejército 1 establecidas alrededor de Aquisgrán, mientras el Grupo de Ejércitos VI, del general Devers, debería extender su propio sector hacia el Norte, a fin de dejar espacio libre al grueso del Ejército 3 de Patton, que se prepararía para la contraofensiva.

Aunque el sistema más evidente y más prometedor para montar la contraofensiva era el de



EL FRACASO DE LOS COMANDOS ALEMANES

Al principio, las unidades especiales de comandos alemanes, instruidas y dirigidas por Otto Skorzeny (a la izquierda), consiguieron éxitos parciales. Precediendo al grueso de las tropas atacantes, estos soldados alemanes, vestidos con uniformes norteamericanos y montados en *jeeps* también norteamericanos, lograron penetrar entre las filas enemigas. Uno de los grupos de Skorzeny –el único entre las tropas alemanas– logró incluso llegar al puente sobre el Mosa, en Huy, y lo guarneció durante un día entero, difundiendo rumores alarmantes entre las unidades norteamericanas. Otras escuadras hicieron volar depósitos de municiones y destruyeron las líneas telefónicas. Pero los norteamericanos, al darse cuenta de la presencia de soldados alemanes en sus filas, adoptaron rigurosas medidas de vigilancia. Se hizo prisioneros a muchos hombres de Skorzeny y se les ajustició después de haber sido juzgados por un tribunal militar.

(Süddeutscher Verlag)-(Imperial War Museum)







atacar simultáneamente por el Norte y por el Sur, a lo largo de la base del saliente alemán. Hodges estaba tan ocupado en un intento de contenerlo que sólo Patton estaría en condiciones de moverse rápidamente. Y además, en el estado en que estaban las cosas, no lanzaría la ofensiva a lo largo de la base del saliente, sino más bien hacia Bastogne. Desde allí avanzaría en dirección Nordeste, apuntando a Houffalize, otro importante nudo de carreteras, donde se uniría con las unidades de Hodges que descendían desde el Norte. La maniobra no eliminaría el saliente, pero sin duda serviría para contenerlo.

Poco después de haberse aplazado la conferencia de Verdún, el jefe del Servicio de Información de Eisenhower, el general británico Kenneth W. D. Strong, manifestó que la ofensiva alemana no tardaría en partir en dos el Grupo de Ejércitos XII y que, en consecuencia, todas las fuerzas aliadas al norte del saliente deberían pasar al mando de Montgomery. La sugerencia cayó como una bomba, pues hasta aquel momento Eisenhower siempre se había negado a transferir al mando de un extranjero grandes contingentes de tropas norteamericanas, e incluso había rechazado específicamente la propuesta, a menudo planteada, de nombrar a Montgomery comandante en jefe de todas las fuerzas terrestres en el frente occidental.

Sin embargo, esta vez la proposición aparecía con un valor especial –y lo tuvo que reconocer incluso el indignado y transtornado Bradley–, porque las comunicaciones telefónicas directas estaban casi interrumpidas, las radios de gran alcance no podían sustituir al teléfono y el saliente alemán hacía muy precarios los enlaces entre el mando de Bradley, que se encontraba en la ciudad de Luxemburgo, y los de Hodges y Simpson, situados más al Norte. Desde el comienzo de la contraofensiva alemana Bradley se había encontrado personalmente con Hodges una sola vez.

Sin embargo, lo más importante a los ojos de Eisenhower –y esto doró la píldora a Bradley– era el hecho de que asignando a Montgomery el mando del sector al norte del saliente se podrían emplear las reservas británicas, que comprendían todo un Cuerpo de Ejército con cuatro divisiones y muchas brigadas acorazadas. Esto se tradujo rápidamente a la práctica, pues Montgomery se apresuró a ordenar a su Cuerpo de Ejército XXX que abandonase las posiciones entre Lieja y Bruselas, donde se encontraba en reserva, y anunció que los ingleses asumirían la responsabilidad de defender los puentes del Mosa desde Lieja hasta el gran recodo del río, cerca de Namur.

Este cambio de dependencia habría sido más fácilmente aceptable para los comandantes norteamericanos si Montgomery hubiese sido americano también o si hubiera tenido un carácter algo menos imperioso y seguro de sí mismo. El 20 de diciembre, Montgomery se presentó en el puesto de mando del Ejército 1 «como Cristo se presentó en el templo para arrojar a los mercaderes», comentó un miembro de su Estado Mayor. Desdeñó el mapa detallado de las operaciones del Ejército 1 y consultó, por el contrario, el suyo, más pequeño, en el que había anotado las informaciones recibidas de los oficiales de enlace británicos. También rehusó la invitación a comer que le hizo el general Hodges y se limitó a consumir un piscolabis de su tartera y de su termo, cosa que, en honor a la verdad, era costumbre suya.

Pese a todo, Montgomery aprobó las disposiciones y las medidas adoptadas por Hodges. La División 30, que acudía como refuerzo, le explicó Hodges, había cortado el camino a los abastecimientos de Peiper, reconquistando Stavelot; otras unidades de la misma división se estaban batiendo contra las fuerzas avanzadas de Peiper para cubrir la zona de concentración de la División aerotransportada 82; una parte de la División Acorazada 3 se encontraba en marcha de aproximación y St. Vith se mantenía todavía, aunque la posición norteamericana estaba reducida en aquel mo-

mento a un angosto saliente en forma de herradura y con escasos contactos con las otras fuerzas norteamericanas.

Aun aprobando los movimientos de Hodges, Montgomery aconsejó que se abandonasen las dos posiciones que los norteamericanos consideraban pilares de su línea defensiva: St. Vith y las alturas de Elsenborn. Era una maniobra típica del general británico, un paso para «devolver un poco de orden al campo de batalla», eliminando el saliente de St. Vith, peligroso de cualquier forma que se considerase, y «aplastando» el vértice septentrional, decididamente demasiado agudo, del saliente alemán en las alturas de Elsenborn. Pero, ante la reacción de indignada sorpresa de Hodges y de su Estado Mayor, Montgomery no insistió.

Después de haber cedido en este punto ante la voluntad de los norteamericanos, Montgomery llevó su condescendencia más allá aún, aprobando una maniobra ya proyectada por Hodges: hacer avanzar a la División aerotransportada 82 por el Oeste, a lo largo del flanco meridional de las fuerzas de Peiper, hacia el río Salm, que constituía la retaguardia de la herradura de St. Vith. A diferencia del grupo de combate de Peiper, que entonces las fuerzas norteamericanas estaban embotellando, los carros de combate de la 6.ª *Panzerarmee* tenían todavía que cruzar el Salm, y, por lo tanto, detenerlos allí, aunque sólo fuera temporalmente, significaba asegurar una vía de retirada a los defensores de St. Vith y ofrecer, al mismo tiempo, una cobertua a las unidades que se estaban concentrando para la contraofensiva.

Montgomery quería que la misión de desencadenar la contraofensiva –y así se lo dijo a Hodges– se confiase al comandante de Cuerpo de Ejército que él consideraba como el más audaz y resuelto de todo el Ejército 1, el general de división J. Lawton Collins, que desde hacía tiempo se había ganado el sobrenombre de *Lightning Joe* (Joe el Rayo). El Cuerpo de Ejército VII de Collins sería retirado del frente en Aquisgrán y se prepararía para la contraofensiva, que debería lanzar apenas los alemanes hubieran extendido su frente, avanzando hacia los puntos de cruce del Mosa.

La aproximación a Bastogne

Mientras Montgomery se disponía a apuntalar el extenso dispositivo de defensa septentrional, algunos *Combat Command* de las Divisiones Acorazadas 9 y 10 norteamericanas llevaban a cabo una dura acción retardadora ante Bastogne, permitiendo que la División aerotransportada 101 llegase a la ciudad antes que los alemanes. Pero desde Bastogne hasta el punto, en las cercanías de Werbomont, donde la División aerotrasportada 82 se estaba concentrando, no existía ningún frente norteamericano, pero sí un vacío de más de 31 km en el que se encontraba la pequeña población de Houffalize.

Dos *Panzerdivisionen* escogidas del general von Manteuffel –la 2 y la 116–, después de haber rebasado St. Vith por el Sur, avanzaron por este corredor casi sin ser hostigadas. Por la tarde del 19 de diciembre, una columna de la 116 alcanzó Houffalize, mientras algunas unidades de exploración avanzaron 16 km, en dirección Sudoeste, hacia el brazo occidental del río Ourthe.

Afortunadamente para los americanos, las unidades desplegadas en defensa de Bastogne habían extendido el perímetro septentrional hasta Noville, población a medio camino entre Bastogne y Houffalize, dejando libre una sola carretera hacia el Oeste, ya ocupada por la 116 *Panzerdivision*. La posición de Noville cerraba el paso a la 2.ª *Panzerdivision*.

Otra circunstancia afortunada fue que el general Middleton procediera a enviar una parte de su heterogénea reserva a destruir los puentes y guarnecer el brazo occidental del Ourthe, de manera que la carretera quedó bloqueada por las avanzadillas y se hicieron saltar los puentes antes de que los carros de combate de la División 116 alemana llegasen a tiempo para alcanzar la otra orilla.

La tercera circunstancia favorable fue que la 2.ª y la 116.ª *Panzerdivisionen* perteneciesen a dos Cuerpos de Ejército distintos. La 116.ª tenía que realizar una conversión al Noroeste una vez rebasado el brazo occidental del Ourthe; pero, puesto que ya no existían puentes, el comandante del Cuerpo de Ejército juzgó que no tenía otra elección que concentrar todas sus unidades en Houffalize y reemprender el avance a lo largo de la orilla septentrional del brazo principal. Mas, esta maniobra implicó un retraso de 24 horas.

Mientras tanto, la 2.ª *Panzerdivision* se había empeñado en combate con los defensores de Noville, a los que logró arrollar en el curso de la tarde del 20 de diciembre. Esta división formaba parte del XLVII *Panzerkorps* del general barón von Lüttwitz, a quien se le había confiado la misión de conquistar Bastogne. Es evidente que la conquista de esta ciudad constituía para él un motivo de preocupación, pero disponía de otras fuerzas para llevarla a cabo, entre ellas la División *Panzerlehr*. Mientras estas tropas cercaban la ciudad, lanzando ataques de sondeo a todo lo largo del perímetro defensivo, Lüttwitz ordenó a la 2.ª *Panzerdivision* que avanzase por el Oeste.

Al caer la tarde del día 20, el batallón de exploración de la División 2 atravesó el Ourthe en Ourtheville, valiéndose de un puente que la 116.ª *Panzerdivision* no ocupó suponiendo que los norteamericanos lo habían destruido como los restantes. Pero el puente había quedado indemne, y la citada división lo atravesó.

Ahora el Mosa se encontraba tan sólo a 37 km. Pero en aquel momento, la 2.ª *Panzerdivision*, por un motivo que los defensores norteamericanos que aún permanecían en la zona no lograron explicarse, se detuvo.

En el Norte, mientras tanto, la decisión de enviar la División aerotransportada 82 al río Salm, detrás del saliente de St. Vith, pasando por el flanco meridional de los carros de combate de Peiper, a la sazón encerrados en una trampa, demostró ser verdaderamente providencial. La División aerotransportada, que avanzaba sin encontrar resistencia, dejó algunas unidades a lo largo de la carretera, para que desplegasen cara al Sur, en dirección a Houffalize, de manera que, si la 116.ª *Panzerdivision* y las unidades de infantería agregadas a ella efectuaban una conversión al Norte, pudieran oponerles resistencia. La mañana del 21, el resto de los paracaidistas estaba desplegado a lo largo del Salm, cara al Oeste: en el curso del mismo día los alemanes lograron ocupar al fin St. Vith, que la División Acorazada 7 y las unidades mixtas habían defendido durante más de cinco días.

Al anochecer del 21 de diciembre, el balance de la batalla era todavía desconsolador para los norteamericanos:

- St. Vith y sus carreteras estaban abiertas ante los alemanes y parecía inevitable la retirada de los norteamericanos de aquel sector del saliente. Peiper, aunque embotellado, continuaba constituyendo un peligro;
- la situación en el flanco meridional del saliente alemán era todavía fluida;
- las unidades ocupadas en la acción retardadora frente a Bastogne habían sido prácticamente destruidas y la División aerotransportada 101, equipada con armas ligeras, se encontraba cercada en la ciudad, a fin de dar todo su escaso apoyo posible a la defensa contra un Cuerpo de Ejército alemán completo;
- una división acorazada alemana había atravesado el Ourthe y se encontraba a 37 km del Mosa; otra había ocupado Houffalize, y, con toda probabilidad, se aprestaba a reanudar el avance hacia el Oeste;
- desde el 16 de diciembre, primer día del ataque alemán, la niebla y las nubes bajas habían impedido casi por completo las salidas de los cazabombarderos norteamericanos.

Pero el adversario, como ocurre a menudo en el combate, consideraba la situación desde un punto de vista distinto.

A partir del 18 de diciembre, tercer día del ataque, el *Feldmariscal* Walter Model, comandante del Grupo de Ejércitos alemán, había llegado a la conclusión de que la contraofensiva no había conseguido su objetivo. Quizá su actitud obedecía a la desilusión que le causó el hecho de que los primeros ataques no lograran el rápido derrumbamiento del frente norteamericano, como se había previsto. Pero también Hitler acabó manifestando implícitamente su propia preocupación al revocar la orden del ataque de apoyo que el Ejército 15 debería desencadenar contra el débil despliegue norteamericano en las cercanías de Aquisgrán. Sin embargo, todo esto había sucedido antes de que la 2.ª *Panzerdivision* llevase a cabo su espectacular empresa de atravesar el Ourthe. Luego, el entusiasmo del *Führer* fue tal que le indujo a confiar al mariscal von Rundstedt dos divisiones de la reserva general a fin de que las emplease a su entera discreción.

Pese a ello, en el campo alemán se planteaban continuamente nuevos problemas. Las defensas norteamericanas resistían todavía en el ángulo septentrional de las alturas de Elsenborn, reduciendo a dos las cuatro carreteras que las columnas acorazadas de Dietrich deberían recorrer en su avance hacia el Oeste. Esta era la razón por la cual el resto de la 1.ª *Panzerdivision SS* se demoraba en mantener el paso de las vanguardias de Peiper y por la que el mismo Peiper había caído en una trampa, perdiendo 39 carros de combate y el resto de los vehículos y del equipo. Además, perdió también gran parte de sus hombres: en efecto sólo 800 de los 2000 que lograron penetrar en las líneas aliadas consiguieron ponerse a salvo.

Tampoco las otras tres *Panzerdivisionen SS* de Dietrich pudieron rebasar el angosto pasillo y todos sus intentos no consiguieron otro resultado que sobrecargar y embotellar el tráfico en el sector de la 5.ª *Panzerarmee*, en las cercanías de St. Vith donde, en cierto momento, el *Feldmariscal* Model en persona intentó descongestionarlo.

El embotellamiento acabó siendo tan grande que, el 21 de diciembre, el *Feldmariscal* von Rundstedt se vio precisado a ordenar que dos de las *Panzerdivisionen SS* de Dietrich se trasladasen al Sur, pasando a las órdenes de Manteuffel, de modo que su 5.ª *Panzerarmee* tuvo que sostener desde entonces todo el peso de la ofensiva.

Pese a los éxitos de la 2.ª y de la 116.ª *Panzerdivisionen* al envolver St. Vith y la consiguiente penetración al Oeste, el impetuoso avance de Manteuffel hacia el Mosa había sido notablemente frenado por el hecho de que no se habían conquistado los dos nudos de carreteras. E incluso después de que las vanguardias del general von Lüttwitz avanzaran hasta Bastogne, él había tardado demasiado en lanzar un ataque general, porque la artillería de apoyo se demoraba a su vez en su avance por las carreteras que ascendían de los valles de los ríos.

Las operaciones de los alemanes se vieron obstaculizadas en todas partes por la escasez de carburante, y la 2.ª *Panzerdivision* fue la que más sufrió por ello, puesto que esta unidad, que avanzaba frontalmente, se vio obligada a una detención forzosa durante todo el día 21.

Este mismo día 21, cuando Rundstedt ordenó que se transfirieran a Manteuffel dos de las divisiones de Dietrich, la ejecución de la orden se demoró 36 horas porque no había carburante suficiente ni para permitir el movimiento de una división.

Por último, los comandantes alemanes debían mantenerse en guardia a la izquierda, porque era previsible que Patton no esperaría mucho antes de lanzar su Ejército 3 contra el flanco meridional de los atacantes. Y también era previsible que apenas se disiparan la niebla y las nubes bajas los mortíferos cazabombarderos norteamericanos intervendrían en la batalla

ARDENAS

LA CONTRAOFENSIVA ALIADA

Charles B. MacDonald

El 22 de diciembre los Aliados parecían estar todavía al borde del desastre: los alemanes avanzaban hacia el Mosa y seguían esperando confiados la rendición de Bastogne. Mas en realidad, a pesar del desacuerdo que reinaba en el mando aliado, lo peor había pasado: la increíble tenacidad de los defensores americanos debilitó el ritmo del avance alemán y las tropas estadounidenses iniciarían pronto el contraataque, aunque escogiendo, por desgracia, la "solución menor", es decir, la de rechazar a los alemanes del saliente en vez de eliminarlo aislándolo por la base.



Infantería norteamericana avanzando en orden de combate en dirección a Bastogne.



En el suelo nevado de las Ardenas algunos vehículos acorazados norteamericanos se hallan desplegados sobre la línea de partida y preparados para un ataque. La acción desencadenada el 22 de diciembre de 1944 en dirección a Bastogne, por el Ejército 3 del general Patton, marcó el comienzo de la contraofensiva aliada contra el saliente alemán. *(US Army)*



Tropas pertenecientes a la División aerotransportada 82 norteamericana en marcha por el terreno boscoso de las Ardenas. A continuación de un violento ataque lanzado por los alemanes el 23 de diciembre de 1944, entre el Salm y el Ourthe, Montgomery ordenó a la División 82 que forzase el frente de la División Acorazada 3. *(US Army)*

En aquel momento nadie podía darse cuenta de ello con seguridad, pero lo cierto es que el 22 de diciembre de 1944 marcó el comienzo del punto álgido de la batalla de las Ardenas.

Aquel día, en medio de una tormenta de nieve, el general Patton cumplió la promesa de lanzar un contraataque. Mientras enviaba una división de infantería a la línea situada la nordeste de la ciudad de Luxemburgo para reforzar una débil posición americana en la base meridional del saliente, lanzaba otra división y la veterana División Acorazada 4 a un ataque destinado a romper el cerco de Bastogne. El Ejército 3 se había retirado ante los ojos del enemigo, efectuando una conversión de 90° en la dirección del ataque a una velocidad sin precedentes en la historia militar.

El mismo día, además, los alemanes que asediaban Bastogne estrecharon más el cerco y mandaron un ultimátum para intimar la rendición, que fue rotundamente rechazada.

Asimismo, el día 22, los alemanes dieron comienzo a lo que creían que sería la última etapa del avance hacia el Mosa, con la 2.ª *Panzerdivision* ya al otro lado del ramal occidental del río y la 116.ª *Panzerdivision* avanzando desde Houffalize, por la orilla septentrional del ramal principal y dispuesta a cruzar el río cerca de Hotton. El general von Manteuffel esperaba reforzar estas dos divisiones con la División *Panzerlehr* y con la 2.ª *Panzerdivision SS*, sustraída del Ejército de Dietrich.

Sin embargo los alemanes habían perdido demasiado tiempo cruzando Noville, esperando carburante en la otra orilla del Ourthe y retrocediendo hasta Houffalize para gozar de las ventajas de un «rápido descenso sin obstáculos», como ya habían gozado con anterioridad. En efecto, las divisiones destinadas a reforzar el Cuerpo de Ejército VII de Joe Collins para el contraataque estaban ya al llegar. El primero en llegar era un *Combat Command* de la División Acorazada 3, que Hodges empeñó a ambos lados de la carretera principal Houffalize-Lieja para extender hasta el Ourthe las posiciones orientadas hacia el Sur, guarnecidas por la División Aerotransportada 82 entre los ríos Salm y Ourthe. En segundo lugar llegó la División de infantería 84, que, concentrándose detrás del Ourthe, cerca de la ciudad de Marche, se encontraría precisamente en el itinerario que debería seguir la 2.ª *Panzerdivision* al noroeste de Ourtheville, hacia el Mosa. Y antes de que acabase la batalla al sur del Mosa, las otras dos divisiones que iban a unirse al Cuerpo de Ejército VII de Collins también tomarían parte en la batalla.

El 22 también se produjo otro movimiento: la retirada de los americanos del saliente en forma de herradura de St. Vith. Tras perder 8000 de sus 22.000 hombres los defensores de St. Vith se retiraron siguiendo órdenes de Montgomery. Dichas órdenes aparecían mezcladas con aquel tipo de elogio épico que, desde hacía tiempo, había valido al *Feldmariscal* el aprecio de la infantería británica: se autorizaba a los heroicos defensores de St. Vith a retirarse «con todos los honores... Se han comportado de forma maravillosa».

Las últimas retaguardias en retirada llegarían antes del amanecer del día 23, pero no para dirigirse a algún tranquilo y caliente refugio, sino para establecerse de nuevo en primera línea, pues las posiciones de la División aerotransportada 82 y de la División Acorazada 3, entre el Salm y el Ourthe, estaban ya expuestas a un fuerte ataque.

Otro acontecimiento del día 22 iba a ejercer una influencia determinante en la batalla que se estaba combatiendo. Al anochecer empezaron a soplar vientos helados. Por el Este llegó lo que los meteorólogos llaman un «anticiclón ruso», que trajo consigo, después de las densas nevadas del día, un inesperado descenso de la temperatura que hizo que se helase el terreno, facilitando así la libertad de maniobra tanto a los carros de combate americanos como a los alemanes. Asimismo determinó un tiempo sereno, que permitió a los aviones de reconocimiento y a los de ataque reanudar las operaciones.

Dada la total superioridad aérea de los Aliados, este cielo sereno representaba una clara ventaja para ellos. Al amanecer del 23 de diciembre, cazabombarderos y bombarderos medios sembraron la confusión entre las columnas alemanas, que hasta entonces se habían visto completamente libres de ataques aéreos. También aparecerían en fuerza los grandes aviones de transporte *C-47*, que dejarían caer sus paracaídas multicolores proporcionándoles abastecimientos de vital importancia a las tropas asediadas en Bastogne.

No obstante, a pesar de todo el apoyo aéreo, hacia el mediodía del 23 de diciembre la línea constituida apresuradamente por la División 84 en la otra orilla del Ourthe, alrededor de Marche, se encontró en un serio peligro. Lo mismo ocurrió con la línea americana situada entre el Salm y el Ourthe, donde la 2.ª *Panzerdivision SS* lanzó un ataque junto con la 116.ª *Panzerdivision*. Los ataques alemanes contra el *Combat Command* de la División Acorazada 3 eran tan violentos que fue preciso lanzar a esta batalla contingentes de otra división de infantería que debía unirse a la reserva de Collins para la contraofensiva, dejándose como reserva tan sólo una división de vehículos acorazados. En cuanto los defensores supervivientes de St. Vith se encontraron seguros tras las líneas americanas, Montgomery intervino en la batalla, ordenando que la División Aero-

transportada 82 se retirase al punto que, en Vielsalm, se había convertido ahora en un ángulo agudo a lo largo del río Salm, al oeste de St. Vith.

Allí la situación crítica se centraba entre el Salm y el Ourthe; mas, para los comandantes americanos, la crisis más grave estaba apuntando en la parte que representaba la punta del saliente, al otro lado del Ourthe, donde la 2.ª *Panzerdivision* se había separado inesperadamente de la División 84 y continuaba avanzando hacia el Mosa. En este sector, el 23 a mediodía, llegó la última de las grandes unidades con las que Montgomery había esperado constituir una reserva: la División Acorazada 2.

Todos estos acontecimientos iban a conducir a un punto crítico, una especie de inconfesado conflicto de voluntades que se había creado entre Montgomery y el comandante del Ejército 1 ame-





Arriba: soldado alemán muerto en el curso de los combates que tuvieron lugar por la conquista de Bastogne. La lucha se reanudó encarnizadamente en torno a la ciudad cuando, el 30 de diciembre, mientras los soldados de Patton atacaban al noroeste, las tropas alemanas realizaron un nuevo y vano intento por conquistarla. En el grabado inferior: carro de combate alemán a la entrada de Bastogne completamente destruido por el fuego de la artillería contracarro norteamericana. La resistencia que los aliados opusieron en Bastogne permitió contener el ataque desencadenado el 25 de diciembre de 1944 por el XLVII «Panzerkorps»; al día siguiente, la llegada de la División Acorazada IV de Patton puso fin al asedio a que la ciudad había estado sometida. *(US Army)*

Después de la liberación de Bastogne, los norteamericanos hicieron converger sus esfuerzos sobre Houffalize. El 3 de enero, mientras Patton se abría camino hacia el Norte, el Ejército 1 inició un ataque hacia el Sudeste. Pese a las dificultades encontradas, los norteamericanos lograron asegurar su superioridad, y el 8 de enero Hitler cursó la orden de retirada al oeste de Houffalize.



Soldados norteamericanos en un puesto de socorro improvisado, cuando acaban de recibir los primeros auxilios. Entre los 600.000 combatientes que se hallaban en las Ardenas hubo que lamentar 81.000 bajas *(US Army)*

ricano, Courtney Hodges, desde que Montgomery asumiera el mando. El comandante británico prefería un sistema de defensa elástico, en cambio, los americanos, impresionados por los golpes que les había asestado el Ejército alemán, se resistían, exageradamente, a ceder terreno, sobre todo cuando se trataba de terreno conquistado por los soldados americanos a costa de su sangre.

La teoría de Montgomery era que, constituyendo al Norte una línea más corta y destinando las fuerzas así economizadas a la reserva, podría obligar a los alemanes a extender excesivamente el frente, después de lo cual atacaría con el Grupo de Ejército VII de Collins. Montgomery no se preocupaba demasiado por la posibilidad de que los alemanes llegaran al Mosa o lo cruzaran: había dispuesto ya una brigada acorazada británica como protección de los puentes de importancia decisiva a ambos lados del gran recodo del río, en Namur. Además, aun en el caso de que los alemanes cruzaran el río, disponía de un Cuerpo de Ejército de reserva desplegado en la posición adecuada para aniquilarlos.

Los comandantes americanos, que no tenían ninguna reserva preparada, no podían compartir tanto optimismo. El 22 de diciembre, tanto a Patton como a Middleton les preocupaba todavía el hecho de que los alemanes pudieran avanzar inesperadamente hacia el Sudoeste, en dirección a Sedán y a los lugares de sus triunfos de 1914 y de 1940. Recordando precisamente aquellos años, París temblaba, y la policía militar había impuesto un riguroso toque de queda en la capital francesa, protegiendo al mismo tiempo a Eisenhower por si los hombres de Skorzeny intentaban asesinar al comandante en jefe. Hodges y el Estado Mayor del Ejército 1 no estaban aún totalmente seguros de que los alemanes no se dirigirían hacia el Norte para conquistar Lieja. También los británicos estaban preocupados en este sentido, hasta el punto de que habían constituido puestos de guardia y barreras en la periferia de Bruselas.

Como había experimentado personalmente la potencia del avance alemán, Courtney Hodges seguía siendo el más preocupado de todos. Al haberse visto obligado, en contra del plan de Montgomery, a utilizar las divisiones que llegaban mientras los alemanes continuaban avanzando hacia el Oeste, le parecía, dadas las circunstancias, que éste era el único modo posible de continuar la batalla. Sabía que las unidades de cabeza de la fuerza de ataque de Manteuffel sumaban unas cinco *Panzerdivisionen*: la División *Panzerlehr* al Sur, la 2.ª y la 116.ª *Panzerdivisionen SS* al Noroeste, y, a la derecha de la 2.ª *Panzerdivision SS*, Sepp Dietrich lanzaba finalmente al combate las dos restantes *Panzerdivisionen SS*.

Según Hodges, no utilizar las reservas mientras fuerzas de tanta entidad estaban todavía en movimiento significaba (aunque los mensajes por radio interceptados habían revelado que los alemanes disponían de poco carburante) correr el riesgo de un desastre.

El 23 de diciembre, sin pedir autorización, el comandante de la División Acorazada 2, general de división Ernest Harmon, mandó a uno de sus *Combat Command* hacia el Sur para comprobar qué había de cierto respecto a las noticias que habían llegado sobre carros de combate alemanes que avanzaban al sur de Marche. El grupo le informó que sólo se habían establecido contactos con patrullas acorazadas británicas que operaban ya en la zona y que no había señales del enemigo.

1944

22 de diciembre: los alemanes llevan a cabo su último intento de alcanzar el Mosa. Las fuerzas norteamericanas abandonan St. Vith.

25 de diciembre: la División Acorazada 2 estadounidense ataca y rechaza a la 2.ª *Panzerdivision* hasta 6,5 km del Mosa.

26 de diciembre: la División Acorazada 4 norteamericana libera Bastogne del asedio.

30 de diciembre: un ataque norteamericano al nordeste de Bastogne, hacia Houffalize, es neutralizado por un ataque alemán contra el pasillo abierto por los norteamericanos en dirección a Bastogne.

1945

3-4 de enero: se rechaza el último ataque alemán contra Bastogne. Comienza el contraataque del Ejército 1 norteamericano.

8 de enero: Hitler autoriza la retirada al oeste de Houffalize.

16 de enero: los Ejércitos 1 y 3 norteamericanos enlazan en Houffalize.

20 de enero: se lleva a cabo la retirada del general Patch desde el sector nororiental.

22 de enero: mejora el tiempo, lo que permite a los aparatos norteamericanos emprender los vuelos contra los convoyes alemanes.

28 de enero: se elimina el saliente.

En realidad, lo cierto era que la 2.ª *Panzerdivision* había encontrado el camino abierto al sur de Marche y avanzaba con dificultad hacia el Mosa a la altura de Dinant (la única patrulla disfrazada de Skorzeny que había avanzado hasta un puente sobre el Mosa llegó a Dinant aquella noche, pero la capturaron rápidamente los centinelas británicos). El 24 de diciembre por la tarde, víspera de Navidad, el general Harmon se dio cuenta de que numerosos carros de combate alemanes se encontraban unas millas más al Sur, y telefoneó a Collins, su comandante de Cuerpo de Ejército, para que le autorizara a lanzar al ataque a toda la División Acorazada 2.

Como Collins no estaba en aquel momento en su puesto de mando, el Estado Mayor del Cuerpo de Ejército VII pasó la petición al mando del Ejército 1. Y entonces Courtney Hodges se encontró en un grave dilema. Aunque estaba todavía sometido a la orden general de Montgomery de constituir una reserva y a la específica de evitar que entrara en combate la División Acorazada 2, Hodges, en su fuero interno, apoyaba a Collins y a Harmon.

La orden que cursó Hodges fue que Collins estaba «autorizado» a ceder ante la presión enemiga y a replegarse hacia el Noroeste; pero, al mismo tiempo que rehusaba ordenar explícitamente la retirada, Hodges no prohibía un ataque. Al general Collins no le hacía falta ya ninguna otra autorización. Aquella noche, él y Harmon proyectaron un ataque que debía lanzarse a primera hora de la mañana del día de Navidad, utilizándose la División Acorazada 2 al completo.

La decisión de Collins representó el momento culminante de la contraofensiva alemana en las Ardenas. El día de Navidad, en colaboración con contingentes de las fuerzas acorazadas británicas y con los cazabombarderos americanos, la citada División Acorazada 2 empezó a aniquilar a la 2.ª *Panzerdivision*, que, precisamente en el apogeo de sus éxitos, se había encontrado sin carburante en la ciudad de Celles, a sólo 6 km del Mosa y a menos de 90 km de la línea de partida en la frontera alemana.

Los alemanes perdieron más de 80 carros de combate, y, con las unidades avanzadas, también dejaron sobre la nieve todas sus esperanzas.

Bastogne liberada

El día de Navidad se produjeron otros dos acontecimientos no menos desconcertantes para los alemanes. El primero se produjo en el Noroeste, donde la División Acorazada 3 americana, ayudada por los refuerzos de infantería, bloqueó un ataque desesperado por parte de la 2.ª *Panzerdivisión SS*, que tenía la finalidad de romper el frente entre el Salm y el Ourthe; y, mientras tanto, en la orilla occidental del Ourthe, otras tropas americanas infligieron un duro revés a la 116.ª *Panzerdivision*.

El segundo acontecimiento se produjo en la ciudad de Bastogne.

Obsesionado por la idea de que la 2.ª *Panzerdivision* se encontraba en peligro, el general von Manteuffel consideraba a Bastogne como un obstáculo que debía eliminarse si se quería reforzar a la *Panzerdivision* y evitar que el contraataque de Patton hiciera fracasar toda la contraofensiva alemana. Así, en vez de enviar inmediatamente a la *Panzerlehr* para que ayudase a la 2.ª *Panzerdivision*, Manteuffel la retuvo y ordenó que el día de Navidad el XLVII *Panzerkorps* de Lüttwitz lanzase un ataque en fuerza para conquistar la ciudad. Esta vez Lüttwitz debía arremeter contra el arco posterior occidental del perímetro americano, considerado más endeble y que hasta entonces nunca se había puesto a prueba.

Precedido por un pesado bombardeo aéreo, efectuado durante la noche anterior, el nuevo ataque constituyó un peligro tan grande que, al nacer el día, muchos paracaidistas americanos dieron un apretón de manos a sus compañeros como



Camiones norteamericanos en Bastogne. La pérdida de esta ciudad, pese a los reiterados intentos llevados a cabo por las tropas alemanas para conservarla en su poder, puso fin a las esperanzas de Hitler de ampliar el saliente de las Ardenas. *US Army*

último gesto de despedida. Sin embargo, los adioses demostraron ser prematuros.

Antes del anochecer, los paracaidistas del 101, con sus refuerzos heterogéneos, habían resistido todos los intentos de penetración o bien habían eliminado con gran rapidez las penetraciones efectuadas.

Al día siguiente, 26 de diciembre, al anochecer, un batallón de ingenieros que guarnecía un sector del extremo meridional del perímetro informó que se estaban aproximando «tres carros de combate ligeros, probablemente nuestros». En efecto, había llegado la División Acorazada 4.

El asedio había terminado.

Así, el informe que Hitler recibió de Manteuffel Model y Rundstedt el día de San Esteban fue que ya no quedaba ninguna esperanza de llegar a Amberes. La única posibilidad de aprovechar aún la victoria de las Ardenas era que la 5.ª y la 6.ª *Panzerarmee* efectuasen una conversión al Norte, cruzando el Mosa al oeste de Lieja y cercando Aquisgrán por la espalda. Esto presuponía la conquista de Bastogne y un ataque secundario desde el Norte para unirse a las *Panzerarmee*. No obstante, si se quería crear estos supuestos indispensables, Hitler debería abandonar un nuevo proyecto que había tomado en consideración: una segunda contraofensiva en Alsacia.

Esto constituía, en realidad, un retorno a lo que Hitler había definido anteriormente como la «solución menor», una propuesta que sus generales habían alentado cuando expuso por vez primera la idea de una contraofensiva en las Ardenas. En efecto, considerando demasiado pobres los recursos alemanes para conquistar Amberes, habían aconsejado como solución alternativa un ataque limitado para apoderarse de la base de abastecimientos americana de Lieja y para penetrar por la retaguardia de los Ejércitos 1 y 9 americanos en las proximidades de Aquisgrán. Hitler rechazó entonces la «solución menor» y también la rechazó ahora.

«Hemos sufrido reveses inesperados –admitió el *Führer*– pero ello ha ocurrido porque no se ha seguido al pie de la letra mi plan».

Hitler creía que los americanos habían debilitado sus fuerzas en Alsacia con la finalidad de permitir que Patton lanzase su contraofensiva y que la segunda que él se proponía lanzar en aquella región conseguiría echar a Patton de las Ardenas. La citada contraofensiva, a la que se dio el nombre convencional de «Nordwind» (viento del norte), debía comenzar el día de Año Nuevo.

Hitler no quería aceptar la hipótesis de que Amberes era inalcanzable. Estaba de acuerdo en que, una vez se hubiera conquistado Bastogne, las dos *Panzerarmee* podrían avanzar hacia el Norte para rastrillar la orilla oriental y la meridional del Mosa; pero no consideraba esto como un paso a la «solución menor», sino como una desviación temporal del plan para hacer caer en una trampa a las unidades americanas que se habían lanzado contra el flanco septentrional del saliente. Todo ello prepararía el terreno para una reanudación del avance hacia Amberes.

En el bando aliado, Bradley, el día de Navidad, y Eisenhower unos días después, pidieron a Montgomery que lanzase rápidamente el Ejército 1 al ataque para poder aligerar la presión ejercida por el enemigo sobre Bastogne y ayudar a Patton a abrirse camino hacia la ciudad. Montgomery contestó que se esperaba que los alemanes lanzasen un nuevo ataque contra el Ejército 1, pero que si esto no ocurría atacaría el 3 de enero.

La resistencia de Montgomery a atacar irritó a los comandantes americanos. El mariscal británico tenía todo un Cuerpo de Ejército de reserva; y aunque ni Bradley, ni Hodges ni Patton exigían que entrasen en combate las fuerzas británicas, consideraban que mientras Montgomery dispusiese de su reserva no debía temer ulteriores ataques alemanes.

Lo cierto es que no se produjo otro ataque alemán en el Norte, sobre todo porque las tropas de Patton, situadas en Bastogne y en ambos lados del corredor que se había abierto el día 26, combatieron contra la 5.ª *Panzerarmee* hasta inmovilizarla. La batalla alcanzó su apogeo el 30 de diciembre, cuando Patton, cuyas fuerzas habían aumentado hasta llegar a seis divisiones, trató de reanudar el ataque hacia el Nordeste, en dirección a Houffalize. Casi en el mismo momento, el general von Manteuffel efectuaba otro intento de cortar el corredor que conducía a Bastogne y conquistar la ciudad.

Las pérdidas aumentaban en ambos bandos, y la bajísima temperatura causaba también muchas víctimas; pero las tropas americanas resistieron firmemente, aun después de que los alemanes consiguieran constituir un saliente en el lado oriental del corredor. Se trataba de una lucha por la supervivencia que Bastogne no había conocido nunca, ni siquiera en los días críticos del cerco.

Amenaza para la «bolsa de Colmar»

Mientras en Bastogne se aproximaba el momento decisivo, se estaba creando una situación no menos crítica para las tropas del Ejército 7 americano, mandado por el teniente general Alexander M. Patch, y para algunos de sus compatriotas que formaban parte del Ejército 1 francés.



CAÑONES CONTRACARRO ALEMANES

Durante la batalla de las Ardenas, los norteamericanos perdieron unos 733 vehículos acorazados, entre carros de combate y cañones autopropulsados contracarro. Muchos de ellos fueron destruidos por las fuerzas acorazadas alemanas, pero otros lo fueron por obra de las armas contracarro de la infantería y de la artillería. Una buena arma contracarro requiere tres elementos esenciales: una elevada velocidad inicial para obtener la mejor penetración, un perfil bajo para escapar a la detección, y una construcción minuciosa. En esta doble página ofrecemos dos de los más eficaces cañones contracarro alemanes.



PZB 41

Tubo: formado por una plancha continua, de anchura variable, entre los 28 mm en la culata y los 20 mm en la caña. **Peso:** 227 kg. **Velocidad inicial:** 1380 m/seg. **Penetración:** 72 mm de coraza a la distancia de 360 m, 49 mm a 720 m. **Sirvientes de la pieza:** 2 o 3 hombres. El empleo de la plancha implicaba una gran deformación y cada cañón tenía una vida limitada a 500 disparos.

del general Jean de Lattre de Tassigny, y que constituían, todos juntos, el Grupo de Ejércitos VI del general Devers. Con efectivos tan reducidos que no se les podía comparar con el Grupo de Ejércitos XII de Bradley ni con el XXI de Montgomery, las fuerzas de Devers habían tenido que debilitar aún más su frente, ya poco profundo, para cubrir posiciones defendidas anteriormente por dos de los Cuerpos de Ejército del Ejército 3, a fin de que Patton pudiera lanzar su contraofensiva.

Este nuevo despliegue dejaba al Ejército 7 el cometido de defender 200 km de frente, la mayor parte del cual se extendía por la frontera alemana, ante la región industrial del Sarre y a unos 65 km a lo largo del Rhin, incluyendo la ciudad de Estrasburgo. Al sur de aquel punto se encontraba el sector defendido por los franceses del general de Lattre, que comprendía lo que las tropas francesas llamaban «bolsa de Colmar», una extensa cabeza de puente alemana situada alrededor de dicha ciudad, en la orilla occidental del Rhin. Se trataba de una sólida posición que las fuerzas de Devers no habían conseguido eliminar todavía y que representaba en opinión de Eisenhower, una amenaza constante desde que comenzara la contraofensiva en las Ardenas.

Como las posiciones del general Patton formaban un ángulo recto en el punto en que la frontera francoalemana encuentra el Rhin, las divisiones americanas que se encontraban en este extremo se verían amenazadas de envolvimiento si los alemanes lanzaban ataques convergentes contra ellas o atacaban con rapidez para apoderarse de los pocos pasos que cruzan los Vosgos. Reconociendo que aquella llanura del curso del Rhin tenía muy poca importancia estratégica, el general Eisenhower le había indicado a Devers que cediese terreno antes de poner en peligro la integridad de sus fuerzas.

No obstante, una retirada hasta los Vosgos implicaría la renuncia a Estrasburgo, ciudad a la que los franceses atribuían un valor simbólico como capital de las tan disputadas provincias de Alsacia y Lorena. Para los franceses, renunciar a Estrasburgo significaría renunciar a una parte del alma de Francia.

Pero para defender 200 km de frente, incluyendo Estrasburgo, el Ejército 7 sólo disponía de siete divisiones, más los regimientos de infantería de otras tres nuevas divisiones llegadas recientemente de Estados Unidos. Se disponía también, como último recurso, de otras dos divisiones que Eisenhower consiguió retirar del frente para constituir una reserva del Mando Supremo; pero podía ocurrir que a éstas las tuvieran que mandar a las Ardenas de un momento a otro.

Así, el recurso de una retirada en el caso de un ataque alemán masivo seguía siendo tal vez el único medio al que se podía recurrir.

Durante la última semana de diciembre se hizo evidente para el Grupo de Ejércitos VI que los alemanes tenían intenciones de atacar el día de Año Nuevo o poco después. Y, en efecto, el ataque debía comenzar una hora después de las campanadas de Año Nuevo.

Cuando Hitler propuso por primera vez una contraofensiva en Alsacia, el proyecto preveía un ataque en fuerza que condujera a los alemanes hasta la base de abastecimientos americana de Metz; pero hasta el mismo Hitler tuvo que reconocer que este plan era demasiado ambicioso. Así, como en las Ardenas, el mismo *Führer* proyectó el ataque que después se lanzó: la Operación «Nordwind».

Atacando al oeste de la cordillera de los Vosgos, dos divisiones que dependían del Grupo de Ejércitos G (*Generaloberst* Johannes Blaskowitz) debían efectuar una penetración, y entonces una reserva de otras dos divisiones acorazadas lanzarían un rápido ataque en dirección Sur para bloquear, por detrás, la garganta de Saverne, de importancia vital, que separa los Altos Vosgos, al Sur, de los menos imponentes Bajos Vosgos, al Norte. Al mismo tiempo, tres divisiones de infantería presionarían, en misión de apoyo, por el dorsal de los Bajos Vosgos. Días después, una división cruzaría el Rhin al norte de Estrasburgo y dos nuevas divisiones deberían atacar en dirección Norte desde la bolsa de Colmar, establecer contacto con la cabeza de puente en el Rhin (cercando, mientras tanto, Estrasburgo) y lanzarse después en dirección Oeste, hacia la garganta de Saverne.

El resultado final sería embotellar en una trampa a todas las unidades americanas desplegadas al este de los Bajos Vosgos, es decir, el equivalente de cinco divisiones, y asimismo a las tropas francesas que guarnecían la periferia septentrional de la bolsa de Colmar.

Dándose perfecta cuenta de todas estas posibilidades, el general Eisenhower actuó rápidamente en cuanto se inició el ataque alemán, y ordenó al general Devers que se retirase del saliente nororiental hasta los Vosgos, dejando en la llanura tan sólo algunos efectivos con la misión de llevar a cabo acciones retardadoras.

Esto suponía renunciar a Estrasburgo, lo que indujo al jefe del Gobierno provisional francés, Charles de Gaulle, a expresar a Eisenhower su consternación. Antes que renunciar a la ciudad, decía el mensaje, De Gaulle había ordenado ya al general de Lattre que extendiera su frente al Norte y asumiera la defensa de la misma.

Sorprendido por esta actitud de desafío, el jefe del Estado Mayor de Eisenhower, teniente general Walter B. Smith, amenazó con cortar los abastecimientos americanos y el suministro de equipo, sin los cuales el Ejército francés se vería reducido a la impotencia; pero el representante de De Gaulle rebatió la amenaza diciendo que los franceses estaban dispuestos a sustraer sus tropas del mando de Eisenhower.

Aunque pareciera a primera vista una cuestión infantil, se trataba de un asunto serio. De Gaulle llegó incluso a telegrafiar al presidente norteamericano y al primer ministro británico pidiendo su apoyo; pero su intervención no fue necesaria. Cuando el general Smith le informó sobre la violenta oposición de De Gaulle y se enteró también (el 2 de enero) del éxito de las tropas de Patch en la contención del mayor ataque alemán en dirección a la garganta de Saverne, Eisenhower retiró la orden. Entonces asignó a los franceses la responsabilidad de defender Estrasburgo y ordenó al general Devers que se replegase del saliente nororiental tan sólo hasta el pequeño río Moder, unos 30 km detrás del frente.

El 20 de enero había concluido este repliegue. Mientras, los alemanes lograron constituir una cabeza de puente en el Rhin, al norte de Estrasburgo, avanzando hasta 12 km de la ciudad, difundiendo el pánico entre la población civil, antes de que la utilización de una parte de la reserva del general Eisenhower les obligase a detenerse. El ataque en dirección Norte, desde la bolsa de Colmar, llegó hasta 34 km de Estrasburgo, pero los franceses lo detuvieron en el último puente antes de llegar a la ciudad.



PAK 43

Tubo: calibre 88 mm. **Peso**: 5 t. **Velocidad inicial**: de 690 a 985 m/seg, según el tipo de munición empleada. **Penetración**: 167 mm de coraza a la distancia de 900 m. **Sirvientes de la pieza**: 5 hombres. Esta pieza podía disparar granadas de alto explosivo o bien proyectiles perforantes. Su longitud total era de 6,58 m.

(John Batchelor)

El Grupo de Ejércitos VI de Devers se mantenía intacto y Estrasburgo permaneció en manos francesas. Empeñados a fondo en las Ardenas, los alemanes ya no estaban en condiciones de lanzar una segunda ofensiva: diez divisiones, con efectivos reducidos, no eran suficientes. Sin embargo, aquellos combates, con un frío terrible y sobre la nieve, costaron a los americanos 15.600 hombres; las bajas alemanas ascendieron a 25.000.

Mientras el Grupo de Ejércitos VI hacía frente a esa dura prueba en Alsacia, los alemanes aún dieron dos embestidas en las Ardenas.

El primer golpe se lanzó desde el aire y significó un esfuerzo extraordinario por parte de la *Luftwaffe*. El día de Año Nuevo, a primeras horas de la mañana, 700 aviones alemanes bombardearon aeródromos en Bélgica y en Holanda. La incursión sorprendió por completo a los Aliados y costó la pérdida de 156 aparatos, la mayor parte de ellos destruidos en tierra.

El segundo estuvo dirigido de nuevo contra Bastogne, donde el general von Manteuffel tuvo que detener su ofensiva el 30 de diciembre. Pero el mismo Manteuffel no aprobó este ataque, pues, en su opinión hacía tiempo que había llegado el momento de abandonar todo intento ofensivo en las Ardenas. Para evitar que las tropas desplegadas en la punta del saliente se vieran cercadas entre Patton y el Ejército 1 americano, cuyo ataque desde el Norte parecía ahora inminente, pidió permiso al *Feldmariscal* Model, el 2 de enero por la tarde, para retirarse a una línea apoyada en Houffalize.

Aunque tanto Model como Rundstedt dieron su consentimiento, Hitler se negó. Y si bien reconoció que la contraofensiva, que preveía en un principio la conquista de Amberes y el envolvimiento de las fuerzas aliadas, no tenía ya ninguna probabilidad de éxito, dijo que había llegado a conclusiones muy definidas sobre cómo se podría aprovechar el saliente de las Ardenas a favor de los alemanes.

Manteniendo el saliente, Hitler creía que había obligado al general Eisenhower a utilizar casi todas sus reservas. La prueba de ello era que Eisenhower utilizaba divisiones aerotransportadas escogidas en misiones de defensa reservadas, por lo general, a la infantería. Continuando en posesión de este saliente, podría obligar a los Aliados a mantener un frente muy extenso y de escasa profundidad, en tanto él podría sacar alguna unidad de su frente para utilizarla en ataques de hostigamiento en algún otro punto, como la Operación «Nordwind». De este modo Hitler podría impedir que los Aliados concentrasen sus fuerzas en el Norte para lanzar una nueva ofensiva que les permitiera cruzar el Rhin y conquistar la región industrial del Ruhr.

Sin embargo, también esta estrategia exigía la conquista de Bastogne, pues la ciudad era necesaria tanto para afianzar el flanco meridional del saliente como para impedir a los americanos la libre utilización de su nudo de carreteras.

La ofensiva final de Manteuffel contra Bastogne les pareció a las tropas americanas más bien una reacción a los esfuerzos de Patton por avanzar hasta Houffalize que un verdadero ataque concertado. En efecto, a lo largo de toda su duración (del 3 al 4 de enero), la ofensiva alemana consiguió retrasar el avance de Patton hacia la citada población de Houffalize; pero era demasiado débil, tanto para representar una verdadera amenaza para Bastogne como para hacer fracasar la ofensiva americana.

El esquema del ataque para eliminar el saliente se esbozó durante la conferencia aliada de Verdún, el 19 de diciembre, decidiendo enviar a Bastogne al Ejército 3. Aunque Patton insistió para que, una vez liberada dicha ciudad, se efectuase la clásica maniobra destinada a eliminar una profunda penetración cortándola por la base, no encontró apoyo por parte de Hodges ni de Bradley. Éstos se preocupaban por la reducida red de carreteras de la base septentrional y por el efecto de las temperaturas invernales en el terreno que se extendía por la frontera alemana. Montgomery estaba de acuerdo, y desplazó parte de dos divisiones hacia la punta del saliente para permitir que Collins desplazase ligeramente su Cuerpo de Ejército VII hacia el Norte y atacase por el Noroeste, en dirección a Houffalize. En cuanto los Ejércitos 1 y 3 se encontrasen en Houffalize, deberían converger hacia la frontera alemana.

En otras palabras, debían eliminar el saliente rechazando a las fuerzas que lo defendían, en vez de aislarlas en una bolsa. Ésta era, como observaría el *Feldmariscal* von Rundstedt después de la guerra, la «solución menor».

En pleno invierno

La capa de nieve era más alta, la temperatura más baja, la niebla más densa y los vientos más fuertes que nunca en las Ardenas cuando, el 3 de enero por la mañana, el general Collins envió dos divisiones acorazadas, apoyadas por unidades de infantería, al Sudeste, hasta Houffalize. Sólo tres de las divisiones de Sepp Dietrich, ya muy agotadas, les cerraban el paso, incluyendo algunos restos de la malparada 2.ª *Panzerdivision*. Pero, teniendo en cuenta el estado del tiempo, bastaban para detener el avance aliado.

El cielo estaba tan cubierto que ni un solo avión pudo apoyar el ataque, e incluso los pequeños aparatos para la observación de artillería no pudieron volar más de una hora. Durante la mayor parte del tiempo los soldados avanzaron a través de tormentas de nieve seguidas, al cuarto día, por una fuerte nevada, a consecuencia de la cual se formaron montones de nieve de varios metros de altura en distintos lugares. Los carros de combate quedaban inmovilizados en largas filas en las pendientes heladas de las alturas, y los camiones que remolcaban los cañones contracarros o las piezas de artillería patinaban, se detenían, chocaban entre sí y obstruían las carreteras. Dos camiones que arrastraban obuses de 105 mm cayeron por un talud. Las barreras creadas intencionadamente por el enemigo, mediante árboles derribados y minas contracarro dispuestas en las vías de acceso, las tenía que eliminar la infantería, que bajaba de los vehículos y efectuaba lentas maniobras de rodeo, con nieve alta y sufriendo a veces graves pérdidas. Los puentes habían sido demolidos en todas partes, y las zonas en las que se encontraban estaban defendidas, por lo que la infantería, ya muy cansada por las condiciones invernales, debía abrirse camino en una u otra dirección para encontrar un punto de cruce no defendido y después pasar vadeando la helada corriente a fin de envolver a los alemanes; pero en la mayor parte de los casos se encontraba con que el enemigo se había retirado en el último momento para reanudar el combate otro día. Además, los alemanes contraatacaban de vez en cuando, aunque con pocos efectivos en cada ocasión. En estas condiciones, avanzar 3 km al día era ya una hazaña.

El Ejército 3 estaba pasando por parecidas dificultades, o quizás mayores, pues las defensas de las inmediaciones de Bastogne se resentían de los efectos de la densa concentración de tropas alemanas en aquellos lugares tras los diversos intentos de reconquistar la ciudad. Las tropas de Patton veían muy pocos cambios en una situación que les era familiar desde hacía demasiado tiempo. Los alemanes que se encontraban ante ellos eran viejos y temidos enemigos: unidades como la 1.ª, la 9.ª y la 12.ª *Panzerdivisionen SS*, la 5.ª de paracaidistas, la *Panzerlehr*. También los nombres de los lugares les eran familiares, las mismas ciudades y los mismos pueblos donde pequeños núcleos de carros de combate y de infantería habían neutralizado, un par de semanas antes, los intentos de reconquistar Bastogne; pero ahora, aquellas ciudades y aquellos pueblos ya no eran más que macabros testigos de la potencia destructiva de la guerra.

Sin embargo, a pesar de la violencia de los combates, el 5 de enero se vio claramente que la crisis de Bastogne se había superado definitivamente. Cuando el *Feldmariscal* Model retiró una de las *Panzerdivisionen SS* para ayudar a la 6.ª *Panzerarmee*, en el Norte, el general von Manteuffel asumió la responsabilidad de retirar del frente otra de las *Panzerdivisionen SS* para constituir una reserva. Y tres días después, el 8 de enero, el mismo Hitler autorizó la retirada del vértice del saliente, no hasta Houffalize, como había solicitado Manteuffel, pero sí hasta una línea que se apoyaba en una serie de alturas situadas a 8 km al oeste de Houffalize.

Fue la primera vez que Hitler reconoció, aunque de muy mala gana, que la contraofensiva de

las Ardenas había fracasado por completo. La 6.ª *Panzerarmee* de Dietrich, siguiendo las instrucciones de Hitler, debía pasar gradualmente a la 5.ª *Panzerarmee* de Manteuffel el mando de todas las tropas, excepto las *Panzerdivisionen SS*, después de lo cual estas cuatro divisiones se concentrarían en la retaguardia, en St. Vith. Allí, aparentemente, debían proteger de los ataques enemigos la base del saliente; pero, en realidad, estaban dando el primer paso para el abandono definitivo de las Ardenas. Los consejeros de Hitler en el Este le habían advertido ya que se iba a lanzar de un momento a otro una fuerte ofensiva soviética, y el *Führer* dispuso que la 6.ª *Panzerarmee* se desplazase con la mayor rapidez posible al frente oriental.

Mientras tanto, el 16 de enero por la mañana, patrullas de los Ejércitos americanos 1 y 3 se encontraron en Houffalize. Los dos Ejércitos se unieron en el centro del saliente, pero sin conseguir cercar a muchas de las tropas enemigas que intentaban huir. No obstante, sentaron las premisas para la vuelta del Ejército 1 de Hodges bajo el mando del general Bradley, vuelta que Eisenhower ordenó a partir del día siguiente. Al mismo tiempo, continuaba manteniendo al Ejército 9 de Simpson bajo el mando de Montgomery, con vistas a una reanudación de la ofensiva aliada hacia el Ruhr.

Se necesitarían ocho días más para eliminar lo que quedaba del saliente, luchando constantemente contra las condiciones atmosféricas y contra la enorme habilidad defensiva de los alemanes. Pero, al fin el 22 de enero, las nubes se disiparon, y los aviones aliados levantaron el vuelo y se lanzaron contra las columnas alemanas en retirada. El 28 de enero había desaparecido el último rastro del saliente de las Ardenas.

El precio de la campaña

De los 600.000 americanos, aproximadamente, que combatieron en las Ardenas, 81.000 resultaron muertos, heridos o fueron hechos prisioneros; las bajas británicas ascendieron a 1400. Los alemanes perdieron probablemente 100.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Las pérdidas en armas y en equipo fueron graves para ambos bandos: quizá unos 800 carros de combate en cada bando; por su parte, los alemanes perdieron 1000 aviones. Pero los americanos pudieron reponer las pérdidas en poco más de dos semanas, mientras que los alemanes no estaban en condiciones de hacer lo mismo. No obstante, los alemanes consiguieron llevarse todo lo que habían traído a las Ardenas (excepto lo que fue destruido en los combates) gracias al mal tiempo, a la elección de la «solución menor» (reducir el saliente en vez de cortarlo) y a su gran habilidad.

Las fuerzas germanas fracasaron no sólo en la consecución de su objetivo estratégico, la conquista de Amberes, sino también en la del intermedio: el Mosa. Pero, aunque no consiguieron arrancar a Eisenhower una orden de «espalda contra la pared», como hiciera en 1918 sir Douglas Haig, habían hecho pasar al mando americano varios momentos de honda inquietud. Sin embargo, ni Patton, ni Bradley, ni Eisenhower y tampoco Hodges, dudaron de que el final pudiera ser diferente de lo que deseaban. El hecho de que los alemanes, dirigidos por Hitler, hubieran actuado irracionalmente, saliendo al descubierto de sus defensas, no podía, a la larga, tener ningún efecto positivo en su crítica situación. Engañándose al creer que en 1944 la *Wehrmacht* tenía aún la capacidad combativa suficiente para repetir las hazañas de 1940, Hitler no había conseguido más que asegurar una rápida victoria a la nueva ofensiva soviética y tal vez retrasar algunas semanas la ofensiva final aliada.

El vencedor de las Ardenas fue el soldado americano, el mismo que había proporcionado a los Aliados tantas preocupaciones, unos dos años antes, en el paso de Kasserine, pero que había aprendido mucho desde su primera experiencia en el Norte de África. Precisamente aquellos soldados, de los que se decía que estaban viciados y carecían de motivos suficientes para combatir, habían demostrado, llegado el momento, estar a la altura de la situación, ganando para los comandantes, a pesar del fallo de los Servicios de Información, el tiempo suficiente para lanzar al combate a las fuerzas móviles y las de reserva. Aunque de todas maneras, la potencia aliada estaba destinada a dejar sentir su peso a largo plazo, el soldado americano en las Ardenas hizo más seguro que nunca el resultado final, con su valor y decisión, en las alturas de Elsenborn, en St. Vith, en Echternach, en Clervaux, en Stavelot, en Bastogne, en Celles y en otros muchos lugares cuyos nombres no conocemos.

Prisioneros de guerra alemanes transportando a un hospital de campaña a un camarada gravemente herido. *(US Army)*



Apéndice a la batalla

Quedaba todavía un desagradable apéndice a la batalla. Tal vez, como reflejo de una campaña iniciada en la prensa británica para reavivar la vieja cuestión del nombramiento de Montgomery como comandante general de las fuerzas de tierra, éste, en una conferencia de prensa celebrada el 7 de enero, dejó escapar una afirmación irreflexiva, que no encontraba justificación en el desarrollo real de los acontecimientos: «En cuanto vi lo que estaba ocurriendo –dijo– tomé yo mismo ciertas medidas para asegurar que si los alemanes llegaban al Mosa no lo pudieran cruzar». Él «pensaba en el futuro». Cuando «la situación comenzó a empeorar... se abandonaron las consideraciones nacionalistas» y «el general Eisenhower me puso al mando de todo el frente septentrional». Afirmó que él había «mandado a la lucha a todas las fuerzas combatientes disponibles del Grupo de Ejércitos británico», lanzándolas a la batalla primero gradualmente y después «todas de una sola vez». La operación fue «una de las más interesantes y delicadas que he dirigido».

Aunque probablemente estaba muy lejos de las intenciones de Montgomery denigrar a los comandantes americanos, sus observaciones causaron más o menos ese efecto, sobre todo después de que los alemanes consiguieron interceptar una longitud de onda de la BBC para imitar una transmisión británica y dar una versión deformada de las observaciones de Montgomery. El general Bradley se indignó hasta tal punto que dijo a Eisenhower que si le colocaban bajo la dependencia de Montgomery solicitaría el retiro. Por su parte, Patton añadió que si Bradley se iba se iría él también.

Bradley interpretaba las observaciones de Montgomery como ofensivas para su habilidad de comandante, y por su parte Eisenhower había nombrado a Montgomery porque no se atrevía a desplazar el mando de Bradley desde Luxemburgo a un punto situado más hacia el Oeste y porque también deseaba seguir contando con las reservas británicas en caso de necesidad.

Estas reservas habían permanecido al alcance de la mano; pero pocas de ellas habían combatido, y ciertamente no en la cantidad que Montgomery dejaba entrever al decir que había lanzado a la batalla «de una sola vez» los «efectivos completos disponibles del Grupo de Ejércitos británico». A lo sumo lanzó como máximo, una brigada acorazada y parte de dos divisiones, unidades que durante un breve período de tiempo intervinieron en los combates.

El hecho de que Montgomery no hubiera empeñado a las unidades británicas, de potencial reducido, para poderlas emplear en la inminente ofensiva del Ruhr, estaba, en opinión de los americanos, plenamente justificado, pero no tenía justificación el hecho de que se sirviera después de ellas para alardear de que había actuado de otra forma.

El cometido de curar esta herida le correspondió a Winston Churchill, como magnífico orador que era. En un discurso en la Cámara de los Comunes rindió homenaje al soldado americano y dejó bien claro el hecho de que la de las Ardenas había sido una batalla americana, una batalla que él creía que se consideraría como «una batalla americana de fama imperecedera»

Arriba: soldados alemanes hechos prisioneros por los norteamericanos en las Ardenas. El día 16 de enero, los Ejércitos 1 y 3 norteamericanos dieron fin, al enlazar entre sí en Houffalize, a su movimiento de [illegible]ce, pero entonces ya muchos soldados alemanes se habían retirado, escapando a la captura. Debajo: prisioneros de guerra alemanes excavando una fosa común para los soldados muertos en combate. En la batalla de las Ardenas, las pérdidas alemanas ascendieron probablemente a 100.000 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros.

ARDENAS

LOS ULTIMOS ESTERTORES

Peter Elstob

En Bruselas los soldados británicos se preparaban para celebrar la Navidad de 1944, y pocos de ellos daban importancia a la que parecía ser tan sólo una contraofensiva alemana de poca monta, que los americanos rechazarían rápidamente. Sin embargo, los alemanes, como pronto se demostró, tenían los ojos puestos decididamente en Bruselas, y no había nada (a excepción de una sola brigada reequipada apresuradamente con los carros de combate desechados anteriormente como chatarra) que pudiera detenerlos en el camino. Peter Elstob, encuadrado en una unidad perteneciente a aquella brigada "consagrada a la muerte o a la gloria", describe la lucha que detuvo el último y desesperado ataque alemán.



Después de seis meses de servicio continuo, los carros de combate de la Brigada Acorazada 29 británica debían ser sustituidos, y como se produjo un período de calma en las ofensivas sobre el frente del Grupo de Ejércitos XXI, a principios de diciembre de 1944 los tres regimientos acorazados de la citada brigada, el 23.º de Húsares, el 3.º de carros y el 2.º *Fife and Forfar Yeomanry*, recibieron órdenes de trasladarse al centro de sustitución de vehículos acorazados, situado en Bruselas para entregar los *Sherman* que había que desmantelar.

Su material se renovaría con los nuevos *Comet*, dotados de una coraza más fuerte, de poca altura, veloces y armados con un cañón de 77 mm de alta velocidad inicial, de los que se decía que podían competir con los carros de combate alemanes de segunda categoría, o, por lo menos, con los de tercera.

Sin embargo, los *Comet* no habían llegado todavía, y los tripulantes de los carros, muy contentos, fueron a vivir en casas particulares de la población civil en los alrededores de Ypres y empezaron a hacer preparativos para una inesperada «Feliz Navidad».

Los permisos se concedían fácilmente, y dos días después de dejar la línea del frente muchos de estos soldados estaban disfrutando con la divertida interpretación de Errol Flynn en el papel de *Robin Hood*, cuando una *V-2*, lanzada en las primeras fases de la ofensiva de las Ardenas, alcanzó el local donde se estaba proyectando la película y mató a más soldados ingleses de los que murieron en toda la batalla de las Ardenas.

Aquel mismo día, el mariscal Montgomery, tras ultimar los planes para la próxima ofensiva en Renania, estaba jugando un partido de golf con Dai Rees en el Club de Golf de Eindhoven. También él se alegraba de que se acercase Navidad, pues había conseguido de su inmediato superior el permiso para pasarla en Gran Bretaña. Pero, de pronto, un mensaje que le llegó directamente al campo de golf y en el que se le informaba del ataque por sorpresa de los alemanes, hizo que se desvanecieran todos sus proyectos. Unos minutos después volaba hacia el puesto de mando táctico y reflexionaba, entre otras cosas, sobre el hecho de que la única reserva disponible en el Grupo de Ejércitos XXI era la Brigada Acorazada 29 del Cuerpo de Ejército XXX, y que ésta carecía de carros de combate.

Ninguno de los componentes de los tres regimientos acorazados prestó mucha atención a lo que estaba ocurriendo a unos 240 km de distancia, en el frente que correspondía al Ejército I americano. Las únicas informaciones al respecto las proporcionaban los partes sobre la situación, que llegaban con dos días de retraso, y los boletines de la BBC. De cualquier modo los expertos del Servicio de Información habían afirmado repetidamente que los alemanes disponían de poquísimos vehículos acorazados, y que aquel ataque tenía todas las trazas de ser una simple contraofensiva local que los americanos rechazarían fácilmente.

Para nosotros, el problema más importante, por el momento, era conseguir víveres y bebidas en cantidad suficiente para las fiestas que se aproximaban.

Pero este ambiente de indiferencia se desvaneció por completo en las primeras horas del miércoles 20 de diciembre, cuando llegaron llamadas telefónicas dirigidas a los oficiales de servicio con la orden de disponer la salida inmediata de los regimientos hacia el recinto de la feria internacional de Bruselas, donde tendrían que escoger entre los viejos carros de combate los que todavía estaban en condiciones de combatir, volver a instalar en ellos los aparatos de radio, poner en funcionamiento los motores, cargar carburante, hacer provisión de víveres y de municiones y avanzar lo más rápidamente posible hacia las zonas de combate en el Mosa. Su misión era «impedir que el enemigo llegue a los puentes de cruce del río», desde Namur hasta Givet, a unos 48 km al Sur, en territorio francés.

Al batallón motorizado (*8.ª Rifle Brigade*) de la Brigada Acorazada 29, que volvía del fango y del frío del sector del frente de Holanda, lo mandaron hacia líneas más avanzadas con la orden de defender los puentes con las autoametralladoras y los semiorugas hasta que llegaran los carros de combate.

Nadie sabía a la sazón hasta dónde habían avanzado los vehículos acorazados alemanes, y la brigada debía estar preparada para enfrentarse con una columna en pleno avance. Como se trataba de la zona americana, nadie disponía de planos, y en consecuencia los atlas escolares estaban muy solicitados.

Un heterogéneo conjunto de defensores

El batallón motorizado cruzó una Bruselas alarmada y pesimista (se dejaba sentir ya la amenaza del gran ataque alemán) y, pasando por barreras preparadas a toda prisa y guarnecidas por un conjunto heterogéneo de tropas de retaguardia, llegó al Mosa hacia las doce del día siguiente.

Los puentes estaban firmemente defendidos por la Fuerza R, una unidad improvisada de ingenieros y de carristas veteranos que conducían *Sherman* en mal estado y viejas autoametralladoras. Pero, afortunadamente, todavía no había rastro alguno del XLVII *Panzerkorps* alemán que iba avanzando.

En aquel momento sus tres *Panzerdivisionen* se dirigían decididamente hacia aquella zona del Mosa, la única parte del frente de ataque alemán, a lo largo de 145 km de longitud, que avanzaba todavía en dirección Oeste; y aunque fuerzas americanas se estaban desplazando hacia ambos flancos de esta penetración, no había aún ninguna fuerza que se interpusiera entre este punto y el Mosa.

A la cabeza de este ataque se encontraba un grupo de combate de la *2.ª Panzerdivision*, unidad escogida de la *Wehrmacht*, y mientras los británicos llegaban a las posiciones establecidas, los carros de combate alemanes conseguían cruzar el río Ourthe, situado al Este, abriéndose un camino, que se hallaba prácticamente inerme, hasta el puente sobre el Mosa, en Dinant.

En esta localidad, el oficial que mandaba la 7.ª Compañía de la brigada de infantería, comandante Noell Bell, coordinó las defensas existentes. Un nutrido destacamento de los servicios de la Aviación americana, compuesto por personal no combatiente, y una compañía de la policía militar, también americana, se pusieron a su disposición; había además un pelotón aislado de infantería americana, mandado por un gigantesco sargento, firmemente decidido a «hacer de Horacio Cocles» en el puente de Dinant. Asimismo se hallaba allí un pequeño grupo de ingenieros británicos, que habían minado el puente y permanecían al lado de los detonadores preparados para volarlo en cuanto los alemanes apareciesen en fuerza en la otra orilla.

Por último, se presentó el jefe de la Resistencia local, capitán Jacques de Vallenfagne. Y en aquel momento, en que reinaba el caos y el ambiente estaba lleno de recelos y de sospechas, poco faltó para que le arrestaran cuando pidió que le proporcionaran granadas de mano y se ofreció para conducir por la noche patrullas de oficiales, preferiblemente de grado superior, contra el enemigo. No obstante, se comprobó pronto su buena fe, y durante los cuatro críticos días que siguieron merodeó por los bosques y por los campos que tan bien conocía para vigilar los movimientos y la disposición de los carros de combate y de los cañones alemanes, solicitando sobre ellos el fuego concentrado de la artillería y contando después con satisfación el número de cadáveres de soldados alemanes.

Precisamente mientras acababa el día más corto del año, el escuadrón de cabeza del 3.er Regimiento de carros llegó a Dinant. El mando de todas las fuerzas pasó entonces a manos del coronel A. W. Brown; a partir de entonces no se podría volar el puente sin una orden personal suya. Poco después también llegó allí, como a los demás lugares, el resto de los carros de combate, y antes de las 24 horas el general de brigada R. Harvey podía informar al general Horrocks que la Brigada Acorazada 29 se encontraba «al completo en la línea del río» (el 2.º *Fife and Forfar* en Namur, el 3.er Regimiento de carros en Dinant y el 23.º de Húsares en Givet). Y esto sucedía tan sólo unas 36 horas después de recibir la orden de ponerse en movimiento y cuando se encontraban a 160 km de distancia.

El general Horrocks estaba satisfecho, aunque su primer comentario, al recibir la noticia de que un Ejército alemán avanzaba en dirección a Bruselas, había sido el consejo de dejarlo avanzar para, de esta forma, poder combatir una nueva batalla de Waterloo.

La mayor parte de Dinant, un pueblo de calles estrechas, está concentrada en la reducida franja de terreno relativamente llano que se extiende por la orilla izquierda del Mosa, entre el río y unas empinadas pendientes. La principal vía de acceso, por la que llegarían los alemanes, entra en Dinant por el Sur y corre a lo largo del río, pasando por un punto a través de una apertura excavada en la roca viva. Allí se organizó una barrera, y un poco más adelante se colocó un cinturón de minas *Hawkins*, preparado para su rápida utilización en la carretera si algún vehículo no se detenía.

El 23 de diciembre, alrededor de la medianoche, un *jeep*, con los signos distintivos americanos, forzó la barrera y voló por los aires al topar con las minas, y como los cadáveres de sus pasajeros llevaban capotes americanos se temió haber cometido uno de los trágicos errores que a veces se producen en la guerra; pero luego, bajo los capotes, se descubrieron uniformes de las SS:

Abajo: algunos soldados norteamericanos, sorprendidos por un imprevisto ataque alemán, se entregan prisioneros. Al lado: la ofensiva alemana ya ha perdido impulso y las tropas americanas vuelven a avanzar conquistando el terreno perdido. El saliente de las Ardenas fue eliminado el 28 de enero de 1945. documentation(US Army)





aquellos hombres formaban parte de los comandos encargados de llevar a cabo la Operación «Graif», organizada por Skorzeny.

Una operación «por la muerte o por la gloria»

Las órdenes cursadas por los alemanes para esta ofensiva, caídas en manos aliadas, habían acentuado la importancia de los combates nocturnos, por lo que, después de la primera noche en que la defensa se había concentrado alrededor del puente, un escuadrón se desplazó al otro lado del río y se destinó un carro de combate para cubrir cada una de las vías de acceso. Si los alemanes atacaban en fuerza, el puente sería volado y los carros de combate que quedaran al otro lado del río deberían fijar al enemigo durante el máximo de tiempo posible, luego se dispondrían formando un barreamiento de carretera y por último deberían inutilizarse. Lo que nadie debía hacer en ningún caso era retroceder.

A esta operación se la llamaba por lo bajo una «operación por la muerte o por la gloria»; pero, como suele suceder cuando se espera lo peor, no ocurrió nada a lo largo de aquella primera noche de espera. No obstante, las órdenes no cambiaron en el curso de la noche del 23 al 24 de diciembre; mas la falta de descanso empezaba a hacer sentir sus efectos, por ello, cuando las unidades avanzadas de la columna acorazada alemana, que avanzaban para tantear la resistencia, empezaron a marchar realmente por una carretera hacia un *Sherman* todavía invisible, la tripulación de éste estaba profundamente dormida. Despertó a los hombres el ruido de los motores a toda marcha y de las cadenas, y en la confusión que entonces se produjo, el sargento que mandaba el carro de combate, desconcertado, ordenó hacer fuego. El apuntador, no menos confundido, apuntó apresuradamente hacia el vehículo que marchaba en cabeza, pero el proyectil alcanzó a un camión que se encontraba más hacia atrás y que, evidentemente, estaba cargado de municiones: la explosión que se produjo incendió otro camión lleno de carburante y así, de ese modo fortuito, se pudo detener el avance.

La tripulación del *Sherman*, ya un poco mejor organizada, se dispuso a disparar metódicamente, destruyendo un *Mark IV*, un semioruga y un vehículo de reconocimiento, hasta que un cañón autopropulsado alemán avanzando con decisión por encima de la chatarra incendiada, abrió fuego y obligó al solitario *Sherman* a retroceder.

La radio transmitía activamente por ambos bandos. «Fuerte resistencia de vehículos acorazados», referían los alemanes. «Los hemos destrozado», proclamaban los británicos, y todo ello fue un estímulo para la moral y puso en estado de alarma a las tripulaciones de los otros carros de combate. Un cuarto de hora después fue destruido otro *Mark IV* en otra carretera de acceso, y también se destruyeron dos *Pantera* que avanzaban por una carretera secundaria. Los alemanes caían ahora bajo el fuego aliado cada vez que se movían, y la artillería británica, al oeste del Mosa, disparando con los cañones de medio calibre a su máximo alcance, provocó daños de tal magnitud que la 2.ª *Panzerdivision* se detuvo donde estaba.

Sus tropas habían avanzado más que cualquier otra unidad del Grupo de Ejércitos B (unos 96 kilómetros aproximadamente, en ocho días) y llegaron a la vista del Mosa (como habían llegado a ver Dunkerque en 1940 y las torres del Kremlin en 1941); pero, una vez más, sufrirían una gran decepción.

Casi otro Waterloo

Si la 2.ª *Panzerdivision* no se hubiera visto detenida durante dos importantísimos días, precisamente al comienzo de la ofensiva emprendida por la División de infantería 28 americana y después por la ilógica negativa a la rendición por parte de los defensores de Bastogne, habría llegado antes de Dinant y habría constituido sin duda una cabeza de puente a través de lo cual hubiera podido avanzar el resto de los vehículos acorazados del XLVII *Panzerkorps*. Y entonces el general Horrocks habría gozado en su «batalla de Waterloo». Pero, en realidad, aquellos retrasos hicieron que se agotara la reserva de carburante sin que fuera posible encontrar más, y así, la 2.ª *Panzerdivision* perdió ímpetu y cuando se encontró ante el fuego de unos pocos carros de combate y de los cañones británicos titubeó incomprensiblemente durante todo un día. Este titubeo le resultó fatal, pues, mientras tanto, avanzó rápidamente desde el Norte la División Acorazada 2 americana, compuesta por 14.000 hombres, 3000 vehículos y 390 carros de combate, aproximadamente un tercio de los carros de combate que los alemanes podrían utilizar en los tres Ejércitos que habían lanzado la contraofensiva.

Esta potente unidad aliada se desplazó de Norte a Sur, entre el débil despliegue británico y los alemanes exhaustos, y poco después grupos de *Lightning* llegaron y comenzaron a disparar sobre todo lo que se movía, incluyendo por error al 3.er Escuadrón del 3.er Regimiento de carros, que, afortunadamente, no tuvo que lamentar más que la pérdida de uno solo de sus hombres.

Los británicos de la brigada de infantería gozaron de la visión de este ataque desde primera fila. Poco después que los aviones hubieron reducido a un informe montón de chatarra casi todo el material que había en el sector, unos 50 carros de combate americanos avanzaron con lentitud, casi en formación de desfile, con las ametralladoras disparando continuamente y sin encontrar resistencia alguna. «No hay duda –dijo con un poco de envidia uno de los jefes de carro británicos– de que si se tienen municiones, este es el modo de usarlas».

La malparada 2.ª *Panzerdivision* recibió la orden de retirarse, y, abandonando sus vehículos –muchos de los cuales se encontraban indemnes pero sin una gota de carburante en el depósito– los hombres se retiraron a pie. Aunque no en su totalidad; efectivamente, en la zona donde se rompió la punta del avance alemán, la unidad tuvo que lamentar la pérdida de 1100 prisioneros y dejó sobre el terreno 900 muertos.

Cuando acabó la lucha y los combatientes se hubieron alejado, el incansable capitán de Villenfagne reconoció «minuciosamente el campo de batalla. Era un gran cementerio de vehículos destruidos y de material abandonado y medio sepultado por la nieve. Contó hasta un total de 840 vehículos, entre ellos 40 carros de combate». Final humillante de un avance que estaba destinado a trastornar toda la situación bélica en el frente occidental.

K. J. Macksey, comandante

MONTGOMERY AVANZA HACIA EL RHIN



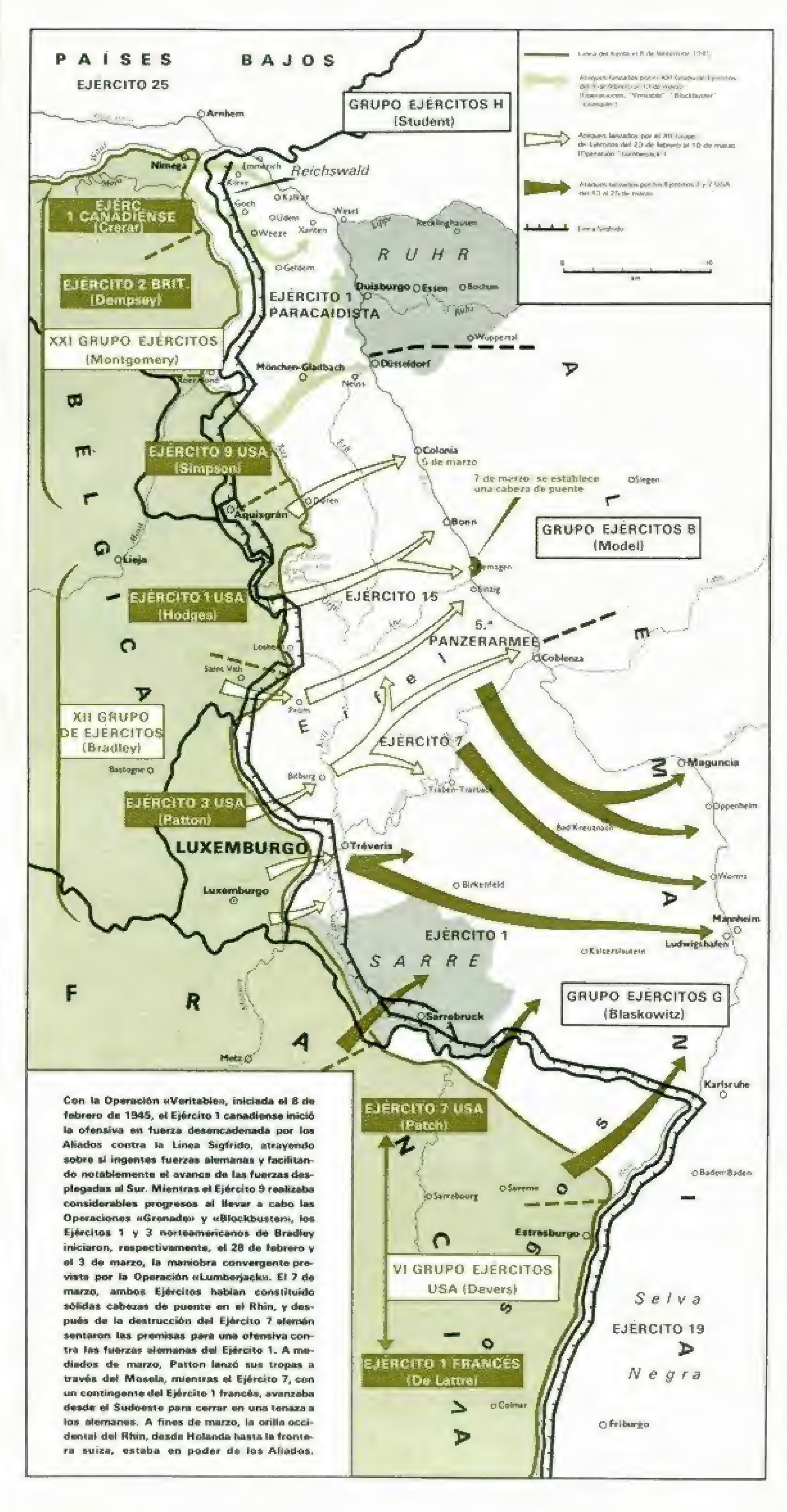
(Imperial War Museum)

El plan de batalla de los Aliados para apoderarse de la orilla occidental del Rhin experimentó notables modificaciones, porque la mayor parte de las fuerzas norteamericanas estaba aún empeñada en rechazar a los alemanes de las Ardenas. Correspondió así al Grupo de Ejércitos XXI de Montgomery dominar la resistencia germana en la última gran "carrera homicida" en Occidente.

Es casi inevitable que cuando grandes soldados, con convicciones bien arraigadas, tienen que unir sus esfuerzos para conseguir un objetivo común acaben, tarde o temprano, por sostener puntos de vista contrarios; y cuando intervienen además intereses nacionales las probabilidades de desacuerdo se hacen aún mayores. No hay duda de que cualquier motivo de roce interaliado estaba pronto a manifestarse en otoño de 1944 y se puede reducir, por consiguiente, lo sólida que era aquella alianza del hecho de que la fractura interna no fue del dominio público hasta después de la batalla de las Ardenas y sólo se hizo más honda y evidente después de la guerra, cuando muchos generales escribieron sus memorias.

El mariscal Montgomery jamás estuvo dispuesto a aceptar el punto de vista de Eisenhower en su condición de coordinador de los Grupos de Ejércitos, prefiriendo, en lugar de ello, aunque un poco ingenuamente, un mando central, militar y libre de política nacionalista. Como quiera que Eisenhower llegó al Mando Supremo tarde y apresuradamente, su autoridad sobre Montgomery y sobre el general Bradley se hizo sentir con lentitud. Y a mediados de octubre, con Amberes bloqueado y mientras la penetración aliada en Alemania estaba llegando a un punto muerto, era preciso elaborar nuevos planes estratégicos.

En el curso de una reunión celebrada en Bruselas el 18 de octubre, Eisenhower expuso su pensamiento. Sostenía que los Grupos de Ejércitos XII y XXI debían destruir al enemigo al oeste del Rhin, para luego iniciar operaciones al este del río, conquistando rápidamente el Ruhr como elemento esencial y pivotando el centro del avance hacia la llanura de Alemania septentrional. Subrayando la aportación principal que él proporcionaría en el conjunto de aquel plan, Montgomery confió al Ejército 1 canadiense el cometido de preparar una



Con la Operación «Veritable», iniciada el 8 de febrero de 1945, el Ejército 1 canadiense inició la ofensiva en fuerza desencadenada por los Aliados contra la Línea Sigfrido, atrayendo sobre sí ingentes fuerzas alemanas y facilitando notablemente el avance de las fuerzas desplegadas al Sur. Mientras el Ejército 9 realizaba considerables progresos al llevar a cabo las Operaciones «Grenade» y «Blockbuster», los Ejércitos 1 y 3 norteamericanos de Bradley iniciaron, respectivamente, el 28 de febrero y el 3 de marzo, la maniobra convergente prevista por la Operación «Lumberjack». El 7 de marzo, ambos Ejércitos habían constituido sólidas cabezas de puente en el Rhin, y después de la destrucción del Ejército 7 alemán sentaron las premisas para una ofensiva contra las fuerzas alemanas del Ejército 1. A mediados de marzo, Patton lanzó sus tropas a través del Mosela, mientras el Ejército 7, con un contingente del Ejército 1 francés, avanzaba desde el Sudoeste para cerrar en una tenaza a los alemanes. A fines de marzo, la orilla occidental del Rhin, desde Holanda hasta la frontera suiza, estaba en poder de los Aliados.

ofensiva hacia el Sudeste, desde la zona de Nimega y entre el Rhin y el Mosa. Denominada primeramente «Valediction», la operación adoptó luego el nombre definitivo de «Veritable». Mientras los Ejércitos 1 y 3 norteamericanos estaban empeñados a fondo en su intento de rechazar a los alemanes en las Ardenas y avanzar luego hacia el corazón de Alemania, el Grupo de Ejércitos XII trasladaba automáticamente el centro de gravedad de su acción desde el Ruhr hacia el Sur, dejando al Grupo de Ejércitos XXI y al Ejército 9 norteamericano (que continuaba a las órdenes de Montgomery) la misión de conquistar el Ruhr e iniciar las operaciones a través de la llanura septentrional de Alemania. De este modo, la batalla decisiva se confiaba al Grupo de Ejércitos XXI.

Tal como se desarrollaron en la práctica, las operaciones de Montgomery en la orilla occidental del Rhin constituyeron una campaña de desgaste, y, en realidad, no podría haber sido de otra forma. Al Ejército 1 canadiense sólo le era posible llevar a cabo la Operación «Veritable» sobre un sector limitado y atacando frontalmente las posiciones situadas en defensa del Ruhr, justamente donde los Aliados se habían aproximado más; después, el Ejército 9 norteamericano lanzaría la Operación «Grenade», cruzando el río Rur entre Hilfarth y Hambach antes de efectuar una conversión al Norte, hacia el sector donde se realizaba la Operación «Veritable». Por todas partes el enemigo resistía tenazmente; pero, en el caso del Ejército 9, la inundación causada por la destrucción de los diques del Rur imposibilitaba los movimientos hacia el Este.

Por ello, la idea originaria de que el Ejército 9 norteamericano atacase dos días después de hacerlo el Ejército 1 canadiense se quedó en mero proyecto, y en realidad tanto Montgomery como Eisenhower se dieron cuenta, aceptándola, de la posibilidad de que el ataque en el Norte tuviera que continuar durante unos quince días antes de que el citado Ejército 9 norteamericano estuviera en condiciones de entrar en combate. Así, el Grupo de Ejércitos XXI combatiría en estado de inferioridad, mientras el peso del ataque frontal caería por completo sobre el Ejército 1 canadiense.

El terreno elegido para la Operación «Veritable» no ofrecía espacio para las maniobras, y era evidente que su frente se vería aún más restringido cuando continuasen las operaciones, es decir, cuando el nivel de las aguas de los dos ríos que delimitaban sus flancos se hubiera elevado. Desde Nimega a Üdem corría, entre el terreno anegado del Rhin y las llanuras del Mosa, una franja de terreno más elevado, de una anchura no superior a 7-8 km, dominada por el gran bosque del Reichswald y en la cual se interponían las defensas externas de la Línea Sigfrido. Las carreteras más importantes estaban en malas condiciones y se estrechaban al llegar a los centros habitados, y los senderos del bosque eran impracticables por el fango que los cubría.

Importante avance hacia los diques

Antes de que pudiera comenzar la Operación «Grenade» era preciso arrebatar a los alemanes dos zonas: el triángulo de Roermond, en el sector del Ejército 2 británico, y los siete diques del Rur, en el sector del Ejército 1 estadounidense. La primera zona flanqueaba y dominaba la prevista línea de partida de la Operación «Grenade» y la segunda controlaba el nivel de las aguas que la sumergían.

El 15 de enero, el Cuerpo de Ejército XII británico del general Ritchie atacó el triángulo de Roermond, empleando dos divisiones de infantería y una acorazada, apoyadas por vehículos acorazados especiales y por artillería. Dos divisiones alemanas esperaban, impasibles, tras las defensas de hormigón, las alambradas y los campos minados; eran lo suficientemente fuertes para ocasionar graves pérdidas a los atacantes, pero no lo bastante para resistir mucho tiempo.





Tropas pertenecientes al Ejército 1 canadiense cruzan el río Niers, principal obstáculo entre el Mosa y el Rhin, durante la Operación "Veritable". El 9 de febrero, tropas británicas avanzaron hasta Kleve; pero en este lugar perdieron su impulso, lo que permitió a los alemanes enviar refuerzos a aquel sector.





A la izquierda, sirvientes de un cañón de 25 libras británico ante la ciudad de Goch. La conquista de Goch, llevada a cabo el 21 de febrero de 1945 a consecuencia del ataque convergente de tres divisiones británicas, marcó el fin de la Operación "Veritable". A la derecha, infantes británicos combatiendo de casa en casa.

El 25 de enero, después de más de dos semanas de intensos combates, el triángulo estaba en manos del Ejército 9 norteamericano.

Entonces el Ejército 1 norteamericano del general Hodges reanudó el avance hacia los diques, abriéndose camino entre una desesperada resistencia y un laberinto de bosques sembrados de minas y de trampas explosivas. Siete diques, que contenían 111 millones de metros cúbicos de agua, habían resistido los bombardeos de la RAF y ahora los alemanes los mantenían abiertos para desbordar el río a lo largo del frente del Ejército 9, con sus correspondientes efectos sobre el nivel del Mosa aguas abajo, cerca de las posiciones del Ejército 1 canadiense. Cuando, al fin, el 10 de febrero, los hombres de Hodges se adueñaron del último de los diques, el daño ya se había hecho. La Operación «Veritable» se había iniciado hacia dos días, pero la «Grenade» tendría que esperar hasta que las cuencas se hubieran desecado.

El 1 de diciembre de 1944, el general Eisenhower tenía bajo su mando 68 divisiones aliadas, de las cuales 44 eran norteamericanas, 8 francesas, 1 polaca y las 15 restantes británicas y canadienses. El Ejército 9 norteamericano del general Simpson debía concentrar 12 divisiones para la Operación «Grenade», en comparación con las siete que se podían asignar al Cuerpo de Ejército XXX británico del Ejército 1 canadiense, del general Crerar. Las restantes nueve divisiones (comprendida la División Acorazada 1 polaca) del Cuerpo de Ejércitos XXI, estaban desplegadas entre Moerdijk y Roermond; por ello, otras operaciones ofensivas por parte de este Grupo de Ejércitos dependerían de la importancia del esfuerzo que requiriera la Operación «Veritable».

En esta fase de la guerra, la fuerza de las dos partes contendientes ya no se podía ni comparar. El esfuerzo bélico aliado había llegado a su punto culminante; el material bélico llegaba de las fábricas con una afluencia constante, de modo que las divisiones no carecían de nada, su moral era altísima y estaban apoyadas por artillería, medios especiales y una fuerza aérea de enorme potencia. En la parte opuesta, la situación era muy distinta. Por ejemplo, la división alemana que defendía el Reichwald (la 84) sólo contaba con 10.000 soldados reclutas, apoyados por 100 piezas de artillería de campaña y 36 cañones autopropulsados. Atrincherado en la línea de frontera se encontraba el CCLXXVI Batallón «estómago», escogido para aquella misión, prefiriéndolo a un batallón «oreja», ya que los hombres de este último no podían ni siquiera oír «el fuego de artillería en preparación de un ataque». Sin embargo, detrás se encontraba tropas más fuertes y más «sanas» –la 7.ª División paracaidista– y como reserva acorazada el XLVII *Panzerkorps*, constituido por dos divisiones con sus filas incompletas, la 116.ª *Panzerdivision* y la 15.ª *Panzergrenadier*.

Empieza la Operación «Veritable»

El ataque del Ejército 1 canadiense se desencadenó durante la noche del 8 de febrero, cuando los bombarderos pesados asestaron sus golpes sobre Kleve y Goch. Luego, más de 1000 piezas de artillería desbarataron las defensas de campaña alemanas; a continuación, a las 10,30 horas, tres divisiones británicas y una de infantería canadiense se lanzaron hacia delante, con una progresión de 275 m cada 12 minutos, dando así comienzo a una de las batallas más complejas y más duramente combatidas de toda la campaña para la conquista de Europa.

La altura denominada Materborn constituía la posición clave de la fase que siguió al derrumbamiento de las defensas alemanas avanzadas. Una vez estuviera en poder de los ingleses, una división canadiense podría avanzar con vehículos anfibios *Buffalo* y *DUKW*, de pueblo en pueblo, a través de las inundadas llanuras del Rhin; simultáneamente se envolvería la barrera del Reichswald y las operaciones podrían continuar más allá de Kleve, en dirección a Üdem. Al principio todo salió bien. El límite anterior de la Línea Sigfrido fue roto, y al día siguiente la División 15 escocesa se adueñó de Materborn e hizo avanzar sus patrullas hasta Kleve e incluso más allá. Pero tras ellos, el más espantoso embotellamiento de tráfico que se pueda imaginar atascó las carreteras y las fangosas pistas, y se hizo ya prácticamente inextricable cuando el general Horrocks hizo avanzar prematuramente a la División 43.

A partir de aquel momento la Operación «Veritable» perdió su impulso inicial. En vez de crear nuevas fuerzas para aprovecharse del derrumbamiento, Horrocks incluso impidió que llegara el apoyo necesario a la División 15 escocesa. De esta forma, mientras la División 3 canadiense pasaba de pueblo en pueblo a lo largo del Rhin, las Divisiones 51 y 53 se abrían camino a través del Reichswald, donde los cañones autopropulsados, alemanes, disparando desde senderos en el bosque y en posiciones escondidas, causaban grandes pérdidas en los vehículos acorazados británicos, semisumergidos y bloqueados por el fango. Kleve, en la que el bombardeo había producido profundos cráteres, resistió y dio a los alemanes el tiempo suficiente para reorganizar el frente y transformar la situación.

No obstante, el 10 de febrero, Rundstedt reconoció que la Operación «Veritable» amenazaba toda la estructura del frente alemán y al mismo Ruhr. Por ello, los alemanes enviaron más tropas a Kleve: la 6.ª División Paracaidista y el XLVII *Panzerkorps* llegaron entre el 9 y el 12 de febrero, la primera para consolidar una línea junto con la 7.ª paracaidista, y el segundo para actuar de reserva acorazada y reconquistar Materborn. Pero el error estratégico incial de Rundstedt resultó fatal: ya desde el día 12, la división 43 había atravesado Kleve e irrumpía más allá, dirigiéndose hacia Goch y Üdem a través de Bedburg, donde se encontró envuelta en duros combates. En aquel terreno escarpado se decidió el éxito de la Operación «Veritable».

El Reichswald resistía y el terreno fangoso bloqueaba todavía a los carros de combate, por lo que la infantería aliada se enfrentaba sola con un enemigo fanático y hábil. Día y noche ardía y hervía la lucha, hasta que al fin se conquistó el Reichswald el día 16, lo que permitió a la División 51 irrumpir hacia Goch y a lo largo de las orillas del Mosa. El día anterior, la División 3 canadiense, terminado su avance a través de las zonas anegadas al norte de Kleve, relevaba a la exhausta División 15 escocesa para continuar sus combates en dirección a Kalkar, con repetidos y duros ataques y contraataques contra un enemigo que no se daba por vencido. Se trató de una batalla muy sangrienta de desgaste, a la que volvió el día 19 la División 2 canadiense, mientras, por parte alemana, elementos de la División 346 y de la *Panzerlehr* hicieron su aparición, arrojándose contra la infantería canadiense por las carreteras que iban a Kalkar, y precisamente en cuanto sus carros de combate de apoyo se habían retirado por la noche. Allí la batalla tuvo un compás de espera y se desplazó hacia Goch, sobre la que convergieron el día 20 tres divisiones británicas, para completar, finalmente, la conquista el día 21 y señalar así el fin de la Operación «Veritable».

Parece una ironía que el 25 de febrero Rundstedt le dijese a Hitler que no veía peligro inmediato de un derrumbamiento entre el Rhin y el Mosa, mientras sus preocupaciones se concentraban, cada vez más, en la amenaza americana a lo largo del Mosela; pero al día siguiente esta opinión suya demostró estar (y esto fue un duro golpe) completamente infundada. El Ejército 9 norteamericano lanzó sus tres Cuerpos de Ejército al ataque y comenzó a trasladar la División Acorazada 2 al otro lado del Ruhr. En el sector del Ejército 1 norteamericano, contiguo al del Ejército 9, la División Acorazada 3 señaló el camino, efectuando una carrera de 16 km desde Düren hacia Colonia, arrollando a su paso a los restos de la 11.ª *Panzerdivision*. Y más allá, al Norte, la Operación «Blockbuster» cayó como una maza sobre el 1.er Ejército paracaidista, atrincherado ante el Hochwald, última barrera defensiva de los puentes sobre el Rhin en Wesel.

La Operación «Blockbuster», que consistía en un ataque por parte del Cuerpo de Ejército II canadiense, marchó al paso con los carros de combate bajo la mirada del general Simonds, con su infantería a bordo de los *Canguro* y precedida por carros de combate, mientras la artillería despedazaba la carretera que se extendía frente a ellos. Respetando los tiempos de progresión del ataque, pero enfrentándose también con la acostumbrada resistencia suicida, se abrió un estrecho paso para la División 4 canadiense y para la División Acorazada 11 británica, con lo que se permitió que el ataque se proyectase a través de Üdem, hasta llegar al lado izquierdo del Hochwald. Una vez más los vehículos acorazados se vieron obligados a detenerse, dejando que la infantería canadiense se abriese camino, mientras el Cuerpo de Ejército XXX empezaba a moverse a lo largo del Mosa, a través de Weeze, en dirección a Geldern. Fue entonces, finalmente, cuando Rundstedt se dirigió desesperado a Hitler pidiéndole permiso para retirarse, permiso que le fue concedido «con mucho dolor».

Se alcanza el Rhin

Los alemanes ya no podían resistir, por más que Hitler intentase constituir, como mejor podía, una cabeza de puente entre Wesel y Krefeld. Mönchen-Gladbach, la mayor ciudad alemana caída hasta entonces, la conquistó un solo regimiento de infantería norteamericano el 1 de marzo y, un día más tarde, los canadienses irrumpieron a través de Hochwald. Entonces, unas quince divisiones alemanas empezaron a retirarse hacia el Rhin, amenazadas por las bocas de la tenaza angloamericana: quedaban ocho puentes para evacuar a los supervivientes, pero ya no se hablaba de evacuar el material. Hitler dijo que no debía haber retirada, y ordenó a todos los comandantes que guarnecían un puente que retardasen su demolición hasta el último minuto, advirtiendo, sin embargo, que serían fusilados si el puente caía intacto en manos enemigas. A los talones de los restos de las destruidas fuerzas alemanas, el Ejército 9 devoró kilómetros hasta el Rhin, llegando a Neuss en las primeras horas del día 2 y sabiendo que había todavía un puente intacto para entrar en Düsseldorf y Oberkassel.

Desde hacía mucho tiempo había proyectado un golpe de mano que preveía el envío de una columna acorazada por la noche, vestida con uniformes alemanes y guiada por personal que hablaba el alemán, a fin de sorprender a la guarnición del puente. Hábilmente mezclados con los soldados alemanes retrasados, los hombres de la columna se estaban aproximando al puente cuando un ciclista alemán los identificó. Una breve escaramuza, algunos disparos, y luego se oyó la sirena de alarma que ululaba ante ellos, preludio del estallido de las cargas explosivas. Un puente tras otro iban saltando, dejando miles de prisioneros y una masa de vehículos impotentes en la orilla occidental. Hitler tuvo razón cuando dijo a Jodl que la retirada significaba tan sólo trasladar la catástrofe a otro lugar. También Simpson se daba cuenta de ello y el 1 de marzo acudió a Montgomery para exponerle el proyecto de avanzar inmediatamente al otro lado del Rhin, con puente alemán o sin él.

Quedan muy pocas dudas de que esto hubiera sido factible. Todo lo que quedaba del Ejército alemán había caído en una trampa o estaba luchando a fondo al oeste del Rhin, y no se podía retirar de allí en poco tiempo; más tarde, con calma, sería posible eliminarlo. Las defensas que protegían la orilla oriental eran fragmentarias y casi no existían reservas. Simpson preparó el plan apresuradamente y el 5 de marzo expuso sus puntos de vista a Montgomery. Pero todo acabó allí, porque Montgomery estaba ya obligado a un cruce del Rhin con modalidades convencionales, con todos los anexos y conexos de un apoyo aéreo, desembarcos aerotransportados, vehículos anfibios y un avance masivo por el norte del Ruhr en dirección a Berlín y al Báltico.

En definitiva, Montgomery no autorizó el paso improvisado del río. Pero en realidad ya no tenía importancia saber cuándo y dónde se cruzaría el Rhin: cuestiones políticas mucho más graves empezaban a surgir y, ante ellas, los planes de batalla y las ambiciones personales de los generales perdían importancia. Alemania –y este era el resultado de la victoria en la orilla occidental del Rhin– se encontraba a punto de ser invadida, y el invasor que avanzase más velozmente, ocupando mayor extensión de suelo alemán, adquiriría el mayor poder político. De esta forma, hasta el 10 de marzo, el Cuerpo de Ejército XXI continuó lanzando ataques frontales, destruyendo el obstinado 1.er Ejército paracaidista, que se amontonaba en la bolsa de Wesel.

Desde el 6 de marzo, momento en que los alemanes decidieron finalmente evacuarla (lo que hicieron el día 10), se estaba formando frente a Wesel un triángulo que se contraía lentamente. Aunque se podía resistir en la región de limitada extensión y apta para la defensa entre el Hochwald y Xanten, era imposible hacer lo mismo en la campiña más abierta del Sur, pues el Ejército 9 norteamericano que avanzaba los tenía bajo un fuego masivo. Infantería y medios acorazados británicos efectuaron una conversión al sur del Hochwald y luego se desviaron hacia el Norte, manteniendo el paso con los norteamericanos que efectuaban un movimiento envolvente sobre Geldern.

El fin sobrevino el 10, cuando los puentes de Wesel se precipitaron en el río, dejando algunas unidades de retaguardia en la orilla ocupada, donde los aliados las hicieron prisioneras. Fiel a su orientación militar, Montgomery consideraba la decisión de los alemanes de combatir en la orilla occidental como uno de sus más graves errores, y desde el punto de vista militar la pérdida de 90.000 hombres que experimentaron en el frente del Grupo de Ejércitos XXI parece avalar esta opinión. Sin embargo, dejando a un lado la verdad de perogrullo de que Alemania debería haber pedido la paz después del fracaso de la ofensiva de las Ardenas, no hay duda de que era preciso retener el Ruhr hasta el fin; habría sido un error político y económico mucho peor combatir en el interior del Ruhr en vez de delante de él.

La victoria costó al Grupo de Ejércitos XXI 22.934 vidas humanas, de las cuales 7300 eran americanas, 5304 canadienses y 10.330 británicas. Esta batalla constituyó el último encuentro frontal entre los Aliados y los alemanes, quienes habían sido arrollados por el número, pero no superados en tenacidad y en valor desesperado.



BRADLEY AVANZA HACIA EL RHIN

Charles B. MacDonald

Cuando terminaron los combates en las Ardenas, el Grupo de Ejércitos XII de Bradley intentó realizar una conversión al Este y rebasar el Rhin. El intento resultó fallido, y Bradley tuvo que esperar hasta que los británicos, en el Norte, rompieran el flanco alemán. En aquel momento los norteamericanos se vieron inesperadamente recompensados con la conquista de un puente que había quedado milagrosamente intacto.

Mientras los Ejércitos 1 y 3 norteamericanos eliminaban los últimos restos del saliente que los alemanes crearon en las líneas estadounidenses en las Ardenas, el comandante del Grupo de Ejércitos XII, teniente general Omar N. Bradley, estaba seguro de que el peso del ataque aliado se trasladaría en seguida fuera del área de su mando. El comandante supremo aliado, general Eisenhower, había expuesto ya claramente su intención de volver a la estrategia que seguía cuando los alemanes lanzaron el ataque por sorpresa.

Se trataba de un esfuerzo masivo en el Norte, dirigido contra la región industrial del Ruhr.

A causa del nuevo despliegue impuesto a las tropas norteamericanas por la contraofensiva alemana, esto significaba que el Grupo de Ejércitos XXI, al mando del mariscal Bernard L. Montgomery, tendría la misión de desencadenar un ataque masivo concentrado. También significaba que los Ejércitos de Bradley deberían renunciar a algunas divisiones, que irían a reforzar al Ejército 9 norteamericano, del teniente general William H. Simpson, que, como se sabe, estaba encuadrado en el Grupo de Ejércitos de Montgomery. Aunque Eisenhower había restituido a Bradley el Ejército 1 estadounidense, después de haberlo asignado temporalmente a Montgomery

El puente ferroviario Ludendorff, en Remagen, que cayo intacto en manos aliadas el 7 de marzo de 1945, constituía una importantísima línea de cruce del Rhin. Esta fotografía se hizo poco antes de su hundimiento, ocurrido el 17 de marzo de 1945, mientras los ingenieros americanos estaban trabajando para reforzarlo. *(US Army)*

en el curso de los combates en las Ardenas, dejó a éste el Ejército 9 a fin de que participase en el avance hacia el Ruhr, operación en la que el Grupo de Ejércitos XII de Bradley sólo desempeñaría una misión de apoyo.

Por diversas razones, Bradley y sus dos comandantes de Ejército, Courtney Hodges, del Ejército 1, y George Patton del Ejército 3, se resistían a ceder algunas de sus divisiones a Montgomery. En primer lugar, deseaban lanzarse más allá de las Ardenas, hasta el Rhin, y asimismo querían envolver los diques del Ruhr cerca de Monschau, para evitar otra sangrienta batalla como las combatidas en el otoño anterior.

Había también la comprensible reacción humana de un mando americano que acababa de sufrir un revés y que quería asumir un cometido de principal importancia en una nueva ofensiva.

A pesar de que los Ejércitos de Bradley se encontraban frente a terrenos casi intransitables, existían muchos puntos a favor de la concepción estratégica que el general americano daba a la operación. Mientras tomaba en consideración un ataque en gran escala por el Norte, el general Eisenhower continuaba sosteniendo lo que se conocía como «dirección estratégica de las operaciones en frente amplio», que, en palabras llanas, significaba un avance general en todo el frente hasta el Rhin antes de hacer converger el esfuerzo principal a través de aquel río para adueñarse del Ruhr. Pero si Bradley lograba penetrar rápidamente a través del Eifel, en persecución de un enemigo en retirada y que ya estaba trasladando tropas hacia el Norte previendo un renovado ataque de Montgomery, podría llegar inmediatamente al Rhin y quizá desbaratar al enemigo ante Montgomery.

Gracias a esta tesis, el comandante supremo autorizó a Bradley para probar suerte en el Eifel, pero con ciertas condiciones restrictivas. Solamente una penetración rápida y decisiva a través de la línea fronteriza fortificada de Alemania, la Línea Sigfrido, y un rápido aprovechamiento de este éxito librarían a Bradley de ceder algunas divisiones al Ejército 9 y de asumir además una simple función de apoyo.

Puesto que la 6.ª *Panzerarmee*, que había constituido el nervio de la contraofensiva, acababa de ser trasladada al frente oriental, la defensa del Eifel se confió a la 5.ª *Panzerarmee* y al Ejército 7, ambos muy debilitados tras la batalla de la Ardenas. Y como además nadie, por parte alemana, esperaba una ofensiva americana en gran escala a través del Eifel, la 5.ª *Panzerarmee* se estaba trasladando al Norte, mientras el Ejército 7 y el Ejército 15 compartían la misión de defender la zona.

Según las esperanzas de Bradley, esto creaba condiciones ideales para aprovechar el impulso del ataque después de la eliminación del saliente; pero también significaba no contar con el inconveniente de la nieve profunda y del intenso frío que atenazaba a las tropas. Significaba asimismo no contar con los huecos que las seis semanas de combates produjeron en las filas de Bradley. Por todo ello, de aquel ímpetu quedaba muy poco.

Durante cinco días, desde el 28 de enero al 1 de febrero, dos Cuerpos de Ejército del Ejército 1 de Hodges y uno del Ejército 3 de Patton intentaron penetrar a través de las defensas fronterizas



Un soldado norteamericano cruza un pueblo destruido por los combates. Después de su fracaso en el Eifel, el Ejército 1 recibió la orden de conquistar los diques del Rur, mientras el Ejército 3 llevó a cabo acciones limitadas, en espera de dar comienzo a las operaciones para el derrumbamiento masivo de la Línea Sigfrido. *(US Army)*

al nordeste de St. Vith, a caballo de la garganta de Losheim. Pero el avance era lento. La infantería tenía que abrirse camino en la nieve, que en algunos puntos les llegaba a la cintura, mientras carros de combate, cañones y camiones se amontonaban en las carreteras heladas, bloqueando el tráfico. El día 1 de febrero, las divisiones norteamericanas tan sólo habían logrado avanzar hasta las primeras casamatas de la Línea Sigfrido.

Todo esto no tenía nada del aspecto de un derrumbamiento, de modo que aquel día la espada de Damocles, que desde el principio había permanecido suspendida, se abatió sobre la ofensiva: Eisenhower ordenó a Bradley que se detuviera y que empezara a transferir siete divisiones al Ejército 9. Aunque se le concedían algunos días más para asegurarse la posesión de la garganta de Losheim, el Ejército 1 debería lanzarse inmediatamente a la conquista de los diques del Rur y luego prepararse para cruzarlo en las proximidades a fin de proteger el flanco derecho del Ejército 9 durante el avance de Montgomery hacia el Rhin. Eisenhower autorizó asimismo a Patton para que conquistase una parte del Eifel, ya que las fuerzas disponibles permitían contituir una línea de partida que podría ser útil una vez Montgomery alcanzara su objetivo.

El intento de Bradley de trasladar al Eifel el esfuerzo principal, que desde el principio se había basado más que nada en la ambición, había sufrido, como era previsible, primero un retraso y después una detención. Ahora el esfuerzo principal debía trasladarse al Norte, donde el 8 de febrero el Ejército 1 canadiense atacaría hacia el Sudeste, entre el Mosa y el Rhin (Operación «Veritable»), seguida un día más tarde por un ataque en dirección Nordeste a cargo del Ejército 9 de Simpson más allá del Rur (Operación «Grenade»).

La eliminación de la «bolsa de Colmar»

Al fracasar la rápida penetración en el Eifel, las fuerzas norteamericanas se encontraron con que tenían que llevar a cabo otros dos cometidos, además del de conquistar los diques del Rur, antes de poder iniciar el avance hacia el Rhin. Tenían que rechazar a los alemanes de un triángulo que abarcaba más de 250 km², entre los ríos Saar y Mosela, protegido a lo largo de su base por un contrafuerte de la Línea Sigfrido y que los alemanes denominaban «el interruptor de Orscholz». Asimismo, debían eliminar una extensa cabeza de puente que se extendía a lo largo de 50 a 80 km y que los alemanes mantenían todavía en la orilla occidental del Rhin, alrededor de la ciudad de Colmar, cabeza de puente que los Aliados conocían con el nombre de «bolsa de Colmar».

La eliminación de dicha bolsa era esencial para constituir, según el plan de Eisenhower, una línea en la que se pudiera conseguir cierta economía de fuerzas a lo largo del Rhin antes de saltar al otro lado del río. Este era el cometido del Grupo de Ejércitos VI, del teniente general Jacob L. Devers, compuesto por el Ejército 1 francés y el Ejército 1 norteamericano.

En las últimas semanas de enero, una división norteamericana y cinco francesas del Ejército 1 francés, del general de Lattre de Tassigny, habían comenzado a realizar ataques de sondeo contra la bolsa; más tarde, el día 29, un Cuerpo de Ejército compuesto por una división francesa y cuatro norteamericanas se unió al ataque. Con los franceses, que avanzaban por el Sur, y los norteamericanos que avanzaban por el Norte, las fuerzas aliadas se reunieron, el 5 de febrero, para partir en dos la bolsa. Pero ya por entonces el *Feldmariscal* von Rundstedt había arrancado finalmente a Hitler su asentimiento para poder retirar el Ejército 19 tras el Rhin. El 9 de febrero, la orilla occidental del río, al sur de Estrasburgo, quedaba libre de alemanes. La operación costó a los franceses y a los norteamericanos la pérdida de 18.000 hombres, aproximadamente, y con toda probabilidad el doble a los alemanes.



Después de cruzar el Rur, infantes norteamericanos continúan su avance hacia el Rhin. (Archivo Rizzoli)

Mientras tanto, la atención de casi todos los comandantes aliados en el frente occidental se dirigía hacia otro ataque lanzado por una sola división, con la intención de asegurarse los dos diques en el alto curso del Rur cerca de Monschau, que, desde hacía meses, constituían una seria preocupación para el Mando.

El dique superior, el del Urft, cayó en seguida en poder de los norteamericanos, hecho que se explicó más tarde cuando los ingenieros se percataron de que los alemanes habían destrozado ya las compuertas de descarga de un viaducto que llevaba el agua del Urft hasta un punto aguas abajo del otro dique, el del Schwammenauel. El día 5, una división norteamericana desencadenó un ataque contra este último dique; pero los alemanes, afirmando su defensa en las casamatas de la Línea Sigfrido, en los espesos bosques y en el terreno accidentado, aumentaron de tal forma su fuerza que el 9 de febrero –fecha designada para el ataque del Ejército 9 para atravesar el Rur– seguían en posesión del citado dique.

Cuando a medianoche, los ingenieros norteamericanos llegaron finalmente al lugar, se encontraron con que los alemanes habían hecho saltar las compuertas de descarga. Las demoliciones no provocaron una gran cascada de agua, sino un flujo constante y calculado para crear una larga inundación que anegaría el valle del Rur ante el Ejército 9.

Mientras éste esperaba, impotente, que las aguas se retirasen, los alemanes podían concentrar todas sus reservas contra el Ejército 1 canadiense, que efectuaba a la sazón la Operación «Veritable». Hasta primeras horas del 23 de febrero, casi 15 días después de la presunta fecha de ataque, el Ejército 9 no pudo desafiar las crecidas aguas del Rur.

El cometido confiado al Ejército 1, del general Hodges, para apoyar la Operación «Grenade» consistía en enviar el Cuerpo de Ejército VII, al mando del general J. Lawton Collins, más allá del Rur, en el flanco derecho del Ejército 9, para ayudarle a atravesar el pequeño río Erft, a mitad de camino entre el Rur y el Rhin. Y aunque no era nada más que un ataque de flanqueo, fue el cometido más duro en la fase inicial de la Operación «Grenade».

La dos divisiones de cabeza de Collins desencadenaron el ataque ante Düren. Allí, el río, transformado en impetuoso torrente, arrastraba los botes de asalto como si fueran pajuelas e impedía a los ingenieros tender las pasarelas para la infantería y los puentes del Eifel constituían excelentes observatorios para los alemanes, el fuego de sus morteros y de su artillería tenía una alarmante precisión. El Cuerpo de Ejército VII logró pasar al precio de elevadas pérdidas: los dos tercios del total de bajas del Ejército 9.

Mientras el Ejército 9 irrumpía rápidamente desde la cabeza de puente para efectuar una conversión al Nordeste y unirse con los canadienses a lo largo del Rhin, sólo el Cuerpo de Ejército VII de Collins se dirigía contra el objetivo que, según los alemanes, debía ser la misión de la Operación «Grenade»: la ciudad renana de Colonia. Por ello, los alemanes concentraron la única reserva que les quedaba, constituida por dos *Panzerdivisionen*, contra las tropas de Collins; pero estas divisiones alemanas estaban tan menguadas que no pudieron oponerse a los medios acorazados aliados. Antes de caer la noche del 27 de febrero, cuatro días después del cruce del Rur, el Cuerpo de Ejército VII conquistó una cabeza de puente en la otra orilla del Erft.

En tanto el Cuerpo de Ejército VII esperaba que se le asignaría la siguiente misión de apoyar al Ejército 9 a lo largo de su marcha hacia el Rhin, el general Hodges ya había empezado a hacer pasar el resto del Ejército 1 a la orilla opuesta del Rur. En lugar de realizar otros cruces, Hodges elaboró un plan según el cual una división tras otra se servirían de los puentes empleados por la división contigua para trasladarse luego hacia el Sur y constituir otros puntos de cruce. De este modo, las divisiones del Cuerpo de Ejército III (general John Millikin) atravesaron los puentes sobre el río el último día de febrero y desplegaron en el flanco del Cuerpo de Ejército VII, al tiempo que las unidades de otro Cuerpo de Ejército se preparaban para realizar la misma acción.

Todo esto formaba parte de un nuevo plan ideado por el general Bradley para llevar al Grupo de Ejércitos XII hasta el Rhin. Este plan, llamado Operación «Lumberjack», preveía que el Cuerpo de Ejército VII apoyase al Ejército 9 a lo largo de todo el recorrido hasta el Rhin y luego se dirigiera a la conquista de Colonia siguiendo el curso del río.

Mientras Collins se dirigía al Sur, otros contingentes del Ejército 1 debían avanzar por la orilla opuesta del Erft, al Sudeste, hasta la ciudad de Sinzig, para efectuar allí una maniobra convergente junto con el Ejército 3 de Patton, que atravesaba el Eifel para sorprender a los alemanes en los puntos de acceso septentrionales del sector.

Los alemanes esperaban impotentes

Ya a comienzos de marzo, los alemanes que se encontraban ante los Ejércitos 1 y 3 no podían hacer otra cosa que esperar un inminente ataque norteamericano. Por el Norte, el ala septentrional del Ejército 15 había sido arrollada por el avance del Cuerpo de Ejército VII de Collins. Por el Sur, los ataques de sondeo de Patton lograron el mismo resultado con el núcleo principal del Ejército 7. Un ataque de Patton a través del río Kyll podría envolver a los dos Cuerpos de Ejército que formaban el ala central y el ala meridional del Ejército 15 alemán y dar el golpe de gracia al Ejército 7, infligiendo así un golpe mortal al Grupo de Ejércitos B del *Feldmariscal* Model. Lanzándose a través del Eifel, el Ejército 3 norteamericano limpiaría de enemigos la orilla meridional del río Mosela, amenazando luego la retaguardia del Ejército 1 alemán, que constituía el ala septentrional del Grupo de Ejércitos G, desplegada al Sur en defensa de la región industrial del Sarre.

En opinión de los jefes alemanes, era evidente que el periodo de tiempo que podrían resistir dependía tan sólo del ímpetu con el que los norteamericanos atacasen. Según el parecer del general Hans Felber, la única esperanza para su Ejército y para el Ejército 1 del Grupo de Ejércitos G consistía en dejar vía libre a Patton hasta el Rhin, retirando el Ejército 7 al otro lado del Mosela para proteger la retaguardia del Ejército 1. Pero, agobiados por las continuas órdenes de resistir que les enviaba Hitler, ningún comandante alemán tomó en serio la propuesta de Felber.

La única decisión adoptada fue la de transferir el tambaleante Ejército 7, del Grupo de Ejércitos B, al Grupo de Ejércitos G, con lo cual no se conseguía nada más que trasladar de un mando a otro el doloroso cometido de asistir a la agonía del citado Ejército 7.

El 28 de febrero, sin detenerse en el Erft, el Cuerpo de Ejército VII de Collins inició el avance hacia el Rhin. El 3 de marzo, mientras un grupo de combate acorazado llegaba al río, al norte de Colonia, Collins dirigía el resto de su Cuerpo de Ejército contra esta ciudad. Pese a la enérgica defensa por parte de cañones antiaéreos que disparaban contra los carros de combate norteamericanos y por parte de un débil grupo de *Volkssturm*, constituido por viejos impedidos y por muchachos, los medios acorazados de Collins, irrumpieron en Colonia el 5 de marzo y se dirigieron rápidamente al Rhin, pasando ante una catedral que se erguía, milagrosamente intacta, en medio de kilómetros de escombros causados por los bombardeos.

Mientras tanto, el Cuerpo de Ejército III del general Millikin había completado la ampliación de la cabeza de puente más allá del Rur y el 2 de marzo empezó a aprovecharla contra las tambaleantes defensas alemanas. A pesar de las órdenes cursadas por Bradley, que establecían que la meta del Cuerpo de Ejército III no era el Rhin, sino los puntos de cruce del río Ahr para unirse con el Ejército 3, Millikin y los comandantes de división siguieron considerando como objetivo el fabuloso Rhin. Según el plan de Millikin, el Cuerpo de Ejército III debía hacer converger su esfuerzo principal sobre el río, a ambos lados de Bonn, empleando tan sólo una columna de una división acorazada, la 9, para dirigirse hacia el Ahr.

La importancia estratégica conferida al Rhin en las cercanías de Bonn coincidía con las previsiones del *Feldmariscal* Model. Este se esforzó, con coraje, aunque inútilmente, en reforzar las defensas de la ciudad. Su subordinado, el general Gustav von Zangen, que mandaba el Ejército 15, era de distinta opinión. Avanzando hasta el Erft, observaba Zangen, el Cuerpo de Ejército III había entrado en lo que comúnmente se describía como la parte anterior de un embudo cuya extremidad inferior conducía, por el Sudeste, hacia el Ahr y más allá, a Sinzig y a Remagen.

La ciudad de Remagen era importante porque en ella se encontraba el puente ferroviario Ludendorff, que se estaba pavimentando con tablones para transformarlo en camino vital de abastecimientos y de retirada para el Ejército 15. Para bloquear el extremo inferior del embudo que conducía a Remagen, Zangen solicitó permiso para retirar los dos Cuerpos de Ejército desplegados en el centro y en el ala meridional, porque, aunque estas unidades lograran mantener sus posiciones en la Línea Sigfrido, pronto se verían copadas por los Ejércitos 1 y 3. Pero Model no dio su consentimiento: Hitler había decretado que ni una sola casamata de la Línea Sigfrido debía abandonarse sin combatir.

Para Zangen y para cualquier otro comandante alemán que se encontrase en su lugar (hasta quizá el mismo Model) el absurdo de cualquier intento de resistir al oeste del Rhin era evidente. Sin embargo, a causa de la fuerza paralizante que las palabras de Hitler ejercían todavía, ninguno autorizaría la retirada.

Patton lanza al ataque los medios acorazados

El tan esperado golpe de maza del Ejército 3 de Patton se produjo el día 3 de marzo, cuando el Cuerpo de Ejército VIII del general Troy Middleton atacó desde Prüm en dirección Este, y el Cuerpo de Ejército XII, del general Manton Eddy rebasó el río Kyll, al este de Bitburg. Como los alemanes dispusieron de varias semanas para atrincherarse ante Prüm, el Cuerpo de Ejército VIII se vio obligado a avanzar lentamente. De manera muy distinta iban las cosas en el río Kyll, donde la División de infantería 5 envió algunas patrullas al otro lado del río en la oscuridad que precede al alba, y luego tendió rápidamente pasarelas. La única cuestión que quedaba en suspenso era saber cuándo decidiría el general Patton lanzar al ataque a su veterana División Acorazada 4.

Patton y los comandantes a sus órdenes tenían una única preocupación: las condiciones atmosféricas. En efecto, unos días en que se habían alternado la nieve y la lluvia, el hielo y el deshielo, alteraron el estado de la carreteras, generalmente malas, del Eifel. No obstante, a las primeras luces del día 5 de marzo, los medios acorazados se pusieron en marcha; primero cortando hacia el Norte para sorprender a las unidades alemanas que resistían a lo largo del río Kyll, y luego girando al Nordeste, hacia el Rhin.

Este primer día fue fatal para los alemanes. A pesar de que la niebla y la lluvia impedían el apoyo aéreo, el 6 de marzo los carros de combate se lanzaron adelante sin encontrar apenas obstáculos, limpiando de enemigos las carreteras y los declives que las flanqueaban, e induciendo a los alemanes a bajar en grupos numerosos de las alturas, de los bosques y de las aldeas para rendirse.

El avance del día 6 hizo adelantar a la División Acorazada 4 otros 21 km, hasta un punto a mitad de camino entre los ríos Kyll y Rhin. Al día siguiente, también los medios acorazados del Cuerpo de Ejército VII se lanzaron al ataque, pero lo que alcanzó mayor resonancia fue la acción de la División Acorazada 4. Pese a que todas las carreteras estaban en malas condiciones y a que se produjo otra jornada de lluvia y de niebla, el avance se transformó en una marcha casi pacífica; los carristas indicaban a los que les seguían los grupos de alemanes que iban dejando atrás para que los hicieran prisioneros. Al caer la noche, los medios acorazados se deslizaban por la pendiente opuesta de las últimas alturas frente al Rhin.

En poco más de dos días y medio la División Acorazada 4 había avanzado 70 km en línea recta, haciendo 5000 prisioneros, capturando o des-



Tropas norteamericanas montadas en camiones atravesando Balgau, situada cerca del Rhin. *(Archivo Rizzoli)*



Infantes norteamericanos combatiendo en el Rhin. El 3 de marzo de 1945, el Ejército 3 norteamericano dio comienzo a una ofensiva contra la Línea Sigfrido, y en dos días y medio llegó, con el Cuerpo de Ejército XII, a la orilla occidental del río. *(Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie)*

truyendo grandes cantidades de equipo y sembrando el desconcierto en la poca cohesión que todavía quedaba en las defensas alemanas al oeste del Rhin y al norte del Mosela. Por todas partes, columnas irregulares de tropas a pie, desordenadamente mezcladas con grupos de vehículos a motor o arrastrados por caballos, se dirigían hacia el Rhin, con la esperanza de encontrar una barcaza, un transbordador o cualquier puente todavía utilizable.

Resultados todavía más espectaculares

Pero, aunque parezca increíble, el avance realizado por la División Acorazada 9 del Ejército 1 había obtenido, mientras tanto, resultados aún más espectaculares.

Mientras el Cuerpo de Ejército III, del Ejército 1, se aproximaba al Rhin, el general Hodges se esforzó para despejar cualquier duda de que la meta del general Millikin debería ser, no el Rhin, sino los puntos de cruce del Ahr, para unirse con el Ejército 3. Esto sugirió al comandante de la División Acorazada 9, general John Leonard, la idea de enviar el grueso de la División a lo largo del extremo inferior del embudo, en dirección al Ahr, dejando una pequeña *Task Force* mixta de infantería y de carros de combate en dirección a Remagen, en el Rhin.

Los alemanes no podían resolver tan pronto las divergencias sobre el modo de defenderse contra los múltiples ataques norteamericanos. A decir verdad, mientras en toda la línea las columnas aliadas se dirigían hacia el Rhin, el orden y la eficacia no eran los elementos dominantes en las filas germanas. Y esto se hacía más evidente aún en Remagen, donde un conjunto heterogéneo de tropas actuaba a las órdenes de los más diversos comandantes. Un oficial subalterno del Ejército mandaba todas las fuerzas del Ejército en las cercanías; pero un oficial de ingenieros tenía el encargo de ocuparse del puente ferroviario. Un oficial de la *Luftwaffe* mandaba un destacamento antiaéreo, mientras los componentes de la *Volkssturm* estaban a las órdenes de funcionarios del Partido nazi.

Y esta situación de los mandos de Remagen se complicó todavía más. A fin de mantener una cabeza de puente, el *Feldmariscal* Model había instituido un mando separado, directamente responsable ante el Ejército 15 de Zangen. Pero apenas empezaba a acostumbrarse el comandante con el complejo sistema de mandos a lo largo del Rhin, cuando Model lo llamó para sustituir al comandante de un Cuerpo de Ejército del Ejército 7.

Cuando el comandante del Ejército 15, general von Zangen, se enteró del cambio producido en el mando, comenzó a albergar nuevos temores de que los americanos se adueñaran del puente de Remagen, por lo que ordenó al comandante del Cuerpo de Ejército, en cuyo sector se hallaba Remagen, que enviase a la ciudad un oficial para que se informase personalmente de la situación.

Antes del amanecer del 7 de marzo, un oficial de aquel Cuerpo de Ejército, el comandante Hans Scheller, se dirigió a Remagen a través de carreteras repletas de tropas en retirada, y hacia el mediodía llegó al puente ferroviario; pero ya era demasiado tarde, dado el desarrollo de los acontecimientos, para poder darse cuenta de la situación. Ya se percibía el eco de los combates procedentes de las alturas del Oeste.

Las tropas norteamericanas que se dirigían hacia el Rhin no tenían por su parte planes específicos para adueñarse de un puente intacto que las condujese a la otra orilla del río. Y aunque la posibilidad de que esto puediera ocurrir atraía a todos los comandantes, incluso a Eisenhower, las probabilidades de que los alemanes, tan metódicos, se olvidasen de demoler un puente eran tan remotas que ninguno se hacía ilusiones a este respecto.

Todo esto contribuyó a que fuera aún más extraordinario el hecho de que, cuando el 7 de marzo, una hora después del mediodía, el subteniente Emmet J. Burrows, que mandaba la sección de infantería de cabeza perteneciente a una *Task Force* mixta de la División Acorazada 9, salió de los bosques desde una cresta que dominaba Remagen, viera allá abajo a las tropas alemanas que se retiraban apresuradamente hacia un puente ferroviario en la periferia meridional de la ciudad. Y aunque pareciera increíble, el puente estaba todavía intacto.

El subteniente Burrows llamó apresuradamente al comandante de compañía, teniente Karl Timmermann. Este, asimismo excitado por el descubrimiento, llamó a su vez al comandante de la *Task Force*, quien le ordenó que empezara a avanzar a través de los campos con la infantería para apoderarse del puente. Cuando el comandante del *Combat Commad* B, general de brigada William M. Hoge, llegó a la altura, confirmó la orden y dispuso que una sección de carros descendiese por la colina para ayudarles.

El teniente Timmermann, con la infantería y los carros se aproximaron al puente mediada la tarde. En aquel momento, con gran fragor, se elevó por los aires una enorme cantidad de rocas y de escombros. Timmermann creyó por un momento que se trataba de la destrucción del puente, pero tan sólo era una carga explosiva colocada en el acceso occidental para impedir el paso de los carros de combate.

Mientras tanto, en la orilla oriental reinaba gran confusión. El comandante de ingenieros a quien correspondía el cometido de volar el puente pasó quince minutos boca abajo, habiendo perdido el conocimiento a causa del estallido de una granada. Cuando se recuperó, tuvo que esperar una orden específica del comandante Scheller antes de poder girar la llave para realizar las demoliciones preparadas. Recibida finalmente la orden, giró la llave... pero no sucedió nada. La giró entonces una vez y otra vez, pero siempre inútilmente.

Cuando el comandante de ingenieros pidió un voluntario para hacer el trabajo a mano, se presentó un sargento. Doblado sobre sí mismo para evitar granadas y balas, se precipitó hacia el puente, prendió fuego a una mecha y luego corrió hacia atrás para ponerse a salvo.

Pasaron momentos que parecieron eternos antes de que los alemanes, ansiosos, escucharan al fin un retumbante fragor. Volaron por los aires vigas de madera y el puente se alzó como si quisiera levantarse de sus cimientos.

Sin embargo, cuando el humo y el fragor se disiparon, el puente existía todavía.

«Tenemos un puente»

En el límite occidental del puente, Timmermann y sus hombres quedaron no menos sorprendidos que los alemanes cuando vieron que la explosión no había logrado destruirlo. Aunque Timmermann pudo ver que se habían abierto en la plancha que recubría los carriles grandes brechas, los pasos para peatones de ambos lados se hallaban intactos. Y habiendo recibido la orden de adueñarse del puente, llamó a los jefes de pelotón y dio la señal de ataque.

Alzándose y agachándose, deslizándose de un punto a otro, saltando por las vías metálicas, los soldados se abrieron camino. El fuego de artillería desde las torretas de piedra situadas en el límite occidental del puente era muy intenso; pero el fuego de los carros de combate pronto silenció la mayor parte de las piezas alemanas. Inmediatamente después de la infantería llegaron los ingenieros, que cortaron todos los hilos metálicos que pudieran estar unidos a otras cargas explosivas de demolición.

En pocos minutos, Timmermann y sus hombres llegaron al otro extremo y se abrieron en abanico para capturar a los alemanes agazapados en una galería ferroviaria; luego comenzaron a trepar por la abrupta escarpa que dominaba el campo.

En la orilla occidental, la reacción del mando norteamericano ante el golpe de mano fue rápida, pese a la orden de concentrarse sobre los puntos de cruce del Ahr en lugar del Rhin. El comandante de la División Acorazada 9, general Leonard, dio su apoyo al ataque del general Hoge e hizo que acudieran rápidamente refuerzos al puente. Cuando llegó la noticia al general Hodges, en el mando del Ejército 1, ordenó a los ingenieros que avanzasen rápidamente hasta Remagen, antes incluso de comunicar la noticia al general Bradley. El comandante del Grupo de Ejércitos XII se sintió a su vez conmovido por la noticia. «Haga pasar por el puente todo lo que pueda», dijo a Hodges.

También la reacción del general Eisenhower fue entusiasta. Aunque reconocía que el terreno en la orilla oriental frente a Remagen no prometía mucho para aprovechar la acción, dijo a Bradley que desplegase inmediatamente cinco divisiones por lo menos en la cabeza de puente. Más tarde se decidiría cómo se servirían de ellas.

La reacción norteamericana había sido tan rápida y estaban tan confusas y merlguadas las fuerzas alemanas que se retiraban, que sus probabilidades de eliminar el punto de apoyo aliado en aquella orilla fueron desde el principio prácticamente nulas. Hitler reaccionó con intensidad febril, destituyendo al *Feldmariscal* von Rundstedt y poniendo en su lugar al *Feldmariscal* Albert Kesselring, llamado desde Italia, y organizando asimismo la farsa de unos procesos y las condenas a muerte, con rápida ejecución, para los desgraciados comandantes locales de Remagen. Sin embargo, nada de eso cambió la situación.

Pasada la primera excitación causada por la conquista de aquel decisivo puente, el general Eisenhower decidió permanecer fiel al plan que preveía un esfuerzo principal a través del Rhin, al norte del Ruhr, lanzado por el Grupo de Ejércitos XXI de Montgomery, y utilizando la cabeza de puente de Remagen como un imán que debía atraer fuerzas alemanas de otros sectores. Conforme a este plan, el Ejército 1 no hizo ningún esfuerzo para irrumpir desde la cabeza de puente. Sus hombres combatían solamente para rechazar los contraataques alemanes y para extender el control sobre el territorio hasta una profundidad desde la que luego fuera posible efectuar una irrupción en dirección Sudeste.

Rara vez los contraataques se lanzaban en fuerza, porque era tanta la desesperación de los comandantes alemanes al ver tropas norteamericanas al otro lado del Rhin que mandaban a primera línea las unidades en grupos fragmentarios, a medida que llegaban al sector. Y aunque los combates fueron bastante violentos la integridad de la cabeza de puente no se vio jamás amenazada seriamente.

Pero aún tenía que ocurrir otro acontecimiento dramático.

Sucedió el 17 de marzo, en un período de relativa quietud, mientras la aviación alemana se mostraba inactiva y callaba la artillería. En aquel momento un grupo de 200 ingenieros norteamericanos, con maquinaria pesada, trabajaban sobre el puente.

Primero se produjo un estallido seco, como el disparo de un fusil. Luego otro. Después, la superficie del puente empezó a temblar y a continuación a ondularse como bajo los efectos de un



Tropas estadounidenses en el fuerte Blücher: el cruce del río, última barrera ante las fuerzas aliadas, es ya inminente. (US Army)



La ciudad de Colonia tal como aparecía al terminar los combates sostenidos por el Cuerpo de Ejército VII norteamericano para su conquista. Un grupo acorazado de Collins llegó al norte de la ciudad el 3 de marzo de 1945 y, vencida la débil resistencia de un Grupo de «Volkssturm», irrumpió en ella el 5 de marzo. (Archivo Rizzoli)

movimiento sísmico. Con un lacerante bramido de acero que se doblaba y se rompía, el puente ferroviario Ludendorff se deslizó, cedió y, con una convulsiva torsión, se precipitó en el Rhin, arrastrando consigo a 28 ingenieros norteamericanos.

Los bombardeos, que se remontaban a 1940, el peso de los tableros usados para hacer el puente transitable, el fuego de los carros de combate norteamericanos, los intentos de demolición de los alemanes, el rítmico avance de centenares de infantes y el rodar de los vehículos, el martilleo de la artillería alemana y las bombas que habían caído muy cerca, todo ello, junto con el peso de la maquinaria de los ingenieros, provocaron el efecto acumulativo que marcó el fin del puente Ludendorff. En cuanto a las razones de los fracasados intentos de demolición por parte de los alemanes no se sabrán nunca: la respuesta se precipitó en el Rhin con el propio puente.

Pero entonces, la pérdida del puente no tuvo ya ningún efecto en las operaciones que se efectuaban en la otra orilla, pues bastantes días antes del derrumbamiento se había cerrado al tráfico para realizar las reparaciones y los puentes tácticos sobre balsas absorbían todo el tránsito.

Pese a la velocidad del avance norteamericano, el número de prisioneros capturados fue reducido: probablemente unos 35.000. Muchos alemanes lograron huir adelantando o pasando en los intervalos entre las sutiles unidades acorazadas de cabeza, al otro lado del Rhin o al Sur, allende el Mosela. Sin embargo, los alemanes que lograron escapar lo hicieron desordenadamente, perdiendo en la mayor parte de los casos la integridad de las unidades, y dejaron detrás montones de equipo, municiones, armas y vehículos.

Esto significaba, como ya había advertido el general Felber, que la retaguardia del Ejército I, del Grupo de Ejércitos G en el Saar, quedaría completamente indefensa. Y esta era una situación que no podía escapar a la vista experta de George Patton. Apenas hubo alcanzado el Rhin, suplicó a Bradley y a Eisenhower que le permitiera revolverse rápidamente en dirección Sur, al otro lado del Mosela, para envolver en una trampa al Ejército 1 en las casamatas de la Línea Sigfrido, frente al Ejército 7 norteamericano. Asimismo, esta amenaza no podía escapar a ningún comandante alemán. Si no se podían enviar refuerzos a los restos del Ejército 7 a lo largo del Mosela, advirtió el *Generaloberst* Paul Hausser, que mandaba el Grupo de Ejércitos G, «el cerco y el aniquilamiento del Ejército 1 serán inminentes».

Pero, desde la superioridad, les llegó la palabra de orden: resistir sobre el terreno.

Aquello preparaba la escena para el tipo de ataque arrollador que Patton anhelaba. Mientras el Ejército 7 del teniente general Alexander M. Patch, con un contingente del Ejército 1 francés del general De Lattre atacaba la Línea Sigfrido, fijando sobre el terreno al Ejército 1 alemán, Patton hacía converger su Ejército 3 más allá del Mosela.

Un ataque impetuoso y arrollador

El 12 de marzo Patton envió un Cuerpo de Ejército en dirección Este, desde Tréveris, para atraer sobre sí todas las reservas alemanas disponibles. Ya aparecían ante este Cuerpo de Ejército las señales de la desintegración de las defensas germanas cuando el 14 de marzo otro Cuerpo de Ejército, el XII de Manton Eddy, saltó a la orilla opuesta del Mosela inferior, no lejos del Rhin. Aquello representaba una amenaza evidente de aislar a todo el Ejército 1 con un avance en dirección Sur, a lo largo de la orilla occidental del Rhin. Antes del día 16, la amenaza se hizo sentir de manera angustiosa y con toda su realidad al comandante del Ejército 7 alemán, general Felber. El mismo día, un tercer Cuerpo de Ejército del Ejército 3 entraba en combate, atravesando el Mosela entre el Cuerpo de Ejército XII y Tréveris, enfrentándose con una resistencia que se estaba desintegrando rápidamente.

Protegido por las casamatas de la Línea Sigfrido, el Ejército 1 alemán todavía combatía contra el Ejército 7 norteamericano; pero el tiempo que aún podría resistir dependía no tanto de la presión de los norteamericanos como de lo que ocurría en su retaguardia. Mientras el tiempo primaveral permitía a los cazabombarderos norteamericanos operar libremente, la línea de las columnas de Patton adoptó pronto el aspecto, para usar las palabras de su colega C. Hodges, «de una porción de intestino».

Al tiempo que el general Hausser, del Grupo de Ejércitos G, se las arreglaba como podía para hacer converger divisiones del ya casi destruido Ejército 19, apelaba una y otra vez al nuevo comandante en jefe occidental, *Feldmariscal* Kesselring, para que le autorizase a retirarse a la otra orilla del Rhin. Pero retenido una vez más por la antigua y varias veces repetida injerencia de Hitler, Kesselring cursó, el 17 de marzo, una directiva ambigua. Mientras ordenaba «el mantenimiento de las posiciones actuales», añadía que debía evitarse «el cerco y con él el aniquilamiento del grueso de las tropas».

Según Hausser, aquello no representaba una autorización para una retirada en masa, pero era suficiente para justificar la retirada de las tropas más gravemente amenazadas. Y así, una división tras otra, empezaron a replegarse de las posiciones más occidentales de la Línea Sigfrido.

Las columnas acorazadas norteamericanas ya aparecían inesperadamente de detrás de todas las alturas y de todas las curvas, y mientras los aviones norteamericanos operaban sin encontrar enemigo, ya no quedaba casi apariencia de organización en las filas alemanas. Más que una retirada, parecía un «sálvese quien pueda».

Mientras se les negaba una vez más el permiso para retirarse a la otra orilla del sagrado Rhin, los comandantes alemanes continuaron disponiendo nuevas líneas y trasladando unidades, y aún conseguían, no se sabe cómo, causar retrasos al enemigo. Por fin, el 20 de marzo, la *Luftwaffe* salió de su escondite y organizó unas 300 salidas, aunque con escasos resultados. Aquel mismo día llegó finalmente la orden para que lo que quedaba del Ejército 7 de Felber se retirase más allá del Rhin, mientras los restos del Ejército 1 intentaban desesperadamente mantener pequeñas zonas cercadas por el enemigo.

De esta forma los alemanes impidieron un enlace formal de los Ejércitos 3 y 7 estadounidenses hasta el día 22. Por último, llegó la autorización para retirarse al otro lado del Rhin al día siguiente, el 23, cuando la mayor parte de los alemanes que podían hacerlo lo habían hecho ya, con órdenes o sin ellas.

Nunca se podrá calcular cuántos alemanes escaparon del Saar para combatir en otra ocasión y en otro lugar o cuánto equipo habían logrado trasladar consigo. Pero las pérdidas eran muy graves. Los Ejércitos 3 y 7 hicieron alrededor de 100.000 prisioneros.

Y, lo que es más importante, toda la orilla occidental del Rhin, desde Holanda a la frontera suiza, había quedado libre de enemigos. Ya no podía haber una repetición de la aventura de Remagen, de la que, por lo demás, no había ya necesidad, pues los Aliados tenían otros sistemas para poder atravesar el Rhin.

1945

25 de enero: el Cuerpo de Ejército XII británico completa la conquista del triángulo de Roermond.

1 de febrero: el Ejército 3 norteamericano alcanza la Línea Sigfrido.

8 de febrero: el Ejército 1 canadiense inicia la Operación "Veritable".

9 de febrero: El Ejército 6 estadounidense completa la eliminación de la bolsa de Colmar.

10 de febrero: el Ejército 1 estadounidense conquista los diques del Rur, pero demasiado tarde para impedir la inundación.

23 de febrero: empieza la Operación "Grenade".

1 de marzo: Las tropas norteamericanas conquistan Mönchen-Gladbach.

5 de marzo: el Cuerpo de Ejército VII norteamericano conquista Colonia.

7 de marzo: unidades del Cuerpo de Ejército III (Ejército 1 norteamericano) conquistan un puente sobre el Rhin, en Remagen.

10 de marzo: el Cuerpo de Ejército XXI completa la limpieza de la zona de su competencia, en la orilla occidental del Rhin.

14 de marzo: el Ejército 3 norteamericano cruza el Mosela inferior, aislando la Línea Sigfrido.

24 de marzo: el Grupo de Ejércitos XII completa la limpieza de la orilla occidental del Rhin.

LUZON

Stanley L. Falk

Si la batalla de Iwo Jima fue la más sangrienta de la guerra del Pacífico, la campaña para la conquista de Luzón fue la más grandiosa. En efecto, hizo pasar a segundo plano los combates de 1941-42 por la posesión de la misma isla, así como todos los posteriores enfrentamientos que se produjeron en el Pacífico. Sólo allí, hombres y armas libraron combates a una escala que se aproximaba a la de las batallas que se desarrollaron en África y en Europa. En Luzón se batieron más tropas japonesas que en cualquier otra isla del Pacífico, y se utilizaron más fuerzas estadounidenses que en cualquier otra campaña americana, a excepción del avance por el norte de Francia. A partir de entonces, sólo una invasión a gran escala del mismo Japón podría oscurecer, en el Pacífico, la entidad o el alcance de la batalla de Luzón.

En la fase previa del ataque a Luzón, un buque estadounidense lanzacohetes dirige su fuego hacia las posiciones japonesas de Mindoro, en cuyas playas desembarcaron los norteamericanos el 15 de diciembre de 1944.
US Navy



Una oleada de barcazas de desembarco norteamericanas navega en formación cerrada hacia las playas del golfo de Lingayen. Para las operaciones terrestres en Luzón, los norteamericanos disponían de 200.000 hombres del Ejército 6, pero otros importantes refuerzos estaban dispuestos para ser enviados a la isla en caso de necesidad. *(US Coast Guard)*

El revés sufrido por los japoneses en Leyte, en otoño de 1944, abrió a los americanos el camino para la conquista del resto del archipiélago filipino. No obstante, fuerzas niponas numerosas, decididas y bien equipadas dominaban todavía la gran isla de Luzón, y era evidente que para completar la conquista del archipiélago era preciso aniquilarlas. Durante algún tiempo, la Sección Operativa americana consideró la posibilidad de envolver Luzón para luego invadir directamente Formosa. Mas en octubre de 1944 los jefes del Estado Mayor conjunto se decidieron por la reconquista de Luzón. La obstinada resistencia ofrecida por los japoneses en Leyte hizo inevitable un aplazamiento en la realización del plan; sin embargo, hacia fines de noviembre, MacArthur pudo fijar el 9 de enero de 1945 como fecha del ataque.

Para la invasión de la isla los americanos adoptaron un esquema similar al utilizado en Leyte. Las operaciones terrestres se confiaron de nuevo al Ejército 6, del general Walter Krueger, que contaba con más de 200.000 hombres. Dicho Ejército debía desembarcar en el golfo de Lingayen, avanzar hacia el Sur por la llanura central de la isla y, finalmente, apoderarse de Manila. Como en Leyte, el cometido de desembarcar las fuerzas de Krueger y proporcionarles la protección y el apoyo necesarios se confió a la VII Flota del vicealmirante Thomas C. Kinkaid.

Por parte japonesa, para hacer frente al ataque americano, el general Tomoyuki Yamashita disponía de más de 250.000 hombres del Ejército 14. Se trataba de una fuerza considerable, y que recientemente había recibido refuerzos. Pero las tropas de Yamashita estaban organizadas, mandadas y desplegadas de forma muy inadecuada. Además, los efectivos de casi todas las unidades se hallaban incompletos y se disponía de pocos víveres, municiones, vehículos de transporte y carburante. Ya no existía ninguna Escuadra que les pudiera proteger, y en Luzón no quedaban más que 150 aviones de combate eficientes. A pesar de todo, la organización general del mando era, en cierto modo, mejor de lo que había sido en Leyte: en efecto, por vez primera Yamashita controlaba directamente todas las fuerzas armadas que operaban en Filipinas, y su superior, el conde Hisaichi Terauchi, había transferido a Indochina su puesto de mando del Ejército meridional, por lo que no podía seguir de cerca el desarrollo de las operaciones dirigidas por Yamashita.

Yamashita se daba cuenta de que, a pesar de las ingentes fuerzas de que disponía, no podría combatir contra los americanos en igualdad de condiciones ni defender con éxito toda la isla. Preveía que MacArthur desembarcaría en el golfo de Lingayen, donde los mismos japoneses lanzaron su ataque tres años antes; pero no se consideraba capaz de impedir este desembarco. Por otra parte, dada la superioridad americana en fuerzas aéreas, potencia de fuego y capacidad de maniobra, no podría hacer frente a MacArthur en un combate en campo abierto. A lo más que podría aspirar era a retrasar el mayor tiempo posible la conquista de Luzón, teniendo empeñado el mayor número de unidades americanas que pudiese y retrasando así el inevitable avance aliado hacia las islas del archipiélago japonés.

Las formaciones de combate de la VII Flota americana empezaron a zarpar del golfo de Leyte, en dirección a Lingayen, el día 2 de enero de 1945. Mandada por el vicealmirante Jesse B. Oldendorf, esta formación de acorazados, portaaviones de escolta, dragaminas y otras unidades de apoyo tenía la misión de rastrillar las zonas de mar que daban acceso a las playas escogidas para el desembarco y bombardear luego las defensas japonesas antes del comienzo de la invasión. Pero, en realidad, el efecto más importante que causó la presencia de esta formación fue atraer hacia sí al grueso de los ataques de los *kamikaze* japoneses, neutralizándolos y evitando con ello que alcanzasen a las mucho más vulnerables unidades encargadas del transporte de las tropas y de los abastecimientos.

Oldendorf sufrió el primer ataque el día 4, en el mar de Sulu, al oeste de Pannay. Un bombardero bimotor japonés eludió la vigilancia de la patrulla aérea de combate americana y se lanzó contra la cubierta de vuelo del portaaviones de escolta *Ommaney Bay*, causándole tan graves daños que el navío tuvo que ser hundido. Al día siguiente, por la tarde, ante la bahía de Manila, 16 *kamikaze* alcanzaron a los buques americanos, y cerca de una docena de unidades aliadas, entre ellas el *Arunta* y el *Australia*, resultaron averiadas, algunas de ellas muy gravemente.

Los ataques llegaron a su máxima intensidad el 6 de enero, cuando las unidades americanas entraron en el golfo de Lingayen. Desde poco antes del mediodía hasta el atardecer, los *kamikaze* desencadenaron sus terribles ataques, y, aunque a costa de graves pérdidas, los aviones suicidas consiguieron alcanzar a unas veinte unidades. Dos acorazados salieron de la batalla bastante malparados, un dragaminas se hundió y numerosos cruceros, destructores y otras unidades sufrieron graves daños y cuantiosas bajas. Pero, a pesar de la mortal eficacia de estos ataques aéreos, los japoneses no pudieron impedir que comenzase, en el tiempo previsto, el bombardeo preliminar de las playas de Lingayen.

El desembarco no encuentra resistencia

El desembarco del Ejército 6 no encontró resistencia alguna. Los convoyes que llevaban a bordo a las tropas de asalto entraron en el golfo de Lingayen en las primeras horas de la mañana del día 9. A las 9,30 horas, muy puntualmente, las primeras oleadas llegaron a las playas meridionales del golfo, y el desembarco se efectuó con la protección de un masivo y continuo bombardeo aeronaval, bombardeo que, a la postre, demostró ser completamente superfluo, pues como no tenían ninguna intención de oponerse al desembarco, los japoneses habían evacuado la zona litoral. El 9 de enero por la tarde ya habían desembarcado unos 68.000 hombres del Ejército 6, así como gran cantidad de abastecimientos; la cabeza de desembarco tenía una anchura de 27 km y, en algunos puntos, llegaba a una profundidad de 6.

La reacción americana ante la total falta de resistencia nipona fue una mezcla de sorpresa y de alegría, mas en los días siguientes, mientras el avance continuaba, este sentimiento de sorpresa dejó paso gradualmente a la sospecha de que los japoneses habían preparado una peligrosa trampa en el interior. Por ello, el Ejército 6 se desplegó con lentitud y prudencia. Luego, al iniciarse y aumentar la resistencia japonesa, se hizo evidente que la amenaza más grave pendía sobre el flanco izquierdo, o noroccidental. Por la derecha, el Cuerpo de Ejército XIV, del general Oscar W. Griswold, estaba avanzando lentamente, pero sin dificultad. En cambio, por la izquierda, el Cuerpo de Ejército I, del general Innis P. Swift, avanzaba hacia la más septentrional de las tres zonas organizadas para la defensa por el general Yamashita. Allí los japoneses se encontraban en una posición muy favorable para atacar el flanco de Krueger y, si el ataque tenía éxito, podrían cortar las vías de comunicación del Ejército 6. Aunque se trataba tan sólo de una amenaza potencial, el peligro que pendía sobre la base logística de Lingayen no podía ignorarse, puesto que, mientras no se conquistase la zona de la bahía de Manila, Lingayen sería la única base de abastecimientos de las fuerzas americanas empeñadas en Luzón. Por lo tanto, a fin de proteger la dirección de avance del Ejército 6 hacia el Sur, en dirección a Manila, era indispensable que el general Swift rechazase a las fuerzas japonesas que presionaban sobre la izquierda, infligiéndoles una decisiva derrota.

A poco de iniciarse el avance hacia el interior, las tropas de Swift encontraron el camino obstruido por una serie de posiciones defensivas japonesas hábilmente dispuestas a lo largo de unas elevaciones que se extendían desde las playas orientales del golfo de Lingayen hacia el Este y hacia el Sur, con una longitud de unos 40 km,

hasta llegar a las abruptas alturas de Cabaruan. Los nipones habían conseguido preparar una red de cavernas, túneles, casamatas, y obras de fortificación, apoyadas eficazmente por piezas de artillería y armas automáticas, difíciles de neutralizar a no ser a una distancia peligrosamente corta. Contra estas formidables posiciones, el Cuerpo de Ejército I lanzó un potente ataque con tres divisiones; pero los avances fueron bastante limitados. Las fuerzas que avanzaban hacia el Este y el Sudeste destruyeron, uno tras otro, numerosos reductos, y se llegó al apogeo de la batalla el 28 de enero, cuando, en San Manuel, las fuerzas del general Swift rechazaron un violento ataque de carros de combate después de varios días de duros enfrentamientos.

Una batalla todavía más violenta se libraba al Norte, donde tropas del citado Cuerpo de Ejército I trataban de consolidar un punto de apoyo para la defensa de la cabeza de desembarco del Ejército 6. Gracias a la ayuda de otros refuerzos mandados a aquel sector, Swift avanzó gradualmente, y a fines de mes sus fuerzas habían rechazado a los japoneses de las posiciones más peligrosas y estaban efectuando avances de sondeo por las vías de acceso al puesto de mando de Yamashita. Así, el peligro de un contraataque en gran escala por el Norte había quedado neutralizado. Sin embargo, las fuerzas americanas debían soportar todavía muchos meses de violentos combates en las zonas fortificadas montañosas de la parte septentrional de la isla.

Mientras tanto, el Cuerpo de Ejército XIV de Griswold continuaba el avance hacia el Sur, encontrando una resistencia prácticamente despreciable. Menos de una semana después del desembarco, el Cuerpo de Ejército había cruzado, sin encontrar resistencia, el río Agno. No obstante, temiendo caer en alguna trampa, Griswold no se decidía a avanzar con demasiada rapidez, y el mismo Krueger, con igual cautela, no tenía intenciones de lanzar una ofensiva en gran escala en el interior hasta que el Cuerpo de Ejército I consolidase el flanco izquierdo del Ejército 6. Pero,

Los soldados norteamericanos ya se han asentado sólidamente en las posiciones de las playas del golfo de Lingayen, y las barcazas de desembarco siguen transportando a tierra grandes cantidades de abastecimientos y un gran número de medios de apoyo. La tarde del día 9 de enero habían desembarcado en Luzón unos 68.000 hombres del Ejército 6, y la cabeza de desembarco que habían formado tenía una anchura de 27 kilómetros y una profundidad de 6. (US Army)

el día 17 de enero, MacArthur ordenó que continuase el avance. No sólo estaba deseando alcanzar Manila, sino que también se daba cuenta de la necesidad de que las fuerzas de invasión se apoderasen del área del aeródromo Clark para que las unidades aéreas del general Kenney tuvieran bases adecuadas.

Así, pues, Griswold se lanzó hacia delante. Sus tropas seguían encontrando tan sólo bolsas aisladas de resistencia que arrollaban fácilmente; pero el día 23 chocaron con una enérgica resistencia en Bamban, a la derecha del Cuerpo de Ejército: era evidente que, al fin, habían entrado en contacto con importantes fuerzas japonesas. En efecto, se trataba de los elementos avanzados de la Agrupación Kembu, constituida por 30.000 hombres, a los que el general Yamashita había confiado la misión de defender el aeródromo Clark y las montañas situadas al oeste de las llanuras centrales. A causa de la lentitud del avance del Cuerpo de Ejército I, el ala izquierda de Griswold se encontraba al descubierto, pero, como las acciones de reconocimiento efectuadas hacia el Este no habían revelado la existencia de ninguna concentración importante de fuerzas enemigas, el comandante del Cuerpo de Ejército XIV llegó a la conclusión de que la principal amenaza japonesa estaba a la derecha. Así, después de dejar tan sólo un pequeño contingente de fuerzas como defensa del flanco expuesto, hizo converger hacia el Oeste al grueso de sus unidades para lanzarlas al ataque contra el aeródromo Clark.

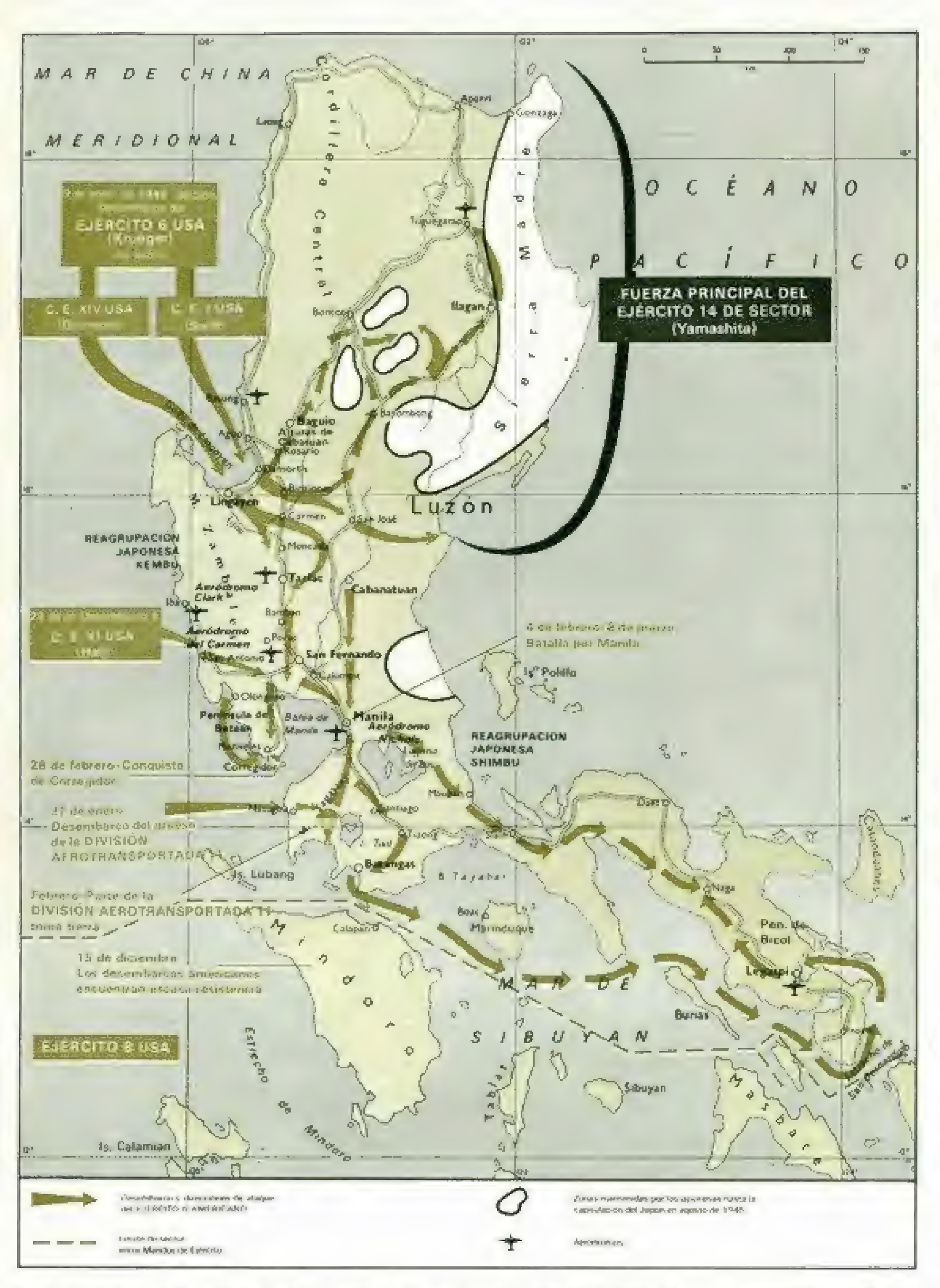
Este aeródromo estaba casi en el límite del macizo montañoso dominado por aquellas alturas, pero era vulnerable ante un decidido ataque por el Este. Durante tres días, las tropas de Griswold lanzaron ataques de sondeo contra las posiciones defensivas más avanzadas de la Agrupación Kem-

A la izquierda: un cartel nipón, escrito en japonés y en inglés, encontrado en Luzón y que se utilizaba para delimitar una zona militar. En el centro: el general Yamashita. Convencido de la imposibilidad de rechazar el ataque norteamericano, Yamashita ordenó a sus tropas que se atrincherasen en tres reductos y opusieran una resistencia a ultranza. A la derecha: el general Krueger, comandante del Ejército 6 norteamericano. (US Air Force) (History of the Second World War)









Tras los desembarcos efectuados el día 9 de enero de 1945 en Luzón, mientras el Cuerpo de Ejército I norteamericano se abría camino lentamente en la parte septentrional de la isla, el Cuerpo de Ejército XIV, una vez conquistado el aeródromo Clark, avanzaba hacia Manila. El día 31 el grueso de la División 11 desembarcó en Nasugbu y después de haberse reunido con el resto de sus tropas, lanzadas en paracaídas en los montes Tagaytay el 3 de febrero, limpiando de enemigos la parte oriental de la bahía, prosiguió en dirección a Manila, donde se combatió hasta el 3 de marzo. Mientras tanto el Cuerpo de Ejército XI, desembarcado el 29 de enero al norte de la península de Bataan, completó la conquista el 21 de febrero y, el 28, cayó también Corregidor a consecuencia de los ataques desencadenados el 16 de febrero por las fuerzas aerotransportadas y anfibias.

bu. En un primer momento, los americanos no encontraron dificultades, pero luego, cuando subieron las primeras pendientes montañosas, chocaron con un extenso sistema defensivo de cavernas y de túneles protegidos por piezas de artillería y por ametralladoras. Muchas de estas posiciones estaban fuera del alcance de los carros de combate y de la artillería, y las escuadras de asalto de infantería debían asediar una caverna tras otra con ametralladoras, lanzallamas y cargas explosivas. El día 27, los progresos habían sido limitados y en las filas americanas las bajas empezaban a aumentar de forma alarmante.

Después de una breve pausa, el día 28, Griswold atacó de nuevo y con fuerzas más consistentes. Los japoneses siguieron resistiendo con obstinación, dirigiendo una lluvia de fuego contra los atacantes y lanzando numerosos contraataques; pero pronto empezó a notarse el agotamiento: el 31 por la tarde habían caído ya más de 2500 hombres de la Agrupación Kembu, y, a pesar de las considerables pérdidas que asimismo sufrieron, las tropas de Griswold se aseguraron finalmente el control de todo el aeródromo Clark.

En el curso de aquellos días, más hacia el Norte, fuerzas del Cuerpo de Ejército I lanzaron un gran ataque contra las posiciones japonesas en la zona de San José. Como de costumbre, se trataba de posiciones construidas con gran habilidad. En muchos casos, carros de combate colocados en trincheras especiales, de las que sobresalían tan sólo las torretas, constituían verdaderos fortines; asimismo las piezas de artillería y los cañones contracarros estaban tan bien emplazados que sólo eran vulnerables a los impactos de lleno de granadas de gran calibre. No obstante, tras una semana de violentos encuentros, las tropas del general Swift arrollaron o cercaron estos obstáculos, se apoderaron de San José y aniquilaron a la División Acorazada 2, que era la única unidad acorazada de que disponían los japoneses en la isla de Luzón.

Mientras tanto, el 29 de enero, el Cuerpo de Ejército XI, del general Charles P. Hall, había desembarcado en la costa occidental, al norte de la península de Bataan, y avanzó rápidamente hacia el interior. El primer objetivo de Hall era la conquista de un cercano aeródromo y de la base naval de Olongapo. Desde allí avanzaría hacia el Este, para aislar la península de Bataan de la parte septentrional de Luzón e impedir que los japoneses se retirasen.

Yamashita no tenía la menor intención de permitir que fuerzas niponas fueran atrapadas en Bataan; no obstante, algunas unidades que ya se encontraban allí ofrecieron una encarnizada resistencia en las impracticables montañas cubiertas por densos bosques que constituían la espina dorsal de la península. Los hombres de Hall necesitaron dos semanas de violentos y difíciles combates para doblegar la resistencia japonesa y llegar a la bahía de Manila. Con esta acción los americanos habían aislado totalmente las fuerzas enemigas que resistían en las montañas situadas al norte de Bataan y al oeste del aeródromo Clark.

Al sur de la bahía de Manila se produjo un tercer desembarco. El 31 de enero, sin encontrar prácticamente resistencia alguna, el grueso de la División aerotransportada 11 llegó a tierra en la bahía de Nasugbu, a sólo 80 km al sudoeste de Manila. Al principio, impulsados por la esperanza de mantener empeñadas unidades japonesas en la parte meridional de la isla y de hacerse al mismo tiempo con otra dirección de acceso a la capital, los paracaidistas consiguieron notables avances. Tres días después, el resto de la división se lanzó en paracaídas en los montes Tagaytay, a unos 30 km hacia el interior, y tampoco en aquella zona encontraron rastro de los japoneses. Luego, toda la división se reunió y avanzó rápidamente, por la carretera principal, hacia Manila. El 4 de febrero por la tarde los paracaidistas habían llegado a los arrabales meridionales de la ciudad, donde potentes defensas japonesas detuvieron al fin su marcha.

«¡Llegad a Manila!»

El ataque principal se lanzaría por el Norte. Acuciado por las presiones de MacArthur, al atardecer del 30 de enero el general Krueger ordenó que el Cuerpo de Ejército XIV «avanzase agresivamente hacia el Sur», hacia la capital. A la cabeza de las fuerzas había dos divisiones veteranas, la 1 de caballería, a la izquierda, y la 37 de infantería, a la derecha. «Llegad a Manila –les exhortaba MacArthur–. Cercad a los japoneses o aniquiladlos: ¡lo esencial es que lleguéis a Manila!».

Impulsadas por el ardor de MacArthur, las dos divisiones avanzaron sin tregua. Afortunadamente, no encontraron más que una resistencia esporádica, y así, el 3 de febrero, después de una violenta batalla nocturna, elementos avanzados de la División de caballería 1 lanzaron el ataque final. Durante esta última fase de la operación la división constituyó una «columna volante» especial de carros de combate y elementos motorizados. Esta «columna volante» avanzó con gran rapidez, llegando al último puente que daba acceso a Manila con el tiempo justo para impedir que los defensores lo volaran. Luego arrolló con facilidad débiles fuerzas japonesas establecidas en los arrabales septentrionales, y, a última hora de la tarde, llegó a la zona de la universidad.

Las fuerzas niponas en Manila ascendían a unos 17.000 hombres, en su mayor parte tropas

de Marina mandadas por el contraalmirante Sanji Iwabuchi. En su calidad de oficial de la Marina de Guerra, Iwabuchi no dependía del general Yamashita, y aunque éste había expresado claramente el deseo de evacuar la capital, Iwabuchi decidió defenderla hasta el fin. Para ello había dividido las tropas en diversos mandos subordinados, cada uno de los cuales tenía la misión de controlar una parte de la ciudad, operando más o menos independientemente de los demás. No utilizó ninguna táctica que no fuera la de usar abundantemente cargas explosivas para destruir instalaciones, improvisar obstáculos y defender a ultranza numerosos reductos. Los más formidables eran los edificios de cemento armado que surgían en la zona de la ciudad baja y la antigua ciudadela de Intramuros, con sólidas murallas.

Los japoneses transformaron casi cada edificio en una especie de fortín, bloqueando las entradas, improvisando barricadas en las escaleras y pasillos, abriendo en las paredes troneras para disparar por ellas y excavando galerías que les permitieron llegar a edificios o *bunker* situados en las proximidades. Las calles estaban minadas y sembradas de barricadas; en cada esquina había posiciones con armas automáticas, y tanto en el interior como fuera de la ciudad había cañones navales y otras piezas de artillería a punto de entrar en acción. Por vez primera, en la guerra del Pacífico, las fuerzas americanas debían conquistar una ciudad grande y bien defendida.

Siguiendo un plan bastante sencillo, la División 37 atacó por el Sur, en el frente del puerto, la División aerotransportada 11 presionaba por el Sur. Los americanos gozaban de una aplastante superioridad numérica, pero los japoneses contaban con sólidas defensas, y además Iwabuchi no tenía ninguna intención de ceder.

A medida que la resistencia aumentaba las bajas americanas aumentaban a su vez, y pronto los atacantes se vieron obligados a llegar a la triste conclusión de que no había ninguna esperanza de salvar los edificios de Manila. Se dio entonces la orden de levantar todas las restricciones al fuego de artillería, y así se lanzó contra las posiciones japonesas la masa artillera del Cuerpo de Ejército XIV. Todo reducto que dificultase el avance era sometido a un fuego densísimo que lo reducía a un montón de escombros, lo cual causó elevadas pérdidas entre la población civil. Pero aquella potencia de fuego dio sus resultados: el día 12, las dos divisiones americanas habían cercado a los defensores japoneses en dos zonas: la ciudadela de Intramuros y el frente del puerto.

Análogas dificultades encontró el ataque de la División aerotransportada 11. El mayor obstáculo que se interpuso en el camino de los paracaidistas fue el aeródromo Nichols, donde los nipones habían construido sólidas casamatas de hormigón armado y plataformas destinadas a armas automáticas y piezas de artillería.

Apoyados por la artillería del Cuerpo de Ejército XIV, los paracaidistas se lanzaron al ataque con los carros de combate; pero pronto se vieron obligados a reconocer que el fuego enemigo era tan mortal que sería necesario pedir la ayuda de la aviación. Después, lenta, pero inexorablemente, empezaron a avanzar a través del aeródromo, sufriendo graves pérdidas, pero barriendo casi por completo a unos 3000 infantes de marina japoneses. A última hora de la tarde del 12 los paracaidistas se unieron a los hombres de la División de caballería 1, que se habían abierto camino combatiendo alrededor de la ciudad y llegando a la bahía, a unos 3 km al norte del aeródromo Nichols. Sin embargo, aún tuvo que transcurrir otra semana antes de que los atacantes consiguieran llegar cerca de Intramuros para poder lanzar un ataque directo contra este último reducto.

La vieja ciudadela del siglo XVI constituía una plaza fuerte formidable, incluso según los modernos criterios de valoración. Las murallas que la rodeaban tenían 4,5 m de altura y hasta 12 de anchura en la base. Los accesos estaban protegidos por sólidos fortines y por construcciones de hormigón de gran resistencia. La presencia en su interior de una gran masa de población civil excluía la posibilidad de efectuar sobre Intramuros un bombardeo aéreo; no obstante, cuando los japoneses rechazaron la propuesta de evacuar a los no combatientes, a los americanos no les quedó otra alternativa que la de lanzar un potente fuego de artillería y de morteros para abrir camino a la infantería. El ataque verdadero empezó el 23 y continuó durante dos sangrientos días, hasta la muerte del último japonés. Intramuros, o, mejor dicho, lo que quedaba de la antigua ciudadela, estaba al fin en manos americanas.

La lucha por el dominio del resto de la ciudad se prolongó todavía una semana. El núcleo de resistencia más difícil de neutralizar fue una pequeña zona situada al sur de Intramuros; también en este caso el esquema de ataque fue el mismo: denso martilleo de la artillería, ataques con carros de combate e infantería y, finalmente, el dificilísimo y sangriento avance, casa por casa, contra un enemigo que no se rendía. Hasta el 3 de marzo, tras la eliminación de los últimos supervivientes japoneses, atrincherados en las ruinas del palacio de Hacienda, no finalizó la resistencia. El mes de combates por la conquista de Manila costó a los americanos más de 1000 muertos y 5500 heridos. Casi ningún japonés sobrevivió. La ciudad estaba reducida a un montón de ruinas, y se calculaba que en ella habían perdido la vida unos 100.000 civiles filipinos.

Pero MacArthur no podría gozar plenamente de los resultados de la liberación de Manila hasta

Arriba: tropas norteamericanas en Manila en los primeros días del mes de febrero de 1945. El ataque norteamericano contra la capital de Luzón lo desencadenaron la División de caballería 1, la 37 de infantería y la División aerotransportada 11, procedente del Sur. Abajo: mujeres filipinas abandonan una zona destruida de Manila. El día 3 de marzo, después de un mes de durísimos combates, los norteamericanos lograron completar la conquista de la capital: la ciudad quedó reducida a un montón de ruinas y de sus defensores no sobrevivió casi ninguno (Foto GML/Central Press)





que no expulsara también a los japoneses de las zonas que controlaban el acceso a la bahía del mismo nombre. En efecto, como los nipones ya habían tenido ocasión de comprobar en 1942, el que controlase Bataan y Corregidor podía impedir que el enemigo utilizara la ensenada y las instalaciones portuarias de la capital. MacArthur se dio cuenta perfectamente de ello, y, siguiendo sus instrucciones, el general Krueger ya había iniciado las operaciones para conquistar la bahía cuando aún estaba en su apogeo la lucha en la ciudad.

En cuanto Bataan quedó aislada, el Cuerpo de Ejército XI efectuó una rápida conversión hacia el Sur, en un intento de conquistar toda la península.

El 14 de febrero, un regimiento reforzado empezó a avanzar por la costa oriental y al día siguiente otra unidad de la misma entidad desembarcó en Mariveles, en la punta meridional. Como los japoneses no guarnecían Bataan en fuerza, en una semana las tropas americanas se aseguraron el control de toda la península.

Las cosas no fueron tan fáciles en Corregidor. La isla disponía de sólidas fortificaciones y la guarnecían unos 5000 japoneses, en su mayor parte infantes de marina. A partir de la última semana de enero, los aviones del general Kenney y los buques de guerra del almirante Kinkaid habían lanzado sobre Corregidor toneladas de explosivos y de napalm, pulverizando sus defensas más expuestas pero infligiendo pérdidas insignificantes a los defensores.

El 16 de febrero, con un ataque coordinado de fuerzas aerotransportadas y de fuerzas anfibias, un batallón de paracaidistas americanos tomó tierra en las alturas sudoccidentales de la isla, mientras otro batallón de infantería desembarcaba en la costa meridional. Aturdidos por el bombardeo y sorprendidos por el ataque de las tropas paracaidistas, los japoneses ofrecieron al principio poca resistencia; pero tan pronto como se recuperaron se precipitaron fuera de las cavernas y galerías para enfrentarse abiertamente con las fuerzas invasoras.

Al día siguiente llegaron refuerzos americanos suficientes para cortar en dos la isla. Entonces, obligados a atrincherarse de nuevo en la red de defensas subterráneas, los nipones se batieron ferozmente para defender cada posición; mas los americanos se lanzaban al ataque con carros de combate, bazookas y lanzallamas y fueron neutralizando o aislando uno por uno todos estos encondrijos. Con frecuencia, presas ya de la desesperación, los japoneses volaron sus mismas defensas subterráneas, resignándose a perder la vida con tal de matar a algún americano. En el curso de la noche del 23 de febrero volaron la galería en la que habían colocado la mayor parte de las municiones, provocando una inmensa explosión que hizo temblar la isla entera y cuyo estruendo retumbó por toda la bahía de Manila. El día 26 por la tarde, Corregidor estaba casi por completo en manos de los americanos, que, dos días después, declaraban a la isla bajo su dominio. Las bajas americanas ascendieron a 1000 hombres, la mayor parte de ellos heridos, y sólo se habían capturado con vida a 19 japoneses.

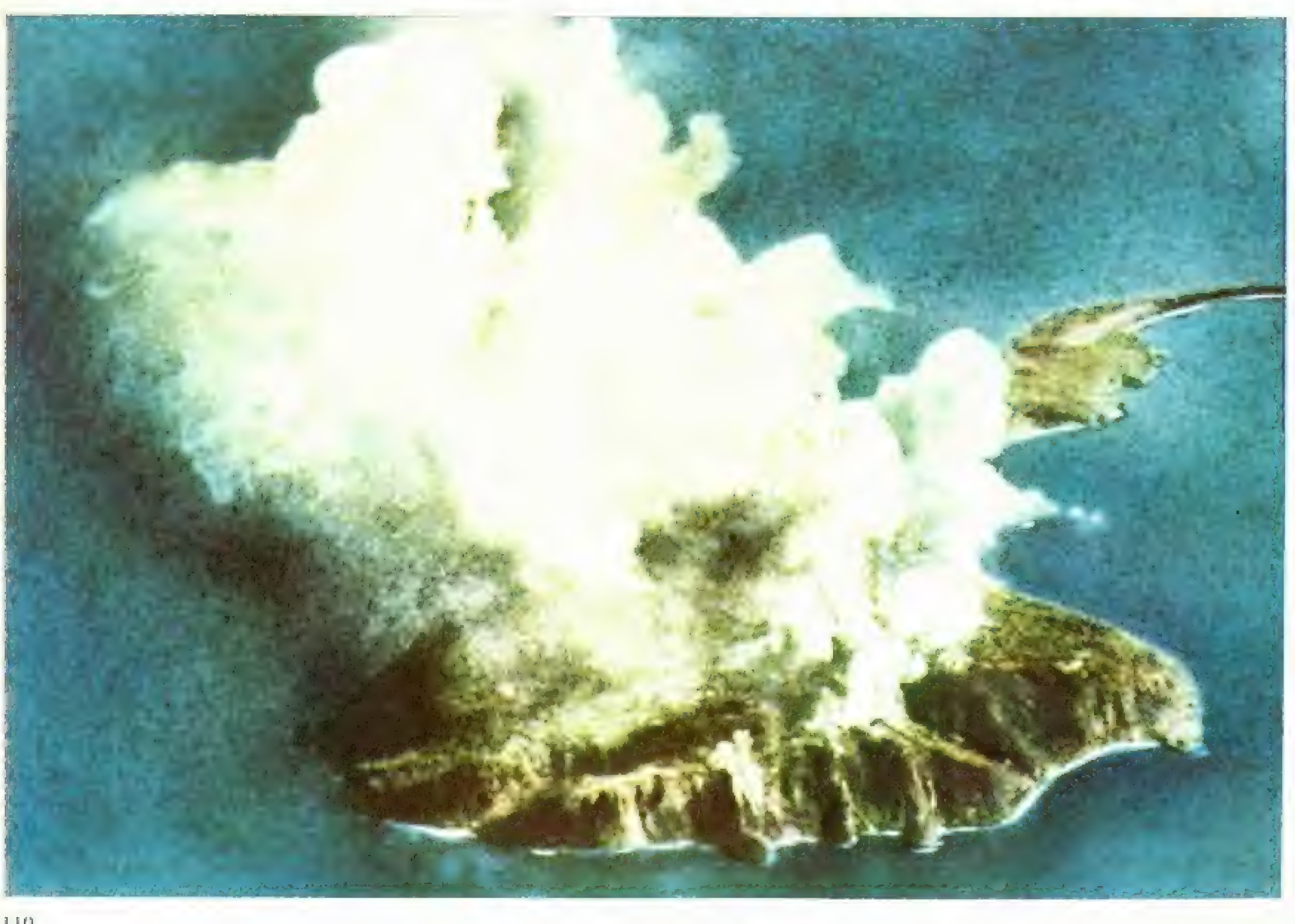
Así, el 2 de marzo, tres años menos nueve días después de dejar la isla, el general MacArthur volvió al lugar donde había tenido su puesto de mando. El coronel George M. Jones, el oficial de los paracaidistas que había dirigido el ataque, dio un paso al frente y, orgulloso, saludó de esta forma a su superior: «¡Señor, le entrego la fortaleza de Corregidor!».

Con la bahía de Manila y la capital en manos americanas, a comienzos de marzo de 1945 había terminado la fase decisiva de la campaña de Luzón. Pero quedaban todavía unos 170.000 japoneses establecidos en sólidas posiciones defensivas en las regiones septentrionales. Muchos de estos soldados nipones continuaron resistiendo hasta el final de la guerra, es decir, seis meses más. A pesar del hambre, las enfermedades y el cansancio las fuerzas de Yamashita consiguieron mantener empeñadas a más de cuatro divisiones americanas, así como a un número equivalente de guerrilleros filipinos. De esta manera, casi consiguieron la misión que desde el comienzo su comandante había confiado al Ejército 14 que operaba en Luzón: mantener empeñado el mayor número posible de soldados americanos y retrasar el mayor tiempo posible el inevitable ataque contra el Japón.

STANLEY L. FALK

Nació en Nueva York en 1927. Prestó servicio en el Ejército americano entre 1945 y 1948. Durante un breve período estuvo con las fuerzas de ocupación americanas en Japón como funcionario del Servicio de Información, lingüista e historiador; luego pasó a la reserva con el grado de teniente coronel. Antes de enseñar en el Industrial College de las Fuerzas Armadas, trabajó como historiador en los programas oficiales de investigación histórica del Ejército americano y de los jefes de Estado Mayor conjunto. Ha sido también profesor universitario y consultor de historia militar y de cuestiones referentes a la seguridad nacional. Se ha doctorado en historia americana en la universidad de Georgetown, Washington, con una tesis sobre el desarrollo de los servicios logísticos del Ejército americano en el período anterior a la guerra civil. Entre los libros publicados figuran: *Decision at Leyte*; *Bataan, the March of Death*.

La isla de Corregidor sometida a un masivo bombardeo aéreo norteamericano. Muy bien abastecida y defendida por 5000 soldados japoneses, la isla cayó el 28 de febrero de 1945, después de 12 días de combate. *(Keystone)*



A TRAVES DEL IRAWADI

sir Geoffrey Evans,
teniente general

Después de haber perseguido desde Kohima e Imphal a los japoneses derrotados y de haber cruzado el Chindwin, las fuerzas de Slim tenían que avanzar hacia el Sur, hasta la barrera constituida por el gran río Irawadi y cruzarlo después. No se podía ni pensar en lanzar una ofensiva en dirección a Rangún hasta que se llevara a cabo esta parte de la operación. Demostrando una gran habilidad, que le permitiría engañar a los japoneses casi en cada fase de la operación, Slim se dispuso a hacer frente al nuevo cometido que se le había confiado. A primeros de marzo de 1945 se reconquistó Birmania septentrional y las unidades avanzadas del Ejército 14 se encontraban ya en la otra orilla del Irawadi, preparadas para avanzar hacia Mandalay y Lashio, concluyendo con ello la Operación "Capital".

A fines de agosto de 1944 terminó la batalla por Imphal y el Ejército 15 japonés se hallaba en plena retirada. Los restos de las Divisiones niponas 15 y 31 estaban luchando con todas sus fuerzas para cruzar el Chindwin, mientras la más temible División 33 continuaba resistiendo tenazmente en el valle de Kabaw y en la carretera de Tiddim para cubrir la retirada y proteger los depósitos de abastecimientos de la retaguardia.

Aunque se había ganado la batalla, el monzón, un enemigo tan temible como los japoneses, estaba aún en pleno apogeo.

Los soldados británicos operaban en condiciones pésimas, pero aún se presentaban peores para los japoneses. Teniendo que alimentarse con frecuencia a base de serpientes, raíces y hierba, y con escaso material sanitario, morían como moscas. Cuando los soldados del Ejército 14 de Slim llegaron a Tamu, en el valle de Kabaw, aquello sólo podía definirse como una «aldea de muerte». En todos los rincones había cadáveres: en los hospitales improvisados, por las calles (que lo eran sólo de nombre) y a los pies de plácidos Budas. Parecidos espectáculos vieron las patrullas que marchaban hacia el Chindwin: las pequeñas cabañas que se levantaban en las orillas estaban llenas de cadáveres y de moribundos; en una sola cabaña se encontraron, entre una suciedad indescriptible, 80 hombres, y sólo uno de ellos estaba vivo todavía.

«La reconquista de toda Birmania...»

Después de meses de conversaciones entre los jefes de Estado Mayor británicos y norteamericanos se tomó al fin una decisión sobre las futuras operaciones en Birmania, y el 16 de septiembre



Soldados pertenecientes al Ejército 14 británico cruzan en transbordadores el río Chindwin. De acuerdo con lo establecido en los planes de la Operación «Capital», el día 2 de diciembre de 1944 la División 11 de África oriental y la División 5 india habían constituido una cabeza de puente sobre el Chindwin, en Kalewa. (Imperial War Museum)

de 1944, al comandante en jefe aliado en Asia sudoriental (SACSEA), almirante Mountbatten, se le dieron instrucciones que preveían dos operaciones denominadas respectivamente «Capital» y «Drácula».

La Operación «Capital» suponía un avance del Ejército 14 y del NCAC de Stilwell hasta la línea Pakokku-Mandalay-Lashio, para garantizar las comunicaciones terrestres con China: en otras palabras, la operación estaba destinada a proteger la carretera que en aquellos momentos estaba construyendo el NCAC y que debía unirse a la vieja carretera de Birmania, al norte de Lashio, así como el oleoducto, también en construcción, que seguiría su recorrido.

La Operación «Drácula» preveía, en cambio, la conquista de Rangún mediante una operación anfibia y aerotransportada.

La primera frase de la directiva indicaba a Mountbatten lo que debía ser su objetivo: «Vuestro objetivo es la reconquista de toda Birmania en el tiempo más corto posible». Continuaba observando que, sin perjudicar para nada la seguridad de las comunicaciones aéreas y terrestres con China, se aprobaban las siguientes operaciones:

- ante todo, las fases de la Operación «Capital» necesarias para asegurar las comunicaciones con China;
- en segundo lugar, la continuación de la Operación «Capital» y la realización de la Operación «Drácula» antes del monzón de 1945; fecha prevista: 15 de marzo;
- en tercer lugar, si se manifestaba la necesidad de aplazar la Operación «Drácula» hasta el final del monzón, desarrollar con la máxima profundidad la Operación «Capital», sin comprometer el comienzo de la Operación «Drácula» en noviembre de 1945.

Ya en junio, cuando el Cuerpo de Ejército IV estaba aún asediado en Imphal, Mountbatten había impartido instrucciones precisas al general Giffard, comandante del Grupo de Ejércitos XI y responsable de todas las operaciones en Assam y Arakan. Debía restablecer las comunicaciones entre Dimapur e Imphal y rechazar a los japoneses de la zona oeste del Chindwin, entre Yuwa, al Sur, y Tamanthi, al Norte, manteniéndose preparado para pasar al ataque cruzando el río en el trecho comprendido entre estos dos puntos en cuanto acabase el monzón. Estas instrucciones habían sido transmitidas al general Slim, y en el Ejército 14 había comenzado el trabajo de planificación para ponerlas en práctica.

Para llevar a la práctica las instrucciones que le había dado el Grupo de Ejércitos XI, el 6 de agosto Slim ordenó al general Stopford, responsable de todas las operaciones en el frente central, que presionase sin tregua al enemigo siguiendo tres direcciones: a lo largo de la carretera de Tiddim hasta Kalemyo, por el valle de Kabaw, desde Tamu hasta Kalemyo, y por la pista que partía de Tamy y llegaba a Sittaung, sobre el Chindwin. También le ordenaba que ocupase Sittaung y, a ser posible, Kalewa, y estuviese preparado para constituir allí una cabeza de puente.

Unos días después de que se cursaran estas órdenes comenzó la persecución a través del valle de Kabaw por parte de la División 11 de África oriental y a lo largo de la carretera de Tiddim por parte de la División 5 india. En ambos casos los obstáculos naturales fueron más difíciles de superar que la resistencia enemiga.

Sólo tres meses después, el 13 de noviembre, en gran parte a causa de estas enormes dificultades naturales encontradas, las dos divisiones pudieron unirse en Kalewa. Mientras tanto, se habían constituido cabezas de puente en Mawlaik y Sittaung. El 2 de diciembre, los hombres de la División 11 conquistaron Kalewa, y ocho días más tarde se tendió sobre el Chindwin un puente *Bailey* de 35 metros de longitud, el más largo que jamás se había montado. Con ello terminaba la primera fase de la Operación «Capital» y el Ejército 14 estaba dispuesto para el avance hacia Mandalay.

Los objetivos japoneses

¿Qué había sido mientras tanto de los japoneses? ¿Cuáles eran los planes del general Kimura?

Este general estaba considerado como uno de los más hábiles jefes nipones y a la sazón mandaba las fuerzas que operaban en el sector birmano, ocupando el lugar de Kawabe, destituido después del desastre de Imphal. El cometido que se le había asignado era defender las zonas estratégicamente vitales de Birmania meridional, comprendida la costa sudoccidental, y, al mismo tiempo, procurar interrumpir las vías de comunicación de los Aliados con China. Para realizar esta misión Kimura disponía de tres Ejércitos, que comprendían diez divisiones y dos regimientos; una fuerza considerable sobre el papel, pero mucho menos numerosa en la realidad, pues todas las grandes unidades estaban incompletas.

En su opinión los campos petrolíferos de Yenangyaung y los grandes arrozales del delta del Irawadi eran indispensables para mantener la eficacia de sus Ejércitos; por lo tanto, para proteger aquellas zonas vitales debía guarnecer una línea que, partiendo de Mandalay, pasaba por Yenangyaung y llegaba a la isla de Ramree. En lo referente al enemigo, Kimura suponía que el general Slim intentaría cruzar el Irawadi por numerosos puntos, concentrando el esfuerzo mayor en alguna localidad comprendida entre el puente de Ava, al oeste de Mandalay, y Myinmu. No excluía tampoco la posibilidad de operaciones aerotransportadas contra Maymyo y Meiktila. Así, basándose en estas consideraciones, Kimura desplegó sus fuerzas del modo siguiente:

- al Norte, el Ejército 33 (general Honda), constituido por dos divisiones y un regimiento, debía guarnecer la línea Lashio-Mandalay;
- en el centro, el Ejército 15 (general Katamura), cuyas divisiones 15, 31, 33 y 53 sumaban casi 21.500 hombres, defendería la línea del río desde Mandalay hasta Pakokku y Meiktila;
- algo más al Sur, el Ejército 28 (general Sakurai), que comprendía dos divisiones y un regimiento, tendría la misión de defender los campos petrolíferos de Yenangyaung, la costa de Arakan y el delta del Irawadi.

Kimura mantuvo a la reserva en posición central en las principales vías de comunicación, para poderla enviar rápidamente en apoyo del Ejército 15 o del 28. Para la verdadera defensa de la línea del Irawadi, una vez efectuadas acciones de hostigamiento a fin de retrasar el avance enemigo, decidió que sus unidades se replegasen detrás del río antes del 1 de diciembre; deberían establecerse en posiciones defensivas, pero preparadas al mismo tiempo para lanzar contraataques en cuanto se presentase una ocasión favorable.

La elección del plan definitivo

Durante varias semanas, antes de que el 16 de septiembre los jefes del Estado Mayor conjunto diesen las instrucciones, en el SEAC se habían estudiado numerosos planes alternativos; uno de ellos preveía que el Ejército 14 se asegurase el control de la llanura de Shwebo y que fuerzas de Stilwell y unidades chinas descendiesen hacia el Sur, a lo largo de la dirección de Myitkyina, para unirse al Ejército 14 cerca de Maymyo. Puesto que este plan era del agrado de Giffard y Slim, el primero había dado a Slim instrucciones que no sólo preveían el desarrollo de la fase recién concluida, sino que suponían también la preparación de una ofensiva terrestre y aerotransportada destinada a liberar la región de Birmania comprendida entre el Chindwin y el Irawadi y avanzar luego hacia el Sur, hasta Mandalay.

Aunque se daba cuenta de la importancia política de la conquista de Mandalay, el general Slim estaba muy preocupado por aniquilar lo antes posible al Ejército del sector birmano, pues sabía que con la llegada de los monzones y con la consiguiente dificultad para asegurar eficaces servicios logísticos a sus unidades, después del cruce del Irawadi deberían reducirse los efectivos del Ejército 14. Además, era evidente que, una vez aniquilados los Ejércitos japoneses, toda Birmania caería en sus manos. Fue precisamente al pensar en este objetivo cuando el Estado Mayor se apresuró a elaborar el plan de las operaciones futuras, un plan lleno de graves problemas.

Era de gran importancia decidir dónde convenía obligar a los nipones a entablar batalla. El general Slim resolvió esta cuestión eligiendo la llanura de Shwebo, en la zona árida de Birmania, que ofrecía condiciones similares a las del desierto occidental y que, por lo tanto, le permitiría aprovechar eficazmente tanto las fuerzas acorazadas (superiores a las japonesas por el número y la calidad) como la superioridad aérea. Además, era evidente que si se conseguía obligar a Kimura a combatir en el meandro del Irawadi, el general japonés tendría el gran inconveniente de tener el ancho río a su espalda. Asimismo, la rapidez era un factor de importancia vital, y cuanto antes consiguiese el Ejército 14 ponerse en movimiento con todas las divisiones, las fuerzas acorazadas y los aviones disponibles, mayores serían las posibilidades de victoria.

Eran mucho más complejos los problemas referentes al envío regular de abastecimientos al Ejército 14 una vez cruzado el Chindwin. La estación ferroviaria terminal de Dimapur estaba a 650 km de distancia de Shwebo, y 400 de ellos se debían recorrer por una pista de tierra apisonada, que resultaría impracticable si no se conseguía dejarla en condiciones de resistir a todo tipo de inclemencias atmosféricas antes de la llegada del monzón; a su vez, las bases de abastecimiento de los aviones se encontrarían a una distancia de 420 km, distancia ligeramente superior a la autonomía «económica» máxima de los aparatos de transporte; además, los camiones, los aviones, los aeródromos y el material técnico con el que se podía contar eran insuficientes para las necesidades. Por último, las vías de comunicación deberían extenderse por el malsano valle de Kabaw por lo que las bajas entre las tropas destinadas a actividades logísticas serían sin duda elevadas.

En noviembre de 1944, como el general Slim había esperado, todos los partes del Servicio de Información indicaban que Kimura tenía la intención de establecerse al norte del Irawadi, situando el flanco septentrional a lo largo de los 200 km de los Zibyu Taungdan, una serie de alturas que se extendían a lo largo de 40 km al este del Chindwin. Se trataba de una zona ideal para la defensa, y era lógico prever que los japoneses opondrían una tenaz resistencia para dar tiempo al Ejército 15 de reorganizar sus malparadas divisiones. Fue precisamente basándose en esta valoración formulada por el Servicio de Información como el general Slim preparó su plan para la ofensiva que desencadenarían, a partir del 3 de diciembre, los Cuerpos de Ejército IV y XXXIII.

El objetivo de ambas unidades eran los aeródromos japoneses situados en la zona de Ye-u y Shwebo. A la izquierda desplegaba el Cuerpo de Ejército IV, mandado por el experto teniente general F. W. Messervy. Este Cuerpo de Ejército comprendía la División 7 (general G. C. Evans), la División 19 (general T. W. Rees), la Brigada 268 y la Brigada Acorazada 255. El citado Cuerpo de Ejército IV debía irrumpir desde la cabeza de puente de Sittaung y, abriéndose por la fuerza camino por los montes Zibyu Taungdan, conquistar Pinlebu y Pinbon, para efectuar después una conversión al Sur y conquistar Shwebo. Para esta última operación se mantendría una división al oeste del Chindwin hasta que se requiriese su intervención.

Tropas de la División 36 británica a las órdenes de Stilwell atravesando el río Irawadi. El 15 de diciembre de 1944 los hombres de esta división se unieron en Indaw con las tropas de la División 19 pertenecientes al Cuerpo de Ejército IV británico de Messervy. (Rapho/Foto)



Por la derecha, el Cuerpo de Ejército XXXIII (teniente general Stopford), que comprendía la División 2 británica (general C. C. G. Nicholson), la División 20 (general D. D. Gracey) y la Brigada Acorazada 254, debía lanzarse al ataque de la cabeza de puente de Kalewa y avanzar en un amplio frente a ambos lados de la carretera que conducía a Ye-u y Monywa.

Para asegurar una adecuada protección del flanco derecho, la Brigada *Lushai* y otra brigada recién llegada de África Oriental, la 28, recibieron órdenes de proceder por la orilla derecha del Chindwin en dirección a Gangaw.

El 4 de diciembre, la División 19, unidad de cabeza del Cuerpo de Ejército IV, se lanzó al ataque desde la cabeza de puente de Sittaung, dirigiéndose hacia Pinlebu y Pinbon. Se trataba de una división desprovista de experiencia, y además tendría la desventaja de operar durante bastante tiempo sin artillería propia ni medios de transporte propios, pues no se dispuso de embarcaciones ni de balsas suficientes para efectuar el cruce del Chindwin, río de 180 m de anchura. No obstante, siguiendo la orden dada por el Ejército 14 (cuyas últimas palabras eran: «Es, pues, legítimo que corráis riesgos, que en otras circunstancias no serían justificados, con el fin de efectuar un rápido avance hacia la zona de Indaw y Wuntho») y estimulada por el ejemplo de su comandante, la citada división efectuó rápidos avances.

En ocho días la División 19 rebasó los montes Zibyu Taungdan, y el 15 de diciembre algunas patrullas establecieron contacto con la División 36 (general F. W. Festing) en Indaw, a 145 km al este de Sittaung: bajo las órdenes de Stilwell, esta última división avanzaba hacia el Sur por la orilla oriental del Irawadi. Finalmente, después de tanto tiempo, se extendía un frente unido a través de Birmania septentrional.

Sin embargo, hacía ya algunos días que el general Slim sospechaba que sus previsiones respecto a la intención de Kimura de resistir al norte del Irawadi eran equivocadas: de documentos capturados e informaciones proporcionadas por los indígenas se desprendía que, exceptuando algunas unidades de retaguardia, el grueso de las fuerzas japonesas había cruzado el río; la información parecía confirmarse por la escasa resistencia encontrada en su camino por la División 19. Por lo tanto, había llegado el momento de decidir si convenía continuar la operación según lo establecido o transformar radicalmente el plan. Entre las alternativas posibles, el general Slim decidió escoger la más audaz, convencido de que, de este modo, tendría más posibilidades de aniquilar definitivamente al enemigo. En realidad, la situación se presentaba en los términos siguientes: en vez de destruir primero a los japoneses y cruzar luego el río, sería preciso cruzar el río y empeñar después a los japoneses al sur y al este del Irawadi. El plan que elaboró Slim fue la operación estratégica más genial de toda la campaña de Birmania.

A unos 110 km en línea recta al sur de Mandalay surgían Meiktila y Thazi, los puntos principales de enlace del sistema logístico japonés que aseguraba los abastecimientos de los Ejércitos 15 y 33. Además de contener todos los depósitos de abastecimientos y de municiones, los aeródromos y los hospitales, esta zona era el centro de las vías de comunicación ferroviarias y de carreteras procedentes de Rangún. Si se bloqueaba este centro logístico, todas las fuerzas niponas que operaban en el norte de Birmania quedarían paralizadas, y Kimura se vería obligado a tomar radicales medidas para asegurarse de nuevo el control de la zona. Se trataba de un objetivo muy importante; pero el problema era hacer llegar a Meiktila fuerzas de suficiente entidad que pudieran resistir hasta la llegada de otras unidades.

Una decisión audaz

No se disponía de fuerzas aerotransportadas ni de aviones para una operación de este tipo, y el envolvimiento de Mandalay por el Este no era posible, pues las vías de comunicación que se extendían de Norte a Sur no eran lo suficientemente buenas para permitir el paso de grandes unidades acompañadas de fuerzas acorazadas. Sin embargo, había una pista para carros que partía de Kalemyo hacia el Sur, pasando por Gangaw, Tilin y Pauk, donde terminaba la jungla, para llegar después hasta Pakokku, a orillas del Irawadi; desde allí, una carretera corría hacia el Este y llegaba a Meiktila.

El 16 de diciembre, Slim informó al mando de las fuerzas terrestres aliadas en Asia sudoriental que había modificado el plan precedente, y dos días después presentó un esquema de la nueva operación, que denominó «Extended Capital». Aquel mismo día, Slim se entrevistó en Tamu con sus dos comandantes de Cuerpo de Ejército y les dio las órdenes para la realización del nuevo plan.

La operación debía desarrollarse en cuatro fases.

- Ante todo, el Cuerpo de Ejército XXXIII, que encuadraba a la División 19 y a la Brigada 268, debía ocupar las zonas de Shwebo y de Monywa, según lo previsto con anterioridad; aproximarse luego al Irawadi y tratar de dar la impresión de que el único objetivo del Ejército 14 era Mandalay. Al mismo tiempo el Cuerpo de Ejército IV, con las Divisiones 7 y 17, la Brigada 28 de África oriental y la Brigada Acorazada 255, debía proceder hacia el Sur alcanzando sucesivamente Gangaw, Tilin y Pauk y apoderándose por último de una cabeza de puente en los alrededores de Pakokku.
- En segundo lugar, mientras el Cuerpo de Ejército XXXIII atacaba Mandalay y cruzaba el Irawadi al norte y al oeste de la ciudad, el Cuerpo de Ejército IV se apoderaría de Meiktila, obligando así a Kimura a utilizar sus reservas. Las fechas previstas asignadas al Cuerpo de Ejército IV para conseguir sus objetivos fueron el 31 de enero (Pakokku) y el 28 de febrero (Meiktila); si bien luego tuvieron que modificarse.
- La tercera y cuarta fases consistirían en la persecución de los japoneses hasta la conquista de un puerto en el sur de Birmania, si era preciso con la ayuda de fuerzas aerotransportadas. Con el fin de permitir el flujo de abastecimientos por vía aérea, cada uno de los dos Cuerpos de Ejército debía preparar aeródromos provisionales cada 80 km, trabajo que sería relativamente sencillo gracias a la utilización de medios mecánicos, a la naturaleza del terreno (abierto y seco) y a la estación propicia.

Engañar a los japoneses

Como era muy importante impedir que los japoneses se dieran cuenta de las modificaciones del plan primitivo, se tomaron medidas esenciales encaminadas a engañarles. En el Norte se creó un puesto de mando ficticio del Cuerpo de Ejército IV, a través del cual se hacían pasar todas las comunicaciones de la División 19, así como mensajes falsos para dar la impresión de que el Cuerpo de Ejército estaba operando aún en aquel flanco; en cambio, todas las unidades del verdadero Cuerpo de Ejército IV deberían abstenerse totalmente de mandar mensajes por radio hasta que estuviese a punto de comenzar la operación de cruce del río. Finalmente guiaría el avance del Cuerpo de Ejército IV la Brigada 28 de África oriental, para inducir a los japoneses a creer que la División 11 era la única unidad que operaba en aquel sector.

Las tropas más septentrionales de la División 33 japonesa, que guarnecía la vía de acceso a Pakokku, estaban en contacto con la Brigada *Lushai* en Gangaw; pero después de una incursión aérea efectuada el 10 de enero con la participación de numerosos bombarderos pesados, sus posiciones quedaron completamente pulverizadas, y la Brigada 28 de África oriental pudo ocupar el pueblo y arrebatar a los japoneses el control de esta parte del frente.

El día 19 de enero empezó el avance, guiado por la Brigada de África oriental; una semana después, con cuatro días de anticipación respecto al plan previsto, una brigada de la División 7 conquistó Pauk, efectuando un movimiento envolvente por las montañas. Desde las alturas situadas al este del pueblo, sus hombres pudieron ver por vez primera, emocionados, el majestuoso Irawadi en la brumosa lejanía. Aproximadamente en aquel mismo momento, la última brigada de la División 7, destinada a efectuar el cruce, conquistaba Gangaw y entraba en contacto con el río.

Mientras tanto, los ingenieros trabajaban sin descanso para mejorar la pista. Ponerla en condiciones de soportar el paso de los vehículos que transportaban los carros de combate y de los gigantescos camiones que llevaban el material para la construcción de los puentes era un trabajo enorme, que requería la utilización no sólo de todos los ingenieros disponibles, sino también de gran número de elefantes.

Desde el comienzo, la idea de Messervy había sido que, una vez conquistada la cabeza de puente por la División 7, la División 17 efectuase, apoyada por carros de combate, un rápido avance hacia Meiktila; pero en aquella fase inicial no fue posible fijar con precisión el punto más adecuado para el cruce. Pakokku parecía la localidad más idónea, puesto que de allí salía la vía de acceso más corta a Meiktila; pero, precisamente por tratarse de la elección más evidente (y, por lo tanto, previsible) la elección acabó recayendo en Nyaungu, a unos 30 km más al Sur. En aquella localidad el cauce del río era más estrecho (aunque de todas formas llegaba a la respetable anchura de 800 m), lo que reduciría el tiempo necesario para el paso de las fuerzas de asalto a la orilla oriental; además de Nyaungu irradiaban numerosas pistas, hecho que facilitaría la irrupción desde la cabeza de puente. Desde luego, difícilmente la elección habría podido recaer en un lugar más adecuado, en efecto, aunque el Cuerpo de Ejército IV lo ignoraba aún, precisamente por Nyaungu pasaba el límite de sector entre los Ejércitos 15 y 28 japoneses, y ninguna de las dos grandes unidades niponas había tomado medidas adecuadas para defender la localidad. La defensa de Nyaungu se había asignado a elementos del Ejército nacional indio, que nunca había destacado por un gran espíritu combativo.

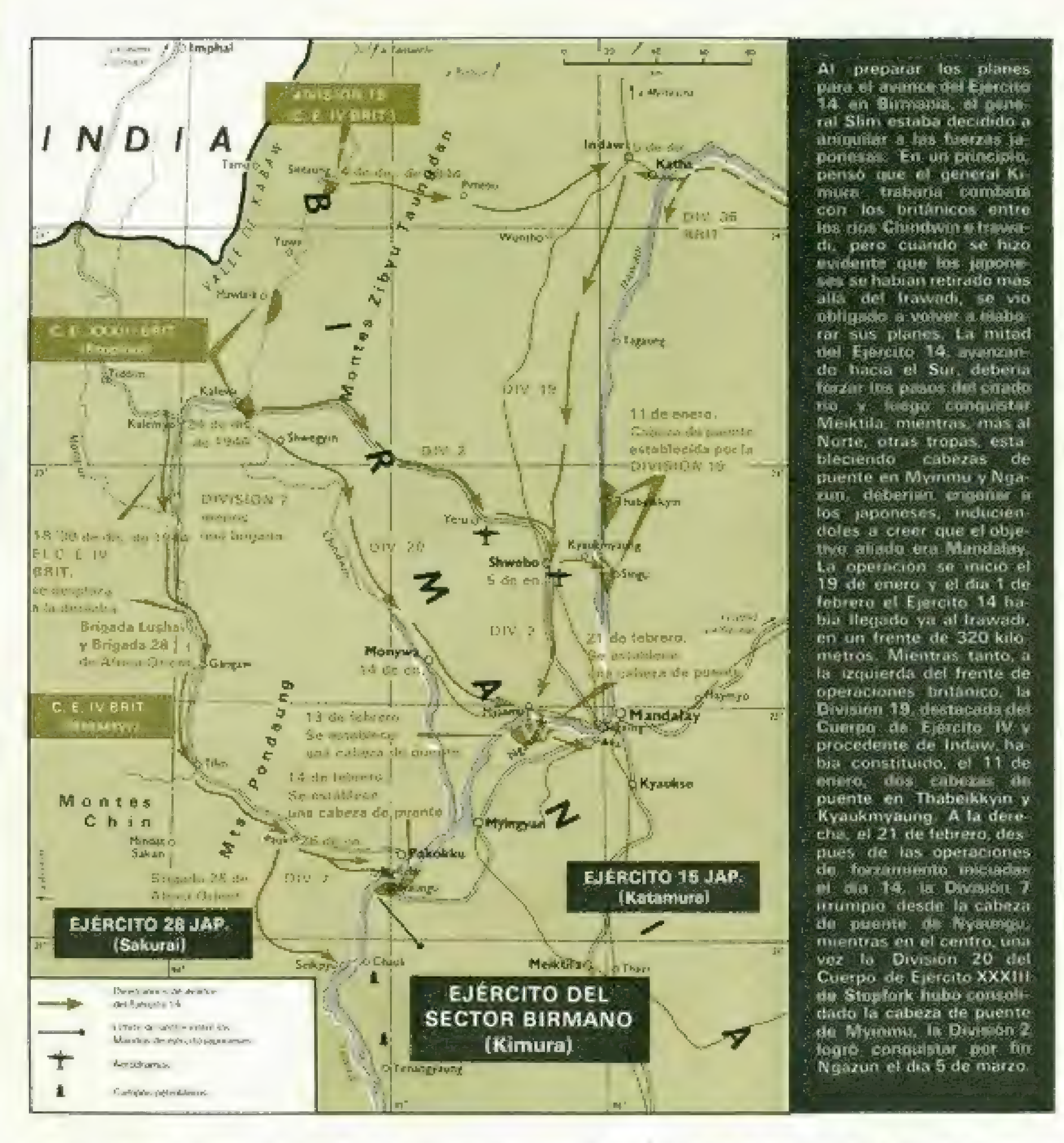
Falsos planes de cruce

En lo referente al cruce propiamente dicho, para que en la medida de lo posible no lo dificultasen fuerzas japonesas importantes, se elaboraron otros complejos planes para inducir al mando nipón a considerar que el lugar escogido no era Nyaungu.

A unos 70 km al sur de Pauk surgía el pueblo de Seikpyu. Como se trataba a todas luces de un objetivo tentador, el 2 de febrero, arrastrando detrás de sus camiones ramas de árbol para levantar más polvo y dar la sensación de que se trataba de una columna más numerosa de lo que era en realidad, la Brigada de África oriental avanzó hacia Seikpyu para inducir al enemigo a creer que el cruce principal se intentaría frente a Chauk.

Al mismo tiempo, la División 7 ejerció una enérgica presión en dirección a Pakokku, como si fuese a cruzar el río en aquel punto. Al final, mientras estas dos operaciones estaban en pleno desarrollo y los japoneses se concentraban en las dos localidades, se proyectó desplazar lateralmente, hacia el Sur, al grueso de la División 7, llegando en el último momento a la zona de Myitche para emprender la verdadera operación de cruce.

Era evidente que los japoneses se habían dejado engañar; las observaciones de Tanaka respecto a las operaciones del 5 al 14 de febrero fueron, en efecto, las siguientes: «Como he dicho



Al preparar los planes para el avance del Ejército 14 en Birmania, el general Slim estaba decidido a aniquilar a las fuerzas japonesas. En un principio, pensó que el general Kimura trabaría combate con los británicos entre los ríos Chindwin e Irawadi, pero cuando se hizo evidente que los japoneses se habían retirado más allá del Irawadi, se vio obligado a volver a elaborar sus planes. La mitad del Ejército 14, avanzando hacia el Sur, debería forzar los pasos del citado río y luego conquistar Meiktila, mientras, más al Norte, otras tropas, estableciendo cabezas de puente en Myinmu y Ngazun, deberían engañar a los japoneses, induciéndoles a creer que el objetivo aliado era Mandalay. La operación se inició el 19 de enero y el día 1 de febrero el Ejército 14 había llegado ya al Irawadi, en un frente de 320 kilómetros. Mientras tanto, a la izquierda del frente de operaciones británico, la División 19, destacada del Cuerpo de Ejército IV y procedente de Indaw, había constituido, el 11 de enero, dos cabezas de puente en Thabeikkyin y Kyaukmyaung. A la derecha, el 21 de febrero, después de las operaciones de forzamiento iniciadas el día 14, la División 7 irrumpió desde la cabeza de puente de Nyaungu, mientras en el centro, una vez la División 20 del Cuerpo de Ejército XXXIII de Stopfork hubo consolidado la cabeza de puente de Myinmu, la División 2 logró conquistar por fin Ngazun el día 5 de marzo.

antes, nuestro frente defensivo era demasiado amplio, y no podíamos saber en qué punto cruzarían el río los Aliados».

Sin embargo, era preciso llevar a cabo ingentes trabajos en la orilla oriental del río, frente a Nyaungu, con el fin de permitir que los camiones bajaran al agua; y, naturalmente, todo ello no se podía efectuar ante los ojos de los japoneses establecidos en la orilla opuesta. Por lo tanto, se escogió para el cruce un lugar situado a 1,5 km más arriba. Una vez pasado el río, el primer objetivo sería la conquista de Nyaungu, de forma que los ingenieros pudieran empezar a trabajar en la localidad prevista para el cruce principal.

Los japoneses reaccionaron con violencia, defendiendo obstinadamente las vías de acceso a Pakokku y lanzando contra los hombres de la Brigada de África Oriental duros contraataques; además, el estado de las embarcaciones creó allí graves problemas. Después de ser arrastradas a través de centenares de kilómetros por pistas en pésimas condiciones, se encontraban en un estado lastimoso; pero el tiempo apremiaba, y gracias a la extraordinaria habilidad y determinación de los técnicos del cuerpo de ingenieros electrotécnicos y mecánicos indios se consiguió ponerlas en situación de ser utilizadas.

Poco después de medianoche del 13 de febrero terminaron los preparativos; los hombres de la brigada de asalto estaban en posición, con las embarcaciones preparadas y los cañones esperando la orden de abrir fuego. Hasta entonces los japoneses no habían dado señales de sospechar nada. Y así, en el silencio más completo, a las 4 de la madrugada del día de San Valentín (14 de febrero), se inició el más largo cruce de un río de la segunda Guerra Mundial, y quizás de toda la historia.

Después de un revés inicial (sólo una compañía del batallón de asalto consiguió llegar a la orilla opuesta), se sometió a la orilla oriental a un denso fuego por parte de todas las piezas de artillería disponibles y de los aviones de seis grupos de la RAF y de la USAAF. Una densa cortina de humo, a través de la cual no se veían más que los resplandores de las explosiones, cubrió las riberas enemigas, y entonces la segunda oleada pudo cruzar el río sin que los japoneses dispararan ni un solo proyectil contra ella.

La única resistencia que se encontró durante el cruce fue la ofrecida por un batallón enviado por Tanaka; pero dicha unidad llegó cuando la operación de cruce ya había comenzado, por lo que su intervención se produjo demasiado tarde.

Tres días después: el hundimiento

Al atardecer de aquel mismo día, la brigada de asalto se había establecido en la orilla opuesta, con seis carros de combate y algunos mulos y *jeeps*. La tarde del día siguiente, la cabeza de puente alcanzaba ya una profundidad de 4 km. Tres días después, caída Nyaungu, la División 17 y la brigada acorazada empezaron a cruzar el río, y el 21 de febrero, al cabo de una semana del ataque inicial, todas estas fuerzas irrumpieron desde la cabeza de puente.

La víspera de Navidad, el Cuerpo de Ejército XXXIII de Stopford había comenzado a avanzar a su vez desde la cabeza de puente de Kalewa, dirigiéndose la División 20 hacia Monywa y la 2 hacia Shwebo. Efectuando una conversión al Sur, también la División 19 se puso en marcha hacia Shwebo, preparándose al mismo tiempo para constituir una cabeza de puente al otro lado del Irawadi, en las proximidades de Thabeikkyin, como movimiento preliminar para el avance hacia Mandalay.

En Shwegyin, al este de Kalewa, los hombres de la División 20 pasaron junto a los carros de combate de la Brigada Acorazada 7 abandonados durante la retirada de 1942. Estos restos parecían no haberse resentido demasiado de los tres monzones que se habían abatido sobre ellos; en realidad, no les habían afectado en absoluto, pues parece ser que los técnicos sacaban de ellos piezas todavía en buen estado para poder ser utilizadas.

A causa de algunos retrasos motivados por la obstinada resistencia japonesa y a lluvias fuera de estación, que inmovilizaron temporalmente a todos los medios de transporte, la División 20 no llegó a la periferia de Monywa hasta el 14 de enero; nueve días después, contingentes de las Divisiones 2 y 19 conquistaron Shwebo, y el 11 de enero esta última unidad estaba ya consolidando sus cabezas de puente en las proximidades de Thabeikkyin y de Kyaukmyaung.

Entonces fue cuando se dejaron sentir con todo su peso los problemas de tipo logístico para el Cuerpo de Ejército XXXIII, y especialmente para la División 19, cuyas vías de comunicación no habían seguido el ritmo de su avance. Además, las desfavorables condiciones atmosféricas retrasaron la llegada de la Brigada Acorazada 254 sobre sus propios medios de transporte, y estos carros de combate serían muy necesarios una vez llegados al río. Así, antes de efectuar el último salto hacia el río Irawadi, las operaciones debieron suspenderse durante unos quince días a fin de permitir una adecuada acumulación de abastecimientos.

Desde mediados de enero hasta fines del mismo mes, elementos del Ejército 15 japonés de Katamura lanzaron fanáticos e incesantes ataques contra las cabezas de puente de la División 19, intentando hacer retroceder a los Aliados hasta el otro lado del río y neutralizar la amenaza que pendía sobre Mandalay en aquella dirección.

Kimura y Katamura todavía no habían logrado hacerse una idea del lugar exacto en el que el Ejército 14 lanzaría su golpe decisivo, y el general Slim, por su parte, consiguió hábilmente mantener sus dudas cruzando el río en distintos momentos y de forma aparentemente dispersa en un amplio frente.

La cabeza de puente de la División 19 ya había llamado la atención de los japoneses, y todo parecía indicar que el objetivo de los Aliados iba a ser Mandalay, especialmente cuando, desde el 11 de febrero, la División 19 empezó a dirigirse hacia el Sur.

Pero el 12 de febrero, al anochecer, la División 20 inició las operaciones de cruce en Myinmu, 50 km al este de Monywa, y entonces los japoneses concentraron su atención en aquel punto. Durante tres semanas, hasta el 5 de marzo, la cabeza de puente fue escenario de desesperados combates. Las bajas fueron considerables por ambos bandos; pero la División 20 supo empeñar tan a fondo a los nipones que al día siguiente cuando la División 7 cruzó el Irawadi en Nyaungu, los japoneses no pudieron hacer frente a la amenaza del Ejército 14 contra Meiktila.

Finalmente, la División 2, que a causa de la escasez de embarcaciones y de balsas se había visto obligada a esperar que la División 20 hubiera consolidado su cabeza de puente, empezó a cruzar el río el 21 de febrero en Ngazun. También en esta ocasión los japoneses se batieron con gran tenacidad: incluso se vieron oficiales nipones encaramarse a los carros de combate británicos y atacar a los hombres de la tripulación a golpes de espada a través de las torretas abiertas. Pero pese a todo, el 5 de marzo la División 2 había llegado a la otra orilla del río y se disponía a avanzar hacia el Este, en dirección a Mandalay. Así, pues, en el frente del Ejército 14, todas las unidades estaban preparadas para las operaciones que iban a terminar con la resistencia japonesa en Birmania.



BIRMANIA GUERRA EN LA SOMBRA

Richard Livingstone

Desde la primavera de 1942, cuando los japoneses rechazaron a las fuerzas angloindias de las llanuras de Birmania central, hasta el otoño de 1944, momento en que el Ejército 14 de Slim volvió allí vencedor, la guerra se combatió en la jungla, a lo largo de un arco de 1000 km que va desde las primeras estribaciones del Himalaya hasta los pantanos de la costa del Arakan. En aquella vasta zona –decenas de millares de kilómetros cuadrados de montañas y de jungla– se pueden perder de vista incluso grandes Ejércitos. El que se encuentra en tierra firme sólo puede percibir unos pocos metros de terreno a su alrededor, mientras, desde lo alto, el piloto no ve nada más que una alfombra de árboles, una extensión irregular de verde, sólo interrumpida de vez en cuando por pequeños claros punteados de cabañas.

Antes de 1941 se presuponía que la jungla favorecía la defensa; pero esto no era verdad del todo. Combatir en la jungla es como combatir en la niebla: son prácticamente inservibles las armas de largo alcance, lo que permite al atacante aproximarse mucho al adversario a costa de pérdidas insignificantes. Los bombarderos pesados y los cañones de gran calibre no sirven para nada si no existe algún objetivo visible contra el cual apuntar, y los carros de combate se reducen al cometido de casamatas móviles, cada una de las cuales debe ser escoltada muy de cerca por la infantería a fin de protegerla de un enemigo invisible.

Al principio la infantería japonesa, adiestrada para combatir en condiciones de esta clase, se encontró en neta ventaja. Pero en 1944 los soldados británicos e indios ya habían aprendido las reglas de aquel tipo de guerra y en ningún aspecto eran inferiores a sus adversarios. A medida que las perspectivas de un ataque en gran escala se fueron haciendo más concretas, resultó más indispensable procurarse informaciones exactas sobre las posiciones y las fuerzas del enemigo, por lo que se impuso recurrir a nuevos métodos y a fuerzas especiales para descubrir qué ocurría más allá de la primera línea enemiga. La llamada fuerza V aliada había operado en aquel sector desde el comienzo. Oficiales que conocían los dialectos y las poblaciones locales vivieron en la retaguardia japonesa y se trasladaron a través de ella, a veces durante semanas y meses, constituyendo una auténtica red de espionaje entre los hombres de las tribus nativas –Chin y Kachin, arakanos, lushais y los fieles nagas– recogiendo informaciones y haciéndolas llegar a quien debían. (También los japoneses aplicaron esta técnica con una fuerza V propia y algunos hábiles individuos lograron pertenecer simultáneamente a ambas organizaciones.)

Una profusión de fuerzas especiales

Cuando en Europa se extendió la guerra hacia el interior del continente, se destinaron al teatro oriental muchas unidades anfibias pequeñas, que se encuadraron en un grupo (SOG, *Small Operations Group*) a las órdenes del coronel H. T. Tollemache.

- Existía la patrulla para operaciones combinadas, unidad que comprendía fuerzas del Ejército y de la Marina, que casi siempre utilizaba canoas y estaba especializada en la limpieza de playas y en asaltos anfibios. También había la unidad de reconocimiento a nado, cuyos hombres avanzaban hasta donde las canoas no hubieran podido llegar, y la sección de embarcaciones especiales (SBS) del comando número 2, en condiciones de avanzar hasta cualquier parte y de llevar a cabo todo lo que pudieran hacer las canoas.
- Además del SOG estaba la fuerza D, específicamente adiestrada y equipada para efectuar acciones diversivas, cuyas pequeñas patrullas sabían simular el ataque de una brigada completa mientras el ataque verdadero se desencadenaba en otro lugar.
- La fuerza 136 era un producto del SOE, pero sus hombres llevaban a cabo misteriosas operaciones sin dar cuenta a nadie, informando de los resultados al mando de Delhi.
- Finalmente, en el Arakan se encontraba una unidad americana de la OSS, muy bien equipada y que contaba con unos 40 hombres; si bien en algunos círculos se creía que estaban más interesados en las concesiones petrolíferas posbélicas que en las actividades de los japoneses.

Estas diversas unidades llevaron a cabo centenares de acciones en la retaguardia japonesa, desde reconocimientos a tender emboscadas y a preparar trampas explosivas. Pero la principal contribución de dichas unidades consistía en proporcionar una corriente de informaciones sobre las posiciones y los movimientos del enemigo, con lo que permitían a las unidades regulares atacar en fuerza en los lugares más adecuados.

Después de haber ocupado Akyab, el 2 de enero de 1945, el Cuerpo de Ejército XV comenzó inmediatamente a prepararse para otro avance hasta Kyaukpyu, situado a unos 100 km más al Sur, en la punta septentrional de la isla de Ramree. Las informaciones disponibles sugerían que los japoneses se estaban retirando de las islas, y que con toda probabilidad no opondrían una resistencia seria y que en Kyaukpyu sólo estaban presentes unos cincuenta japoneses. A pesar de ello, el general Christison ordenó al SBS del comando n.º 2 limpiar la zona y capturar uno o dos indígenas para someterlos a interrogatorio.

Es casi imposible decir cuál fue la operación «típica», pero el fragmento de un diario que copiamos a continuación puede servir para dar una idea de la atmósfera en que se desarrollaban casi todas aquellas acciones.

Teknaf, 15-1-1945.- Las embarcaciones se cargaron durante la noche anterior y zarpamos de Teknaf a las ocho, con nueve escuadras embarcadas en dos ML (*motorlaunches*, embarcaciones de motor) y una escuadra de dos hombres a bordo de una canoa. Esta vez habíamos escogido como punto de partida la pequeña ensenada bajo Catherine Bluff, y mientras los ML se balanceaban sobre las olas y los motores funcionaban al mínimo, descendimos a las embarcaciones. Nos pasaron linternas portátiles, prismáticos, aparatos de radio, armas, víveres y cantimploras y las colocamos en el fondo; finalmente nos dieron los largos remos. Una a una, las embarcaciones se alejaron y se situaron en sus posiciones respectivas.

Nos pusimos en movimiento a medianoche, a lo largo del estrecho canal entre la isla de Tankharo y Sinbaikchaing, impulsados por una vigorosa corriente. Después de recorrer un par de millas percibimos, por el lado de Tankharo, un gran fuego que arrojaba sobre el canal resplandores rojizos. Acordándonos del informe de Harry sobre los fuegos de vivac japoneses y los centinelas birmanos, dejamos de remar y nos deslizamos a favor de la corriente. Había bastantes hombres

En Birmania, uno de los "sectores olvidados" en el curso del segundo conflicto mundial, la acción de los comandos británicos contribuyó en gran medida a preparar el terreno para la ofensiva de Slim. En este capítulo se describe una de aquellas acciones –llevada a cabo antes de la campaña angloindia de 1945– que arroja una sugestiva luz sobre la forma en que los ingleses supieron aprovechar el éxito logrado en el Arakan.

en torno al fuego: se trataba de birmanos, pero ninguno se dio cuenta de nuestra presencia. Luego desembocamos en la amplia rada y vimos, a 6 km de nosotros, el vago perfil de la isla de Laws. Unos golpes de remo nos llevaron a ella y continuamos después inmersos en la sombra de la isla hasta que alcanzamos una pequeña ensenada arenosa. Después de habernos asegurado de que en los alrededores no había nadie y tras dejar centinelas en algunos puntos, trasladamos las embarcaciones a cubierto y nos preparamos para descabezar un breve sueño de una hora en espera del amanecer.

Isla de Laws, Kyaukpyu, 15-1-1945.- Apenas aclaró inspeccionamos la zona y preparamos un plan defensivo. Los cabos se pusieron de centinela, mientras oficiales y sargentos observaban con los prismáticos Kyaukpyu. Aunque en el curso de nuestra visita, una semana antes, habían encontrado la ciudad reducida a un montón de ruinas, ahora, desde aquella distancia, daba la impresión de estar intacta. Parecía que en la playa había alambradas y se veían algunas construcciones que tenían todo el aspecto de *bunkers*. Lo más interesante fue que desde el alba hasta las ocho pudimos divisar una incesante afluencia de gente que, desde Zaingchaung, acudía hacia Kyaukpyu. La cosa recordaba un día de mercado –admitiendo que hubiese alguno–, con más probabilidad, la existencia de trabajadores forzosos. Fuera lo que fuera, en Zaingchaung debía haber alguien al corriente de lo que sucedía en Kyaukpyu. Por la tarde, un centinela avisó que se estaba aproximando un indígena: el hombre, aprovechando la marea baja, estaba recogiendo crustáceos. Lo rodeamos y lo inmovilizamos: estaba pálido y temblaba de temor; el sargento Braganza (que era el intérprete) se afanó para tranquilizarle; pero pasó más de una hora antes de que volviera a razonar de una manera coherente. El indígena afirmó que los japoneses raramente llegaban hasta las islas, que no había ninguno en Kyaukpyu (cosa que ya sabíamos) y ni siquiera en Zaingchaung, lo cual sería magnífico si fuera verdad. Como no podríamos movernos antes de caer la noche y puesto que no queríamos que los isleños se enteraran de nuestra presencia, decidimos retener al indígena hasta el oscurecer. Yo partiría con cuatro escuadras para llegar a Zaingchaung, mientras Stan y los demás conducirían a nuestro hombre a su aldea.

Nos hicimos a la mar a las 20, y, cautelosamente y sin hacer ruido, nos acercamos a una estrecha playa pedregosa. En el otro extremo había un grupo de pescadores en torno a una hoguera, que se alteraron bastante al vernos de improviso. Tras algunas discusiones, un joven que llevaba un *longyi* blanco aceptó guiarnos a Zaingchaung, y seis de nosotros nos pusimos en camino hacia el interior; los cabos Burns y Palmer se quedaron para vigilar las embarcaciones.

Nuestro guía nos condujo a lo largo de un estrecho sendero que serpenteaba primero a través de la jungla y luego a través de los arrozales secos. Después de tres cuartos de hora de marcha llegamos a un grupo de casas circundadas por huertos vallados: en algunos sitios se percibían los tizones mortecinos de un fuego y, de vez en cuando, un murmullo de voces sofocadas salía de la oscuridad, a nuestro paso. El jefe de la aldea vivía en una bella casa de madera sobre palafitos. Dejé un hombre de guardia en el exterior e invité a los otros a vigilar las vías de acceso al pueblo, después de haber establecido que en caso de emergencia nos avisaríamos con silbidos convencionales. El guía llamó, y en el interior se oyó cierto barullo y sonido de voces; luego se asomó un anciano de grandes bigotes blancos. Tras un rápido diálogo en birmano, abrió la puerta y nos dejó entrar; en el local se encontraba también otro hombre anciano y una joven con un niño, que pronto se retiró.

Empecé diciendo al cabo Ba Than (perteneciente al Servicio de Información birmano y que actuaba de intérprete) que hiciera un discurso «tranquilizador», explicando que éramos amigos venidos para arrojar a los «japani»: que teníamos necesidad de su ayuda en forma de informaciones sobre el enemigo, y que cuando volviéramos nos acordaríamos que nos habían ayudado y también de los que no lo habían hecho. Ba Than tradujo frase por frase, mientras los demás asentían gravemente con la cabeza. Todo parecía deslizarse a maravilla. El anciano nos dijo que los indígenas ya estaban hartos de los «japani», y que se sentirían felices si volvieran los «ingaleik».

Pasamos luego a examinar la situación en Kyaukpyu, y el viejo nos dio muchísimas informaciones. Dijo que en Gonschwein se encontraban unos 300 japoneses. Tenían cañones y enrolaban a todo el mundo para cavar trincheras; por consiguiente, las cosas no estaban efectivamente como se creía en el Cuerpo de Ejército XV. Parecía que los japoneses no se habían portado demasiado mal, pero que habían procedido sin demasiados escrúpulos al enviar a todos, jóvenes y viejos, útiles e inútiles, al trabajo forzoso. El anciano nos suministró mucha información en cuanto al movimiento de tropas, las barcas motoras, vías de abastecimientos, etc., pero no pudo decirnos gran cosa sobre las verdaderas posiciones actuales de los japoneses.

Después de hora y media llegó el momento de irnos. Le dije que el general quería hablar con alguien que estuviera al corriente de lo que estaba sucediendo en Kyaukpyu. El jefe de la aldea protestó enérgicamente, diciendo que los japoneses le cortarían la cabeza: naturalmente, si en un momento de malhumor un habitante de la aldea hablase a los japoneses de aquel coloquio, aunque él no hubiera hecho la menor mención de él, sus horas estarían contadas. Le repliqué que las órdenes del general se debían obedecer y que, entre otras cosas, habría 50 rupias para quien quisiese venir, así como 20 rupias para el jefe de la aldea. Finalmente, nuestro guía, cuyo nombre era Aung Chan U, aceptó venir con nosotros, con tal que se le permitiera entregar el dinero a su mujer antes de partir. Llegado este momento saqué el cinturón que contenía el dinero y la entrevista concluyó con corteses gestos de saludo.

Volví a las embarcaciones a las 00,30 horas, y atravesamos de nuevo el río para llegar a la isla de Laws, donde nos separamos. Jimmy y Penn iniciaron con Aung Chan U, nuestro guía, su recorrido de 15 km para llegar a Catherine Bluff, donde, al amanecer, los recogería una ML para volver a Teknaf e informar sobre la marcha de la operación. Los demás nos arrastramos alrededor de la abrupta costa hasta que vimos las señales luminosas de la linterna de Stan, que nos guiaron luego hasta una minúscula ensenada escondida tras una escollera. Allí, cerca del agua, encontramos a Stan con un pequeño birmano, llamado San Hla Baw, que sabía hablar inglés. Por lo visto esperaban un ataque y San Hla Baw había llevado a su familia a la isla para que escapase del inminente peligro. Después de haber dejado cerca de las embarcaciones un piquete de guardia, nos llevó a su casa, donde fuimos muy bien acogidos por su familia. Saqué el plano y los blocs, y, a la luz temblorosa de la lámpara, pedí a San Hla Baw informaciones detalladas. Confirmó cuanto ya nos habían dicho Aung Chau U y el jefe de la aldea de Zaingchaung, pero con detalles mucho más precisos. Por lo que parecía, podía admitirse que los japoneses tenían en Ramree todo el Regimiento 121. Su II Batallón se encontraba en la zona de Kyaukpyu, con dos compañías en la playa de Gonschwein y el resto apostado en sólidas trincheras en el monte Peter y en Black Hill. Disponían de artillería, y su puesto de mando estaba situado en una gruta. Pensé que esta noticias suscitarían bastante alboroto en el Cuerpo de Ejército XV.

Pero cuando le indiqué que tenía que venir con nosotros, San Hla Baw perdió completamente el control de sí mismo. Comenzó a suplicarnos que no nos lo llevásemos; dijo que los japoneses matarían a su familia, señaló a los niños –que dormían serenamente a pesar de todo aquel jaleo– y añadió que quedarían sin padre; la abuela, mientras tanto, estaba sentada en el fondo de la estancia chupando su cigarro e interviniendo de vez en cuando con sonidos que tenían el aspecto de ser comentarios sarcásticos en arakano. Finalmente, se calmó y dijo que si lo dejábamos en paz volvería a Kyaukpyu a la noche siguiente –nadie se aventuraba por el mar de día temiendo a la RAF– de forma que lograría otras informaciones. Volvería a la noche siguiente para referírnoslas. Desde luego, había la posibilidad de que nos traicionase, pero pensé que podíamos neutralizar aquel peligro. Así pues acepté su propuesta, dándole 50 rupias y prometiéndole otras 50 cuando volviese, y le expliqué qué informaciones precisábamos.

Isla de Tankharo, 16-1-1945.- Hemos partido a las 03,30 horas y llegado a Tankharo para buscar un nuevo escondite. Aunque la playa estaba en gran parte cubierta de fango y de mangles, al amanecer, tras haber puesto de guardia algunos centinelas, logramos ponernos a cubierto, tomar un refrigerio y descansar. Por la tarde llegaron a la playa cazadores de ciervos, con perros, redes y largas lanzas. Sabían muy poco en cuanto a Kyaukpyu, pero confirmaron el fundamento de algunas otras informaciones. Conocían la «inspección» realizada por Jimmy en Thechaung la semana anterior, pero dijeron que los japoneses no estaban todavía al corriente de ella. Nos indicaron una fuente donde podríamos llenar las cantimploras y reanudaron su camino.

Isla de Laws, 17-1-1945.- Partimos a las 1,30 horas y volvimos a la isla de Laws, donde encontramos un nuevo pero incómodo escondite. Nos entrevistamos de nuevo con San Hla Baw, quien había llevado a cabo un espléndido trabajo, pues nos dio detalles de la exacta posición de dos de los tres cañones. Ahora ya podíamos trazar un croquis casi completo de las posiciones japonesas, y lo único que nos quedaba por hacer era trasladarlo al mando del Cuerpo de Ejército XV.

Akyab, 18-1-1945.- A media noche, cuando la marea era propicia, llegó el momento de partir. En fila india recorrimos el estrecho sendero y descendimos entre las rocas hasta la pequeña ensenada, donde Stan ya había dispuesto las embarcaciones. Después de haber colocado a San Hla Baw en la embarcación del sargento Smith, iniciamos las cuatro horas de remo que nos llevarían al lugar de la cita. Los amplios espacios de la rada, el perfil bajo de Kyaukpyu en lontananza y las aguzadas islas boscosas, todo se había hundido en la oscuridad y en el silencio. Al fin llegamos cerca de Catherine Bluff. No era fácil divisar la ML a la sombra de aquella peña alta y abrupta, pero, acercándonos bajo la costa, logramos descubrirla. La ML hizo señales desde los Pagoda Rocks (los escollos de la pagoda), el otro lugar de cita, y al poco rato las embarcaciones fueron izadas a bordo; mientras tanto, en las montañas comenzaban a despuntar las primeras luces del alba.

Las informaciones obtenidas gracias a esta acción permitieron al Cuerpo de Ejércitos XV modificar oportunamente los planes de ataque, y así, cuando el 21 de enero la División 26 india desembarcó en Kyaukpyu, las defensas japonesas pudieron ser destruidas mediante un preciso bombardeo naval y aéreo. Se ocupó la localidad al precio de 14 bajas tan sólo. Pero se necesitaron otras seis semanas para liberar toda Ramree

Pacífico, 16 de febrero - 7 de abril de 1945

Don Yoder

IWO JIMA

Antes de que los *marines* desembarcasen en Iwo Jima, aquella isla-ciudadela había sido sometida ya al más pesado bombardeo de toda la guerra del Pacífico. Sin embargo, los siguientes 36 días de combate fueron los más sangrientos en la historia del Cuerpo de marines y costó la vida a más de 6000 americanos y a 20.000 japoneses. "Esta batalla –dijo el general de *marines* Holland Smith– es la más dura que hemos combatido en 168 años".

¿En realidad, se debía tomar por la fuerza Iwo Jima? ¿No sería posible, como en otras plazas fuertes japonesas del Pacífico, rodearla, aislarla y dejarla que «madurase en la rama»? La respuesta a estas preguntas es negativa. Y ello por cuatro buenas razones casi todas dictadas por la estrategia aérea de los Aliados:

- en primer lugar, las graves pérdidas experimentadas por los bombarderos *B-29* en el cielo del Japón imponían la urgente necesidad de que fueran escoltados por aparatos de caza, y puesto que la menor autonomía de vuelo de éstos no les permitía recorrer los 4500 km de ida y vuelta desde las bases aéreas estadounidenses en las islas Marianas hasta el Japón, era indispensable asegurarse la disponibilidad de una base más próxima al objetivo;
- en segundo lugar, gracias a sus dos bases aéreas eficientes y a la proximidad de Tokio (660 millas marinas, o sea 3 horas de vuelo), Iwo Jima constituía una base excelente para la acción de los propios bombarderos aliados;
- en tercer lugar, ya que Iwo Jima era un territorio tradicionalmente japonés, administrado por la prefectura de Tokio, la conquista de la isla significaría un duro golpe para la moral del Japón, así como la pérdida, también por parte nipona, de un puesto avanzado que era de vital importancia estratégica;
- finalmente, Iwo Jima constituía el eslabón que faltaba para completar la cadena de las defensas aéreas de las Marianas. Así, pues, no era suficiente aislar Iwo Jima: era preciso conquistar la isla.

La redacción de los planes preliminares para la invasión de Iwo Jima ya se inició en septiembre de 1943, y trece meses más tarde, ultimada la conquista de las islas Marianas, el almirante Chester Nimitz informó al teniente general Holland M. Smith, uno de los oficiales más expertos en la guerra anfibia y comandante de todos los *marines* que operaban en el Pacífico, que se le confiaría una operación destinada a la conquista de Iwo Jima. De la auténtica invasión se ocuparía el Cuerpo de Ejército V anfibio, del general de división Harry Schmidt, compuesto por los veteranos de las campañas de las Gilbert, las Marshall y las Marianas. El general Schmidt tendría a su disposición tres divisiones:



El 19 de febrero de 1945 las Divisiones 4 y 5 del Cuerpo de Ejército V norteamericano desembarcaron en Iwo Jima, y en cinco días se aseguraron la posesión de la parte meridional de la isla, donde se alza el monte Suribachi. Las operaciones bélicas en toda la isla no finalizaron hasta el día 26

- la 3.ª División de *marines* (general G. B. Erskine), unidad de veteranos que había combatido en Guam, permanecería en alta mar, frente a Iwo Jima, como «reserva flotante»;
- la 4.ª División de *marines* (general C. B. Cates), que estaba de regreso de los desembarcos en Saipan y Tinian y que por lo tanto también era una división templada en los combates, tomaría parte en el previsto ataque inicial al flanco de la 5.ª División;
- la 5.ª División de *marines* (general K. E. Rockey), la cual, aunque no había participado todavía como unidad en ningún combate, estaba compuesta en un 40 % por veteranos expertos.

El bombardeo más largo

Una vez elegido el objetivo, los *marines* se entregaron a un intenso y riguroso programa de adiestramiento para la invasión: efectuaron desembarcos de prueba en playas que fueran lo más semejante posible a las de Iwo Jima, y se lanzaron innumerables ataques simulados contra una colina cuya forma recordaba mucho la del monte Suribachi, que es la altura que domina la citada isla. En el ínterin, mientras continuaban los preparativos, el día 8 de diciembre de 1944 las fuerzas aéreas dieron comienzo al bombardeo aéreo más largo y masivo de toda la guerra del Pacífico; fue aquélla una acción de «ablandamiento» en la que, durante 72 días, numerosos *B-24* y *B-25* actuaron con toda intensidad. Algunos optimistas creyeron que con ello la isla había quedado neutralizada. Pero sólo los *marines* que debían desembarcar en las playas se darían cuenta de la falta de fundamento de semejante esperanza.

También la Marina de Guerra norteamericana efectuó sobre la isla numerosos bombardeos a



Dos marines acompañan a un camarada herido hasta un puesto de socorro, en el curso del ataque contra Iwo Jima. Con sus bases aéreas, Iwo Jima garantizaría a los norteamericanos la posibilidad de lanzar ataques con cazas y bombarderos contra el archipiélago japonés. *(US Marine Corps)*

partir de noviembre de 1944, y siguió haciéndolo con diversos intervalos hasta el 16 de febrero de 1945, cuando tuvo que dar comienzo al fuego de preparación para el desembarco. Durante tres días, los navíos de guerra norteamericanos martillearon la isla desde el mar, en un intento de pulverizar, o al menos de neutralizar, toda la artillería japonesa que estaba en condiciones de alcanzar con su fuego el sector de las playas. Y, como sus colegas de la Aviación, también los expertos de la Marina de Guerra creyeron que su intervención había dado buenos resultados. Sin embargo, una vez más, el único parecer válido sería el de los *marines*.

El 17 de febrero, dos días antes de la fecha prevista para el comienzo de la invasión, unidades de desembarco LCI y unidades lanzacohetes se acercaron a la costa para proteger a los hombres rana que se ocupaban de rastrillar las vías de acceso a las playas y de verificar las características de éstas y de las mareas. Pero, de improviso, a las 11 horas, los japoneses, convencidos por lo visto de que se trataba de la invasión que desde hacía tiempo esperaban, abrieron fuego con sus piezas de grueso calibre. En el curso de esta acción, los norteamericanos registraron unas 170 bajas; pero los hombres rana pudieron volver a la base y suministrar un detallado informe sobre las características de las playas y de las mareas. Además, al revelar con su fuego las posiciones tan cuidadosamente escondidas hasta entonces, los grandes cañones costeros nipones se habían asegurado una casi cierta destrucción; en cambio, de haber esperado el día del desembarco, habrían podido sembrar la destrucción entre las filas de las fuerzas atacantes.

La mañana del 19 de febrero, día previamente establecido para el desembarco, 450 unidades navales de la V Flota norteamericana se reunieron frente a la minúscula isla: se trataba del mayor número de buques jamás empleado en una operación en el océano Pacífico. En medio y alrededor de estas unidades pululaban los 842 LVT (A), cargados de tropas, que desembarcarían los ocho batallones de *marines* elegidos para el primer



A la izquierda: mientras el intenso fuego de los aviones y de las unidades navales destruyen las defensas japonesas, las fuerzas de asalto norteamericanas, disparando a tiro rasante, se aproximan a Iwo Jima. Para el ataque contra la isla, los norteamericanos utilizaron 450 unidades navales de la V Flota. A la derecha: unidades de *marines* avanzan en orden de combate hacia el interior de Iwo Jima, en un intento de apoderarse de un aeródromo. Al finalizar el primer día del desembarco, los norteamericanos tenían ya en las islas unos 30.000 *marines*, además de una gran cantidad de material. Abajo, a la izquierda: apenas desembarcados, algunos *marines* avanzan cautelosamente hacia el interior de Iwo Jima: al fondo, el monte Suribachi. La primera oleada de asalto norteamericana tocó tierra a las 9,02 horas del día 19 de febrero, encontrando al principio tan sólo una esporádica reacción. Abajo, a la derecha: la bandera norteamericana ondea en la cima del monte Suribachi. La conquista de esta importante posición la llevó a cabo una patrulla de 40 hombres de la División 5 de *marines* a las 10,20 horas del día 23 de febrero, después de tres días de duros combates.

(Archivo Rizzoli-US Marine Corps)-(Sado-Opera Mundi)

ataque. Los buques de guerra se acercaron a menos de 1000 m de la costa y abrieron fuego. Luego comenzaron las incursiones aéreas, mientras otras unidades navales daban principio a un fuego de barrera. La primera oleada, 68 LVT (A), se desplegó para el combate. A pocos minutos de distancia una de otra, las diversas oleadas cubrirían la distancia de 3500 m que las separaban del litoral, donde, ciertamente, encontrarían una «cálida» acogida. Si todo se desarrollaba de acuerdo con los planes, los primeros siete batallones de *marines* desembarcarían en el tiempo límite de 45 minutos.

A las 9,02 horas tocó tierra la primera oleada –la División 5 a la izquierda y la 4 a la derecha– y en los primeros minutos informó de la existencia de una escasa oposición y de un fuego esporádico por parte de los japoneses. ¿Se habían exagerado quizá la eficacia y la importancia de las defensas? ¿Había sido verdaderamente eficaz el bombardeo preliminar? Desde luego, parecía demasiado bonito para ser verdad. Y, en efecto, poco después, al cabo de veinte minutos, el mortífero fuego de barrera de todas las armas japonesas (las piezas de artillería y los morteros tan cuidadosamente situados con anterioridad) cayó de lleno sobre los *marines*. De improviso, las tropas norteamericanas, que mientras tanto habían avanzado 200 ó 300 m en el interior, se encontraron clavadas en el suelo. A continuación, los japoneses abrieron fuego con las armas portátiles, desde fortines subterráneos, desde dunas de aspecto inofensivo, y, aparentemente, desde todas partes. La más sangrienta operación de la historia de los *marines* había comenzado.

El error fatal de los japoneses

El plan defensivo forjado por los japoneses era excelente, pero habían cometido un error que iba a serles fatal: habían dejado que los *marines* llegasen a tierra firme con todo el material que les era necesario. A las 10,30 horas, contingentes de los ocho batallones destinados al ataque se encontraban en tierra, y, mientras tanto, los mayores LSM (*Landing Ship Medium*, buques de desembarco medios) estaban llegando con su carga de carros de combate, *bulldozers* y cañones. Al finalizar



aquel día, unos 30.000 *marines* habían desembarcado, y aunque las pérdidas sufridas eran elevadas, en realidad muy elevadas, aquellas fuerzas sabían que habían llegado allí para quedarse. El punto más estrecho de la isla estaba ya dominado. Y al terminar el segundo día de la operación los *marines* llegaron al pie del monte Suribachi. Era ya evidente el movimiento que iba a seguir.

Durante tres días, los *marines* combatieron para conquistar el citado monte Suribachi y, finalmente, a las 10.20 horas del 23 de febrero, una patrulla de 40 hombres alcanzó la cima y clavó allí la bandera norteamericana. Pero lo cierto era que la caída del monte no significaba de ninguna manera la caída de Iwo Jima. Las Divisiones 4 y 5 tenían que efectuar ahora una conversión al Norte, para enfrentarse con la línea de la principal faja defensiva japonesa: los días de lucha feroz que siguieron fueron la mejor demostración de la extremada minuciosidad con que se había preparado dicha zona defensiva. El avance fue detenido y, en su lugar, se había iniciado una batalla de desgaste, combatida a bayonetazos, con lanzallamas, con fusiles y con granadas de mano. Cada vez que los *marines* lograban romper una línea defensiva acababan por encontrarse, invariablemente, ante otra, de aspecto más fuerte y masivo aún que la anterior. Contra posiciones de esta clase, la artillería no servía para nada, y por otra parte, la naturaleza del terreno ponía en dificultades a los carros de combate. Para escapar del fuego de barrera de la artillería de los *marines*, los japoneses se mantenían lo más cerca posible de la primera línea norteamericana. Sus posiciones estaban enmascaradas de un modo tan perfecto que más de una vez se dejaron rebasar deliberadamente por los adversarios, absteniéndose de hacer fuego hasta el último momento para no revelar su presencia.

Tan sólo unos 18 días después (9 de marzo) consiguieron llegar a la costa nororiental de la isla algunas patrullas de la División 3. Pero, en otro punto la División 4 se vio temporalmente obligada a hacer frente a un contraataque japonés que, aunque no tuviese las acostumbradas características del asalto *banzai*, era claramente suicida: en efecto, tan sólo en un sector se encontraron 650 japoneses muertos y los partes procedentes de otros sectores daban un total que ascendía a casi 800. Sin embargo, no se había detenido el avance de los *marines*. Desde aquel momento se trataría «simplemente» de rastrillar la isla. Y fue justamente durante esta fase cuando los *marines* descubrieron lo que habían hecho los japoneses desde el momento en que habían ocupado Iwo Jima: complicados laberintos de cavernas intercomunicadas, redes de *bunkers* subterráneos, alturas, gargantas y peñascos hábilmente fortificados. La isla no era más que una inmensa tela de araña de posiciones defensivas. En una zona de una anchura no superior a los 1000 metros y 200 de profundidad se contaron 800 fortificaciones, casamatas y fortines. Se habían excavado y reconstruido colinas enteras para dar cabida a una gran cantidad de defensores.

Sólo después de veinticinco días los *marines* pudieron declarar que había cesado en Iwo Jima toda forma de resistencia organizada; pero la verdadera actividad de limpieza de enemigos continuó durante otros once días. Y fue durante la noche del 25 al 26 de marzo cuando los norteamericanos asistieron a la agonía de las desesperadas fuerzas japonesas: un asalto *banzai* efectuado por 300 hombres contra una zona de vivac. Pero el ataque no tuvo éxito.

La conquista más costosa del Pacífico

Iwo Jima fue la conquista, en el teatro de la guerra del Pacífico, que implicó el sacrificio de mayor número de vidas humanas; pero su valor no se había exagerado. El día 4 de marzo, doce días antes de que se declarase que la isla estaba dominada, aterrizó allí el primer *B-29*. Y por primera vez, el 7 de abril, los *Mustang P-51* elevaron su vuelo desde Iwo Jima para dar escolta a los bombarderos *B-29* en una incursión diurna sobre Tokio; y luego, en el transcurso de tres meses desde la caída de la isla, más de 850 aparatos *B-29* efectuaron en ella aterrizajes de emergencia; era evidente que sin la posesión de Iwo Jima casi todos estos aviones se habrían perdido.

Pero el precio pagado por la conquista de la isla fue extraordinariamente elevado, y en cuanto a los muertos, fueran japoneses o americanos, se trató en cualquier caso de hombres que murieron en combates extremadamente violentos. De los 21.000 japoneses que defendían Iwo Jima sólo se hicieron prisioneros 1083. Por lo que respecta a los norteamericanos, en la lucha por la posesión de aquellos 20 km² de tierra, perdieron la vida 6821 soldados y marineros, se ganaron 24 máximas recompensas al valor militar, se emplearon 6000 litros de sangre en transfusiones, mientras se reconocieron no aptos para el combate a causa de agotamiento a 2650 hombres. No cabe duda de que se trató de una batalla combatida con una tenacidad y una aspereza sin precedentes en el Pacífico, una batalla que no pudo por menos de plantear a los jefes militares norteamericanos esta obsesionante interrogación: si para conquistar la minúscula Iwo Jima fueron necesarios 72 días de bombardeo aéreo, tres días de bombardeo naval y 36 días del mayor esfuerzo combativo que podían realizar los *marines*, ¿cuánto tiempo se necesitaría para derrotar al Japón? ¿Y a qué precio?

LA POTENCIA DE FUEGO DE LOS "MARINES"



Vehículo oruga de desembarco "LVT (A)" con obús

Peso: 13,7 t. **Tripulación:** 4 hombres. **Velocidad:** 32 km/h en tierra; 12 km/h en el agua. **Armamento:** un obús *M 3* de 75 mm y 2 ametralladoras *Browning* de 12,7 mm.

Carro de combate norteamericano, provisto de lanzallamas, en acción contra las posiciones japonesas durante el avance hacia la zona septentrional de Iwo Jima. La lucha en aquel sector de la isla se manifestó particularmente violenta: en efecto, el fuego de la artillería resultaba ineficaz contra las posiciones defensivas niponas, y la naturaleza del terreno dificultaba en gran manera el avance de los carros de combate.
(US Marine Corps)

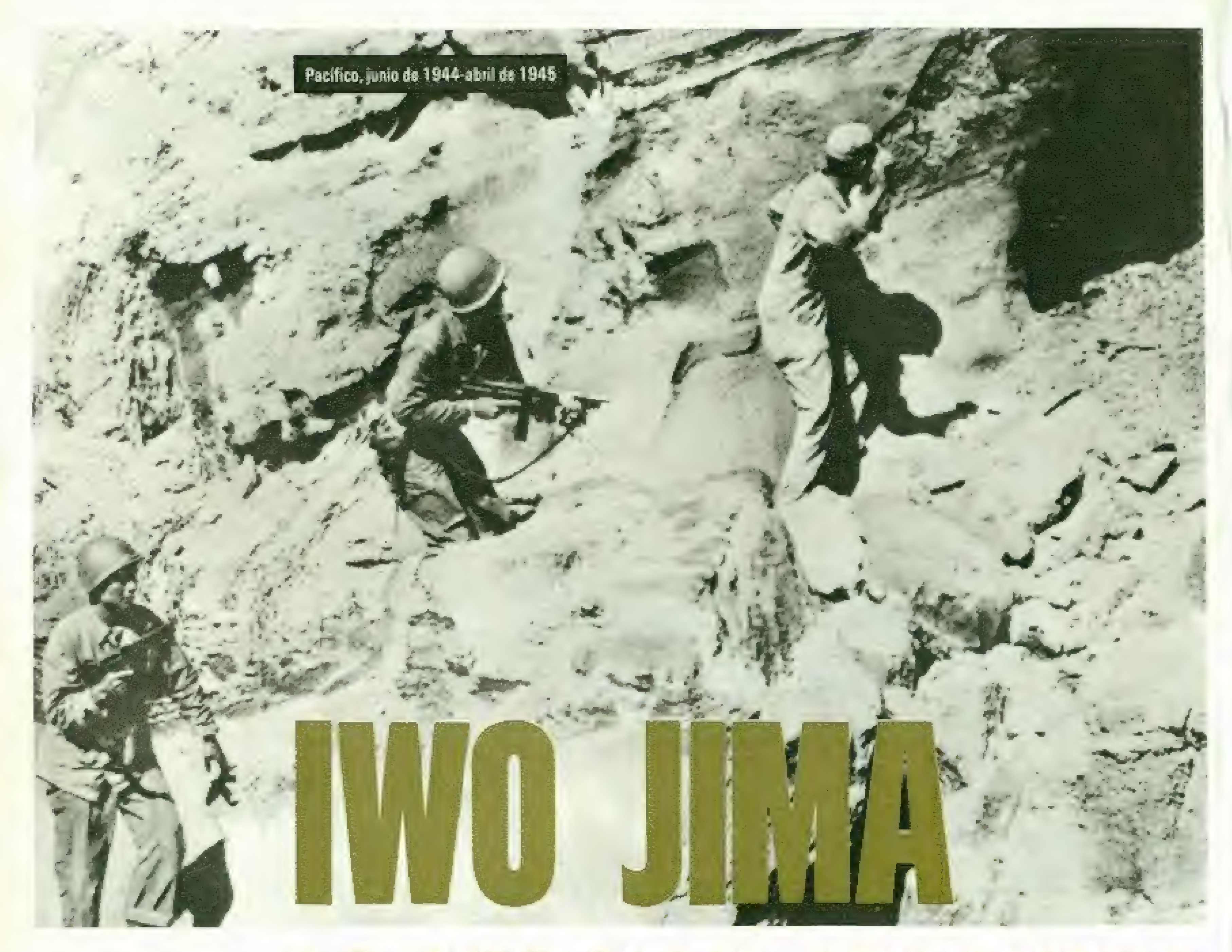


Vehículo oruga de desembarco "LVT (A)" con ametralladoras

Peso: 12,5 t. **Tripulación:** 6 hombres. **Personal transportado:** 15 hombres. **Velocidad:** 32 km/h en tierra; 12 km/h en agua. **Armamento:** 2 ametralladoras de 20 mm y otras 2 ametralladoras *Browning* de 12,7 mm

1944 **9 de octubre:** el almirante Nimitz informa al general Smith que el próximo objetivo de éste será Iwo Jima, en las islas Vulcano-Bonin.
11-12 de noviembre: la Marina de Guerra norteamericana bombardea Iwo Jima por primera vez.
24 de noviembre: primera incursión de *B-29* desde las Marianas sobre Tokio.
8 de diciembre: la Aviación norteamericana inicia un período de 72 días de bombardeos sobre Iwo Jima.

1945 **16 de febrero:** la Marina de Guerra norteamericana somete a Iwo Jima a un bombardeo masivo: la acción dura tres días.
17 de febrero: hombres rana norteamericanos sufren 170 bajas durante una operación preliminar destinada a descubrir la naturaleza de las defensas dispuestas por los nipones en las playas de Iwo Jima.
19 de febrero: las divisiones 4 y 5 de *marines* desembarcan en Iwo Jima, conquistando una cabeza de desembarco.
23 de febrero: los *marines* izan la bandera norteamericana en el monte Suribachi.
25 de febrero: entra en liza la División 3 de *marines*.
4 de marzo: aterriza en Iwo Jima el primer *B-29*.
19 de marzo: los americanos anuncian la posesión de Iwo Jima después de 26 días de combates.
26 de marzo: unos 300 japoneses, los defensores supervivientes de la isla, lanzan, en las primeras horas de la mañana, un asalto *banzai* contra puntos de vivac de los *marines* y del Ejército.
7 de abril: 108 *P-51*, que se han elevado desde Iwo Jima, escoltan por primera vez hacia el Japón una formación de *B-29*.



IWO JIMA
LA VERSION JAPONESA

Cuando terminó la batalla por Iwo Jima, los norteamericanos podían afirmar que habían pasado por una de las más espantosas experiencias de la guerra en el Pacífico. Por el contrario, para los japoneses la lucha por Iwo Jima se transformó en una auténtica epopeya, una gloriosa batalla combatida en defensa de un puesto avanzado de la madre patria. Este sentimiento encontró su expresión en la "canción de Iwo Jima", compuesta para la ocasión y transmitida por radio a las fuerzas japonesas empeñadas en los combates, precisamente en el momento crucial de la prueba decisiva. La versión de los hechos que publicamos en este capítulo la ha escrito un oficial japonés que durante el curso de la batalla ocupaba un puesto clave en el Estado Mayor.

Yoshitaka Horie, comandante

Recibo con alegría esta posibilidad que se me ofrece de escribir sobre la campaña de Iwo Jima. Ya han pasado 30 años desde aquellos días, pero no los he podido olvidar ni siquiera un momento. A las órdenes del gran general Kuribayashi, me dediqué intensamente a preparar el plan defensivo de Iwo Jima y a la solución del problema referente a la afluencia de abastecimientos a la isla. Todavía hoy mi corazón sangra ante el pensamiento de los oficiales y soldados japoneses y norteamericanos que perdieron la vida en aquella isla.

En 1891, juntamente con Chichi Jima y Haha Jima, Iwo Jima pasó a ser parte integrante del territorio nipón, pero como el territorio no producía nada, permaneció poco menos que olvidado hasta los últimos años de la guerra. Fue a partir de febrero de 1944, cuando una *Task Force* americana realizó una incursión contra la base de Truk, obligando a nuestra Flota combinada a abandonarla, cuando comenzamos a dedicar cierta atención a aquella isla en relación con nuestra estrategia.

En 1943 nuestra Marina de Guerra construyó en Iwo Jima el primer aeródromo (próximo al monte Suribachi), transformando la isla en base aérea intermedia entre el Japón y las Marianas, así como también en base aérea que asegurase a nuestros convoyes una protección más eficaz. En febrero de 1944 sólo teníamos en la isla 1500 hombres de la Aviación y de la Marina y 20 aparatos. De febrero a marzo, el Mando Supremo Imperial japonés aumentó los efectivos de Iwo Jima hasta alcanzar 3000 soldados y 2000 marineros. En aquellos días, las fuerzas del Ejército dependían del mando de la isla fortificada de Chichi Jima; en cambio, las tropas de la Marina estaban a las órdenes directas de la fuerza aérea de Yokosuka.

De enero a junio de 1944, el Mando Supremo Imperial había enviado al sector del Pacífico unas seis divisiones, especialmente para reforzar Saipan, Guam y las Palau y para reconstruir nuestra Flota combinada. Casi en el mismo período, el Mando Supremo llegó a reconocer el valor estratégico de Iwo Jima y empezó a estudiar qué influencia podría ejercer sobre el archipiélago nipón el dominio de aquella isla solitaria cuando las Marianas cayeran en manos del enemigo. De marzo a junio las fuerzas del Ejército y de la Marina presentes en las islas Bonin se pusieron a las órdenes del mando unificado del comandante de Chichi Jima, quien, a su vez,

Soldados norteamericanos en el curso de las operaciones para apoderarse de una de las numerosísimas galerías subterráneas construidas por los japoneses en Iwo Jima. En una zona de la isla, de 1000 metros de anchura por 200 de profundidad, se contaron 800 fortificaciones, casamatas y fortines. *(Imperial War Museum)*

dependía del mando del Ejército 31, de guarnición en Saipan.

El 15 de junio fuerzas norteamericanas desembarcaron en Saipan, y cuatro días después nuestra Flota combinada era derrotada por la V Flota norteamericana a 270 millas al norte de la isla de Yap. El Mando Supremo Imperial renunció entonces a la idea de reconquistar Saipan y, en su lugar, decidió utilizar parte de las fuerzas que habían quedado disponibles para reforzar las defensas de Iwo Jima.

El mismo día 15, unos 100 aviones de la Marina fueron destruidos en el curso del primer ataque aéreo norteamericano sobre Iwo Jima. En aquellos días no existía aún ninguna fortificación defensiva eficiente, y por lo tanto permanecer en la isla resultaba muy peligroso. Si por entonces las fuerzas norteamericanas la hubieran invadido, la habrían podido ocupar en uno o dos días.

El 30 de junio, el Mando Supremo Imperial constituyó la División 109, cuyo mando se confió al teniente general Kuribayashi, quien respondería directamente de sus actos ante el citado Mando Supremo. Aquel mismo día, después de haber participado en la elaboración del plan para la conquista de Saipan como oficial de Estado Mayor del Ejército 31, me convertí en uno de los oficiales de Estado Mayor del general Kuribayashi. A fines de junio, la Marina creó en Kisarazu la 3.ª Escuadra aérea y puso las fuerzas aéreas de Iwo Jima bajo la dependencia de esta gran unidad como 27.º Grupo aéreo.

A partir de julio, nos preocupamos de enviar a Iwo Jima desde el Japón, a través de Chichi Jima, 14.000 hombres de las siguientes unidades: Regimiento de infantería 145, III Batallón del Regimiento mixto 17, Regimiento de carros 26, cuatro batallones autónomos de cañones contracarros, dos batallones autónomos de ametralladoras, dos compañías de ametralladoras de 25 mm, dos batallones de obuses de calibre medio, una compañía de morteros, una compañía de lanzacohetes, una compañía de asalto, una compañía de radar y otras unidades.

De la defensa de Iwo Jima eran responsables los siguientes hombres:

El ya citado teniente general Kuribayashi, oficial de caballería que había realizado sus estudios en la Academia Militar y en la Escuela de Guerra y pasó tres años en Estados Unidos y en Canadá.

El general de división Ohsuga, un oficial de artillería salido también de la Academia Militar y de la Escuela de Guerra. En marzo de 1944 se le había nombrado comandante de la isla fortificada de Chichi Jima, y el 30 de junio, después de la constitución de la División 109, mandó la 2.ª Brigada mixta.

El general de división Senda (que había sustituido al general de división Ohsuga en el mando de la 2.ª Brigada mixta), oficial que procedía de la Academia Militar. Había ejercido el cargo de comandante de la Academia Militar de la reserva de Sendai, y estaba considerado como un experto en procedimientos tácticos de combate de la infantería.

El coronel Takaishi (jefe de Estado Mayor), diplomado en la Academia Militar y que había asistido a la Escuela de Guerra. Oficial de infantería, en diciembre de 1944 se le nombró jefe de Estado Mayor en sustitución del coronel Hori. Estaba muy familiarizado con las modalidades técnicas de combate de la infantería, era muy enérgico y escribía poesías.

El teniente coronel Nishi (comandante del Regimiento de carros 26) era barón, oficial de caballería y campeón de concursos olímpicos de equitación.

Los otros oficiales de Estado Mayor eran (por orden de antigüedad): el teniente coronel Nakane, operaciones; teniente coronel Mishikawa, abastecimientos; comandante Yoshida, fortificaciones; comandante Yamanouchi, Servicio de Información, y, finalmente, comandante Horie, jefe del mando destacado de Chichi Jima. El contraalmirante Ichimaru (comandante del 27 Grupo aéreo) se había diplomado en la Academia Naval y era un famoso piloto de la Marina.

Como Iwo Jima estaba muy cerca del archipiélago japonés y podía albergar muchos aviones, en Tokio y en Iwo Jima se discutió con frecuencia el valor estratégico de la isla.

En Iwo Jima algunos oficiales dijeron: «No nos dejarán combatir como fuerza aislada. Podremos continuar luchando en espera de que las fuerzas aéreas y las navales vengan en nuestra ayuda desde el Japón. Por lo tanto, el plan debería prever una defensa agresiva».

En Tokio otros oficiales afirmaban: «Debemos preocuparnos de preparar un plan sobre el mejor modo de aprovechar Iwo Jima. No debemos preocuparnos por su eventual caída».

«Debemos hacer que esta isla se hunda»

En aquel período yo veía de una manera muy pesimista el conjunto de la situación militar, e insistía en querer exponer mis tesis. En resumen, me parecía que debía decir esto:

«Ahora no disponemos ni de fuerzas navales ni de fuerzas aéreas. Si los norteamericanos atacasen esta isla, caería en sus manos en menos de un mes. Por lo tanto, es absolutamente indispensable impedir que el enemigo pueda aprovecharse de ella. El mejor plan sería hacer que la isla se hundiera en el mar o cortarla en dos. Como mínimo, deberíamos esforzarnos en hundir el primer aeródromo. En el futuro, si por azar se presenta una ocasión favorable para reemprender una acción ofensiva en el sector del Pacífico, no nos serviremos jamás de Iwo Jima».

En el Estado Mayor General y en el Estado Mayor de la Marina había algunos oficiales que opinaban como yo. En particular, un oficial de Estado Mayor me pidió que calculase la cantidad de explosivo que sería necesaria para hundir Iwo Jima. También el teniente general Kuribayashi estaba de acuerdo conmigo, pero, en septiembre de 1944, después de haber examinado juntos con la mayor atención toda la isla para estudiar el modo de eliminarla, llegamos a la conclusión de que un trabajo de esta clase sería completamente imposible. Así, pues, deberíamos defenderla construyendo las necesarias fortificaciones.

Sin embargo, convinimos en que, aunque trasladásemos todas las fuerzas disponibles al primer aeródromo, éstas podrían ser aniquiladas fácilmente por el enemigo con un masivo bombardeo aéreo y naval; por lo tanto, sería mejor desplegar en otra parte nuestras fuerzas. Más tarde, un oficial del Estado Mayor de la 3.ª Escuadra aérea acudió a Iwo Jima e insistió en la necesidad de distribuir una gran cantidad de ametralladoras de 25 mm y de otros materiales a fin de disponer de numerosos fortines en torno al primer aeródromo. Dicho oficial declaró que había recibido instrucciones en tal sentido del Estado Mayor General de la Marina y sostuvo que 360 fortines podrían impedir que el enemigo invadiera la isla. En un primer momento me opuse enérgicamente, diciéndole que no tenía ninguna idea de la potencia efectiva de la Marina de Guerra enemiga. Al principio, el general Kuribayashi pareció apoyar mi tesis; pero luego cambió de idea, pidiéndole tan sólo al oficial que dejase que el Ejército utilizara para sus fines la mitad de las armas y del material, especialmente el cemento. En octubre, el general ordenó la construcción de los fortines, empleando todos los días bastantes batallones; a los tres meses, 135 de tales fortines estaban terminados, y cuando las fuerzas norteamericanas desembarcaron se habían completado los 360, si bien no todos estaban debidamente ultimados. En realidad, los norteamericanos conquistaron el primer aeródromo en sólo dos días. Si hubiéramos empleado todo aquel material y los tres meses de trabajo en preparar defensas no en torno al aeródromo, sino en la zona de Motoyama y en el monte Suribachi, habríamos podido defender estas zonas mucho mejor.

El teniente general Kuribayashi, comandante de la División 109 nipona que defendía Iwo Jima. El día 1 de febrero de 1945, las fuerzas japonesas en la isla sumaban 21.000 hombres, de los cuales 15.500 pertenecían al Ejército y 5500 a la Marina. *(Keystone)*



Después de ser informados de que a partir de fines de enero de 1945 habían comenzado a concentrarse en Ulithi, Guam y Saipan muchas unidades navales norteamericanas, en Tokio y en Iwo Jima llegamos a la conclusión de que los norteamericanos tenían la intención de desembarcar en Iwo Jima o en Okinawa. En mi opinión, las probabilidades de que la elección recayese en Iwo Jima eran del 40% y del 60% sobre Okinawa. Opinábamos que si desembarcaban fuerzas norteamericanas en Iwo Jima ocuparían el primer aeródromo, que en seguida transformarían en base ofensiva, y emplearían muchos carros de combate. En consecuencia, hicimos todo lo posible para reforzar, de modo especial, las defensas del monte Suribachi y el frente de Minamiburaku, Tankuiwa y Osakayama, dedicando simultáneamente una particular atención al entrenamiento para los combates contra los carros.

Muchos oficiales sostenían que, siendo Iwo Jima el primer sector de la línea del frente de la madre patria, sería más oportuno confiar el mando de la isla al comandante de la 2.ª Brigada y que el comandante de división permaneciera en Chichi Jima, desde donde controlaría más fácilmente los abastecimientos y las comunicaciones de todas las islas Bonin. Pero el segundo jefe de Estado Mayor, general Ushiroku, y el general Kuribayashi hicieron observar: «Iwo Jima es la isla más importante, y no cabe duda de que el enemigo intentará conquistarla; es, pues, oportuno que establezcamos en ella el mando de la división.» De todas formas, el general Kuribayashi decidió constituir también un mando destacado en Chichi Jima, con el fin de asegurar los abastecimientos y enlaces con todas las islas del grupo.

El Ejército era de la opinión de que sus fuerzas deberían desplegar en todos los puntos de la isla y que los efectivos de la Marina se distribuyeran bajo el control de cada uno de los comandantes de sector de Ejército. Pero el contraalmirante Ichimaru ansiaba tener una zona que defender e insistía en que lo mejor sería elaborar planes para llegar a una recíproca comprensión, reforzar nuestra unión y utilizar plenamente toda nuestra potencia combativa. Por esta razón al grueso de las fuerzas de Marina se le confió la defensa de la zona de Minamiburaku, mientras sobre el Ejército recayó el cometido de defender el resto de la isla.

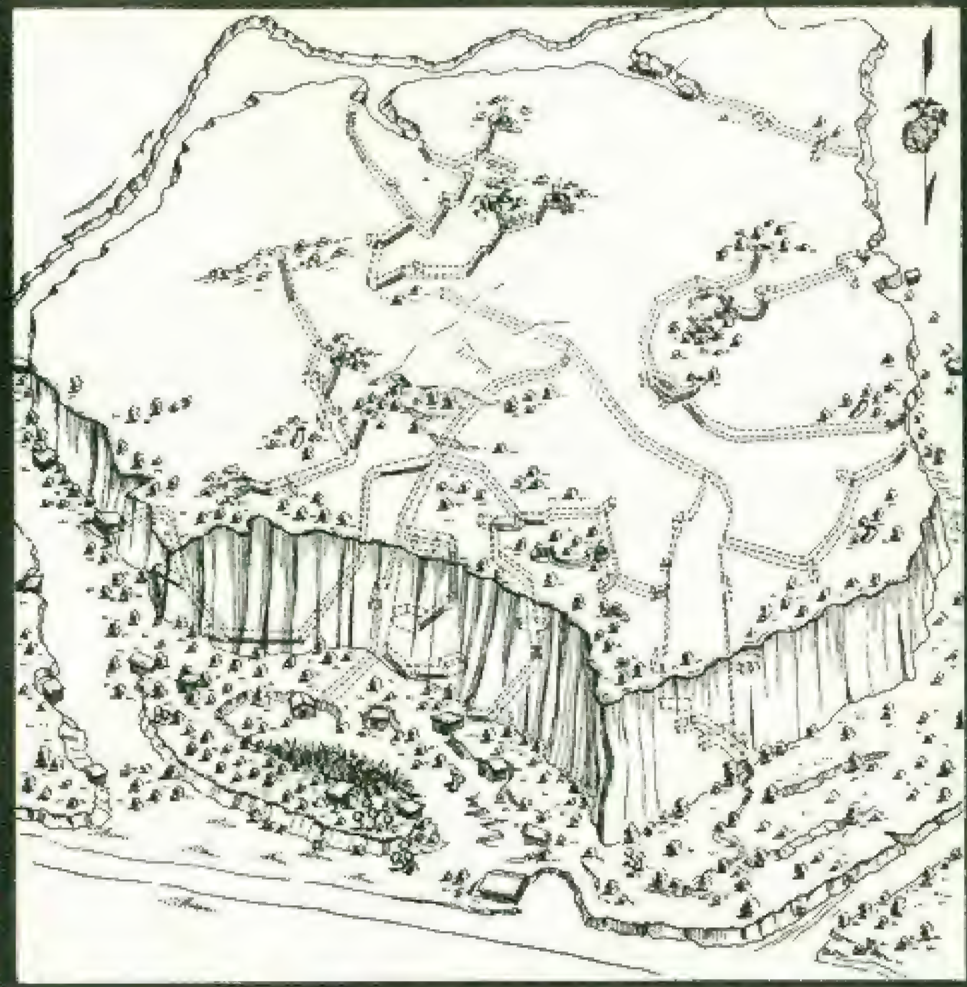
Cada posición una tumba

En junio de 1944 el plan era reforzar las zonas de Motoyama y del monte Suribachi, y, sobre todo, disponer de una gran reserva (que comprendía el Regimiento de carros 26); si el enemigo desembarcaba en el primer aeródromo, lanzaríamos operaciones ofensivas en dirección a la costa hasta aniquilarlo. En el transcurso de un año, el plan se modificó: ahora cada hombre debía considerar su posición defensiva como su propia tumba, combatir hasta el fin y causar al enemigo la mayor cantidad de bajas posible.

Yo insistía en la oportunidad de emplear la mayoría de los cañones antiaéreos como piezas de artillería de campaña, dejando tan sólo algunos para sus funciones de defensa antiaérea: eran muy adecuados para proteger objetivos expuestos, especialmente buques, pero no servían gran cosa para la protección de las defensas terrestres. En cambio, los oficiales de Estado Mayor de Iwo Jima eran de la opinión de que siendo las defensas naturales de Iwo Jima más débiles que las de Chichi Jima, desde el momento que no tuviéramos cañones antiaé-

UNA TRAMPA MORTAL

A la derecha: dibujo realizado por un ingeniero de la Marina norteamericana, en el cual se ha presentado el laberinto de galerías subterráneas que constituían el sistema defensivo adoptado por el Mando japonés en la isla de Iwo Jima.



(History of the Second World War)



(Chris Harrison)

Iwo Jima apareció ante los americanos como un laberinto alucinante de túneles que se comunicaban entre sí, proyectados para dar a los defensores la máxima protección y las mayores posibilidades de escapar. A la izquierda: una patrulla norteamericana ha localizado la posición de un tirador aislado japonés y se acerca a ella para desalojarlo con su lanzallamas. Debajo: cuando los norteamericanos iniciaban el ataque, el soldado japonés se retiraba a través de una galería subterránea en forma de "madriguera de conejo" a una posición desde la que podía disparar por la espalda al enemigo, o bien a una línea posterior de defensa más elevada. Para prevenir cualquier intento por parte de los norteamericanos de penetrar en las galerías, los japoneses habían preparado escotillones hechos con tiras de bambú y ángulos muertos, detrás de los cuales podían apostarse.



teos nuestras posiciones defensivas serían completamente destruidas por las incursiones aéreas del enemigo. Por último, casi todos los 300 cañones antiaéreos se emplearon como cañones de campaña. Pero cuando los norteamericanos desembarcaron redujeron al silencio estos cañones en uno o dos días: los hechos demostraron que tales piezas no tenían ninguna utilidad. Por el contrario, los antiaéreos de 75 mm adaptados y utilizados como cañones contracarros demostraron ser valiosísimos.

A fin de enlazar todas las posiciones defensivas en la zona de Motoyama, decidimos excavar casi 30 km de túneles. El general Kuribayashi insistió en la necesidad de entrenar a los soldados para neutralizar los carros enemigos aplicándoles a mano cargas explosivas y para efectuar infiltraciones en el despliegue adversario y llevar a cabo emboscadas. Hizo preparar distintivos especiales destinados a los hombres que debían actuar como cazadores de carros y para los que debían efectuar infiltraciones.

El día 1 de febrero de 1945 la isla estaba defendida por 21.000 hombres (15.500 del Ejército y 5500 de la Marina) y las armas de que disponíamos eran:

- 120 cañones de calibre superior a los 75 mm, con 100.000 proyectiles;
- 300 cañones antiaéreos de calibre superior a los 25 mm, con 500 proyectiles cada uno
- 20.000 armas de pequeño calibre (comprendidas todas las ametralladoras, con 22.000.000 de cartuchos);
- 120 obuses de 80 y de 120 mm, con 90 proyectiles cada uno;
- 20 morteros de 200 mm, con 40 proyectiles cada uno;
- 70 lanzacohetes de 200 mm, con 50 proyectiles cada uno;
- 40 cañones contracarro de 47 mm, con 600 proyectiles cada uno;
- 20 cañones contracarro de 37 mm, con 500 proyectiles cada uno;
- 27 carros de combate.

El Ejército y la Marina japonesa emplearon dos sistemas para abastecer la isla: a lo largo de la dirección Tokio-Iwo Jima con destructores, unidades de transporte rápidas y SB (análogas a las LST norteamericanas, pero más pequeñas), y a lo largo de la dirección Tokio-Chichi Jima-Iwo Jima mediante buques y unidades de transporte ligeras, y luego mediante barcas de vela, pesqueros o SB.

A partir de agosto de 1944, la superioridad de las fuerzas aéreas y de los submarinos americanos era ya aplastante y las unidades de transporte niponas sufrieron graves pérdidas, especialmente desde Chichi Jima a Iwo Jima. En el mar perdimos el total más de 1500 hombres y 50.000 toneladas de material.

Cuando el material se enviaba a Chichi Jima desde las islas del archipiélago japonés (casi siempre mediante barcas de vela o pesqueros), se realizaban las operaciones de descarga en Omura) y siempre durante las horas de oscuridad y en el paréntesis entre una y otra incursión aérea. Los abastecimientos se enviaban luego hacia el interior de la isla. Se trataba de un trabajo extremadamente pesado, y a menudo nos vimos obligados a utilizar 2000 hombres y 50 camiones durante toda una jornada, sin que pudieran tener un momento de sueño o de descanso. La falta de un puerto, las condiciones del mar y la eficacia de las incursiones aéreas norteamericanas dificultaban muchísimo el trabajo de descarga en Iwo Jima. Y como no podíamos dejar en el agua las embarcaciones de desembarco, apenas terminaban las operaciones de descarga nos veíamos obligados a vararlas.

En noviembre de 1944 disponíamos de reservas de cereales suficientes tan sólo para 30 días y de otros víveres sólo para 15 días: era una situación muy crítica. Pero luego, gracias al valor y al espíritu de sacrificio de todos los que realizaban los servicios de transporte, logramos aumentar un poco estas reservas. Así, el día 1 de febrero de 1945 las fuerzas del Ejército y de la Marina presentes en Iwo Jima disponían de reservas de cereales para unos 70 días y de otros víveres para 60.

Hasta junio de 1944 los aviones norteamericanos no llegaron a la zona de Chichi Jima, de modo que hasta aquel momento nuestra única preocupación fue proteger los convoyes de los ataques de los submarinos. Nuestras unidades de transporte iban protegidas por destructores y unidades de defensa costera, apoyadas en medida muy limitada por los aviones con base en Tateyama, Hachijyo Jima, Chichi Jima e Iwo Jima. A partir de junio, los aviones enemigos empezaron a atacar nuestros buques de transporte que navegaban por aquella zona y nos vimos obligados, por consiguiente, a limitar su actividad a las horas nocturnas; además, para proteger los buques fue necesario enviar a Iwo Jima un escuadrón aéreo del Ejército. Fue en aquel período cuando pude comprobar, con gran amargura, lo vulnerables que eran nuestras líneas de abastecimientos marítimas.



Una unidad de marines se refugia tras una roca para evitar los efectos de una explosión. La resistencia organizada en Iwo Jima no cesó hasta el 16 de marzo; pero algunos grupos aislados combatieron tenazmente hasta la noche del 25 al 26, cuando el general Kuribayashi lanzó el último ataque «banzai». *(Imperial War Museum)*

Oficiales y soldados se resentían de la falta de agua. Tenían que contentarse con el agua de lluvia que lograban recoger en barriles. No podían lavarse, y se veían obligados a bañarse en las aguas hirvientes de las fuentes sulfúreas de punta Kitano (yo también acudí una vez). No había verduras frescas y muchos de nosotros sufríamos de desnutrición y de paratifus. Creo que en aquellos días el 20% de los hombres estaban en condiciones físicas muy precarias.

No pudimos adoptar ninguna contramedida

El 19 de febrero de 1945 desembarcaron las fuerzas norteamericanas en las playas próximas al primer aeródromo, apoyadas por un sistemático bombardeo aeronaval. Si bien la dirección del desembarco, la importancia de las fuerzas y las técnicas de combate fueron exactamente como habíamos previsto, no pudimos adoptar ninguna contramedida. Los 135 fortines construidos alrededor del primer aeródromo fueron arrollados y ocupados dos días después del desembarco. Con las piezas de artillería de que disponíamos en Motoyama y en el monte Suribachi nos apresuramos a abrir un enérgico fuego de barrera; pero nuestros cañones quedaron inmediatamente fuera de combate por la reacción enemiga. En aquel momento se nos presentaron muchas ocasiones propicias para desencadenar ataques contra el enemigo, mas sabíamos perfectamente que, en caso de hacerlo, habríamos experimentado pérdidas muy graves. Nuestros oficiales y soldados esperaron, pues, que el enemigo se acercase más a sus posiciones.

Fue un duro golpe la noticia de que el monte Suribachi había caído a los cinco días de combates. En Chichi Jima recibí un telegrama del comandante de zona, responsable de la defensa del citado monte; el coronel Atsuji comunicaba al general Kuribayashi: «Los bombardeos lanzados por el enemigo desde el cielo y el mar y sus ataques con cargas explosivas son de una violencia mortífera y si intentásemos defender las posiciones actuales no haríamos más que condenarnos a una segura autodestrucción. Preferimos, pues, saltar de nuestras posiciones y morir en un asalto *banzai*». Estas palabras me produjeron honda turbación. Ya se me había informado que el monte Suribachi no lograría resistir más de cinco días. También el general Kuribayashi se mostró muy alterado por la lectura de este telegrama

Cuando los carros de combate norteamericanos *M-4 (Sherman)* aparecieron ante Osakayama, el general Kuribayashi se preguntó ansiosamente cómo podría neutralizar la amenaza. Ni siquiera nuestro cañón contracarro de 47 mm podía inmovilizarlos; al fin llegó a la conclusión de que la única posibilidad era la de atacarlos directamente, aplicando en ellos cargas explosivas, como ya se había previsto.

Kuribayashi informó a Tokio, mediante la radio, que no temía los ataques de las tres divisiones de *marines* norteamericanos con tal de que cesasen los bombardeos aéreos y navales. En efecto, concluía, sólo a causa de estos bombardeos nos encontrábamos en una situación tan precaria. El general permaneció casi siempre en su puesto de mando, en la caverna. Apenas sus oficiales de Estado Mayor preparaban el texto de un telegrama (a veces lo preparaba él mismo), basándose en las informaciones que de vez en cuando llegaban a sus manos, lo examinaba, lo corregía y ordenaba su transmisión. Y como era un escritor muy bien dotado, por aquellos días sus telegramas hicieron derramar lágrimas a todos los japoneses.

Al principio nos llegaron informaciones de las que se deducía que nuestras posiciones avanzadas infligían graves daños al enemigo. Pero a comienzos de marzo llegó a Tokio un radio con la siguiente noticia: «los servicios de seguridad de las fuerzas norteamericanas se han hecho muy rigurosos y es difícil atravesar sus líneas, que están muy vigiladas. No se debe sobreestimar la eficacia de las posiciones avanzadas.»

Llegado a este punto, quisiera rendir el debido homenaje a los valientes aviadores que hicieron llegar armas a Iwo Jima por vía aérea. Después de haberse puesto de acuerdo con el comandante de la isla y de haber dejado



Soldados japoneses prisioneros de las fuerzas norteamericanas en Iwo Jima. La batalla por la conquista de la isla, que sólo duró treinta y seis días, costó un número elevadísimo de bajas: de los 21.000 defensores japoneses sólo se hicieron prisioneros 1083; en cuanto a los norteamericanos, perdieron la vida 6821 hombres, entre soldados y marinos. *(Central Press)*

el aeródromo japonés de Hamamatsu, lograron llevar a su destino cierta cantidad de granadas de mano y de lanzallamas. Es ciertamente difícil expresar con palabras lo que debieron experimentar los jóvenes que en Iwo Jima estaban enfrentándose con la muerte cuando vieron llegar a estos valientes aviadores.

Los últimos mensajes de Kuribayashi

Basándose en los telegramas enviados por el general Kuribayashi, hemos tenido conocimiento de los siguientes y desesperados combates.

7 de marzo: todas las tropas de la zona de Tamanayama se están batiendo desesperadamente, haciendo frente al enemigo a sólo 80 m de distancia. Siete pequeñas unidades enviadas en misión de infiltración desde Tamanayama, en el curso de la noche del 6, no han vuelto todavía. Resultados desconocidos.

8 de marzo, 10,00 horas: el enemigo ataca el sector septentrional. Fuego de morteros y bombardeo por parte de los buques de guerra, ambos muy pesados. Ingentes fuerzas enemigas avanzan hacia el puesto de mando de la Marina (cerca de Kitaburaku) y Hyoriuboku. Todas las posiciones supervivientes han experimentado graves pérdidas, pero el espíritu combativo permanece alto. Infligidos graves daños al enemigo.

8 de marzo, 18,00 horas: se resiste todavía en Tamanayama y en los sectores septentrionales. Continuamos infligiendo daños al enemigo. Sostenido por la fe en la victoria de la patria, el espíritu combativo parece divino.

8 de marzo, 20,00 horas: estoy muy triste por no haber sabido impedir al enemigo que ocupase una parte del territorio japonés, pero encuentro consuelo en la gravedad de los daños que le estamos infligiendo.

10 de marzo, 19,30 horas: continúan día y noche los ataques enemigos contra los sectores septentrionales. Nuestros hombres se baten todavía con valor y defienden sus posiciones. La estación de radio de la división asediada por superiores tropas enemigas. Obligado a destruir el aparato radiotelegráfico hoy a las 11,30 horas. Unos 200 ó 300 infantes norteamericanos han atacado Tenzan durante todo el día, apoyados por numerosos carros de combate. Pesados bombardeos realizados por un acorazado, 11 destructores y aviones enemigos. El bombardeo y el ametrallamiento del puesto de mando de la división, por parte de 30 cazas y bombarderos, ha sido tan violento que no puedo siquiera intentar describirlo. Antes de que desembarcasen las fuerzas norteamericanas, alrededor de mi puesto de mando había muchos árboles. Ahora no queda ni siquiera un brote de hierba. La superficie del terreno ha cambiado completamente de aspecto. Podemos divisar numerosos cráteres abiertos por los bombardeos.

10 de marzo, 20,00 horas: en Tamanayama el puesto de mando de la Brigada mixta 2 está en peligro. Quizá han salido para un asalto *banzai* a media noche del 8. Desde aquel momento ha cesado todo contacto con ellos.

11 de marzo, 10,50 horas: en las zonas septentrionales las fuerzas supervivientes del Ejército y de la Marina suman 1500 hombres. En la jornada del 9 hemos causado al enemigo 798 bajas y la pérdida de un carro de combate.

11 de marzo, 14,00 horas: el día 8 un carro de combate *Sherman* ha quedado bloqueado en un terreno difícil del sector septentrional. Un hombre intentó salir de la torreta. El subalterno Gondo disparó contra él, arrojó una granada de mano sobre el carro de combate y lo incendió. Desde ayer ningún contacto con el comandante del sector de Tamanayama. Esta mañana el enemigo ha empezado a concentrar en el sector septentrional toda la potencia de fuego de sus unidades navales, de los morteros y cañones de gran calibre además de los bombarderos.

13 de marzo, 08,00 horas: por documentos capturados sabemos que el enemigo ha lanzado a la lucha las Divisiones 3, 4 y 5 de *marines*. La 5 opera actualmente en el sector de Tenzan. El día 12, tan sólo en el sector septentrional, hemos infligido al enemigo las siguientes pérdidas: un avión abatido y 200 hombres muertos.

14 de marzo, 15,00 horas: esta mañana, ataque contra el sector septentrional, mucho más violento que los anteriores. Hacia mediodía parte de las fuerzas enemigas, con unos 10 carros de combate, han roto nuestro frente por la izquierda, llegando a 200 metros del puesto de mando de división.

15 de marzo, 08,00 horas: al comandante de transmisiones de Chichi Jima de parte del comandante de transmisiones de Iwo Jima. Situación muy crítica. Haced lo posible para poneros en contacto con nosotros. En el sector septentrional hay disponibles todavía unos 900 hombres.

17 de marzo, 02,00 horas: el general Kuribayashi a todos los oficiales y soldados supervivientes. La batalla ha llegado a su momento crucial. Quiero que los oficiales y los soldados supervivientes salgan de sus posiciones y ataquen al enemigo hasta el fin. Habéis consagrado vuestra vida al Emperador. No penséis en vosotros mismos. Yo estoy siempre al frente de vosotros.

17 de marzo, 05,00 horas: cerca de Hyoriuboku, el Regimiento de infantería 145 se ha batido con coraje defendiendo la bandera colocada en el centro. El último telegrama que me han enviado el 15 decía: «Quemada completamente nuestra espléndida bandera. Adiós...».

21 de marzo, 12,00 horas: a medianoche del 17 he salido de la caverna y he reunido todos los hombres supervivientes del Regimiento de infantería 145 y de los sectores de Tamanayama septentrional, oriental y occidental al oeste de Kitaburaku. Se sigue combatiendo. Tengo bajo mi mando 400 hombres. El enemigo nos está asediando y entre el 18 y 19 se ha aproximado a nuestras posiciones apoyado por la artillería y por los lanzallamas montados en carros de combate. Está intentando aproximarse a la entrada de la caverna con cargas explosivas.

21 de marzo, 13,00 horas: la primera línea del enemigo dista de nosotros 200 ó 300 m. Nos atacan con carros de combate. Con un altavoz nos intiman a rendirnos. Este truco infantil sólo nos ha hecho reír. No hemos descendido a su nivel.

22 de marzo, 09,10 horas: comandante de división, oficiales y soldados continúan combatiendo.

El general Kuribayashi dirigió los combates a la luz de una vela, sin concederse ni siquiera un momento de descanso o de sueño. Las transmisiones radiofónicas, los periódicos y las revistas japonesas lo alentaban continuamente. Jóvenes y viejos, muchachos y muchachas de su ciudad natal, todos rogaban por su victoria. El 14 de marzo, la «canción de Iwo Jima», compuesta por los soldados de la isla antes del desembarco norteamericano, fue transmitida desde Tokio al general Kuribayashi y a sus oficiales y soldados, y él envió a todos los japoneses un mensaje personal de agradecimiento. El 15 de marzo informó por radio: «Estoy decidido a salir y desencadenar contra el enemigo asaltos *banzai* a medianoche del 17. Sólo me queda decir adiós a todos los superiores y a los amigos oficiales». El telegrama termina con tres canciones de adiós.

A partir de la mañana del 17 ya no logramos ponernos en comunicación con él, y llegamos a la conclusión de que este día había sido su última jornada de combates. Por ello quedamos estupefactos cuando, la mañana del 21, recibimos su último telegrama, por el que supimos que él y sus hombres (en total unos 400) habían salido a medianoche del 17 de sus posiciones y se habían encerrado en una gruta, a unos 150 m al noroeste de la que había albergado su puesto de mando. Nos envió el siguiente telegrama: «no comemos ni bebemos desde hace cinco días. Pero el espíritu combativo permanece a buena altura. Nos batiremos con coraje hasta el final». Desde Chichi Jima traté de enviarle un telegrama para informarle de su ascenso al máximo grado de general.

La tarde del 23, un operador de radio me informó que había oído este mensaje procedente de Iwo Jima: «A todos los oficiales y soldados de Chichi Jima. Adiós». Tres días después intenté ponerme en contacto con Iwo Jima, pero no recibí respuesta. Iwo Jima había caído.

Como conclusión, quisiera explicar por qué los soldados nipones no se rinden. De acuerdo con la mentalidad japonesa, si un soldado se encuentra en un campo de batalla debe dedicar su cuerpo y su alma a un solo objetivo: la victoria o una muerte honorable. Desde los más remotos tiempos, para el soldado japonés esta máxima ha sido, al mismo tiempo, fruto de la costumbre, de la tradición y del buen sentido: si por casualidad algún prisionero de guerra volviera después a su patria, sería considerado cobarde por todos los japoneses. Ahora bien, después de la segunda Guerra Mundial, la actitud japonesa en este aspecto parece haber cambiado radicalmente.



YOSHITAKA HORIE, COMANDANTE

Nació en Japón en 1914 y se diplomó en la Academia Militar Imperial en 1936. En 1942, después de haber combatido y de ser herido en China, se diplomó en la Escuela de Guerra Imperial, de la que salió con el grado de capitán. Posteriormente prestó servicio como oficial de Estado Mayor en el mando de transportes navales del Ejército, como oficial de enlace entre el Ejército y la Marina de Guerra y como oficial de Estado Mayor a las órdenes del general Kuribayashi, último comandante de Iwo Jima. Mientras tanto, se le había ascendido a comandante. Horie ha escrito numerosos libros (*Espíritu combativo: Iwo Jima, Espíritu combativo: Peleliu y Muerte por el honor: Saipan*) y ha traducido otros muchos del inglés al japonés; entre estos últimos las *Memorias* de Harry S. Truman. Actualmente es profesor en la Universidad de Tokyo.



Prusia oriental, octubre de 1944-febrero de 1945

A LAS PUERTAS DE BERLIN

Earl Ziemke

A fines de 1944, en el frente oriental se produjo una pausa siniestra: después de asegurarse un punto de apoyo en Prusia oriental, los rusos concentraron fuerzas para completar la ocupación de la "cuna del militarismo alemán". Las tropas alemanas trataron de improvisar, con desesperación, una línea defensiva, pero cuando los soviéticos lanzaron su ataque, éste fue tan potente que arrolló muy pronto el frente, y el Ejército ruso pudo llegar casi a las puertas de Berlín.

Prusia oriental tenía un valor simbólico tanto para los rusos como para los alemanes: para los primeros constituía la representación del agresivo militarismo alemán, y para los segundos la convicción, ya muy antigua, de la superioridad militar y cultural germánica sobre los eslavos. En verano de 1944, al retirarse de Rusia Blanca, el Grupo de Ejércitos del Centro intentó desesperadamente detener el avance soviético en la frontera de Prusia, pero con no menos determinación, los rusos se batieron para poner su pie en la «cuna del militarismo alemán». El 17 de agosto, un pelotón soviético había cruzado la frontera por el noroeste de Vilkaviskis, si bien antes del anochecer fue rechazado.

Dos meses después, el 16 de octubre, tres Ejércitos soviéticos se lanzaron a través de la frontera, entre Schirwindt y el Romintener Heide. En tres días conquistaron Goldap, la primera ciudad germana que se perdió en Alemania oriental, y amenazaban Gumbinnen, situada sobre la dirección de acceso a Königsberg. Preocupado por ello, Hitler anuló los planes que estaba elaborando desde hacía tiempo para restablecer los contactos entre el Grupo de Ejércitos del Centro y el Grupo de Ejércitos Norte y ordenó al capitán general Hans Reinhardt, comandante del Grupo de Ejércitos del Centro, que replegase tras el río Niemen, en su flanco septentrional, a la 3.ª *Panzerarmee* y utilizase las fuerzas acorazadas para rechazar a los rusos de Prusia oriental. Reinhardt defendió con éxito Gumbinnen y reconquistó Goldap; pero cuando terminó la batalla, en la primera semana de noviembre, los soviéticos todavía controlaban una franja de territorio prusiano de 25 a 80 km de anchura. A partir de entonces en todo el frente oriental al norte de los Cárpatos se produjo una siniestra tranquilidad: ambos bandos se preparaban para el próximo y decisivo enfrentamiento.

El Grupo de Ejércitos del Centro necesitaba tiempo. El general Reinhardt había descubierto, con asombro, que el *Gauleiter* Erich Koch, que tenía también el cargo de comisario para la defensa de Prusia oriental, no se había preocupado lo más mínimo de preparar fortificaciones y que ni siquiera había tomado medidas para evacuar a la población civil de las zonas amenazadas. Y Koch, con la aprobación de Hitler, siguió sin tomar ninguna medida porque se consideraban «derrotistas». A lo largo de la frontera y alrededor de Königsberg, especialmente en el llamado triángulo de Heilsberg, construido en los años veinte por la *Reichswehr*, el Grupo de Ejércitos podía contar con algunas posiciones de hormigón, pero hacía mucho tiempo que, en ellas, todas las instalaciones no fijas se habían trasladado a la «muralla del Atlántico». En noviembre y diciembre, los tres Ejércitos de Reinhardt, sirviéndose de mano de obra militar y civil, consiguieron disponer una red de trincheras que llegaba a la costa. Estas defensas, aunque seguían algunas líneas defensivas naturales teóricamente buenas, en algunos puntos críticos eran débiles. Por la izquierda, la línea de la 3.ª *Panzerarmee* seguía el curso del río Niemen, desde la costa hasta un punto situado 88 km más arriba, y luego se desviaba casi en ángulo recto hacia el Sur, para unirse con el frente del Ejército 4, situado al este de Gumbinnen. La línea de este último Ejército se extendía al este de Gumbinnen y de Goldap (donde se desviaba en ángulo recto hacia el Sudeste, hasta Augustow, 25 km al otro lado de la frontera), y seguía después numerosos cursos de agua hasta el río Narew, enlazando con el frente del Ejército 2 de Nowogrod. Este estaba desplegado en un frente que seguía el curso del citado Narew, desde Nowogrod hasta el límite de sector entre los Grupos de Ejércitos del Centro y A, a 16 kilómetros al norte de Varsovia. Las líneas defensivas que seguían el curso de los ríos eran muy débiles. El ataque lanzado en octubre por los rusos en dirección a Gumbinnen había creado una cuña que se prestaba magníficamente para desencadenar otro ataque hacia Königsberg. En el sector del Ejército 2, en el bajo curso del Narew, los soviéticos se habían apoderado de dos cabezas de puente, en Rozan y Serock, antes de la terminación de la ofensiva de verano.

En semejante situación militar, una pausa puede ser tan debilitadora como una batalla ininterrumpida. A principios de diciembre el Grupo de Ejércitos del Centro disponía de 33 divisiones de infantería y 12 *Panzerdivisionen* o divisiones *Panzergrenadier*; Reinhardt mantenía nueve de estas últimas como reserva. Con una reserva acorazada tan fuerte y con divisiones de primera línea que guarnecía, cada una, unos 16 de los 575 km del frente del Grupo de Ejércitos, el comandante alemán se encontraba en condiciones casi ideales. Sin embargo Hitler estaba proyectando operaciones ofensivas en el Oeste, y por otra parte los rusos estaban avanzando todavía por Hungría. Por ello, a fines de mes tuvieron que transferirse cinco *Panzerdivisionen*, y eso sucedía en el momento en que Reinhardt informaba de que los rusos tenían cinco Ejércitos sobre el Narew y fuerzas de la misma entidad (50-60 divisiones) al sur del Niemen. Y como se le había comunicado con antelación el traslado de otra *Panzerdivisionen* concluyó irónicamente que, al parecer, el OKH consideraba a Prusia oriental menos importante que otros sectores y estaba dispuesto a arriesgar en aquel punto considerables pérdidas de territorio. Desde luego, no recibió ningún tipo de respuesta.

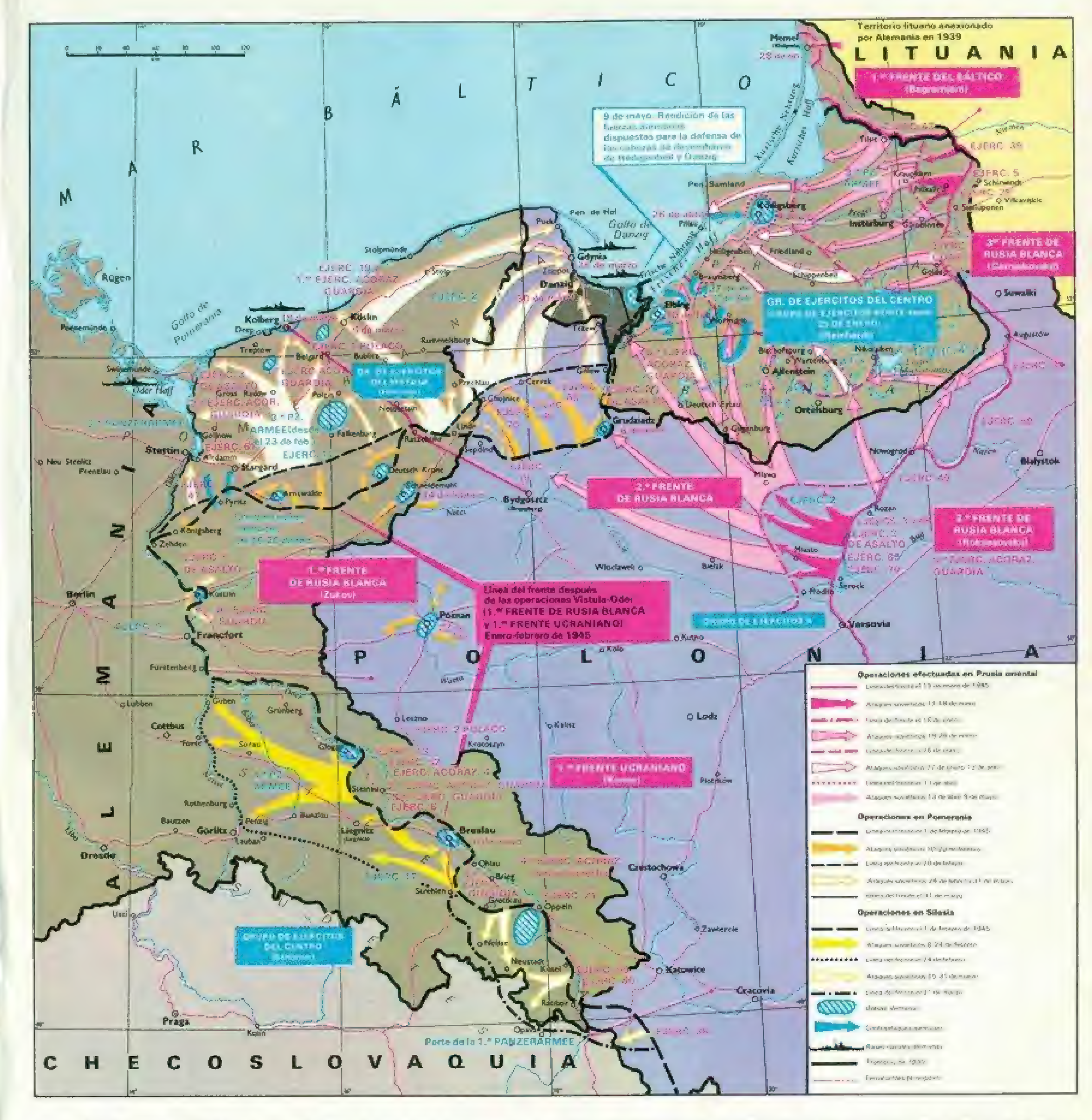
En previsión de la ofensiva contra las tropas alemanas en Prusia oriental, el segundo y tercer frentes de Rusia Blanca habían acumulado un gran número de fuerzas, tanto en hombres como en material: a principios de enero, el Ejército ruso gozaba, comparado con la *Wehrmacht*, de una superioridad total de 2,3 a 1. (History of the Second World War)



Motivos para esperar lo peor

Mientras los alemanes se mantenían alerta, el cuadro de la situación presentado por el Servicio de Información era cada vez más pesimista. Al principio, en noviembre, se esperó que el siguiente movimiento soviético se lanzaría contra Prusia oriental, al sur de los Cárpatos y en dirección a Viena, para efectuar un amplio movimiento destinado a penetrar también en Checoslovaquia y en la alta Silesia. Pero en diciembre las previsiones cambiaron: el ataque principal, según afirmaba el Servicio de Información, se lanzaría en el Vístula contra el Grupo de Ejércitos A y directamente hacia el Oeste. Era previsible también una ofensiva simultánea contra el Grupo de Ejércitos del Centro, pero probablemente esta operación tendría un objetivo más limitado que la conquista total de Prusia oriental, puesto que el Grupo de Ejércitos Norte aún resistía en Curlandia y, por consiguiente, mantenía inmovilizadas a fuerzas soviéticas en el flanco septentrional. A comienzos de enero se hizo evidente que los soviéticos adoptarían la «solución mayor» contra el Grupo de Ejércitos del Centro, o sea la ofensiva lanzada en el bajo curso del Vístula y encaminada a aislar Prusia oriental, atacando al mismo tiempo en profundidad al Grupo de Ejércitos A, quizás directamente en dirección a Berlín.

Por lo que podían observar, los hombres del Servicio de Información alemán tenían buenos motivos para esperar lo peor. Los datos que poseían revelaban que a las 160 unidades (divisiones o brigadas) de que disponían los alemanes en todo el frente oriental, los soviéticos enfrentaban 414 unidades en primera línea, 261 como reser-



Los días 13 y 14 de enero de 1945 el tercer y segundo frentes de Rusia Blanca iniciaron la ofensiva contra Prusia oriental. Los ataques soviéticos arrollaron las posiciones del Ejército 2 y de la 3.ª *Panzerarmee*, cercando gran parte de las fuerzas del Ejército 4. Mientras tanto, en Pomerania oriental, el flanco izquierdo del segundo frente de Rusia Blanca –al desencadenar la ofensiva el 24 de febrero– se aseguró el dominio de Gdynia, (28 de marzo) y de Danzig (30 de marzo); y el ala derecha del primer frente, que había iniciado las operaciones el 1 de marzo, conquistó, el día 18, Kolberg y el 20 Altdamm. El 8 de febrero, el ala derecha del primer frente ucraniano había lanzado un ataque en Silesia, entre Glogau y Breslau, y el 24 de febrero alcanzó la orilla oriental del Neisse. Konev realizó entonces un nuevo despliegue de sus fuerzas y el 31 de marzo, después de unas acciones convergentes iniciadas el día 15 al norte y al sur de Oppeln, sus tropas habían avanzado más allá de la frontera checoslovaca.

va de primera línea y, asimismo, 219 dispuestas como reserva en la retaguardia.

Durante la primera semana de 1945 el jefe de Estado Mayor del Ejército alemán, capitán general Heinz Guderian, visitó el frente oriental. Los Grupos de Ejércitos del Centro y A hicieron la misma consideración: en los puntos críticos las fuerzas soviéticas eran tan ingentes que el frente no se podía defender. Reinhardt propuso que se le permitiera replegar su frente desde el Narew hasta la frontera de Prusia oriental para poder evitar al menos el ataque inicial.

El 9 de enero Guderian se presentó ante Hitler. Según Guderian, el *Führer* se negó a tomar en serio los informes del Servicio de Información sobre la entidad de las fuerzas soviéticas, y rechazó la petición de Reinhardt. En el fragmento conservado de las anotaciones tomadas por el taquígrafo aparece una serie de extravagantes observaciones expresadas por Hitler, quien no hacía más que clamar contra la locura de todos aquellos que, desde un principio, habían pensado en la posibilidad de ceder terreno en la Unión Soviética.

Pero lo creyese Hitler o no, la pausa en el frente oriental había terminado. El STAVKA había preparado dos ofensivas, vinculadas entre sí pero separadas geográficamente por el curso del

Vístula. La más fuerte era la destinada a atacar al Grupo de Ejércitos A entre Varsovia y los Cárpatos para dirigirse después hacia el Oder y Berlín. La otra debía lanzarse al norte de la curva del Vístula, hacia el corazón de Prusia oriental. La ofensiva de Prusia oriental se había concebido como un rápido y doble movimiento envolvente. El segundo frente de Rusia Blanca (mariscal Rokossovskij) debía irrumpir desde las cabezas de puente de Serock y de Rozan, en el bajo curso del Narew, dirigirse hacia el Noroeste hasta alcanzar la costa báltica y aislar así a Prusia oriental. A la derecha de Rokossovskij, el tercer frente de Rusia Blanca (general Carnjakovskij) debía atacar en dirección Oeste, al sur del río Pregel, hacia Königsberg, aislar a la 3.ª *Panzerarmee* y cercar al Ejército 4.

Ataque al sur de Varsovia

El 12 de enero, día en que se lanzó la ofensiva al sur de Varsovia, las fuerzas soviéticas desplegadas frente al Grupo de Ejércitos del Centro atacaron al Ejército 4 en el intento de engañar a los alemanes, induciéndolos a empeñar sus reservas. Al día siguiente, dando comienzo a la verdadera ofensiva, el tercer frente de Rusia Blanca atacó a la 3.ª *Panzerarmee* en Stallupönen y Pillkallen, y el día 14 el segundo frente atacó al Ejército 2, irrumpiendo desde las cabezas de puente de Serock y de Rozan. Los alemanes resistieron eficazmente durante los dos primeros días, replegándose sobre la línea defensiva principal y taponando las brechas que se iban creando.

Este éxito temporal pareció casi una victoria defensiva en comparación con lo que estaba ocurriendo al sur de Varsovia. Allí, en dos días, el frente del Grupo de Ejércitos A se había hundido por completo, y el 14, intentando describir la situación en términos favorables, Guderian comunicó a Hitler que, al parecer, Reinhardt había conseguido evitar hundimientos tácticos en el Narew y en el Pregel. Hitler aprovechó la ocasión y ordenó que el *Panzerkorps Grossdeutschland*, que con sus dos *Panzerdivisionen* constituía el núcleo de las reservas de Reinhardt, fuese transferido al Grupo de Ejércitos A.

El 15 de enero el Ejército 2 se replegó apresuradamente a la primera posición retrasada. En el Norte las condiciones atmosféricas estaban mejorando, y potentes ataques de las fuerzas aéreas y de los carros de combate soviéticos obligaron a la 3.ª *Panzerarmee* a iniciar el repliegue al sur de Pillkallen con el fin de evitar que el enemigo rompiese el frente.

Al día siguiente el tiempo también mejoró en el sector del Ejército 2, y elementos acorazados soviéticos rompieron el frente y avanzaron hasta más allá de Miasto; al mismo tiempo, el grueso del segundo frente de Rusia Blanca estaba empezando a avanzar desde la cabeza de puente de Rozan. Partiendo de los alrededores de Miasto, se dirigió hacia el Norte, en dirección a la desembocadura del Vístula. Los dos Ejércitos y el Cuerpo de Ejércitos acorazado que operaban por la izquierda y avanzaban en el sector de Serock para apoyar la operación en dirección a Bielsk y Bromberg no encontrarían dificultad alguna, pues el flanco del Grupo de Ejércitos A se había retirado apresuradamente al sur del Vístula. En el Norte, al no conseguir hundir el frente en una gran extensión, el tercer frente de Rusia Blanca empezó a desplazar todo el peso de su ataque hacia el sector de Pillkallen. Para el Grupo de Ejércitos del Centro el lógico movimiento a seguir sería el de volver de nuevo a retirar el aún indemne Ejército 4, de forma que se pudieran utilizar sus divisiones para taponar la brecha que se había abierto en el sector del Ejército 2 y evitar, si era posible, el envolvimiento de su flanco derecho. Reinhardt propuso esta maniobra el 16.

El día 17 el Ejército 2 se encontraba ya en el límite de su resistencia. Cuando, por la tarde, Guderian informó que Hitler se negaba a autorizar el



EL "VOLKSSTURM", EL ÚLTIMO RECURSO DE HITLER PARA LA DEFENSA DE ALEMANIA



3



5

A partir del otoño de 1944, el curso de la guerra daba a entender claramente que Alemania estaba al borde de la derrota total. Sin embargo, pese a los desastres sufridos, Hitler no quiso darse por vencido, y en su intento de constituir una pantalla defensiva contra el avance aliado creó nuevas unidades: el "Volkssturm", formado por muchachos y por viejos inútiles. 1. Orden del 25 de septiembre de 1944, del Mando Supremo de Hitler, en el que se llama a las armas a jóvenes y a viejos. 2. Miembros del "Volkssturm" adiestrándose en el empleo del *Panzerfaust*. 3. Montados en bicicletas y provistos de *Panzerfaust* para la acción contracarros y de armas individuales, estos soldados alemanes, prácticamente inermes, se dirigen contra las fuerzas acorazadas aliadas. 4. Soldados alemanes de 17 y 18 años: antes de ser enviados al frente, fueron instruidos durante doce semanas únicamente. 5. Soldado alemán de 10 años hecho prisionero en el curso de las operaciones para la conquista de Amberes. 6. Ancianos del "Volkssturm", los últimos defensores del suelo de Alemania, hechos prisioneros en marzo de 1945. *(Ullstein/History of the Second World War/Imperial War Museum)*

6

4



Tropas pertenecientes al segundo frente de Rusia Blanca en la ciudad de Allenstein. Después de haber roto el frente alemán, el 18 de enero de 1945, el ala derecha de Rokossovskij efectuó una rápida conversión al Noroeste, arrollando las posiciones del Ejército 2. (Archivo Rizzoli)

repliegue del Ejército 4, Reinhardt se puso en contacto con el *Führer*, pero lo único que obtuvo fue una prolija lección sobre la inutilidad de los repliegues.

Al día siguiente se rompió el frente del Ejército 2, creándose una brecha a ambos lados de Mlawa. Reinhardt lanzó al combate el mando de un *Panzerkorps* y todos los refuerzos que pudo reunir (siete divisiones), incluso dándose perfecta cuenta de que no bastarían. Al cabo de veinticuatro horas, los carros de combate soviéticos de cabeza se encontraban al sur de Gilgenburg: el 5.º Ejército Acorazado Guardia estaba preparado para lanzarse hacia la costa. Mientras tanto, también había cedido el frente de la 3.ª *Panzerarmee*, al norte del río Pregel.

El 20 fue un día relativamente tranquilo. Rokossovskij y Cernkajovskij estaban preparándose para lanzar golpes cada vez más rápidos y decisivos, pero una vez más Hitler se negó a autorizar el repliegue del Ejército 4. El *Führer* se limitó a prometer el envío de una *Panzerdivision* del Grupo de Ejércitos Norte y de 20 batallones de infantería de Marina procedentes de Dinamarca.

El 21 de enero la ofensiva soviética adquirió mayor impulso. Combatiendo contra el Ejército 2, el segundo frente de Rusia Blanca consiguió avanzar hasta Deutsch Eylau y enviar fuerzas hacia el Norte, en dirección a Allenstein; simultáneamente el tercer frente se apoderaba de Gumbinnen, eliminando un importante obstáculo de la dirección de acceso a Königsberg. Era ya evidente que los rusos estaban intentado llegar a la costa para aislar al Grupo de Ejércitos, y entonces el Ejército 2 informó que las fuerzas de que disponía tan sólo le permitirían retardar la maniobra enemiga, pero no impedirla. Y, cosa aún más alarmante, los ataques al sur del Pregel y en dirección a Allenstein parecían anunciar un intento soviético de obligar a todo el Grupo de Ejércitos a alejarse de la costa para envolverlo en las zonas más internas de Prusia Oriental. El ejército 4 se encontraba ya en el fondo de una bolsa a 210 km de la costa.

Cuando Reinhardt informó de que todos los mandos subordinados estaban pidiendo medidas adecuadas para poner remedio a la crítica situación y que podía producirse un estado de ánimo de total desconfianza hacia los mandos superiores, Hitler acabó autorizando el repliegue al límite oriental de la zona de los lagos Masurianos. Pero entonces la situación había llegado a tal extremo que esta medida ya no solucionaba nada.

Ataque por sorpresa contra Elbing

El 23 de enero por la tarde el segundo frente de Rusia Blanca había cortado las carreteras y las líneas ferroviarias que cruzaban el Vístula, a excepción de la carretera litoral que pasaba por Elbing. Aquel mismo día, después de anochecer, el destacamento de cabeza del 5.º Ejército Acorazado Guardia se aproximó a la ciudad, y, tras comprobar que no se había dado la alarma, los carros de combate soviéticos se lanzaron, atronando y disparando, por las calles principales de la población. Al amanecer, cuando llegó la siguiente oleada de carros, las fuerzas alemanas que había en Elbing consiguieron recobrarse lo suficiente para obligarles a envolver la ciudad por su lado oriental. Pero, mientras tanto, el destacamento de cabeza soviético había llegado a la costa. Y así el Ejército 4 y la 3.ª *Panzerarmee*, el grueso del Grupo de Ejércitos del Centro, se encontraban aislados en Prusia oriental. El Ejército 2 resistía en Elbing, pero en el resto del frente se veía obligado a replegarse hacia el Oeste, a la otra orilla del bajo curso del Vístula.

Reinhardt aseguró que tenía la intención de empeñar en combate todas las tropas que pudiera reunir, lanzando contraataques por el Este o el Oeste a fin de restablecer los contactos con las fuerzas que habían quedado aisladas. Previendo que ello supondría repliegues en otros sectores, Hitler reaccionó prohibiendo a Reinhardt que retirase el Ejército 4 más al oeste de Lötzen y de Ortelsburg. En compensación, ofreció como refuerzos dos divisiones procedentes de Memel.

En el flanco septentrional de Reinhardt, la 3.ª *Panzerarmee* había conseguido mantener durante nueve días una especie de frente, retirándose gradualmente hacia Königsberg; pero el 24 de enero los rusos rompieron el frente al sur del Pregel, amenazando con aislar aquella ciudad. Reinhardt sabía que no podía defender Königsberg y la península de Samland, dejando que el frente del Ejército 4 continuase constituyendo un saliente hacia el Este en dirección a los lagos Masurianos, y al mismo tiempo quería contraatacar hacia el Oeste, pero, evidentemente, no se sintió con ánimo de someter a la atención de Hitler un problema de este tipo, y llegó a la resolución de transferir a la 3.ª *Panzerarmee* dos divisiones que el Ejército 4 había destacado para el contraataque. Cuando el día 24 el Ejército 4 evacuó, sin autorización, las defensas externas de Lözen, Reinhardt no dijo nada; sabía que el Ejército debería retirarse más, mucho más al Oeste; pero, por otra parte, no supo sustraerse a la petición de Hitler de llevar a cabo una investigación exhaustiva sobre lo sucedido.

Hossbach decide romper el cerco

El día 24 por la mañana, el comandante del Ejército 4, general Friedrich Hossbach, actuando por iniciativa propia, convocó a los tres comandantes de Cuerpo de Ejército y les informó de que las comunicaciones terrestres con Alemania estaban interrumpidas y que no se podía esperar ayuda alguna. Por lo tanto, había decidido romper el cerco intentando un hundimiento en el Oeste. La ruptura del frente y la retirada empezarían el 26 por la noche o bien durante el día siguiente. Hossbach esperaba lanzar al combate todo el Ejército, abandonando Prusia oriental. La población civil tendría que quedarse. Hossbach no mencionó a la 3.ª *Panzerarmee*. Probablemente pensaba que le correspondería al comandante de aquella unidad decidir, llegado el momento, si debía quedarse o retirarse. En general, él y Reinhardt estaban de acuerdo sobre la necesidad de lanzar un ataque hacia el Oeste, y la retirada al este de Lötzen había demostrado que Reinhardt no estaba decidido a resistir a ultranza en el Este.

El día 25 las tropas de Cernjakovskij llegaron a menos de 20 km de Königsberg. Una vez más parecían decididas a cerrar la boca de la bolsa en la que había quedado aprisionado el Ejército 4, cuyo frente oriental se encontraba a casi 150 km de la costa; en aquel punto el frente del citado Ejército 4 y el de la 3.ª *Panzerarmee*, situados uno detrás de otro, estaban a menos de 65 km de distancia. Aquella noche Reinhardt, que había resultado herido durante una incursión aérea enemiga, trató de convencer a Guderian de que había llegado el momento de reducir el saliente. Guderian insistió en que no se debía desplazar el frente, negándose a oír hablar de repliegue. Aquel día se había dado al Grupo de Ejércitos del Centro el nuevo nombre de Grupo de Ejércitos Norte (en una serie de modificaciones de los nombres convencionales que no tenía ninguna finalidad definida: el Grupo de Ejércitos Norte se transformó en Grupo de Ejércitos de Curlandia, y el Grupo de Ejércitos A en Grupo de Ejércitos del Centro). Al mismo tiempo se puso al Ejército 2 a las órdenes del recién constituido Grupo de Ejércitos del Vístula, que, mandado por el *Reichsführer* de las SS Heinrich Himmler, tenía la misión de defender Pomerania, Prusia occidental y Danzig a lo largo de una línea que iba del Oder al Vístula.

El 26 de enero, el 5.º Ejército Acorazado Guardia se había asegurado un sólido punto de apoyo en la costa báltica, al noroeste de Elbing. A la derecha, el Ejército 4 desplegó sus propias divisiones para el intento de hundir el frente. Esta maniobra debilitó los frentes sudoriental y nororiental del Ejército; en consecuencia Lötzen cayó, y los rusos, cruzando los lagos helados, abrieron en el frente numerosas brechas. Aquel día, antes del mediodía, Reinhardt informó que estaba a punto de ordenar al Ejército 4 que se retirase unos 50 km para llegar a la Línea Friedland. Hablando con Hitler, Reinhardt añadió que, además, tenía la intención de romper el cerco hacia el Oeste y establecerse en el triángulo de Heilsberg. Hitler replicó que le comunicaría posteriormente su decisión.

Pero luego, dándose cuenta de que se encontraba ante un hecho consumado, aunque parece ser que no era plenamente consciente del alcance de la maniobra (por lo menos de la de Hossbach), Hitler se encolerizó, y dijo a Guderian que lo que Reinhardt opinaba era diametralmente opuesto a su plan de base y que constituía un verdadero acto de traición. El *Führer* quiso que Reinhardt y Hossbach fueran destituidos inmediatamente, y en consecuencia envió al Grupo de Ejércitos una orden en la que prohibía todo repliegue más allá de la Línea Wartenburg-Nikolaiken. Después se interrumpieron inesperadamente las comunicaciones con el Mando Supremo; nadie dotado de cierta autoridad volvería a hablar con el Grupo de Ejércitos. Finalmente, a las 19,15 horas, bajo su propia responsabilidad, Reinhardt decidió dejar que el Ejército 4 se replegase a la línea propuesta por él en un principio. Intentó dorar la píldora aduciendo que tenía intenciones de constituir un sólido frente defensivo «lo más tarde posible» en la línea Wartenburg-Bischofsburg-Schippenbeil-Friedland. Dos horas después llegó un telegrama en el que se les destituía a él y a su jefe de Estado Mayor.

Antes del mediodía siguiente llegó al Grupo de Ejércitos de Curlandia el capitán general Lothar Rendulic para asumir el mando. Hitler le había dado órdenes de defender a toda costa Königsberg y lo que quedaba de Prusia oriental. El contraataque hacia el Oeste empezó durante la noche; pero hasta entonces todos los esfuerzos habían sido inútiles. Únicamente el hundimiento y la retirada previstos por Hossbach podrían haber tenido éxito, no obstante, ahora que el Mando estaba en manos de Rendulic y Hitler le supervisaba, también esta maniobra resultaba imposible.

Tres días después llegó, para sustituir a Hossbach, el general Friedrich Müller, considerado como un especialista en la ejecución de las órdenes. Entre las cualidades consignadas en los informes personales se le definía como *kriesenfest* (decidido en los momentos de crisis), lo que indicaba habilidad en el mando de las tropas, a través de una serie de desastres y sin ningún tipo de escrúpulos.

El repliegue que Reinhardt había ordenado antes de que le sustituyeran alivió en cierta medida la presión ejercida por los soviéticos en el frente oriental del Ejército 4, pero al Norte el primer frente báltico del general Bagramjan lanzó toda su fuerza en el avance sobre Königsberg. Al sur de esta ciudad, el Ejército 4 aún mantenía abierto un estrecho corredor que daba acceso a la misma. Por el momento el peligro más grave era que los soviéticos, en su avance hacia Samland, pudieran superar los últimos 25 km que los separaban de Pillau, en la Frische Nehrung, interrumpiendo la línea de abastecimiento por mar del Grupo de Ejércitos (desde Pillau los camiones podían llegar, por la bahía helada, a Heiligenbeil).

El día 1 de febrero el Ejército 4 llevó a cabo un último intento de romper el frente en dirección a Elbing, pero chocó con un contraataque soviético y el esfuerzo fue neutralizado.

A 55 km de Berlín

Durante los días que siguieron, la oleada de fugitivos que abandonaban Prusia oriental llegó a su máxima intensidad. A algunos los evacuaron por mar, pero la mayoría se dirigieron a Danzig cruzando el delta del Vístula. Hacia mediados de febrero, 1.300.000 de los 2.300.000 habitantes habían abandonado el país. De los que quedaban, aproximadamente la mitad eran hombres de la *Volkssturm* (milicia territorial) y soldados encuadrados en la *Wehrmacht*.

En los últimos meses de guerra, Rendulic demostró ser uno de los generales alemanes más inhumanos con sus tropas. La única característica que todos sus antiguos superiores estaban de acuerdo en reconocerle era su falta de nervios. Para él, la orden de mantener al Grupo de Ejércitos en Prusia oriental no planteaba más problema que el de cumplirla. En una orden declaró que todos los comandantes de batallón y de regimiento eran responsables de «cada palmo de terreno» cedido al enemigo, y citó el ejemplo de un capitán al que se había fusilado el día anterior porque había replegado su batallón 1,5 km cuando el enemigo rompió su frente defensivo.

En la primera semana de febrero toda Alemania quedó desconcertada ante la oleada de destrucción que había caído sobre el país. Tan sólo tres semanas antes, el frente se hallaba aún en el corazón de Polonia, y a excepción de una pequeña franja de Prusia oriental no se combatía en ningún punto del suelo alemán. Pero ahora los rusos se encontraban en el Oder, a 55 km de Berlín. La alta Silesia se había perdido. En Prusia oriental el enemigo aniquilaba a un Grupo de Ejércitos alemán, y si los rusos mantenían aquel ritmo de avance nada les podría impedir que llegaran al Rhin en otras tres semanas.

Cañón contracarro alemán abandonado en la ciudad de Elbing. La viva resistencia opuesta, el 24 de enero, por los alemanes en Elbing evitó su inmediata caída y obligó al 5.º Ejército Acorazado Guardia, que avanzaba hacia la costa, a envolver la ciudad. (Archivo Rizzoli)



Prusia oriental y Silesia, febrero-abril de 1945

LOS RUSOS HACIA EL ODER

Viktor Ivanovic Zelanov



(History of the Second World War)

A los aterrorizados alemanes les parecía que ya nada podría impedir que las fuerzas soviéticas arrollaran todo el país. No obstante, también los rusos tenían sus dificultades: no sólo la rapidez del avance había creado de nuevo una crisis en su sistema de abastecimientos, sino que, además, las tropas atacantes estaban ahora amenazadas en los flancos por importantes contingentes de fuerzas alemanas, que era indispensable eliminar antes de lanzar el ataque decisivo en dirección a la capital del Reich. En el presente capítulo, Viktor Ivanovic Zelanov, eminente historiador ruso, expone el punto de vista soviético sobre los acontecimientos de aquellos días.

El éxito de la ofensiva de invierno, lanzada en enero de 1945, hizo que las unidades del Ejército ruso avanzaran rápida y profundamente en territorio alemán creando un gran saliente que se extendía, hacia el Sur, desde al Frische Haff hasta Grudziadz, hacia el Oeste a través de Ratzebuhr hasta Zehden y, finalmente, hacia el Sudeste por el Oder hasta Ratibor. Aunque este saliente, defendido por el primer frente de Rusia Blanca (mariscal Rokossovskij) y por el primer frente ucraniano (mariscal Konev) estaba a una distancia de 65-75 km de Berlín, se daban muchas circunstancias que impedían el comienzo inmediato de una ofensiva para la conquista de la capital.

Por otra parte, después de esta ofensiva, las fuerzas rusas estaban cansadas, las unidades muy debilitadas, tanto en hombres como en material, y los refuerzos no llegaban en cantidad suficiente. Las tropas de retaguardia habían permanecido muy retrasadas respecto de las tropas atacantes, y la rapidez de la ofensiva fue muy superior al ritmo que requería la preparación de las líneas ferroviarias y de las carreteras. Asimismo, los alemanes habían fortificado la línea del Oder, y especialmente las ciudades de Küstrin, Glogau, Breslau y Ratibor, y se necesitaría algún tiempo para eliminar este sistema defensivo y preparar el terreno para un avance en gran escala.

Aunque el Grupo de Ejércitos Norte alemán había quedado aislado en el sector Königsberg-Samland, aún mantenía empeñados importantes efectivos soviéticos, y en Pomerania, con la espalda cubierta por el Báltico, se encontraba el Grupo de Ejércitos del Vístula, que amenazaba el flanco derecho de las fuerzas rusas. Después de los reveses sufridos en enero, Hitler puso a este Grupo de Ejércitos (formado por los Ejércitos 2 y 17, apoyados por la 6.ª *Luftflotte*) bajo el mando del *Reichsführer* de las SS Heinrich Himmler, ordenándole que defendiera tanto Danzig como Berlín y que constituyese a lo largo de los ríos Vístula y Oder un frente que pudiera proteger Pomerania y Prusia occidental.

Cuando las fuerzas soviéticas llegaron al Oder, el Alto Mando alemán había elaborado el plan para una contraofensiva que preveía la defensa de la línea del río con la 3.ª *Panzerarmee* y con el Ejército 9, así como el lanzamiento simultáneo de dos vigorosos ataques desde Pomerania y Silesia oriental (donde se encontraba el Grupo de Ejércitos del Centro, al mando del general Schörner) destinados a aniquilar a las fuerzas enemigas que habían avanzado hasta el Oder. Según el general Guderian, una maniobra de este tipo «reforzaría la defensa de Berlín, permitiendo ganar el tiempo necesario para negociar un armisticio con las potencias occidentales». Además, permitiría a los alemanes mantener el control de Pomerania oriental, con sus importantes bases navales en las bahías de Danzig y de Pomerania (bases a través de las cuales se abastecía a las fuerzas alemanas que operaban en Curlandia y en Prusia oriental), así como del área industrial de Silesia septentrional.

Sin embargo, los recursos alemanes no eran adecuados para esta empresa: la única fuerza de cierta entidad de que disponía el Grupo de Ejércitos del Vítula era el Ejército 2, y esta unidad no sólo estaba empeñada en la defensa de Danzig, sino que además había recibido órdenes de Hitler de liberar Elbing y «reanudar el avance» en dirección al Grupo de Ejércitos Norte; en cuanto a las unidades de Silesia, se encontraban en muy precarias condiciones. Así, pues, el OKW se vio obligado a proyectar un solo ataque, confiando el cometido a unidades del Ejército 11, que, partiendo de la zona de Stargard, en Pomerania oriental, deberían dirigirse hacia Pyritz. Esta operación, destinada a aniquilar a las unidades del primer frente de Rusia Blanca, debía comenzar el 15 de febrero y desarrollarse, según palabras de Guderian, «con fulminante rapidez, para impedir que los rusos mandaran al frente más fuerzas e intuyeran nuestras intenciones».

Por lo tanto, las fuerzas alemanas que operaban en Pomerania oriental constituían una amenaza que el STAVKA no podía despreciar; por ello dio al segundo frente de Rusia Blanca la orden de desplazarse hacia el Oeste, aniquilando al Grupo de Ejércitos del Vístula y cerrando el espacio débilmente guarnecido entre su flanco izquierdo y el flanco derecho del primer frente de Rusia Blanca. La orden de atacar el 10 de febrero llegó al segundo frente el día 8; en ella se disponía que se debía atacar al oeste del Vístula y alcanzar una línea que iba desde la desembocadura del río hasta Neustettin, pasando por Rummelsburg. Después, en cuanto llegasen las reservas, el frente avanzaría en dirección a Stettin, conquistando la zona Danzig-Gdynia y rechazando a los alemanes de la costa báltica hasta la bahía de Pomerania.

A pesar de los ambiciosos objetivos de esta ofensiva, las fuerzas del primer frente de Rusia Blanca no participarían en ella, pues el mariscal Zukov les ordenó que concentrasen los esfuerzos en la consolidación de las cabezas de puente situadas en la otra orilla del Oder, tomasen las medidas adecuadas para neutralizar las fortificaciones alemanas de Küstrin y Frankfurt del Oder, se preparasen para la siguiente ofensiva en dirección a Berlín y detuviesen posibles ataques procedentes del Norte.

Un grave revés

El segundo frente de Rusia Blanca lanzó su ofensiva el 10 de febrero en el sector Grudziadz-Sepólno, dirigiéndose hacia el Noroeste. Pero las unidades del Ejército 2 alemán aprovecharon con habilidad las fuertes líneas defensivas en las que se habían establecido para ofrecer una tenaz resistencia, por lo que el avance de las fuerzas soviéticas progresó muy lentamente. El 20 de febrero tan sólo habían conquistado una franja de terreno de 40 a 65 km de anchura, y luego se vieron obligadas a detenerse en una línea que iba de Gniwe a Linde. Mientras tanto, la guarnición alemana cercada en Elbing fue eliminada; pero Grudziadz siguió en manos germanas.

Muchas son las razones que explican la lentitud de aquel avance: la operación se había preparado con demasiada premura y requería mucho esfuerzo para un solo frente; además, la capacidad de resistencia alemana se había subestimado; asimismo, las fuerzas soviéticas aún tenían sus efectivos incompletos, las unidades logísticas se hallaban retrasadas y las fuerzas aéreas de apoyo debían utilizar bases que estaban bastante lejos del frente de operaciones.

A pesar de todo la ofensiva suscitó graves preocupaciones en el Mando alemán, y el general Weiss, comandante del Ejército 2, comunicó a Himmler que sus fuerzas podrían defender la zona de Danzig o mantener los contactos por su derecha, pero no cumplir los dos cometidos a la vez, y que se debía evacuar Grudziadz. Himmler replicó ordenando a Weiss que recordase las gloriosas tradiciones militares prusianas y que cumpliese todos los cometidos que se le habían confiado.

Mientras tanto, las unidades del primer frente de Rusia Blanca habían llevado a cabo una notable actividad en su flanco derecho, aniquilando las guarniciones alemanas de Deutsch Krone y Arnswalde y avanzando hacia el Norte entre 20 y 50 km hacia fines de febrero. Las fuerzas alemanas cercadas en Schneidemühl fueron aniquiladas el 14 de febrero, y el asedio de Poznan acabó el 23. En esta última batalla tomó parte el Ejército 2 polaco, constituido hacía pocos días.

El 16 de febrero, los alemanes lanzaron un vigoroso contraataque en la zona Stargard-Pyritz y su Ejército 11 no pudo ser rechazado hasta el 20; pero la neutralización de este intento no significaba el fin de la amenaza que las fuerzas alemanas en Pomerania oriental constituían para el flanco derecho de las fuerzas soviéticas.

También se produjeron importantes combates en Prusia oriental, donde el tercer frente de Rusia Blanca (mariscal Cernjakovskij) obligó al Ejército 4 a evacuar la zona de Heilsberg, y el 13 de febrero el primer frente del Báltico (mariscal Bagramjan) empujó a los restos de la 3.ª *Panzerarmee*, (ahora llamados destacamento de Ejército Samland) hacia el extremo de la península de este nombre. Königsberg fue cercada, y una semana después El Ejército 4 se encontró encerrado en una cabeza de puente de 55 por 25 km en las proximidades de Heiligenbeil. En el curso de esta batalla murió el mariscal Cernjakovskij, ocupando su lugar el mariscal Vasilevskij.



Carro de combate soviético "SU-37"

Los carros de combate ligeros se utilizaron mucho para el apoyo próximo a la infantería. Sus limitadas dimensiones y su bajo perfil los hacían menos vulnerables; por otra parte, la falta de potencia de choque y de fuego se compensaba con la velocidad y la maniobrabilidad. **Longitud:** 4,73 m **Peso:** 10,5 t. **Autonomía:** 265 km. **Velocidad máxima:** 51 km/h. **Armamento:** un cañón de 37 mm. **Coraza:** 35 mm en la parte frontal.

Entonces el STAVKA ordenó al primer frente del Báltico que olvidase Königsberg durante algún tiempo y concentrase sus esfuerzos en la eliminación de las fuerzas alemanas refugiadas en la península de Samland; Vasilevskij, mientras tanto, debía ocuparse de la zona de Heiligenbeil. Sin embargo, con un inesperado ataque, el destacamento de Ejército Samland consiguió romper el cerco y llegar a Königsberg, induciendo así al STAVKA a suspender todas las demás operaciones, unir el primer frente del Báltico con el tercero de Rusia Blanca, poniéndolos bajo el mando del mariscal Vasilevskij, y prepararse para lanzar un ataque decisivo que debía completar la conquista de Prusia oriental.

El ataque alemán en el ala derecha del primer frente de Rusia Blanca había acentuado la necesidad de preparar una nueva y más potente ofensiva para eliminar todas las fuerzas alemanas de Pomerania oriental. Sólo con un movimiento de aquel tipo se podría impedir que la situación se hiciera demasiado complicada en la dirección estratégica central y conseguiría además lanzar después la proyectada ofensiva contra Berlín. Todos los comandantes del frente se daban cuenta perfectamente de este hecho, y, en consecuencia, el día 15 de febrero presentaron al STAVKA los planes que habían elaborado para continuar las operaciones en aquel sector.

El mariscal Rokossovskij propuso reducir el sector operativo del segundo frente de Rusia Blanca, cambiar su principal línea de ataque y limitar el cometido confiado a sus tropas. En vez de lanzar otro ataque frontal contra todo el frente alemán en Pomerania oriental, era partidario de avanzar en dirección a la costa por la zona de Köslin, a fin de aislar y aniquilar al Ejército 2 alemán. Zukov, a su vez, pidió que se permitiese al primer frente de Rusia Blanca utilizar ingentes fuerzas en ataques dirigidos hacia el Báltico.

El STAVKA aceptó estas propuestas y ordenó que el segundo frente de Rusia Blanca utilizase el Ejército 19 y el III Cuerpo de Ejército Acorazado Guardia para lanzar el ataque principal por el flanco izquierdo, y que el primer frente de Rusia Blanca lanzase su ala izquierda en dirección a Falkenburg y otras fuerzas en un ataque colateral en dirección a Gollnow. El tercer frente de Rusia Blanca debía impedir que el enemigo se retirase de la Frische Nehrung. La Escuadra del Báltico utilizaría aviones, lanchas torpederas y submarinos para interrumpir las comunicaciones marítimas alemanas en el Báltico meridional. En conjunto, toda la operación estaba encaminada a dividir el Grupo de Ejércitos del Vistula en diversos fragmentos, que luego se irían aniquilando uno tras otro.

Ante el segundo frente de Rusia Blanca los alemanes habían conseguido reforzar su Ejército 2 con unidades sacadas de la reserva, por lo que ahora podía contar con 18 divisiones de infantería, 2 *Panzerdivisionen* y una división motorizada, con un total de 230.000 hombres, 800 carros de combate, 4000 cañones y morteros y 20 trenes blindados. El segundo frente no había recibido prácticamente ningún refuerzo durante la fase preparatoria de la operación, y el mariscal Rokossovskij y sus colaboradores tuvieron que recurrir a algunas modificaciones en el despliegue para establecer una superioridad de casi 3 a 1 en infantería, de 2 a 1 en carros de combate y cañones autopropulsados, de 4,5 a 1 en morteros y de 3 a 1 en artillería.

La 3.ª *Panzerarmee* alemana, contra la que debía lanzarse el primer frente de Rusia Blanca había absorbido los efectivos del Ejército 11, y ahora tenía una fuerza de 11 divisiones de infantería, una *Panzerdivision*, dos divisiones motorizadas, una brigada y otras diversas unidades, con un total de 200.000 hombres, 700 carros de combate y cañones autopropulsados, 2500 cañones y morteros y unas 100 piezas de artillería costera y cañones antiaéreos en posición fija que se habían adaptado para que pudieran disparar contra objetivos terrestres.

El mariscal Zukov confió la misión de derrotar a la 3.ª *Panzerarmee* a cuatro Ejércitos mixtos (3.er Ejército de choque, y los Ejércitos 47, 61 y 1 polaco), a dos Ejércitos acorazados (1.° y 2.° Guardias) y a dos Cuerpos de Ejército de Caballería (II y VII Guardias). Se trataba de una fuerza que comprendía cerca de una división de caballería y 18 de infantería, un Cuerpo de Ejército mecanizado y cuatro Cuerpos de Ejército acorazados, tres divisiones de artillería «de ruptura» y otras unidades que constituían el 70 % de toda la artillería disponible en el frente. Era, pues, evidente que en el sector de ataque las fuerzas soviéticas había alcanzado una notable superioridad.

La ofensiva se inició el 24 de febrero, cuando el Grupo de ataque desplegado en el flanco izquierdo del segundo frente de Rusia Blanca arrolló la principal línea defensiva alemana; al final del tercer día se había introducido en las posiciones alemanas una cuña de 50 km de profundidad y 60 de anchura. A través de la brecha se lanzó el III Cuerpo de Ejército de caballería Guardia, que tomó parte en el ataque contra Neustettin. Los desesperados intentos alemanes de detener este avance fueron infructuosos, y el 28 de febrero las fuerzas soviéticas ampliaron la brecha en otros 10 km y conquistaron las ciudades de Prechlau y Neustettin. Por la derecha y en el centro del frente no se produjo avance alguno.

Los alemanes aislados de nuevo

El 5 de marzo, el Grupo de ataque conquistó Köslin y alcanzó el Báltico en un sector de unos 20 km de anchura. El Ejército 2 alemán se encontró así aislado de las demás fuerzas del Grupo de Ejércitos del Vistula, y a partir de entonces sólo pudo mantenerse en contacto con ellas por vía aérea o marítima. En este punto, el grueso de las fuerzas del Ejército 19 efectuó una conversión al Este y empezó a avanzar por la costa hacia Gdynia, mientras parte de las fuerzas que se encontraban en el sector de Köslin se desviaba hacia el Oeste, a fin de evitar posibles contraataques por la espalda. En el curso de las operaciones la acción victoriosa del Grupo de ataque contó siempre con la constante y valiosa ayuda prestada por el 4.° Ejército aéreo, que entre el 24 de febrero y el 5 de marzo efectuó más de 8500 salidas.

El 1 de marzo, el comienzo de la ofensiva del primer frente de Rusia Blanca fue precedido por cincuenta minutos de bombardeo. El ataque arrolló las defensas alemanas en un amplio frente, y ambos Ejércitos acorazados pasaron por la brecha: el 1.er Ejército Guardia se lanzó hacia el Norte, intentando abrirse camino hacia el mar.

El 3 de marzo, el Ejército 1 polaco, desplegado en el ala derecha del primer frente de Rusia Blanca, aprovechó el éxito obtenido por el segundo frente para cercar Polzin y lanzar un fulminante ataque contra Kolberg. El 1.er Ejército Guardia llegó a la zona de Gross Radow, pero el 2.° Ejército Guardia, que había efectuado una conversión a la izquierda, avanzaba lentamente, después de un vigoroso contraataque alemán en la zona de Stargard. Mientras tanto, el Ejército 47 combatía duramente en la orilla oriental del Oder para romper la primera línea defensiva alemana, pero sus esfuerzos no parecían conseguir buenos resultados.

El día 5 de marzo, el ala derecha se había establecido en la costa, en un sector de 16 km comprendido entre Kolberg y Deep, y empezó a eliminar a las unidades enemigas aisladas: al sudoeste de Polzin los polacos y el 3.er Ejército de choque habían cercado al X Cuerpo de Ejército SS y al Grupo *Tettan*, y al este de Kolberg unidades de los dos frentes soviéticos cercaron a más de 20.000 alemanes. Aquel mismo día, el Ejército 61 rechazó otro contraataque alemán y se apoderó de Stargard.

En cuanto llegó a la costa, el grueso de las fuerzas del primer frente de Rusia Blanca efectuó una conversión al Oeste y continuó su ofensiva por el litoral en dirección al Oder Haff. El 5 de marzo el STAVKA consideraba que la situación permitía utilizar al 1.er Ejército Acorazado Guardia en el flanco izquierdo del segundo frente de Rusia Blanca durante la operación que debía terminar con la conquista de la zona Danzig-Gdynia.

El primer frente cumplió rápidamente el cometido que se le había confiado: las fuerzas alemanas cercadas en las proximidades de Polzin fue

El general Rokossovskij, comandante del segundo frente de Rusia Blanca. Con la conquista de parte de Prusia y de Pomerania, los Ejércitos de Rokossovskij neutralizaron la amenaza alemana contra el primer frente de Rusia Blanca y el primer frente ucraniano (Novosti Press Agency)





Fuerzas acorazadas soviéticas del tercer frente de Rusia Blanca entran en la ciudad de Heiligenbeil. Después de la retirada del Ejército 4 alemán de la cabeza de puente de Heiligenbeil, el 6 de abril de 1945 cuatro Ejércitos soviéticos se lanzaron hacia Königsberg. *(History of the Second World War)*

ron aniquiladas antes del 7 de marzo y los restos de la 3.ª *Panzerarmee* se retiraron al Oder. El 18 de marzo unidades del Ejército 1 polaco conquistaron Kolberg, y el 20, con la caída de Altdamm, se eliminó el último reducto alemán en la orilla oriental del trecho septentrional del río. Ahora el primer frente de Rusia Blanca podía establecerse defensivamente.

Sin embargo, el segundo frente estaba desarrollando aún su ofensiva, y fueron necesarios largos y violentos combates para hacer retroceder a los alemanes y obligarles a abandonar las fortificaciones de la zona Danzig-Gdynia. Tras la caída de Köslin, Hitler había nombrado al general Rendulic comandante del Grupo de Ejércitos de Curlandia y transfirió el Ejército 2 al Grupo de Ejércitos Norte, confiando a Weiss el mando del citado Grupo de Ejércitos con la orden de defender por todos los medios la zona Gdynia-Danzig, la península de Hel, Pillau y la Frische Nehrung, zona en la que los alemanes cercados se batían enérgicamente.

El 22 de marzo, tropas soviéticas rompieron las líneas alemanas al oeste de Zoppot, conquistaron la ciudad y también llegaron a la costa, dividiendo así en dos partes a las fuerzas alemanas, cuyos restos se encontraban ahora concentrados en las

zonas portuarias de Danzig y de Gdynia y en la península de Hel. La base naval de Gdynia se conquistó el 28 de marzo, y cayeron en manos soviéticas unos 9000 prisioneros y gran cantidad de material. Dos días después, las fuerzas rusas atacantes eliminaron a los últimos defensores de Danzig y ocuparon asimismo la ciudad, capturando más de 10.000 prisioneros y 45 submarinos.

Todo lo que quedaba ya del Grupo de Ejércitos Norte eran las fuerzas refugiadas en la península de Hel y algunas unidades que se habían retirado con el mando del Ejército 2 al delta del Vístula, uniéndose a ellas los restos del Ejército 4. Este Ejército tuvo que retirarse de la cabeza de puente de Heiligenbeil ante los ataques lanzados por el tercer frente de Rusia Blanca y, al final, el 29 de marzo, Hitler decidió permitirle cruzar la Frisches Haff para llegar a la Frische Nehrung.

El tercer frente de Rusia Blanca pudo dirigir así su atención hacia Königsberg. El 6 de abril Vasilevskij lanzó al ataque cuatro Ejércitos, y tres días después el comandante de la guarnición, general Lasch, se rindió, decisión por la cual fue condenado a muerte en rebeldía. El 15 de abril, el frente alemán de la península de Samland cedió y por la Frische Nehrung afluyó una multitud de soldados y de paisanos para unirse a las fuerzas que se encontraban aún en el delta del Vístula. Allí los alemanes permanecieron inmovilizados hasta el 9 de mayo, cuando el general von Saucken, a cuyas manos había pasado el mando, decidió rendirse.

Gracias a las victorias conseguidas en Pomerania oriental, los rusos no sólo habían infligido graves pérdidas a los alemanes, sino que además habían eliminado la amenaza que se cernía sobre su flanco derecho. La Marina de Guerra alemana perdió uno de los tres centros de adiestramiento más importante para *U-Boot*, lo que repercutiría en una notable ventaja tanto para la Marina de Guerra soviética como para las marinas occidentales. En sus memorias, Churchill reconoce que: «La conquista de Danzig y la consiguiente neutralización de una de las tres bases de submarinos era un acontecimiento que representaba una gran ayuda para el Almirantazgo. Ahora era ya imposible la continuación de la guerra submarina a la escala que los Mandos alemanes habían previsto».

Encolerizado por estos reveses, Hitler destituyó a Himmler del mando del Grupo de Ejércitos del Vístula, nombrando como sucesor al general Heinrich. El *Führer* ni siquiera tuvo la satisfacción de ver a los restos del Grupo de Ejércitos Norte mantener inmovilizadas en el delta del Vístula a importantes fuerzas soviéticas, pues el mariscal Rokossovskij pudo dejar nueve divisiones para mantener empeñadas a aquellas unidades alemanas e hizo avanzar a las demás hasta que llegaron a nuevas posiciones en el Oder.

Allí, en el ala izquierda del primer frente de Rusia Blanca, se habían producido violentos combates cuando las tropas soviéticas intentaron arrollar la resistencia de los reductos de Küstrin y de Frankfort. El 5.º Ejército de choque y el 8.º de Guardias tuvieron que vencer la tenaz resistencia del Ejército 9 alemán, y hasta fines de marzo no pudieron cercar Küstrin y extender la cabeza de puente alrededor de la ciudad. Los alemanes lanzaron numerosos contraataques en el intento de rechazar a las tropas soviéticas a la otra orilla del río y romper el cerco de Küstrin, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles y precisamente este fracaso fue una de las principales razones de la destitución de Guderian del cargo de jefe de Estado Mayor del OKH.

Importantes combates en el Sur

Desde que comenzaron las operaciones en Pomerania oriental, Silesia fue escenario de una intensa actividad militar: el primer frente ucraniano del mariscal Konev había emprendido dos operaciones, una en la baja Silesia, en febrero, y la otra en la alta Silesia, en el curso del mes de marzo, ambas encaminadas a neutralizar el plan elaborado por los alemanes para impedir toda ulterior penetración soviética en Alemania, preparando una insuperable línea defensiva a lo largo del trecho meridional del Oder.

El mariscal Konev decidió iniciar la ofensiva en la baja Silesia utilizando su ala derecha para hundir las defensas alemanas entre Grünberg y Breslau, y avanzar luego hasta el Neisse. Con un movimiento de este tipo, sus fuerzas podrían alinearse con el ala izquierda del primer frente de Rusia Blanca y ampliar la cuña formada por las fuerzas soviéticas más allá de las fronteras de Alemania. Terminada esta fase, pensaba trasladar el peso de sus fuerzas al ala izquierda, a fin de hacer retroceder a los alemanes hacia el Sudoeste, alejándolos del Oder, y avanzar después hasta la frontera checoslovaca.



«En territorio enemigo y hacia la victoria», dice esta hoja de propaganda soviética. En las últimas fases de la guerra, la propaganda del STAVKA se preocupó de estimular el espíritu combativo de las tropas soviéticas para acelerar el avance hacia Occidente. *(History of the Second World War)*

El STAVKA aceptó su plan, y en menos de una semana Konev reunió una fuerza de ataque constituida por el 3.er Ejército Guardia, el Ejército Acorazado 4, los Cuerpos de Ejército Mecanizados Guardia XXV y VII, casi todas las unidades de artillería del frente y el 2.º Ejército aéreo. Las fuerzas soviéticas gozaban de una notable superioridad numérica respecto a la 4.ª *Panzerarmee*, que contaba con 18 divisiones de infantería, 4 *Panzerdivisionen*, 2 divisiones motorizadas y otras muchas unidades, así como con el Grupo *Breslau*.

La operación se inició el 8 de febrero, cuando, tras una breve preparación artillera, seis Ejércitos soviéticos irrumpieron desde la cabeza de puente del Oder y se dirigieron hacia Cottbus y Penzig. Después de tres días de combates, las fuerzas atacantes lograron abrir una brecha de casi 150 km en la línea alemana, fuertemente guarnecida; interrumpieron la línea ferroviaria que unía Berlín con Silesia y cercaron Glogau, con su guarnición de unos 18.000 hombres.

El día 14 de febrero, también el 5.º Ejército Guardia intervino en la ofensiva, lanzándose al ataque desde su cabeza de puente en la zona Ohlau-Brieg y tomando la dirección Noroeste, en lucha contra el Ejército 17 alemán. Al día siguiente, operando conjuntamente con el Ejército 6, cercó Breslau, aislando así a 40.000 soldados alemanes. El 24 de febrero, unidades del primer frente ucraniano ya habían cubierto de 100 a 120 km, forzando durante el avance las defensas alemanas del río Bober y apoderándose de un trecho de unos 100 km en la orilla oriental del Neisse, al norte de Penzig. En este punto, la resistencia alemana se hizo más obstinada, pero las fuerzas soviéticas habían alcanzado ya los objetivos asignados: en efecto, estaba en su poder la baja Silesia, se hallaban junto a las unidades del primer frente de Rusia Blanca y habían llegado, en la zona Legnica (Liegnitz) - Breslau-Brieg, a posiciones que les permitirían envolver a las fuerzas enemigas desplegadas al sur de Oppeln.

A fines de febrero, los alemanes lanzaron una serie de contraataques contra las posiciones rusas, con el fin de reconquistar las posiciones defensivas perdidas en el Oder; la más enérgica de estas acciones fue la del 3 de marzo, cuando la 4.ª *Panzerarmee*, en la zona de Lauban, se lanzó en dirección a Glogau; pero las tropas soviéticas estaban bien atrincheradas y consiguieron rechazar todos los ataques.

Entonces, el mariscal Konev pudo trasladar al Ejército Acorazado 4 y al VII Grupo Mecanizado Guardia más al Sur, a las zonas operativas de los Ejércitos 21, 59 y 60, uniéndolos al IX Cuerpo de Ejército Guardia y al Cuerpo de Ejército Acorazado XXXI, que se encontraban ya en aquel sector preparados para lanzar la ofensiva en la alta Silesia. Según los planes, esta operación debía consistir en dos ataques, al norte y al sur de Oppeln, destinados a envolver al grueso de las fuerzas alemanas y unirse luego en la zona de Neustadt para cerrar el cerco. La fuerza septentrional, formada por el Ejército Acorazado 4 y el Ejército 21, con contingentes del 5.º Ejército Guardia y del IV Cuerpo de Ejército acorazado autónomo Guardia, debía lanzar un ataque desde la zona de Grottkau, y la fuerza meridional (Ejércitos 59 y 60, Cuerpo de Ejército Acorazado XXXI y VII Cuerpo de Ejército mecanizado Guardia) tenía la orden de atacar partiendo de los alrededores de Kosel.

La operación se inició el 15 de marzo, y pronto las fuerzas atacantes dejaron atrás las líneas defensivas alemanas y empezaron la maniobra de envolvimiento. Al cuarto día, las unidades alemanas que operaban en las proximidades de Oppeln (5 divisiones y otras muchas unidades) habían sido eliminadas. El 20 de marzo, las fuerzas del primer frente ucraniano habían abierto una brecha de 110 km de anchura y habían avanzado unos 50 km.

Las tropas del citado frente acababan de conquistar los importantes centros industriales de Neisse, Neustadt y Ratibor, y el 31 de marzo estaban acercándose a las primeras estribaciones de los Sudetes, penetrando incluso en algunos sectores en territorio checoslovaco. En su flanco izquierdo se encontraba el Ejército 38 del cuarto frente ucraniano, que había avanzado unos 35 km, llegando a la frontera checa.

Después de esta victoria, toda la línea del Oder estaba ya rastrillada a lo largo de la dirección principal de ataque y resultaron completamente aniquiladas ingentes fuerzas alemanas. El ejército ruso había neutralizado toda amenaza de ataques por el flanco, llegando a posiciones desde las que sería posible lanzar el golpe decisivo contra el Tercer Reich.

Iba a comenzar la batalla por Berlín.

VIKTOR IVANOVIC ZELANOV



Nació en 1908 y estudió en las Academias militares de Artillería y de Estado Mayor General, licenciándose asimismo en historia. Durante los últimos veintidós años ha enseñado historia, y actualmente trabaja como colaborador y consultor en la sección de la Gran Guerra Patriótica del Instituto de marxismo-leninismo bajo la supervisión del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética. Ha publicado más de cien libros y ensayos sobre historia militar, y es uno de los autores de los libros *La URSS en la lucha por la independencia de Austria* (Moscú, 1965) y *La segunda guerra mundial* (Moscú, 1966).

Un carro de combate norteamericano cruza el Rhin sobre un pontón, para apoyar a las tropas que han realizado el forzamiento del río.
(US Army)



LOS ALIADOS CRUZAN EL RHIN

Martin Blumenson

Tanto para los Aliados como para los alemanes, el Rhin no sólo representaba un objetivo militar de capital importancia –la última defensa del Ruhr y la última barrera que todavía impedía que las fuerzas aliadas irrumpieran en la llanura septentrional de Alemania–, sino también un importante obstáculo psicológico. El Rhin ha sido siempre el símbolo de la fuerza nacional germana y ocupa un importante lugar en la leyenda wagneriana. Por lo tanto, ambos contendientes estaban dispuestos a combatir duramente, los unos para conservar su posesión, los otros para arrebatársela. El ataque principal se debía desencadenar por el Norte, contra el Ruhr, por parte de británicos y canadienses; pero fueron los americanos quienes, con un improvisado cruce, consiguieron llegar los primeros a la orilla derecha del río.

En la zona oriental de Suiza, cerca de la frontera italiana, dos cursos de agua alimentados por los glaciares alpinos discurren hacia el Este a lo largo de bastantes kilómetros hasta confluir y constituir, desde aquel punto, el río Rhin. El río se dirige primero hacia el Norte, cerca de las fronteras de Lichtenstein y de Austria, desembocando después en el lago Constanza. Una vez abandonado el lago y corriendo hacia el Oeste, en Schaffhausen, el río experimenta un salto de 20 metros; discurre luego entre el territorio suizo y el alemán, hasta Basilea, donde dobla bruscamente hacia el Norte. Allí su cauce alcanza una anchura de unos 200 m y se va haciendo progresivamente más amplio, hasta llegar a unos 800 m, constituyendo una línea de demarcación entre la Selva Negra alemana y los Vosgos. El río rebasa luego Spira y llega a Mannheim, donde recibe las aguas del Neckar; baña Worms y Maguncia, donde confluye con el afluente Main, para luego dibujar un brusco recodo hacia el Oeste, a la altura de Bingen. Allí, de improviso, mientras dobla nuevamente hacia el Norte, el Rhin se adentra en una garganta que restringe su lecho. La garganta termina en Coblenza, punto en el que recibe al Mosela. Prosiguiendo su curso, el río pasa por Remagen y por Bonn, y llega luego a Colonia, Düsseldorf, Duisburg, Dinslanken y Wesel. Cuando, finalmente, dobla hacia el Oeste para adentrarse en Holanda, en las cercanías de Emmerich, el Rhin se derrama por un gran delta, pero su canal corre en dirección a Arnhem, llega a Rotterdam y desemboca finalmente en el mar del Norte.

De una longitud de unos 1350 km y alimentado por las aguas procedentes de una cuenca de casi 200.000 km², el Rhin está enlazado con el Danubio por el canal Ludwigs, con el Ródano y con el mar del Norte a través de un canal que termina en Amsterdam. De vital importancia para la actividad comercial, el río ha desempeñado un papel de primer plano en la historia europea desde que Julio César lanzó sobre sus aguas un puente de madera. Excepto por un breve período, en que las legiones romanas se lanzaron hacia el Este desde Mannheim y Maguncia hasta llegar al Main, durante 400 años el Rhin sirvió de confín entre las poblaciones romanas y las bárbaras. Las ciudades que se yerguen en la orilla occidental –Basilea, Estrasburgo, Maguncia, Coblenza, Bonn y Colonia– son de origen romano. La orilla oriental es, por el contrario, profundamente germánica.

Río nacional de Alemania, el Rhin constituye un importante símbolo de la historia y de la fuerza del país. En las óperas de Wagner, el anillo del Nibelungo se había fabricado con el oro que se encontraba, vigilado por las sirenas, bajo las profundas y límpidas aguas del Rhin. Por una magia antigua, el tesoro aseguraba a quien lo poseía el dominio del mundo entero. Análogamente, el Rhin protegía a Alemania, creándole alrededor una aureola de mística potencia. Mientras sus aguas protegieran el país de la invasión, los alemanes podrían continuar manteniendo viva la esperanza de que todo iría bien. Pese a las adversidades y a las derrotas, la fuerza de la nación quedaba intacta. Pero si se cruzaba el río y se violaba la fortaleza-santuario todo estaría perdido.

El triángulo vital

Incluso antes de la invasión de Normandía, los Aliados se habían dado cuenta perfectamente de la importancia del Rhin, la más formidable barrera de agua que se alzaba ante las fuerzas que operaban en Europa occidental. Al ser su misión liberar los países ocupados y lanzar un ataque al corazón mismo de Alemania, la sección de operaciones aliada, puesta a las órdenes de Eisenhower, había considerado siempre Berlín como su meta final; pero luego, por razones prácticas, fijó su atención en el objetivo del Ruhr, más próximo, una de las más importantes zonas industriales del mundo en lo que concierne a la producción de acero y de municiones, y, por consiguiente, el auténtico corazón de la Alemania industrial.

De forma más o menos triangular, el Ruhr se apoya, en parte, en el Rhin, desde Wesel hasta Duisburgo, 30 km aguas arriba. Extendiéndose luego desde Wesel a lo largo de unos 80 km junto al río Lippe, y desde Duisburgo en dirección Este, en número aproximadamente igual de kilómetros a lo largo del río Rhur, los otros dos lados del triángulo convergen en Dortmund. Las principales ciudades que se alzan en esta importantísima región industrial son Essen, Mülheim, Oberhausen, Gelsenkirchen, Bochum y Reklinghausen.

Todos los planes aliados preparados antes de la invasión preveían dos grandes ofensivas en el interior de Alemania. Una de ellas debería lanzarse al norte de las Ardenas y dirigirse hacia el Ruhr; la otra por el sur de las mismas Ardenas y eliminar la menos industrializada zona del Sarre. Por lo tanto, las fuerzas utilizadas en las dos ofensivas deberían atravesar el Rhin y cercar luego toda la región, interrumpiendo así la afluencia de los recursos destinados a alimentar la máquina bélica alemana.

La gran ruptura del frente conseguida en julio por las fuerzas aliadas en Normandía y aprovechada en profundidad durante el mes de agosto, permitió a los Ejércitos aliados atravesar de un solo salto el norte de Francia y llegar a Bélgica y a Holanda, a espaldas de la Línea Sigfrido; el Rhin parecía estar ya al alcance de la mano. Pero entonces, como ya se sabe, la persecución aliada sufrió una detención: los Ejércitos alemanes se establecieron sólidamente en sus trincheras occidentales y fue necesario combatir las difíciles y desesperadas batallas de la Línea Sigfrido, de Holanda y luego de las Ardenas. Hasta fines de año, cuando ya el saliente de las Ardenas había sido casi completamente eliminado, los Aliados no pudieron pensar nuevamente en el cruce del Rhin.

Ambos flancos del frente aliado llegaron al gran río en enero de 1945; pero estas fuerzas serían las últimas en atravesarlo. En el Norte, en la extrema izquierda, el Ejército 1 canadiense del general Crerar dominaba el sector septentrional y una exigua cabeza de puente en Nimega. Pero la inundación de vastas zonas hacía difícil, por no decir imposible, atravesar el río en fuerza. Una travesía masiva, además de constituir una empresa aventurada, no situaría a los Aliados más cerca de sus principales objetivos en Alemania.

Por el Sur, desde Suiza hasta un punto situado al norte de Estrasburgo, desplegaba a lo largo de la orilla el Ejército 1 francés, al mando del general de Lattre de Tassigny. Pero un cruce en aquella zona sólo permitiría alcanzar objetivos de importancia secundaria. Además, el citado Ejército francés y el Ejército 7 norteamericano de Patch estarían tan ocupados en rechazar la ofensiva alemana en Alsacia y en eliminar la bolsa de Colmar que no se podrían dedicar al Rhin hasta la segunda mitad de marzo.

Así, pues, los primeros cruces se llevarían a cabo en cualquier punto comprendido entre Emmerich, cerca de la frontera holandesa, y Estrasburgo, en el sector del Grupo de Ejércitos XXI, a la izquierda, o del Grupo de Ejércitos XII, en el centro. Entre estos Grupos de Ejércitos se desencadenaría muy pronto una enconada rivalidad.

Los alemanes exhaustos pero aún peligrosos

Cuando a fines de enero y comienzos de febrero de 1945 se reunieron en Malta los jefes del Estado Mayor conjunto, llegaron a la conclusión de que, pese a la presión ejercida en el Oeste y por las fuerzas soviéticas al Este, los alemanes, aunque exhaustos, constituían todavía un peligro. Parecía inútil a la sazón toda resistencia alemana, pero no cabía duda de que continuaría. En consecuencia ¿qué directrices debían dar los jefes del Estado Mayor conjunto a Eisenhower para que pusiese fin a la guerra? Esta pregunta hizo resurgir por breve tiempo la controversia, que ya había estallado de forma un tanto violenta en septiembre, entre los que sostenían la estrategia del «frente amplio» y los que, por el contrario, eran favorables a la estrategia del «frente restringido».

Con vistas a la citada reunión de los jefes del Estado Mayor conjunto, Eisenhower había esbozado un plan que preveía la conquista de dos cabezas de puente en la otra orilla del Rhin. Y de acuerdo con las directrices generales adoptadas antes de la invasión, preveía un cruce por el norte del Rhur, entre Emmerich y Wesel, y otro aguas arriba y aguas abajo del río Ruhr, entre Maguncia y Karlsruhe. Un ataque masivo por el Norte constituiría el medio más rápido de eliminar la potencia industrial de la zona y de llegar a la llanura de Alemania septentrional. Pero entre Emmerich y Wesel sólo existían puntos de paso aptos en un sector de unos 30 km. Se trataba de una distancia que de momento permitiría emplear poco más de tres divisiones, y una fuerza tan limitada sería bastante vulnerable en el caso de una rápida reacción alemana. Aguas más arriba, entre Maguncia y Karlsruhe, había espacio suficiente para desplegar por lo menos cinco divisiones, y también era menor el riesgo de encontrar una eficaz oposición por parte del enemigo.

Los jefes de Estado Mayor británico se preguntaron entonces si era oportuno que Eisenhower dispersase de esta forma los efectivos que tenía a su disposición. Y convencidos de que no disponía de fuerzas suficientes para efectuar dos operaciones en gran escala al otro lado del Rhin, sugirieron, en su lugar, un solo cruce a fin de poder contar con una superioridad aplastante sobre los defensores. En su opinión, se debería lanzar el ataque por el Norte. Desarrollándose más cerca de la importante base de Amberes y pudiendo contar por lo tanto con un flujo de abastecimientos más ágil, constituiría una amenaza mucho más directa para el Ruhr y permitiría a las fuerzas aliadas llegar antes a la llanura septentrional. Los jefes de Estado Mayor plantearon también una cuestión colateral: ¿esperaría Eisenhower, para efectuar las operaciones de cruce, que todos los Ejércitos estuvieran desplegados a lo largo de la orilla occidental del Rhin?

Eisenhower prometió a los jefes del Estado Mayor conjunto que se aseguraría el dominio de puntos de cruce del río por el Norte apenas fuera posible efectuar la operación, y sin esperar que ninguna unidad desplegase a lo largo del río; y aseguró además que concentraría el máximo esfuerzo en el Norte, efectuando el avance con todas las fuerzas disponibles.

Teniendo en cuenta que el Rhin era ancho e insidioso, especialmente en el sector septentrional, y que el nivel del agua y la velocidad de la corriente podrían ser regulados a placer por los alemanes, que dominaban la mayoría de los diques en los afluentes orientales del río, las proyectadas operaciones de cruce sugerían más bien un desembarco con medios anfibios en las agitadas aguas del mar abierto. Por ello, contingentes navales británicos y estadounidenses pusieron a disposición del Ejército embarcaciones que pudieran transportar al otro lado del río, simultáneamente, a la infantería destinada a lanzar el ataque, a los carros de combate y diversos materiales de equipo pesado.

La apoteosis del «Seamule»

La fuerza naval U, al mando del capitán de navío P. H. G. James, de la *Royal Navy*, transportó por vía terrestre, desde Amberes a Nimega, una flotilla de LCVP y otra de LCM, destinadas a transportar a través del Rhin tropas y camiones. Algunas de estas embarcaciones medían 15 m de longitud, y su transporte por las carreteras de Bélgica y de Holanda no fue empresa fácil; se

problemas logísticos y los relacionados con el control del tráfico serían inmensos.



Tropas escocesas llegan a la orilla oriental del Rhin después del ataque lanzado por el Ejército 2 británico a las 15,30 horas del 23 de marzo. Para las operaciones de cruce, las tropas de Dempsey habían reunido 60.000 toneladas de municiones, 30.000 toneladas de material técnico y 28.000 toneladas de abastecimientos. (Imperial War Museum)

asignaron al Ejército 2 venticuatro unidades de cada tipo, mientras al Ejército 1 canadiense se le dieron doce en dotación. Se asignaron análogos contingentes a los Ejércitos norteamericanos. Además, se desmontaron en cuatro piezas, para ser enviados por vía terrestre, numerosos *Seamule* (mulos del mar), remolcadores portuarios de 11,5 m de eslora y dotados de dos motores; junto con los *Seamule* se enviaron también destacamentos agregados a los medios de transporte portuarios, con la misión de explicar a los ingenieros cómo debían utilizarse los remolcadores.

A fines de enero parecía evidente que en el Norte era indispensable una distribución preliminar de las zonas de operaciones. Montgomery mandaba tres Ejércitos (el Ejército canadiense de Crerar, el británico de Dempsey y el 9 norteamericano de Simpson), y los tres habían amontonado medios de asalto para el paso del río y materiales para el tendido de puentes. El 21 de enero, Montgomery cursó la primera orden. Dictó sus disposiciones a Dempsey a fin de que se mantuviese preparado para atravesar el Rhin en tres puntos:

- cerca de Rees, a 40 km aguas arriba de Arnhem;
- cerca de Xanten, a 11 km aguas arriba en las cercanías de Wesel;
- cerca de Rheinberg, a 16 km todavía aguas más arriba, a la altura del ángulo noroccidental del Ruhr.

El Ejército 9 de Simpson debería poner a disposición del Ejército 2 un Cuerpo de Ejército, constituido por dos divisiones de infantería, que se utilizaría para ampliar una cabeza de puente ya conquistada.

«Aturdidos», empleando el término usado por el historiador del Ejército, ante la noticia de que el Ejército 9 no efectuaría ningún cruce, los norteamericanos no se hacían a la idea de que Montgomery no pensara utilizar todo el material para el cruce que tan fatigosamente habían reunido. Tampoco tenía sentido que las doce divisiones del citado Ejército 9 permanecieran en el Rhin inactivas, y puesto que dicho Ejército debería pasar a través de la cabeza de puente británica para iniciar el avance por la orilla oriental del río, los problemas logísticos y los relacionados con el control del tráfico serían inmensos.

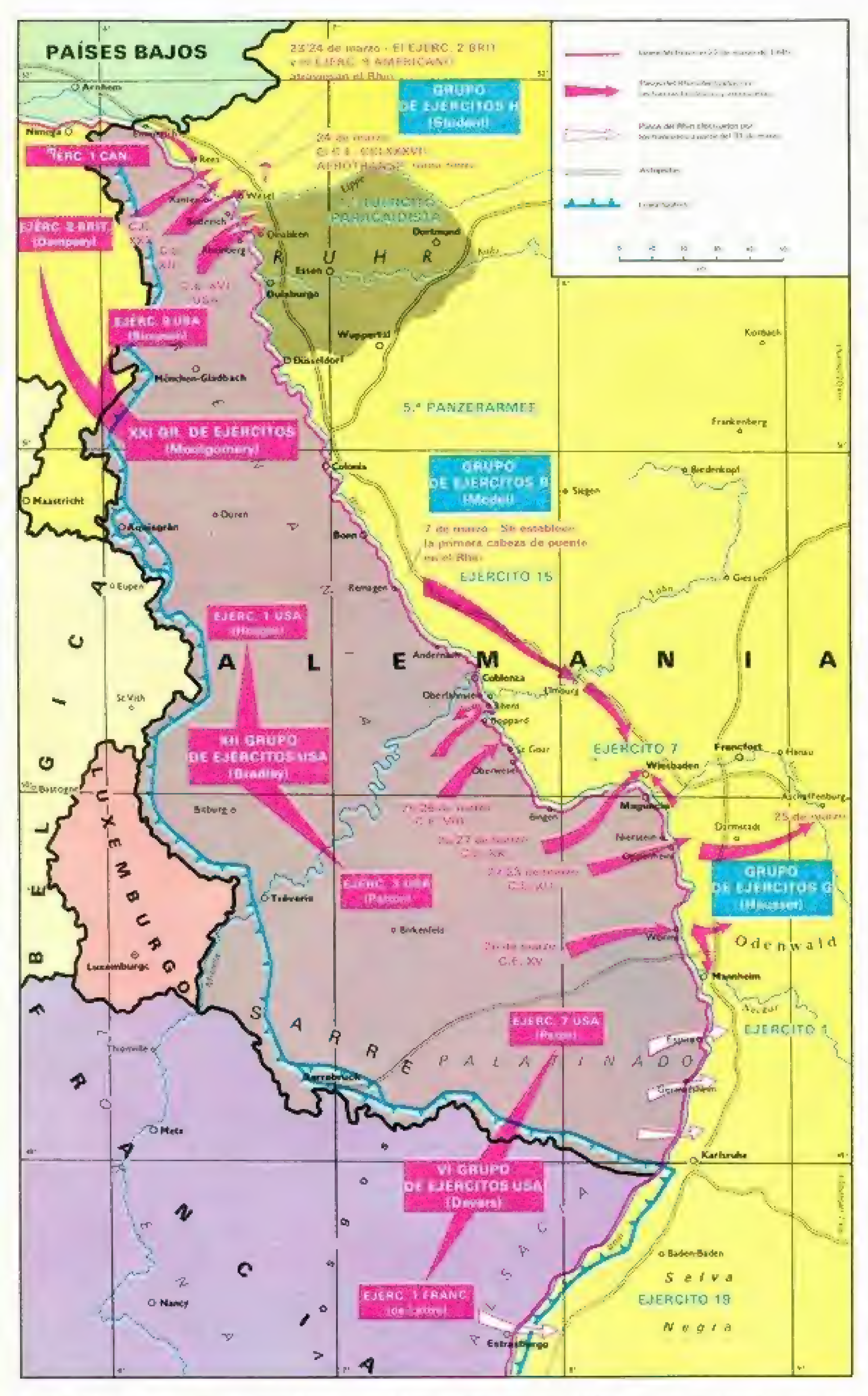
Un nuevo plan para el cruce

Algunos oficiales del Estado Mayor del Ejército 2 británico y del 9 norteamericano sometieron a la atención de sus superiores un plan modificado que preveía una participación norteamericana y canadiense más activa en la operación. Propusieron que el sector británico se limitara, que la zona de Xanten se repartiese entre el Ejército norteamericano y el británico, que el Ejército 9 efectuase entre Xanten y Rheinberg un ataque con dos Cuerpos de Ejército y que, finalmente, el ataque a través del río se extendiese al Noroeste, de modo que a la izquierda de las fuerzas británicas hubiese espacio para permitir que los canadienses atravesaran el río.

Basándose en este esquema, Montgomery modificó su plan y el 4 de febrero cursó nuevas instrucciones. Para evitar las dificultades logísticas y de tráfico, asignó la zona de Rheinberg al Ejército 9, a fin de que efectuase allí un ataque con uno de sus Cuerpos de Ejército. Expresó también su intención de confiar la zona de Wesel a los norteamericanos apenas las fuerzas atacantes se hubieran asegurado una sólida cabeza de puente. Rechazó la idea de un ataque por parte del Ejército canadiense aguas abajo de Rees, ya que la inundación de amplias zonas, lo poco adecuado de las vías de acceso y la existencia en la orilla oriental de algunas alturas situadas en posición dominante harían demasiado arriesgado aquel intento. No obstante, Montgomery decidió agregar una brigada canadiense al Ejército británico y emplear otras tropas canadienses en la cabeza de puente de Rees: estas fuerzas deberían descender aguas abajo por la orilla derecha del Rhin para asegurarse, cerca de Emmerich, un punto que se prestase para el cruce y que después pudiera ser aprovechado por todo el Ejército canadiense. A mediados de febrero, Montgomery dijo a Crerar que las fuerzas de este último podrían organizar, como movimiento diversivo, una incursión contra Emmerich; si la resistencia demostraba ser mínima y suficiente los medios de desembarco sin perjudicar los cruces principales, Crerar podría lanzar un ataque en toda regla.

En una carta enviada a los comandantes subordinados de mayor graduación, el 20 de febrero, Eisenhower repitió una vez más que el Grupo de Ejércitos XXI de Montgomery debería desencadenar una ofensiva masiva a la otra orilla del río, incluso aunque el Grupo de Ejércitos XII de Bradley y el VI de Devers estuvieran todavía ocupados en su trabajo de limpieza de enemigos en la orilla occidental. Una vez todos los Ejércitos hubieran llegado felizmente a la orilla oriental, las dos direcciones principales de avance deberían ser la zona al norte del Ruhr y el corredor Francfort-Kassel.

Al tomar en consideración el corredor Francfort-Kassel, la sección de operaciones de Bradley encontró dos puntos en los que el valle del Rhin se presentaba relativamente amplio y el río apto para operaciones de paso: uno de estos puntos se encontraba entre Coblenza y Andernach, y el otro aguas más abajo, entre Bonn y Colonia. Si algunos efectivos llegaban a la orilla oriental no tendrían mucha dificultad en alcanzar la autopista Ruhr-Francfort y, luego, el valle del río Lahn, que conducía al corredor de Kassel. A fines de febrero y comienzos de marzo se difundió la esperanza de que unidades norteamericanas quizá lograran adueñarse de un puente intacto del Rhin, eliminando así la necesidad de efectuar una operación de forzamiento. Pero tras el fracaso de muchos intentos, todos se convencieron de que los alemanes destruirían metódicamente los puentes sobre el río y, por lo tanto, sería necesario lanzar ataques anfibios sobre el amplio curso de agua, operaciones nada fáciles tanto en su planificación como en su ejecución.



Según el plan de Eisenhower, los cruces principales del Rhin deberían efectuarse al norte del Rhur, en el sector del Grupo de Ejércitos XXI de Montgomery. Pero el curso de los acontecimientos hizo que se introdujeran cambios en los planes originales. Bradley, que había realizado un avance fulminante por el Sarre y por el Palatinado, intentó lanzar sus tropas a la otra orilla del Rhin. Adelantándose un día al Ejército 2 británico, el Ejército 3 norteamericano pasó al ataque durante la noche del 22 al 23 de marzo. Ambos Ejércitos aliados consiguieron rápidos éxitos. El Ejército 7 de Patch, que había lanzado su ataque en las primeras horas del 26, se aseguró en seguida importantes cabezas de puente en el río. A esas acciones siguieron, el 31 de marzo, los ataques del Ejército 1 del general De Lattre, que el día 1 de abril alcanzó la orilla oriental del Rhin, entre Spira y Estrasburgo.

Pero de improviso, el 7 de marzo, en el sector del Grupo de Ejércitos XII de Bradley ocurrió el milagro. Soldados del Ejército 1 norteamericano de Hodges se adueñaron de un puente intacto en Remagen, entre Bonn y Coblenza.

El acontecimiento fue más espectacular que realmente práctico. Aunque Eisenhower dio en seguida su consentimiento para la consolidación de la cabeza de puente, pronto pareció evidente que en aquella zona el terreno en la orilla oriental se presentaba un tanto difícil, reduciendo bastante la posibilidad de alcanzar con rapidez objetivos verdaderamente importantes. Y como además una expansión en aquel punto absorbería las tropas que debían ser utilizadas en los cruces principales, la cabeza de puente de Remagen tuvo pocas repercusiones en los preparativos para el paso general del Rhin. El 13 de marzo Eisenhower dio instrucciones para que la cabeza de puente de Remagen se utilizase para atraer a unidades enemigas, alejándolas del Ruhr.

Fue entonces cuando el Cuerpo de Ejércitos XII norteamericano de Bradley empezó a demostrar cierto descontento. Irritados por la insistencia con que Eisenhower subrayaba la importancia de los cruces más al Norte, los norteamericanos consideraban los minuciosos preparativos de Montgomery excesivamente prudentes, inútiles, dispendiosos y capaces de acarrear graves pérdidas de tiempo. Y, por fin, decidieron saltar al otro lado del Rhin aprovechando el impulso adquirido en el curso de las operaciones en la orilla occidental. Si el cruce de Remagen podía considerarse tan sólo como un golpe de suerte, el Ejército 3 norteamericano de Patton demostraría con qué facilidad los norteamericanos eran capaces de atravesar el Rhin sin ni siquiera detenerse. Un rápido y espectacular cruce sería la sensación en la prensa. Además, Patton estaba obsesionado con derrotar a Montgomery en la carrera por el cruce del río. Pero un motivo todavía más serio era el temor, que Bradley y Hodges compartían con Patton, de que Eisenhower pudiese decidir la detención de los Ejércitos 1 y 3 para asignar a Montgomery otras divisiones norteamericanas.

Los tres comandantes norteamericanos se entrevistaron el 19 de marzo. Bradley autorizó a Hodges a reforzar la cabeza de puente de Remagen y aprobó los acuerdos estipulados entre Hodges y Patton para la coordinación de sus respectivos avances en la otra orilla del Rhin. El Ejército 3 efectuaría el paso cerca de Maguncia, y avanzaría luego de modo que pudiese realizar una conjunción con el Ejército 1 en el valle del río Lahn. Ambos Ejércitos abrirían después el corredor Francfort-Kassel con tal ímpetu que, según Patton, el Grupo de Ejércitos XII de Bradley podría efectuar la maniobra más importante, sustituyendo al Grupo de Ejércitos XXI de Montgomery.

Los grandes problemas relacionados con el transporte de los medios anfibios, del material para el tendido de puentes y del material técnico parecía desaconsejar el inmediato intento de cruce. Pero Patton ordenó que los convoyes partiesen inmediatamente con todo el material necesario. Para justificar su acción dijo que quería continuar con la máxima celeridad para no dar tiempo a los alemanes a que se rehiciesen y preparasen instalaciones defensivas a lo largo del Rhin, y como Montgomery había proyectado las operaciones de paso para la noche del 23 de marzo, Patton decidió atravesar el río la tarde del 22, al caer la noche. Había, pues, 72 horas de tiempo.

«Un patrimonio en desorden»

Las violentas batallas combatidas al oeste del Rhin ya habían decidido prácticamente el resultado de las operaciones de paso del río. Las unidades alemanas estaban casi diezmadas y agotadas sus reservas. El general Kesselring, que sustituyó a von Rundstedt en el cargo de comandante en jefe del frente occidental, «heredó», según el texto de un informe del Servicio de Información británico, «un patrimonio en desorden».

No obstante, Kesselring adoptó enérgicas medidas para defender el Rhin y supo aprovechar plenamente el período de dos semanas que transcurrió entre el fin de los combates en Renania y en el Palatinado y el comienzo de los principales intentos de paso. Pero sus esfuerzos estaban destinados al fracaso desde el comienzo. Según un oficial de la *Wehrmacht*, los alemanes dis-

ponían, en la orilla oriental, tan sólo de la «sombra de un ejército». La moral oscilaba entre sentimientos de «sospecha y fría resignación», mientras los oficiales, a menudo, «carecían de confianza y se preguntaban además qué deberían hacer». En general, las fuerzas terrestres «podían únicamente fingir que resistían».

El punto más lógico para intentar el cruce en el sector del Ejército 3 se encontraba aguas abajo, al norte de Maguncia, en la confluencia de los ríos Main y Rhin. La elección de aquel punto evitaría la necesidad de efectuar un segundo forzamiento en el Main. Pero Patton imaginó que los alemanes esperarían que los norteamericanos eligiesen precisamente aquel punto, y, por lo tanto, decidió optar por la sorpresa. Le dijo a Manton Eddy, comandante del Cuerpo de Ejército XII, que realizase un ataque diversivo en las cercanías de Maguncia, e intentara el verdadero cruce 16 km aguas arriba, en Oppenheim.

El 21 de marzo Eddy llamó a su puesto de mando al comandante de la División 5, Leroy Irwin, y le ordenó que estuviera dispuesto para atravesar el Rhin aquella misma noche en Oppenheim, mientras otra división lanzaría un ataque diversivo y desarrollaría una acción demostrativa en Maguncia. Aunque la División 5 era muy experta, Irwin objetó que el tiempo disponible para los preparativos era demasiado corto. Entonces se le concedieron 24 horas más. Pero la mañana del 22 de marzo Eddy dijo que Patton insistía en que se efectuase el cruce aquella misma noche. Irwin se mostraba reacio; mas, al fin admitió que con toda probabilidad le sería posible «constituir una especie de cabeza de puente». Naturalmente, Patton no deseaba otra cosa. El regimiento de la División 5 que debía conducir la operación se preparó para la acción a las 22 horas del 22 de marzo. Una agrupación de artillería proporcionaría el necesario fuego de apoyo; pero, para garantizar mejor la eficacia de la sorpresa, no habría fuego de preparación. En aquel lugar el Rhin tenía una anchura de 250-350 m, y los batallones destinados al ataque lo atravesarían en unas 500 embarcaciones.

Una vez el regimiento pusiera pie en la orilla oriental, Irwin haría llegar allí otros dos regimientos. Según los planes de Eddy, una división acorazada atravesaría a continuación la cabeza de puente para lanzarse al Nordeste de modo que llegase al Main en Hanau. Otra división acorazada y dos de infantería estaban dispuestas para avanzar hacia el Norte, a fin de enlazar con el Ejército 1 norteamericano en el valle del Lahn.

Frente a la División 5 habían muy pocos soldados alemanes. Debiendo defender más de 80 km de río, desde Maguncia a Mannheim, el Ejército 7 alemán disponía tan sólo de un mando de Cuerpo de Ejército regular, de un mando de distrito militar local *(Wehrkreis XII)* y ni siquiera una división con sus filas completas. En todo el sector del Ejército 7 las tropas disponibles se reducían a cuatro divisiones que en realidad no eran más que los restos de divisiones reunidos alrededor de unos pocos oficiales supervivientes.

La noche del 22 de marzo, en Nierstein, los elementos avanzados de los batallones americanos destinados al ataque lanzaron al agua las embarcaciones con media hora de retraso. Desde la orilla opuesta no hubo ninguna reacción, y los primeros que llegaron a tierra capturaron rápidamente a siete soldados alemanes. Pero en Oppenheim, cuando las embarcaciones de asalto habían llegado a la mitad de su recorrido, algunas ametralladoras alemanas abrieron fuego. Se produjo una violenta escaramuza; pero a la media hora, los alemanes, que sumaban probablemente un pelotón, se rindieron. Habiendo sufrido tan sólo la pérdida de veinte hombres, a medianoche el regimiento norteamericano se hallaba completo al otro lado del río y dispuesto a avanzar hacia los primeros pueblos; mientras tanto, el segundo regimiento empezaba a su vez el cruce. Al finalizar el día, toda la División 5 había llegado a la orilla oriental; asimismo muchos carros de combate, cañones autopropulsados y contracarros eran transbordados a bordo de *LCVP* y ya se había abierto al tráfico un puente de campaña. Eddy ordenó que una división acorazada avanzase hacia la cabeza de puente en las primeras horas del 24 de marzo y luego se dirigiese hacia Hanau.

Patton había preparado otros dos cruces aguas abajo de Oppenheim. Temiendo que el Cuerpo de Ejército XII de Eddy pudiera encontrar dificultades al tener que atravesar primero el Rhin y luego el Main, ordenó al Cuerpo de Ejército VIII de Middleton que cruzara el río en su sector de operaciones. Una división debía efectuar el paso en las cercanías de Boppard, pocos kilómetros aguas arriba de Coblenza; otra, cerca de St. Goar, 13 km más al Sur, y ambas deberían avanzar sobre Giessen, en el valle de Lahn, para enlazar con las fuerzas del Ejército 1, que procedían de la cabeza de puente de Remagen.

Boppard y St. Goar se encuentran en la garganta del Rhin, una zona que no se presta ciertamente para un cruce. El río corre allí encajonado entre paredes que se alzan casi verticalmente de 100 a 120 m. Entre el río y los peñascos no suele haber más espacio que el apenas suficiente para una carretera o una línea ferroviaria. Las aguas del río son peligrosas y la corriente bastante fuerte, y en muchos puntos las orillas están protegidas contra la erosión por diques de muros de cinco metros de altura.

Los defensores del Rhin

El Cuerpo de Ejército LXXXIV de Höhne defendía la garganta del Rhin con una división de unos 400 infantes y 10 obuses, una brigada de artillería antiaérea, una serie de unidades *Volkssturm*, bastantes compañías de policía militar y otros elementos heterogéneos. Estas tropas se encontraban en la orilla oriental desde hacía casi una semana, dispuestas a oponerse a cualquier tentativa de cruce.

Antes de medianoche del 24 de marzo, cuatro batallones de la División 87 empezaron a atravesar el río. Cerca de Rhens, un batallón se encontró bajo el fuego masivo de ametralladoras, morteros y cañones alemanes, y necesitó casi una hora para llevar algunos hombres a la orilla oriental. Unos pocos centenares de metros aguas más abajo, otro batallón cruzó el río sin ser descubierto; pero luego fue acogido por un intenso fuego de los defensores, justamente en el momento del desembarco. Al día siguiente, 25 de marzo, estos puntos de cruce fueron abandonados para utilizar los situados aguas más arriba, en Boppard, donde dos batallones habían efectuado el cruce con facilidad y después avanzaron y conquistaron la pequeña ciudad de Oberlahnstein.

Más arriba, en St. Goar y Oberwesel, la División 89 realizó la travesía durante la noche del 25 de marzo. Descubiertas las tropas atacantes por los defensores, estos ofrecieron una notable resistencia, viéndose obligados los americanos a abrir una brecha por la fuerza. Poco después, la resistencia fue arrollada.

El 26 de marzo, los pilotos de caza aliados informaron que columnas motorizadas alemanas estaban en movimiento hacia el Este, por carreteras en las que se amontonaban los soldados en retirada. Pero en la zona del Cuerpo de Ejército VIII la noticia sensacional era otra: a la izquierda, el Ejército 1 había hecho avanzar, desde la cabeza de puente de Remagen, una columna acorazada que ahora avanzaba rápidamente por la autopista Ruhr-Francfort, en dirección a Limburg, preparándose para atravesar el frente del Cuerpo de Ejército VIII a fin de alcanzar Wiesbaden. También las fuerzas que se encontraban en la cabeza de puente de Oppenheim, más al Sur, se habían lanzado en persecución del enemigo.

Habiendo atravesado la cabeza de puente de Oppenheim el 24 de marzo, la División Acorazada 4 alcanzó la mitad del camino a Darmstadt a medianoche, y después Aschaffenburg y Hanau en el curso del día siguiente.

Así, pues, los Ejércitos 1 y 3 del Grupo de Ejércitos XII habían roto las defensas del Rhin. Avance y persecución llegaron a ser términos usuales aquellos días. Pero el objetivo principal del forzamiento del Rhin se encontraba más al Norte, en el Ruhr, la única gran fuente de potencia industrial que les quedaba a los alemanes.

Un ataque masivo y complejo

Los intentos de cruce por parte de Montgomery rivalizarían con la invasión de Normandía en cuanto a tropas empleadas, abastecimientos reunidos, medios de transporte utilizados, clases de equipo y potencia de fuego de apoyo. Teniendo a su disposición más de 1.250.000 hombres, Montgomery efectuaría lo que con toda probabilidad era la más grande operación de cruce jamás intentada en la historia.

Sólo el Ejército 2 británico había acumulado 60.000 t de municiones, 30.000 t de material técnico y 28.000 t de otros abastecimientos, además de las normales cantidades necesarias diariamente; por su parte, el Ejército 9 norteamericano reunió 138.000 t de material. En la acción participarían más de 37.000 soldados de ingenieros británicos y 22.000 norteamericanos. El fuego de apoyo se confió a más de 5500 piezas de artillería, cañones contracarros y antiaéreos y lanzacohetes. Para ocultar a los ojos del enemigo las tropas empleadas en los trabajos de preparación, durante diez días se mantuvo todo el frente, de más de 30 km, cubierto por una densa cortina de humo artificial.

En aquel lugar, el Rhin tiene una anchura de 270 a 450 m, una profundidad de 2,70 m y corre a una velocidad algo inferior a los 8 km por hora. En ambas orillas el terreno es bajo y ondulado, surcado por pequeños cursos de agua, canales y fosos de avenamiento, y está salpicado por un gran número de pequeñas ciudades, burgos, grupos de casas y edificios aislados. El río Lippe, que desemboca en el Rhin apenas pasado Wesel, serviría de límite de sector entre el Ejército norteamericano y el británico.

Por su excelente red de carreteras, Wesel constituiría el objetivo principal del Grupo de Ejércitos XXI. Mientras el Ejército 1 canadiense se preocuparía de guarnecer la línea del Rhin y del Mosa, desde Emmerich al mar, de proteger la cabeza de puente de Nimega y defender el puerto de Amberes, el Ejército 2 británico atravesaría

EL PASO DEL RHIN
1945

22-23 de marzo: la División 5 del Ejército 3 norteamericano cruza el Rhin cerca de Hierstein y de Oppenheim y establece cabezas de puente.

23-24 de marzo: la División 51 británica *Highland* y la División 3 canadiense atraviesan el Rhin en las cercanías de Rees y de Emmerich, mientras el Ejército 9 norteamericano realiza el cruce en las proximidades de Rheinberg.

24-25 de marzo: la División 87 cruza el Rhin en Boppard y la 89 en St. Goar. La División Acorazada 4 norteamericana alcanza Darmstadt. La División aerotransportada 6 británica y la 17 norteamericana toman tierra al este del Rhin y enlazan con las fuerzas británicas.

26 de marzo: la División 3 del Ejército 7 norteamericano atraviesa el Rhin cerca de Worms y enlaza con el Ejército 3.

27 de marzo: la División 80 del Ejército 3 atraviesa el Rhin en las proximidades de Maguncia y conquista Wiesbaden.

31 de marzo: la División 3 argelina del Ejército 1 francés empieza a atravesar el Rhin en Spira.

1 de abril: tropas canadienses conquistan Emmerich.


3
4
6
7
10
11



LOS ALIADOS EN LA OTRA ORILLA DEL RHIN





1. Transporte de grandes flotadores de caucho a la zona de reunión, a orillas del Rhin, para ser utilizados en el tendido de puentes. 2. Tropas norteamericanas disponiéndose a iniciar la travesía del Rhin en un DUKW. En las últimas horas del día 23 de marzo, todas las tropas de la División 5 del Ejército 3 de Patton alcanzaron la orilla oriental del río. 3. Carro de combate *Sherman*, perteneciente al Ejército 9 norteamericano, después de haber enlazado con las tropas aerotransportadas de la Operación "Varsity", efectuada el 24 de marzo al nordeste de Wesel. 4. Infantes británicos cruzan el Rhin en un vehículo anfibio *Buffalo*. 5. Tropas de asalto norteamericanas en la orilla oriental del Rhin. 6. Soldados pertenecientes al Ejército 1 francés cruzando el río en pequeñas embarcaciones de asalto. El 31 de marzo, también las tropas del general De Lattre, pese al carácter improvisado de sus operaciones, lograron establecer cabezas de puente en la orilla oriental del Rhin. 7. Un comando británico, armado con ametralladoras *Vickers*, en acción contra las posiciones alemanas. 8. Sirvientes norteamericanos de un mortero protegiéndose del ruido del disparo de la pieza durante las operaciones ofensivas al este del Rhin. 9. Rebasando algunos soldados muertos, infantes británicos prosiguen su avance hacia el corazón de Alemania. 10. Soldados alemanes, muy jóvenes, caídos en las operaciones defensivas, ya en pleno territorio de su patria. 11. Prisioneros alemanes en un cráter provocado por bombas de aviones en las cercanías de Wesel.

(Imperial War Museum)-(US Army)-(Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie)





GRANDES COMANDANTES DEL FRENTE OCCIDENTAL



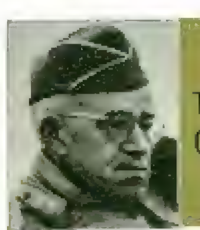
General
DWIGHT D. EISENHOWER

En 1941, el nombre de Eisenhower era completamente desconocido fuera del limitado círculo del Ejército norteamericano en tiempos de paz; luego, al estallar la guerra, pasó del modesto puesto de oficial de Estado Mayor al de comandante supremo del SHAEF. La mayor parte de la carrera de Eisenhower transcurrió en el Estado Mayor, donde pudo desarrollar sus dotes organizadoras y adquirir la capacidad de convertir en planes concretos de operaciones las decisiones acordadas. En el terreno del mando, su experiencia personal era bastante escasa, e incluso nula en el plano de la acción. Pero aquella especie de aprendizaje le fue de gran ayuda cuando se trató de establecer y de mantener buenas relaciones entre los Aliados, cuyos jefes, todos ellos de fuerte personalidad, tenían que ser previamente convencidos para cooperar. Eisenhower tiene el mérito de haber creado los grupos militares de trabajo que pusieron fin a la guerra en el Norte de África, abrieron el segundo frente en Normandía y que luego se aplicaron para la victoria final, todo ello en una atmósfera de cordialidad que no existió en las alianzas de la primera Guerra Mundial. En los últimos tiempos de la contienda, la influencia de Eisenhower en la estrategia se hizo cada vez más concreta y positiva, como se demostró en la elección de la estrategia del "frente amplio", en la reorganización de las esferas de responsabilidad de mando para rechazar la ofensiva de las Ardenas y en la concentración del esfuerzo principal en la llanura de Alemania septentrional.



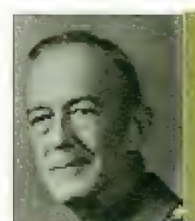
Teniente general
GEORGE PATTON

Patton, el más famoso de los comandantes norteamericanos de grandes unidades en la segunda Guerra Mundial, era un oficial de caballería que ya había prestado servicio en las unidades de carros de combate durante el primer conflicto mundial. En el período entre las dos guerras se esforzó en inculcar la idea del verdadero empleo de las fuerzas acorazadas. En la campaña de Túnez, con tacto y energía, consiguió que las fuerzas norteamericanas, anonadadas por la derrota de Kasserine, recobraran el sentimiento de confianza en sí mismas y en sus propios medios. Eisenhower sabía que, gracias a su capacidad innata y a su predisposición para la guerra de movimientos, Patton tenía todas las probabilidades de derrotar en su propio terreno a los comandantes de las fuerzas acorazadas alemanas. El avance que llevó a cabo al frente del Ejército 3 norteamericano después del desembarco en Normandía y durante la persecución del enemigo hacia Metz, así como los combates en la frontera, la contraofensiva de las Ardenas y la carrera final hacia más allá del Rhin y hasta Checoslovaquia, ofrecen numerosos ejemplos de gran capacidad, de magnífico impulso, de soberbia firmeza de carácter y... de una asombrosa habilidad para ignorar las órdenes. Para Patton, en efecto, era difícil reconocer la existencia de un jefe por encima de él, y sus subalternos se vieron muchas veces envueltos en confusiones por la distorsión de las órdenes recibidas. A las cualidades propias de casi todos los grandes maestros del empleo de las fuerzas móviles unía el ímpetu y la despreocupación.



Teniente general
OMAR BRADLEY

Era el "protegido" de Eisenhower, lo mismo que Dempsey lo era de Montgomery. Bradley, hombre de carácter extremadamente sencillo, apareció en escena en la estela del luminoso cometa de Patton. Al asumir el mando del Cuerpo de Ejército II norteamericano, en el Norte de África, puesto que dejó vacante Patton, Bradley demostró todo su valor en la intuición y en la energía con que supo ponerse a la cabeza de sus divisiones, así como en el modo en que conquistó Bizerta. Demostró, ampliamente, tener todas las cualidades para ocupar una elevada posición de mando: supo preparar planes con inteligencia, luego supo seguirlos con decisión y, al frente del Ejército 1 norteamericano aprovechó a fondo todos los éxitos conseguidos, por lo que mereció el nombramiento de comandante del Grupo de Ejércitos XII. En su papel de comandante no tuvo jamás que enfrentarse con graves dificultades; por lo menos hasta que la ofensiva alemana en las Ardenas le sorprendió totalmente desprevenido, cosa que también ocurrió a todos los comandantes aliados. Para Bradley, la hora más difícil fue precisamente aquella en que tuvo que conciliar las dificultades relacionadas con la reconstrucción de un frente deshecho por las presiones ejercidas por las opuestas exigencias de quienes lo abrumaban con sus consejos. Luego, en la forma en que supo aprovechar todas las ocasiones favorables en el curso de la invasión final de Alemania, confirmó la solidez de sus dotes de soldado.



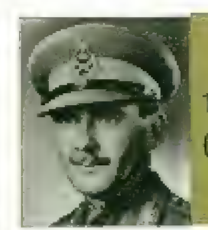
Teniente general
COURTNEY HODGES

Tanto el destino como las complicadas leyes de antigüedad en la graduación hicieron que Hodges sólo desempeñara una misión secundaria en la jerarquía militar norteamericana. Cuando Eisenhower confió a Bradley el mando del Ejército 1, como paso intermedio indispensable antes de ponerlo a la cabeza del Grupo de Ejércitos XII, Hodges tuvo que esperar el desarrollo de los acontecimientos en calidad de comandante adjunto. Luego, al dejar en las manos de Hodges el mando del citado Ejército 1, este cambio coincidió con el avance fulminante de Patton hasta París y más allá incluso de la capital francesa, y, por lo tanto, su ascenso pasó naturalmente a segundo plano, oscurecido por aquella brillante acción. Como militar de infantería que era, Hodges demostraba más propensión y mejores cualidades para los combates cercanos, como los producidos en Normandía y en la Línea Sigfrido, que para los avances fulminantes. Precisamente contra sus unidades se lanzó la oleada de la ofensiva alemana en las Ardenas: entonces, manteniendo toda su sangre fría, supo rellenar los huecos y acumular nuevas reservas para la contraofensiva. Si se hubiera encontrado en otros escenarios bélicos y junto con otros colegas, Hodges habría visto aparecer su nombre –y con todo merecimiento– en los titulares de los periódicos, pero las cosas no fueron así, y por ello hoy es uno de los menos famosos de los comandantes norteamericanos que desempeñaron un papel de primer plano en el resultado victorioso de la guerra.



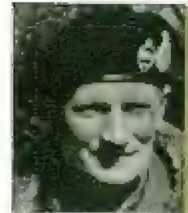
General
DE LATTRE DE TASSIGNY

De Lattre de Tassigny, uno de los pocos comandantes de división franceses cuya reputación no se vio empañada en el derrumbamiento francés de 1940, consiguió sus éxitos a costa de una actividad de mando ejercida precisamente en todos aquellos puntos donde más recia era la batalla, y en un período en el que el sistema de mando más aceptado imponía que el dominio de la situación se ejerciese desde puestos situados en la retaguardia. Luego, la rápida carrera de este comandante impetuoso le implicó en actividades subversivas contra las fuerzas alemanas de ocupación y contra el régimen de Vichy, viéndose obligado a huir a Gran Bretaña. El dinamismo que supo imprimir al adiestramiento de las fuerzas francesas en el Norte de África, antes de la Operación "Dragoon", tuvo el saludable efecto de hacer arraigar en sus soldados la firme convicción de haber dejado atrás el pasado, así como el ardiente deseo de llevar a cabo actos de valor que hicieran olvidar la vergüenza de 1940. El ímpetu con que los franceses del Ejército 1 se lanzaron desde Marsella a Estrasburgo fue el resultado tanto del celo y de la perseverancia profesional de De Lattre como del patriotismo francés. Lo mismo que Patton y otros grandes comandantes de las fuerzas móviles, también De Lattre era un "duro", un hombre que no soportaba a los ineptos. Y después de la guerra, cuando asumió el mando de las fuerzas francesas combatientes en Indochina, todavía supo demostrar que la improvisación es la esencia de la verdadera habilidad militar.



Teniente general
GUY SIMONDS

Entre todos los comandantes de Cuerpo de Ejército aliados Simonds era uno de los más polifacéticos e, indudablemente, el más dotado para enfrentarse con la gran variedad de operaciones que su Cuerpo de Ejército canadiense tuvo que realizar. Durante la campaña de Italia, tan pronto mandó una división de infantería como una división acorazada; era joven, violento y agresivamente intolerante. Pero su profunda preparación militar hizo que se enfrentase en cada combate con el decidido empeño de aprovechar todos los medios que le ofrecían las modernas técnicas de la guerra. La revolucionaria idea de la Operación "Totalise", del 8 de agosto de 1944 (un ataque acorazado basado en el empleo de vehículos blindados para el transporte de tropas durante la noche) surgió de la mente de Simonds; asimismo el impetuoso avance de su Cuerpo de Ejército desde el paso de Calais al Escalda constituyó una brillante demostración de su arrolladora energía; finalmente, el minucioso cuidado con que procedió a la neutralización de las defensas alemanas en los canales que cortaban la vía de acceso a Amberes pone de manifiesto su capacidad para comprender los aspectos más detallados de todos los problemas. No se debe olvidar que Simonds estuvo dos veces al mando de todo el Ejército 1 canadiense, en ausencia del general Crerar: durante la campaña del Escalda y luego (esta vez desde el mando del Cuerpo de Ejército II) durante la última fase del avance a través de Alemania septentrional.



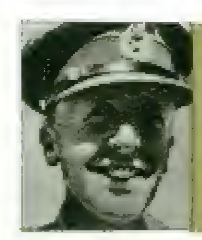
Mariscal
sir BERNARD MONTGOMERY

Al nombrar a Montgomery comandante de las fuerzas aliadas combinadas en el desembarco en Normandía, Eisenhower aprovechó la mente y la personalidad de uno de los comandantes más "profesionales" que jamás había tenido el Ejército británico. En 1944, Montgomery consiguió abandonar su afición a los comentarios irónicos, sus prejuicios nacionalistas y las demás cuestiones no relacionadas directamente con la guerra para concentrar todas sus energías en el examen de los problemas militares. Su modo de aplicar los principios bélicos tenían poco de intuitivo o de improvisado: en efecto, cada plan y cada movimiento eran fruto de una vida entera de estudio, tenían su origen en razonamientos profundos y minuciosos, y los exponía con tal claridad que a veces parecían rígidos y ampulosos. En su honor se debe decir que, pese a su temperamento autoritario, nunca hizo mal uso de la vida de sus soldados y que, en el plan de las cuestiones técnicas, no dudaba en pedir consejo siempre que se enfrentaba con problemas que, a su juicio, escapaban a su conocimiento. La aplastante victoria aliada en Normandía fue una victoria suya, y el avance final a través de Europa occidental (comprendido el genial, pero infortunado, intento de realizar desembarcos aerotransportados en Arnhem) fue el resultado lógico de esta victoria. Si luego cayó en desgracia ante sus colegas norteamericanos, se puede afirmar que, en el momento de la ofensiva de las Ardenas, era indispensable una mano firme. Y él la tuvo.



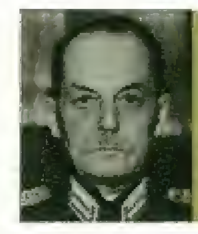
Teniente general
MILES DEMPSEY

Es curioso observar cómo los cuatro Cuerpos de Ejército, del Ejército 2 británico de Dempsey estaban mandados por hombres que habían llegado antes que él al mando de un Cuerpo de Ejército. O'Connor cayó prisionero en África y no fue liberado hasta 1943; Ritchie había sufrido un grave revés estando al mando del Ejército 8 en Ain el-Gazala, y, finalmente, tanto Crocker como Horrocks habían sido heridos. Parecido a Eisenhower por su temperamento tranquilo y modesto, también su misión de ejercer el mando sobre enérgicos comandantes de Cuerpo de Ejército no fue ciertamente menos difícil que la del comandante supremo. Pero Dempsey tuvo suerte: requisito esencial en un comandante que aspire al éxito. Montgomery le situó bien, y siguió la estela de este último en su ascensión desde el período en que había sido su alumno en la Academia Militar; pero el hecho de que Dempsey llegase a las más altas jerarquías después de la caída de todos los que al comienzo le precedieron no disminuye de ninguna manera su mérito, ya que poseía aquella calma interior que un comandante de Cuerpo de Ejército puede incluso no tener, pero que para un comandante de Ejército es indispensable. El Ejército 2 británico combatió y venció las más duras batallas de Normandía, se extendió luego hasta Amberes a un ritmo que ningún otro Ejército supo igualar y jamás cedió terreno. Y este mérito corresponde a Dempsey, un hombre que permanecía en la sombra, pero que sin embargo gozaba de la confianza de sus comandantes subalternos.



Teniente general
BRIAN HORROCKS

Comandante de Cuerpo de Ejército con Montgomery desde Alam el-Halfa a Túnez (hasta que fue gravemente herido), y luego desde Normandía al Báltico, Horrocks reunía todas las dotes de arrolladora energía y amplitud de miras que son esenciales en un hombre que debe mandar fuerzas motoacorazadas en penetraciones fulminantes y conducidas en profundidad en la retaguardia enemiga. Procedente del Arma de infantería, Horrocks poseía en cambio el seguro arrojo de un antiguo oficial de caballería, y la manera como supo llevar a cabo la maniobra envolvente por la izquierda, en Mareth, el ataque desencadenado en tiempo récord desde el Sena a Amberes y la persecución de las fuerzas alemanas en la otra orilla del Rhin constituyeron otras tantas demostraciones de este tipo de intervención personal del comandante, que, en la guerra de movimiento, es el secreto de la victoria. En los combates de la Operación "Veritable" –encuentros combatidos casi cuerpo a cuerpo– se vio obligado a reprimirse frente a la dificultad de irrumpir a través del movedizo terreno del Reichswald. Horrocks fue uno de aquellos generales que saben combinar energía, habilidad y simpatía personal con el éxito y una suerte propicia. Comandante de batallón al estallar la guerra, la suerte le salvó de pasar la vergüenza de los reveses británicos de los comienzos y luego le llevó a figurar como comandante de grado superior en el momento del éxito y con un destino vinculado a la estrella ascendente de Montgomery.



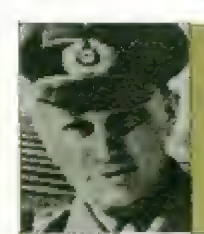
Feldmariscal
GERD VON RUNDSTEDT

Desde el principio al fin von Rundstet gozó de la confianza de la *Wehrmacht* y jamás se vio implicado en el choque de las facciones que dividían a Alemania. Es posible que gracias a ello este flemático oficial lograra mantenerse fuera del caos en que se precipitó Alemania en 1944-1945, a pesar de que estaba investido de una de las jerarquías militares más elevadas: la de comandante en jefe del frente occidental. Símbolo de la nobleza militar de Alemania, se vio por tres veces alejado del servicio y luego vuelto a llamar. Durante dos años procuró reforzar la muralla del Atlántico y, sobre todo, crear aquella reserva móvil central que, en su opinión, sería el único medio adecuado para neutralizar un desembarco aliado. La serie de amargas desilusiones que tuvo que sufrir en la fase de constitución de aquella reserva y luego la dispersión de ésta por obra de Rommel, quien había intuido mejor que su superior todo el alcance de la amenaza aérea aliada, es la misma historia de la derrota de la potencia militar alemana, así como el fracaso de sus esfuerzos para inducir a Hitler a la razón, refleja la completa sumisión de la *Wehrmacht* a la voluntad del *Führer*. Sin embargo, el hecho de que Rundstedt continuase en su puesto, manteniéndose leal a Hitler, revela toda la fidelidad de un soldado que supo anteponer su deber a los intereses personales, incluso dándose cuenta de que aquella causa estaba minada en sus cimientos, por no decir completamente perdida.



Feldmariscal
ERWIN ROMMEL

En enero de 1944 Rommel fue nombrado comandante del Grupo de Ejércitos B, en un momento en que ya había perdido todas sus ilusiones sobre la capacidad de Hitler para dirigir la guerra, así como también toda esperanza en la eficacia de una estrategia basada en fuerzas móviles acorazadas frente a la aplastante superioridad aérea aliada. Por ello, sus tentativas de cambiar radicalmente el dispositivo estratégico y de aprovechar todos los recursos de que disponía para hacer frente a la inminente invasión, no tuvieron otro efecto que el de crear compromisos ineficaces entre los partidarios de las fuerzas móviles y los partidarios de la defensa estática a lo largo de la costa del canal de la Mancha. Los acontecimientos demostraron el fundamento de los temores de Rommel, cuando, a causa del completo desbarajuste del sistema de comunicaciones terrestres, resultó imposible reunir una poderosa fuerza que pudiera lanzar a tiempo un contraataque para rechazar a los Aliados en Normandía. Desde aquel momento, Rommel se limitó a combatir, sin convicción, una batalla de contención, mientras sus esperanzas se concentraban cada vez más en la posibilidad de que la eliminación de Hitler resolviera el problema del acuciante predominio ejercido por el *Führer*. Nadie puede decir lo que habría acontecido si, tres días antes del atentado de Rastenburg, Rommel no hubiera resultado herido. Lo cierto es que el ulterior curso de los acontecimientos sólo tuvo como efecto condenar a Rommel a un suicidio enmascarado de "muerte por heridas".



Feldmariscal
WALTER MODEL

Model era un exponente de los nuevos oficiales de origen medio burgués que se habían introducido en la *Wehrmacht*, al lado de la vieja aristocracia, alcanzando los empleos más elevados. Impetuoso comandante de unidades acorazadas en Francia y en la URSS, Model supo crearse fama de dureza y de arrolladora energía, lo que hacía de él un clásico conductor de operaciones ofensivas. Es posible que su gran influencia personal sobre Hitler contribuyera en gran medida a inducir al *Führer* a dar su consentimiento para la "cabalgada de la muerte" de las fuerzas acorazadas en Kursk, en 1943; pero luego, cuando cambiaron los acontecimientos, Model se vio obligado a demostrar sus dotes de gran improvisador y de maestro en operaciones defensivas. No hay duda de que, gracias a la confianza de Hitler, Model gozó de cierta libertad de acción, ventaja que la mayor parte de sus colegas no tuvieron jamás; en cierto modo, y precisamente por este motivo, después de la derrota de Kluge en Normandía logró estabilizar el frente a lo largo de la frontera alemana y destruir la cabeza de puente británica de Arnhem. Más tarde, sus iniciativas hicieron posible que el frente sobreviviera y se vieron coronadas por la última y desesperada ofensiva alemana en las Ardenas, confirmando en esta ocasión sus dotes de comandante extremadamente preparado y competente. Al fin, aislado en la bolsa del Ruhr, se quitó la vida después de casi tres semanas de inútil resistencia.



Camiones aliados cruzan el Rhin en Worms, donde tropas de las Divisiones 45 y 3 norteamericanas, del Ejército 7 de Patch, efectuaron el forzamiento del río en el curso de la noche del 25 al 26 de marzo. (Foto GM)

el río entre Rees y Wesel con el Cuerpo de Ejército XXX de Horrocks a la izquierda y el Cuerpo de Ejército XII de Ritchie a la derecha. La Brigada 9 de la División 3 canadiense, agregada a la División 51 inglesa *(Highland)*, efectuaría el ataque inicial. Mientras la División 51 se aseguraba en la orilla oriental un punto de apoyo lo bastante profundo para permitir la construcción de algunos puentes, los canadienses avanzarían a lo largo de la orilla derecha del río, en dirección a Emmerich, para ayudar a la División 3 canadiense a efectuar un cruce en aquella zona.

El Ejército 9 norteamericano debía cruzar el río en el frente de su Cuerpo de Ejército XVI, en la zona de Rheinberg, con las Divisiones 30 y 79. Suponiendo que estas operaciones, que se llevarían a cabo de noche, tuvieran éxito, a la mañana siguiente Montgomery podría continuar su acción con el apoyo de dos divisiones aerotransportadas, la 6 británica y la 17 norteamericana, ambas encuadradas en el Cuerpo de Ejército XVIII aerotransportado de Matthew B. Ridgway. En una operación denominada «Varsity», paracaidistas y planeadores tomarían tierra al este del Rhin para quebrantar las defensas de Wesel, neutralizar la artillería alemana, bloquear los movimientos de tropas enemigas dirigidos contra los puntos de paso y colaborar en la expansión de la cabeza de puente. Una vez rebasadas las defensas del río, el Ejército 1 canadiense avanzaría hacia el Norte para encerrar en una trampa a las fuerzas alemanas que hubieran quedado en los Países Bajos, mientras el Ejército 2 británico desencadenaría un ataque en profundidad, en dirección Nordeste, a través de la llanura alemana, y el Ejército 9 norteamericano avanzaría en dirección Sudeste, para cercar el Ruhr.

Montgomery calculaba que las fuerzas alemanas desplegadas frente a los 35 km de su zona de ataque sumaban 85.000 hombres. Se trataba de soldados pertenecientes al 1.er Ejército paracaidista que dependía del Grupo de Ejércitos H y encuadraba tres Cuerpos de Ejército. Había muy pocos carros de combate y cañones autopropulsados en la orilla oriental, pero los alemanes disponían de muchas unidades de artillería de campaña y antiaérea. En cuanto a los elementos de fortificación dispuestos a lo largo del río eran bastante sólidos.

El último y decisivo combate

A las 15,30 horas del 23 de marzo Montgomery dio vía libre a la operación. Simultáneamente dirigió a todos sus Ejércitos un mensaje: «El 7 de febrero os dije que estábamos a punto de subir al *ring* para el último y decisivo combate. Ahora ha llegado el momento. Probablemente el enemigo se cree seguro detrás de la gran barrera que representa este río. Todos nosotros estamos de acuerdo en que se trata de un gran obstáculo; pero demostraremos al enemigo que de ninguna manera está seguro detrás de él. Una vez atravesado el Rhin irrumpiremos en las llanuras de Alemania septentrional, persiguiendo al enemigo, poniéndolo... entre Escila y Caribdis».

A las 18 horas, el potente fuego de preparación artillera empezó a crecer de intensidad y de volumen. Y a las 21, cuando se aventuraron por el río las primeras unidades atacantes, el empleo de municiones había sido enorme. En menos de dos horas, dos grupos del 4.º Regimiento antiaéreo ligero hicieron casi 14.000 disparos. En respuesta, sólo llegó un fuego esporádico, definido como «prácticamente desdeñable».

A la izquierda del sector del Ejército 2, la primera oleada de la División *Highland* atravesó el río en seis minutos. Hasta que las tropas no llegaron a Speldrop, unos 2,5 km en el interior, no se endureció la resistencia alemana. Pero pronto llegaron los carros de combate para reforzar a las fuerzas británicas; no obstante, los alemanes continuaron resistiendo con obstinación, impidiendo que los atacantes se desplazaran aguas más abajo.

A la derecha del Ejército 2, los comandos atravesaron el río a fuerza de remos, llegando a un punto situado a 3 km aproximadamente al oeste de Wesel; avanzaron en silencio hacia la ciudad y esperaron a poco más de un kilómetro de distancia de la misma mientras 200 aviones de la RAF la sometían a quince minutos de bombardeo masivo. Luego entraron en acción. La ciudad era un montón de ruinas; pero los defensores reaccionaron con gran eficacia. Hasta bien entrado el día, los comandos no pudieron declarar a Wesel bajo su dominio, y hasta el amanecer del 25 de marzo no cesó la resistencia.

Mientras tanto, cerca de Xanten, la artillería aliada abrió a la una del día 24 un fuego de preparación de una intesidad sin precedentes, y una hora después los hombres de la División 15 escocesa atravesaron el río por el noroeste de la ciu-

dad y conquistaron los primeros objetivos después de haber vencido con gran facilidad una esporádica resistencia.

El Ejército 9, que debía enviar a la otra orilla del río dos divisiones en un frente de 13 km, contaba con una gran masa de artillería, numerosas unidades de ingenieros y muchos aparatos para la emisión de cortinas de humo. Frente a él se encontraban dos Cuerpos de Ejército del 1.er Ejército paracaidista, el LXXXVI de Straube y el LVIII de Abraham, desplegado hasta más allá de Duisburg.

Durante una hora, la artillería aliada arrojó sobre las posiciones alemanas un total de 65.000 granadas, y 1500 bombarderos atacaron una docena de aeródromos.

La División 30 empleó en su empresa sus tres regimientos, cada uno de los cuales envió a la orilla opuesta un batallón: uno cerca de Büderich, otro en Wallach y el tercero en Rheinberg. Los proyectiles trazadores de las ametralladoras guiaron a la primera oleada, que no encontró prácticamente ninguna resistencia. Los hombres saltaron a tierra desde las embarcaciones, se lanzaron corriendo hacia las riberas y, casi sin darse cuenta, conquistaron una cabeza de puente. «En realidad, no combatieron», diría después un comandante de compañía. «La artillería ya lo había hecho todo».

A las 3, en las cercanías de Rheinberg, la División 79 envió dos regimientos. Los atacantes encontraron algunas dificultades a causa del humo, que creó un poco de confusión; pero no se vio apenas trazas de los defensores. También aquí los atacantes se aseguraron rápidamente el dominio de una sólida cabeza de puente.

Empleando las palabras del historiador oficial del Ejército norteamericano, estas divisiones americanas habían «atravesado lo que se puede considerar como la barrera fluvial más importante de Europa occidental a costa tan sólo de 31 bajas en total».

Poco antes de las 10 del día 24 de marzo, 889 cazas de escolta y 1696 aviones de transporte que remolcaban 2348 planeadores, con un total de 21.680 hombres de las tropas aerotransportadas, se elevaron para dirigirse a la zona de lanzamiento de «Varsity», al nordeste de Wesel. Mientras 240 cuatrimotores *Liberator* los seguían de cerca, con 582 toneladas de abastecimientos, otros 2153 aviones realizaban un trabajo de cobertura o rastrillaban los cielos de Alemania en busca de aviones adversarios.

En total, unos 2596 bombarderos pesados y 821 bombarderos medios atacaron aeródromos, zonas de reunión y otros objetivos.

Momentos desesperados

La División aerotransportada 6 había despegado de aeródromos británicos y la 17 desde doce aeródromos situados en las cercanías de París. Ambas divisiones se reunieron en el cielo de Bélgica antes de dirigirse a la zona de lanzamiento, mientras sus «apéndices logísticos» llegaban desde Francia y Bélgica por vía terrestre.

Los planeadores de la brigada británica sufrieron la primera reacción alemana, y algunos de ellos fueron alcanzados antes incluso de desengancharse de sus remolcadores. Los que escaparon a este destino descendieron sobre las posiciones alemanas, desafiando el inmediato y concentrado fuego de las ametralladoras enemigas; los hombres supervivientes se vieron forzados a empeñarse en combates cuerpo a cuerpo en el mismo momento de tomar tierra. Durante algunos momentos, su situación pareció desesperada; pero poco después llegaron los paracaidistas y contribuyeron a aligerar, por lo menos en parte, la presión adversaria; además, por un afortunado error de navegación, algunos paracaidistas norteamericanos se habían lanzado con anticipación respecto al punto previsto en la zona de aterrizaje. Y fueron precisamente estos hombres los que contribuyeron a neutralizar algunas baterías de cañones de 88 mm que habrían podido hacer fracasar todo el plan.

Una vez vencidas las dificultades iniciales, la situación mejoró, y al cabo de unas horas las tropas aerotransportadas se adueñaron de todos los objetivos asignados para el primer día de la operación.

Pero lo cierto es que el éxito se había logrado con un mínimo margen de tiempo.

«Se batían desesperadamente»

El día 24 de marzo sólo se sentía cierta preocupación por la extrema izquierda, en Speldrop, donde tropas británicas y canadienses estaban empeñadas en un violentísimo combate con fuerzas del II Cuerpo de Ejército paracaidista de Eugen Meindl. Algunos destacamentos de los *Black Watch* se vieron aislados y cercados y fueron necesarios dos días de duros combates para conquistar la ciudad y consolidar el flanco. «Los enemigos –según los soldados canadienses– se batían desesperadamente.» Los canadienses continuaron con impulso el avance en dirección a Emmerich, sosteniendo una serie de «encuentros particularmente duros» –como los definieron los que tomaron parte en ellos–, y el 1 de abril se adueñaron de la ciudad.

Tres días antes, el 28 de marzo, Montgomery había informado a los comandantes de Ejército: «Hemos vencido la batalla del Rhin». Y a continuación les dijo que intentaba aprovechar el éxito y avanzar hacia el Elba, «de modo que se conquistasen rápidamente las llanuras de Alemania septentrional».

Pero, en realidad, no se produjo un rápido hundimiento. A pesar del gran número de puentes que se habían tendido a través del Rhin y a pesar de un rápido avance de más de 25 km al otro lado del río, se necesitaría todavía un poco de tiempo para dar comienzo a las operaciones finales de la guerra.

En Worms, el Ejército 7 norteamericano de Patch también había atravesado el Rhin. Patch habría preferido efectuar la travesía unos 30 km más al Sur, cerca de Spira, ya que en esta última zona la naturaleza del terreno era más favorable para un avance ulterior hacia el Este. Pero cuando Eisenhower propuso poner a su disposición una división aerotransportada para ayudar a efectuar el cruce, Patch aceptó desplazarse a Worms, donde las colinas y los bosques del Odenwald asegurarían a los paracaidistas mayor protección. Luego, una incursión inesperadamente rápida del Ejército 3 en la región Sarre-Palatinado restringió el frente del Ejército 7, de forma que Worms acabó por encontrarse en el extremo izquierdo de la zona y, como consecuencia, perdió parte de su «atractivo» como punto de cruce. Aún más descorazonador fue el rumor de que las tropas aerotransportadas no podrían llegar antes de finales de marzo. Por último, cuando el cruce efectuado por el Ejército 3 en Oppenheim demostró claramente que no era necesaria una operación aerotransportada, Patch ordenó a Haislip que condujese a la orilla derecha del río su Cuerpo de Ejército XV, concentrando el máximo esfuerzo en Worms.

Haislip preparó un ataque empleando dos divisiones contra los restos de 22 divisiones alemanas casi diezmadas, y la operación comenzó a las 2,30 horas del 26 de marzo. La División 45 sólo chocó con un grupo de combate que, antes de ceder, opuso una fuerte resistencia. La División 3, desgraciadamente, puso en alarma a algunos centinelas alemanes, que hicieron converger sobre los puntos de cruce un fuego de morteros y de artillería tan intenso que los hombres que intentaban llegar a la orilla se encontraron en graves dificultades. Pero pasada la confusión, la artillería norteamericana abrió fuego y arrojó sobre los alemanes, en 38 minutos, más de 10.000 granadas, «transformando el horizonte en una siniestra línea rojiza», según palabras de un testigo ocular. El resultado de esta concentración de fuego fue una considerable reducción del alemán contra la primera oleada de infantería, la cual superó los 300 metros de agua en 30 segundos exactos. An-



Marzo de 1945: soldados norteamericanos en Bonn, en las cercanías del puente sobre el Rhin. En los primeros días de abril, todos los ejércitos aliados habían logrado trasladar gran parte de sus unidades a la orilla oriental del río, desde Emmerich a Estrasburgo. *(Archivo Rizzoli)*

tes de caer la noche, elementos del Ejército 7 habían establecido contactos con el Ejército 3 a la izquierda, y algunos destacamentos avanzados habían atravesado la autopista Darmstadt-Mannheim, 13 km más allá del Rhin.

Aunque por la tarde del 26 de marzo ya se habían constituido numerosas y sólidas cabezas de puente en la orilla oriental del río, Patton decidió emplear el Cuerpo de Ejército XX de Walker en otro intento de cruce en Maguncia, entre los Cuerpos de Ejército VIII y XII. ¿Por qué otro forzamiento? Patton rechazaba desdeñosamente la idea de que los alemanes pudieran interferir seriamente la operación. Quería tender sobre el Rhin puentes ferroviarios y carreteras permanentes, y también le atraía la excelente red de carreteras y ferroviaria de Maguncia, así como el hecho de que la ciudad estaba situada en la parte central del sector que correspondía a su Ejército. Además, estaba convencido de que un nuevo cruce era el medio más rápido para limpiar de enemigos la orilla oriental.

La noche del 27 de marzo, la División 8 envió un regimiento a la otra orilla, en Maguncia, mientras otro regimiento se aprestaba a superar el Main, 5 km aguas arriba de su confluencia con el Rhin. Los dos regimientos empeñados deberían operar juntamente para limpiar de enemigos el ángulo formado por los dos ríos. Los alemanes opusieron una ruidosa pero ineficaz resistencia, y al final de aquella jornada Wiesbaden cayó en manos norteamericanas al precio de cinco heridos solamente.

Entonces Patton ordenó a sus tres comandantes de Cuerpo de Ejército que se dirigiesen hacia Giessen, para enlazar con el Ejército 1.

Ahora todos los Ejércitos aliados disponían de tropas propias en la orilla oriental del Rhin, exceptuando al Ejército 1 francés, que se hallaba en el extremo derecho del despliegue. Pero el 29 de marzo, Charles De Gaulle, jefe del Gobierno provisional francés, envió a De Lattre, comandante del citado Ejército, el siguiente telegrama: «Mi querido general, debe usted atravesar el Rhin, aunque los americanos no estén de acuerdo y aunque se viera obligado a hacerlo con barcas de remo. Es una cuestión que reviste el máximo interés nacional».

El hecho al que se refería De Gaulle era que los Gobiernos aliados debían designar también a Francia una parte de Alemania destinada a ser ocupada después de la guerra. Y temiendo que los Gobiernos norteamericano y británico no se mostraran dispuestos a reconocer los fundamentos de las eventuales reivindicaciones francesas en el período posbélico, es decir, que los Aliados pensaran excluir a los franceses, decidió adueñarse de un sector al otro lado del Rhin, un sector que sus tropas pudieran después controlar como zona de ocupación *de facto*.

De Lattre ya había llegado a esta misma conclusión antes que su jefe político. Puesto que el frente de su Ejército a lo largo del Rhin estaba dominado, en la orilla oriental, por las fortificaciones que protegían la ciudad de Karlsruhe, no se podía pensar en un cruce en la zona francesa. Por este motivo, el 27 de marzo De Lattre se entrevistó con Devers. Observando que el Ejército 7 norteamericano de Patch había atravesado el río en Worms, es decir a la altura del límite de su sector, De Lattre juzgó que los norteamericanos estarían dispuestos a ceder parte de su frente con el fin de poder disponer de unidades para lanzarlas al ataque que se estaba realizando en el Norte. Y tenía razón. Devers extendió el frente de De Lattre a lo largo del Rhin, hasta Spira, a más de la mitad del camino entre Karlsruhe y Mannheim y mucho más allá de las fortificaciones. Devers autorizó además a De Lattre para que atravesase el Rhin, conquistase Karlsruhe y realizara una penetración al Sudeste, adueñándose también de Stuttgart, pero no especificó ninguna fecha.

Sospechando que, desde Worms, las columnas norteamericanas pudieran lanzarse hacia el Sur y superar los puntos de cruce franceses, De Lattre dio instrucciones a De Monsabert, comandante del Cuerpo de Ejército II, para que iniciase la operación antes del amanecer del 31 de marzo. Y así, cuando el 30 de marzo, Devers, ignorante de todo, preguntó a De Lattre en qué fecha estarían dispuestos los franceses para iniciar el cruce, De Lattre le aseguró que al alba del día siguiente habría tropas francesas en la orilla oriental.

A las 3,30 horas del 31 de marzo, en Spira, la División 3 argelina encontró en la orilla occidental del Rhin una sola canoa de caucho. Las tropas usaron esta embarcación deslizándose silenciosamente por el agua y llevando diez hombres cada vez. Luego, algunos soldados encontraron otras cuatro embarcaciones y el ritmo de la operación se hizo más rápido. Poco antes del amanecer, los alemanes situados en la orilla oriental se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo e iniciaron un fuego sostenido. Pero ya era demasiado tarde: una compañía completa de infantería se había situado sólidamente en la orilla opuesta y estaba recibiendo refuerzos.

Bastantes kilómetros aguas más arriba, en Germersheim, la División 2 marroquí realizó un cruce de tipo más convencional, con una preparación artillera y embarcaciones de asalto destinadas a transportar fuerzas en oleadas sucesivas. Desgraciadamente, en los puntos de embarque, escogidos demasiado apresuradamente, surgió cierta confusión y la primera oleada no pudo ponerse en marcha hasta después del amanecer. Mientras tanto, la eficacia del fuego de preparación se había desvanecido, y los alemanes, con armas portátiles y morteros, lograron destruir 17 de las 20 embarcaciones.

Los treinta hombres supervivientes lograron mantener el dominio de una pequeña cabeza de puente en la orilla oriental, mientras la artillería francesa creaba en torno a ellos una verdadera barrera de fuego. Incluso a costa de muchas bajas, las sucesivas oleadas contribuyeron a ampliar la cabeza de puente y por la tarde la presencia en ella de dos batallones garantizaba ya su solidez.

El día 1 de abril, el contiguo Cuerpo de Ejército VI del Ejército 7 norteamericano permitió que medios de transporte franceses utilizaran un puente americano en Mannheim. Aprovechándose rápidamente de este ofrecimiento, unidades de exploración francesas avanzaron unos 30 km más allá del Rhin.

Al día siguiente De Lattre realizó un tercer cruce en Leimersheim, entre Germesheim y Karlsruhe, para acelerar la conquista de esta última ciudad. Algunos días después, en Estrasburgo, los franceses llevaron a cabo un cuarto cruce. La campaña había entrado en una nueva fase.

El hecho de que los franceses hubieran atravesado el río en último lugar no les impedía sentirse profundamente orgullosos de la empresa realizada.

«Los alemanes están derrotados»

Los Ejércitos aliados habían atravesado el Rhin con relativa facilidad y con poquísimas pérdidas. Y en gran parte los Aliados debían agradecérselo a Adolfo Hitler. Si los alemanes se hubieran retirado de la orilla occidental durante el invierno, para disponer una decidida defensa en la orilla oriental y si hubieran conservado las reservas en lugar de derrocharlas en vano en las Ardenas, habrían infligido pérdidas de enorme importancia a los atacantes.

Pero aquella posibilidad ya se había desvanecido. Una vez rebasado el Rhin, todos los Ejércitos aliados que guarnecían el largo frente, desde el mar del Norte hasta Suiza, habían emprendido ya la última ofensiva.

«Querido general –le había dicho Churchill a Eisenhower en el Rhin– los alemanes están derrotados. Los tenemos en un puño. Están acabados».

Y esta afirmación respondía a la verdad. Pero aún tendría que pasar otro mes de combates, de esfuerzos y de sufrimientos antes de que los Aliados pusieran fin a la guerra en Europa.

Carro de combate británico "Tetrach"

Carro de combate ideado para el transporte por vía aérea en el planeador *Hamilcar* y usado también en el combate convencional para el apoyo cercano a la infantería. La poco común altura de la parte inferior del casco respecto del suelo lo hacía muy vulnerable a la acción de las minas, por lo que se reforzó la coraza en dicha parte. También se le habilitó para flotar, dotándolo de pantallas, y llegó a ser el medio ideal para operaciones de desembarco y de cruce de ríos. **Longitud**: 4,30 m. **Velocidad máxima**: 64 km/h en carretera y 45 km/h en otros terrenos. **Armamento**: un cañón de 40 mm y una ametralladora *Besa* de 7,92 mm. **Coraza**: frontal 10 mm; en el fondo del casco 14 mm.



ITALIA: LAS BATALLAS DE OTOÑO

Douglas Orgill



Patrulla del "Friuli" en acción en el valle del Senio (febrero de 1945). En el combate todas las unidades italianas demostraron un pleno dominio de los procedimientos tácticos aliados.

(Archivo Rizzoli)

Los Ejércitos aliados, tras hundir la Línea Gótica, siguieron avanzando hacia el Norte, pero pronto resultó evidente que las inestables condiciones atmosféricas del otoño italiano favorecían la defensa alemana. El general Harold Alexander ordenó que se lanzase una ofensiva que preveía "un ataque combinado de derecha y de izquierda"; pero el Ejército 8 quedó inmovilizado en el flanco derecho y no pudo mantener la presión sobre las fuerzas del *Feldmariscal* Albert Kesselring. Este, por consiguiente, logró reforzar las unidades alemanas que se retiraban con lentitud ante el Ejército 5, obedeciendo así la orden del *Führer* de no retirarse al norte del Po. Así, durante otro invierno, los Aliados se vieron obligados a renunciar al avance por el norte de Italia a fin de reunir las fuerzas necesarias para el ataque de primavera.



Arriba: soldados de infantería pertenecientes al Cuerpo de Ejército II norteamericano cruzan la zona de los Apeninos al sur de Bolonia, en la carretera nacional n.º 65. Después de los ataques iniciados el 10 de septiembre, el Ejército 5 de Clark, tras haber logrado el derrumbamiento de la Línea Gótica, avanzó rápidamente hacia el Norte. Debajo: despliegue de cañones contracarros *M-10*, pertenecientes a la División Acorazada 6 sudafricana, en acción contra las posiciones alemanas. En octubre de 1944, aunque disponía de un número superior de unidades acorazadas, el Ejército 5 norteamericano se vio obligado a detenerse a consecuencia de la falta de infantería. *(Archivo Rizzoli)*



A mediados de septiembre de 1944 el general sir Harold Alexander, comandante de los Ejércitos aliados en Italia, se encontró ante un dilema táctico. En el curso de las tres últimas semanas, el Ejército 8 británico había iniciado la ofensiva contra el Ejército 10 alemán en el interior de la franja costera adriática, a partir de Pesaro. Pero, a pesar del brillante éxito inicial, que le permitió penetrar a través de las obras defensivas de la Línea Gótica, el Ejército 8 acabó por hallarse obstaculizado y obligado a detenerse ante las formidables posiciones defensivas del enemigo, situadas en la cadena de elevaciones al sudoeste de Rimini.

Al principio, el plan establecido por Alexander para el otoño comprendía lo que él mismo había definido, en términos pugilísticos, como «un ataque de derecha y de izquierda», es decir, un ataque efectuado por el Ejército 8, del teniente general sir Oliver Leese, por el Adriático, seguido de un ataque del Ejército 5 americano, del general Mark Clark, en el sector central de los Apeninos. Además, se había decidido que el general Clark no lanzaría la ofensiva hasta que Leese irrumpiera en la llanura más allá de Rimini; pero, teniendo en cuenta el retraso que le había impuesto a Leese el desarrollo de la situación, Alexander modificó el plan. Las condiciones atmosféricas empeoraban día a día y la lluvia, que transformaba en verdaderos pantanos las carreteras, retrasaba los movimientos. Alexander sabía que este tipo de tiempo no era, desde luego, su aliado. El 8 de septiembre inspeccionó el frente del Ejército 8 y decidió comenzar las operaciones del 5 al norte de Florencia, sin esperar que las fuerzas británicas consiguieran los objetivos previstos.

La franja apenina, que en aquel punto se encontraba frente al Ejército 5, tenía una profundidad de más de 80 km y comprendía cimas de una altura superior a los 1500 m. Al otro lado de las montañas, la larga carretera nacional n.º 9 (vía Emilia) corría en dirección Noroeste desde el frente de Rimini (guarnecido por el Ejército 8) hasta Bolonia, pasando por Forli, Faenza e Imola. Si Clark conseguía pasar la franja montañosa y cortar la vía Emilia las fuerzas alemanas del sector adriático se verían en graves dificultades.

Los dos pasos apeninos principales, al norte de Florencia, se encontraban frente al Ejército 5; el más practicable era el paso de la Futa, a 32 km de dicha ciudad. Los ingenieros de la Organización *Todt*, que proyectaron la Línea Gótica, habían previsto que los Aliados concentrarían allí el máximo esfuerzo. Por lo tanto, las defensas de la Futa eran complejas, poderosas, con alambradas, torretas acorazadas enterradas y casi 5 km de foso contracarros. Unos 11 km más al Este se encontraba el paso del Giogo, en la carretera que iba de Florencia a Firenzuola y de allí a Imola, por la carretera nacional n.º 9. También este paso estaba bien defendido por una cadena de posiciones situadas en las montañas; pero los alemanes estaban tan obsesionados por la idea de un ataque por la Futa que casi habían descartado la posibilidad de que el enemigo pudiera tomar en consideración el paso del Giogo.

En efecto, Clark, en un primer momento, había tenido la intención de atacar la Futa, según lo previsto por los ingenieros de la *Todt*, pero la rápida retirada de los alemanes de Florencia le llevó a cambiar de idea. Entonces Clark eligió el Giogo y la decisión fue un acierto; en parte también porque el límite de sector entre el Ejército 10 alemán y el 14 pasaba precisamente por aquella zona, lo que constituiría una desventaja más para los alemanes, ya que el sector atacado estaba fraccionado entre los mandos de dos Ejércitos.

La posición de Clark, en lo que se refería a las fuerzas que mandaba, era parecida en muchos aspectos a la de Leese con el Ejército 8. Como su colega británico, Clark disponía de abundantes vehículos acorazados, que no podía utilizar en aquel terreno, pero de pocas unidades de infantería, que en cambio le habrían sido de gran utilidad. También tenía a su disposición tres Cuerpos de Ejército. Dos eran americanos: el Cuerpo de Ejército II, con las Divisiones de infantería 34, 85, 88 y 91, y el Cuerpo de Ejército IV, con la División Acorazada 11 americana, la División Acorazada 6 sudafricana y un Grupo táctico de entidad regimiento, perteneciente a la División 92 americana de infantería, formada por hombres de color. El tercer Cuerpo de Ejército era británico, el XIII del teniente general Sidney Kirkman, constituido por la División de infantería 1 británica, la División Acorazada 6 británica, la División de infantería 8 india y la Brigada Acorazada 1 canadiense.

El Ejército 14 alemán, mandado por el general Joachim Lemelsen, tenía en primera línea dos Cuerpos de Ejército: el XIV acorazado y el I paracaidista, que en conjunto disponían de cinco divisiones. Su despliegue, de Oeste a Este, partiendo del Tirreno, era el siguiente: 16.ª *Panzergrenadier SS*, Divisiones de infantería 65, 362 y 334 y 4.ª División paracaidista.

Una vez más: «...hasta el último hombre, hasta el último cartucho»

Frente a Clark, al este del paso de la Futa, se encontraba la división del ala derecha del Ejército 10 de Vietinghoff, la 715 de infantería. El Ejército 14 de Lemelsen no estaba compuesto por veteranos experimentados, como los del 10 de Vietinghoff; había sufrido graves pérdidas

durante la retirada al norte de Roma y parte de sus reservas carecía de experiencia, pues estaba constituida por muchachos que no habían disparado aún en una acción de guerra.

Clark inició su acción el 10 de septiembre, utilizando el Cuerpo de Ejército II, a ambos lados de la carretera nacional n.º 65, para atacar el citado paso del Giogo, con el Cuerpo de Ejército XIII británico sobre la derecha y el Cuerpo de Ejército IV americano desplegado a lo largo de la Línea Gótica sobre la izquierda. Al día siguiente, tanto el Cuerpo de Ejército II como el XIII habían cruzado el Sieve y la infantería americana se preparaba para atacar dos alturas de unos 900 metros (las cimas de Altuzzo y Monticelli) que dominaban la entrada del paso.

El teniente general Geoffrey Keyes, comandante del Cuerpo de Ejército II, lanzó al ataque a la División de infantería 85. El Regimiento 338 asaltó Altuzzo en un enérgico y sangriento combate que duró desde medianoche del 12 de septiembre hasta el atardecer del 14 y que constituyó una demostración del firme propósito defensivo que animaba a los alemanes. Los americanos sufrieron bajas muy considerables bajo el fuego de las ametralladoras *Spandau* y de los fusileros apostados entre las rocas y los matorrales del Altuzzo, y al amanecer del 15 la cresta de la altura seguía aún sólidamente en poder de los alemanes. Por la derecha, otro regimiento americano, el 363 de la División de infantería 91, había conseguido avanzar hasta unos noventa metros de distancia de Monticelli, pero no pudo continuar, diezmado por el fuego de la artillería pesada.

Sin embargo, más a la derecha, la División de infantería 1 británica consiguió un importante éxito. Su Brigada 66 conquistó Poggio Prefetto, una de las posiciones avanzadas de la Línea Gótica, y Clark aprovechó aquella ocasión favorable para hacer avanzar el Regimiento de infantería 337 americano a través de las posiciones británicas y conquistar Monte Pratone, aún más hacia el interior de las líneas alemanas.

Además, el desgastado, pero indómito Regimiento de infantería 338 americano había vuelto al asalto de Altuzzo, y esta vez pudo tomarse la revancha. Durante las 48 horas anteriores los alemanes habían sufrido pérdidas muy graves y estaban trasladando apresuradamente a primera línea la reserva del Cuerpo de Ejército paracaidista (la Brigada de granaderos *Lehr*); pero la artillería y los cazabombarderos americanos los mantenía bajo un fuego tan violento que los soldados tuvieron que recorrer el último kilómetro y medio arrastrándose. Por ello la Brigada *Lehr* llegó demasiado tarde. El Regimiento 338, que había aprendido la sangrienta lección de los dos días anteriores, maniobró rápidamente y al amanecer del 17 la cima estaba en sus manos. Más de la mitad de los 400 hombres de las compañías de fusileros del batallón atacante habían muerto o fueron heridos durante los cinco días de combate.

Nuevas esperanzas reanimaron al Mando aliado. El Ejército 5 avanzó por las complejas obras defensivas del paso de la Futa: el día 21 los americanos ocuparon Firenzuola, amenazando la carretera nacional n.º 9, de importancia vital para las comunicaciones. Clark lanzó su División 88, que tenía en reserva, por la carretera del valle de Santerno, hacia Imola, en el intento de cortar la vía Emilia y de encerrar en una trampa al Ejército 10 alemán. Pero como el Ejército 8 avanzaba lentamente, dificultado por un mar de barro, Kesselring pudo disponer sus operaciones de repliegue para acortar la línea del frente, agrupando en el valle de Santerno las unidades de cuatro divisiones. Aunque la División 88 americana se había apoderado, después de una violenta acción, de la posición clave de Monto Battaglia, las tropas aliadas no consiguieron avanzar más.

Por su parte, el Ejército 8 no logró mantener la presión que debía impedir a Kesselring continuar reforzando el frente opuesto al de Clark. El tiempo era pésimo y las formaciones acorazadas británicas descubrían que la zona situada al norte de Rímini no era en absoluto un terreno favorable, sino que estaba cortado por fosos y canales desbordados.

Los alemanes al borde de la desesperación

Rímini, como se recordará, cayó el 21 de septiembre, conquistada por los canadienses y la brigada de montaña griega; pero el día anterior el *Queen's Bays*, uno de los regimientos acorazados de la Brigada Acorazada 2, pudo comprobar una vez más lo difícil que era, para una unidad acorazada, atacar defensas estáticas. Siguiendo las órdenes recibidas, el regimiento atacó las elevaciones situadas al sudoeste de Rímini, pero el fuego de los cañones contracarros alemanes de 88 mm desorganizó la unidad, causándole graves pérdidas. La superioridad aliada en cuanto a carros de combate no podía considerarse como un factor decisivo en esta batalla, ni siquiera potencialmente.

No obstante, aunque por corto tiempo, la caída de Rímini dio nuevas esperanzas a los Aliados, y produjo al mismo tiempo en los alemanes un estado de ánimo que rayaba en la desesperación. Pero, por parte aliada, se trataba de esperanzas que se desvanecerían casi en seguida. El 22, la División neozelandesa, el *corps de chasse* de Alexander, cruzó el Marecchia y abrió brechas en la ya malparada División 162 alemana, constituida por antiguos soldados del Ejército ruso. Pero, después, los neozelandeses chocaron con el nervio de la defensa, compuesto por los veteranos de la 1.ª División paracaidista, y éstos aguantaron el choque sin ceder.

La lluvia caía cada vez con más intensidad. El Marecchia, que el 21 de septiembre era un simple riachuelo, una semana después se había transformado en un torrente turbulento, de 3,5 m de profundidad, y el problema de tender un puente entre sus movedizas orillas era la pesadilla de los pontoneros. Del 29 de septiembre al 2 de octubre llovió sin interrupción y los vados se hicieron intransitables. Los alemanes se replegaron entonces detrás del siguiente río, el Uso; pero se dispusieron de forma más sólida algo más al Norte, en la línea del Rubicón. El Ejército 8 ascendió, resuelto y tenaz, hasta su fangosa orilla derecha, pero no tardó en convencerse de que para cruzarlo tendría que lanzar un ataque en fuerza.

Tanto el ímpetu como las esperanzas de la campaña habían experimentado un desplazamiento imprevisto hacia el Ejército 5 de Clark, en el centro. En aquel momento, las posibilidades de éxito del Ejército 8 se consideraban muy escasas, mientras que una valoración ponderada de la situación permitía considerar todavía como bastante buenas las del 5, pese al revés sufrido por la División 88 americana en su intento de ocupar Imola. Ahora Keyes y el Cuerpo de Ejército II estadounidense se encontraban rezagados respecto a la dirección principal de avance, la carretera nacional n.º 65, y Clark hacía intervenir a la 1.ª Brigada Guardia británica para defender las posiciones conquistadas alrededor de Monte Battaglia.

Keyes siguió avanzando sin descanso, bajo el mal tiempo, por la citada carretera nacional y el 2 de octubre alcanzó Monghidoro, a menos de 32 km de Bolonia. Al día siguiente, Clark alcanzó también la ciudad y desde lo alto de un techo pudo ver, en la borrosa línea del horizonte, los Alpes nevados. «En aquel momento –confesó más tarde– tuve la sensación de que nuestra meta estaba muy próxima»

No obstante, nadie mejor que él sabía lo insignificante que era la ventaja con la que podía contar la infantería de los Ejércitos 5 y 8. Sólo dos días después de su visita a Monghidoro, Clark comunicó al Mando Supremo aliado de Caserta:

«La situación de la infantería es tan crítica que puede hacer fracasar la operación. Los refuerzos y los excedentes en las divisiones son suficientes para mantener sus efectivos normales hasta el 9 o el 10 de octubre. Las bajas de mis cuatro divi-



Ametralladora aliada de 20 mm

La ametralladora *Oerlikon* de 20 mm, representada aquí sobre un afuste naval, fue una de las mejores armas adoptadas por los Aliados. Se empleó en todos los escenarios bélicos, en el Atlántico y en el Pacífico, y tanto sobre medios terrestres como navales: sirvió para la defensa de los buques en la ruta polar hacia Rusia y en los de los convoyes hacia Malta. Además, se empleó como arma ofensiva en las embarcaciones de desembarco anfibias, y se montó también en carros de combate antiaéreos, como el *Skink* y el *Crusader*.
Sirvientes: tres hombres.
Velocidad de tiro: 650 disparos por minuto. **Capacidad del cargador**: tambor de 60 cartuchos.

siones de infantería, durante los últimos cinco días, ascienden cada jornada a 550 hombres por término medio. Continúan los violentos combates y evidentemente el enemigo lanza todas las fuerzas disponibles para detener nuestro avance hacia Bolonia. Todas las divisiones se han utilizado plenamente durante 23-26 días en condiciones atmosféricas adversas. Es esencial que se envíen continuamente refuerzos».

Ambos bandos veían ya que la amenaza más grave para las posiciones alemanas al sur del Po procedía del Ejército 5 de Clark. Al fin Alexander tuvo a su disposición una división fresca para lanzar el ataque. Se trataba de la División 78 británica, recién llegada de Oriente Medio y destinada, en un principio, a ser agregada a Leese en el Ejército 8. Pero Alexander consideró más conveniente asignársela a Clark.

Mientras Alexander seguía las vicisitudes del avance de Clark con tácita esperanza, Kesselring las observaba con inquietud.

«Desde mediados de octubre –anotó– la situación al sur de Bolonia constituye una fuente de graves preocupaciones. Si perdiéramos uno de los dos sectores de la llanura entre Bolonia y el Adriático la cosa podría tener una importancia secundaria, pero si se hundiera el frente al sur de Bolonia caerían automáticamente todas nuestras posiciones situadas al este de la misma, en cuyo caso sería necesario evacuarlas a tiempo, para poder salvar por lo menos las tropas y el material».

A Kesselring le preocupaba tanto la presión aliada que pidió permiso a Hitler para llevar a cabo la Operación «Herbstnebel» (niebla otoñal), un plan de emergencia que preveía el repliegue de las fuerzas alemanas a la orilla izquierda del Po. Hitler había rechazado rotundamente su petición desde comienzos de octubre y el OKW informó luego a Kesselring de que «el *Führer*... ha decidido defender el frente apenino en Italia septentrional no sólo hasta fines de otoño, sino indefinidamente...».

Basándose en consideraciones inmediatas, Hitler tenía razón, aunque con esta decisión dejaba a sus divisiones en una situación muy peligrosa para la primavera siguiente, cuando los Aliados, con la vuelta del buen tiempo, reanudasen la ofensiva. El 20 de octubre, los americanos avanzaron por el barro, asaltando la empinada pendiente de Livergnano y alcanzando el Monte Grande, a poco más de 7 km de la carretera nacional n.º 9. Tres días después, la División 78 británica conquistó una cima próxima, el Monte Spaduro, y la victoria aliada parecía ya inminente. Sin embargo, no sucedió así. Entre los americanos y la carretera nacional n.º 9 el terreno desigual y difícil estaba lleno de fuerzas alemanas de primera calidad, y Clark llamaba, impotente, a una puerta que ya no tenía fuerzas para abrir. Desde el 10 de septiembre, las cuatro divisiones del Cuerpo de Ejército II habían perdido, entre muertos y heridos, 15.716 hombres. La ofensiva de Clark, sin el apoyo de unidades frescas de infantería, para relevar a las ya agotadas, no podía soportar pérdidas tan importantes. Y así, el Ejército 5 se vio obligado a aminorar la marcha y a detenerse casi a las puertas de Bolonia. El 28 de octubre Keyes cursó una orden en la que disponía que se establecieran definitivamente todas sus fuerzas.

Ahora los Aliados debían prepararse para pasar un duro invierno en medio de aquellos montes que habían esperado tener a su espalda para la Navidad de 1944. No obstante, y paradójicamente, durante la segunda mitad de octubre, en el transcurso de las semanas que siguieron hasta Navidad, el Ejército 8 llevó a cabo una serie de operaciones victoriosas, aunque fueran, como había observado acertadamente Kesselring, de importancia táctica secundaria.

A principios de octubre Leese había dejado el mando del Ejército 8 para asumir el de las fuerzas de tierra en Asia sudoriental. Ocupó su lugar el general sir Richard McCreery. Como el Rubicón desbordado no era vadeable, McCreery hizo que la División 10 india efectuara una conversión a través de las bajas colinas situadas al oeste y se apoderó de dos puentes en el curso alto del río, envolviendo el frente alemán y obligando a la 90.ª División *Panzergrenadier* de Baade a retirarse por la carretera nacional n.º 9. Las fuerzas indias, acompañadas por la División 46 británica, ocuparon Cesena el 20 de octubre.

Tregua invernal

El Ejército 8 continuó combatiendo y avanzando por Romagna, si bien se trataba de acciones encaminadas a preparar el terreno para la prevista ofensiva de primavera. La ciudad de Forlì, en la carretera nacional n.º 9, cayó el 9 de noviembre. Bolonia, en cambio, tuvo que esperar hasta la ofensiva de primavera. En efecto, la escasez de infantería se acentuó cuando se tuvieron que trasladar de Italia a Grecia algunas unidades para resolver la crisis en este último país, y el plan para la marcha contra Bolonia recibió el golpe de gracia cuando los alemanes lanzaron un ataque local, pero alarmante, penetrando en las posiciones defendidas por la División 92 americana en el valle del Serchio y en el flanco occidental de la línea aliada. El ataque se contuvo gracias a la intervención inmediata de la División 8 india, pero obligó al Ejército 5 a aplazar el proyectado avance hacia Bolonia. Alemanes y aliados se concedieron entonces una tregua invernal en una línea que correspondía, aproximadamente, al curso del Senio y cortaba la carretera nacional n.º 9 al sur de Imola.

Patrulla de reconocimiento del Ejército 8 americano en su avance hacia el Norte. (Archivo Rizzoli)



VICTORIA EN ITALIA

R. L. V. ffrench Blake, coronel

El largo período de calma que había bloqueado el frente italiano se interrumpió, por última vez, en abril de 1945, cuando los Ejércitos aliados 5 y 8 lanzaron una ofensiva decisiva contra los alemanes. La batalla del valle del Po acabó con la rendición del enemigo en el norte de Italia, diecisiete días después de comenzar el primer ataque. Se trató de una acción compleja y de un plan hábilmente concebido, que comprendía, entre otras cosas, un ataque anfibio contra el reducto de Argenta. En esta reconstrucción de los hechos se incluye la descripción del plan preparado por el último comandante del Ejército 8 durante la campaña de Italia.

En enero de 1945, se produjo, como se sabe, una pausa en el frente italiano. Hasta la Navidad de 1944, los Aliados habían esperado poder hundir el frente en un sector u otro; pero ya hacia Año Nuevo se aligeró el frente, se retiraron los inútiles carros de combate, inmóviles en el fango desde hacía mucho tiempo, y sus tripulaciones, a pie, relevaron en primera línea a la agotada infantería o bien se destinaron a los innumerables servicios impuestos por la guerra de montaña.

Los americanos habían efectuado algunas de las acciones más brillantes en el Apenino, pero las tropas británicas parecían exhaustas y el general Mark Clark, que ahora era el comandante del Grupo de Ejércitos XV, consideraba que sería más bien escasa la aportación que podrían dar ulteriores operaciones ofensivas.

Los jefes del Estado Mayor conjunto, que habían dejado bastante malparadas a las fuerzas aliadas, después de Cassino, privándolas de las unidades francesas y americanas, necesarias para la invasión del sur de Francia, decidieron entonces debilitar aún más el Grupo de Ejércitos XV, quitándole otras cinco divisiones (incluido el magnífico Cuerpo de Ejército canadiense) y dos Grupos tácticos, que fueron destinados a Europa noroccidental. Cursaron una directiva para el general Alexander, ordenándole que contuviese a las fuerzas alemanas, impidiese su repliegue y se mantuviese preparado para aprovechar toda debilidad del enemigo.

Pero este excelente soldado reveló una vez más sus notables cualidades. «Consideraba –escribió– que estaba en condiciones, tal vez, de hacer algo más decisivo».

El nuevo plan de Alexander tomaba en consideración, en primer lugar, la reorganización de los Ejércitos y una modificación de su despliegue; después, una vez mejoraran las condiciones atmosféricas, un golpe decidido y definitivo para aniquilar a las fuerzas alemanas en Italia.

Si decidían retirarse de Italia, los alemanes deberían replegarse hacia el Nordeste, o sea hacia Austria, donde, según se afirmaba, el *Führer* había ordenado preparar un *Alpenfestung*, un reducto alpino en el que los restos del tercer Reich se atrincherarían para combatir y morir como los dioses del Walhalla. Para efectuar este repliegue, los alemanes dispondrían, como líneas en las que imponer a los Aliados un compás de espera, cuatro ríos: el Po, el Adigio, el Brenta y el Piave. La línea del Adigio estaba poderosamente fortificada, pues tenía detrás las colinas Euganeas, a través de las cuales se había preparado ya la llamada Línea Veneta. El pivote sobre el que se podría efectuar la conversión estaba, para los alemanes, en el extremo de su línea en el Adriático, donde las lagunas de Comacchio impiden avanzar directamente hacia el Norte a lo largo de la costa. Más allá de Comacchio, la interminable sucesión de ríos de curso paralelo, cambia inesperadamente de aspecto. Al norte del Senio hay muchos otros ríos (el Santerno, el Sillaro, el Idice), pero todos desembocan en el Reno. Entre el Reno y el Po se extiende una extensión de terreno relativamente accesible, sin grandes obstáculos de cursos de agua. La puerta que permitía el paso a esta «tierra prometida» estaba constituida por una estrecha franja, entre las lagunas de Comacchio y una amplia zona de terrenos inundados situados al sur del citado Reno; por esta franja corría la carretera nacional n.º 16, que era la vía principal de comunicación que une Ferrara a Rávena. El punto clave era el puente de Bastia, lugar donde la carretera nacional cruza el Reno y donde el pueblo de Argenta domina la salida de dicha franja.

El plan de Alexander era sencillo en su concepción: el Ejército 8 debía atacar hacia el Oeste, por la zona de Argenta; el Ejército 5 avanzaría hacia el Norte, dejando Bolonia a su derecha: así, las fuerzas alemanas caerían en una trampa entre los dos Ejércitos.

El plan, aunque simple en sus líneas esenciales, presentaba numerosas dificultades para su puesta en práctica, la mayor de las cuales era conseguir el elemento sorpresa. Dadas las ingentes defensas antiaéreas, había que descartar una operación aerotransportada para la conquista de Bastia. Los alemanes conocían tanto como los Aliados la importancia de la posición de Argenta; por lo tanto, la sorpresa sólo se podría conseguir:

- mediante preparativos simulados de un desembarco procedente del Adriático, al norte del Po;
- convenciendo al enemigo de que el ataque principal se lanzaría al sur del Reno, hacia Bolonia, y comenzaría en la zona de Lugo;
- utilizando en masa los nuevos materiales de los que se disponía entonces en aquella zona, que incluían 400 *Fantail* (medios de transporte anfibios, orugas y blindados).

Se podría realizar la concentración alternando los ataques de los Ejércitos 8 y 5. El 8 atacaría en primer lugar, con el fin de atraer las reservas alemanas; el 5 lanzaría el golpe tres días después, de forma que ambas acciones contaran con el apoyo total de las formaciones aéreas estratégicas. El día «D» se fijó para el 9 de abril.

EL PLAN DE BATALLA DEL EJÉRCITO 8[1]

A fines de noviembre de 1944, cuando se había nombrado al general Alexander comandante en jefe de las fuerzas aliadas en Italia, el general Mark Clark asumió el mando del Grupo de Ejércitos XV, constituido por el Ejército 5 americano del general Lucien Truscott y el Ejército 8 británico.

---

(1) Según las anotaciones de su último comandante, el general sir Richard McCreery. (Nota de la edición italiana)



El ataque desencadenado a las 19,20 horas del día 9 de abril de 1945, en el sector del Ejército 8 británico a través del río Senio, marcó el comienzo de la última gran ofensiva en Italia. Gracias también al feliz resultado de las Operaciones «Impact Plain» e «Impact Royal» (el 10 y el 13 de abril), el grueso de las fuerzas británicas avanzó libremente y conquistó Argenta el 18 de abril, mientras el Cuerpo del Ejército II polaco avanzaba hacia Bolonia. Mientras tanto, el Ejército 5 norteamericano, que inició sus ataques a las 9,45 del 14 de abril, había rebasado las zonas de los Apeninos y se extendía ya por la llanura. El 22 de abril, la División Acorazada 6 sudafricana, procedente de Monte Sole, se encontró cerca de Finale Emilia con los elementos de la 6.ª Acorazada británica, que avanzaba desde Bastia. El mismo día, la División de montaña 10 alcanzó el Po en Ostiglia, y el 23 la División 8 india avanzó por las orillas del río al norte de Ferrara: los Ejércitos alemanes estaban ya irremediablemente derrotados.

El otoño había sido muy lluvioso, como en 1943. Durante un viaje en avión por la costa adriática tuve ocasión de presenciar el espectáculo de las crecidas, que se llevaban todos los puentes *Bailey*. No obstante, a fines de año el tiempo cambió y tuvimos una semana de cielo despejado y de temperaturas muy frías, que permitieron a la División Acorazada 5 canadiense avanzar por el oeste para eliminar a los alemanes de una amplia bolsa situada en la orilla derecha del Senio, al noroeste de Rávena. El terreno, que el hielo había endurecido, permitía los movimientos de carros de combate.

Este ataque de los canadienses provocó lo que siguió siendo, durante mucho tiempo, el más importante contraataque alemán. Tres batallones de infantería avanzaron temerariamente en terreno descubierto, pero tuvieron que retirarse, con gravísimas pérdidas, ante los carros de combate de la Brigada Acorazada 9, que apoyaba al I *King's Royal Rifle Corps*.

El 4 de enero, la Brigada Acorazada 7, con un batallón de los *Queen's* montados en vehículos *Canguro*, eliminó otra bolsa alemana al este del Senio, sufriendo tan sólo 17 bajas y capturando poco menos de 500 prisioneros. Ahora el Ejército 8 ocupaba por completo la orilla derecha del Senio, en la que se afianzó convenientemente para la pausa invernal.

Mientras tanto, se había manifestado una grave escasez de municiones de artillería y era necesario economizarlas al máximo si se querían constituir reservas suficientes para otra gran ofensiva. Después de insistentes peticiones a Lon-

dres y a Washington, el Mando Supremo aliado en Italia calculó que hacia primeros de abril el Grupo de Ejércitos XV tendría municiones de artillería suficientes para doce días de operaciones intensivas.

Otro factor determinante fue la retirada del Cuerpo de Ejército canadiense, que formaba parte del Ejército 8 y que fue enviado al frente noroccidental para reunirse con las otras grandes unidades canadienses. Para compensar esta grave pérdida, el Mando Supremo estaba organizando grupos de combate italianos, cada uno de los cuales estaba formado, como unidad base, por dos regimientos de infantería y uno de artillería, con armamento y equipo británicos. Asimismo, el Cuerpo de Ejército II polaco aumentaba constantemente su consistencia.

Durante estos meses invernales, el general Clark sintió un gran temor: el de quedar reducido a comandante de un Grupo de Ejércitos que no tuviera fuerzas suficientes para combatir una gran batalla. Después de la guerra, Winston Churchill reveló que ése había sido también su temor, compartido además por los jefes del Estado Mayor conjunto.

Una vez efectuadas las modificaciones en el despliegue de las tropas para la pausa invernal, en la retaguardia dio comienzo un período de adiestramiento intensivo para la futura ofensiva. Las unidades acorazadas recibieron nuevos carros de combate, y la moral del Ejército 8 se elevó rápidamente. En el lago Trasimeno se creó un centro de adiestramiento formado por la Brigada Acorazada 9, al mando del general R. B. B. Cooke. Nuestro cometido principal era familiarizar a la infantería con los diversos «monstruos»: los *Fantail* anfibios; los carros de combate *Crocodile*, dotados de lanzallamas, y los *Canguro*, carros de combate *Sherman* sin torreta destinados al transporte de la infantería de asalto. Era la primera vez que se disponía de estos medios en Italia.

El adiestramiento era una carrera contra reloj. Los *Fantail*, por ejemplo, debían confiarse a pilotos muy expertos. Los elegimos entre los carristas de la Brigada Acorazada 9 y los voluntarios de las unidades de servicios, por consejo de mi entusiasta segundo jefe de abastecimientos y transportes, el general de brigada S.T. Divers.

El *Fantail* era un gran vehículo oruga protegido por una ligera coraza, en el que podían tener cabida hasta dos pelotones. Esperábamos que los *Fantail* resultasen útiles para envolver el flanco izquierdo alemán, vadeando las zonas poco profundas de las lagunas de Comacchio.

El Ejército 8, desplegado a la defensiva en el Senio, estaba combatiendo una guerra de posiciones que recordaba las condiciones de la primera Guerra Mundial. Los alemanes estaban sólidamente atrincherados en la orilla opuesta, con sus baterías dispuestas en posiciones enterradas que batían de flanco las líneas aliadas; nuestra infantería ocupaba en muchos lugares la orilla derecha inundada. Confiábamos en que los carros de combate lanzallamas *Crocodile* también nos serían de gran ayuda durante el asalto, aunque su efecto era esencialmente psicológico.

Se esperaba asimismo poder utilizar otra arma nueva en Italia, el carro de combate anfibio. Y, efectivamente, más tarde tuve la satisfacción de ver, desde un avión, carros de combate que vadeaban simultáneamente el Po y el Adigio.

Las dificultades de los comandantes de grado inferior

Ni los libros escritos por los comandantes en jefe ni los informes oficiales han dado la debida importancia a los grandes problemas que se presentaban a los oficiales de los regimientos que llevaban mucho tiempo en primera línea. Uno de estos problemas, en Italia, era el de las deserciones en la infantería; deserciones, por supuesto, no hacia las filas enemigas, sino hacia la retaguardia, en especial hacia las zonas densamente pobladas de los alrededores de Nápoles. Durante el invierno de 1943-44 o en otoño de 1944, un comandante de pelotón nunca podía saber exactamente cuántos de sus hombres estarían disponibles para un determinado ataque o bien para un turno de guardia. Los comandantes de las pequeñas unidades estaban sometidos a una continua tensión. Sin embargo, como nadie tiene mayor capacidad de recuperación que el soldado británico, muchos que no habían demostrado ningún sentimiento del deber en una determinada ocasión supieron combatir valerosamente en esta batalla decisiva. Por ejemplo, un joven y valeroso comandante de batallón tuvo la idea de elegir 20 hombres de una compañía de castigo y colocarlos en un solo pelotón, con buenos suboficiales y un comandante de gran valía. Y los veinte demostraron ser muy buenos combatientes.

No debe sorprender el hecho de que en Italia, como en Normandía, divisiones que llevaban años en primera línea consiguieran victorias menos espectaculares o menos rápidas que las que habían sido bien adiestradas en su patria por oficiales y suboficiales experimentados, procedentes de los diversos escenarios bélicos. Por ello se puede afirmar que la prueba a la que tuvo que hacer frente el Ejército 8 en esta última batalla fue ciertamente una de las mayores por las que había pasado jamás.

Otro elemento de ansiedad para ciertos hombres casados del Ejército 8 era la larguísima separación de la mujer. Aunque los componentes de algunas unidades, como la División neozelandesa, por lo general eran repatriados después de dos años de servicio en ultramar, se producían excepciones cuando se trataba de oficiales con responsabilidades especiales. Una de estas excepciones fue la de Steve Weir, comandante de toda la artillería del general Freyberg y que al final de la guerra, después de ser comandante de división, mandaba la División 46 británica. Su mujer se reunió con él en Viena, llevando a su hijo, a quien Weir veía por primera vez, aunque el niño ya había cumplido los cuatro años.

A pesar de la tranquilidad operativa invernal, los Aliados habían asumido el cometido de fijar en Italia a las divisiones alemanas. El bombardeo de las vías de comunicación que desde Alemania conducían a Italia, especialmente las del Brénnero, y la obstinada negativa por parte de Hitler de ceder los territorios ocupados fueron dos factores que facilitaron la empresa. A principios de abril, los alemanes aún tenían en la península 23 divisiones, además de las cuatro de la república de Salò. Algunas de ellas, como las divisiones de paracaidistas 1.ª y 4.ª y la 26.ª *Panzerdivision*, figuraban entre las mejores que le quedaban al Ejército alemán, con una moral muy elevada y unos efectivos superiores a los reglamentarios. Por ejemplo, las dos divisiones paracaidistas contaban con 15.000 hombres.

Los Aliados oponían a estas fuerzas 17 divisiones, más cuatro grupos brigadas de infantería, lo que suponía, por lo menos sobre el papel, cierta superioridad numérica. Pero lo que era cierto es que gozaban de una aplastante superioridad aérea. Las raciones de víveres de nuestras tropas eran mucho más abundantes que las del enemigo, si bien esta ventaja obedecía al hecho de que teníamos detrás de nosotros una «cola» mucho más larga de abastecimientos.

Como siempre, el plan de ataque se había visto determinado, sobre todo, por la naturaleza del terreno. Los alemanes inundaron amplias zonas en ambas orillas del Reno, al oeste de las lagunas de Comacchio; pero la sequía que reinó a partir de Navidad había reducido gradualmente la extensión de las superficies inundadas. No obstante, el terreno impracticable seguía representando un gran problema y la carretera nacional n.º 16, Ferrara-Rávena, era aún la única con firme artificial sólido, en especial a la altura de Argenta.

Fui varias veces a inspeccionar el terreno a bordo de un *Auster* para echar un vistazo «al otro lado del monte», con el fin de idear una solución para el problema de la franja de Argenta. Confiábamos en que los 400 *Fantail* nos serían útiles precisamente en aquel punto, para envolver el flanco oriental de las posiciones alemanas.

- El Cuerpo de Ejército V debía atacar en un amplio frente al otro lado del Senio, con el ala derecha en dirección a la franja de Argenta. El ala izquierda atacaría el río por la derecha del Cuerpo de Ejército II polaco, para poder efectuar después una rápida conversión al Norte o bien al Oeste, según como se desarrollase la batalla.
- El Cuerpo de Ejército II polaco lanzaría su ataque al otro lado del Senio, al norte de la vía Emilia, y luego se dirigiría hacia Bolonia. Los avances conseguidos en el valle del Po por los polacos y por los neozelandeses constituirían una ayuda inmediata para los americanos si conseguíamos avanzar con la suficiente rapidez.



Infantes del 2/6.º *Queen's* atravesando una zona inundada en las orillas de las lagunas de Comacchio. El nivel del agua y el fango impidieron a los británicos servirse de los medios anfibios *Fantail*. (Imperial War Museum)

● El Ejército 8 intensificaría la presión para avanzar, sobre todo, por la llanura, mientras que a los Cuerpos de Ejército X y XIII, establecidos en posiciones montañosas, se les haría avanzar gradualmente; pero yo pensaba utilizar las unidades del Cuerpo de Ejército XIII en una fase sucesiva, para mantener el impulso del ataque. El Cuerpo de Ejército II polaco cumpliría su cometido tras la caída de Bolonia.

● La División Acorazada 6 se mantendría como reserva de Ejército hasta que se decidiera en qué dirección debía atacar.

El Ejército 8 tuvo el apoyo de las fuerzas aéreas que antes habían combatido en el desierto: se trataba de la formación aérea táctica mejor y más experimentada del mundo. Nuestras unidades avanzadas de infantería podían contar con estos cazabombarderos para la destrucción de las granjas transformadas en *bunkers* o para neutralizar las defensas alemanas situadas en la orilla del río, a unos centenares de metros de sus posiciones. En cambio, el apoyo de los bombarderos de la *Strategic Air Force* no fue tan preciso, a pesar de la minuciosidad con que se habían preparado las «ayudas». Yo había propuesto una especie de ensayo general en pequeña escala; pero el general Joe Cannon, de la Aviación americana, no lo había considerado necesario. Y desgraciadamente, el día establecido para el comienzo de la ofensiva, una brigada de infantería polaca, desplegada ya para el ataque, tuvo que lamentar 160 bajas causadas por un grupo de 22 aviones que lanzaron sus bombas equivocándose de objetivo.

Los bombarderos pesados solían utilizar bombas de 50 kg: las lanzaron en gran cantidad sobre las posiciones avanzadas de los alemanes, pero éstos estaban tan bien atrincherados en las orillas del río y tan diseminados en otros sectores en formaciones pequeñas, que es lícito suponer que las bajas que les infligieron aquellos «gigantes» del aire fueron bastante reducidas.

Se llevó a cabo con buenos resultados una operación preliminar antes del día «D». Los soldados británicos rastrillaron la franja de tierra situada entre las lagunas de Comacchio y el Adriático, inmediatamente al norte de Porto Garibaldi, capturando 800 prisioneros, todos ellos pertenecientes a la división turcomana. La acción nos permitiría operar libremente por el borde de las lagunas de Comacchio, suponiendo que los *Fantail* pudieran superar las dificultades que entrañaba el paso por la zona.

Durante los primeros días de abril, mi cometido principal consistió en presentar, de forma convincente, los planes operativos a los que debían llevarlos a la práctica. Y he de decir que lo conseguí perfectamente, incluso en lo que se refiere a los «viejos». El general Bernard Freyberg, soldado veterano, estaba preparado para otra gran batalla y decidido a hacer participar en ella a sus neozelandeses.

A principios de marzo, un grave problema exigió, para su solución, recurrir a la mayor habilidad diplomática. El general Anders había quedado muy desconcertado al enterarse de los detalles de los acuerdos estipulados en Yalta entre Roosevelt, Churchill y Stalin. Cuando hablé con él me dijo: «¿Cómo podré pedir a mis hombres que sigan combatiendo? ¿Debo retirarlos del frente?». Repliqué que no teníamos unidades para sustituirlos y que si los retiraba se abriría un vacío de 16 km. Anders permaneció silencioso durante más de un minuto y después concluyó: «Puede contar con el Cuerpo de Ejército II polaco para la batalla inminente. Nuestro primer deber es derrotar a Hitler».

No obstante, la trágica realidad era que Gran Bretaña, tanto en las fases finales de la guerra como en sus comienzos, no había sabido hacer nada para ayudar a los polacos, y Anders ya no ignoraba que el final sería entregar Polonia a un gobierno comunista para convertirla en un satélite de la Unión Soviética.

El 8 de abril todo estaba preparado; pero soplaba un viento muy fuerte, por lo que muchos aeródromos no podían desarrollar ninguna actividad. Sin embargo, Mark Clark comunicó por teléfono que las previsiones meteorológicas para el día siguiente eran buenas.

El 9 de abril, a las 19.20 horas, «el globo comenzaría su ascensión».

EL PLAN DE BATALLA DEL EJÉRCITO 5

La solución de los problemas del Ejército 5 no era nada fácil. Los alemanes estaban todavía sólidamente atrincherados en los Apeninos, a unos 16 km al sur de Bolonia. Cuatro días después del



A la izquierda: soldados británicos montados en *Fantail* regresan de las operaciones ofensivas efectuadas contra las posiciones alemanas de Villaggio Anita, en las cercanías de Argenta. Abajo: comando británico sobre un *Fantail* en el curso de las operaciones lanzadas el 1 de abril, junto con unidades de la 24.ª Brigada Guardia, por la posesión de la faja de tierra situada al este de las lagunas de Comacchio. (Imperial War Museum)



Arriba: infantería británica atravesando el Po di Volano en Ferrara. En este sector, elementos de la División 8 india fueron los primeros en llegar al Po, el 23 de abril de 1945. Abajo: Correggioli, 25 de abril de 1945: cañones norteamericanos de 155 mm, «Long Tom», atravesando el Po sobre un puente flotante. El 20 de abril, el general Vietinghoff ordenó el repliegue más allá del citado río de las tropas alemanas, las cuales se vieron forzadas a abandonar todo su equipo. (Archivo Rizzoli)



comienzo de la ofensiva estaba previsto un ataque en el extremo occidental de la línea, cerca de la costa tirrénica. Ocupaban el sector la División 92 americana de infantería y dos grupos tácticos. En el sector central, al sur de Bolonia, el Cuerpo de Ejército IV, del general Grittenberger, situado a la izquierda del Reno, debía atacar en dirección a Bazzano, y el Cuerpo de Ejército II, del general Keyes, situado a la derecha, atacaría directamente hacia Bolonia, procurando estar preparado para avanzar y envolver por ambos lados la ciudad. La intención era cortar la vía Emilia y lanzar las dos divisiones acorazadas, la 1 americana y la 6 sudafricana, sobre una dirección al oeste del Reno, hacia el puente de Ostiglia, sobre el Po y hacia Bondeno, en el Norte. El grueso de las fuerzas envolvería Bolonia, cuya conquista debía efectuar una sola división especialmente destinada a este cometido.

LA SITUACIÓN ALEMANA

¿Cuál era la situación de los Ejércitos alemanes? Kesselring, que acababa de ser nombrado comandante en jefe del frente occidental, había confiado el Grupo de Ejércitos C, en Italia, al general Vietinghoff. Las órdenes de Hitler eran, como de costumbre, resistir y mantener hasta el final las posiciones ocupadas. El general Herr, que mandaba el Ejército 10, y su Estado Mayor habían calculado exactamente el día en que el Ejército 8 lanzaría el ataque y, en consecuencia, proyectaron un repliegue del Senio al Santerno, que debía efectuarse 24 horas antes de que comenzase la ofensiva. Esta maniobra no sólo evitaría al Ejército 10 las consecuencias de la preparación artillera, sino que también conseguiría que las tropas británicas atacasen en vacío, por lo que se verían obligadas a hacer avanzar hasta las nuevas posiciones toda la artillería antes de que pudieran lanzar otro ataque. El plan, aprobado por Vietinghoff fue malogrado, como era de esperar, por el OKW. Pero, a pesar de este handicap que los paralizaba, los alemanes seguían confiando.

La amenaza de desembarcos en la costa adriática dio excelentes resultados, pues Vietinghoff había destacado a la mitad de la reserva móvil, la División 29, al norte del Po y del Adigio, en la zona de Treviso. Simultáneamente, la acción de los americanos en el extremo límite occidental de la línea atrajo a aquel sector a una parte del 90.º Regimiento *Panzergrenadier*, que era la única reserva de que disponía el Ejército al sur del Po. La *Luftwaffe* no había conseguido localizar o reconocer la concentración de los *Fantail* en los márgenes de las lagunas de Comacchio.

Por todo ello, los alemanes, aunque eran conscientes del peligro que los amenazaba, se habían visto obligados a adaptarse a todas las maniobras efectuadas por el general Alexander y, a causa de la prohibición de su comandante supremo, no podían tomar la medida más lógica, sugerida por el sentido común, ante el inminente ataque. Por si todo esto fuera poco, aún tenían otro problema muy espinoso: el de la escasez de abastecimientos. Las fuerzas aéreas aliadas habían llevado a cabo, durante meses, un plan destinado a interrumpir todas las líneas ferroviarias que, saliendo de Austria, se dirigían hacia el Sur. Después, concentraron los bombardeos contra los puentes y los puntos de cruce del Po. Ningún puente quedó intacto; no obstante, los alemanes mantuvieron el flujo de abastecimientos transportándolos en las balsas mimetizadas y escondidas entre las cañas y la baja



vegetación de las orillas. La mayor parte de la artillería de campaña se transportaba a lomos de mulos, y las compañías de infantería utilizaban carretillas para el transporte de la carne y del material de uso inmediato.

EL PRIMER ENFRENTAMIENTO DEL EJÉRCITO 8

El intento del general McCreery de elevar la moral del Ejército 8 británico, preparándolo para el inminente ataque, se había visto coronado por un brillante éxito. A mediados de marzo, los oficiales del Servicio de Información de la división habían difundido la hipótesis de que los alemanes probablemente intentarían retirarse a Austria, al *Alpenfestung*, donde podrían resistir durante un tiempo indefinido. Por ello todos estaban convencidos de la necesidad de infligir al enemigo el golpe decisivo en Italia.

McCreery no era muy popular entre los soldados, pero gozaba del máximo respeto por parte de los oficiales: era un hombre modesto, prudente hasta el titubeo, pero en sentido positivo; era imposible imaginarlo con la gorra llena de galones, distribuyendo cigarrillos o arengando a una masa de hombres al aire libre. Para elevar la moral permitió (lo que se adaptaba muy bien a su carácter, a su formación de oficial de caballería y a su pasión de *gentleman rider*) que en Cesena, apenas a

50 km de las líneas enemigas, se celebrara una competición de carreras al trote. Por lo que dicen, el jefe de intendencia del Ejército 8 hizo que le trajeran del Sur, rápidamente, un excelente caballo que salió a gran velocidad y llegó a la meta con las riendas sueltas.

Cuatro días antes de la batalla, McCreery reunió a todos los oficiales de grado de teniente coronel en adelante en un cine de Cesena. Allí, con su voz tranquila, casi en tono de disculpa, dijo que el sector había quedado debilitado a consecuencia del envío de algunas unidades a Francia, que el Ejército se parecía a un viejo caballo adiestrado para las carreras de obstáculos, en muy buena forma pero más bien receloso, y terminó afirmando que su intención era aniquilar a los alemanes al sur del Po antes que dejar que se retirasen a otras líneas defensivas situadas más al Norte. Después, describió el plan de ataque.

Volví por la tarde al mismo cine y asistí a la proyección de *Enrique V*, cuyo protagonista era Lawrence Olivier, una película muy adecuada para las circunstancias, aunque la escena en la que el rey se pasea de noche por el campamento y habla con el joven soldado era demasiado significativa, pues dice así: «Vemos allí el comienzo de la aurora, pero pienso que no veremos su final». Más tarde se difundió entre las tropas el mensaje de McCreery. Se lo comuniqué a mi regimiento, reunido para la ocasión en el edificio de una escuela, a puerta cerrada, y aún conservo el recuerdo de la excitación que cundió entre los hombres como una de las imágenes más intensas de toda mi vida de soldado.

Las divisiones acorazadas debían hacer frente a varias dificultades: la primera era consecuencia de las dudas que se sentían respecto a la capacidad de tránsito del terreno, y para subsanarlo se adaptaron a las cadenas de las orugas prolongaciones en forma de cuchara, llamadas *Platypus Grousers* (picos de ornitorrinco); la segunda dificultad era la naturaleza del terreno, llano y cubierto de frutales, bajo los cuales los alemanes podían disparar con los cañones, mientras los jefes de los carros de combate y los apuntadores de los mismos verían disminuida su visibilidad a causa de las ramas; la tercera era que se verían constantemente obligados a avanzar en la oscuridad y a desplegar dentro de los límites de una estrecha franja de terreno. Y esta vez era absolutamente necesario que la acción no terminase con un revés parecido al del año anterior, en la Línea Gótica.

Pero, en realidad, el cometido más difícil era el de la infantería. Las maniobras de envolvimiento y las infiltraciones eran imposibles porque las orillas y los diques de los ríos eran inexorablemente rectilíneos, y en ellos estaban atrincherados los alemanes, con frecuencia en galerías excavadas en los terraplenes. No obstante, los ingleses idearon y aplicaron una técnica especial para hacer retroceder al enemigo: cuando el adversario estaba frente a frente, dividido por la anchura de un curso de agua, los cañones contracarro de 17 libras disparaban directamente a través del dique, devastando la orilla opuesta.

De todos modos, lo más probable era que la zona de Argenta resultase un objetivo difícil de conquistar; y teniendo en cuenta que todos los hombres sabían que si conseguían salir vivos de aquella batalla ya era casi seguro que sobrevivirían a la guerra, la valentía y la determinación de las que dio prueba la infantería aliada fueron realmente admirables.

El día 1 de abril, comandos y unidades de la 24.ª Brigada Guardia ocuparon la granja situada al norte de la División 56 y el 5 de abril conquistaron la lengua de tierra de las lagunas de Comacchio. El 6 de abril, la División 56 cruzó el Reno y conquistó una franja de terreno que llegaba, como una cuña, hasta el borde de las lagunas, asegurando así el punto de partida para el movimiento anfibio por el flanco y atrayendo al mismo tiempo la atención del enemigo desde el ala de la formación hacia la costa adriática. El único motivo de decepción lo constituyeron los *Fantail*, que no pudieron avanzar por las lagunas de Comacchio, pues el nivel del agua era demasiado bajo para permitir que flotasen y el barro demasiado blando para el tránsito de orugas. Así, pues, el plan para el «gancho» anfibio se tuvo que revisar a toda prisa.

Y con ello, habían concluido los preparativos para la batalla.

Al ataque

El bombardeo aéreo de preparación se efectuó con el lanzamiento de 175.000 pequeñas bombas que 825 bombarderos pesados dejaron caer sobre las posiciones de la artillería y sobre las zonas de concentración de las reservas, situadas ante las divisiones que iban a lanzar el ataque. Se eligió este tipo de bomba para evitar remover demasiado el terreno. Otro millar de aparatos, entre bombarderos medios y cazabombarderos, atacó objetivos aislados, posiciones de artillería y de morteros, puestos de mando y columnas de vehículos que se desplazaban por la retaguardia.

Unas 1500 piezas de artillería efectuaron, a su vez, cinco acciones de preparación de «falsa alarma», cada una de ellas de 42 minutos de duración y con intervalos de diez, durante los cuales intervenía la aviación, martilleando la orilla occidental del Senio. A las 19.20 horas, la hora «H», los cazabombarderos sobrevolaron por última vez la orilla del río, pero ya sin lanzar bombas. Era la señal de avance para la infantería. Durante el bombardeo, las unidades avanzadas habían retrocedido 360 m.

El general McCreery, en un *Auster* de reconocimiento, siguió las primeras fases del ataque. «A la luz del crepúsculo –dijo– el espectáculo era impresionante, pues al apoyo habitual de un número imponente de piezas de artillería y de bombarderos se había añadido esta vez la intervención de los carros de combate lanzallamas».

En el curso de la primera noche, la del 9 de abril, la División 8 india y la 2 neozelandesa atacaron en dirección a Lugo, más allá del Senio. Su objetivo era la conquista de una cabeza de puente en la orilla izquierda del río Santerno. El 10 de abril, las posiciones alemanas en dicho río se sometieron a un nuevo bombardeo aéreo. La División 78 estaba preparada para romper el frente en cuanto se estableciese la cabeza de puente.

Los hombres de la División 8 india *(Argyll, Frontier Force Rifles, Mahratta* y *Punjab)* cruzaron el río, protegidos por una cortina de llamas, y se lanzaron contra los alemanes. Los ingenieros, que avanzaban inmediatamente detrás, tendían rampas y puentes, y los *Mahratta* del regimiento contracarro hacían pasar por ellos sus piezas, arrastrándolas con cuerdas.

Al amanecer del día 10, los carros de combate de apoyo de la Brigada Acorazada 21 cruzaron el Senio por tres puentes, uno de los cuales estaba constituido por carros de combate especiales *Ark*, provistos de una doble rampa superior. Por la tarde, los *Punjab* se habían establecido en la orilla occidental del Santerno, mientras los *Jaipur* y los hombres del *West Kent* ensanchaban la brecha para que pudiera pasar la brigada de infantería de reserva. A la mañana siguiente, el 11 de abril, después de otra acción convergente de fuego de artillería y de bombardeos aéreos sobre las posiciones del Santerno, los *Gurkha*, el Regimiento de la *Frontier Force* y los *Royal Fusilier* cruzaron el río protegidos por una nueva barrera de lanzallamas. Así, la cabeza de puente del Santerno estaba asegurada y la División 78, mantenida hasta entonces como reserva, avanzó para iniciar la acción que la debía conducir a la conquista de Bastia. También las tropas neozelandesas, en el flanco izquierdo, conseguían una completa victoria.

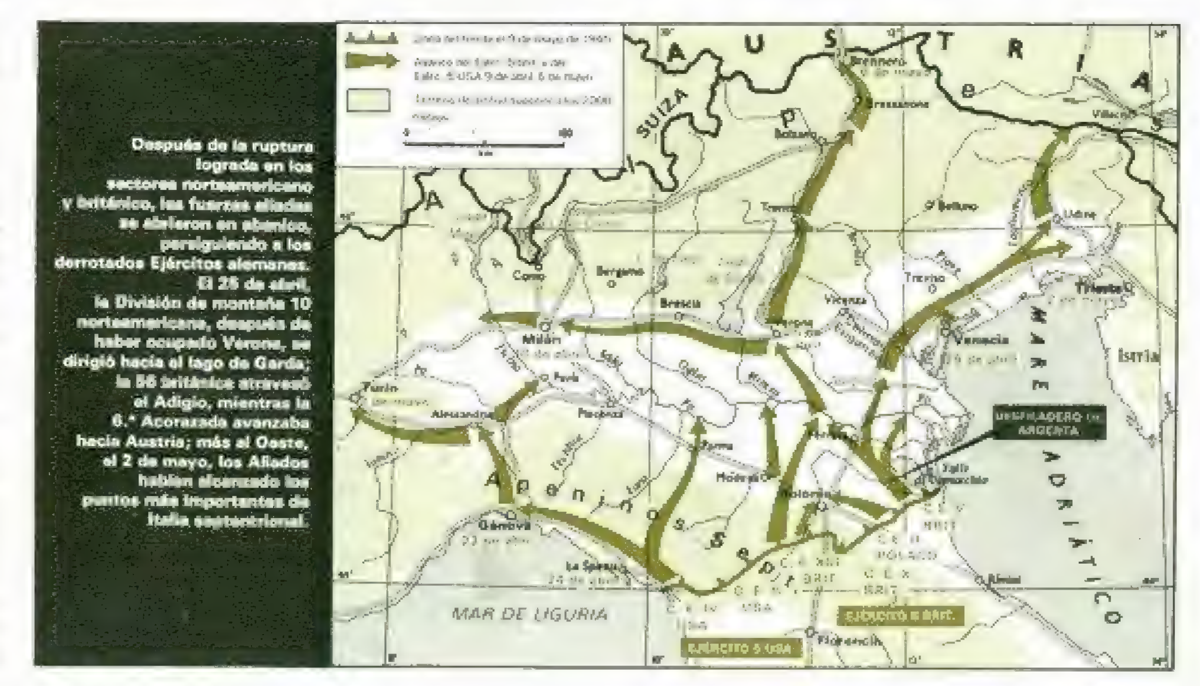
El apoyo aéreo inmediato resultó muy eficaz. En el campo de batalla se mantuvo permanentemente un «estacionamiento» de cazabombarderos; y los observadores que se desplazaban en carros de combate, con las unidades avanzadas, los llamaban para dirigirlos hacia determinados objetivos mediante un ingenioso sistema, en el que utilizaban una serie de fotografías aéreas planimétricas con las que era posible localizar cualquier edificio. Los alemanes afirmaron más tarde que, con este sistema, los aviones habían identificado y atacado hasta a vehículos aislados.

En el flanco derecho, el general Ronald Cooke, comandante de la Brigada Acorazada 9, se preparaba para la operación anfibia que debía superar el obstáculo de las lagunas de Comacchio.

A este respecto, el citado general Cooke refiere en sus memorias:

«En lo referente a la Brigada Acorazada 9, el "Impact Plain" y el "Impact Royal" constituyeron una única operación, que comenzó el 10 de abril a las 13 horas y terminó el día 13 por la tarde, con una duración total de más de 72 horas. Los hombres y sus oficiales, con un esfuerzo enorme, junto con la infantería de la División 56, consiguieron un éxito de gran alcance. El largo período de adiestramiento había dado frutos más que satisfactorios. Una vez efectuada la operación, los hombres se dedicaron a la reparación y al entretenimiento del material, preparándose para la siguiente.

»Como se había previsto, el "Impact Royal" había sido más difícil que la primera operación, pero el sucesivo y rápido hundimiento de las defensas alemanas



Después de la ruptura lograda en los sectores norteamericano y británico, las fuerzas aliadas se abrieron en abanico, persiguiendo a los derrotados Ejércitos alemanes. El 25 de abril, la División de montaña 10 norteamericana, después de haber ocupado Verona, se dirigió hacia el lago de Garda; la 56 británica atravesó el Adigio, mientras la 6.ª Acorazada avanzaba hacia Austria; más al Oeste, el 2 de mayo, los Aliados habían alcanzado los puntos más importantes de Italia septentrional.

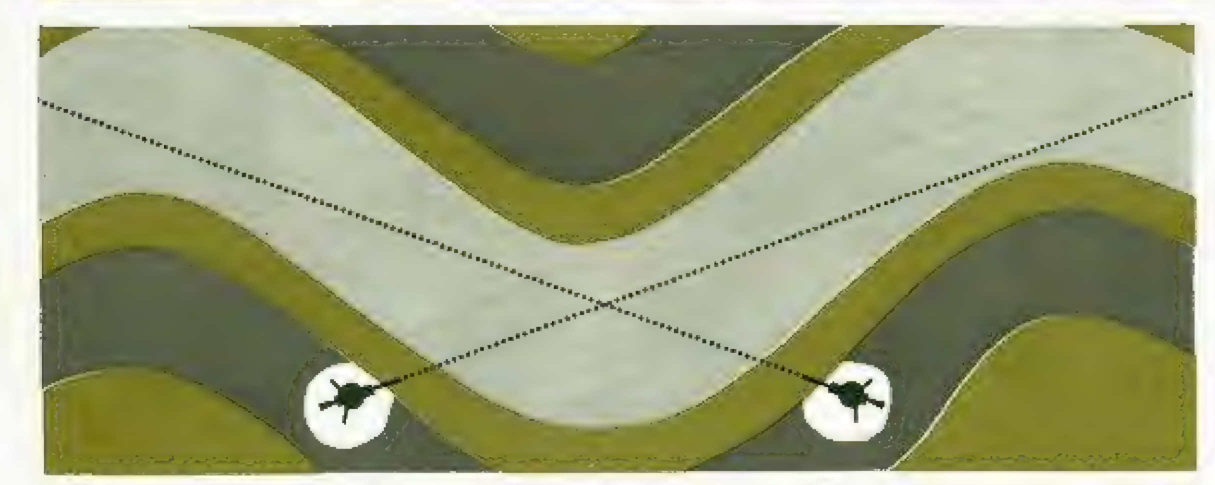


TÉCNICAS DE COMBATE ALEMANAS Y ALIADAS EN LOS RÍOS ITALIANOS

Para atravesar los ríos más estrechos, a veces los Aliados sumergían un carro-puente *Ark* en una posición en la que fuera posible, para las dos rampas del puente, alcanzar las orillas opuestas. Carros de combate y *bulldozers* podían pasar entonces sobre el *Ark* y ampliar la brecha en la otra orilla, consolidando así la cabeza de puente.



Los alemanes demostraron ser muy hábiles en emplazar ametralladoras en las altas orillas de los ríos italianos. Pero los Aliados, por su parte, idearon una ingeniosa técnica para eliminarlas: empleando un cañón de 17 libras, disparaban directamente a través del dique y el curso de agua contra la orilla opuesta, en la que antes las patrullas de reconocimiento habían localizado y jalonado las posiciones alemanas.



Esbozo planimétrico de dos posiciones para ametralladoras, según la típica posición adoptada por los alemanes, que les permitía apoyarse recíprocamente. Con fuego de enfilada podían segar el dique opuesto y el curso del río, y a veces también podían batir la ribera en la que estaban situadas.

del Reno y la velocidad con que se forzó la franja de Argenta se lograron, casi exclusivamente, gracias a estos dos desembarcos efectuados detrás de las líneas alemanas. Ninguno de los dos resultados habría sido posible sin la audacia con la que las tripulaciones de los "Fantail" lanzaron el ataque o sin la abnegación de la infantería, que arrolló la resistencia alemana».

HUNDIMIENTO Y TRIUNFO

El 13 de abril, mientras la Brigada 169 de la División 56 efectuaba la operación anfibia, la Brigada 167 consiguió pasar el Reno y abrirse camino hacia Bastia, con el fin de envolver las defensas del extremo septentrional del Santerno.

Al sur del Reno, la División 78, utilizando los vehículos acorazados *Canguro*, para transporte de tropas, había avanzado más allá de la cabeza de puente del río Santerno y estaba convergiendo hacia Bastia; los neozelandeses avanzando a su vez desde la cabeza de puente, habían llegado a Massa Lombarda, y el Cuerpo de Ejército II polaco atacaba Imola. La ofensiva del Ejército 5, que según los planes debía haber empezado el 12, no había comenzado todavía a causa de las pésimas condiciones atmosféricas que impedían los bombardeos aéreos.

El puente destruido de Bastia lo conquistó el 14 de abril la División 78, que avanzaba por el Sur. El grupo táctico de los *Canguro* consistía en un batallón de infantería, un regimiento acorazado (el 9.º de Lanceros), una batería autopropulsada, ingenieros acorazados y otros medios de apoyo.

Todo el grupo táctico del general de brigada John Combe montaba en vehículos oruga y constituyó una ayuda valiosísima para derrumbar las ya vacilantes defensas alemanas, pues pudo avanzar indemne hasta los reductos de la resistencia y transportar a la infantería hasta las proximidades del objetivo. Si estos vehículos hubieran entrado antes en acción, y no en los últimos meses de guerra, se habrían salvado muchas vidas humanas. El avance de la División 78 hacia el puente de Bastia se limitó, al principio, al sector comprendido entre los ríos Santerno a la izquierda y Reno a la derecha. En las proximidades de Bastia, el Santerno se desvía bruscamente hacia el Este, por lo que deja un espacio mucho más amplio para maniobrar.

El día 14 por la mañana, el *London Irish* alcanzó el Reno en Bastia y lo cruzó, pasando sobre las ruinas del puente y enzarzándose en un encarnizado combate con los alemanes que defendían la ciudad al otro lado del río.

Se establecieron contactos con el grupo de combate *Cremona*, en la orilla derecha, y con la División 56 en la orilla izquierda. La brigada de reserva de la División 78 efectuó una conversión al Oeste, pasando por un puente construido por la División 56, y 48 horas después, el 16 de abril, las dos divisiones se estaban aproximando a las defensas principales de la franja de Argenta. Los alemanes, tras una resistencia inicial, evacuaron Bastia. Una vez los Aliados hubieron cruzado el Reno, los alemanes se replegaron a la posición principal de Argenta. Allí, el terreno situado delante de la localidad había sido inundado, y de la superficie del agua sólo sobresalía la polvorienta carretera nacional n.º 16; en todos los diques de los canales se habían cavado trincheras y posiciones protegidas, y en conjunto toda la zona estaba densamente minada.

El grueso de los defensores de la posición se hallaba dispuesto en la Fosa Marina, un canal de más de 3,5 m de profundidad que discurre en dirección Nordeste, desde Argenta hasta las lagunas de Comacchio. La Brigada 11, guiada por partisanos italianos que conocían los pasos a través de los campos minados, se fue aproximando a la posición hasta que la resistencia enemiga se hizo demasiado fuerte e impidió ulteriores avances. El 16 de abril, las Divisiones 78 y 56 lanzaron, simultáneamente, un ataque en gran escala; en el frente de la División 78, los *East Surrey* y los *Lancashire Fusilier* conquistaron una cabeza de puente más allá de la Fosa Marina, dejando las aguas del canal «con regueros y arabescos de sangre y contaminadas por los cuerpos de los muertos», según las palabras de Cyril Ray, que escribió la historia de la División. Por la derecha, en el sector de la División 56, los *London Irish* y los *London Scottish*, junto con la 24.ª Brigada Guardia, tuvieron que combatir duramente para envolver el flanco de la posición alemana. El 17 de abril, el general Arbuthnot, comandante de la División 78, lanzó al combate la Brigada irlandesa, a fin de que abriese una brecha para los *Canguro* y los carros de combate de la Brigada Acorazada 2. Por la tarde, la unidad acorazada empezó a abrirse en forma de abanico por el terreno más amplio, más allá de la franja. Entonces, lo peor había



nían después, por orden, la División de infantería 88 americana y las dos Divisiones acorazadas, la 6 sudafricana y la 1 estadounidense, una en la orilla izquierda del Reno y la otra en la derecha del mismo.

A la izquierda se encontraban la División 10 americana de montaña y la División 1 brasileña. El terreno era montañoso en todo el frente y, por consiguiente, no se habían previsto avances muy rápidos. El primer ataque, el del 14 de abril, lo lanzaron las tres divisiones del ala izquierda del Cuerpo de Ejército IV, obteniendo buenos resultados: la División Acorazada 1 conquistó Vergato, la División de montaña 10 ocupó la Rocca de Roffeno, a 900 m de altura, y los brasileños rastrillaron Montese.

El segundo día, 15 de abril, la aviación lanzó 1500 toneladas de bombas en el frente del Cuerpo de Ejército IV y otras 800 sobre otros objetivos a lo largo de las vías de comunicación. Después de este bombardeo, el Cuerpo de Ejército II polaco atacó a su vez, a las 22,30 horas. Hacia medianoche, los sudafricanos de la División Acorazada 6 ya eran dueños del importante reducto de Monte Sole. Las Divisiones americana 88 y 91, situadas a su derecha, tenían como primer objetivo tres cotas, la población de Monterumici, Monte Adone y Monte dei Frati, que dominaban los accesos a la población de Pianoro y constituían el último obstáculo que había que superar antes de bajar a la llanura. Una vez hubiesen conseguido apoderarse de todas ellas, los Aliados dispondrían de un magnífico punto de observación para la artillería.

Tras violentos combates, que duraron 48 horas, los alemanes se vieron obligados a abandonar las alturas y replegarse a las estribaciones más bajas. La derrota era ya inevitable. El general Truscott, comandante del Ejército americano, lanzó la división de reserva por el valle del Reno, en dirección a Marzabotto; la División Acorazada 6 sudafricana, avanzando tras ella, cruzó el río, pasando a la orilla izquierda, y mientras tanto la División de montaña 10 continuaba avanzando y el 20 de abril, por la mañana, alcanzaba la vía Emilia. También llegaba a ella, casi simultáneamente, la

pasado ya y la batalla asumió al fin las características de una acción de movimiento.

El Cuerpo de Ejército II polaco, con su avance paralelo a la vía Emilia, en dirección a Bolonia, desempeñaba un cometido muy importante, pues el resultado favorable de su ataque contribuiría a romper las defensas alemanas que se encontraban frente al Ejército 5. El general Clark, en su libro *Calculated Risk*, afirmó: «En todos nuestros planes ofensivos el Cuerpo de Ejército polaco ocupaba una posición de primer plano... Yo tenía una profunda confianza en su espíritu combativo y se le colocó en un punto vital en el camino hacia Bolonia».

Los antiguos rivales de Cassino

En aquel momento los polacos se encontraron frente a sus antiguos enemigos, los hombres de la 1.ª División alemana paracaidista, con los que habían combatido en las proximidades del monasterio de Montecassino. El ataque polaco, llevado a cabo con un ímpetu admirable (a pesar de las desmoralizadoras noticias procedentes de Yalta), concluyó con una victoria indiscutible. La 1.ª División paracaidista se desintegró literalmente y se capturó su bandera, convirtiéndose en un trofeo de guerra del general Anders.

El ataque del Ejército 5, previsto en principio para el 12 de abril, se aplazó dos días a causa del mal tiempo, por lo que la ofensiva no comenzó hasta las 9,45 del día 14, en el frente defendido por el Cuerpo de Ejército IV. El ataque fue precedido por un bombardeo efectuado por 500 aviones de la *Tactical Air Force*; los bombarderos pesados deberían intervenir en el segundo día de la batalla.

El despliegue, a partir del extremo derecho del frente del Ejército, era el siguiente: el grupo de combate *Legnano* y las Divisiones americanas 34 y 91 de infantería se encontraban a ambos lados de la carretera nacional n.º 65, la principal vía de comunicación entre Florencia y Bolonia. Ve-

Arriba: Milán, 30 de abril de 1945: carros de combate pertenecientes al Ejército 5 norteamericano de Clark recorren las calles del centro de la ciudad. Abajo: infantes y medios acorazados norteamericanos entrando en Cornuda (Treviso) el 30 de abril de 1945. (Archivo Rizzoli)



División 85, al este de Bolonia. La situación estaba madura para intentar la ruptura del frente.

La irrupción de las fuerzas acorazadas

El 18 de abril, cuando se desalojó finalmente Argenta, el general McCreery hizo intervenir en la batalla a la División Acorazada 6, de la reserva del Ejército. El general siempre consideró la posibilidad de utilizar la reserva móvil, en la dirección Lugo-Massa Lombarda-Budrio, en caso de que fracasase el ataque contra la franja de Argenta. La división acorazada había estudiado atentamente ambos caminos, utilizando fotografías aéreas muy detalladas, para descubrir los posibles puntos débiles en la red de canales y cursos de agua que dificultaban la marcha de los vehículos. La carretera que conducía a la franja de Argenta parecía ofrecer la perspectiva más alentadora, es decir, el envolvimiento de la mayor parte de las tropas alemanas, que quedarían atrapadas en el meandro del Reno.

Después de la conquista de Argenta, el general McCreery eligió la dirección Norte y puso a la División Acorazada 6 bajo las órdenes del general Keyghtley, comandante del Cuerpo de Ejército V. Pero la reserva móvil no pudo entrar en combate con el necesario ímpetu, pues la carretera que pasaba por Argenta era estrecha, estaba obstruida por los escombros y atascada por los medios de transporte. El problema de tráfico que el Estado Mayor del Cuerpo de Ejército debía resolver era muy grave, y se resolvió a costa de grandes esfuerzos de la división acorazada, que tuvo que avanzar noche tras noche, a primera hora de la madrugada, utilizando las horas de luz para acciones de reconocimiento avanzado.

El 19 de abril, hacia las 17,30 horas, los dos regimientos de cabeza de la Brigada Acorazada 26 habían pasado a través de la infantería, que procedía en posición avanzada, a la altura de Cosandolo, y habían establecido contacto con los alemanes en Primazo, en un canal que cortaba oblicuamente, el frente, desde el Reno a Ferrara. El 20 por la mañana, el Batallón V del 16.º Regimiento de Lanceros, en el ala izquierda, conquistó una cabeza de puente cerca del dique de crecida del Reno, por el que a mediodía pasó el último de los regimientos acorazados de la reserva, el 17/21.º de Lanceros. Ahora sólo quedaba un último obstáculo en el que podían ofrecer resistencia los alemanes: Fosa Cembalina.

Los regimientos acorazados avanzaban por un terreno cubierto de densos bosques, disparando contra todo lo que se movía y tratando de cubrirse, en lo posible, con el fuego de las armas de a bordo. A causa del peligro de las minas, evitaban los caminos. Cuando llegó la oscuridad, las unidades avanzadas se encontraban a 1,5 km aproximadamente de la Fosa Cembalina, bajo el fuego de los cañones contracarro enemigos; se pusieron a cubierto durante la noche y se prepararon para reanudar el avance al amanecer. Las patrullas nocturnas informaron que los alemanes se estaban atrincherando en la línea de la Fossa.

El mismo día, es decir, el 20 de abril, el general Vietinghoff había ordenado el repliegue general sobre la línea del Po, aun sabiendo que ya era demasiado tarde. Las unidades acorazadas de los Aliados se estaban lanzando sobre él desde Argenta y Bolonia, y su posición era evidentemente indefendible. Tres días antes habían indicado al OKW la necesidad de replegarse, y le habían contestado con una severa reprimenda, y ordenándole que defendiera «cada metro del terreno confiado a su mando». Ante estas irracionales exigencias de sus superiores, Vietinghoff hizo lo que todo comandante inteligente debe hacer cuando se le imponen órdenes imposibles: aseguró que las cumpliría hasta el final... y continuó realizando su plan para el repliegue, si bien enmascarándolo bajo el débil pretexto del «abandono de la defensa estática para adoptar una estrategia móvil».



Vicenza, 3 de mayo de 1945: miles de soldados alemanes hechos prisioneros por el Ejército 5 norteamericano. Después de la rendición alemana (29 de abril de 1945) la campaña de Italia había concluido. (Imperial War Museum)

Los avances iniciales de la División Acorazada 6 constituyeron una desilusión para el general McCreey: el Ejército 8 no tenía práctica en el arte de la *Blitzkrieg*. En los puestos de mando comenzó a cundir la impaciencia: el regimiento de cabeza recibió órdenes de reanudar el avance en la oscuridad y de aproximarse a la Fosa Cembalina. En efecto, llegó allí al amanecer, descubriendo entonces que los alemanes habían volado el puente y estaban firmemente establecidos en la orilla opuesta, cerca del pueblo de Segni. Sin embargo, del examen de buenas fotografías aéreas, se pudo deducir la existencia de un punto débil en las defensas, representadas por los ríos y los canales próximos al Reno. Y así, el 17/21.º de Lanceros, tras un furioso combate, consiguió pasar, e, inesperadamente, se vio lanzado a toda velocidad por la llanura. En pocos minutos, los vehículos acorazados del 17/21.º de Lanceros avanzaron 8 km sin encontrar resistencia, y llegaron ante Poggio Renatio, mientras los otros dos regimientos acorazados que los seguían se abrían en forma de abanico, en dirección Norte. La última brecha a través de la cual habría sido posible salir de la trampa del Reno estaba ya cerrada y, prácticamente, el combate había terminado. Los alemanes se retiraban en desorden y empezaban a destruir los depósitos de carburante y de municiones, abandonando los vehículos ya inútiles.

El 22 de abril, las dos Divisiones acorazadas, la 6 sudafricana y la 6 británica, se unieron al otro lado del meandro del Reno, cerca de Finale Emilia, un nombre muy significativo en aquel momento; los polacos y la División 34 habían conquistado Bolonia el 21; la División de montaña 10 alcanzó el Po el 22 y la División 8 india, del Ejército 8, lo alcanzó el 23, en las proximidades de Ferrara.

El triunfo final

Los alemanes abandonaron casi toda la artillería, los carros de combate y los medios de transporte al sur del Po, y gran parte de los hombres, incluyendo dos generales, cruzaron el río a nado. Los perseguidores les pisaban los talones sin descanso. La División de montaña 10 americana, que había avanzado 88 km en dos días, cruzó el Po, el 25 ocupó Verona y después avanzó hacia el Norte, en dirección al lago de Garda. La División Acorazada 6 británica envió a la otra orilla del río batallones motorizados y carros de combate; también la División 2 neozelandesa y la 56 británica se trasladaron a la orilla izquierda y luego pasaron el Adigio, mientras la División Acorazada 6 se dirigía hacia la frontera con Austria.

En esta situación, el Comité de Liberación Nacional ordenó la insurrección general en el norte de Italia. Las columnas alemanas se vieron atacadas por todas partes; los partisanos asumieron el control de Milán y de Venecia y las unidades alemanas empezaron a rendirse aisladamente. El 29 de abril, 17 días después del comienzo de la ofensiva, dos oficiales alemanes, en representación del general Vietinghoff y del general Wolff, comandante en jefe de las SS, firmaron en Caserta el documento de rendición incondicional. La rendición entró en vigor el 2 de mayo, y casi un millón de hombres depusieron las armas en Italia y en Austria.

En el conjunto de la campaña de Italia habían participado hombres de 26 nacionalidades diferentes. Estos hombres combatieron una dura lucha contra un enemigo valeroso, que supo batirse con todas sus fuerzas hasta el final. La batalla se había concebido según un esquema grandioso, de acuerdo con un plan muy bien elaborado. El trabajo del Estado Mayor fue casi perfecto; los hombres de las diversas nacionalidades habían combatido codo a codo, sin celos ni deseos de destacar. Para los vencedores que vivieron lo suficiente para ver el final, la guerra de Italia terminó de la mejor de las maneras posibles.

GRANDES COMANDANTES DE LA CAMPAÑA DE ITALIA



General de división FRANCIS TUKER

Tuker asumió el mando de la famosa División 4 india en 1941, en los días en que la Operación "Crusader" estaba en pleno desarrollo, y permaneció al frente de la misma hasta mediada la campaña de Italia. En la primera Guerra Mundial, Tuker combatió como oficial de los *Gurkha*; luego, en el período entre las dos guerras, prestó servicios de fronteras en la India, y más tarde participó en las operaciones de Abisinia, en el desierto libio y en los montes tunecinos. Era el típico combatiente de unidades de montaña, por lo que se encontró a sus anchas, quizá más que ningún otro comandante divisionario aliado, en el sector italiano. Activo investigador del arte militar, Tuker fue seguramente el general que poseía un conocimiento más profundo de su profesión, lo que le permitiría expresar libremente conceptos originalísimos, incluso sabiendo que estaba en franca oposición con la opinión general. Era tal el prestigio de que gozaba, que más de una vez logró hacer cambiar los planes de sus superiores en virtud de su fuerza de persuasión. Culto, muy versado en su especialización, cáustico en sus escritos y en la conversación, Tuker representaba el mejor exponente de aquella seriedad profesional característica del Ejército permanente indio de antes de la guerra. El papel desempeñado por la División 4 en Cassino, bajo su mando, constituyó un ejemplo para todas las grandes unidades del frente y resumió en sí las vitudes militares del Ejército indio, que tanto se distinguió al llevar a término muchas de las órdenes de Alexander.



Teniente general WLADYSLAW ANDERS

Anders fue uno de los valerosos oficiales polacos que en 1939 cayeron prisioneros de las fuerzas soviéticas. Pero sobrevivió a la prisión y más tarde fue liberado junto con numerosos compatriotas que siguieron luchando en la guerra al lado de los ingleses. Anders, comandante del Cuerpo de Ejército II polaco, mandó a sus compañeros de exilio con la audacia y la desesperada determinación de quienes temen por la suerte de su propia causa y tienen ante sí un futuro bastante incierto. En Cassino, la infantería polaca sufrió pérdidas elevadísimas, y después de aquella batalla Anders se vio obligado a reunir todos los elementos disponibles para lograr mantener su gran unidad con toda su eficiencia operativa. Muy a menudo ocurrió que los refuerzos estaban formados por polacos que habían sido enrolados, a la fuerza, en las filas alemanas y que luego habían caído prisioneros de los Aliados. Después de la muerte del general Sikorski, las esperanzas de los polacos se centraron en Anders; por ello, su actuación en el campo de batalla acabó por tener repercusiones en el campo político, desde el momento en que las victorias o las derrotas en el frente podían reforzar o debilitar las reivindicaciones de Polonia en la mesa de la paz. Para sus compatriotas, Anders fue el inspirador y el animador; para los Aliados fue un compañero digno de admiración y de profundo respeto por sus cualidades de soldado. Pero, sobre todo, como sucedió con todos los polacos en el exilio, su figura fue esencialmente trágica.



General sir HENRY MAITLAND WILSON

Wilson era el jefe aliado que poseía una más dilatada experiencia en el escenario bélico mediterráneo. Había llegado a Egipto en 1939 y, a partir de entonces, después de haber tomado parte en la primera campaña de Wavell en el desierto libio, mandó las tropas británicas durante el desembarco y la evacuación de Grecia y dirigió la ofensiva en Siria y las negociaciones que siguieron a esta campaña. Fue nombrado comandante en jefe en Persei y en Irak para enfrentarse con la amenaza de invasión alemana desde el Cáucaso y, finalmente, se le nombró comandante en jefe del sector de Oriente Medio. En este nuevo mando, dirigió todas las acciones periféricas y supo hacer frente a todas las dificultades en las que otros colegas menos afortunados habían fracasado por completo. Gozaba del favor de Churchill, lo mismo que el general Alexander, y poseía una intuición innata que le permitía prever las peticiones del primer ministro. El apoyo prestado por Wilson, mientras estuvo al frente del sector de Oriente Medio, al frustrado desembarco en las islas del Egeo en 1943 y a la aventura de Anzio (eso después de su nombramiento como comandante en jefe del sector del Mediterráneo), así como su oposición a la Operación "Anvil", constituyeron la prueba más evidente de su identidad de miras con Churchill. Wilson no ejerció nunca una influencia determinante en el desarrollo de los acontecimientos, pero, a pesar de ello, no fue en absoluto un personaje secundario y gozó de tanto prestigio que indujo al *premier* británico a ponerle al frente de la misión militar en Washington, a donde acudió en diciembre de 1944, de modo que no pudo participar del triunfo de la victoria definitiva en Italia.

En Italia, frente meridional del teatro de operaciones europeo, tanto las fuerzas aliadas como las alemanas debieron superar numerosos obstáculos. Frente a un terreno no apto para operar con medios acorazados, en pésimas condiciones atmosféricas y con los abastecimientos que al ser enviados desde otros frentes más importantes llegaban a ritmo muy lento, los generales dieron prueba de toda su habilidad y experiencia, resolviendo las dificultades en la mejor forma posible.

K. J. Macksey,
comandante


(Associated Press)

Feldmariscal ALBERT KESSELRING

Desde el momento en que concluyó la campaña en el Norte de África, Kesselring se vio obligado a realizar un doble esfuerzo: prevenir los intentos de Italia de separarse de Alemania, iniciando conversaciones de paz por separado, y, al mismo tiempo, rechazar los ataques aliados. Muy a menudo su labor se vio obstaculizada por el hecho de que los alemanes combatían en un país hostil y, por consiguiente, no podían obtener aquellas informaciones esenciales que habrían podido equilibrar la desventaja de no estar ya en condiciones de asumir la iniciativa de las operaciones. Durante todo el tiempo en que ejerció el mando, a excepción de un breve período, Kesselring combatió a la defensiva, y su habilidad se vio sometida a dura prueba en una serie de situaciones imprevistas e imprevisibles que le obligaron a recurrir a una sucesión de brillantes improvisaciones, en un terreno casi siempre favorable para la defensa. Sólo una vez, en Salerno, pareció tener la posibilidad de lanzar una contraofensiva que habría sido de una importancia determinativa. Pero, en general, toda su campaña se desarrolló según un módulo fijo: mantener una línea y retirar de ella las unidades derrotadas mediante un repliegue que acortaba su frente. Kesselring tenía nervios de acero –y lo demostró en los días del desembarco en Anzio–; pero su carácter metódico no compaginaba mucho con el de Rommel. Sólo más tarde encontró un colaborador ideal en el general Vietinghoff, comandante del Ejército 10 alemán, con quien pudo llevar a término fácilmente los designios operativos prefijados.


(Imperial War Museum)

General MARK CLARK

Clark, segundo de Eisenhower, desempeñó un papel muy importante en la preparación de los planes para la Operación "Torch", y se había hecho famoso por su audaz visita a África, a donde acudió para negociar con los generales franceses antes del desembarco. Sin embargo, no pudo ostentar su primer mando de operaciones hasta que se le asignó el del Ejército 5 norteamericano, al que guió en el desembarco de Salerno. Clark pertenecía a ese tipo de hombres cuya capacidad, unida a la simpatía, hacen que se ganen la confianza tanto de sus superiores como de sus subordinados. Y estas cualidades eran fundamentales en la campaña de Italia, en la que un jefe se veía a veces en la necesidad de tener que amalgamar elementos de diversas nacionalidades, en condiciones operativas dificilísimas y agravadas por el hecho de que el frente meridional, considerado secundario, era el que recibía menos refuerzos en hombres y menos abastecimientos en material bélico. Clark estaba firmemente resuelto, desde los comienzos, a ocupar Roma y a conquistar luego toda Italia. No le preocupaba la perspectiva de correr riesgos; pero, desgraciadamente, siempre se vio obligado a adaptarse al terreno que imponía el contacto directo con el enemigo y que reducía notablemente la movilidad. En Anzio, una vez más, la prudencia prevaleció sobre su innata agresividad, lo que repercutió en toda la escala de mandos. Como las fuerzas de que disponía fueron reducidas continuamente para ser trasladadas a otros frentes, no tuvo la posibilidad de manifestar su ingenio para la improvisación, y tan sólo durante la última campaña, después de haber sustituido a Alexander como comandante en jefe en Italia, demostró su gran habilidad.



General ALPHONSE JUIN

Hecho prisionero por los alemanes en 1940, Juin permaneció cautivo hasta el día en que aquéllos le nombraron comandante en jefe de las fuerzas francesas en África del Norte, esperando que su prestigio y sus cualidades personales contribuyeran a mantener la estabilidad política en aquellos territorios. En realidad, Juin era más partidario de De Gaulle que del Gobierno de Vichy, y, a pesar de los manifiestos recelos que sentía hacia los ingleses, aún mayor que los que le inspiraban los americanos, en el momento de la Operación "Torch" acabó por ponerse de parte de los Aliados. Sin embargo, con la natural desconfianza del soldado para dejarse implicar en las cuestiones políticas, en este sentido se mantuvo fuera de la lucha y no intentó de ninguna manera ponerse a la cabeza del Estado francés. Su actividad se aplicó, sobre todo y desde el principio, al intento de reorganizar el Ejército derrotado, preparándole para las siguientes operaciones. En Italia mandó el Cuerpo Expedicionario francés con valor y competencia, demostrando haber comprendido el carácter intrínseco de la guerra de montaña mejor que los restantes jefes aliados. Las penetraciones en las defensas alemanas que logró realizar en el frente de Cassino son ejemplos clásicos de una táctica con la que, mediante hábiles y rapidísimos movimientos en terreno sin carreteras, es posible dominar a unas fuerzas totalmente mecanizadas. Así, Juin hizo algo más que contribuir a la restauración del prestigio militar francés: dio a los Ejércitos aliados viejas lecciones ya olvidadas.

Elisabeth Wiskemann

LA CAPITULACION EN ITALIA

Desde el momento en que los alemanes liberaron a Mussolini, creando su Gobierno títere en Italia septentrional, se había producido una honda resistencia al régimen fascista ítalo-alemán. Al aproximarse la primavera de 1945, pareció inminente la reanudación de la ofensiva aliada en la península y la de una cruenta y larga campaña en el "Alpenfestung", proyectada por Hitler. Pero, mientras los elementos nazi-fascistas se preparaban para defender el Eje más allá de los Alpes, algunos hombres se afanaban febrilmente para acordar la rendición y evitar daños irreparables a las zonas del norte de Italia. El protagonista alemán de estas negociaciones corrió grave peligro de ser descubierto por la Gestapo e internado en un campo de concentración.

Cuando Mussolini llegó al norte de Italia, en septiembre de 1943, para constituir allí la República social, el hombre protegido por Alemania, aquel que en otros tiempos había sido el mentor del *Führer*, estaba rodeado de una atmósfera un tanto irreal. Mussolini tenía la pretensión de retroceder veinte años atrás, volver a los azarosos tiempos de su conquista del poder, y para ello cubría de injurias a la Casa de Saboya y nacionalizaba las industrias, de manera que se concediese a los obreros el control nominal de sus actividades. Pero su nueva república fue sencillamente considerada como grotesca, ya desde los comienzos, por casi la mayor parte de los italianos que la definían, a modo de escarnio, como la «republiquilla» de Saló, y llamaban «republichini» a sus defensores. Todo en diminutivo. La población consideraba los nuevos planes de reformas sociales como un simple expediente propagandístico, rehusando aceptarlos, aunque Mussolini las desease seriamente, incluso dentro de la limitada seriedad de que era capaz en los últimos años. Uno de los muchos aspectos irónicos de la situación consistía en el hecho de que la Italia septentrional, en la que Mussolini intentaba asentar su dominio, era la parte más progresiva y más industrializada del país, donde el antifascismo –y no sólo el antifascismo de los comunistas– estaba muy arraigado. En el Sur, ya ocupado por los Aliados, las condiciones de la población eran, por el contrario, bastante más retrasadas y las actitudes políticas no estaban tan claramente definidas.

Por todo ello, la república de Mussolini encontró, desde un principio, una fuerte resistencia clandestina organizada, un sabotaje que entorpeció gravemente el funcionamiento del nuevo régimen. Incluso en el seno del Gobierno de la RSI reinaba la discordia, porque la autoridad de Mussolini ya no era indiscutida como en los viejos tiempos. Los fascistas más extremistas, como Preziosi y Farinacci, le juzgaban demasiado liberal en su actitud hacia los judíos y demasiado frío respecto a los alemanes; otros estaban indignados con él porque, en enero de 1944, no se había opuesto a la ejecución de su yerno Galeazzo Ciano, cediendo evidentemente a la presión ejercida por los alemanes.

En octubre, los alemanes habían obligado a Mussolini a trasladarse de Romagna al lago de Garda, donde lo podían vigilar mejor, y esto lo aisló también materialmente de los italianos.

Mussolini nombró ministro de Defensa al mariscal Graziani; pero también este era un cargo fantasmal, porque los alemanes le sustraían los hombres que hubiera querido reclutar para la formación de un nuevo ejército republicano, mandándolos a trabajar en las fábricas de Alemania, e incluso los soldados que Graziani lograba enrolar eran enviados a Alemania o a Italia septentrional para su entrenamiento.

En definitiva, lo cierto era que la República de Saló estaba ocupada por los alemanes, con todo su aparato nazi. Y, en la práctica, la nacionalización de la industria italiana se veía obstaculizada por la presencia del general Leyers, con su organización para la *Rüstungs und Kriegsindustrie* (armamentos y producción bélica), la RUK, pues Leyers estaba convencido de que las fábricas de Turín y de Milán, así como los astilleros genoveses, si se nacionalizaban producirían mucho menos. Y en el período 1943-1945 estas industrias italianas figuraban entre las mayores que aún permanecían en poder de los alemanes.

Los Ejércitos germanos en Italia, primero al mando de Rommel y, más tarde, desde noviembre de 1943, al de Kesselring, tenían su puesto de mando en Belluno. El embajador de Alemania, Rudolf Rahn, representaba a Ribbentrop y al ministerio de Asuntos Exteriores; luego había toda una red de funcionarios de las SS, con algunos millares de hombres de las *Schutzstaffeln* de diversas nacionalidades: *volksdeutsche* (extranjeros de lengua alemana), chechos, eslovacos y ucranianos. Kaltenbrunner, que había sucedido a Heydrich como jefe del *Reichssicherheitshauptamt* (RSHA), a las órdenes inmediatas de Himmler, estaba representado por Wilhelm Harster y por su personal; en cuanto a Himmler, tenía en Italia otros dos representantes, Karl Wolff y Eugen Dollmann, quienes, lo que constituía un caso excepcional, estaban de acuerdo entre sí.

Dollmann era un personaje de segundo plano; pero después de sus brillantes servicios en calidad de intérprete –cosa explicable porque había vivido muchos años en Italia– había entrado a formar parte, poco antes de estallar la guerra, de la embajada alemana en Roma, oficialmente como agregado cultural, pero, en realidad, como representante de Himmler. Cuando el embajador Rahn se trasladó a Fasano, en el lago de Garda, él lo siguió.

Karl Wolff, nacido en Darmstadt en 1900, había formado parte del *Freikorps* de diciembre de 1918 a mayo de 1920, y luego entró en la *Reichswehr*. Poco se sabe de su vida durante los años veinte; pero es cierto que, con la conquista del poder por parte de los nazis, la estrella de Wolff había ascendido rápidamente hasta su cenit. En 1931 ingresó en el Partido nacionalsocialista y entró a formar parte de las SS, llegando a ser ayudante de campo de Franz Ritter von Epp, el hombre de confianza de Hitler en Baviera. En julio de 1933, seis meses después de que Hitler llegase a canciller del Reich, Wolff fue nombrado ayudante personal de Himmler. En noviembre del mismo año, fue ascendido a un grado que equivalía al de comandante, y más tarde, en enero de 1937, llegó a la graduación de teniente general *(Gruppenführer)*. Era un hombre inteligente y dotado de un gran poder de persuasión. Se decía que Himmler encontraba en él todas las cualidades que a él mismo le faltaban. Al estallar la guerra, Himmler le había nombrado su oficial de enlace personal en el puesto de mando de Hitler. En 1941-1942 Wolff estuvo en el frente oriental y desempeñó un papel de primera importancia en la «liquidación» de los 300.000 judíos polacos, crimen por el que, en 1967, todavía estaba en la cárcel.

Las SS en Italia

En julio de 1943, Wolff organizó en Munich un Estado Mayor, cuya misión era preparar un mando operativo de policía y de las SS en Italia, en el caso de una probable defección de Badoglio. En septiembre, conservando siempre el cargo de jefe de Estado Mayor personal de Himmler, fue nombrado comandante en jefe de las SS y de la policía en todo el territorio italiano, con el título de *Höchster SS und Polizeiführer*, privilegio que compartía tan sólo con un colega en Ucrania, Prützmann.

Desde luego, Wolff fue el alemán con más amplios poderes en Italia hasta el fin de la guerra; la única persona a la que no podía imponer su autoridad era al comandante en jefe Kesselring, ya que el *Feldmariscal* debía responder de sus acciones exclusivamente ante Hitler, no ante Himmler.

Uno de los cometidos especiales de Wolff era la represión de las actividades partisanas. El movimiento de Resistencia italiano se manifestó bastante más fuerte de lo previsto; en consecuencia, la misión de Wolff se hizo cada vez más penosa a pesar de que los alemanes estaban en constante y gradual repliegue y, por lo tanto, el territorio de la República de Saló se iba reduciendo en la misma medida. A principios de junio de 1944, los Aliados ocuparon Roma y en agosto los alemanes se retiraron, después de haber perdido Florencia, a la Línea Gótica.

Desde mediados de junio, en una reunión de generales fascistas celebrada en Bérgamo, se había empezado a hablar de «una profunda presión de carácter psicológico» después de la caída de Roma y de «un fuerte incremento numérico de los partisanos» en Italia septentrional. Casi al mismo tiempo, una orden del día de Kesselring mencionaba abiertamente el empeoramiento de la situación –un empeoramiento desde el punto de vista alemán– provocado por los partisanos, especialmente en Italia central, y exigía la aplicación de medidas severísimas.

A fines de julio de 1944, con un motivo determinado en parte por las sospechas cada vez

más fuertes que Hitler y Himmler albergaban respecto del Alto Mando militar, tras el atentado de Stauffenberg contra la vida del *Führer*. Wolff fue designado plenipotenciario militar en Italia, en sustitución del general Toussaint, siguiendo al mismo tiempo al mando de las SS.

En noviembre de 1944, después del fracasado intento de los Aliados de conquistar Bolonia, se produjo una pausa en la campaña de Italia, pues muchas divisiones fueron trasladadas a Francia meridional para apoyar los desembarcos del Cuerpo Expedicionario aliado. Entonces los alemanes dispusieron de fuerzas de tierra más numerosas que las del adversario, el cual, sin embargo, seguía conservando su supremacía aérea. El 13 de noviembre, el general Alexander lanzó una proclama dirigida a los partisanos italianos en la que, en pocas palabras, les aconsejaba que se dispersaran durante el invierno.

Estas circunstancias indujeron a pensar, a muchos jefes alemanes en Italia, que había llegado el momento de iniciar tratos con los Aliados. La afirmación de Hitler de que era inminente la aparición de la famosa arma secreta ya apenas se tomaba en cuenta; no obstante, los alemanes sabían muy bien que las relaciones entre los rusos y los occidentales eran un poco tensas, y esa noticia, a la que se dio amplia publicidad, resultaba muy explicable después de la insurrección polaca contra los alemanes en agosto anterior. Hitler declaraba que Alemania debía luchar hasta conseguir la ruptura de la alianza entre sus enemigos. Pero, oficialmente, los alemanes tenían que arrasarlo todo en cualquier lugar del que se retiraran.

Sondeos de paz por parte alemana

Entre las autoridades alemanas que se encontraban en Italia en enero de 1945, el embajador Rahn no era, ciertamente, un nazi convencido y tampoco era insensible a los valores artísticos. De vez en cuando le impulsaba a intervenir el ex cónsul general de Alemania en Florencia, Gerhard Wolf, hombre liberal y amante de las artes, quien se había trasladado al Norte en agosto de 1944. Pero para Rahn era difícil permitirse una iniciativa, teniendo como jefe a un hombre tan irascible como Ribbentrop. Y tampoco el *Feldmariscal* Kesselring era hombre que pudiera iniciar tratos con los Aliados.

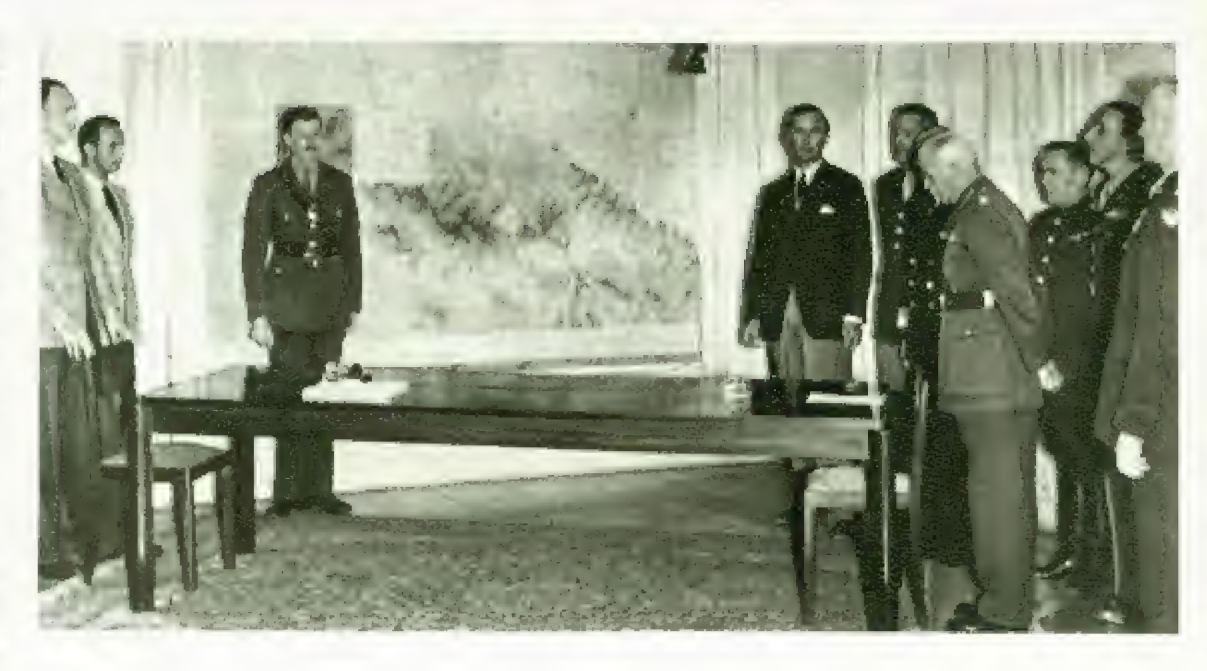
En cambio, los dos jefes de las SS, Wolff y Dollmann, estaban dispuestos a actuar en tal sentido, tanto por inclinación como porque se hallaban en una situación más favorable. También Himmler, su superior, ya empezaba a pensar de la misma manera y esperaba asegurarse oportunamente una especie de ventaja iniciando las negociaciones. Las SS eran mucho más elásticas: tanto Wolff como Dollmann deseaban evitar más destrucciones. El fin era salvar a Europa, y en particular a Italia, del comunismo, aliándose fuera como fuera con las potencias occidentales contra la Unión Soviética. No tomaban en serio la fórmula de Casablanca en lo que se refería a la rendición incondicional.

En el campo aliado era muy vivo el deseo de abreviar la guerra, pero no menos viva era la determinación de obligar a los alemanes a reconocer su derrota. Por aquel tiempo, los americanos, quizá más que los ingleses, no querían de ninguna manera dar la impresión de que se burlaban de los rusos. Desde noviembre de 1942, el jefe del *Office of Strategic Services* (OSS) americano en Suiza era Allen Dulles, sobrino de Robert Lansing. En su juventud, en los años de la primera Guerra Mundial, ya había desarrollado actividades en Suiza y además era amigo del presidente Roosevelt. En Berna llevaba a cabo misiones únicas en su género, porque también era consejero político del ministro plenipotenciario norteamericano en la república helvética. Por consiguiente, tenía una más amplia experiencia y mayores poderes que cualquier otro funcionario aliado en Suiza. La *Intelligence* británica y la organización para las *Special Operations* trabajaban por separado; en cambio, Allan Dulles reunía todas estas funciones en una sola persona y ya había establecido contactos, entre otros, con los partisanos italianos, cuyo jefe en Lombardía, Ferruccio Parri, cruzó clandestinamente la frontera para tener una entrevista con él.

A Dulles, igual que ocurría con la mayor parte de los representantes aliados en Suiza, constantemente le visitaban personas que se atribuían toda clase de grados y que se ofrecían para actuar de intermediarios entre las partes beligerantes. Negociar con ellos era difícil e incluso podía ser peligroso; pero se trataba de un riesgo que a veces era necesario correr. Además, el Gobierno suizo tomaba muy en serio el hecho de su neutralidad, lo que exigía una gran dosis de prudencia por parte de ingleses y norteamericanos presentes en territorio helvético.

Pero en enero de 1945, también los suizos tenían muchos motivos para desear que la guerra concluyera cuanto antes y sin destrucciones, sobre todo en Italia, ya fuera porque habían invertido mucho capital en las industrias de Italia septentrional, o porque durante toda la guerra el flujo de las importaciones de productos alimenticios para Suiza, país continental, había pasado a través del puerto de Génova. Además, cada vez con mayor insistencia, circulaba el rumor de que los alemanes proyectaban retirarse, para una última resistencia, a la zona montañosa de los Alpes bávaros y austríacos, adyacentes al territorio suizo. De hacerlo así, desorganizarían por mucho tiempo toda esta parte de Europa, impidiendo a Suiza proceder a su desmovilización.

Indudablemente, todas estas consideraciones estaban presentes en la mente del comandante Max Waibel, un oficial del contraespionaje suizo que estaba en buenas relaciones profesionales con Dulles. El 21 de febrero de 1945, Waibel recibió una llamada telefónica de un amigo suyo, un maestro suizo alemán llamado Husmann. Sucedía que un amigo italiano de Husmann, un tal Parrilli, después de semanas de involuntaria demora, había logrado presentarse en casa de Husmann, en las cercanías de Lucerna. Parrilli era un hombre de negocios milanés a quien había alarmado el discurso que Mussolini pronunció en la capital lombarda el 16 de diciembre y que estaba en relaciones amistosas con un oficial alemán de las SS, un tal Guido Zimmer; este Zimmer era uno de los llamados SS «sorpresa», devoto católico y muy amante de las artes. Parrilli y Zimmer temblaban ante la idea de la «tierra quemada» propuesta por Hitler, e incluso el alemán había dado a entender a Parrilli que alguno de sus superiores en las SS albergaban los mismos sentimientos. Hasta parece ser que pronunció expresamente los nombres de Dollmann y de Wolff.



Gaevernitz y Werner (a la izquierda, de paisano), representantes de los generales Vietinghoff y Wolff, se reúnen en Caserta con los Aliados para la firma de la rendición alemana en Italia, el 29 de abril de 1945. (Archivo Rizzoli)

Waibel se entrevistó rápidamente con Husmann y luego conoció a Parrilli. En seguida intuyó que valía la pena escucharle. Bajo su responsabilidad, y sin consultar a sus superiores suizos, Waibel habló de ello a Dulles, quien decidió que su primer ayudante, Gaevernitz, se entrevistase con Parrilli la tarde del 25 de febrero. Gaevernitz no concedió mucho crédito a las proposiciones de Parrilli; no obstante el *Office of Strategic Services* (OSS) comunicó al milanés que intentara hacer intervenir a Dollmann en persona. El 27 de febrero, Parrilli regresó a Italia para ver qué podía conseguir.

Y, por lo visto, fue justo su juicio. El 2 de marzo Parrilli estaba de nuevo en Suiza, con la noticia de que, en las primeras horas de la mañana siguiente, Dollmann y Zimmer estarían en la frontera, cerca de Chiasso. Dulles se mostró de acuerdo y envió a otro de sus agentes, Paul Blum, a entrevistarse con Dollmann en Lugano el día 3 de marzo. Esto significaba que Dollmann quedaría más de ocho horas a disposición de los suizos.

Signos de buena voluntad por parte aliada

Husmann se dispuso a aprovechar la ocasión para disipar las vacilaciones de Dollmann. Le dijo que los alemanes estaban vencidos en toda la línea y que ya no les quedaba otro recurso que la capitulación (Rahn ya le había dicho lo mismo a Dollmann). Tampoco tenían ninguna esperanza de lograr dividir a los Aliados, quienes jamás aceptarían tratar con un emisario de Hitler o de Himmler. Evidentemente, Dollmann planteó la cuestión de la intervención de este último, más tarde, en presencia de Paul Blum, pero el americano respondió en su lengua: *«Not a Chinaman's chance»* (ni soñarlo).

Antes de despedirse, Blum dio a Dollmann los nombres de dos partisanos italianos que habían sido capturados por los alemanes. Su liberación sería interpretada por Dulles como una prueba de la buena voluntad de los interlocutores. El nombre de uno de los partisanos era Usmiani y el del otro nada menos que Ferruccio Parri, uno de los jefes más eminentes del movimiento de Resistencia en Italia septentrional (conocido con el seudónimo de Mauricio), que había sido arrestado en Milán por los alemanes el 31 de diciembre.

Dollmann volvió inmediatamente a Suiza porque Wolff, sin perder tiempo, reaccionó ante el primer mensaje de Parrilli, preparando una entrevista con los jefes de las SS en Italia para las

AVIONES EN SERVICIO EN LA AVIACIÓN MILITAR ITALIANA

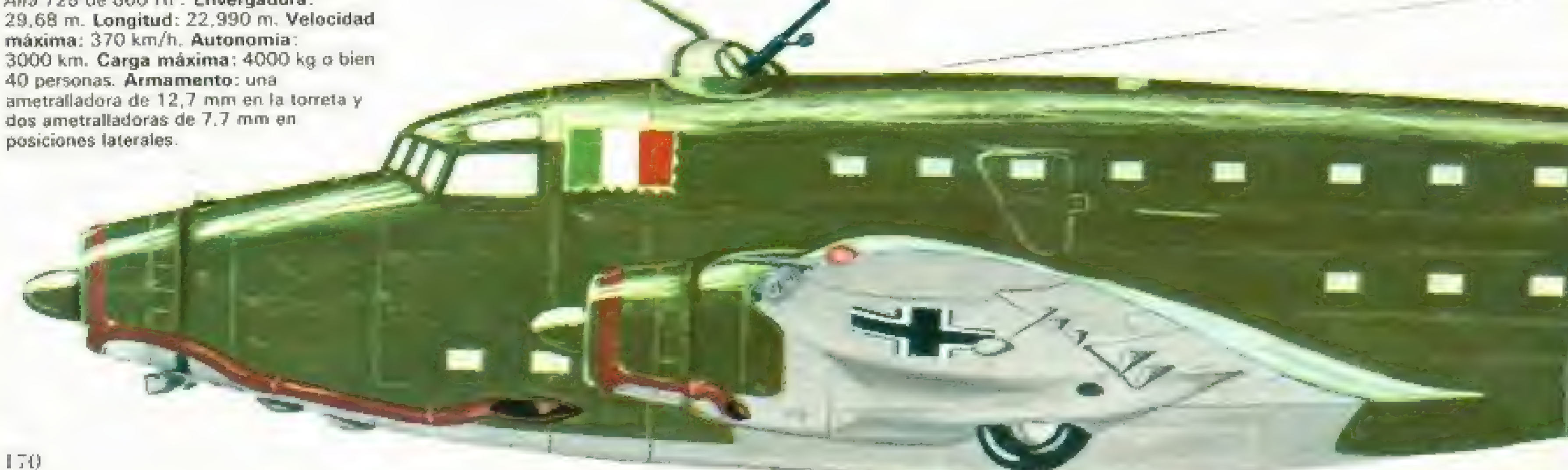
SUPERMARINE "SPITFIRE VB"
Avión básico de la caza inglesa, fue uno de los primeros aparatos asignados por los Aliados a la Regia Aeronautica después del armisticio. En su IX versión, este tipo de aparato quedó en dotación de las unidades hasta el año 1950.
Motor: *Merlin C-45* de 1470 HP.
Envergadura: 11,23 m.
Longitud: 9,54 m.
Velocidad máxima: 645 km/h.
Autonomía: 700 km.
Armamento: 2 pequeños cañones de 20 mm y 4 ametralladoras de 12,7 en las alas.

MESSERSCHMITT "Me-109G-6"
Uno de los aviones de caza más conocidos de la segunda Guerra Mundial; la serie constituyó la dotación de algunas unidades de la Regia Aeronautica en 1945.
Motor: *DB 605A-1* de 1475 HP. **Envergadura**: 9,92 m. **Longitud**: 8,85 m.
Velocidad máxima: 662 km/h.
Autonomía: 1000 km.
Armamento: 2 ametralladoras de 13 mm en el fuselaje, un cañón ligero *MG-151* de 20 mm en la nuez de la hélice.

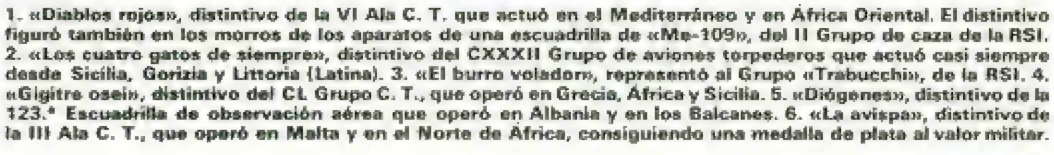


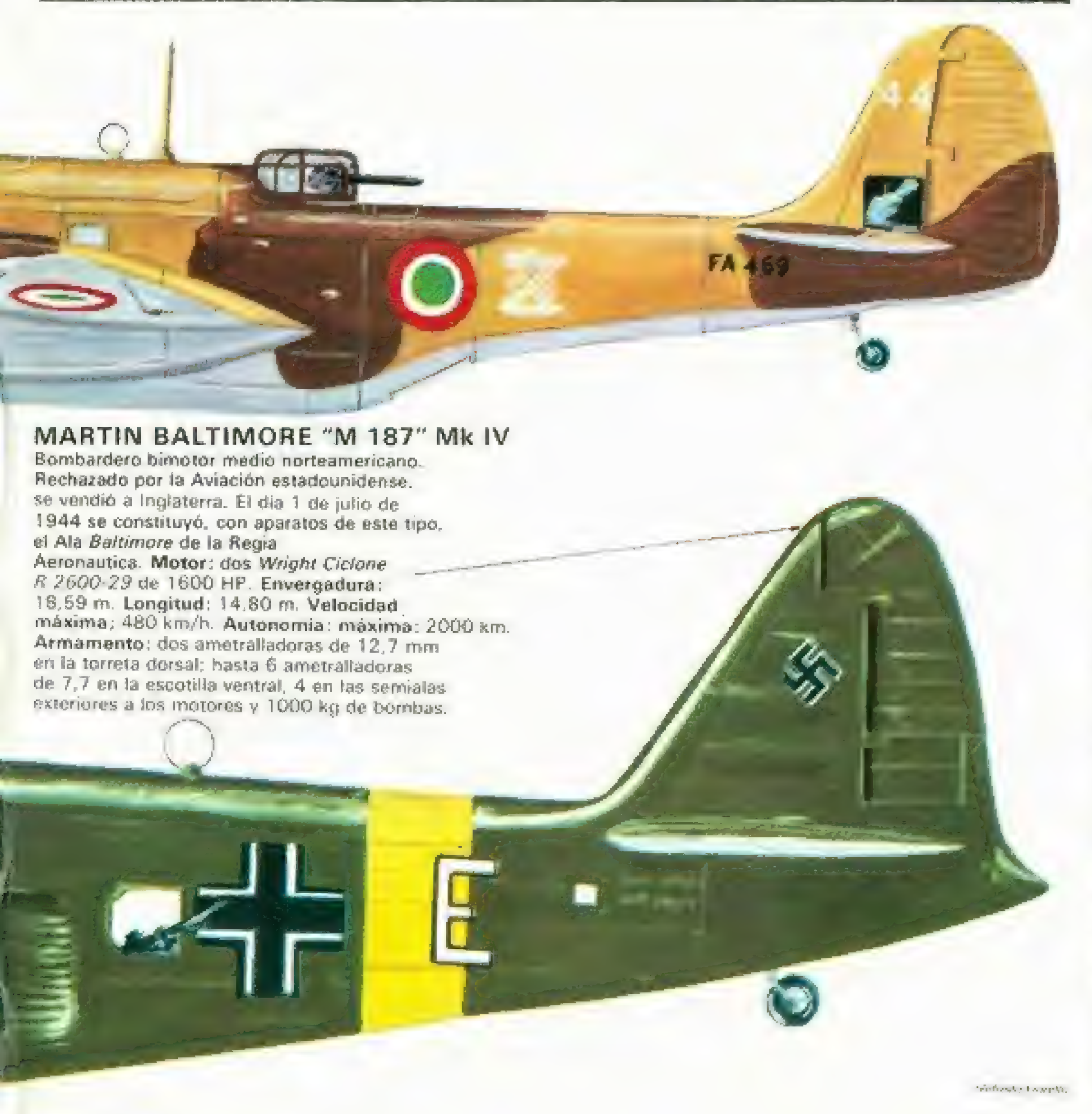
SIAI SM-81 "Pipistrello"
Creado en 1935 como bombardero, se utilizó con este fin hasta que empezó el conflicto, época en que pasó a las unidades de transporte. Trimotor de ala baja, fuselaje de jerga y alas de madera. **Motor**: tres *Piaggio PX* de 700 HP o bien tres *Alfa 126* de 900 HP. **Envergadura**: 24 m. **Longitud**: 17,8 m. **Velocidad máxima**: 340 km/h. **Autonomía**: 1500 km. **Armamento**: hasta 6 ametralladoras *SAFAT* de 7,7 mm en las torretas y en posiciones laterales en la versión de bombardeo; una torreta diversamente armada en las versiones de transporte.

SIAI SM-82 "Marsupiale"
Se creó en 1938 como aparato de transporte, pero también se fabricó otra versión de bombardeo. En la RSI, con los *S-82* se constituyó el Grupo de transporte "Trabucchi". Trimotor de ala media, fuselaje de jerga con revestimiento mixto y ala enteramente de madera. **Motor**: tres *Alfa 128* de 860 HP. **Envergadura**: 29,68 m. **Longitud**: 22,990 m. **Velocidad máxima**: 370 km/h. **Autonomía**: 3000 km. **Carga máxima**: 4000 kg o bien 40 personas. **Armamento**: una ametralladora de 12,7 mm en la torreta y dos ametralladoras de 7,7 mm en posiciones laterales.






1. «Diablos rojos», distintivo de la VI Ala C. T. que actuó en el Mediterráneo y en África Oriental. El distintivo figuró también en los morros de los aparatos de una escuadrilla de «Me-109», del II Grupo de caza de la RSI. 2. «Los cuatro gatos de siempre», distintivo del CXXXII Grupo de aviones torpederos que actuó casi siempre desde Sicilia, Gorizia y Littoria (Latina). 3. «El burro volador», representó al Grupo «Trabucchi», de la RSI. 4. «Gigitre osei», distintivo del CL Grupo C. T., que operó en Grecia, África y Sicilia. 5. «Diógenes», distintivo de la 123.ª Escuadrilla de observación aérea que operó en Albania y en los Balcanes. 6. «La avispa», distintivo de la III Ala C. T., que operó en Malta y en el Norte de África, consiguiendo una medalla de plata al valor militar.



MARTIN BALTIMORE "M 187" Mk IV

Bombardero bimotor medio norteamericano. Rechazado por la Aviación estadounidense, se vendió a Inglaterra. El día 1 de julio de 1944 se constituyó, con aparatos de este tipo, el Ala *Baltimore* de la Regia Aeronautica. **Motor**: dos *Wright Ciclone R 2600-29* de 1600 HP. **Envergadura**: 18,59 m. **Longitud**: 14,80 m. **Velocidad máxima**; 480 km/h. **Autonomía**: máxima: 2000 km. **Armamento**: dos ametralladoras de 12,7 mm en la torreta dorsal; hasta 6 ametralladoras de 7,7 en la escotilla ventral, 4 en las semialas exteriores a los motores y 1000 kg de bombas.

18 horas del 28 de febrero. En ella participó también Harster, quien no había puesto en antecedentes a Kaltenbrunner, el cual no simpatizaba con Wolff. Si Kaltenbrunner hubiera sido informado de todo, seguramente habría enviado un informe a su superior Himmler. Después del encuentro de Lugano, del 3 de marzo, Parrilli se puso en contacto personal con Wolff quien propuso convenir una entrevista con los norteamericanos el 8 de marzo, en Zurich, y se declaró dispuesto a poner en libertad no sólo a Usmiani sino incluso a Parri.

Al principio, Dulles titubeaba sobre la conveniencia de entrevistarse con Wolff, personaje que no dejaría de suscitar sospechas en el campo aliado. Pero después de haber convencido al mando aliado de Caserta de que ningún general alemán podría acudir allí, Dulles obtuvo la autorización para entrevistarse eventualmente con emisarios alemanes en Suiza. Mas, de improviso, el 8 de marzo, Waibel le hizo saber, a través de Gaevernitz, que Wolff estaba ya en el tren, en dirección a Zurich, en compañía de Dollmann y de otros dos alemanes, y que ya había hecho conducir a Chiasso a Usmiani y a Parri. En el tren, junto con Wolff, estaba también Husmann, quien, con argumentos persuasivos, intentaba apartarle de sus convicciones nazis. Un alud, que cayó sobre la línea férrea cerca del paso de San Gottardo, obligó a todo el mundo a pasar a otro tren. Y así Wolff logró confundirse entre los pasajeros sin ser advertido.

Por lo que parece, las ideas de Wolff eran confusas hasta lo increíble. Como buen nazi adoctrinado aceptaba ciegamente el evangelio del *Führer* y consideraba a los eslavos y a los judíos como seres infrahumanos. La primera vez que se entrevistó con Husmann estaba firmemente convencido de que los Aliados querían destruir al pueblo alemán, e intentaba combinar estos conceptos primitivos con aquellos valores estéticos que, según él, la *Herrenvolk* tenía el deber de defender. Si era verdad que la guerra estaba irremediablemente perdida, él deseaba detenerla para salvar la vida y las propiedades alemanas. A mediados de febrero de 1945, cuando había visto a Hitler, había apelado a su persuasión personal para convencerle de que era necesario encontrar una salida. En aquella ocasión, el *Führer* se había mantenido bastante impreciso, lo que dio a Wolff la posibilidad de atribuirse un cierto margen de riesgo.

Cuando Wolff volvió a Italia, después de aquel episodio, expuso el programa de la «tierra quemada» de Hitler a sus subordinados, mas con la orden tajante de que ningún punto de dicho programa se realizase sin que antes hubiese mediado su consentimiento.

En su entrevista con Dulles, Wolff no intentó llegar a un acuerdo personal con el americano, pero le reveló, a modo de credencial, que se había puesto en contacto personal con el Papa, a quien había visitado secretamente en mayo de 1944; así como con Rudolf Hess y con dos personajes emparentados con la familia real italiana. Confió también a Dulles que había escondido bastantes cuadros de los Uffizi y de otros museos italianos para salvarlos de los bombardeos y también para evitar que salieran de Italia. Todo ello era verdad. Pero también demostraba que las ideas de Wolff eran extrañamente confusas. ¿Cómo podía suponer que los norteamericanos se dejarían impresionar favorablemente por el hecho de que estuviera en relación con Hess, el lugarteniente de Hitler, que se presentó espectacularmente en Escocia a bordo de un avión, en mayo de 1941, acción que a los ojos de los Aliados no tenía otra justificación que la de estar completamente loco el hombre que la realizó? Y, asimismo, aquellos parientes del rey de Italia, a quien los nazis acusaban de traición en perjuicio de Alemania, parecían también una extraña fuente de referencia a favor del comandante de las SS en Italia.

En cuanto a la Iglesia Católica, era obvio que sus representantes se habían aproximado, durante la guerra, a ambos contendientes y que habían recurrido a su ascendiente en un intento de conciliarlos. Después de la ocupación de Roma por los Aliados, el Papa ya no había tenido más contactos con los alemanes, a excepción de Weizsäcker y del personal de la embajada alemana en el Vaticano. A partir de entonces, el personaje de primer plano fue el cardenal Schuster, arzobispo de Milán, que incluso se había ganado la confianza de ciertos partisanos. Pero a partir de junio de 1944, el citado cardenal Schuster sólo podía comunicar con Roma a través de los nuncios apostólicos de los países neutrales y con ello la importancia de Suiza aumentó, pues se había transformado más que nunca en el escenario natural para los trámites de paz y para las conversaciones encaminadas a lograr y a establecer de qué modo sería posible convencer a los alemanes en Italia para que capitulasen.

Las dramáticas conversaciones de Zurich

Dulles vio por vez primera a Wolff en su apartamento de Zurich la tarde del jueves día 8 de marzo. Incluso habiendo obtenido de Caserta el permiso para pasar a la acción, Dulles albergaba todavía una comprensible duda respecto a Wolff, y por ello, en primer lugar, intentó ver a Usmiani y a Parri para cerciorarse de que el alemán había cumplido su promesa de liberarlos. A ambos se les había hecho ir por separado desde Chiasso a Zurich, acompañados por un oficial del servicio de contraespionaje suizo que hablaba italiano; pero todavía no habían llegado. Cuando más tarde Dulles se encontró con ellos, en la casa de salud Hirslanden, de Zurich, Parri reveló el temple de su carácter. El día en que le habían hecho salir de la cárcel de Verona, con los ojos vendados, creyó que los alemanes le iban a fusilar. Y mientras agradecía a Dulles la inesperada libertad no pudo contener las lágrimas; pero, casi inmediatamente, quiso tener la certeza de no haberla obtenido a través de manejos turbios y exigió que le permitieran volver en seguida a Italia para ponerse al frente de la Resistencia lombarda y conducirla a la victoria. Parri fue, en efecto, una de las figuras más admirables de toda la Resistencia europea. Wolff había logrado comprender, al fin (por lo que parece gracias sobre todo a los consejos de Husmann), que sus conversaciones con los norteamericanos sólo podían versar exclusivamente sobre el tema de la rendición incondicional de los alemanes en Italia. Asimismo, Wolff insistió en afirmar que ni Hitler ni Himmler estaban al corriente de su viaje a Suiza, aunque sabía que Harster había informado de él a Kaltenbrunner, quien, a su vez, transmitiría, sin duda, la noticia a Himmler. También aseguró a Dulles que, si representaba verdaderamente a Caserta, él intentaría convencer tanto a Kesselring como a Rahn para que aceptasen el proyecto de la rendición de las fuerzas alemanas.

En este punto, Dulles aconsejó a Caserta que enviase a Suiza algunos plenipotenciarios en el caso de que Wolff mantuviera su palabra. El general Alexander respondió inmediatamente, y el 9 de marzo comunicó que enviaría dos oficiales de graduación elevada, pertenecientes al Estado Mayor: el general norteamericano Lemnitzer, segundo jefe de Estado Mayor de Alexander, y el general británico Airey, que era el jefe de su Servicio de Información.

El 11 de marzo Parrilli volvió a Italia solo y con malas noticias. El mismo día de la entrevista de Wolff con Dulles, Kesselring había sido llamado al puesto de mando de Hitler para ser nombrado comandante en jefe del frente occidental, y desde entonces ya no había vuelto a Italia. Kaltenbrunner, demostrando interés por las negociaciones, pedía a Wolff que se entrevistase con él en Innsbruck. Pero Wolff sabía que probablemente le haría arrestar. Parrilli, animado por un entusiasmo admirable, seguía desplazándose entre Fasano y Lucerna, refiriendo que Wolff estaba siempre resuelto a actuar por cuenta propia y, haciéndose portavoz de sus ofertas, de facilitar los desembarcos aliados en Italia septentrional. Pero, más tarde, Wolff cambió de parecer e hizo saber que sólo podría actuar si lograba atraer a su bando al sucesor de Kesselring, el general Vietinghoff. Creía que tal cosa sería posible. Estas fueron las noticias que Dulles comunicó a Lemnitzer y a Airey cuando se entrevistó con ellos en Annemasse, el 14 de marzo.

Llegados a este punto, los rusos pretendieron estar representados en los trámites. Se trataba de un paso muy arriesgado, tanto más cuando que Suiza no tenía relaciones diplomáticas con la URSS; por ello la proposición no se tuvo en cuenta.

El 19 de marzo de 1945 Dulles y los dos generales aliados acudieron, disfrazados, a Ascona, para sostener una conversación con Wolff.

Wolff no estaba seguro de la actitud que adoptaría Vietinghoff, y por ello propuso acudir personalmente a Kesselring, en su puesto de mando del frente occidental, si todavía estaba a tiempo; incluso quizá con la intención de llegar a la capitulación general de los alemanes en todos los frentes. Wolff tuvo grandes dificultades para llegar hasta Kesselring y después de su entrevista con él, Himmler le llamó a Berlín, y allí pasó sus apuros para eludir las preguntas de éste y de Kaltenbrunner, quienes parecían estar al corriente de su viaje a Zurich, pero ignorantes del de Ascona. Ambos estaban evidentemente celosos de Wolff y temían que saliese mejor librado que ellos en el intento de intrigar con los Aliados occidentales contra la Unión Soviética. Por su parte, Parrilli no pudo llevar un mensaje a Suiza hasta el 28 de marzo, para comunicar que Wolff volvería a Italia al día siguiente, diez días después del encuentro en Ascona. El 30 de marzo –era viernes santo– Zimmer informó que Wolff llegaría a Suiza, probablemente con Vietinghoff y Rahn, el lunes de Pascua, día 2 de abril. En aquel momento, todos los obstáculos parecían vencidos.

La venganza de Himmler

Sin embargo, era preciso todavía arreglar los asuntos con Himmler y con los soviéticos. El día 1 de abril de 1945, domingo de Pascua, Himmler telefoneó a Wolff para comunicarle que había dispuesto el alejamiento de territorio italiano de su mujer y de sus hijos: había ordenado que se trasladaran a Austria, bajo su propia autoridad. En cuanto a él, Wolff, debía permanecer en Italia; si no obedecía, nada impediría que la mujer y los hijos fueran muertos como represalia. Súbitamente Wolff perdió toda su libertad de movimientos; no obstante, logró enviar mensajes a Suiza, por medio de Parrilli, en los que prometía impedir las destrucciones, proteger a los prisioneros políticos y evitar a la vez acciones contra los partisanos italianos.

Con estas noticias volvieron Lemnitzer y Airey a Caserta, el 4 de abril; no ignoraban la importancia de las mismas, pues parecía que, por el momento, no había nada que hacer en Suiza y los Aliados estaban a punto de desencadenar la ofensiva de primavera que en aquel momento adquiría un sabor de ironía dolorosa. Los Ejércitos aliados no sabían nada de las condiciones de rendición, pero esto no impedía que bastantes jóvenes oficiales del Ejército 8 se preguntasen por qué los alemanes seguían combatiendo. En Caserta nadie sabía nada de Wolff, excepto (además de Lemnitzer y Airey) el mariscal Alexander, su jefe de Estado Mayor, el comandante de las transmisiones y la oficina política de Harold Macmillan.

El 8 de abril, Parrilli transmitió un ofrecimiento de rendición no totalmente incondicional por parte de Vietinghoff y del mismo Wolff. Dulles lo comunicó telegráficamente a Caserta, y el Alto Mando aliado respondió el 10 de abril declarándose dispuesto a recibir emisarios alemanes con plenos poderes para firmar la rendición. En aquel punto, como Parrilli estaba agotado por su continuo y peligroso ir y venir y como, además, sus viajes hacían perder un tiempo precioso, se convino que un radiotelegrafista aliado se instalaría en Milán, con la ayuda de los suizos. El radiotelegrafista era un heroico jovenzuelo checo, un tal Václav Hradecky, que había huido de Dachau. Los suizos organizaron su viaje y le prestaron un impermeable bajo el cual escondió el aparato receptor-transmisor; en la frontera le confiaron a Zimmer, que lo albergó en los alojamientos de las SS en Milán. Esto ocurría el 13 de abril.



Milán, abril de 1945: grupo de prisioneros alemanes debidamente protegido cruza en automóvil las calles del centro de la ciudad, mientras una multitud hostil observa su paso. *(Imperial War Museum)*

Mientras tanto, los rusos se habían comportado de una manera muy poco correcta. Se creía que eran contrarios a la capitulación alemana en Italia porque, en este caso, Trieste sería ocupada por los anglonorteamericanos en lugar de serlo por Tito, y porque la rendición acordada podía privar a los comunistas italianos de los frutos de su considerable participación en la Resistencia. El Gobierno de Moscú estaba informado de los sondeos de Dulles desde el 12 de marzo, y el día 13 se había invitado a los soviéticos a mandar delegados a Caserta. El 16 de marzo, y otra vez el 22 (según Churchill; Dulles dice el 23) Molotov se había mostrado irritado y había atacado a los americanos acusándoles de comportarse de manera «inesperada e incomprensible».

El 3 de abril, Stalin envió una nota ofensiva a Roosevelt, afirmando, entre otras cosas, haber sido informado de que los alemanes habían accedido «a abrir el frente a las tropas anglonorteamericanas y dejarlas avanzar hacia el Este, habiendo obtenido, en compensación, la promesa de que los occidentales impondrían a Alemania condiciones de armisticio menos gravosas». En su respuesta del 5 de abril, Roosevelt no escondió su «amargo resentimiento... por estas viles y parciales interpretaciones de mis acciones o de las de mis fieles subordinados». El 7 de abril, Stalin hizo marcha atrás, tanto con Roosevelt como con Churchill, dirigiendo a ambos –según las palabras de este último– «algo que para ellos (los soviéticos) se debe considerar poco menos que excusas formales». La mañana del 12 de abril, el mismo día de su muerte, Roosevelt aceptó las «explicaciones» de Stalin y, abordando el tema de las negociaciones en Suiza, dijo que eran «cosa pasada y que no habían llevado a ningún resultado positivo». Durante una visita a París, Dulles fue informado más exhaustivamente de estos acontecimientos, pero quedó bastante perplejo cuando recibió de Washington instrucciones, con fecha 20 de abril, de abandonar definitivamente la Operación «Sunrise», nombre que él había dado a sus tratos con

Wolff. Más tarde, Truman atribuyó la culpa de esta decisión a Churchill, quien, sin embargo, no dice nada para confirmar la aseveración de Truman, la cual, a juzgar por las apariencias, parece infundada y debida quizá a un malentendido. En efecto, Truman ocupaba su puesto de presidente hacía tan sólo una semana. Entonces Dulles se apresuró a encontrar una excusa para conducir a Hradecky desde Milán a Suiza, a fin de no dejarlo con las SS.

Mientras tanto, a Wolff le ocurrían cosas extrañísimas. Después de haber recibido tres llamadas telefónicas nocturnas de Himmler, quien le llamaba a Berlín, decidió que, después de todo, haría mejor en acudir (al principio se había negado, invitando, por el contrario, a Himmler, con una carta personal, a acudir a Italia, donde había establecido contactos con los Aliados).

Antes de partir hacia Berlín, Wolff acordó, con Rahn y con sus subordinados, que incluiría en todos los mensajes que cursase una cifra convencional –«2 × 2 = 4»–, lo que significaría que no estaba escribiendo o hablando bajo coacción. Wolff dejó Italia el 15 de abril y el 17, en Berlín, Himmler y Kaltenbrunner se entrevistaron con él, acusándolo prácticamente de traición. Por lo que se deduce, Wolff logró salvarse mediante un *bluff*: afirmó que había logrado introducir una cuña entre los anglonorteamericanos y los soviéticos y que había conseguido que se aplazara la ofensiva aliada de primavera en Italia. Luego, convencido de que sería conveniente hablar también con Hitler, la mañana del 18 de abril se presentó en el *bunker* del *Führer*. Según lo que él mismo refirió por separado a suizos y a americanos, nadie más asistió a la conversación, excepto Kaltenbrunner. Hitler le reconvino; pero acabó aceptando como buenas sus justificaciones. Una vez más Wolff había aprovechado su gracia personal, que no dejó de tener efecto. No obstante, el *Führer* confirmó a Vietinghoff, por medio de Wolff, la orden de resistir a toda costa.

Tomó esta decisión porque había decidido –así se lo dijo a Wolff– establecer tres grandes reductos en Alemania: uno en Berlín, uno en el Norte y uno en la parte meridional del país, en el *Alpenfestung*. Todas las tropas alemanas deberían retirarse a cualquiera de los tres que antes lograran alcanzar. Los Ejércitos soviéticos y norteamericanos se encontrarían en un punto no precisado y libre de defensores, comprendido entre estos tres reductos; los soviéticos provocarían a los norteamericanos, avanzando más allá de la línea acordada en Yalta y la disputa degeneraría en una guerra entre los ex aliados, en la que Hitler participaría poniéndose al lado de una u otra parte.

Wolff volvió a Italia el 19 de abril, pero estaba tan exhausto que hasta el 21 no pudo recibir a Zimmer y Parrilli y beber con ellos una botella de *champagne*, para celebrar la suerte de haber salido vivo de la convocatoria a Berlín. Sin embargo, ahora parecía atemorizado, casi paralizado ante la idea de correr nuevos riesgos. Fue Rahn quien salvó la situación –no era la primera vez– convocando una reunión en Recoaro, el 22 de abril, con Vietinghoff, su jefe de Estado Mayor Röttinger, el comandante de la Aviación alemana en Italia Ritter von Pohl (desde mucho tiempo atrás partidario de la rendición), el *Gauleiter* del Tirol Hofer y Wolff. Esta vez todos se mostraron de acuerdo en rendirse, sin tener en cuenta las instrucciones de Berlín, y decidieron que Wolff partiera para Suiza al día siguiente, 23 de abril, junto con el coronel de Estado Mayor Schweinitz, en representación de Vietinghoff, y un ayudante, un tal Wenner, para firmar el documento de rendición. Antes de partir, Wolff trasladó su puesto de mando a Bolzano. Vietinghoff hizo lo mismo y Rahn se estableció en Merano. Desde aquel momento, los alemanes opusieron tan sólo una resistencia simbólica.

Waibel y Husmann se apresuraron a acudir a Chiasso para encontrarse con los alemanes, a quienes Waibel albergó en su casa de Dorenbach, cerca de Lucerna. Les explicó que Dulles estaba luchando para hacer revocar las disposiciones que le habían cursado, contrarias a la firma de la rendición, y que, además, sufría un fuerte ataque de gota. Era el 24 de abril. Waibel entregó a Wolff un telegrama de Himmler, con fecha 23 de abril, que Dulles ya había visto. El telegrama decía: «Ahora más que nunca es esencial que el frente italiano no ceda y permanezca intacto. No emprendáis tratos de ningún género». Wolff lo leyó y sonrió, comentando que las órdenes procedentes de Berlín ya no le afectaban y reforzando así la posición de Dulles y de Alexander, quienes presionaban sobre los jefes del Estado Mayor conjunto a fin de que autorizasen a los emisarios alemanes a acudir a Caserta.

El 25 de abril Wolff tuvo que regresar a Italia, pues los partisanos habían comenzado a entrar en las ciudades y era casi seguro que se producirían incidentes. Autorizó a Wenner para que firmase el acta de rendición, y dispusiera, si era necesario, la capitulación unilateral en Italia.

Mientras tanto, Wolff había hecho llegar a Rahn, el jefe de las SS en Milán, la orden de no oponer resistencia a los partisanos e incluso de rendirse si no quedaba otra alternativa. Se había entrevistado también con el mariscal Graziani, quien le había autorizado a tratar de la rendición de todas las fuerzas armadas neofascistas, que entonces ya contaban muy poco. El 25 de abril, Mussolini, que se encontraba en Milán para una conversación con el cardenal Schuster, con el propósito de llegar a un acuerdo con los partisanos, había sido informado por Graziani respecto de las actividades de Wolff. Mussolini manifestó sorpresa y también expresó su indignación. Luego se dirigió al lago de Como, en cuyas cercanías, como se sabe, encontró la muerte el 28 de abril.

La firma de la capitulación

Casi al mismo tiempo, el 27 de abril, Dulles recibió la orden de reanudar las negociaciones para la rendición de los alemanes, o mejor dicho, recibió instrucciones para que los emisarios se dirigieran a Caserta a fin de firmar el documento. La mañana del 28 de abril, día de la muerte de Mussolini, Schweinitz y Wenner, acompañados por Gaevernitz y Waibel, subieron al avión que los llevaría a la sede del Alto Mando aliado de Caserta. Todo el asunto era todavía muy secreto, de manera que se juzgó preferible que Dulles permaneciese en Berna, y asimismo se decidió que era más prudente, y quizá más necesario, que Wolff continuase desarrollando su misión en Italia septentrional. En Caserta, Wenner, que representaba a Wolff, no hizo objeciones, mientras Schweinitz, que representaba a la *Wehrmacht*, dudaba en aceptar la rendición incondicional. De todas formas, a las 14 horas del 29 de abril ambos firmaron el documento que establecía la capitulación incondicional de todas las tropas alemanas presentes en Italia para las 13 (hora de Greenwich, las 14 horas de Italia) del miércoles día 2 de mayo. Además de los oficiales británicos y norteamericanos, también estaba presente un general soviético, A. P. Kislenko.

La aplicación de la rendición creó nuevos problemas y dio lugar a otras crisis. La primera dificultad que Schweinitz y Wenner encontraron en su viaje de vuelta a Bolzano fue que los suizos habían cerrado la frontera en Buchs y Dulles se vio obligado a intervenir cerca de las más altas autoridades del país para que ambos pudieran pasar. Luego resultó que Hofer había revelado todo el plan de Wolff a Kaltenbrunner, quien había decidido arrestar a todos los participantes.

Kaltenbrunner y Hofer esperaban poder estipular una capitulación separada para Austria. Mientras tanto, Kesselring había sido nombrado comandante en jefe de todo el Ejército alemán, comprendidos los Ejércitos que se encontraban en Italia; también él puso su veto a la rendición de Wolff, y se dispuso a adoptar medidas punitivas contra los subordinados que la habían apoyado. La llegada de dos nuevos generales, enviados por Kesselring, turbó a Vietinghoff, cuya actitud, durante gran parte de este período, había sido vacilante; ahora su incertidumbre podía invalidar la rendición, desde el momento que su representante Schweinitz había sido uno de los firmantes. Parecía que Kesselring había perdido el sentido y quería asociarse con los incorregibles Kaltenbrunner y Hofer contra la paz. Aunque a la sazón Hitler ya se había suicidado, y por lo tanto Kesselring estaba libre del juramento de fidelidad que le había prestado como soldado, el *Feldmariscal* no se decidió a ceder a las instancias de Wolff hasta la madrugada del 2 de mayo pocas horas antes de que entrase en vigor la capitulación.

«Sin embargo, el día 2 de mayo, los que habían sintonizado las estaciones de radio alemanas habían escuchado las transmisiones de radio Bolzano dirigidas a las tropas, en las que se les ordenaba el cese del fuego», dice Dulles en su libro. «A las 14 horas del 2 de mayo, hora local, los alemanes empezaron a deponer las armas. La guerra en Italia había terminado».

Seis días después, la guerra acabaría también en el resto de Europa, y es opinión general que la capitulación de las fuerzas de Italia precipitó su fin. En efecto, la Operación «Sunrise» estableció una línea de comunicación entre los Aliados y los altos mandos alemanes, y el radiotelegrafista checo del puesto de mando de las SS en Bolzano «después de la rendición en Italia actuó de enlace entre los Ejércitos alemanes derrotados que todavía combatían en Alemania y el Mando Supremo aliado». La tarde del 3 de mayo, Kesselring se sirvió de este canal para ofrecer la rendición en Occidente, y su mensaje se transmitió a Eisenhower. La respuesta, que llegó el 4 de mayo, estaba dirigida a Hradecky para Wolff, quien, a su vez, debía transmitirla a Kesselring. El mensaje contenía todas las instrucciones relativas a las modalidades de la capitulación alemana en Occidente. Las últimas fuerzas germanas se rindieron en Reims el 7 de mayo: las hostilidades debían cesar el 8 de mayo.

Una consecuencia de la capitulación alemana en Italia fue que Röttiger y Wolff lograron salvar a un grupo de prisioneros políticos de Hitler, más o menos famosos, que de otra forma habrían sido fusilados por las SS. Entre los que se salvaron, acogidos en Villabassa (Niederdorf), en la provincia de Bolzano, y trasladados a Capri por las autoridades aliadas antes de repatriarlos, figuraban Léon Blum, Kurt von Schuschnigg, Niemöller y Schacht.



Allen Dulles, jefe del *Office of Strategic Services* norteamericano en Suiza, el hombre que inició, en los primeros meses de 1945, las negociaciones entre Aliados y alemanes para la rendición. *(US Army)*

CAPTURA Y MUERTE DE MUSSOLINI

Rodolfo Mosca, profesor

En la crisis final de la vida de Mussolini se distinguen dos tiempos o momentos: en el primero, pudo disponer todavía de un último margen, más o menos limitado, de libertad de decisión, que, sin embargo, se fue restringiendo rápidamente hasta agotarse; en el segundo y último fueron los demás los que dispusieron de él. En el primer tiempo fue todavía sujeto, responsable de sus propias acciones; en el segundo se transformó en objeto, y como objeto fue materialmente destruido. En el primero era todavía el hombre que resumía y concentraba en su persona veinte años de historia italiana: el fascismo, la guerra perdida, la república social y la guerra civil. Y el hombre se veía situado frente a decisiones supremas: de su elección dependía, en sustancia, el juicio total que la historia formularía respecto de él. Las breves y convulsas jornadas que precedieron a su captura y a su ejecución adquirieron imperativamente, en esta perspectiva, el valor de epílogo apremiante y acosador de toda una vida. Por ello los acontecimientos, incluso mínimos, marginales que le acompañaron, y los infinitos personajes, también insignificantes, que en ellos se incluyeron o apenas los rozaron, continúan siendo recogidos, registrados y confrontados en el intento y la ilusión de poder expresar toda la «verdad», sin desperdiciar o desdeñar una sola gota de ella.

El primer tiempo o momento pertenece, sin ninguna duda, por completo a Mussolini. Pero también el segundo, pese a la apariencia de lo contrario, le pertenece igualmente, por lo menos en la medida en que, aún habiendo descendido a ser objeto de la voluntad de los demás, de la cual era ya prisionero sin escapatoria, él quedó de todas formas como término de referencia necesario y como la razón última y justificativa de su obra. Por eso la historia de los últimos días de Mussolini se prolongó más allá de su captura y concluyó con su muerte. No se puede romper el eslabón, aunque en cierto momento el protagonista pareció desaparecer para dejar su lugar a otro. La historia es una sola, y no por azar la acompañaron, tanto antes como después de la censura constituida por la captura, sombras densas y misteriosas, como en un intento de subrayar la íntima coherencia de la urdimbre.

Mussolini había escrito, en uno de los artículos reunidos en un volumen y que se publicaron con el título de *Storia di un anno* en noviembre de 1944, que estaba agradecido a «los dioses» que le habían permitido «junto con los mejores italianos vivir el quinto acto del terrible drama que atormenta a la Patria». Pocos meses después, el quinto acto llegaba a la escena final. En efecto, el día 9 de abril de 1945 empezó la ofensiva anglonorteamericana contra la Línea Gótica. La irrupción de las fuerzas aliadas en el valle del Po era ya cuestión de días. Dentro de poco, ni siquiera habría ya espacio material para la república social. Fue entonces cuando Mussolini adoptó, al fin, la decisión que maduraba en secreto desde hacía tiempo. El lunes 16 de abril reunió su consejo de ministros, en Gargnano, para informarle que el Gobierno se trasladaba a Milán. Y, efectivamente, dos días después, al caer la tarde del miércoles, alrededor de la seis, Mussolini abandonaba la villa delle Orsoline, que había sido su residencia en Gargnano, con cinco automóviles y un furgón portaequipajes. Le acompañaban ministros y funcionarios, así como la siempre presente escolta de las SS alemanas, agregadas a su persona. Unas dos horas después, Mussolini cruzaba, sin inconvenientes, el palacio de la prefectura de Milán, que se convertía de esta manera en la nueva sede de su Gobierno.

Pero, en este punto, nuestras certidumbres se extravían. El traslado de Gargnano a la capital lombarda respondía a un inminente estado de necesidad inmediata, ante el empuje de las fuerzas aliadas y el riesgo de una simultánea sublevación partisana. Pero, al mismo tiempo, era un medio: servía para salir materialmente del aislamiento, que era casi una prisión, en el que los alemanes habían situado a Mussolini y a su Gobierno en las orillas del Garda. Y, sobre todo, servía para ganar tiempo. Mas es el designio de fondo, el fin perseguido y por perseguir, lo que permanece oscuro.

A este respecto se pueden plantear cuatro hipótesis. La primera: Mussolini decidió el traslado del Gobierno con el fin de llevar a cabo una solución política enteramente italiana de los problemas relacionados con la agonía de la república social (desarme de las brigadas negras, pacífico traspaso de los poderes públicos, definición de las garantías en favor de los comprometidos con la república, etc.). Y Milán era la única sede disponible y conveniente para llevar a cabo semejante negociación. El cardenal Schuster ya había demostrado cautamente que no rehusaba asumir el papel de mediador autorizado y discreto entre las partes enfrentadas. Al mismo tiempo, Milán era el núcleo central de las fuerzas antifascistas y partisanas, y asimismo la ciudad donde los fascistas podían todavía esperar no estar del todo aislados y arrollados. Segunda hipótesis: Mussolini decidió el traslado ante una perspectiva de guerra a ultranza, hasta el último hombre, pero también ella enteramente italiana. Sólo un gran centro como Milán podía prestarse para llegar a ser una «Stalingrado de Italia». Pero, siempre en la perspectiva de la guerra a ultranza, Milán servía también como etapa obligada de una marcha, la última marcha, hacia la Valtellina transformada en «reducto», último baluarte y refugio de la república. Allí se reunirían los fieles supervivientes para combatir y morir juntos. Tercera hipótesis: el traslado a Milán considerado como movimiento preliminar y dilatorio antes de decidirse al traslado del Gobierno de la república a Alemania, con el fin de sobrevivir al abrigo de los Ejércitos alemanes, hasta el momento en que las supuestas armas secretas de Hitler hicieran cambiar la suerte del conflicto. Finalmente, cuarta hipótesis: el traslado debe entenderse como simple cobertura de una fuga hacia la salvación personal, hacia la Suiza próxima y neutral.

Cada una de estas hipótesis cuenta a su favor con documentos, testimonios e indicios sugestivamente convincentes, que la presentan como única clave capaz de revelar y poner orden en los acontecimientos que llenaron los últimos días de Mussolini. Pero, en realidad, la elección de una de ellas es imposible, y, aún más, superflua, pese a la evidente incompatibilidad que presentan, y ello es así por la simple razón de que todas, sin excepción, se fundan (y, por consiguiente, corresponden a la verdad) en la medida en que reflejan puntualmente la naturaleza ambigua, la inclinación maniobrera, el impresionable tacticismo del hombre. Por otra parte, hay entre ellas un signo común, revelador del filón más secreto, pero más auténtico, de la personalidad de Mussolini: su vocación a la soledad, con la intolerancia que de ella nace para enfrentarse con la realidad. Todas las explicaciones que se pueden dar del comportamiento de Mussolini desde el momento en que atravesó la cancela de la villa delle Orsoline se hallan bajo el signo de la intolerancia. Irse de las orillas del Garda quería decir liberarse de los alemanes, que le vigilaban, para actuar solo: he aquí las soluciones italianas de la negociación y de la última batalla, he aquí la fuga, abandonando a todos. Incluso el propósito de llegar a Alemania se presenta bajo el mismo signo. El escudo alemán, el confiar en el milagro de unas hipotéticas armas secretas, capaces de invertir el final de la guerra, no eran más que pantallas tras las cuales se escondía la intolerancia a admitir que todo había acabado y, más aún, a admitir que ni siquiera la indulgente soledad, en la que siempre había encontrado expansión, podía ofrecerle ya refugio.

En consecuencia, en el último Mussolini ya no había espacio para la realidad, que estaba fuera de él, ni siquiera el espacio suficiente para otorgar un lugar a la muerte. El 18 de abril ya no quedaba ni una sola posibilidad de negociación que

pudiera tomarse en serio; ni tampoco de combate, de fuga al otro lado de la frontera, de milagro tecnológico-militar. Y, sin embargo, los diez días que transcurrieron entre la partida de Gargnano y la captura en Dongo únicamente estuvieron llenos de perspectivas de solución, que se entrecruzaban y se sobreponían en una secuencia convulsiva y desconcertante. Mussolini jamás tomó seriamente en consideración la realidad de la muerte. Siempre le vemos hablando de ella como espectador o como en pasado, o sea, siempre desde lejos. El encuentro directo con la muerte, el encuentro cercano, voluntario, no en el sentido del suicidio, sino de la viril aceptación del personaje que había pretendido ser hasta el último e inevitable ocaso, encontraba en él una instintiva negativa. «Espero el fin de la tragedia extrañamente alejado de todo; ya no me siento actor, me siento como el último de los espectadores»; son palabras suyas, pronunciadas en marzo de 1945, en el transcurso de una entrevista. Y el 27 de abril, en el momento de la captura, dijo: «Y nadie que me defienda».

Este era el hombre que la tarde del 18 de abril llegó a Milán. «Aquí me siento como en mi casa, es aquí donde debo permanecer y desde aquí debo gobernar», le dijo el día 20 a Rahn, el plenipotenciario de Hitler ante él en Salò y que había acudido a reunírsele en la capital lombarda. En realidad había ido para convencerle de que volviera atrás, que ascendiera por el valle del Adigio y del Isarco para ponerse todavía bajo la protección nazi. Mussolini rechazaba así, el día 20, lo que habría tomado en consideración como último recurso apenas una semana después, cuando ya era demasiado tarde. Los ocho días que Mussolini pasó en Milán, desde la tarde del miércoles 18 hasta la del miércoles 25, los dedicó, sobre todo, al intento de convencer a los jefes de la Resistencia para el traspaso indoloro y honorable de los poderes de la república social: pero era un intento doblemente absurdo. Aquellos poderes de la república social ya eran casi inexistentes, y por ello sus representantes habían perdido toda capacidad contractual; y la contraposición frontal, rezumando sangre, entre la República y la Resistencia incluía cualquier posibilidad de negociación y, por consiguiente, de compromiso. De todas formas, se llevaron a cabo los mencionados intentos. El 22 de abril, Mussolini los confió al ministro del Interior Zerbino y al jefe de la policía general Montagna. La tarde del mismo día recibió al periodista Silvestri, que había estado desterrado después del asunto Matteotti, y que ahora se había ofrecido para servir de intermediario con los hombres de la Resistencia. El *Duce* le entregó una carta suya, pero no firmada, dirigida al partido socialista. Como era incluso demasiado fácil prever, ninguno de los dos pasos que se dieron tuvo continuación. Ni siquiera se tuvo en consideración la carta.

En el ínterin, mientras especulaba, sin una clara visión de la alternativa, sino sólo como un confuso conato de acción, sobre diversos propósitos de una defensa extrema en el «cuadrilátero de Monforte» y en el «reducto» de la Valtellina, Mussolini maduraba la idea de hacer uso de la presunta disponibilidad de la Curia. No está claro cómo tomó cuerpo esta idea en él. Pero los hechos son estos: el industrial Cella, que acababa de comprar a Mussolini el edificio y la tipografía del periódico *Popolo d'Italia*, se entrevistó, la mañana del 24, con el abogado Marazza, representante democristiano y miembro del Comité de Liberación de la Alta Italia (CLNAI), para someterle unas proposiciones poco precisas por encargo del jefe de la república social. La mañana del 25 dichas proposiciones consiguieron un parecer favorable del comité, cosa que parece sorprendente si se compara con la negativa socialista de tomar en consideración la aproximación de Silvestri apenas unas cuarenta y ocho horas antes. Pero, en realidad, se trató especialmente de permitir que el cardenal Schuster actuase de elemento de enlace y que la Curia fuese el lugar material de un eventual encuentro. Además, los jefes de la Resistencia sabían muy bien que el cardenal, como trámite y no como mediador, hacía tiempo que había hecho intervenir a la Curia en las negociaciones secretas entre Aliados y alemanes, con miras a la rendición de estos últimos y dejando en la ignorancia a Mussolini. Podían considerarle, aunque forzando algo la realidad, como ya comprometido a favor suyo. Asimismo sabían que la situación militar había llegado a tal extremo que los Aliados ocuparían toda la Alta Italia, y por consiguiente Milán, dentro de pocos días, y esperaban que los alemanes se rendirían a las cinco de la tarde de aquel mismo día, 25 de abril. Así, pues, para ellos era urgente, no menos que para Mussolini, una solución enteramente «italiana» del problema representado por la moribunda república social.

La entrevista entre Mussolini y los representantes del CLNAI se celebró por la tarde. Él llegó primero y conversó con el cardenal, dándole explicaciones sobre su plan: «En un primer momento», recordaría después el cardenal, «el Ejército y la milicia republicana serían disueltos: luego él se retiraría a la Valtellina con un séquito de tres mil camisas negras». Una hora más tarde llegaron el general Cadorna, comandante del cuerpo de voluntarios de la libertad, el abogado Marazza y el ingeniero Lombardi. Y en seguida se hizo evidente lo que había de ilusorio por ambas partes. El CLNAI exigía la rendición incondicional en el curso de dos horas: no podía permitirse contemporizar ni hacer concesiones. Mussolini se mostraba todavía firme en el traspaso de poderes. Y fue entonces cuando se produjo el golpe teatral. El general Graziani entró en la sala anunciando que acababa de ser informado de que, en aquel mismo instante, los alemanes habían acordado la rendición. Mussolini, sorprendido, cortó la conversación y, prometiendo dar a conocer sus decisiones al cabo de una hora, abandonó precipitadamente la reunión.

Ni siquiera hoy se ha puesto en claro, y quizá no se aclare jamás (como ocurre también con muchos otros puntos discutidos, confusos e incluso misteriosos de las últimas jornadas de Mussolini), la cuestión de si ya conocía o no las negociaciones de rendición por parte alemana. Pero, en el fondo, esto no tiene una importancia decisiva. Considerándolo bien, el anuncio de la inminente rendición de los alemanes le ofreció únicamente un nuevo pretexto, o un nuevo estímulo, para la evasión. Sólo de esta forma puede explicarse su decisión imprevista, como una corazonada, de abandonar en seguida Milán. En realidad, con la rendición de los alemanes o sin ella, la república social había acabado, como acabada estaba también la carrera política de Mussolini. Es más: si él hubiera buscado en verdad a cualquier costa una solución italiana para el drama italiano, la entrega a las fuerzas de la Resistencia de lo que quedaba aún de la república social, comprendida su persona, era la única solución que tenía sentido. Pero, en lugar de ello, Mussolini salió para Como.



Milán, 29 de abril de 1945: los cuerpos de Mussolini y de Claretta Petacci, junto con los de dos personas de su séquito, expuestos en el Piazzale Loreto. A Mussolini lo mataron junto a Claretta Petacci a las 16,10 horas del día 28 de abril. (Keystone)

También la marcha a Como equivalía a una meta polivalente, igual que Milán, aunque en una medida más restringida. Era una etapa hacia la Valtellina (aunque no era la más conveniente: habría sido mucho más seguro el recorrido a través del Lecco y de Sondrio), etapa hacia Suiza,

que estaba a dos pasos, y etapa incluso para un recorrido más largo, hacia Merano.

El viaje de Milán a Como se desarrolló en medio de una confusión enorme de automóviles y de camiones, de jerarcas fascistas en fuga y de soldados alemanes en retirada. Un camión pequeño, que transportaba documentos del archivo personal de Mussolini, se perdió por la carretera y jamás se encontró. En Como la detención duró pocas horas; antes del amanecer ya habían comenzado los preparativos para un nuevo desplazamiento. Entonces pareció que prevalecía el apresuramiento, junto con la impaciencia de liberarse de la insistente e irritante custodia alemana. El teniente Birzer, que mandaba la escolta de las SS, se opuso con las armas a dejar salir el coche de Mussolini del patio de la prefectura de Como. Fue un momento de dramática tensión. No hubiera sido difícil, con todas las probabilidades, arrollar a los alemanes. Pero Mussolini no hizo ni siquiera un gesto, incluso sabiendo que todos le habían abandonado ya a su destino. Así, pues, salió de Como con Porta y con Bombacci, un jerarca y un ex comunista, y tres camiones cargados de miembros de las SS. Se había acordado que el resto de los que le habían acompañado o que se habían unido a él por la noche le seguirían por la mañana. Mussolini se había despedido aquella noche de su mujer, Rachele, que había llegado también a Como el día anterior.

Todavía se forjaba ilusiones de que ella podría llegar a Suiza con los hijos; pero el intento no se vio acompañado por el éxito. Por tres veces las autoridades suizas rechazaron a territorio italiano a Rachele y a los dos hijos menores, Romano y Ana María (en el paso de Ponte Chiasso y en los no muy lejanos de Brogeda y Pizzamiglio); así que ellos y su pequeña escolta tuvieron que regresar nuevamente a Como.

Mussolini no llegó a saberlo nunca. Dejando precipitadamente Como, después de su permanencia en Milán, corría todavía tras la quimera de la Valtellina, y, sin embargo, siempre dispuesto, pese a la aparente resignación a un destino inexorable, para otras soluciones; el trazado del itinerario que recorrió a lo largo de la orilla occidental del lago de Como lo expresa con impresionante evidencia. En efecto, compone, con las líneas de su marcha embarullada, el último retrato, y quizá el más persuasivo, del hombre ambiguo e inaccesible que siempre había sido. Llegaron a Menaggio hacia las cinco y media de la madrugada, y entonces aquella carrera precipitada se detuvo súbitamente. Mussolini necesitaba descansar, y se le preparó un lecho en casa Castelli. Mientras tanto, llegaba también parte de los jerarcas que salieron más tarde de Como, entre ellos Graziani, quien, sin embargo, se separó allí de Mussolini. Pero unas horas después, a mediodía, la columna, en lugar de proseguir a lo largo del lago, se dirigió desde Menaggio hacia la montaña, trepando hasta el hotel Miravalle di Grandola. La frontera suiza estaba tan sólo a ocho kilómetros: era un tentación; y Mussolini permitió que se intentase la posibilidad de cruzarla y ponerse así a salvo. Se encargaron de este cometido Tarchi y Buffarini Guidi. Pero la frontera estaba cerrada y se abandonó el proyecto.

Al llegar a este punto, a este episodio del viaje, surge forzosamente la inquietante sospecha de que la brusca desviación hasta Grandola sólo fue accidental en lo que respecta a la elección del tiempo y del lugar...

Mientras tanto, la radio ya había dado la noticia de la insurrección general. Había partisanos por todas partes, y era de prever que de un momento a otro descubrirían la presencia de Mussolini. Por esta razón, abandonada la idea de la fuga, y abandonada también la idea del «reducto» de la Valtellina, prefirió salir de nuevo, lo más pronto posible, hacia Merano. Pero ya no fue posible. Los alemanes estaban cansados, y como por la noche el hotel podía resultar inseguro, con todos los partisanos alrededor, Mussolini volvió a descender a Menaggio. Por la noche llegó una columna de camiones de la defensa antiaérea alemana, que se dirigía también hacia Merano. Se constituyó entonces una sola columna, con un total de unos cuarenta automóviles y camiones, que partió antes del amanecer del 27, bajo una intensa lluvia. A las 6, la columna se vio detenida poco más allá de Musso por los partisanos, quienes pretendieron que se detuviera en espera de una orden superior para dejarla pasar; esta orden no llegó hasta las tres de la tarde y en ella se daba libertad de paso sólo a los alemanes una vez desarmados, mientras los italianos debían quedarse. Fue entonces cuando Mussolini se puso el capote de un soldado alemán y se escondió en la cabina de un camión militar a fin de evitar el obstáculo del control que los partisanos efectuaban en Dongo.

La columna entró en Dongo hacia las cuatro. Y entonces Mussolini fue fácilmente identificado. El comandante de la formación partisana, perteneciente a la 52.ª Brigada *Garibaldi*, el conde Pier Bellini delle Stelle, (Pedro) le garantizó la vida mientras permaneciese bajo su custodia. El *Duce* le dio las gracias; y en aquel momento, mecánicamente convencional e incoloro, concluyó, en lo que de él dependía, la última escena del quinto acto.

Ahora tenían la palabra los demás. El artículo 29 del «armisticio largo», firmado por Badoglio en Malta el 28 de septiembre de 1943, decía: «Benito Mussolini, sus colaboradores y todas las personas sospechosas de delitos de guerra o hechos análogos... serán inmediatamente detenidos y entregados a las fuerzas de las Naciones Unidas. Todas las órdenes cursadas por las N.U. a este respecto serán observadas». La cobeligerancia italiana, que entró en vigor a partir del 13 de octubre de 1943, no había modificado en nada esta obligación, que el Gobierno italiano y todos sus órganos, comprendido el cuerpo de voluntarios de la libertad que operaba en la Alta Italia al mando del general Cadorna, y por consiguiente también las formaciones partisanas que dependían de él, estaban obligados a respetar sin excepciones. Sin embargo, al aproximarse el final del conflicto, a causa del agudizamiento de la guerra civil y de la radicalización de las líneas políticas en el seno de la Resistencia, se delineó una tendencia, en cierta forma simétrica a la imaginada por Mussolini, de una solución completamente italiana de la lucha que ensangrentaba Italia.

Así, el 6 de abril de 1945, el CLN de Turín aprobaba un decreto de condena y muerte de los miembros del Gobierno fascista y de los jerarcas del partido, haciendo caso omiso de la voluntad de los Aliados; y el 25 de abril, siguiendo esta misma norma, el CLNAI aprobaba la constitución de tribunales de guerra con plenos poderes para juzgar a los responsables de la dictadura fascista y de la guerra civil.

Es aún misterioso y contradictorio el asunto de la sentencia de muerte pronunciada en Milán, apenas llegó, en el transcurso de la tarde del 27 de abril, la noticia de la captura de Mussolini. Pero una cosa es cierta: que la misma se desarrolló bajo el signo del apresuramiento, de la carrera contra el tiempo, para impedir que los Aliados, apoderándose de Mussolini, lo sustrajeran a la Resistencia y, en definitiva, al juicio de los italianos. Era preciso ponerlos ante el hecho consumado, testimonio de una conclusión autónoma de la guerra civil y de la liberación, que debía ser obra exclusiva italiana. La noche del 28, Mussolini fue trasladado a una localidad segura, a salvo de golpes de mano, tanto de los alemanes, como de los fascistas o de los Aliados; esta localidad era Giulino di Mezzegra, a donde llegó después de haber pasado unas horas en Germasino, en la montaña. El «Coronel Valerio» (Walter Audisio) llegó de Milán poco antes de las cuatro de la tarde del sábado 28: era portador de una sentencia de muerte y encargado de su ejecución. Se hizo cargo de Mussolini y de Claretta Petacci, la mujer que le había seguido siempre, y apenas estuvieron fuera de Giulino, habiendo encontrado un lugar adecuado a lo largo de la carretera que desciende hacia el lago, hizo salir a ambos del automóvil y, arrimándolos contra la verja de la villa Belmonte, disparó gritando: «¡Os mato!». No logró matarlos con la metralleta que empuñaba, pues se le encasquilló. Disparó entonces con el revólver, y luego todavía fue precisa la intervención de otra metralleta, la de su acompañante «Pietro» (Michele Moretti).

Eran las cuatro y diez del día 28 de abril.

Lo que sucedió después ya no atañe para nada a Mussolini.



Benito Mussolini (a la izquierda) y Claretta Petacci en sus ataúdes antes de recibir sepultura. *(Keystone)*



LOS AMERICANOS EN EL ELBA

Alemania y Austria, marzo-mayo 1945

Martin Blumenson



(US Army)

Todavía hoy se discute si fue acertada o no la decisión de Eisenhower de detenerse en el Elba en lugar de seguir avanzando hacia Berlín, como a la sazón estaban haciendo los soviéticos. ¿Debió intentarlo? ¿Lo hubiera conseguido? ¿Habría valido la pena? En estas páginas, Martin Blumenson examina detenidamente este problema.

Cuando, a fines de marzo, las fuerzas aliadas cruzaron el Rhin, las tropas que se hallaban más próximas a Berlín se encontraban a 440 km de distancia de la ciudad. En cambio, los rusos se habían apoderado de una cabeza de puente en la orilla occidental del Oder, sólo a unos 50 km de la capital alemana. Allí, el Ejército ruso se concedió una pausa, probablemente para reorganizar las fuerzas y permitir que afluyeran los abastecimientos a primera línea. Y puesto que era evidente que los rusos podrían conquistar Berlín en cualquier momento, Eisenhower opinó que la ciudad estaba demasiado lejos para constituir un objetivo alcanzable por parte de sus fuerzas.

Considerando Berlín como ya prácticamente conquistada por los soviéticos, Eisenhower pensó en hacer converger el esfuerzo principal del sector septentrional con el central del frente. El Grupo de Ejércitos XII y no el XXI sería sin duda el encargado de realizar el avance decisivo a través de la llanura alemana hasta el Elba. Y a ello concurrían diversas razones:

- El hecho de que el Grupo de Ejército XII se hallase en posición central significaba que podría aprovechar más rápidamente los puntos de paso ya conquistados en Remagen y en Oppenheim y marchar luego hacia el Este, dividiendo en dos Alemania; y una Alemania cortada por la mitad sería mucho más vulnerable.
- La conquista del área Leipzig-Dresde privaría a los alemanes del último gran complejo industrial que aún poseían.
- El Grupo de Ejércitos XII era una de las fuerzas más ingentes, y además podría ser ulteriormente reforzada, transfiriéndole el Ejército 9 americano una vez ultimado el cerco del Ruhr, tanto más cuanto que el nuevo Ejército 15 estaba en situación de poder efectuar por sí mismo el rastrillamiento y el control de las zonas ocupadas.
- Una ulterior justificación eran los insistentes rumores según los cuales se había creado una última y sólida línea defensiva, denominada *Alpenfestung*, en los Alpes; si un grupo de nazis fanáticos se atrincheraba en aquellas zonas, prácticamente inaccesibles, podrían prolongar la guerra mucho más tiempo. Un enérgico ataque, desencadenado en las regiones centrales de Alemania permitiría a los Aliados efectuar un vigoroso y rápido movimiento hacia el Sur para eliminar cualquier eventual reducto.
- Por último, con una frase poco afortunada, en el curso de una conferencia de prensa celebrada en enero (en el curso de la cual se atribuyó el mérito de haber ganado la batalla de las Ardenas) Montgomery se había enajenado la simpatía de la opinión pública americana, así como de las altas autoridades civiles y militares, que estaban convencidas de la oportunidad de que el Ejército 9 volviese a estar bajo el mando americano.

Infantes americanos en acción de limpieza en las ruinas de unas instalaciones del Ruhr. Los días 4 y 5 de abril de 1945, respectivamente, los Ejércitos 1 y 9 americanos iniciaron las operaciones para apoderarse de la zona del Ruhr; el día 8 habían dominado prácticamente toda resistencia organizada alemana. *Foto 6.86*



Desconocedor del cambio que proyectaba Eisenhower, el 28 de marzo Montgomery impartió una directiva de acuerdo con el plan establecido desde hacía tiempo, previendo un avance por parte del Ejército 2 británico y del Ejército 9 americano, a las órdenes del Grupo de Ejércitos XII, hasta el Elba. Después de reunirse con el Ejército 1 americano al este del Ruhr, en las cercanías de Paderborn, los americanos debían establecerse a lo largo del Elba, en el trecho comprendido entre Magdeburgo y Wittenberg, y los ingleses guarnecer el curso del citado río desde Wittenberg a Hamburgo. El objetivo confiado al Ejército 1 canadiense, que operaba a la izquierda de los ingleses, era abrir una ruta para los abastecimientos a través de Arnhem y avanzar hacia el Norte, para liberar las regiones nororientales de los Países Bajos, asegurarse el control de la faja costera alemana hasta el Weser y liberar, por último, la zona occidental de Holanda.

Pero aquel mismo día –era el 28 de marzo– Eisenhower anunció el nuevo plan. Una vez cercado el Ruhr, el Ejército 9 pasaría otra vez a las órdenes de Bradley y el Grupo de Ejércitos XXII conduciría la ofensiva principal hacia el Este, a lo largo de la dirección Kassel-Erfurt-Leipzig-Dresde, para enlazar con los rusos en el Elba. Paralelamente, debía lanzarse una ofensiva que protegiera los flancos a lo largo de la dirección Regensburg-Linz. Una vez Bradley llegara al Elba, Montgomery podría disponer nuevamente del Ejército 9, si ello era necesario. Pero hasta aquel momento, el objetivo principal de Montgomery sería proteger el flanco septentrional de Bradley, mientras Devers se ocupaba de proteger el flanco meridional.

«Graves y enormes problemas»

Entonces Churchill, contrariado, llamó a Eisenhower y al Presidente Roosevelt a fin de que se revisara este plan; Churchill opinaba que la decisión de Eisenhower constituía una afrenta para las fuerzas británicas y deploraba el retraso de los americanos en atacar en dirección a Berlín. El día 1 de abril envió a Roosevelt el siguiente mensaje: «Francamente, creo que Berlín continúa siendo un objetivo de gran importancia estratégica. Nada podrá ejercer un efecto psicológico tan negativo sobre las fuerzas alemanas como el producido por la caída de Berlín. Para el pueblo alemán ello sería un decisivo símbolo de la derrota». Los soviéticos –añadía Churchill– estaban a punto de entrar en Viena. Si también conseguían atribuirse el mérito de la conquista de Berlín, ello podría dar una impresión exagerada del peso de su contribución a la victoria, dando lugar, en el futuro, a «graves y enormes problemas».

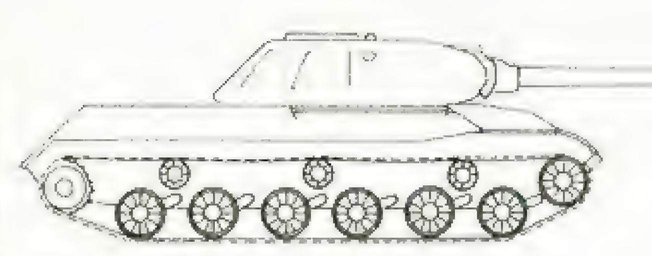
Roosevelt y Eisenhower aseguraron a Churchill que no deseaban, en lo más mínimo, disminuir la contribución británica a la campaña de Alemania y Eisenhower explicó que, una vez alcanzado el Elba, probablemente trasladaría fuerzas americanas al Grupo de Ejércitos XXI para ponerlo en condiciones de lanzarse al otro lado del río, por lo menos para aislar la península de Jutlandia. Mas, hasta aquel momento, creía que era de la máxima importancia mantener sus fuerzas concentradas en la parte central del frente. Si lograba conquistar Berlín, resolvería las cosas de manera que el honor se repartiera, por igual, entre británicos y americanos. No obstante, en su opinión, Berlín, en cuanto objetivo militar, había perdido toda su importancia y no justificaba el gran esfuerzo que requería su conquista.

Eisenhower ignoraba que Stalin había reaccionado inmediatamente ante la noticia, recibida el 31 de marzo, de que los Aliados avanzarían a lo largo de la dirección Leipzig-Dresde antes que hacia Berlín. Con anterioridad Stalin había dicho que la ofensiva en el frente de Berlín no se reanudaría antes de la segunda mitad de mayo. Sin embargo, el 1 de abril convocó a los jefes de los dos frentes más cercanos a la capital alemana para

LOS ÚLTIMOS CARROS DE COMBATE

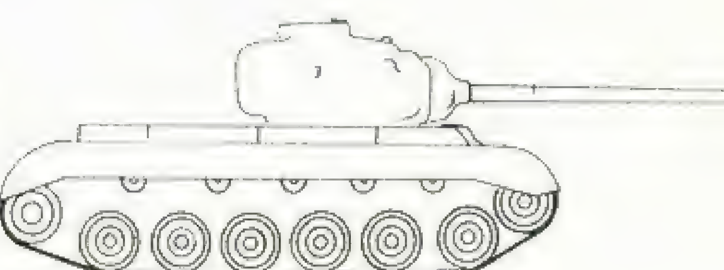
Pershing «T-25E-1»

El *Pershing* era el mejor y el más moderno carro de combate americano de la última guerra, tenía una silueta baja y una coraza bien angulada, a fin de obtener una mínima incidencia; un *Pershing* resistía más de 13 impactos consecutivos, disparados a una distancia de 1100 m por un cañón de 75 mm de un carro de combate alemán, sin que el casco permitiera la penetración completa. Además, en potencia de fuego superaba, con su cañón de 90 mm, a su mayor rival, el *Tigre Mark VI*. **Tripulación**: 5 hombres. **Longitud**: 6,23 m. **Peso**: 34,7 t. **Autonomía**: 120 km. **Velocidad máxima**: 32 km/h. **Armamento**: un cañón de 90 mm, una ametralladora de 12,7 mm y otra de 7,62 mm. **Coraza**: 89 mm de espesor.



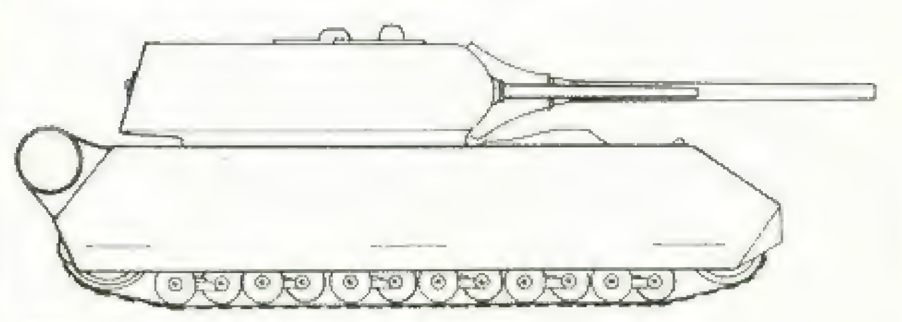
JS-3

Era una versión mejorada de la serie *JS*, dotado de una torreta de nuevo diseño y de láminas de mayor espesor y más inclinadas para conseguir una mayor resistencia a los proyectiles. Apareció en 1945 e iba armado con un cañón de 122 mm.



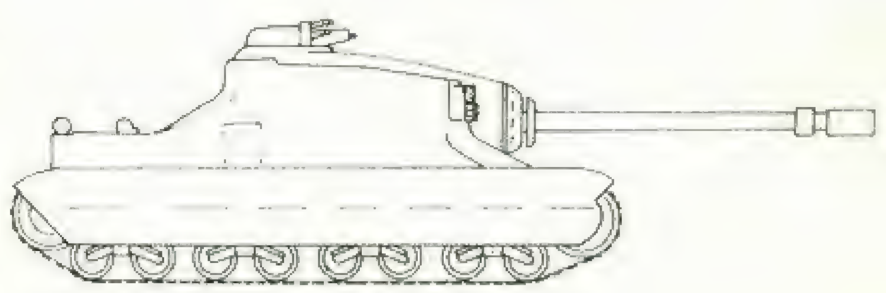
Pershing

Se construyó para sustituir al *M-6*, cuyo peso creaba verdaderos problemas para el transporte: en efecto, los americanos habían comprobado que era más fácil embarcar dos carros de combate medios de 35 toneladas cada uno, que un carro de combate de 65 toneladas.



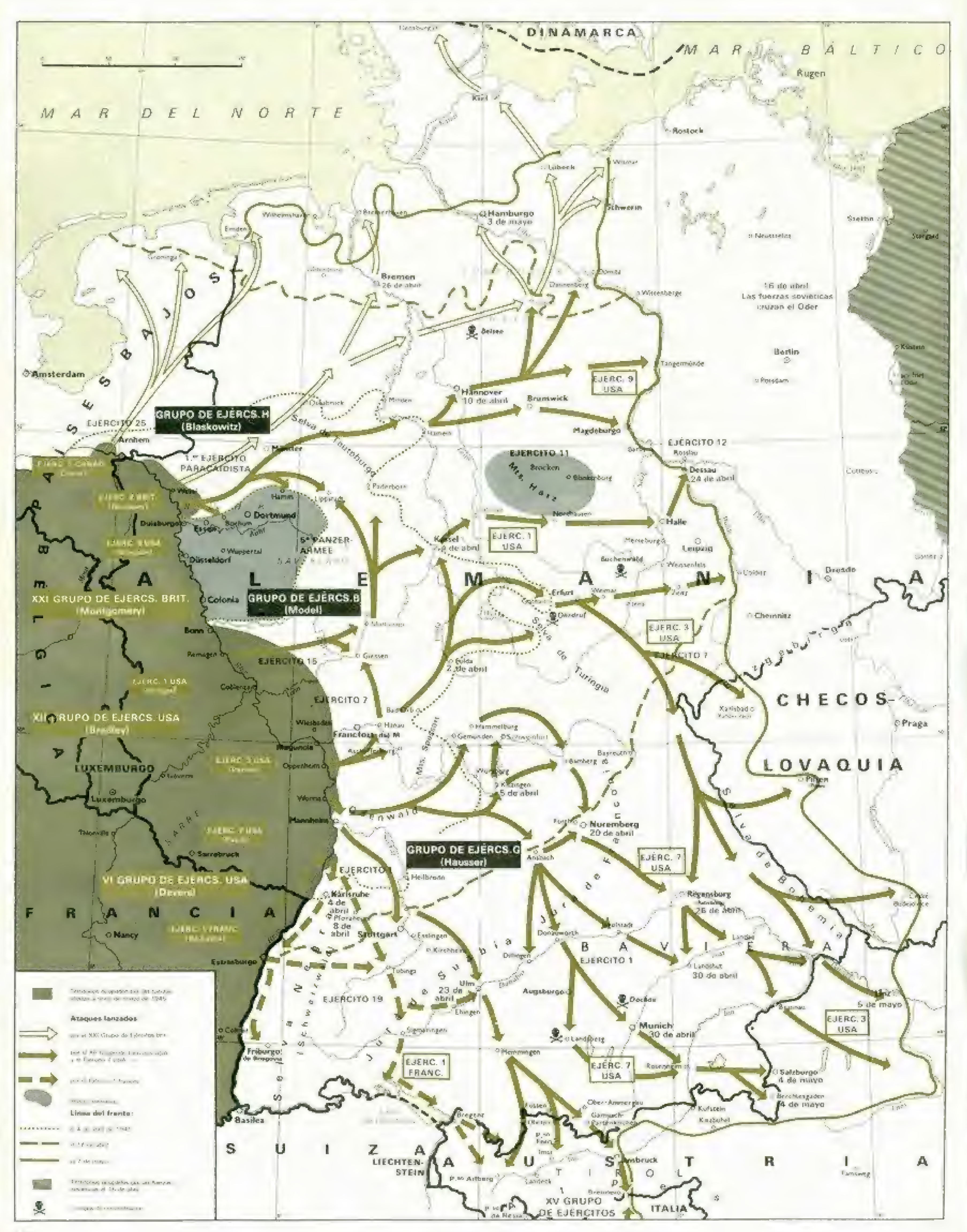
Maus

Fue el último gigante de los vehículos acorazados alemanes; apareció a principios de 1945 y únicamente se construyeron dos prototipos. El *Maus* montaba un gran cañón de 128 mm y uno coaxial de 75 mm; pero su peso y sus proporciones excesivas hacían que fuera lento y de difícil maniobra.



Tortoise

Carro de combate pesado británico construido al final de la guerra como prototipo experimental. Al igual que el alemán *Maus*, no se utilizó nunca en combate y sólo se construyeron cinco unidades.



DINAMARCA
MAR BÁLTICO
Rugen
MAR DEL NORTE
Rostock
Hamburgo
3 de mayo
Schwerin
Bremen
26 de abril
16 de abril
Las fuerzas soviéticas
cruzan el Oder
PAISES BAJOS
Amsterdam
Berlin
Hannover
10 de abril
Brunswick
EJERC. 9
USA
GRUPO DE EJÉRCS. H
(Blaskowitz)
EJERCITO 25
Arnhem
Magdeburgo
EJÉRCITO 12
1.er EJÉRCITO
PARACAIDISTA
EJERCITO 11
Mts. Harz
Dessau
24 de abril
Dortmund
5ª PANZER-
ARMEE
Kassel
EJERC. 1
USA
Halle
Leipzig
Düsseldorf
Dresde
ALEMANIA
XXI GRUPO DE EJERCS. BRIT.
(Montgomery)
Colonia
GRUPO DE EJÉRCS. B
(Model)
Erfurt
Chemnitz
Bonn
EJERC. 3
USA
EJÉRCITO 15
EJÉRCITO 7
Selva de Turingia
Fulda
2 de abril
EJÉRCITO 7
CHECOSLOVAQUIA
XII GRUPO DE EJERCS. USA
(Bradley)
Praga
LUXEMBURGO
Luxemburgo
Mannheim
Nuremberg
20 de abril
GRUPO DE EJÉRCS. G
(Hausser)
EJÉRC. 7
USA
VI GRUPO DE EJERCS. USA
(Devers)
Karlsruhe
4 de abril
8 de abril
Stuttgart
Regensburg
26 de abril
FRANCIA
Nancy
Estrasburgo
BAVIERA
EJERCITO 1
Landshut
30 de abril
Ulm
23 de abril
EJÉRCITO 19
Augsburgo
Munich
30 de abril
5 de mayo
EJERC. 3
USA
EJERC. 1
FRANC.
EJÉRC. 7
USA
Salzburgo
4 de mayo
Berchtesgaden
4 de mayo
Basilea
SUIZA
LIECHTENSTEIN
AUSTRIA
TIROL
XV GRUPO
DE EJÉRCITOS
ITALIA
Ataques lanzados
Línea del frente







1. A primeros de abril de 1945, Eisenhower, en el sector del Ejército 3, efectuó una visita al campo de concentración de Ohrdruf, el primero al que llegaron las fuerzas americanas. En tierra pueden verse todavía los cadáveres de algunos prisioneros, brutalmente asesinados antes de la llegada de los americanos. 2. Ohrdruf: Eisenhower escucha atentamente a un prisionero que le relata, de viva voz, las atrocidades perpetradas por los alemanes. Profundamente impresionados por el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos, los americanos obligaron al *Burgermeister* de Ohrdruf y a su esposa a visitar el campo de concentración: de regreso a su casa, ambos se suicidaron. 3. En el campo de concentración de Landsberg, en el sector del Ejército 7, elementos de la población civil alemana proceden a retirar los cuerpos carbonizados de los prisioneros. *(US Army) (Associated Press)*

preguntarles con qué rapidez podrían organizar un ataque contra la ciudad. ¿Cuál era el motivo de tanta prisa? «Los Aliados –dijo– están intentando alcanzar Berlín antes que el Ejército ruso». Así, entre el 5 y el 13 de abril, mientras los Aliados se lanzaban impetuosamente al Oeste a través de casi 250 km en las regiones centrales de Alemania, los soviéticos se prepararon para desencadenar una ofensiva desde la cabeza de puente del Oder hacia la capital del Reich.

Pese a las reiteradas objeciones de los ingleses, el plan propuesto por Eisenhower el 20 de marzo permaneció inalterado. Los Aliados cercarían el Ruhr, realizando el mayor esfuerzo con el Grupo de Ejércitos XII a través de Alemania central para reunirse con los rusos en el Elba. Entre tanto, los Ejércitos aliados se habían lanzado ya al ataque desde las cabezas de puente anteriormente conquistadas en la orilla oriental del río.

Sólo quedan 26 divisiones alemanas

A fines de marzo Albert Kesselring, comandante en jefe alemán del sector occidental, tenía a sus órdenes, lo mismo que Eisenhower, tres Grupos de Ejércitos. El Grupo de Ejércitos H de Blaskowitz había desplegado su Ejército 25 en Holanda y el 1.er Ejército paracaidista a lo largo del trecho meridional del Rhin en Alemania. El Grupo de Ejércitos B de Model, con la 5.ª *Panzerarmee* y el Ejército 15, defendían el Ruhr. Finalmente, el Grupo de Ejércitos G de Hausser desplegaba los Ejércitos 7 y 1 al Sur hasta la frontera suiza.

El orden de batalla alemán sobre el frente occidental parecía revelar la existencia de más de sesenta divisiones. Pero, en realidad, casi todas ellas eran poco más que los restos de unidades reagrupadas en torno a Estados Mayores divisionarios. En muchos casos se trataba de *Kamfgruppen* (grupos de combate), cuyos efectivos eran inferiores a los de un regimiento o de una brigada. Probablemente ninguna división reunía el mínimo reglamentario de hombres, armamento y equipo.

Según las valoraciones de los Servicios de Información aliados, las unidades alemanas desplegadas representaban el equivalente de unas veintiséis divisiones completas.

En el intento de salvar algo en aquel proceso de desintegración, Blaskowitz avanzó una sugerencia que irritó a Kesselring y enfureció a Hitler. Blaskowitz pedía permiso para transferir al Ruhr sus dos Cuerpos de Ejército más meridionales, de manera que pudiesen combatir en unión del Grupo de Ejércitos B, haciendo replegar al mismo tiempo unos 80 km al resto del 1.er Ejército paracaidista. Dejando a su espalda una zona casi enteramente llana, estas fuerzas podrían retrasar la marcha del enemigo en la selva de Teutoburg. Allí, en su opinión, sería posible organizar una defensa más eficaz y al mismo tiempo cubrir la retirada del Ejército 25 de los Países Bajos.

La reacción de Hitler fue insultante para Blaskowitz: inmediatamente le envió un «ayudante», ex jefe del 1.er Ejército paracaidista, general Student, con la misión de intervenir en las decisiones de Blaskowitz. Éste, según las órdenes de Hitler, debía resistir enérgicamente en las posiciones en que se hallaba, mientras Student desencadenaría una contraofensiva –con un Ejército de formación provisional y prácticamente inexistente– a fin de restablecer el frente a lo largo del Rhin.

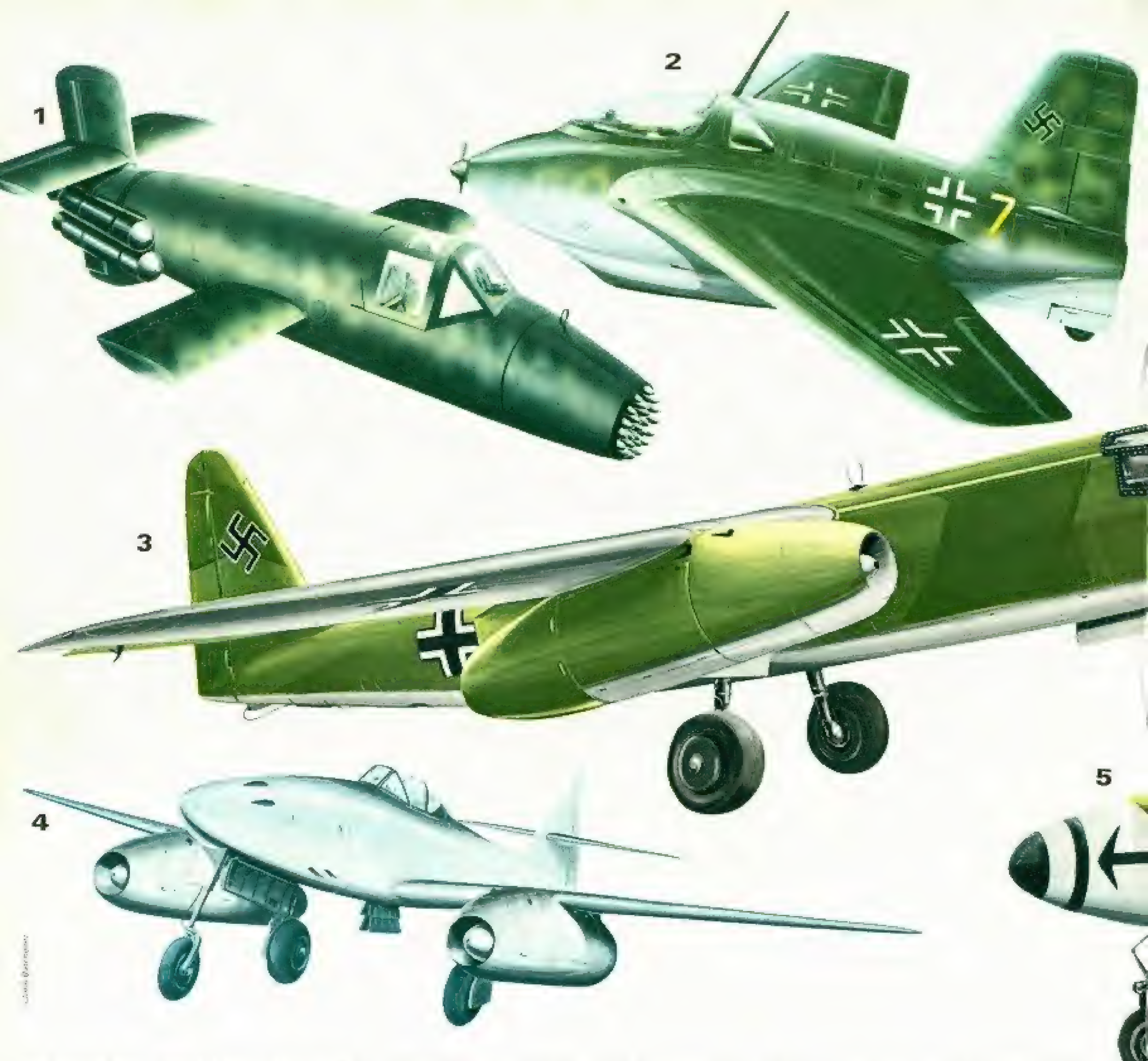
Pero era evidente que tal solución era imposible, y les gustara o no a Hitler y a Kesselring, el 1.er Ejército paracaidista pronto se vería obligado a retirarse.

Sólo con que los Ejércitos alemanes del frente occidental lograran contener a los Aliados durante unas pocas semanas más –insistía Hitler–, la batalla contra las fuerzas soviéticas a lo largo de la línea de los ríos Oder-Neisse podría ser favorable para Alemania. Si Kesselring lograba retrasar lo suficiente el avance angloamericano, Hitler podría formar una nueva reserva reuniendo en las montañas del Harz, en el corazón de Alemania, todos los hombres útiles de que aún disponía el país. Esta nueva fuerza, que se llamaría Ejército 12, debería actuar contraofensivamente, dividiendo a los Ejércitos aliados, haciéndoles vacilar y ganando al fin la guerra en una grandiosa y gloriosa batalla. Evidentemente se trataba tan sólo del sueño de un loco.

Los americanos irrumpen desde las cabezas de puente

Las tropas del Ejército 1 americano desplegadas en la cabeza de puente de Remagen sabían que el permiso de avanzar sólo les llegaría cuando también el Grupo de Ejércitos XXI lograse atravesar el Rhin. Soportando con paciencia las acusaciones de «excesiva moderación» lanzadas por los corresponsales de la prensa, Hodges desenca

Después de la penetración al este del Rhin, efectuada por los Ejércitos 1, 3 y 9 americanos, Eisenhower dictó el 28 de marzo de 1945, el plan definitivo para el avance aliado en Alemania. En el mes de abril, mientras algunas unidades de los Ejércitos 1 y 9 se hallaban empeñadas en la eliminación de la bolsa del Ruhr, el grueso del Grupo de Ejércitos XII, que tenía la misión de llevar a cabo la ofensiva principal, realizó rápidos avances: el 24 de abril, el Ejército 9 se encontraba sobre el Elba y el Ejército 1 había alcanzado el río Mulde, en tanto el 3, después de haber llegado también al Mulde, se dirigía al Sudeste, a lo largo del valle del Danubio. Al mismo tiempo, por el Norte, el Grupo de Ejércitos XXI rastrillaba los Países Bajos y la costa alemana, avanzando después hacia el Báltico. El Ejército 7 se había dirigido al Sur, y una vez cruzado el Danubio, alcanzaba la frontera austríaca hacia el 1 de mayo; en esta misma dirección se lanzó también el Ejército 1 francés, después de haber puesto cerco al Ejército 19 alemán en la Selva Negra.



denó únicamente algunos ataques de objetivo limitado para asegurarse el control de las carreteras y de los puntos clave que le permitirían dar el salto adelante apenas recibiese la autorización.

La orden dada al Grupo de Ejércitos XII de Bradley, de que comenzase dicho avance, reflejaba un plan de maniobra que el mismo Bradley y Eisenhower habían elaborado conjuntamente. El Ejército 1 americano de Hodges y el Ejército 3 de Patton debían constituir una gran cabeza de puente de casi 150 km desde el río Sieg, al Norte, hasta el Main, al Sur, remontando luego el valle del Lahn hasta Kassel. Aquí formarían la rama meridional de un doble movimiento de tenaza en torno al Ruhr, donde se encontrarían también con el Ejército 9 de Simpson procedente del Norte.

El 25 de marzo, dando paso a la acción de penetración, los hombres del Ejército 1 advirtieron que los alemanes eran demasiado débiles para oponerse al avance de los tres poderosos Cuerpos de Ejército americanos. En sólo dos días, algunas unidades avanzaron más de 70 km al este del Rhin y superaron, impetuosamente, el río Dill en tres puntos, aniquilando a un Cuerpo de Ejército alemán y aislando al Ejército 15. Avanzando rápidamente entre la retaguardia enemiga, el III, el V y el VII Cuerpos de Ejército cubrieron otros 30 km, apoderándose de Marburgo y de Giessen, en el alto curso del Lahn. En la zona del Ejército 3, el Cuerpo de Ejército XII irrumpió desde la cabeza de puente de Oppenheim y rápidamente alcanzó Hanau y Aschaffenburg, sobre el Main, y, por último, avanzó otros 50 km hasta alcanzar Giessen estableciendo contacto con el Ejército 1.

Había llegado el momento de que Bradley efectuase la conversión hacia el Norte, a fin de realizar la conjunción con el Ejército 9 y el consiguiente cerco del Ruhr. Así, pues, desviando el Ejército 1 hacia Padeborn, lanzó el 3 hacia Kassel; se trataba de objetivos situados ya entre 100 y 130 km al este del Rhin.

Patton envió en dirección a Kassel los Cuerpos de Ejército XII y XX, y los progresos realizados el 29 y el 30 daban la impresión de ser una simple marcha. Los americanos rompieron el ala septentrional del Ejército 7 alemán, aislaron a los Cuerpos de Ejército LXXXIV y al LXXXIX, abrieron una gran brecha entre los Grupos de Ejércitos B y G y combatieron con el Cuerpo LXXXII del Ejército 7 alemán y lo arrollaron. El 2 de abril un batallón americano ocupó fácilmente Fulda; en Kassel, sin embargo, fueron precisos cuatro días de duros combates para conseguir que los alemanes se rindieran (4 de abril).

Al Sur, el Cuerpo de Ejército XII entró en el campo de Bad' Orb, liberando 6500 prisioneros; en Meiningen ocupó una fábrica de armas portátiles, así como el depósito central, donde se hallaban las listas con los nombres de todos los prisioneros de guerra en Alemania, y, en una mina de sal cerca de Merkers, se apoderaron de las reservas de oro alemanas, de gran cantidad de valores y de obras de arte de valor inestimable.

La ofensiva era un continuo alternar de violentos pero breves encuentros, con defensores irreductibles, y de rápidos avances durante los cuales no había otra cosa que hacer que «limpiar» el terreno. Con frecuencia, la forma de la defensa dependía más del jefe local que del número de soldados disponibles. Los nazis convencidos combatían con una energía increíble, pero los demás oponían solamente una resistencia simbólica.

LOS PRIMEROS AVIONES A REACCIÓN: ÚLTIMA ESPERANZA DE HITLER

En 1942, los alemanes ya habían logrado producir un birreactor de caza, el *ME-262*. En este campo lograron progresos muy superiores a los de los Aliados: pero las altas jerarquías alemanas tardaron mucho en darse cuenta de la enorme importancia de este hecho y sólo a finales de 1943 iniciaron la producción en serie de este tipo de aviones. El primer Grupo de cazas a reacción se constituyó en noviembre de 1944, mas hasta 1945 Hitler no concedió la prioridad a la producción de estos aparatos. De todos los tipos que aparecen representados en estas páginas, el *ME-262* fue el más utilizado; sin embargo, entró en acción demasiado tarde y su número fue muy exiguo para que influyera en las operaciones bélicas. Se construyeron alrededor de 1400 unidades, pero sólo se utilizaron en combate unos 200. No obstante, los resultados conseguidos contra las formaciones de bombarderos diurnos demostraron que, de haberse fabricado antes y en mayor cantidad, estos aviones hubieran podido arrebatar fácilmente a los Aliados la superioridad aérea. El viejo refrán "demasiado pocos y demasiado tarde" se adapta perfectamente a los aviones a reacción alemanes. Del *Arado 234*, primer bombardero a reacción, sólo se utilizaron unas pocas unidades, mientras el *Natter* ni siquiera llegó a entrar en acción. El avión cometa *Messerschmitt 163 Komet* consiguió éxitos realmente clamorosos contra los bombarderos aliados

1. Bachem «BA-349B» Natter

Tripulación: 1 hombre. **Envergadura:** 3,96 m. **Longitud:** 6,48 m. **Peso:** 2177 kg. **Velocidad máxima:** 950 km/h. **Armamento:** 24 cohetes de 55 mm.

2. ME-163

Tripulación: 1 hombre. **Envergadura:** 9,32 m. **Longitud:** 5,69 m. **Peso:** 4309 kg. **Velocidad máxima** 970 km/h. **Armamento:** 2 cañones de 30 mm y 24 cohetes de 55 mm.

3. ARADO «234B»

Tripulación: 1 hombre. **Envergadura:** 14,11 m **Longitud:** 12,64 m. **Peso:** 8410 kg. **Velocidad máxima:** 743 km/h. **Armamento:** 2 ametralladoras de 20 mm.

4. ME-262A-1a

Tripulación: 1 hombre. **Envergadura:** 12,48 m **Longitud:** 10,60 m. **Peso:** 6396 kg **Velocidad máxima:** 965 km/h. **Armamento:** 4 cañones de 30 mm y 24 cohetes de 50 mm.

5. HE-162A-2

Tripulación: 1 hombre. **Envergadura:** 7,20 m **Longitud:** 9,04 m. **Peso:** 2486 kg. **Velocidad máxima:** 840 km/h. **Armamento:** 2 cañones ligeros de 20 mm.



La primera «cámara de los horrores»

En los suburbios de la ciudad de Ohrdruf, los americanos se encontraron por vez primera con un campo de concentración. Aunque pequeño, constituía un verdadero campo de los horrores. Al visitarlo, Eisenhower palideció y Patton se sintió mal; Walker, comandante del Cuerpo de Ejército obligó a visitarlo al *Burgermeister* de la ciudad y a su mujer; y al regresar a su casa, ambos se suicidaron.

Mientras tanto el Ejército 1 había emprendido la marcha para acercarse a Paderborn, que distaba de Giessen unos 100 km. Una *Task Force* acorazada se dirigió en aquella dirección, cumpliendo órdenes que decían simplemente: «Adelante a marchas forzadas». En un solo día la unidad cubrió cerca de 70 km sin perder un solo hombre, pero el 30 de marzo tuvo que detenerse a 10 km de Paderborn al chocar con una fuerte línea defensiva guarnecida por fanáticos contingentes de las SS. En este lugar se trabó un duro combate.

El 31 de marzo, Collins, el comandante del Cuerpo de Ejército VII llamó por teléfono a Simpson al puesto de mando del Ejército 9: «Bill –dijo Collins– estoy preocupado porque mis hombres se han dispersado demasiado». ¿Podría Simpson dirigir algunas unidades hacia la ciudad de Lippstadt a fin de ejercer cierta presión sobre los alemanes que defendían Paderborn? En caso afirmativo Collins enviaría algunos de sus elementos a fin de que se unieran a los de Simpson en Lippstadt.

Dos días antes Simpson había iniciado su avance en la orilla oriental del Rhin. Envió al Cuerpo de Ejército XVI a lo largo del límite septentrional del Ruhr; al Cuerpo de Ejército XIX, primero a Ham (esto es, junto a la punta nororiental del Ruhr) y después a reunirse con el Ejército 2 en Paderborn, y, finalmente, al Cuerpo de Ejército XIII en dirección Nordeste, hacia Munster. Estos movimientos dividieron en dos al Ejército paracaidista alemán, obligando a su ala derecha a retirarse hacia la selva de Teutoburg. Como sus tropas hallaban tan sólo una oposición esporádica, Simpson pudo atender fácilmente la petición de Collins, enviando hacia Lippstadt una columna acorazada. Poco antes del amanecer del día 1 de abril, carros de combate del Ejército 9 y del 1 se encontraron en Lippstadt: el cerco del Ruhr quedaba así completado.

En una bolsa de 120 km por 50 se hallaba el Grupo de Ejércitos B, junto con la 5.ª *Panzerarmee* completa, el grueso del Ejército 15 y dos Cuerpos de Ejército del 1.er Ejército paracaidista: en conjunto, siete Cuerpos de Ejército y diecinueve divisiones. Se calculaba que en la bolsa debían encontrarse cercados unos 150.000 hombres.

Model, jefe del citado Grupo de Ejércitos B, había previsto este cerco y el 29 de marzo comunicó a Kesselring los términos de la situación. Manifestando haber perdido todo contacto con el Ejército 15 y que sus reservas consistían tan sólo en un mando de Cuerpo de Ejército, dos grupos de combate y una división de infantería parcialmente reconstituida, confesó no estar dispuesto a oponer una resistencia desesperada entre las ruinas de las instalaciones, las minas y las ciudades del Ruhr. Aún creía poder resistir, así cercado, hasta mediados de abril, aproximadamente; pero si no se organizaba desde el exterior de la bolsa un ataque decisivo, el Grupo de Ejércitos estaba destinado a una completa aniquilación. ¿Podía

retirarse inmediatamente del Ruhr para salvar las tropas y reservarlas para una batalla más importante en las regiones centrales de Alemania? Kesselring le respondió que no.

No obstante Kesselring intentó inmediatamente reunir una fuerza que estuviera en condiciones de lanzar un contraataque desde el Este, en la dirección de Kassel, y abrir de nuevo la bolsa del Ruhr.

Para guiar este ataque, Hitler aprobó que se empleara el mando del Ejército 11, recién constituido después de haber probado su valor en el frente oriental. Operando directamente a las órdenes de Kesselring, este Ejército debía alcanzar el Ruhr y disponer una sólida línea defensiva a lo largo del Wesser, a 65 km al este de Paderborn.

Pero muy pronto todos estos proyectos demostraron ser tan sólo teorías faltas de contenido. El 3 de abril ya era evidente que el citado Ejército 11 no estaba en situación, ni mucho menos, de impedir que los americanos atravesaran el Wesser. Y el 4 de abril, toda esperanza del salvar a Model y a sus hombres cercados en el Ruhr se había desvanecido por completo.

Ataque combinado contra el Ruhr

El 2 de abril se reunieron representantes de los Ejércitos 1 y 9 aliados a fin de decidir la forma de eliminar la bolsa del Ruhr. En el curso de estas reuniones se estableció que el río Ruhr constituyese el límite de sector entre los dos Ejércitos, los cuales avanzarían hacia el curso de agua con un movimiento convergente efectuado por unos cuatro Cuerpos de Ejército. Al mismo tiempo ambos Ejércitos continuarían avanzando hacia el Este a lo largo de las respectivas direcciones.

Dos Cuerpos de Ejército del Ejército 9 desencadenaron un verdadero ataque el 4 de abril. La batalla se desarrolló a lo largo del canal Rhin-Herne pero una vez vencidas estas defensas, el subsiguiente desarrollo de las operaciones resultó tan irregular como imprevisible. Una ciudad cualquiera podía estar o sólidamente guarnecida o completamente abandonada, y no había medio de saberlo de antemano. Se necesitaron cuatro días para conquistar Hamm, en cambio en Duisburg las fuerzas americanas entraron sin hacer un solo disparo. No se registró resistencia alguna en Essen, pero en Dortmund se tropezó con una tenaz oposición. A veces el *Burgermeister* de una ciudad salía al encuentro de los americanos con bandera blanca, para indicar que no había resistencia. Otras veces las tropas alemanas tenían que ser aplastadas con la artillería, los carros de combate y los ataques de la infantería.

El Ejército 1 inició el ataque el día 5 de abril. En un principio los alemanes defendieron casi todas las ciudades y pueblecillos, así como la mayor parte de las líneas defensivas naturales, pero seis días después, o sea el 11 de abril, renunciaron prácticamente a defender las alturas y zonas boscosas, ofreciendo su resistencia sólo en las ciudades y pueblos situados a lo largo de las carreteras principales; en algunos casos las tropas de vanguardia encontraron puentes intactos dispuestos para ser demolidos con cargas explosivas. En Wuppertal los americanos se sirvieron de la red telefónica civil para intentar convencer –aunque inútilmente– al síndico de que entregara la ciudad sin oponer resistencia. En cambio, en otras localidades, los americanos, por medio de altavoces colocados en los carros de combate, pidieron y obtuvieron la inmediata rendición.

El 14 de abril, al sur del río la bolsa estaba dividida en dos zonas, la más extensa de las cuales –la occidental– comprendía las ciudades de Düsseldorf y Wuppertal. Durante otros dos días las fuerzas de ataque debieron hacer frente a un intenso fuego defensivo, pero después, la rendición en masa llegó a ser un fenómeno frecuente. De un momento a otro se esperaba el hundimiento total.

La cuestión fundamental: ¿rendirse?

Una vez ultimado el movimiento de tenaza americano del 1 de abril, fracasado el intento alemán de penetración por el Sur y, lo que era más alarmante, perdida toda esperanza de recibir ayuda del exterior, el comandante y oficiales del Estado Mayor de las fuerzas alemanas cercadas en el Ruhr discutieron la cuestión del sí, del cuándo y del cómo rendirse. No obstante, todos estaban convencidos de que valía la pena resistir en el interior de la bolsa. En efecto, teniendo empeñadas a más de 18 divisiones americanas, esperaban poder obstaculizar, cuando no impedir, la marcha de los Aliados hacia el Este a través de Alemania.

Pero el 7 de abril, al conocerse la noticia de que los americanos seguían avanzando hacia el Este pese a tener empeñadas tantas unidades, esta esperanza se desvaneció. El jefe del Estado Mayor de Model pidió entonces a su superior que solicitara permiso para rendirse, a fin de evitar nuevas e inútiles bajas, tanto entre los soldados como entre la población civil. Model rechazó la sugerencia, declarando que le era imposible conciliar la rendición con su sentido del deber. Mas, entre tanto, en el interior de la bolsa, así como en el exterior, la situación llegó a ser tan desesperada que Model comprendió que debía luchar contra su propia conciencia.

Puesto que no podía haber capitulación oficial por parte de un mando que había dejado de existir, Model decidió disolver, con una orden suya, el Grupo de Ejércitos B. Así, el 15 de abril decretó que los soldados más jóvenes y los más viejos fueran inmediatamente licenciados, que se les entregaran todos sus documentos en regla y que se les diera permiso para regresar a sus casas. Dos días más tarde, agotadas las reservas de municiones y de abastecimientos, las restantes tropas estuvieron en completa libertad para rendirse; los combatientes podían elegir entre dos alternativas: continuar la lucha en grupos organizados, para intentar romper el cerco y salir de la bolsa, o buscar una salida individualmente, de uniforme o con traje civil, pero sin llevar armas, y procurar regresar a sus casas.

Mientras Model impartía sus órdenes, el número de alemanes que deponían las armas era cada vez mayor. Todos los días, los americanos capturaban por lo menos, 2000 prisioneros y, en algunos casos, hasta 5000.

El 13 de abril, después de haber perdido el control sobre todas las unidades que de él dependían, el general Zangen se rindió con todo el mando del Ejército 15, y otro tanto hicieron el comandante y los oficiales de Estado Mayor del Cuerpo de Ejército LXXI. Dos días después capitulaba el comandante de la *Panzerlehr*, con todo lo que quedaba del mismo. Por último, el 16 de abril se produjeron varios episodios de rendición en masa. Entre otros, se entregaron a los americanos los comandantes Bayerlein, del Cuerpo de Ejércitos LIII; Luttwitz, del XLVII *Panzerkorps*; Waldenburg, de la 116.ª *Panzerdivision*; Denkert, de la 3.ª División *Panzergrenadier*; Lange, de la 183.ª División *Volksgrenadier*; Harpe de la 5.ª *Panzerarmee*, y los comandantes de las Divisiones de infantería 9, 180, 190 y 338.

Hacia el 18 de abril había cesado toda resistencia organizada y apenas quedaban unos pocos combatientes aislados. Los dos Ejércitos americanos, con unas pérdidas inferiores a 10.000 hombres, entre muertos, heridos y desaparecidos, habían capturado en la bolsa del Ruhr 317.000 prisioneros.

Por lo que respecta al *Feldmariscal* Model, Ridgway había enviado a su ayudante de campo, con bandera blanca, al Mando del Grupo de Ejércitos B, a fin de convencerle de que debía rendirse con todos los oficiales a su mando. Pero Model se negó. En los últimos días ordenó a su Estado Mayor que se dispersara. Luego, acompañado de su ayudante de campo y de otros dos oficiales, se retiró a un bosque cercano a Düsseldorf. «¿Hemos hecho realmente todo cuanto era posible para justificar nuestras acciones ante la Historia?», preguntó pocos días antes al jefe de su Estado Mayor. «¿Qué puede hacer un comandante derrotado? Antiguamente se envenenaba.» La idea de rendirse le resultaba inconcebible, y tiempo atrás había criticado duramente a von Paulus por su capitulación en Stalingrado. «Un *Feldmariscal* –había dicho Model a propósito de von Paulus– no se convierte jamás en un prisionero. Es sencillamente imposible que suceda una cosa así». La tarde del 21 de abril, se adentró a pie en el bosque y se disparó un tiro.

Como la misión del Grupo de Ejércitos VI, al otro lado del Rhin, era proteger el flanco derecho del Grupo de Ejércitos XII, Devers tuvo que enviar el Ejército 7 americano de Patch desde la cabeza de puente sobre el Rhin, en Worms, en dirección Nordeste, hacia la garganta de Fulda, a fin de cubrir el avance del Ejército de Patton hacia Kassel. Pero Devers estaba preocupado también por el hecho de tener que desviarse hacia el Sudeste para eliminar un reducto que le habían señalado insistentemente; se trataba de un grupo de fanáticos nazis decididos a resistir a ultranza en la región alpina de Alemania occidental. Si bien aquella zona no permitía la supervivencia de grandes fuerzas, sus limitados recursos, agrícolas e industriales, bastaban para satisfacer las necesidades de un pequeño núcleo que en el futuro podría proclamar, con justicia, a las nuevas generaciones, que el nacionalsocialismo y la nación alemana no se habían rendido jamás. Esto era lo que se temía.

Por ello, las operaciones de Devers al otro lado del Rhin se caracterizaron por alguna incertidumbre en cuanto a los objetivos de fondo. Devers tenía además otros problemas. Debía administrar

Soldados americanos se sirven de un cañón contracarro de 75 mm, abandonado por los alemanes, para vencer la última resistencia en una población de Alemania. (US Army)





Vehículos americanos cruzan las puertas de la antigua muralla de Munich. En esta ciudad, una serie de sublevaciones por parte de la población civil evitó una resistencia a ultranza de las fuerzas alemanas y el Ejército 7 pudo conquistarla el 30 de abril. *History of the Second World War*

amplias zonas de retaguardia, mantener algunas unidades en el Rhin, frente a la Selva Negra, contener al enemigo a lo largo de la frontera francoitaliana y compensar, en cierto modo, la relativa debilidad del equipo del Ejército francés. En consecuencia, el Ejército 7 de Patch debía ocuparse de una parte desproporcionadamente grande de la zona de competencia del Grupo de Ejércitos, debiendo operar sobre un frente de casi 2000 km, esto es, el doble del de cualquier otro Ejército del frente occidental. No es, pues, de extrañar que quedaran grandes espacios abiertos entre las columnas que avanzaban y que las fuerzas alemanas, que permanecían en la retaguardia, opusieran luego una molesta resistencia. Eisenhower no podría reducir el frente operativo del Grupo de Ejércitos VI, y, al mismo tiempo, potenciarlo, hasta que el Ejército 9 alcanzase el Elba.

Patch, que disponía de diez divisiones de infantería y otras tres acorazadas, dirigió sus tres Cuerpos de Ejército hacia objetivos situados a lo largo de una especie de arco: el Cuerpo de Ejército XV en dirección Nordeste, 80 km a lo largo del Main; el Cuerpo de Ejército XI, en dirección Este, a través de las montañas del Odenwald, y el Cuerpo de Ejército VI en dirección Sudeste, entre las montañas del Odenwald y la Selva Negra.

Los tres Cuerpos de Ejército hubieron de enfrentarse con una tenaz resistencia, fruto de los esfuerzos del nuevo comandante del Grupo de Ejércitos G, Friedrich Schultz, quien, el 2 de abril, había sustituido a Hauser. Hitler le aseguró que si lograba resistir tres o cuatro semanas más, podría disponer de cierto número de nuevos aviones a reacción, suficiente para asegurar a los alemanes el «equilibrio, ya que no la superioridad aérea». «Al mismo tiempo, esto cambiará radicalmente la situación en tierra», había añadido Hitler. Schultz consiguió organizar una defensa bastante eficaz, aprovechando al máximo el terreno.

El Cuerpo de Ejército XV se lanzó rápidamente adelante, por la izquierda; mas, a la altura de Gemunden se vio empeñado en una gran batalla, viéndose obligado a llamar en su ayuda a los cazabombarderos, que provocaron el incendio de numerosos edificios. Por último, el 5 de abril, los carros de combate rastrillaron la ciudad; luego, prosiguieron su avance hacia Hammelburg, liberando a 4000 prisioneros de guerra aliados.

El Cuerpo de Ejército XI cruzó el Main a la altura de Kitzingen el día 5 de abril y atacó Wurzburg: a causa de un irreductible contingente de soldados, agentes de policía y bomberos, que demostraron una capacidad extraordinaria para aprovechar las ruinas de la ciudad con fines defensivos, la operación se realizó con una gran lentitud. Fueron necesarios tres días para reducir a aquellos alemanes. En su avance hacia Schweinfurt, los carros de combate americanos chocaron de nuevo con fuertes defensas. La ciudad quedó

Arriba: soldados del Ejército 9 americano en plena acción contra tiradores aislados alemanes en Tangermünde, en el Elba. Después de establecerse sólidamente a lo largo de sus orillas, las tropas del Ejército 9 que habían llegado al río el 11 de abril de 1945, recibieron la orden de detenerse y esperar la llegada de las fuerzas soviéticas. Abajo: tropas del Ejército 7 cruzan las calles de Bensheim. En el curso de su avance, los hombres de Patch tuvieron que afrontar una tenaz resistencia por parte de las últimas fuerzas alemanas, pero también en este sector del frente, como en el resto de Alemania, la población civil que se rendía era cada vez más numerosa. *Imperial War Museum/US Army*





cercada hacia el día 10 de abril, pero también fue necesaria una incursión de bombarderos americanos y luego una dura lucha, casa por casa, para dominar la denodada resistencia alemana.

El Cuerpo de Ejército VI avanzó sobre Mannheim y se apoderó fácilmente de la ciudad; en cambio, en Aschaffenburg, muchos elementos de la población civil, sobre todo miembros del movimiento de las *Hitler Jugend*, lucharon codo con codo con las tropas y obligaron a una división completa americana a emplear seis días en limpiar la ciudad, casa por casa, para poder asegurarse su dominio. La infantería americana cruzó luego el río Neckar, y en Heilbronn hubo de enfrentarse con un enérgico contraataque. Algunas unidades de carros de combate intentaron cercar la ciudad, pero fueron rechazadas. El 9 de abril, más de 100 aviones alemanes efectuaron incursiones sobre ambas ciudades en vuelo rasante contra las tropas. Al fin Heilbronn cayó el 12 de abril y ello permitió a los americanos tender un puente sobre el Neckar.

Pero en la parte meridional del río los alemanes seguían oponiendo una resistencia bastante eficaz.

Una poderosa fuerza americana

El 4 de abril Eisenhower reintegró el Ejército 9 americano al Grupo de Ejércitos XII, confiando así a Bradley cuatro Ejércitos, con un total de 12 Cuerpos de Ejército, esto es, 48 divisiones, lo que constituía el mando operativo de tropas americanas más ingente que recuerda la Historia. Al mismo tiempo que se ocupaba en eliminar la bolsa del Ruhr, Bradley tenía que desencadenar un amplio ataque a través de Alemania central, avanzando sobre Leipzig y Dresde para partir en dos el país y reunirse luego con las fuerzas soviéticas. Bradley confió la tarea principal al Ejército 1, desplegado en posición central: éste debía lanzarse directamente hacia el Este, a lo largo de la dirección Halle-Leipzig, y alcanzar el Elba. A la derecha, el Ejército 3 avanzaría a través de Erfurt, Weimar y Jena, dirigiéndose hacia Chemnitz, pero estando siempre dispuesto a dirigirse hacia el Sudeste. El Ejército 9, a la izquierda, debería alcanzar sucesivamente Hannover, Brunswick y Magdeburgo, en el Elba, y, según las instrucciones de Bradley, «estar pronto a proseguir el avance hacia Berlín o en dirección Nordeste.»

Dos grandes direcciones conducían al Este, una al norte y otra al sur de las montañas del Harz, que se elevan casi a un millar de metros de altura. El Ejército 9 avanzaría a través de las bajas y onduladas regiones al norte de las montañas, mientras el Ejército 1 lo haría por el Sur, cruzando la amplia llanura de Turingia. Mas, antes de poder llevar a cabo estas acciones, ambos Ejércitos tenían que cruzar el río Wesser, que, como el Rhin y el Elba, constituye un importante obstáculo.

Alrededor del 4 de abril, el Ejército 9 alcanzó el Wesser en las proximidades de Hameln y de Minden. Animadas por el convencimiento de que su última etapa era Berlín, las tropas de los Cuerpos de Ejército XII y XIX hicieron lo imposible para apoderarse de un puente intacto que les permitiera superar los 70 m de amplitud del río, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Un intento realizado el 5 de abril, en las proximidades de Hameln, fue rechazado con un breve fuego de armas portátiles y a continuación fue preciso rastrillar la ciudad, donde se oponía una tenaz resistencia. En la zona adyacente, las fuerzas atacantes tuvieron que abandonar el punto de cruce elegido porque los caminos que conducían a él estaban demasiado expuestos a las granadas alemanas; buscaron otro lugar y, al fin, durante la noche, cruzaron silenciosamente el río en embarcaciones a remo. En rápida acción, el 6 de abril, los carros de combate del Ejército 9 avanzaron otros 30 km hasta el río Leine, línea intermedia fijada por Bradley para conservar, en la medida de lo posible, el control de sus tres Ejércitos. Mas impulsados por el entusiasmo, los carros de combate avanzaron aún otros 16 km.

La extraordinaria rapidez con que se llevó a cabo esta operación obedecía al hecho de que el Ejército 9 estaba prácticamente avanzando... en el vacío. El XLVII *Panzerkorps*, que debía defender el Weser, estaba cercado en el Ruhr y el resto del 1.er Ejército paracaidista se replegaba ante los ingleses. Las únicas tropas que se oponían a los americanos eran unidades improvisadas.

Cuando resultó evidente que el Ejército 11, apresuradamente constituido, no podría taponar la vía abierta ante el Grupo de Ejércitos XII, Hitler ordenó, como ya se ha dicho, que se constituyera un nuevo Ejército, el 12, que desde las montañas del Harz debería atacar en dirección Oeste, para liberar al Grupo de Ejércitos B cercado en el Ruhr. Aunque las tropas elegidas para esta misión se hallaban todavía en las escuelas militares o en los centros de adiestramiento, al este del Elba, el 6 de abril Hitler nombró comandante de esta nueva unidad a Walter Wenck. Ese mismo día, ya que la ofensiva americana había interrumpido prácticamente las comunicaciones entre los dos mandos, Hitler sustrajo al control de Kesselring el Grupo de Ejércitos H, de Blaskowitz. Dicho Grupo fue rebautizado *OB-Nord-West* y confiado al *Feldmariscal* Ernst Busch, que debía operar bajo la directa dependencia del OKW. Blaskowitz asumió el mando de las tropas operantes en los Países Bajos, a las órdenes de Busch, quien, a su vez, asumió el mando de las unidades que operaban en las regiones septentrionales del país, incluidas las de la Marina de Guerra y las de la *Luftwaffe*.

Tres días más tarde, Bradley daba la orden de marcha a sus tres Ejércitos. Los medios acorazados del Ejército 9 avanzaron más de 30 km y, tras un violento pero breve encuentro con 67 cañones antiaéreos que defendían la fábrica de aceros «Hermann Goering», conquistaron la ciudad de Brunswick. Al día siguiente, estas mismas fuerzas conquistaron Hannover, reducida ya a un montón de ruinas por los bombardeos aéreos.

La culminación de este rápido avance se produjo el 11 de abril, cuando contingentes de la División Acorazada 2 se lanzaron impetuosamente hacia delante. Desbordando columnas enteras de alemanes en fuga, arrollando a los aturdidos defensores de barreamientos de carreteras, los hombres de esta unidad procedieron hacia el Este a la máxima velocidad que les permitían sus vehículos, y, antes del anochecer, alcanzaban los suburbios occidentales de Magdeburgo. Por la noche, cuando ya casi toda la unidad estaba reunida, las tropas efectuaron un breve avance hacia un puente próximo sobre el Elba. Mas, de improviso, los alemanes empezaron a combatir de nuevo. Soldados americanos habían llegado a pocos metros del puente, cuando los alemanes lo volaron con cargas explosivas. A las 22, un mensaje del mando anunciaba lacónicamente: «Estamos en el Elba». Los carros de combate de las unidades de vanguardia habían cubierto aquel día 117 km de distancia efectiva, más de 90 km en línea recta. Al día siguiente, 12 de abril, los hombres de la División 83 alcanzaban el Elba, pocos kilómetros aguas arriba, en Bary, en tanto la División Acorazada 5 llegaba al río entre Magdeburgo y Tangermünde, a 85 km de Berlín.

Todas las unidades enviaron sus hombres a la otra orilla del río a bordo de embarcaciones de asalto, con la misión de constituir cabezas de

puente desde las cuales iniciar el avance final sobre la capital. «No desperdiciéis esta ocasión, –decía un comandante de regimiento a sus hombres–, estamos en el camino de Berlín.»

Pero se equivocaba. Eisenhower había decidido otra cosa. Informado de que las fuerzas americanas habían alcanzado el Elba, preguntó a Bradley cuántas bajas costaría, en su opinión, el avance hasta la capital alemana. Bradley respondió que alrededor de 100.000 hombres. Y entonces Eisenhower llegó a la conclusión de que era absurdo sacrificar tantas vidas. Bradley se vio obligado, pues, a comunicar a Simpson que el Ejército 9 debería detenerse en el Elba. Y a aquellos hombres, después de tantos esfuerzos, no les quedó otro cosa que hacer que aguardar, pacientemente, la llegada de los soviéticos.

Mientras tanto, el Ejército 1 había alcanzado el Weser, descubriendo que, en aquel sector, todos los puentes habían sido destruidos. El cruce del río con embarcaciones de asalto fue seguido inmediatamente por un rápido avance hasta el Leine. Pero los alemanes ya no podían contar tampoco con esta potencial línea defensiva: miles de soldados refugiados en los hospitales de la ciudad universitaria de Gottinga pidieron con insistencia que ésta fuese declarada «ciudad abierta», y el 8 de abril, mientras Kesselring impartía la orden de defender el Leine «a toda costa», los americanos lo habían cruzado ya. Kesselring inició entonces la retirada del mayor número de hombres posible a las montañas de Hartz, donde esperaría la llegada de ese nuevo e hipotético Ejército 12 que debía realizar el milagro: detener a los Aliados.

Mientras los hombres del Ejército 1, flanqueados en el límite septentrional por unidades del Ejército 9, iniciaban su avance a través de las montañas del Hartz, descubriendo que los alemanes reaccionaban allí con energía, otras unidades avanzaban rápidamente sin encontrar más que una esporádica e inútil resistencia. El 12 de abril los carros de combate avanzaron 35 km y al día siguiente 37 más, llegando a establecer cabezas de puente más allá del río Saale, cerca de Halle.

En este punto encontraron una de las más formidables zonas de defensa antiaérea de toda Alemania, un inmenso arco que protegía Halle, Merseburg, Weisenfels y Zeitz, pero, sobre todo, Leipzig y sus refinerías de gasolina sintética. Había allí casi 1000 piezas de artillería, de calibres comprendidos entre 75 y 128 mm. Se trataba de armas particularmente eficaces también contra objetivos de tierra, puesto que la naturaleza relativamente llana del terreno aseguraba a los artilleros una visibilidad excelente y buenos campos de tiro.

Los pilotos de los aviones conocían bien esta faja antiaérea e incluso disponían de mapas detallados en los que estaban claramente señaladas las posiciones de las distintas piezas. Pero fueron precisos tres largos días de insistentes y urgentes peticiones para que estos datos se pusieran a disposición de las fuerzas terrestres. Con ellos, los carros de combate pudieron envolver las posiciones de la artillería –dejando a la infantería la tarea de ocuparse de ellas y de Leipzig– y lanzarse hacia el río Mulde. El 15 de abril, las fuerzas acorazadas alcanzaban el citado río, a 32 km al sur de Leipzig, apoderándose de dos puentes que aún permanecían intactos. Al día siguiente, algunas unidades acorazadas cruzaron el Mulde y conquistaron Colditz.

Entre tanto, la infantería había decidido recurrir a los ataques nocturnos para evitar exponerse, como fácil blanco, al fuego de las baterías antiaéreas. Acercándose lo suficiente a los cañones para atraer sobre sí el fuego de los mismos, los soldados consiguieron ponerlos fuera de combate.

Al mismo tiempo, en Leipzig se encendía una disputa entre el jefe de las fuerzas de policía, que tenía a su mando 3400 hombres, y el comandante de las fuerzas de tierra: mientras el primero quería que la ciudad se rindiese, el segundo era partidario de defenderla a toda costa con los jóvenes de las *Hitler Jugend*, los hombres de la *Wolkssturm*, los restos de formaciones heterogéneas y los agentes de policía. Después de una breve acción por parte de la artillería americana, soldados americanos y policías alemanes alcanzaron el puesto de mando donde se había refugiado el obstinado oficial con 150 hombres decididos a oponer una resistencia a ultranza. No obstante, después de la presentación de un ultimátum también estos últimos defensores se rindieron.

Pero parte del Ejército 1 se encontraba, entre tanto, en serias dificultades en Halle y en la carretera de Dessau, al enfrentarse con una resistencia alemana cada vez más obstinada. Después de lanzarse a una constante persecución, cuyo final lógico parecía que no podía ser otro que la terminación de la guerra, fue una sopresa encontrarse con un adversario que oponía tan enérgica resistencia. Y era absurdo, ya que, frenando el avance americano, los alemanes sólo conseguirían exponer más territorio al avance soviético... que era lo que más temían.

Fue el Ejército 12 de Wenck, quien el 12 de abril había instalado su puesto de mando en Rosslau, el que empezó a utilizar este nuevo tipo de estrategia. Con numerosos mandos de Cuerpo de Ejército y algunas divisiones sólo parcialmente adiestradas, Wenck inició una operación cuya finalidad era abrir una brecha hasta las montañas del Hartz, donde se habían refugiado algunos contingentes alemanes cercados por las columnas americanas.

Mas, la operación planeada por Wenck no pudo desarrollarse, aunque en un primer momento sus hombres lograron tener empeñadas a las tropas americanas durante varios días en extenuantes combates en Halle y en Dessau. La primera ciudad cayó el día 21, la segunda tres días después.

EL FÁCIL AVANCE AMERICANO A TRAVÉS DEL REICH

1945

25-27 de marzo: el Ejército 1 americano se lanza al ataque desde la cabeza de puente sobre el Rhin, enlazando con unidades del Ejército 3, procedente de la zona de Oppenheim.

1 de abril: unidades de los Ejércitos 1 y 9 se encuentran en Lippstadt, completando así el cerco del Ruhr.

4 de abril: vanguardias del Ejército 9 americano alcanzan el Weser y lo cruzan rápidamente.

11 de abril: el Ejército 9 americano llega al Elba, en las proximidades de Magdeburgo.

12 de abril: tropas del Cuerpo de Ejército VI americano inician el cruce del Neckar.

17 de abril: el Ejército 3 americano alcanza el río Mulde y se prepara para efectuar una conversión hacia el Sudeste.

18 de abril: cesa toda resistencia en el Ruhr; más de 317.000 soldados alemanes son hechos prisioneros.

23 de abril: los últimos defensores alemanes son capturados en las montañas del Hartz. Los franceses conquistan Ulm.

El Ejército 1 se encontraba ahora sobre el río Mulde, pero en lugar de continuar su marcha hacia Dresde, sus hombres deberían permanecer donde se encontraban.

Rendición en masa

En las montañas del Hartz había unos 70.000 soldados alemanes del Ejército 11 de Lucht. Cercados por todas partes, sin los suficientes morteros y piezas de artillería, y no sintiéndose animados de una convicción demasiado firme de combatir hasta el fin por una causa que cada día veían más perdida, estos hombres no constituían un verdadero Ejército, sino, simplemente, una enorme masa de gentes de uniforme. Exceptuando tal vez a los más jóvenes, en su mayoría estaban convencidos de que ya no tenía sentido alguno morir. Incluso el propio Lucht tenía sus dudas acerca de la misión que se le había confiado. Las montañas del Hartz no estaban preparadas para la defensa, y cada día era menor la esperanza de que el Ejército 12 de Wenck llegase para liberarles.

Sin embargo, este inhóspito terreno, con sus bosques espesos, sus cavernas y los tortuosos caminos que lo cruzaban, era ideal para defenderse. Por ello, durante algunos días, los alemanes siguieron combatiendo, esforzándose en no prestar oídos a los malos presentimientos. Con árboles derribados preparaban barreamientos de caminos a lo largo de las direcciones más probables, guarneciéndolos con varios hombres. Luego, procedían a la colocación de minas. En general, se trataba de una acción retardadora concebida a amplia escala; sin embargo, apenas se veían en aprietos, los defensores se retiraban o se rendían.

La infantería de los Ejércitos 1 y 9 americanos, hostigando gradualmente a lo largo de todas las laderas del grupo montañoso, rastrilló los bosques. El Pico Brocken (1140 metros) había llegado a ser una importante posición defensiva, guarnecida por 200 hombres que intentaban defender una estación de radio, único medio de comunicación del Ejército 11 con Kesselring y con el *OB-West*. El 20 de abril, un bombardeo y un ataque de la infantería desencadenados desde las dos vertientes de la altura provocaron, finalmente, su caída, y entonces empezaron a rendirse en masa las unidades alemanas. Casi 20.000 prisioneros cayeron así en poder de los americanos en el curso de aquella sola jornada. Las operaciones de limpieza terminaron el 23 de abril, cuando una patrulla halló, en las cercanías de Blankemburg, el puesto de mando del Ejército 11, capturando a Lucht y a los oficiales de su Estado Mayor.

A la izquierda del sector del Ejército 9 americano, cuando el Ejército 2 británico de Dempsey efectuó una conversión al Norte, hacia Ulzen, para realizar un salto decisivo hacia Hamburgo, se creó una brecha de casi 100 km entre Ulzen y el Elba, vigilada tan sólo por algunas patrullas británicas y una sutil pantalla protectora de patrullas americanas. Respondiendo a las llamadas lanzadas por el Ejército 12 de Wenck, contingentes alemanes, rodeados por las fuerzas aliadas, interrumpieron las comunicaciones telefónicas, interceptaron el camino de los motoristas portaórdenes, tendieron emboscadas a los vehículos que transportaban los abastecimientos y lanzaron sobre Ulzen un efímero contraataque. Mas, según la frase de un historiador oficial, estos episodios resultaron «más enojosos que graves» y una rápida acción de las tropas del Ejército 9 bastó para eliminar a los atacantes. El 24 de abril, el Ejército 9 se había establecido a lo largo del Elba hasta Dannenberg, 50 km aguas abajo de Wittenberg.

Avance de las fuerzas acorazadas de Patton

El Ejército 3 americano lanzó una serie de breves y violentos ataques contra el Ejército 11 alemán hasta el 10 de abril. Mientras la infantería dominaba el resto de la resistencia en Erfurt, los carros de combate se lanzaban a toda velocidad a lo largo de la autopista Frankfurt-Dresde, al sur de Erfurt, en tanto otras unidades avanzaban hacia Jena. Cerca de Weimar, exactamente en Buchenwald, los americanos descubrieron uno de los mayores y quizás el más tristemente famoso de los campos de concentración alemanes.

El 12 de abril, Eisenhower y Bradley se dirigieron a Patton para comunicarle que debería detenerse antes de llegar a Chemnitz. Hasta que no se

llegase a acuerdos precisos sobre la modalidad del encuentro con los soviéticos, el Ejército 3 permanecería junto al río Mulde, 16 km al oeste de Chemnitz, alineándose con los Ejércitos 9 y 1.

El 13 de abril, una división acorazada del Cuerpo de Ejército XX alcanzó el Mulde, se apoderó de sus cuatro puentes intactos y constituyó cabezas de puente suficientes para proteger de modo adecuado su estructura. Cuatro días después, todo el Ejército se hallaba junto al río en espera de las órdenes de dirigirse al Sudeste.

El día 15 de abril, Eisenhower impartió una directiva en la que disponía que mientras el Grupo de Ejércitos XXI avanzaría en dirección Nordeste, hasta llegar al Báltico, cerca de Lubeck, para rastrillar la costa de Alemania y de los Países Bajos, el Grupo de Ejércitos XII debía mantener dos Ejércitos 3 al Sudeste, a lo largo del valle del Danubio. En Salzburgo (Austria), el Ejército aliado se encontraría con las fuerzas soviéticas.

Así, pues, partiendo de la zona de Nuremberg, las fuerzas de Patton se lanzaron en dirección a Pilsen, en Checoslovaquia, en un impulso entusiasta. La artillería quedaba atrás, a fin de que todos los camiones disponibles pudieran ser utilizados para que avanzara velozmente la infantería.

Este rapidísimo avance era posible porque el Ejército 3 de Patton había interrumpido la línea de contacto entre los Ejércitos 1 y 7 alemanes. El avance americano rechazó al Ejército 7 sobre la frontera checoslovaca, donde al fin capituló.

Kesselring intentó taponar la brecha producida en sus líneas, pero no tenía ni las tropas ni el carburante necesarios. Los alemanes estaban desorganizados e impotentes. En rarísimas ocasiones, especialmente en alguna ciudad, se iniciaba un contraataque, una acción que retardaba el avance aliado. Pero ya no cabía duda alguna sobre la inminencia del final.

Y, sin embargo, algunos alemanes vivían aún en un mundo de ilusiones. Cuando Schulz, jefe del Grupo de Ejércitos G, intentó tomar carburante de un depósito de la *Luftwaffe*, Keittel, jefe del OKW, le prohibió que lo hiciera. Al parecer, Keittel pretendía conservar el carburante para los todavía inexistentes cazas a reacción, destinados a salvar a Alemania en el último instante de la guerra.

El 11 de abril, el Ejército 7, paralelamente al 3, se dirigió al Sur y al Sudeste. El Cuerpo de Ejército XV se dirigió hacia Banberg y Nuremberg, el Cuerpo de Ejército XXI hacia Ansbach y el VII hacia las alturas de Lowenstein. Banberg cayó tras un día de combate, y los americanos, protegidos por sus cazabombarderos, atacaron entonces Nuremberg, el reducto del nacionalsocialismo. Ya bastante maltrecha por los bombardeos sufridos, la ciudad estaba defendida en aquel momento por dos divisiones alemanas, así como por batallones de la *Luftwaffe* y de la *Volkssturm*, por un regimiento de fuerzas de la seguridad local y unos 35 carros de combate. Estas fuerzas lograron organizar una obstinada defensa. Dos divisiones americanas atacaron el 16 de abril, mientras una tercera, del contiguo Cuerpo de Ejército XXI, avanzaba por el suburbio occidental de Furth y un grupo de caballería efectuaba un rápido movimiento en torno a la ciudad para bloquear las salidas meridionales. Fue un combate difícil, pues los cañones antiaéreos alemanes, empleados contra los objetivos en tierra, eran de mortífera eficacia.

Después de romper el anillo, los americanos rastrearon, uno tras otro, un gran número de edificios que parecían a punto de hundirse y, al anochecer del 19 de abril, abrieron una brecha a través de los muros medievales, penetrando en la ciudad vieja. El comandante de la plaza, que en un mensaje a Hitler se había comprometido solemnemente a combatir hasta la muerte, guió un último contraataque que puso fin a los combates. Nuremberg cayó el 20 de abril, exactamente el día del cumpleaños de Hitler. Superado este obstáculo, los dos Cuerpos de Ejército del Ejército 7 avanzaron 80 km más, llegando hasta el Danubio. En Dillingen se apoderaron de un puente intacto y el 22 de abril cruzaron el río.

Mientras tanto, con objeto de bloquear y destruir al Ejército 19 alemán en la Selva Negra, el Cuerpo de Ejército VI del Ejército 7 avanzaba hasta Stuttgart. Al mismo tiempo, los franceses, tras haber conquistado Karlsruhe el 4 de abril, y Phorzheim cuatro días después, remontaron la orilla oriental del Rhin hasta un punto situado frente a Estrasburgo, donde un Cuerpo de Ejército pudo cruzar el río el día 15. Otro Cuerpo de Ejército dividió por la mitad la Selva Negra, mientras un tercero marchaba hacia el Sur, a lo largo de la ladera oriental de la Selva. El 18 de abril, fuerzas francesas se apoderaron de Tübingen, al sur de Stuttgart, y al día siguiente se dirigieron al Norte, enfrentándose con una tenaz resistencia alemana. En aquellos momentos, las fuerzas acorazadas americanas del Cuerpo de Ejército VI pasaban al este de Stuttgart. Ocupando Kirchheim e interceptando la autopista Stuttgart-Ulm, los americanos llegaron a amenazar la línea de retirada de las fuerzas alemanas que se enfrentaban con los franceses. El 20 de abril los alemanes intentaron retirarse, pero en su mayor parte cayeron prisioneros. Una columna francesa descendió a lo largo del valle del Neckar, pasando a través de Essligen para cercar Stuttgart, irrumpiendo, finalmente, en la ciudad y eliminando la última resistencia.

En Stuttgart miles de extranjeros, destinados a trabajos forzados, festejaron con entusiasmo la liberación. Pero, habiendo llegado a oídos de Devers el rumor de desórdenes, con algunos casos de violencia y de saqueo, y deseando además utilizar las principales calles que cruzaban la ciudad y no estando muy convencido de que los franceses pudieran mantener el orden, el general decidió incorporar Stuttgart a la zona de competencia del Ejército 7 americano. Interpretada esta decisión como un insulto, De Lattre protestó ante Devers y comunicó su situación a De Gaulle, quien dijo a De Lattre que mantuviera en Stuttgart una guarnición francesa, sin preocuparse de las consecuencias, que constituyera un gobierno militar y dijera a los americanos que los franceses pensaban administrar todo el territorio conquistado por sus tropas hasta que los Gobiernos aliados decidieran asignar a Francia una zona de ocupación. De Lattre lo comunicó así a Devers, añadiendo, sin embargo, que Stuttgart estaría disponible para todas las eventuales necesidades del Grupo de Ejércitos VI.

Devers, a quien en realidad no interesaba Stuttgart, se molestó no obstante por la desobediencia de un subordinado y definió la situación como «intolerable». En consecuencia, comunicó lo ocurrido a Eisenhower, quien invitó a los franceses a abandonar la ciudad, dando instrucciones a Devers para que enviara allí una división americana. Al llegar estas tropas, el jefe francés local se condujo de modo irreprochable, pero se negó a marcharse. De Lattre, a su vez, informó a Devers que no podía abandonar la ciudad, ya que, al hacerlo, contravendría las órdenes que le daba su Gobierno. Más tarde, el 27 de abril, al visitar Stuttgart, Devers comprobó que los rumores llegados hasta él, de episodios de violencia y de saqueo, eran exagerados. Y habiendo comprobado por otra parte que la ciudad estaba demasiado destruida para ser útil a su Grupo de Ejércitos, la restituyó a los franceses.

Entre tanto, Eisenhower había protestado cerca de De Gaulle, si bien en términos bastante suaves. Sin embargo, se veía obligado a exponer la cuestión a los jefes del Estado Mayor conjunto. Molesto por el incidente, el presidente Truman escribió a De Gaulle que si las fuerzas armadas francesas estaban dispuestas a realizar solamente las aspiraciones políticas del Gobiernos francés, sería preciso revisar la estructura del Mando aliado. A lo que De Gaulle replicó que incidentes semejantes no se hubieran producido si los Aliados hubieran tenido la buena costumbre de consultar a los franceses sobre asuntos que afectaban a los intereses de Francia.

La polémica quedó aquí. A primeros de mayo, los Aliados designarían una zona destinada a ser ocupada por los franceses y asignarían a Francia un lugar adecuado en el sistema de control de Alemania.

Entre tanto, De Lattre apuntaba hacia dos importantes objetivos: Sigmaringen, junto al Danubio y a 80 km al sur de Stuttgart, donde se hallaban Pétain, Laval y otros miembros del Gobierno de Vichy, y Ulm, también sobre el Danubio, a 80 km al sudeste de Stuttgart, donde en 1805 Napoleón derrotara a los austríacos. Ni Sigmaringen ni Ulm entraban en la zona francesa, y, no obstante, De Lattre tenía puestos los ojos sobre ambas ciudades. «La verdadera maniobra —dijo a un colaborador el 15 de abril— es avanzar, a tambores batientes, a fin de alcanzar Ulm el 25 de abril.» Y aun cuando Ulm se hallaba 65 km al este del límite de su sector, ordenó a un Cuerpo de Ejército que hiciera avanzar hacia la ciudad una división acorazada para conquistarla.

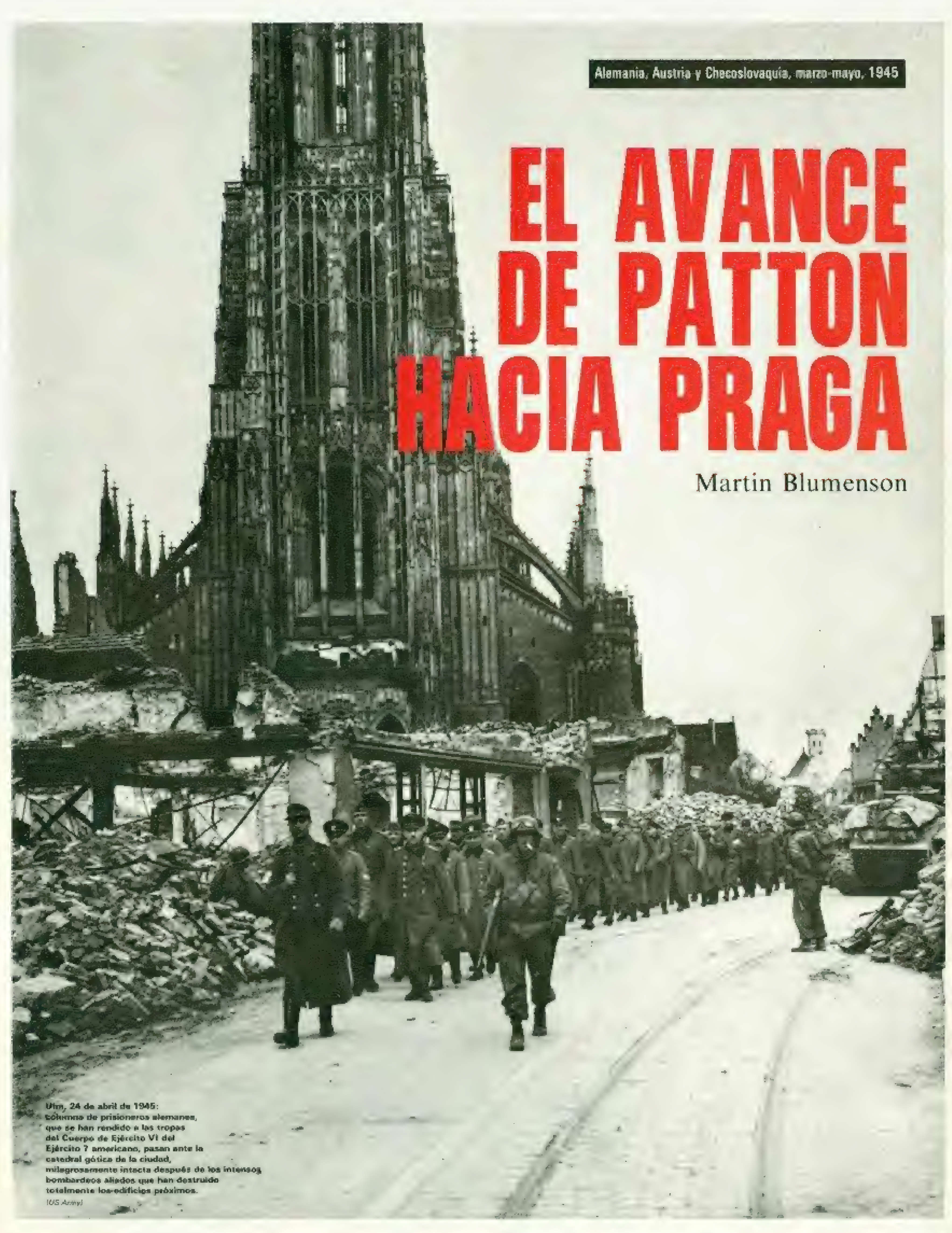
El 21 de abril tropas francesas cruzaron el Danubio, llegando a la punta noroccidental del lago Constanza y aislando así al Ejército 19 alemán.

Otras unidades, en su avance a lo largo de la orilla oriental del Rhin, se apoderaron de Friburgo. Pero el momento más importante para el general De Lattre fue aquel en que las fuerzas acorazadas francesas llegaron al Danubio, a pocos kilómetros de Sigmaringen. «¡Magnífico!» —exclamó de Lattre ordenando a sus carros de combate proseguir a toda velocidad hacia Ulm. «Quizás los americanos nos desalojen de la ciudad —dijo— pero, al menos, habrá ondeado en ella la bandera francesa.»

No había tiempo para apoderarse de Pétain y de Laval en Sigmaringen, pero los contingentes franceses lograron alcanzar Ulm al anochecer del 23 de abril; en cambio, los americanos llegaron a la mañana siguiente. Franceses y americanos atacaron juntos y conquistaron la ciudad, y los primeros se apresuraron a izar la bandera tricolor francesa en el antiguo fuerte, como antaño lo hiciera Napoleón. Entonces, satisfecho, De Lattre devolvió a toda prisa sus tropas al límite del sector.

Hacia Munich

Unidades del Ejército 7 americano atravesaron entonces el Danubio en Dillingen, Ehingen, Donauworth, Regenburg, Ulm e Ingolstadt, dirigiéndose hacia la frontera austriaca: delante iban las fuerzas acorazadas y detrás la infantería. Casi parecía una especie de marcha en columna a través de la pintoresca campiña de Baviera. Si un pueblo levantaba bandera blanca nadie disparaba, y las columnas proseguían su curso. Si los alemanes intentaban resistir, carros de combate, artillería y aviones atacaban con energía. Esta noticia se difundió, y en más de una localidad los paisanos convencieron a los soldados de que debían irse. En Augusta en cambio el comandante local quería combatir; pero una patrulla de americanos, guiada hasta su *bunker* por pequeños «grupos de liberación», le notificó que disponía solamente de cinco minutos para rendirse... lo que se apresuró a hacer viendo que toda la ciudad era un ondear de banderas blancas. Camino de Munich, la tercera gran ciudad alemana, los americanos descubrieron el campo de concentración de Dachau, donde encontraron 30.000 internados, todavía vivos, pero reducidos a las más míseras condiciones. En Munich, una serie de rebeliones evitó la resistencia a ultranza por el dominio de la ciudad, si bien hubo algunos encuentros de calle en calle. Y por fin se hallaron en Austria, donde la conquista de Salzburgo y de Berchtesgaden, permitió a los americanos dar los últimos pasos de acceso a los Alpes austríacos. El avance ya no era una persecución: se había transformado en una simple marcha motorizada.



EL AVANCE DE PATTON HACIA PRAGA

Martin Blumenson

Ulm, 24 de abril de 1945: columna de prisioneros alemanes, que se han rendido a las tropas del Cuerpo de Ejército VI del Ejército 7 americano, pasan ante la catedral gótica de la ciudad, milagrosamente intacta después de los intensos bombardeos aliados que han destruido totalmente los edificios próximos.
(US Army)

Durante los últimos meses de la guerra, los Ejércitos americanos del frente occidental se vieron obstaculizados por una especie de muro invisible que sus jefes políticos habían tendido a través de Alemania. En el Sur, sin embargo, donde los Aliados temían que los alemanes pudieran concentrarse para una última y desesperada resistencia, las fuerzas americanas avanzaron rápidamente y, casi sin darse cuenta, el Ejército 3 de Patton llegó a Checoslovaquia, donde fue acogido entusiásticamente por la población.

Tres factores condicionaron las últimas operaciones tácticas americanas en Alemania: la convicción de que existía una zona destinada a servir de último reducto a los alemanes, la inminente llegada, desde el Este, de las fuerzas soviéticas y el acuerdo a que los Aliados habían llegado respecto a las zonas de ocupación después de la guerra.

A fines de marzo, el rápido avance aliado hizo que el primer factor pareciera cada vez más improbable; no obstante, la zona alpina, con sus montañas tan adecuadas para una defensa a ultranza, seguía preocupando a Eisenhower. Aunque un rápido avance hacia el Este, en dirección al Elba, podría impedir que los alemanes hicieran un esfuerzo para concentrar tropas en los Alpes, la propia fuerza del movimiento aliado podía empujar, indudablemente, a las tropas alemanas hacia esa zona, donde quizás la ocasión propicia para continuar la resistencia llegara a ser demasiado tentadora para dejarla escapar. Eisenhower empezó a pensar en la posibilidad de destacar a uno de los tres Ejércitos de Bradley, del Grupo de Ejércitos XII, confiándoselo a Devers, a fin de que este último dispusiera de tres Ejércitos para una ofensiva final hacia el Sur y el Sudeste, destinada a «impedir la ocupación de un reducto de montaña por parte de los nazis.»

Y fue precisamente esta idea, así como un comunicado del mariscal Alexander, en el que se declaraba partidario del proyecto del avance hacia Austria por el Norte, lo que, a primeros de abril, decidió a Eisenhower a dirigir más bruscamente hacia el Sur las fuerzas de Devers.

El 15 de abril, cuando el Ejército 9 de Simpson alcanzó el Elba y el avance de las restantes unidades del Grupo de Ejércitos XII parecía estar destinado a un éxito seguro, Eisenhower dio las directivas para las operaciones finales. El Grupo de Ejércitos XXI de Montgomery debía continuar su marcha hacia el Nordeste, hasta alcanzar el Báltico, cerca de Lubeck, rastrillando al mismo tiempo la costa alemana y los Países Bajos. El Grupo de Ejército XII de Bradley permanecería desplegado, con dos Ejércitos a lo largo de los ríos Elba y Mulde y, paralelamente, enviaría al Sudeste, a lo largo del valle del Danubio, el Ejército 3 americano de Patton, a fin de que penetrase en Austria para reunirse allí con los rusos en Salzburgo o en Linz. Por último, el Grupo de Ejércitos VI de Devers, con el Ejército 1 francés y el 7 americano, debía avanzar hacia el Sur y el Sudeste a fin de entrar en Austria. Así, pues, tres Ejércitos –dos a las órdenes de Devers y uno a las órdenes de Bradley– con un conjunto de 34 divisiones americanas y francesas, tendrían que arrollar Alemania meridional y Austria, eliminando con ello por completo cualquier posibilidad –admitiendo que aún la hubiera– de una batalla desesperada en el *Alpenfestung*.

Como se supo poco después, hacía tiempo que el general Eisenhower sabía que el Gobierno alemán se preparaba para evacuar Berlín. Incluso se sospechaba que muchas dependencias gubernativas ya estaban trasladándose al Sur, «quizás, pensábamos, a Berchtesgaden en el *Alpenfestung*». Y si bien Bradley había interceptado todas las direcciones de acceso a Alemania meridional y a Austria, «existían aún muchas posibilidades de que nazis fanáticos intentaran atrincherarse en el citado *Alpenfestung*, y por ello era para nosotros tan importante apoderarnos de aquella zona lo más pronto posible».

Bradley, que mantenía sobre el Elba el Ejército 9 de Simpson, y en el Mulde el Ejército 1 de Hodges, estaba ansioso de lanzarse hacia el Sudeste, a fin de aliminar al enemigo en Baviera y rastrillar la zona de ocupación americana, por lo menos hasta la frontera austríaca. Desde este punto, lanzándose a lo largo del Danubio, quizás podría avanzar al Este, en dirección a Viena, aislando eventuales fuerzas enemigas empeñadas aún en la tentativa de retirarse al *Alpenfestung*.

Lo que más interesaba a Bradley era asegurarse el pleno control de la zona de ocupación americana. Aun cuando el acuerdo respecto a la ocupación de Alemania después de la guerra imponía que tanto los Aliados occidentales como los soviéticos deberían retirarse del territorio conquistado más allá de las respectivas zonas de ocupación, Bradley dudaba de que las fuerzas rusas abandonaran, voluntariamente, ni siquiera un solo metro de terreno. Y antes que poner a prueba la buena voluntad de los soviéticos de restar los términos del acuerdo, prefería rastrillar su propio sector sin ayuda de nadie.

Las zonas de ocupación habían sido establecidas por la Comisión consultiva europea, que se reunía en Londres. Ya en enero de 1944, la Comisión había aceptado, por vía experimental, un plan británico que preveía la división de Alemania en tres zonas. La zona soviética prevista se extendía muy al oeste del Elba, y el representante ruso en la Comisión aprobó el plan. Pero, más tarde, las conversaciones se interrumpieron hasta septiembre de 1944, cuando la Comisión envió su protocolo referente a las zonas de ocupación a los tres Gobiernos interesados. Gran Bretaña expresó su intención de aceptar el acuerdo en diciembre de aquel año; pero los otros Gobiernos no tomaron ninguna decisión inmediata.

En enero de 1945, el embajador americano en Gran Bretaña, John Winant, preocupado por el hecho de que ni Estados Unidos ni Rusia hubiesen aprobado todavía el acuerdo, expresó sus temores a Harry Hopkins, consejero del Presidente Roosevelt. Winant temía que, en ausencia de un acuerdo preciso, los soviéticos pudieran avanzar muy adentro de Alemania occidental.

El día 1 de febrero de 1945, el secretario de Estado, Stettinius, y el secretario del Foreing Office, Eden, después de discutir a fondo, en Malta, este problema, solicitaron de los jefes de Estado Mayor conjunto que cuanto antes llegaran a una decisión. Más tarde, en el curso de la misma jornada, el mariscal Broocke y el general Marshall hablaron del problema, autorizando al fin a los representantes británico y americano, en el seno de la Comisión, para aprobar las zonas de ocupación previstas en el acuerdo total.

Tres días después, el 4 de febrero, cuando Roosevelt y Stalin discutieron en Yalta las subdivisiones posbélicas, Stalin aceptó el acuerdo tripartito, aunque mostrándose reacio a conceder una zona propia a los franceses. No obstante, al día siguiente aceptó incluir a los franceses entre las potencias de ocupación, aunque sólo a condición de que la zona francesa se formara a costa de las respectivas zonas británica y americana. El 6 de febrero se aprobó el revisado protocolo.

El problema de las zonas

Las zonas se delimitaron a base de dividir en partes iguales las poblaciones y los recursos de



Soldados alemanes en Berchtesgaden conversan con las tropas de infantería de la División 3 del Ejército 7 americano, a las que acaban de rendirse. Con la conquista de Berchtesgaden y de Salzburgo, efectuada el 4 de mayo de 1945 las fuerzas americanas se aseguraron el dominio de los últimos pasos que daban acceso a los Alpes austríacos, eliminando así definitivamente la amenaza de una resistencia a ultranza en el *Alpenfestung*. (US Army)

Alemania, criterio que prescindía de toda consideración militar. Si bien las zonas asignadas a los Aliados occidentales se extendían muy al oeste del Elba, resultaba absurdo que las tropas aliadas se detuvieran en sus límites de zona correspondientes, dejando que las fuerzas alemanas operasen sin ser hostigadas hasta que el Ejército ruso ocupase aquel vacío. Hubiera sido más lógico permitir que las fuerzas avanzaran desde el Este y el Oeste hasta llegar a unirse o, por lo menos, hasta alcanzar una línea de demarcación más claramente reconocible. Para evitar que eventuales errores en la identificación de las unidades provocaran combates, se juzgó preferible esta segunda alternativa.

Mas, a principios de abril de 1945, Eisenhower informó a los jefes del Estado Mayor conjunto que sería imposible limitar las operaciones, aliadas o soviéticas, a una línea de demarcación designada *a priori*, pues todavía no se podía prever la marcha efectiva de las últimas fases de la campaña. Una vez precisado esto, se apresuró a declarar que sus fuerzas no avanzarían más allá de la línea de los ríos Elba y Mulde. Alcanzada dicha línea, Eisenhower informó al Ejército ruso su intención de enviar al Norte y al Sur a los Ejércitos aliados para eliminar las bolsas enemigas todavía existentes: las fuerzas alineadas al Norte atravesarían el Elba para atacar al enemigo en la base de la península de Jutlandia, mientras las del Sur procederían a lo largo del valle del Danubio, hasta entrar en Austria y reunirse con las fuerzas soviéticas.

Los soviéticos se apresuraron a responder que la línea fluvial del Elba y del Mulde representaría una buena línea de detención. Preveían ocupar Berlín y rastrillar las fuerzas alemanas, al norte y al sur de la capital. Además, pensaban eliminar a las fuerzas adversarias presentes en el valle del Moldava, en Checoslovaquia, lo cual significaba llegar hasta Praga.

Precisamente por aquellos días –hacia fines de abril– los jefes de Estado Mayor británico destacaban cómo las potencias occidentales podrían asegurarse notables ventajas políticas si liberaban Praga y la mayor parte de Checoslovaquia. Incluso admitiendo que la prioridad se asignara al avance en dirección al Báltico y a Austria, propusieron a Eisenhower que aprovechara cualquier mejora eventual de la situación táctica y logística para avanzar en Checoslovaquia. Pero, respecto a ello, el general Marshall dijo a Eisenhower que, personalmente, era contrario a la idea de arriesgar las vidas de sus soldados para conseguir objetivos puramente políticos.

Eisenhower replicó que atribuía prioridad absoluta a la ofensiva septentrional en dirección a Lubeck y a Kiel, a fin de prevenir el avance soviético en Dinamarca; en segundo lugar, en la escala de prioridades, se hallaba el avance hacia el Sur y Sudeste, en dirección a Linz. Pero también declaró que, en el caso de que hubiera otras tropas disponibles, atacaría a las fuerzas enemigas situadas en Checoslovaquia occidental; pero lo dijo estando convencido de que los rusos llegarían a Praga antes que los americanos.

Mientras tanto, el 16 de abril, Bradley se encontraba en Wiesbaden para puntualizar los detalles de la ofensiva final americana. En un principio, había esperado poder terminar la guerra con un ataque desencadenado por Hodges a lo largo del valle del Danubio. Pero como este movimiento habría impuesto complicadas modificaciones en el sistema de abastecimientos, se decidió que de este avance se ocuparía Patton, cuyo Ejército 3 se había reforzado con algunas divisiones disponibles en la zona del Ruhr tras la eliminación del Grupo de Ejércitos B.

El 17 de abril, mientras fuerzas soviéticas cruzaban el Oder, iniciando su última gran ofensiva, Bradley dictó sus directivas. Los Ejércitos 1 y 9 americanos debían desplegar sus fuerzas en abanico, estableciéndose a la defensiva en toda la parte central del frente, desde la frontera checoslovaca hasta el tramo del Elba que entraba en la zona de competencia de las fuerzas británicas. El Ejército 7 de Patch, debía avanzar hacia Munich, mientras el Ejército 3 de Patton avanzaría a lo largo del Danubio. Entre tanto, las tropas soviéticas ya habían entrado en Viena y, en aquel momento, se dirigían rápidamente hacia el Oeste, esto es, en dirección a Linz, como si desearan impedir que los americanos penetraran en Austria más de lo necesario.



Un soldado americano y un paisano observan un aparato interceptador a reacción alemán, todavía en fase experimental, hallado en el aeródromo de Sankt Leonhard (Austria) por las tropas del Ejército 7 de Patch. (US Army)

La carrera hacia el Danubio

El ataque efectivo del Ejército 7 y del Ejército 3 se desencadenó el 22 de abril. En la zona de Patch, donde la resistencia alemana en Nuremberg se había desplomado, como se sabe, el 20 de abril, las fuerzas del flanco derecho del Ejército 1 alemán dejaron el camino abierto a los atacantes. Así, el Cuerpo de Ejército XV de Haislip y el XXI de Milburn pudieron efectuar un avance de casi 80 km, alcanzando el Danubio; la primera unidad que alcanzó el río fue la División Acorazada 12, del Cuerpo de Ejército XXI, que finalizó su avance en Dillingen el día 22 de abril. Abriendo una brecha entre ella y el Ejército 7 alemán, la desintegración del ala derecha del Ejército 1 germano superó incluso a las fuerzas de Patton. La tarde del 22 de abril, las vanguardias del Cuerpo de Ejército III de van Fleet y las del XX de Walker se encontraron al sur y sudeste de Nuremberg, casi a 65 km del Danubio, mientras parte del Cuerpo de Ejército XII de Irwin llegaba al sur de la gran arteria que, desde Nuremberg, avanza hacia el Este, hasta Pilsen.

El Ejército 3 americano, que con su conversión hacia el Sudeste había roto el punto de conjunción entre los Ejércitos 1 y 7 alemanes, rechazó a esta última gran unidad hacia la frontera checoslovaca. Ante esta situación, Obstfelder y los oficiales de su Estado Mayor no pudieron hacer otra cosa que esperar, pacientemente, la rendición. Y como los rusos estaban ya muy cerca, esto iba a suceder muy pronto. Pero entonces Kesselring dio instrucciones a Obstfelder para que sus fuerzas desencadenaran un contraataque sobre el flanco de Patton; mas los alemanes no disponían del carburante necesario para poner en práctica esta orden. Y cuando Kesselring cursó instrucciones más precisas al Cuerpo de Ejército LXXXV, que guiaba los restos de la 11.ª *Panzerdivision*, para que enlazase con el Ejército 1 y colmase la brecha defendiendo el Danubio a lo largo de la frontera austríaca en las cercanías de Passavia, una vez más la falta de carburante impidió realizar esta maniobra. Así, aprisionados tras el Danubio e impotentes para impedir que los americanos cruzasen el río donde les pareciera oportuno, las fuerzas alemanas todavía operantes al Sur estaban ahora más desorganizadas a medida que se desplegaban más al Norte.

Al cruzar el Danubio, los americanos neutralizaron con extrema rapidez el obstáculo que representaba el río. En la zona del Ejército 7, la División Acorazada 12, del Cuerpo de Ejército XXI de Milburn, efectuó el cruce el 22 de abril, aprovechando el puente conquistado en Dillingen; la División Acorazada 10 y la División de infantería 44, del Cuerpo de Ejército VI de Brooks, utilizaron tres puentes conquistados para atravesar el río en la proximidad de Ehingen, el 23 de abril, y la División 103 la imitó tres días después en las cercanías de Ulm; finalmente, las Divisiones 42 y 45, superaron el Danubio cerca de Donauworth, la mañana del 26 de abril.

En la zona del Ejército 3, las Divisiones 65 y 71, del Cuerpo de Ejército XX de Walker, cruzaron el río cerca de Regensburg el 26 de abril; la División 86, del Cuerpo de Ejército III de van Fleet, lo atravesó aquella misma noche junto a Ingolstadt; el Cuerpo de Ejército XII de Irving, que avanzaba por un estrecho corredor comprendido entre el Danubio y la frontera checoslovaca, no debía efectuar ningún cruce hasta llegar a la frontera austríaca, y con este fin la División Aco-

1945

22 de abril: los Ejércitos 3 y 7 americanos inician un veloz avance hacia el Este, encontrando tan sólo una débil resistencia. Hitler decide permanecer en Berlín hasta el final.

30 de abril: Eisenhower informa a los soviéticos acerca de sus planes respecto a un ulterior avance hacia el Este, quizás hasta territorio checoslovaco. El Ejército ruso se muestra de acuerdo.

2 de mayo: en el paso de Fern, emisarios alemanes intentan negociar la capitulación del Grupo de Ejércitos G y del Ejército 1.

4 de mayo: las fuerzas americanas aceptan la rendición de Salzburgo, en Austria. Han quedado así cerrados los últimos pasos de acceso a los Alpes; con ello se desvanece el temor de una posible resistencia en el *Alpenfestung*.

4-5 de mayo: Eisenhower garantiza al general Antonov, del Ejército ruso, que la misión de liberar Praga y casi toda Checoslovaquia se dejará a los soviéticos. Las fuerzas americanas se detienen en Linz y a lo largo del río Enns, en espera de los rusos. Por el contrario, Patton, que ha sido autorizado a entrar en Checoslovaquia con su Ejército 3, avanza impetuosamente liberando Karlsbad, Pilsen y Ceské Budejovice. El Ejército 7 alemán se rinde.

razada 11 lanzó algunas patrullas en las cercanías de Passavia.

El 27 de abril, cuando Eisenhower asignó a Devers y a Patton sus respectivos objetivos finales, aún tenía presente el problema de la existencia del *Alpenfestung*. Quería que se cerraran todos los pasos alpinos para eliminar hasta la más remota posibilidad de verse obligado a sostener una lucha agotadora contra hombres decididos a combatir hasta el final. Según sus instrucciones, el Ejército 3 debía apoderarse de Salzburgo, bloquear luego los pasos de acceso al Tirol austríaco y reunirse después con los rusos en Austria. El Grupo de Ejércitos VI debía conquistar la zona del *Alpenfestung*, todavía más al Sur y al Oeste, y asegurarse más concretamente el control de todas las direcciones de penetración a través de los Alpes.

Hitler decide quedarse

Pero lo cierto era que los alemanes no habían elaborado ningún plan propiamente dicho para establecer una resistencia a toda costa en el *Alpenfestung*. Hitler pensó abandonar Berlín el 20 de abril, día de su cumpleaños, para seguir combatiendo en el sur de Alemania; mas el 22 cambió de idea: permanecería en Berlín hasta la muerte. Como es lógico, los Aliados no podían conocer esta decisión.

Cuando Devers transmitió la directiva de Eisenhower a sus comandantes de Ejército, De Lattre y Patton, la situación inducía a considerar que los franceses podrían ser los primeros en alcanzar la frontera austríaca. De Lattre dispuso inmediatamente que una división acorazada se pusiera en marcha hacia Landeck, «para sellar la victoria –dijo– en la frontera italiana mediante el enlace con el Ejército 5 del general Clark», en el cual figuraba también un Cuerpo de Ejército francés. A través de Landeck pasaba una dirección que, llegando al paso de Resia, permitiría a los franceses alcanzar la frontera italiana.

Pero este proyecto se frustró a causa de una desesperada tentativa del Cuerpo de Ejército XVIII alemán de escapar a la trampa en la Selva Negra. Cuando al fin De Lattre pudo disponer de las fuerzas suficientes para enviar a Landeck, el Cuerpo de Ejército VI americano, al mando de Brooks, ya se aproximaba a la frontera de Austria. Fuerzas acorazadas francesas casi lograron llegar al paso de Fern; pero sólo para quedar bloqueadas en el último momento por un gigantesco desprendimiento de tierras provocado por los alemanes. Entonces De Lattre lanzó sus tropas hasta unos 20 km del paso de Oberjoch. Pero también aquí se vio precedido por el avance de los americanos. En una última tentativa decidió enviar un pelotón de esquiadores al paso de Arlberg... y también en este lugar le habían precedido los omnipresentes americanos.

En la zona del Ejército 7 de Patch, el Cuerpo de Ejército VI rastrilló Ober-Ammergau, entró en Gärmisch-Partenkirchen y conquistó Innsbruck; el Cuerpo de Ejército XXI de Milburn hizo avanzar sus tropas a lo largo de la autopista Munich-Salzburgo, en dirección a Rosenheim, donde se encontraron con la línea natural de avance del Cuerpo de Ejército XV de Haislip. El día 1 de mayo, Devers pidió a Eisenhower que desplazara el límite del sector del Grupo de Ejércitos de manera que entrara en él Salzburgo. Concedido el permiso, Devers informó de ello a Patton, quien a su vez ordenó a Haislip que se dirigiera, sin vacilar, hacia la ciudad. El 4 de mayo, tropas del Cuerpo de Ejército XV se encontraron con una delegación de funcionarios civiles y militares que les ofrecieron la rendición de Salzburgo. Patch autorizó entonces a Haislip para que cuanto antes conquistara Berchtesgaden con una maniobra que llevó al citado Cuerpo de Ejército XV a operar en estrecho contacto con el Cuerpo de Ejército XXI de Milburn. En consecuencia, fue más la congestión del tráfico que la resistencia enemiga lo que retrasó la marcha hacia la pequeña ciudad, que, al fin, fue alcanzada y conquistada el 4 de mayo por la División 3.

Conquistadas Salzburgo y Berchtesgaden, las fuerzas americanas franquearon los últimos pasos de acceso a los Alpes austríacos, con lo que se desvaneció de forma definitiva la amenaza del *Alpenfestung*.

Mientras tanto, el Ejército 3 se dirigía hacia Linz. El 29 de abril, la División Acorazada 13, del Cuerpo de Ejército XX de Walker, cruzó el río Isar en las proximidades de Landau, llegando el 1 de mayo a la frontera austriaca, cerca de Braunau, a orillas del Inn. La División Acorazada 14, del Cuerpo de Ejército III de van Fleet, ocupó Landshut, sobre el Isar, el 30 de abril y llegó al Inn al día siguiente. Luego, cuando Eisenhower desplazó el límite del sector del Grupo de Ejércitos, para asignar Salzburgo al Ejército 7, el Cuerpo de Ejército III perdió toda ulterior posibilidad de acción. El 2 de mayo, varias divisiones del Cuerpo de Ejército XX tendieron puentes sobre el Inn en tres localidades y ocuparon Braunau y Passavia; dos días después llegaban al río Enns, donde se detuvieron para aguardar la llegada de los rusos. Al día siguiente, 5 de mayo, la División Acorazada 11, del Cuerpo de Ejército XII de Irving, alcanzó y conquistó la ciudad de Linz, deteniéndose también en espera de la llegada de las fuerzas soviéticas.

En el Tirol austríaco, el Ejército 7 americano utilizó solamente dos divisiones en la marcha hacia Innsbruck y Landeck. Eran muy pocos los alemanes que aún resistían; pero aprovechaban con habilidad los obstáculos naturales que ofrecía la zona para retardar la marcha de las fuerzas enemigas.

El 2 de mayo, partisanos austríacos se aseguraron el control de Innsbruck, y dos días después fueron relevados por la División 103. Aquel mismo día, un regimiento motorizado superó el paso del Brennero, reuniéndose con la División 88 del Ejército 5 americano a pocos kilómetros de la frontera italiana.

En el paso de Fern, la División 44 del Cuerpo de Ejército VI de Brooks se apoderó de Fernstein el día 2 de mayo y de Imst al día siguiente; fue precisamente en esta localidad donde los hombres de Brooks se entrevistaron con los emisarios alemanes encargados de tratar de la rendición del Grupo de Ejércitos G y del Ejército 1.

Mientras tanto, Doenitz, sucesor de Hitler, había anunciado por radio la muerte del *Führer*. Con ello la guerra en Europa vivía ya sus últimos episodios, y en consecuencia entró en fase de realización el plan que preveía la retirada del mando y de las tropas especiales del Ejército 1 americano, que debían ser destinadas a Extremo Oriente. Poniendo en práctica este plan, el Cuerpo de Ejército V del Ejército 1, empezó a ser relevado por las unidades más septentrionales del Cuerpo de Ejército XII, a lo largo de la frontera checoslovaca. El 5 de mayo, cuando el Cuerpo de Ejército V se incorporó al Ejército 3, el Cuerpo de Ejército XII estuvo al fin en libertad para lanzarse, aceleradamente, a lo largo de la orilla septentrional del Danubio. El cambio de situación permitía, además, la mayor rapidez en las operaciones de ocupación de Checoslovaquia.

El 30 de abril, Eisenhower informó cándidamente a los rusos de sus planes, referentes a una reanudación del avance hacia el Este. Les explicó que se procedía a una modificación de las posiciones a lo largo de los ríos Elba y Mulde en el sector central –donde los soviéticos habían aparecido ya días antes–, anunciando su intención de lanzar una operación al Norte, al otro lado del curso bajo del Elba, para situar tropas propias en la línea Karlsbad-Pilsen-Ceské Budejovice. Todavía más al Sur, propuso avanzar hasta Linz y no más allá, deteniendo sus fuerzas a lo largo de la calle principal que atravesaba Linz en dirección Norte-Sur y en el valle del río Enns, también en dirección de Norte a Sur. El Ejército ruso estuvo de acuerdo.

Ike acepta detenerse

Pero el 4 de mayo, cuando el Grupo de Ejércitos XXI de Montgomery había conquistado sus últimos objetivos, Eisenhower comunicó a los rusos su intención de extenderse hasta más allá de Ceské Budejovice, Pilsen y Karlsbad, para alcanzar la línea de los ríos Elba y Moldava, acción que le llevaría hasta Praga.

Los soviéticos opusieron entonces algunas objeciones. El general Antonov, jefe del Estado Mayor del Ejército ruso, solicitó de Eisenhower que evitase «una posible confusión de fuerzas», y, por lo tanto, que «no enviase efectivos aliados a Checoslovaquia, al este de la línea previamente establecida, esto es, de la línea Ceské Budejovice-Pilsen-Karlsbad». Y puesto que los soviéticos habían detenido sus fuerzas avanzadas en el curso bajo del Elba, al este de Wismar, Schwerin y Dömitz, precisamente a petición de Eisenhower, Antonov esperaba que el jefe americano cumpliría su deseo en cuanto concernía al avance de las fuerzas americanas en Checoslovaquia.

Eisenhower declaró estar de acuerdo, asegurando a Antonov que sus fuerzas no avanzarían más allá de la línea anteriormente propuesta por él. Y así fue cómo permitió que Praga y casi toda Checoslovaquia fuesen ocupadas por los soviéticos.

No obstante, la noche del 4 de mayo, Bradley autorizó a Patton para entrar en Checoslovaquia. Desde hacía dos semanas Patton estaba reclamando, con insistencia, la autorización para avanzar en el país y Bradley, para irritarle, le había preguntado: «¿Por qué diablos en el Ejército 3 todos estáis tan ansiosos de liberar a los checos?»

La respuesta fue obvia: «Avanzad hasta Checoslovaquia y allí fraternizad» –había gritado Patton– «¿Cómo diablos queréis detener a un Ejército con semejante grito de batalla?»

Aun cuando declarase firmemente que podría llegar de un solo salto a Praga, Patton tuvo que contentarse con objetivos más cercanos. Telefoneó inmediatamente al jefe del Cuerpo de Ejército V, Huebner, que en aquel momento estaba almorzando:

–Quiero que ataquéis Pilsen de madrugada –dijo Patton.

–Sí, señor.

–¿Podéis hacerlo?

–Sí, señor.

–Bien, apresuraos. Ya no disponemos de mucho tiempo en esta guerra.

El Cuerpo de Ejército V de Huebner y las unidades desplegadas en el flanco septentrional del Cuerpo de Ejército XII de Irwin entraron en Checoslovaquia en el curso de la mañana del 6 de mayo. Fue aquel un extraño avance a través de los Sudetes, una región que no era ni alemana ni checoslovaca, donde las unidades enemigas, después de hacer algunos disparos al azar, se apresuraban a rendirse. Los americanos ignoraban que precisamente aquel día, los grupos de partisanos checos se habían asegurado el control de Pilsen. Lo descubrieron tan sólo en las primeras horas de la mañana siguiente, cuando sus carros de combate entraron en la ciudad a lo largo de la calle principal, rebasando la desierta y pequeña Línea Maginot de Checoslovaquia y encontrando poco después una entusiasta población checa. Karlsbad, Pilsen y Ceské Budejovice cayeron pronto en poder de los americanos; y entonces el Estado Mayor del Ejército 7 alemán se rindió.

«Quedé muy contrariado –escribió más tarde Patton– porque estaba convencido, y lo estoy todavía, de que hubiéramos debido avanzar hasta el Moldava, y si no les gustaba a los soviéticos podían irse a los infiernos. Sólo varias semanas después descubrí los motivos –válidos– que indujeron al general Eisenhower a detener el avance en aquel punto».

También Praga cayó en poder de los soviéticos, como ya habían caído Berlín y Viena. Pero ello ya no parecía tener importancia: los alemanes se rendían en masa y ahora sólo quedaba por ganar la guerra en el Pacífico.

EL ULTIMO ATAQUE DE HITLER

Earl Ziemke

La ofensiva de las Ardenas, en el frente occidental, proporcionó a Hitler un éxito propagandístico que reforzaba su prestigio personal. Por lo tanto, ahora se imponía un éxito similar en el frente oriental, en el que los soviéticos estaban destruyendo a los Ejércitos alemanes. Ningún lugar se prestaba tanto a un intento de esta clase como el sector de Hungría occidental, donde, después de haber cercado Budapest, las fuerzas soviéticas se habían visto detenidas ante una resistencia inesperadamente enérgica por parte de las tropas alemanas. Pero se trataba tan sólo de una ilusión. Al detenerse, los rusos permitieron a los alemanes efectuar el movimiento sucesivo; como ya había sucedido en Kursk, ahora podían esperar tranquilamente el inevitable ataque, seguros, por completo, de que la única consecuencia sería desangrar a las fuerzas alemanas que defendían Viena.

El 26 de diciembre de 1944, el segundo y el tercer frentes ucranianos completaron el cerco de Budapest. El hecho de que cuatro divisiones alemanas y dos húngaras, del IX Cuerpo de Ejército de Montaña SS, quedaran encerradas en la ciudad no obedeció a ningún movimiento particularmente brillante efectuado por los rusos. En realidad la guarnición se dejó cercar por una única razón: porque Hitler quería que se quedase allí. Desde los días de Stalingrado, Hitler no había vuelto a concentrar con tanta insistencia su atención en una localidad determinada. En vísperas de Navidad, el jefe del Estado Mayor del OKW, capitán general Heinz Guderian, temió incluso que Hitler pudiera llegar al extremo de sustraer fuerzas a la ofensiva de las Ardenas para salvar Budapest. Y en los dos meses y medio que siguieron, mientras la gran oleada de destrucción soviética se abatía sobre Alemania, el *Führer* dirigió una y otra vez su atención hacia la capital húngara y sobre el curso del río Danubio, como si estuviera convencido de que el dominio de estos puntos estratégicos pudiera contribuir todavía a hacer posible la victoria.

En diciembre, Hitler llegó a decir que la pérdida de Budapest disminuiría al efecto conseguido con la victoria de las Ardenas. Con esta afirmación revelaba, más de lo que él suponía, sus pensamientos más recónditos: esto es, que combatía exclusivamente para salvar su propio prestigio, para obligar, una vez más, al mundo a prestarle toda su atención. En diciembre pareció haberlo logrado en el Oeste. Que ahora intentara hacerlo también en el Este era cosa cierta, y los soviéticos, por lo demás, le ofrecieron la ocasión propicia en Hungría.

Inesperadamente, dos días después de haber completado el cerco de Budapest, los rusos se detuvieron y el Ejército 6 alemán pudo constituir un sólido frente entre la punta nororiental del lago Baláton y el Danubio, al este de Komárno. En la orilla septentrional del gran río, el frente se extendía al Este, hasta la desembocadura del Hron, y luego al Norte también a lo largo del río. En la confluencia del Hron y del Danubio el frente se encontraba casi a 40 km de la bolsa de Budapest, mientras desde otros lugares distaba más de 55 km. A partir de la punta sudoccidental del lago Balaton, la 2.ª *Panzerarmee* guarnecía un frente que se extendía desde la orilla del lago hasta el río Drave, al este de Nagykanizsa.

El día 5 de enero, Guderian llegó al mando del Grupo de Ejércitos Sur para entregar personalmente una orden de Hitler según la cual la operación de socorro del Ejército 6 pasaba al grado de gran ofensiva. El comandante del Grupo de Ejércitos, general Otto Wöhler, debía reconquistar Budapest, luego desplazar el frente al Sur y al Este, hasta la línea del lago Balaton-lago Velencei-Ercsi y, por último, lanzarse al Sur a lo largo de 200 km, reconquistando todo el curso del Danubio hasta su confluencia con el Drave. Desde luego, semejante orden no salió nunca del puesto de mando de Wöhler. Al día siguiente, mientras Guderian viajaba en tren especial a través de Checoslovaquia, en dirección Norte, el IV *Panzerkorps SS* se encontró ante un sólido frente soviético. Al norte del Danubio el 6.° Ejército Acorazado Guardia y el 7.° Ejército Guardia, superaron el río Hron durante la jornada, asegurándose una cabeza de puente de 13 km de profundidad que amenazaba la retaguardia del IV *Panzerkorps SS*.

Cuatro días más tarde, Wöhler intentó lo que él llamaba «una galopada de los húsares», un rápido avance a través de los 16 km que separaban el frente del IV *Panzerkorps SS* del límite occidental de la bolsa de Budapest. Pero el intento fracasó. En realidad, en el mejor de los casos, sólo hubiera servido para proporcionar a la guarnición una ocasión para romper el cerco y ya se sabe que Hitler había prohibido, con antelación cualquier solución de este tipo.

Hitler no se preocupaba apenas de la situación de las tropas encerradas en la bolsa. Para él, la liberación de la guarnición ni siquiera constituía un objetivo de primordial importancia. Ya había empezado a insinuar la posibilidad de desplazar hacia el Sur al IV *Panzerkorps SS* para que desencadenara un ataque entre el lago Balaton y el lago Velencei: desde este punto, Budapest estaba a 70 km de distancia, pero las perspectivas para el desarrollo de una operación a gran escala eran mucho más favorables. El día 11, Hitler condecoró al *Obergruppenführer*, Karl Pfeffer-Wildenbruch, comandante de las fuerzas cercadas en la bolsa, con la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro, para reforzar de algún modo su determinación de resistir y confirmándole la orden de defender Budapest. A la mañana siguiente, ordenó a Wöhler que desplazara al Sur al IV *Panzerkorps SS*.

Durante cinco días, a través de caminos de montaña y bajo una nevisca constante, el IV *Panzerkorps SS* cubrió más de 110 km, hasta alcanzar el límite septentrional del lago Balaton, y el 18 de enero, sin concederse ni siquiera una tregua, se lanzaba hacia el Este. Con gran estupor por parte de todos (y no digamos de los soviéti-



Cuando se hizo evidente que la Operación «Frühlingserwachen», desencadenada por los alemanes el 6 de marzo de 1945, había perdido todo su impulso, el STAVKA dio orden, el 23 de marzo, al segundo y tercer frentes ucranianos de pasar a la contraofensiva en dirección a Austria. Los Ejércitos alemanes ya habían perdido toda su confianza en un final favorable de la guerra y no estaban en condiciones de detener el avance del Ejército ruso. El 25 de marzo, después de haber roto el frente alemán, el grueso de las fuerzas de Tolbuchin penetró en Austria, lanzándose hacia Viena, ciudad que fue conquistada el 13 de abril, mientras las fuerzas alemanas comenzaban a retirarse a lo largo de una línea que se extendía desde St. Pölten al Drave, al este de Varazdin.

cos) aquel Cuerpo de Ejército rompió el frente; al anochecer del día siguiente había cubierto 65 km, y una de sus unidades de vanguardia alcanzó Dunapentele, en el Danubio.

Dirigirse al Norte no fue tan fácil: sustrayéndolos a la reserva, los soviéticos habían lanzado al campo de batalla un Cuerpo de Ejército acorazado y dos Cuerpos de Ejército mecanizados Guardias, que combatieron tenazmente para contener a los alemanes; pero aun así, el día 22 las SS lograron, al fin, extenderse hacia el Norte, a lo largo de la orilla oriental del lago, alcanzando el río Váli. Así, pues, los alemanes habían logrado llegar a menos de 25 km de la bolsa de Budapest; mas el impulso inicial ya se había desvanecido.

El día 22, en Berlín, Hitler zanjaba una discusión que, durante más de una semana, se había suscitado entre él y Guderian. En efecto, el 12, día en que Hitler detuvo el primer ataque a Budapest, ordenando al IV *Panzerkorps SS* que se desplazara al Sur, fue también el día en que los soviéticos desencadenaron la ofensiva al otro lado del Vístula, en dirección a Berlín. En aquellos momentos, Hitler se encontraba todavía en Adlerhorst, donde dirigía la ofensiva de las Ardenas. Guderian, desde su puesto de mando, envió a Hitler, en el curso del segundo y tercer días de la ofensiva soviética, varios mensajes en los que le rogaba que le enviaran refuerzos desde el frente occidental y que suspendiera el ataque en Hungría, a fin de que el *Panzerkorps SS* pudiera ser transferido al Norte. Hitler rechazó ambas peticiones y la noche del 15, pocos minutos antes de abandonar Adlerhorst para regresar a la Cancillería del Reich, Guderian renovó sus peticiones por teléfono.

Al día siguiente, en Berlín, Hitler le dijo que había decidido enviar a la 6.ª *Panzerarmee SS*, que había constituido la unidad de cabeza en la ofensiva de las Ardenas, al frente oriental, pero a Hungría y no a Polonia como quería Guderian. Hitler afirmó haber llegado a la conclusión de que el éxito de la guerra dependía, directamente, de la posesión de los pozos petrolíferos de Nagykanizsa, si bien no podía ignorar que tales pozos ya no daban siquiera el petróleo suficiente para satisfacer las necesidades de carburante del Grupo de Ejércitos Sur. El día 22 confirmó su decisión, concediendo únicamente que el mando de la 6.ª *Panzerarmee SS* fuese reclamado a la zona de Berlín, donde recibiría las directivas para una misión a cumplir apenas quedara disponible alguna división. Sus dos Cuerpos de Ejército, el I y el II *Panzerkorps SS*, debían abandonar las Ardenas y detenerse en las cercanías de Viena.

El IV *Panzerkorps SS* pasó toda la jornada del 23 reorganizando sus unidades, y al día siguiente avanzó hasta el Váli, diluyéndose en un amplio frente, mas no consiguió cruzar el río: Wöhler propuso entonces que la 2.ª *Panzerarmee* atacase en dirección de Kaposvár, al sur del lago Balaton, para atraer hacia aquel sector parte de las fuerzas que se enfrentaban al IV *Panzerkorps SS*. Pero el OKW rechazó la proposición: Hitler estaba preocupado por los campos petrolíferos y temía que la 2.ª *Panzerarmee* pudiera verse en dificultades si se lanzaba a esta maniobra.

No se produce una rápida penetración

Tras el fracaso de un ataque desencadenado el 25 de enero hacia el Norte, a lo largo del Váli, cuyo objetivo era abrir una brecha en el frente soviético, Wöhler informó que le era imposible realizar una rápida penetración en dirección a Budapest, pues los rusos habían reforzado el frente en todos los puntos posibles de ataque. Guderian, que seguía queriendo impedir que el I y el II *Panzerkorps* se vieran obligados a empeñarse a fondo en Hungría, propuso desviar hacia el Sur al IV *Panzerkorps* para lanzarlo, en unión de la 2.ª *Panzerarmee*, a una ofensiva entre el lago Balaton y el Danubio. Puesto que un movimiento de este tipo suponía renunciar a todo intento de ayudar a las fuerzas cercadas en Budapest, Wöhler preguntó si no sería oportuno ordenar a dichas fuerzas que rompieran el cerco por todos los medios posibles.

Wöhler tuvo contestación a su pregunta dos días más tarde, cuando Hitler exhortó nuevamente al IX Cuerpo de Ejército de Montaña SS a resistir hasta la llegada de refuerzos. En aquellos momentos, la bolsa tenía unos 5 km de anchura y 6,5 de profundidad y en ella se apiñaban 34.000 soldados alemanes y húngaros, 10.000 heridos y 300.000 civiles húngaros.

El 27 de enero, unas doce divisiones de infantería soviéticas, flanqueadas por considerables fuerzas acorazadas, atacaron al IV *Panzerkorps SS* desde el Sudeste, entre Dunapentele y el canal de Sárviz. Aquella misma tarde, cuando Guderian presentó su primer informe a Hitler, éste ordenó inmediatamente la suspensión de todo intento de alcanzar Budapest. «La maniobra ya no tiene sentido –dijo–; el IV *Panzerkorps SS* debe replegarse». Haciendo caso omiso de una observación de Guderian a propósito de la guarnición, se dirigió al general Jodl, jefe del Estado Mayor operativo del OKW, y le preguntó si el I y el II *Panzerkorps SS* habían empezado ya a abandonar las Ardenas. Jodl respondió que un Cuerpo de Ejército llegaría a Viena en el curso de dos semanas y que el otro lo haría cuatro o cinco días más tarde.

Satisfecho, Hitler observó: «Llegaremos a tiempo; la próxima batalla crucial se desarrollará en este lugar».

Durante la primera semana de febrero, Hitler impartió nuevas directivas a los Grupos de Ejércitos que operaban en el frente oriental. En líneas generales, eran las siguientes: resistir en todas partes y prepararse para el contraataque en todos los sectores cruciales. En cuanto a los medios para cumplir estas órdenes, no tenía nada que ofrecer, excepto el Grupo de Ejércitos Sur. El 6 de febrero dio instrucciones a Wöhler para que desplegase cuatro de las cinco divisiones pertenecientes al I y al II *Panzerkorps SS* en Gyor, a caballo de la vía más directa de acceso a Viena, y la quinta detrás de Nagykanizsa. Todas ellas operarían a las órdenes del OKW. No se indicaría su posición en los mapas de situación, y todos cuantos conocieran su presencia en Hungría debían mantener el más absoluto secreto bajo pena de muerte. Los rusos, predijo Hitler, están a punto de atacar en

dirección a Viena. La misión del Grupo de Ejércitos Sur era defender Nagykanizsa, Székesfehérvár y Komárno, y desbaratar la ofensiva enemiga.

Hitler tenía razón, en parte, en lo que se refería a las intenciones soviéticas. Según el plan vigente en aquellos momentos, el mariscal Timoshenko atacaría en dirección a Viena, pero efectuando una operación que fuese tan sólo una especie de rastrillamiento, después que los golpes principales, desencadenados en el Norte por el primer frente de Rusia Blanca y el primer frente ucraniano, hubieran penetrado en profundidad en el corazón mismo de Alemania. Era evidente que el momento crucial estaba próximo.

A primeros de febrero, mientras el IV *Panzerkorps SS* se veía obligado a abandonar las posiciones alcanzadas en el Danubio y en el Váli bajo la enérgica presión soviética, que Hitler consideraba como preludio de la gran ofensiva, los dos *Panzerkorps SS* que procedían del Oeste se vieron en grandes dificultades. El mando del sector occidental, acosado a preguntas, informó que la nieve, el hielo y la falta de carburante (de todo ello se estaba perfectamente informado en Berlín) no eran los únicos responsables de las dificultades. Durante el día, los carros de combate no podían moverse ni efectuar las operaciones de abastecimiento a causa de los ataques de los cazabombarderos aliados. A menudo, las zonas de reunión quedaban destrozadas por los bombardeos antes de que los carros pudieran alcanzarlas, por lo que se veían obligados a efectuar nuevas marchas.

Sin embargo algunos trenes lograron hacer el viaje y el 8 de febrero Wöhler se dirigió en avión a Berlín para discutir con el *Führer* el despliegue de las divisiones SS.

Hitler estaba particularmente preocupado por la cabeza de puente sobre el Hron, que los rusos habían conquistado en enero. Temía que hasta que no fuese eliminada, los soviéticos sintieran la tentación de aprovecharla como plataforma para lanzar una ofensiva sobre Viena, a lo largo de la orilla septentrional del Danubio. Cuando Wöhler le hizo notar que el 6.° Ejército Acorazado Guardia no había regresado aún a primera línea y que la cabeza de puente estaba guarnecida tan sólo por fuerzas de infantería, Hitler no se retractó de su decisión de mantener secreta la presencia en Hungría de los *Panzerkorps SS*, permitiendo el empleo de las dos primeras divisiones que llegaran para un ataque destinado a rechazar a las fuerzas soviéticas al otro lado del Hron.

Último acto de la tragedia

Wöhler regresó a su puesto de mando exactamente a tiempo para asistir, a distancia, al último acto de la tragedia de Budapest. En el curso de la mañana del 11 de febrero, Pfeffer-Wildenbruch impartió las órdenes para un ataque destinado a romper el cerco. El día anterior, con un gesto que recordaba el ascenso de von Paulus a *Feldmariscal* en Stalingrado. Hitler le había otorgado la cruz de Caballero de la Cruz de Hierro. Pero lo cierto era que las provisiones y las municiones se estaban agotando, y, por añadidura, la guarnición se había dividido en dos bolsas tan exiguas que hacían imposible cualquier intento de abastecerlas por vía aérea. La noche del día 11, las tropas cercadas intentaron a la fuerza abrir una brecha a lo largo del Boulevard Italiano (hoy Malinovskij), mientras los hombres de las unidades auxiliares se lanzaban en una dirección de ataque casi paralela, a través de una alcantarilla subterránea. Pocos fueron los que lograron llegar siquiera a los suburbios de la ciudad. De casi 30.000 soldados alemanes y húngaros apenas 700 alcanzaron las líneas alemanas.

Al norte del Danubio, las *Panzerdivisionen SS* hubieron de avanzar, fatigosamente, por el fango y el agua, hasta alcanzar la cabeza de puente sobre el Hron. Un imprevisto deshielo, de naturaleza casi primaveral había descendido sobre todo el frente oriental. El mando del Grupo de Ejércitos temió que el elemento sorpresa con que pensaba atacar acabara por perderse.

Pero se trataba de un temor infundado. Cuando el ataque se inició, el 17 de febrero, las fuerzas soviéticas se hallaban completamente desprevenidas, teniendo tan sólo en la cabeza de puente 7-8 divisiones de infantería y, en los primeros momentos, ninguna unidad acorazada. En el curso de la primera jornada, 3 divisiones de infantería alemana hundieron el frente ruso y a través de la brecha se lanzaron las *Panzerdivisionen SS* que, en otros dos días, rastrillaron los sectores occidental y sudoriental. La parte nororiental exigió otros cinco días de combate al IV Cuerpo de Ejército motorizado-mecanizado Guardia; no obstante, los alemanes dieron un suspiro de alivio al advertir que no se hallaban frente al Ejército Acorazado Guardia.

UN "FUNNY" DEL FRENTE ORIENTAL

El tren blindado que aparece en este dibujo es uno de los muchos tipos que se crearon en las factorías de los países beligerantes desde 1941. En casi todos los lugares donde había vías férreas, hubo también trenes blindados. En la segunda Guerra Mundial, los franceses dispusieron de cañones de largo alcance montados sobre afustes ferroviarios; los ingleses, a su vez, improvisaron trenes blindados para hacer frente a la amenaza de una invasión alemana; los rusos los construyeron para poder desplazar rápidamente, de un frente a otro, a las tropas combatientes; los alemanes, por último, construyeron también algunos trenes blindados a fin de poder llevar a cabo acciones de patrulla a lo largo de las líneas férreas y contrarrestar las acciones de las guerrillas. Pero los trenes blindados fueron siempre fruto de la improvisación, y, por razones totalmente válidas, los utilizaron principalmente los Ejércitos que se situaban a la defensiva. Es evidente que sólo podían avanzar por raíles y es obvio también que eran muy vulnerables a los ataques aéreos y al fuego de la artillería; podían quedar detenidos simplemente destruyendo los puentes o los caminos. El armamento y la coraza se prepararon con cualquier material útil. Durante la última fase de la guerra, los alemanes formaron sus trenes blindados colocando sobre vagones carros de combate y torretas de carros y protegiendo las locomotoras con corazas, y los utilizaron como escolta de los convoyes de abastecimiento que se dirigían a los distintos frentes. En definitiva, la utilidad de estos trenes blindados fue en todo momento bastante dudosa; no obstante, tenían cierto valor psicológico y su imponente mole podía ser explotada favorablemente por la propaganda.



El ataque contra la cabeza de puente sobre el Hron obtuvo notables resultados. Ya el día 17 –día del ataque– el STAVKA anuló su proyecto de hacer avanzar hacia Viena al segundo frente ucraniano, y en su lugar el Mando Supremo soviético ordenó a Timoshenko que preparase una ofensiva independiente con el segundo y tercer frentes ucranianos.

Las operaciones contra la cabeza de puente también tuvieron gran repercusión entre los alemanes. En efecto, animado por el éxito, el 21 de febrero Wöhler dio instrucciones para trazar los planes de una gran ofensiva entre el lago Balaton y el Danubio. Aquella misma tarde conferenció con Balck, comandante del Ejército 6 y con el general de las SS, Sepp Dietrich, comandante de la 6.ª *Panzerarmee SS*.

El 25 de febrero, al día siguiente de concluir la primera fase de los combates, Wöhler se dirigió de nuevo a Berlín. Hitler estuvo de acuerdo en que lo mejor sería disponer una protección adecuada del flanco septentrional. Sin embargo, expresó el temor de que la 6.ª *Panzerarmee SS*, encargada de desencadenar el nuevo ataque, fuera demasiado débil en cuanto a fuerza de infantería.

Pero se tomó la decisión. En la primera fase, Wöhler atacaría hacia el Sur y en la segunda reconquistaría Budapest y la zona septentrional. Hitler tenía al fin lo que tanto había deseado: una ocasión para atacar, y si bien la razón oficial era la necesidad de proteger los campos petrolíferos, en realidad se trataba de una decisión muy parecida a la tomada casi dos años antes, es decir, la frustrada ofensiva de Kursk. También entonces, al final de un invierno desastroso, la presión enemiga se había debilitado de pronto y el *Führer* se encontró en situación de disponer de abundantes reservas no empeñadas. Pero, también como entonces, los soviéticos le esperaron en la brecha, dejándole la misión de efectuar el primer avance.

Durante los restantes días de febrero, el Grupo de Ejércitos Sur preparó la operación a la que asignó el nombre convencional de «Frühlingserwachen» (despertar de primavera). Dietrich había desplegado al II *Panzerkorps SS*, el más fuerte de todos, al este del canal de Sárviz, para desencadenar un ataque en dirección Sudeste. A la izquierda, el III *Panzerkorps*, perteneciente al Ejército 6 de Balck, atacaría en dirección Noroeste, a lo largo de la orilla meridional del lago Velencei, a fin de asegurar una adecuada cobertura sobre el flanco. A la derecha, el I *Panzerkorps SS*, flanqueado por el Cuerpo de Ejército de caballería I, desencadenaría un ataque hacia el Sudeste, al oeste del canal de Sárviz. Entre el lago Balaton y el río Drave, la segunda *Panzerarmee* se lanzaría hacia el Este, ayudada por el Cuerpo de Ejército XCI, el cual cruzaría el río en la zona Donji Miholjac-Valpovo para dirigirse hacia Mohács. Se fijó como fecha para iniciar la operación el 6 de marzo.

Al parecer, los soviéticos se dieron cuenta de cuanto iba a suceder, así como de la favorable ocasión que el movimiento alemán iba a proporcionarles. Abandonado el plan de la ofensiva contra Viena, transfirieron al tercer frente ucraniano las fuerzas destinadas a aquel ataque, incluido el 7.º Ejército Acorazado Guardia. Desplegadas al norte del lago Velencei, las tropas soviéticas se encontrarían en una posición ideal para hacer frente al movimiento alemán, caso de que éste se desarrollara al Noroeste, en dirección a Budapest, así como para atacar a las tropas alemanas en el estrecho flanco comprendido entre los dos lagos si éstas se dirigían al Sudeste. Los rusos prepararon un sólido sistema de trincheras entre el lago Balaton y el Danubio, bien protegido por campos minados contracarro y apoyado por un notable despliegue de artillería. Para enfrentarse a los *Königstiger*, que hasta entonces no se habían utilizado en el frente oriental, los rusos emplazaron en el campo de batalla un gran número de piezas de artillería de grueso calibre.

«Los rusos estaban dispuestos»

Poco después de medianoche del día 5 de marzo, el Cuerpo de Ejército XCI atravesó el Drave y constituyó cabezas de puente en Donji Miholjac y Valpovo. Al amanecer, la 2.ª *Panzerarmee* atacó en dirección a Kaposvár. Pero, a media mañana, en el sector crucial de la 6.ª *Panzerarmee SS*, sólo se hallaba dispuesto el I *Panzerkorps*, al oeste del canal de Sárviz. El II *Panzerkorps* aplazó primero su ataque hasta la tarde y, luego, hasta la mañana siguiente. Aumentaba la temperatura y la nieve empezaba a fundirse; los campos aparecían cubiertos de una espesa capa de fango y todos los caminos estaban minados y destrozados por el fuego de las piezas contracarros soviéticas. El Servicio de Información alemán notificó a Hitler que la marcha de las operaciones, en la primera jornada, demostraba que los rusos esperaban el ataque.

Al oeste del canal de Sárviz, el II *Panzerkorps SS* rompió, una y otra vez, en las jornadas del 7 y del 8, numerosas líneas defensivas soviéticas, avanzando casi 30 km. Estos días y los dos siguientes fueron decisivos para los rusos. Tolbuchin lanzó al campo el segundo escalón, el Ejército 27, así como casi todas las reservas; pero, habiendo dispersado sus fuerzas acorazadas sobre un frente excesivamente amplio, no podía intentar tomar la iniciativa en ningún punto. El día 9 solicitó el envío de la reserva estratégica, el 9.º Ejército Guardia, pero el STAVKA decidió reservar a este Ejército para la contraofensiva.

Lancha motora acorazada de la Flotilla soviética del Danubio, en Budapest. En febrero de 1945, los rusos, dándose cuenta de que los alemanes estaban a punto de desencadenar una ofensiva en fuerza, concentraron un grueso contingente de tropas al norte del lago Velencei, desde donde sería posible hacer frente a sus ataques. (Archivo Riesch)



Arriba: diciembre de 1944: tropas soviéticas en Budapest. A la izquierda de la foto puede verse un cañón abandonado por los alemanes. El segundo y tercer frentes ucranianos completaron el cerco de la ciudad el 26 de diciembre de 1944. Abajo: artillería antiaérea ligera emplazada en las calles principales de Budapest.





En la jornada del 10, en medio de una tormenta de nieve y de lluvia, el I *Panzerkorps SS* alcanzó el canal de Sio y, durante la noche siguiente, conquistó dos pequeñas cabezas de puente al sur del mismo. Pero ya el optimismo alemán empezaba a dispersarse. Wöhler comunicó que el desarrollo de la operación, hasta aquel momento, demostraba hasta qué punto había sido prevista por los rusos; y el día 12 llegó a la conclusión de que el Cuerpo de Ejército se hallaba bloqueado, sin esperanza, a menos que se hallase el medio de hacer afluir a su sector suficientes refuerzos para ponerlo de nuevo en movimiento.

Al día siguiente, después de reunir todas las fuerzas acorazadas, Tolbuchin contraatacó en ambas orillas del canal de Sárviz, y fue entonces cuando Wöhler llegó a la conclusión de que la Operación «Frühlingserwachen» llegaría pronto a un punto crítico. Al Sur, la 2.ª *Panzerarmee* y el Cuerpo de Ejército XCI ganaban terreno a un ritmo más bien insignificante, mientras sobre el I *Panzerkorps SS* se abatían ya fuertes contraataques. Al sur del canal de Sio, las condiciones del terreno no podían ser más desfavorables para los carros de combate y asimismo el flanco izquierdo del I *Panzerkorps* se hallaba peligrosamente expuesto. Según comunicó Wöhler a Hitler, la única solución consistía en volver a llamar al I *Panzerkorps SS*, lanzándolo en unión del II, a un ataque al Oeste, hacia el Danubio, para hacer avanzar hacia el Sur ambas unidades entre el Danubio y el canal de Sárviz.

Pero otras graves circunstancias empezaban a hacer sentir su peso. Desde hacía varios días, el mando del Grupo de Ejércitos observaba, con preocupación, los movimientos de tropas soviéticas al norte del lago Velencei. El día 14, Wöhler comunicó: «No existe ya ninguna duda de que los rusos preparan un contraataque. Los primeros indicios precisos se descubrieron ayer en la zona Székesfehérvár-Zamoly. No menos de 300 vehículos salen de Budapest. Probablemente la intención es desencadenar un ataque en dirección al lago Balaton, a espaldas de las fuerzas alemanas».

Wöhler suspende la operación

La tarde del día 16, Tolbuchin inició la contraofensiva soviética en el sector del frente comprendido entre el lago Velencei y Bicske. El IV *Panzerkorps SS* logró resistir; pero, a la izquierda, el Ejército 3 húngaro fue derrotado y los rusos avanzaron rápidamente a través de los montes Vertes. Wöhler decidió entonces suspender «para el inmediato futuro» la Operación «Frühlingserwachen»: ordenó al I *Panzerkorps SS* que reuniera fuerzas para un contraataque en las cercanías de Székesfehérvár y dio instrucciones al II *Panzerkorps SS* para que empezara a retirarse.

Dos días después, los Ejércitos 9.º y 4.º Guardias avanzaron en el frente defendido por el IV *Panzerkorps*, entre Mor y el lago Velencei. En este punto, Tolbuchin tenía al alcance de la mano la posibilidad de cerrar la brecha entre ambos lagos; pero esta ocasión no pudo ser aprovechada, pues el 6.º Ejército Acorazado Guardia no estaba todavía dispuesto.

Evidentemente se encontraba en los mismos apuros en los que se encontraron las fuerzas acorazadas alemanas a principios del mes.

En el campo alemán, Wöhler emprendió una especie de maniobra de enroque, ordenando a la 6.ª *Panzerarmee SS* que se situara al Norte, a fin de cerrar la brecha que los húngaros dejaron abierta, y confiando al Ejército 6 de Balck el sector del frente comprendido entre los lagos. El día 20, cuando el 6.º Ejército Acorazado Guardia se puso al fin en marcha hacia la punta del lago Balaton, la 6.ª *Panzerarmee SS* ya se había retirado. Wöhler quería reclamar entonces el regreso del Ejército 6, pero Hitler opinó que Székesfehérvár debía ser defendida y que, por lo tanto, Balck debía resistir al este del Balaton.

Al día siguiente, cuando sólo quedaba abierto un exiguo corredor a lo largo de la orilla del lago, Hitler se negó de nuevo a dar su consentimiento para el abandono de Székesfehérvár. Wöhler dijo que no estaba dispuesto a correr el riesgo de otro cerco: el recuerdo de Budapest era demasiado reciente. Y aquella misma noche, pese a las protestas de Hitler, Székesfehérvár fue evacuada.

Durante veinticuatro horas, situado entre los soviéticos y el lago, el Ejército 6 sufrió violentos ataques; nadie sabía cuánto tiempo podría permanecer aún abierta la bolsa. El mando del Ejército perdió las huellas del IV *Panzerkorps SS*, y si el Ejército no fue completamente aniquilado allí se debió, sobre todo, a la tardía e incierta partida del 6.º Ejército Acorazado Guardia.

El 23 de marzo, ya en un alarde de lo absurdo, la 2.ª *Panzerarmee* continuó el ataque al sur del lago Balaton; pero la Operación «Frühlingserwachen» había fracasado y los alemanes estaban completamente desconcertados.

Balck cursó un informe bastante pesimista. Las tropas, decía, no combatían de la manera debida. Algunos decían que la guerra estaba completamente perdida y que no querían ser los últimos en morir. Todos tenían miedo de ser cercados y la desconfianza empezaba a difundirse incluso entre los altos mando.

Y precisamente aquel día, el STAVKA dio al Ejército ruso la orden de atacar al Oeste, en dirección a Austria.



(Novosti Press Agency)

Earl Ziemke

LOS RUSOS EN VIENA

El desesperado intento de las fuerzas alemanas para llegar a Budapest había fracasado. Ahora la *Wehrmacht* estaba desconcertada y debilitada, en lucha con dificultades cada vez mayores, impotente para detener el terrible ataque soviético. El 13 de abril, pese a las frenéticas exhortaciones de Hitler y a las duras disposiciones tomadas por Skorzeny, Viena cayó en poder de los rusos.

El día 23 de marzo, el Ejército 6 alemán se había desplazado al oeste del lago Balaton. La contraofensiva soviética no había conseguido cercar ninguno de los dos Ejércitos alemanes al este del citado lago, mas los germanos se hallaban ante obstáculos cada vez más graves. En el curso de la jornada del 23, tropas rusas de Tolbuchin conquistaron Veszprém, punto clave e importante nudo de carreteras en la Selva de Bacony. Una vez Veszprém en poder de los soviéticos, el Ejército 6 alemán ya que no podía retirarsse hacia el Oeste, viéndose por lo tanto obligado a replegarse en dirección Sudeste, a lo largo de la orilla del lago, amenazado continuamente de ser cercado por el enemigo.

Aquel día, las fuerzas de Malinovskij rompieron totalmente el frente del Ejército 5 húngaro, al oeste de Esztergom, obligándole a retirarse al Norte, al otro lado del Danubio. El flanco meridional en Hungría estaba todavía intacto, y si bien el día 23 el Grupo de Ejércitos tuvo que evacuar sus ya inútiles dos cabezas de puente sobre el Drave, durante toda aquella jornada la 2.ª *Panzerarmee* continuó la ofensiva, logrando avanzar 8 km al sur del lago Balaton. Al final de la jornada, Hitler dio permiso a Wöhler para sustraer una división de la 2.ª *Panzerarmee* a fin de reforzar el frente septentrional. Esta medida obligó a la citada 2.ª *Panzerarmee* a ponerse a la defensiva; pero Hitler insistió a fin de que, en adelante, el Ejército no fuese más debilitado. Todavía estaba decidido a defender el pequeño campo petrolífero de Nagykanizsa.

Mientras tanto, en el transcurso de aquel día, Timoshenko había dado órdenes a Tolbuchin relativas a la siguiente fase de la ofensiva: el 9.º Ejército Guardia y el 6.º Ejército Acorazado Guardia debían atacar en dirección a Köszeg; el Ejército 26, en dirección a Szombathely y el Ejército 27 en dirección a Zalaegerszeg. Para contrarrestar esta ofensiva en la zona central de su frente, Wöhler podía confiar tan sólo en el Ejército 6, aunque también éste se hallaba en grave peligro de ser cercado en el lago Balaton y aniquilado después. Al norte del Danubio, el Ejército 8 debía defender la vía de acceso más breve hacia Viena; y, finalmente, por expresa voluntad de Hitler, la 2.ª *Panzerarmee* se hallaba inmovilizada en las cercanías de Nagykanizsa. La 6.ª *Panzerarmee SS* debía guarnecer un trecho del frente al sur del Danubio, desde Komárno hasta un punto al este de Pápa; pero, revelando en ello toda su inexperiencia, el mando del Ejército no parecía estar en situación de mantener unidas sus fuerzas si no era recurriendo a sucesivos repliegues y consiguientes reagrupamientos de diversas unidades.

Tiempo atrás, los alemanes ya se habían visto en situaciones tan intrincadas o quizás todavía más. Sin embargo, en la última semana de marzo de 1945, los hombres de los Ejércitos de Wöhler parecieron comprender de pronto que se hallaban empeñados en su última batalla, siendo el único interrogante el de dónde y de qué manera se abatiría sobre ellos la derrota final. El día 23 de marzo, el jefe del Ejército 6, general Hermann Balck, telefoneó dos veces a Berlín para comunicar el más infausto informe que un jefe de Ejército puede verse obligado a transmitir: Balck decía que sus hombres estaban perdiendo todo espíritu combativo. Algunos afirmaban que la guerra ya estaba totalmente perdida y que no querían ser los últimos en morir. Lo cierto era que todos estaban aterrorizados ante la idea de ser cercados y de caer en manos de los rusos. No tenían ya confianza –añadía Balck– en la capacidad de sus jefes para sacarles de aquella situación. No obstante, al día siguiente, Balck dijo a Guderian que en Hungría había bastantes hombres y el suficiente número de armas para hacer lo que fuera necesario; el problema estaba en hacer funcionar todo el engranaje del modo preciso. Los hombres de las SS, en particular, hallaban dificultades en adaptarse a la idea de combatir aquel tipo de guerra en que se hallaban empeñados, y, al día siguiente, Wöhler comunicó a Guderian que dudaba de las posibilidades de constituir siquiera una apariencia de frente con el Ejército 6 y la 6.ª *Panzerarmee SS*. Balck añadió que no se trataba de una crisis de disponibilidad de medios y de abastecimientos, sino más bien de una crisis de confianza, que tenía sus raíces en los desastres de Stalingrado y de Budapest. Lo cierto era que sus tropas ya no querían oponer ninguna resistencia.

En Berlín, precisamente el fracaso de las SS provocó un estado de ánimo de auténtica consternación. Guderian dijo a Wöhler que Hitler estaba «fuera de sí» por el comportamiento de las SS, y, en efecto, antes de terminar el mes, Hitler envió a Hungría a Himmler, *Reichsführer* de las SS, con el cargo de descubrir qué era lo que no funcionaba.

El día 25 los soviéticos completaron la ruptura: el 6.º Ejército Acorazado Guardia irrumpió desde la Selva de Bacony, al este de Pápa. La 6.ª *Panzerarmee SS* había constituido un frente defensivo hacia el Norte, pero ya no podía hacer otra cosa que obstinarse en defenderlo.

El Ejército 6 de Balck intentaba sostener a toda costa su flanco derecho sobre el lago Balaton para proteger a la 2.ª *Panzerarmee* al sur del lago; pero, al mismo tiempo, debía defender un frente muy extenso al Oeste y al Norte, para mantener contacto con la 6.ª *Panzerarmee SS*. Al este de Pápa, la brecha entre los flancos de los dos Ejércitos se extendía a lo largo de más de 15 km. Wöhler informó a Guderian de que no lograba ver posibilidad alguna de cerrar aquella brecha y, para complicar todavía más las dificultades de los alemanes, durante aquella jornada el segundo frente ucraniano de Malinovskij empezó a atacar más acá del río Hron y a lo largo de la orilla septentrional del Danubio.

Al día siguiente, sin permitirse un momento de tregua, los soviéticos se lanzaron a la fase final: el avance hacia el propio corazón de Austria. El grueso de las fuerzas de Tolbuchin –el 6.º Ejército Acorazado Guardia, el 9.º Ejército Guardia y el 4.º Ejército Guardia– se extendió en un solo día hasta más allá de Pápa, a través del espacio situado entre los flancos del Ejército 6 y de la 6.ª *Panzerarmee SS*, para cruzar, el día 21, el río Raab (Rába) al oeste de Köszeg, sobre un amplio frente.

Wöhler estaba casi desesperado. Los exiguos refuerzos que llegaban para el Grupo de Ejércitos Sur se destinaban –a causa de la obsesiva preocupación de Hitler por el petróleo– a ser desplegados sobre dos flancos: dos divisiones de la 2.ª *Panzerarmee* y una del Ejército 8. Después de haberse enterado de que Hitler quería a toda costa que el Ejército 8 defendiera Komárno para no perder las refinerías locales de petróleo, el jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos sugirió al OKH la idea de enseñar a Hitler una fotografía aérea: en lugar de la refinería, dijo, no había ahora sino cráteres de bombas. La 2.ª *Panzerarmee*, que hasta aquel momento se había reservado en lo



Grupo de soldados alemanes en acción en el último e inútil intento de detener el avance de las fuerzas soviéticas en dirección a Austria. *(Süd Verlag)*



Infantes soviéticos, cubiertos por el fuego de una ametralladora, se lanzan al asalto en el curso de la ofensiva hacia Austria. Tras la conquista de Viena, casi todo el peso de la ofensiva soviética se desplazó al Norte, para apoyar los ataques del cuarto frente ucraniano contra el flanco derecho del Grupo de Ejércitos del Centro alemán. (Keystone)

posible, comunicó estar esperando un ataque de un momento a otro, que los húngaros que dependían de ella estaban desertando «en masa» y que, por lo tanto, creía oportuno replegarse sobre la línea defensiva principal, entre el río Drave y el lago Balaton. Cuando Wöhler reforzó esta proposición con su propia aprobación, Guderian replicó que someter el asunto a Hitler sólo representaría una pérdida de tiempo.

Otros dos días después, el 6.º Ejército Acorazado Guardia llegó a la frontera austríaca en el sector Köszeg-Szombathely. Entonces Hitler hubo de resignarse a la idea de que el Ejército 6 y la 6.ª *Panzerarmee SS* se mantuvieran en las posiciones defensivas a lo largo de la citada frontera, pero decidió que los Ejércitos desplegados sobre los flancos debían permanecer en sus puestos. En Komárno, en el transcurso de la tarde del día 29, la resistencia del Ejército 8 se agotaba por momentos. La 2.ª *Panzerarmee*, atacada por primera vez en el curso de la jornada, ya había perdido Nagybajom, en el sector central del frente, al sur del lago Balaton y, para proteger su propio flanco y la retaguardia, había asumido el mando del Cuerpo de Ejército de la derecha del Ejército 6, desplegado en el extremo meridional del lago.

1945

6 de enero: los soviéticos establecen una cabeza de puente en la orilla occidental del Hron.

18 de enero: el IV *Panzerkorps SS* alemán abre una brecha en las líneas soviéticas y llega al Danubio, al sur de Budapest.

27 de enero: una enérgica contraofensiva soviética obliga a retirarse al IV *Panzerkorps SS*.

11 de febrero: después del fracasado intento de romper el cerco, la guarnición alemana cercada en Budapest es aniquilada.

17-24 de febrero: los alemanes eliminan la cabeza de puente soviética sobre el Hron.

6 de marzo: La ofensiva alemana inicia la Operación "Frühlingserwachen" hacia Budapest.

16 de marzo: se inicia el contraataque soviético, y la derrota del Ejército 3 húngaro obliga a los alemanes a iniciar un repliegue progresivo.

25 de marzo: Los rusos completan la ruptura y el segundo frente ucraniano empieza a avanzar sobre la orilla occidental del río Hron.

28 de marzo: fuerzas soviéticas alcanzan la frontera austríaca en Koszeg-Szombathely.

13 de abril: los rusos conquistan Viena.

7 de mayo: El Grupo de Ejércitos Sur se rinde al Ejército 3 americano.

El día 30 de marzo, el 6.º Ejército Acorazado Guardia cruzó la frontera, efectuando una conversión al Norte, hacia el corredor comprendido entre las montañas, al oeste de Wiener Neustadt, y el lago de Neusiedl. A su derecha, el 9.º y el 4.º Ejércitos Guardia empezaron a converger, a su vez hacia el Noroeste, avanzando hacia Viena, y cuando Hitler solicitó una contraofensiva para cerrar el frente y cercar al Ejército acorazado soviético, Wöhler replicó que ni el Ejército 6 ni la 6.ª *Panzerarmee SS* tenían ni la más mínima posibilidad de lanzarse a esta contraofensiva. El mando del Grupo de Ejércitos se hubiera considerado dichoso si la 6.ª *Panzerarmee SS* hubiera logrado tan sólo constituir una especie de frente entre Wiener Neustadt y el lago antes de que llegasen los soviéticos. Informó haber enviado algunos oficiales de su Estado Mayor a las filas de las unidades combatientes, y que dichos oficiales, en su totalidad, habían convenido en que los hombres se hallaban exhaustos y desmoralizados; por lo tanto, pensar en lanzar una contraofensiva con ellos era simplemente absurdo. Por otra parte, el Ejército 6 se hallaba en gran dificultad, no sólo en el flanco izquierdo, sino también en el derecho, por cuanto el Ejército 27 soviético había hundido sus líneas y ahora avanzaba hacia el Norte, entre su flanco y el de la 2.ª *Panzerarmee*.

A fin de mes, Tolbuchin y Malinovskij se acercaban a Viena. Al norte del Danubio, el segundo frente ucraniano alcanzó Bratislava, mientras el flanco derecho del tercer frente ucraniano se adentraba en la brecha que se había abierto, correspondiente a la citada ciudad de Bratislava, entre el Danubio y el lago Neusiedl. El 2 de abril, el 6.º Ejército Acorazado Guardia, lanzado hacia Viena, superaba Wiener Neustadt. Entre tanto, la 2.ª *Panzerarmee* ya se había retirado al oeste de Nagykanizsa, sobre una línea defensiva que se extendía apenas al este del campo petrolífero.

Hitler envió entonces para defender Viena a la 25.ª *Panzerdivision* y a la División *Führer* de granaderos. El día 3 ordenó a Wöhler que lanzara «finalmente» un ataque contra los flancos de las fuerzas soviéticas y que dejara de oponerse frontalmente a las vanguardias acorazadas del Ejército ruso. Como Wöhler replicara que el Grupo de Ejércitos no estaba absolutamente en situación de contraatacar y que debía oponer algo consistente a las fuerzas soviéticas para impedirles «extenderse hasta lo infinito», Hitler llamó a Curlandia al general Lothar Rendulic, confiándole el mando del Grupo de Ejércitos Sur.

Cuando Rendulic llegó al mando del Grupo de Ejércitos, situado en los Alpes, al sudoeste de Sant Pölten, a medianoche del día 7 de abril (a la sazón ni siquiera los comandantes de Grupo de Ejércitos lograban moverse con rapidez a través de Alemania), los soviéticos ya habían entrado en Viena alcanzando la Gütelstrass, y se hallaban sobre el Danubio, al oeste de la ciudad. Malinovskij había hecho pasar el Ejército 46 sobre la orilla septentrional del río y lo empleaba ahora para ejercer presión hacia el oeste del río Morava y envolver Viena por el Norte.

En aquellos últimos días, apareció en Viena, enviado por Hitler en misión especial, el coronel de las SS Otto Skorzeny, quien hizo ahorcar a tres oficiales en el puente Florisdorff, declarando que la situación en la ciudad era «deprimente», que no se había dado ninguna orden para remediarla y que se habían difundido el desaliento y «otros signos de desintegración». El general Rendulic, un oficial que, a su vez, gozaba de una pésima fama en cuanto a brutalidad, pero que en el punto a que había llegado la situación no quería tener nada que ver con los «ultras» de las SS, protestó, diciendo que Viena no era diferente a ninguna otra ciudad que fuese escenario de combates, calle por calle y abrigase una población descontenta. Por lo tanto, arrojó de allí a Skorzeny. En la ciudad continuaron los combates hasta la tarde del 13 de abril, pero sin ningún intento de crear una nueva Budapest.

A fines de la segunda semana de abril, la 6.ª *Panzerarmee*, el Ejército 6 y la 2.ª *Panzerarmee* se hallaban desplegadas a lo largo de un frente casi continuo, que, a lo largo de las cadenas exteriores de los Alpes, se extendía por una zona al oeste de Sant Pölten hasta el Drave, al este de Varazdyn. La pérdida de los campos petrolíferos húngaros había pasado casi inadvertida por haber coincidido con la batalla de Viena. Después de cruzar la frontera austríaca, los rusos aflojaron un tanto la presión sobre los dos Ejércitos meridionales.

En la segunda mitad del mes, casi todo el peso de la ofensiva soviética se proyectó al norte del Danubio. El primer Grupo de Caballería mecanizado Guardia atacó en dirección a Brno para reforzar la ofensiva desencadenada desde el cuarto frente ucraniano contra el flanco derecho del Grupo de Ejércitos del Centro, y, a la sazón, en el sector del Grupo de Ejércitos Sur los soviéticos no tenían ya ningún objetivo cuya importancia les indujera a efectuar un gran esfuerzo para conseguirlo. Apenas cesaron los combates en aquella zona, Hitler se apresuró a ordenar a Rendulic que reconquistara el pequeño campo petrolífero austríaco existente en las cercanías de Zistersdorf, a 40 km al norte de Viena. Pero tal intento no se llevó a cabo jamás.

Pasado aquel mes, cuando unidades del Ejército 3 norteamericano entraron en Austria desde Alemania meridional, el Grupo de Ejércitos Sur empezó a sentirse amenazado por la espalda. El día 4 de mayo, las tropas estadounidenses llegaron al río Enns, separando al Grupo de Ejércitos de sus más importantes depósitos de abastecimientos; la inmediata consecuencia de ello fue que los alemanes, a partir de entonces, sólo pudieron disponer de municiones suficientes para dos días y de víveres para ocho. Pero la presencia de los americanos resultó casi favorable para los alemanes. La noche del día 6, Rendulic ordenó a sus fuerzas que suspendieran las hostilidades contra ellos y el 7 de mayo después de la capitulación de Alemania, logró consignar gran parte del Grupo de Ejércitos Sur, al Ejército 3 norteamericano.

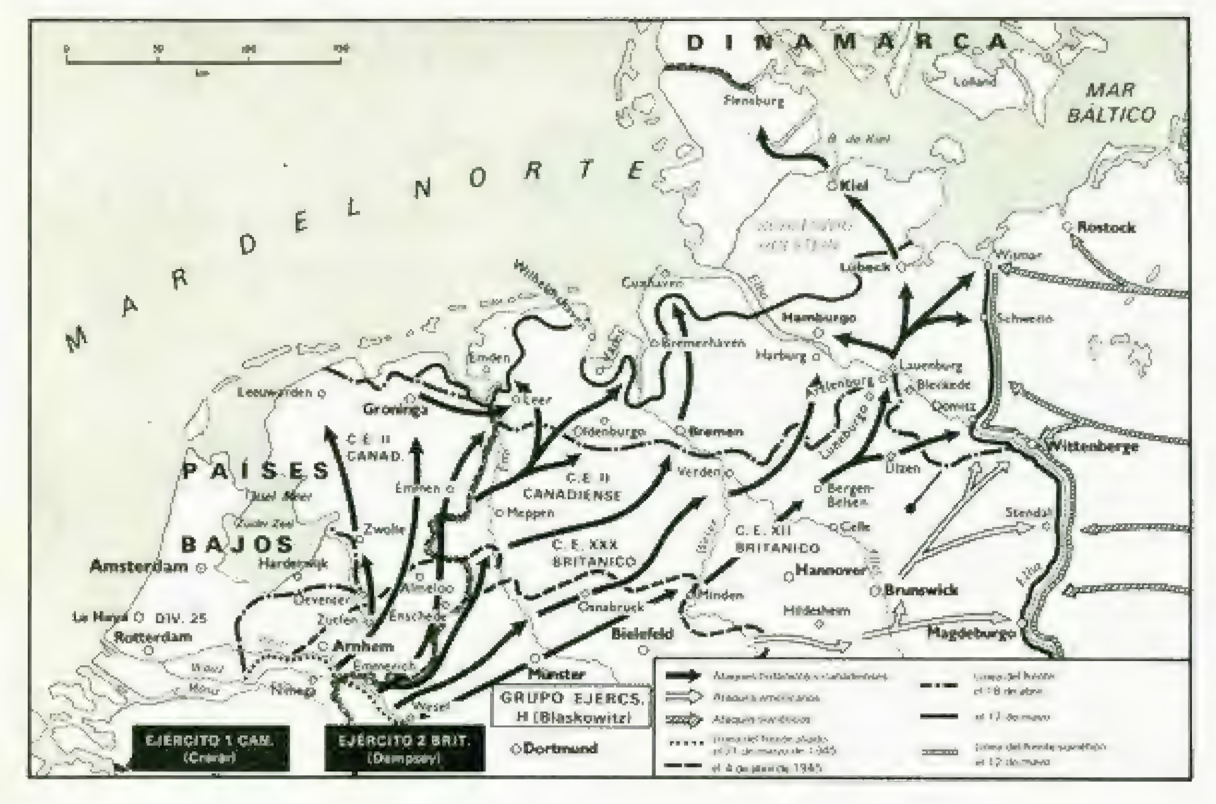
LOS ALIADOS EN ALEMANIA SEPTENTRIONAL

Mientras la atención del mundo entero se centraba en otros puntos neurálgicos –Berlín, Budapest, Praga, Viena– las fuerzas británicas y canadienses rastrillaban activamente Holanda y se extendían por Alemania septentrional. Al evocar en estas páginas aquella ofensiva contra un enemigo ya desmoralizado, ofrecemos algunas impresiones sumamente sugestivas, anotadas personalmente, aquellos mismos días, por el general de división sir Percy Hobart.

Kenneth James



Imperial War Museum



El paso del Rhin, en Emmerich, efectuado por el Cuerpo de Ejército II canadiense en los primeros días de abril de 1945, señaló el comienzo del avance del Ejército I canadiense en los Países Bajos. Tras haber arrollado una encarnizada resistencia inicial, las tropas atacantes avanzaron rápidamente, llegando a Groninga el 13 de abril. Entretanto, el Cuerpo de Ejército I, que el 11 de abril atacó en dirección a Arnhem, alcanzó Harderwijk el día 18, aislando totalmente Holanda occidental. El 28 de abril, cuando el *Reichskommissar* de Holanda, Seyss-Inquart, firmó con los Aliados la rendición de las tropas alemanas, el Cuerpo de Ejército II se halló en condiciones de poder dirigirse hacia Alemania noroccidental, donde tuvo que empeñarse en duros combates. Simultáneamente, el Ejército 2 británico, que había avanzado hasta el Elba, logró cruzarlo, y una vez conquistadas Wismar y Lübeck, el 2 de mayo, se dirigió hacia Flensburg: de esta manera, el Grupo de Ejércitos XXI se había asegurado el control del Schleswig-Holstein.

Como quiera que el mundo entero seguía con atención los acontecimientos que se desarrollaban en Alemania central, las demás operaciones parecían no tener importancia. Durante el rígido invierno de 1944-1945, el Ejército I canadiense había quedado establecido a lo largo del Mosa, y, en el transcurso de aquellos largos meses, diversas acciones de patrulla hostigaron a las tropas establecidas a orillas del río, y asimismo las líneas férreas que conducían a Holanda occidental fueron blanco predilecto de los pilotos de la RAF, en su afán de impedir a toda costa el suministro de bombas teledirigidas a las bases de lanzamiento situadas en las cercanías de La Haya.

Pero aquellos ataques aéreos impedían también la llegada de alimentos destinados a la numerosa población holandesa de la zona ocupada aún por los alemanes, la cual, a fines de marzo, conoció las angustias del hambre. Por ello, las operaciones para afrontar el final de la guerra en Holanda tenían una particularísima importancia, pues la actitud política de los Países Bajos frente a los Aliados, al término del conflicto, estaría determinada por la rapidez con que hubieran sido liberados.

Durante las primeras fases de la operación, una brigada perteneciente a la División de infantería 3 canadiense había tomado parte en el paso inicial del Rhin, logrando llegar y conquistar la pequeña ciudad de Emmerich. La brigada actuaba como punta avanzada de todo el Cuerpo de Ejército II canadiense; pero, en las órdenes que el mariscal Montgomery diera en aquel período a las tropas canadienses, dicha operación no era «otra cosa que la protección del flanco occidental de todo el paso del Rhin.» En consecuencia, el citado Cuerpo de Ejército II había dejado de operar con autonomía. Hacía poco tiempo se le había unido el Cuerpo de Ejército I canadiense procedente de la campaña de Italia; así, por primera vez, aquel Ejército era canadiense en su casi totalidad, pese a que las tropas británicas continuasen sosteniendo su parte al lado de sus «primos». Montgomery, satisfecho al asegurar sólidas posiciones en la orilla derecha del Rhin y seguro ahora de que podía continuar la persecución sin aflojar la presión, impartió nuevas directivas a Crerar.

Estas directivas disponían que los canadienses avanzaran sobre un amplio frente hacia el Norte, partiendo del Rhin y dejando Arnhem a la izquierda y la frontera germano-holandesa a la derecha. Así aislarían Holanda occidental, desde el río Ijssel hasta el Harderwijk, hacia el Norte, en dirección a Groninga, para terminar con la ocupación de toda la península comprendida entre el curso del Ems y el Ijssel Meer.

Un movimiento análogo ya había sido concebido por el general Blaskowitz en la época en que intentó, en vano, obtener permiso de Hitler para retirar de Holanda el Ejército 25. La negativa del *Führer* marcó, fatalmente, el destino de aquel Ejército, pero no había reducido su capacidad operativa inmediata. Por ello, los canadienses que combatieron por la conquista de Emmerich hallaron una obstinada resistencia. Mas, una vez caída Emmerich, las operaciones se desarrollaron a un ritmo más rápido y las patrullas de reconocimiento se extendieron hacia el Norte, en dirección al río Ijssel.

En este punto entró en acción el Cuerpo de Ejército I canadiense, a la izquierda del Cuerpo de Ejército II. El límite de sector entre ambas unidades debía ser el citado río Ijssel, hasta donde afluye al lago homónimo. Crerar mandó al Cuerpo de Ejército II canadiense, a las órdenes de Simonds, hacia Deventer, Zwolle, Leeuwarden y Groninga, y el Cuerpo de Ejército I, que avanzaba por la orilla izquierda del río, recibió la orden de dirigirse hacia el bajo Rhin, cerca de Arnhem, y cruzarlo el 11 de abril. Ello significaba tratar de eliminar las últimas resistencias alemanas en la famosa «isla»; la misión más dura estuvo a cargo de la División 49 británica y la División Acorazada 5 canadiense, completándose, sin excesivas dificultades, en el curso de la noche del 2 al 3 de abril. La caída de Emmerich desorganizó el sistema defensivo de los alemanes, quienes no se hallaron en situación de defenderse bajo una nueva línea continua; por ello, los Aliados sólo encontraron una oposición decidida en algunos puntos, sobre todo en Zutfen, que se rindió el 8 de abril tras prolongados combates.

La táctica de los alemanes revela inexperiencia

El estado de ánimo de los contendientes, en esta fase final de la guerra, es un elemento que no puede soslayarse. A la sazón, las fuerzas aliadas estaban en vísperas de la victoria, y como la paz parecía cercana ya no querían exponerse a pérdidas más graves de las necesarias; por ello, las acciones bélicas de este período se caracterizaron por una prudencia cada vez mayor. También eran muchos los alemanes que pensaban de este modo; pero, mientras los británicos y los canadienses combatían con prudencia, mas no sin habilidad, los alemanes se hallaban en franca decadencia.

Tras la rendición de Zutfen, el avance fue más rápido: se alcanzó Zwolle el día 14; mas la División de infantería 2 canadiense procedió aún con más rapidez y, pasando al este de la ciudad y superando una red de canales y de ríos, el 13 de abril entró en Groninga, donde sustituyó a algunos destacamentos de paracaidistas franceses del SAS, que habían efectuado un lanzamiento en la zona la noche del 7 al 8 de abril. Más a la derecha, la División Acorazada I polaca había bordeado a toda velocidad la frontera germano-holandesa, ocupando Emmen el día 10; al día siguiente, con una conversión al Este, penetró en Alemania.

La presión ejercida por el Cuerpo de Ejército II canadiense sobre la orilla derecha del Ijssel facilitó la misión del Cuerpo de Ejército I que el 11 de abril lanzó el ataque contra Arnhem. El primer ataque se inició al este de la ciudad y lo llevó a cabo la División 49 británica, que atravesó el bajo Rhin penetrando con cautela en los suburbios. El 14 de abril, Arnhem estaba completamente rastrillada, habiéndose capturado 601 prisioneros.

Ahora la misión del Cuerpo de Ejército I canadiense era rastrillar Holanda occidental, entre los ríos Ijssel y Grebbe, una de las pocas zonas septentrionales del país que no se halla bajo el nivel del mar, y que está cubierta de bosques y con algunas alturas adecuadísimas para la defensa. Pero el Ejército alemán ya había perdido toda capacidad defensiva. El 18 de abril los canadienses ocupaban Handerwijk, en las orillas del Ijssel Meer. Así, Holanda occidental quedaba completamente aislada.

Los Aliados intentaban obligar a los alemanes a abandonar la «Fortaleza Holanda» para aliviar los sufrimientos que la guerra imponía a la población civil. El Gobierno holandés en Londres recordaba continuamente este objetivo al Mando aliado; pero, al mismo tiempo, se daba perfecta cuenta de que si las operaciones militares adquirían proporciones demasiado amplias los combates provocarían daños irreparables a los Países Bajos, por lo que se presentaba un dilema: o esperar el fin de la guerra (lo que ahora era cuestión de pocas semanas) o conquistar impetuosamente el país en pocos días, a riesgo de provocar incalculables devastaciones.

Y el dilema se hizo todavía más acuciante para los Aliados al afirmar Seyss-Inquart, el *Reichskommissar* nazi, «haber recibido la orden de resistir hasta el último hombre y a toda costa, y de proceder, con este fin, a cuantas demoliciones e inundaciones fueran precisas». Sin embargo, Seyss-Inquart ofrecía al mismo tiempo a los Aliados la posibilidad de importar carbón y víveres a Holanda occidental, a condición de que detuvieran sus tropas al este de la línea del Grebbe. El general Eisenhower estaba convencido de que era preciso estipular, cuanto antes, un acuerdo en este sentido, aunque sólo fuera por razones humanitarias, y así, el 23 de abril, aconsejó iniciar las negociaciones directas con Seyss-Inquart, previo consentimiento de los soviéticos. El primer encuentro entre los delegados aliados y los representantes de las fuezas alemanas en Holanda occidental se

produjo el 28 de abril; las negociaciones condujeron al cese de las hostilidades en este sector y evitaron, sobre todo, que los Países Bajos sufrieran nuevas devastaciones.

La ocupación del saliente de Groninga permitió al Cuerpo de Ejército II canadiense avanzar con la mayor rapidez en territorio alemán, sobre el flanco izquierdo del Cuerpo de Ejércitos XXX británico, que, el 14 de abril, había alcanzado la zona de Cloppenburg. En distintos puntos del Ems se produjeron violentos combates contra los destacamentos alemanes que habían recibido la orden de «permanecer en retaguardia» y que estaban resistiendo enérgicamente; mas, el 8 de abril, la División Acorazada 4 canadiense cruzó el río cerca de Meppen, dirigiéndose inmediatamente hacia el Nordeste y avanzando sobre el Oldenburg. También la División Acorazada 1 polaca, que se encontraba en su flanco izquierdo, realizó notables progresos en dirección a Leer; pero el terreno bajo, densamente surcado por canales y cursos de agua, resultaba muy favorable a los alemanes, los cuales consiguieron obstaculizar los movimientos del enemigo defendiendo cada rincón con estoico encarnizamiento.

Caen los puertos alemanes

El Ejército 1 canadiense había recibido la orden de rastrillar la zona comprendida entre el Ems, al Oeste, y el Weser, al Este, avanzando a lo largo de una zona en la que se hallaban emplazadas las defensas antiaéreas que protegían los puertos de Emden y de Wilhelmshaven, así como las ciudades, algo más distantes, de Hamburgo y Bremen.

El 4 de mayo, la División de infantería 3 llegó a corta distancia de Aurich y los polacos a unos 15 km de Wilhelmshaven; la División Acorazada 4 canadiense había conquistado Oldenburg y avanzaba por el Norte, en dirección a Varel.

El 23 de abril, el Ejército 2 británico había entrado en los suburbios de Harburg, que se alza frente a Hamburgo, en la orilla izquierda del Elba, y otras unidades empezaron a acercarse rápidamente al río. De acuerdo con la directiva que el 15 de abril dio el general Eisenhower, el Grupo de Ejércitos XXI debía dirigirse ahora hacia el Nordeste, para alcanzar la costa del Báltico, cerca de Lübeck, y rastrillarla detenidamente, a fin de dejar libre el camino que llevaría a los Aliados hasta Dinamarca a través del Schleswig-Holstein. Pero el cruce del Elba presentaba grandes dificultades. Ciertos indicios dejaban entrever que los alemanes podrían oponer una seria resistencia en aquel lugar; la gran anchura del río ya constituía de por sí una barrera formidable y el abastecimiento de los Ejércitos, una vez cruzado el río, podría crear graves problemas logísticos. Por si eso no fuera bastante, la *Luftwaffe*, aunque tarde, volvía a mostrarse activa y los primeros aviones a reacción empezaron a bombardear las orillas del río en cuanto divisaban la menor actividad por parte de los Aliados en su intento de cruzarlo.

Se decidió el paso para las 2 del día 29 de abril: el Cuerpo de Ejército VIII británico debía atravesar el Elba a la altura de Artlenburg, mientras el Cuerpo de Ejército XVIII aerotransportado americano atacaría por el flanco derecho, junto a Bleckede. Los *Buffalo* de la División Acorazada 79, que se hallaban ya en sus puestos, transportarían la infantería de las primeras oleadas de asalto y luego las armas pesadas y los abastecimientos en espera de que se tendieran los puentes. En realidad, la resistencia enemiga fue mucho menos violenta de lo previsto.

En esta ocasión se hicieron algunos intentos para estipular acuerdos por separado con diversos mandos alemanes. Mas la característica disciplina alemana se mantenía tan férrea como siempre, incluso en medio del caos, y no fue posible llegar a ningún resultado. Por ello, la operación continuó desarrollándose de acuerdo con los planes previstos. Se estableció la cabeza de puente, se tendieron los puentes y las dos divisiones destinadas a continuar la ofensiva –la 11 acorazada y la 6 aerotransportada– pasaron a la orilla opuesta. El 2 de mayo, la División Acorazada 11 ocupó Lübeck y la División 6 aerotransportada llegó a Wismar, con el tiempo justo para impedir que los soviéticos se anticiparan y entraran los primeros en Schleswig-Holstein.

Desde Lübeck, la División Acorazada 11 se dirigió a Kiel, con una conversión a la izquierda y, de allí, sobre Flesburg, última etapa de su larga marcha desde Normandía.

Una escena surrealista

Al acercarse el fin, la guerra dejaba de ser cometido de los militares para transformarse en tarea de los políticos. Pero quizás valga la pena citar aquí el comentario de un soldado sobre las escenas de las que fue espectador. En efecto, el 6 de mayo el general sir Percy Hobart escribía:

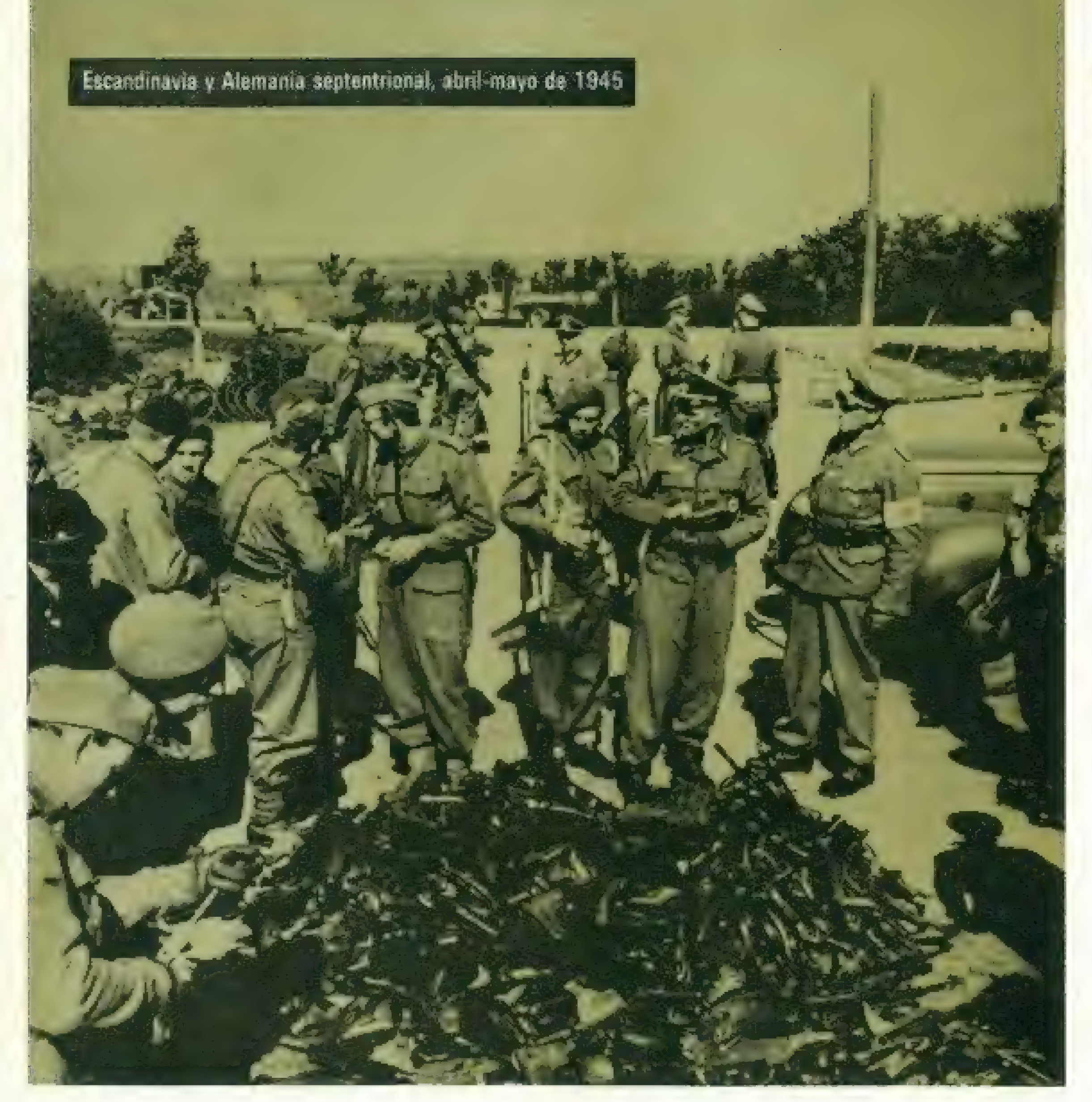
«Es tarde. En este momento regreso del Báltico. No sé por dónde empezar la descripción. Parece una escena surrealista. Columnas y columnas de soldados alemanes marchan a lo largo de la carretera en perfecto orden y sin armas, con sus oficiales a la cabeza y ni siquiera un oficial británico se toma la molestia de vigilarlos. Mezclados con las columnas van los desbandados, en grupitos, o bien del todo aislados y andando con fatiga. Ejército, Marina, Luftwaffe, *SS... Entre ellos hay incluso mujeres. Algunas de uniforme, otras, no. La mayor parte de los hombres tienen buen aspecto y una edad adecuada para empuñar las armas. Pero algunos centenares, reunidos en un solo grupo, son muchachos de catorce a quince años.*

Más adelante, al llegar a Hamburgo, escribe Hobart:

«Las calles del centro estaban abarrotadas. Casi todas las mujeres llevaban sus mejores vestidos y sombreros (cosa ya desusada). Evidentemente se barruntaba algo, se esperaba algo. Mi impasible chófer dijo: «La atmósfera está cargada, mi general.» Parecía como si, a unos centenares de metros sobre nosotros, empezara una tormenta de copos de plata. A medida que descendían lentamente sobre nosotros, vi que se trataba de trocitos de papel blanco que relucían a la viva luz del sol. Apenas se posaron en tierra, la multitud se precipitó a recogerlos. «Der Krieg ist su Ende», decían, o sea, «La guerra ha terminado». No se oyeron aplausos, pero la satisfación era evidente. Ningún signo de dolor en los rostros de las mujeres (a excepción de una vieja a quien vi llorar, pero que acaso lloraba por un motivo suyo personal). Los hombres no parecían tan gozosos ni tranquilos. Pero ningún rostro expresaba vergüenza, arrepentimiento, ni disgusto. Yo acostumbraba a decir: «Creo que la próxima guerra la vencerán o perderán principalmente las mujeres, el temple de las mujeres de un país.» Y sigo creyéndolo. Nuestras mujeres han trabajado resueltamente, llenas de valor, de perseverancia, y, sobre todo, de presencia de ánimo. De modo particular, a mi entender, las que ya no estaban en plena juventud. Y es evidente que estas «frauen» alemanas no las han imitado. Ninguna de ellas –o poquísimas– lleva en el rostro la huella de la fatiga, tan común en Gran Bretaña.»



Joven soviética, perteneciente al Ejército ruso, rodeada de soldados británicos en Wismar. Los combates en el Schleswig-Holstein prosiguieron sin interrupción hasta el término de las hostilidades, pues los jefes alemanes se negaron a aceptar la capitulación, pese a la evidente falta de resistencia de sus tropas. (Imperial War Museum)



Después de la rendición en Dinamarca, que entró en vigor a las 8 horas del día 5 de mayo de 1945, las tropas germanas, al llegar a la frontera con Alemania, entregan sus armas.
(Imperial War Museum)

LA LIBERACION DE DINAMARCA Y DE NORUEGA

Jeremy Bennett

Mientras los Ejércitos británico y canadiense se abrían camino a través de Europa noroccidental, un nuevo problema pasó a primer término: el de las guarniciones alemanas en el norte de Europa. El día de la capitulación del grueso de la *Wehrmacht* en Alemania ¿se rendirían también, o quizá continuarían la lucha causando inevitables penalidades a las poblaciones de Dinamarca y de Noruega en una inútil continuación de la guerra? Con el fin de impedirlo, ya se había planeado una irrupción aliada en Noruega, pero el curso de los acontecimientos hizo superflua su realización. Jeremy Bennett evoca el epílogo que señaló el fin de las hostilidades en Europa septentrional.

A mediados de abril de 1945, el general Eisenhower se hallaba completando los planes para la liberación de Dinamarca y de Noruega, ocupadas por los alemanes desde abril de 1940.

El 14 de abril, Eisenhower comunicó a los jefes de Estado Mayor conjunto sus proyectos: «Los dos sectores principales en que el enemigo podría oponer una prolongada resistencia son Noruega y el *Alpenfestung*, entre Baviera y Austria. Mientras no liberemos Noruega, el enemigo estará en situación de continuar, por varios meses, la guerra submarina y la flota mercante escandinava no podrá reanudar la navegación. Solo podremos entrar en Noruega a través de Suecia. Esta hipótesis presupone, a su vez, la liberación de Dinamarca. Por este motivo, las operaciones para liberar Dinamarca deben realizarse cuanto antes y lo más rápidamente posible. La ocupación de Lübeck y de Kiel será una premisa esencial.»

Al mismo tiempo, Eisenhower asignó un lugar menos importante, en la escala de prioridades, al esperado ataque aliado contra Berlín, exponiendo razones por las cuales el rastrillamiento completo del flanco septentrional y del meridional eran de primera importancia. Los jefes de Estado Mayor británicos no estaban de acuerdo en que Berlín pasara a segundo lugar, dada la importancia política de conquistar la capital del Reich; no obstante, reconocían que Eisenhower estaba en lo justo al suponer que los Ejércitos aliados no podían correr el riesgo de adentrarse en el corazón de Europa mientras en Dinamarca y en Noruega, al Norte, y en el *Alpenfestung*, al Sur, hubiera unidades alemanas todavía no derrotadas y que podrían constituir la base de una eficaz resistencia. Churchill acabó por adherirse a lo propuesto por Eisenhower, admitiendo, aunque muy a su pesar, que el orden de prioridad debía determinarse según la valoración de las exigencias militares. Así, el 18 de abril, fueron aprobados los planes por parte británica.

Iba a empezar, pues, la última campaña en Europa noroccidental. La primera fase preveía la eliminación de las fuerzas alemanas hasta Dinamarca, así como la conquista de los puertos de Alemania septentrional: esta misión se confió al Grupo de Ejércitos XXI del mariscal Montgomery, que avanzó al oeste del Elba, encontrando una encarnizada resistencia hasta la última semana de abril. No obstante, Bremen cayó el día 26 y, tres días después, el Ejército 2 británico atravesaba el Elba. Un Cuerpo de Ejército se dirigió, entonces, al Nordeste, apuntando sobre Wismar, puerto alemán sobre el Báltico, mientras otro Cuerpo de Ejército efectuaba una conversión al Noroeste, siguiendo el curso del río, para atacar Hamburgo. A fines de abril, las tropas alemanas se replegaban rápidamente en todo el frente del Grupo de Ejércitos XXI, a excepción de las unidades alemanas situadas en Holanda occidental, que resistieron en sus posiciones atrincherándose detrás de los diques.

El 2 de mayo, unidades avanzadas de la División 6 aerotransportada alcanzaron Wismar. Tratábase de un objetivo de vital importancia, no sólo porque la posesión de su puerto era indispensable para iniciar la liberación de Dinamarca, sino también porque era el punto en que el Ejército británico podría bloquear el ulterior avance soviético hacia Occidente. El 25 de abril, las fuerzas del mariscal Rokossovskij habían conquistado Stettin y, ahora, británicos y soviéticos se lanzaban a una competición para asegurarse el control de la costa báltica alemana. Montgomery comprendía muy bien que Churchill y Eisenhower temieran que él no lograra ganar la carrera a los soviéticos. Ambos le enviaron, a este respecto,

varios mensajes apremiantes. Pero, al fin, en la pugna ganaron las vanguardias de la División 6 aerotransportada, que entraron en Wismar unas seis horas antes que las tropas soviéticas. El mismo día, la División Acorazada 11 ocupaba Lubeck, capturando más de 16.000 prisioneros.

El 3 de mayo se ocupó Hamburgo; Kiel y Flensburg fueron declaradas ciudades abiertas. El Grupo de Ejércitos XXI se aseguraba así todo el control de la península de Schleswig-Holstein, y con ella el camino hacia Dinamarca estaba abierto.

Sin embargo, el avance en fuerza en Dinamarca no fue necesario, pues el mismo 3 de mayo, cuando toda Alemania noroccidental estaba ya en poder de los ingleses, Doenitz (Hitler ya se había suicidado) envió al almirante Hans von Friedeburg a Luneburgo, puesto de mando de Montgomery, y allí, al día siguiente, a las 18,30 horas, Friedeburg y la delegación alemana firmaban el documento de rendición que incluía a las fuerzas armadas alemanas presentes en Holanda, en Alemania noroccidental, en las islas alemanas, en el Schleswig-Holstein y en Dinamarca. La rendición se hizo efectiva a las 8 de la mañana del 5 de mayo.

Así se evitaron a Dinamarca las dos posibles desdichas que el pueblo danés temía más que a nada: una batalla terrestre combatida en su territorio y la ocupación por parte de los Ejércitos soviéticos, que se hallaban a escasa distancia de la frontera. Montgomery entró en Copenhague el 12 de mayo, siendo recibido con un entusiasmo delirante.

Entran en Dinamarca las primeras tropas

Desde el día de la rendición oficial hasta el 12 de mayo, en que llegó Montgomery, en Dinamarca habían ocurrido muchas cosas y otras muchas quedaban aún por hacer. El primer oficial aliado que entró en Copenhague, la mañana del 5 de mayo, fue el comandante John Ray, oficial de enlace entre el Mando aliado y la brigada danesa, unidad de casi 5000 hombres que se había constituido y adiestrado en Suecia, en calidad de «Cuerpo de Policía», con permiso de las autoridades suecas.

Las primeras unidades aliadas llegaron a la capital la tarde del 5 de mayo. Pertenecían al XIII Batallón aerotransportado y formaban la escolta del general R. H. Dewing, jefe de la misión del mando de las fuerzas aliadas (SHAEF) y del comandante en jefe de todas las fuerzas británicas en Dinamarca. El 7 de mayo llegaron a Copenhague nuevas tropas aerotransportadas, y asimismo unidades acorazadas del *Royal Dragoon*, procedentes de Alemania, cruzaron la frontera danesa. El general Dewing fue recibido en audiencia por el

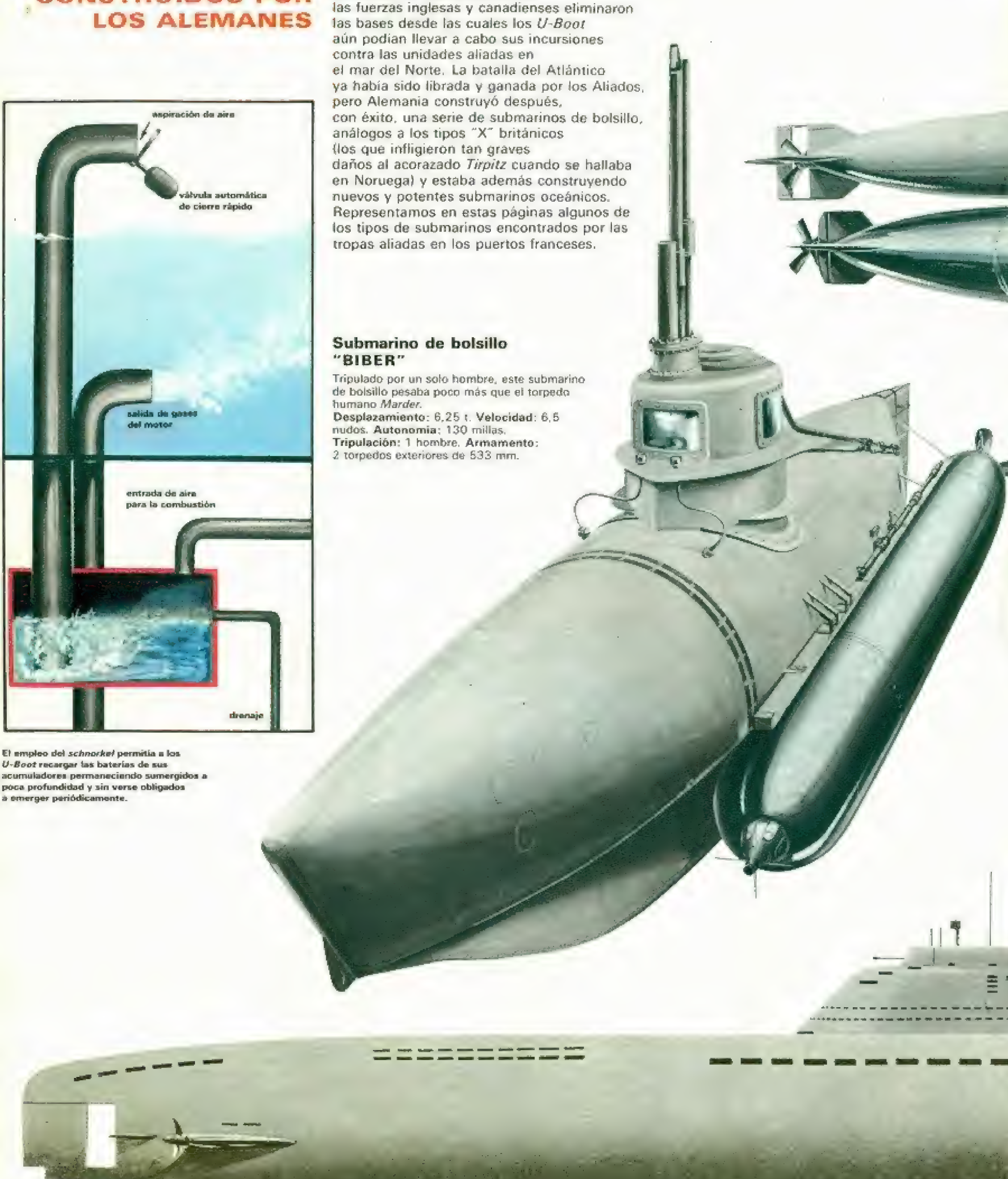


Antes de ser procesado, un colaboracionista danés es paseado por las calles de Copenhague. La Brigada danesa, unidad de casi 5000 hombres constituida en Suecia, asumió el 5 de mayo las funciones que, de ordinario, ejercía la policía civil en la capital. (Associated Press)

Copenhague, 5 de mayo de 1945: escenas de júbilo en las calles de la capital recién liberada. El documento de la rendición, firmado por los alemanes el 4 de mayo, evitó a la población danesa los sufrimientos de una batalla en su territorio. (Imperial War Museum)

LOS ÚLTIMOS U-BOOT CONSTRUIDOS POR LOS ALEMANES

El Grupo de Ejércitos XXI, del general Montgomery, llevó a cabo la reconquista de la costa atlántica francesa ocupada por los alemanes, lo que significó que las fuerzas inglesas y canadienses eliminaron las bases desde las cuales los *U-Boot* aún podían llevar a cabo sus incursiones contra las unidades aliadas en el mar del Norte. La batalla del Atlántico ya había sido librada y ganada por los Aliados, pero Alemania construyó después, con éxito, una serie de submarinos de bolsillo, análogos a los tipos "X" británicos (los que infligieron tan graves daños al acorazado *Tirpitz* cuando se hallaba en Noruega) y estaba además construyendo nuevos y potentes submarinos oceánicos. Representamos en estas páginas algunos de los tipos de submarinos encontrados por las tropas aliadas en los puertos franceses.



El empleo del *schnorkel* permitía a los *U-Boot* recargar las baterías de sus acumuladores permaneciendo sumergidos a poca profundidad y sin verse obligados a emerger periódicamente.

Submarino de bolsillo "BIBER"

Tripulado por un solo hombre, este submarino de bolsillo pesaba poco más que el torpedo humano *Marder*.
Desplazamiento: 6,25 t. **Velocidad:** 6,5 nudos. **Autonomía:** 130 millas.
Tripulación: 1 hombre. **Armamento:** 2 torpedos exteriores de 533 mm.



Torpedo humano "MARDER"

Arma submarina pilotada, idónea para transportar y lanzar un torpedo. **Desplazamiento**: 5 t. **Velocidad**: 20 nudos **Autonomía**: 30 millas a 3 nudos. **Tripulación**: 1 hombre. **Armamento**: 1 torpedo de 533 mm.

Submarino de bolsillo "SEEHUND"

Era el mejor de todos los submarinos de bolsillo alemanes. **Desplazamiento**: 15 t. **Velocidad**: 7,75 nudos. **Autonomía**: (con depósitos externos de gasolina): 500 millas. **Tripulación**: 2 hombres. **Armamento**: 2 torpedos exteriores de 533 mm.

Submarino tipo "XXI-C"

Fue el último tipo de submarino oceánico de la flota de Doenitz. El tipo "XXI-C" tenía el casco en forma de huso y constituido por secciones prefabricadas soldadas entre sí. Navegaba en inmersión utilizando motores *Diesel*, gracias al *schnorkel*.
Desplazamiento: 1600-1800 t.
Velocidad: 16 nudos.
Autonomía: 11.150 millas a 12 nudos.
Tripulación: 57 hombres.
Armamento: 18 lanzatorpedos de 533 mm; 4 cañones pequeños antiaéreos de 30 mm.



13 de mayo de 1945: el príncipe Olaf regresa a su patria tras cinco años de destierro. Temerosos de que las fuerzas alemanas de ocupación en Noruega no respetasen los términos de la rendición concertada por Jodl el día 7, los americanos llevaron a cabo la Operación «Doomsday» enviando a Oslo varias unidades de la División 1 aerotransportada. *(Imperial War Museum)*

rey Christian la tarde del mismo día, junto con el almirante Holt. La misión del SHAEF era ocuparse de los problemas relativos a la alimentación, las materias primas, carburantes, carbones, transportes y comunicaciones, en unión del Gobierno danés que se reconstituyó el mismo día 5 de mayo.

El hecho más notable registrado en Dinamarca durante los cinco años de ocupación alemana fue el desarrollo del movimiento de Resistencia, casi inexistente en 1940, pero que, a fines de 1944 estaba representado por un ejército clandestino de más de 20.000 hombres. La Resistencia, apoyada y abastecida por el SOE británico, contribuyó al buen éxito de los planes aliados con acciones de sabotaje. Quizás la ayuda más eficaz fue la que los daneses proporcionaron a los Aliados en invierno de 1944-45, saboteando las líneas ferroviarias del país en el momento en que las tropas alemanas se retiraban de Noruega para ser empleadas en Alemania, en defensa del territorio nacional. Estas acciones de sabotaje alcanzaron la cifra de 1629.

El movimiento de Resistencia, perfectamente organizado y dirigido por el Consejo de la Libertad, salió de su clandestinidad la noche del 4 al 5 de mayo y ocupó los puntos clave del país. A la llegada del general Dewing ya había asumido el control de la situación, de modo que los ingleses no tuvieron necesidad de desplazar una gran cantidad tropas para vigilar la evacuación de los alemanes.

La capitulación alemana del 4 de mayo, firmada ante Montgomery, no incluía a las tropas alemanas presentes en Noruega, cuyo total llegaba, según los cálculos, a 350.000-400.000 hombres. Por ello, la posibilidad de que éstos pudieran seguir combatiendo no era una simple hipótesis. El Gobierno noruego exiliado en Londres consideraba muy seriamente esta posibilidad y no dejó de poner en guardia al SHAEF sobre el hecho de que, probablemente, sería preciso sostener una áspera lucha en territorio noruego.

Desde octubre de 1943 se consideraba la posibilidad de este peligro. Y en la sede del mando territorial escocés, en Edimburgo, se habían elaborado los planes relativos a ello, siendo nombrado el general Andrew Thorne jefe de las fuerzas de desembarco aliadas y jefe de la misión del SHAEF en Noruega. Estos preliminares se llevaron adelante con la plena colaboración del Gobierno noruego, y el general Oscar Strugstad fue nombrado oficial de enlace entre el general Thorne y las autoridades noruegas en Londres. El príncipe heredero Olaf, hijo del rey de Noruega Haakon VII, designado para el mando supremo de las Fuerzas Armadas noruegas, actuaba en estrecho contacto con el general Thorne.

Las fuerzas a disposición del Mando aliado estaban constituidas en gran parte por noruegos, en total cerca de 28.000 hombres, subdivididos entre varios Cuerpos: 14.000, aproximadamente, formaban parte de las «Fuerzas de Policía»; unos 4000 integraban la brigada noruega, constituida en Escocia; la Marina noruega disponía de 52 buques, con 8000 marineros, y la Aviación contaba con unos 80 aparatos y cerca de 2600 hombres. Añadiendo a estas fuerzas las tropas británicas y americanas destinadas a Noruega, el Cuerpo Expedicionario aliado llegaba a unos 39.000 hombres. Había que contar, además, con las fuerzas del movimiento de Resistencia, que en mayo de 1945 disponía de unos 40.000 combatientes.

Durante la primera semana de mayo, el primer ministro noruego en Londres, Johan Nygaardsvold, y sus colegas de Gabinete iniciaron los preparativos para la liberación. La sección de la BBC dedicada a Noruega empezó a intercambiar importantes comunicaciones entre Londres y el frente interior.

Los días 6 y 7 de mayo fueron jornadas críticas para Noruega. Ya se había liberado Dinamarca, mas corrían rumores de que los alemanes habían decidido no abandonar el territorio noruego y transformarlo en campo de batalla. Pero, el 7 de mayo, en Reims, a las 2.41 horas, el general Jodl firmó el acta de rendición de todas las fuerzas alemanas. Las hostilidades debían cesar, por completo, a medianoche del 8 al 9 de mayo.

El día 7, el general Böhme, comandante en jefe de las fuerzas alemanas en Noruega, comunicó por radio la noticia de la propia capitulación. Inmediatamente estalló la Operación «Doomsday» (Día del Juicio). Así se había designado convencionalmente el plan para la liberación de Noruega elaborado por el general Thorne y las fuerzas armadas pertenecientes al mando territorial de Escocia. El 8 de mayo, el general de brigada R. Hilton, jefe de Estado Mayor de Thorne, llegó en avión a las cercanías de Oslo para recibir la capitulación oficial del jefe alemán.

El 9 de mayo, unidades de la División 1 aerotransportada –los «demonios rojos»–, al mando del general R. E. Urquhart, salieron de Gran Bretaña a bordo de 35 *Stirling*. A lo largo de la ruta hallaron muy mal tiempo y, al llegar a la costa noruega, 27 aviones se vieron obligados a volver a su base a causa de la niebla. Cuatro aparatos no regresaron, considerándoseles desaparecidos. Cada aparato llevaba a bordo 20 «demonios rojos» y seis hombres de tripulación pertenecientes a la RAF; entre estos últimos figuraba el general de división, Scarlett-Streatfield, uno de los más brillantes jefes de la Aviación británica.

Los otros ocho aparatos aterrizaron cerca de Oslo y el Cuerpo Expedicionario del general Urquhart, aunque numéricamente reducido, fue acogido con entusiasmo en la capital. Por todas partes montaban la guardia los hombres del *Milorg*, el Ejército clandestino noruego. Poco después llegaron otros refuerzos de la División 1 aerotransportada.

La Operación «Doomsday» se realizó de forma menos espectacular de lo que se había previsto y sin oposición.

Condena de Quisling

Durante los días que siguieron a la capitulación, se registraron muchos episodios dramáticos. El *Reichskommissar* Joseph Terboven, jefe político alemán en Noruega y su colega Rediess, generales de las SS, se suicidaron y lo mismo hicieron algunos de los nazis más fanáticos noruegos, entre ellos el jefe de Policía, Jonás Lie. Pero el más odiado de todos, Vidkun Quisling, no intentó escapar y el 9 de mayo, en Oslo, se entregó. Mientras tanto, los jefes del frente de la Resistencia procedieron a la detención de destacados delatores y colaboracionistas. Las órdenes al respecto disponían que las detenciones sólo debían efectuarse con un mandamiento oficial firmado por un funcionario de la policía; pero no siempre fueron observadas estas órdenes y, a fines de junio los detenidos eran uno 14.000.

El proceso más célebre fue el de Quisling, que comenzó el 20 de agosto y concluyó el 6 de septiembre. El acusado gozó de todos los derechos previstos por la ley, comprendido el esencial de la defensa. Las acusaciones eran numerosas: se le acusaba de haberse proclamado, ilegalmente, jefe del Gobierno en abril de 1940; de haber invitado al país a colaborar en la victoria de Alemania; de haber formado un «gobierno» en febrero de 1942; de ser cómplice de las deportaciones de judíos; de haberse hecho responsable de la ejecución capital de ciudadanos noruegos; de haber actuado contra el Estado en los días del ataque alemán contra Noruega. Quisling fue declarado culpable de casi todas las acusaciones, y el 14 de octubre de 1945 fue fusilado.

El príncipe heredero Olaf y algunos miembros del Gobierno noruego volvieron a pisar el suelo de su patria el 13 de mayo. El rey Haakon llegó a Oslo el 7 de junio, exactamente cinco años después del día en que embarcara para Gran Bretaña. La acogida que se le tributó fue entusiasta. Noruega era de nuevo libre.

JEREMY BENNETT



Funcionario de la BBC en la sección europea. Fue alumno del Clare College de Cambridge, donde obtuvo el diploma de *Master of Arts* en la Facultad de Ciencias Históricas. Más tarde estudió en la universidad de Copenhague, con una beca de estudios «Churchill», para investigar las relaciones entre Gran Bretaña y el movimiento de la Resistencia danesa desde 1940 a 1945. En 1966 publicó los resultados de estas investigaciones en el *British Broadcasting and the Danish Resistance Movement*. Colaboró también en la redacción de un libro sobre la resistencia pasiva y en una obra sobre Dinamarca durante la guerra, así como en revistas y periódicos. Trabaja actualmente para el *Birmingham Post* en calidad de crítico de obras militares y relaciones internacionales.

I. S. Konev, mariscal

BERLIN: PLAN DE ATAQUE

Al llegar la primavera, el Ejército ruso se preparó para la gran empresa: la conquista de Berlín, "ciudadela" del *Führer*. Era evidente que la acción sería conducida por uno de los dos frentes soviéticos establecidos sobre el Oder y mandados, respectivamente por el mariscal Zukov y el mariscal Konev; pero ¿por cuál de los dos? El mariscal Konev evoca en este capítulo las dramáticas sesiones de las que surgió, bajo la dirección de Stalin, el plan definitivo.



La ofensiva soviética al oeste del Oder se inició el 16 de abril de 1945, con los ataques desencadenados por el primer frente de Rusia Blanca y el primer frente ucraniano. Las fuerzas de Konev penetraron rápidamente en las líneas defensivas alemanas y, tras haber cruzado el Spree el día 18, efectuaron una conversión al Norte, en dirección a Berlín. En cambio, el primer frente de Rusia Blanca se vio detenido por una tenaz resistencia, si bien hacia el 20 de abril también consiguió romper el tercer cinturón defensivo. Después de haber cercado y eliminado a ingentes fuerzas alemanas en los bosques al sudeste de Berlín, las tropas de ambos frentes se lanzaron hacia la capital del Reich, y, tras haberla conquistado (el 2 de mayo), avanzaron en dirección al Elba, donde llegaron el 7. Entre tanto, también el segundo frente de Rusia Blanca, que había entrado en acción el 20 de abril, estaba consiguiendo notables progresos: el 27, tras haber arrollado la última línea defensiva, se lanzó en persecución de la ya derrotada 3.ª *Panzerarmee*, aniquilándola y alcanzando el Elba el 4 de mayo, desde Wismar a Wittenberg: la conquista de Alemania se había completado.

El día 1 de abril, el mariscal Zukov y yo fuimos convocados por el STAVKA. Stalin nos recibió, como de costumbre, en su despacho del Kremlin, donde también se hallaban presentes los miembros del Comité para la defensa del Estado, el jefe del Estado Mayor General (general A. I. Antonov) y el jefe de la dirección para las grandes operaciones (general E. M. Stemenko).

Después de los saludos de rigor, Stalin nos preguntó: «¿Estáis al corriente del desarrollo de la situación?». Zukov y yo le respondimos que sabíamos únicamente lo que el Servicio de Información de nuestros respectivos frentes nos comunicaba, y ante ello Stalin, dirigiéndose a Stemenko, ordenó: «Lee el telegrama». Stemenko obedeció. El comunicado decía que el mando angloamericano estaba preparando una operación contra Berlín, a fin de conquistar la ciudad antes de la llegada del Ejército ruso. El grueso de las fuerzas estaría al mando del mariscal Montgomery y el ataque principal se desencadenaría al norte del Ruhr, a lo largo de la dirección más corta entre las fuerzas británicas y la capital alemana. El telegrama enumeraba también una serie de medidas tomadas por los Aliados y terminaba diciendo que estos consideraban perfectamente realizable la operación y que los preparativos se desarrollaban a pleno ritmo.

Cuando Stemenko terminó la lectura, Stalin se volvió hacia Zukov y hacia mí y nos dijo: «Bien, ¿quién tomará Berlín, nosotros o los occidentales?». Me apresuré a contestar el primero, afirmando que seríamos nosotros quienes lo haríamos antes de la llegada de los Aliados, a lo que Stalin repuso: «¿Y cómo podrás arreglártelas para reunir las fuerzas necesarias para la operación? Tus mejores unidades se encuentran en tu flanco meridional y, por lo que veo, vas a tener que proceder a un sinfín de desplazamientos.» «No temas, camarada Stalin –contesté–, mi frente hará todo lo que sea preciso y en el tiempo útil para una eficaz ofensiva contra Berlín».

Luego habló Zukov, asegurando que él estaba ya preparado. Su primer frente de Rusia Blanca disponía de gran cantidad de hombres y de armas, estaba ya desplazado sobre la dirección de Berlín y, por lo tanto, era la agrupación de fuerzas más próxima a la capital del Reich.

Después de haber escuchado nuestras respuestas, Stalin terminó diciendo: «Bien. Preparad vuestros planes aquí mismo, conjuntamente con el Estado Mayor General, y cuando los tengáis terminados, digamos en un día o dos, los sometéis al STAVKA y de este modo podréis regresar a vuestros frentes con los planes definitivamente aprobados.»

Tardamos poco más de una jornada en tenerlos terminados. Zukov se había presentado en Moscú teniendo ya bien preparados los puntos más esenciales relativos a la inminente operación y yo había hecho otro tanto apenas recibí la convocatoria del Mando Supremo. Zukov y yo elaboramos los planes por separado en la sede de STAVKA, pero discutimos juntos las cuestiones pertinentes a la coordinación, consultando para ello con los oficiales del Estado Mayor General de grado más elevado. Naturalmente, no nos detuvimos en examinar los detalles, sino que nos limitamos a los puntos más fundamentales: direcciones principales del ataque, sincronización de las distintas fases así como la fecha de su iniciación.

Este último punto constituyó el argumento esencial, pues tanto por la pregunta que nos había dirigido Stalin acerca de quienes iban a ser los primeros en ocupar Berlín como del texto del telegrama en que se decía que

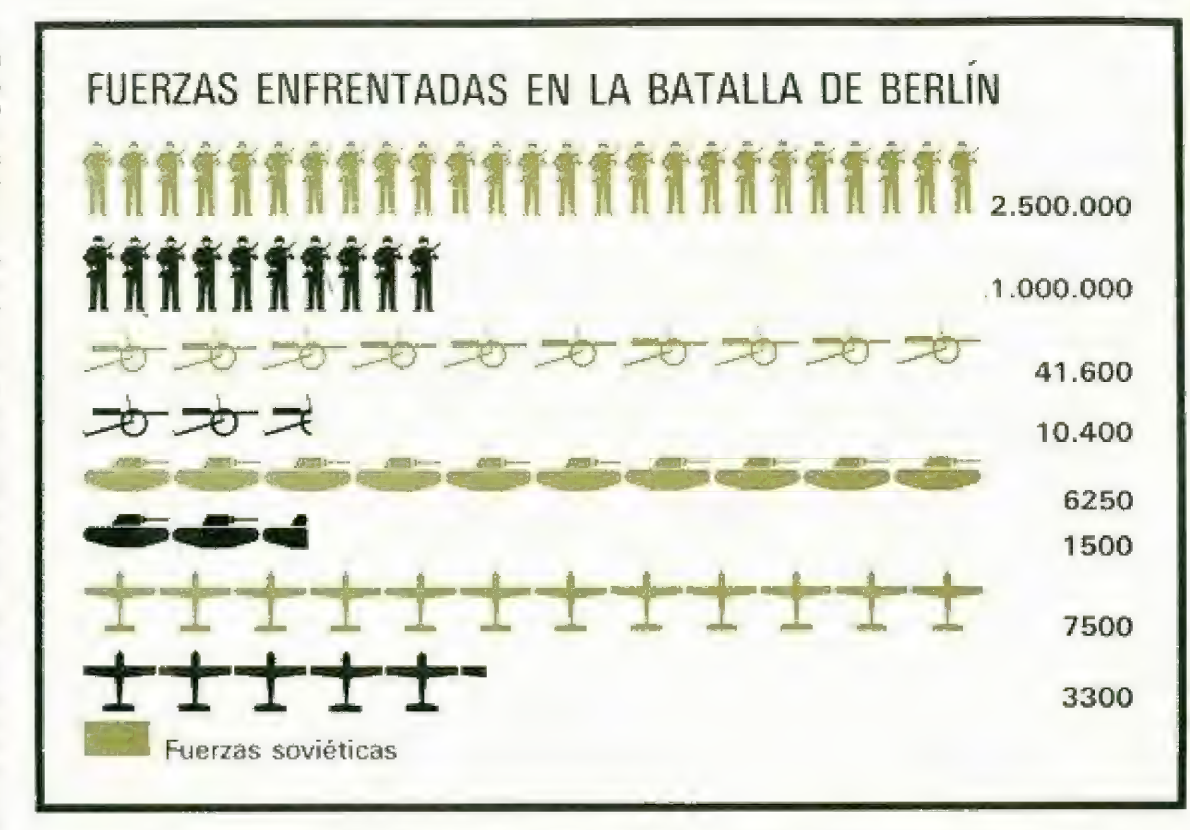
los Aliados estaban preparándose para la operación, ambos habíamos intuido que era preciso actuar con gran rapidez. Zukov y yo intercambiamos varias ideas a este respecto. El grueso de sus fuerzas estaba más o menos preparado y en condiciones de lanzarse a la ofensiva; en cambio, para mí, el problema era mucho más espinoso, por cuanto la mayoría de mis unidades se hallaban aún concentradas en el flanco meridional.

La mañana del 3 de abril nos presentamos de nuevo a Stalin con los planes ya terminados. Stalin examinó primero el de Zukov, al que no puso objeciones sustanciales. Luego estudió el mío, que tampoco provocó, por su parte, ninguna observación en sus líneas más fundamentales. En cambio, discutió largamente la fecha de su iniciación. La que yo había propuesto concedía muy poco margen de tiempo a mi frente, teniendo en cuenta los grandes desplazamientos que me vería obligado a hacer. No obstante, Stalin acabó por aceptarla. Al proponerla pedí también al STAVKA que asignara a mi frente otras fuerzas, a fin de desarrollar la operación en profundidad, haciendo presente la magnitud de la ofensiva proyectada y la importancia de los efectivos que aún oponía el enemigo.

Stalin consintió de buen grado, diciendo: «Puesto que la extensión de los frentes en la zona del Báltico y en Prusia oriental empieza a reducirse, puedo asignarte dos Ejércitos del frente báltico.» Y así, sin más consultas, decidió que estos Ejércitos fueran el 28 y el 31. Se procedió inmediatamente a los cálculos para ver si podría conseguirse que se reunieran con el primer frente ucraniano el día previsto para la iniciación de las operaciones, pero resultó imposible porque los ferrocarriles no estaban en situación de efectuar el transporte, y entonces propuse comenzar sin ellos. Mi consejo fue aceptado y la fecha se fijó para el 16 de abril, de común acuerdo entre los comandantes y con la aprobación del STAVKA.

Las directivas impartidas por el Mando Supremo a los dos frentes fueron redactadas en seguida, y en ellas se nos decía que el primer frente de Rusia Blanca conquistaría Berlín; respecto al primer frente ucraniano, la composición de sus fuerzas atacantes y la dirección general de ataque, permitían deducir que la misión que se le asignaba era quebrantar la resistencia enemiga en la zona de Cottbus y al sur de la capital. Por lo tanto, deberíamos atacar al Oeste y al Noroeste, alcanzar la línea Beelitz-Wittenberg y llegar al Elba no más allá del décimo o, a más tardar, del duodécimo día después de haberse iniciado la ofensiva.

Bajo esta directriz, nuestro ataque principal lo lanzarían cinco Ejércitos, compuestos de elementos de las distintas Armas y de dos Ejércitos acorazados. En el flanco derecho contaríamos con el refuerzo de siete divisiones de artillería de asalto, hasta lograr una densidad de 400 cañones para poco más de 1,5 km en todo el sector en que se debía producir la ruptura. En el centro, atacaríamos Dresde, y desde aquí llegaríamos al Elba. Nuestro flanco izquierdo permanecería a la defensiva, y el Ejército 60, del general Kurochin, sería desplazado desde el cuarto frente ucraniano, que operaba en la que yo llamaba dirección checoslovaca. Nuestra misión, resumida en pocas palabras, era avanzar al sur de Berlín, aniquilar a las fuerzas enemigas que defendían la capital, partir en dos el frente alemán y lograr la conjunción con los norteamericanos en la línea del Elba.



La capital de Tercer Reich tenía un alto valor simbólico, tanto para los alemanes como para el Ejército ruso. Por esta razón, ambos contendientes habían acumulado importantes fuerzas para la última batalla en Alemania. Pero, en vísperas de la ofensiva, la superioridad de 3 a 1 que alcanzaron los soviéticos no dejaba lugar a dudas acerca del éxito final de la lucha. *(History of the Second World War)*

Esto era lo que entonces creía. La línea de demarcación proyectada al principio, entre el primer frente de Rusia Blanca y el primer frente ucraniano, establecía que la conquista de Berlín se efectuaría desde el primer frente de Rusia Blanca. Mas la realidad era que nuestro flanco derecho –donde se hallaba concentrado el grueso de las unidades de asalto– corría, bajo la citada línea, en la inmediata proximidad de Berlín, un poco más al sur de la ciudad, y nadie podía predecir de qué modo se desarrollaría la operación, qué imprevistos derroteros podría tomar a lo largo de las diversas direcciones, qué deciciones extemporáneas tendríamos que tomar o qué decisiones ya tomadas tendríamos que modificar. En cualquier caso, me convencí de que, fueran como fueran las cosas, si el avance de nuestro flanco derecho no encontraba obstáculos nos hallaríamos en una excelente posición para realizar una conversión y atacar Berlín por el Sur.

No consideré oportuno expresar entonces esta idea, pero tuve la impresión de que Stalin, aunque no dijese nada, debía considerar también la misma eventualidad. Pues mientras aprobaba la articulación de las fuerzas y las direcciones de ataque, empezó a trazar con el lápiz, sobre el mapa, la línea de demarcación de los sectores de acción, especificada en las directivas. Dicha línea corría a través de Lübben e inmediatamente al sur de Berlín. De pronto, Stalin se detuvo en Lübben, que se halla a unos 80 km al sudoeste de la capital alemana, y ya no trazó ninguna otra señal. No dijo nada; pero nosotros, los militares, creímos que esta resistencia suya a prolongar la línea en el corazón de Alemania era bastante significativa. El hecho de que se interrumpiera en el punto al que debíamos llegar al tercer día de la ofensiva, implicaba, tácitamente, que, desde allí, deberíamos actuar por propia iniciativa.

Una vez trazada la línea de demarcación de los dos sectores, la elaboración de los planes quedó definitivamente terminada. Las directivas del STAVKA fueron aprobadas y Zukov y yo regresamos a nuestros respectivos frentes.

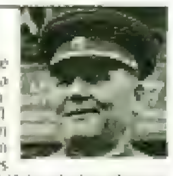
¿Había pretendido Stalin, implícitamente, invitar a los dos frentes a empeñarse en una competición cuando renunció a delimitar los sectores respectivos más allá de Lüben? Creo que sí, y aún ahora estoy convencido de ello. Si consideramos la situación de hace veinte años y el significado que entonces tenía Berlín para nosotros, y si pensamos en el intenso deseo que a todos nos movía de llegar a la capital del Reich para conquistarla, será fácil comprender las razones de esta convicción. Es superfluo decir que yo alimentaba ese mismo deseo, y no siento escrúpulos de confesarlo. Sería ilógico afirmar que, durante las últimas fases de la guerra, éramos inmunes a las pasiones, pues en realidad, todos, en mayor o menor grado, éramos presa de ellas.

(Este relato ha sido reproducido de las *Memorias* del mariscal Konev).

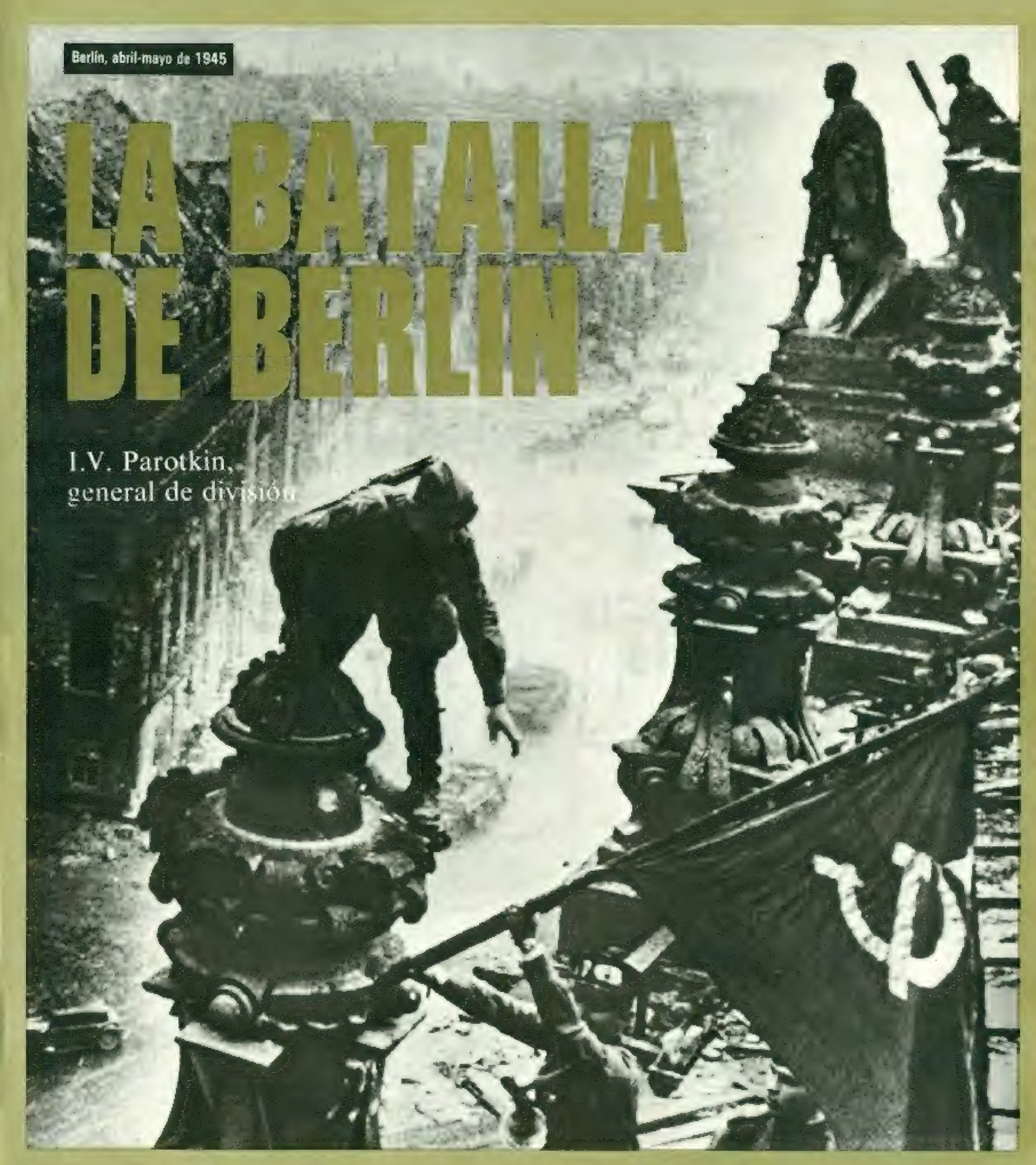


25 de abril de 1945: el mariscal Konev, comandante del primer frente ucraniano (en primer plano) con el general Omar Bradley, comandante del Grupo de Ejércitos XII americano, tras la toma de contacto de ambos Ejércitos en el Elba. *(History of the Second World War)*

I. S. KONEV MARISCAL



Nació en 1897 y estudió en la Academia militar de Frunze. En 1918 ingresó en el Partido comunista y se enroló en el Ejército rojo, en cuyas filas combatió durante la guerra civil. En agosto de 1941 prestó servicio en el sector de Smolensko y en septiembre de este mismo año ascendió a capitán general. En diciembre dirigió las operaciones que llevaron a la reconquista de Kalinin, y en 1942 fue designado para el mando del frente de la Estepa. Durante la campaña de invierno de 1943-44 mandó el segundo frente ucraniano, y en febrero ascendió a mariscal de la Unión Soviética. Su último mando, durante la segunda Guerra Mundial, fue el del primer frente ucraniano. En 1945, Konev representó a la Unión Soviética en la Comisión aliada de control en Austria, y en 1946 pasó a ser miembro del Soviet Supremo. Entre sus numerosas condecoraciones figuran la Orden de Suvorov (que se le concedió dos veces) y la Orden de Kutuzov (también dos veces). En julio de 1944 obtuvo el título de Héroe de la Unión Soviética; en 1945 recibió la Orden de Lenin por sus 25 años de servicios. Ese mismo año recibió también la Orden de la Victoria y la Estrella de Oro.



Berlín, abril-mayo de 1945

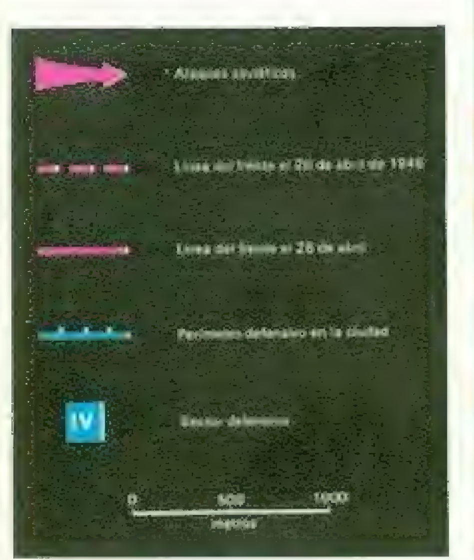
LA BATALLA DE BERLIN

I.V. Parotkin, general de división

El avance sobre Berlín empezó con una de las batallas más duras de las que se combatieron en el frente oriental. Los alemanes no sólo luchaban para sobrevivir, sino que algunos de sus generales y jefes políticos esperaban retardar la penetración rusa a fin de que fueran los Aliados los primeros en llegar a la capital alemana. Por este motivo, las divisiones de Heinrici, que se batían con furor desesperado, detuvieron al Ejército ruso que, desde luego, en la batalla del Oder era superior en hombres, armas y material como no lo fuera jamás durante toda la guerra.

EL EJÉRCITO RUSO EN LA CAPITAL DEL REICH

El 26 de abril de 1945, después de bombardeos aéreos masivos, el Ejército ruso inició la ofensiva para la conquista de Berlín con una serie de ataques concéntricos llevados a cabo por las tropas del primer frente ucraniano y del primer frente de Rusia Blanca. Las tropas soviéticas alcanzaron pronto el perímetro defensivo ciudadano: el mismo 26 de abril, el 3.er Ejército Acorazado Guardia conquistó Schmargendorf; la tarde del 27, el Ejército 3 de asalto y el 2.° Ejército Acorazado Guardia habían ya arrollado el perímetro defensivo interior y rastrillaban Siemensstadt, estableciendo numerosas cabezas de puente en la orilla izquierda del Spree. Este mismo día el Ejército 5 de asalto, el 1.er Ejército Acorazado Guardia y el 8.° Guardia ocupaban el aeropuerto de Tempelhof, impidiendo así la llegada de abastecimientos para los alemanes: los últimos defensores de Berlín, encerrados en una faja de terreno de 16 km de longitud por 2 a 5 de profundidad, habían perdido toda esperanza de salvación.



BERLÍN

3.er EJÉRC. DE ASALTO

2.° EJÉRCITO ACORAZADO GUARDIA

Volkspark Jungfernheide

Siemensstadt

MOABIT

Schloss Garten

Westend

CHARLOTTENBURG

Puestos de vigilancia antiaérea

Zoo

Tiergarten

DIVISIÓN MOTORIZADA 20

WILMERSDORF

Hindenburg Park

SCHMARGENDORF

FRIEDENAU

GRUNEWALD

3.er EJÉRC. ACORAZADO GUARDIA

EJÉRCITO

STEGLITZ



3.º EJÉRC. DE ASALTO
5.º EJÉRC. DE ASALTO
8.º EJÉRC. GUARDIA Y 1.er EJÉRC. ACORAZADO GUARDIA
DIVISIÓN 9 AEROTRANSPOR.
DIVISIÓN MUNCHEBERG
DIVISIÓN PANZERGRENADIER NORDLAND
18.ª PANZERDIVISION (Reserva)
Puente Moltke
Ministerio del Interior (Gestapo)
Reichstag
Puerta de Brandeburgo
Cancillería (bunker de Hitler)
Est. de Potsdam
Humboldt Hain
Friedrichs Hain
Victoria Park
Volks Park
Hasenheide
Aeropuerto de Tempelhof
Treptower Park
LICHTENBERG
STRALAU
NEUKÖLLN
TEMPELHOF
NEBERG
Spree
VIII
VII
I
II
III
IV





Sobre estas líneas: Berlín: un muchacho de las *Hitler Jugend* y un miembro de la *Volkssturm* armados con un *Panzerfaust*, se disponen a entrar en acción contra las fuerzas soviéticas. Arriba, a la izquierda: un carro de combate soviético cruza el río Spree en las cercanías de Berlín. En la esperanza de poder detener el avance soviético, el Mando Supremo alemán había ordenado que la capital fuese protegida con sólidas fortificaciones y grandes contingentes de tropas. Al lado: batería soviética emplazada en un sector del frente de Berlín, en el curso de los ataques desencadenados contra la ciudad. Las fuerzas soviéticas abrieron brecha rápidamente en los perímetros defensivos externo e interno, alcanzando la zona central de la capital alemana el 26 de abril. *(Sovfoto/Novosti Press Agency) (Archivo Bruzzi)*



La Operación «Berlín», una de las más complejas de toda la guerra, acabó con la derrota definitiva de las fuerzas alemanas en el frente oriental, a la que poco después siguió el final de la guerra. La ofensiva se desarrolló en tres fases:

- hundimiento de la línea Oder-Neisse (16-19 de abril);
- ataques durante los cuales el frente alemán se partió en tres, y los defensores fueron cercados en parte en el centro de la capital y en parte en los bosques del oeste de la ciudad (19-25 de abril);
- aniquilación de las fuerzas cercadas, conquista de Berlín y avance hasta el Elba (26 de abril-8 de mayo).

Alemania había perdido ya la guerra, pero sus jefes, y sobre todo Hitler, se negaban a admitirlo, esperando aún hallar una manera de prolongar el conflicto con la ilusión de que, entre tanto, se rompiera la alianza entre occidentales y soviéticos. Sus planes se basaban en esta suposición, y pretendieron favorecer la escisión intentando concertar tratados por separado con los Aliados occidentales, así como ordenando al frente oriental que resistiera a toda costa, incluso a riesgo de encontrarse a su espalda a los ingleses y a los americanos.

Para reforzar el frente oriental se reorganizaron los mandos: Himmler fue relevado del mando del Grupo de Ejércitos del Vístula y sustituido por el general Heinrici, un maestro de la estrategia defensiva. A fines de marzo, el general Guderian fue sustituido a su vez en el cargo de jefe del Estado Mayor General del OKH por el general Krebs quien, en otro tiempo, fue agregado militar en Moscú y que ahora estaba considerado como el más experto oficial alemán en cuestiones del Ejército ruso; el general Hauenschild fue designado para mandar el tercer distrito militar, responsable de la defensa tras la primera línea.

Los alemanes empezaron a preparar la defensa de Berlín a principios de febrero, y a mediados de abril habían creado tres cinturones defensivos entre el Báltico y los contrafuertes de los Sudetes, que formaban un sistema de 20 a 40 km de profundidad, dentro del cual todos los pueblos y ciudades quedaban completamente fortificados. Un gran obstáculo natural para los ataques desencadenados desde el Este lo representaban las alturas de Seelow, que se extienden de Norte a Sur tras el viejo canal del Oder, frente a las posiciones avanzadas del primer frente de Rusia Blanca, en la cabeza de puente de Küstrin. Estos relieves forman una cadena de una altura de 39 a 48 metros sobre el valle del Oder, con escarpadas vertientes, precipicios, gargantas y pendientes que, en Seelow, llegan hasta el 22,5 %. Los alemanes las consideraban una posición clave de las defensas de Berlín y, por ello, las habían guarnecido y fortificado adecuadamente. La misma ciudad de Berlín fue transformada en un reducto, y el sistema defensivo que se extendía a lo largo del perímetro de la capital tenía, desde el frente a la retaguardia, una profundidad de un centenar de kilómetros.

Las fuerzas alemanas comprendían cuatro Ejércitos (la 3.ª *Panzerarmee* y el Ejército 9 del Grupo de Ejércitos del Vístula, la 4.ª *Panzerarmee* y el Ejército 17 del Grupo de Ejércitos del Centro) con un total de 62 divisiones, cuatro de ellas acorazadas y diez motorizadas, además de numerosas unidades menores. Para la defensa de la capital se disponía además de unos 200 batallones de la *Volkssturm* y de unidades de gendarmería y de policía, mientras la reserva del OKW contaba con ocho divisiones. En conjunto, las fuerzas alemanas ascendían casi a 1.000.000 de hombres, con 10.400 piezas de artillería y morteros, 1500 carros de combate y cañones autopropulsados y 3300 aviones: un buen conjunto defensivo, animado, además, por la fuerza de la desesperación.

El STAVKA sabía que la lucha sería encarnizada y preparó los planes muy cuidadosamente. La operación se iniciaría el 16 de abril y debía durar entre 12 y 15 días. Tras arrollar rápidamente a los Ejércitos Acorazados 3 y 4 y al Ejército 9, los so-

viéticos ocuparían Berlín para alcanzar después el Elba sobre un amplio frente, que era el modo más adecuado para llegar a la reunión con las fuerzas angloamericanas, dividir por la mitad el frente estratégico y obligar a Alemania a la rendición. Participarían en la ofensiva el primero y segundo frentes de Rusia Blanca y el primer frente ucraniano, las formaciones aéreas de gran autonomía, la Flotilla del Dnieper y dos Ejércitos polacos, con un total de dos millones y medio de hombres, 41.600 piezas, entre artillería y morteros, 6250 carros de combate y cañones autopropulsados, 7500 aviones y gran cantidad de otros materiales.

La operación se inició, en efecto, el 16 de abril, con las fuerzas de Zukov y de Konev. El mariscal Zukov había decidido apoyarse en el elemento sorpresa, dificultando así el empleo de la artillería alemana en puntería directa y atacando antes del amanecer, bajo la luz de los reflectores. A las 5 de la mañana, la artillería soviética arrojó una descarga de proyectiles sobre las posiciones alemanas, mientras las fuerzas aéreas atacaban, simultáneamente, la primera y la segunda línea, las posiciones de artillería y los puestos de mando del adversario; para ello se encendieron 140 reflectores y la infantería y los carros de combate avanzaron bajo la protección de una barrera de artillería. Desde su iniciación, el objetivo de la ofensiva era hundir, una tras otra, las líneas defensivas alemanas. A mediodía, los rusos ya habían alcanzado la segunda línea de defensa, que se extendía a lo largo de la cresta de las alturas de Seelow; mas, pese al empeño de las unidades avanzadas del 1.º y 2.º Ejércitos Acorazados Guardia, no fue posible arrollarla al primer impulso.

El Mando alemán consideraba aquella segunda línea como la más importante y la reforzó con tres divisiones. Así, todos los intentos soviéticos de romperla en las horas diurnas del 16 de abril fracasaron. Las tropas soviéticas tenían orden de continuar la acción durante la noche, a fin de que la penetración pudiera completarse a la mañana siguiente. Por ello, en el curso de la noche se hicieron avanzar los carros de combate y la artillería. La mañana del 17 de abril, 800 bombarderos atacaron los reductos alemanes y luego, tras un bombardeo de la artillería que duró media hora, se lanzó un nuevo ataque. Durante la noche, los alemanes habían hecho llegar otras cuatro divisiones y la resistencia fue encarnizada, con una continua sucesión de contraataques. No obstante, al llegar la siguiente noche, la línea había sido rebasada y los rusos reanudaron el avance. Los alemanes lanzaron a la lucha muchas nuevas unidades –algunas sustraídas incluso a la defensa de la capital– y en consecuencia los progresos de las fuerzas de Zukov fueron sensiblemente retardados; en dos días, los soviéticos sólo avanzaron 12 ó 13 km, lo cual era mucho menos de lo previsto en los planes. La penetración al norte y al sur de la cabeza de puente de Küstrin fue todavía inferior, desde un mínimo de 4 ó 5 km a un máximo de 12.

Empieza la «última batalla»

Las tropas del mariscal Konev iniciaron el paso del Neisse a las 6,15 horas del día 16 abril, cuando la artillería abrió fuego y los aviones lanzaron una densa cortina de humo para impedir que los alemanes pudieran ver lo que estaban haciendo los soviéticos. Sirviéndose de pasarelas de asalto, de lanchas y de barcazas, algunas unidades avanzadas cruzaron el río rápidamente, se aseguraron un punto de apoyo y en él se atrincheraron. En seguida los ingenieros procedieron a tender los puentes y, en menos de una hora, el grueso de las fuerzas de todas las divisiones se trasladó a la otra orilla; el ataque contra la orilla izquierda se inició a las 8,40, precedido de un fuego de preparación artillera que duró 40 minutos.

A las 10 horas, los rusos habían penetrado ya en diversos puntos; a las 14 intervinieron también en el combate los medios acorazados. El ataque abrió una brecha de casi 26,5 km en la línea defensiva principal de los alemanes y las fuerzas atacantes avanzaron más de 13 km, penetrando en algunos puntos de la segunda línea. Los alemanes intentaron resistir en aquella posición, lanzando al combate cuatro divisiones acorazadas y varias unidades menores, pero, en el curso de la mañana del 17, los soviéticos reemprendieron la ofensiva, utilizando el grueso de sus fuerzas acorazadas, y ya en la segunda jornada lograron romper la segunda línea y avanzar 17,5 km.

En la dirección de Dresde, los atacantes rompieron la línea principal, avanzando de 2 a 3 km en numerosos sectores de la segunda.

Como el ataque principal de Konev había roto la segunda línea defensiva alemana, obligando al adversario, en la zona de Cottbus, a agotar en dos días las reservas, la situación favorecía el desarrollo de la operación en la retaguardia enemiga. Entonces los alemanes decidieron resistir sobre la tercera línea, a lo largo de la orilla izquierda del Spree, y empezaron a hacer afluir a aquel sector unidades de reserva o bien desplazándolas de otros sectores. El 18 de abril, la citada línea del Spree estaba defendida por las unidades en retirada, reforzadas por una división acorazada y dos divisiones de infantería, concentradas principalmente en Cottbus y en Spremberg; al mismo tiempo, muchas tropas se concentraban en torno a Görlitz, con el fin de irrumpir hasta Spremberg, envolver el flanco soviético, cortar transversalmente las vías de comunicación del Ejército ruso y amenazarle por la espalda.

El Alto Mando soviético se hallaba seriamente preocupado por el retraso que, en su avance, habían sufrido las tropas de Zukov; entonces, para asegurarse el cerco de Berlín, ordenó a Konev que hiciera converger el 3.º y el 4.º Ejército Acorazado Guardia hacia el Norte, para atacar a la capital alemana por el Sur, mientras Rokossovskij, que debía desencadenar el ataque el 20 de abril, recibió la orden de cercar la ciudad por el Norte, a más tardar el 22 de abril. De este modo, aunque la ofensiva de Zukov hubiera perdido su impulso inicial, el cerco de la ciudad quedaría igualmente asegurado.

Las fuerzas de Zukov reanudaron la ofensiva el 18 de abril, tras una preparación artillera que duró, según los sectores, de diez a treinta minutos, logrando rechazar a los alemanes de las alturas de Seelow. No obstante, pese a haber superado este obstáculo, hubieron de combatir duramente para tomar por asalto, una tras otra, todas las aldeas, las colinas y los pasos situados entre un lago y otro. El 18 y el 19, la línea del Oder quedó rota en toda su longitud. El primer frente de Rusia Blanca consiguió su éxito más notable en el flanco derecho, donde el Ejército 1 de asalto y el Ejército 7 conquistaron una posición desde la cual podían atacar Berlín por el Nordeste o bien cercarla por el Norte y el Noroeste.

Los ataques secundarios, desencadenados a la derecha y a la izquierda del principal, chocaron con una resistencia igualmente tenaz, pues los alemanes sabían explotar hábilmente las ventajas naturales que les ofrecían los lagos y los bosques. Sin embargo, el día 19, también las tropas empeñadas en la acción ofensiva secundaria habían conseguido penetrar en diversos puntos de la segunda línea. En el ala izquierda, a la altura de Francfort, había quedado eliminada la cabeza de puente alemana sobre el Oder, y el sector oriental de la ciudad estaba en poder de los soviéticos.

Al término del cuarto día, el primer frente de Rusia Blanca había avanzado otros 30 km, fraccionando así al Ejército 9 alemán en tres grupos: al Sur, el V *Gebirgskorps* de las SS, la guarnición de Francfort y algunas unidades del II *Panzerkorps SS*; en el centro el LVI *Panzerkorps*, y al Norte, el Cuerpo de Ejército CI. Los alemanes intentaron cerrar las brechas recurriendo a las unidades de reserva, pero no lo consiguieron. Las reservas operativas del Ejército 9 y del Grupo de Ejércitos del Vístula sufrieron graves pérdidas y el traslado de la reserva de la 3.ª *Panzerarmee* al sector del primer frente de Rusia Blanca facilitó al segundo frente la misión de hundir las defensas alemanas en la orilla izquierda del Oder.

El 20 de abril se hundía la resistencia alemana en el Oder y la ofensiva ya podía proceder hacia Berlín. Pero las tropas de Zukov aún hubieron de sostener una dura lucha para romper los tres cinturones defensivos. Cada faja estaba formada por dos o tres líneas, así como por ulteriores líneas intermedias; cada día, antes de reemprender el ataque, los soviéticos se veían obligados a trasladar su artillería sobre las posiciones del despliegue de la infantería para efectuar un fuego de preparación.

Mientras tanto, las mencionadas fuerzas de Zukov estaban maniobrando para atacar Berlín por el Sur. El mariscal había decidido lanzarse contra el tercer cinturón defensivo por su punto más débil, entre las grandes concentraciones enemigas de Cottbus y Spremberg, empeñando para ello al 3.º y al 4.º Ejército Acorazado Guardia.

Los rusos llegaron a orillas del Spree la mañana del 18, cruzaron rápidamente el río y establecieron algunas cabezas de puente al norte y al sur de Spremberg. Con ello, el tercer cinturón había sido roto. El importante reducto de Niesky, sobre la dirección de Dresde, cayó también y las tropas soviéticas, pese a un fuerte contraataque de las unidades alemanas apostadas en torno a Görlitz, alcanzaron los alrededores de Bautzen. Por lo tanto, también Konev había infligido una triple fractura a la 4.ª *Panzerarmee*; había hundido la línea del Neisse y la del Spree, preparando así el terreno para un movimiento envolvente de las fuerzas alemanas establecidas al sur de Berlín y en el interior mismo de la ciudad, movimiento que debería realizar conjuntamente con los Ejércitos acorazados.



Una avalancha de fugitivos y de militares evacua las zonas ocupadas después de la penetración de las fuerzas soviéticas en el mismo corazón de Berlín. *(Ullstein)*

El Grupo de Ejércitos del Vístula y el de los Ejércitos del Centro ya habían empeñado todas las reservas disponibles –más de 12 divisiones– sin éxito alguno y unas 20 divisiones alemanas acababan de ser aniquiladas en la inútil tentativa de impedir el hundimiento del cinturón defensivo Oder-Neisse. El 18 de abril, las fuerzas móviles de Konev iniciaron el movimiento de



Lanzacohetes *Katuska* en plena acción durante el curso de las operaciones para la conquista del Reichstag. La preparación artillera que precedió al asalto del Palacio del Parlamento alemán se inició a las 13 horas del día 30 de abril de 1945 (Süd Verlag)

envolvimiento de la capital del Reich, y en el curso de la jornada avanzaron de 40 a 50 km, precediendo a la infantería. El 20 de abril, unidades acorazadas del Ejército Acorazado 3 conquistaron Bartuh y se dirigieron hacia la zona de Zossen a un ritmo tan acelerado que el Estado Mayor del OKH tuvo que huir precipitadamente y buscar refugio en Wannesee.

Penetración del Ejército ruso

En este punto, el mariscal Konev intentaba desarrollar la ofensiva contra Berlín y, al mismo tiempo, cercar a las fuerzas alemanas establecidas en la zona de Francfort-Guben. Para ello empleó el segundo escalón del Ejército 28, destacando dos divisiones para reforzar el 3.er Ejército Guardia, el cual, gracias a esta ayuda, penetró en el perímetro defensivo exterior de Berlín, y en el curso de la tarde del día 22 ocupó Marienfeld y Lankwitz, en la periferia meridional de la ciudad. Entre tanto, el 4.º Ejército Acorazado Guardia ocupaba Saarmund y Beelitz, envolviendo la capital en dirección Sudoeste.

Pero las grandes unidades alemanas que los soviéticos habían dejado a la espalda, en Gottbus y Spremberg, continuaban combatiendo con inquebrantable tenacidad y su resistencia dividía el frente de Konev, dificultando a sus Ejércitos la coordinación de las operaciones y obstaculizando la llegada de abastecimientos. Por lo tanto, era preciso dejarlas fuera de combate. Este objetivo se alcanzó rápidamente: Spremberg cayó el 21 de abril y Gottbus fue conquistada al día siguiente. Ahora el Grupo de Ejércitos del Centro estaba aislado por completo del Grupo de Ejércitos Sur y, al terminar el día 22 de abril, los rusos cerraron el camino de retirada de las tropas que defendían el sector Francfort-Guben, mientras el 4.º Ejército Acorazado Guardia ocupaba buenas posiciones desde las cuales podría cerrar el cerco en torno a Berlín.

Al mismo tiempo, la ofensiva del mariscal Zukov se desarrollaba, si bien lentamente, con resultados muy satisfactorios. El día 20, sus Ejércitos penetraban en el perímetro defensivo exterior noroccidental de Berlín, y el asalto a la capital se inició a las 13,50 horas, cuando los cañones de largo alcance del Cuerpo de Ejército LXXIX abrieron fuego sobre la ciudad. Al día siguiente, el 3.º y el 5.º Ejércitos de asalto irrumpieron en los barrios nororientales, seguidos, el 22 de abril, por el 8.º Ejército Guardia, que penetró en los suburbios sudorientales. El mismo día, otros dos Ejércitos, el 2 y el 47 Acorazado Guardia, envolvieron Berlín por el Noroeste, atravesando el río Havel.

De esta manera la tarde del 22 de abril, el Ejército 9 y la mayor parte de la 4.ª *Panzerarmee* estaban inexorablemente condenados al cerco. El 4.º Ejército Acorazado Guardia, perteneciente a las fuerzas de Konev, y el Ejército 47 de Zukov se encontraron al oeste de Berlín, mientras el 8.º Ejército Guardia, en el frente de Zukov, estaba a menos de 15 km del 3.er Ejército Acorazado Guardia de Konev, al sudeste de la capital.

Sin embargo, si se quería eliminar toda resistencia alemana en Berlín, era indispensable que el segundo frente de Rusia Blanca de Rokossovskij aniquilase a la 3.ª *Panzerarmee*, situada a orillas del Oder, al norte de la ciudad. En este lugar la situación era difícil para los soviéticos, pues allí el Oder tiene dos largos canales, separados por abruptos terraplenes que se alzan sobre un terreno llano que los alemanes habían inundado, imposibilitando así el paso de vehículos de ruedas u orugas. Por otra parte, la inundación limitaba la capacidad de las zonas de reunión de modo que las tropas sólo podían emplearse fraccionadamente. A su vez, la artillería se vería obligada a permanecer al este del canal oriental, a unos 6 km de la línea del frente, y el apoyo a la infantería se reduciría al fuego de los morteros de 82 mm que podía llevar consigo.

Los días 18 y 19 de abril fueron rechazadas pequeñas unidades alemanas situadas entre los dos canales y los soviéticos se aseguraron una posición que podía servir de trampolín de lanzamiento para cruzar el Oder occidental. La tarde del día 19, las tropas iniciaron su despliegue a lo largo de la orilla derecha del río, que los Ejércitos 65 y 70 cruzaron en el transcurso de la mañana del 20, estableciendo algunos puntos de apoyo en la orilla izquierda. Durante las tres jornadas que siguieron, los rusos aseguraron el enlace entre las tres cabezas de puente, arrollaron al enemigo que resistía tenazmente y penetraron en profundidad en diversos puntos de la principal línea defensiva. Pero en el sector del Ejército 49 las cosas no fueron tan fáciles. La mayor parte de sus unidades se encontraban aún en la orilla derecha del Oder y en la izquierda los soviéticos ocupaban tan sólo unas pocas cabezas de puente.

Como quiera que las fuerzas de Zukov avanzaban al nordeste de Berlín, el 23 de abril el STAVKA revocó la orden, ya impartida al segundo frente de Rusia Blanca, de envolver la ciudad por el Norte y volvió a adoptar el primer plan. La tarde del 25 de abril los Ejércitos 49, 65 y 70 llegaron a orillas del Randow, donde los alemanes no lograron organizar una sólida defensa para detenerles. La 3.ª *Panzerarmee*, que había sufrido enormes pérdidas, quedó aislada de Berlín. Ahora, la maniobra de cerco, al norte y al noroeste de la ciudad, resultaba fácil para Zukov, pues el segundo frente de Rusia Blanca había burlado la intención de los alemanes de empeñar la 3.ª *Panzerarmee* para bloquearla.

En este punto, el Mando Supremo soviético tomó una decisión de importancia decisiva al ordenar a Zukov que el día 24 completara el cerco de las fuerzas alemanas del sector de Francfort-Guben, a fin de impedir que se abrieran una brecha y se deslizaran hasta la capital. Al mismo tiempo, exhortó a los generales a actuar con la máxima energía para cerrar el cerco al oeste de la ciudad.

Para cumplir esta directiva, en el curso de la noche del 22 al 23 de abril, Zukov utilizó el Ejército 3, sacándole del segundo escalón y ordenándole aislar de Berlín al Ejército 9 alemán, que avanzaba al oeste de Fürstenwald, y además envió al Ejército 47 al encuentro de las fuerzas de Konev, en dirección a Potsdam. Konev a su vez, ordenó al 3.er Ejército Guardia que se apoderase de Buckow, suburbio meridional de Berlín, enlazando con el primer frente de Rusia Blanca; el 4.º Ejército Acorazado Guardia recibió la orden de atacar en dirección Noroeste, para encontrarse con las fuerzas de Zukov al oeste de Berlín.

A las 15 horas del día 22 de abril, Hitler recibió el último de los informes en la *Reichskanzlei*, y el diario del OKW, confirmado por Jodl, demuestra que el *Führer* tomó en aquel momento la decisión definitiva de permanecer en Berlín y de asumir personalmente la dirección de la defensa. Entonces fue cuando ordenó a Keitel que «retirase del frente opuesto a los angloamericanos todas las fuerzas para lanzarlas a la batalla de Berlín», en un intento de impedir el cerco de la ciudad por parte del Ejército ruso.

La conjunción con los americanos

Pero el proyecto del *Führer* no pasó de la intención, pues el día 24 de abril las fuerzas de Zukov lograron su conjunción con las de Konev en la periferia sudoriental de Berlín, completando así el cerco de las fuerzas enemigas del sector Francfort-Guben, compuestas por 200.000 hombres, más de 2000 piezas de artillería y morteros y más de 200 carros de combate. Al día siguiente, el 4.º Ejército Acorazado Guardia, a las órdenes de Konev, enlazaba con el Ejército 47 del mariscal Zukov, en Potsdam, cerrando el cerco en torno a las fuerzas que defendían Berlín: otros 200.000 hombres, con 3000 piezas de artillería y morteros y 250 carros de combate. El mismo día, esto es, el 25 de abril, unidades del 5.º Ejército Guardia cruzaron el Elba, en Torgau, estableciendo contacto con el Ejército 1 americano y cortando por la mitad todo el frente alemán.

El Mando Supremo de las Fuerzas Armadas del Reich se hallaba presa de la desesperación, por lo que recurrió a una última tentativa para retrasar la inminente catástrofe, aunque sólo fuera por pocos días. La noche del 24 al 25 de abril, una directiva del OKW ordenaba: «Lanzad todas las fuerzas disponibles contra el bolchevismo, nuestro enemigo mortal, sin tener en cuenta las conquistas que puedan obtener las tropas angloamericanas.»

Para conseguir su objetivo, los alemanes emplearon el Ejército 12 (retirado del frente occidental), el Ejército 9 y el Grupo operativo *Steiner*

el Ejército 12 tenía órdenes de liberar, ante todo, al Ejército 9 cercado, lanzándose a un ataque desde Belzig, en dirección a Luckenwald, de modo que ambos Ejércitos atacaran al Norte, hacia Berlín; el Grupo operativo *Steiner* tenía la misión de desencadenar un ataque al Sur, apuntando sobre la ciudad de Oraniemburg. El almirante Doenitz, por su parte, trasladaría en avión a Berlín un contingente de marinos para reforzar la guarnición que defendía la capital. Doenitz era ahora comandante en jefe de las Fuerzas Armadas de Alemania septentrional, mientras el general Winter, jefe del Estado Mayor General B, había asumido el mando de las unidades del sur de Alemania.

Apenas completaron el cerco de Berlín, los mariscales Zukov y Konev emplearon parte de sus tropas para establecer un sólido frente contra los alemanes, decidiendo eliminar, mediante dos ataques convergentes, las fuerzas enemigas que se hallaban en los bosques al sudeste de la ciudad.

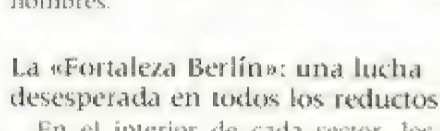
El ataque soviético del 26 de abril chocó con una encarnizada resistencia. La noche anterior a la reanudación de la ofensiva soviética, los alemanes encerrados en la bolsa modificaron el despliegue y formaron un poderoso grupo de ataque, compuesto por una división acorazada, una división motorizada y tres divisiones de infantería, que el día 26, a las 8 de la mañana, atacó y abrió una brecha, empezando a extenderse hacia el Oeste. Pero los rusos cerraron esta salida, y el grupo de ataque, aislado del resto de las unidades que se encontraban en el interior de la bolsa, fue casi totalmente eliminado. No obstante, el mariscal Konev, que temía una repetición de análogos ataques, desplegó cinco divisiones sobre tres líneas, de cara al Este, a lo largo de las carreteras que pudieran servir de vía de salida a los alemanes.

Pese al fracaso de los intentos realizados el 27 y el 28 de abril y pese a las deficientes condiciones de sus tropas, el general Busse intentó de nuevo romper el cerco, y el día 29 desencadenó el ataque. Al amanecer, los alemanes habían conseguido romper la línea soviética; mas, cuando intentaron rebasar las posiciones preparadas, fueron detenidos sin lograr ya ningún nuevo progreso. Se hizo salir de la bolsa a nuevas unidades, de modo que el Grupo de ataque llegó a sumar 45.000 hombres, que se lanzaron durante tres días, a sangrientos combates sin lograr, no obstante, la ansiada penetración; tampoco el Ejército 12 consiguió enlazar con ellos. Las divisiones concentradas en torno a Berlín intentaron a su vez una irrupción por el Sur, pero fueron rechazadas.

Entre tanto, las fuerzas del sector Francfort-Guben habían quedado fraccionadas en pequeños grupos aislados, el último de los cuales fue aniquilado el día 1 de mayo, en Beelitz, donde 5000 hombres cayeron en combate y 13.000 fueron hechos prisioneros. El total de bajas alemanas en este sector ascendió así a 6000 muertos y 120.000 prisioneros.

Por entonces ya se luchaba violentamente en el interior de Berlín. La ciudad, una de las mayores del mundo, empezó a prepararse para el ataque en el mes de enero, cuando se creó un Estado Mayor especial para la defensa de la capital. Hitler había nombrado *Reichskommissar* a Goebbels, el más íntimo de sus colaboradores, mientras el general Reimann pasó a ser comandante militar de la ciudad.

Cuando se inició el ataque, Berlín estaba protegido por tres perímetros defensivos. El exterior corría, en gran parte, a lo largo de los diques, de los lagos, de los ríos y de los canales y a través de colinas boscosas, a una distancia comprendida entre los 24 y los 40 km del centro de la ciudad. El perímetro llamado interno, que era el principal, corría a lo largo de la periferia de los suburbios, que habían sido convertidos en otros tantos reductos, unidos entre sí por medio de trincheras dotadas de posiciones de ametralladoras y de artillería. El perímetro ciudadano, propiamente dicho, seguía la circunvalación del ferrocarril. La ciudad había sido dividida en nueve sectores –ocho periféricos– dispuestos de tal modo que formaban un anillo, con el noveno en el centro. Este último sector era particularmente importante porque encerraba todo el aparato estatal, político y administrativo, motivo por el cual había sido fortificado más intensamente que los otros. Dos o tres regimientos defendían cada uno de estos sectores, de lo que resultaba que la guarnición de Berlín ascendía, en total, a algo más de 24.000 hombres.



La «Fortaleza Berlín»: una lucha desesperada en todos los reductos

En el interior de cada sector, los respectivos reductos se apoyaban recíprocamente. La guarnición de dichos reductos oscilaba de una compañía a un batallón, según la importancia del objetivo. Para la defensa, los alemanes se servían no sólo de los edificios que todavía permanecían intactos, sino también de manzanas enteras de edificios destruidos por los bombardeos, y, sobre todo, de los sótanos de las casas en ruinas. Todas las calles que conducían al centro estaban obstruidas por barricadas formadas con carros de combate o con casamatas de cemento, levantadas en las encrucijadas a fin de que permitieran el tiro en todas direcciones. Las defensas de Berlín contaban con más de 400 construcciones periféricas de cemento; además, los alemanes aprovecharon también el Metro y el alcantarillado.

Además de fortificar la ciudad, el Mando Supremo alemán incrementó el número de tropas destinadas a su defensa. Cuando la capital quedó cercada, el general Weidling, jefe del LVI *Panzerkorps*, asumió el mando de la guarnición y el 24 de abril recibió la orden personal de Hitler de defender la ciudad hasta el último hombre. Weidling tomó varias medidas para mejorar las defensas; pero, fueran cuales fueran, todas las medidas eran ya completamente inútiles: Berlín estaba perdido. La ciudad se hallaba cercada por todas partes y el avance soviético rechazaba, día a día,





Arriba: tiradores escogidos soviéticos se sirven de una barricada levantada por los alemanes para atacar un barrio de Berlín que todavía está en poder de los defensores. Abajo: un soldado del Ejército ruso coloca la bandera soviética sobre el grupo escultórico que corona la Puerta de Brandeburgo.

cada vez más el Oeste, a las unidades que hubieran podido liberarla. Las reservas de víveres eran mínimas, apenas suficientes para dos o tres días; el día 22 las raciones se redujeron drásticamente. La ciudad carecía de agua, y los transportes públicos ya no funcionaban. Lo mejor hubiera sido poner fin a la guerra, pues los combates por las calles de Berlín no iban a proporcionar a los defensores ni honores ni gloria, ni mucho menos la ilusión de la victoria.

El consejo militar del primer frente de Rusia Blanca ofreció las condiciones de rendición el 23 de abril, pero los alemanes rechazaron esta proposición.

Los mariscales Zukov y Konev no tuvieron otra alternativa que la de reanudar el ataque contra la ciudad.

Violentos ataques por todas partes

La ofensiva soviética fue concéntrica, con ataques desencadenados, simultáneamente, desde todas partes: desde el Sur, entre Potsdam y Tempelhof, atacaron el 3.er Ejército Acorazado Guardia y el Ejército 28; desde el Sudeste, el Este, el Norte y el Noroeste, lanzaron sus ataques seis de los Ejércitos de Zukov, desplegados sobre la línea Tempelhof-Lichtenberg-Wedding-Siemensstadt-Spandau-Potsdam. El ataque general fue precedido de incursiones pesadas de los bombarderos de la 16.ª y de la 18.ª Fuerza Aérea, durante la jornada del 25 y la noche del 25 al 26 de abril. El día 26 se desencadenaron sangrientos combates a lo largo del perímetro; la resistencia de los alemanes era encarnizada en todos los sectores, particularmente en las zonas más castigadas por los bombardeos, donde pequeñas unidades alemanas, entre las ruinas, impedían el paso a los atacantes.

La tarde del 27, el Ejército 47 se hallaba sobre el dique del Havel, en el trayecto que media entre Spandau y Gatow, aislando así a Potsdam de Berlín, mientras el 2.º Ejército Acorazado Guardia y el Ejército 3 de asalto rastrillaban Siemensstadt, atravesaban el Spree y establecían numerosas cabezas de puente en la orilla izquierda del río. El Ejército 5 de asalto, el 1.er Ejército Acorazado Guardia y el 8.º Ejército Guardia, que atacaban desde el Este y el Sudeste, conquistaron centenares de manzanas de casas, ocuparon el aeropuerto de Tempelhof y, al anochecer, llegaron al perímetro de la ciudad. El general Weidling, irritado por el curso de los combates y, sobre todo, por la pérdida del aeropuerto, destituyó al comandante del III sector, el *Brigadeführer* de las SS Ziegler, y lo sustituyó por el *Brigadeführer* Krumberg. Pero, no eran los procedimientos de este tipo los más indicados para cambiar el final de la lucha.

Los Ejércitos de Konev, procedentes del Sur, había cruzado el canal de Teltow y ya controlaban los suburbios meridionales de Steglitz, de Schmergendorf y de Grunewald. El día 26, el 3.er Ejército Acorazado Guardia avanzó casi 9 km y alcanzó el perímetro interior en Schmergendorf. Weidling se vio obligado a emplear su última reserva, la 18.ª *Panzerdivision*; pero, al considerar los resultados de la jornada, no pudo negar que su posición había empeorado, pues los rusos habían penetrado en profundidad en sus líneas en Spandau, en Friedrichshain y en Zehlendorf. Sin embargo, conservaba aún una esperanza. «Mañana, lo más tarde –afirmó Krebs– estableceremos contacto con el Ejército 12 de Wenck, que está atacando por el Sudoeste». Naturalmente, se trataba tan sólo de un piadoso deseo.



Elementos de una división acorazada soviética avanzan por las calles de Berlín. Para evitar las calles más densamente minadas y las numerosas barricadas, que hubieran podido obstaculizar el avance a través de la ciudad, la infantería soviética se desplazaba generalmente por los subterráneos y por los patios interiores de las casas, abriendo amplias brechas en los muros. (Novosti Press Agency)



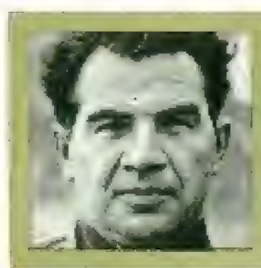
GRANDES COMANDANTES DEL FRENTE



GEORGIJ KONSTANTINOVIC ZUKOV
Mariscal de la Unión Soviética

El nombre de Zukov destacó por primera vez en 1938, cuando desbarató un intento japonés de invadir la Mongolia Exterior. En enero de 1941 fue nombrado jefe del Estado Mayor General. Su primera gran batalla de la guerra fue la defensa de Moscú, en el curso del invierno de 1941, y la subsiguiente contraofensiva, que infligió a los alemanes su primera gran derrota y puso al Grupo de Ejércitos del Centro alemán al borde de la catástrofe, que los alemanes únicamente pudieron evitar porque, en la primavera de 1942, los soviéticos se hallaban aún escasos de recursos. Tras un período de relativa inactividad, durante el verano de 1942, Zukov, que no estaba de acuerdo con la idea de la ofensiva proyectada por Stalin, fue enviado a Stalingrado al frente del grupo del STAVKA encargado de salvar la situación en aquel sector. Allí dirigió la organización de la contraofensiva que, como se sabe, terminó con el cerco y la destrucción del Ejército 6 alemán: el Eje perdió entonces 330.000 hombres, entre muertos y prisioneros, siendo aniquiladas 22 divisiones. Cuando el frente soviético occidental y el de Vorónezh sufrieron graves derrotas, en el curso de la contraofensiva de von Manstein, fue de nuevo Zukov quien salvó la situación; en efecto, después de estabilizar el frente, organizó, a la cabeza del grupo del STAVKA, la defensa del saliente de Kursk y, desde allí, la contraofensiva, cuyo éxito determinó sin duda alguna la suerte de la guerra en el frente oriental. Cuando el general Vatutin, comandante en jefe del primer frente ucraniano, cayó en una emboscada que le tendieron el día 1 de marzo de 1944 los guerrilleros nacionalistas ucranianos y en la que quedó mortalmente herido, Zukov tuvo que sucederle en su cargo, tomando parte en las operaciones para la liberación de Ucrania y en la invasión de Rumania. Desde aquí se trasladó al sector septentrional del frente, donde coordinó las operaciones para liberar Rusia Blanca y Polonia, asumiendo el mando del primer frente de Rusia Blanca.

Zukov ejerció con gran habilidad las funciones de comandante de grandes unidades, de miembro del STAVKA y de adjunto al Mando Supremo. Su nombre estuvo estrechamente ligado a casi todas las grandes victorias soviéticas y ningún otro general, durante toda la guerra, tuvo en su haber tantas victorias. Murió en 1970.



VASILIJ IVANOVIC CIUIKOV
Mariscal de la Unión Soviética

En junio de 1941, Ciuikov era agregado militar de la Embajada soviética en China, y no fue llamado a Rusia hasta el mes de marzo de 1942. En mayo se le confió el mando de la reserva del Ejército, que tomó el nombre de Ejército 64 y que, en julio, fue enviado al arco del Don. Después del repliegue sobre Stalingrado y de la sucesiva reorganización de los mandos, el 12 de noviembre de 1942 fue nombrado jefe del Ejército 62 y responsable, por lo tanto, de la defensa de la ciudad. Entonces, incluso actuando en condiciones extremadamente difíciles, sobre todo en lo concerniente a los abastecimientos, que sin excepción debían ser transportados a través del Volga bajo el constante bombardeo de la artillería y de la aviación enemigas, Ciuikov supo organizar la defensa con tanta habilidad y decisión que logró mantener empeñadas en combate a fuerzas adversarias numéricamente superiores –el Ejército 6 y una parte de la 4.ª *Panzerarmee*– y además hizo que fuera posible lanzar la contraofensiva soviética que concluyó con la destrucción del enemigo. El 21 de abril de 1945 sus tropas entraron en Berlín y el día 1 de mayo el general Krebs se presentó ante él para tratar de la rendición de la capital del Reich.

En 1960 Ciuikov fue nombrado jefe de las fuerzas terrestres soviéticas; en 1967 dirigía el programa para la defensa civil.



FEDOR IVANOVIC TOLBUCHIN
Mariscal de la Unión Soviética

En su condición de jefe del Estado Mayor del distrito militar transcaucásico, Tolbuchin organizó la ocupación del Irán septentrional –que el Ejército ruso realizó en otoño de 1941– y proyectó el desembarco de dos Ejércitos en la península de Kerch, a espaldas del Ejército 11 alemán que a la sazón asediaba Sebastópol. Como las operaciones no se desarrollaban con el éxito esperado, el 10 de mayo de 1942 Tolbuchin fue destituido de su cargo y convocado a Moscú, y allí logró convencer al jefe del Estado Mayor General de que no podía considerársele responsable del fracaso en Crimea. En julio de 1942 se le asignó el mando del Ejército 57 en el arco del Don; este Ejército tomó parte en el repliegue general sobre el Volga, y, sucesivamente, en la contraofensiva de Stalingrado. Por sus méritos en esta operación Tolbuchin fue ascendido a teniente general, siéndole asignado el mando del recién constituido Ejército 68 en el frente noroccidental. En marzo de 1943 se le nombró comandante del frente meridional y en abril se le ascendió a capitán general. En julio sus grandes unidades atacaron, aunque sin éxito, a los alemanes establecidos en la línea sólidamente fortificada del río Mius, mas en agosto-septiembre repitieron el intento, logrando entonces penetrar en ella y liberando, juntamente con el frente sudoccidental, la zona industrial del Donbáss.

En abril de 1944 sus fuerzas, denominadas ya cuarto frente ucraniano, liberaron Crimea. En el mes de mayo Tolbuchin fue trasladado al tercer frente ucraniano.

Sus unidades tomaron parte en el cerco de cinco Cuerpos de Ejército alemanes en Iassi-Kisinev, invadieron Rumania y Bulgaria, liberaron Belgrado y conquistaron Budapest y Viena en una serie de operaciones efectuadas en colaboración con el segundo frente ucraniano del general R. J. Malinosvkij, con quien Tolbuchin estableció colaboraciones muy provechosas. Murió en 1949.



SEMEN KONSTANTINOVIC TIMOSHENKO
Mariscal de la Unión Soviética

Timoshenko ya había participado en la guerra civil, luchando en las filas del Ejército 1 de Caballería, perteneciendo, por lo tanto, a los jefes de la vieja generación. Después del fracaso de la guerra de 1939-40 contra Finlandia, fue nombrado Comisario del Pueblo para la defensa, con la misión de reorganizar el Ejército. Entonces Timoshenko estableció la prioridad de los jefes militares sobre los comisarios políticos, introdujo una nueva serie de reglamentos para las unidades (que sustituyeron a los anticuados que estuvieron en vigor en la época de la guerra con Finlandia) y reforzó la disciplina, instituyendo un código militar que preveía castigos muy duros.

Sus reformas, aunque adoptadas rápidamente eran quizás demasiado radicales para que un Ejército en vísperas de afrontar una nueva gran guerra pudiera asimilarlas, pero tenían, por lo general, un justo planteamiento. Cuando se produjo el ataque alemán, dichas reformas aún no habían sido plenamente aplicadas y la culpa de la falta de preparación que demostró el Ejército soviético, en junio de 1941, se atribuyó a Timoshenko. Pero, sin duda, sería más justo afirmar que aquella misión se le había confiado demasiado tarde y que además se había visto obstaculizado por el mismo Stalin, quien le prohibía tomar ciertas medidas –entre ellas la de abatir los aviones de reconocimiento alemanes– que Hitler hubiera podido considerar como provocaciones.

El 2 de julio de 1941, Timoshenko asumió el mando del "frente occidental" y, poco después, el de la "dirección occidental", la más importante de las tres direcciones estratégicas en que se dividía el frente germano-soviético. Bajo su mando se desarrolló la batalla de Smolensk, que detuvo durante dos meses, al precio de enormes pérdidas, el avance alemán sobre Moscú. En septiembre de 1941 sucedió al mariscal Budennij, asumiendo el cargo de comandante en jefe de la dirección sudoccidental. Aunque ya era demasiado tarde para impedir la destrucción de cuatro Ejércitos soviéticos en la bolsa de Kiev, todavía consiguió retrasar el avance de los alemanes hasta bloquearlo por completo. Mas, en la siguiente primavera, su intento de lanzar una gran ofensiva estratégica terminó con un desastre y el frente soviético meridional se hundió, lo que permitió a los alemanes llegar hasta Stalingrado y el Cáucaso.

En julio de 1942 fue destituido del mando del frente noroccidental, pero, no obstante, siguió formando parte del STAVKA, función en la que coordinó las operaciones del segundo y del tercer frentes ucranianos durante el avance en los Balcanes. Murió en 1970.



IVAN DANILOVIC CERNJAKOVSKIJ
Teniente General

Cernjakovskij, uno de los pocos judíos que siguieron la carrera militar en el Ejército soviético, fue uno de sus jefes más eminentes. En enero de 1943, al mando del Ejército 60, reconquistó la ciudad de Vorónezh y, en julio del mismo año, resistió en el centro del sector occidental del saliente de Kursk. Después del fallido intento de Sokolovskij de penetrar en las defensas alemanas de Smolensk, Cernjakovskij fue llamado para suceder a aquél en el mando del frente occidental, más tarde denominado tercer frente de Rusia Blanca. En el curso de los meses de junio y julio de 1944, sus fuerzas, en unión de las del primer frente de Rusia Blanca, cercaron, en Minsk, a 105.000 alemanes, o sea al grueso del Ejército 4. El 13 de julio Cernjakovskij ocupó Minsk y Vilna, capital de Lituania, desde donde avanzó rápidamente sobre Kaunas (Kovno), cerca de la frontera con Prusia oriental. En enero de 1945 inició el avance sobre Königsberg (hoy Kaliningrado) logrando arrollar las posiciones alemanas fuertemente defendidas. En febrero del mismo año, mientras inspeccionaba las posiciones avanzadas, resultó muerto por una esquirla de granada. Así concluyó, a los treinta y ocho años, la carrera de uno de los más jóvenes y brillantes generales del Ejército ruso.

ORIENTAL



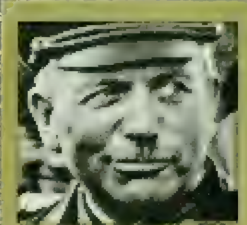
GERD VON RUNDSTEDT
Feldmariscal

Antes de la guerra, Rundstedt ya se había retirado del servicio por sobrepasar el límite de edad, pero fue llamado de nuevo en agosto de 1939 para mandar el Grupo de Ejércitos Sur durante la invasión de Polonia; luego el Grupo de Ejércitos A durante la campaña de Francia y nuevamente el Grupo de Ejércitos Sur en el ataque contra la Unión Soviética.

Von Rundstedt, aristócrata prusiano de la vieja escuela era totalmente contrario a la idea de invadir la URSS y, no obstante, el Grupo de Ejércitos a su mando consiguió, en el año 1941, los éxitos más sobresalientes, aniquilando o haciendo prisioneros, por lo menos, a un millón y medio de soldados soviéticos y ocupando Ucrania (esto es, la zona agrícola más rica de toda la Unión Soviética) y la tercera y la cuarta ciudades soviéticas en orden de importancia (Kiev y Járkov), así como las importantísimas regiones mineras e industriales de Járkov y del Donbáss.

En diciembre de 1941, al llegar el invierno e iniciarse la contraofensiva del Ejército ruso, von Rundstedt retiró las tropas de las posiciones demasiado expuestas de Rostov y del Don, llevándolas a la línea del Mius, más fácilmente defendible.

Cuando Hitler le impuso revocar la orden de este repliegue, von Rundstedt presentó la dimisión y ya no volvió al frente oriental, mas sus cualidades militares y su prestigio profesional le hacían indispensable a Hitler, quien, a principios del año 1942 le llamó nuevamente, nombrándole comandante en jefe de las fuerzas del frente occidental. En su calidad de comandante en jefe dirigió la última ofensiva alemana en las Ardenas.



HEINZ GUDERIAN
Capitán general

Quien contribuyó más que nadie a la constitución de las fuerzas acorazadas alemanas fue Guderian, pese a que chocó muy a menudo con la rígida oposición de sus superiores de tendencias conservadoras.

Cuando las fuerzas acorazadas demostraron brillantemente su potencia en las campañas de Polonia y de Francia (en ambas fue jefe de todas las tropas acorazadas alemanas), Guderian pasó al mando del II *Panzergruppe*, del Grupo de Ejércitos del Centro, en la campaña de Rusia. En verano de 1941 logró éxitos notables, irrumpiendo con sus tropas a través del frente mantenido por el Grupo de Ejércitos del general Eremenko, para unirse con el I *Panzergruppe* de Kleist, del Grupo de Ejércitos Sur, cercando así, en septiembre, al Ejército 4 soviético. Sus roces de carácter personal y profesional con el *Feldmariscal* von Kluge, su inmediato superior, fueron causa de su destitución después del fracaso de la ofensiva contra Moscú.

No volvió a sus actividades hasta febrero de 1943, fecha en que fue nombrado inspector general de las fuerzas acorazadas con la misión de levantar la moral y de restablecer el orden en la caótica producción de carros de combate.

En pocos meses obtuvo resultados asombrosos, pero las fuerzas por él reconstituidas con tantos esfuerzos fueron casi completamente aniquilados en la fracasada ofensiva de Kursk.

En julio de 1944 ocupó el puesto de Zeitzler como jefe de Estado Mayor del Ejército (OKH), pero no sobresalió en este cargo de un modo excepcional. Probablemente esta misión no correspondía a su temperamento; además, la guerra ya estaba irremediablemente perdida y el *Führer* se mostraba sordo por completo a los consejos militares.

Inútilmente solicitó Guderian la retirada de los países bálticos, de Italia y de los Balcanes para proporcionar reservas al frente oriental. En marzo de 1945 fue destituido de su cargo por haber discutido con algunos jefes la posibilidad de pedir una paz inmediata.



FRANZ HALDER
Capitán general

En agosto de 1938 Franz Halder fue nombrado jefe de Estado Mayor del Ejército, correspondiéndole la mayor responsabilidad en la elaboración de los planes para la victoriosa ofensiva alemana contra Polonia y Francia, así como el de la invasión de la Unión Soviética en el año 1941.

A finales del verano de 1941 intentó modificar su plan con objeto de aprovechar la evidente posibilidad de destruir el grueso de las tropas soviéticas que defendían Moscú y conquistar la ciudad, pero su proposición fue rechazada por Hitler, quien sólo aprobó la ofensiva contra Moscú en el mes de septiembre, cuando ya no quedaba esperanza ninguna de poder realizarla victoriosamente.

Halder, si bien no formaba parte del grupo de generales destituidos en masa después de las derrotas sufridas por los alemanes en Rostov y en Moscú, se halló en una situación cada vez más precaria.

Su plan para la ofensiva del verano de 1942 tenía como objetivo principal los campos petrolíferos del Cáucaso, y cuando Hitler dio prioridad a la conquista de Stalingrado, las relaciones entre el *Führer* y el general se volvieron muy tensas. Como la ofensiva alemana perdiera impulso, hasta el punto de detenerse, Halder sostuvo la necesidad de renunciar y entonces Hitler le destituyó (septiembre de 1942).

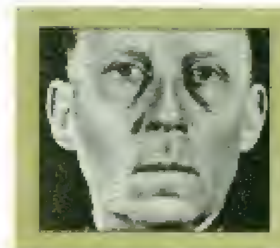
En un principio Halder había sido contrario a Hitler, y fue un elemento muy importante en la fracasada conjura que intentó destituir al jefe del nazismo en 1938. Más tarde, sin embargo, impresionado por las fulminantes victorias de 1939-41, se convirtió, durante algún tiempo, en defensor del *Führer*. Aunque no tomó parte en el atentado del 20 de julio de 1944, Halder fue arrestado, encerrado durante varios meses en la oscuridad de una celda de incomunicación y se libró a duras penas de la ejecución capital.

Poseía una gran capacidad estratégica, pero lo mismo que otros muchos generales que intentaron influir en las decisiones del *Führer*, no logró jamás que éste aceptara sus ideas.



ERICH VON MANSTEIN
Feldmariscal

Von Manstein, cuyo verdadero nombre era Lewinsky, concibió el famoso ataque con carros de combate a través de las Ardenas, que constituyó uno de los factores determinantes de la derrota que los alemanes infligieron a Francia en 1940. Después fue designado para las fuerzas de desembarco en la proyectada invasión de Gran Bretaña. Cuando este plan se abandonó, von Manstein asumió el mando del LVI *Panzerkorps*, del Grupo de Ejércitos Norte, que, en junio de 1941, realizó en cuatro días un avance de 320 km y conquistó los importantísimos puentes sobre el Dviná. En septiembre de 1941 fue comandante del Ejército 11, que invadió Crimea, dirigió el cerco de Sebastópol y, en julio de 1942, conquistó la ciudad, tras un asedio de doscientos cincuenta días. Después de esta empresa, se le designó para dirigir el ataque contra Leningrado, pero cuando el Ejército 6 quedó cercado en Stalingrado, asumió el mando del Grupo de Ejércitos del Don y proyectó el fracasado intento de liberar a las fuerzas alemanas encerradas en aquella ciudad. Después de este fracaso, dirigió el último contraataque victorioso desencadenado por los alemanes en el frente oriental, en el que en marzo de 1943 rechazó al Ejército ruso sobre el Donets. Como comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Sur, participó en la fracasada ofensiva de Kursk y es probable que, de aceptar Hitler sus proposiciones para dicha operación, las pérdidas sufridas por las fuerzas del Reich no hubieran sido tan graves. Tras esta derrota, von Manstein organizó con gran habilidad una retirada gradual hasta los confines de Polonia, mas, en marzo de 1944, Hitler le separó del mando al propugnar el *Fedmariscal* un nuevo repliegue sobre una línea menos extensa y más fácilmente defendible. Murió el 11-VI-73.



GOTTHARD HEINRICI
Capitán general

Después de ser promovido el *Fedmariscal* von Kluge a comandante del Grupo de Ejércitos del Centro, Heinrici asumió el mando del Ejército 4, y durante el tiempo en que sostuvo la línea Rogachov-Orsha en otoño de 1943, conquistó fama por su habilidad en vencer batallas defensivas sostenidas en condiciones verdaderamente desfavorables. Logró, en efecto, resistir los ataques de fuerzas doce veces superiores a las suyas, recurriendo para ello a fortísimas concentraciones de tropas y de artillería en sectores restringidos y renunciando al sistema tradicional de la unidad divisionaria, para actuar, en cambio, en una constante rotación de tropas frescas de los sectores tranquilos hacia los más activos. En mayo de 1944 asumió el mando de la 1.ª *Panzerarmee*, así como del Ejército 1 húngaro, conduciendo la retirada en Silesia a través de los Cárpatos. En marzo de 1945 se le confió el mando de las defensas sobre el Oder, donde impuso una detención de varios días al avance del mariscal Zukov, pese a la aplastante superioridad de las fuerzas soviéticas. Sus métodos defensivos dependieron, esencialmente, de su habilidad para procurarse información acerca de las intenciones del enemigo, a fin de poder concentrar sus grandes unidades en el tiempo y el lugar precisos, y también de su pericia para ahorrar el potencial humano, retirando oportunamente la línea avanzada mientras la artillería soviética derrochaba municiones efectuando sus disparos sobre posiciones no guarnecidas. Al final de la guerra, Heinrici era el más experto general alemán en materia de batallas defensivas, un terreno en el que los Ejércitos del Reich habían demostrado, en principio, una cierta debilidad, pues su adiestramiento siempre se había basado, de una manera especial, sobre la técnica del ataque.

A las 5 de la mañana del día 27, tras la preparación de artillería, los rusos reanudaron el ataque. El objetivo de la jornada era la eliminación de las fuerzas alemanas aisladas en Potsdam y el fraccionamiento de las que se hallaban en Berlín.

El Mando alemán se había prefijado la misión de desgastar a las fuerzas soviéticas y bloquear su ataque imponiendo la conquista de cada manzana y de cada edificio, tienda por tienda, piso por piso, subterráneo por subterráneo. Mas cometió un error fundamental de cálculo, pues los soviéticos, partiendo de la suposición de que los alemanes concentrarían el máximo esfuerzo defensivo en las calles minadas y defendidas por barricadas, adoptaron una táctica de movimientos de envolvimiento: avanzando, no precisamente por las calles, sino a través de los patios, de los sótanos y por el interior de los edificios. Gracias a esta táctica, el día 27 conquistaron sectores enteros de la ciudad: solamente los hombres de Zukov lograron rastrillar, en el curso de la jornada, más de 600 edificios. Por la noche, los alemanes se hallaban reducidos a un angosto cinturón transversal (de Este a Oeste) y de unos 16 km de longitud y de una profundidad limitada de 2 a 5 km, mientras los defensores de Potsdam ya habían sido aniquilados.

Con la llegada sobre el río Havel del Ejército 47 soviético y con la eliminación de las cabezas de puente alemanas en Spandau y en Wilhelmstadt, las esperanzas de las tropas cercadas de poder abrirse paso hacia el Oeste resultaron vanas. Los intentos de abastecer la capital por vía aérea fracasaron, pues muchísimos aviones fueron abatidos antes de llegar a la ciudad, y también fracasó el intento de convertir en pista de aterrizaje la amplia avenida asfaltada de la Charlottenburger Chaussee, pues la avenida se hallaba deteriorada por los cráteres de las bombas y expuesta, por añadidura, a los disparos de la artillería soviética. Todos estos factores negativos tuvieron un efecto fatal sobre la moral de los alemanes.

Pese a todo, los jefes nazis se obstinaban en buscar la manera de emplear los Ejércitos 9 y 12 para romper el asedio, y así, a las tres de la madrugada del 28 de abril, Krebs ordenó a Keitel, por mandato de Hitler, que acelerase al máximo las operaciones de socorro, puntualizando que si la ayuda no llegaba antes de 48 horas sería demasiado tarde. Pero ya no existía ni un Ejército alemán en situación de prestar ayuda. El 9 estaba cercado y a punto de ser aniquilado, mientras el 12 se hallaba a la defensiva y atacado por el flanco. La tarde del día 29, la guarnición de Berlín se había dividido en tres partes, una de ellas situada en el sector nororiental, otra en el Zoológico del Tiergarten y otra en Westend y en Ruhleben.

La jerarquía nazi empezó a desintegrarse. Hitler comprendió que el fin estaba próximo, y el mismo día 29 dictó su «testamento», en el cual excluía del Partido a Goering y a Himmler, destituyéndoles de todos sus cargos y designando como sucesor al gran almirante Doenitz. Keitel, por su parte, destituyó al general Heinrici, jefe del Grupo de Ejércitos del Vístula, bajo pretexto de que había «saboteado» la orden de Hitler de defender Berlín. Y fue entonces cuando los acontecimientos adquirieron un ritmo desconcertante, pues nadie quería asumir el cargo de Heinrici. Se designó para sucederle al capitán general Student, quien por diversas razones, no pudo aceptar, y entonces se pasó la oferta al general von Manteuffel, comandante de la 3.ª *Panzerarmee*. Manteuffel rehusó, aduciendo como excusa que no le era posible abandonar a su Ejército en un momento tan crítico, y se apresuró a ordenar un rápido repliegue hacia el Oeste para rendirse lo más pronto posible a las fuerzas británicas. También el general Tippelskirch presentó muchas objeciones, mas acabó por ceder a las presiones de Keitel y asumió el cargo.

Considerando lo crítica que era la situación, el día 28 el general Weidling presentó a Hitler un plan para el abandono de la ciudad, a fin de evitar más sufrimientos a la población. Hitler lo rechazó. Pero Weidling presentó otro semejante al día siguiente, y esta vez Hitler se mostró de acuerdo, estableciendo que se pusiera en práctica al día siguiente, por lo que el Estado Mayor de Weidling empezó a elaborarlo en detalle. No obstante, poco después, el *Führer* dictó una contraorden que anulaba la precedente, imponiendo de nuevo que la capital fuese defendida hasta el último hombre.

Entre tanto, se había iniciado la batalla por el sector central, en particular por el Reichstag, objetivo final. El Reichstag constituía el foco de los ataques soviéticos, y todas las unidades del Ejército ruso querían ser las primeras en alzar la bandera de la victoria sobre Berlín.

El Ejército 3 de asalto del general Kuznetsov, que había ocupado la zona de Moabit, era el que tenía más probabilidades de ganar la competición, pues se hallaba a unos 500 metros del palacio, y aquella noche se dispuso a conquistarlo por asalto. Para acercarse por el Norte, era necesario cruzar el Spree, que en aquel punto tenía 24 metros de anchura y para acercarse por el Sur era preciso atravesar el Landwehr Kanal. Ambos cursos de agua tenían los diques cubiertos por planchas de granito, que se alzaban a unos tres metros sobre el nivel del agua. Asimismo, la mayor parte de los puentes sobre el Spree habían sido volados, y el puente Moltke, todavía intacto, estaba protegido por obstáculos contracarros, por artillería y por ametralladoras. A cada extremo, los alemanes habían levantado una barricada permanente, mantenida bajo el fuego cruzado de las ametralladoras emplazadas en los edificios circundantes. Las macizas construcciones del Teatro Imperial y del Ministerio del Interior, sólidas hasta el punto de que ni siquiera las granadas de gran calibre perforaban sus muros, habían sido transformadas en reductos y el mismo Reichstag se hallaba adaptado para una defensa a ultranza.

Los muros de los pisos inferiores se habían reforzado con vigas y cemento armado. Ventanas y puertas estaban tapiadas y provistas de troneras que permitían disparar al exterior. A unos 200 metros del edificio había tres trincheras, que se comunicaban con los subterráneos, y delante de las trincheras se habían excavado algunos fosos contracarros, llenos de agua. Todas las calles que conducían al Reichstag estaban obstruidas por barricadas y minadas en las encrucijadas. La guarnición del palacio estaba constituida, en su mayor parte, por destacamentos escogidos de los batallones *Volkssturm*, de las SS y por pequeñas unidades de la Academia Naval, transportadas en avión desde Rostock. En conjunto, había cerca de 5000 hombres.

La conquista del Reichstag fue confiada al Cuerpo de Ejército LXXIX, del general Perevertkin, quien decidió realizarla en tres fases. Ante todo era preciso conquistar el puente Moltke; desde allí ocupar el Ministerio del Interior, a fin de asegurarse una buena posición de partida para la última fase, que sería la conquista total del Reichstag. Los preparativos para el ataque se completaron la tarde del 28 y dos divisiones (la 171 y la 150) se asentaron en sus respectivas posiciones. En cada batallón se habían formado dos grupos de ataque apoyados por cañones autopropulsados, y la artillería se hallaba situada muy cerca, con el fin de poder disparar con puntería directa.

Se estrecha el cerco del Reichstag

Dos batallones, uno perteneciente a la División 150 y otro a la División 171, mandados, respectivamente, por el capitán S. A. Neustrojev y el teniente K. J. Samsonov, conquistaron el puente Moltke en el curso de la noche del 28 al 29 de abril. Pero los alemanes no se dieron por vencidos y lanzaron enérgicos contraataques con el fin de aniquilar a los soviéticos que se habían infiltrado en la orilla izquierda del Spree; mas no consiguieron su intento y nuevas tropas pudieron sobrepasar el Spree junto con el Regimiento 525 de la División 171 y con el 750 de la División 150, acompañados por la artillería, carros de combate y carros lanzallamas del X Batallón lanzallamas motorizado autónomo.

A favor de la oscuridad, los grupos que habían cruzado el río atacaron la casa que formaba esquina en la Kronprinzenufer, que a las dos de la madrugada del 29 ya estaba en sus manos. Pero luego ya no pudieron realizar más progresos. El intenso fuego procedente del Ministerio del Interior, de la Ópera y de las casas de la Alsenstrasse, hacía extremadamente difícil el paso de otras tropas, impidiendo el desarrollo de la acción contra el Reichstag.

El ataque se reanudó a las 7 del día 29, después de una preparación artillera de diez minutos. La resistencia de los alemanes fue tenacísima en todas partes, y, en particular, en el Ministerio del Interior, defendido por un grupo escogido de SS. La oposición sólo fue dominaba tras la intervención del Regimiento 674, desplazado del segundo escalón de la División 150, al mando del coronel A. D. Plechodanov. A las 4,30 horas del día 30, los grupos de ataque habían rastrillado por completo el ministerio y, entre tanto, pequeñas unidades del Regimiento 525 se habían asegurado la posesión de reductos enemigos unidos al edificio por el lado Nordeste, llegando a la Alsenstrasse.

La caída del Ministerio del Interior, así como el rastrillamiento de la zona comprendida entre el Kronprinzenufer y la Alsenstrasse, debilitaron notablemente la defensa del Reichstag y las unidades de las Divisiones 150 y 171 lograron avanzar, respectivamente, hasta 300 y 500 metros del edificio. Pero cuanto más se acercaban, más difícil se hacía la situación. El obstáculo más duro era el edificio de la Ópera. Los alemanes habían situado ametralladoras y piezas de artillería de pequeño calibre sobre el techo y los rellanos del segundo piso y desde allí mantenían bajo el fuego el puente Moltke y la Königsplatz, en la cual habían tomado posiciones unidades de los Regimientos 380, 674 y 756.

El general Perevertkin decidió atacar el Palacio del Parlamento y la Ópera en una acción simul-

Soldado alemán sentado ante las ruinas del Reichstag. En el transcurso de la ofensiva contra la capital del Reich, los rusos infligieron graves pérdidas a las fuerzas alemanas, aniquilando más de 90 divisiones y capturando 480.000 prisioneros. *(Novosti Press Agency)*





Soldados soviéticos ante las ruinas del Reichstag. A primeras horas del día 2 de mayo, tras la conjunción de las fuerzas soviéticas que atacaban Berlín por el Norte y por el Sur, el general alemán Weidling ordenó a sus tropas que depusieran las armas. (Sudd Verlag)

tánea: las Divisiones 150 y 171 asaltarían el Reichstag, mientras la División 270, del coronel V. M. Afasov, atacaría el teatro para fijar a las fuerzas alemanas allí establecidas, facilitando con ello la conquista del edificio más importante. Unos 90 cañones se emplazaron entonces a corta distancia del objetivo. Por iniciativa del mando del Cuerpo y de la sección política, se constituyeron dos grupos de voluntarios, formados por veinte hombres cada uno, todos ellos miembros del Partido y de la Unión de la Juventud Comunista, a los cuales se encargó la misión de izar la bandera sobre el Reichstag.

El ataque directo contra el Reichstag se inició a primeras horas de la mañana del día 30 de abril y duró, sin un minuto de tregua, hasta la mañana del día 2 de mayo. Los defensores opusieron una resistencia obstinada, sin hacer caso de las bajas sufridas ni preguntarse siquiera si la lucha tenía alguna finalidad. Los ataques desencadenados por la División 150 y por la 171 a las 4,30 y a las 11,30 horas no dieron ningún resultado concreto. Pequeñas unidades de los Regimientos 674 y 756, que habían alcanzado el último obstáculo –el foso contracarros– se vieron obligados a poner cuerpo a tierra ante el mortífero fuego. Por añadidura, los alemanes desencadenaron una serie de contraataques en un intento de desorganizar a los asaltantes. A mediodía, un batallón de infantería casi completo, apoyado por la artillería y ametralladoras, contraatacó el Regimiento 525 soviético en las cercanías de Alsenstrasse, y, más tarde, recibió un ataque por su flanco el Regimiento 380. Tras un violento combate cuerpo a cuerpo, los alemanes fueron rechazados.

La preparación de la artillería que precedió al asalto del Palacio se inició el 30 de abril a las 13 horas. Todos los cañones, todos los carros de combate, los autopropulsados y los *Katiuska* hicieron fuego sobre el objetivo en puntería directa, mientras la infantería cooperaba con los lanzacohetes contracarros capturados al enemigo.

El asalto empezó a las 13,30 horas. La infantería atacante se halló bajo la tempestad de fuego de las ametralladoras y de las armas automáticas que disparaban desde el interior del edificio, así como bajo el fuego de los cañones pesados y de la artillería antiaérea que disparaban desde el Jardín Zoológico. La mayor parte de los hombres quedó fijada en el terreno y sólo unos grupos aislados lograron seguir adelante. Una vez más el ataque fracasaba; era preciso recomenzar desde el principio. A las 18 horas se lanzó un nuevo ataque bajo el fuego de cobertura de la artillería. En primera línea se hallaban tres batallones pertenecientes a los Regimientos 380, 674 y 756 de infantería. Esta vez las fuerzas que guarnecían el Reichstag ya no pudieron frenar el ímpetu de las fuerzas soviéticas, que llegaron al edificio en pocos minutos.

Entre los primeros en subir los peldaños de la escalinata de acceso figuraba el sargento Peter Pjatniskij, con la bandera del I Batallón del Regimiento 756, mas fue herido mortalmente por una ráfaga de ametralladora. La bandera fue recogida entonces por el sargento P. D. Scierbina, quien la clavó sobre una de las columnas del portón.

La batalla por el Reichstag

La irrupción en el interior del edificio fue una empresa bastante ardua para las tropas soviéticas. Los primeros soldados se infiltraron en el vestíbulo circular, a través de brechas abiertas en el muro; desde allí, sosteniendo duros combates, empezaron a dispersarse por otras salas, teniendo que hacer frente a una resistencia desesperada.

La batalla por el Reichstag fue una lucha encarnizada por cada piso del Palacio, por cada tramo de escalera, por cada corredor y cada sala. Los alemanes se defendían con todos los medios: granadas, *bazookas*, armas automáticas, ametralladoras e incluso incendiando las paredes y desencadenando además frecuentes contraataques.

El ímpetu de los rusos se hizo cada vez más incontenible; sobrepasaron la resistencia en la planta baja y se lanzaron a expugnar la superior. Al fin de la jornada, ocupaban casi por completo el edificio; mas los alemanes aún seguían resistiendo encarnizadamente en el sótano. Pero, mientras tanto, soldados del grupo del capitán Makarov subieron al tejado e izaron la bandera soviética. El signo de la victoria ondeaba ahora sobre la ciudad vencida.

Aun cuando los combates en el interior del Reichstag continuaron durante todo el día 1 de mayo, la voluntad de resistir se había debilitado ya en los defensores, y algunos grupos aislados de alemanes empezaron a levantar banderas blancas. Casi 2500 defensores habían muerto, los otros 2600 fueron hechos prisioneros.

Mientras se libraba la batalla por el Reichstag, otras unidades soviéticas combatían en el centro de Berlín para llegar a la Cancillería, a la estación de Potsdam y al Jardín Zoológico. El cerco se cerraba en torno a la guarnición de la capital, que ahora se dividía en sectores aislados. Desde el momento en que el centro de las comunicaciones con el Mando Supremo, situado en la Bendlerstrasse, cayó en manos de los soviéticos, los alemanes se hallaron en una situación sin salida. Para más complicación, la Cancillería, en cuyo *bunker* subterráneo permanecían aún Hitler y sus últimos leales, se hallaban ahora apenas a 800 metros de la línea de los combates.

El 28 de abril, Hitler se había enterado de que Mussolini había sido capturado y ejecutado por los partisanos italianos. Temiendo correr la misma suerte o caer en manos de los soviéticos, la tarde del 30 de abril se suicidó. En virtud de su «testamento» el almirante Doenitz pasó a ser, automáticamente, jefe del nuevo Gobierno del Reich. El *Feldmariscal* Schörner fue nombrado jefe supremo del Ejército; el capitán general Jodl asumió el cargo de jefe de Estado Mayor de todas las Fuerzas Armadas y el general Krebsel de jefe del Estado Mayor General del Ejército.

Misión del nuevo Gobierno era salvar a la *Wehrmacht* de la derrota definitiva y sostener en el poder a los círculos reaccionarios nazis; fueron numerosas, en efecto, las gestiones emprendidas en este sentido. Doenitz, que se hallaba en Flensburg, habló por radio, dando a entender a los círculos gubernativos británicos y americanos que Alemania seguía combatiendo sólo en su lucha contra el comunismo e inició tratos con el Mando angloamericano para una capitulación por separado de las fuerzas armadas alemanas en Occidente. Por su parte, Goebbels y Bormann, desde Berlín, intentaron ganar tiempo entablando tratos con el Mando soviético. La tarde del 30 de abril enviaron al coronel Seiffert, con bandera blanca, a las unidades avanzadas soviéticas en la zona de Potsdam; el coronel fue conducido al puesto de mando del 8.º Ejército Guardia, donde anunció que los jefes alemanes pedían que sus representantes fueran recibidos por el Mando soviético para hacer una importante declaración.

A las 3 del día 1 de mayo, el jefe del Estado Mayor General del Ejército, general Krebs, acompañado del jefe de Estado Mayor del LVI *Panzerkorps*, coronel von Dufving, de un intérprete y de un soldado, cruzó la línea de los combates, siendo introducido en el puesto de mando de la 35.ª División de infantería Guardia; media hora después, Krebs y los suyos eran conducidos a la sede del mando del 8.º Ejército Guardia y recibidos por el mariscal V. I. Ciuikov. Un poco más tarde llegó el general V. D. Sokolovskij, segundo jefe del primer frente de Rusia Blanca, quien, en unión de Ciuikov, empezó a tratar con Krebs en nombre del Mando soviético. El documento, firmado por Goebbels y Bormann, que Krebs entregó a los dos generales, confirmaba oficialmente la noticia del suicidio de Hitler y la formación de un nuevo Gobierno, y decía que Krebs estaba autorizado para tratar con el Mando soviético.

Para ganar tiempo, los jefes alemanes proponían un alto el fuego temporal en Berlín. El Mando soviético replicó que el alto el fuego únicamente podía aceptarse si Alemania ofrecía la rendición sin condiciones a todos los Aliados y advertía que si la guarnición de Berlín proseguía en su resistencia, esta situación conduciría a ulteriores derramamientos de sangre y a pérdidas totalmente injustificadas entre la población civil. Si sus condiciones se aceptaban, el Mando soviético garantizaba a todos los defensores de la ciudad, no sólo la vida, sino también el derecho a conservar las condecoraciones y los efectos personales, y, en el caso de los oficiales, el sable. La discusión se prolongó durante casi cinco horas. A las 14, Krebs volvió a la Cancillería para hablar con Goebbels. Los jefes nazis no tenían prisa en responder. En efecto, Goebbels y Bormann no comunicaron su negativa hasta las 18.

En vista de ello, el Mando soviético desencadenó el ataque definitivo contra el centro de la ciudad. A las 18,30 horas toda la artillería abrió fuego contra las fuerzas alemanas todavía empeñadas en la defensa. La zona central de Berlín quedó cubierta por densas nubes de humo, de polvo y de cenizas. El ataque empezó a las 19,15 y los combates se prolongaron toda la noche. El Ejército 3 de asalto, que atacaba por el Norte, se reunió con el 8.º Ejército Guardia que avanzaba por el Sur. Mientras tanto, dos Ejércitos Acorazados Guardia efectuaban la conjunción de sus fuerzas en el Jardín Zoologógico, por lo que, en la madrugada del 2 de mayo, los supervivientes que aún defendían Berlín se hallaban en situación absolutamente desesperada.

Si bien Goebbels y Bormann seguían exigiendo a todos heroísmo a ultranza, ya no les quedaba a los alemanes otra alternativa que la de deponer las armas. En efecto, a las 4 horas del 2 de mayo, la estación de radio de la División de infantería 79, perteneciente al 8.º Ejército Guardia, captó un mensaje en lengua rusa del jefe del LVI *Panzerkorps*, en el que se pedía a los soviéticos que suspendieran el fuego a las cinco y recibieran a los parlamentarios alemanes en el puente de Potsdam. Los soviéticos interrumpieron el fuego y poco después reapareció el coronel von Dufving, en compañía de dos comandantes, y anunció, en nombre del jefe de Cuerpo de Ejército, general Weidling, que el LVI *Panzerkorps* estaba dispuesto a capitular.

El mariscal Zukov solicitó que todo el Cuerpo acorazado depusiera las armas y se rindiera a las 7. Los alemanes aceptaron y, a las 6 de la mañana, el general Weidling, que todavía era jefe de la plaza, cruzó la línea de combates y se rindió. Se le propuso que ordenara inmediatamente la capitulación de toda la guarnición de la ciudad y Weidling cursó una nota escrita en la que decía que la situación general era tan grave que todo combate sería insensato: «...toda nueva hora de lucha acrecienta los terribles sufrimientos de la población civil de Berlín y de nuestros heridos. Todo el que muera por Berlín realiza un sacrificio inútil. De acuerdo con el Mando Supremo de las fuerzas soviéticas ordeno el cese inmediato del conflicto».

Fin de Berlín

Una orden análoga cursó, un poco más tarde, Fritsche, el principal de los delegados de Goebbels. Las órdenes fueron comunicadas por radio mediante altavoces y por oficiales alemanes que recorrieron las calles en automóviles.

Goebbels decidió seguir el ejemplo del *Führer*, y el día 1 de mayo se quitó la vida junto con su mujer y sus hijos. Bormann desapareció. Son numerosas las versiones acerca de su fin, pero, según noticias recientes, no puede excluirse la posibilidad de que esté todavía escondido en algún lugar de América del Sur.

Terminada la Operación «Berlín», las fuerzas del primer frente ucraniano iniciaron preparativos para la Operación «Praga», al sur de la capital de Alemania. Fueron sustituidas por las unidades del primer frente de Rusia Blanca, que se lanzaron en persecución del Ejército 12 alemán y llegaron al Elba el 7 de mayo. La mayor parte del citado Ejército 12 cruzó el río y se rindió a los americanos.

Mientras se desarrollaban los últimos combates por Berlín, el segundo frente de Rusia Blanca continuaba, al Norte, la victoriosa ofensiva para aniquilar a la 3.ª *Panzerarmee*. Los alemanes habían opuesto una encarnizada resistencia durante los días 26 y 27 de abril en la segunda línea defensiva y en la de retaguardia, ambas previamente dispuestas; pero su tenacidad resultó inútil, pues, en el curso de la tarde del día 27, ambas líneas fueron hundidas por el enemigo en la orilla izquierda del Oder y los soviéticos no sólo desbarataron el grueso de las fuerzas sino también a las reservas enviadas como socorro. Los derrotados restos de la 3.ª *Panzerarmee* se retiraron precipitadamente, mientras las tropas del segundo frente de Rusia Blanca les seguían de cerca.

Las operaciones del citado segundo frente de Rusia Blanca, durante esta fase de la persecución, pueden describirse sumariamente como una serie de encuentros con unidades aisladas y reservas de cobertura, con ayuda de las cuales el Mando alemán pretendía detener el avance soviético en el intento de retirar el grueso de las fuerzas más allá del Elba. Los Ejércitos perseguidores cubrían de 19 a 29 km diarios, pese a que los alemanes obstaculizaban la marcha haciendo saltar los puentes y minando las carreteras tras ellos; la tarde del 2 de mayo, la 3.ª *Panzerarmee* ya no existía. Los alemanes que no habían muerto, fueron hechos prisioneros por los soviéticos antes de alcanzar las orillas del Báltico. En los dos días siguientes, el centro y el ala izquierda del frente llegaron al Elba, desde Wismar a Wittemberg, donde se encontraron con las unidades avanzadas del Ejército 2 británico, y el día 5 de mayo rastrillaron las islas de Wollin, de Usedom y de Rugen.

Berlín había caído y la bandera de la victoria, ondeando sobre el Reichstag, señalaba el fin del «nuevo orden» hitleriano en Europa.

La conquista de Berlín fue una de las más importantes acciones de toda la guerra. En conjunto, tomaron parte en ella, de uno y otro bando, tres millones y medio de hombres, con unas 52.000 piezas de artillería y morteros, 7500 carros de combate y cañones autopropulsados, cerca de 11.000 aviones de combate y casi 280 grandes unidades del Ejército. Pero los resultados correspondieron a la magnitud de las fuerzas empleadas. Los soviéticos aniquilaron unas 90 divisiones alemanas, capturaron 480.000 prisioneros, más de 1500 carros de combate y cañones autopropulsados, 4500 aviones y cerca de 11.000 cañones y morteros. El hecho de que los jefes soviéticos hubieran sabido preparar una ofensiva de tal magnitud en menos de dos semanas, constituyó una evidente demostración de su capacidad y del valor de sus hombres.

Mas no debe olvidarse que la victoria se obtuvo al precio de gravísimas pérdidas. Del 16 de abril al 8 de mayo, el primero y el segundo frentes de Rusia Blanca y el primer frente ucraniano perdieron cerca de 300.000 hombres, entre muertos, heridos y desaparecidos; más de 2000 carros de combate o cañones autopropulsados y unos 500 aviones.

Pero la derrota de las fuerzas alemanas en Berlín y la conquista de la ciudad, paralizaron la administración estatal y militar de Alemania y obligaron a capitular a las Fuerzas Armadas poniendo con ello fin a la guerra en Europa.

27 de abril - 1 de mayo de 1945

BERLIN: LOS CINCO ULTIMOS DIAS

Helmuth Weidling, general

Los elementos de información de que disponemos acerca de los últimos días de la batalla de Berlín son muy fragmentarios. Los diarios históricos de las unidades empeñadas en la batalla –en la medida en que pudieran llevarse en aquellos azarosos días– se han perdido. Por lo tanto, las anotaciones personales y los relatos escritos posteriormente, a base de los recuerdos, adquieren en estos momentos un cierto valor, pese a las indudables reservas que todo buen historiador debe demostrar ante un material de esta clase. Hecha, pues, esta breve aclaración presentamos en este capítulo cinco fragmentos extraídos de un informe, generalmente inaccesible, de los últimos días de Berlín: las memorias del general Helmuth Weidling, que fue comandante de la guarnición de la capital alemana, muerto en 1955 en la Unión Soviética, donde se hallaba internado.

27 de abril: a las cinco de la tarde, después de un violento bombardeo, apoyado por una acción aérea en fuerza, los soviéticos atacaron a ambos lados de la Hohenzollerndamm. El mando de la zona de defensa se vio sometido a un intenso fuego. Había llegado el momento de rendir cuentas.

La Potsdamerplatz y la Leipzigerstrasse quedaron bajo el fuego potente de la artillería. El aire estaba tan saturado de polvo que formaba una espesa cortina de niebla a nuestro alrededor. A causa de ello, el automóvil en el que me dirigía a visitar al general Bärenfänger avanzaba muy lentamente. Por todas partes estallaban las granadas y sus explosiones arrojaban sobre nosotros una lluvia de esquirlas. Dejamos el coche junto al castillo y recorrimos a pie el último trecho del camino, hasta alcanzar la Alexanderplatz. Las calles estaban llenas de cráteres abiertos por las bombas y por todas partes había montones de escombros; calles y plazas aparecían completamente desiertas. Tuvimos que cruzar la Alexanderplatz en breves carreras, de portal a portal, hasta alcanzar la estación del metro, para guarecernos allí del intenso fuego que lanzaban contra nosotros los morteros rusos. Casi toda la población se había refugiado en aquella amplia estación subterránea de dos pisos. Una multitud de personas aterrorizadas permanecía de pie, todos apretujados unos contra otros. Era un espectáculo escalofriante...

En el curso de aquella jornada perdimos el aeródromo de Tempelhof y luego el de Gatow, lo que puso fin, irremediablemente, a la esperanza de recibir abastecimientos por vía aérea, puesto que, en la pista de emergencia, apresuradamente preparada en el Zoo, sólo podían aterrizar aparatos pequeños. Y a partir del 28, ya no fue posible tampoco utilizar esta pista a causa de los profundos cráteres abiertos en ella por las bombas.

Por la tarde, en mi informe acerca de la situación, hablé de los sufrimientos a que se encontraba sometida la población civil y de los heridos, así como de todas las cosas que había visto con mis propios ojos en el transcurso de toda la jornada...

28 de abril: al final de mi informe diario, subrayé que nuestras tropas ya no podrían resistir más de dos días, por cuanto al término de los mismos se encontrarían sin municiones. Por lo tanto, en mi condición de soldado, insinué la oportunidad de intentar una acción de ruptura a fin de salir de la bolsa de Berlín. Hice hincapié, sobre todo, en el hecho de que sin duda la salida de las tropas pondría fin a los indecibles sufrimientos de la población civil. Luego expuse al *Führer* nuestro plan para la operación, explicándole todos los detalles sobre el mapa que había preparado con este propósito.

Durante unos momentos el *Führer* permaneció absorto en sus pensamientos. Él sabía muy bien que la situación era desesperada, y expresó claramente esta idea con consideraciones detalladas que pueden resumirse de la forma siguiente. Aunque la operación tuviera éxito, el único resultado que conseguiríamos sería salir de una bolsa para caer en otra. En este caso, él, Hitler, se vería obligado a vivir al descubierto, en espera de que llegase el fin, o bien tendría que refugiarse en una granja o en cualquier sitio análogo. Por lo tanto, a su juicio, creía que lo mejor era permanecer en la Cancillería.

Fue así como Hitler descartó la idea de intentar una salida. Y, una vez más, Goebbels se apresuró a inclinarse ante la voluntad del *Führer*. Y una vez más, también, yo tuve la impresión de que pretender convencer a aquellos dos individuos era perder el tiempo.

29 de abril: si el *Führer* se obstinaba en su idea de defender Berlín hasta el último hombre y si seguía insistiendo en sacrificar, por mantener una idea descabellada, a todos aquellos que todavía estaban vivos y defendían la ciudad, la catástrofe sería inevitable. Así, pues, nos esforzamos por encontrar una manera de escapar a tan absurdo destino.

Seguramente el *Führer* debía darse cuenta de que ni siquiera el soldado más valiente puede seguir combatiendo sin municiones. La lucha carecía ya de objetivo y desde luego no tenía ningún significado. El soldado alemán no veía salida a aquella desesperada situación. Con el corazón lleno de tristeza me dispuse a asistir a la inevitable reunión dedicada al informe diario sobre la situación.

Volví a mencionar la posibilidad de intentar una salida de la bolsa, haciendo hincapié en los términos generales de la situación. El *Führer*, con el ademán del hombre que ya está totalmente resignado a su destino, me respondió refiriéndose al mapa que tenía ante sus ojos. La dislocación de nuestras tropas podía deducirse aún de modo sumario por los informes transmitidos por las radios extranjeras, puesto que nuestros mandos ya no proporcionaban datos de importancia. Y desde el momento en que sus órdenes ya no se obedecían, era absurdo esperar que todavía sucediera algo favorable; por ejemplo, una ayuda de la 7.ª *Panzerdivision*, que, según se le había ordenado, debería estar en camino hacia Berlín procedente de la zona de Nauen.

Con un visible esfuerzo, aquel hombre, que ya no era más que la sombra de lo que había sido, se levantó de su silla para indicarme que la entrevista había terminado. Solicité que tomara una decisión acerca de cuál debía ser nuestra actitud cuando se agotasen las municiones, lo que, indudablemente, ocurriría, en el mejor de los casos, al día siguiente por la noche. Tras una breve conversación con el general Krebs, el *Führer* replicó que, llegado ese momento, lo único que se podía hacer era abandonar Berlín en pequeños grupos, puesto que seguía rechazando la idea de que Berlín se rindiera...

30 de abril: tardamos más de una hora en llegar a la Cancillería a través de los túneles medio destruidos y de los grandes montones de ruinas y de escombros.

Una vez allí, fui conducido inmediatamente a la cámara del *Führer*, donde se encontraban el *Reichsminister* Goebbels, el *Reichleister* Bormann y el general Krebs. Este último me dio las siguientes noticias:

- aquel mismo día, 30 de abril, alrededor de las 15.15 horas el *Führer* se había suicidado;
- su cuerpo había sido incinerado en una fosa excavada en el jardín de la Cancillería;
- era preciso guardar el más absoluto silencio acerca del suicidio de Hitler; en espera de los próximos acontecimientos, se me hacía directamente responsable del mantenimiento de dicho secreto;
- solamente el mariscal Stalin había sido informado, por radio, del suicidio del *Führer*;
- el comandante del sector, teniente coronel Seifert, había recibido la orden de ponerse en contacto con los jefes soviéticos locales para solicitar un salvoconducto con el cual el general Krebs pudiera llegar hasta el Alto Mando soviético;
- el general Krebs era el encargado de informar al Mando soviético de los siguientes puntos: suicidio del *Führer*, contenido de su testamento, petición de armisticio y deseo de nuestro Gobierno de entablar negociaciones con la Unión Soviética para la capitulación de Alemania.

Quedé profundamente conmovido. Así, pues, había llegado el fin...

El general Krebs pudo abandonar nuestras líneas entre las dos y las tres de la tarde del día 1 de mayo. Pocas horas después se produjo un deplorable incidente, un incidente que tuvo consecuencias bastante desagradables. Cuando el coronel Dufving regresaba con el cable telefónico que debía establecer contacto directo con la Cancillería, el soldado soviético que le escoltaba y que andaba a su lado fue gravemente herido por un disparo aislado. Ya no había tropas organizadas que defendieran Berlín, tan sólo algunas bandas armadas...

1 de mayo: por la tarde la situación se agravó. Los defensores de Berlín estaban amontonados en una zona extremadamente reducida... No existía la menor esperanza de poder romper el cerco... Cualquier intento en este sentido habría significado nuevas y sensibles pérdidas de vidas, y, por lo demás, totalmente inútiles, pues ya no podían significar ninguna ventaja ni reportar mejora alguna de la situación. Yo, personalmente, no tenía la menor duda acerca de cual debía ser nuestra decisión. Sin embargo, independientemente de mi opinión particular, no tenía el menor deseo de tomar por mí mismo una iniciativa de semejante envergadura, y por ello solicité de mis más íntimos colaboradores que expresara cada uno, con toda franqueza, su opinión. Y todos estuvieron de acuerdo conmigo: sólo había una solución, rendirse...

Logramos establecer contacto por medio de la radio y casi en seguida con los jefes soviéticos del sector. A medianoche, el coronel von Dufving cruzó una vez más nuestras líneas para parlamentar con los soviéticos.

Aquella noche trabajamos incansablemente para conseguir informar de nuestras intenciones al mayor número posible de unidades; pero las líneas de enlace estaban tan deterioradas, que nuestros esfuerzos resultaron casi inútiles.

A las 5 de la mañana crucé una especie de puente colgante, tendido sobre el Landwehr Kanal, que se apoyaba sobre algunos pontones todavía intactos del viejo puente destruido. Desde el Mando de División soviético alcanzamos el Mando de Ejército; y en este lugar me dirigí, por última vez, a los pocos soldados alemanes que aún seguían combatiendo en algunos distritos de Berlín, ordenándoles que depusieran las armas. La orden fue comunicada personalmente por algunos de los oficiales de mi Estado Mayor, acompañados por intérpretes rusos.

Cuando llegamos al Mando de Ejército se presentó también una delegación del Ministerio de Propaganda alemán. El subsecretario permanente del citado Ministerio, doctor Fritzsche, lanzó asimismo un llamamiento a todos los soldados alemanes, diciéndoles que debían suspender inmediatamente toda acción en beneficio de la población civil de Berlín.

El jefe soviético hizo cuanto pudo para ayudarnos a poner fin, del modo más rápido posible, a aquella lucha demencial e inútil.

HELMUTH WEIDLING, GENERAL

Jefe del LVI *Panzerkorps* y último comandante de la zona defensiva de Berlín. Durante su cautiverio en la Unión Soviética, como prisionero de guerra, escribió un relato de la batalla de Berlín, que se publicó en la Revista de Historia Militar soviética bajo el título *Lucha a muerte de la camarilla fascista en Berlín (de las Memorias del General Weidling)*. El relato completo, que no está fechado, se inicia con la jornada del 23 de abril y termina con la capitulación de la ciudad. El general Weidling murió en Rusia en 1955.


Berlín, abril-mayo de 1945
LA MUERTE DE HITLER
Alan Bullock

En abril de 1945, la atmósfera en el Führerbunker *se había hecho tan tensa que casi rozaba el histerismo. La presencia del Ejército ruso en la ciudad, los bombardeos, la falta de todo elemento de información... todo contribuía a hacer que Hitler se mostrase más inestable que nunca. Su estado de ánimo oscilaba entre irrazonables momentos de esperanza y otros, más sensatos, de verdadera desesperación. Con las tropas soviéticas a menos de un kilómetro de distancia del* bunker, *él continuaba imponiendo la rutina diaria de las reuniones, en un intento forzado para mantener viva, el mayor tiempo posible, la apariencia del poder. Después de la "traición" de Goering, Hitler consideraba, cada vez más a menudo, la idea del suicidio: vacilante en todo, sólo se mantuvo firme en la decisión de permanecer en Berlín, y al final, quitarse la vida.*

A mediados de abril de 1945 el imperio nazi, que en otros tiempos se extendía desde el Cáucaso al Atlántico, había quedado reducido a un corredor de poco más de 150 km de anchura en el corazón de Alemania. Hitler había llegado al final de su camino.

La esperanza que la muerte de Roosevelt despertara en Hitler acababa de desvanecerse cuando inesperadamente, Eva Braun llegó a Berlín y, desafiando las órdenes del *Führer*, comunicó su determinación de permanecer a su lado hasta el fin. Hacia tiempo que Goebbels solicitaba de Hitler que permaneciera en la capital, para que en ella tuviera un final digno de un admirador del Götterdammerung *(Crepúsculo de los dioses)* de Wagner. Goebbels no tomaba en consideración la idea de que, abandonando la capital, Hitler hubiera podido evitar a los dos millones de personas que en ella residían los horrores de una batalla combatida en las calles de la ciudad. «Si llega a izarse una sola bandera blanca en Berlín –declaró– no vacilaré en hacer saltar por los aires todas las casas de la calle donde aparezca así como a todos sus habitantes. Hitler me ha autorizado a hacerlo.»

No obstante, Hitler aún no había tomado una decisión definitiva. Estaban en curso los preparativos para el traslado del Gobierno al *Alpenfestung*, donde se suponía que el *Führer* opondría la última resistencia. Algunos Ministerios y puestos de Mando ya habían sido trasladados a aquella zona, y ahora llegaba el momento en que Hitler debía abandonar la ciudad, pues el pasillo abierto entre los Ejércitos soviéticos y americanos se estrechaba cada vez más.

El plan original preveía su salida hacia el Sur para el 20 de abril, fecha de su cumpleaños; pero aquel día, en la reunión cotidiana y después de las felicitaciones de rigor, el *Führer* vacilaba todavía. Estaban reunidos, por última vez, todos los jerarcas nazis –Goering, Himmler, Goebbels, Ribbentrop, Bormann y Speer– y los jefes de los tres Servicios. Todos se expresaron a favor de su salida de Berlín. Pero Hitler se limitó a disponer la constitución de dos Mandos, uno septentrional y otro meridional, en el caso de que Alemania quedase dividida en dos por las fuerzas aliadas. A continuación decidió confiar la responsabilidad del sector septentrional al almirante Doenitz; en cuanto al Mando meridional, aun confiándolo oficialmente a Kesselring, dejaba abierta la posibilidad de trasladarse al sur del país y asumir, personalmente, la dirección de las operaciones.

El día 21 de abril Hitler ordenó un ataque general contra las tropas soviéticas que asediaban Berlín. Todo hombre disponible debía lanzarse al campo de batalla y todo comandante que no obedeciese al pie de la letra sus instrucciones sería fusilado. Hitler confió la dirección del ataque a un general de las SS, el *Obergruppenführer* Steiner, depositando en esta acción sus últimas y fantásticas esperanzas. Y fue precisamente el derrumbamiento de estas esperanzas lo que, al fin, le indujo a tomar la decisión irrevocable de quedarse en la capital.

En efecto, el ataque de Steiner ni siquiera llegó a realizarse. El repliegue de las tropas –necesario para permitir la constitución de aquella fuerza de ataque– permitió a los soviéticos penetrar en las defensas exteriores de la ciudad en el sector septentrional, y el plan de Hitler naufragó. Durante toda la mañana del 22 de abril no fue posible recibir en el *Führerbunker* ninguna noticia sobre lo que estaba sucediendo. A las 3 de la tarde, cuando estaba a punto de iniciarse la acostumbrada reunión, todavía no se sabía nada de Steiner; Hitler estaba al borde de una de sus más violentas crisis de cólera.

Hitler decide quedarse

La tormenta estalló en el curso de la reunión, que duró tres largas horas y dejó a todos los que participaron en ella agotados y nerviosos. Furioso contra todo y contra todos, Hitler maldijo a los presentes, acusándoles de cobardía, falta de lealtad e incompetencia. Declaró que se había llegado al final. Ya no le quedaba otra alternativa que morir. Esperaría el final en Berlín; los que quisieran podían trasladarse al Sur, pero él no abandonaría la capital. Hitler se mostró inflexible en su decisión y ni las llamadas telefónicas de Himmler y de Doenitz, ni las súplicas de sus más íntimos colaboradores consiguieron hacerle variar de opinión. De acuerdo con la decisión tomada, dictó una nota que debía ser transmitida por radio y en la que se comunicaba que el *Führer* se encontraba en Berlín y que no tenía intención de abandonar la capital.

La decisión de Hitler tenía mucha más importancia de lo que a primera vista pudiera parecer. En efecto, desde 1941, en calidad de jefe en activo de la *Wehrmacht*, Hitler había dirigido personalmente la marcha de la guerra. Pero ahora que tenía que admitir la realidad de la derrota, el hombre que siempre había insistido en la necesidad de prolongar el conflicto rechazando los consejos de sus propios generales, se negaba a asumir toda ulterior responsabilidad. Las grandilocuentes palabras con que Hitler trató de explicar su deseo de morir en Berlín, no ocultaban el hecho de que con su arrogante decisión estaba faltando a sus deberes para con las tropas que todavía seguían combatiendo bajo su mando, cometiendo así una acción en franco desacuerdo con las más elementales tradiciones militares.

Más adelante, Jodl relató al general Koller, jefe de Estado Mayor de la *Luftwaffe*, sus inútiles esfuerzos para disuadir a Hitler de su decisión: *«Hitler nos comunicó que había decidido permanecer en Berlín, dirigir personalmente la defensa y, si llegaba el momento de la derrota, quitarse la vida. Por razones físicas, no estaba en condiciones de tomar parte personalmente en la lucha, ni deseaba hacerlo, ya que no podía correr el riesgo de caer en manos del enemigo. Todos intentamos disuadirle de esta decisión, e incluso discutimos la posibilidad de sustraer fuerzas al frente occidental para enviarlas a combatir al Este. Respondió que las cosas iban mal en todas partes y que ya no podía hacerse nada: la decisión a este respecto –añadió– quedaba en manos del Reichsmariscal (Goering). Cuando alguien le insinuó que ningún soldado querría combatir por el Reichsmariscal, Hitler replicó: ¿Que entendéis por combatir? Ya no queda nada por lo que combatir, y si hemos de llegar inexorablemente a las negociaciones, el Reichsmariscal sabrá componérselas mucho mejor que yo mismo.» Los últimos acontecimientos le habían impresionado profundamente y sólo hablaba de traición, de incapacidad y de corrupción, tanto entre los jefes como entre los soldados. Ahora, incluso las SS le mentían».*

La tarde del 22 de abril, cuando Jodl y Keitel estaban a punto de marcharse, Hitler, que había recobrado el dominio de sus nervios, habló con más calma a Keitel de la posibilidad de que el Ejército 12, que en aquellos momentos combatía en el Elba al mando del general Wenck, acudiese en ayuda de Berlín. Pero su decisión de permanecer en la capital seguía siendo irrevocable y, en consecuencia, auxiliado por uno de sus ayudantes, empezó a quemar los documentos, invitando a Goebbels, el instigador de «un final destinado a dejar una profunda huella en la historia del mundo», a reunirse con él en el *Führerbunker*.

El decorado en el que Hitler iba a representar su última escena se adapta de modo perfecto al final de una historia tan extraordinaria como la suya. El refugio antiaéreo de la Cancillería se encontraba a unos 15 metros bajo tierra, subdividido en dos plantas recubierto por una sólida bóveda de cemento armado. La planta inferior constituía el *Führerbunker* propiamente dicho; estaba dividido en 18 habitaciones pequeñas, a ambos lados de un corredor central. La mitad de este corredor estaba cerrado por un tabique, y se utilizaba para las reuniones diarias. Un departamento, con seis habitaciones, estaba reservado para Hitler y Eva Braun. Eva disponía de una alcoba, que también hacía las veces de sala de estar, un baño y un vestidor; Hitler, de una alcoba y un estudio donde el único elemento decorativo era un retrato de Federico el Grande. Una habitación llena de mapas militares, que se utilizaba para las reuniones privadas, una centralita telefónica, una pequeña central eléctrica y las habitaciones de los centinelas ocupaban casi todo el espacio restante; sólo quedaban disponibles dos habitaciones para Goebbels y dos para Stumpfegger, sucesor de Brand como médico personal de Hitler. La señora Goebbels que había insistido en permanecer con sus cinco hijos al lado de su esposo, ocupaba cuatro habitaciones en el piso superior, donde también se hallaban las cocinas, las habitaciones del servicio y el comedor. En los alrededores se habían construido otros refugios; uno de ellos albergaba a Bormann, a sus colaboradores y a varios oficiales; en el otro residía Mohnke, el oficial jefe de las SS de la Cancillería, también con sus colaboradores.

Fatiga y tensión nerviosa

La atmósfera en el *bunker* era opresiva, pero hasta parecía suave comparada con la tensión psicológica. Las constantes incursiones aéreas, la certeza de que los soviéticos estaban ya en la ciudad, el cansancio, el miedo y la desesperación provocaban un estado de ánimo próximo al histerismo.

Hacia ya algún tiempo que Hitler se había retirado a vivir en el *bunker*. Se dice que, en el último mes de su vida, apenas lograba conciliar el sueño entre las 8 y las 11 de la mañana y ni siquiera todos los días. En cuanto empezaban las incursiones aéreas, a media mañana, Hitler se levantaba y se vestía: la idea de ser sorprendido en el lecho, sin su uniforme, le aterrorizaba. La ma-

yor parte del tiempo lo absorbían las reuniones. La cena se servía entre las 21 y las 22, y a Hitler le gustaba prolongarla el mayor tiempo posible para no encontrarse solo durante una eventual incursión aérea nocturna. Algunas veces recibía a las secretarias a las 6 de la mañana, después de una reunión que había durado toda la noche. En estos casos, tenía que hacer un verdadero esfuerzo para ponerse en pie y saludarlas; luego, inmediatamente, se dejaba caer de nuevo en el sillón. Su comida preferida era la de primeras horas de la mañana, en la que devoraba, con verdadera glotonería, chocolates y pasteles, mientras jugaba con su perrita *Blondi* y sus cachorrillos. Hitler se ocupaba personalmente de uno de estos cachorrillos, nacidos en marzo, al que había bautizado con su antiguo apodo,«Wolf». Le gustaba mucho tenerlo sobre sus rodillas, acariciarlo y repetir su nombre durante todo el tiempo que duraba el almuerzo y antes de retirarse a descansar un poco.

Entre el 20 y el 24 de abril, varios personajes del séquito de Hitler –incluidos Goering, Schaub y Morell– partieron para el Sur. Y en la última semana de su vida Hitler compartió su incómoda morada con Eva Braun, la familia Goebbels, su médico personal Stumpfegger, el camarero Heinz Linge, el ayudante de campo de las SS Gunsche, las dos últimas secretarias *Frau* Christian y *Frau* Junge, la cocinera vegetariana *Fraulein* Manzialy y el ayudante de campo de Goebbels.

El lunes, 23 de abril, habiendo tomado al fin su decisión, Hitler se encontraba en un estado de ánimo mucho más tranquilo. Keitel, que habló con él por la tarde, afirma que el *Führer* parecía incluso satisfecho de la situación. Este nuevo estado de ánimo se hizo patente en la forma en que acogió a Speer, a pesar de que éste, que acababa de regresar de Hamburgo, le confesó que no había obedecido las órdenes que recibiera. Es indudable que Hitler sentía un sincero afecto por Speer, pero incluso así parece sorprendente que se sintiera más conmovido que irritado por la franca declaración de su colaborador. Speer también se sintió impresionado por el cambio del *Führer*, por la serenidad que parecía haber alcanzado después de meses y meses de desesperantes esfuerzos por mantener viva en sí mismo, a pesar de la brutal elocuencia de los hechos, la convicción de que la guerra todavía podía ganarse. Ahora que al fin había renunciado a obligarse a sí mismo y a cuantos le rodeaban a fingir que todo marchaba bien, Hitler estaba dispuesto a aceptar la muerte con filosófica resignación, como si se tratara de una liberación de todas las dificultades que le agobiaban. Le repitió a Speer lo que ya había comunicado el día anterior a Jodl y a Keitel: que tenía intención de quitarse la vida en el *bunker* y que dejaría las disposiciones oportunas para que su cadáver fuera incinerado a fin de que no cayera en manos del enemigo. Pronunció estas palabras con gran serenidad y firmeza, dando a entender que el asunto podía darse por zanjado.

Mas, aunque es cierto que Hitler no se volvió atrás de su decisión, también lo es que su humor era más variable que nunca: alternaba la resignación con la cólera y ésta, a su vez, daba paso, casi inmediatamente, a breves retornos a la esperanza. Un ejemplo patente de este estado de ánimo es el episodio relacionado con la destitución de Goering, episodio del que Speer fue testigo antes de abandonar para siempre el *bunker* al amanecer del 24 de abril.

Último mensaje de Goering a Hitler

Al salir hacia el Sur, Goering dejó en Berlín, como representante, al general Koller, jefe del Estado Mayor de la *Luftwaffe*. Koller se presentó en la Obersalzberg el 23 de abril para informar acerca de las decisiones tomadas durante la histórica reunión celebrada el día anterior, en el *bunker*.

Considerando que Hitler había renunciado a la dirección de la guerra e interpretando al pie de la letra las palabras: «si hemos de llegar, inexorablemente, a las negociaciones el *Reichsmariscal* sabrá componérselas mejor que yo mismo», Goering dedujo que había pasado a ser el sucesor del *Führer*, además de que ya había sido nombrado para ese cargo por un decreto de junio de 1941. Por lo tanto, radiotelegrafió inmediatamente a Hitler para recibir una confirmación. El mensaje, enviado la noche del 23 de abril, decía así:

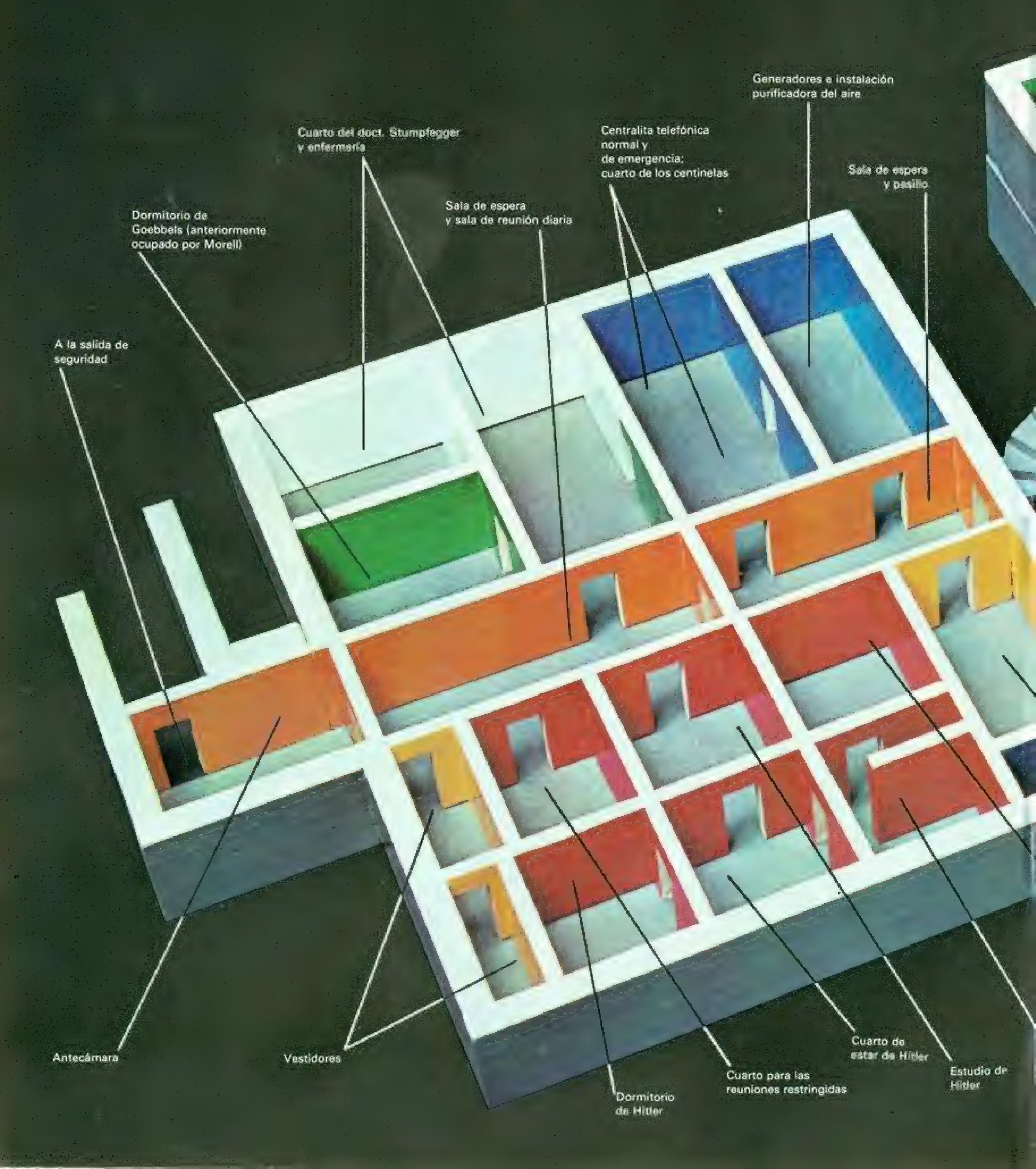
«*Mein* Führer:

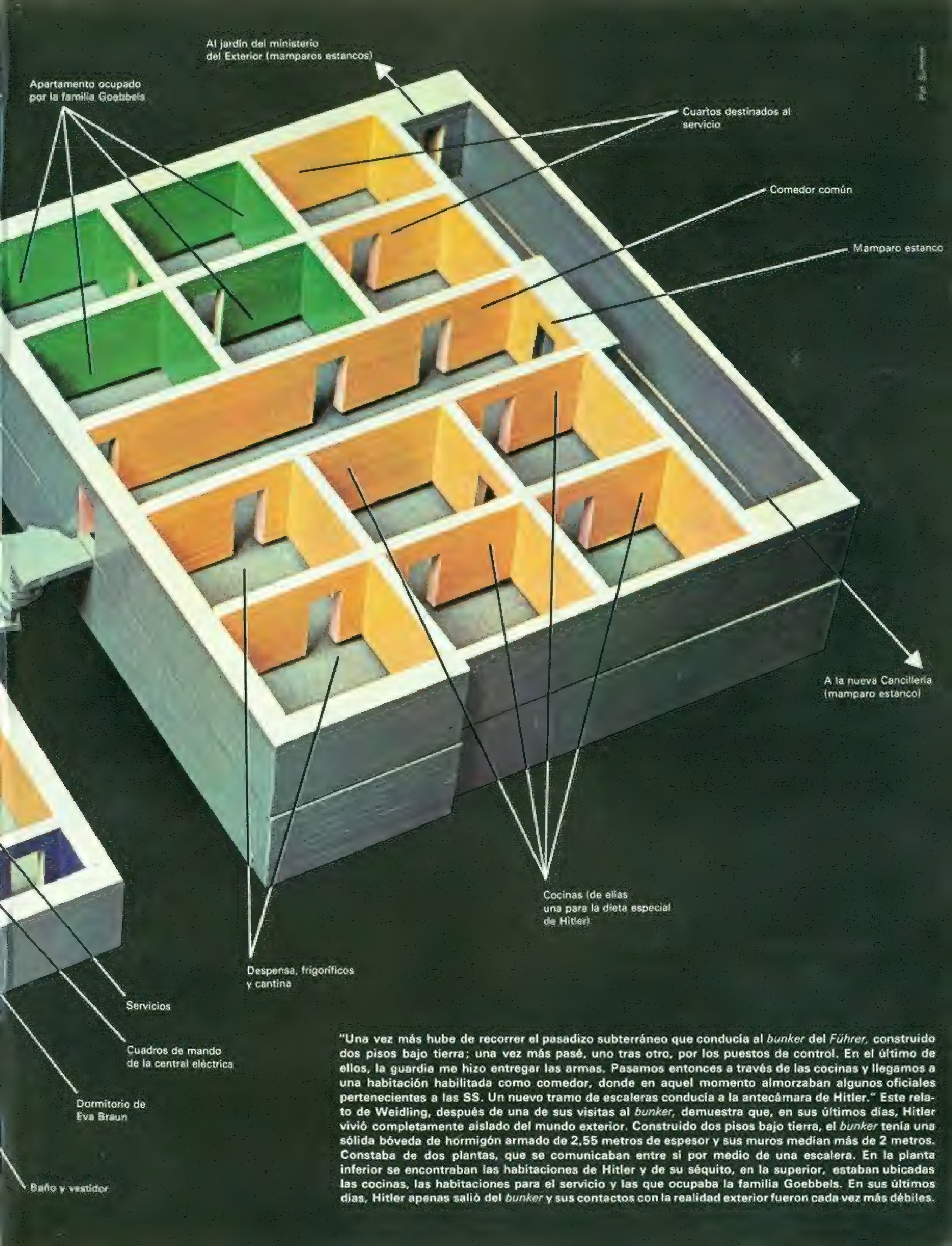
Considerando su decisión de mantenerse en su puesto en la fortaleza de Berlín ¿está de acuerdo en que yo tome por completo e inmediatamente a mi cargo la dirección del Reich, con plena libertad de acción para los asuntos interiores como para los exteriores y como delegado suyo de acuerdo con los términos del decreto del 29 de junio de 1941? Si no recibo ninguna respuesta antes de las 10 de esta noche, llegaré a la conclusión de que ha perdido Ud. su libertad de acción y que por

Abril de 1945. Frente a la Cancillería, Adolf Hitler condecora a los más jóvenes defensores de Berlín. El ataque general para defender la capital alemana, ordenado por Hitler el 21 de abril, no llegó a efectuarse nunca, pues ese mismo día las fuerzas soviéticas hundieron las defensas exteriores de la ciudad (Ullstein)



EL REFUGIO DE HITLER





"Una vez más hube de recorrer el pasadizo subterráneo que conducía al *bunker* del *Führer,* construido dos pisos bajo tierra; una vez más pasé, uno tras otro, por los puestos de control. En el último de ellos, la guardia me hizo entregar las armas. Pasamos entonces a través de las cocinas y llegamos a una habitación habilitada como comedor, donde en aquel momento almorzaban algunos oficiales pertenecientes a las SS. Un nuevo tramo de escaleras conducía a la antecámara de Hitler." Este relato de Weidling, después de una de sus visitas al *bunker,* demuestra que, en sus últimos días, Hitler vivió completamente aislado del mundo exterior. Construido dos pisos bajo tierra, el *bunker* tenía una sólida bóveda de hormigón armado de 2,55 metros de espesor y sus muros medían más de 2 metros. Constaba de dos plantas, que se comunicaban entre sí por medio de una escalera. En la planta inferior se encontraban las habitaciones de Hitler y de su séquito, en la superior, estaban ubicadas las cocinas, las habitaciones para el servicio y las que ocupaba la familia Goebbels. En sus últimos días, Hitler apenas salió del *bunker* y sus contactos con la realidad exterior fueron cada vez más débiles.

lo tanto entran en vigor las disposiciones tomadas en aquella fecha, por lo que actuaré del modo más conforme con los intereses de nuestro país y de nuestro pueblo. Usted conoce bien mis sentimientos hacia su persona en esta hora que es la más crítica de mi vida. No encuentro palabras con que expresarme. Que Dios le proteja y le permita reunirse con nosotros cuanto antes.

Su fiel
Hermann Goering».

Cuando el mensaje llegó al *bunker*, Bormann, enemigo declarado de Goering, lo «comentó» a su estilo, insinuando que se trataba de un ultimatún. Speer, que aún estaba presente, dijo que Hitler se irritó muchísimo, acusando a Goering de depravado, incapaz y drogado, pero que luego añadió: «De todos modos, puede negociar la rendición. Lo mismo da que lo haga él que otro cualquiera.»

Esta última frase es reveladora. Pero Hitler, irritado por la presunción que demostraba Goering (no es fácil abandonar la costumbre de la tiranía) aceptó la sugerencia de Bormann de que aquél debía ser arrestado por alta traición, e inmediatamente autorizó que se le exonerara de todos sus cargos, incluido el de sucesor suyo. No obstante después añadió: «No tiene importancia». Speer declararía más adelante en Nuremberg, que el tono indiferente con que Hitler pronunció estas palabras revelaba todo su desprecio por la suerte del pueblo alemán.

Ahora bien, pretender interpretar al pie de la letra todo lo que Hitler dijera o hiciera en aquellos últimos días, significaría no tener en cuenta las circunstancias excepcionales de aquella situación ni el propio estado mental del *Führer*. Cuantos le vieron entonces consideran que más que nunca se hallaba al borde de la locura. Hitler se expresaba bajo el impulso del momento y los estados de ánimo de relativa lucidez –como el del día 23, cuando se entrevistó con Speer–, alternaban con momentos en que se entregaba a violentas acusaciones, absurdas esperanzas y divagaciones incoherentes.

Cada día le era más difícil darse cuenta de la realidad, así como de comprender que aquello era, realmente, el fin. Las reuniones siguieron celebrándose hasta la mañana misma del día en que se suicidó y, la noche del 29 de abril todavía se obstinaba en pedir noticias del Ejército 12, al que había ordenado acudir en ayuda de Berlín. El 24 llamó urgentemente al capitán general Ritter von Greim, comandante de la 6.ª Fuerza Aérea, ordenándole que se trasladara en avión a Berlín desde Munich. Von Greim, que estaba gravemente herido en un pie, realizó el peligroso viaje con ayuda de una joven piloto, Hanna Reitsch, y para llegar a su destino tuvieron que volar casi a ras de los árboles, afrontando el intenso fuego de la artillería antiaérea y los constantes ataques de los cazas enemigos, que infligieron notables pérdidas a los aviones de escolta. A su llegada, von Greim descubrió que Hitler le había obligado a personarse en el *bunker* tan sólo para comunicarle su decisión de ascenderle a comandante en jefe de la *Luftwaffe*, en sustitución de Goering, nombramiento que hubiera podido comunicarle por medio de un simple mensaje. El único resultado de la acción de Hitler fue tener bloqueado en el *bunker*, durante tres largos días, al nuevo comandante, que quedó cojo para siempre a causa de su herida en el pie.

Hanna Reitsch relata así la escena de su llegada a Berlín:

«El Führer *tenía la cabeza inclinada y su rostro estaba mortalmente pálido. Le temblaban las manos con un temblor incontenible, tanto que, cuando le dio a leer el mensaje de Goering a von Greim éste temblaba también visiblemente.*

»Mientras Greim leía, el rostro del Führer *estaba terriblemente serio. Luego, cada uno de sus músculos empezó a vibrar, mientras la respiración se tornaba jadeante: sólo con un gran esfuerzo logró dominarse para gritar: «Un ultimátum:.. ¡Un vulgar ultimátum! No sé me ha ahorrado nada. Toda lealtad ha muerto, todo honor ha sido pisoteado; no hay desengaño que no haya sufrido, traición que no haya experimentado... y, ahora ¡también esto!. No me queda, pues, nada. Ningún agravio se me ha evitado...»*



Hitler y Eva Braun fotografiados después de la ceremonia de su matrimonio, celebrado entre la una y las tres de la madrugada del 29 de abril de 1945. Poco después, Hitler dictaba su última voluntad y su testamento político. (Keystone)

El profundo resentimiento de Hitler hallaba su expresión en las constantes acusaciones de alta traición que lanzaba a todos los vientos y de las que se hacían eco Goebbels y los otros oficiales. También Eva Braun, según Hanna Reitsch, «estaba siempre dispuesta a blasfemar contra los ingratos que habían abandonado a su *Führer* y que debían ser aniquilados. Parecía que los únicos alemanes «buenos» fueran los que estaban encerrados con él en el *bunker* y que los demás eran traidores, puesto que no estaban dispuestos a morir con él». Eva afrontaba su propio destino con una gran serenidad. No tenía ningún deseo de sobrevivir a Hitler y empleaba la mayor parte de su tiempo en arreglarse y acicalarse para conservar la moral. Su eterno lamento era: «¡Pobre, pobre, Adolf, abandonado de todos, traicionado por todos! Es preferible que mueran otros diez mil antes que Alemania le pierda a él.»

La noche del 26 de abril, la artillería soviética abrió fuego contra la Cancillería y el *bunker* empezó a temblar mientras los muros del edificio se agrietaban y se desplomaban. La resistencia ya no podría prolongarse por mucho tiempo. Los rusos estaban a poco menos de un kilómetro y el Ejército alemán estaba reducido a unas pocas compañías, exhaustas, que seguían luchando, animadas únicamente por la fuerza de la desesperación.

Himmler: la última traición

El momento más dramático se produjo la noche del 28 al 29 de abril. Entre las 9 y las 10 de la noche, cuando estaba hablando con Ritter, Hitler recibió un mensaje que le indujo, por fin, a truncar bruscamente una carrera iniciada veintisiete años antes, también al término de otra guerra perdida. El mensaje, que le fue entregado por Heinz Lorenz, funcionario del Ministerio de Propaganda, consistía en un breve informe de la *Reuter* según el cual Himmler había estado en contacto con el conde sueco Bernadotte para concertar los términos de una paz negociada.

Desde 1945, Walter Schellenberg, el más joven de los generales de la SS, instigaba a Himmler para que entablase negociaciones con las potencias occidentales, y cuando en febrero, el conde Bernadotte fue a Berlín para negociar, por mediación de la Cruz Roja sueca, la liberación de algunos prisioneros noruegos y suecos, Schellenberg se las ingenió para que ambos se encontrasen, en la confianza de que, de dicho encuentro, pudiera surgir la ocasión propicia y tanto tiempo esperada. Mas, en aquellos momentos, el *Reichsführer* de las SS, todavía condicionado por su sentido de lealtad hacia Hitler, no se mostró dispuesto a comprometerse. Tampoco en abril, cuando Bernadotte estuvo por segunda vez en Berlín, se decidió Himmler a hablar con franqueza. Pero la dramática escena del 22 de abril, y las declaraciones de Hitler de que la guerra estaba perdida y de que él buscaría la muerte entre las ruinas de Berlín, provocaron en Himmler una reacción análoga a la que el mismo episodio provocara en el ánimo de Goering. Los dos hombres llegaron a la conclusión de que la lealtad al *Führer* ya no era incompatible con sus iniciativas para poner fin a la guerra. Pero mientras Goering telegrafió a Hitler para recibir confirmación, Himmler, más sabiamente, obró en secreto y por cuenta propia.

La noche del 23 al 24 de abril, Himmler acompañó a Schellenberg a Lübeck para encontrarse con el conde Bernadotte en el consulado sueco. Esta vez Himmler estaba dispuesto a poner las cartas sobre la mesa. «Es muy probable que Hitler esté muerto –le dijo a Bernadotte– y si no es así, probablemente lo estará dentro de breves días».

«En la situación en que nos encontramos –continuó Himmler– me considero con las manos libres. Admito que Alemania está derrotada. A fin de poder salvar de la invasión soviética la mayor parte posible de territorio alemán estoy dispuesto a rendirme en el frente occidental para permitir que los Aliados avancen rápidamente hacia el Este. Pero no estoy, en modo alguno, dispuesto a rendirme en el frente oriental.»

A condición de que fueran incluidas en la rendición Noruega y Dinamarca, Bernadotte aceptó tramitar, a través del Ministerio de Asuntos Exteriores sueco, una proposición de acuerdo con el esquema expuesto por Himmler, mas no sin ad-

vertir que, a su juicio, no había ninguna posibilidad de que Gran Bretaña y Estados Unidos estuvieran dispuestos a tomar en consideración la idea de una paz por separado.

El 27 de abril, Bernadotte regresó de Suecia con la noticia de que los Aliados occidentales se negaban a aceptar la idea de una paz por separado, y que insistían en el principio de una rendición sin condiciones. Fue un duro golpe, sobre todo para Schellenberg. Mas lo peor no había llegado todavía: el 28 se difundió la noticia, desde Londres y Nueva York, de que Himmler había tomado parte en aquellas negociaciones. Y Himmler no tardaría en descubrir, como antes le ocurriera a Goering, lo peligroso que era dejar a un lado al *Führer* antes de que estuviera muerto.

La noticia descompuso a Hitler. Por lo menos Goering le había pedido su consentimiento antes de entablar negociaciones. Himmler, por el contrario, en quien él tenía una confianza ilimitada, había actuado secretamente. La traición de Himmler fue el golpe más duro de todos, el que cristalizó en él su decisión de suicidarse. Y también esta última decisión siguió el esquema de todas las demás: primero un periodo de vacilación, luego una resolución repentina. Así sucedió la noche del 27 –si hemos de creer en la versión relatada por Hanna Reitsch–, en que se celebró una reunión durante la cual se discutieron cuidadosamente todos los detalles del plan para un suicidio en masa y cada uno de los presentes pronunció un breve discurso, jurando, solemnemente, fidelidad al *Führer* y a Alemania. A pesar de ello, Hitler siguió esperando hasta la noche del 28. Aquella fue la noche de las decisiones definitivas.

Tras haber recibido la noticia de la traición de Himmler, Hitler se retiró con Goebbels y con Bormann, los únicos en quienes todavía confiaba. El primer pensamiento de Hitler fue el de la venganza, y Bormann tuvo por lo menos la satisfacción de derrocar del poder a Himmler –después de haber derrocado a Goering– antes de que el Tercer Reich se viniera abajo.

Fegelein, el representante de Himmler junto al *Führer* fue arrestado: se descubrió que había intentado abandonar el *bunker* con la evidente intención de alejarse antes de que llegara el fin. El hecho de ser el marido de la hermana de Eva Braun, Gretl, no le sirvió de nada. Después de ser sometido a un duro interrogatorio, fue conducido al patio de la Cancillería y allí fusilado. Himmler era más difícil de localizar; pero Hitler ordenó a von Grehim y a Hanna Reitsch que intentaran salir de Berlín, en avión, confiándoles la misión de detener a toda costa a Himmler. «Un traidor no puede ocupar mi puesto de *Führer* –gritó Hitler– Debéis impedírselo».

Von Greim y Hanna Reitsch partieron entre la medianoche y la una de la madrugada del sábado 29 de abril. Entonces Hitler pudo dedicar su atención a cuestiones personales. Un ser humano, por lo menos, le había permanecido fiel y justo era recompensar dignamente su lealtad. Ahora que había decidido poner fin a su propia vida, la razón que siempre dio para rechazar la idea del matrimonio, es decir, que obstaculizaría su carrera, ya no tenía peso alguno. Así, entre la una y las tres de la madrugada del 29 de abril Hitler se casó con Eva Braun. La ceremonia, realizada según el rito civil, la celebró apresuradamente Walter Wagner, uno de los colaboradores de Goebbels, en la sala de los mapas. Goebbels y Bornan la presenciaron como testigos, firmando en el Registro después de las firmas de marido y mujer. Eva empezó a escribir su apellido de soltera, Braun; pero después borró la B. inicial y firmó: Eva Hitler, *neé* (nacida) Braun. Los esposos volvieron a su apartamento, seguidos por los pocos amigos –Bormann, Goebbels y su mujer, las dos secretarias, su ayudante de campo y la cocinera de Hitler–, con quienes bebieron champán y hablaron, con nostalgia, de los tiempos pasados.

Mientras seguía la reunión, Hitler se retiró con su secretaria, *frau* Hunge, al local contiguo. Allí, en las primeras horas del 29 de abril, dictó su última voluntad y su testamento político. Ambos documentos tienen el suficiente interés para justificar la cita de amplios párrafos de su texto.

Frente a la muerte y a la destrucción del régimen por él creado, este hombre, que había llevado al sacrificio a millones de otros hombres, no reconocía aún su propia derrota: sustancialmente era todavía el antiguo *Hitler*. En estos documentos, desde el principio al fin, no hay una sola palabra de arrepentimiento, ni una sola expresión de remordimiento. La culpa era de los demás, y, sobre todo, de los judíos: ni siquiera en aquel momento se aplacaba el antiguo odio. Palabra tras palabra, el último mensaje de Hitler a la nación alemana podría haber sido tomado casi por entero de uno cualquiera de los discursos de los años veinte o de las páginas del *Mein Kampf*. Casi veinte años de poder no le habían cambiado en absoluto, no le habían enseñado nada. Su mente se hallaba, todavía, herméticamente cerrada, como lo estuvo el día en que dictó estas palabras: «Durante los años que residí en Viena tomó forma en mi mente un modo preciso de ver la vida y el mundo. Aquellas ideas de fondo vinieron a ser la base granítica de mi conducta. Desde entonces, he ampliado muy poco aquella base y no he cambiado nada.»

La primera parte del testamento político de Adolf Hitler consiste en una defensa general de su carrera:

«Más de treinta años han pasado desde que, en 1914, intervine, como voluntario, en la primera Guerra Mundial, un conflicto que se le impuso al Reich.

«En estos tres decenios mi conducta ha sido guiada, únicamente, por el amor y la fidelidad hacia mi pueblo...

«No es verdad que yo, ni nadie en Alemania, haya querido la guerra de 1939. Esta fue deseada y promovida, exclusivamente, por aquellos estadistas internacionales que eran de origen judío o defendían los intereses judíos. Muchas veces propuse llegar al control y limitación de los armamentos y la posteridad no podrá ignorar mis esfuerzos en tal sentido. Por otra parte, nunca quise que después del desastroso fin de la primera Guerra Mundial, el segundo conflicto tuviese que oponer Alemania a Gran Bretaña o a América. Pasarán los siglos, y de las ruinas de nuestras ciudades y de nuestros monumentos nacerá y crecerá el odio contra aquellos, que, en última instancia, son los responsables de todo: el sionismo internacional y todos cuantos le ayudaron...

«Asimismo he demostrado claramente que si alguna vez ocurre de nuevo que las naciones europeas sean consideradas nada más que acciones destinadas a ser adquiridas y vendidas por los conspiradores internacionales que actúan en el mundo del dinero y de las finanzas, la responsabilidad recaerá sobre aquella raza que es la verdadera culpable de esta sangrienta lucha: los judíos...»

Hitler pasa luego a defender su decisión de permanecer en Berlín y a hablar del futuro:

«Después de seis años de guerra, que pasarán un día a la Historia como la más gloriosa y alta demostración de la firmeza de carácter de una nación, no puedo abandonar la ciudad que es capital del Reich. Decido, por lo tanto, permanecer en Berlín y aquí, por mi libre voluntad, darme la muerte en el momento en que considere no poder mantener más mi posición de Führer y de Canciller.

«Muero feliz en cuanto soy consciente de la grandeza de todo lo que nuestros soldados han hecho en los frentes. Desde lo más profundo de mi corazón expreso a todos vosotros mi agradecimiento, y es obvio mi deseo de que, precisamente por este motivo, por ninguna razón suspendáis la lucha, sino que, por el contrario, continuéis combatiendo contra los enemigos de la Madre Patria... Del sacrificio de nuestros soldados y de mi unión con ellos hasta la muerte brotará en la historia de Alemania la semilla de un radiante renacimiento del movimiento nacionalsocialista, que conducirá a la realización de una verdadera comunidad de naciones...

«...ruego a los jefes del Ejército, de la Marina de Guerra y de la Aviación, que refuercen por todos los medios el espíritu de resistencia de nuestros soldados y el sentido nacionalsocialista, recordando especialmente el hecho de que yo mismo, fundador y creador de este movimiento, he preferido la muerte a una vil abdicación o una rendición.»

En este punto, Hitler no sabe abstenerse de lanzar su escarnio contra el Cuerpo de oficiales:

«Quiera el Cielo que, en el futuro, forme parte del Código de Honor del oficial alemán el principio –ya asimilado por nuestra Marina– de que la capitulación de un distrito o de una ciudad es imposible y de que los jefes deben marchar a la cabeza de sus hombres para dar ejemplo de fidelidad al deber hasta la muerte.»

La segunda parte del testamento contiene las decisiones de Hitler sobre el problema de la sucesión. Esta parte se inicia con el anuncio de la expulsión del Partido y la destitución de todo cargo público de Goering y de Himmler. Como sucesor designaba al almirante Doenitz, confiándole los cargos de presidente del Reich, ministro de la guerra y jefe supremo de la *Wehrmacht*, procediendo después a nombrar el... gobierno de Doenitz. Goebbels y Bormann tuvieron su recompensa: el primero sería canciller, el segundo ministro del Partido. Para ministro del Exterior eligió Hitler a Seyss-Inquart, que fue una de las figuras-clave en la anexión de Austria y que desde 1940 era Comisario del Reich en los Países Bajos.

El último párrafo se ocupaba, una vez más, de la antigua manía de Hitler:

«Encargo, sobre todo, a los jefes de las naciones y a cuantos laboran por su independencia, que observen escrupulosamente las leyes raciales y se opongan, sin piedad, a los envenenadores universales de todos los pueblos: los judíos.»

El testamento fue firmado a las 4 de la madrugada del sábado 29 de abril, siendo testigos Goebbels y Bormann por el Partido y Burgdorff y Krebs por el Ejército. Inmediatamente después, Hitler firmó su última voluntad, siendo testigos también Goebbels y Bornann: a este documento añadió su firma el coronel von Below, ayudante de Hitler para la *Luftwaffe*.

Este era un documento más breve y de carácter personal:

«Si bien durante los años de lucha opiné que no podía asumir la responsabilidad de contraer matrimonio, ahora, cuando es inminente el fin de mi vida, he decidido tomar por esposa a la mujer que, tras muchos

LAS DOS ÚLTIMAS SEMANAS DE HITLER

1945

21 de abril: el ataque de Steiner contra las fuerzas soviéticas que asedian Berlín no llega a efectuarse.

22 de abril: fuera de sí por el fracaso del ataque de Steiner, Hitler declara su decisión de permanecer en Berlín.

20-24 de abril: Goering y otros colaboradores de Hitler abandonan Berlín.

23 de abril: Goering comunica por radio a Hitler su intención de negociar con los Aliados por cuenta del *Führer*. Hitler le acusa de alta traición. El coronel general Ritter von Greim sucede a Goering en el cargo de comandante en jefe de la *Luftwaffe*.

23-24 de abril: Himmler lleva a cabo varios sondeos de paz con el conde Bernadotte, representante de la Cruz Roja sueca.

29 de abril: Ritter von Greim sale de Berlín con la misión de detener a Himmler. Hitler redacta su testamento político, nombra sucesor suyo al almirante Doenitz, y se casa con Eva Braun.

30 de abril: Hitler y Eva Braun se suicidan.

4 de mayo: las fuerzas alemanas en Europa noroccidental se rinden a los Aliados.

años de fiel amistad, entró por su espontáneo deseo en esta ciudad asediada para compartir mi suerte. Por su propio deseo afronta la muerte conmigo, como esposa mía. Esto nos compensará de cuanto ambos perdimos a causa de mis actividades prestadas al servicio de mi pueblo.

«*Cuanto poseo pertenece –en la medida en que tenga valor– al Partido y, en caso de que el Partido dejara de existir, al Estado. En caso de que el Estado debiera ser destruido, no estoy obligado a tomar otra decisión.*

«*Los cuadros de mi colección, adquiridos por mí en el transcurso de los años, no han sido reunidos con fines personales, sino tan sólo con vistas a la creación de un Museo en mi ciudad natal de Linz.*

«*Es mi profundo deseo que estas mis últimas voluntades sean debidamente cumplidas.*

«*Nombro mi ejecutor testamentario a mi más fiel compañero de Partido, Martin Bormann. Queda plena y legalmente autorizado por mí para tomar cualquier decisión. Tiene permiso para enviar a mis familiares todo lo que tenga algún valor sentimental o cuanto sea necesario para el mantenimiento de un modesto nivel de vida (eines Kleinen burgerlichen Lebens); esto es válido, en particular, para la madre de mi mujer y para mis fieles colaboradores que él conoce bastante bien. Entre éstos, los principales son mi ex secretaria,* Frau *Winter, etc. que durante muchos años me ha ayudado con su trabajo.*

«*Yo y mi mujer decidimos morir para no sufrir la vergüenza de la deposición y de la capitulación. Nuestro deseo es ser inmediatamente incinerados en el lugar donde ha transcurrido la mayor parte de mi trabajo cotidiano en el curso de los doce años dedicados al servicio de mi pueblo.*»

Sorprende que Hitler eligiera como sucesor a Doenitz, y el mismo Doenitz fue el más sorprendido. Sin embargo, debe hacerse notar que desde que Doenitz ocupó el cargo de Raeder, como comandante en jefe de las fuerzas navales, Hitler cambió sustancialmente su actitud hacia la Marina. En su último año de vida, Hitler mostró más confianza en Doenitz que en los otros comandantes en jefe, y esta actitud fue premiada, por parte del almirante, con una ciega lealtad. Desde luego, al desaparecer de la escena Himmler y Goering, el candidato más idóneo para la sucesión de Hitler era Goebbels, pero Goebbels no hubiera sido nunca aceptado por los militares. Para el mando de la *Wehrmacht* –lo que significaba negociar la rendición– debía ser un oficial en activo quien asumiera los cargos de jefe del Estado y ministro de la Guerra. Y eligiendo a un oficial de la Marina, con preferencia a uno del Ejército, Hitler quiso herir, con un último y deliberado insulto, a aquella casta militar a la que hacía culpable de la derrota.

Hitler sabía muy bien que la guerra estaba perdida, pero, como demuestra su testamento político, aún estaba haciendo un torpe intento por salvar algo para el futuro. No obstante, como herencia para una nueva generación de nacionalsocialistas, ese testamento era, en verdad, un documento un poco inocuo. Terminada la partida y esfumado el prestigio que le daba el poder, sólo quedaban los viejos *slogans* de los años veinte. Para no desmentir su propio estilo, incluso en el último mensaje al pueblo alemán Hitler dijo una tosca mentira. Su muerte no era, en modo alguno, el fin de un héroe: suicidándose, huía de sus responsabilidades, adoptando una solución que en años anteriores había condenado enérgicamente. Vale la pena recordar que cuando el general Weidling, comandante de Berlín, descubrió que Hitler se había matado, poco después de negar a la guarnición el permiso para abrirse una brecha a través de la cual salir de la ciudad, se sintió tan indignado que decidió relevar a sus soldados del juramento de fidelidad. Y no obstante, la ficción se mantuvo aún en la noticia oficial, y en su mensaje radiofónico del día 1 de mayo, Doenitz declaró que el *Führer* había muerto combatiendo a la cabeza de sus tropas.

El domingo, 29 de abril, se tomaron las medidas necesarias para hacer salir del *bunker* algunas copias del testamento del *Führer*, eligiéndose para ello tres hombres a los que se asignó la misión de llegar, por cualquier medio, a las sedes del mando del almirante Doenitz y del *Feldmariscal* Schöner. Uno de los elegidos era un funcionario del ministerio de Propaganda, a quien Goebbels confió el texto de su apéndice personal al manifiesto de Hitler. A medianoche del 29 de abril partió otro mensajero, el coronel von Below, llevando otro escrito que debía ser entregado al general Keitel. Se trataba del último mensaje del jefe supremo de la *Wehrmacht*, mensaje cuyo final llevaba su aguijón venenoso.

»*El pueblo y la* Wehrmacht *lo han dado todo en esta larga y dura lucha. El sacrificio ha sido enorme. Pero muchos han hecho mal uso de la confianza que pusimos en ellos. En todas las fases de la guerra, la deslealtad y la traición han minado los cimientos de la capacidad de resistencia. Por ello, no me ha sido concedido guiar al pueblo a la victoria. El Estado Mayor General del Ejército no puede ser comparado con el Estado Mayor General de la primera Guerra Mundial. Este de ahora se ha portado de una manera absolutamente indigna de los esfuerzos de quienes combatían en primera línea.*»

La guerra, decía, había sido iniciada por los judíos y perdida por los generales. Hitler no era responsable de lo uno ni de lo otro y, en sus últimas palabras, reafirmaba lo que siempre fue su primera finalidad:

«*Los esfuerzos y sacrificios del pueblo alemán en esta guerra han sido tan grandes, que no pueden ser inútiles. El objetivo debe ser, todavía, el de conquistar el pueblo alemán territorios al Este.*»

En la jornada del 29, mientras los mensajeros abandonaban el *bunker*, llegó la noticia del fin de Mussolini. También el Duce había compartido su suerte con una mujer: Clara Petacci.

En este punto, Hitler empezó a realizar los preparativos del suicidio. Después de hacer matar a su perra alsaciana *Blondi*, en las primeras horas del lunes 30 de abril, reunió a sus colaboradores en el corredor para despedirse de ellos. Pasando lentamente ante los hombres y mujeres en fila, estrechó en silencio la mano de cada uno de ellos. Poco después Bormann telegrafiaba a Doenitz, cuyo puesto de mando se hallaba en Plon, ordenándole que procediese, «inmediatamente y sin piedad», contra todos los traidores.

En la madrugada del día 30 y en el curso de la citada reunión, fueron transmitidos a Hitler los últimos informes relativos a la situación. Los soviéticos ocupaban el Jardín Zoológico y llegaban a la Potsdamerplatz, tan sólo a una o dos manzanas de la Cancillería. Hitler acogió la noticia con calma, y a las dos de la tarde tomó su colación en compañía de sus dos secretarias y de la cocinera. Eva Braun permaneció en su habitación y el *Führer* actuó como si no ocurriera nada de particular.

A primera hora de la tarde, el chófer, Erich Kempka, recibió la orden de enviar al jardín de la Cancillería doscientos litros de gasolina; poco después llegaron los bidones, que fueron recibidos por Heinz Linge, camarero personal de Hitler.

Mientras tanto, una vez terminado el almuerzo, Hitler fue a buscar a su esposa y, por segunda vez, se despidieron de Goebbels, de Bormann y de todos los que aún permanecían en el *bunker*. Después, Hitler entró con Eva en su departamento privado y cerró la puerta. Durante unos minutos, cuantos se hallaban en el corredor permanecieron expectantes. Luego oyeron un disparo.

Unos instantes después los componentes del pequeño grupo abrieron la puerta. Hitler yacía sobre el diván en un charco de sangre: se había disparado el revólver en la boca. A su derecha yacía Eva, también muerta: ella había ingerido el veneno. Eran las 15,30 horas del lunes 30 de abril de 1945. Hitler había cumplido, diez días antes, cincuenta y seis años de edad.

Las instrucciones de Hitler para la destrucción de su cadáver y el de Eva fueron seguidas al pie de la letra. El cuerpo de Hitler, envuelto en una sábana, fue transportado al jardín por dos hombres de las SS. Su cabeza quedaba escondida, mas los pantalones negros y los zapatos que llevaba con el uniforme eran claramente visibles. El cuerpo de Eva fue recogido por Bormann, quien lo entregó a Kempka. El breve cortejo subió la escalera y salió al aire libre. Los dos cadáveres fueron depositados en una pequeña hondonada arenosa, junto al pórtico. Entonces, tomando del suelo los bidones de gasolina, Günscke, ayudante de Hitler de las SS, vertió su contenido sobre los dos cadáveres a los que, a continuación, prendió fuego lanzando sobre ellos una antorcha encendida. Se alzó una violenta llamarada y los presentes se retiraron, buscando el refugio del portón. Al mismo tiempo se estaba realizando un intenso bombardeo soviético, y sobre la Cancillería caían las granadas. El grupo permaneció en posición de firmes unos instantes y, por última vez, hizo el saludo nazi; después, todos desaparecieron en el *bunker*.

Fuera, en el jardín desierto, los dos cuerpos ardían uno al lado del otro. Habían pasado doce años y tres meses desde el día en que Hitler saliera del despacho del Presidente con el cargo de Canciller del Reich alemán.

El resto de la historia es breve. Bormann informó inmediatamente, por radio, a Doenitz de que Hitler le había nombrado su sucesor; pero mantuvo oculta durante veinticuatro horas la noticia de la muerte del *Führer*. En este intervalo, o sea durante la noche del 30 de abril, Goebbels y Bormann trataron en vano de entablar negociaciones con los rusos. La respuesta rusa fue invariable: «Rendición sin condiciones.» Entonces fue cuando Bormann envió a Doenitz otro mensaje para informarle de la muerte de Hitler. La noticia fue transmitida por radio la noche del 1 de mayo, con solemne acompañamiento de música de Wagner y de la Séptima Sinfonía de Brückner. Se quería dar la impresión de que se trataba de la muerte de un héroe caído en combate...

En el curso de la noche del 1 de mayo, se produjo un intento de fuga en masa por parte de los hombres y mujeres que se apiñaban en el *bunker*. Muchos consiguieron escapar, entre ellos Martin Bormann, de quien no se supo nada más: nunca se ha sabido con certeza si resultó muerto o si consiguió ponerse a salvo. Goebbels no se unió a los fugitivos: la noche del 1 de mayo, después de envenenar a sus hijos, mató a su mujer y, finalmente, se suicidó en el jardín de la Cancillería. Los cadáveres también fueron quemados por el ayudante de Goebbels, mas éste no hizo su trabajo con el debido cuidado, y sus restos carbonizados fueron encontrados al día siguiente por los rusos.

En el curso de la semana siguiente, Doenitz intentó negociar los términos de la rendición con los Aliados occidentales, pero éstos seguían exigiendo la rendición sin condiciones. El día 4 de mayo, el almirante von Friedeburg firmó un armisticio que preveía la rendición de todas las fuerzas alemanas operantes en Europa noroccidental y en las primeras horas de la mañana del día 7 el propio Friedeburg y el general Jodl pusieron su firma en la petición de rendición incondicional de todas las fuerzas alemanas, que les fue presentada en Reims por los representantes de los Estados Unidos, de Gran Bretaña, de la URSS y de Francia.

El Tercer Reich había sobrevivido a su fundador una semana justa.

De Hitler: A Study in Tyranny (Odhams, 1952).

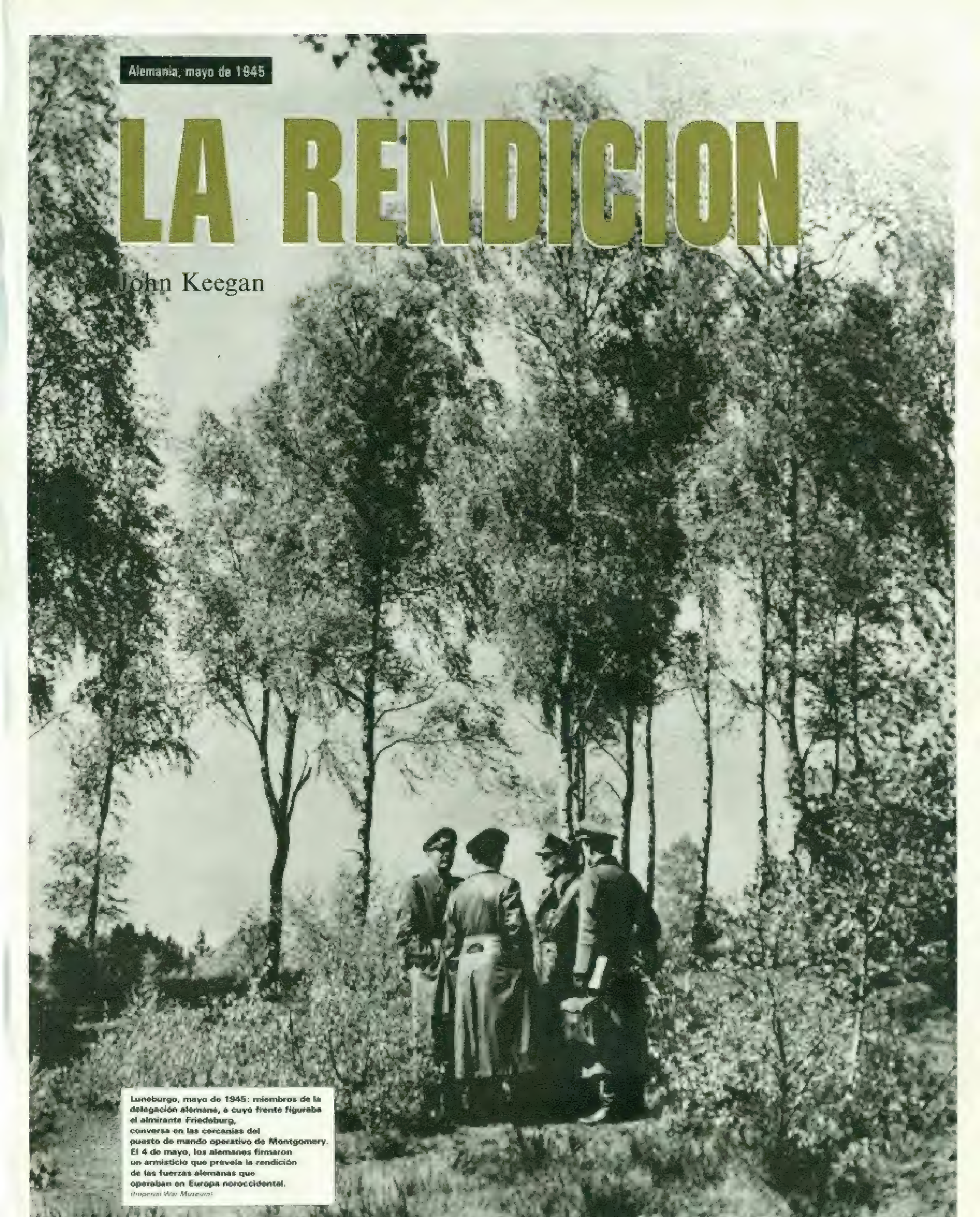
ALLAN BULLOCK

Nació en 1914. Cursó sus estudios en la Bradford Grammar School y en el Wadham College de Oxford, donde se doctoró en estudios clásicos y en Historia Moderna. Luego fue director del St. Catherine's College de Oxford. De 1940 a 1945 trabajó en el servicio europeo de la BBC, en los últimos años como corresponsal diplomático. Al terminar la guerra fue nombrado *fellow* del New College, y más tarde, en 1952, se le nombró *censor* de la St. Catherine's Society, en espera de que esta entidad fuera reconocida como *college*. Ha dirigido la publicación de *The Ribbentrop Memories* y colaboró en la *Oxford Modern History of Europe*. Ha publicado, además, entre otros libros, *The liberal tradition* (1956) y *The Life and Times of Ernest Bevin* (1960).

Alemania, mayo de 1945

LA RENDICION

John Keegan



Luneburgo, mayo de 1945: miembros de la delegación alemana, a cuyo frente figuraba el almirante Friedeburg, conversa en las cercanías del puesto de mando operativo de Montgomery. El 4 de mayo, los alemanes firmaron un armisticio que preveía la rendición de las fuerzas alemanas que operaban en Europa noroccidental.
(Imperial War Museum)

En vida de Hitler, ningún alemán se atrevía a hablar de rendición; pero la tarde del día 30 de abril, mientras las granadas soviéticas caían en el jardín de la Cancillería, a pocos metros por encima de su cabeza, Hitler se quitó la vida. Ahora correspondía a los demás poner fin a aquella que había sido "su" guerra.

La tarde del día 1 de mayo de 1945, Radio Hamburgo llamó la atención de sus radioyentes con una «noticia grave e importante». La noticia era la muerte del *Führer*, cuyo anuncio fue acompañado por las notas del *lento* de la Séptima Sinfonía de Brückner. Después, el designado sucesor, almirante Doenitz, pronunció estas palabras: «Mi primera misión es la de salvar a Alemania de la destrucción por obra del enemigo bolchevique en avance. Con esta única finalidad continúa la lucha militar».

A nuestros ojos, una continuación de la guerra en aquella fase puede parecer suicida, mas, por otra parte, no es difícil precisar los motivos que inducían a Doenitz a tomar esta decisión. Durante la ofensiva de las Ardenas, había caído en manos de los alemanes una copia del plan aliado para el reparto de Alemania en zonas de ocupación después de la guerra y Doenitz conocía, por lo tanto, las líneas precisas de las demarcaciones Este-Oeste. En aquel momento, sus fuerzas aún controlaban territorios situados a ambos lados de aquella línea y mientras pudieran hacerlo, los Ejércitos derrotados en el frente oriental y las filas de fugitivos que les acompañaban en la retirada (tratábase, ahora, de millones de personas) tendrían alguna esperanza de encontrar refugio bajo el dominio de otros enemigos menos vengativos. Sin embargo, para este fin, no bastaba que Doenitz ordenase que prosiguiera la resistencia contra los soviéticos, puesto que, justamente, temía que ingleses y americanos, una vez alcanzados los límites de las respectivas zonas, procedieran a «cerrar» estas líneas de demarcación y entonces resultara imposible cruzarlas a los soldados y a los fugitivos procedentes del Este. Alemania necesitaba todavía aquellos «cinco minutos de tiempo después de medianoche» con los cuales Hitler se había vanagloriado de poder prolongar la lucha. Pero no ciertamente para conseguir victorias, sino tan sólo para mantener abierta «una bolsa de refugio» en la orilla occidental del Elba.

Mas ¿disponía Doenitz de recursos adecuados para continuar combatiendo en todos los frentes? El almirante dedicó las primeras horas de trabajo en su nuevo cargo a un examen completo de la situación, no sólo sobre el mapa, sino también en términos numéricos: el Ejército alemán continuaba siendo un organismo poderoso...

Pero, en realidad, se trataba de un desmembrado esqueleto. Tres grandes unidades, pomposamente denominadas todavía Grupos de Ejércitos (las que operaban en Curlandia, en Prusia oriental y en Holanda), se hallaban completamente aisladas y casi a punto de agotar las reservas de municiones. Las fuerzas del Ruhr, aquel Grupo de Ejércitos B, que tan siniestra fama adquiriera en los días de la invasión, ya había sido aniquilado hacia mediados de abril y su comandante, el general Model, se había suicidado. En Italia, el Grupo de Ejércitos C negociaba una rendición parcial, que entraría en vigor el 3 de mayo. Finalmente, los que se encontraban en territorio alemán, se hallaban combatiendo casi espalda contra espalda. El Grupo de Ejércitos del Vístula (un río del cual hacía tiempo se habían despedido) se estaba retirando a través de Meclemburg, obstaculizado por largas columnas de fugitivos y expuesto a continuos y violentos ataques por parte soviética. El Grupo de Ejércitos Schröner, disperso a lo largo de los Sudetes, en Checoslovaquia, mantenía el frente tan sólo al precio de esfuerzos enor-





Reims, 7 de mayo de 1945: el general Jodl, representante de Doenitz en sus conversaciones con los Aliados para tratar de los términos de la paz, firma el documento de rendición incondicional. A su izquierda, sentado, el almirante von Friedeburg. (US Army)

mes, amenazado además por los movimientos de insurrección en la retaguardia. El Grupo de Ejércitos noroccidental, que se enfrentaba a ingleses y americanos, estaba al borde del hundimiento. El Grupo de Ejércitos Sur negociaba una rendición parcial con americanos y franceses, y el Grupo de Ejércitos F trataba de sustraerse al peligroso espíritu de venganza de los yugoslavos.

A la *Luftwaffe* ya no le quedaban más que unas docenas de aviones, que casi no osaba mostrar al enemigo. La actividad de la Marina de Guerra se reducía a la evacuación de fugitivos de la costa del Báltico, tras las líneas soviéticas, a los puertos de Alemania septentrional. Y por último, todos los principales centros de producción se hallaban en manos de los Aliados y las poblaciones de las exiguas zonas del Reich no ocupadas estaban inermes ante las incursiones aéreas del adversario.

De izquierda a derecha: los generales Suslaparov, Morgan, Bedell Smith, Eisenhower y Tedder, después de la firma de la rendición incondicional por parte de Alemania. La tarde del día 6 de mayo, Eisenhower adoptó una actitud irreductible, declarando que, transcurridas cuarenta y ocho horas después de la medianoche, cerraría las líneas del frente occidental si los alemanes no firmaban el documento de rendición. (US Army)

Doenitz tenía, pues, muy pocas probabilidades de ganar tiempo con iniciativas de tipo militar. Y entonces, ¿qué otros medios le quedaban? Lo mejor que podía esperar era que, ofreciendo a las potencias occidentales una serie de capitulaciones parciales y aplazando las negociaciones correspondientes, fuera posible retrasar el hundimiento final unos ocho o diez días, lo cual bastaría para permitir que se pusieran a salvo los fugitivos procedentes del Este. Pero, teniendo en cuenta que los Aliados habían rechazado con frecuencia sus propuestas, admitiendo tan sólo una rendición simultánea e incondicional, incluso esta maniobra era de una posibilidad muy dudosa. Cierto que una rendición de este tipo había sido posible en Italia, pero también es cierto que aquel frente no entraba en los términos de los acuerdos interaliados relativos a las zonas de ocupación.

De cualquier forma, el almirante Doenitz decidió intentarlo.

La zona en que era más urgente llegar a un acuerdo se encontraba al Norte, donde el Grupo de Ejércitos del Vístula y el Grupo de Ejércitos noroccidental estaban materialmente comprimidos, espalda contra espalda, por la concéntrica presión ejercida por los ingleses y los rusos. Esta urgencia resultó ser extrema el día 2 de mayo, cuando fuerzas acorazadas británicas penetraron en el frente del Elba y, sin encontrar oposición,



Después de la noticia de la rendición de Alemania, la población londinense celebra exultante el fin de la guerra. El 5 de mayo el almirante von Friedeburg se había personado en Reims en la sede de mando del general Eisenhower, donde intentó, sin éxito, concertar una paz por separado con los Aliados. (Keystone)

llegaron a Lübeck, en la costa del Báltico, cortando para el Grupo de Ejércitos del Vístula la dirección de retirada del Schleswig-Holstein y negándoles, por lo tanto, la posibilidad de refugiarse en la zona británica. Todo movimiento en masa de los refugiados dependería ahora de que los ingleses se mostrasen más o menos... comprensivos. Por lo tanto, Doenitz decidió ponerse inmediatamente en contacto con Montgomery, que se hallaba en Luneburgo, a fin de proponerle una tregua en las operaciones militares; y a tal efecto llamó al almirante von Friedeburg, su sucesor en el cargo de comandante en jefe de la Marina de Guerra, a quien el día anterior había avisado para que se preparara a «proceder a una misión especial». Entre tanto, el comandante del distrito de Hamburgo recibió la orden de enviar, a las 8 de la mañana del día 3 de mayo, un parlamentario a los ingleses para solicitar una entrevista.

Doenitz comunicó a Friedeburg que se trataba de ofrecer a Montgomery la rendición militar de toda Alemania septentrional. Al mismo tiempo, invitaba al mariscal a considerar con particular atención el problema de los fugitivos civiles y de las tropas en retirada hacia los límites del sector oriental del área ocupada por los ingleses, tratando de inducirle a que permitiera que continuase la evacuación por vía marítima de la población civil de la costa báltica.

No llegó ninguna noticia de Luneburgo durante toda la jornada, tiempo que Doenitz pasó reunido con todos los jefes militares y políticos que aún quedaban del antiguo gran Reich. Frank, procedente de Checoslovaquia, confesó que su autoridad estaba próxima a derrumbarse; pidió que Praga fuese declarada ciudad abierta y sugirió la iniciación de negociaciones a fin de poder rendirse a los americanos. Por su parte, el jefe de la administración nazi en Alemania meridional advirtió que sólo la Alta Austria estaba bajo el control del gobierno; en el resto del país, la población se mostraba hostil a las fuerzas armadas, mientras en Baviera reaparecía al antigua bandera nacional; en Munich se produjo incluso un intento de *putsch*. Se celebraron, además, otras conferencias para examinar el estado de la situación en Escandinavia y en los Países Bajos, así como la cuestión de la rendición a los americanos de las fuerzas de Kesselring, que operaban al Sur.

La más borrascosa de estas conversaciones fue la sostenida con el jefe de las fuerzas alemanas en Checoslovaquia, Schörner, quien intentó oponerse a las órdenes de retirada dadas por Doenitz, explicando que apenas abandonara sus posiciones su Ejército se desintegraría. Pero Doenitz se mostró inflexible; a cada soldado alemán debía dársele la posibilidad de no caer en manos de los soviéticos.

Todas estas discusiones absorbieron casi toda la jornada y buena parte de la noche. Y exactamente poco antes de medianoche, Friedeburg regresó de Luneburgo. ¿Cómo había sido acogido?

En unión de sus colaboradores –Kinzel, Wagner, Polek y Friedel– había sido conducido a la sede del mando operativo de Montgomery y allí invitado a esperar, delante mismo de la *roulo*–

del mariscal y junto a un asta en la que ondeaba la bandera británica. Pasados unos minutos apareció Montgomery, quien preguntó a su intérprete. «¿Quiénes son éstos? ¿Qué es lo que quieren?» Apenas mostradas las credenciales, Friedeburg empezó a hablar, ofreciendo la rendición del Grupo de Ejércitos del Vístula. Mas Montgomery rechazó la oferta, haciendo observar que aquel Grupo de Ejércitos solamente podía rendirse a los rusos, pero añadiendo que los soldados que se rindieran por su cuenta serían, automáticamente, hechos prisioneros. Friedeburg expuso entonces la cuestión del destino de aquellos refugiados que se le habían confiado y preguntó si Montgomery no podría adecuar el ritmo de su avance al de la retirada del Grupo de Ejércitos del Vístula, de modo que los soldados alemanes tuviesen la posibilidad de huir sin sobrepasar el límite del sector.

Montgomery, que conocía perfectamente los términos de una orden impartida por el SHAEF, en agosto de 1944, que prohibía a los jefes militares establecer ningún compromiso con el enemigo, rechazó también esta proposición. Sugirió, sin embargo, que la delegación podría proponer la rendición de todas las fuerzas alemanas que todavía operaban en los flancos septentrionales y occidentales de las unidades británicas. En tal caso, podría aceptarla como una rendición táctica, sin prejuicio de negociaciones sucesivas. Naturalmente, la delegación alemana no tenía autoridad para hacer una cosa semejante... ni tampoco el deseo. Mas, después de examinar el mapa ilustrativo de la situación militar (examen del que resultaba un estado de cosas sin posible salida, una situación que, ni de lejos, hubieran podido prever) y de una solitaria comida durante la cual Friedeburg lloró y los demás oficiales no pronunciaron una sola palabra, los cinco alemanes se mostraron más dispuestos.

Cuando Montgomery amenazó con reanudar la ofensiva, Friedeburg, si bien recordando que no estaba autorizado para aceptar aquellas contraproposiciones, se declaró dispuesto a someterlas a la atención de Doenitz y a aconsejarle su aceptación. Montgomery le entregó entonces un documento en el cual prometía aceptar la rendición de todos los alemanes procedentes del Este, y Friedeburg regresó al fin a Murwik, con la orden de volver, lo más tarde, a las 6 horas del día siguiente, 4 de mayo. Kinzel y Wagner permanecieron en el puesto de mando de Montgomery.

Las noticias llevadas por Friedeburg y, en especial, la promesa de Montgomery de no portarse como un «monstruo» en el problema de los fugitivos, constituyeron para Doenitz «un gran alivio». No obstante, entristeció al almirante la condición de que la capitulación debía extenderse también a la Marina de Guerra; pero, pese a las protestas del OKW, por lo que les parecía una afrenta al honor militar, decidió que la amenaza de una reanudación de las incursiones aéreas, para no hablar de la posible anulación de la propia capitulación, tenía un peso bastante mayor que las esperanzas que la Marina de Guerra podía seguir alimentando de llevar a término la evacuación. Por lo tanto, Doenitz autorizó a Friedeburg para regresar a Luneburgo y acceder a las contraproposiciones de Montgomery. Después debería buscar la forma de llegar hasta el puesto de mando de Eisenhower, en Reims, para ofrecerle análoga rendición de las fuerzas alemanas que se enfrentaban con los americanos.

Otra vez en Luneburgo, Friedeburg y sus colaboradores debieron esperar de nuevo mientras Montgomery terminaba una conferencia de prensa y pasaba revista a algunos de sus hombres. Cuando, finalmente, dedicó su atención a los alemanes, el mariscal empezó por conducir a Friedeburg a su *roulotte*, donde le pidió que se dispusiera a firmar; después se trasladó con sus «huéspedes» a una tienda adecuadamente dispuesta para el cumplimiento de la ceremonia. El escenario era muy sencillo: «Una mesa de dibujo sobre caballetes, cubierta con una manta militar, un tintero y una vulgar pluma, de las que pueden comprarse en cualquier tienda por poco dinero. Sobre la mesa, dos micrófonos de la BBC. Cuando entré, los alemanes se levantaron –dice Montgomery–, después nos sentamos todos en torno a la mesa. Los alemanes estaban evidentemente nerviosos y uno de ellos sacó un cigarrillo... A una mirada mía volvió a meterlo en su bolsillo.»

Montgomery hizo leer la versión inglesa del documento que atestiguaba la rendición; recordó a los alemanes las consecuencias que podría tener una eventual negativa suya a firmar, y, finalmente, pidió a cada uno de ellos que lo hiciera. Al final, también él firmó en nombre del comandante supremo.

Los términos eran los mismos que los representantes alemanes ya habían declarado estar dispuestos a aceptar. Aunque duros, los comentarios de Montgomery tranquilizaron un tanto a Friedeburg, quien pudo salir para Reims con el ánimo mucho más aliviado. Mas, como Doenitz sabía bien, era probable que el jefe supremo se mostrase menos dúctil que su subordinado. Éste, en cierta medida, podía organizar las cosas como es costumbre entre soldados. Pero en Reims, los delegados alemanes deberían actuar como representantes de un Gobierno, bajo la vigilancia no sólo de las capitales occidentales, sino también de la de Moscú. Incluso vistiendo el uniforme, sus interlocutores hablarían en nombre de sus superiores políticos, los cuales, aunque tuvieran entre sí bastantes motivos de desacuerdo, se mostraban terriblemente unánimes en el principio de la rendición, incondicional y simultánea, de Alemania en todos los frentes.

En efecto, Eisenhower había puntualizado ya a su jefe de Estado Mayor, Bedell Smith, que no habría convenio posible con los alemanes y que él mismo no estaba dispuesto a recibirles en tanto no hubieran firmado. Las negociaciones correrían a cargo de Smith y de Strong, un oficial británico que en 1943 había negociado la rendición italia-

Frente al Arco de Triunfo, bajo el cual ondean las banderas aliadas, los parisienses celebran con entusiasmo la noticia de la victoria final. En el curso de las negociaciones con los Aliados los alemanes intentaron retrasar el mayor tiempo posible la firma de la rendición, a fin de dar tiempo a sus tropas y a los fugitivos procedentes del Este de alcanzar las zonas de Alemania ocupadas ya por los Aliados. *(Keystone)*



na. Por añadidura, para disipar toda suspicacia soviética y también para eliminar cualquier esperanza germana de que los Aliados accidentales estuvieran dispuestos a aceptar ofertas de paz por separado, era indispensable invitar, cuanto antes, al representante soviético del SHAEF, general Suslaparov, para que participara en las entrevistas. Eisenhower había advertido ya a Moscú que la rendición tendría un carácter netamente militar y que se extendería a todos los frentes.

A su llegada a Reims, la tarde del día siguiente –era el 5 de mayo–, Friedeburg y Polek fueron acogidos con una frialdad desalentadora. Como ya hiciera en el puesto de mando de Montgomery, el almirante empezó ofreciendo únicamente la rendición de las fuerzas alemanas en el frente occidental. Pero Smith puso inmediatamente en claro que una eventual capitulación debía abarcar todos los frentes; y a fin de subrayar con mayor eficacia lo desesperado de la situación en la que se encontraban los alemanes les enseñó los mapas militares, en los que, con objeto de aumentar... el efecto, se habían añadido cierto número de flechas rojas que indicaban las ofensivas en proyecto. Una vez más, Friedeburg se sintió turbado; pero hubo de confesar que no estaba autorizado para firmar. No obstante, aceptó enviar un mensaje a Doenitz solicitando su conformidad y el envío a Reims de representantes de la Marina y de la Aviación.

Como no llevaba consigo el libro de claves, el SHAEF le prestó su propio equipo (probablemente para mantener en secreto el asunto, por lo menos ante la prensa mundial) y fue así cómo, con estos medios improvisados, Kinzel pudo salir a la mañana siguiente de Luneburgo hacia Murwik llevando el mensaje. Fue una amarga desilusión para Doenitz. No obstante, tanto él como Schwerin-Krosigk, consideraron que valía la pena intentar otra fórmula que les permitiera ganar tiempo, decidiendo confiársela a Jodl, jefe del Estado Mayor operativo y enemigo declarado de la idea de rendición. Las instrucciones eran las siguientes: *«Intentar explicar a los americanos, una vez más, por qué deseamos una rendición por separado. Si no tiene usted más éxito que Friedeburg con Eisenhower, ofrézcale una rendición simultánea en todos los frentes, que se llevaría a efecto en dos fases sucesivas. La primera, abarcará el cese de todas las hostilidades, pero las tropas alemanas conservarán todavía su libertad de movimientos. En la segunda, se les privará de esta libertad. Procure conseguir que el intervalo de tiempo entre una fase y otra sea lo más largo posible e intente inducirles a aceptar que, en el plano individual, se permita a los soldados alemanes rendirse a los americanos. Cuanto mayor sea el éxito que consiga en esta dirección, tanto mayor será el número de soldados y de fugitivos que hallarán refugio en Occidente».*

Jodl recibió plenos poderes en estos términos pero sólo en éstos y únicamente en el caso de que resultase imposible conseguir una rendición por separado. Entonces inició su viaje, primero para ponerse bajo custodia en Luneburgo y luego para marchar a Reims.

A todo esto, otros dos Grupos de Ejércitos alemanes habían seguido el ejemplo del Grupo de Ejércitos C, estableciendo contacto con los Aliados por su propia cuenta. En el curso medio del Elba, los restos de los Ejércitos 9 y 12 pudieron comprobar que el Ejército 9 americano no se mostraba dispuesto a hacer concesiones, y entonces, después de dividirse en pequeños grupos, cruzaron el río, uno tras otro. En el Sur, el Grupo de Ejércitos G se rindió al Grupo de Ejércitos VI francoamericano, mientras Kesselring se veía incapaz de mantener a su lado a todos los comandantes bajo sus órdenes.

Mientras la lucha proseguía en aquel frente, Jodl llegó a Reims, acompañado del general De Guingand y del general de brigada Williams, jefe del Estado Mayor y jefe del Servicio de Información de Montgomery respectivamente. Fue conducido en seguida a la habitación de Friedeburg, le saludó con un enigmático «Aha» y cerró la puerta en las narices de algunos curiosos que merodeaban por allí, sin ninguna discreción. «Casi en seguida, el almirante salió y pidió una taza de café y el mapa de Europa. Detrás de él, Jodl paseaba, nervioso, de un lado a otro de la habitación.»

Se intenta ganar tiempo

Poco después de las 18 horas, los alemanes abandonaron su habitación y fueron trasladados a la oficina de Bedell Smith, donde permanecieron más de una hora. Al terminar la entrevista, Smith comunicó a Eisenhower que, en su opinión, los

En el curso de una ceremonia militar celebrada en Moscú, los soldados del Ejército ruso abaten banderas y trofeos capturados a las tropas germanas para simbolizar la caída del régimen nazi. El 8 de mayo una delegación alemana se dirigió a Berlín para firmar también un documento de rendición en el sector soviético. *(Novosti Press Agency)*





alemanes intentaban ganar tiempo. Se le dijo entonces que informara al representante soviético, que aún no se había entrevistado con los alemanes, del curso de la conversación. Quince minutos más tarde, Strong, que actuaba de intérprete, telefoneó a Eisenhower para informarle que los alemanes seguían solicitando un aplazamiento. Butcher, jefe de ceremonial, oyó la contestación: «Comuníqueles que 48 horas después de la medianoche de hoy cerraré mis líneas del frente occidental y que ningún alemán podrá ya cruzarlas...»

Aunque se trataba de un ultimátum, la respuesta de Eisenhower ofreció a los alemanes un poco más de aquel tiempo que tanto necesitaban. En este sentido, se trataba de una concesión, la última, a juicio de Jodl, que se les haría. En cualquier caso, él estaba ya convencido de que lo más oportuno sería firmar basándose en estos términos, y por lo tanto envió inmediatamente a Doenitz un mensaje pidiéndole su autorización.

Doenitz se sintió bastante herido ante el brusco cambio de actitud de aquel que, hasta entonces, había sido el más irreductible adversario de la rendición, y aun considerando la actitud de Eisenhower como «una verdadera extorsión», dio instrucciones a Keitel para que comunicara a Reims: «Se concede autorización sin reservas para firmar de acuerdo con las condiciones indicadas.»

El mensaje fue enviado a la una de la tarde del día 7 de mayo. Hacia las 2, los firmantes de la rendición se reunieron en la sala del consejo de guerra. Las paredes estaban cubiertas de mapas en los que se reflejaba la situación de las tropas, de datos de las pérdidas, de cuadros y tablas relativas a los abastecimientos desembarcados, de diagramas de las redes de carreteras y de ferrocarriles y de datos meteorológicos.

El primero en llegar fue Bedell Smith; después llegaron los alemanes, escoltados por Strong. Los que iban a firmar tomaron asiento con las formalidades prescritas: al extremo de la mesa Friedeburg, Jodl y Oxenius, su ayudante de campo; frente a ellos, el general Morgan, segundo jefe del Estado Mayor británico, adjunto al SHAEF; el general Sevez, representante de Francia; el almirante Burrough, comandante americano de las fuerzas navales de expedición; el general Suslaparov, en representación de la Unión Soviética, y el general Spaatz, comandante de la fuerza aérea estratégica estadounidense.

Smith preguntó a los alemanes si estaban dispuestos a firmar. Jodl respondió afirmativamente y en seguida se les entregaron las copias, alemana e inglesa, del documento de rendición. La cláusula principal decía:

»Nosotros, los firmantes, autorizados para ello por el Alto Mando alemán, declaramos con este documento la rendición sin condiciones, al comandante supremo del Cuerpo de expedición aliado y, simultáneamente, al Alto Mando soviético, de todas las fuerzas terrestres, marítimas y aéreas que en esta fecha están bajo el mando alemán.

«Este documento no prejuzga cualquier instrumento general de rendición impuesto por las Naciones Unidas o por cuenta de ellas, aplicable a Alemania y a sus Fuerzas Armadas en su conjunto, y así será considerado a todos los efectos».

Butcher había puesto a disposición de Smith una de las dos plumas de oro que un admirador regalara a Eisenhower mucho tiempo antes de aquella fecha. Después entregó la otra a Jodl, y tras haber firmado éste la primera copia, le entregó su pluma para la segunda firma.

Cuando Jodl hubo terminado, los documentos fueron sucesivamente firmados por Smith, en nombre de Eisenhower, por Suslaparov, por cuenta del Alto Mando soviético, y por Sevez, como testigo.

En manos de los vencedores

En este momento, Jodl se levantó y dijo en inglés: «Quiero decir unas palabras». Después, volviéndose a Smith, dijo en alemán: «Señor general: con esta firma el pueblo alemán y las Fuerzas Armadas alemanas se entregan, en la buena o en la adversa fortuna, en manos de los vencedores. En esta guerra, que ha durado más de cinco años, el pueblo y las Fuerzas Armadas han realizado gestas memorables, sufriendo quizás más que ningún otro pueblo en el mundo. En esta hora sólo puedo expresar la esperanza de que los vencedores les traten con espíritu generoso». El general Smith no contestó.

Nueva York: al conocerse la noticia del final de la guerra, una ingente multitud se lanzó a la calle. Ninguno de los hombres que negociaron la rendición de Alemania sobrevivió: el almirante von Friedeburg se suicidó, y Jodl y Keitel murieron en el patíbulo tras la sentencia dictada en Nuremberg. *(Brown Bros)*

Una hora más tarde, tras conferenciar personalmente con Jodl para recordarle las consecuencias que podría tener cualquier eventual violación del acuerdo que se acababa de firmar, Eisenhower envió a los jefes de Estado Mayor, británico y americano, el siguiente telegrama:

«La misión de esta fuerza aliada ha sido llevada a término a las 2,41, hora local, del 7 de mayo de 1945. Eisenhower».

Sin embargo, la rendición final de Alemania todavía no era completa. A propuesta de los soviéticos, los alemanes se habían comprometido a enviar representantes a otra reunión, por separado, que tendría lugar al día siguiente en el sector ruso. Así, Keitel, Stumpff (en representación de la *Luftwaffe*) y Friedeburg fueron transportados a Berlín y allí, en presencia de Zukov, Tedder, Spaatz, De Lattre de Tassigny y Vischinski, (quien oyó murmurar a Keitel: «¡También franceses! ¡Era lo que nos faltaba!») y el 6 de mayo, firmaron documentos análogos a los de Reims.

En Flensburg, Doenitz dirigió por radio un último mensaje al Cuerpo de Oficiales: «Camaradas, hemos sido rechazados mil años atrás de nuestra historia. Territorios que desde hace mil años eran alemanes han caído, ahora, en manos soviéticas. Mas, pese al hundimiento militar de hoy, nuestro pueblo es muy distinto a la Alemania de 1918. Ahora ha permanecido unido. Tanto si deseamos crear otra forma de nacionalsocialismo como si preferimos conformarnos con el tipo de vida impuesto por el enemigo, debemos actuar de modo que la unidad permanezca».

«El destino personal de cada uno de nosotros es incierto» concluyó. Unos quince días después, él y los demás componentes del Alto Mando alemán caían prisioneros. No sobrevivió ninguno de los hombres que Doenitz había delegado para firmar la rendición. Friedeburg se suicidó, y Jodl y Keitel acabaron en el patíbulo de Nuremberg.

EL ULTIMO ACTO

Pavel Stepanovic Matronov, coronel

En enero de 1945 el Ejército ruso había arrollado prácticamente la mitad de Checoslovaquia. A pesar de ello, la resistencia no cesó, pues los alemanes estaban decididos a defender a toda costa lo poco que aún quedaba en su poder. Entonces las tropas soviéticas llevaron a cabo una serie de rápidos movimientos envolventes y de cerco que, a mediados de mayo, vencieron definitivamente toda resistencia alemana en Checoslovaquia. Ofrecemos aquí la versión soviética de la última campaña llevada a cabo por el Ejército ruso en Europa.

En enero de 1945, las fuerzas del cuarto y del segundo frentes ucranianos habían alcanzado una línea que, partiendo de Jaslo, en Polonia, pasaba al este de la ciudad de Kosice (Kassa), en Checoslovaquia, doblando luego hacia el Oeste, hasta alcanzar Esztergom, en Hungría. Estos frentes disponían, en conjunto, de 893.000 hombres, 9986 piezas de artillería y morteros, 590 carros de combate y 1400 aviones, mientras sus adversarios disponían de casi 550.000 hombres, unas 5000 piezas de artillería y morteros, más de 300 carros de combate y cañones autopropulsados y cerca de 700 aviones.

Después de haber perdido parte de Checoslovaquia, los alemanes tomaron todas las medidas posibles para impedir un ulterior avance del Ejército ruso en el país, con objeto de tenerle alejado de una región atravesada por importantes redes de carreteras y de ferrocarriles que unían entre sí diversos sectores del frente y los centros industriales más importantes. En esta zona se encontraban también muchas de las industrias que proporcionaban el necesario material bélico a las fuerzas alemanas.

De acuerdo con los objetivos estratégicos generales previstos por el plan, el cuarto frente ucraniano (general I. E. Petrov) pasó a la ofensiva en las primeras semanas del mes de enero, avanzando junto con los Ejércitos del flanco izquierdo del primer frente ucraniano (Konev) en dirección a Ostrava Moravska, mientras las fuerzas del segundo frente (Malinovskij) se dirigían hacia Bratislava y Brno. El contraataque desencadenado por los alemanes el 2 de enero, en la zona de



Mayo, 1945: soldados americanos y soviéticos, celebran, en una ciudad alemana, la reciente toma de contacto de los Ejércitos aliados. (US Army)

Komarno, provocó un brusco cambio de la situación en el sector del segundo frente ucraniano.

El cuarto frente ucraniano atacaba en la zona montañosa y boscosa de los Cárpatos en condiciones meteorológicas francamente desfavorables; mas, a pesar de todo, los alemanes se vieron obligados a abandonar, una tras otra, todas las posiciones. En los primeros días de febrero, el Ejército 38 (Moshalenko) y el 1.er Ejército Guardia (A. A. Grecko) ocuparon la mayor parte de los Cárpatos occidentales e iniciaron la lucha para asegurarse el control de las direcciones de acceso a Ostrava Moravska. A mediados de mes, el Ejército 18 (A. I. Gastilovic) y el Cuerpo de Ejército I checoslovaco, del general L. Svoboda, habían alcanzado Ruzomberok. Durante la ofensiva invernal, las tropas de este frente avanzaron cerca de 150 km, liberando casi la mitad de Eslovaquia, mientras el flanco derecho del segundo frente ucraniano, empeñado al norte del Danubio, avanzó en algunos puntos más de 100 km. En este sector, el Ejército 40 (F. F. Zmacenko), procediendo a lo largo del valle del Hron hacia Banská-Bystrica y Zvolen, alcanzó a fines de enero la línea Brezno-Zvolen, mientras el Ejército 53 (I. M. Managarov), apoyado por los Ejércitos 1 y 4 rumanos, derrotaba a los alemanes en los Montes Metálicos.

La última plaza fuerte industrial de Alemania

La ofensiva invernal del Ejército ruso había privado a los alemanes de la Alta Silesia al Este, mientras, en el Norte, ingleses y americanos conquistaban el Ruhr. La última zona verdaderamente importante de producción de acero y de carbón que todavía conservaban se encontraba en Checoslovaquia: se trataba de la zona de Ostrava Moravska, donde se fabricaban casi todos los carros de combate, piezas de artillería y diversas armas y municiones. Era lógico, por lo tanto, que los alemanes hicieran afluir a estos territorios un gran número de tropas, preocupándose al mismo tiempo de preparar nuevas obras de fortificación.

El STAVKA pretendía liberar, lo más pronto posible, la región industrial de Ostrava Moravska y la antigua ciudad morava de Brno, a fin de poder llevar a cabo una rápida ofensiva, desde el Este, sobre Praga.

El cuarto frente ucraniano, que había reanudado la ofensiva en los primeros días de marzo, el 15 de abril atacaba ya Ostrava Moravska, desde el Norte, Este y Sur, con el fin de derrotar a las fuerzas alemanas que guarnecían la zona, llegar por el Nordeste a las regiones centrales de Checoslovaquia y capturar el importante arsenal militar alemán de Olomouc. Las fuerzas soviéticas y las alemanas eran equivalentes en cuanto a carros de combate, pero el contingente soviético tenía una notable superioridad en aviones y en piezas de artillería.

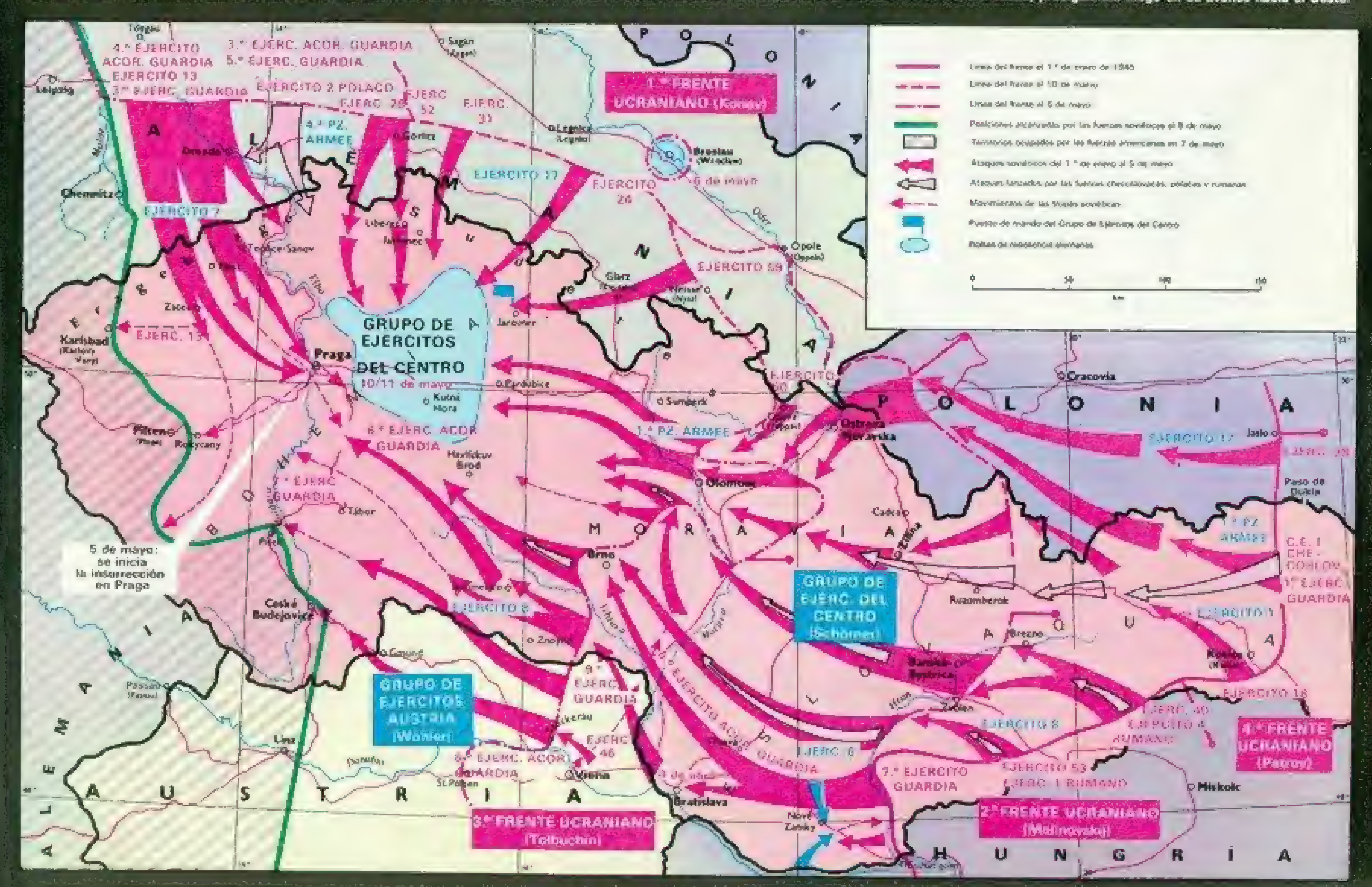
El 22 de abril, después de extenuantes combates, el Ejército 60 del capitán general P. A. Kurockin, conquistó Opava. En la jornada del 30, el Ejército 38 liberaba Ostrava Moravska, mientras el Ejército 18 y el Cuerpo de Ejército I checoslovaco se apoderaban del importante centro industrial y ferroviario de Zilina.

Mientras tanto, el 4 de abril, el segundo frente ucraniano conquistó Bratislava, continuando su avance hacia el Oeste; el 26, al término de una rápida operación realizada por el 6.º Ejército Acorazado Guardia y el Ejército 53, junto con el Grupo de Caballería motorizado del general I. A. Plijev, cayó también Brno.

El mismo día de la liberación de Ostrava Moravska se alzaba también victoriosa la bandera soviética sobre el Reichstag de Berlín, mientras, alcanzando el Elba, al noroeste de Dresde y de los primeros contrafuertes de los Sudetes, los Ejércitos de los sectores central e izquierdo del primer frente ucraniano amenazaban gravemente a todas las fuerzas alemanas operantes todavía en Bohemia. Asimismo, en Torgau, las fuerzas soviéticas efectuaron la conjunción con los americanos, rompiendo así en dos el frente alemán.

Estaba a punto de sonar la última hora de la Alemania nazi. Lo único que le quedaba todavía era Sajonia y Checoslovaquia central. La defensa de las zonas occidentales de Checoslovaquia tenía una gran importancia para el Mando alemán, por cuanto allí se hallaban varios aeródromos de la *Luftwaffe* y, además, las cadenas montañosas que se extendían a lo largo de centenares de kilómetros favorecían la creación de un sólido sistema defensivo.

Las fuerzas alemanas en Checoslovaquia comprendían el Grupo de Ejércitos del Centro, parte del Grupo de Ejércitos de Austria y el Ejército 7, que se enfrentaba a los Aliados en Bohemia occidental. En conjunto, estas fuerzas sumaban más de 900.000 hombres y disponían de más de 10.000



En la primera quincena de enero de 1945, el cuarto, el primero y el segundo frentes ucranianos iniciaron su ofensiva contra las fuerzas del Grupo de Ejércitos del Centro, que operaban en Checoslovaquia. Los soldados soviéticos avanzaron inexorablemente, consiguiendo aprisionar en una tenaza a las tropas adversarias. El 4 de abril, el segundo frente ucraniano conquistó la ciudad de Bratislava y el 25 cayó Brno, el 30 de abril, el cuarto frente ucraniano conquistó Ostrava Moravska. Entre tanto, los Ejércitos de los sectores central e izquierdo del primer frente ucraniano alcanzaban el Elba, al noroeste de Dresde. El 5 de mayo, tras la insurrección de Praga, los rusos lanzaron todo el peso de sus fuerzas contra la ciudad. El día 8 fue la jornada decisiva de la ofensiva soviética contra la capital checoslovaca: cayó Dresde, y las fuerzas del primer frente ucraniano superaron los montes de Erzgebirge y de los Sudetes; el cuarto frente ucraniano ocupó Olomouc, y también el tercer frente entró en acción, atacando en dirección Oeste. La mañana del 9 de mayo, completado el cerco de Praga, el Ejército ruso dio por finalizada su conquista alrededor de las 10 de la mañana, prosiguiendo luego en su avance hacia el Oeste.



Fierlinger (a la izquierda), jefe del gobierno checoslovaco constituido en mayo de 1945, conversa en Praga con el general soviético Matirosian y con el general Svoboda, después de la liberación de la ciudad, que se efectuó el 9 de mayo de 1945. El 5 de mayo había estallado en la capital checa una insurrección espontánea, cuya dirección estuvo a cargo del Consejo Nacional checoslovaco. *(Novosti Press Agency)*

piezas de artillería y morteros, más de 2200 carros de combate y cañones autopropulsados y cerca de 1000 aviones; era, precisamente, en estas fuerzas en las que los nazis fundaban la esperanza de poder concluir «una paz honrosa» con los Aliados para continuar después su obstinada lucha contra el Ejército ruso.

Los alemanes esperaban preservar sus fuerzas de la aniquilación total y mantener el control de Bohemia hasta que se tomaran las decisiones políticas que Hitler esperaba. Las fuerzas de ocupación alemanas acariciaban también la esperanza de restablecer en Checoslovaquia el antiguo sistema político, gracias al apoyo de los nacionalistas checos y de las potencias occidentales.

El 4 de mayo, el general Eisenhower notificó al jefe de Estado Mayor General del Ejército ruso, general A. I. Antonov: «Nos preparamos para lanzar una ofensiva en Checoslovaquia, a fin de llegar aproximadamente a la línea Ceské Budejovice-Pilsen-Karlsbad y conquistar estas ciudades. Seguidamente, si la situación lo requiere, podremos avanzar hasta alcanzar la línea del Moldava y del Elba, para liberar las orillas occidentales».

Pero el STAVKA no podía aceptar una cosa semejante. El 5 de mayo, el general Antonov respondió que ambas orillas del Moldava serían liberadas por las tropas soviéticas.

Barricadas en Praga

La mañana del 5 de mayo estalló en Praga una violenta insurrección.

La noche del mismo día, los habitantes de Praga levantaron por las calles unas 2000 barricadas, mientras afluían rápidamente de todas partes refuerzos de combatientes antinazis.

La insurrección creó gravísimos problemas a las fuerzas de ocupación, tanto es así que, para ganar tiempo, el *Reichsprotektor*, K. H. Frank, se vio obligado a iniciar negociaciones con los representantes de los insurrectos; al mismo tiempo, Schörner impartía a las tropas una orden en la que disponía que se recurriera a todos los medios para reprimir la insurrección. El 6 de mayo estalló la lucha entre los insurgentes y las fuerzas regulares germanas que acudían del frente y, pese al heroísmo de la población, los carros de combate alemanes llegaron al centro de la ciudad. Praga necesitaba una ayuda decisiva.

En consecuencia, el STAVKA ordenó al primer frente ucraniano que atacara Praga por el Norte, y al segundo frente que lanzase una ofensiva desde el Sudeste, a fin de cercar a las fuerzas alemanas en Checoslovaquia y destrozarlas por completo. El cuarto frente ucraniano (a partir del 26 de marzo al mando del general A. I. Eremenko) debía proseguir la ofensiva a lo largo de la dirección de Olomouc y destruir a la 1.ª *Panzerarmee*; con esta maniobra abriría el camino para un ataque contra Praga desde el Este. Las fuerzas soviéticas empleadas en esta operación ascendían a más de 1.000.000 de hombres, más de 23.000 piezas de artillería y morteros, unos 1800 carros de combate y cañones autopropulsados y 4000 aviones.

La ofensiva se inició el 6 de mayo, cuando 5600 piezas de artillería y morteros arrojaron sobre los alemanes un huracán de fuego. En el curso de la mañana se hizo evidente que los alemanes ya no contaban con un frente continuo al nordeste de Dresde, y que incluso, en algunas direcciones, habían empezado a retirarse. El Ejército 13 (N. P. Puchov) y el 3.er Ejército Guardia (V. N. Gordov) aprovecharon este momento favorable y convirtieron el ataque en una verdadera persecución. El grueso del 3.er y del 4.º Ejército Acorazado Guardia empezó a avanzar por la retaguardia, y, al término de la jornada, el potente ataque desencadenado al noroeste de Dresde había abierto en las defensas alemanas una brecha de 90 km de anchura por 30 de profundidad.

La noche del 6 de mayo, el 5.º Ejército Guardia, del coronel general A. S. Zadov, pasó también a la ofensiva, atacando a los alemanes al norte de Dresde. La resistencia de la División *Hermann Goering*, de la 20.ª *Panzerdivision* y de la División Motorizada 2 fue rápidamente desbaratada. A la mañana siguiente, atacaba también el Ejército 2 polaco (general K. K. Swierczewski), envolviendo Dresde por el Noroeste y avanzando hasta el río Elba.

Para el futuro desarrollo de la ofensica, era muy importante que el flanco derecho (adelantado) de las fuerzas atacantes del primer frente ucraniano avanzase rápidamente. Y, en efecto, con un veloz ataque, estas fuerzas pusieron a los alemanes ante la imposibilidad de establecerse sobre posiciones defensivas a lo largo de la frontera checoslovaca o de ocupar los pasos de montaña. El Ejército acorazado del capitán general Rjbalko luchaba aún para rechazar los contraataques alemanes al sudoeste de Dresde, pero su IX Cuerpo Motorizado Guardia (I. P. Suckov) ya se había lanzado en dirección a Praga. También la ofensiva del 5.º Ejército Guardia se desarrollaba satisfactoriamente, y la tarde del 7 de mayo, esta unidad alcanzó los suburbios noroccidentales de la capital.

Asimismo, el segundo frente ucraniano pasó a la ofensiva, al sur de Brno, la mañana del 7 de mayo, cuando el 7.º Ejército Guardia, del capitán general M. S. Sciumilov, atacó el Ejército 8 alemán

En vísperas de la ofensiva soviética en Checoslovaquia, entre las fuerzas adversarias existía una diferencia mínima en cuanto a número de hombres y de carros de combate, pero la aplastante superioridad rusa en aviones y en piezas de artillería influiría de un modo determinante en el éxito de la lucha a favor de los soviéticos. *(History of the Second World War)*





Soldados alemanes heridos son evacuados a pie, acompañados de personal sanitario. Después de la conquista de Praga las fuerzas pertenecientes al Grupo de Ejércitos del Centro quedaron cercadas al noroeste de la ciudad: entre el 10 y el 11 de mayo el Ejército ruso hizo prisioneros a más de 858.000 soldados y 60 generales alemanes *(Novosti Press Agency)*

1945

Enero-febrero: gracias al éxito de la ofensiva de invierno, el Ejército ruso libera casi la mitad de Checoslovaquia. Se incrementa la actividad de los partisanos checos.

marzo: el "frente nacional", constituido bajo la presidencia de Klement Gottwald, forma un Gobierno cuyo primer objetivo es conseguir expulsar al invasor.

5 de mayo: los insurrectos de Praga se apoderan de los puntos clave de la ciudad, obligando al *Reichsprotektor*, K. H. Frank, a entablar negociaciones con ellos.

8 de mayo: el Ejército ruso desencadena una ofensiva en gran escala.

9-10 de mayo: la ofensiva del Ejército ruso sigue adelante. Se libera Praga, y los soviéticos entran en contacto con el Ejército 3 americano de Patton.

11 de mayo: se rinden las fuerzas alemanas en Checoslovaquia.

y avanzó más de 12 km, dirigiéndose hacia Praga a lo largo del río Jihlava.

«La guerra continuará»

Mientras las fuerzas soviéticas se hallaban empeñadas en su carrera hacia la capital checoslovaca y sus habitantes combatían por las calles, los jefes políticos y militares de Alemania jugaban sus últimas cartas en un intento de evitar la rendición al Ejército ruso y hacer que sus fuerzas se replegaran, lo más rápidamente posible, hacia Occidente. En Jaromer, puesto de mando del Grupo de Ejércitos del Centro, el 7 de mayo se hizo pública la orden de rendición en todos los frentes, impartida por el jefe de Estado Mayor del OKW, *Feldmariscal* Keitel; pero Schörner se negó a obedecerla y, por el contrario, publicó otra que decía: «La propaganda enemiga está difundiendo la falsa noticia de que Alemania se ha rendido a los Aliados. Yo advierto a mis tropas que la guerra contra la Unión Soviética continúa y continuará». Y entonces, bruscamente, la resistencia en todos los sectores del frente se incrementó.

En esta situación, se ordenó a los tres frentes ucranianos que alcanzasen la zona de Praga en el menor tiempo posible, interrumpiendo las posibles direcciones de retirada del Grupo de Ejércitos del Centro hacia el Oeste.

A partir del 8 de mayo por la mañana, todos los Ejércitos del frente ucraniano tomaron parte en la ofensiva, que se desarrolló a lo largo de un cerco de 600 km, entre Dresde y el Danubio. El primer frente ucraniano lanzó al combate otros cinco Ejércitos (24, 28, 31, 52 y 59) y el segundo situó, al flanco de las fuerzas combatientes, al 6.º Ejército Acorazado Guardia, que, antes del anochecer, había avanzado más de 50 km.

Al norte de Brno, el Ejército 53 y el Ejército 1 rumano se lanzaron contra el enemigo, mientras por el Sur avanzaban el 9.º Ejército Guardia y el Ejército 46. Simultáneamente, al sur del Danubio, el tercer frente ucraniano atacaba en dirección Oeste. No cabe duda de que aquella jornada fue decisiva, pues los Ejércitos rusos arrollaron las fortificaciones de frontera, superaron los pasos de montaña, obligaron a replegarse a las tropas alemanas, cruzaron la frontera entre Alemania y Checoslovaquia y se lanzaron hacia el Sur, en dirección a Praga. A las 18 horas, las unidades acorazadas soviéticas avanzadas descendían de las montañas, liberando Teplice-Sanov y Most.

Destrucción de las fábricas de «V - 1»

A continuación, los Ejércitos acorazados soviéticos prosiguieron su carrera hacia Praga, seguidos por la infantería. La tarde del 8 de mayo, los Ejércitos del flanco derecho cruzaron los pasos de Erzgebirge, liberando centenares de pueblecitos de Bohemia occidental. Ese mismo día, el 5.º Ejército Guardia y el Ejército 2 polaco conquistaron Dresde, el gran centro industrial de Sajonia, interrumpiendo así la dirección de enlace más corta entre Alemania y Praga. Los Ejércitos de los sectores derecho y central del primer frente ucraniano penetraron en los Sudetes, conquistando las ciudades de Görlitz, Jablonec y Liberec y destruyendo los establecimientos en los que se fabricaban las *V-1* y las *V-2*. El segundo frente ucraniano liberó Znojmo, Miroslav y Jaromerice, prosiguiendo su avance hacia la capital checoslovaca desde el Sudeste, y el día 8 de mayo el cuarto frente ocupaba, al fin, Olomouc. Los rusos estaban ahora cercando por tres lados a los alemanes al noroeste de Praga, y la distancia que las separaba de la ciudad oscilaba entre los 80 y los 120 km.

La situación era desesperada para los alemanes y a las 20 horas del día 9 de mayo, el Mando soviético dirigió un llamamiento, por radio, a todos los alemanes que operaban en Checoslovaquia occidental, invitándoles a la rendición incondicional. El Mando alemán no respondió.

Durante la noche, los carros de combate del primer frente cubrieron más de 80 km y la mañana del día 9 llegaban a la ciudad, donde al punto estallaron violentos combates por las calles.

El ataque soviético sorprendió y arrolló a los alemanes; más de 4000 hombres fueron hechos prisioneros. Alrededor de las diez de la mañana del 9 de mayo, las fuerzas soviéticas, con el apoyo de las formaciones de insurrectos, limpiaron totalmente la ciudad de sus ocupantes. Por la tarde, las tropas del 4.º Ejército Acorazado Guardia alcanzaban el límite sudoriental de Praga, mientras el 3.er Ejército Acorazado Guardia se apoderaba de todos los puntos de cruce sobre el Elba y el 5.º Ejército Guardia alcanzaba el Moldava, cerrando las vías de retirada a las tropas alemanas al norte del río. El 6.º Ejército Acorazado Guardia se estableció en posiciones defensivas al sudeste de la capital. Ahora todos los caminos que se dirigían al Oeste estaban sólidamente bloqueados y el Grupo de Ejércitos del Centro se encontraba atrapado por las fuerzas soviéticas. Entonces, comprendiendo que ya era inútil seguir combatiendo, los alemanes depusieron las armas y se rindieron.

El 10 de mayo, el STAVKA ordenó a las fuerzas soviéticas que se dirigieran hacia el Oeste, para establecer contacto con las fuerzas británicas y americanas. Y aquel mismo día, el primer frente ucraniano se reunía con el Ejército 3 americano a lo largo de la línea Chemnitz-Rokycany, mientras el flanco izquierdo del segundo frente ucraniano alcanzaba la línea Pisek-Ceské Budejovice y se unía también a los Aliados. Los restos de las divisiones alemanas estaban encerrados en una bolsa al nordeste de Praga, y sólo unos pocos contingentes pertenecientes al Grupo de Ejércitos de Austria lograron escapar. En el curso de las jornadas del 10 y del 11 de mayo caían prisioneros los hombres del Grupo de Ejércitos del Centro en Checoslovaquia: más de 858.000 hombres y 60 generales. Los ejércitos rusos conquistaron, como botín de guerra, ingentes cantidades de armas y de material.

La guerra de la Unión Soviética contra Alemania había durado casi cuatro años. Fue la fase más decisiva e importante de toda la segunda Guerra Mundial y finalizó con la caída del nazismo, la rendición sin condiciones de los Ejércitos alemanes y el proceso de Nuremberg.

Y, ciertamente, no fue una victoria fácil. Más de 20.000.000 de ciudadanos soviéticos murieron en los campos de batalla, sepultados entre las ruinas de las ciudades y pueblos arrasados, fusilados por los nazis o desaparecidos en los campos de concentración. No hay, en toda la Unión Soviética una sola familia que no haya perdido en esta guerra uno de sus miembros o algún pariente.

Es difícil incluso enumerar detalladamente los daños que la guerra causó a la Unión Soviética. Las fuerzas alemanas destruyeron más de 70.000 ciudades y pueblos e incendiaron 32.000 instalaciones industriales, perdiendo la URSS el 30 % de su riqueza nacional.

PAVEL S. MATRONOV, CORONEL



Nació en 1918. Ingresó en el Ejército ruso en 1939 y participó en la segunda Guerra Mundial. Al principio de las hostilidades luchó, como suboficial, en el frente occidental soviético, y tomó parte en las batallas de Brody y de Kiev, en 1941. Adquirió una dura experiencia en el curso de la batalla de Stalingrado; luchó también en la gran batalla de carros de combate en Kursk. El coronel Matronov es especialista en ciencias militares, es también conferenciante e historiador militar, y en este campo ha escrito numerosos libros, entre ellos: *Historia del arte de la guerra*, *Por la dorada Praga* y *La liberación de Praga*

Alemania, Checoslovaquia, enero-mayo 1945

EL EJERCITO VLASOV Y LA INSURRECCION DE PRAGA

Michael Montgomery



IV. Chochola

Después de un largo periodo de incertidumbre y de recelo, los alemanes se decidieron al fin a confiar al general Vlasov el mando de un ejército soviético de voluntarios; pero el general y sus comandantes no tardaron en dar muestras de una excesiva independencia. Después de haberse retirado del frente oriental, en Erlenhof, sin autorización de los alemanes, la División 1 se negó a desplegar sobre el frente checoslovaco, en Brno. La conjunción de las Divisiones 1 y 2 en Checoslovaquia, la misión de éstas en la insurrección de Praga y los repetidos esfuerzos por rendirse a las fuerzas americanas, no fueron sino diversos aspectos de la intención de Vlasov de eludir la trampa en que se encontraba: de una parte los nazis, y, de otra, la proximidad del Ejército ruso.

El Ejército Vlasov, formado, como se sabe, a fines de 1944 por el comité para la liberación de los pueblos de Rusia en tierra alemana (KONR), se encontró muy pronto en medio de los fuegos cruzados de las opiniones opuestas y de las diversas concepciones respecto a la política oriental que prevalecían en las altas esferas alemanas. En otoño de 1944, tras la aprobación de Himmler, se constituyó este Ejército, y el general Vlasov asumió su mando el 28 de enero de 1945. Pero la autoridad de Vlasov era en gran parte ficticia, pues el OKW seguía impartiendo órdenes que, de un modo u otro, afectaban a la nueva unidad. Estas órdenes de procedencia alemana darían lugar, más tarde, a un conflicto de cierta importancia, un conflicto que contribuyó a provocar el imprevisto cambio de actitud de los comandantes de Vlasov cuando estaba a punto de terminar la guerra en Checoslovaquia. Al mismo tiempo se produjeron otras controversias entre los diversos ministerios alemanes, así como una actitud hostil al militar ruso en determinados ambientes, que obstaculizaron en gran manera la realización de los planes.

No es de extrañar que Vlasov, un enemigo del bolchevismo quizás poco sagaz, pero indudablemente de buena fe, empezara a cansarse de los alemanes. Había permanecido en prisión casi tres años y su sincero deseo de derrocar a Stalin acabó por naufragar en medio de las luchas intestinas de los políticos alemanes y de las maquinaciones de los diversos grupos de refugiados soviéticos. Los alemanes reconocían que Vlasov no era un simple mercenario, lo que él confirmó en el manifiesto de Praga, lanzado en 1944 en ocasión de la constitución del KONR y en el que subrayaba su independencia de los alemanes y ahora que al fin se había constituido su Ejército y que tenía la posibilidad de combatir por sus convicciones políticas, se veía obligado a enfrentarse con nuevas frustraciones: una progresiva retirada del apoyo de Himmler, la reducción a dos de las cinco divisiones prometidas en un principio, la escasez de armas para sus fuerzas, la resistencia de los dirigentes económicos y del OKW para confiarles los *ostarbeiter* (trabajadores procedentes de toda la Europa oriental) y las *osttruppen* (unidades de tropas soviéticas ya existentes) así como la eterna suspicacia de Hitler respecto a los oficiales soviéticos.

Sospechas acerca de las verdaderas intenciones alemanas

Algunos oficiales de Vlasov tenían sus sospechas acerca de las verdaderas intenciones de los alemanes. Ya en febrero, había surgido un conflicto cuando la *Wehrmacht* ordenó a varias compañías contracarro de la División 1 del KONR que alcanzaran el frente del Oder. Buniacenko se negó a obedecer dicha orden y, al final, la acción fue llevada a cabo por un batallón autónomo de voluntarios de Stettin, al mando del ayudante de campo de Vlasov, coronel Sackarov. Y puesto que las relaciones eran cada vez más tirantes parecía inevitable que se produjera algún incidente grave en la primera ocasión en que una potente unidad del Ejército Vlasov se lanzara al campo de batalla contra los soviéticos.

A partir de marzo de 1945, las noticias procedentes de los frentes atenuaron el rigor ideológico de Hitler, hasta tal punto que acabó por consentir el empleo de unidades KONR en el frente oriental. Ya no cabía esperar milagros, pero quizá las unidades de Vlasov podrían, cuando menos, retrasar el avance soviético. Por lo tanto, el día 2 de marzo de 1945, la División 1 del KONR recibió la orden de desplegar al este de Berlín. Buniacenko se negó a obedecer hasta que dicha orden no fuera contrafirmada por Vlasov, por lo que fue necesario ponerse en contacto con el mando del KONR en Karlsbad. Al fin, la división se reunió en el sector indicado: su objetivo era un saliente del Ejército del Oder. Las tropas soviéticas

estaban sólidamente atrincheradas y la tarea de Buniacenko se hacía aún más difícil a causa de las inundaciones provocadas por las lluvias primaverales. Además, Buniacenko estaba contrariado por el hecho de que el Ejército Vlasov no se emplearа en su totalidad, y asimismo estaba convencido de que los alemanes no colaboraban con él en la medida en que hubieran podido hacerlo. No obstante, en la segunda semana de abril, las fuerzas de Buniacenko desencadenaron finalmente el ataque, el cual, no habiendo logrado ningún resultado apreciable, fue seguido por una retirada que, al parecer, ordenó Buniacenko por propia iniciativa.

Las fuerzas de Buniacenko –considerado jurídicamente en estado de rebeldía por la retirada no autorizada– alcanzaron Dresde el 23 de abril, donde recibieron una oferta de rehabilitación si combatían en la zona bajo el mando local del Grupo de Ejércitos del Centro del *Feldmariscal* Schörner. Buniacenko rechazó la oferta y continuó la marcha hacia Checoslovaquia. A fines de mes, la división disidente fue visitada por Vlasov y por el propio Schörner, así como por los oficiales de su Estado Mayor. Buniacenko aceptó alcanzar el frente en las proximidades de Brno; pero en seguida, y a pesar de la amenaza de represalias formulada por Schörner, cambió el contenido de la orden que él mismo impartiera e hizo que sus hombres se detuvieran a unos 50 km al sudoeste de Praga. En este lugar, Vlasov, que estaba efectuando un desplazamiento con sus tropas, fue informado de que la División 2 se dirigía en aquel momento hacia Checoslovaquia. Esta división acabó por detenerse en Bohemia meridional, no sabiendo ya qué hacer en medio de aquella caótica situación.

Entre tanto, las preocupaciones alemanas eran otras: no se trataba ya de convencer a las unidades de Vlasov de que debían regresar al frente, sino más bien de asegurarse de que no dirigieran sus armas contra las tropas alemanas en aquella zona que querían defender a toda costa. En efecto, las provincias checas de Bohemia y Moravia constituían un protectorado del Reich y durante el transcurso de la guerra tuvieron una importancia capital para los alemanes, tanto por su valor estratégico como por la producción de su industria pesada.

En la primavera de 1945 las tierras checas constituían la última posición defensiva en poder de los alemanes, que confiaban en sus instalaciones industriales para hacer frente a un ataque procedente del Este, por lo menos hasta que se hubiesen realizado todos los intentos posibles para concluir una paz por separado con los aliados occidentales.

Pero la primavera de 1945 también se caracterizó por un brusco incremento de la actividad partisana en tierras checas, especialmente en Moravia, donde la naturaleza del terreno era mucho más favorable.

Las unidades partisanas –organizadas, en su mayoría, por los soviéticos– consiguieron mantener empeñadas no sólo a las fuerzas específicamente adscritas a la neutralización de las actividades de la Resistencia, sino también a ingentes reservas alemanas y, con sus inesperados ataques y sus acciones de hostigamiento, lograron crear, entre las tropas ocupantes, un grave estado de confusión y de nerviosismo.

No obstante, la Resistencia se veía obstaculizada en gran manera por las divergencias entre los dos grupos principales: los comunistas consideraban que la Resistencia era un movimiento cuyo principal objetivo debía ser la unión de todo el pueblo en una acción revolucionaria contra los invasores y contra *el orden social anterior a la guerra*; en cambio, la resistencia filoccidental se limitaba a un pequeño grupo de colaboradores de confianza, que operaba clandestinamente, recogiendo información, llevando a cabo pequeños actos de sabotaje y procurando sobrevivir hasta el día en que los frentes aliados se aproximaran lo suficiente para realizar entonces operaciones a más amplia escala.

Esta última concepción, patrocinada por el Gobierno exiliado en Londres, estaba claramente influida por las ideas que prevalecían en el SOE, que era quien proporcionaba a la Resistencia checa la mayor ayuda.

Pero en abril de 1945, los principales grupos aceptaron subordinar sus actividades a las decisiones del Consejo Nacional checo, y los esfuerzos para coordinar la actividad de los distintos grupos se vieron al fin coronados por la creación de un organismo unitario. El Consejo incluía a comunistas, socialdemócratas, sindicalistas y representantes de otros partidos políticos. Su comisión militar estaba presidida por el capitán Jeromir Nechansky, un desterrado lanzado en paracaídas por los ingleses y reconocido como jefe de los partisanos en tierras checas.

Las agrupaciones filoccidentales todavía no se habían recobrado plenamente de la oleada de terror que siguió al asesinato del *Reichsprotektor* Heydrich, ocurrido a mediados de 1942. Por aquellos días, estos grupos fueron desbaratados y el Gobierno exiliado en Londres hubo de trabajar activamente para restablecer en el país sus puntos de apoyo. También los comunistas sufrieron las consecuencias del asesinato de Heydrich; pero, por lo general, demostraron mayor capacidad de recuperación.

Durante este período, la proximidad del territorio soviético, desde donde era fácil enviar suministros, oficiales de enlace u hombres especializados en la organización de los movimientos partisanos, les favoreció muchísimo.

El Consejo Nacional checo, constituido en Praga en la primavera de 1945, expresó su fidelidad al gobierno de Kosice, una nueva coalición checoslovaca aprobada por Benes y proclamada en la ciudad eslovaca de Kosice cuando el frente soviético avanzó en dirección Oeste. Este gobierno no había dado una directriz definida en cuanto a una insurrección en el momento en que el frente fuera aproximándose; mas una de las condiciones que el Consejo juzgó suficiente para justificar una acción de esta índole fue el cerco de las tierras checas por parte de los frentes aliados. Esta era la situación que se creó, a principios de mayo de 1945, cuando los Ejércitos soviéticos se apoderaron del complejo industrial de Ostrava Moravska y las fuerzas del general Patton se establecieron a lo largo de los confines occidentales de Bohemia. El Consejo Nacional inició entonces los preparativos para una insurrección, que debería estallar apenas la situación fuera propicia para ello.

También los grupos filoccidentales estaban preparándose, pero con autonomía, para esta ocasión, puesto que, según la concepción inglesa de la Resistencia, esta era su verdadera razón de ser.

La primera semana de mayo se caracterizó por una serie de movimientos insurreccionales, espontáneos, en diversas ciudades y en pueblos; en la mayoría de los casos, los insurrectos lograron desarmar a las tropas de guarnición alemanas y asumir el control de los organismos administrativos. Igualmente espontáneos fueron los orígenes de la insurrección de Praga, que sorprendió tanto al Consejo Nacional como al Gobierno de Kosice.

La chispa que prendió la antorcha de la revuelta fue el intento, al parecer no premeditado, de los combatientes de la Resistencia de apoderarse de la sede de la emisora radiofónica, que se hallaba en el centro de la ciudad. Los alemanes intentaron contener el ataque y pronto se desencadenó, en torno al edificio, una verdadera batalla. La radio lanzó un llamamiento a todos los sectores de la población solicitando ayuda, y horas más tarde toda la ciudad se había sublevado. Viendo el cariz que tomaba la situación, el Consejo Nacional checo decidió, al fin, entrar en escena y tomar las riendas de la insurrección.

La tarde del 5 de mayo, gran parte de la ciudad estaba ya en poder de los insurrectos; por la noche, se levantaron en las calles y en las principales arterias de acceso numerosas barricadas. Valiéndose de la recién conquistada emisora de radio, el Consejo Nacional lanzó un llamamiento a los combatientes de la Resistencia y a los partisanos que operaban en otros lugares del país. Incluso se llamó a las tropas de Vlasov, acampadas al sur de la ciudad, solicitando que acudieran en ayuda de los insurgentes.

En el curso de aquella misma tarde, unidades de la División 1 de Vlasov empezaron a avanzar sobre Praga, atacando a todas las fuerzas alemanas que encontraban en su camino. Antes del crepúsculo, las patrullas avanzadas de Vlasov se habían unido a los insurrectos en los suburbios occidentales de la capital checoslovaca.

Entre tanto, el comandante militar de Praga había entablado negociaciones con los representantes del mando de Bartos (grupo principal de la Resistencia filoccidental) y amenazaba al mismo tiempo con arrasar la ciudad con la artillería y los morteros.

Entonces, la aparición de los soldados de Vlasov al lado de los insurrectos constituyó una gran sorpresa para los alemanes, que habían esperado una actitud neutral por parte de aquellos rusos. Su primera reacción fue intentar conseguir una tregua con el general soviético; en el informe que envió Schörner, describió todo este asunto como un «malentendido».

A su llegada a Praga, las tropas de Vlasov distribuyeron un manifiesto, escrito en checo y en ruso, en el que anunciaban su propósito de combatir, por igual, a la Alemania nazi y al bolchevismo. Al no disponer de auténticas declaraciones por parte de los principales protagonistas, este brusco cambio de actitud, este paso de una relativa neutralidad a una abierta hostilidad hacia los alemanes, es todavía un enigma para nosotros. Ciertos datos nos inducen a creer que el general Vlasov se hallaba inmerso, en este período, en una especie de apatía y que había empezado a beber.

En cuanto a la conducta a seguir, el KONR estaba dividido: un grupo era partidario de efectuar nuevos intentos para obligar a las fuerzas de Vlasov a rendirse a los aliados occidentales, mientras otra fracción consideraba más oportuno alinearse con el resto de las unidades antisoviéticas al servicio de los alemanes para continuar la guerra. Al parecer durante la insurrección de Praga, Vlasov había concedido a Buniacenko plena libertad de acción, y probablemente fue él quien, por propia iniciativa, ordenó el avance sobre Praga.

Pero, quienquiera que hubiese ordenado a las fuerzas de Vlasov descender al campo de batalla de Praga, lo cierto es que tal decisión se había tomado con el convencimiento de que supondría algunas ventajas para el ejército del KONR, y que asimismo proporcionaría una buena coartada en el momento de ser juzgados. El Ejército de Vlasov tenía buenas razones para esperar caer, más pronto o más tarde, en manos americanas. No hay duda de que Vlasov y sus comandantes tenían sus motivos para estar exasperados por el comportamiento de los alemanes respecto a ellos, y tal vez esperaban poder continuar la lucha política antibolchevique con ayuda de los aliados occidentales, amenaza que Vlasov ya había esgrimido ante los alemanes poco después de su captura en 1942. En realidad, los jefes del KONR sabían muy bien cuál sería su destino si caían en manos de los rusos, y por ello, el 7 de mayo, cuando resultó evidente que los americanos no avanzarían para liberar la ciudad, la División 1 se retiró de Praga, y algunos días después, en Pilsen, Vlasov intentó entregar su Ejército a los americanos.

La esperanza de que las fuerzas americanas, que se hallaban en la región occidental del país, marcharían sobre Praga era compartida por gran parte del movimiento de resistencia checoslovaco,

EL FIN DEL EJÉRCITO VLASOV

1945

28 de enero: el general Vlasov asume el mando del Ejército del KONR y aumenta sus efectivos a 50.000 hombres.

2 de marzo: la División 1 del KONR recibe órdenes de situarse al este de Berlín, pero el comandante Buniacenko rehúsa aceptar órdenes que no procedan de Vlasov.

abril: la División 1 de KONR es transferida al frente checoslovaco, mientras la División 2 abandona Austria y se desplaza a Bohemia.

5 de mayo: los insurrectos se apoderan de Praga.

6 de mayo: Vlasov marcha sobre Praga en ayuda de los sublevados; al caer la tarde sus unidades avanzadas combaten ya en los suburbios occidentales de la ciudad.

7 de mayo: el Consejo Nacional checo se separa del Ejército Vlasov. Cuando el Gobierno checo, exiliado en Londres, ordena a los insurrectos que no acepten su ayuda, Vlasov abandona Praga y, después de algunas dificultades, logra llegar al sector donde se hallan los americanos. Estos, sin embargo, le entregan a los soviéticos junto con muchos de sus hombres. El general Vlasov es procesado por traición y ahorcado el 2 de agosto de 1946.

así como por los jefes alemanes locales. Mas en cuanto se dieron cuenta de que los americanos no llegaban, los alemanes concentraron todos sus esfuerzos en romper el cerco y emprender la huida hacia el Oeste.

En aquellos días, las fuerzas americanas se mantenían sobre una línea que, pasando por Pilsen, llegaba hasta Karlsbad y a Ceské Budejovice y, si bien el día antes de la insurrección estaban dispuestas a marchar sobre Praga, el STAVKA había pedido al general Eisenhower que no lo hicieran, pues ello interferiría en la inminente operación soviética, cuyo objetivo era liberar la ciudad. Sin embargo, más allá de la línea de contención, los americanos desarrollaron una limitada actividad de patrulla y durante los días de la insurrección, una columna acorazada americana avanzó hasta los suburbios de Praga, escoltando a un alto oficial alemán encargado probablemente, de negociar con Schörner la capitulación alemana. Pero, a pesar de las solicitudes de radio Praga y de los emisarios expresamente enviados por el movimiento de Resistencia, los americanos, a causa de las objeciones soviéticas, no pudieron prestar ninguna ayuda a la ciudad.

Actitud del Consejo hacia Vlasov

Sin embargo, no fue tan sólo el fallido avance de los americanos lo que indujo a los comandantes del KONR a abandonar Praga el 7 de mayo. Aquella mañana, el Consejo Nacional había celebrado una reunión en la que estuvo presente el representante de Buniacenko, el capitán Antonov; en el curso de la misma se discutió la actitud que el Consejo asumiría respecto a la participación de las fuerzas de Vlasov en la insurrección. Los comunistas eran contrarios a Vlasov, pues temían que, impulsado por su anticomunismo, pudiese decidir, en cualquier momento, volver las armas contra ellos. Además, recelaban que los Aliados, en particular los rusos, una vez en conocimiento del hecho de que Vlaslov estaba también implicado, dudasen en cuanto al matiz político de la insurrección y que ello les indujera a no prestar ayuda al movimiento. Finalmente, el Consejo esbozó una declaración –transmitida aquella misma tarde por Radio Praga en inglés y en ruso– en la cual se desvinculaba completamente a Vlasov del Ejército. Aquella misma tarde, desde Londres, el Gobierno checoslovaco advirtió a los insurrectos que no debían aceptar ninguna ayuda de los «renegados soviéticos».

El hecho de haber rehusado la ayuda de Vlasov, no impidió que el Consejo Nacional enviara, el 7 de mayo, dos delegados al general Buniacenko, a fin de que intentaran conseguir armas y municiones. Pero el fracaso de esta misión puso término a todas las discusiones sobre el asunto Vlasov en la reunión del Consejo Nacional. Un detalle interesante de la visita de los checos a Buniacenko es un coloquio en el curso del cual éste les pidió transmitieran por radio un memorándum que estaba redactando, en el cual justificaba la existencia del Ejército Vlasov, y explicaba los motivos que le habían decidido a enviar la División 1 en ayuda de los insurrectos de Praga.

Esta explicación se basaba sobre no muy bien precisados «sentimientos eslavos». En otras palabras, dijérase que ante la inminencia del hundimiento alemán, los hombres de Vlasov se hubiesen convertido a una especie de paneslavismo antisoviético. Hacía tiempo que los alemanes temían algo parecido y ya habían tomado algunas medidas para bloquear cualquier movimiento político que Vlasov intentara con otros Gobiernos eslavos. Así, en el invierno de 1944, Berlín impidió que el gobierno títere de Servia reconociera oficialmente a Vlasov y, en febrero de 1945, se anuló una conferencia de los pueblos eslavos que debía celebrarse en Bratislava.

¿Qué había detrás de las interminables conversaciones a propósito de Vlasov promovidas en el seno del Consejo Nacional checo? Tratábase, una vez más, de la ruptura entre el planteamiento generales de los grupos filoccidentales y el de los grupos de inspiración comunista. Los comunistas eran decididamente contrarios a la idea de incluir a Vlasov en la lucha, mientras los representantes del mando de Bartos opinaban que la ayuda de una división acorazada, en la fase final, sería muy valiosa. Para el mando de Bartos, lo que se ventilaba no era tan sólo una intransigente guerra ideológica, sino más bien una acción militar rápidamente posible; y es significativo que los primeros en negociar con los alemanes durante la insurrección fuesen, precisamente, los representantes del Mando militar.

El mando de Bartos no se limitó a sostener la utilidad de la ayuda de Vlasov, sino que además alentó a las unidades rusas a acudir a Praga. Los mensajes enviados por el mando a sus avanzadillas demostraron que los grupos de Resistencia filoccidentales estaban ya en contacto con el Ejército de Vlasov antes de que la insurrección estallara. Y, por último, lo que acabó de poner en movimiento a estas unidades rusas fue un telegrama enviado por el citado mando de Bartos, a su jefe local de Kladno, en el que se invitaba a los grupos de Resistencia de esta ciudad y al Ejército de Vlasov a correr en ayuda de los insurrectos. Es posible que se le hubiera hecho al general ruso alguna vaga promesa de que su caso, una vez terminada la guerra, podría ser juzgado con cierta indulgencia. Los argumentos del mando de Bartos que han llegado hasta nosotros sugieren que en los días inmediatamente anteriores a la insurrección, Vlasov y Buniacenko habían entablado negociaciones con un «general de Londres»; probablemente a través de un enlace por radio, puesto a disposición del movimiento de Resistencia; con toda probabilidad sería un intento de Vlasov para rendirse a los occidentales.

Al hacer su aparición en Praga, las unidades de Vlasov iban acompañadas por sus oficiales de enlace checos de los mandos de Bartos y Alez. Este último, al anochecer del 6 de mayo, ordenó a sus fuerzas que apoyaran a las unidades de Vlasov, y el mismo día, en la sede del mando de Bartos, se celebró una reunión en el curso de la cual se informó, a los altos oficiales de la División 1 del KONR, de la situación de los principales centros de resistencia alemana en la ciudad. Durante esta reunión se discutieron también las operaciones en las que, al día siguiente, serían empeñadas las fuerzas de Vlasov. Pero estas operaciones fueron interrumpidas bruscamente por la imprevista retirada de la ciudad de las unidades rusas.

Aun habiendo combatido en Praga tan sólo durante veinticuatro horas, las unidades de Vlasov ejercieron notable influencia en el curso de la insurrección. La sola presencia de tropas adiestradas, con carros de combate, autoametralladoras y artillería ligera, fue un gran estímulo moral para los insurrectos. Y si bien la hostilidad de ciertos sectores del Consejo Nacional se reflejaba en algunos barrios de la ciudad en la actitud de los hombres que guarnecían las barricadas, el éxito de los combates que estallaron durante la jornada del 7 de mayo, convenció a los alemanes de la imposibilidad de dominar la insurrección. Después de un último y desesperado contraataque desencadenado la mañana del 8 de mayo con apoyo de la artillería y de un bombardeo aéreo, los alemanes se rindieron al Consejo Nacional checo.

Los términos de la rendición preveían que las fuerzas germanas abandonarían la ciudad y entregarían las armas a lo largo del camino.

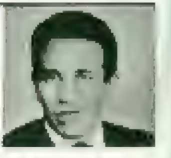
Durante los primeros días de la insurrección de Praga, quizá los alemanes hubieran tenido posibilidades de abandonar la ciudad gracias a su superioridad en hombres y en armas. Pero la aparición de las tropas de Vlasov y su intervención en los combates desencadenados en las calles embotellaron a los germanos en el ángulo noroccidental de la urbe, quitándoles toda esperanza de ponerse a salvo hacia el Oeste. En este punto, los alemanes se precipitaron en el caos más absoluto; pese a la negativa de Schörner de aceptar la rendición incondicional, decidida por el Gobierno de Doenitz, casi todas las unidades alemanas estaban dominadas por una única idea: salir de la ciudad antes de que llegaran los rusos. De aquí, la capitulación del 8 de mayo.

La División 1 del KONR se reunió de nuevo fuera de la ciudad, después de las jornadas del 7 y del 8 de mayo, y, al fin, logró entregarse a los americanos. Vlasov, que también esperaba de estos últimos un trato mejor que el que seguramente le reservaban los rusos, temía que el Ejército del KONR pudiera ser tratado a nivel de un «asunto interior» y, por lo tanto, consignado al Ejército ruso.

Y, en efecto, pese a la simpatía suscitada en algunos ambientes americanos, una gran parte de la División 1 del KONR fue, finalmente, transferida a los rusos. Incluso algunos de los hombres de Vlasov que permanecieron voluntariamente en Praga para ayudar a los insurrectos fueron capturados por los soviéticos en el momento de la liberación de la ciudad. A excepción de los oficiales del mando y de un regimiento, incluso la División 2 cayó en poder de los rusos en Bohemia meridional; dicha división no había tomado parte en la insurrección, pues permaneció al sur de la ciudad, inmersa en la confusión que siguió a la captura de uno de sus altos oficiales por los partisanos.

Los americanos enviaron al general Vlasov a una unidad soviética, en las cercanías de Schlüsselburg, donde se iniciarían negociaciones con el mando americano. El 2 de agosto de 1945, un lacónico comunicado aparecido en la última página de *Pravda* informaba que Vlasov y algunos de sus oficiales habían sido procesados por alta traición, espionaje y actividades terroristas contra la Unión Soviética, juzgados culpables, y, finalmente ahorcados.

MICHAEL MONTGOMERY



Nació en Liverpool en 1941 y estudió alemán y polaco en Cambridge. Durante seis años colaboró en la sección de Servicios Europeos de la BBC en Londres. Conoce casi todas las lenguas europeas y es autor de numerosas traducciones, especialmente del polaco. En la actualidad trabaja en una historia de los movimientos de Resistencia en Checoslovaquia durante el período bélico

Yugoslavia, septiembre 1943-mayo 1945

EL TRIUNFO DE TITO

Phyllis Auty

En septiembre de 1943, tras pasar por la terrible prueba de la quinta ofensiva del Eje, ante el maltrecho Ejército partisano de Tito se abrieron nuevas perspectivas: Italia abandonaba las hostilidades y los guerrilleros desarmaron a los italianos antes de que lo hicieran los alemanes. Sin embargo, aún no habían terminado las dificultades para Tito. Si bien ahora su Ejército disponía de más de 300.000 hombres y se había asegurado temporalmente el control de dos tercios del territorio yugoslavo, los alemanes siguieron hostigando a los partisanos con constantes ofensivas, y en una ocasión, el propio Tito se salvó casi de milagro de ser capturado. No obstante, poco menos de un año después, Tito y Stalin llegaron a un acuerdo sobre la "entrada temporal" del Ejército ruso en Yugoslavia, lo que permitió a los grupos partisanos desencadenar la última ofensiva que les llevaría definitivamente a la victoria y a Belgrado.

La quinta ofensiva del Eje marcó el período más crítico de la historia militar de los partisanos yugoslavos, pero sus efectos no fueron duraderos. El desarrollo de la guerra debía sufrir aún profundas transformaciones. En septiembre de 1943 los ingleses enviaron cerca de Tito una verdadera misión militar, al frente de la cual figuraba el general de brigada Fitzroy Maclean; no obstante, los oficiales de enlace británicos que se hallaban con las fuerzas de Mihailovic no fueron reclamados hasta algunos meses después (junio 1944), por lo que, hasta aquel momento, los partisanos siguieron alimentando sospechas acerca de las verdaderas intenciones británicas. Sin embargo, ello no impidió que se alegrasen del reconocimiento inglés. Además, la llegada de la misión de Maclean coincidió con lo que constituiría el giro decisivo para la suerte de los partisanos: en efecto, aquel mismo mes Italia capitulaba

Tito no sabía nada de la inminente rendición de Italia (lo que irritó profundamente al jefe partisano), pero, a pesar de ello, sus unidades se empeñaron en una frenética carrera con los alemanes para ser los primeros en alcanzar a las tropas italianas en Yugoslavia (14 divisiones completas y 4 incompletas), a fin de apoderarse de su armamento y de su equipo. Los partisanos consiguieron desarmar diez divisiones italianas, capturando gran cantidad de material bélico

Al mismo tiempo, gracias a las nuevas relaciones establecidas con Gran Bretaña, empezaron a



Belgrado, 1945: con ocasión del 1 de mayo, unidades del Ejército yugoslavo desfilan delante de Tito por las calles de la capital, conquistada el 20 de octubre de 1944 tras los ataques lanzados por unidades del Ejército ruso y del Grupo de Ejércitos I yugoslavo. *(Imperial War Museum)*

llegar abastecimientos y material sanitario. Un joven jefe partisano, llamado Ivo-Lola Ribar, a quien se había confiado la misión de oficial de enlace ante los Aliados, resultó muerto el 26 de noviembre, en el curso de una incursión realizada por un comando alemán, precisamente en el momento en que se disponía a subir a bordo de un avión que había de transportarlo al cuartel general aliado en El Cairo. Su puesto fue ocupado por el capitán Vladimir Velebit, quien organizó la evacuación de los heridos más graves. De este modo el Ejército partisano pudo resolver al fin uno de los problemas que más habían obstaculizado hasta entonces sus actividades.

1943

8 de septiembre: Italia se rinde. Los partisanos yugoslavos desarman diez divisiones italianas. El Ejército de Tito eleva sus efectivos a 300.000 hombres y domina dos tercios de Yugoslavia.

Mediados de octubre: se inicia la sexta ofensiva alemana.

29 de noviembre: se reúne en Jajce la segunda sesión de la Asamblea partisana nacional. Se conceden a Tito amplios poderes y el grado de mariscal.

1944

Mediados de enero: tras violentos combates en Bosnia central y oriental se agota la sexta ofensiva alemana.

25 de mayo: los alemanes atacan con aviones, planeadores y morteros la sede del cuartel general partisano de Drvar. Tito consigue escapar.

21 de septiembre: Tito se entrevista con Stalin. Se acuerda "la entrada temporal" del Ejército ruso en Yugoslavia.

11 de octubre: el Ejército ruso entra en Yugoslavia, y con unidades del Grupo de Ejércitos I yugoslavo marcha sobre Belgrado.

1945

15 de mayo: se rinden los últimos núcleos de resistencia alemana en Yugoslavia.

Cambio en la actitud aliada

La capitulación italiana favoreció en gran manera la posición de los partisanos, hasta el punto de que, a consecuencia de ello, estuvieron en condiciones de liberar amplias zonas de Dalmacia, Croacia y Eslovenia, que los alemanes no podían mantener bajo su riguroso control. Además, como ya se ha dicho, la rendición italiana puso a disposición de los partisanos una gran cantidad de armas y de equipo, lo que permitió que los efectivos de su Ejército aumentaran en unos 80.000 hombres; al propio tiempo la actividad de reclutamiento se vio notablemente estimulada en todas las zonas del país. Asimismo sufrió una transformación radical la actitud de los Aliados hacia el propio movimiento partisano. Si bien la posición alemana en Europa occidental y en Yugoslavia era todavía fuerte, ya no cabían dudas acerca del resultado final de la guerra: era evidente que la ganarían los Aliados, y de ahí que las consideraciones políticas adquirieran cada vez mayor importancia. Los jefes del Estado Mayor conjunto aliado reconocieron, por primera vez oficialmente, aunque todavía con precauciones, el movimiento de resistencia en el curso de la conferencia de Quebec (agosto de 1943) para determinar las líneas generales de la Operación «Overlord», o sea la invasión de Europa occidental. Y en la conferencia de Teherán, en diciembre del mismo año, desaparecieron todas las cautelas, reconociendo a los partisanos y dejando de mencionar a las fuerzas de Mihailovic.

Pero ya antes de Teherán, Tito había decidido que la postura política de su movimiento sería absolutamente clara. Se convocó una segunda sesión del parlamento de guerra (AVNOJ) para el 29 de noviembre en la ciudad de Jajce, recientemente liberada. Tito y su Estado Mayor establecieron su puesto de mando en ella, en unos barracones que tiempo atrás había ocupado el Ejército austriaco, esparcidos por un horizonte de montañas y de pintorescas cascadas que rodeaban la atormentada ciudad, antigua capital de la Bosnia medieval. Como ya se hizo en Bihac, en 1942, fueron convocados en Jajce representantes de todas las regiones y ciudades de Yugoslavia. Y también en esta ocasión las reuniones transcurrieron entre manifestaciones de entusiasmo, en un salón magníficamente decorado; pero en ese caso la organización se había estudiado cuidadosamente, sin dejar nada al azar, como ocurriera en Bihac. Aunque un tanto temperado por la durísima prueba recientemente superada y por las graves pérdidas sufridas, así como por el bombardeo al que los alemanes sometieron la zona poco antes del comienzo de las reuniones (y del que Tito se había salvado milagrosamente), el estado de ánimo dominante en Jajce era francamente optimista. Todos albergaban la sensación de que el éxito estaba cercano, puesto que los partisanos sabían que ahora estaban al lado de los vencedores, y de ahí que la victoria fuera tan sólo cuestión de tiempo.

Una vez más, el comandante en jefe, Tito, cuya verdadera personalidad fue por primera vez revelada en este acto, presentó a los delegados reunidos un informe sobre las operaciones militares. Se le llamó Josip Broz-Tito, le fue concedido el grado de mariscal y, finalmente, elegido comisario de defensa y presidente del Gobierno que acababa de constituirse. El consejo de Jajce se autoproclamó representante supremo de la soberanía de los pueblos de Yugoslavia, así como su Gobierno legal, con plenos poderes legislativos y ejecutivos mientras durase la guerra. Se decidió que estas funciones fueran ejercidas por un *Presidium* elegido, sustrayéndolas inmediatamente al Gobierno yugoslavo en el exilio; asimismo se prohibía al rey Pedro volver a Yugoslavia hasta que la población tuviese la oportunidad de pronunciarse libremente acerca de la conservación o supresión de la institución monárquica. Se acordó también que el Estado yugoslavo estaría constituido por una base federal, y que el nuevo Gobierno apoyaría todas las reivindicaciones nacionales, de modo particular las territoriales frente a Italia. El 29 de noviembre, día de la fundación del nuevo Estado yugoslavo y aniversario de las decisiones de Jajce, es fiesta nacional.

El Gobierno de Moscú (y el de Londres, a través del general Maclean) había sido informado por adelantado de estas decisiones revolucionarias. Pero los jefes soviéticos no se sintieron precisamente entusiasmados con ellas; incluso Stalin había llegado a definirlas, sin contemplaciones, como una puñalada en la espalda a la Unión Soviética. Stalin temía que estas decisiones políticas adoptadas en Yugoslavia pusieran en peligro las delicadas negociaciones que él había llevado a cabo con los aliados occidentales respecto de las esferas de influencia después de la guerra. Pero en Teherán los jefes aliados occidentales recibieron con calma las decisiones de Jajce. En aquel momento, Estados Unidos estaban preocupados por el desarrollo de la guerra en el Pacífico, para la cual tenían necesidad de la colaboración de Stalin. Y Gran Bretaña, por su parte, ya había decidido apoyar a Tito (decisión que fue anunciada por Churchill en la Cámara de los Comunes, el 22 de febrero), si bien esperaba que podría llegarse a una solución de compromiso entre Tito y el Gobierno monárquico en el exilio. Por otra parte, los ingleses también estaban dispuestos a negociar con Rusia, concediéndoles la mitad de la esfera de influencia (y conservando ellos la otra mitad), a cambio del reconocimiento de Grecia como zona de la exclusiva influencia británica.

Después de Teherán, Gran Bretaña se comprometió en una política de completo apoyo a Tito, y en junio de 1944 se retiraron los oficiales de enlace que los británicos aún tenían cerca de Mihailovic. El Gobierno de Estados Unidos se inclinaba por una política sustancialmente idéntica en general (aunque menos específica, por cuanto



Grupo de partisanos yugoslavos que se hallaban internados en un hospital de campaña son trasladados a una zona no operativa.

Imperial War Museum



Tito y el general Alexander en Belgrado en el mes de febrero de 1945 estudiando sobre un mapa la evolución de la ofensiva yugoslava. (Camera Press)

aquélla era una zona de guerra británica), y, por otro lado, había recibido de sus propios oficiales (en Yugoslavia desde el 19 de agosto de 1943) informes acerca de las operaciones de Tito y acerca de la actitud colaboracionista de los *chetniks* muy semejantes a los recibidos por el Gobierno británico. Pero algunos grupos de americanos de origen yugoslavo ejercieron presiones políticas con el fin de inducir al Gobierno estadounidense a adoptar una política de más enérgico apoyo al Gobierno monárquico y a Mihailovic contra Tito. El 27 de agosto de 1944, el Gobierno de Estados Unidos envió al cuartel general de Mihailovic al coronel Macdowell, funcionario de los servicios estratégicos (OSS), con el encargo oficial de tomar las medidas necesarias para la evacuación de todos los aviadores americanos abatidos sobre los Balcanes y que habían conseguido llegar hasta el territorio controlado por los *chetniks*. Esto pareció indicar a los partisanos la existencia de una cierta ambivalencia en la política aliada, y por ello durante el resto de la guerra, a pesar de toda la ayuda angloamericana que recibieron, nunca se desvaneció del todo esta sospecha.

Dos nuevas ofensivas alemanas

A fines de 1943 Tito disponía de un Ejército de 300.000 hombres, dividido en 8 Cuerpos de Ejército (26 divisiones, 10 brigadas y 108 destacamentos), que controlaba cerca de los dos tercios de todo el territorio yugoslavo. Además, la actividad partisana empezaba a recuperar eficacia en Servia y en Macedonia, al tiempo que se establecían contactos con los guerrilleros albaneses y búlgaros.

La sexta ofensiva alemana comenzó a mediados de octubre de 1943 y se prolongó hasta mediados de enero de 1944. Adquirió una forma diferente a las anteriores, pues ahora los alemanes estaban convencidos de que nunca conseguirían destruir el Ejército de Tito con una única operación contra un solo núcleo de los principales grupos de partisanos.

La ofensiva la dirigió el *Feldmariscal* von Weichs, comandante en jefe alemán en Yugoslavia, quien había elaborado los planes para una serie de campañas simultáneas y consecutivas en las regiones más alejadas del país. Von Weichs disponía de 13 divisiones alemanas, una búlgara y un determinado número de divisiones colaboracionistas. Las primeras operaciones se llevaron a cabo en Macedonia, al Sur, y en Eslovenia, al Norte. En Macedonia, los partisanos, atacados por unas fuerzas enemigas que cuantitativamente gozaban de una superioridad aplastante, estuvieron a punto de ser aniquilados y sus contactos con las fuerzas albanesas quedaron interrumpidos durante algún tiempo. En Eslovenia, donde los alemanes fueron reforzados con contingentes enviados por el mando de Kesselring, desde Italia, la lucha estalló con violencia, especialmente en la zona de Liubliana, y, a pesar de los métodos brutales con que se llevaron a cabo las operaciones (numerosos pueblos fueron sistemáticamente saqueados y entregados a las llamas), no alcanzaron un éxito decisivo, como en Macedonia.

La acción más enérgica de la ofensiva se desarrolló a mediados de enero, en las regiones central y oriental de Bosnia. En este período el objetivo que los alemanes se habían prefijado era contener a las fuerzas partisanas en el interior de Bosnia, impidiéndoles abrirse una salida hacia Servia, donde, tras la retirada de 1941, el movimiento de resistencia no había vuelto a levantar cabeza. Con este fin, las fuerzas alemanas avanzaron a través de Bosnia, en el Sanjak de Novi Pazar, alcanzando Pljevla y Priboj. Pero la División 5 partisana consiguió desplazar a otra parte el punto focal de la lucha, realizando una larga marcha hacia el Noroeste, más allá del Drina, atrayendo al enemigo fuera del valle bajo del Lim y entrando finalmente en Servia occidental. Aunque en el curso de estos combates en Bosnia los alemanes consiguieron ciertos éxitos (reconquistando, entre otras ciudades, Jajce, el escenario de la reciente reunión del parlamento yugoslavo), en conjunto la campaña acabó a mediados de enero sin resultados decisivos. Sin embargo, en ella se habían desarrollado algunas de las más violentas batallas de la guerra, y en circunstancias muy duras para los partisanos, pues los víveres escaseaban y el tiempo era inclemente. Muchos de los soldados partisanos no tenían ropa adecuada, y se decía que uno de cada diez ni siquiera tenía un par de botas.

Un ejemplo típico de la naturaleza de los combates en Yugoslavia es lo sucedido en Vlasenica, lugar de Bosnia oriental, que durante ésta y otras campañas se perdió y se reconquistó 49 veces en total.

La última oportunidad de capturar a Tito

A todo ello, la segunda Guerra Mundial estaba entrando en su fase decisiva. El 12 de enero los Aliados desembarcaron en Anzio, y en el frente oriental los rusos avanzaban sin cesar y era evidente que no pasaría mucho tiempo antes de que entrasen en Rumania y, desde allí, en Yugoslavia. Hitler decidió entonces llevar a cabo un último y supremo esfuerzo para liquidar a los jefes del movimiento partisano. Quizá animado por el feliz resultado de la operación de septiembre anterior, en el curso de la cual los paracaidistas alemanes habían liberado a Mussolini de su prisión en Italia, Hitler pensó asestar contra el cuartel general de Tito, en Drvar (Bosnia), un ataque combinado de paracaidistas, planeadores así como tropas motorizadas.

En el curso de la séptima ofensiva alemana, que duró de abril a junio de 1944, tuvieron lugar otras operaciones, con combates en Istria, Eslovenia, Macedonia y Servia, pero todas ellas quedaron oscurecidas por el espectacular ataque a Drvar, donde Tito se había establecido con todo el personal de su cuartel general, así como con las misiones extranjeras, con los miembros del AVNOJ, con periodistas de diversos países y con numerosos visitantes ocasionales, entre ellos el hijo del primer ministro británico, el comandante Randolf Churchill. Por extraño que parezca, en Drvar no había ni una sola de las unidades del Ejército partisano; todas estaban empeñadas en otras operaciones, y la más cercana se hallaba a 15 km de distancia. Tito se alojaba en una cabaña de madera que comunicaba con una pequeña caverna, sobre una roca de unos veinte metros de altura, que dominaba la ciudad y el valle a sus pies. En los alrededores se hallaba el cementerio de la población y los edificios que hospedaban al personal del cuartel general, a los miembros de las misiones extranjeras y a los visitantes. No muy lejos de allí, en el poblado, se hallaban distribuidas algunas unidades del batallón de escolta del comandante en jefe, así como los participantes en un congreso juvenil. En las afueras de Drvar había también una escuela dedicada al adiestramiento de cadetes.

A las cinco de la mañana del día 25 de mayo de 1944, día en que el mariscal Tito cumplía 52 años, aparecieron sobre Drvar algunos aviones de reconocimiento enemigos, seguidos inmediatamente por oleadas de bombarderos que volaban a baja altura y escoltados por numerosos cazas. La incursión, dirigida sobre todo contra la caverna y la cabaña de Tito, duró veinte minutos. Apenas el humo empezó a dispersarse, volvieron a aparecer 40 aviones, que arrastraban silenciosos planeadores; en cuanto estos planeadores tocaron tierra, sus ocupantes empezaron a disparar sus ametralladoras, y, mientras tanto, aparecían otras formaciones de aviones, y entonces, sin solución de continuidad, comenzaron a descender paracaidistas, los cuales, apenas llegados al suelo, se reagrupaban y se lanzaban corriendo sobre objetivos preestablecidos. Las órdenes recibidas eran las de capturar a Tito y a sus colaboradores, defender la posición hasta la llegada de unidades motorizadas y eliminar cualquier cosa o cualquier persona que se les opusiera.

El batallón de escolta de Tito entró en acción inmediatamente, ayudado por los cadetes y por los profesores de la escuela de adiestramiento, así como por todos los hombres útiles que había en la ciudad. A medida que los combatientes se acercaban al alojamiento de Tito, la lucha se hacía más sangrienta. Apenas se enteró de la noticia del ataque, la unidad partisana más cercana a Drvar, la 3.ª Brigada *Lika*, se precipitó hacia la ciudad, cubriendo rápidamente los 15 km, y empezó a contraatacar a las 9,30. Por la tarde, aún se combatía cuerpo a cuerpo; la ciudad fue presa de las llamas y casi todos sus habitantes murieron.

Los visitantes y miembros de la misiones extranjeras huyeron de allí a toda prisa, para no caer en manos de los alemanes (como sucedió a algunos de ellos). Tito escapó a mediodía. Puesto que todas las salidas de la cueva se hallaban bloqueadas, consiguió escapar a través de un orificio practicado en el suelo de la cabaña, descolgándose con una cuerda hasta un pequeño curso de agua y escalando luego una escarpada pendiente: así consiguió llegar a la explanada desde la cual se domina la ciudad y pudo alejarse sin ser molestado. Cuando, dos días más tarde, las tropas motorizadas alemanas llegaron a Drvar, hallaron que de los 600 paracaidistas que habían descendido sólo quedaban con vida 130. Por su parte, los alemanes afirmaron que los partisanos habían dejado en el campo de batalla más de 6000 hombres. Tito llegó a un aeródromo controlado por los partisanos situado a sólo 20 km de Drvar, y desde allí salió en un *Dakota* aliado, pilotado por un ruso, que los transportó a Bari. Luego marchó a la isla de Lissa (Vis), donde estableció el nuevo cuartel general. En Viena, los alemanes organizaron una exposición de «trofeos», entre los que figuraban el nuevo uniforme de Tito (encontrado en una sastrería de la ciudad) y documentos pertenecientes al comandante Randolf Churchill; pero todo esto no pudo ocultar que, en realidad, aquella ambiciosa operación había acabado en un completo fracaso.

Entre tanto, la ayuda aérea aliada a los partisanos se había organizado sobre una base de notable eficacia. La fuerza aérea de los Balcanes, que operaba desde las bases de Bari, de Brindisi y otras localidades de Italia meridional, lanzaba regularmente abastecimientos, evacuaba heridos y respondía a todas las necesidades de transporte y de cobertura aérea. También la Marina y el Ejército británicos (que pusieron a su disposición algunos comandos para la defensa de Lissa) colaboraron activamente. Y así, aunque se inició tarde, y nunca alcanzó el nivel que los partisanos hubieran deseado, la ayuda aérea aliada fue un factor de primera magnitud en el período final de la guerra en Yugoslavia.

Con la apertura del segundo frente, tras el desembarco aliado en Francia del 6 de junio de 1944, se hizo más evidente que nunca que se aproximaba el final de la guerra. Por ello, Tito debía adoptar urgentes medidas políticas con vistas al futuro de Yugoslavia. En agosto se trasladó desde Lissa hasta la península italiana, donde se entrevistó con el comandante en jefe británico de las fuerzas que luchaban en el Mediterráneo, el general sir Henry Maitland Wilson, y también con el general Alexander, comandante del Grupo de Ejércitos XV. Luego, el 12 de agosto, en una villa de los alrededores de Nápoles, se entrevistó con Wiston Churchill. En el plano personal este encuentro fue un rotundo éxito, ya que entre ambos políticos existía un recíproco sentimiento de comprensión y de admiración. Tito iba acompañado de dos de sus mejores oficiales –el austero y susceptible montenegrino Arso Jovanovic y el más cordial Zujovic– cuya misión era la de discutir, con sus colegas aliados, cuestiones relativas a los abastecimientos y a la cooperación. Tito llevó consigo, además (¿quizá como guardaespaldas particular?), a su famoso perro alsaciano *Tigre*, que le había acompañado durante algunas de las más duras batallas y que en una ocasión incluso le había salvado la vida.

Tito se hallaba interesado en conocer los planes aliados respecto a las operaciones militares que se desarrollarían en aquellas regiones de Italia y de Austria que él reclamaba para incorporarlas al futuro Estado yugoslavo. Se trataba de Trieste y de su territorio circundante, de Istria, de Fiume y de Zara, además de algunas regiones de Carinzia. Por su parte, los ingleses estaban ansiosos por conseguir un mayor espíritu de colaboración entre Tito y el Gobierno monárquico refugiado en Londres, con la ingenua esperanza de que, después de la guerra, se pudiera constituir en Yugoslavia un frente unitario. Las conversaciones fueron cordiales y exploratorias, pero nada concluyentes. Tito volvió a Lissa, y poco después, el día 21 de septiembre, sin informar a los ingleses, voló a Rusia para celebrar su primera entrevista con Stalin. Era muy urgente llegar a un acuerdo concreto y oficial acerca de cuáles habrían de ser las relaciones entre los partisanos y el Ejército ruso, el cual ya estaba a punto de entrar en territorio yugoslavo. En el curso de la entrevista, las dos partes llegaron a un acuerdo que preveía que el Ejército ruso entraría «temporalmente» en Yugoslavia, pero que no sustituiría ni incorporaría al Ejército de Tito y que la administración civil quedaría en manos del gobierno provisional yugoslavo.

En estas fases finales de la guerra, Tito hubo de superar dificultades enormes. Existía un peligro grande de que, hallándose en medio de un conflicto de poderes entre la Unión Soviética y los aliados occidentales, Yugoslavia fuera sacrificada y Tito tuviera que resignarse a contemplar cómo se derrumbaba todo aquello que con tanto trabajo había ido edificando.

La lucha propiamente dicha era quizá menos dramática que antes; sin embargo, en estos momentos era mucho lo que se estaba jugando, y Tito debía utilizar su Ejército como un arma decisiva de estrategia política sobre el tapete internacional, en el que la posición que ocupaba era demasiado débil.

La última campaña de Tito

. En este punto, Tito se disponía a completar la liberación del país. Unidades del Grupo de Ejércitos 1 se unieron al Ejército ruso cuando, el 11 de octubre, éste entró en territorio yugoslavo, y entonces soviéticos y yugoslavos juntos se fueron abriendo camino hacia Belgrado: el 20 de octubre de 1944 Tito entraba en la ciudad recién liberada. El 1 de enero reorganizó el Ejército (que ya casi alcanzaba un total de 800.000 hombres) en cuatro Grupos de Ejércitos, que operaban en todas las regiones del país.

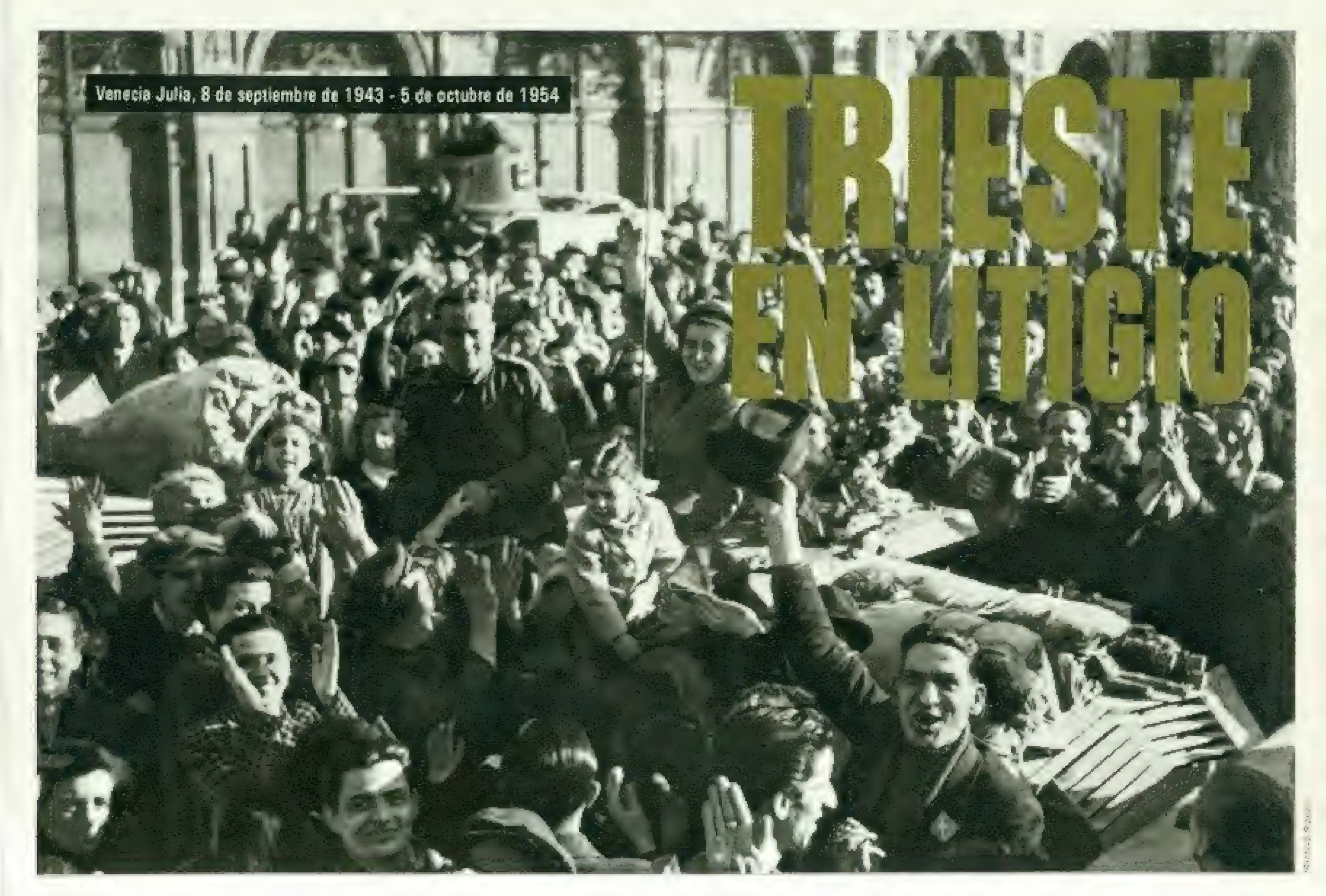
Servia, Macedonia, Montenegro y parte de Bosnia-Herzegovina y Dalmacia fueron liberadas a fines de 1944. Los territorios liberados de Croacia y de Eslovenia se destinaron a bases para las operaciones en las regiones italianas y austríacas que los yugoslavos reivindicaban. Considerando que la posesión de tales zonas equivalía al 90 % de sus anexiones legales Tito ordenó al Ejército 4, mandado por el general Petar Drapsin, que se lanzara hacia Trieste y ocupase la ciudad y sus alrededores antes de que llegasen los Aliados. El 16 de abril, tras liberar de paso las regiones costeras y del interior, las fuerzas partisanas entraron en Fiume y el día 1 de mayo ocuparon Trieste, adelantándose por muy poco a la División 2 neozelandesa, que llegó al día siguiente. Las fuerzas de Drapsin prosiguieron su avance hasta Monfalcone y el río Isonzo; pero poco después se vieron obligadas a tener que ceder a las fuerzas aliadas una de las dos zonas, esta última o Trieste. Y las luchas políticas que todas estas reivindicaciones yugoslavas produjeron se prolongó hasta el año 1954.

El 7 de marzo de 1945 Tito constituyó un Gobierno provisional, en el que aceptó representantes del antiguo gobierno monárquico que se hallaba en el exilio.

Sin embargo, para él se trataba únicamente de una medida provisional, pues su proyecto era conceder todo el poder al partido comunista. El 8 de mayo, día de la rendición sin condiciones de los alemanes en Europa, se liberó Zagreb, pero aún pasaría otra semana antes de que se sometiesen las últimas fuerzas alemanas en Yugoslavia (15 de mayo de 1945).

Tito había conseguido su objetivo fundamental: liberar a su país de la ocupación alemana y crear un Estado único.

A lo largo de la guerra había ido llevando a cabo una revolución política y social cuya influencia se dejaría sentir incluso más allá de las fronteras de Yugoslavia.



TRIESTE EN LITIGIO

Rodolfo Mosca, profesor

El 8 de septiembre de 1943 Italia abandonó el conflicto, pero con esta decisión no pudo evitar las consecuencias de una guerra perdida y de una alianza repudiada. Ni siquiera la inmediata declaración de guerra a Alemania (12 de octubre de 1943) logró modificar sustancialmente esta situación. Pero una de las consecuencias más graves de la rendición fue la de haber actualizado la disputa de las fronteras, o, por lo menos, de aquellas fronteras comunes con los países con los cuales había estado en guerra. Su suerte dependía de la discreción y conveniencias de los vencedores.

Esto se refería principalmente a Estados Unidos y a Gran Bretaña países que, en nombre de todos los Aliados firmaron el armisticio de Cassibile. Los armisticios, por lo general, no contienen cláusulas territoriales, limitándose a definir líneas de demarcación provisionales. Pero el armisticio de Cassibile ni siquiera contenía eso, por la sencilla razón de que era imposible fijar una línea de demarcación mientras prosiguiera la guerra en la península. Por otra parte, al contravenir Italia las cláusulas del Pacto de Acero, nada ni nadie podía impedir a Alemania cambiar fronteras y anexionarse territorios pertenecientes al Estado italiano con arreglo a sus necesidades militares, a sus deseos de castigo respecto al aliado infiel o, simplemente, para satisfacer ambiciones de poderío y de dominio.

Así fue como el 9 de septiembre las fuerzas alemanas ocuparon Trieste, desarmando a las unidades del Cuerpo de Ejército XXIII italiano, y los días que siguieron se consumó la operación en toda Venecia Julia.

Constitución de la «zona de operaciones del litoral adriático»

A principios de octubre, los mandos militares y los funcionarios nazis empezaron a soliviantar y a apoyar a los eslovenos anticomunistas contra los italianos, a los que acusaban de comunistas si eran antifascistas, y a los fascistas de nacionalistas y de ser responsables de los muchos errores cometidos por el régimen en Venecia Julia y en la propia Trieste. Con ello intentaban la desmembración de las provincias julias y de Trieste, fomentando la vieja y nunca del todo desaparecida recusación de la soberanía italiana y haciendo hincapié en la absoluta impotencia de Mussolini para impedirlo. El 15 de octubre dieron el primer paso en esta dirección instituyendo la «zona de operaciones del litoral adriático» *(Operations Zone Adriatisches Küstenland)*. Dicha zona comprendía Friuli, Gorizia, Trieste, Istria (hasta Quarnero) y Buccari, e incluso Liubliana, que la Italia fascista se había anexionado en 1941.

Desde entonces, la ruptura de toda clase de lazos administrativos y casi personales entre Venecia Julia y Trieste por un lado y la Italia septentrional por otro se fue haciendo cada día más completa. El 29 de octubre de 1943 se prohibió a los italianos procedentes del resto de Italia permanecer más de una semana en la zona del *Küstenland*, y el 1 de mayo de 1944 se estableció un control sobre los diarios italianos que llegaban a la zona. En los primeros días de 1945, Mussolini recibió un «documento reservado a la persona del *Duce*», con fecha del 31 de diciembre de 1944, en el que se detallaban las medidas tomadas por los alemanes para preparar la definitiva separación de Italia de Venecia Julia y de Trieste y su incorporación al III Reich. Sólo era cuestión de tiempo.

Y precisamente, fue tiempo lo que faltó. Los alemanes fueron derrotados y obligados a marcharse de allí, y con ellos cayó todo el tinglado político, administrativo y cultural que habían levantado en las provincias orientales de Italia. Entonces el *Küstenland* dejó un vacío que parecía más difícil de llenar desde el Oeste que desde el Este, ya que Venecia Julia y Trieste habían estado aisladas del resto de Italia durante dieciocho meses. Esta ventaja fue tan grande para los eslavos que incluso pareció decisiva, y en muchos aspectos lo fue realmente. Dejando aparte el hecho de que también los eslovenos y los croatas estuvieron divididos, como los italianos, según fueran comunistas o anticomunistas, una de las razones, y posiblemente la principal, que movía a los primeros, con el beneplácito de los alemanes, era, en el fondo, la misma que movía a los partisanos yugoslavos a las órdenes de Tito. Unos y otros querían la liberación de sus territorios de la soberanía italiana.

La «cuestión» adriática

Pero también los italianos esgrimían sus razones. Y precisamente de la confrontación de unas y otras nacieron la «cuestión» de Trieste, la «cuestión» de Venecia Julia y, en un sentido aún más amplio, hasta el punto de abarcar a ambas, la «cuestión» adriática. Hasta la primera mitad del siglo XIX, el proceso de maduración nacional, en Italia y entre los pueblos yugoslavos asentados a orillas del Adriático, se había desarrollado paralelamente y sin interferencias. Fruto de este proceso fue el nacimiento del Estado nacional unitario e independiente de Italia, con lo que el paralelismo parecía haber llegado a su fin. Pero luego, en 1866 la anexión del Véneto produjo un cambio de situación. Italia llevaba entonces su frontera oriental hasta el punto donde comenzaba la línea de contacto entre la población italiana y la



12 de junio de 1945: las tropas de ocupación yugoslavas se retiran de Trieste. Según el acuerdo de Belgrado, establecido el 9 de junio entre los Aliados, las fuerzas de Tito se vieron obligadas a abandonar la ciudad y a retirarse a la zona situada al este de la llamada «Línea Morgan». (Archivo Rizzoli)

población eslava, una línea bastante profunda y difícil de definir. Al propio tiempo, se aseguraba el control de toda la costa occidental del Adriático. Y estos dos hechos engendraron una doble tensión entre italianos y yugoslavos. Pero como entonces estos últimos aún formaban parte de la unión imperial de los Habsburgo, mientras ésta subsistiese, las tensiones entre ellos e Italia se suavizaban en el plano internacional.

El resultado de la primera Guerra Mundial, que provocó la caída del imperio de los Habsburgo, llevó esta cuestión a un punto de ruptura. En Venecia Julia y en Trieste prevalecieron las razones de los italianos, lo cual resulta comprensible, pues Italia figuraba entonces entre los grandes vencedores. En cambio, los eslovenos y los croatas estaban pendientes del destino del imperio austriaco, y cuando intentaron hacer valer sus reivindicaciones no consiguieron nada. La disputa se dio por terminada, diplomáticamente, el 12 de noviembre de 1920, con un compromiso entre Italia y el Estado servio-croata-esloveno (tratado de Rapallo). Pero ello no significaba que el litigio se archivara definitivamente. En realidad la «cuestión» adriática, suma y compendio de todas las demás «cuestiones», quedó virtualmente abierta, aunque desde el punto de vista diplomático se considerase archivada.

Después del 8 de septiembre de 1943, la situación que acabamos de esbozar se presentó de nuevo, pero al revés que en 1920. Ahora Italia se reconocía vencida, y Yugoslavia aparecía como vencedora. Y aún había otra circunstancia que hacía más precaria, si cabe, la posición de Italia. En efecto, había sido Mussolini y no el Gobierno yugoslavo, quien, en abril de 1941, puso de nuevo sobre el tapete la cuestión de las fronteras orientales con su agresión al Estado vecino. Y aunque el 25 de julio de 1943 Italia se había desentendido de Mussolini, este hecho no tenía apenas importancia comparado con la guerra perdida, que anulaba todo lo demás.

Nace el Frente de Liberación

Todo esto explica por qué en la marcha general de los acontecimientos, en Venecia Julia y en Trieste, durante la última fase de la guerra, dominó siempre la iniciativa de los yugoslavos, tanto en el plano local como en el internacional. Por lo que respecta al primero, hay que destacar que los yugoslavos no esperaron el 8 de septiembre para empezar a actuar. El 27 de abril de 1941, por iniciativa del Partido comunista esloveno, nacía el Frente de Liberación (OF), y a fines de diciembre del mismo año este organismo divulgó un manifiesto-programa que resumía las reivindicaciones yugoslavas. Proclamaba la lucha contra el fascismo hasta la liberación de Trieste y de todo el litoral adriático bajo soberanía italiana; la fusión de todas las fuerzas progresistas en un solo bloque y la integración de Trieste en el territorio de Venecia Julia, considerada en su conjunto eslovena, pero con la garantía de una amplia autonomía para la población triestina perteneciente al grupo étnico italiano.

El programa del OF revelaba la presencia de un factor nuevo en el cuadro tradicional del conflicto entre italianos y yugoslavos, factor que a su vez tenía su origen en otro de gran relieve. Identificaba Italia y fascismo, la lucha ideológico-política con la lucha nacional: combatir al fascismo equivalía a combatir la presencia de Italia y de los italianos en Venecia Julia y en Trieste. Este planteamiento ideológico-político del programa del OF se prestaba a una ulterior reducción de la capacidad de resistencia de los italianos a las presiones nacionales eslovenas. Permitía la identificación de los italianos, sin discriminación, con la clase burguesa y capitalista, que aproximadamente coincidía con el carácter urbano de los asentamientos italianos en Venecia Julia. Así, pues, la lucha de clases, postulado de la lucha ideológica, servía de instrumento para actualizar las reivindicaciones nacionales.

Sin embargo, hasta el 8 de septiembre de 1943, este plateamiento no produjo ninguna consecuencia importante. Pero, a partir del día siguiente, la situación empezó a cambiar bruscamente. El 26 de septiembre, el Comité de Liberación nacional de Istria proclamaba la separación de dicho territorio de Italia. Era la primera confirmación de un proyecto ya bastante concreto, perseguido por el Partido comunista esloveno: la «región Julia», hasta el Isonzo, y la «Eslovenia véneta» al oeste del río, eran consideradas por ellos como zonas de su exclusiva competencia. A partir de este momento, el impulso anexionista no dejó de crecer, con el auxilio de las formaciones militares partisanas, cada vez más numerosas, bien organizadas y armadas, y con el apoyo político, y luego también diplomático, del Comité Nacional yugoslavo de liberación presidido por Tito.

El papel de la resistencia italiana, en estas condiciones, forzosamente debía quedar en segundo plano, o, como se ha dicho, a la defensiva, en la intención de salvar lo salvable. El PC italiano publicó, en enero de 1942, una proclama «por los derechos a la unificación y autodeterminación del pueblo esloveno». Desde entonces, sobre todo después del 8 de septiembre de 1943, la colaboración de los comunistas italianos y eslovenos trató de hacerse más estrecha, pero eso, por diversas razones, no fue posible. Además, entre las filas de los comunistas italianos de Venecia Julia y de Trieste no faltaron señales de perplejidad e incluso de reacción (por ejemplo, en Fiume, tras el armisticio), por lo que el OF trató de pasar por encima del CLN de Trieste y entenderse directamente con el CLNAI, en Milán, en el que el peso del PCI era considerablemente mayor.

Entonces se hicieron evidentes las extremas dificultades a través de las cuales debían moverse los antifascistas que no pertenecían al PCI. Estos ya se habían dado cuenta de la verdadera situación, antes del 8 de septiembre, cuando algunos de ellos tomaron en consideración la idea de unir Venecia Julia a Italia con algún nexo federativo, asegurando a los yugoslavos una «autonomía cultural» completa. Pero se trataba del esbozo de un compromiso que ya había sido ampliamente superado por los acontecimientos. Luego se constituyó el Comité de Liberación nacional de Venecia Julia, con sede en Trieste, que tuvo una existencia mucho más accidentada, pues por dos veces fue eliminado por los alemanes, y se reconstituyó por tercera vez en abril de 1944, presidido por Marzari; entonces fue cuando solicitó ser reconocido por el CLNAI como responsable para toda la región. Pero el presidente del CLNAI, Pizzoni, respondió que no había que hacerse demasiadas ilusiones, ni siquiera acerca del futuro político de Trieste. La reacción triestina fue tan fuerte que el 14 de julio de 1944 representantes del CLN y del CLNAI convinieron que «sería absurdo pensar para Trieste en una solución que la excluyese de la patria». Sin embargo, cinco días más tarde, un segundo encuentro entre representantes del CLN y del CLNAI por una parte y del OF por otra no condujo a ningún resultado; y fue a consecuencia de ello cuando el OF decidió tratar directamente con el CLNAI. El 3 de septiembre, parte de los miembros del CLN fue arrestada por los alemanes, lo que fue aprovechado por el OF

para poner al PCI de Venecia Julia a sus órdenes, mientras el CLN renacía por cuarta vez, pero ahora sin la participación de los comunistas. El 9 de diciembre de 1944, el nuevo CLN declaraba «sagrado e inalienable el principio de la unidad italiana», y, en consecuencia, la pertenencia de Venecia Julia a Italia, con el reconocimiento de un régimen autónomo. Cuanto más extensa e incontenible se hacía la presión yugoslava, tanto más el CLN parecía inclinarse, por reacción, al abandono de las ilusiones federalistas para reafirmar la validez del principio unitario. Esto se confirmó definitivamente en marzo de 1945. Requerida una vez más la intervención del CLNAI para contener lo que ahora ya era avalancha yugoslava, éste hizo saber que los angloamericanos habían dado seguridades de que ellos querían ocupar y apoderarse de Venecia Julia y de Trieste. Entonces el CLN se preparó para actuar de manera que, una vez libres de la ocupación alemana, ocuparan su lugar los angloamericanos, impidiendo así que los yugoslavos se les adelantaran.

Hacia el acuerdo de Belgrado

En este punto, la situación local de Venecia Julia aparecía madura para ser planteada directamente en la gran partida política y diplomática que traía consigo el final de la guerra en Europa. Lo que se ponía en juego era el orden futuro del continente, un equilibrio duradero de las fuerzas de los vencedores. La Unión Soviética se había desbordado en la Europa danubiana, y en consecuencia Gran Bretaña corría el riesgo de perder los beneficios de su ayuda a Tito. Por otro lado, a través de Yugoslavia, la Unión Soviética podría imponer una hipoteca sobre el Adriático, e indirectamente sobre el Mediterráneo. Tampoco cabía la menor duda de que Churchill, y en general los ingleses, se inclinaban favorablemente del lado de las reivindicaciones yugoslavas. En la entrevista de Bolsena, entre Tito y el mariscal Alexander, sólo se había discutido el problema de la ocupación de Venecia Julia; pero ni siquiera en este punto se había llegado a una conclusión. El problema de la ocupación suponía el de la atribución definitiva, que era lo que precisamente buscaban los yugoslavos.

Mas si en Bolsena los ingleses no tomaron una decisión, cuando se celebró la conferencia de Yalta pareció que al fin habían adoptado una. En un nota del 10 de febrero de 1945, el Gobierno británico propuso que el territorio de Venecia Julia se dividiera mediante una línea de demarcación basada en consideraciones étnicas, lo que, en realidad, equivalía a dejar en manos yugoslavas toda la Venecia Julia. El plan británico no se llevó a efecto por la oposición de los americanos; en febrero, cuando el proyecto aún no había fracasado definitivamente, el mariscal Alexander se trasladó a Belgrado para discutirlo con Tito. No se llegó a un entendimiento formal, y por ello parece difícil hablar de un «acuerdo de Belgrado». Pero, por otro lado, parece cierto que si no se discutió el problema específico de quién habría de ocupar Trieste, fue porque se prefirió que la solución viniese dada por la evolución de las operaciones militares. Un posibilismo que dejaba campo libre a todas las tentaciones.

En efecto, esto hizo más evidente la intención yugoslava de forzar los acontecimientos militares en su favor. Los yugoslavos trataban febrilmente de vencer las últimas resistencias alemanas para llegar los primeros a todas partes; pero especialmente a Trieste. Ésta era la meta final y la culminación de su guerra de liberación, pero también la meta más discutida e incierta si no se actuaba decididamente y sin reparar en sacrificios. Todo ello creó entre los aliados angloamericanos, con ventaja momentánea para Tito, una gran confusión, que llegó a su punto máximo el 26 de abril, cuando las vanguardias yugoslavas, procedentes del Norte, se hallaron a las puertas de Trieste. El mariscal Alexander hizo saber que si continuaba sin recibir instrucciones, se limitaría a ocupar la parte occidental de Venecia Julia. Pero el 27 de abril se produjo un golpe teatral. Churchill telegrafió a Truman, diciéndole que consideraba «esencial apoderarse de Trieste... Lo importante es llegar antes que los partisanos de Tito ocupen la ciudad. Me parece que no hay tiempo que perder. Podremos definir a placer el estatuto de Trieste». Y concluía recordando que «la posesión constituye el noventa por ciento del derecho». Pero los americanos aún se resistían a la eventualidad de tener que utilizar las armas para obligar a los yugoslavos a que no ocupasen Trieste o a evacuarla, y así se perdió mucho tiempo antes de impartir una directiva concreta. Entre tanto, Trieste se rebelaba el día 29 de abril, y el 1 de mayo entraban en la ciudad las primeras unidades del Ejército 4 yugoslavo. De esta manera comenzó la ocupación yugoslava, que duraría cuarenta días.

Desde el momento de la insurrección, resultó evidente la intención yugoslava de llegar al hecho consumado. El mismo día 1 de mayo comenzó la sistemática exclusión de las autoridades administrativas italianas, el bloqueo de las cuentas bancarias, el control de las empresas industriales y comerciales y la prohibición de toda manifestación pública. La organización civil se confió a un consejo de liberación (MOS), y se anunció que Trieste se convertiría en la séptima república federal de la república yugoslava, al tiempo que se declaraba que el resto de Venecia Julia se devolvía a las repúblicas federales croatas y eslovenas. Comenzaron también los arrestos en masa y las deportaciones, lo que provocó la protesta no sólo del Gobierno de Roma, sino de los propios angloamericanos. El 6 de mayo Churchill recordaba a Alexander que la «nueva Yugoslavia» no tenía ningún derecho a anexionarse «Istria o cualquier otra zona que hubiera pertenecido a Italia antes de la guerra». El 9 de mayo, el general Morgan fue a Belgrado para entrevistarse con Tito. Y en consecuencia, el 16, éste ordenaba a sus tropas que evacuaran los territorios al oeste del Isonzo. Con ello, sin gran sacrificio por su parte, esperaba aplacar a los angloamericanos. Pero el 15 de mayo salían de Washington y de Londres dos notas que reclamaban la retirada de las fuerzas yugoslavas de toda Venecia Julia. El Gobierno yugoslavo contestó negándose a ello, y entonces la situación se hizo muy peligrosa. Alexander, en un llamamiento a las tropas aliadas, acusó a Tito de «imponer reivindicaciones por la fuerza de las armas y con la ocupación militar». Al fin, Truman obligó a Tito a ceder. El 21 de mayo ordenó a las tropas americanas que atravesaran el Isonzo, lo cual podía significar la guerra. Pero el 9 de junio se llegaba a un acuerdo en Belgrado. Venecia Julia se dividía en dos zonas: al oeste de una línea que comprendía Trieste y Gorizia, además de Pola y los puertos menores de la costa occidental de Istria, el territorio sería ocupado por las fuerzas angloamericanas, y las tropas yugoslavas se retirarían a la zona oriental. Nacía así la «Línea Morgan». Las tropas de ocupación yugoslava abandonaron Trieste el 12 de junio. Los «cuarenta días» habían llegado a su fin.

No obstante el destino final de Trieste aún no se había decidido.

El territorio libre de Trieste

Durante el verano de 1945, ninguna de las grandes potencias vencedoras demostró tener un plan para solucionar el problema. Por ello, cuando los ministros de Asuntos Exteriores de los «cuatro grandes» se reunieron en Londres, aplazaron toda posible solución, confiando a una comisión de encuesta la tarea de redactar un informe que determinase la línea que había de servir de base para la delimitación de la frontera ítalo-yugoslava (19 de septiembre). Esta comisión terminó sus trabajos el 29 de abril de 1946, proponiendo cuatro soluciones diferentes. Los rusos se inclinaban por la vuelta de las antiguas fronteras ítalo-austríacas de 1866; los americanos, ingleses y franceses se mostraban contrarios a la cesión de Trieste a Yugoslavia, pero no se ponían de acuerdo sobre el trazado de la frontera. El informe de la comisión se discutió en la conferencia de los ministros del Exterior, que se reunió en París a primeros de mayo. Pero hasta el 3 de julio Molotov no aceptó, en nombre de la Unión Soviética, la línea francesa, o «Línea Bidault», ya aceptada por los angloamericanos, y a condición de que Trieste no se dejará en manos de Italia. Así nació la idea de la creación del territorio libre de Trieste (TLT), que halló su definición formal en el anexo IV del Tratado de paz firmado por Italia el 10 de febrero de 1947.

El TLT, que comprendía las dos zonas, A y B, constituidas a raíz del acuerdo de Belgrado del 9 de junio de 1945 (Zona A: 222 km², 300.000 habitantes; Zona B: 516 km², 70.000 habitantes), quedaba bajo la autoridad de un gobernador nombrado por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. De su nombramiento dependía la entrada en vigor del estatuto. Pero como el Consejo de Seguridad no conseguía este nombramiento de gobernador, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia acordaron una declaración tripartita (20 de marzo de 1948) según la cual todo el TLT, ante la imposibilidad de llevar a la práctica lo estatuido, debía ser devuelto a Italia.

Pero tampoco se hizo así. La condena lanzada por el *Kominform* contra Yugoslavia, el 28 de junio de 1948, modificó las relaciones de esta última con las potencias occidentales, favoreciendo la gradual consolidación de la división en las zonas A y B. El 14 de marzo de 1950, Yugoslavia suprimió la barrera aduanera con la zona B. Y el 9 de mayo de 1952 Estados Unidos y Gran Bretaña consintieron a Italia que nombrase para la zona A un consejero político y un director de administración civil. Sin embargo, ni siquiera este proceso de consolidación del *statu quo* acababa de satisfacer a las potencias occidentales, ni tampoco aplacaba las reivindicaciones nacionales italianas y yugoslavas.

Cuando, a fines de agosto de 1953, pareció que Yugoslavia se disponía a anexionarse la Zona B, el Gobierno italiano reaccionó enviando tropas a la frontera oriental y proponiendo un plebiscito; Tito reaccionó a su vez reclamando la anexión a Yugoslavia de todo el TLT, excepto Trieste, que sería declarado ciudad internacional.

La situación se hacía peligrosa. El 8 de octubre, Washington y Londres propusieron a Roma y a Belgrado una nueva solución: la zona A pasaría bajo la administración italiana, equiparando la condición de Italia a la ya existente en la zona B respecto a Yugoslavia desde 1945. Decididos a considerar esta solución *de facto* como definitiva, se opondrían, en consecuencia, a cualquier intervención yugoslava en la zona A, mientras que, por el contrario, no impedirían que Tito se anexionase la zona B. Pero la acogida por ambas partes fue violentamente hostil. Al fin, el 5 de diciembre de 1953, Roma y Belgrado convinieron en retirar sus tropas de las fronteras. Luego, durante cinco meses, se desarrollaron unas negociaciones secretísimas entre los angloamericanos y los yugoslavos, que concluyeron de forma positiva el 1 de junio de 1954. Sus resultados fueron sometidos a la aprobación del Gobierno italiano, que los aceptó el 25 de septiembre. El 5 de octubre de 1954 se firmó en Londres el «compromiso de entendimiento» entre Italia, Yugoslavia, Gran Bretaña y Estados Unidos, que aunque no constituía formalmente la solución final de la cuestión la cerraba, de hecho, con el acuerdo de todos los interesados. Se asignaba a Italia la administración de la Zona A; Yugoslavia obtenía una corrección de la frontera entre la Zona A y la Zona B en beneficio propio; Gran Bretaña y Estados Unidos retiraban sus tropas de la Zona A, poniendo fin al mismo tiempo al gobierno militar aliado.

El TLT quedaba liquidado para siempre.

RETORNO A MANDALAY

Antony Brett-James

A fines de febrero de 1945 el impetuoso avance hacia el Sur del Ejército 14 de Slim inició la fase decisiva de la batalla por Birmania: la marcha sobre Mandalay. Pero la premisa para la operación de Mandalay fue la conquista del nudo de carreteras y ferroviario de Meiktila, que inmediatamente tuvo que ser defendido de los ataques japoneses, al tiempo que se iniciaba el asedio a Mandalay. Al cabo de un mes, las dos posiciones estaban en poder de los Aliados.

El 21 de febrero de 1945 empezó, desde la cabeza de puente establecida sobre el Irawadi, el avance de la División 17 india de Cowan y de la Brigada Acorazada 255, también india. Puesto que la rapidez y la sorpresa eran elementos indispensables, todos los riesgos parecían justificados.

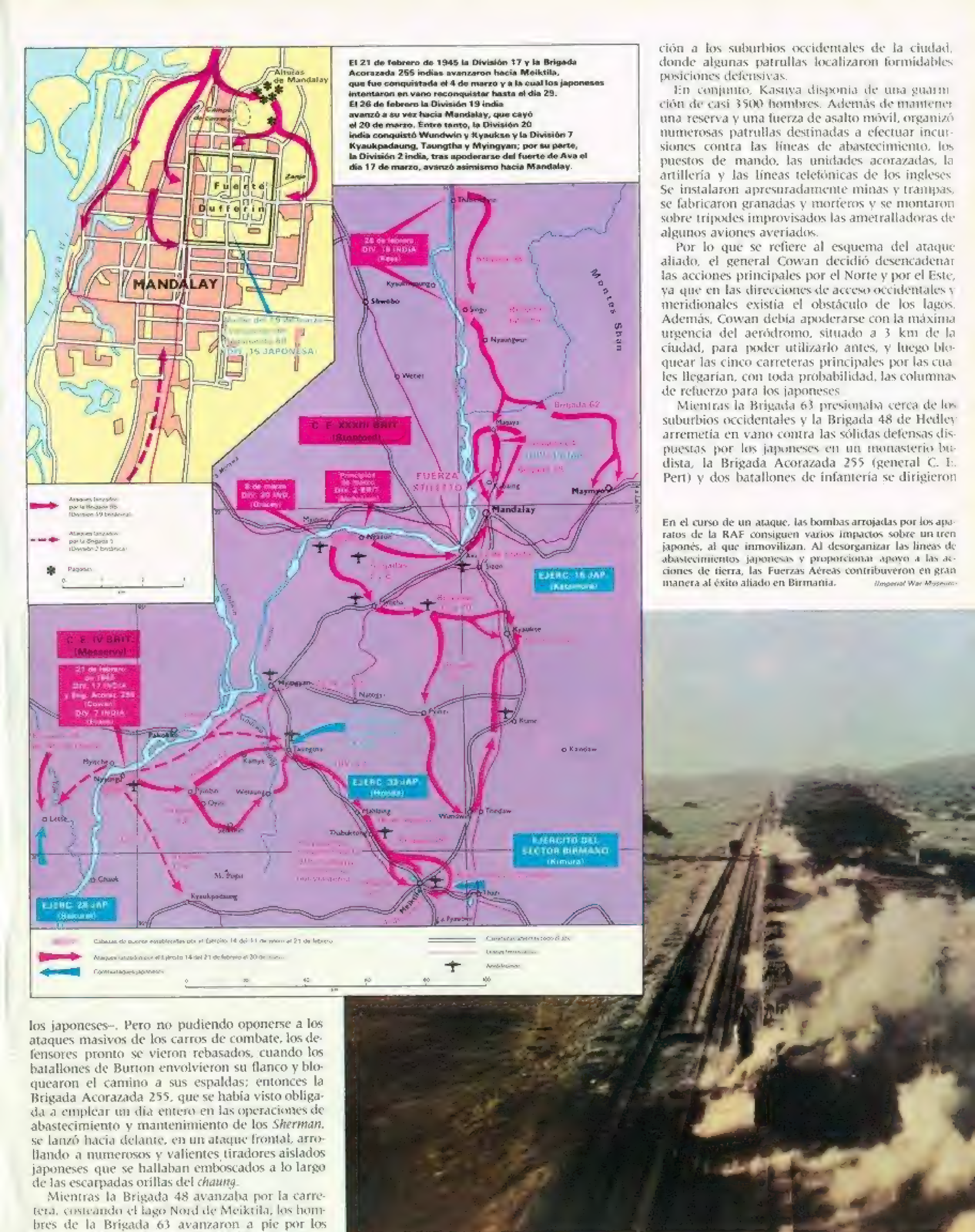
Bajo un sol implacable, en una atmósfera tórrida y sofocante, los carros y camiones avanzaban entre nubes de polvo. Pronto las superficies metálicas de los vehículos se hicieron casi incandescentes, y la luz cegadora y el polvo sometían a los hombres a una dura prueba.

El día 26, cuando se alcanzó el centro de Mahlaing, se habían cubierto cerca de 100 km. Los aviones lanzaron gran cantidad de provisiones en paracaídas, y ahora lo más urgente era conquistar un aeródromo para que pudiera llegar por el aire la tercera brigada de Cowan. En Thabucktong, unos 11 km más adelante, había una pista de 1500 m y apenas los ingenieros llenaron con *bulldozer* los cráteres provocados por las bombas y un planeador transportó los aparatos de radio necesarios para la torre de control, el 1 Grupo aéreo americano empezó a transportar a la Brigada 99 (general G. L. Tarver), así como a un regimiento indio de artillería de montaña. El trabajo se realizó en cuatro días.

Quince kilómetros antes de llegar a Meiktila, la Brigada 63 encontró un obstáculo: se trataba de un puente demolido, de un *chaung* seco cuyo lecho había sido minado y de puestos de ametralladoras protegidos por trincheras y alambradas –un trabajo realizado con la habitual habilidad de



El general Rees, comandante de la División 19 india, mientras dirige personalmente por radio las operaciones para la conquista de Mandalay. (Imperial War Museum)



El 21 de febrero de 1945 la División 17 y la Brigada Acorazada 255 indias avanzaron hacia Meiktila, que fue conquistada el 4 de marzo y a la cual los japoneses intentaron en vano reconquistar hasta el día 29. El 26 de febrero la División 19 india avanzó a su vez hacia Mandalay, que cayó el 20 de marzo. Entre tanto, la División 20 india conquistó Wundwin y Kyaukse y la División 7 Kyaukpadaung, Taungtha y Myingyan; por su parte, la División 2 india, tras apoderarse del fuerte de Ava el día 17 de marzo, avanzó asimismo hacia Mandalay.

los japoneses—. Pero no pudiendo oponerse a los ataques masivos de los carros de combate, los defensores pronto se vieron rebasados, cuando los batallones de Burton envolvieron su flanco y bloquearon el camino a sus espaldas; entonces la Brigada Acorazada 255, que se había visto obligada a emplear un día entero en las operaciones de abastecimiento y mantenimiento de los *Sherman*, se lanzó hacia delante, en un ataque frontal, arrollando a numerosos y valientes tiradores aislados japoneses que se hallaban emboscados a lo largo de las escarpadas orillas del *chaung*.

Mientras la Brigada 48 avanzaba por la carretera, costeando el lago Nord de Meiktila, los hombres de la Brigada 63 avanzaron a pie por los campos que se extienden al sur del lago, en dirección a los suburbios occidentales de la ciudad, donde algunas patrullas localizaron formidables posiciones defensivas.

En conjunto, Kasuya disponía de una guarnición de casi 3500 hombres. Además de mantener una reserva y una fuerza de asalto móvil, organizó numerosas patrullas destinadas a efectuar incursiones contra las líneas de abastecimiento, los puestos de mando, las unidades acorazadas, la artillería y las líneas telefónicas de los ingleses. Se instalaron apresuradamente minas y trampas, se fabricaron granadas y morteros y se montaron sobre trípodes improvisados las ametralladoras de algunos aviones averiados.

Por lo que se refiere al esquema del ataque aliado, el general Cowan decidió desencadenar las acciones principales por el Norte y por el Este, ya que en las direcciones de acceso occidentales y meridionales existía el obstáculo de los lagos. Además, Cowan debía apoderarse con la máxima urgencia del aeródromo, situado a 3 km de la ciudad, para poder utilizarlo antes, y luego bloquear las cinco carreteras principales por las cuales llegarían, con toda probabilidad, las columnas de refuerzo para los japoneses.

Mientras la Brigada 63 presionaba cerca de los suburbios occidentales y la Brigada 48 de Hedley arremetía en vano contra las sólidas defensas dispuestas por los japoneses en un monasterio budista, la Brigada Acorazada 255 (general C. E. Pert) y dos batallones de infantería se dirigieron

En el curso de un ataque, las bombas arrojadas por los aparatos de la RAF consiguen varios impactos sobre un tren japonés, al que inmovilizan. Al desorganizar las líneas de abastecimientos japonesas y proporcionar apoyo a las acciones de tierra, las Fuerzas Aéreas contribuyeron en gran manera al éxito aliado en Birmania. *(Imperial War Museum)*

hacia la parte oriental, con la esperanza de infiltrarse y evitar así los campos minados y los *bunkers* más sólidos.

El último día de febrero las fuerzas acorazadas indias, apoyadas por algunos contingentes de infantería, artillería y aviación, se enfrentaron con la tenaz y casi fanática resistencia opuesta por los japoneses. Al fuego que las ametralladoras japonesas descargaban incesantemente sobre los atacantes, se sumaba la omnipresente actividad de francotiradores emboscados y de los heroicos esfuerzos de pequeños grupos de soldados nipones, que, aunque ya desarticulados y casi todos ellos heridos, se batían hasta el extremo de sus fuerzas. En dos localidades por lo menos se dio el caso de soldados japoneses que intentaron detener los carros de combate incendiándolo todo a su alrededor con bidones de gasolina.

El día 1 de marzo se desarrollaron algunos de los más violentos encuentros de toda la batalla por el dominio de Meiktila. La Brigada 48 y un gran número de carros de combate atacaron entre el lago Nord y Kyigon, en un terreno muy accidentado; cubiertos por una cortina de humo, los *gurkha* se lanzaron adelante, saltando y serpenteando entre las zarzas y los cactus.

Aquel día y los siguientes, mientras la Brigada 63 rastrillaba todo el sector occidental, la 48 eliminó muchos nidos de ametralladoras japonesas emplazadas en el interior de los edificios y levantó campos minados... que luego resultaron ser tan sólo un hábil truco, realizado con ladrillos recubiertos por una leve capa de tierra. Poco a poco, los japoneses se vieron obligados a retirarse, hasta que se hallaron al amparo del lago Sur. Francotiradores al acecho esperaban en cada calle, en cada zanja, e incluso en los vagones de mercancías detenidos sobre las vías. Al nivel del suelo crepitaban las ametralladoras japonesas, con su son característico, desde todos los núcleos de resistencia, por insignificantes que fueran. En algunas trincheras, inverosímilmente estrechas, se hallaron varios soldados nipones, con una bomba entre las rodillas y un ladrillo en la mano: así, apenas un carro de combate pasara sobre su refugio, debían golpear sobre el detonador con el ladrillo, saltando ellos despedazados pero también el carro enemigo.

Cuando el 3 de marzo los hombres del 1.er *West Yorkshire* y de un escuadrón del 9.º de Caballería *Royal Deccan* empezaron a rastrillar el terreno hasta la línea ferroviaria, quedaron asombrados ante el número de trincheras excavadas por los japoneses, mientras se veían detenidos, una y otra vez, por el fuego de los cañones de 75 mm y de las armas que disparaban a quemarropa. Tras una lucha desesperada los supervivientes de la guarnición de Kasuya intentaron huir hacia el Este, para ponerse a salvo en las montañas, pero casi todos murieron al enfrentarse con los granaderos de Bombay.

Meiktila: el punto focal de la campaña

Ahora que Meiktila había caído, Cowan tenía dos objetivos principales: destruir todos los grupos de japoneses en retirada hacia el Sur y defender la ciudad y el aeródromo, resistiendo a los esfuerzos que los japoneses harían sin duda para reconquistarlos. Se acababa de asestar un duro golpe a todo el sistema defensivo japonés de Birmania central, y a menos que los hombres de Cowan se dejasen arrebatar Meiktila la situación sería la que el mariscal Slim había previsto.

A lo largo de todo el arco septentrional, el Ejército 14 de Slim empezaba a avanzar desde las cabezas de puente: la División 19 india, al mando del general T. W. Rees, fue la primera que se puso en camino. Su objetivo era Mandalay, a 65 km de distancia del punto de apoyo que la unidad se había asegurado en la orilla oriental del Irawadi, entre Singu y Kyaukmyaung. Rees tenía la ventaja de saber que su flanco derecho estaría protegido desde el momento en que, más allá del río, se pusieran en marcha hacia el Sur las otras dos divisiones, la 2 británica y la 20 india. Unos 20 km a su izquierda se elevaban los montes Shan, de manera que sus brigadas tendrían que avanzar a lo largo de un estrecho corredor comprendido entre el río y las colinas, aprovechando las dos únicas direcciones de marcha disponibles: una transitable para los camiones, y otra constituida por una serie de pistas accidentadas y de senderos que comunicaban un poblado con otro.

Rees decidió lanzar el golpe principal con la Brigada 98 (general C. I. Jerrard) a lo largo de la dirección más difícil, la de la izquierda; pero, para que el movimiento tuviera éxito, era necesario hacer creer a la División 15 japonesa que, en realidad, la Brigada se movía por la ruta transitable de los camiones. Y para inducir a engaño a los japoneses y obligarles a situar en aquel lugar sus reservas, necesitaría por lo menos una brigada, así como también cierto número de carros de combate. La misión de engañar a los nipones se confió a la Brigada 64, al mando del general J. E. Flewett. Rees conservaría en el centro casi todos los cañones de que disponía, de manera que pudiera asegurar un adecuado apoyo artillero a ambas columnas.

El 26 de febrero, día en que, como hemos visto, las fuerzas de Cowan alcanzaban Mahlaing, la Brigada 64 abandonaba la cabeza de puente de Singu, seguida de la 62, mientras la tercera brigada de Rees, la 98, se lanzaba hacia el Sur desde la más septentrional cabeza de puente, la de Thabeik-Kyin. Cerca de 15.000 soldados –británicos, indios y *gurkha*– y largas columnas de camiones, de piezas de artillería remolcadas, camiones ligeros y mulos se pusieron en marcha hacia Mandalay.

El terreno era llano; una jungla espesa y baja, con algunos arrozales, arbustos o hierbas altas; unos pocos cursos de agua secos, que marcaban el paisaje como si fueran cicatrices, y raros poblados perdidos entre los claros de la jungla. A veces, cuando en la oscuridad los pelotones de infantería avanzaban fatigosamente, en un agua fangosa que llegaba hasta las rodillas, y los carros de combate avanzaban a saltos sobre las profundas rodadas, la velocidad del avance se reducía a no más de 5 m por minuto.

La lucha era durísima y la resistencia obstinada. La marcha se veía dificultada continuamente, y a menudo parecía que los carros de combate no podían arrastrar su mole monstruosa a través de la alta hierba, que casi sobrepasaba la torreta y ofrecía las mejores condiciones para ocultar a los francotiradores.

«Adelante hacia Mandalay»

El día 2 de marzo, la Brigada 98 avanzaba por la ruta de la izquierda, flanqueando el Irawadi. Un oficial, al mando de tres pelotones *gurkha*, destacados para asegurarse un punto de apoyo en la otra orilla, tuvo la suerte de encontrar a un pescador indígena que pasó a la otra orilla al oficial y a algunos de sus hombres; pero casi en seguida los japoneses abrieron fuego, bloqueándole en una franja de terreno cubierta de espesas zarzas y de cactus. Gracias a un excelente punto de observación, los artilleros japoneses empezaron a cañonear el resto del batallón, acertando a un camión ligero cargado de municiones que inmediatamente saltó por los aires. Las pérdidas fueron graves; pero los ingenieros indios recurrieron a otras embarcaciones, las ataron entre sí en parejas y colocaron encima tablones, improvisando de esta manera un vado para los hombres y materiales. Poco después, el 4/4.º de fusileros *Gurkha* conquistó la cima, y en cuanto el 2.º *Royal Berkshire* se hubo apoderado de una aldea situada a la orilla del río, la Brigada 98 pudo avanzar a través de la brecha abierta.

La marcha de aproximación de la citada Brigada hacia la ciudad de Madaya, sede de una estación terminal ferroviaria, se vio gravemente obstaculizada por la espesa vegetación, por los cursos de agua que los hombres debían vadear sumergidos hasta la cintura y por una interminable serie de marismas y de cañaverales; por ello, el 7 de marzo, los hombres del 2.º *Royal Berkshire* necesitaron cuatro horas para cubrir 5 km. Cuando al fin, junto con sus colegas del 4/4.º *Gurkha*, entraron en Madaya, el general Rees, no menos emocionado que sus hombres, empuñó un *Bren* para perseguir personalmente a los soldados japoneses en retirada y repitió su grito: «Adelante hacia Mandalay».

Un día, antes de alcanzar Madaya, Rees destacó la Brigada 62 (general J. R. Morris), confiándole la tarea de conquistar Maymyo (que en tiempos de paz era la residencia de verano del Gobierno birmano), situada a una distancia de 50 km y a unos 1200 m de altura. Avanzando de noche, con las mochilas a la espalda, y descansando a cubierto durante el día, los hombres de la brigada primero se abrieron camino a través de la jungla, y después subiendo y bajando por dos escarpadas rutas de montaña utilizadas antaño por los contrabandistas de opio y tan escabrosas y quebradas que los hombres y los mulos sólo podían mantenerse en pie con muchos esfuerzos. No debe extrañar pues, que la marcha durase cuatro días.

La imprevista incursión de Morris contra Maymyo sorprendió a la guarnición, y muchos japoneses murieron entre los *bungalow*, los lagos artificiales y los peces exóticos de esta atractiva localidad de montaña. Sólo un grupo, que se hallaba en un tren detenido por casualidad en la estación, pero con las calderas bajo presión, tuvo tiempo de huir hacia el Norte. Otros, que intentaron la fuga hacia el Sur, fueron menos afortunados, ya que por este lado el 2.º Regimiento *Welch* había dispuesto un barreamiento de carreteras.

La caída de Maymyo constituyó un duro golpe para los japoneses que aún se enfrentaban con las unidades americanas y chinas del general Sultan (más al Nordeste, en torno a Hsipaw y Lashio), pues les privaba de toda posible vía de comunicación por carretera o ferrocarril, aparte de contribuir a proteger el flanco izquierdo del Ejército 14, hasta este momento completamente descubierto.

Y entre tanto, la Brigada 64 avanzaba por el corredor que conducía a Mandalay, bajo la enérgica guía de Rees, a pesar de que sabía que los hombres estaba exhaustos y que los medios motorizados necesitaban urgentes reparaciones, ordenó continuar la marcha, ya que un retraso en aquel momento crítico significaría, después, una semana más de lucha.

Mientras por el centro la Brigada 98 avanzaba en dirección a Madaya, a lo largo del camino principal, y la Brigada 64 se adelantaba aprovechando una ruta adecuada para los medios motorizados, una tercera columna, íntegramente motorizada, empezaba a hacer sentir su presencia. Se trataba de la «fuerza Estilete», una unidad especial que comprendía infantería, carros, artillería de campaña, ametralladoras, cañones contracarros y un destacamento de ingenieros. Dicha unidad avanzó en la dirección occidental que pasaba entre los pantanos del Irawadi, y ya bien entrada la tarde del 7 de marzo, sin hallar resistencia, atravesó Kabaing, una aldea que sólo distaba 6,5 km de Mandalay.

A la mañana siguiente, cuando el sol acababa de diluir una ligera bruma, apareció la colina de Mandalay, coronada de blancas y brillantes pagodas, y entonces, con un rápido impulso, la «fuerza Estilete» irrumpió en los suburbios septentrionales. En las primeras pendientes, los atacantes se aseguraron de momento el control de importantes fortificaciones y la Brigada 98, a la que se había encomendado la misión de conquistar la ciudad, tuvo el tiempo suficiente para reforzar sus propias posiciones antes de que comenzase el fuego de la artillería de la División 15 japonesa, ya reducida a 3000 hombres.

La colina de Mandalay, de 1,5 km de longitud y en forma de ballena, con los flancos casi completamente desprovistos de vegetación y sus



Carro británico *Lee-Grant* apostado para vigilar un cruce de carreteras en Mandalay. Los combates por la posesión de la ciudad, iniciados el día 8 de marzo, se prolongaron hasta el 20, cuando, una vez conquistado el fuerte Dufferin, los hombres de la División 19 india pusieron fin a la última resistencia nipona. *(Imperial War Museum)*

300 m de altura, dominaba desde tres puntos la amplia llanura circundante; sobre todo al Sur dominaba el fuerte Dufferin y la ciudad de Mandalay, la segunda en importancia de toda Birmania. Hasta lo alto de la cumbre, coronada por numerosos templos y un monasterio, serpenteaba una escalinata cubierta, que se extendía luego de Norte a Sur a lo largo de la cresta. Rees deseaba respetar el monasterio, donde se decía que vivían numerosos monjes budistas; pero entre los edificios y entre las columnas de los claustros se podían ver los soldados japoneses, los cuales, además, aprovechaban también la colina como puesto de observación de su artillería.

Mandalay: comienza el ataque

El 4/4.º de fusileros *Gurkha*, transportado en camiones a primera línea, recibió la orden de atacar la colina. El pelotón de cabeza se lanzó hacia delante la noche del 8 de marzo, y sus hombres se apoderaron de una pagoda; mas pronto recibieron una lluvia de granadas de mano y mortíferas ráfagas de algunas ametralladoras pesadas, que sólo pudieron ser eliminadas a cambio de cuantiosas pérdidas y tras una larga lucha. Se oía correr a los japoneses arriba y abajo por la escalinata cubierta. ¿Estarían preparando un contraataque? En lugar de esperar el desarrollo posterior de los acontecimientos, el *subahdar* de los *gurkha* decidió apoderarse de la escalinata con un ataque por sorpresa. Al grito de «*Ayo Gurkhali!*», y disparando a ciegas, sus hombres atacaron. En cuanto encontraban uno de los *bunkers* que flanqueaba la escalinata, arrojaban dentro granadas de mano, pero algunas volvían a salir rebotadas; en una espantosa confusión, durante la cual se hallaron atacados simultáneamente desde arriba y desde abajo, los *gurkha* consiguieron abrirse paso combatiendo hacia la cima de la colina, donde, con los largos *kukris* se empeñaron en una lucha cuerpo a cuerpo con los japoneses.

Los momentos que siguieron aparecen vívidamente descritos en el diario del Regimiento: «Luego, cuando el cielo comenzó a clarear y el perfil de la cima a destacarse, empezamos a vislumbrar diminutas figuras, como hormigas, que saltaban los últimos escalones, y a través del insistente fuego de la fusilería, llegó hasta nosotros, desde lo alto, un débil y lejano grito de «*Ayo Gurkhali!*».

Como de costumbre, los japoneses contraatacaron inmediatamente. Las granadas empezaron a caer entre los atrios y pagodas, mientras los proyectiles de las ametralladoras rebotaban en los muros y pilastras. Pero cuando su infantería se lanzó al ataque, sobre la pendiente meridional, sus filas cerradas ofrecieron un blanco fácil para la barrera de fuego desencadenada por las piezas del Regimiento de artillería de campaña 115. El contraataque nipón fue rechazado.

Correspondía ahora a dos compañías del 2.º Regimiento *Royal Berkshire*, mandadas por el comandante R. J. Twidle, expulsar a los japoneses de sus refugios de las demás posiciones de la colina de Mandalay. Mientras se acercaban a la segunda pagoda, los soldados británicos fueron recibidos con un fuego tan intenso y preciso que se vieron obligados a detenerse. Los japoneses disparaban a la segunda pagoda, los soldados británicos fueron recibidos con un fuego tan intenso y preciso que se vieron obligados a detenerse. Los japoneses disparaban a cubierto de las pilastras de ladrillo de la arcada central, y en este punto pronto se desarrolló una enconada lucha con granadas de mano. Un segundo asalto fue más fructífero; pero los hombres del *Berkshire* descubrieron que los japoneses, al no poder llegar hasta el próximo edificio a lo largo de la cima (el llamado Pabellón), buscaban refugio en una galería que atravesaba la colina. Nadie podría entrar ni salir de allí sin riesgo; de modo que, tras un prolongado y nutrido ataque a base de granadas de mano, que resultó inútil, se hicieron rodar por la galería bidones de gasolina, a los que se prendió fuego.

El Pabellón era un edificio de techo plano con muros lisos de cemento y de más de 4 m de altura. Los esfuerzos para destruir su única puerta, protegida por una fuerte alambrada de acero, resultaron tan inútiles como los intentos de perforar el techo de cemento a causa del intenso fuego procedente de la pagoda vecina; sin embargo, dos impactos de cañón de medio calibre, que alcanzaron de lleno el objetivo, obtuvieron resultados apreciables. La noche del 11 de marzo se pudieron colocar algunas cargas especiales de explosivo sobre la pesada plancha de cemento, y con ellas se logró abrir una serie de orificios por los que se arrojaron numerosas granadas de mano. De madrugada se lanzó un ataque a través de la puerta; pero, aparte los cadáveres, el Pabellón estaba vacío.

Poca resistencia opusieron los japoneses en la última pagoda, y así, poco después, la colina de Mandalay cambiaba de manos... al menos en la superficie. Porque, en realidad, aún fueron necesarios algunos días más de lucha para eliminar por completo toda clase de resistencia hasta exterminar a los defensores atrincherados en los refugios subterráneos; fue una operación en extremo desagradable, pero que indefectiblemente debía llevarse hasta el fin.

Mientras un batallón y medio de la Brigada 98 seguía empeñado en la fase final de la lucha, el resto de la brigada se encargó de desalojar a los japoneses de la ciudad. Compañías de carros de combate se abrieron paso combatiendo a través de la zona del bazar, frente a la orilla del río, en torno a la iglesia católica y entre pagodas y monasterios y en medio de manzanas de casas ente

LOS ÚLTIMOS AVIONES DEL "SO

1
RANDY: Kawasaki "Ki-102"
Cazabombardero experimental de la Aviación del Ejército, que se produjo únicamente en número limitado; demostró ser muy eficaz contra los *B-29*. Una prueba de ello se tuvo cuando, en un vuelo de ensayo, uno de los prototipos, con un solo disparo de su cañón de 57 mm, arrancó literalmente un motor de un *B-29*. **Velocidad**: 580 km/h. **Autonomía**: 2000 km. **Tripulación**: dos hombres. **Armamento**: un cañón de 57 mm, dos ametralladoras de 20 mm y una de 12,7 mm.

1

2
FRANK: Nakajima "Ki-84" Hayate
Considerado el mejor caza de la Aviación del Ejército japonés, el *Frank* se produjo en serie y fue ampliamente utilizado en todo el Pacífico. Podía superar en combate tanto a los *Mustang* como a los *Hellcat*. **Velocidad**: 624 km/h. **Autonomía**: 2920 km. **Tripulación**: un hombre. **Armamento**: dos ametralladoras de 20 mm y dos de 12,7 mm; además dos bombas de 226 kg.

2

3
Kyushu "J7W1" Shinden
Este original avión, cuyo nombre significa "Rayo admirable", fue uno de los pocos cazas de fórmula "canard" (con timón anterior) proyectados durante la guerra. Interceptador de corto radio, cuya construcción se encargó tras la simple presentación del proyecto, no llegó a ser producido en serie. **Velocidad**: 750 km/h. **Autonomía**: 850 km. **Tripulación**: un hombre. **Armamento**: cuatro cañones de 30 mm y cuatro bombas de 30 o de 60 kg.

3



4

(John Batchelor)

ras ocupadas por la retaguardia japonesa. Mientras avanzaba lentamente, la infantería sufrió innumerables pérdidas a causa de los francotiradores, así como en los violentos combates casa por casa. Se había previsto que la Brigada 98 conquistase Mandalay por sus propios recursos, pero, a pesar del éxito obtenido en la colina, estaba claro que el fuerte Dufferin representaba otro formidable obstáculo. La Brigada 62 volvería pronto de Maymyo y Rees lanzó a la batalla la Brigada 64, hasta entonces empeñada sobre las direcciones orientales de acceso y donde había constituido una sólida defensa para neutralizar eventuales intentos japoneses de buscar refugio en los montes Shan.

Meiktila: la contraofensiva japonesa

Volvamos ahora de nuevo nuestra atención hacia el Sur para seguir el curso de los acontecimientos en Meiktila. El general Kimura, ex viceministro de la Guerra japonés y, desde agosto de 1944, comandante del Ejército del sector birmano, había caído en la trampa preparada por la magistral jugada de Slim. Sin embargo, reaccionando rápidamente, abandonó la idea de lanzar todas las fuerzas disponibles contra las divisiones británicas e indias que operaban a lo largo del Irawadi y en Mandalay, envió refuerzos a Meiktila y, a continuación, retiró de la zona septentrional algunos batallones que ya habían tomado parte en los combates por las cabezas de puente. Confió la misión de reconquistar Meiktila a uno de los mejores comandantes de Ejército, el teniente general Honda, quien disponía de fuerzas equivalentes a dos divisiones, si bien esas tropas procedían de regimientos de seis diferentes divisiones.

Un fracaso en Meiktila significaría la derrota de todas las fuerzas japonesas que operaban en Birmania central. La misión de Honda, ya bastante difícil de por sí, se hacía aún infinitamente más ardua por la necesidad de coordinar la acción de unidades que le llegaban de manera fragmentaria y de las más diversas direcciones. No obstante, lejos de dejarse abatir por estas dificultades, Honda se dispuso a cortar la única vía de enlace de que Cowan disponía con la cabeza de puente de Nyaungu y atacar las defensas de Meiktila. Sobre todo atacó el importantísimo aeródromo que la RAF había puesto en funcionamiento el 5 de marzo.

Al decidir confiar a la Brigada 99 la tarea de guarnecer seis organizaciones defensivas, Cowan disponía ahora de las restantes unidades para lanzarlas a incursiones continuas contra las columnas japonesas, conservando de este modo la iniciativa en sus manos. No pasaba día sin que los carros de combate y la infantería persiguieran o tendieran emboscadas a alguno de los numerosos grupos o columnas niponas que, apresurada-

NACIENTE"

4

Kawanishi "N1K2-J" Shiden-kai

Modelo derivado de un hidrocaza y utilizado como interceptador terrestre, el *George* era muy manejable y tenía una gran capacidad de ascenso. Incluso en manos de un piloto poco adiestrado podía superar a los *Hellcat*. **Velocidad:** 594 km/h. **Autonomía:** 1700 km. **Tripulación:** un hombre. **Armamento:** cuatro ametralladoras de 20 mm.



5

5

DINAH: Mitsubishi "Ki-46III"

Era el avión más rápido de la Aviación del Ejército japonés, y fue utilizado para efectuar reconocimientos sobre las bases de los *B-29* en las Marianas, haciendo escala en Iwo Jima para abastecerse de combustible. **Velocidad:** 639 km/h. **Autonomía:** 3750 km. **Tripulación:** dos hombres.



6

6

MYRT: Nakajima "C6N1" Saiun

Avión de reconocimiento rápido y muy empleado en la fase final de la guerra para localizar a los navíos adversarios y señalar su posición a los *kamikaze*. Por su velocidad y su altura de crucero podía escapar a los interceptadores. **Velocidad:** 610 km/h **Autonomía:** 5320 km. **Tripulación:** tres hombres. **Armamento:** una ametralladora de 7,9 mm.

7

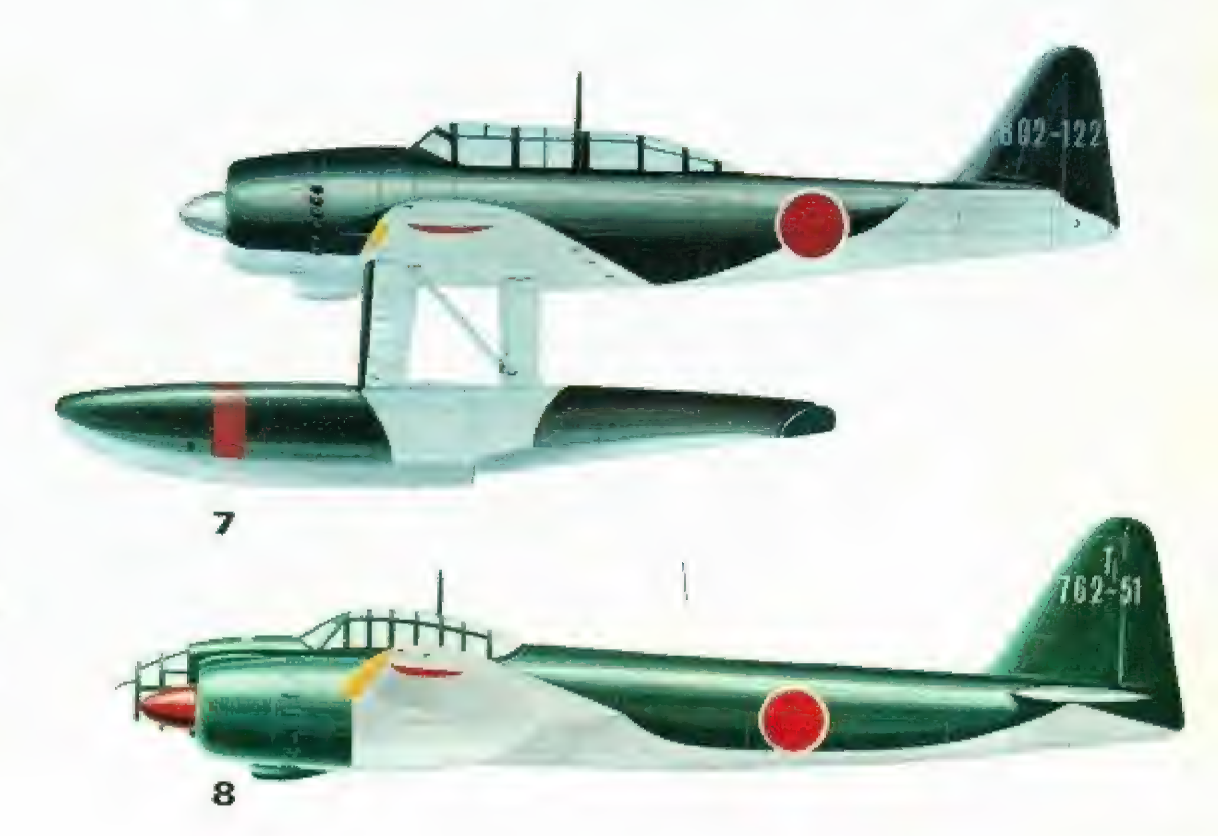
PAUL: Aichi "E16A1" Zuiun

Hidroavión dotado de armamento pesado; entró en acción en la campaña de las Filipinas y estaba destinado a misiones de reconocimiento. Pero fue también empleado para ataques en tierra y como bombardero de profundidad. **Velocidad:** 450 km. **Autonomía:** 695 km. **Tripulación:** dos hombres. **Armamento:** dos ametralladoras de 20 mm, una de 13,2 mm y dos de 7,7 mm; dos bombas de 250 kg.

8

FRANCES: Yokosuka "P1-Y1" Ginga

Bombardero rápido con base en tierra que inició su servicio como *kamikaze* a principios de 1945. Fue muy empleado en la batalla de Okinawa; también se produjo una versión para la caza nocturna. **Velocidad:** 555 km/h. **Autonomía:** 2575 km. **Tripulación:** tres hombres. **Armamento:** una ametralladora de 20 mm y otra de 12,7 mm. **Carga de bombas:** 850 kg.



7

8

/John Batchelor/

mente, se dirigían hacia la zona de operaciones. Con esta táctica agresiva, y con la ayuda de algunos grupos aéreos Cowan llegó a impedir, o por lo menos a retardar, el ataque del grueso de las tropas contra Meiktila, y en consecuencia Honda vio cómo una y otra vez sus planes eran superados por las circunstancias.

A pesar de ello, durante la segunda semana de marzo la presión japonesa siguió aumentando, y los ataques británicos desencadenados desde el Sur provocaron violentísimos choques: los japoneses resistían con tal encarnizamiento que para limpiar un pequeño poblado de 300 m de longitud fueron necesarias más de seis horas.

Honda dirigió el esfuerzo principal contra el aeródromo, y allí era, precisamente, donde la División 17 india necesitaba más fuerzas si, además de defenderse, debía atacar. La unidad de reserva más cercana de que disponía Slim era la División 5 india (general Robert Mansergh), que estaba descansando en Jorhat, sobre el Brahmaputra, y Jorhat estaba a más de 1100 km de distancia. De todos modos, una de sus brigadas, la 9 (general J. A. Salomons) fue requerida para apoyar a la guarnición de Meiktila.

Las órdenes llegaron con el tiempo justo: en efecto, hasta el 15 de marzo los americanos no empezaron a enviar refuerzos desde Palel, por vía aérea, y precisamente la noche anterior tropas japonesas habían conseguido llegar hasta muy cerca de las pistas, por lo que el aterrizaje era extremadamente peligroso.

Aquel día, sólo uno de los 54 *Dakota* fue alcanzado; pero la situación empeoró a la noche siguiente, cuando la patrulla japonesa se atrincheró a todo lo largo del flanco oriental, en una sólida posición desde la cual dominaba virtualmente todo el aeródromo; para desalojarlo fue preciso luchar duramente y, además, suspender momentáneamente los vuelos.

Las pistas eran «tierra de nadie»

A pesar del oportuno refuerzo de la Brigada 9, aún no eran suficientes las tropas disponibles para encerrar todo el aeródromo en una sola área defensiva. Por ello, todas las noches, las pistas de aterrizaje y de despegue se convertían en «tierra de nadie», patrulladas por hombres de los dos bandos. Luego, al amanecer, varios centenares de hombres –infantes británicos o indios y hombres del regimiento de la RAF– debían rastrillar cada canal y cada trinchera en busca de francotiradores. Sólo después de acabado este trabajo de rastrillamiento los *Dakota*, cargados de abastecimientos, podían aterrizar, y aun entonces existía cierto peligro.

Las pérdidas de aparatos llegaron a ser tan importantes que al fin se consideraron excesivas, por lo que el 22 de marzo se tomó la decisión de interrumpir el envío de abastecimientos por vía aérea y lanzarlos en paracaídas, decisión que

comportaba, naturalmente, una importante reducción de los envíos.

A las 18,30 horas del día 24 de marzo se oyó el rumor de vehículos oruga en el exterior de las posiciones defensivas británicas y una hora después un carro no identificado apareció en la pista occidental, dio dos veces la vuelta al aeródromo y desapareció. Al principio, muchos creyeron que se trataba de un carro británico, por lo que nadie abrió fuego. Poco después, otros carros de combate, apoyados por un contingente de infantería y anunciados por una intensa preparación artillera, se pasearon ruidosamente durante media hora por las pistas, a menos de 50 m de las alambradas. Uno de los carros se detuvo muy cerca del perímetro: un oficial abrió la torreta y pronunció algunas palabras en japonés; nadie hizo fuego, pero, no obstante, el silencio que siguió a sus palabras debió convencerle de que se había equivocado. Luego el carro se alejó a toda prisa, sin siquiera haber provocado una descarga de fusilería.

En el curso de aquella noche, otros carros japoneses llegaron a arrancar la alambrada del perímetro para dar paso a un ataque, pero la infantería que les seguía fue rechazada; análoga suerte corrieron posteriores ataques, así como las molestas incursiones de patrullas especiales cuya misión era mantener despiertos a los defensores con el fin de ponerles nerviosos. Al hacerse de día se descubrió a unos 30 soldados japoneses, hábilmente atrincherados y con un cañón contracarros, en una de las explanadas de maniobra; desde allí abrieron fuego y causaron numerosas pérdidas a los defensores del campo.

Hasta el 29 de marzo, bajo un enésimo ataque convergente, los japoneses se mantuvieron en sus posiciones; entonces, por primera vez después de dos semanas de una lucha encarnizada, aquella noche las pistas quedaron completamente libres. En realidad, al darse cuenta de que no tenía ninguna esperanza de reconquistar la ciudad, Honda había decidido retirar a sus hombres más al Este, en dirección a Thazi, o al Sur, a lo largo de la carretera de Pyawbwe. Aquel mismo día, las Brigadas 48 y 63 enlazaron: la batalla decisiva por la posesión de Meiktila había terminado.

Dos «corredores» en el frente japonés

Entre tanto, al sur del Irawadi, otras tres divisiones aliadas estaban empeñadas para obstaculizar el plan de Kimura, que preveía contener al Ejército 14 a lo largo de una línea que, partiendo de los campos petrolíferos de Chauk, se extendía hacia el Nordeste, pasaba por Kyaukpadaung y el cono volcánico del Monte Popa y llegaba a los poblados de Taungtha y Myingyan. Dada la debilidad de las fuerzas aéreas japonesas y la grave carencia de artillería, semejante plan era prácticamente irrealizable; no obstante, Slim decidió no conceder a sus adversarios ni la más mínima posibilidad de recobrar sus fuerzas, por lo que envió la División 20 india, del general Douglas Gracey, a abrir dos «corredores» en el frente japonés.

La operación se inició el 8 de marzo. La Brigada 100 (general C. H. B. Rodham), encabezada por una columna de carros, autoametralladoras e infantería motorizada, se lanzó hacia el Sur, a lo largo de la dirección Pyinzi-Pindale, se aseguró el control de una amplia zona, hasta el importante centro japonés de Wundwin y, finalmente, giró hacia el Norte, avanzando a caballo de la línea férrea.

Mientras la Brigada 100 se aproximaba a Kyaukse por el Sur, otras dos brigadas de Gracey (la 32 y la 80) se pusieron en marcha hacia la ciudad por el Norte y por el Oeste. Estas dos unidades interrumpieron los enlaces japoneses entre Mandalay y Meiktila; pero en Kyaukse chocaron con la tenaz resistencia opuesta por un grupo heterogéneo de nipones que, tras retirarse hasta allí, parecían decididos a defender a ultranza los grandes depósitos de material y aquello que Kimura esperaba que fuera el dique tras el cual muchos de sus maltrechos regimientos se reorganizasen. La ciudad no cayó hasta el 30 de marzo, tras una lucha salvaje; pero, entre tanto, la carretera y la vía férrea al sur de Wundwin habían sido casi totalmente conquistadas.

La segunda de las tres divisiones era la 7 india, mandada por el general Geoffrey Evans. Tenía tres misiones principales a cumplir durante el mes de marzo: avanzar hacia el Sur, empujando a los japoneses a lo largo de la carretera de Kyaukpadaung; abrir la carretera que unía la cabeza de puente de Nyaungu con Meiktila, y, por último, conquistar Myingyan, ya que sin este importante centro de tráfico fluvial Slim no podría utilizar sus embarcaciones sobre el Chindwin.

Dividida en dos columnas, la Brigada 33 de la citada división se puso en marcha a través de la llanura en dirección a Myingyan. Las nubes de polvo que levantaban eran tan densas que resultó imposible ocultar al enemigo los movimientos de las fuerzas de avance, por lo que la artillería nipona se mostraba bastante activa. El agua escaseaba y los *chaung*, aunque secos, constituían un gran obstáculo para los carros. A unos 6 km de Myingyan, el avance se detuvo ante una profunda garganta, donde los japoneses habían dispuesto una formidable posición defensiva. El primer ataque fracasó, y la misma suerte corrió el segundo; pero la tarde del 18 de marzo los carros y la infantería superaron el obstáculo y entonces, sin dejar de combatir, alcanzaron los suburbios de la ciudad. La lucha en las calles duró cuatro días, pero al fin los japoneses fueron reducidos.

Durante toda la primera quincena del mes de marzo, la División 2 británica (general Cameron Nicholson) había avanzado a lo largo de la orilla meridional del Irawadi, en un frente de dos brigadas. Para detener este ataque, los japoneses sólo disponían de parte de un regimiento y de un millar de supervivientes de otro; pero estas fuerzas consiguieron transformar este elemento de debilidad en un punto de fuerza, dividiéndose en pequeños grupos y en retaguardias que lucharon con el coraje tantas veces demostrado por los soldados nipones.

La derrota japonesa

A la izquierda, los batallones de la Brigada 5 avanzaban, adelantándose uno al otro y batiéndose por alturas que iban siendo bautizadas con los más extraños nombres. El día 14 de marzo, cuando se cayó en la cuenta de que los japoneses estaban refugiándose en las colinas un tanto alejadas de la dirección de marcha de la Brigada 6, el 2.º Regimiento *Dorsetshire*, un contingente del 3.er *Carabineer* y algunos cañones contracarros se destacaron en una marcha flanqueante, que resultó extremadamente penosa y lenta por la acción de la retaguardia japonesa, que defendía aldeas escondidas en el espeso bosque bajo y que demostraron ser capaces de destruir carros de combate con rudimentarias granadas de carga hueca lanzadas con fusil. Grupos aislados seguían defendiéndose con tanta tenacidad como valor, pero parecía que ya les faltaba la suficiente coordinación, defecto este último provocado, en gran parte, por el caos en el que habían caído los mandos y las líneas de enlace.

La tarde del 17 de marzo, el 1.er *Queen's Own Cameron Highlander* conquistó el fuerte de Ava, en otro tiempo capital de Birmania, rodeado por un ancho foso. Luego el 7.º *Worcestershire* se lanzó por el pasillo así abierto, vadeó sin encontrar resistencia el Myitnge y se aseguró el control del extremo meridional del gran puente que, con el de Myitkyina, situado mucho más al Norte, constituía el único punto de cruce del Irawadi.

Mientras esto sucedía, la batalla por Mandalay estaba en pleno desarrollo. Día tras otro, los artilleros británicos lanzaban sus granadas sobre los muros de la fortaleza desde una distancia inferior a 400 m; pero los resultados eran casi nulos. Al fin, con la llegada de los obuses mejoró algo la situación. No obstante, y a pesar de los obuses, el fuerte Dufferin seguía resistiendo, por lo que el 19 de marzo el general Rees decidió convocar una reunión en el curso de la cual se acordó que al día siguiente se solicitaría la intervención de las fuerzas aéreas. Tres Grupos de *B-25 (Mitchell)*, de la 12.ª División de bombardeo de la USAAF, bombardearían una franja de terreno de 60 m de anchura por el interior del muro septentrional, a fin de conseguir la destrucción de las posiciones defensivas que los japoneses habían establecido en aquel punto. Luego, el Grupo 42 de bombarderos *Hurricane* machacaría la superficie interna, comprendida entre los muros, para impedir que los artilleros antiaéreos japoneses entraran en acción. Finalmente, la 910 Ala de la RAF, al mando del coronel B. A. Chacksfield, debía abrir el máximo número de brechas y ampliar las ya existentes en el muro septentrional.

Como la cara exterior del muro era inclinada y la interior era vertical, Chacksfield decidió bombardear desde el interior hacia el exterior; o sea desde el Sur hacia el Norte. Sus *Thunderbolt* se aproximarían a muy baja altura, casi rozando los árboles, para descargar las bombas, con las espoletas retardadas 11 segundos, de modo que embistieran contra el bastión.

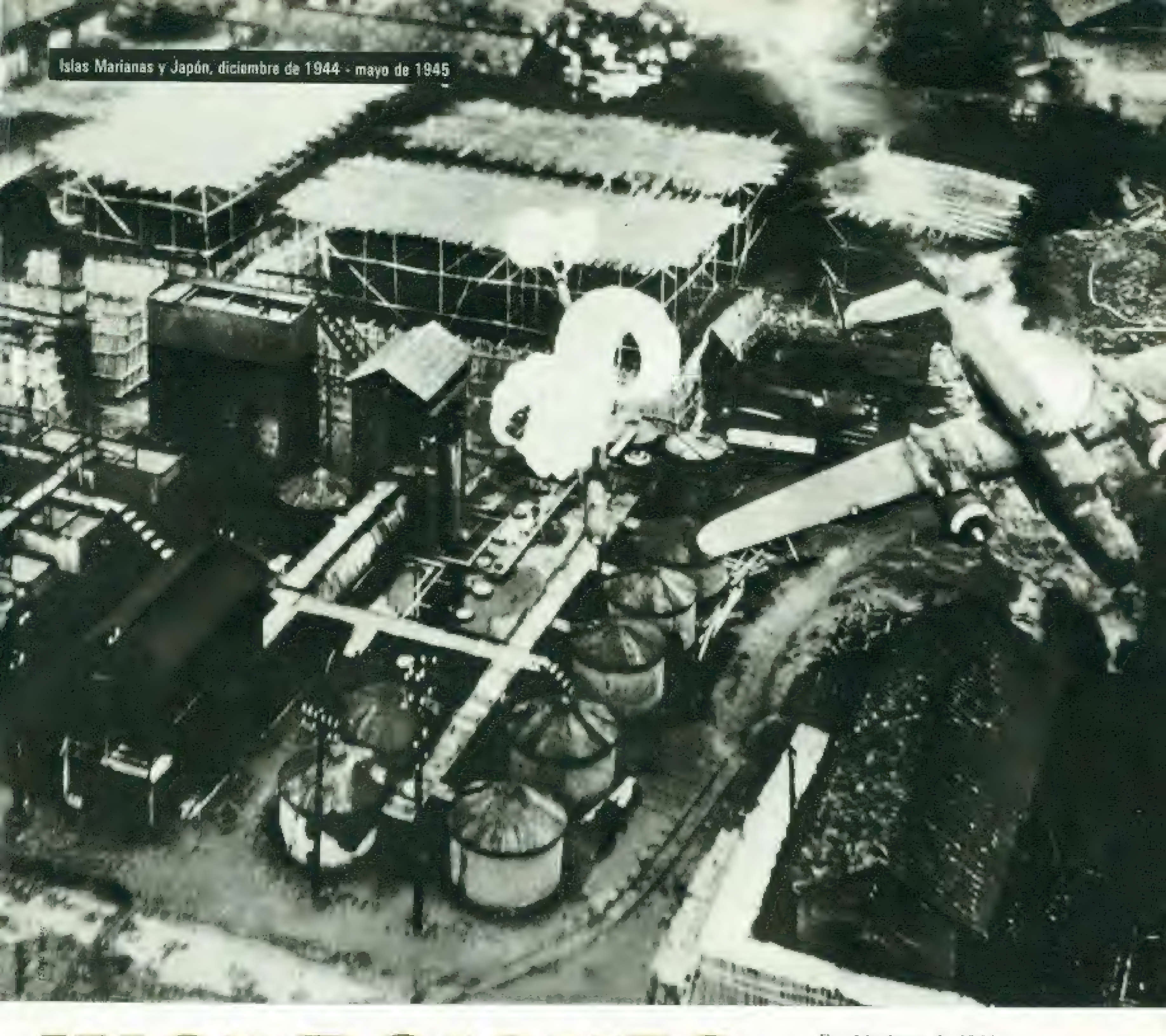
A las 11 del 20 de marzo, los *B-25* llevaron a cabo una misión. Quince minutos más tarde, los dos primeros *Thunderbolt* se lanzaron en picado sobre el objetivo, y comprobaron que dos de sus cuatro bombas pasaban al otro lado del muro. Por fortuna, se había previsto esta eventualidad, y se dejó un trecho, de unos 230 m, entre los sitiadores y los sitiados. Chacksfield, que dirigía la operación desde su *Thunderbolt*, decidió inmediatamente y sobre la marcha invertir la dirección del ataque, de manera que si otras bombas fallaban el objetivo acabasen su vuelo en el interior de la fortaleza. Así, pues, lanzándose en un picado ligeramente más inclinado que antes, llegaron por el Norte los *Thunderbolt*, y casi la mitad de sus bombas dieron en el muro y estallaron, levantando densas nubes de polvo y escombros. Dos aparatos, particularmente precisos, situaron sus cuatro bombas en el muro, y la violenta explosión abrió una brecha de cerca de 15 m de anchura. A mediodía terminaba la incursión aérea.

Mandalay: los japoneses se retiran

Durante la noche del 19 de marzo, en el interior del fuerte se oyó el inconfundible rumor de los vehículos de motor en movimiento y de hombres en plena actividad; los ruidos parecían particularmente fuertes en la parte meridional, donde era posible que los japoneses estuvieran concentrándose para intentar la fuga. La artillería batió la zona durante horas y horas, y a la mañana siguiente, algunos miembros de la población civil, encabezados por dos hombres que enarbolaban una bandera británica y una bandera blanca, salieron al portón oriental del fuerte para comunicar que, en efecto, los japoneses se habían retirado a través de las cloacas que pasaban por debajo del foso y bajo los muros de la fortaleza.

Los soldados que entraron en el fuerte hallaron 346 prisioneros civiles, casi todos anglobirmanos y angloindios; entre ellos se encontraban también algunos misioneros católicos, franceses e irlandeses. No lejos de las ruinas humeantes del palacio del rey Thibaw, un comandante de batería izó la bandera británica, y el general Rees izó, a su vez, el distintivo de la División 19 india: un puñal amarillo sobre campo escarlata. Sir William Slim llegó el 21 de marzo, y en el curso de una ceremonia oficial, acompañado por cinco generales y por el general de división del Aire S. F. Vincent, izó de nuevo la *Union Jack* y lanzó tres «hurras» por el rey emperador.

Al anunciar a la Cámara de los Comunes la caída de Mandalay, Winston Churchill comentó: «¡Gracias a Dios que han ocupado un lugar cuyo nombre podemos pronunciar!».



INCURSIONES AEREAS SOBRE JAPON

John Vader

En el invierno de 1944, los pilotos de los bombarderos americanos con base en Extremo Oriente se dispusieron a atacar, a bordo de los gigantescos *Boeing B-29*, los objetivos vitales japoneses. Desde las nuevas bases de las Marianas, las "superfortalezas" volantes se proponían desencadenar sobre las islas niponas una ofensiva ininterrumpida; pero pronto las tripulaciones de los *B-29* descubrieron que el bombardeo estratégico de precisión presentaba mayores dificultades de las que se habían previsto. Así fue como se iniciaron las terribles incursiones aéreas indiscriminadas sobre las ciudades japonesas, bajo la dirección del general LeMay. Nunca, en la historia de la guerra, había sucedido que se infligieran daños de manera tan sistemática, y a medida que transcurría el verano de 1945 la mortífera eficacia de las incursiones fue aumentando progresivamente.

El día 1 de noviembre de 1944, por primera vez desde la temeraria incursión del general Doolittle, en abril de 1942, un avión americano sobrevoló Tokio. Volando a una altura y a una velocidad demasiado elevada para que los cazas japoneses pudieran interceptarla, la «superfortaleza» *B-29* volvió sana y salva a su base de las Marianas. Al fin la guerra aérea había llegado al suelo japonés, donde, todos aquellos que tenían la vista lo suficientemente aguda para poder distinguirlo, muy alto en el cielo, pudieron observar el vuelo de un nuevo tipo de avión que debía acelerar el final del conflicto.

El *B-29* era un bombardero verdaderamente formidable, que había sido proyectado al principio para transportar una tonelada de bombas, aproximadamente, sobre objetivos situados a más de 8.000 km de distancia. Destinado a operar en el Pacífico, y por ello, para alcanzar los más alejados objetivos, el *B-29* estaba dotado de una carlinga presurizada para asegurar a los hombres de la dotación, libertad de movimientos y una cierta comodidad durante los largos vuelos. Según una tradición iniciada en el Pacífico sudoccidental, donde los «pesos pesados» eran los *B-24* y *B-25*, en los flancos de estas «superfortalezas» se pintaron distintivos terroríficos, pero en cambio se las bautizaba con nombres bufos. Dos de estos nombres, *Enola Gay* y *Bockscar*, serían famosos en los anales de la historia, puesto que a las dos «superfortalezas» así llamadas les correspondió la misión de transportar sobre Hiroshima y Nagasaki las dos terribles bombas atómicas llamadas a su vez *Little Boy* y *Fat Boy*. Este superbombardero era el más importante instrumento bélico con que contaban los Aliados cuando la guerra contra el Japón entró en su cuarto año.

Cuando los *B-29* estuvieron disponibles, los jefes de Estado Mayor conjunto decidieron que ya no sería necesario efectuar tantas escalas en China y que se podía llegar directamente al Japón: el indispensable «ablandamiento» preliminar podría realizarse mediante los enormes bombarderos con bases establecidas en islas del Pacífico, apropiadas para ello. Por eso, precisamente, las Marianas se convirtieron en un objetivo primordial para las fuerzas que luchaban en el Pacífico central. Asimismo se decidió enviar a China cierto número de *B-29*, a pesar de las dificultades que comportaría la organización de un adecuado servicio de asistencia y de mantenimiento, así como la escasa protección que el Ejército chino podía asegurar a las bases. En otoño de 1943 se pusieron a disposición de los centros de adiestramiento algunos de estos aparatos, y a principios de 1944 ya había tripulaciones adiestradas en número suficiente para permitir la constitución de dos divisiones aéreas, el 20.º y el 21.º de bombardeo, ambos a las órdenes directas del general H. H. Arnold y de los jefes del Estado Mayor conjunto de Washington.

La primera misión de bombardeo fue una incursión desde la India, sobre objetivos situados en la zona de Bangkok, y pocos días más tarde, el 15 de junio, algunos *B-29* procedentes de un campo chino bombardearon Yawata, al sur de Japón. Esta incursión contra las fábricas de producción de hierro y acero de Yawata señaló el comienzo del bombardeo estratégico sobre el archipiélago nipón, aunque se calculó que los daños causados se limitaron a un despreciable 2 %. El 7 de julio fue atacada, con resultados absolutamente insatisfactorios, Sasebo, en la isla de Kyushu. Asimismo, tras una incursión nocturna sobre Nagasaki, con bombas incendiarias, no se detectó señal alguna de incendio. El 20 de agosto se atacó nuevamente Yawata durante el día: la artillería antiaérea y los cazas nipones abatieron 18 de los 70 bombarderos, y el objetivo sólo sufrió leves daños.

El grado de precisión de los bombarderos aumentó cuando el general Curtis LeMay asumió el mando del 20.º de bombardeo, intensificando los programas de adiestramiento. LeMay estaba firmemente convencido de que los bombardeos estratégicos destruirían el potencial industrial japonés, sus reservas de carburante y las fábricas

Submarinos de bolsillo en un dique seco de Kure, en Japón, destruidos tras una incursión aérea americana. Gracias a las superfortalezas volantes *B-29*, las Fuerzas Aéreas norteamericanas pudieron efectuar, a partir de junio de 1944, bombardeos estratégicos sobre Japón. *(US Army)*



de aviones, así como los puertos y las comunicaciones. Afirmaba que el precio de un ataque terrestre, contra un Ejército japonés cuyo potencial se cifraba en unos 2 millones de hombres de primera línea y en rampas de missiles y en aviones pilotados por pilotos suicidas, representaría, con toda probabilidad, la pérdida de más de un millón de hombres y el hundimiento de casi todos los navíos de la flota de invasión. LeMay estaba dispuesto a barrer del mapa todas las ciudades japonesas que contribuían al esfuerzo bélico del país. Por otro lado, estaba igualmente convencido de que los gigantescos bombarderos podrían llevar a cabo esta misión y de que bastaba su actividad para obligar al Japón a aceptar una rendición sin condiciones.

Los apuntadores de los bombarderos de LeMay fueron mejorando su nivel medio; pero, para conseguir buenos resultados, aún era necesario contar con las condiciones atmosféricas favorables. Un día de cielo claro los bombarderos atacaron un arsenal de aviones en Okayama, en la isla de Formosa, y destruyeron el objetivo; durante otra incursión se destruyeron las estaciones de ferrocarril de Rangún; finalmente, en una incursión en la que tuvieron que recorrer más de 6000 km en un vuelo de 18 horas, los bombarderos destruyeron las esclusas de la presa de Singapur e hicieron saltar la popa de un barco. En estas operaciones, los tripulantes de los *B-29* demostraron estar en condiciones de realizar largos vuelos y bombardear con precisión desde grandes alturas.

El primer ataque de los bombarderos contra un objetivo situado en Tokio, a más de 2500 km de distancia de las Marianas, se lanzó el 24 de noviembre. Volando a bordo de la *Dauntless Dotty*, el general de brigada Emmett O'Donnell condujo 111 «superfortalezas» en un ataque contra la fábrica de motores *Musashina*; pero sólo 24 de los aparatos localizaron el objetivo, y además el bombardeo, desde 10.000 m de altura, fue un tanto impreciso. A pesar de la intensa preparación y del excelente dispositivo de puntería *Norden*, los bombardeos desde tanta altura, se revelaban ineficaces: los resultados obtenidos en China y en Japón demostraban que era absurdo volar a 10.000 m, perdiendo aparatos por obra de la artillería antiaérea y de los cazas y además no alcanzando los objetivos. Eso no dependía de la eficiencia de los pilotos ni de los propios aparatos, sino más bien de las condiciones atmosféricas dominantes en las regiones altas de la atmósfera sobre Japón. A veces soplaban vientos con una velocidad de 150-300 km por hora; otras veces, sobre los aparatos solían formarse gruesas incrustaciones de hielo y, además, el objetivo permanecía oculto por bancos de niebla muy densos.

Con el fin de trasladar todo el peso de los *B-29* contra las principales áreas industriales del Japón oriental y central, se transfirió también el 20.º mando de bombardeo desde China y la India a las Marianas.

Comienzan las grandes incursiones

En enero, el general LeMay llegó al archipiélago para hacerse cargo del 21.º mando de bombardeo, y luego, cuando llegó también al 20.º, asumió la jefatura de uno y otro, reunidos ahora en la 20.ª Fuerza Aérea. Hasta febrero, las formaciones estuvieron compuestas por unas 100 superfortalezas; pero más tarde, gracias a la terminación de otras pistas, el número de bombarderos participantes en cada una de las incursiones llegó casi a 200 y en marzo pasó de los 300. La enorme potencia de fuego de los nuevos aparatos sobrecogió a los pilotos de caza japoneses. Los sistemas de puntería centralizados y el mando a distancia de las torretas del *B-29* demostraron toda su eficacia un día en que un bombardero aislado, en misión de reconocimiento, fue atacado de pronto por 90 cazas. Aprovechando a fondo toda su excepcional velocidad en vuelo a gran altura, tras media hora de combate consiguió ponerse a salvo después de derribar siete cazas enemigos. Por otra parte, y quizá también afortunadamente, ya por entonces los buenos pilotos japoneses habían quedado reducidos a un número insignificante.

Sin embargo, el fuego de las 12 ametralladoras de 12,7 mm y del pequeño cañón instalado a bordo, no eran elementos suficientes para hacer desistir a los cazas japoneses de sus ataques, y a pesar de las graves pérdidas sufridas en el Pacífico sudoccidental, en Luzón y en Birmania, aún quedaban en Japón millares de aparatos, los pilotos japoneses de entonces estaban animados por una fanática determinación y sus valientes ataques acabaron por infligir pérdidas considerables a las formaciones de *B-29*. Especialmente peligrosos eran los nuevos cazas *George* y *Jack*, muy rápidos y armados con cuatro pequeños cañones, eficaces incluso contra la pesada coraza de los bombarderos. Al aumentar las incursiones, también las pérdidas aumentaron de manera proporcional y los resultados que se estaban obteniendo no eran suficientes para compensarlas.

Un importante paso adelante, relacionado con la conquista de Iwo Jima, en marzo, fue la entrada en acción de escuadrillas de cazas que podían escoltar a los bombarderos hasta el mismo objetivo. El más eficaz de los aparatos de caza americano era el modelo mejorado del *Mustang P-51*, un avión muy rápido y de gran autonomía, sin rival entre los cazas japoneses. Los cazas nocturnos *P-16 «Black Widow»*, dotados de radar, montaban ocho pequeños cañones, que podían destruir cualquier aparato japonés que intentase una incursión al caer la noche. El 7 de abril, más de 100 *Mustang* escoltaron una formación de superfortalezas en una incursión diurna sobre el Japón, y los defensores perdieron más aparatos de los que consiguieron abatir. Desde aquel momento, el balance sería ya siempre favorable a los americanos.

No obstante, en febrero, en el curso de ataques diurnos, las pérdidas de bombarderos llegaron al 5,7%, porcentaje que influyó gravemente en la moral de los pilotos americanos. La USAAF ya había comprobado en los frentes de Europa que cuando las pérdidas alcanzaban estos niveles los resultados de los bombardeos y la eficacia general de las operaciones tienden a disminuir rápidamente. Las estadísticas de esta clase y la visión de los bombarderos que se desintegraban en vuelo o se precipitaban ardiendo resquebrajaban la moral de los aviadores. En los largos vuelos de escolta sobre el Japón, los pilotos de los *Mustang* debían permanecer, por lo general, encerrados en sus estrechos aparatos hasta nueve horas seguidas; pero su presencia contribuyó, de manera determinante, a cambiar la situación en el cielo del Japón y las incursiones de altura aumentaron en número y potencia.

Comienzo de las incursiones incendiarias

Sin embargo, el efecto de los bombardeos efectuados contra las industrias japonesas eran todavía insignificantes en relación con la cantidad de bombas lanzadas y con los esfuerzos para hacerlas llegar a su destino. En Europa, la experiencia había enseñado que era posible destruir objetivos concretos mediante un bombardeo efectuado desde la relativa seguridad de una gran altura, pero que, con frecuencia, se hacían necesarias algunas incursiones o incluso una incursión masiva para saturar la *zona* del objetivo. Por lo tanto, LeMay tenía que resolver un espinoso problema. Disponía de una poderosa fuerza de bombarderos proyectados para volar a gran altura y a grandes distancias, pero la enome cantidad de combustible que se requería para operaciones de este tipo determinaba que la carga de bombas fuera relativamente exigua; y luego, cuando los bombarderos no alcanzaban el objetivo, no podía asegurarse que éste fuera destruido. A este paso, el proceso de aniquilar la capacidad productiva japonesa sería demasiado largo, puesto que los múltiples centros de producción podrían ser trasladados a localidades menos accesibles. Los japoneses disponían aún de miles de cazas y de bombarderos de reserva para el día en que los Aliados decidieran invadir su país; además, la producción de cazas continuaba incansablemente y muchas de sus piezas se fabricaban en innumerables plantas industriales de dimensiones casi artesanales, que sería imposible localizar en los mapas de los Servicios de Información.

Era necesario, pues, proceder a un cambio radical de táctica, y es posible que fuera la experiencia personal que el general vivió durante una incursión aislada sobre Hankow, la que provocó el cambio decisivo de estrategia que a su vez había de cambiar el rumbo de la guerra. Se trató de una incursión combinada de la 14.ª Fuerza Aérea de Chennault y del 20.º mando de bombardeo, incursión que se efectuó a fines de 1944 y en la que se decidió lanzar un ataque con algunos de los *B-29* a una altura inferior a los 10.000 m para que descargasen sobre Hankow bombas incendiarias, la operación fue considerada un gran éxito, y LeMay decidió comprobar si sería posible, mediante el mismo sistema, entregar a las llamas las mayores ciudades japonesas.

El objetivo para el primer ataque con bombas incendiarias fue Tokio, ciudad dotada de numerosas y eficientes defensas antiaéreas. El ataque se desarrollaría de noche, y era muy probable que los hombres de la artillería antiaérea fueran inducidos a error en cuanto a la altura de aproximación de los bombarderos: entre 1500 y 2500 m. Volando a esta altura, los aparatos consumirían menos carburante, y como se esperaba que los cazas nocturnos no opondrían gran resistencia, se decidió que los bombarderos no llevasen armas ni municiones, lo que, además, también permitiría reducir el número de hombres de las tripulaciones. En resumen, gracias a estas reducciones de carga, cada avión podría transportar más de 6 toneladas de bombas. Como el objetivo era el gran complejo urbano de Tokio, no sería asimismo necesario que los aparatos navegasen en formación, siguiendo al cabeza y guía, sino que cada uno de ellos podría atacar casi por su propia cuenta. Para esta primera serie de incursiones experimentales con bombas incendiarias, además de Tokio se señalaron Nagoya, Osaka y Kobe, en las cuales había numerosas industrias.

Las bombas incendiarias *M-69* pesaban 2,7 kg cada una y se descargaban en paquetes de 38, contenidas en un envoltorio. Gracias a una espoleta especial de tiempo, al hallarse a unos 1500 m de altura el paquete de bombas se deshacía, dispersándose y estallando luego cada una en el momento del choque, difundiendo a su alrededor un compuesto de bencina gelatinizada. Por regla general, los *B-29* transportaban 37 paquetes de 225 kg, cuya espoleta tenía un dispositivo de seguridad constituido por un hilo de acero que se quitaba en el momento del despegue. Para que los incendios se extendieran era necesario que sobre el objetivo soplase, a nivel del suelo, un viento suficientemente intenso.

Para la incursión incendiaria sobre Tokio se eligió la noche del 10 de marzo. Con 1667 toneladas de bombas a bordo, más de 30 superfortalezas despegaron de las islas Marianas y, volando a unos 2000 m de altura, deberían llegar al objetivo inmediatamente antes del alba, a fin de aprovechar la cobertura de la oscuridad durante la incursión y la luz del día para posibles amerizajes forzosos en el vuelo de regreso.

Los resultados de las incursiones fueron increíbles. Nadie había previsto que la ciudad fuera tan «incendiable». Por las fotografías obtenidas pocas horas después de la incursión, en los vuelos de reconocimiento, se supo que 43 km² de la ciudad habían quedado completamente destruidos por las llamas. Y no sólo infinidad de pequeñas fábricas, sino también dieciséis objetivos ya preseleccionados para futuros bombardeos a gran al-

tura habían sido igualmente destruidos. Los violentos incendios desencadenados por las bombas consumieron tal cantidad de aire que provocaron fortísimas corrientes térmicas, que, soplando a través de la ciudad, habían alimentado las llamas. El huracán de fuego continuó hasta que ya no quedó nada más que quemar.

Sólo una vez se había visto un incendio de tan grandiosas proporciones –en Hamburgo, en 1942–, pero en Tokio las víctimas se elevaron a más del doble: hubo más de 100.000 muertos y por lo menos otros 100.000 heridos. Los americanos perdieron sobre el objetivo 14 superfortalezas.

Dos noches después, los bombarderos volvieron a elevarse, esta vez en dirección a Nagoya. Estallaron numerosos incendios en diversos puntos de la ciudad, pero permanecieron aislados; por eso no se desató el huracán de fuego de Tokio y sólo se destruyeron 4,2 km². El siguiente objetivo fue Osaka, atacada el 13 de marzo por unos 300 bombarderos, que destruyeron más de 20 km² de la ciudad. Pocas noches después, en Kobe, las llamas devoraron 6,7 km², incluido 1 km² de zona portuaria. El último ataque de aquellos diez días se lanzó de nuevo contra Nagoya: más de 300 bombarderos descargaron 2000 toneladas de bombas incendiarias sobre un área más compacta; pero, una vez más, la ciudad no resultó incendiada y sólo se destruyó 1,8 km². En el curso de estas cinco incursiones los bombarderos lanzaron 9365 toneladas de bombas y destruyeron más de 77 km² de las principales ciudades del Japón.

La moral de los tripulantes de los *B-29* se elevó muchísimo cuando descubrieron que estas incursiones nocturnas eran bastante más seguras que los bombardeos a gran altura efectuados de día: en efecto, en aquellos diez días sólo se habían perdido 22 bombarderos sobre el objetivo, o sea el 1,4 %. Asimismo, en caso de daños graves o de averías se podía hallar refugio en Iwo Jima, y también los amerizajes de emergencia eran ahora más seguros gracias a la presencia de los *Dumbo (B-17* y *PBY Catalina)* y de los *Superdumbo (B-29)* que patrullaban por los alrededores del objetivo, llevando a bordo lanchas de salvamento y otros pertrechos de emergencia; estos aparatos disponían, además, de especiales instrumentos de radio que les permitían localizar el punto de caída de un bombardero y enviar al lugar aviones, buques o submarinos para recoger a los aviadores.

Para los jefes del Estado Mayor conjunto, así como para el general LeMay, las incursiones aéreas incendiarias representaban un medio eficiente de destrucción; de ahí que en el ámbito de la guerra aérea contra el Japón se convirtieran en uno de los factores más importantes. En cambio, para los jefes militares y políticos japoneses, los siniestros resultados de las incursiones de los B-29 en cuatro ciudades y en el corto período de diez días constituyeron una clara demostración de que su país estaba virtualmente inerme, y que muy poco podían hacer para poner remedio a aquel estado de cosas.

Su gran aliado (Alemania) ya estaba a punto de derrumbarse, y los *kamikaze* (viento divino) nada podían contra los bombarderos que atacaban de noche.

Para la 20.ª Fuerza Aérea había quedado ya claramente establecido el esquema de los ataques: no había que hacer otra cosa que elegir la ciudad, acumular una gran cantidad de carburante y de bombas incendiarias e iniciar la incursión en gran escala. Después de los diez días de incursiones concentradas, la 20.ª Fuerza Aérea empezó a preparar una nueva serie de ataques diurnos. Con el fin de poder transportar mayor carga de bombas, los *B-29* redujeron la altura de vuelo a 3500-5500 m, altura que entre otras ventajas permitía una mayor precisión.

Los ataques de los cazas siguieron según las previsiones; pero no se mostraron más eficaces que a 10.000 m de altura. Además, no eran sólo los apuntadores quienes mejoraron su precisión sobre los objetivos, sino que, gracias a la experiencia adquirida, también los hombres encargados de manejar las armas de defensa de los bombarderos mejoraron sensiblemente su puntería, y los cazas japoneses acabaron por sufrir pérdidas cada vez mayores. Para asegurar a las Fuerzas Aéreas americanas una neta superioridad en cazas en el propio cielo del Japón, a los aviones de escolta *Mustang* se agregaron los cazas de gran autonomía *P-47 Thunderbolt*. A llegar a tal superioridad contribuyó notablemente la actividad desarrollada por los aviones de la Marina, pertenecientes a la 58.ª *Task force*. En efecto, acercándose hasta menos de 300 km de Tokio, los almirantes Spruance y Mitscher consiguieron que sus cazas y sus bombarderos embarcados pudieran sobrevolar en rápidas pasadas el cielo del Japón y abatir muchos cazas japoneses. Además, bombardeaban objetivos industriales, en particular las fábricas de aviones. Las primeras incursiones tuvieron lugar el 16 y 17 de febrero, y otras muchas después del 24 del mismo mes.

A finales de marzo se veía próximo el fin de la guerra. Las devastaciones provocadas por los *B-29* de LeMay sólo podían conducir a un resultado: a más frecuentes y a más masivas incursiones incendiarias que acabarían por barrer completamente del suelo japonés todos los centros productivos del país. Y puesto que las espantosas pérdidas en vidas humanas en los incendios de Tokio no bastaban para inducir a la rendición a los fanáticos dirigentes del Japón, quizá sería necesario recurrir a algo más dramático aún, algo que les permitiera salvar el honor y aceptar la capitulación.

Personal del aeropuerto de Iwo Jima trata de dominar el incendio producido en el interior de un *B-29*, después de chocar contra el suelo en un aterrizaje forzoso a su regreso de una misión. Desde el 10 hasta el 20 de marzo de 1945, las superfortalezas americanas lanzaron una serie de ataques con bombas incendiarias sobre Tokio, Nagoya, Osaka y Kobe, destruyendo más de 77 km². *(Imperial War Museum)*



Fusako Sasaki

BOMBAS INCENDIARIAS SOBRE TOKIO

VERSIÓN JAPONESA

¿Cómo vivía la población de Tokio, atormentada cada noche por el terror de las demoledoras incursiones incendiarias ante las cuales no había ninguna posibilidad de defensa y que significaban una muerte horrorosa? Fusako Sasaki, seudónimo de una mujer japonesa que en aquellos días de los bombardeos sobre la ciudad aún no tenía veinte años, evoca hoy en este capítulo la amenaza que, como un terrible fantasma, pesaba cada día más sobre los habitantes de Tokio.

No sé cómo sobreviví a todas las incursiones de los *B-29* sobre Tokio hasta mayo de 1945, en que me vi obligada a abandonar la ciudad. La primera experiencia directa de los bombardeos la tuve el 25 de febrero de aquel mismo año, un día en que me había ido a visitar a unos parientes que vivían en Honjo. Nevaba. Hacia las 14 horas sonaron las sirenas de alarma, y con mi tía y mi primo nos precipitamos a la calle y llegamos al refugio antiaéreo más cercano. Poco después llegó mi tío, que prestaba servicio voluntario en la defensa antiaérea, para decirnos que la casa había sido alcanzada por una bomba incendiaria y que no se podía hacer otra cosa que huir cuanto antes. La tía hubiera querido poner a salvo algunos de sus enseres de la casa en llamas, pero el tío la disuadió de ello. Si conseguimos alejarnos de allí fue porque las bombas habían caído distanciadas unas de otras y en consecuencia la zona no había sido arrasada. La casa del tío también resultó alcanzada por pura fatalidad. Había algunos edificios en llamas, pero a mí me pareció que todo aquello era diferente a un incendio normal, de los que con tanta frecuencia estallan incluso en tiempos de paz.

El recuerdo que más impreso quedó en mi imaginación es la imagen de un vecino que, medio aturdido, observaba los restos de su casa destruida por el fuego, apretando entre sus manos lo que desde aquel momento era su «tesoro»: una pequeña e inútil mano de almirez. Pasamos la noche en una escuela elemental, que se hallaba no lejos de allí. Nunca había visto un espectáculo tan bello: las llamas se reflejaban sobre el manto de nieve que cubría el patio de la escuela; resplandores escarlata destacaban sobre un fondo de blancura inmaculada. Era todavía demasiado joven y demasiado ignorante del peligro para sentir verdaderamente miedo. Pero en los barrios de Kanda y de Ueno habían sido destruidas 10.000 casas, y 35.000 personas quedaron sin hogar. Incluso de los edificios más modernos sólo quedaron los muros exteriores.

Desde aquel día, casi no pasó ninguna noche sin alarma. El 10 de marzo, poco después de medianoche, fui despertada una vez más por el triste sonido de las sirenas. Me puse, como los demás, los largos *mompei* (pantalones), cubrí mi cabeza con el gorro acolchado, tomé en mis manos los paquetes que contenían algunas cosas de valor y todos juntos nos precipitamos fuera de la casa. Mi misión en el servicio de defensa antiaérea era la de recorrer las diversas cisternas para romper, con un grueso pico, la capa de hielo. Era un invierno verdaderamente riguroso. Recuerdo perfectamente que teníamos la impresión de que moriríamos de frío, hacinados en el refugio antiaéreo que se encontraba frente a la casa de mi padre, en la parte meridional de Tokio. Los reflectores surcaban el cielo en busca de las siluetas de los aviones, mientras los cañones de la artillería antiaérea tronaban sin pausa. Esta vez parecía que los bombardeos se efectuaran a mucha distancia de nosotros. Salimos poco después al descubierto, entre el viento que soplaba con fuerza y observamos cómo el cielo se volvía rojo. A las 2,30 horas sonó el «cese de alarma».

Al día siguiente supe que el barrio de Joto había sufrido un bombardeo demoledor. Mi madre estaba preocupada por la suerte que hubieran podido correr mi tío y mi tía, a quienes se había asignado un nuevo alojamiento; de manera que, tras preparar croquetas de arroz, me pidió que se las llevase. El sábado era para mí día de trabajo, y por lo tanto tenía mi salvoconducto; quien no tuviera un documento de esta clase aquel día no estaba autorizado a utilizar los servicios de transporte público. Con el paquete de croquetas, tomé el tren para llegar a mi oficina, en Kanda. Pero, cuando llegué, vi que todo el barrio había quedado completamente destruido por las llamas, por lo que decidí continuar hasta el barrio de Ueno; desde allí, seguí a pie hasta la casa de los tíos.

Vi que muchos cuerpos exánimes eran transportados en automóviles. Por todas partes se extendía un pesado olor a cadáver y a humo. Sobre el adoquinado pude ver claramente los lugares en que alguien había sido devorado por las llamas. Y por primera vez comprendí verdaderamente lo que significaba una incursión aérea. Con sensación de náuseas y despavorida volví atrás. Más tarde supe que aquella noche las llamas habían destruido el 40 % de Tokio; que murieron 100.000 personas y que 375.000 habían quedado sin hogar.

La noche siguiente los tíos vinieron a nuestra casa. Nos dijeron que fue una gran suerte que mi primo se hubiera perdido en el campo, pues de haber estado el pequeño con ellos con toda seguridad no hubieran podido salvarse. Todo fue horrible, según dijeron; de toda la vecindad, sólo ellos dos habían sobrevivido. Estaban vivos porque decidieron huir del refugio antiaéreo y por haber conseguido llegar hasta un jardín, a pocos kilómetros de distancia. Débil y exhausta, mi tía había rogado al tío que la abandonase a su destino, pero él la obligó a correr, arrastrándola materialmente durante parte del recorrido. Todos los vecinos que quedaron en el interior del refugio antiaéreo habían perecido carbonizados.

Este relato, tan realista e impresionante, no hacía más que confirmar lo que yo había podido ver con mis propios ojos; en cambio, no impresionó tanto a mi madre ni a los demás que no tuvieron ocasión de ver las cosas desde cerca. Hasta aquel día lo único que me había contrariado era el hecho de ser despertada en media noche, pero a partir de entonces el simple ulular de las sirenas ya me aterrorizaba. Poco después decidí preparar un paquete de emergencia (con vestidos, mantas, sábanas y otros objetos) y enterrarlo en el jardín. Para ello excavé un pozo bastante profundo, pero mi padre no estuvo de acuerdo. Si verdaderamente debíamos hacer algo así, dijo, eso quería decir que, de cualquier modo estábamos perdidos. Y él no podía creer que hubiéramos llegado a ese extremo. Por eso no quiso ayudarme, ni excavó pozo alguno para enterrar sus efectos personales. Al cabo de un mes de la incursión de marzo, un día en que aproveché un espléndido tiempo de primavera para acercarme hasta Honjo, vi flotando sobre las aguas del río Sumida algunos cadáveres hinchados y carbonizados. Me entró una violenta sensación de náusea y me sentí más aterrorizada que nunca.

En la incursión del 25 de mayo de 1945 también nuestra casa quedó destruida por las llamas. Las sirenas aullaron hacia la una de la noche. Nos despertamos sobresaltados, recogimos nuestras cosas y nos precipitamos al refugio que había enfrente de la casa. «Esta vez están muy, muy cerca», pensé, pues podía escuchar sobre mi cabeza el ruido de los motores de los aviones y el silbido de las bombas que caían. La tierra temblaba. El terror nos atenazaba a todos: debíamos salir de allí (como nos habían aconsejado los tíos), porque de otro modo acabaríamos quemados vivos. Aunque estábamos en mayo, sobre el chal me eché la chaqueta de mi padre. Mirando a través de la entrada del refugio vi como los bombarderos se acercaban cada vez más. De pronto se produjo una enorme explosión. «¡Corred!», gritó mi padre, y nos lanzamos fuera. Mi chaqueta estaba ardiendo y la arrojé lejos, mientras corría con mi madre hacia el Sur, en dirección al campo abierto, hacia el lejano río Tama. Al tiempo que corría seguía mirando el cielo. Las bombas incendiarias continuaban estallando a nuestro alrededor, como en un gran espectáculo de fuegos artificiales. Por todas partes volaban chorros de petróleo gelatinizado en llamas, tizones ardientes y chispas. Se veían arder algunas personas, retorciéndose en la agonía, invocando ayuda por piedad; pero ningún mortal hubiera podido ayudarles.

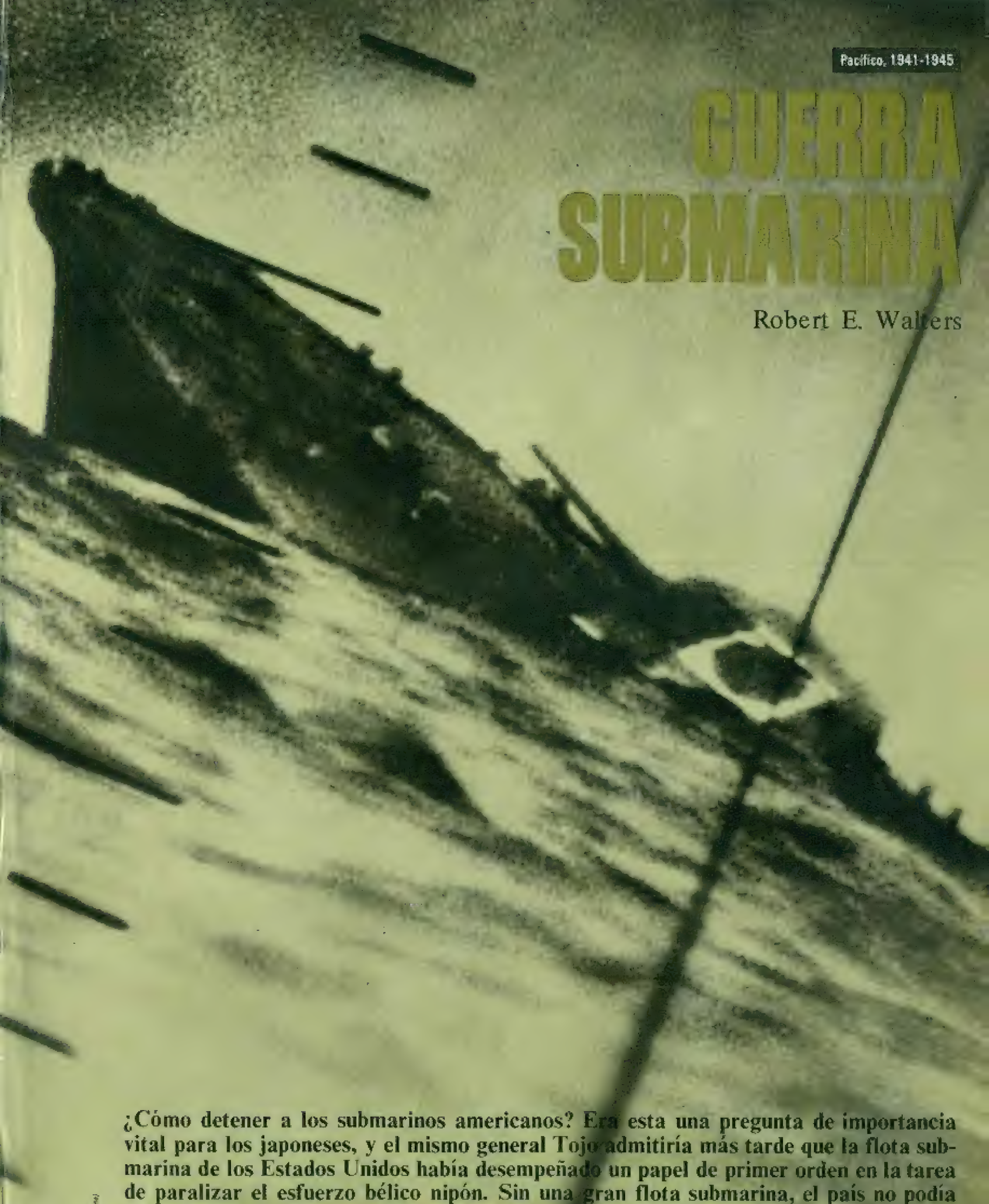
La calle estaba bloqueada por las bombas que caían constantemente, de manera que nos vimos obligados a torcer hacia el pequeño lago de Senzoku. En medio de una verdadera tormenta de viento habíamos recorrido sin parar más de 15 km. Cuando llegamos junto al pequeño lago nos echamos a tierra completamente exhaustos. Aquella fue la noche más larga de mi vida: hasta las 4 de la mañana no sonó el cese de alarma.

Al fin, con el alba, nos pusimos fatigosamente en camino hacia casa, esperando que mi padre estuviera vivo todavía. Desde un punto literalmente elevado pudimos ver que todo nuestro barrio había quedado completamente arrasado. Vi techos que volaban por los aires y un gran poste de teléfono en llamas, agitándose bajo el empuje de aquel huracán. Cuando, finalmente, llegamos a nuestra casa, la encontramos reducida a un montón de ruinas carbonizadas, de las que aún se elevaban llamas y humo. Sólo quedaba en pie el refugio antiaéreo, con el techo coronado por un enorme fragmento de bomba. Aunque habíamos perdido todas nuestras cosas, mi padre y todos los demás miembros de la familia estaban todavía vivos. Y, desde luego, ninguna otra cosa hubiera podido producirme más consuelo. Un refugio vecino había sido alcanzado de lleno, y todos sus ocupantes estaban muertos. Un hombre salvó la vida de un chiquillo cuya madre perdió una pierna en la explosión.

Torturados por el hambre y por la sed, conseguimos procurarnos un poco de agua en una boca de riego destrozada. Por la tarde se distribuyeron algunas galletas. Del pozo que había excavado en el jardín extraje mi envoltorio de emergencia y, con gran alegría, pudimos utilizar su contenido: era todo cuanto nos quedaba. Aquella noche dormimos en el refugio antiaéreo. Al día siguiente nos trasladamos, en diversos coches, hasta la estación de Ueno, a unos 50 km de distancia, y desde allí el tren nos llevó a Toyama. Se dice que en la incursión del 25 de mayo quedaron destruidos por las llamas 2,35 km^2 de Tokio y fueron arrasadas 90.000 casas.

Sé que mis recuerdos son fragmentarios e imprecisos. Pero me he esforzado deliberadamente, durante mucho tiempo, por borrar de mi mente toda huella de los horrores de la guerra. Ahora ya han pasado muchos años; pero cada vez que escucho la sirena de los bomberos o veo unos tizones crepitar a mi paso, mi corazón comienza a acelerar sus latidos y descubro, muy a pesar mío, que vuelve todo el terror de aquellos días de mi juventud.

Arriba: ciudadanos de Tokio, llevando consigo los pocos enseres recuperados de entre los escombros, abandonan un barrio de la ciudad completamente destruido por los bombardeos americanos. **Abajo:** algunos japoneses observan los restos de un bombardero estadounidense derribado durante una incursión aérea sobre Tokio. En el curso del bombardeo efectuado la noche del 10 de marzo de 1945, más de 30 superfortalezas, con una carga de 1667 toneladas de bombas, destruyeron 43 km^2 del área de la capital nipona, causando la muerte de 100.000 personas. *(Fred Wolfe)*



Pacífico, 1941-1945

GUERRA SUBMARINA

Robert E. Walters

¿Cómo detener a los submarinos americanos? Era esta una pregunta de importancia vital para los japoneses, y el mismo general Tojo admitiría más tarde que la flota submarina de los Estados Unidos había desempeñado un papel de primer orden en la tarea de paralizar el esfuerzo bélico nipón. Sin una gran flota submarina, el país no podía tener la menor esperanza de frenar el enorme flujo de buques de transporte y de guerra americanos, que cada vez se acercaban más y más al propio corazón del imperio.

(Life Magazine)

Aunque los submarinos fueron utilizados en masa y con gran eficacia en otros teatros de operaciones, sólo demostraron ser un factor decisivo en la lucha contra los japoneses. Se ha dedicado mucha atención a las batallas navales y a las operaciones anfibias en el Pacífico, pero la importancia de la lucha submarina de los americanos contra los nipones merece más atención que la que hasta ahora ha recibido, sobre todo en lo que se refiere a la campaña realizada por los submarinos estadounidenses contra la flota mercante adversaria. Esta lucha fue tan eficaz que hasta el fin de la guerra, en agosto de 1945, el 63 % de todo el tonelaje mercante japonés hundido lo fue por obra de los submarinos americanos. La lucha submarina se dirigía principalmente contra el tráfico comercial, que constituía para todo el aparato productivo de las islas japonesas un verdadero cordón umbilical. Pero, si bien los objetivos eran relativamente escasos cuando los submarinos americanos operaban junto a las fuerzas de ataque, consiguieron, a pesar de ello hundir un tercio del total de las unidades de guerra niponas, que en conjunto se hundieron en el curso de toda la guerra.

No debe extrañarnos pues que, al final de la contienda, el general Hideki Tojo, primer ministro del Japón durante casi todo el conflicto, dijera el general Douglas MacArthur que el desgaste infligido a la flota mercante japonesa por los submarinos de los Estados Unidos había sido uno de los tres factores principales de la derrota final del Japón. Los otros dos factores fueron, según Tojo, la capacidad de las fuerzas navales americanas para operar durante meses y meses sin necesidad de entrar en ningún puerto (capacidad debida al desarrollo de las técnicas para el abastecimiento de combustible en el mar), y el concepto operacional de vencer o soslayar núcleos de resistencia mediante operaciones anfibias.



Un submarino americano en el momento de salir a la superficie. El desplazamiento de los submarinos de modelo estándar, adoptados por los Estados Unidos en el curso de la segunda Guerra Mundial, era inferior al de los japoneses de la clase «I» y por eso tenían más capacidad de maniobra, lo cual, junto con el uso del radar, del que fueron dotados en 1942, les dio una neta superioridad en el Pacífico. Las tácticas empleadas por los americanos fueron, preferentemente, la del ataque de popa («golpe bajo el *kilt*») y la ya utilizada por los alemanes en el Atlántico, llamada de «manada de lobos». Pero, a diferencia de los alemanes, los submarinistas estadounidenses la adoptaron tan sólo para localizar los convoyes, no para atacarlos. *(Imperial War Museum)*

Análogas observaciones formuló Paul Weneker, vicealmirante de la Marina de Guerra alemana, que durante el período bélico fue destinado al Japón.

A juicio de Weneker, los japoneses confiaron en exceso en sus propios recursos y subvaloraron la potencia del enemigo. Y señaló también la «elevada eficacia» de la lucha submarina americana –en particular contra los buques cisterna– como

la principal causa material de la derrota japonesa. Lo mismo que la máquina bélica alemana, la nipona acabó también por verse privada de los indispensables productos petrolíferos. Cuando la guerra acabó, los japoneses aún disponían de 5.000.000 de hombres en pie de guerra y de 11.000 aviones, pero tanto estas fuerzas como los centros industriales estaban paralizados. Las modernas técnicas de guerra requerían un abastecimiento de nafta casi constante, y los estrategas japoneses subestimaron en sus cálculos las necesidades bélicas de este producto vital.

El error de los submarinos japoneses

Desde el punto de vista aliado, la guerra naval en el Pacífico era, casi en su totalidad un problema americano. Y ello era particularmente cierto en el terreno de los submarinos. Al principio de la guerra en Europa, todos los submarinos británicos habían sido trasladados al Mediterráneo, con el fin de neutralizar la Marina de Guerra italiana y obstaculizar el tráfico de los convoyes del Eje al Norte de África. Cuando la guerra se extendió también al Pacífico, la Marina de Guerra holandesa disponía en aquellas aguas de quince submarinos, con base en Surabaja, en las Indias Holandesas.

Pero los holandeses perdieron muy pronto esta base, y luego acabaron por perder también un gran número de submarinos, en su intento de llevar a cabo una guerra defensiva.

Al estallar la guerra en el Pacífico, o sea en diciembre de 1941, Estados Unidos tenían en este océano 55 submarinos. Aproximadamente la mitad de esta flotilla se hallaba fondeada en Pearl Harbor, con la *Pacific Fleet*, y el resto de la misma estaba en Filipinas, con la *Asiatic Fleet*. Todos los submarinos americanos salieron indemnes del ataque.

Por extraño que parezca, los japoneses habían puesto las mayores esperanzas en su flota submarina. Por ejemplo, en el plan de ataque contra Pearl Harbor habían previsto que los ataques de los submarinos de bolsillo producirían más daños que el ataque aéreo. Y, en realidad sucedió exactamente lo contrario.

Igualmente curioso es el hecho de que la Marina de Guerra nipona formulase el concepto de que los submarinos deberían desempeñar un papel decisivo en el marco general de su estrategia. En realidad, puesto que la flota japonesa era inferior en poderío a la de los Estados Unidos, y que no había sido posible poner remedio a este inconveniente en el curso de la conferencia naval de Washington de 1922, los submarinos habrían representado la solución del problema, el medio ideal para destruir la Flota adversaria cuando se aventurase en el Pacífico. Teóricamente, la idea era buena, pero lo sería siempre que los submarinos japoneses estuvieran en situación de atacar con éxito a la Flota americana. Las enormes distancias del océano Pacífico eran, sin duda, un elemento favorable para los submarinos japoneses, pero, por otro lado, el submarino era todavía, a pesar del uso que de él se hizo en la primera Guerra Mundial, un arma no debidamente experimentada. Desde luego, los japoneses habían proyectado maniobrar con sus unidades submarinas como si se tratase de «caballería naval», y asestar con ellos rápidos ataques contra un enemigo desprevenido e ignorante; de ahí el término «guerra de desgaste» utilizado para indicar la misión de los submarinos. Pero por lo que parece, el error decisivo de los mandos japoneses fue no haberse preocupado de elaborar procedimientos tácticos adecuados.

Al lado: submarino japonés de la clase «I» dotado de una estructura especial para llevar un hidroavión de reconocimiento. Los japoneses confiaron en que podrían destruir la Flota estadounidense con sus submarinos; pero la falta de procedimientos tácticos adecuados les impidió conseguir los objetivos previstos. *(Imperial War Museum)*

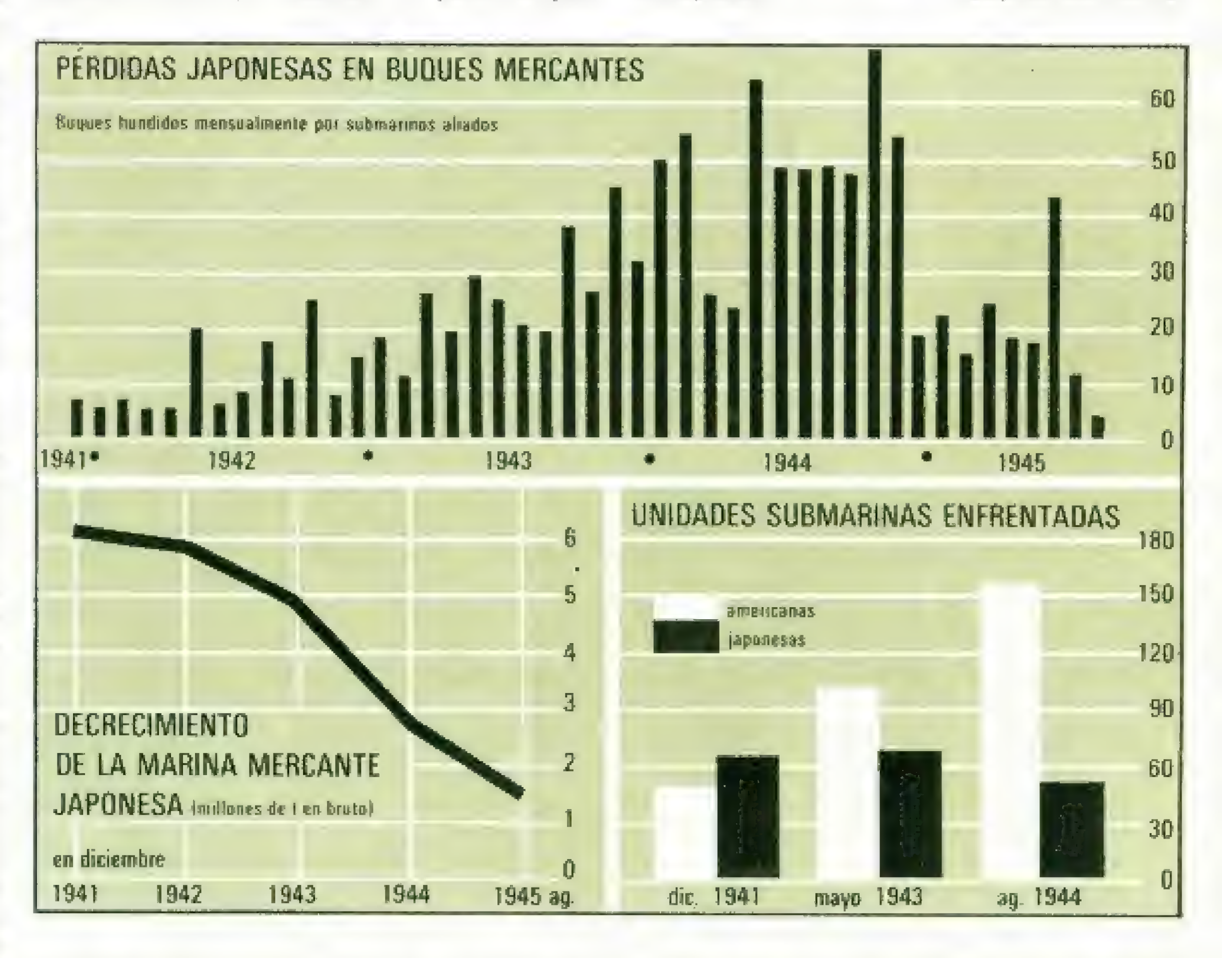
En definitiva, la guerra submarina japonesa nunca llegó a iniciarse. En términos numéricos, al comienzo de las hostilidades los japoneses disponían de 60 sumergibles. Esta fuerza estaba compuesta por 47 submarinos de clase «I» y por 13 de la clase «RO», agregados a la defensa costera.

Los navíos de la clase «I» desplazaban entre 1600 y 2200 toneladas y alcanzaban una velocidad de 24 nudos en superficie y 8 nudos en inmersión. La autonomía de crucero oscilaba entre las 10.000 y las 17.500 millas. Su armamento principal eran, naturalmente, los torpedos: montaban de 6-8 tubos de 533 mm y llevaban a bordo una dotación de 24 torpedos. Además, en cubierta, montaban uno o dos cañones de un calibre comprendido entre los 120 y los 140 mm y dos o cuatro cañones antiaéreos. La profundidad máxima de inmersión que alcanzaba era del orden de unos 100 m, aproximadamente.

Como los japoneses atribuían una gran importancia a la acción de los submarinos, muchos de ellos fueron dotados de equipos especiales. Uno de los hallazgos más brillantes fue el de dotar a algunas unidades de la clase «I» de un hidroavión de reconocimiento. Al comenzar la guerra, Japón disponía de 11 de estos submarinos y durante la guerra se construyeron algunos más. El criterio fundamental era emplear el avión de reconocimiento para sobrevolar una amplia zona de mar en busca del objetivo. Como se necesitaba una hora para montar el aparato y lanzarlo, al parecer la forma de táctica que más a menudo se utilizó fue la de lanzarlo antes del amanecer y recuperarlo al salir el sol. Pero esta modalidad nunca dio resultados proporcionales a las esperanzas puestas en ella.

Otros submarinos de la clase «I» estaban dotados de equipos especiales de radio, que les permitía desempeñar el cometido de buques insignia; otros transportaban sumergibles de bolsillo. Pero, más que multiplicarla, lo cierto es que todas estas astucias parecieron limitar la verdadera eficacia de los submarinos japoneses.

En cuanto a la Marina americana, la doctrina anterior a la guerra respecto al empleo de los submarinos, era análoga a la de los japoneses, aunque luego, en la práctica, demostró ser mucho más flexible. Según los principios de la Marina americana, la tarea principal de los submarinos era atacar a las grandes unidades navales enemigas. Sin embargo, en el curso del conflicto, el principal objetivo de los submarinos pasó a ser la flota mercante japonesa, aunque sólo fuera porque sus unidades eran más fácilmente abordables; y así fue como entonces la Marina de Guerra americana adoptó la política de la guerra naval indiscriminada. Lo mismo que la japonesa, tampoco la Marina de los Estados Unidos había utilizado los submarinos durante la primera Guerra Mundial y, por lo tanto, carecía de toda experiencia. No obstante, los americanos consiguieron reunir una fuerza eficiente y poderosa. Al final de la guerra, los submarinos representaban tan sólo el 2%, aproximadamente, de las fuerzas americanas en el Pacífico. Pero ese 2% casi valía tanto como todo el resto de la Flota.



Los gráficos ilustran algunos datos de la guerra submarina en Extremo Oriente, que, iniciada por unas pocas unidades británicas y holandesas, conoció luego un rápido desarrollo con la aportación de los submarinos norteamericanos. Los submarinistas estadounidenses, aunque carecían de experiencias anteriores sobre las que basarse, crearon una excelente táctica de ataque contra la flota mercante japonesa, la cual, a fines de 1944, había sido prácticamente reducida a la impotencia. *(History of the Second World War)*

Los submarinos americanos: una fuerza exigua pero vital

Antes de la guerra, la Marina de los Estados Unidos había adoptado un tipo estándar de submarino de Escuadra. Estos navíos estaban destinados a sustituir a los más antiguos del tipo «S»; pero, al principio de la guerra, aún no se había llevado a cabo la total sustitución, por lo que las circunstancias obligaron a utilizar algunos de los viejos sumergibles del citado tipo «S». Estos últimos como no podían operar con la misma eficacia que los nuevos tipos, sufrieron un elevado número de pérdidas. El modelo estándar desplazaba 1500 toneladas aproximadamente, o sea, era más pequeño que el submarino japonés de la clase «I», y por ello gozaba de mayor maniobrabilidad. El almirante Weneker ya había tenido ocasión de observar que los mayores submarinos nipones

eran de lentos movimientos y poco manejables. Los americanos sólo construyeron tres de grandes dimensiones: el *Argonaut*, el *Narwhal* y el *Nautilus*; desplazaban unas 2.700 toneladas y se emplearon para colocar minas y transportar tropas.

Los submarinos estándar tenían una autonomía de crucero de 10.000 millas, iban tripulados por 7 oficiales y 70 hombres y transportaban abastecimientos suficientes para un crucero que podía durar dos meses. La velocidad en superficie era de 20 nudos, y la de inmersión de 9.

El armamento principal consistía en 6-8 tubos lanzatorpedos de 533 mm, con una dotación de 18 torpedos. Los torpedos defectuosos fueron uno de los mayores inconvenientes con que lucharon los hombres de los submarinos americanos, y desde luego, debió resultar sorprendente a más no poder para los japoneses, saber que, a pesar de los extraordinarios éxitos conseguidos por los submarinos americanos, durante casi dos años habían llevado una dotación de torpedos muy deficientes. Los torpedos de fabricación americana tenían la tendencia a correr a una profundidad de 3-3,5 m superior a aquella para la cual habían sido regulados, lo que significaba que pasaban por debajo de los buques enemigos sin explotar. Y a esto hay que añadir que, con excesiva frecuencia los detonadores magnéticos no funcionaban como debían. En cambio, los torpedos japoneses eran mucho mejores: contenían una carga explosiva doble que la de los torpedos americanos, alcanzaban mayores velocidades y no dejaban tras ellos rastro alguno de su paso. Afortunadamente para los americanos, los japoneses tuvieron pocas ocasiones de utilizarlos.

Indudablemente, la más importante de las instalaciones de los submarinos americanos era el radar. Al principio de la guerra todavía no lo tenían, y para localizar sus objetivos debían valerse tan sólo del periscopio y del ecogoniómetro. En 1942 se instaló en ellos un radar para la detección de los aviones, denominados SD, y otro de detección de superficie, llamado SJ. Hasta mucho después, los japoneses no dispusieron de radares, ni en los buques ni en los aviones, por lo que se hallaron en gran desventaja respecto a sus adversarios: un oficial submarinista japonés escribió que era como una lucha entre un ciego y un hombre dotado de óptima visión. Este mismo oficial hizo notar cuánto echaban en falta el radar durante los combates. Y desde luego, era muy extraño que los japoneses, que habían puesto tantas esperanzas en su potencia submarina, no se preocupasen luego de mejorar técnicamente sus unidades, por lo menos en la misma medida que los americanos.

La Marina de los Estados Unidos tenía además otra gran suerte: tres de los cuatro comandantes en jefe de la Flota americana eran antiguos submarinistas. Y precisamente gracias a ese origen, el jefe de las operaciones navales (almirante Ernest J. King), el comandante de la *Pacific Fleet* (almirante Chester Nimitz) y el comandante de la *Asiatic Fleet* (almirante Thomas C. Hart) demostraron, en muchas ocasiones, ser especialmente sensibles a las exigencias de los submarinos.

Las energías de las fuerzas submarinas japonesas fueron constantemente malgastadas en absurdas misiones especiales. Por ejemplo, a un submarino de la clase «I», el *I-25*, se le encargó la misión de incendiar los bosques de las regiones noroccidentales de Estados Unidos, utilizando para ello su avión de reconocimiento cargado de especiales bombas incendiarias. Otros fueron utilizados para abastecer de carburante a los hidroaviones, y otros incluso para transportar abastecimientos. También las unidades americanas realizaban a veces algunas misiones especiales; pero los comandantes estadounidenses nunca consintieron que estas misiones acabasen por agotar las posibilidades de los submarinos.

Es posible que todos los alumnos de todas las escuelas navales del mundo se hayan visto obligados a enfrentarse, por lo menos una vez, con el problema de preguntarse de qué manera *debieron* emplear los japoneses su flota submarina. No es fácil la respuesta, y hasta probablemente sea imposible hallarla. A diferencia del Japón, los Estados Unidos no dependían del mar, y el tráfico comercial americano en el Pacífico era relativamente reducido. Lo más que los japoneses hubieran podido hacer era bloquear el tráfico de aquellos abastecimientos que, por mar, alimentaban el esfuerzo bélico americano en el teatro de operaciones del océano Pacífico. Los americanos adoptaron al principio el sistema de los convoyes; pero algunos años después, cuando las apariciones de submarinos japoneses se fueron haciendo más y más raras, se autorizó de nuevo a cada buque a navegar por su propia cuenta.

También era inevitable que los japoneses acabaran por hallarse en inferioridad manifiesta ante los ataques contra los mercantes americanos agregados al esfuerzo bélico. La lucha submarina –en eso es muy parecida a la aérea– exige una continua adecuación a todos los posibles desarrollos técnicos.

Pocas «manadas de lobos» en el Pacífico

Siendo la guerra submarina, por lo que se refiere a la operación de atacar, una operación sustancialmente de «lobo solitario», entre los submarinistas, como entre sus colegas del aire, también surgieron muchos «ases». Pero en el Pacífico se utilizó asimismo la táctica alemana de la «manada de lobos», si bien en aquellas aguas no se daban las condiciones que caracterizaban la batalla del Atlántico. Entre otras cosas, los convoyes japoneses eran mucho más pequeños que los convoyes aliados del Atlántico, y por ello los americanos utilizaron la táctica de la «manada de lobos» no para atacar, sino más bien para localizar los convoyes.

Gracias a la ventaja de su mayor libertad de acción, los submarinistas americanos idearon muchas tácticas nuevas. La llamada «golpe bajo» consistía, simplemente, en enfrentarse a una unidad de escolta lanzada al ataque, en lugar de sumergirse a toda prisa como aconsejaba la normal contratáctica. Para aplicarla era necesario tener nervios de acero, ya que se necesitaba esperar cierto tiempo hasta disparar una salva completa de torpedos; pero esta táctica costó el hundimiento de un número tan elevado de unidades de escolta que los destructores japoneses acabaron por adoptar un comportamiento extremadamente cauto frente a los submarinos americanos.

Otra táctica era la del «golpe bajo el *kilt*», que consistía en atacar de popa; como no era ésta la acostumbrada dirección de ataque, el resultado solía ser el de sorprender por completo a los defensores.

A fines de 1944, la suma total de los buques japoneses hundidos alcanzó un nivel tan elevado que empezaron a escasear los objetivos. Por eso, cada día eran más los submarinos a los que se confiaban misiones de otro tipo. Como la industria japonesa dependía casi por completo de las materias primas procedentes del exterior, la producción bélica acabó por quedar paralizada en muchas zonas.

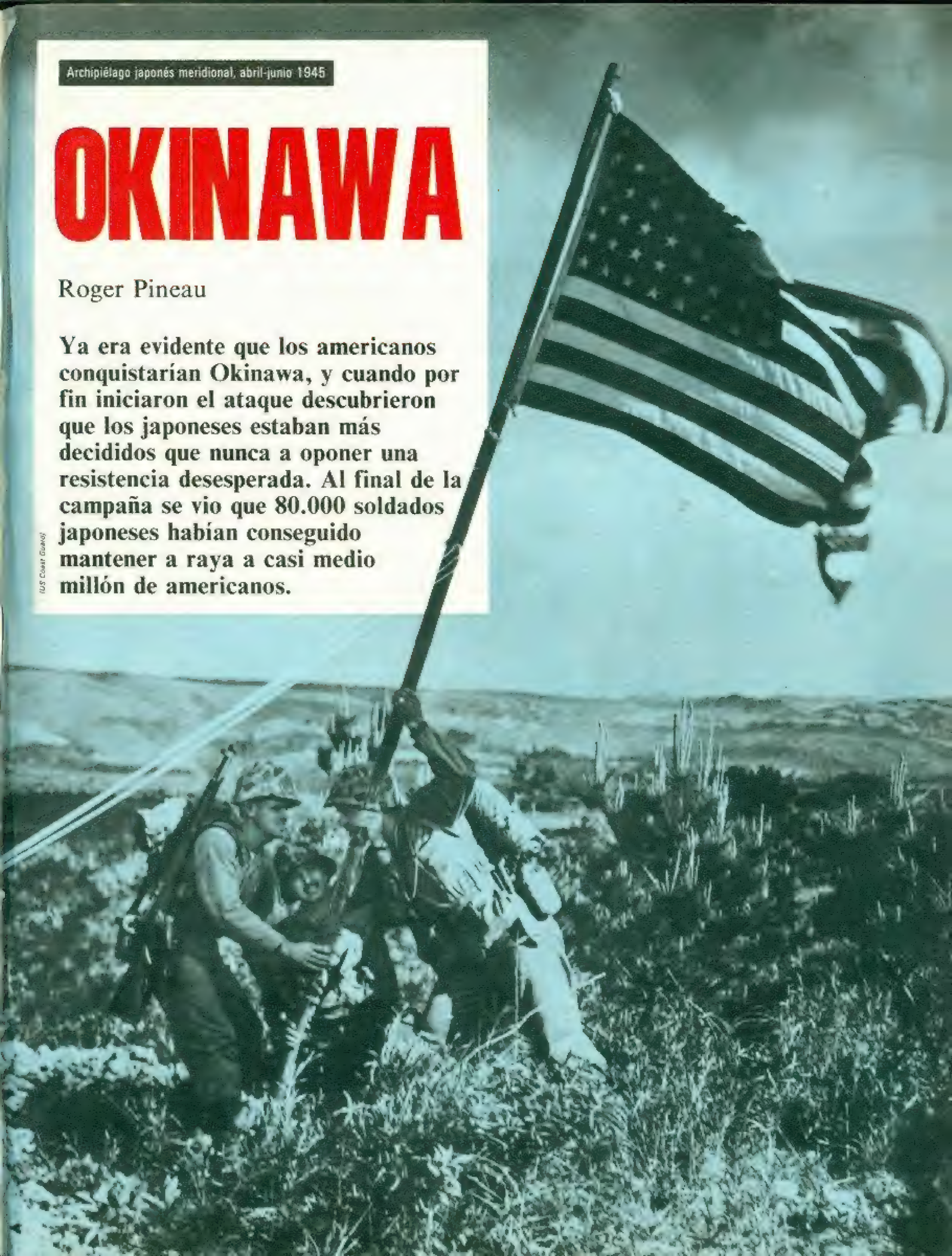
Los submarinos llegaron a ser utilizados en las operaciones más diversas: desembarcar y evacuar hombres agregados a la vigilancia de la costa, así como agentes y comandos; transportar carburante para la aviación; bombardear el litoral; poner a salvo aviadores obligados a amerizajes de emergencia, actuar como barcos-faro para las fuerzas de desembarco; proporcionar material fotográfico e informaciones de carácter meteorológico; localizar campos minados enemigos; actuar como piquetes de radar; lanzar cohetes y realizar misiones de sabotaje. Pero la tarea principal de los submarinos es y será siempre la destrucción de buques enemigos, tanto si son mercantes como de guerra.

El empleo masivo de las unidades submarinas contra el tráfico comercial enemigo da pie a una interesante consideración. Uno de los puntos esenciales de la doctrina naval tradicional era que este tipo de actividad nunca podría constituir un factor decisivo en la guerra; y sin embargo, parece ser que ahora hay que admitir que tal doctrina no es un dogma inmutable, sino que es necesario interpretarla según las circunstancias dominantes.

ROBERT E. WALTERS

Nació en Akron, Ohio, y estudió en la universidad local. Investigador de temas militares y navales; durante la guerra prestó servicio en el Cuerpo de marines. Ha enseñado matemáticas en la universidad de Louisville, en la Academia Naval de los Estados Unidos, en la universidad John Hopkins, en la de Bridgeport y en el Bennington College. Asimismo ha sido consultor en el Hudson Institute. Entre los ensayos que ha publicado en diversas revistas figuran: *The Submersible Fleet of the Future*, *The Role of Nuclear Weapons for the West* y *The Soviet Union and the Artic Ocean*.





Archipiélago japonés meridional, abril-junio 1945

OKINAWA

Roger Pineau

Ya era evidente que los americanos conquistarían Okinawa, y cuando por fin iniciaron el ataque descubrieron que los japoneses estaban más decididos que nunca a oponer una resistencia desesperada. Al final de la campaña se vio que 80.000 soldados japoneses habían conseguido mantener a raya a casi medio millón de americanos.

(US Coast Guard)

En la conferencia de El Cairo, celebrada en noviembre de 1943, Churchill y Roosevelt aprobaron los conceptos fundamentales de la acción a desarrollar en las fases ofensivas de la guerra contra el Japón. Y basándose en estos conceptos estratégicos, los jefes del Estado Mayor conjunto americano ordenaron al general MacArthur, a primeros de octubre de 1944, conquistar Luzón y al almirante Nimitz invadir las islas de Ryukyu.

Las Ryukyu están formadas por tres grandes archipiélagos, o *gunto*, que se extienden en arco desde la punta meridional de Kyushu hasta la extremidad nororiental de Formosa. De Norte a Sur, se hallan los *guntos* Amami, Okinawa y Sakishima. En el grupo central, que toma su nombre de la isla más grande, había ingentes concentraciones de tropas japonesas, y en la fase de ejecución de la orden de invasión que se le había impartido, el almirante Nimitz propuso como principal objetivo la isla de Okinawa.

Había varios motivos para elegir como objetivo principal esta isla, que distaba del Japón 325 millas. En efecto, Okinawa ofrecía un territorio muy apto para la construcción de aeródromos, así como una costa oriental bien protegida, en la que se abrían dos bahías aptas para ser utilizadas como bases navales.

Apenas se designó a Okinawa como objetivo principal del ataque, el almirante determinó la fecha de invasión: el día 1 de marzo de 1945. Sin embargo, algunos retrasos en las operaciones para la conquista de Filipinas obligaron a los americanos a aplazarla por un mes, o sea hasta el 1 de abril.

Tras el fracaso de la Operación «Sho», en Filipinas, el Mando Supremo imperial elaboró un nuevo «esquema de operaciones del Ejército y de la Marina», que se promulgó oficialmente el 20 de enero de 1945. Las directivas contenidas en tal esquema, que debían ser la base de todos los planes futuros para la defensa del territorio metropolitano, comprendían los siguientes puntos:

- la batalla final que decidiría la suerte definitiva de la guerra se desarrollaría en territorio japonés;
- los principales esfuerzos defensivos se llevarían a cabo en el sector de las Ryukyu;
- se reservaría a las fuerzas aéreas japonesas hasta que los americanos iniciasen las operaciones de desembarco o, en su caso, hasta que penetrasen en el interior del perímetro defensivo. La flota de invasión aliada sería entonces destruida en el mar por unidades especiales aéreas y navales.

Tras una serie de reuniones conjuntas, el 6 de febrero se llegó a un acuerdo entre las Aviaciones del Ejército y de la Marina, acuerdo en el que se fijaban las siguientes disposiciones: *«Todas las fuerzas aéreas del Ejército y de la Marina disponibles en Japón se concentrarán en el sector del mar de la China oriental durante los meses de febrero y marzo de 1945. Esta fuerza aérea conjunta, con el apoyo de otras unidades aéreas ya presentes en Formosa y de refuerzos procedentes de otros sectores, neutralizará toda eventual tentativa enemiga de invadir cualquier zona comprendida en esta área.*

»Se concederá prioridad absoluta a la organización, adiestramiento y empleo masivo de unidades aéreas destinadas a ataques especiales.

»El objetivo principal de los aviones del Ejército serán los buques de transporte enemigos, mientras que los de la Marina concentrarán sus esfuerzos contra los portaaviones».

Para guarnición y defensa de Okinawa se destinó el Ejército 32, mandado por el teniente general Mitsuro Ushijima. Con la eficaz colaboración de un jefe de Estado Mayor enérgico como era el general Isamu Cho, el anciano general, de aspecto apacible, supo aprovechar al máximo los recursos disponibles para reforzar las defensas de las Ryukyu. Se cedieron algunos destacamentos como refuerzo de las guarniciones de las islas menores, pero el grueso de los efectivos se concentró en Okinawa. Como se preveía que los combates se canalizarían en una defensa relativamente estática, no se asignaron a la defensa muchas fuerzas acorazadas. El Regimiento de carros 27 –la única unidad presente en la isla dotada de carros– comprendía 750 hombres, 14 carros medios y 13 carros ligeros, 4 cañones de 75 mm, 2 cañones contracarros de 47 mm y 10 ametralladoras. Había además en Okinawa morteros, artillería y numerosas piezas antiaéreas, contracarros y armas automáticas. Y se disponía, asimismo, de numerosos contingentes de apoyo, con un total de casi 80.000 hombres, de los que casi 20.000 eran nativos de la isla.

«Un avión por cada buque de guerra»

Hasta el mes de noviembre de 1944, el Ejército 32 contó con unos efectivos de tres divisiones y una brigada mixta. Pero el 13 de noviembre, el Mando Supremo imperial ordenó que la División 9 fuera transferida de Okinawa a Formosa, lo que se llevó a cabo a mediados de enero de 1945. La pérdida de una división completa obligó al Ejército 32 a reducir drásticamente todos sus planes para la defensa de la isla.

La doctrina que desde un principio predominó en el Ejército japonés, de «atacar en todas y en cualquier circunstancia, independientemente de las condiciones y sin considerar las posibilidades de éxito efectivas», ya había demostrado ser un error en las islas Salomón y en Nueva Guinea. Asimismo había fracasado, en las Gilbert, en las Marshall y en las Marianas, la teoría de las «defensas inexpugnables» y la posibilidad de detener en las playas a las fuerzas de desembarco enemigas. Por ello, los japoneses acabaron por adoptar un sistema defensivo que pretendía prolongar hasta el máximo cualquier acción, infligiendo al enemigo las mayores pérdidas posibles. En consecuencia, todas las guarniciones de las islas ocupadas por los japoneses recibieron órdenes en el sentido de atrincherarse, excavar refugios subterráneos, prepararse para una defensa prolongada y, con el apoyo de las fuerzas aéreas y navales imperiales, desangrar las energías de la fuerza de invasión hasta paralizarla. Estos nuevos conceptos hallaban su expresión en el slogan de batalla del Ejército 32: *«Un avión por cada buque de guerra. Una embarcación por cada buque. Un hombre por cada diez enemigos. Un hombre por cada carro de combate».*

En el campo americano, el almirante Chester W. Nimitz, comandante en jefe de la *Pacific Fleet*, nombró al almirante Raymond A. Spruance, de la V Flota, comandante de la *Task Force* del Pacífico central. Entre tanto, MacArthur (comandante en jefe del Pacífico sudoccidental) y la VII Flota se hallaban aún empeñados en la liberación de Filipinas.

Las fuerzas anfibias se confiaron de nuevo al vicealmirante Richmond K. Turner, mientras el vicealmirante Marc A. Mitscher mandaría las formaciones de portaaviones ligeros. El Ejército 10, de reciente constitución, se confió al mando del teniente general Simon B. Buckner. Sus fuerzas comprendían el Cuerpo de Ejército XXIV (general Hodge) y el Cuerpo de Ejército anfibio II (general de *marines* Geiger) –con dos divisiones cada uno– y otras tres divisiones: la 2.ª de *marines*, y la 77 y 27 de infantería. Las fuerzas combatientes de la divisiones de Buckner ascendían, en conjunto, a 154.000 hombres, y las de las demás unidades elevaban el total a 183.000 hombres. Hasta el final de la operación, más de medio millón de hombres, de las diferentes fuerzas aliadas, tomarían parte en la batalla de Okinawa.

Algunos observadores británicos describieron el plan de aquella operación como «la empresa más audaz y compleja de cuantas hayan emprendido hasta ahora las fuerzas anfibias americanas». En efecto, en los desembarcos aliados de Normandía, en junio de 1944, participó un mayor número de hombres, pero todos ellos tuvieron que salvar tan sólo la relativamente corta distancia representada por el canal de la Mancha.

Los 1457 buques que tomaron parte en la invasión de Okinawa zarparon de once puertos diferentes, situados entre Seattle y Ulithi, desde Leyte hasta las Salomón. Los buques que transportaban los 183.000 soldados y *marines* fueron 430. Una vez más fue la *Task Force* de portaaviones ligeros la encargada de preparar el terreno para la invasión; también los ingleses contribuyeron con una reducida formación de portaaviones ligeros, que transportaban 224 aparatos.

Como la operación se realizaba inmediatamente después de la invasión de Iwo Jima, donde los japoneses opusieron una resistencia particularmente fanática, se suponía que también Okinawa sería defendida con la misma obstinación. El mando del Ejército 10 americano preveía importantes pérdidas en el momento del desembarco en las playas occidentales, que se llevaría a cabo el domingo de Pascua de 1945.

Las operaciones preliminares parecieron confirmar estas pesimistas previsiones. Tras aprovisionar en alta mar, el día 16 de marzo, el almirante Spruance efectuó con los portaaviones ligeros un rápido avance en dirección a Kyushu. La mañana del 18 dos de los portaaviones fueron alcanzados por aviones suicidas procedentes del mismo aeródromo de Kyushu que Spruance trataba de inutilizar. El 19 un bombardero japonés, que apareció entre las nubes a 700 metros de altura, se lanzó en picado y arrojó dos bombas sobre el *Franklin*, alcanzando la cubierta repleta de aviones dotados con los nuevos cohetes de 305 mm denominados *Tiny Tim*. El impacto desencadenó a bordo del navío un infierno como probablemente ningún otro buque experimentó jamás en el Pacífico. Durante casi cuatro horas la gran

Mientras las fuerzas del Cuerpo de Ejército anfibio II rastrillaban la zona septentrional de Okinawa, el Cuerpo de Ejército XXIV de Hodge se vio empeñado en una enconada lucha por la conquista del sector meridional de la isla. Los ataques contra la Línea Shuri se iniciaron el 9 de abril, pero, incluso después de que aquélla fuera rota (29 de mayo), los combates continuaron hasta el 22 de junio, fecha en que los americanos acabaron finalmente con la resistencia nipona.





Marines pertenecientes al Cuerpo de Ejército XXIV apostados cerca de la entrada de una cueva, en la que se ha hecho estallar una carga con el fin de desalojar los núcleos de resistencia japoneses. (Imperial War Museum)

unidad permaneció inmóvil en el agua, ardiendo, con continuas explosiones e inclinándose pavorosamente. Con un esforzado trabajo de salvamento fue posible impedir que se hundiera, pero en aquel terrible ataque perdieron la vida 772 hombres de la tripulación. El mismo día otra bomba alcanzó también a otro gran portaaviones, el nuevo *Wasp*, en el que perdieron la vida 302 hombres. Las unidades destinadas al bombardeo de Okinawa también fueron alcanzadas por muchos aviones kamikaze: un acorazado, un crucero, cuatro destructores y otros seis buques quedaron fuera de combate antes de que los americanos pusieran pie en la isla.

Sorprendente: «vía libre»

El general Ushijima decidió no defender las playas, retirando a casi todos sus hombres tras la fortaleza de Shuri. Así, pues, los invasores pudieron desembarcar sin encontrar prácticamente resistencia alguna, y ya desde el primer día 50.000 soldados y *marines* establecieron una sólida cabeza de desembarco, muy sorprendidos al hallar «vía libre». Los aeródromos de Yontan y de Kadena fueron ocupados sin derramamiento de sangre y los ingenieros se pusieron a trabajar inmediatamente, por lo que seis días más tarde estaban en situación de ser utilizados de nuevo.

Ahora, *a posteriori*, se puede decir que Ushijima cometió un grave error al no sacrificar por lo menos un batallón contra la cabeza de desembarco, puesto que de haberlo hecho así hubiera podido sembrar el caos entre las fuerzas atacantes. Las tumbas monumentales, tan abundantes en Okinawa y que los japoneses supieron aprovechar después tan eficazmente, hubieran constituido excelentes puestos defensivos para mantener las playas bajo su fuego. Asimismo, la artillería nipona hubiera podido martillear las playas, provocando en los invasores un verdadero desastre. Pero el comandante japonés no hizo nada de todo esto.

Para rechazar a los nipones de los dos tercios septentrionales de la isla, el general Buckner les opuso la División 6 de *marines*, que poco a poco y metódicamente fue poniendo fuera de combate a los 2500 defensores de la parte septentrional de Okinawa. Luego, para atacar la fuerte línea defensiva japonesa en Shuri, se enviaron al Sur tres divisiones de infantería.

Inmediatamente después del desembarco se hizo evidente que las defensas meridionales eran especialmente sólidas. El general Ushijima sabía, desde el primer momento, que no ganaría aquella batalla, de modo que, como objetivo único, se propuso infligir a las fuerzas enemigas el mayor número posible de pérdidas. El sistema defensivo con el que contaba era un intrincado complejo de grutas, casamatas, fortines y trincheras, comunicados entre sí por una complicada red de galerías subterráneas.

El Cuerpo de Ejército XXIV chocó contra las defensas de Shuri el día 9 de abril. Como las pérdidas empezaban a crecer de manera alarmante, el general Bruckner decidió suspender el ataque con el fin de preparar detenidamente una ofensiva que pudiera romper, al primer golpe, la sólida posición defensiva japonesa. Entonces dispuso en primera línea 27 batallones de artillería, con 234 piezas; utilizó el fuego de los cañones de 6 acorazados, 6 cruceros y 6 destructores y lanzó hasta 650 incursiones aéreas con aviones de la Marina y del Cuerpo de *marines*, a fin de machacar literalmente las posiciones enemigas. En un espacio de 40 minutos se arrojaron sobre las defensas de Shuri, más de 19.000 proyectiles de artillería.

No obstante, las tres divisiones de infantería que se lanzaron inmediatamente hacia delante no consiguieron penetrar en las defensas japonesas. Por ello se transfirió la 1.ª División de *marines* al Sur, para que se sumara al ataque, y pocos días después también la 6.ª División de *marines* apoyaba a la infantería.

La noche del 2 de mayo, en un profundo subterráneo, a unos 30 m debajo del castillo de Shuri, se celebró una reunión del Alto Mando japonés. El coronel Hiromichi Yahara, oficial de operaciones del Ejército 32, sostuvo la opinión de que sería oportuno mantenerse a la defensiva, puesto que los americanos caían como moscas. En cambio, el general Cho, jefe de Estado Mayor, se mostró partidario de una contraofensiva general. Finalmente, Ushijima se inclinó por el parecer del general Cho, y ordenó el contraataque.

Una ofensiva suicida

El plan de la ofensiva japonesa era indudablemente bueno, y preveía ataques con carros de combate, incursiones de embarcaciones suicidas e incluso desembarcos anfibios sobre ambas costas; la operación sería apoyada por ataques de kamikazes desde Kyushu. Durante el bombardeo de preparación, los japoneses arrojaron sobre las posiciones americanas 13.000 proyectiles; pero los infantes y los *marines* estadounidenses consiguieron rechazar a las fuerzas atacantes y dieron



Cada vez en mayor número, los soldados japoneses se rinden a los americanos. *(US Marine Corps)*

muerte a 5000 hombres de Ushijima. En un determinado sector llegó a romperse el frente americano, pero sólo fue por un momento. Los ataques de los kamikazes hundieron cuatro buques y dañaron 14, muriendo 682 hombres de la Marina americana.

El 11 de mayo, el general Buckner ordenó una nueva ofensiva general a lo largo de todo el frente (que ahora se extendía desde el estuario del río Asa hasta Yunabaru). Aquel mismo día, 150 aviones kamikaze desencadenaron otro ataque contra los buques que se hallaban cerca de la costa y contra las formaciones de portaaviones. Un médico americano que se hallaba a bordo de uno de ellos definió la incursión como «un carrusel de aparatos que caían sobre nosotros desde todos los ángulos». El gran portaaviones *Bunker Hill* fue alcanzado por dos aviones suicidas: 389 hombres murieron y 264 resultaron heridos; el almirante Mitscher tuvo que transbordar al *Enterprise* (tres días más tarde también esta unidad sería alcanzada por aviones suicidas, por lo que el almirante se vio obligado a otro trasbordo a un nuevo buque insignia).

Tampoco el ataque americano del 11 de mayo consiguió romper la línea defensiva japonesa de Shuri. La batalla estaba resultando muy sangrienta para los americanos: entre el 8 de abril y el 31 de mayo sólo habían avanzado un promedio de 121 m por día, y las bajas, excluidas las sufridas a bordo de los buques, se elevaban ya a cerca de 20.000 hombres.

Pero el asedio continuó. El 29 de mayo la División 1 de *marines* se apoderó al fin del castillo de Shuri. Luego, las lluvias torrenciales interrumpieron en parte las operaciones; la citada división y la 77 de infantería continuaron siendo abastecidas igualmente desde el aire, de modo que la marcha hacia el Sur no perdió impulso.

A fines de mayo, la flor y nata de las fuerzas de Ushijima había sido completamente aniquilada. Los americanos habían contado ya sobre el campo de batalla 62.548 japoneses muertos, casi todos caídos en las proximidades de Shuri; a estos había que sumar los muertos en la parte septentrional de la isla, así como los casi 5000 de la vecina isla de Ie.

El general Ushijima decidió entonces evacuar Shuri, y a fines de mayo los restos de su Ejército se replegaron hábilmente hacia el Sur, haciéndose fuertes sobre una nueva línea que se extendía desde Yaeju Dake hasta Yazu Dake. Disponía aún de 11.000 soldados de infantería, más otros 22.000 hombres de diversas unidades y cuerpos. Los americanos atacaron en masa a mediados de junio, y el 17 los restos del Ejército de Ushijima empezaron a ceder. El 18 el general japonés impartió su última orden, nombrando a un oficial como jefe de la «organización juvenil hierro y sangre», que, tras el cese de las hostilidades por parte de las fuerzas regulares, debería dedicarse a actividades de guerrilla.

Mientras la lucha por Okinawa tocaba a su fin, algunos estrategas de salón empezaron a criticar la dirección de la campaña, diciendo que en lugar de lanzar a los *marines* a la lucha al lado del Cuerpo de Ejército XXIV, Buckner debería haberlos hecho desembarcar sobre el flanco enemigo. La campaña fue considerada un fracaso, un «ejemplo de incompetencia militar más grave aún que el de Pearl Harbor». Pero las autoridades militares declararon que aprobaban la táctica adoptada por Buckner, y la lucha continuó.

El Ejército 10 se apoderó de la capital de Okinawa, Naha, el 27 de mayo y, dos días después, los *marines* ocupaban completamente el castillo de Shuri, donde 92 años antes el comodoro Matthew C. Perry había sido recibido, con gran pompa, por el gobernador del «Gran Loo-Choo». A mediodía del 18 de junio, el general Buckner se hallaba en un puesto de observación avanzado sobre el que cayeron algunas granadas japonesas. Una de las innumerables esquirlas de coral que las explosiones hicieron saltar penetró en el corazón del general, quien moría a los pocos minutos, cuando sólo faltaban cuatro días de lucha para conquistar los últimos 3 km de territorio que aún conservaba el enemigo.

El general Ushijima y los oficiales de su Estado Mayor se habían refugiado en una serie de grutas en las cercanías de Mabuni. La noche del 21 de junio, dándose cuenta de que la situación era ya desesperada, Ushijima y Cho se prepararon para morir. Su cocinero les ofreció una cena abundante y los dos generales brindaron con *whisky* escocés en señal de despedida. A las 4,10 de la madrugada del día 22 colocaron un lienzo blanco a 4 m de la entrada de la cueva. Mientras el ayudante de campo desenfundaba el sable, al exterior empezaban a oírse las explosiones de las granadas de mano americanas. Primero Ushijima y después Cho hundieron el puñal en su vientre; luego el ayudante de campo cortó sus cabezas de dos precisos tajos.

La batalla por Okinawa había terminado prácticamente. Pero aún murieron otros 8975 soldados nipones en los ocho últimos días y 2902 se rindieron. En conjunto, en el curso de los 82 días de combates por el dominio de las islas Ryukyu murieron cerca de 110.000 japoneses.

Durante la lucha por las Filipinas se calculó que los japoneses perdieron 9000 aviones, 5000 en accidentes de vuelo y 4000 en combate. De éstos, 650 fueron empleados en ataques suicidas, que hundieron 16 buques americanos y dañaron otros 150 alcanzándoles de lleno o superficialmente. En Iwo Jima, 25 aviones suicidas (21 de la Marina y 4 del Ejército) hundieron un portaaviones de combate y dos unidades menores.

En marzo de 1945, 24 bombarderos bimotores de la Marina nipona despegaron de Kyushu, en dirección al atolón de Ulithi. Sólo 15 alcanzaron el objetivo. El único de estos aparatos kamikaze que consiguió cierto éxito fue el que alcanzó al portaaviones *Randolph* causándole graves daños.

Pero fue en Okinawa donde los pilotos del *tokko tai* (ataque especial) llevaron a cabo el esfuerzo supremo. En realidad se creía que los pilotos japoneses ya no eran lo suficientemente diestros para destruir los buques americanos valiéndose de los medios tradicionales, y los americanos, gracias a la experiencia adquirida, llevaron siempre la mejor parte en las batallas en el aire.

Algunos buques fueron alcanzados mientras se aproximaban a Okinawa y durante las incursiones lanzadas por las formaciones de portaaviones ligeros contra las islas del archipiélago japonés. El 6 y el 7 de abril, como preludio de la última salida del acorazado *Yamato*, los kamikaze atacaron con violencia inusitada a los buques americanos a lo largo de la isla de Okinawa. Unos 700 aparatos despegaron de Kyushu, de los que 355 iban en misión suicida. Más de 200 de ellos fueron abatidos por la *Task Force* de los portaaviones ligeros, unos 50 por los aviones procedentes de los portaaviones de escolta y 40 por el fuego de la artillería antiaérea de las unidades de guerra. Pero 28 consiguieron caer sobre los buques americanos hundiendo tres de ellos.

Entre el 12 y el 13 de abril, unos 185 aviones japoneses desencadenaron otro masivo y bien organizado ataque suicida contra los buques en Okinawa, infligiendo graves daños a 14 unidades de guerra. El 12 un destructor fue hundido y otro dañado por un nuevo tipo de ataque: las bombas pilotadas, que los japoneses llamaban *Ohka* (flores de cerezo). Se trataba de un proyectil-cohete constituido por un tipo especial de avión monoplaza de madera, con casi 1200 kg de explosivo a bordo. Transportado hasta una distancia de menos de 20 km del objetivo, por un bombardero bimotor, una vez lanzado se dirigía en picado sobre el blanco, acelerado por el encendido de sus tres cohetes de cola. Desde una altura de unos 6000 m podía alcanzar un objetivo situado en un radio de más de 30 km. Cuando se aproximaba al punto indicado, el piloto del *Ohka* se deslizaba a través de la escotilla de bombardeo del aparato-nodriza, hasta alcanzar la minúscula carlinga de su ingenio aéreo, y, apenas informado de la exacta posición del blanco, tiraba del mando de lanzamiento, lanzándose así a una carrera hacia la muerte. Los americanos dieron a estas bombas el apodo de bombas *Baka* (estúpidas). Cuarenta o cincuenta de ellas fueron transportadas por los grandes aparatos de la base de Kanoya sobre las islas del archipiélago japonés, para ser utilizadas más tarde contra los buques americanos empleados en las operaciones de Okinawa. Pero casi todas fueron destruidas con sus aviones nodriza mucho antes de alcanzar su objetivo; sólo unas pocas consiguieron llegar. Aparte de los éxitos

conseguidos el 12 de abril, se sabe que algunas *Ohka* dañaron un destructor el 4 de mayo y otro el 11 del mismo mes.

Como se sabe, la batalla del golfo de Leyte, que señaló el principio de la actividad de los kamikaze, significó también el fin de la Marina de Guerra japonesa como fuerza combatiente digna de tal nombre. Cuando la 2.ª Escuadra volvió a su base, después de aquella desastrosa batalla, el Japón se encontró con que ya no poseía el número de buques de guerra suficiente para constituir una verdadera formación de combate. En efecto, cuando en marzo de 1945 los Aliados empezaron a desembarcar en Ryukyu, en el mar Interior, Japón sólo disponía, para las exigencias operativas, de un acorazado, un crucero ligero y ocho destructores. No obstante, estas unidades se reunieron y se prepararon para oponer una resistencia a ultranza.

En un principio se pensó dirigir estos navíos hacia Sasebo, haciéndolos navegar a lo largo de la costa meridional de Kyushu, en un intento de atraer a algunos buques de guerra americanos hacia el radio de acción de los aviones con base en Japón. Sin embargo, este plan fue modificado el 1 de abril, cuando los desembarcos en Okinawa indujeron a estas fuerzas aéreas a tomar parte en la primera operación suicida coordinada y general: la operación «Kikusui 1».

El acorazado *Yamato* (armado con nueve cañones de 460 mm), el crucero ligero *Yahagi* y 8 destructores zarparon de Tokuyama a las 16 horas del día 6 de abril, con el combustible justo para llegar hasta Okinawa, donde deberían encallar y hacer las veces de plataforma de cañones contra las fuerzas americanas. Las diez unidades deberían hacer fuego con todas sus piezas hasta agotar las municiones o hasta la destrucción del último buque. Se sabía que ninguna de ellas volvería de su misión.

La formación, mandada por el vicealmirante Seiichi Ito, pasó a través del estrecho de Bungo aquella misma tarde y pronto fue avistada por los submarinos americanos. A las 8,22 de la mañana siguiente, unidades de reconocimiento de las *Task Force* de portaaviones ligeros avistaron de nuevo a las unidades japonesas. Poco después de mediodía, mientras el *Yamato* navegaba hacia el extremo meridional de las Kyushu, los aparatos americanos atacaron en masa.

Cazas, aviones torpederos y bombarderos en picado desencadenaron una serie de ataques coordinados. El *Yamato* fue alcanzado casi simultáneamente por un torpedo y por dos bombas. El *Yahagi* recibió un impacto y tuvo que detenerse a las 12,46 horas y dos minutos después se iba a pique el destructor *Hamakaze*. A las 13,33 se produjo una nueva oleada de ataques. El *Yamato*, devastado por las explosiones de otras tres bombas y de nueve torpedos más, se inclinó, estalló y se hundió a las 14,23. El *Yahagi*, alcanzado nuevamente, se hundía a las 14,05; el destructor *kasumi* se hundió a las 16,57 y el *Isokaze* tuvo que ser hundido por sus propios hombres a las 22,40. En este ataque los americanos emplearon 386 aviones, de los cuales sólo diez fueron abatidos por el fuego de la artillería antiaérea nipona.

Macabro pero eficaz

De las 1900 misiones suicidas llevadas a cabo por los japoneses durante la batalla de Okinawa, sólo un 14 % resultaron eficaces. Las unidades que más sufrieron los efectos de estos ataques fueron los pequeños buques-vigía, estacionados a unos 80 km al norte de Okinawa para interceptar, mediante el radar, a los aviones enemigos que se aproximaban. Incluso a costa de pérdidas gravísimas, los destructores y las cañoneras destinadas en esta misión permanecieron valerosamente en su puesto. A mediados de abril, hubo un momento en que algunos oficiales americanos llegaron a temer que los kamikaze quizás conseguirían impedir la invasión.



Algunos soldados americanos prestan los primeros auxilios a un japonés herido en el curso de los combates por Okinawa. *(US Marine Corps.*

Al final de la guerra Japón disponía aún de 10.700 aviones en condiciones de vuelo y aproximadamente la mitad estaban dispuestos para ser empleados en misiones suicidas. Puesto que los grandes aeródromos habían quedado inservibles, se pensó hacer despegar a los aparatos suicidas de pequeñas pistas herbosas para lanzarlos contra los buques de la escuadra de invasión a lo largo de Kyushu. Y si hubieran sido tan eficaces como lo fueron en Okinawa, habrían alcanzado a unos 900 buques aliados, hundiendo quizás unos 90.

Después de la contienda, el informe oficial sobre los bombardeos estratégicos estadounidenses hizo la siguiente valoración de los kamikaze:

«Macabro, eficaz, extremadamente práctico en aquellas circunstancias, apoyado y estimulado por una poderosa campaña propagandística, el ataque especial se convirtió, virtualmente, en el único método empleado para contener a las fuerzas de ataque y anfibias de los Estados Unidos, y los buques de estas fuerzas se convirtieron en su único objetivo».

La noticia de los ataques suicidas no se hizo pública en Estados Unidos hasta el 12 de abril –seis meses después de su comienzo en Filipinas–, pero sus repercusiones en la opinión pública fueron neutralizadas por el anuncio de la muerte de Roosevelt, que se hizo pocas horas después.

Mientras la guerra se acercaba a su fin, Okinawa se transformó en una inmensa base aérea y naval, una base por la que se había pagado un precio muy elevado; pero que, como antes Iwo Jima, se reveló de un excepcional valor estratégico, permitiendo a los americanos conducir más fácilmente la guerra contra el resto del archipiélago japonés.

ROGER PINEAU

Director general de la *Smithsonian Institution Press.* Experto en lengua japonesa, durante la segunda Guerra Mundial desarrolló su actividad en el Servicio de Información de la Marina de Guerra de Estados Unidos. Después de la contienda colaboró durante diez años con el almirante S. E. Morison en la preparación de los quince volúmenes de la *History of US Naval Operations in World War II* (Historia de las operaciones navales de los Estados Unidos en la segunda Guerra Mundial), y luego trabajó durante otros siete años en el Departamento de Estado. Ha traducido, dirigido o escrito, con otros investigadores, numerosos artículos y libros sobre la guerra en el Pacífico, entre los que destacan: *The Divine Wind, Midway* y *The Battle that Doomed Japan.* En la actualidad se ocupa de la edición del diario, hasta ahora inédito, escrito por el comodoro Matthew C. Perry durante su expedición a Japón en los años 1852-54.

AVIONES SUICIDAS JAPONESES

En 1945 los aviones japoneses habían sido superados hasta tal punto, tanto en número como en calidad, que las autoridades niponas se vieron obligadas a recurrir a los "ataques especiales" (eufemismo por ataques suicidas) con el fin de contrarrestar la superioridad de la Flota americana. Todos los aparatos en situación de despegar podían ser utilizados en estas incursiones y pronto se recurrió incluso a los aviones de prácticas. Sin embargo, también se construyeron aviones especiales para estas misiones sin retorno. Aquí presentamos dos de los más eficaces.



Nakajima Ki-115

Se inició su construcción en serie, pero no llegó a ser utilizado operativamente. **Velocidad máxima**: 552 km/h. **Autonomía**: 1200 km. **Armamento**: una bomba de 500 kg.



Yokosuka Ohka-11

Proyectado y construido para los ataques kamikaze, se lanzaba a 6000 m de altura desde un avión-nodriza *G4M2 Betty*, y entonces, impulsado por tres motores cohete, se dirigía sobre el blanco. El picado final se realizaba con el motor parado. Abajo: sección del *Ohka*. **Velocidad máxima**: más de 1000 km/h en el momento del impacto. **Autonomía máxima desde el lanzamiento**: 82 km. **Armamento**: 1200 kg de explosivo en el morro.

Cono de escape
Selector de encendido de motores
Motor cohete
Inclinómetro
Telecontrol de temperatura gas de escape
Cable para el armado de las espoletas
Mira
Punto de mira
Batería
Espoletas multidireccionales y espoletas de choque de armado manual
Depósito propulsor
Bombona de oxígeno
Timón de mando
Alerón accionado dinámicamente
Pedales
Espoleta de choque prearmada
Contenedor de explosivo
Tubo de Pitot

ELEMENTOS OFENSIVOS DE LA FUERZA AÉREA AMERICANA

En 1945 la Aviación americana había alcanzado, respecto a la japonesa, una neta superioridad. Los ya anticuados aparatos japoneses se veían obligados a enfrentarse con ingenios con los que no podían competir: el *Black Widow*, primer caza americano especialmente proyectado para operar de noche: el *Corsair*, avión embarcado con las mismas características que los aparatos de tierra; el *Mariner*, uno de los hidroaviones de mayor autonomía, y el *Tigercat*, caza embarcado provisto de un notable armamento pesado.

Northrop P-61B-15 "Black Widow"
Envergadura: 20,11 m. **Longitud**: 14,93 m. **Velocidad**: 590 km/h. **Autonomía**: 3000 km. **Armamento**: 4 ametralladoras de 20 mm y 4 de 12,7 mm. **Tripulación**: 3 hombres.

Martin PBM-3 "Mariner"
Envergadura: 32,91 m. **Longitud**: 23,47 m. **Velocidad**: 343 km/h. **Autonomía**: 5470 km. **Armamento**: 8 ametralladoras de 12,7 mm y 1800 kg de bombas o de cargas de profundidad, o 2 torpedos de 533 mm bajo las alas o 4 minas. **Tripulación**: 7 hombres.

Grumman F7F-3 "Tigercat"
Envergadura: 15,54 m. **Longitud**: 13,71 m. **Velocidad**: 680 km/h. **Autonomía**: 1880 km. **Armamento**: 4 ametralladoras de 20 mm y 4 de 12,7 mm. **Tripulación**: 1 hombre.

Grumman F4U-1D "Corsair"
Envergadura: 12,49 m. **Longitud**: 9,45 m. **Velocidad**: 660 km/h. **Autonomía**: 2500 km. **Armamento**: 6 ametralladoras de 12,7 mm y dos bombas de 450 kg, o bien 8 cohetes de 127 mm.

(John Batchelor)

LOS KAMIKAZE

Rikihei Inoguchi, capitán de navío



Avión kamikaze, alcanzado en el momento en que se arrojaba sobre el objetivo. Antes de participar en los ataques suicidas, los pilotos japoneses eran sometidos a un breve e intensivo curso de adiestramiento técnico que duraba tan sólo siete días. (History of the Second World War)

Teniendo en cuenta la notable diferencia que existía, en orden al potencial bélico, entre el Japón y los Aliados en los últimos años de la guerra en el Pacífico, para nosotros los japoneses ya estaba completamente claro que nuestro país tendría que afrontar una gravísima crisis, a menos que de una manera u otra lográramos hacer intervenir elementos que fueran capaces, por sí solos, de cambiar radicalmente la situación. Así, pues, era muy natural que, en semejantes circunstancias, los combatientes nipones estuvieran dispuestos a sacrificar sus vidas por el emperador y por la patria.

Su patriotismo tenía su origen en la convicción, profundamente arraigada en el ánimo de todos estos hombres, de que la nación, la sociedad e incluso el universo entero se identificaban en la persona del emperador, y por esta causa estaban decididos a sacrificar sus vidas. Por lo que respecta a la fundamental cuestión de la vida y de la muerte, la base espiritual de todos nosotros, los japoneses, está constituida por una absoluta obediencia a la autoridad indiscutible del soberano, incluso, como ya se ha dicho, a costa de la propia vida.

El credo de los kamikaze derivaba, en cierto modo, del *Bushido*, el código de conducta del guerrero japonés, basado en el espiritualismo propio del budismo y que revela una especial insistencia en el valor o en la conciencia del hombre. Otro de nuestros más ardientes deseos era conseguir una muerte henchida de un profundo significado, en el momento justo y en el puesto que nos correspondía, y no suscitar con nuestra conducta la pública censura.

Cuando se analiza el comportamiento de los kamikaze hay que tener muy presente que ellos juzgaban aquellas misiones de ataque única y exclusivamente como una parte más de su obligación, y que no consideraban este deber como algo extraordinario ni fuera de lo normal. Se apasionaban de tal manera ante el problema de cómo alcanzar con éxito los buques señalados como objetivo que acababan por dar poca o ninguna importancia a su destino. A nivel de consciencia o de inconsciencia tenían la sensación precisa y profunda de «conquistar la vida a través de la muerte» y se comportaban y obraban de acuerdo con este principio.

He utilizado el término «inconsciencia» precisamente para dar a entender que aquellos hombres ni siquiera eran conscientes de los sentimientos que he descrito más arriba: estaban tan profundamente dominados por el sentimiento de amor hacia la patria, cultivado en la historia y en la tradición de su país, que no podían experimentar otra sensación.

El ataque kamikaze tenía, ante todo, un significado espiritual, y cualquier piloto dotado de una normal habilidad estaba capacitado para llevar a cabo su misión de manera adecuada. Por ello no existía un método especial de adiestramiento, excepto el que consistía en hacer particular hincapié, ante los pilotos, sobre determinados factores que ya habían revelado tener una cierta importancia, en el curso de anteriores experiencias, en todos estos «ataques especiales». Sin embargo, puesto que los pilotos elegidos para estas misiones habían recibido una preparación un tanto limitada y tenían escasa experiencia de vuelo, nos ocupábamos en someterlos a un curso de adiestramiento técnico intensivo, con el fin de ponerles en situación de aprender, en un tiempo mínimo, los elementos fundamentales del ataque kamikaze.

Por ejemplo, el programa que debían seguir los pilotos con base en Formosa se dividía en breves y diversas fases: en primer lugar, el adiestramiento de los nuevos pilotos kamikaze tenía una duración de siete días, dedicando las dos primeras jornadas únicamente al ejercicio de despegue. Este tipo de ejercicio cubría el periodo de tiempo que iba desde el momento en que se impartía la orden para una misión hasta el momento en que los aparatos quedaban situados en formación de vuelo. Los dos días siguientes se dedicaban al vuelo en formación, mientras al mismo tiempo proseguían las prácticas de despegue. Los últimos tres días estaban dedicados, de manera especial, al estudio teórico y a los ejercicios prácticos de aproximación al objetivo y al ataque; entre tanto, continuaban también los ejercicios de despegue y de vuelo en formación. Si aún se disponía de tiempo, se repetía el programa completo una segunda vez.

Para los cazas ligeros y rápidos, como los *Zero (Zeke)*, y para los bombarderos embarcados tipo *Suise (Judy)* se adoptaron dos métodos de aproximación con vistas a los ataques especiales, métodos que se habían revelado especialmente eficaces.

La aproximación debía realizarse a la máxima o la mínima altura posible. Aunque desde el punto de vista de la exactitud de la navegación y de la buena visibilidad hubiera sido preferible una altura media, se prefería renunciar a estas ventajas en consideración a otros factores. En efecto, la altura preferida estaba comprendida entre los 5500 y los 6500 metros, y ello por dos razones:

- cuanto mayor es la altura, más difícil se hace la interceptación por parte del enemigo;
- había que tener en cuenta la maniobrabilidad de un avión cargado con una bomba de 250 kilogramos.

Por lo que respecta a la aproximación a muy poca altura nuestros aparatos volaban lo más cerca posible de la superficie del mar, de manera que se retrasara al máximo su localización por los radares enemigos. En las postrimerías del año 1944 se consideraba que el radar americano tenía un alcance efectivo de 160 km a gran altura y de 30-50 km a baja altura. En las ocasiones en que disponíamos de muchas unidades de ataque, se aplicaban simultáneamente bien el método de aproximación a baja cota bien el de alta cota, que además se efectuaban en rutas distintas.

En la aproximación a gran altura era necesario que los pilotos estuvieran muy atentos, a fin de que el ángulo de picado no resultase excesivo, pues entonces el aparato sería más difícil de manejar y además, bajo la creciente acción de la fuerza de gravedad, el piloto perdería fácilmente su control.

Era, pues, de la mayor importancia que el picado fuera lo menos profundo posible y que el piloto prestase gran atención al viento de cola y a cualquier movimiento por parte del objetivo.

En el caso de la aproximación a baja altura, apenas se avistaba un navío enemigo el avión se remontaba bruscamente a 3500-4500 metros, para luego arrojarse en picado sobre el objetivo previsto.

Este método requería una habilidad muy particular por parte del piloto, puesto que el impacto debía producirse en la cubierta del navío que se elegía como blanco. Además, el método de picado en candela, sobre la cubierta del buque resultó ser bastante más eficaz que el de estrellarse contra el costado del mismo. Por esta razón, los pilotos kamikaze eran inducidos a adoptar el método del picado en candela en cuanto su grado de adiestramiento lo permitía y siempre que las condiciones en que se desarrollaba el ataque fueran favorables.

Para llevar a cabo una misión kamikaze además de conseguir hacer blanco sobre el buque objetivo, era de suma importancia que el piloto supiera montar en su aparato, despegar, situarse en formación y conseguir luego volar siempre entre el violento fuego de los cañones enemigos. Con este fin, los pilotos kamikaze también eran sometidos a un entrenamiento muy riguroso respecto a todo aquello que se refería al embarco, al despegue, al vuelo en formación así como al ataque.

En el caso de un despegue a plena carga, era muy importante que el piloto no remontase el vuelo demasiado bruscamente, que maniobrase los mandos con la necesaria lentitud y que se situase a unos 50 m de altura antes de recoger el tren de aterrizaje.

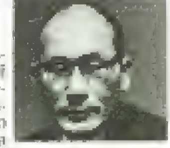
Otro importante factor en el momento del despegue era alcanzar el conjunto de la formación y mantenerse en filas estrechamente cerradas, de manera que no fuera necesario realizar evoluciones demasiado amplias.

En los portaaviones, el mejor blanco era el elevador principal; seguían luego, en orden de preferencia, el elevador de popa u el de proa. En cuanto a los demás tipos de grandes unidades de guerra, el mejor blanco era la base del puente de mando. Y por lo que hace referencia a los destructores y a otros pequeños buques de guerra y de transporte un impacto en un punto cualquiera, situado entre el puente de mando y el centro del navío, resultaba generalmente de gran eficacia.

De no haber sido por la falta del número necesario de aparatos, lo ideal hubiera sido enviar contra cada gran portaaviones cuatro aviones kamikaze: dos contra el elevador principal y los otros dos contra los de popa y proa respectivamente. Así, en teoría, dos o tres atacantes se consideraban el número ideal para un portaaviones de escolta.

Pero lo cierto era que en la práctica los portaaviones americanos eran demasiados, y nosotros disponíamos de muy pocos aparatos para realizar esta tarea. En consecuencia, para obtener al menos un golpe «centrado» y eficaz, contra cada portaaviones se enviaba a un solo aparato: «un avión por cada buque de guerra».

Un grupo de pilotos kamikaze saluda según la tradición militar japonesa antes de emprender el vuelo para una misión. (US Army)



R. INOGUCHI, CAPITÁN DE NAVÍO

Estudió en la Academia Naval japonesa y en la Escuela de Guerra de la Marina Imperial. Antes del conflicto prestó servicio a bordo de algunos cruceros y luego en el departamento de personal del Ministerio de Marina. Después de mandar un grupo aéreo en las campañas de Timor, de Nueva Guinea y de las Pelelin, el entonces comandante Inoguchi fue destinado al Estado Mayor del almirante Ohnishi, que fue el creador de la fuerza aérea especial de los kamikaze. Inoguchi se ocupó a la sazón de las operaciones kamikaze lanzadas en Filipinas y en Formosa. De regreso a la metrópoli, y al iniciarse la campaña de Okinawa, fue destinado a la 10.ª Escuadra aérea como oficial de Estado Mayor. Al finalizar la guerra prestaba sus servicios en el mando de la Marina de Guerra imperial.

A la izquierda: un avión kamikaze se acerca a una unidad norteamericana en navegación. Los primeros ataques kamikaze contra la Marina estadounidense se lanzaron en el curso de la batalla de Leyte, en octubre de 1944. Izquierda, abajo: un avión japonés acaba de abatirse sobre un buque. El personal de una unidad próxima escruta el cielo para prevenir otras posibles incursiones. Muchos de los aviones utilizados en los ataques kamikaze fueron derribados por los cazas o por la artillería antiaérea americana: de los 356 aparatos utilizados durante las misiones suicidas realizadas el 6-7 de abril de 1945 contra los buques americanos en las costas de Okinawa, sólo 28 consiguieron alcanzar sus objetivos. A la derecha: una densa columna de humo se eleva de la cubierta de vuelo de un portaaviones estadounidense sobre el que se ha estrellado un avión kamikaze. Abajo: marineros americanos tratan de sofocar un incendio que ha estallado a bordo de un portaaviones a consecuencia del impacto de lleno conseguido por un avión kamikaze. En el curso de las 1900 misiones suicidas efectuadas por los japoneses durante la batalla de Okinawa, hundieron 28 buques aliados y otros 264 sufrieron daños de diversa consideración.

(US Navy)

(Life Magazine)



EL CREDO KAMIKAZE

He aquí algunas de las preguntas formuladas por la "Bombardment Investigation Mission" estadounidense después de la guerra, y las respuestas obtenidas de oficiales japoneses supervivientes de la 205.ª División aérea, o sea la División kamikaze. Las preguntas ponen de manifiesto la resistencia de los Aliados a creer que estos ataques fueran efectuados voluntariamente, y en cambio en cada respuesta japonesa se refleja el estupor del interrogado ante esta incredulidad.

La filosofía en la que se funda todo el «credo» de la unidad kamikaze está en completa contradicción con las ideas dominantes en Estados Unidos, donde nada es más precioso que la vida. Según usted, ¿cómo se explica que las fuerzas japonesas pudieran obligar a tan gran número de pilotos a realizar misiones de ataque suicida de este tipo?

La filosofía kamikaze surgió en un período muy antiguo de la historia japonesa, y en la larga existencia de nuestro país pueden hallarse muchos ejemplos de este tipo. La filosofía fundamental del Japón es la del sacrificio individual por el bien de la patria. Esta filosofía está profundamente arraigada en todos nosotros. En el curso de la guerra en el Pacífico, la situación crítica en la que llegamos a encontrarnos nos indujo a adoptar la idea del ataque kamikaze. Este tipo de ataque, pues, no fue impuesto nunca desde el exterior.

El almirante Ohnishi se dio cuenta simplemente del sentimiento que animaba a los pilotos japoneses, particularmente a los más jóvenes, sentimiento nacido de manera total y absolutamente espontánea. En la práctica fue el almirante quien constituyó las unidades kamikaze, pero mucho antes de que él tomase esta iniciativa, los pilotos de combate ya habíamos discutido la idea de efectuar ataques kamikaze durante la batalla de Saipan; sin embargo, el Estado Mayor de la Marina no aprobó entonces la idea.

Estoy firmemente convencido de que la idea del ataque kamikaze nació y se desarrolló de manera absolutamente espontánea en el ánimo combativo de nuestros más jóvenes pilotos.

¿Qué opina del reclutamiento de los hombres destinados a las unidades kamikaze? ¿Era forzado o voluntario?

Desde el primero al último hombre el reclutamiento fue siempre voluntario.

Incluso se dieron casos en que grupos aéreos completos se ofrecieron para misiones kamikaze, sobre todo al darse cuenta de la difícil situación bélica a que se había llegado en diversos frentes, por ejemplo en el de las islas Filipinas.

¿Cómo se realizaba el reclutamiento de voluntarios para las unidades kamikaze en el suelo de la patria?

Cuando estuve encargado del reclutamiento de pilotos kamikaze para su adiestramiento en suelo japonés, pude comprobar que, prácticamente, todos los hombres de los diversos grupos aéreos estaban deseosos de participar en aquellas misiones. Algunos de ellos me hicieron llegar expresamente su solemne deseo escrito en sangre, mientras otros me despertaron varias veces por la noche para pedir que les enrolase. A veces, yo mismo me ocupé de seleccionar a los voluntarios, teniendo en cuenta su situación personal o familiar: nunca se aceptó a un piloto que fuera el hijo único de una familia. Pues bien, aun así, tras conocer mi decisión por una carta que su único hijo le había escrito, una madre se dirigió a mí suplicándome que lo aceptase. De estos episodios se puede deducir fácilmente hasta qué punto el carácter del reclutamiento era exclusivamente voluntario.

Basándonos en la mentalidad común de los jóvenes americanos de veinte años de edad, aproximadamente, nos es imposible creer en ninguna de estas afirmaciones. ¿Cómo podían ustedes aceptar la idea de inmolarse en ataques suicidas de este tipo por la patria o por el emperador sin ninguna probabilidad de sobrevivir? ¿No existía escuela especial para el adoctrinamiento de los jóvenes japoneses destinados a las unidades kamikaze?

No existía ninguna escuela especial de este tipo.

En vuestra calidad de voluntarios para las unidades kamikaze, ¿cuál era vuestro estado de ánimo?

Los graduados teníamos sólo un año de instrucción militar: por lo tanto, éramos más civiles que militares, nos dábamos cuenta de que la situación bélica era muy precaria y estábamos convencidos de que en aquellas circunstancias el sistema de ataque especial era el mejor. Nos enrolábamos, pues, como voluntarios decididos a sacrificarnos para que el Japón pudiera ganar y para que los más jóvenes de nosotros pudieran estudiar en mejores condiciones.

¿Acaso creíais que los pilotos kamikaze realizaban las misiones a fin de que su espíritu reposara en paz y su nombre fuera honrado en el altar nacional de Yasakuni? *(El altar de Yasakuni está consagrado a la memoria de los caídos en el campo de batalla).*

No era necesario realizar misiones kamikaze para ser honrado en el altar de Yasakuni, puesto que todo hombre caído en combate, cualquiera que sea su grado o su procedencia, es honrado en este altar. Nunca nos movió una idea semejante. La verdadera razón que nos impulsaba a utilizar este tipo de ataques consistía en la enorme diferencia existente entre el potencial productivo de ambos países y en la carencia de métodos de combate alternativos. Así fue cómo llegamos a la conclusión de que el mejor método que podíamos adoptar era el de matar miles de hombres con un solo hombre y hundir un buque de guerra con un solo avión.

¿Se celebraba alguna clase de ceremonia antes de cada misión especial? ¿Recibíais instrucciones del almirante? ¿Escribíais a casa o hacíais testamento?

En el sector de Filipinas, al principio, se celebraba un brindis con el almirante. Pero pronto esto resultó imposible, pues a causa de la difícil situación bélica y del gran número de acciones a realizar ya no quedaba tiempo para ninguna ceremonia. Algunos de nosotros escribíamos a casa y hacíamos testamento; pero lo hacíamos una sola vez, cuando se solicitaba ser enrolados, y no antes de partir para la misión kamikaze.

Arriba: un avión kamikaze en la última fase de aproximación a un buque americano.
A la izquierda: en el curso de un ataque suicida, un avión japonés se ha estrellado sobre la cubierta de una unidad naval americana. La enorme diferencia existente entre el potencial productivo de la industria de Estados Unidos y la del Japón –y de ahí la falta de métodos de combate alternativos por parte nipona– junto con el principio de la validez del sacrificio personal por el bien de la patria, impulsó a numerosos jóvenes japoneses a intervenir, espontáneamente, en los ataques suicidas.
(History of the Second World War)

Okinawa, 7 abril 1945

MUERTE DE UN COLOSO

Kazunari Miyo, capitán de navío



Hacia las 12,45 del 7 de abril de 1945 el acorazado japonés *Yamato*, ya alcanzado en la popa, fue averiado en el lado izquierdo de la proa por un torpedo. Sometido después a un bombardeo masivo desde el aire, el *Yamato* se hundió a las 14,23, tras una explosión en la santabárbara, donde la acusada inclinación del buque provocó el estallido de las municiones. *(National Archives)*

Antes de que en los años treinta expirasen los tratados para la limitación de los armamentos navales, al examinar su propia política de armamentos, el Estado Mayor de la Marina de Guerra llegó a la conclusión de que el Japón debía construir unidades de guerra «superpoderosas», abandonando el principio de la limitación del poder naval. Con este fin, ya en octubre de 1934, el Estado Mayor solicitó al Ministerio de Marina la elaboración del proyecto de un «superacorazado» dotado de poderosos cañones de 460 mm y de una velocidad superior a los 30 nudos. A fines de marzo de 1937, tres meses después de la extinción de los tratados navales, el proyecto estaba ultimado en todos sus detalles, y la quilla del navío se puso el día 1 de noviembre de 1937 en los astilleros de Kure. Se trataba del *Yamato*, que entró en servicio el 16 de diciembre de 1941, ocho días después del comienzo de la guerra en el Pacífico. Aunque no llegó a los 30 nudos de velocidad requeridos, durante las pruebas oficiales logró alcanzar 27,46 nudos. Gracias a sus poderosos cañones y su notable velocidad, el *Yamato* superaba a todos los acorazados americanos. Sus proyectiles, de 1350 kg de peso, del armamento principal, no sólo podían perforar la más fuerte coraza de los buques enemigos, sino también provocar graves daños bajo la línea de flotación. El alcance máximo de sus cañones era de 37.800 metros. Sin embargo este navío también presentaba algunos defectos, especialmente en lo que se refiere al armamento antiaéreo y a la protección submarina.

Más tarde, tras la experiencia de los muchos encuentros sostenidos por otros buques con unidades americanas desde el principio de la guerra, la potencia de fuego antiaéreo del acorazado nipón fue sensiblemente aumentada y reforzada. Antes de estas mejoras, los proyectiles *San-shiki*, de los cañones de mayor calibre, habían sido adaptados para ser utilizados en fuego antiaéreo. Se trataba de proyectiles especiales que contenían otros 6000 proyectiles más pequeños, de 26 mm, que permitían crear una zona de fuego de forma cónica, de unos 350 metros de amplitud y 900 de profundidad. Pero su fortísima explosión y el denso humo que producían dificultaban en gran medida el fuego simultáneo de los otros cañones antiaéreos. El alcance máximo del proyectil *San-shiki* era de unos 27.000 m.

La protección submarina del *Yamato* se reforzó en cierta medida cuando fue preciso reparar los daños ocasionados por un torpedo lanzado desde un submarino americano el 25 de diciembre de 1943, al oeste del atolón de Truk. Y asimismo, tras la batalla de Leyte, se estudiaron nuevas mejoras que, sin embargo, nunca se llevaron a la práctica.

Pero, por lo que respecta a un eventual duelo artillero con otros acorazados, se consideraba que la potencia de fuego y la coraza del *Yamato* eran absolutamente superiores a las de cualquier unidad enemiga. Al principio de la contienda

El *Yamato*, el mayor acorazado jamás construido, fue uno de los de vida más breve entre todos los grandes buques que lucharon en la segunda Guerra Mundial. Proyectado al principio como la primera unidad de una superescuadra de batalla, los japoneses pusieron en el *Yamato* todas sus esperanzas de conseguir la derrota de los americanos en el mar. Se trataba de un acorazado absolutamente sin rival en cuanto a su potencia de fuego, velocidad y coraza, pero sin una adecuada cobertura aérea de nada servían todas estas ventajas. La absurda pérdida de esta unidad, lanzada a un ataque "especial" contra las playas de Okinawa, donde los americanos estaban desembarcando, y la historia de su hundimiento, ponen dramáticamente de manifiesto el callejón sin salida en que se hallaba la Marina de Guerra japonesa.

estaban en fase de construcción otras tres unidades de similares características, pero sólo una, el *Musashi*, llegó a terminarse, y fue hundido en la batalla del golfo de Leyte.

A principios de 1945, el Estado Mayor de la Marina imperial llegó a la conclusión de que las fuerzas aliadas ocuparían Okinawa, con el fin de facilitar la prevista invasión de Japón, y basándose en esta conclusión, sostuvo la oportunidad de librar en Okinawa una batalla decisiva. Así pues, la Marina de Guerra japonesa afrontó el problema de preparar las fuerzas que se debían emplear en esta batalla. Durante las operaciones de Filipinas, la Flota combinada había sufrido graves pérdidas, en buques y en aviones. Además, a causa de la penuria de combustible se veía incluso obligada a limitar sus operaciones de adiestramiento. Y como que para la operación de Okinawa había que asignar prioridad absoluta al esfuerzo de asegurarse el control del aire, el Alto Mando de la Marina no tuvo otra alternativa que la de utilizar para el combate las fuerzas aéreas con base en tierra.

Preludio de Okinawa: los kamikaze se preparan

Los japoneses disponían, en total, de unos 2100 aviones. Pero muchos pilotos, sobre todo la mitad de los de la 3.ª Fuerza Aérea y casi todos los de la 10.ª Fuerza Aérea, no habían recibido un adecuado adiestramiento. En consecuencia, el único tipo de misión que se podía confiar a los pilotos no adiestrados era el «ataque especial».

Así, pues, con el fin de retardar la invasión aliada de Okinawa, al anochecer del 11 de marzo, 24 bombarderos de gran autonomía fueron enviados a lanzar uno de esos ataques especiales contra los portaaviones americanos que se hallaban en el atolón de Ulithi. A causa de averías en los motores y de otros inconvenientes, sólo 15 de los 24 aviones llegaron a su destino y ni siquiera éstos consiguieron resultados de alguna importancia.

Pocos días después, la *Task Force* americana zarpó del atolón y desencadenó incursiones aéreas (los días 18 y 19 de marzo) contra las bases aéreas y las unidades de guerra a lo largo de la costa occidental del Japón. A su vez, cada día, desde el 18 al 21 de marzo, la 5.ª Fuerza Aérea japonesa efectuó contraataques, comprendidos los «ataques especiales» suicidas, contra las unidades americanas, hundiendo o dañando gravemente tres o cuatro portaaviones. Pero también la 5.ª Fuerza Aérea sufrió gravísimas pérdidas. Fue en este momento cuando el Estado Mayor del Ejército decidió poner a la 6.ª Fuerza Aérea (cerca de 650 aparatos, con base en Kyushu y en las islas Ryukyu) a las órdenes de la Flota combinada y ordenar a la 8.ª División aérea (con base en Formosa) que presentase su cooperación.

Por su parte, los americanos, a partir del 23 de marzo, sometieron diariamente el sector de Okinawa a masivas incursiones a cargo de los aviones embarcados y a violentos bombardeos por parte de diez acorazados y otras unidades de guerra. El 25 de marzo desembarcaron en la isla de Kerama, al oeste de Okinawa.

En ese momento el almirante Toyoda, comandante en jefe de la Flota combinada, ordenó la puesta en marcha de la Operación «Ten 1» (Paraíso), y puso la 3.ª y la 10.ª Fuerzas Aéreas a las órdenes del vicealmirante Ugaki, comandante de la 5.ª Fuerza Aérea. El vicealmirante ordenó que las dos formaciones se concentrasen inmediatamente en el sector de Kyushu. La operación de traslado finalizó el 31 de marzo.

Esta es la razón de que cuando lo grupos de portaaviones americanos atacaron de nuevo la zona de Kyushu, el 28 y el 29 de marzo, las fuerzas aéreas de la Marina japonesa no estuvieron en condiciones de contraatacar. Al ser informado de que un poderoso grupo de buques de transporte americano se disponía a fondear en el archipiélago de Kerama, el almirante Toyoda ordenó al 6.º Ejército aéreo que atacara inmediatamente aquellos buques; pero, a causa de un retraso en los preparativos, no se pudo cumplir esta orden. A partir del 30 de marzo se realizaron ataques esporádicos por parte de las fuerzas aéreas del Ejército y de la Marina contra los grupos de portaaviones y los buques de transporte americanos. Entre tanto, el 1 de abril, los americanos habían empezado a desembarcar en la costa occidental de Okinawa.

Todo ello causó gran desaliento en la Marina japonesa. En consecuencia, tras consultar al Estado Mayor imperial y al Mando de la 5.ª Fuerza Aérea, el 3 de abril, el Mando de la Flota combinada solicitó enérgicamente a los defensores de Okinawa que contraatacasen para impedir, por lo menos, que el enemigo utilizase los aeródromos. A su vez, las fuerzas que defendían Okinawa solicitaron que la Flota combinada destruyese, al menos, algunos de los acorazados y portaaviones aliados, arguyendo que la potencia de fuego de un acorazado era equivalente a la de siete divisiones del Ejército.

Tras decidir la concentración de todas las fuerzas disponibles para apoyar la contraofensiva de la guarnición, el 4 de abril, el comandante en jefe de la Flota combinada ordenó a las fuerzas aéreas de la Marina y al 6.º Ejército aéreo que atacasen con todos los recursos disponibles a las fuerzas de invasión aliadas. Al mismo tiempo, dispuso la constitución de una fuerza naval formada por el *Yamato* y una división de destructores que debía atacar a los buques americanos en las costas de Okinawa.

Puesto que constituían la única fuerza naval disponible, al *Yamato* y a la división de destructores se les dio el nombre de 1.ª Fuerza móvil y fueron clasificados como «fuerza de ataque» y puestos al mando del vicealmirante Seiichi Ito. La misión principal de esta Fuerza móvil era atraer, con su salida, a los portaaviones aliados dentro del radio de acción de las fuerzas aéreas japonesas con base en tierra. La mañana del 29 de marzo, la citada fuerza zarpó con la intención de realizar este plan, pero cuando se hallaba a mitad de camino se vio obligada a volver sobre sus pasos a causa de las incursiones aéreas desencadenadas aquel día por los Aliados sobre la parte meridional de Kyushu.

El día 14 de abril, el vicealmirante Ito organizó la fuerza naval de ataque especial y ordenó que se mantuviera dispuesta a zarpar en cualquier momento. La orden, cursada a las 15 horas del 5 de abril, disponía que las unidades debían atravesar el estrecho de Bungo en la madrugada del 7, costear las islas Ryukyu y fondear al alba del día siguiente en Okinawa para destruir todos los buques aliados que se encontrasen allí fondeados. Sin embargo, tras recibir la correspondiente autorización, el almirante Ito varió sustancialmente el esquema operativo: al salir del estrecho de Bungo, durante el día 7, la fuerza de ataque se mantendría alejada de los portaaviones aliados, que se suponían navegando al este de Okinawa, y luego se lanzaría contra las unidades enemigas en la costa de la isla antes del alba del 8 de abril. Aunque los destructores iban casi al completo de nafta, el *Yamato* y el *Yahagi* sólo recibieron el necesario para realizar el viaje de ida. «Ataque especial» significaba ataque suicida.

«El ataque más trágico y heroico...»

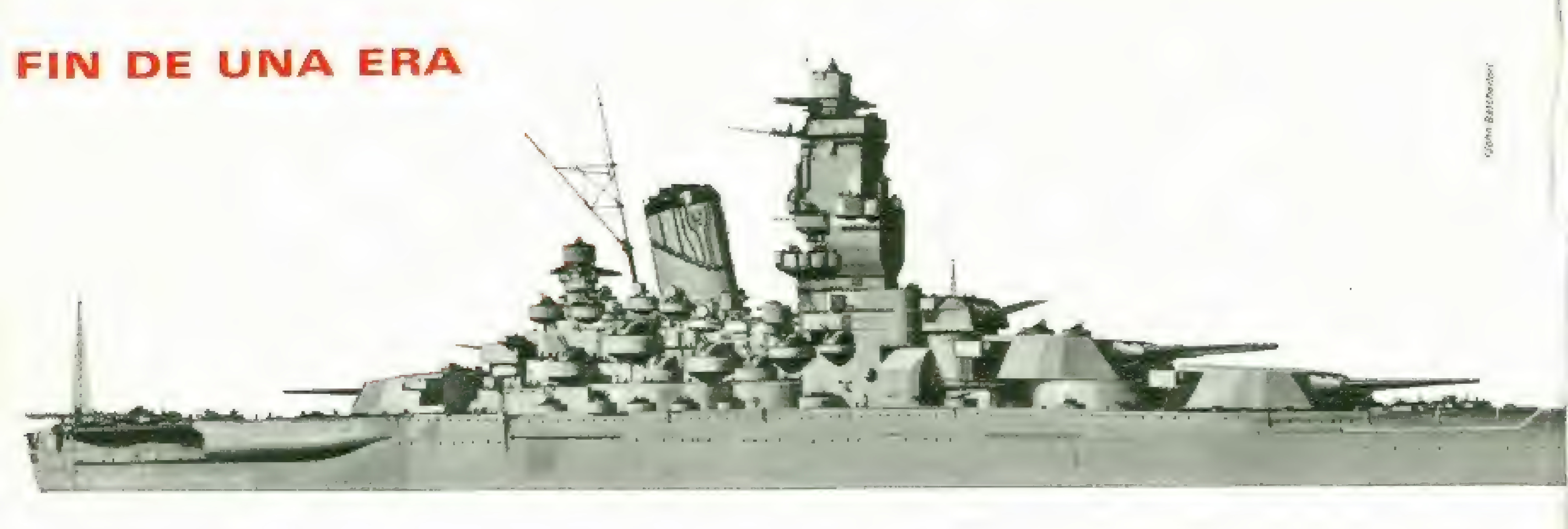
El 5 de abril, el almirante Toyoda, comandante en jefe de la flota combinada, envió a todas las unidades un mensaje que terminaba con las siguientes palabras:

«El destino de nuestro imperio depende de esta única batalla. He ordenado a la fuerza naval de ataque especial la realización contra Okinawa del más trágico y heroico ataque de la guerra. Concentraremos en esta acción nuestras fuerzas navales imperiales y haremos revivir en todo su esplendor las grandes tradiciones de la Marina de Guerra imperial, haciendo que se cubra de gloria para la eternidad.»

La tarde del 6 de abril, pocas horas antes de la salida, el vicealmirante Kusaka, jefe de Estado Mayor de la Flota combinada, subió a bordo del *Yamato*, acompañado de sus colaboradores, para anunciar el plan del Mando Supremo y saludar a los comandantes de las unidades. Los oficiales del Estado Mayor dijeron que, tras disparar todos los proyectiles, los hombres de las tripulaciones deberían reunirse con los defensores de Okinawa, en tierra firme, para luchar a su lado. Y el jefe de Estado Mayor rogó por ellos, en la esperanza de que el valor que demostraban con aquel ataque suicida proporcionaría a toda la nación japonesa la fuerza necesaria para luchar hasta el fin.

Luego, abandonando la base de Tokuyama, en la región occidental del mar Interior, la fuerza naval de ataque especial inició la travesía a las 15.20 horas, escoltada por dos hidroaviones y seis destructores que deberían protegerla de eventua-

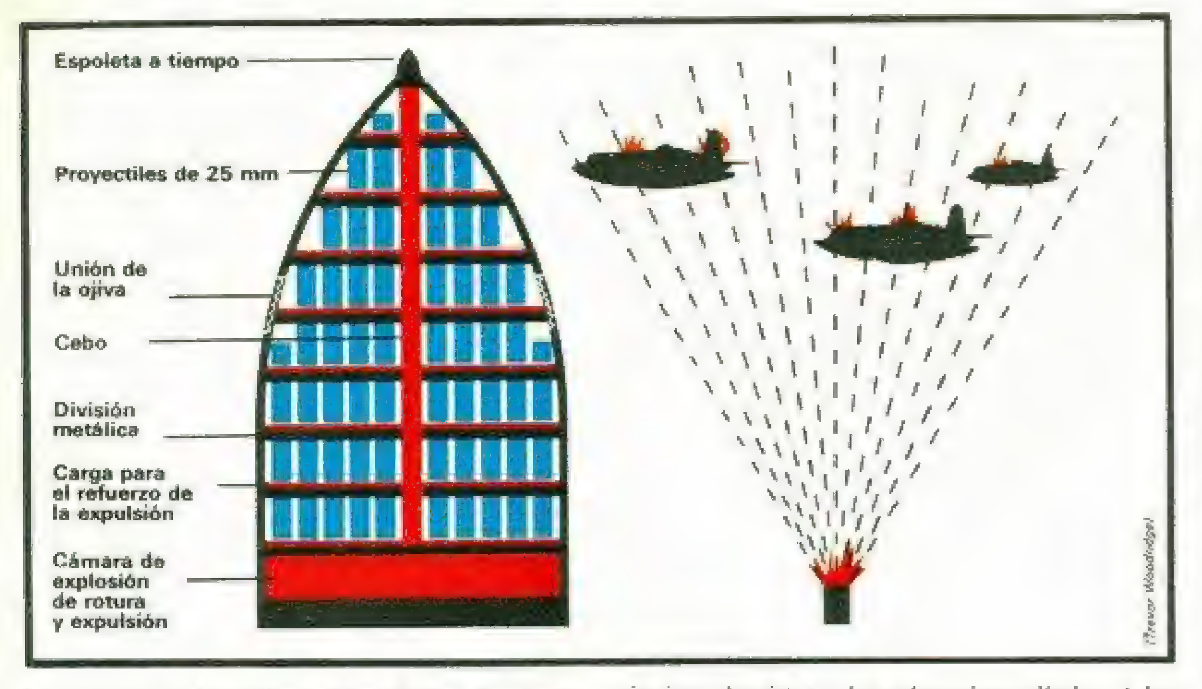
FIN DE UNA ERA





SHINYO (embarcación suicida)
Hasta el final de la guerra fueron construidas cerca de 6000 de ellas. La tripulación estaba constituida por un solo hombre, y a proa llevaba adosada una fuerte carga de un explosivo muy poderoso, que estallaba con el choque.
Longitud: 6 m.
Velocidad: 30 nudos.
(John Batchelor)

Abajo: el proyectil antiaéreo *San-shiki* fue construido para defender a los principales acorazados japoneses de los ataques aéreos a baja cota. El proyectil podía ser disparado por la artillería principal y disponía de una espoleta a tiempo en la ojiva que estallaba al acercarse a una formación aérea. El *San-shiki* contenía varios estratos de proyectiles incendiarios, situados sobre un disco de material explosivo. La espoleta provocaba el incendio de un largo cebo colocado en el centro y que comunicaba la detonación a los estratos de explosivo situados bajo cada rellano, hasta llegar al estrato inferior. Este último provocaba la ruptura de la envoltura externa y proyectaba a todo su alrededor los proyectiles incendiarios.



les ataques de los submarinos aliados. Pero esta maniobra fue advertida por un *B-29*. A las 18,30 horas los hidroaviones japoneses señalaron la presencia de dos submarinos enemigos en las proximidades de la boca del estrecho de Bungo y otro cerca de la costa occidental de Kyushu. En consecuencia, a las 19,30 horas la Escuadra se dispuso en formación de protección y, a una velocidad de 22 nudos, empezó a avanzar por una ruta tortuosa, con frecuentes movimientos en *zigzag*, para escapar a los submarinos adversarios. A partir de las 20,20 horas, los radares, los radiogoniómetros y los hidrófonos de la Escuadra detectaron señales de submarinos aliados lanzados en su persecución.

Una hora y media después se interceptó un parte de emergencia aliado que anunciaba la salida de la fuerza naval nipona.

La formación japonesa volvió a recuperar la ruta prevista en el plan a las 02,00 del 7 de abril, y entonces hasta parecía probable que consiguiera despistar a los submarinos aliados. A las 6 –o sea, a la salida del sol– la Escuadra se dispuso en torno al *Yamato*, mientras dos hidroaviones volaban alrededor en busca de submarinos. El cielo estaba muy cubierto; las nubes formaban una capa casi uniforme a unos 1000 metros de altura y a veces descendían hasta pocos centenares de metros del nivel del mar. No obstante, bajo las nubes la visibilidad era bastante buena, por los que las condiciones eran favorables para los aviones de reconocimiento aliados y extremadamente desfavorables para la Escuadra nipona y para sus cazas interceptadores.

Los aviones de reconocimiento nocturnos de la Marina japonesa no descubrieron nada en el mar al este de Okinawa; pero, poco después, a las 8,10 horas, los diurnos divisaron un grupo de portaaviones en lenta navegación hacia el Sur, a unas 70 millas marinas al este de la isla. Luego, hacia las 9, otros tres grupos, compuestos de numerosos portaaviones, fueron avistados al Sur y el comandante de la 5.ª Fuerza Aérea ordenó a sus unidades que lanzaran un ataque contra ellos.

Pero a las 7,30 la Escuadra nipona divisó, a lo lejos, por el Este, dos pequeños aviones en vuelo hacia el Norte; más tarde, a las 10,14 horas, inmediatamente después de virar hacia el Sur, avistó en el horizonte, por el Oeste, dos grandes hidroaviones, contra los que abrió fuego con sus cañones de grueso calibre; los aparatos desaparecieron en seguida tras una nube. La Escuadra comenzó entonces a cambiar frecuentemente de ruta y de velocidad para engañar al enemigo, intentando al propio tiempo interferir en las comunicaciones radio. A las 11,14 fueron avistados ocho cazas americanos; unos treinta minutos después apareció otro grupo de diez aviones, que realizó varias evoluciones en círculo alrededor de la formación.

Suponiendo que el enemigo se estaba preparando para un ataque, el almirante Ito informó de la situación al Mando de la Flota combinada y al de la 5.ª Fuerza Aérea.

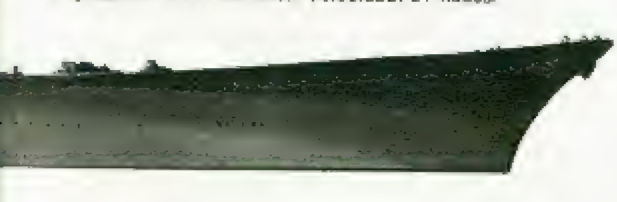
Hasta mediodía no recibió la Escuadra una comunicación, transmitida a las 10,45 horas, de la estación de avistamiento de la isla de Kibaiga, la cual había identificado a uno 250 aparatos, procedentes de los portaaviones enemigos, en dirección de vuelo Noroeste. También la alarma de las 11,30 horas, que indicaba otra gran formación en vuelo hacia el Norte, llegó a la Escuadra con retraso. A las 12,10 el destructor *Asashimo*, que había quedado bastante rezagado respecto al resto de la formación, comunicó haber sido atacado por aparatos enemigos; a las 12,21 la misma unidad transmitió el último mensaje, indicando la presencia de más de 30 aviones adversarios al Este.

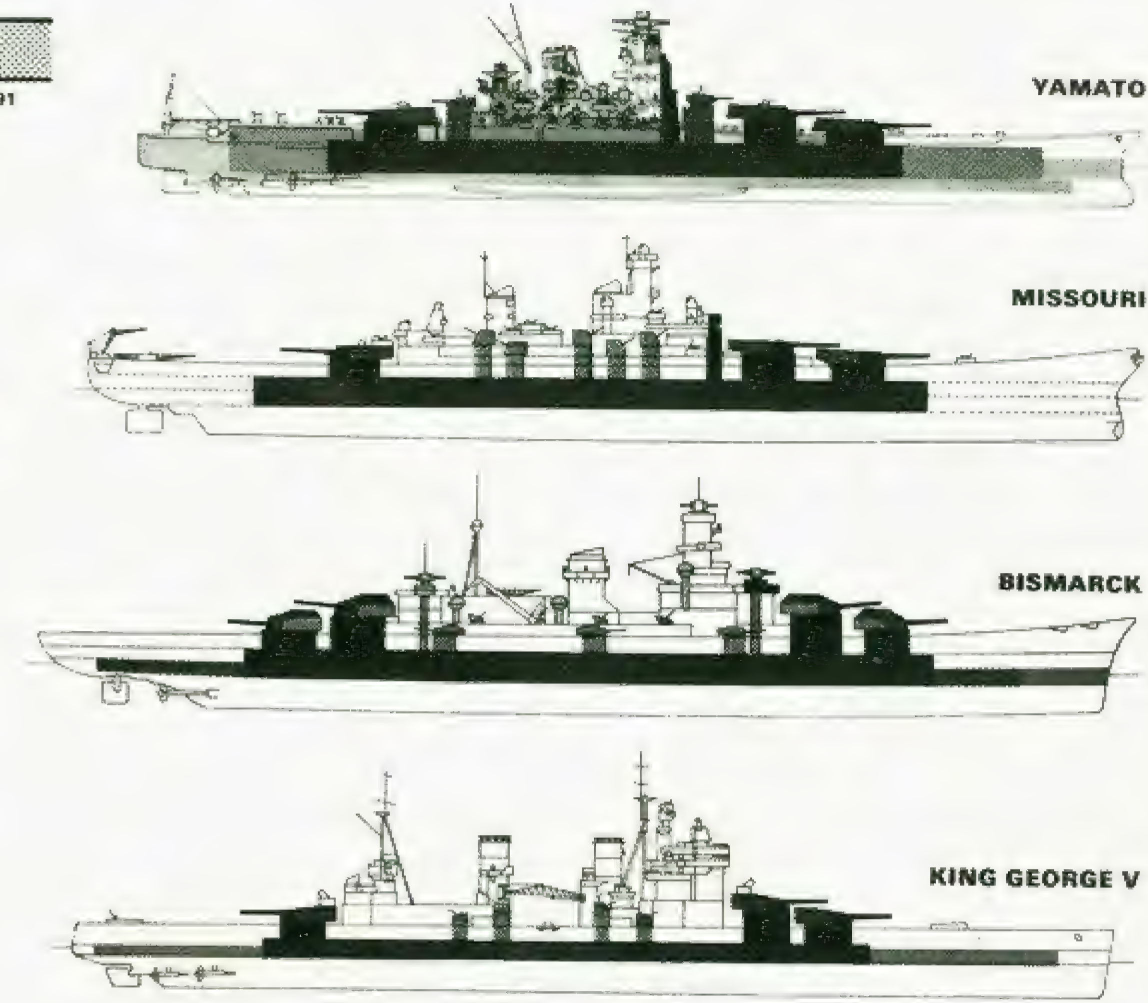
Ya mucho antes del mediodía, las instalaciones de radar de las unidades de guerra detectaron numerosos contactos de los que podía deducirse la proximidad de aviones. A las 12,32 horas, unos 150 aparatos salieron de entre las nubes, a poco más de 20 km de distancia de la Escuadra. En este momento, precisamente, era cuando los proyectiles *San-shiki* debían haber demostrado su eficacia desde el *Yamato*. Pero la presencia de nu-

304-354 227-263 176-202 126-152 76-91
milímetros

YAMATO

Desplazamiento: 64.170 t. **Dimensiones**: 263 × 39 × 11 m.
Coraza: faja de mayor espesor, 406 mm;
puente, 197 mm; torres, de 508 a 635 mm.
Armamento: 9 cañones de 460 mm, 12 cañones de 155 mm,
12 cañones antiaéreos de 127 mm,
24 ametralladoras antiaéreas de 25 mm,
4 de 13 mm también antiaéreos y 6 aviones.
Tripulación: 3332 hombres. **Velocidad**: 27 nudos.





A la derecha: los esquemas ponen de manifiesto el sistema de coraza de los mayores buques de guerra que intervinieron en la segunda Guerra Mundial. Las unidades del Eje, *Yamato* y *Bismarck*, estaban notablemente más protegidas que sus correspondientes aliadas, *Missouri* y *King George V*.

bes bajas hacía difícil la continua corrección del tiro, y el radar no era lo bastante preciso para proporcionar las correcciones necesarias a través de las brumas. A las 12,34 horas, cuando la primera formación americana se lanzó al ataque, la Escuadra japonesa aumentó su velocidad a 24 nudos y las ametralladoras antiaéreas del *Yamato* abrieron fuego.

A las 12,41 horas la Flota recibió órdenes de avanzar a toda máquina, pero en aquel momento el *Yamato* fue alcanzado por dos bombas en la torre secundaria de popa, dañando gravemente todas las ametralladoras antiaéreas situadas a su alrededor. Pocos minutos después, un torpedo abrió un boquete en el lado izquierdo, y el *Yamato* empezó a embarcar agua. Casi al mismo tiempo, el crucero *Yahagi* fue alcanzado a popa, en el costado derecho, por un torpedo que averió las máquinas.

Otro torpedo, seguido de una bomba, dejó al crucero inmóvil en la superficie del océano. Entre tanto, el destructor *Hamakaze* había sido hundido por un torpedo y una bomba.

Pocos minutos antes de las 13 horas, durante una breve pausa, el vicealmirante Ito ordenó a la Escuadra que se dirigiera a Okinawa. El contraalmirante Komura, comandante de la división de torpederos, trató de trasladar la insignia a bordo de un destructor, pero la operación fue interrumpida por la aparición de nuevas formaciones, con casi 100 aparatos, que llegaban desde tres direcciones (Este, Sudeste y Oeste).

A las 13 horas, una bomba dañó gravemente al destructor *Suzutsuki*. El *Yamato*, por su parte, ya alcanzado por un gran número de bombas y de torpedos, además de sufrir las consecuencias de la explosión de gran cantidad de bombas que cayeron muy cerca, fue alcanzado en su costado izquierdo por dos torpedos que inutilizaron la instalación de radio. En consecuencia, el comandante de la Escuadra tuvo que recurrir a la mediación de un destructor para poder avisar al comandante de la Flota conjunta de la necesidad de suspender la operación. Una segunda oleada de ataques infligió un golpe mortal al destructor *Kasumi*.

A las 13,33 horas, una veintena de aviones torpederos atacaron por el costado izquierdo al *Yamato*, cuya potencia de fuego ya estaba muy disminuida. El resultado de este ataque fueron tres impactos de lleno en el centro del navío, que aumentaron la inclinación a la izquierda, haciéndose superior a la capacidad de los compartimientos de equilibrio de la derecha. Para eliminar la inclinación no quedó otra alternativa que la de inundar la sala de máquinas y la sala de calderas de la derecha. A causa de los anegamientos y al aumento de lastre, la velocidad del *Yamato* se vio sensiblemente reducida. En este momento, tras haber sido alcanzado por siete torpedos y doce bombas, el inmóvil *Yahagi* acabó por hundirse. El *Yamato*, entre tanto, ya no podía sustraerse a las continuas incursiones: a las 14,02 horas había sido alcanzado en el centro por otras tres bombas, dos de las cuales inutilizaron los cañones de pequeño calibre de la izquierda. Pocos minutos después, un torpedo le alcanzaba por la derecha, y cinco minutos más tarde otros dos llegaban a su costado izquierdo. Ello hizo que aumentase gradualmente su inclinación hacia este lado, y que, en consecuencia, ninguna de las ametralladoras pudiera disparar. A la sazón, la velocidad del *Yamato* no superaba ya los 7 nudos.

Hacia las 14,17 horas, el décimo torpedo (el noveno que le alcanzaba en el costado izquierdo) asestó al buque el golpe definitivo. El capitán de navío Ariga, comandante del *Yamato*, comunicó al vicealmirante Ito que el buque ya estaba desahuciado.

Ante esta noticia, Ito dio instrucciones para que su Estado Mayor se trasladase a un destructor; él, sin embargo, se encerró de nuevo en su cabina bajo el puente de mando.

El comandante Ariga ordenó que lo atasen al soporte de la brújula y que todos los hombres subieran a cubierta. Entre tanto, la inclinación del acorazado iba aumentando progresivamente, hasta que, al fin, en la santabárbara, los proyectiles se desplazaron por su propio peso, y chocando entre sí, provocaron una explosión que lanzó hasta el cielo una inmensa columna de llamas y de humo. El superacorazado se hundió casi inmediatamente, desapareciendo entre las aguas a las 14,23. De los 3332 hombres que componían su tripulación, sólo se salvaron 269.

Los aviones americanos se alejaron hacia las 14,25 horas, tras asistir al fin del *Yamato* y ametrallar a los supervivientes que nadaban sobre las aguas. En la operación tomaron parte un total de 386 aviones (180 cazas, 75 bombarderos y 131 torpederos) pertenecientes a la fuerza de portaaviones ligeros del vicealmirante M. A. Mitscher.

No se envió un solo caza japonés para proteger la formación del *Yamato*. Aunque perfectamente informado de estas incursiones, el mando de la 5.ª Fuerza Aérea estaba demasiado ocupado en atacar a las formaciones de portaaviones americanos.

La acción del *Yamato* fue la última batalla de las unidades de guerra de la Marina imperial japonesa. Se ha criticado severamente, tanto en aquellos días como más tarde, al hombre que concibió la idea de una operación marítima de «ataque especial» sin la más mínima protección aérea. Después de la guerra, el almirante Toyoda expresó así su opinión al respecto:

«Sabía de sobra cuál sería el destino de los buques de guerra enviados a aquella misión sin protección aérea, como sabía también que las posibilidades de éxito eran mínimas. Pero, a pesar de ello, debíamos arriesgarnos en aquella empresa temeraria. Creía que, aun existiendo una mínima posibilidad de éxito, había que hacer todo lo posible para ayudar a nuestros soldados que combatían en Okinawa. Por ello, aunque aquella decisión puede ahora ser condenada, no pretendo justificarme; sólo quisiera añadir que en aquellos momentos no tenía otra alternativa».

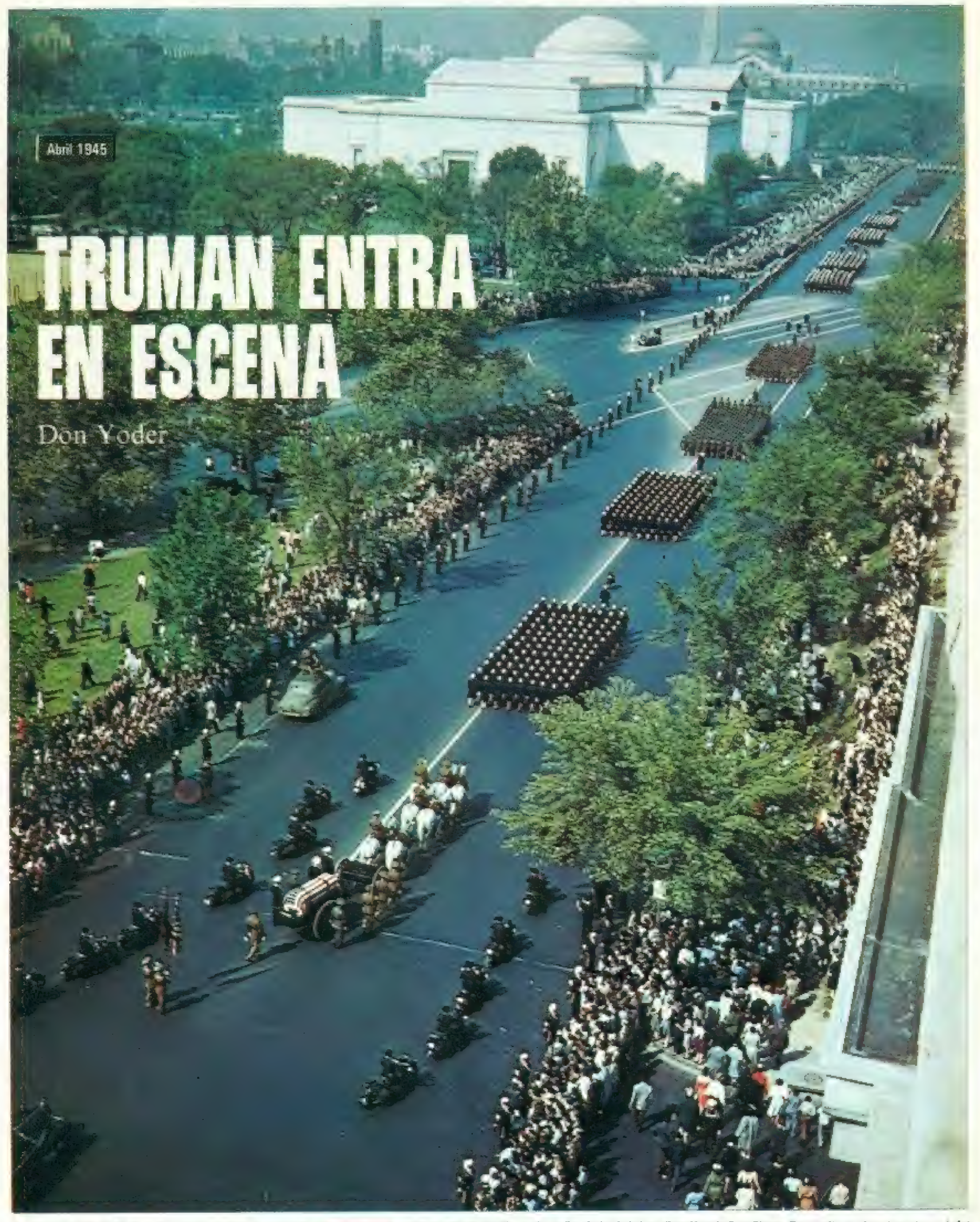
K. MIYO, CAPITÁN DE NAVÍO

Estudió en la Academia Naval y prestó servicios como oficial de Estado Mayor durante la guerra chino-japonesa y en la segunda Guerra Mundial. Fue el encargado de dirigir las operaciones aéreas en Guadalcanal. Más tarde se le encargó la misión de destruir los B-29. Es coautor de la obra *An Historical View of the Pearl Harbor Attack (Perspectiva histórica del ataque de Pearl Harbor)*, y ha escrito numerosos artículos sobre diferentes episodios de la guerra, sobre los aviones modernos y la seguridad nacional.

Abril 1945

TRUMAN ENTRA EN ESCENA

Don Yoder



Washington, abril de 1945: el féretro del presidente Roosevelt, colocado sobre un armón de artillería, desfila por las calles de la ciudad en dirección a la Casa Blanca. Roosevelt, que durante cuatro períodos legislativos había regido los destinos de Norteamérica, murió en Warm Springs, Georgia, el día 12 de abril de 1945, poco después de su regreso de la conferencia de Yalta. (US Army)

La tarde del día 12 de abril de 1945, el presidente Franklin Delano Roosevelt se quejó de un «terrible dolor de cabeza». En realidad se trataba de una hemorragia cerebral y, en consecuencia, a las pocas horas moría el más extraordinario presidente de la historia americana, un hombre que durante doce años consecutivos –acontecimiento sin precedentes– había estado a la cabeza de la nación más compleja del mundo.

La salud del presidente Roosevelt nunca había sido muy buena. Ya en 1921 sufrió un grave ataque de poliomielitis, y, desde entonces, para moverse siempre tuvo necesidad de usar muletas. Luego, la comprometida tarea de gobernar una nación en guerra había quebrantado notablemente sus ya muy limitados recursos físicos, hasta que al fin la durísima prueba de la conferencia de Yalta lo dejó agotado y exhausto, si bien no hay ninguna prueba de que su capacidad intelectual se viera mermada en ningún aspecto, como afirman sus detractores más obstinados.

El hombre que regresó a los Estados Unidos después de la conferencia de Yalta, fue, por consiguiente, un hombre deshecho y acabado, tanto que el vicepresidente Truman, alarmado ante el aspecto que ofrecía, le convenció para que prescindiera del protocolo y permaneciera sentado mientras exponía al Congreso los resultados de la citada conferencia. Roosevelt empezó su discurso con esta explicación: «Es mucho más fácil para mí no tener que soportar cerca de 5 kg de acero ajustados en torno a las piernas, aparte de que acabo de llegar de un viaje de casi 22.000 km». Un mes después de pronunciar el discurso respecto a Yalta, Roosevelt se retiró a Warm Springs, en Georgia, para reponerse. Y allí murió a los 63 años de edad.

La reacción de Hitler al recibir la noticia de la muerte de Roosevelt ofrece un interés particular, ya que refleja bastante bien la atmósfera de locura que reinaba en el ambiente del Mando Supremo del *Führer* en los últimos momentos del Tercer Reich.

Pocos días antes del 12 de abril, Goebbels, en un intento de aplacarlo, había leído al *Führer* un pasaje de la *Historia de Federico el Grande*, de Carlyle, en el que se cuenta cómo durante la Guerra de los Siete Años Prusia se había salvado de la derrota, en el último momento, por la muerte repentina de la zarina de Rusia. Se trataba de un verdadero «milagro militar», y Hitler –cuenta Goebbels– al escucharlo, tenía lágrimas en los ojos.

Para los jerarcas nazis el paralelismo era evidente; además, el horóscopo de Hitler afirmaba que Alemania conseguiría un gran éxito a fines de abril, y que la paz, siempre según el horóscopo, se firmaría en agosto.

Cuando conoció la noticia de la muerte de Roosevelt, Goebbels se alegró. Inmediatamente telefoneó a uno de los generales y le comunicó: «La zarina ha muerto». Luego llamó a Hitler: «Mi *Führer* –le dijo– felicidades. Roosevelt ha muerto. Está escrito en los astros que la segunda mitad de abril significará nuestro definitivo desquite». También Hitler se alegró; no obstante, los acontecimientos militares que siguieron contribuyeron muy poco a alimentar su confianza en un cambio de la suerte.

En Norteamérica, el nuevo presidente, Harry S. Truman, ignoraba muchísimos aspectos de casi todos los problemas. Como suele suceder a la mayoría de los vicepresidentes, Truman había soportado una parte bastante exigua del «peso de la nación»: pocos presidentes han delegado muchas responsabilidades en sus sustitutos, y Roosevelt, en particular, había sido un presidente más bien centralizador, hasta el extremo de que durante el breve período de su vicepresidencia (82 días) Truman no habló con él, personalmente, más que dos veces. Y Truman, aunque había prometido con la mayor confianza continuar la política iniciada por Roosevelt, dijo a algunos periodistas: «Muchachos, ahora rezad por mí».

Los nuevos problemas que Truman debía afrontar en seguida eran, sobre todo, dos: acabar la guerra y hacer la paz.

En el teatro de operaciones europeo las fuerzas de los Estados Unidos acababan de llegar al Elba y, en el Pacífico, todavía estaban limpiando Okinawa. Evidentemente, la guerra en Europa se acercaba a su fin; pero aún faltaba asestar el terrible golpe de gracia de Hiroshima, en el océano Pacífico.

Cuando asumió su mandato presidencial, Truman no sabía nada del proyecto *Manhattan*, la colosal y secretísima operación iniciada por Roosevelt para poner a punto la bomba atómica. Sin embargo, no transcurriría mucho tiempo antes de que fuera informado de la terrorífica empresa nuclear (Truman fue informado del asunto en presencia del almirante Leahy, quien comentó: «Es lo más pacífico que hayamos hecho nunca. Esa bomba no explotará jamás...»), aunque sí transcurrió bastante antes de que el nuevo presidente decidiera si convenía o no utilizar la citada bomba, una de las decisiones de mayores consecuencias que haya tenido que tomar jamás un presidente americano.

Una de las primeras y menos conocidas disposiciones de Truman fue la de anular un plan que preveía el lanzamiento de aviones teledirigidos, cargados de explosivos, contra los grandes objetivos industriales en Alemania. Estos bombarderos, que serían dirigidos y se harían estallar a distancia, deberían destruir las industrias alemanas que hasta aquel momento habían logrado escapar a la acción de la aviación; pero Churchill, temiendo posibles represalias contra Londres, convenció al presidente Truman para que olvidase por completo el proyecto.

Por lo que se refiere a los problemas referentes a la paz, otra de las primeras decisiones de Truman fue asegurar a todo el mundo que la Conferencia de la Paz de San Francisco –que hubiera debido celebrarse dos semanas después de su ascensión al sillón presidencial se desarrollaría regularmente según lo establecido. Pero la cuestión del futuro de Polonia –el primer síntoma del inminente comienzo de la guerra fría– atormentaba ya a los Aliados y, tres meses después, en Potsdam, Truman aprendería que, a veces, elaborar una paz destinada a «funcionar» de manera satisfactoria puede llegar a ser no menos difícil que hacer una guerra.

A la izquierda: Washington, 12 de abril de 1945: en la sala del Gabinete de la Casa Blanca, Harry S. Truman (en el centro, de perfil) presta juramento en el acto de tomar posesión de su cargo como 33.º presidente de Estados Unidos. A la derecha: Truman habla por radio a la nación americana. Habiendo permanecido, en su calidad de vicepresidente, un tanto apartado de los problemas internacionales, Truman se halló en dificultades cuando tuvo que afrontar las cuestiones que se referían al final de la guerra y a las condiciones de paz. *(History of the Second World War)*





PLANES PARA LA ULTIMA INVASION

Tras la derrota sufrida por la Flota japonesa en aguas de Leyte, a fines de 1944, ya era evidente que los americanos conseguirían conquistar Filipinas en enero de 1945. La Sección operativa de Washington empezó a ampliar los planes para aquellas operaciones, que cerrarían el cerco en torno a las islas interiores del imperio nipón, y a fijar, de manera provisional, las fechas para la invasión del Japón.

Robert Coakley

Entre octubre de 1944 y enero de 1945, la guerra en el Pacífico llegó a su punto álgido, especialmente en Filipinas. En el curso de la conferencia *Sextant*, celebrada a fines de 1943, los Aliados habían establecido sus objetivos en la guerra: se trataba de conquistar, en el sector Formosa-Luzón-China, posiciones desde las cuales fuera posible «realizar un intensísimo bombardeo estratégico e imponer el bloqueo marítimo y aéreo al Japón, y luego invadirlo en cualquier momento que se considerase necesario». Luzón y Okinawa podían constituir bases muy adecuadas para estos fines, aunque quizá no tanto como las que hubieran podido proporcionar Formosa o la costa de China. Para decidir la estrategia a adoptar en la fase final de la guerra había que decidir si la invasión sería indispensable o si, por el contrario, sería suficiente el bloqueo y los bombardeos.

La Sección operativa americana respondió a estas preguntas en junio de 1944, cuando propuso que se sustituyera la vaga definición del objetivo general formulada en la conferencia *Sextant* por la siguiente y nueva definición: obligar a Japón a rendirse sin condiciones:

- reduciendo primero su resistencia mediante la imposición del bloqueo aéreo y naval, la realización de bombardeos aéreos intensos y la destrucción de sus fuerzas aéreas y navales;
- invadiendo y ocupando el corazón industrial del Japón.

Como en aquella época se suponía que el principal esfuerzo americano se dirigiría contra Formosa, los estrategas de Washington habían recomendado que las fuerzas americanas se apoderasen también de algunas islas de los archipiélagos de las Bonin y de las Ryukyu, así como de una zona en la costa de China. Después, proponían la invasión de Kyushu, la más meridional de las islas del archipiélago nipón propiamente dicho: a la conquista de Kyushu seguiría, finalmente, un ataque contra Honshu, el «corazón industrial del Japón». Con un cierto optimismo, se fijó el 1 de octubre de 1945 como fecha de la invasión de Kyushu (operación que se designaría con el nombre convencional de «Olympic») y el 31 de diciembre para el golpe decisivo (que se llamaría convencionalmente Operación «Coronet»).

Los jefes del Estado Mayor conjunto aprobaron estas líneas generales a mediados de julio, aunque no las operaciones específicas y sus fechas; a su vez, los jefes de Estado Mayor británico declararon que las aceptaban en el curso de la segunda conferencia de Quebec (septiembre de 1944). Durante dicha conferencia, convencido por sus propios colaboradores de que el previsto avance británico desde Malasia hasta la costa china se desarrollaría con mucho retraso respecto al avance americano a través del Pacífico para poder contribuir de un modo eficaz a acelerar el fin de la guerra, Churchill comunicó a Roosevelt que Gran Bretaña aceptaba poner a disposición de Estados Unidos, para la campaña final, sus unidades aéreas y navales presentes en el Pacífico.

Sin embargo, pronto se vio que todos estos planes y preparativos sólo eran el comienzo y no el final de la polémica a propósito de la invasión del Japón. En octubre, como se sabe, los americanos decidieron conquistar Luzón en lugar de Formosa, y esta decisión impuso un nuevo examen del concepto operativo expresado en junio. Por otra parte, en Quebec, los Aliados aún confiaban en que Alemania sería derrotada antes de fin de año, lo que hubiera permitido utilizar todos los recursos disponibles contra Japón; pero tales esperanzas pronto se desvanecieron. Los Ejércitos americanos e ingleses se vieron obligados a detenerse ante la Línea Sigfrido y la campaña se prolongó luego durante un largo y difícil invierno. Y esta prolongación de la guerra contra Alemania repercutió decisivamente en las posibilidades del Ejército de contribuir a la guerra del Pacífico con nuevos recursos.

En el invierno de 1944-1945 comenzaron a dejarse sentir en el Pacífico los efectos de la estrategia del «primero Alemania», en forma de penuria de tropas —en especial de tropas auxiliares— y de buques mercantes, aspecto este último agravado por las dificultades que presentaba el hecho de tener que efectuar las operaciones de descarga en bases improvisadas.

Iwo Jima, Okinawa... ¿y después?

Teniendo en cuenta estas dificultades, el calendario establecido por los planes a fines de noviembre de 1944 se hizo un tanto comprometido. En efecto, mientras la Sección operativa estaba ocupada en elaborar un plan que, contando con la transferencia de fuerzas desde Europa, permitiera respetar aquellas fechas, el calendario empezó a «tambalearse». La obstinada resistencia que los japoneses opusieron en Leyte, las adversas condiciones atmosféricas y la desfavorable naturaleza del terreno fueron otros tantos factores que contribuyeron a retrasar la puesta a punto de los aeródromos necesarios para apoyar las operaciones contra Luzón e Iwo Jima. Y aunque MacArthur consiguió desembarcar en Mindoro el 15 de diciembre, el ataque principal contra Luzón no pudo iniciarse hasta el 9 de enero de 1945, con un retraso de casi tres semanas; finalmente, para la conquista del indispensable puerto de Manila y para los trabajos de reparación se necesitó más tiempo del previsto. Así, pues, el ataque contra Iwo Jima se aplazó desde el 20 de enero hasta el 19 de febrero, y la ofensiva principal contra Okinawa no comenzó hasta el 1 de abril.

Entre tanto, MacArthur se hallaba muy atrasado en la preparación de bases para el ataque final contra el Japón. A fines de enero de 1945, cuando se celebraron las conferencias de Malta y de Yalta, la Sección operativa ya había cancelado cualquier fecha relativa a las Operaciones «Olympic» y «Coronet» y no se mostraba demasiado dispuesta a dar a los rusos seguridad alguna respecto a la posibilidad de organizar una operación en las Kuriles.

Mas, por grandes que puedan parecer estos retrasos, ya no era posible dudar acerca del hecho de que el poderío japonés estaba sometido a un inexorable proceso de destrucción. En el otoño de 1944, los *B-29* empezaron a bombardear las ciudades japonesas; la Marina nipona sufrió un descalabro decisivo, y asimismo sus fuerzas aéreas se hallaban en una situación tan precaria que tuvieron que recurrir, a partir de la primavera de 1945, al desesperado expediente de los ataques *Kamikaze*. Pero Japón aún disponía de un poderoso Ejército con el que defender su territorio nacional y los demás territorios todavía bajo su control.

El Estado Mayor del Ejército sostenía que el medio más rápido y quizás menos costoso de poner fin a la guerra, y por supuesto el único para obligar al Japón a una «rendición sin condiciones», era una invasión masiva. La Sección operativa del Ejército opinaba que, una vez finalizadas las operaciones de Luzón y de Formosa, se deberían concentrar todos los recursos disponibles para destinarlos a la invasión. Se oponía, por lo tanto, a toda operación colateral que pudiera interferir de alguna manera con la principal. En cambio, los altos mandos de la Marina estaban convencidos de que era muy posible llegar a una conclusión del conflicto mediante el bloqueo aéreo y naval con los bombardeos, y que para el golpe final sería necesario disponer de bases en la costa china. Temían que los ulteriores preparativos hicieran inevitable un aplazamiento de la Operación «Olympic» a finales de 1945 y de la Operación «Coronet» para tres meses después. Y, en consecuencia, si se preocupaban exclusivamente de

los planes y preparativos para estos ataques finales, se acabaría por perder el impulso necesario.

Aun sin llegar a sostener nunca que los preparativos para la invasión debían ser suspendidos, el almirante King insistía en la oportunidad de conservar una actitud flexible y de no «fiarlo todo en las Operaciones "Olympic" y "Coronet"». Además, había que tener presente el problema del alto coste en vidas humanas que supondría una invasión masiva. Por otra parte, por lo menos en los primeros meses de 1945, ni los altos oficiales responsables del Ejército ni los de la Marina ponían en duda que fuera de una «importancia esencial» la entrada de la Unión Soviética en la guerra con el fin de tener empeñado al Ejército japonés en el Manchukuo y para proporcionar un ulterior complejo de bases desde las cuales bombardear el país.

Ejército contra Marina

Las divergencias existentes entre el Ejército y la Marina se pusieron de manifiesto de una manera especial en la distinta actitud con que ambos afrontaban el espinoso problema del mando en lo que afectaba a la invasión. Los mandos de sector unificados, instituidos en 1942, habían funcionado perfectamente; pero lo cierto era que en la invasión del Japón habrían de convergir las fuerzas de ambos sectores. Por lo tanto, aunque se deseara, resultaba imposible la existencia de un verdadero mando unificado para todo el Pacífico, y por ello, el 25 de febrero, el general Marshall propuso al almirante King que la estructura fuese modificada en el sentido de poner todas las fuerzas del Ejército en el Pacífico a las órdenes de MacArthur y todas las fuerzas navales a las órdenes de Nimitz. Aun ignorando, en apariencia, los beneficios que hasta aquel momento había supuesto el mando unificado Ejército-Marina, esta proposición subrayaba las ventajas que comportaría un control único de los recursos del Ejército, cosa que tanto Marshall como MacArthur consideraban necesaria.

Mas este plan –así como otro elaborado en aquella misma época, que preveía el traslado de fuerzas desde Europa –se basaba evidentemente en la premisa de que, después de Luzón y de Okinawa, el paso siguiente habría de ser la invasión. Pero King no estaba dispuesto a aceptar esta premisa y opuso al de Marshall un plan propio que se basaba en el supuesto de que la invasión no sería necesaria. Proponía mantener los mandos de sector tal como existían, de manera que se pudieran llevar a término las operaciones ya establecidas, realizar cualquier otra operación que pudiera ordenarse en el ámbito de tales sectores y, finalmente, proporcionar un apoyo logístico para la invasión en el caso de que, en un momento dado, ésta fuera necesaria. Para proveer a los particulares problemas que comportaba la invasión del Japón, proponía la creación de un tercer sector en torno al archipiélago japonés y el nombramiento de un «comandante en jefe para el Japón» que elaborase el plan de invasión y ejerciera un mando unificado sobre las fuerzas del Ejército y de la Marina destinadas a tomar parte en la operación.

La Sección operativa del Ejército y la de la Marina discutieron durante seis semanas los aspectos positivos y negativos de estos dos planes, y hasta el día 3 de abril de 1945 los jefes del Estado Mayor conjunto no llegaron a un acuerdo sobre la redacción de una directiva a seguir. Esta directiva se inspiraba sustancialmente en las ideas adelantadas por el Ejército, designando a MacArthur comandante en jefe de todas las fuerzas del Ejército en el Pacífico, a Nimitz comandante en jefe de las de la Marina y los mismos jefes del Estado Mayor conjunto responsables del mando unificado para el Pacífico, tarea que les permitía fijar la estrategia, asignar misiones a ambos comandantes y «fijar responsabilidades para las operaciones de mayor entidad».

Como demostración ulterior de la tendencia a constituir mandos distintos de Ejércitos, la directiva confirmaba las disposiciones que se tomaron cuando los *B-29* fueron trasladados a las Marianas. Según esta directiva, las fuerzas aéreas estratégicas operarían bajo la dependencia de otro mando, la 20.ª Fuerza Aérea, que no debía responder de su acción ni ante MacArthur ni ante Nimitz, sino que dependería del general H. H. Arnold, comandante general de las fuerzas aéreas del Ejército, con sede en Washington.

La directiva constituía también un compromiso, por cuanto preveía que los mandos de sector continuasen operando de forma autónoma en el inmediato futuro, para ser luego gradualmente superados mediante «acuerdos mutuos» entre los dos comandantes. Esto representaba asimismo una solución de compromiso por lo que respecta al aspecto estratégico, puesto que daba prácticamente vía libre a los mandos de sector para realizar operaciones colaterales. Nimitz debía terminar la campaña en las Ryukyu y elaborar planes para la operación Chou Shan-Ning-po, mientras MacArthur debía llevar a cabo la ocupación de las Filipinas y poner a punto los datos para la invasión de Borneo septentrional. Además, ambos debían estudiar los planes para la invasión del Japón.

La directiva no tuvo, en la práctica, efecto inmediato alguno, ya que Nimitz se abstuvo de transmitir a MacArthur el control operativo de las fuerzas del Ejército en los sectores del océano Pacífico, explicando que no podría hacerlo hasta que no finalizasen las operaciones en las Ryukyu y en la costa china. Entre tanto, en abril, y puesto que en Europa la guerra se acercaba a su final, los jefes del Estado Mayor conjunto emprendieron un completo examen de la estrategia a adoptar para la guerra contra Japón. En el curso de este examen solicitaron el parecer de los dos comandantes del Pacífico. En un mensaje del 20 de abril, MacArthur decía que en su opinión existían tres alternativas: *a)* continuar la ofensiva hacia el Oeste, hasta la costa de China, y desde allí lanzar una campaña de bombardeos aéreos masivos como acción preliminar a la invasión; *b)* adoptar la misma línea de conducta, pero con vistas simplemente a aislar al Japón y a obligarlo a la rendición tan sólo mediante los bombardeos; *c)* dirigirse directamente sobre Kyushu y allí instalar las fuerzas aéreas necesarias para apoyar una invasión de la llanura de Tokio.

La primera de estas alternativas, según MacArthur, sería la hipótesis más costosa en tiempo y en energías; la segunda, con ser la menos costosa indudablemente, era la que más tiempo requeriría y con muy pocas garantías de éxito; con la tercera sería posible conseguir la victoria más rápidamente y a un precio «aceptable». Nimitz estaba de acuerdo en que la invasión de Kyushu constituiría el camino más corto para llegar a la victoria, pero hacía hincapié en los problemas que sería preciso resolver para lanzar a tiempo la operación. Se trataba, en sustancia, de asegurarse el control del mar y del cielo en torno al Japón y de disponer de una cantidad suficiente de tropas y de buques mercantes. En el caso de que no fuera posible resolver estos problemas antes de la fecha fijada, Nimitz recomendaba «la ocupación del archipiélago de Chou Shan, seguida de las operaciones necesarias para arrebatar a los japoneses el control del estrecho de Corea».

No es necesaria la ayuda soviética

La eliminación del nuevo plan de avance a través de las Kuriles coincidió con un cambio de actitud de los propios jefes del Estado Mayor conjunto respecto a la necesidad de una participación soviética. Tras haber solicitado durante mucho tiempo, y en vano, la cooperación de los rusos, los citados jefes del Estado Mayor acabaron por aceptar las conclusiones del general Deane, jefe de la misión militar americana en Moscú, según las cuales las bases de bombardeo siberianas no valían ni el tiempo ni el precio que su conquista supondría, ni la apertura de una línea de abastecimiento a través de las Kuriles era vital para las operaciones soviéticas en el Manchukuo.

A partir de abril, la Sección operativa americana estableció que la participación soviética no era indispensable para llevar a cabo la invasión del Japón, aunque hubiera sido deseable, ya que permitiría reducir el precio que los americanos deberían pagar en vidas humanas.

En cualquier caso, puesto que tanto Nimitz como MacArthur solicitaban que, como siguiente movimiento, se realizara la Operación «Olympic», el propio almirante King recomendó que los jefes del Estado Mayor conjunto emanasen una directiva para la invasión de Kyushu, fijándose la fecha del 1 de noviembre de 1945, y advirtiendo que, en caso de cambiar de idea al respecto, habría tiempo hasta agosto o septiembre para anular la operación. El final de la guerra en Europa (el 8 de mayo) permitió poner en marcha la transferencia de hombres y de medios, con el tiempo necesario para fijar como plazo el mes de noviembre mejor que el de diciembre.

Sólo las largas y difíciles negociaciones a propósito de las relaciones jerárquicas entre MacArthur y Nimitz impidieron que la directiva «Olympic» se difundiera antes del 25 de mayo. Finalmente, de acuerdo con el compromiso al que se llegó, MacArthur sería responsable de los planes y preparativos para la operación y dirección de la campaña en Kyushu y Nimitz se ocuparía de las operaciones navales y anfibias, colaborando con MacArthur en la puesta a punto de los planes y preparativos. El toque final al problema del mando se dio el día 18 de julio, cuando a las órdenes del general Carl Spaatz se constituyó un tercer mando, la fuerza aérea estratégica del Ejército para el Pacífico, destinado a dirigir la campaña de bombardeos estratégicos.

La directiva para la Operación «Olympic» del 25 de mayo aclaró la situación al anular todas las operaciones colaterales, a excepción de pequeños desembarcos por parte de tropas australianas en Borneo septentrional. También se canceló la tercera fase de la Operación «Iceberg». Lentamente empezó a tomar forma la estructura de los mandos separados del Ejército y de la Marina.

James Forrestal, secretario del departamento de Marina, resumió los factores a favor de la Operación «Olympic» diciendo: «Aunque quisiéramos asediar al Japón durante un año y medio, la conquista de Kyushu seguiría siendo indispensable. La decisión más sensata es, pues, la de lanzar la operación contra Kyushu. Luego, aún se estará a tiempo para tomar una resolución decisiva a la luz de los acontecimientos sucesivos».

Entonces el presidente dio su aprobación. El plan militar presentado a los ingleses y a los soviéticos en el curso de la conferencia de Potsdam, en julio de 1945, repetía sustancialmente las ideas aprobadas por primera vez un año antes: intensificación del bloqueo y de la campaña de bombardeos, seguida inmediatamente por las Operaciones «Olympic» y «Coronet». Sin embargo, nunca se llegó a un acuerdo definitivo a propósito de la «Coronet», ni nunca se impartió directiva alguna para la operación, aunque los preparativos no se interrumpieron. El sentido de la decisión tomada por el presidente el 18 de julio era mantener la puerta abierta a una posible continuación del bloqueo y de los bombardeos, incluso después de la invasión de Kyushu.

Aparentemente, los acontecimientos dieron la razón a cuantos, como el almirante Leahy, consideraron que no sería necesaria una invasión masiva. Pero, de cualquier modo, y aun sin tener en cuenta el hecho de que muy pocos altos mandos militares conocían el proyecto «Manhattan» (la bomba atómica), es legítimo preguntarse si Japón se hubiera rendido tan pronto de no haber sabido con seguridad que los Estados Unidos tenían los medios, los planes y la intención de invadirlo.



Columna motorizada de abastecimiento de las fuerzas americanas se dirige hacia Manila, en la isla de Luzón, en febrero de 1945. La decisión de conquistar la isla de Luzón, en lugar de la de Formosa, fue adoptada por los jefes de Estado Mayor americanos en octubre de 1944.
(US Army)

LOS ALMIRANTES DEL PACIFICO

Donald MacIntyre,
capitán de navío

La guerra naval entre Japón y Estados Unidos por la supremacía en el Pacífico fue, en términos de hombres y de medios, el mayor conflicto marítimo de la historia. En el transcurso del mismo aparecieron y se perfeccionaron las técnicas relativas al empleo de formaciones mixtas de portaaviones, así como el uso de fuerzas de asalto anfibias en una escala sin precedentes. Aquí, Donald Macintyre presenta a cinco hombres clave de cada bando adversario.

Almirante CHESTER WILLIAM NIMITZ

Con una amplia y rica experiencia (había sido submarinista, ejerció misiones de gran responsabilidad a bordo de un acorazado, fue comandante de un crucero, estudió en la Escuela de Guerra y luego fue comandante de una Sección naval formada por un crucero y un acorazado) Nimitz tenía todas las cualidades para asumir el cargo de comandante en jefe del Pacífico, cargo que conservó durante toda la guerra. Reclamado para ocupar el puesto del almirante Kimmel, tras el desastre de Pearl Harbor, Nimitz logró que sus hombres recuperaran la moral perdida y consiguió restablecer una atmósfera de confianza, gracias a la calma, a la paciencia y a la habilidad organizativa con la que afrontó una situación en apariencia desastrosa y, sobre todo, gracias al magnánimo gesto de conservar en sus puestos a todos los hombres del Estado Mayor de Kimmel. Aprovechando con audacia e inteligencia el conocimiento de los planes japoneses, decifrados por los Servicios de Información, dispuso sus fuerzas –al principio muy inferiores a las del enemigo– de tal manera que compensó la desfavorable proporción existente y consiguió defender las larguísimas líneas de comunicación con Australia y con el Pacífico meridional, deteniendo al propio tiempo la expansión japonesa. Gracias a sus decisiones, firmes y acertadas, supo una y otra vez utilizar sus unidades de la manera ideal, permitiendo así a sus comandantes enfrentarse con el enemigo en condiciones ventajosas. Afabilidad, actitud comprensiva hacia sus subordinados, calma, fuerza de carácter: estas eran las dotes principales de un hombre que supo despertar afecto y estima.



Almirante
Chester William Nimitz



Almirante
Raymond Ames Spruance



Almirante
William Frederick Halsey jr.



Almirante
Marc A. Mitscher

Almirante RAYMOND AMES SPRUANCE

Fue el vencedor en las más decisivas batallas de portaaviones de toda la contienda, como las batallas de Midway y del mar de Filipinas. Al estallar la guerra, Spruance se hallaba al mando de la sección de cruceros de la fuerza de ataque de portaaviones de Halsey y ocupaba probablemente uno de los últimos puestos en el escalafón de los almirantes americanos indicados para ocupar un cargo de aquella categoría. Con una experiencia casi exclusivamente limitada al campo técnico y de construcción naval, sin ninguna especialización ni experiencia en el campo de la aviación, el hecho de que este hombre, reservado y dotado de inteligencia más que de energía y de audacia, tomase temporalmente el mando de la fuerza de ataque cuando Halsey cayó enfermo en vísperas de la batalla de Midway, fue, no cabe duda, el resultado de una decisión sorprendente: pero, como los acontecimientos se encargarían de demostrar en el futuro, también fue una decisión muy inteligente. La táctica de cautela y de prudencia adoptada por él –a pesar de la opinión contraria de su almirante, el comandante de portaaviones Marc Mitscher– durante la batalla de las Filipinas, fue entonces objeto de numerosas y duras críticas, pues el grueso de la Escuadra japonesa había conseguido escapar. No obstante, el holocausto de las fuerzas aéreas de la Marina nipona, provocado por su táctica defensiva, sirvió para eliminar el poderío japonés en el mar de manera no menos eficaz de lo que hubiera podido significar el hundimiento de las grandes unidades de guerra japonesas. Durante toda la campaña, Spruance fue, quizás, el mejor ejemplo de este tipo de oficial que, para hacerse acreedor al éxito como gran comandante, no necesita recurrir a la ostentación.

Almirante WILLIAM FREDERICK HALSEY JR

Halsey fue, sin duda, el almirante más famoso entre el gran público: su pintoresca personalidad, sus comentarios agudos y las expresiones mordaces que se le atribuían constituían un material ideal para los corresponsales de guerra. Su carrera militar era dilatada: fue comandante de un destructor durante la primera Guerra Mundial, luego agregado naval en Berlín, y, por fin, piloto, en 1934, después de haber asistido a las Escuelas de Guerra del Ejército y de la Marina; por todo ello, al estallar la guerra tenía una experiencia completa para asumir el mando de la formación de portaaviones del *Enterprise*. Su carácter impetuoso y agresivo –tan opuesto a la manera más fría y racional con que su colega Spruance afrontaba los problemas estratégicos– fue el elemento que, en los días adversos de 1942, supo inculcar a la *Pacific Fleet* aquel estímulo moral de que tan necesitada estaba. Por otra parte, también fue su temperamento el que, por lo menos en dos ocasiones, le llevó al borde del desastre, cuando, en su calidad de comandante del sector del Pacífico meridional, ordenó a su grupo de portaaviones que atacara a una fuerza enemiga netamente superior (batalla de las islas de Santa Cruz), y asimismo en Leyte, cuando, dejándose atraer por los portaaviones vacíos de Ozawa, se alejó del que debía ser el escenario principal de la batalla. En esta ocasión, todo lo que la poderosa formación de sus buques de guerra pudo conseguir como resultado del ataque fue hundir un solo destructor japonés. De todos modos, demostró tener el don que Napoleón exigía a sus generales: suerte.

Almirante MARC A. MITSCHER

Mitscher fue el primero de los pioneros de la Aviación naval que obtuvo el mando de una Escuadra de portaaviones en batalla. Empezó a pilotar aviones en 1915, en un aparato embarcado, cuando prestaba servicio en el acorazado *North Carolina*; luego dedicó toda su carrera a la Aviación, tanto de la Marina, como con base en tierra o bien con base en portaaviones. Tras haber seguido paso a paso todas las fases de su construcción, en 1941 ostentó el mando del *Hornet* en la batalla de Midway. A consecuencia de un ascenso tuvo que volver a tierra, donde permaneció duante los dos años siguientes, primero como comandante de las fuerzas aéreas de reconocimiento en el Pacífico meridional, y luego como comandante de Escuadra aérea en la costa oriental de los Estados Unidos. Una carrera naval tan unilateral, de la cual hubiera sido lógico esperar que diera como resultado una mentalidad estratégica un tanto restringida, contrastaba con la del comandante de Escuadra cuando, en 1944, asumió el mando de la imponente formación de portaaviones que constituía la 58.ª *Task Force* de la V Flota de Spruance. Mitscher, efectivamente, no podía menos que desaprobar la táctica contemporizadora que Spruance adoptó en la batalla del mar de Filipinas, táctica basada en una más amplia visión estratégica de la situación. Pronto se generalizó la discusión en el ámbito de toda la Escuadra americana sobre quién había tenido razón. Los oficiales de Aviación tendían a atribuir la fuga de una parte de la Flota japonesa al hecho de que el mando táctico estuviera en manos de un hombre que era esencialmente poco práctico en los recursos potenciales de las fuerzas aéreas.

Almirante
THOMAS CASSIN KINKAID

Una rápida carrera limitada casi exclusivamente a los acorazados, a la que siguió la especialización de técnico en armamento (en calidad de tal participó Kinkaid en la conferencia de Ginebra para el desarme con la delegación americana), hizo de Kinkaid el clásico comandante de grandes unidades. Participó en las batallas del mar del Coral y en la de Midway como comandante de una división de cruceros. Nombrado comandante de la formación de cruceros que operaba en el sector de Guadalcanal, Kinkaid aplicó procedimientos tácticos que quizá hubieran podido compensar la mayor experiencia y habilidad de los japoneses en las batallas nocturnas si hubiera tenido el mando y, con él, la posibilidad de aplicarlos. De cualquier modo, quizás fue una suerte para él haber sido transferido al mando de las fuerzas de portaaviones que combatieron en la batalla de las islas de Santa Cruz, puesto que su sustituto, que no quiso tener en cuenta sus teorías, sufrió una humillante derrota en la batalla de Tassafaronga. Pasado al mando de la VII Flota americana que operaba en el Pacífico sudoccidental, bajo el mando supremo de MacArthur, Kinkaid estuvo a punto de sufrir a su vez una aplastante derrota en la batalla del golfo de Leyte a causa de un malentendido con Halsey (III Flota). Si en el último momento cambió la situación fue únicamente porque los nervios del almirante japonés Kurita acabaron por ceder a la tensión a la que estaba sometido

Almirante
ISOROKU YAMAMOTO

Hombre de gran categoría intelectual, estaba animado por los mismos sentimientos patrióticos de todos los comandantes en jefe japoneses, de los que desaprobaba, no obstante, su actitud belicista. Incluso dándose cuenta perfectamente de lo absurdo que era lanzarse a una guerra contra Estados Unidos, realizó todos los esfuerzos posibles para potenciar la Marina de Guerra nipona con el fin de que pudiera sostener una lucha que él no podía impedir. Bajo este aspecto, sus mayores méritos como organizador los cosechó en el apoyo dado a la Aviación naval como fuerza ofensiva de primera importancia y en su insistencia en la ejecución del programa para la construcción de portaaviones. No obstante, Yamamoto no consiguió liberarse por completo de la mentalidad propia de la época de los acorazados, y en sus planes estratégicos continuó considerando a estos grandes navíos como los factores clave de la potencia marítima y a buscar el encuentro decisivo con las formaciones de batalla del enemigo, según los dictámenes de la escuela de estrategia naval de Mahan. Uno de los resultados de este planteamiento estratégico fue el desastre de Midway. La convicción de que la derrota definitiva era inminente y que por ello el fin más adecuado era una muerte en el campo de batalla, debió estar sin duda presente en su mente cuando, el 18 de abril de 1943 dirigiéndose a Bougainville, su avión fue atacado por sorpresa y destruido.

Vicealmirante
TAKEO KURITA

Destinado al mando de grandes unidades en el curso de toda su carrera y dotado de una mentalidad conservadora en cuanto a tácticas navales, en los primeros dos años de la contienda Kurita se limitó a desempeñar una función de apoyo a los portaaviones. En Midway, su división de cruceros, inmovilizada a causa de una colisión, perdió la mitad de sus unidades, por la acción de los aviones embarcados americanos. A pesar de ello, Kurita fue ascendido y tras la casi total desaparición de las fuerzas aéreas de la Marina japonesa, su formidable 2.ª Escuadra de acorazados –que comprendía los gigantescos *Yamato* y *Musashi*– se convirtió en la única fuerza de choque de que entonces disponía el Japón. A esta fuerza le fue confiada la misión principal en las complicadas operaciones de la batalla del golfo de Leyte. Tras dos días de ataques aéreos casi ininterrumpidos (durante el primero de los cuales había sido destruido el *Musashi*) al parecer los nervios de Kurita cedieron precisamente en el momento en que se le ofrecía la oportunidad de infligir al enemigo gravísimas pérdidas. Quizás su decisión estuvo determinada por el temor de que su escuadra fuera destruida, aunque una hipótesis de este género contrasta con la actitud que, por regla general, adoptaban los japoneses en circunstancias parecidas. El obstinado silencio en que el vicealmirante Kurita se mantuvo durante los interrogatorios a que fue sometido después de la guerra no contribuyó ciertamente a proporcionar una explicación de su comportamiento en aquella ocasión.


(National Archives)

Almirante
Thomas Cassin Kinkaid


(Associated Press)

Almirante
Isoroku Yamamoto


(National Archives)

Vicealmirante
Takeo Kurita


(National Archives)

Vicealmirante
Jisaburo Ozawa


(National Archives)

Vicealmirante
Chuichi Nagumo


(History of the Second World War)

Contraalmirante
Raizo Tanaka

Vicealmirante
JISABURO OZAWA

Ozawa puede ser considerado, naturalmente después de Yamamoto, como el más hábil estratega entre todos los almirantes japoneses, cualidad que sin duda influyó en su nombramiento de profesor en la Academia Naval en 1935 y (tras un breve período al mando de un crucero y un acorazado), sin duda también, en su nombramiento como jefe de Estado Mayor de la Flota combinada, cargo que ostentó de 1937 a 1938. Aunque no era un experto en Aviación, fue uno de los primeros en darse cuenta de las consecuencias que se desprendían de la aparición del portaaviones, y a él hay que atribuir la política de utilizar en masa estas nuevas unidades de guerra como fuerza ofensiva. Desgraciadamente, Ozawa tuvo que esperar hasta noviembre de 1942 para sustituir a Nagumo en el mando de la 3.ª Flota; y, entre tanto, la relación de las fuerzas en términos de portaaviones empezó a inclinarse de una manera definitiva a favor de Estados Unidos. Comandante en jefe en la batalla del mar de Filipinas, y obligado por las circunstancias a actuar ofensivamente, su táctica impecable se reveló inútil frente a la superioridad de que ya gozaban los americanos en cuanto a cantidad y calidad de los aviones de combate, y también ante el progresivo declive de la habilidad de los aviadores japoneses tras las graves pérdidas sufridas en las batallas anteriores. En Leyte, con su portaaviones vacío, representó el papel de cebo con una inteligencia y un valor fatalistas.

Vicealmirante
CHUICHI NAGUMO

Durante los primeros once meses de la guerra fue el comandante de los *corps d'élite* (la flor y nata) de la Marina de Guerra nipona, o sea la fuerza de ataque de los portaaviones ligeros. Con una sólida fama y experiencia como especialista en torpedos y comandante de cruceros, en ningún momento se encontró a sus anchas en el papel de almirante de una formación de portaaviones, ni nunca llegó a tener una excesiva confianza en la capacidad de este nuevo tipo de arma. En completo desacuerdo con Yamamoto respecto a la validez de la estrategia de éste en Pearl Harbor, Nagumo dejó sin cumplir la mitad de los objetivos que se le habían encomendado, contra el parecer del Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas. En Midway, su fatal actitud de irresolución hizo que sus portaaviones fueran sorprendidos con la mayor parte de su dotación de aparatos sobre la cubierta, mientras se procedía al aprovisionamiento de combustible y de municiones, y la consecuencia fue la pérdida de los cuatro portaaviones presentes en aquel encuentro. En la batalla de las Salomón orientales y en la de las islas de Santa Cruz un comandante más enérgico y decidido hubiera aprovechado mucho mejor los éxitos parciales obtenidos, transformándolos en resonantes victorias. Tras la citada batalla de las islas de Santa Cruz fue exonerado del mando y relegado al puesto relativamente secundario de comandante en las Marianas, donde se suicidó cuando comprendió que el ataque americano había tenido éxito.

Contraalmirante
RAIZO TANAKA

En la Marina de Guerra japonesa las flotillas de destructores constituían probablemente las unidades más bien adiestradas, sobre todo en lo que se refería al tipo de combate entonces más "especializado": las batallas nocturnas. El comandante de estas flotillas, en todos los encuentros que se trabaron en los primeros dieciocho meses de la guerra, fue Raizo Tanaka, cuyo buque insignia era el famoso crucero ligero *Jintsu*. El éxito principal del almirante Tanaka –un éxito que consagró su nombre para la fama y admiración de la historia– fue el "Tokyo Express", la formación de destructores que, noche tras noche, condujo en misiones de abastecimiento a Guadalcanal. A pesar de haber sido varias veces interceptado por fuerzas americanas muy superiores, que además gozaban de la valiosísima ventaja del radar, el superior adiestramiento de los hombres de Tanaka y el uso de los torpedos llamados "de largo alcance" (torpedos de gran velocidad y largo recorrido propulsados por oxígeno) le permitieron infligir al enemigo, en cada ocasión, humillantes derrotas, la más grave de las cuales fue la de la batalla de Tassafaronga. Habiendo recibido la orden de escoltar convoyes de abastecimiento durante el día, Tanaka demostró un coraje y una tenacidad sin igual; no le preocupaba la supremacía aérea americana y siguió llevando a cabo las misiones que se le confiaban a pesar de las enormes pérdidas sufridas. Sus propios enemigos acabaron por otorgarle el nombre de "Tanaka el tenaz". Fue destituido a causa de algunas disensiones con sus superiores.

Birmania, octubre 1944-mayo 1945

LOS PILARES DE LA VICTORIA

Riley Sunderland

La superioridad aérea había sido el elemento determinante de la victoria aliada en la campaña de Imphal, que concluyó con la persecución de los japoneses hasta más allá de la frontera con la India. Pero los Aliados no habrían podido recoger los frutos de aquella victoria si antes no se hubieran asegurado también la superioridad aérea para la reconquista de Birmania, el "frente olvidado". Gracias a la reorganización radical de los servicios de abastecimiento de las tropas empeñadas en los combates, la "batalla de los abastecimientos" –factor decisivo en el resultado de la campaña– entró en su última fase: la que preveía la llegada ininterrumpida de materiales a un frente en continua expansión.

Fueron tres los presupuestos de la reorganización logística y aérea de los Aliados tras la campaña de Imphal: en primer lugar, en la segunda mitad de 1944, la base operativa que era la India funcionaba a tope y las deficiencias y la congestión de 1942-1943 ya no eran más que un recuerdo. Las construcciones, los transportes, el almacenamiento de géneros alimentarios de producción local, las operaciones de carga y descarga se convirtieron en una tarea ordinaria. El gran puerto de Calcuta ya no era un problema y la vía de comunicación del Assam tenía una capacidad superior en un 15 % al de las necesidades previstas para la inminente campaña. Los tramos de vía única del ferrocarril Bengala-Assam se convirtieron en trayectos de doble vía; los vagones de mercancías llevaban frenos de depresión y los trenes iban conducidos por maquinistas militares de ingenieros americanos. Gracias a todo ello, el volumen de los transportes mensuales pasó de las 75.110 t de febrero de 1944 a las 138.393 de noviembre del mismo año.

En el Arakan se dobló el flujo de abastecimientos desde marzo a agosto de 1944 gracias a las mejoras realizadas en las instalaciones portuarias de Chittagong y en los transportes del *ferry-boat* de Tistamukh a Bahadurabad.

Todos ellos fueron auténticos éxitos de administración y de ingeniería, pero que llevaban consigo un notable dispendio económico, hasta el punto que el Gobierno indio, seriamente preocupado por el aumento de los gastos, no siempre pudo satisfacer los requerimientos del SEAC y de

Civiles chinos trabajando en la construcción de la carretera de Ledo, que, al enlazar con la de Birmania, ponía en comunicación China con la India. *(Imperial War Museum)*



Arriba: por la carretera de Ledo, todavía en fase de construcción, un tractor americano remolca el camión de cabeza de una columna motorizada de abastecimiento. Abajo: ingenieros americanos tratan de hacer avanzar un *jeep* bloqueado por el fango en la carretera de Ledo. Hasta el 1 de enero no pudo utilizar esta carretera ni tampoco la de Birmania el primer convoy aliado destinado a China.

(Imperial War Museum)



las Fuerzas Armadas americanas. Por el contrario, se hizo necesario enviar a la India ingentes cantidades de trigo, que exigieron un buen número de buques, con el fin de impedir la inflación.

El segundo factor era la distancia. En esta fase de la guerra, los Aliados disponían de un notable potencial en la India, pero para poder servirse de él en el corazón de Birmania debían superar muchas dificultades. La distancia entre Imphal y Meiktila era de unos 480 km por el aire. ¿Cómo hacer llegar hasta allí los abastecimientos? A mediados de 1944, el SEAC, el Ejército 14 y todos los oficiales superiores británicos estaban convencidos de que el punto fundamental del problema eran los transportes aéreos, y aquí era donde surgía para los Aliados el tercer factor esencial.

En octubre de 1944 el Gobierno americano estaba seriamente preocupado por la situación en China. Una ofensiva desencadenada por los japoneses el 17 de abril de 1944 había privado a los Estados Unidos de casi todas sus bases aéreas en la zona oriental de aquel país, lo que hacía temer que el enemigo no tuviera intención de detenerse hasta llegar a Chungking, ciudad que se había convertido en la capital de China durante la guerra. La mayor parte de los aviones de transporte aliados eran americanos y si se retiraban para ayudar a los chinos, las operaciones en Birmania se verían muy afectadas por ello. El primer indicio de este peligro se manifestó en junio de 1944, cuando la 7.ª División aérea de bombarderos pesados estadounidenses fue destinada al transporte de carburantes y de lubricantes para Chiang Kai-shek.

De ahí que, en 1944, cuando empezaron a caer las primeras lluvias estacionales de los monzones, los Aliados, aun disponiendo de abundantes recursos en la India, corrían el peligro de no poderlos utilizar en Birmania a causa de los acontecimientos militares en China.

Las consecuencias de Imphal

Por parte nipona, el Mando japonés juzgaba que había que tener en cuenta dos consideraciones fundamentales respecto al sector birmano ocupado por su Ejército. La primera estaba determinada por las consecuencias de Imphal, y, en menor medida, por otros reveses menores que sus armas habían sufrido. El cálculo de las pérdidas, entre muertos y desaparecidos en la invasión de la India, iba desde una prudente evaluación que los cifraba en 30.000 hasta la más pesimista que contaba 65.000. Si se añadían las pérdidas sufridas en Birmania septentrional, en el Arakan y en todo el Saluen, resultaba que el Ejército del sector birmano disponía de unos efectivos inferiores en 92.000 hombres a los que tenía en 1944.

Y no había posibilidad de llenar los huecos dejados por tales pérdidas. En un principio, el sector birmano tuvo una importancia secundaria para los japoneses. La prioridad de las operaciones correspondía a la defensa de los alrededores de las islas metropolitanas, por lo cual la tendencia general era más bien retirar tropas de Birmania en lugar de enviarlas allí. El rápido avance americano a través del océano tuvo también otras consecuencias. La Marina americana combatió y ganó la batalla del golfo de Leyte, del 23 al 25 de octubre, infligiendo a los japoneses pérdidas tan considerables que, de hecho, eliminaron a su Marina como contendiente peligroso y dieron a los buques de guerra americanos el dominio absoluto sobre las vías de comunicación japonesas en Asia sudoriental.

Cuando los japoneses abandonaron Imphal y Myitkyina, se redujo la anchura del frente, pero no disminuyeron las dificultades. En el frente central, el de Imphal, la División 5 india y la División 11 de África oriental seguían combatiendo porque Slim había ordenado que no se redujera la presión contra los japoneses que se retiraban, ni siquiera durante la estación de los monzones. Pero las misiones aéreas de abastecimiento falla-



LAS SOLUCIONES ALIADAS A LOS PROBLEMAS DE LOS ABASTECIMIENTOS

A partir de la segunda mitad de 1944 los Aliados resolvieron en gran parte el problema de los abastecimientos en Birmania. Gracias al apoyo proporcionado por las bases aéreas situadas en la India les fue posible introducirse cada vez más profundamente en el corazón del país mediante una espesa red de líneas de comunicación. Las fuerzas aéreas constituyeron el factor esencial de este éxito: los aviones aliados, que eran más numerosos y eficaces cada día, proporcionaron el apoyo necesario para el avance de las fuerzas de tierra, permitiendo a los ingenieros proceder a la construcción de nuevas carreteras, oleoductos y bases aéreas avanzadas, y a la potenciación de las líneas de ferrocarril y de las carreteras ya existentes; a esta red de comunicaciones hay que añadir la disponibilidad de los grandes cursos de agua, que fueron aprovechados para el transporte de tropas y de abastecimientos. Así, pues, en los primeros meses de 1945, las unidades aliadas, con gran movilidad y dotadas de equipos modernos, estaban en franca ventaja respecto a los japoneses, cuyas tropas, aunque numéricamente importantes, eran sin embargo vulnerables, a causa de su total carencia de movilidad.

ban a veces y con frecuencia las columnas en movimiento pasaron hambre, como sucedió por ejemplo en la zona de Ukhrul.

La estación de los monzones era un período que había que dedicar al reposo y a la reorganización si se quería mantener el equilibrio en las fuerzas de tierra aliadas. Así, en el Arakan, el Cuerpo de Ejército XV permaneció donde estaba, pero en unas posiciones que ofrecían mejores condiciones de habitabilidad. Slim ordenó que las Divisiones 17 y 33 indias volvieran al interior del país y que la División 2 británica y las Divisiones 7 y 20 indias se reorganizaran en los alrededores de Imphal y de Kohima; y entonces fue posible calcular exactamente cuánto les había costado a los ingleses la conquista de las dos ciudades. En junio de 1944, las unidades de infantería británicas contaban con 3500 hombres menos de los que figuraban en plantilla y en las unidades *Chindit* faltaban otros 3100. Además, el Mando Supremo debía tener en cuenta que la mayor parte de estos hombres habían combatido desde el primer día del conflicto, por lo que se hacía necesario repatriarlos... lo que provocó nuevos huecos. En octubre de 1944, entre repatriados y pérdidas se llegó a un déficit de 30.000 hombres en el *India Command* y en el SEAC. La solución extrema fue la decisión que el Ministerio de la Guerra adoptó en febrero de 1945: disolver las unidades especiales, o sea las de los *Chindit*.

Al mismo tiempo, en Birmania septentrional se estaban constituyendo cinco divisiones chinas, a las que se unieron en combate dos grupos tácticos autónomos de infantería americana que formaban un regimiento.

Asimismo, un constante flujo de abastecimientos al otro lado del Himalaya permitió a las divisiones chinas mantener al nivel de su plantilla, mientras la unidad de veteranos americanos, los supervivientes de los *Marauder* de Merril, se reorganizaba bajo esquemas tradicionales y se reconstituía numéricamente.

Los japoneses ya no podían competir con la potencia de la Aviación aliada en Birmania (*Eastern Air Command*). Los aviones angloamericanos no sólo detentaban la supremacía aérea, sino que también determinaban el éxito de los combates terrestres gracias a las operaciones de abastecimiento y de apoyo. En octubre de 1944 los Aliados disponían en el frente birmano de 392 cazas, 72 bombarderos medios y 86 bombarderos pesados. Los japoneses trataron de llenar parcialmente sus huecos, pero aun así su potencial aéreo disminuía cada mes, aproximadamente, en un 10%. En abril de 1945, Japón sólo tenía en Birmania 50 aviones en situación de participar en los combates. Y la diferencia numérica se acentuó aún más después del reequipamiento del *Eastern Air Command* con aparatos de nuevo tipo: en efecto, comenzaron a llegar los *Mustang*, los *Mosquito*, los *Thunderbolt* y los *Liberator*, todos ellos dotados de mayor autonomía, mayor velocidad y con un armamento mucho más poderoso y sustituyeron a los viejos *P-40*, a los *Wellington* y a los bombarderos en picado *Vengeance*. Los japoneses no tenían nada semejante que oponer a sus adversa-



Jeeps dotados de ruedas especiales recorren la línea férrea que une Myitkyina con Mandalay. *(History of the Second World War)*

rios y les combatían con todo aquello de que aún disponían.

Las fuerzas aéreas aliadas operaban bajo un mando conjunto. El comandante en jefe de las mismas era el teniente general del Aire sir Richard Peirse, sustituido en febrero de 1945 por el general sir Keith Park. La dirección operativa estaba confiada al *Eastern Air Command*, al mando del teniente general George E. Stratemeyer, de la Aviación americana. A partir de junio de 1944, el Ejército 14 y el Cuerpo de Ejército XV recibieron el apoyo aéreo dirigido por la 3.ª *Tactical Air Force*, compuesta esencialmente por elementos de la RAF. La experiencia había enseñado que las operaciones aéreas en Birmania septentrional eran tan independientes geográficamente que podían ser dirigidas por distintos comandantes, por lo que los chinos que se hallaban en esta región eran apoyados por la 10.ª *Air Force* estadounidense, por dos divisiones de cazas y por una división de aviones de transporte de tropas. La *Strategic Air Force* y la división de aviones de reconocimiento fotográfico eran angloamericanas; por último, la 293.ª Ala de aviones que defendía Calcuta pertenecía a la RAF.

Incursiones aéreas de largo alcance

Los aparatos de combate aliados raramente eran atacados por los japoneses, quienes se limitaban a abatir esporádicamente algún avión enemigo de las formaciones avanzadas. La *Eastern Air Command*, por el contrario, aprovechando la gran autonomía de vuelo de sus nuevos cazas, atacaba con resultados positivos las bases aéreas del enemigo. Por ejemplo, en marzo de 1945, cuarenta *Mustang* de la Aviación americana despegaron de las bases del Arakan para atacar el aeródromo de Don Muang, en las cercanías de Bangkok (empresa que se podría comparar a una incursión de cazas sobre Viena partiendo de una base en Londres) y afirmaron haber destruido 31 aparatos.

Los grupos de bombardeo estratégico salían regularmente todos los días. Sus resultados podrían parecer poco satisfactorios, dadas las condiciones logísticas japonesas, pero es preciso considerar que la escasez de cazas enemigos no significaba que la guerra fuera fácil: la artillería antiaérea, el mal tiempo y los accidentes comportaban siempre muchas pérdidas.

Asimismo, el sector de los transportes aéreos en Asia sudoriental había alcanzado pleno desarrollo. En octubre estaban en activo 35 aparatos de transporte de la RAF y 198 de la Aviación estadounidense. Se puede hacer una distinción entre su utilización como aviones operativos y su empleo como aparatos de transporte. Estos últimos operaban por cuenta de la *Combat Cargo Task Force* (Grupo táctico de transportes de combate), a las órdenes del general F. W. Evans, de la Aviación americana, con un segundo jefe británico. Como se trataba de una organización dedicada al transporte, variaba en el número y en la composición. Al comenzar la última campaña disponía de dos divisiones de aparatos americanos y del 177 Ala de transporte de la RAF. En su calidad de aviones agregados al transporte de material, se hallaban bajo la competencia de la *Combined Army Air Transport Organisation*, la CAATO, al mando del general J. A. Dawson, que según los requerimientos del Ejército, proveía a la carga de los aparatos, a su destino y a las asignaciones según la urgencia de las prioridades.

Los japoneses nunca supieron comprender el papel desempeñado por los aparatos de transporte aliados y casi siempre los ignoraron. Los lanzamientos de abastecimientos eran interpretados, habitualmente, como desembarcos de tropas en paracaídas y revelaba la deficiencia del Servicio de Información japonés, al que escapaba el significado real de estas acciones.

Durante los meses de octubre y de noviembre, los Aliados reemprendieron el avance. En Birmania septentrional, los chinos se pusieron en marcha desde Myitkyina para alcanzar la frontera occidental de su país y poner fin al bloqueo que los aislaba. Durante la marcha llegaron a la ciudad fortificada de Bhamo y la asediaron. En el frente central, el Ejército 14, que había iniciado el avance en plena estación de los monzones, realizó grandes progresos en la región del río Chindwin, mientras en el Arakan el Cuerpo de Ejército XV preparaba un intento posterior para la conquista de Akyab. La situación en que se hallaban los japoneses y estos preparativos de los Aliados serían los dos factores que decidirían si estos últimos podrían consolidarse en principio en Birmania central y, luego, en una segunda fase, en Rangún.

En el sector birmano ocupado por los nipones había 10 divisiones de infantería y 2 brigadas mixtas autónomas, con un total de 8 batallones. Las divisiones estaban compuestas por elementos

Trabajadores birmanos hacen transitable un terreno arenoso para los medios acorazados mediante la colocación de grandes esteras en el suelo. Al fondo, arriba, puede observarse un «Dakota» que efectúa un lanzamiento de provisiones con paracaídas. *(Imperial War Museum)*





heterogéneos, sólo en condiciones de operar gracias a las notabilísimas cualidades del soldado japonés. Su plantilla se había reducido a 13.000 hombres, las baterías de artillería disponían sólo de tres cañones cada una y las unidades de servicios auxiliares se convirtieron en unidades de infantería. (Hay que subrayar, no obstante, que el *India Command* había hecho lo mismo). Pese a todo ello, el Ejército nipón del sector birmano representaba todavía un enemigo poderoso, pero al propio tiempo frágil, carente de elasticidad. Su nuevo comandante, el general Hoyotaro Kimura, comprendió este problema y decidió combatir la batalla decisiva detrás del Irawadi, porque allí sus vías de comunicación y abastecimiento se acortarían, mientras que Slim –así lo esperaba Kimura– se vería obligado a alargar las suyas hasta el punto de ruptura.

Pero, al finalizar el año 1944, como ya se ha dicho, los problemas logísticos de los Aliados en Birmania septentrional eran, en la práctica, una simple tarea de administración ordinaria, gracias a la gran carretera de Ledo y al oleoducto que llegaba hasta Myitkyina. El problema principal de Slim era el abastecer cuatro o cinco divisiones de infantería y dos brigadas acorazadas en Birmania central. Las últimas experiencias habían demostrado que una división india podía desarrollar una actividad operativa durante largos períodos con 140 toneladas diarias, y la solución propuesta por Slim fue asegurarse un tonelaje similar de abastecimientos por vía aérea, fluvial y terrestre, más una ración diaria de víveres para las tropas. Al estudiar la tarea de las fuerzas aéreas, se puso de manifiesto que el radio de acción más económico para los aviones de transporte era de 400 km, de manera que, a medida que las operaciones fueran avanzando, sería necesario acercar también las bases aéreas, trasladándolas desde el Assam hasta el Arakan. Los medios de comunicación terrestres apoyarían a los aeródromos de cazas avanzados –al menos parcialmente– y transportarían hacia delante los equipos pesados.

El proyecto para las líneas de comunicación de tierra era ambicioso. Desde la estación ferroviaria de cabeza de Dimapur a Tamu corría una carretera, permanentemente transitable, de 330 km de longitud y que pasaba por Imphal. Desde Tamu a Kalewa existía otra carretera que, por el contrario, sólo era transitable en la estación seca y que había que convertir en permanentemente transitable mediante un revestimiento de yute impregnado de alquitrán. En Kalewa, la carretera cruzaba el río Chindwin y en este punto el plan preveía la construcción de un puente *Bailey* que la enlazaría con otra carretera, también únicamente practicable en la buena estación, que iba hasta Shwebo y de aquí a Mandalay.

En líneas generales, la retaguardia del Ejército y las unidades destinadas a las vías de comunicación, en su mayor parte al oeste del Chindwin, serían abastecidas mediante vehículos a motor. En cambio, las unidades de combate y los aeródromos avanzados recibirían el grueso de sus provisiones por el aire. Finalmente, otros pertrechos se enviarían por vía fluvial hasta Birmania central.

En diciembre todo el sistema estaba en plena actividad hasta el Chindwin, donde se construía el puente *Bailey* y se organizaban los transportes por vía fluvial. El Ejército 14 recibía diariamente 658 toneladas de provisiones por el aire, de las 705 que le eran necesarias. Los transportes motorizados consignaron en el mismo período 20.000 toneladas en Tamu y otras 6500 en Indainggyi. Pero los acontecimientos que en aquel momento se desarrollaron en China obligaron al SEAC a desviar buena parte de sus recursos hacia aquel sector.

Después que Stilwell fuera reclamado por el mando americano del teatro de operaciones indochino-birmano, el enorme escenario quedó dividido en dos sectores, ambos bajo la competencia de las Fuerzas Armadas estadounidenses: el sector indo-birmano y el chino, este último confiado al teniente general Albert C. Wedemeyer, que al propio tiempo actuaba como jefe de Estado Mayor del generalísimo Chiang Kai-shek. Wedemeyer se dio cuenta de que el sector chino tenía urgente necesidad de refuerzos, tanto de tropas preparadas y aguerridas como de aparatos de transporte, por lo que el 3 de diciembre pidió se repatriasen desde Birmania septentrional dos divisiones chinas y seis grupos de aviones. Los problemas que presentó la petición de Wedemeyer fueron examinados atentamente por el SEAC, por los comandantes de los sectores indo-birmanos y chinos y por los jefes de Estado Mayor.

Tropas de infantería china llegan por vía aérea al aeródromo de Myitkyina, recién conquistado por los Aliados. En el curso de la lucha en Birmania, el apoyo proporcionado por los refuerzos aerotransportados influyó de manera decisiva en el éxito de los combates. *(Imperial War Museum)*

En el curso de las conversaciones el número de los grupos de aviones de transporte solicitados quedó reducido a tres y se halló la manera de asegurar el traslado por vía aérea de las divisiones chinas cortando los abastecimientos aéreos a las fuerzas chino-americanas en Birmania septentrional, desviando la ruta del Himalaya hacia China y trasladando algunos de los aparatos que realizaban el servicio de abastecimiento del Ejército 14. El equilibrio se restableció transfiriendo una parte de la 7.ª División aérea americana de bombardeo. Por otro lado, los jefes de Estado Mayor aliados decidieron que estas medidas se entendían tan sólo en calidad de préstamo, y que todos los aparatos debían ser restituidos antes del 1 de marzo de 1945.

El 10 de diciembre se abrió al tráfico el puente *Bailey* construido sobre el Chindwin, de 346 m de longitud. Entonces empezó el avance de Slim hacia Birmania central y lord Mountbatten se sintió en la obligación de hablar francamente acerca de las exigencias de la operación. El 1 de enero dijo a los jefes de Estado Mayor británicos que el avance se desarrollaba tan bien que había llegado la hora de saber de cuántos transportes se disponía, ya que de su número dependían la victoria final y las desagradables consecuencias de hallarse atascados en Birmania central. Quería que los aviones destinados a China estuvieran de regreso en febrero en lugar de marzo. Los jefes militares le respondieron que también ellos creían que las operaciones se desarrollaban brillantemente en Birmania y que asimismo en China la situación se había estabilizado, de modo que Wedemeyer podría devolver los aparatos prestados antes de la fecha convenida. A estos aviones se añadirían dos grupos de la RAF. Todo se desarrolló según estas previsiones y, en consecuencia, ya en febrero Wedemeyer pudo devolver dos grupos aéreos.

Entre tanto, los abastecimientos al Ejército 14 se revelaron insuficientes, por lo que el 22 de enero fue necesario tomar las medidas oportunas para solucionar este punto. Para ello se transfi-

rieron 32 *Dakota* del centro de adiestramiento de aerotransporte, y para restablecer el equilibrio y compensar las insuficiencias se recurrió al expediente de exigir a los aviones y a las tripulaciones que se sometieran a un mayor número de horas de vuelo cada semana.

El Ejército 14 había intuido a tiempo que los japoneses opondrían mayor resistencia más allá del Irawadi, en las proximidades de Mandalay, lo que suscitó nuevos problemas para los ingleses: atravesar el ancho río, establecer bases aéreas avanzadas, depósitos y unidades de cazas de corta autonomía y proporcionar apoyo aéreo en las zonas de paso escogidas y en las cabezas de puente. Por ello, en diciembre, Slim decidió cambiar la dirección de avance del Cuerpo de Ejército IV de izquierda a derecha, atravesar el río por sorpresa y luego ocupar Meiktila, a fin de interrumpir las líneas de comunicación del grueso de las tropas japonesas concentradas en torno a Mandalay. Para la conquista de Meiktila era necesario establecer una cabeza de puente al otro lado del Irawadi y hacer avanzar inmediatamente después y con la mayor rapidez posible una columna mecanizada con el fin de apoderarse del aeródromo y permitir la llegada de las tropas aerotransportadas.

El equipo necesario para cruzar el Irawadi llegó de la India por tierra. Pero el polvo y los continuos chubascos no contribuyeron precisamente a mejorar las condiciones del material. Además, las embarcaciones de motor y los fuera-borda eran escasos; por lo que llegó a la conclusión de que únicamente sería posible el transporte de una división de cada Cuerpo de Ejército cada vez, y aun así sólo fraccionadamente. En compensación, fue reforzada la 221 División de la RAF, que debía proporcionar el apoyo aéreo.

Los japoneses no intentaron defender cada metro del Irawadi, de manera que el 7 de enero pequeñas unidades del Cuerpo de Ejército XXXIII aparecieron en la orilla izquierda, al norte de Mandalay, seguidas poco después por los refuerzos. Los japoneses cayeron en el engaño y se situaron al Norte. Entonces, unidades del Cuerpo de Ejército IV atravesaron el río al sur de la ciudad, en el curso de la noche del 12 al 13 de febrero, dando así el primero y más largo paso hacia la ciudad del Meiktila.

La actividad de la aviación aliada en Mandalay y en Meiktila se proyectaba de tres maneras distintas: abastecimientos aéreos, apoyo aéreo inmediato y ataques aéreos. En un solo mes se efectuaron más de 4360 salidas, a las que hay que añadir, además, las 2085 misiones llevadas a cabo para aislar el campo de batalla. Estas salidas ya no se dirigían ahora contra las vías de comunicación, que debían seguir siendo utilizables para el avance sobre Rangún, sino que se atacaban los transportes. En algunas ocasiones el apoyo aéreo inmediato contribuyó a determinar directamente el curso de una batalla. Así ocurrió, por ejemplo, cuando dos *Hurricane* del 20.º Grupo de la RAF, que apoyaban una cabeza de puente del Cuerpo de Ejército XXXIII cerca de Myinmux, vieron y atacaron un montón de hojas de aspecto sospechoso: se trataba de un carro de combate japonés enmascarado. Inmediatamente se dio el aviso al resto del grupo y pronto fueron destruidos 13 carros enemigos.

El ataque desde el aire ilustra de la mejor manera posible las fases críticas del primer aterrizaje aliado en el aeródromo de Thabutkon, en la periferia de Meiktila. El 26 de febrero, unidades motorizadas de la División 7, irrumpiendo desde la cabeza de puente del Cuerpo de Ejército IV, ocuparon el citado campo. Los japoneses, completamente sorprendidos, sólo respondieron con un breve fuego de armas portátiles al aterrizaje inmediato de la Brigada 99, llegada a bordo de los *Dakota* del 1 *Air Commando* americano; no obstante, inmediatamente cortaron la carretera al este de la cabeza de puente y las unidades de línea del Cuerpo de Ejército IV quedaron aisladas.

Las consecuencias logísticas de la pérdida de Meiktila y de Mandalay fueron muy graves para los japoneses. Slim había interrumpido con ello las líneas de comunicación con Birmania central y en un intento de forzar el paso, dos de los Ejércitos japoneses –el 15 y el 33– sufrieron cuantiosas pérdidas. En consecuencia, el Ejército japonés perdió las posibilidades que tenía de oponerse a la marcha del Ejército 14 británico sobre Rangún, y los planes que el Mando nipón en Birmania realizaba con este fin resultaban más utópicos a medida que sus unidades se desintegraban y el sistema de transmisiones se iba desorganizando.

Sin embargo, el Ejército 14 todavía debía recorrer más de 500 km para llegar a Rangún, y si se presentaba el monzón o si una nueva crisis en China hacía necesario el traslado de otros aviones de transporte, aquellos 500 km serían suficientes para salvar a Rangún y crear una complicada y peligrosa situación.

La definición de «carrera hacia Rangún», utilizada por Slim para describir las operaciones que siguieron a las de Birmania central es muy apropiada, ya que el Ejército 14 estaba literalmente obligado a correr si quería llegar a la ciudad antes de que empezaran las lluvias estacionales. Y una vez más surgió el problema, de importancia vital desde el momento en que se demostró el valor esencial de los abastecimientos aéreos, de si habría aviones de transporte disponibles en cantidad suficiente.

Tras la anterior repatriación de dos divisiones chinas, el Ejército chino en la India (CAI) había conservado otras tres buenas divisiones, aparte de dos unidades tácticas autónomas americanas, que constituían la *Mars Force*. Cuando los japoneses se vieron obligados a abandonar la vieja carretera de Birmania, a fines de enero, decidiendo acumular todos sus recursos en la parte central del país, estas unidades chino-americanas sólo tenían dos misiones útiles: participar en la batalla de Birmania central o bien incrementar las Fuerzas Armadas chinas. Mientras permanecieron en Birmania, formaban parte de los efectivos del SEAC, y su permanencia allí sólo estaría justificada si participaban en los combates.

La solución justa fue el resultado de dos consideraciones: las operaciones en Birmania central progresaban a un ritmo más que satisfactorio y Chiang Kai-shek no quería que sus tropas tomasen parte en acciones de guerra que se desarrollaban lejos del territorio nacional. De ahí que, a mediados de marzo, el generalísimo chino, Wedemeyer y lord Mounbatten decidieran, de común acuerdo, que el CAT y la *Mars Force* volvieran a China. Los jefes de los Estados Mayores conjuntos americanos aprobaron la solución y propusieron que los aviones que tenían que transportarlos redestacasen de las formaciones que apoyaban la campaña de Birmania septentrional, de las que se hallaban en el sector chino y de los encargados de los abastecimientos, poniendo como condición que la partida del CAI no se llevara a cabo antes del 1 de junio, o por lo menos antes de la conquista de Rangún. Esta cláusula provocó complicaciones imprevistas. En efecto, el mando de las operaciones americanas en China sostenía que los aviones de transporte debía proporcionarlos el SEAC, ya que había sido el SEAC el que había solicitado en primer lugar que el CAI fuera trasladado lo más rápidamente posible. Pero si se quitaban los aviones a Slim, precisamente en el momento en que avanzaba sobre Rangún, se comprometería gravemente el éxito de la operación, por lo cual lord Mountbatten y Churchill se apresuraron a solicitar que los aviones de transporte permaneciesen en Birmania, sometiendo el caso de Slim a la atención inmediata del general George C. Marshall, jefe de Estado Mayor del Ejército estadounidense. Marshall se mostró comprensivo a este respecto, y el 3 de abril declaró explícitamente que el CAI sería transferido a bordo de los aparatos del sector chino pertenecientes al servicio de abastecimientos transhimalayo.



Así, pues, Slim conservaría su asignación habitual de aviones de transporte, más bien modesta y que por lo general no bastaba para satisfacer las necesidades de carburante, de lubricante, de víveres y de municiones del Ejército 14.

Para cubrir la distancia de Meiktila a Rangún el Ejército 14 redujo sus efectivos y decidió concentrar sus esfuerzos a lo largo de la línea férrea que conducía a la capital. El mayor peso de las operaciones recaería sobre las tres divisiones del Cuerpo de Ejército IV. El avance a lo largo de la línea férrea acortaba el recorrido en 80 km respecto a la carretera que corría junto al Irawadi y, además, permitiría efectuar los abastecimientos por ferrocarril. Hasta Toungoo hubo esperanza de que los abastecimientos por carretera y por fe-

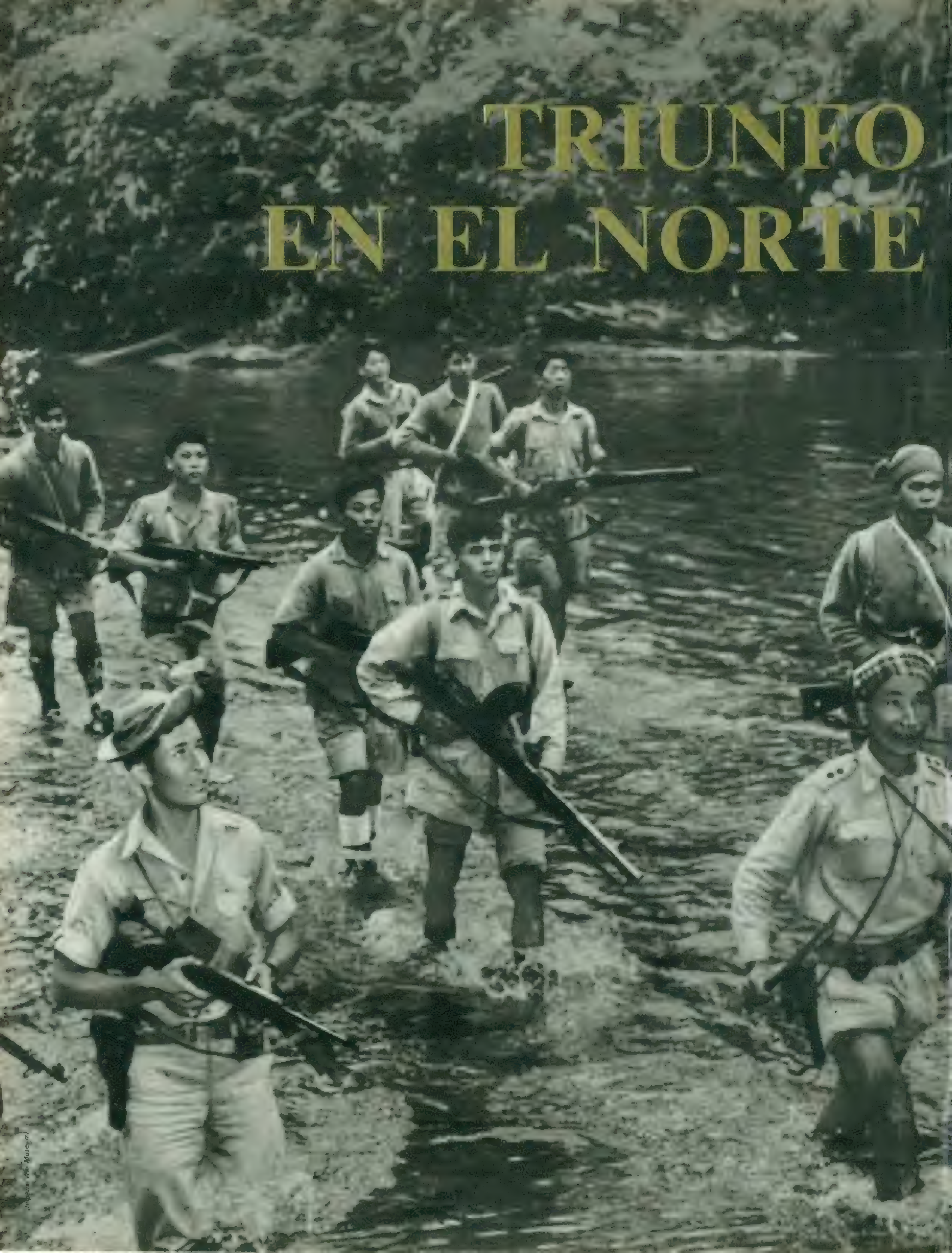
rrocarril completaran los aéreos. Sin embargo, tras alcanzar esta localidad, la opinión general fue que las tropas sólo podrían contar con el apoyo aéreo.

El Ejército 14 inició su marcha hacia Rangún el 11 de abril, una vez neutralizado el intento japonés de mantener una posición en Pyawbwe, donde las fuerzas niponas hubieran podido bloquear el avance. La división de cabeza del Cuerpo de Ejército IV iba precedida de una unidad táctica autónoma de medios acorazados y de infantería motorizada; dicha unidad buscaba una pista de aterrizaje, o al menos, un lugar adecuado para su instalación. Apenas lo consiguiera se le unirían las unidades aerotransportadas. Según las circunstancias estas fuerzas serían utilizadas para defender la pista o para rastrillar los alrededores, o bien se unirían a las formaciones atacantes como refuerzo. Luego, el resto de las divisiones avanzaría hasta la pista de aterrizaje siguiente. La intención era disponer de una base aérea cada 80 km, ya que cuanto más cerca se hallase de la zona de combate menos necesidad habría de transportes motorizados.



Columna motorizada británica atraviesa el río Irawadi sobre un puente flotante, en Myitkyina. La eficacia de las líneas de comunicación terrestres en Birmania permitió la llegada de grandes cantidades de provisiones a las tropas combatientes: en diciembre de 1944 las unidades de transporte enviaron 20.000 toneladas a Tamu y 6500 a Indainggyi, en los alrededores de Kalewa. *(US Army)*

Pero estas disposiciones no bastaron para garantizar el pleno apoyo al Cuerpo de Ejército IV. A fines de abril, las tropas tuvieron que renunciar a sus raciones para disponer de municiones y de carburante. No obstante, los comandantes de tierra sabían que también la Marina se dirigía hacia Rangún y que para primeros de mayo se preparaba una operación anfibia. Y de pronto cambió el panorama. Los monzones se desencadenaron antes de lo previsto, el día 1 de mayo, cuando el Cuerpo de Ejército IV se hallaba a 64 km de su objetivo, y dos días antes de la proyectada operación de desembarco. Las lluvias y el fango impidieron el avance del citado Cuerpo de Ejército y por ello, poco después, Rangún era conquistada por el Cuerpo de Ejército XV, que llegó por mar.



TRIUNFO EN EL NORTE



Trevor N. Dupuy, coronel

Con la llegada del otoño, en el frente de Birmania septentrional los Ejércitos aliados se prepararon para nuevos avances con vistas a la reconquista de Lashio, localidad donde en otros tiempos terminaba la carretera de Birmania. Pero una serie de roces y de desacuerdos entre los altos mandos aliados impidieron que la ofensiva final se produjera antes de enero de 1945, cuando la citada carretera de Birmania quedó finalmente abierta. En marzo, la campaña en el Norte había concluido y las operaciones se concentraron decididamente en el Sur.

Después de la retirada al Norte de la base «Blackpool», los *Chindit* fueron transferidos al mando operativo de Stilwell y a fines de junio contribuyeron muy eficazmente a la defensa del sector Kamaing-Mogaung. Stilwell, convencido de que podrían sostener las posiciones que entonces ocupaban en el flanco derecho, tuvo que enfrentarse con la decidida oposición del general Lentaigne, quien insistía en que los hombres estaban exhaustos y que no podían participar en más acciones bélicas. Por fin se llegó a un acuerdo de compromiso, según el cual se retirarían todos los *Chindit*, excepto los de la 3.ª Brigada de África occidental, la cual, por haber llegado a Birmania por vía aérea durante las últimas fases de la expedición, estaba relativamente fresca. La brigada recibió la orden de ocupar Pinbaw, a unos 30 km al suroeste de Mogaung. Y Stilwell se comprometió a proporcionarle el apoyo de la artillería china.

La importancia de Pinbaw era consecuencia de su situación, pues se hallaba en un extremo del llamado «corredor ferroviario», un valle largo y estrecho que se extiende por más de 130 km en dirección Sudoeste, hacia Indaw. El valle está atravesado por la línea del ferrocarril Mandalay-Myitkyina y por una carretera transitable tan sólo en la estación seca, pero mucho mejor que la mayoría de las carreteras de la región. Era importante bloquear el «corredor», pues constituía la vía de acceso que los japoneses elegirían, con toda probabilidad, si intentaban reconquistar Mogaung y Myitkyina, pero también porque ofrecería a los Aliados un paso fácil durante el siguiente avance en el valle de Irawadi, al norte de Mandalay.

La 3.ª Brigada empezó a avanzar hacia Pinbaw a finales de junio, partiendo de las colinas al oeste del Mogaung. Cuando llegó a la embocadura del valle, al norte del poblado de Sahmaw, se reunió con ella un batallón mixto de artillería china, al mando del coronel Trevor N. Dupuy. Casi en seguida, la brigada africana quedó bloqueada por una fuerte posición defensiva japonesa, situada en una altura que dominaba la carretera y la línea férrea, en las cercanías de Sahmaw, y ocupada por unidades de la División 53, que había sustituido a la 18 de Tanaka. A pesar de los repetidos intentos, la citada brigada africana no consiguió conquistar la cota 60, una cima de poca altura que surgía entre la carretera y la línea del ferrocarril y que dominaba a ambas. Las operaciones para la conquista de esta colina fortificada se hicieron aún más difíciles a causa de la lluvia incesante, que hacía muy pesado el avance.

Tras el fracaso de los ataques a la cota 60, la Brigada de África occidental empezó a revelar los mismos síntomas de disgregación que Stilwell ya había observado en otras unidades *Chindit* y entre los *Marauder*. Slim había prometido a Stilwell que le enviaría otra división británica en sustitución de los *Chindit*, y ahora Stilwell la solicitó con urgencia. Las primeras unidades de la División 36 británica aterrizaron en el aeródromo de Myitkyina a mediados de julio e inmediatamente empezaron a descender hacia Sahmaw; el comandante de la división, general Francis W. Festing, dada la imposibilidad de transportar también por vía aérea la artillería, solicitó que se quedase con él la artillería china, para apoyar las operaciones.

«Nos entenderemos bien»

A pesar de la poca estima que Stilwell demostraba por los ingleses, quedó favorablemente impresionado tras su primer contacto con la división y con su comandante. El general Festing –un hombre de un metro noventa y tres centímetros de altura– daba la impresión de ser un soldado de su misma talla, con una franqueza quizá desconcertante, pero bonachón. «¿Sabe lo que espero de ustedes?», se cuenta que le preguntó Stilwell cuando Festing se presentó por primera vez a dar el parte al mando del NCAC, en Myitkyina. «Que combatamos, mi general», contestó el inglés. «Nos entenderemos», gruñó Stilwell en tono de aprobación.

El 4 de agosto, la brigada de cabeza de la División 36 ocupó el puesto de la 3.ª Brigada de África occidental, y con la ayuda del apoyo masivo de la aviación y de la artillería expugnó la cota 60. Pese a la escasez de transportes y a la inundación del valle, los ingleses, abastecidos mediante paracaídas, persiguieron a lo largo de la carretera y de la línea férrea a la División 53 japonesa en retirada. Los japoneses defendieron cada vado con la tenacidad y habilidad en ellos acostumbradas y transformaron cada poblado del valle en una fortaleza. Pero sus adversarios, aunque obstaculizados por el monzón, no estaban dispuestos a desistir. El 27 de agosto, después de una batalla que había durado tres días, los ingleses entraron en Pinbaw.

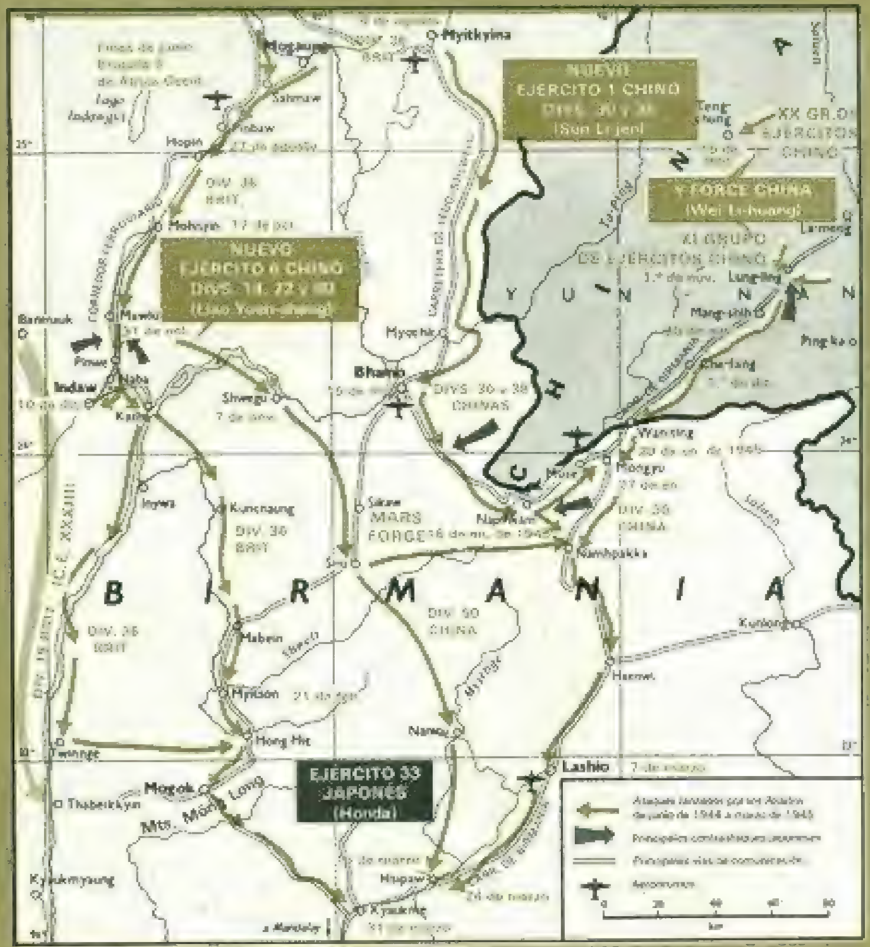
Aunque el monzón empezaba a disminuir, las lluvias seguían siendo frecuentes y los campos estaban todavía inundados; no obstante, el 13 de octubre, la División 36 inició, con el mayor sigilo, una maniobra de aproximación a las posiciones defensivas japonesas en la ciudad de Mohnyin y sus alrededores. Gracias a los esfuerzos sobrehumanos de los ingenieros ingleses y de los artilleros chinos, la artillería consiguió mantenerse al paso con los elementos que avanzaban y así, el 15 de octubre, estaba en posición, dispuesta a apoyar el ataque por sorpresa que se desencadenó al amanecer.

Mohnyin fue ocupada después de dos días de combates ininterrumpidos. Los Aliados continuaron avanzando a lo largo del «corredor», desbaratando la táctica retardadora de los japoneses, cuya resistencia se endureció ante Mawlu, no lejos de la antigua base «White City» de los *Chindit*; pero también esta ciudad cayó el 31 de octubre.

Como la oposición japonesa empezaba a dar señales de ceder, la división británica atacó el 10 de diciembre en dos direcciones: hacia Indaw y hacia Katha, en el Irawadi. Festing, cuya artillería





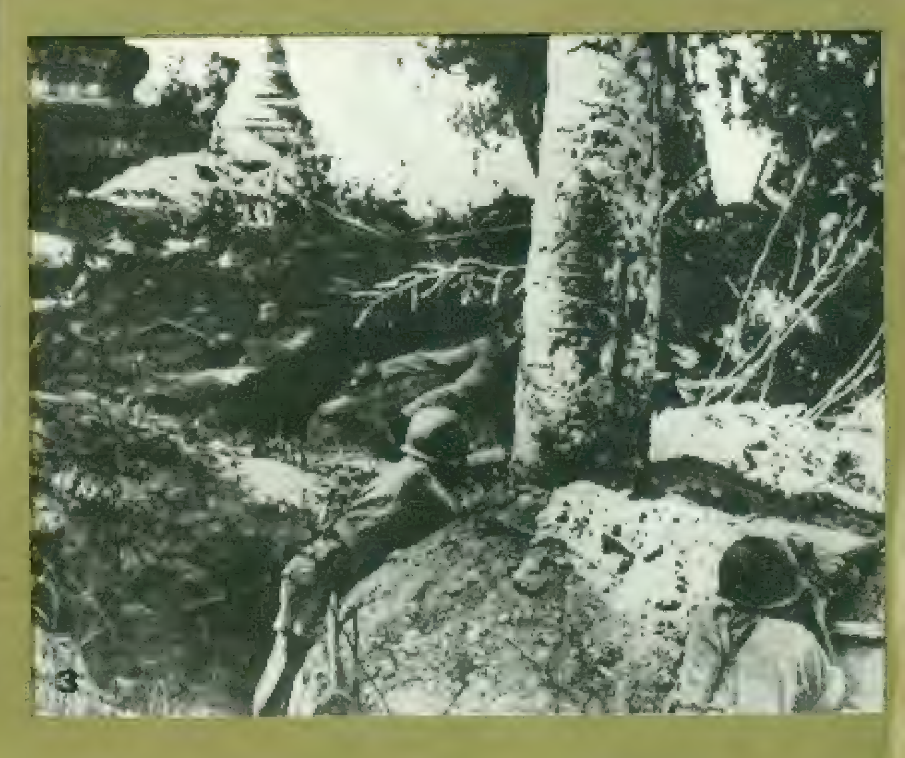


El 15 de octubre de 1944 se inició, con el avance del nuevo Ejército 1 chino en dirección a Bhamo, la ofensiva en fuerza contra el Ejército 33 japonés en Birmania septentrional. Se lanzaron ataques sobre diversos frentes, y ni la decidida resistencia ni los contraataques nipones consiguieron contenerlos. El nuevo Ejército 1 chino conquistó Bhamo el 15 de diciembre, y luego, siguiendo a lo largo de la "carretera Stilwell", el 27 de enero se reunió en Mongyu con la "Y Force" procedente del Norte y que desde mayo de 1944 había estado empeñada en combates en el Yun-nan. En el flanco derecho la División 36 británica se aseguró la posesión del llamado "corredor de ferrocarril"; desde allí prosiguió hacia el Sur en dos direcciones y en marzo, tras la conquista de Mogok, alcanzó la carretera de Birmania. En el centro, el nuevo Ejército 6 chino se orientó hacia el Sudeste seguido por la "Mars Force". Mientras esta última unidad tras llegar a Si-u, torcía hacia el Este, en dirección a Namhpakka, el citado Ejército 6 chino llegó el 15 de marzo a la carretera de Birmania, a la altura de Hsipaw, donde, el 24 de marzo, se reunió con la División 30 china.

1 Tren japonés, destinado al transporte de abastecimientos, sometido a un intenso bombardeo durante una incursión. *(Imperial War Museum)*

2 Una unidad sobre mulos de la "Mars Force" vadea un curso de agua durante las operaciones en Birmania septentrional. *(Imperial War Museum)*

3 Tropas de la División 38 china atrincheradas en la periferia de Bhamo, en el curso de las últimas fases de las operaciones para la conquista de la ciudad, que se llevó a término el día 15 de diciembre de 1944, tras cinco semanas de sangrientos combates. *(Keystone)*





4 Unidades acorazadas del Ejército 1 chino, dotadas de carros de combate americanos *Stuart*, avanzan por la carretera de Ledo, en Birmania septentrional. (Imperial War Museum)

5 Soldados americanos proceden al transporte de un soldado chino herido a un hospital de campaña. Las operaciones en el frente septentrional no terminaron hasta finales de marzo de 1945, cuando el grueso de las tropas angloamericanas llegó a la carretera de Birmania. (Ropsinstituut)

6 Ingenieros pertenecientes al Ejército chino llevan a cabo las obras de construcción de un puente sobre el río Mogaung. En la primavera de 1944, Stilwell reorganizó las fuerzas chinas que operaban en Birmania septentrional, distribuyéndolas en dos grandes unidades a las que se dio el nombre de nuevo Ejército 1 y Ejército 6. (Imperial War Museum)

había alcanzado el resto de la división, ya no tuvo necesidad de los artilleros chinos, por lo cual éstos quedaron de nuevo bajo el mando directo del NCAC.

En su plan original para la campaña de Birmania septentrional, durante la estación seca de 1943-1944, Stilwell había proyectado una serie de ofensivas convergentes simultáneas, que el NCAC lanzaría desde Ledo y la *Y Force* china a través de Saluen, en el Yun-nan. Pero ni las continuas argumentaciones de Stilwell ni las peticiones del presidente Roosevelt lograron convencer a Chiang Kai-shek para que ordenase a la citada *Y Force* avanzar según lo previsto en el plan.

Pero de pronto, en mayo, precisamente cuando estaba a punto de empezar la estación de las lluvias, Chiang Kai-shek cambió de idea y la *Y Force* recibió la orden de avanzar a través de Saluen contra la División 56 japonesa, que defendía Birmania septentrional y la zona de Yun-nan, una región salvaje y montañosa en la que el fondo de los valles quedaba a 2700 m sobre el nivel del mar. Al principio de la campaña, la *Y Force* contaba con 16 divisiones (un total de 72.000 hombres, aproximadamente) al mando del mariscal Wei Li-huang. Mas, aunque se hallaba frente a una sola división japonesa, cuyos elementos no sobrepasaban probablemente los 15.000 hombres, la diferencia en el equipo y en el mando tendía a restablecer el equilibrio del potencial combativo de los dos adversarios.

El 11 de mayo la *Y Force*, avanzando junto al río, atravesó el Saluen al norte y al sur de la carretera de Birmania. Sus dos Grupos de Ejércitos, intentando una doble maniobra de aproximación, avanzaron en sentido convergente sobre dos antiguas ciudades amuralladas, situadas a unos 32 km al oeste del río: Lung-Ling y Teng-Chung. Los japoneses que se hallaban en ambas ciudades no tardaron en quedar aislados del grueso de la División 56, concentrada más al Oeste.

El Grupo de Ejércitos XI chino llegó a los alrededores de Lung-Ling el 28 de mayo y el 7 de junio ocupó la ciudad. Pero nueve días después, los japoneses contraatacaron con sólo 1500 hombres obligando a los 10.000 chinos a replegarse 13 km. Después, los chinos, que habían conseguido reagruparse, mantuvieron el bloqueo; mas, pese a ello, la guarnición japonesa continuó manteniendo cierto contacto con el grueso de la División 56.

Por el contrario, en Teng-chung, el Grupo de Ejércitos se mostró más agresivo y obtuvo mejores resultados. Los ataques chinos, eficazmente apoyados por la 14.ª Brigada aérea de Chennault, comenzaron el 2 de junio, y a pesar de las ininterrumpidas y violentas lluvias mantuvieron una presión constante contra los 2000 hombres que defendían tenazmente la ciudad. El 4 de agosto los chinos penetraron en ella a través de una brecha abierta por cazabombarderos americanos; pero los defensores siguieron combatiendo indómitos, de calle en calle, hasta que cayó muerto el último de ellos. Era el 15 de septiembre.

Duró poco el entusiasmo por esta victoria. En efecto, a fines de agosto, la División 56 japonesa, apoyada por elementos de la División 2 llegados desde Birmania meridional, empezó a avanzar arrolladoramente para romper el bloqueo de Lung-ling. Rechazando a las tropas chinas a lo largo de la carretera, al sudoeste de la ciudad, los japoneses consiguieron liberar la posición asediada. Luego continuaron presionando hacia el Este, se encontraron con el grueso del Grupo de Ejércitos XI y lo obligaron a replegarse hacia Saluen. Sin embargo, la amenaza que suponía el avance de Stilwell desde Myitkyina, a sus espaldas, indujo a los nipones a renunciar a la persecución de la *Y Force*. Las unidades japonesas empezaron a retirarse lentamente hacia la frontera, hostigando a los chinos con acciones retardadoras, pero evitando comprometerse en una batalla abierta. Así, la *Y Force* consiguió, al fin, el 1 de noviembre, ocupar definitivamente la ciudad de Lung-ling.

Esto fue el comienzo de un lento y prudente avance chino a lo largo de la carretera de Birmania, que fue detenido de nuevo por los japoneses





el 3 de enero de 1945 ante la ciudad de Wan-ting, en la frontera chino-birmana. Pero el día 20, amenazados por la proximidad de la División 38 china que se acercaba desde Bhamo, los nipones abandonaron Wan-ting y la *Y Force* entró en ella, continuando luego su avance hacia Mongyu, punto en el que, una semana más tarde, se reunió con el Ejército chino en la India.

Durante la estación de los monzones, Stilwell reorganizó las unidades chinas y americanas, formando con las Divisiones 38 y 30 el nuevo Ejército 1, al mando del teniente general Sun Li-yen, quien había completado su formación militar en América. Asimismo, las Divisiones 22, 50 y 14 fueron reagrupadas en el nuevo Ejército 6, a las órdenes del teniente general Liao Yueh-shang. Stilwell reorganizó también las unidades americanas *New Galahad*, que ahora constituían el Regimiento de infantería 475. Reagrupando esta unidad con el Regimiento de caballería 14, con el Batallón de artillería de apoyo y con un regimiento chino de nueva formación, Stilwell formó la Brigada 532, más conocida con el nombre convencional *Mars Force*.

Stilwell proyectaba una gigantesca conversión a través del centro y del norte de Birmania, en dirección a Lashio. Su objetivo era el bloqueo y destrucción del Ejército 33 nipón, que ocupaba las regiones nororientales de Birmania. La División 36 británica, como ya hemos visto, debía seguir avanzando por el «corredor» a fin de proteger el flanco derecho y la retaguardia del NCAC y ocupar luego la zona de Indaw-Katha. El nuevo Ejército 1 chino avanzaría desde Myitkyina hacia Bhamo, al este del Irawadi, mientras el Ejército 6 chino, seguido por la *Mars Force*, cruzaría las montañas entre el corredor y el Irawadi superior, hacia el gran arco del río Shwegu. En combinación con este avance del NCAC, la *Y Force* avanzaría a su vez hacia Lung-ling, a fin de constituir el yunque para el golpe que se descargaría desde el Irawadi.

La operación comenzó bajo buenos auspicios el 15 de octubre de 1944. Mientras la División 36 iniciaba la segunda fase de la campaña del «corredor», la División 38 china dirigía el avance del nuevo Ejército 1 hacia el Bhamo. El 6 de noviembre, la División 22 atravesó el Irawadi y al día siguiente, superada una débil resistencia enemiga, ocupó Shwegu. Pocos días después, la División 50 cruzaba también el Irawadi más al Este, y luego, seguida por la *Mars Force* y por la División 14, siguió avanzando hacia el Sureste, rechazando a las patrullas japonesas. Pero, de pronto, cuando la victoria se hallaba ya al alcance de la mano, el avance se detuvo, el martillo dispuesto a golpear hubo de ser retenido en el aire: los acontecimientos en China obligaron a Stilwell a abandonar su brillante y ambicioso plan.

Como se sabe, en abril, los japoneses desencadenaron una gran ofensiva terrestre en China centrooriental. Uno de los más importantes objetivos de esta operación era la conquista de las bases avanzadas de la 14.ª *Air Force*, desde las cuales los aviadores de Chennault machacaban las bases japonesas y hostigaban la navegación nipona en el mar de la China. A pesar de los duros golpes que la citada 14.ª *Air Force* asestó a los atacantes, ni los nombres de Chennault ni las apáticas tropas chinas fueron capaces de detener el decidido avance enemigo.

Como los japoneses continuaron avanzando durante todo el verano, el Gobierno americano empezó a temer que se produjera el hundimiento del régimen de Chiang Kai-shek, o la posibilidad de que este pactase con los japoneses. El presidente Roosevelt, convencido por los jefes del Estado Mayor conjunto de que quien tenía razón sobre la eficacia del potencial aéreo en China era Stilwell y no Chennault, solicitó del general que, para resolver la crisis y salvar del hundimiento al país y al gobierno, nombrase a Stilwell comandante operativo de todas las fuerzas armadas chinas. Tras confusas y complejas negociaciones e intrigas, Chiang Kai-shek rechazó la proposición, y aún fue mucho más allá, pues acabó por exigir la salida de Stilwell de China. Y Roosevelt, aunque de mala gana, accedió.

Hacia la carretera de Birmania

Entre tanto, el Ejército 1 chino se hallaba detenido en Bhamo por los japoneses, que resistían con tenacidad. La División 38 puso cerco a Bhamo el día 10 de noviembre, mientras la 30 presionaba más allá para conquistar las alturas que se hallan entre Bhamo y Namhkam.

El 9 de diciembre, la División 56 japonesa inició una acción diversiva en gran escala contra la División 30. El ataque, que al principio parecía prometer el éxito, quedó truncado cuando la citada División 30 se rehízo de la sorpresa. No obstante, la acción ya había rendido ciertos frutos, puesto que, aunque por breve espacio de tiempo, distrajo la atención de los chinos que asediaban Bhamo y, en consecuencia, la noche del 14 al 15 de diciembre las fuerzas de la ciudad cercada conseguían abrirse camino hábilmente entre las líneas de los atacantes.

En este punto, Sultan ordenó al nuevo Ejército 1 que avanzara en dirección a Namhkam y al cruce con la carretera de Birmania. La *Mars Force* debía atacar en diagonal para cortar la citada carretera al sur de Mongyu e impedir que el enemigo pudiera enviar refuerzos desde Lashio. Al propio tiempo, el Ejército 56 japonés quedaría atrapado entre la *Mars Force*, la *Y Force* y el Ejército 1 chino.

El resto del amplio sector de Birmania septentrional al mando de Sultan quedó dividido entre la División 36 británica y la División 50 china. La orden de Festing disponía un avance con un despliegue frontal hacia el Sur, en los valles del Irawadi y del bajo Shweli, en dirección a Mogok y Mandalay y manteniendo contacto a la derecha con el flanco izquierdo del Ejército 14 de Slim y a la izquierda con la División 50. Esta unidad china, mandada por el hábil y enérgico general Pan Yu-kun, debía realizar una misión análoga en el salvaje territorio al sur de Bhamo, atravesando el Shweli y dirigiéndose hacia Namtu y Lashio.

La División 56 japonesa se replegó lentamente, según el plan defensivo del general Kimura, ante los avances convergentes del Ejército 1 y de la *Y Force*. Su acción retardadora, hábilmente dirigida, aprovechaba todas las asperezas del terreno.

El nuevo Ejército 1 ocupó Namhkam el 16 de enero de 1945 y Wan-ting cayó en manos de la *Y Force* el 20 del mismo mes. El día 22, el general Sultan anunció que la carretera Ledo-Birmania quedaba abierta. Un convoy de decenas de camiones, destinado a Kun-ming, seguido de numerosos corresponsales de guerra, llegó al día siguiente a Namhkam... para descubrir que los japoneses todavía eran dueños de las ciudades de Muse y Mongyu y que la carretera aún distaba mucho de quedar libre.

Entonces, las tropas de Sun Li-yen, apremiadas por el aturdido general Sultan, redoblaron sus esfuerzos y conquistaron rápidamente la ciudad de Muse, y el 27 de enero expulsaron a los japoneses de Mongyu, la ciudad situada en el cruce de las dos carreteras. Se establecieron sólidos contactos con la *Y Force*, y fue entonces cuando la carretera Ledo-Birmania quedó definitivamente libre. El generalísimo Chiang Kai-shek propuso generosamente que la carretera Ledo-Birmania se llamara a partir de aquel momento «carretera Stilwell», para honrar al hombre a quien correspondía el mayor mérito en la ruptura del bloqueo que había aislado a China.

Las últimas batallas en el Norte

Entre tanto, al sur del cruce de la vieja carretera de Birmania con la recién bautizada «carretera Stilwell», se estaba desarrollando una batalla. El 18 de enero, los elementos avanzados de la *Mars Force* se aproximaron a la carretera de Birmania, entre Hosi y Namhpakka, precisamente en el momento en que la División 56 japonesa empezaba a retirarse de la zona Wanting-Muse. El Regimiento de infantería 475 y el 124 de caballería americanos tomaron posiciones sobre las colinas que dominaban la carretera por el Oeste. Siguieron tres días de combates encarnizados, que disminuyeron en intensidad cuando los japoneses se dieron cuenta de que podrían escapar durante la noche por los senderos que corrían al este de la carretera.

La misión encomendada a la *Mars Force* era bloquear la carretera; pero el general Willey, que mandaba la brigada, había recibido instrucciones en el sentido de ahorrar pérdidas inútiles.

El 27 de enero, la División 30 china realizó una conversión hacia el Sur, desembocando en la carretera a la altura de Mongyu y siguiendo lentamente a los japoneses en retirada. Al Oeste, un regimiento de la División 38, que avanzaba con mayor rapidez, tomó contacto el día 28 con unidades de la *Mars Force* al norte de Namhpakka y se estableció junto a ellas a caballo de la carretera. Por desgracia, estas unidades chinas creían que la *Mars Force* ya estaba en posesión de la carretera y que bloqueaba todos los movimientos de los japoneses a sus espaldas. Por ello quedaron lamentablemente sorprendidos cuando un batallón enemigo, tras envolver a la *Mars Force*, la noche del 29 de enero, los atacó de flanco y por la retaguardia aniquilando prácticamente toda una compañía y un grupo de artillería: como era de esperar acusaron a los americanos de no haber sabido bloquear la carretera.

La División 30 siguió avanzando cautamente a lo largo de la carretera y el 3 de febrero alcanzó al fin las posiciones de la brigada de Willey, contra la cual la División 56 japonesa había sostenido el 2 y el 3 una última y dura batalla antes de rebasar las posiciones de Hosi-Namhpakka y ponerse a salvo. Más tarde, esta división tomó parte activa en la decisiva batalla contra los ingleses, en los alrededores de Mandalay.

Entre tanto, la División 36 británica se empeñó en Myitson en su última gran batalla en Birmania septentrional cuando, el 31 de enero, empezó a cruzar el río Shweli. El general japonés Kimura consideró que esto constituía una amenaza para sus posiciones septentrionales en la llanura de Mandalay, donde se estaba preparando para un choque decisivo con el Ejército 14 de Slim. En Myitson los japoneses recibieron refuerzos y se batieron con feroz determinación. La batalla se mantuvo con la misma intensidad hasta el 21 de febrero, día en que las tropas de Festing consiguieron al fin abrirse paso a través de las posiciones defensivas enemigas. Desde allí los ingleses continuaron su avance hacia el Sur, en dirección a Mogok y Kyaukme, y el día 31 de marzo alcanzaron la carretera de Birmania, acabando así con una campaña que había durado ocho meses.

También la División 50 china, más al Este, encontró una fuerte resistencia en Numtu a fines de febrero, conquistando la ciudad al precio de durísimos combates; desde allí reemprendió la marcha hacia el Sur, alcanzando la carretera de Birmania en Hsipaw el 15 de marzo. Su actividad bélica en Birmania concluyó entre el 17 y el 20 de marzo, cuando rechazó fuertes contraataques enemigos.

El nuevo Ejército 1 chino descendió por la carretera hacia el Sur desde Hosi, encontrando poca oposición, y tras una desordenada batalla sostenida entre el 6 y el 7 de marzo acabó conquistando Lashio. Luego siguió avanzando, y el 24 de marzo se reunió con la División 50 en las proximidades de Hsipaw. Estas operaciones señalaron el final de la campaña de Birmania septentrional, precisamente en el momento en que la lucha en el centro llegaba a su punto culminante en Mandalay y Meiktila.



LA RECONQUISTA DEL ARAKAN

Arthur Swinson

Mientras el grueso de las fuerzas de Slim se abría paso fatigosamente hacia el Sur, en dirección a Rangún, se puso de manifiesto que los dos objetivos aliados en el frente del Arakan –los islotes de Akyab y de Ramree– eran dos puntos clave de la máxima importancia, puesto que, aparte de constituir una base aérea avanzada en Birmania septentrional, serían dos excelentes trampolines de lanzamiento para las unidades de la aviación que participarían en la ofensiva contra Rangún. La campaña decisiva en el Arakan, precedida de un bombardeo naval masivo sobre Ramree, representó para los Aliados un valioso atajo en el camino que finalmente los condujo a la victoria.

(Imperial War Museum)

En vísperas de la Operación «Talon», tropas indias y británicas proceden al almacenamiento de material en Punta Foul, conquistada el 27 de diciembre de 1944 por la Brigada 74 de la División 25 india. *(Imperial War Museum)*

Pocas son las zonas del sector birmano en las que la naturaleza no contribuye a hacer aún más penoso y difícil cualquier combate. Y el Arakan es uno de los peores. La región, situada en la costa oriental del golfo de Bengala, comprende una faja de jungla húmeda y de espesa vegetación, los montes del Arakan, y una faja costera recortada, a lo largo de la cual abundan los pantanos, ensenadas fangosas, aguas bajas, islas y zonas que no son ni tierra ni mar.

En verano de 1944, la guerra había llegado a un punto muerto en el Arakan. El teniente general Sakurai, comandante del Ejército 28 japonés, quería defender a toda costa la faja litoral, el delta del Irawadi al este de los montes del Arakan y las islas de Ramree y Cheduba a fin de proteger la retaguardia del Ejército 15. También los ingleses habían adoptado una táctica defensiva, ya que todas las fuerzas aún no empeñadas debían ser utilizadas sobre el frente central. Así, pues, ambas partes se hallaban estabilizadas en las líneas respectivas, momentáneamente inactivas. Pero la situación era complicada, y pronto se puso de relieve que el desarrollo del conflicto en este sector dependería de la línea de conducta a seguir en el sector birmano considerado en su conjunto.

A fines de septiembre de 1944 era evidente que los dos objetivos de lo Aliados debían ser las dos islas de Akyab y Ramree.

La dirección de las operaciones incumbía al teniente general A. F. P. Christison, comandante del Cuerpo de Ejército XV. El 18 de octubre dicho general ultimó sus planes para el Arakan septentrional y para la isla de Akyab, y en el curso de la conferencia que se celebró la semana siguiente los comunicó a sus comandantes de división: la 25 india y la 81 y la 82 de África occidental avanzarían a lo largo de la faja costera; el *commando* número 3, seguido por la División 26 india, efectuaría un ataque anfibio contra la península de Myebon, al sur de Akyab. Entre tanto, las unidades guardacostas del Arakan, compuestas por una treintena de embarcaciones de motor, interrumpían las rutas marítimas japonesas más al Sur. Aunque se había determinado el orden de las operaciones, todavía no se había fijado la fecha de su iniciación; pero el 8 de noviembre Mountbatten advirtió que era necesario fijarla cuanto antes.

Mas, precisamente en este momento, se produjeron importantes cambios en el Alto mando del SEAC. El general sir George Giffar fue separado del mando y el Grupo de Ejércitos XI incorporado a una nueva unidad llamada ALFSEA *(Allied Forces South-East Asia).* Fue lamentable el apartamiento de Giffar, un militar pundonoroso, un «puro», fiel a la vieja tradición del Ejército británico; la causa principal de su caída en desgracia fue su incapacidad de ocultar sus propios sentimientos cuando Stilwell era descortés con él. Sir George Giffar era el hombre que proporcionó el cuadro organizativo gracias al cual Slim pudo obtener sus victorias. Y por lo menos por esta razón merecía mejor suerte. Pero la guerra no da lugar a consideraciones personales y así, el 12 de noviembre, llegó sir Oliver Leese para sustituirle y asumir el mando de la ALFSEA. Cuatro días después, el Cuerpo de Ejército XV quedaba fuera de la responsabilidad del mando de Slim y las operaciones en el Arakan pasaban al mando directo de Leese, quien no tenía experiencia en este sector de operaciones.

La evolución de los acontecimientos era lenta pero constante. Los comandantes conjuntos de las fuerzas armadas –Christison, el contraalmirante Martin de la *Royal Navy* y el general de división conde de Bandon de la RAF– impartieron órdenes para un avance en el Arakan septentrional, que comenzaría el 14 de diciembre. La Operación «Talon», o sea la conquista de Akyab, debería realizarse en marzo de 1945, posiblemente a principios de mes.

La ofensiva general se inició en el Arakan septentrional y consiguió importantes progresos sobre ambos flancos del monte Mayu. El 18 de diciembre el general Wood llegó a la conclusión de que a fines de mes, con algo más de dos semanas de anticipación sobre la fecha prevista, podría



El avance aliado en el Arakan, iniciado el 14 de diciembre de 1944 por las Divisiones 81 y 82 de África occidental y por la División 25 india, se desarrolló tan rápidamente que fue posible anticipar todas las operaciones previstas en aquel sector. El 4 de enero se ocupó Akyab y tras el ataque lanzado contra Ramree, la División 26 india completó su ocupación el 9 de febrero.

AVIONES BRITÁNICOS EMBARCADOS



Supermarine "Seafire" Mk III C

Inspirado en el caza terrestre *Spitfire VC*, este caza embarcado fue luego sustituido por un modelo mas avanzado, el *Mk XII*, que presentaba mejores características de vuelo y un nuevo motor. **Velocidad máxima**: 560 km/h. **Autonomía máxima**: 1200 km con depósito suplementario acoplable. **Altura operativa**: 9750 m. **Armamento**: dos ametralladoras de 20 mm. cuatro de 7.7 mm y una bomba de 225 kg o dos de 115

Fairey "Firefly" FR Mk-1

Caza de reconocimiento embarcado que operó especialmente en el Pacífico. **Tripulación**: dos hombres. **Velocidad máxima**: 518 km/h **Autonomía máxima**: 1700 km con depósitos auxiliares. **Altura operativa**: 8500 m. **Armamento**: cuatro ametralladoras de 20 mm; ocho cohetes de 27 kg o bien dos bombas de 450 kg.

Fairey "Barracuda" Mk II

Tipo de avión torpedero y de reconocimiento que se hizo famoso en la *Fleet Air Arm*, sobre todo por el ataque al acorazado alemán *Tirpitz*. **Tripulación**: tres hombres. **Velocidad máxima**: 367 km/h. **Autonomía máxima**: 1600 km. **Altura operativa**: 6000 m. **Armamento**: dos ametralladoras *Vickers K* de 7.7 mm; seis bombas de 115 kg o cuatro cargas de profundidad de 200 kg o un torpedo de 735 kg

alcanzar Punta Foul, en el extremo meridional de los Mayu, donde el río homónimo atravesaba su frente antes de desembocar en el golfo de Bengala. Al saberlo, lord Mountbatten convocó a sus comandantes de alta graduación, a los que ordenó elaborar, con la mayor rapidez, los planes para una conquista anticipada de Akyab.

Desde este momento, las operaciones adquirieron un ritmo más rápido. El 23 de diciembre de 1944 la Brigada 74 alcanzó Donbaik, escenario de una desastrosa acción durante la campaña de 1943, situada a unos 16 km de Punta Foul. En la orilla opuesta del Mayu, la 4.ª Brigada de África occidental sostuvo victoriosamente un combate en las cercanías de Taungmaw y avanzó sobre Htizwe, que se encuentra tan sólo a 64 km de Akyab. Christison sospechaba que los japoneses se retiraban hacia el Kaladan, un río que corre unos 80 km más al Este, y su suposición era exacta, ya que en aquellos momentos Sakurai ya había solicitado autorización para realizar un repliegue con el Ejército 28 y recibió la orden de reunirse con la División 55 en Prome.

El 27 de diciembre, la Brigada 74 llegó a Punta Foul y Christison pudo deducir, del examen de algunos documentos hallados en poder de un oficial enemigo, que las fuerzas japonesas que ocupaban Akyab no sumaban más de un batallón, por lo que propuso a los comandantes conjuntos realizar un ataque sin pérdida de tiempo. Mientras las divisiones del Cuerpo de Ejército XV continuaban avanzando por el Norte, la formación naval recibió la orden de efectuar, el día 3 de enero, un ataque anfibio junto con el comando número 3 y la División 25. Esta operación recibiría el apoyo de la Brigada 74, transferida desde Punta Foul hacia el Sur.

Pero no fue necesario lanzar este ataque. El día 2 de enero, un oficial observador sobrevoló la isla, y al no descubrir el menor rastro de japoneses aterrizó en un arrozal, donde fue recibido por gran número de indígenas, quienes le aseguraron que los japoneses se habían marchado. Una rápida inspección le convenció de que habían dicho la verdad. Inmediatamente puso el hecho en conocimiento de Christison, quien se apresuró a trasladarse al lugar y ordenó que los desembarcos se desarrollasen según el plan establecido, pero ya sin fuego de preparación. El 4 de enero se ocupó la ciudad de Akyab y los ingenieros informaron que el puerto estaba en condiciones de ser utilizado. Acto seguido se iniciaron los trabajos de preparación del aeródromo, y al día siguiente ya aterrizaba en él un Grupo de *Spitfire*, con el tiempo justo para rechazar un ataque aéreo japonés.

La situación evolucionaba también rápidamente en el frente central, y las previsiones que Slim hiciera a primeros de diciembre, cuando afirmó que Kimura esperaría a dar la batalla decisiva al sur de Mandalay, se estaban cumpliendo. El Ejército 14 había dejado atrás la jungla y avanzaba en la llanura polvorienta, entre el Chindwin y el Irawadi, que permitía a los carros de combate una libertad de movimientos como no habían tenido aún desde el principio de la campaña.

Pero era evidente que para la conquista de Rangún –ya fuera ocupada por Slim atacándola desde el Norte o bien cayese en poder de los Aliados mediante un ataque anfibio– sería necesario disponer de una pista de aterrizaje en un radio de acción útil, y el lugar más adecuado para construirla era la isla de Ramree. Christison ya había elaborado un plan con este fin, incluso antes de desembarcar en Akyab, y el 9 de enero lo sometió a la aprobación de Mountbatten. La unidad principal que tomaría parte en la acción sería la División 26, del general Lomax, y la fecha fijada el 19 de enero.

La ayuda de la artillería naval

El día 21 de enero de 1945 se desencadenó el ataque contra la isla de Ramree. Algunos días antes, lord Mountbatten tuvo noticia de que los japoneses habían emplazado cañones en las cavernas que dominaban los puntos elegidos para el desembarco, y en consecuencia ordenó inmediatamente que el acorazado *Queen Elizabeth* y el portaaviones de escolta *Ameer* salieran de Trincomalee, escoltados por los destructores *Norman*, *Pathfinder* y *Raider* para efectuar el fuego de preparación. Estos buques, junto con el crucero *Phoebe*, dos destructores –el *Rapid* y el *Napier*– y otras unidades menores de la *Royal Indian Navy*, constituían un poderoso grupo de ataque y el bombardeo que realizaron fue probablemente el más intenso que se viera en el golfo de Bengala (sólo el *Queen Elizabeth* disparó 69 salvas de 381 mm). Los aviones *Thunderbolt* y los *Mitchell* del 224.º Grupo de la RAF y más de 85 *Liberator* de la *Strategic Air Force* apoyaron a la *Royal Navy*.

El grupo de asalto de infantería pertenecía a la Brigada 71 y estaba al mando del general R. C. Cotterel-Hill; a las 8,30 horas, los hombres del citado grupo se dirigieron, en los medios de desembarco, hacia la costa. Uno de estos medios y una embarcación a motor chocaron con una mina y el incidente provocó una momentánea confusión; pero las demás embarcaciones avanzaron con toda normalidad y a las 9,42 tocaban tierra. Las defensas costeras japonesas ya no existían y los hombres, una vez superado rápidamente el trecho de playa, se adelantaron hacia el interior. En Kyaukpyu tuvieron que hacer frente a algunas patrullas japonesas que tardaron varias horas en ser aniquiladas. A la mañana siguiente desembarcó el general; el sector septentrional de la isla fue rápidamente ocupado y las fuerzas empezaron a descender hacia el Sur.

Christison había preparado ya los planes para explotar la conquista de la isla de Ramree, efectuando desembarcos en Letpan, en Taungup y en otros puntos de la costa birmana con el fin de avanzar hacia Prome, una ciudad situada sobre el Irawadi, y amenazar desde allí la retaguardia del Ejército 15 japonés. Pero para llegar a Prome era necesario atravesar los montes del Arakan, pasando por uno de los dos valles de An y de Taungup, y Christison no sospechó que Miyazaki, comandante de la División 54 japonesa, había basado su plan de resistencia en las defensas de estos pasos y que precisamente por ello había abandonado Akyab.

La consecuencia fue que, una vez realizados los desembarcos, los ingleses tuvieron que sostener numerosos combates, sufriendo elevadas pérdidas y sin que se llegase a alcanzar ninguno de los pasos.

Todavía el 1 de febrero, o sea el día en que la Brigada 61 alcanzaba Sane, Christison confiaba en que podría llegar a Prome, con tal que los desembarcos se realizasen lo antes posible, por lo que solicitó a Lomax que eliminase cuanto antes a los supervivientes de la guarnición de Ramree. Además le encargó la misión de rastrillar el intrincado grupo de islas entre Ramree y tierra firme.

La ciudad de Ramree se halla en la costa oriental, a unos 24 km al sur de Sane, y allí, el 7 de febrero, la Brigada 71 tuvo que sostener una violenta batalla con los japoneses. La resistencia organizada duró hasta el 9 de febrero, tras la intervención de la Brigada 4, y al fin fue ocupada la ciudad. Todo ello constituyó una ardua tarea para las tropas británicas e indias de la División 26, porque durante todo el avance fueron hostigadas por francotiradores emboscados en la espesura de la jungla y porque todo su camino había sido sembrado de minas y de artefactos explosivos con apariencia inofensiva. Durante el avance, los zapadores divisionarios abrieron 80 km de carreteras nuevas y pusieron de nuevo en servicio 4 puentes.

Ahora la división concentró sus esfuerzos en el intento de bloquear a los japoneses las vías de retirada entre la isla de Ramree y el continente. Los nipones se dividieron en pequeños grupos y trataron de escapar durante la noche a través de los *chaung*, lo que señaló el comienzo de un frenético juego al escondite. El 11 de febrero los japoneses lanzaron un ataque aéreo, con el fin de romper el bloqueo, y un destructor británico fue gravemente dañado.

Luego, unos 40 pequeños aparatos enemigos aterrizaron para evacuar a la guarnición; pero esta operación no resultó muy afortunada y en el curso de los días que siguieron casi todos los japoneses que trataban de huir a bordo de algún *sampan* fueron capturados. Pero no todos los defensores estaban dispuestos a caer prisioneros y muchos decidieron internarse en la jungla y seguir resistiendo. La caza de estos supervivientes se prolongó durante varios meses y fue dificilísima; la mayor parte de los soldados japoneses que sobrevivieron se apresuraron a deshacerse de su uniforme y a vestirse como los indígenas. No sería de extrañar que algunos de ellos vivieran todavía en Ramree.

Ramree: «casi un paraíso»

Entre tanto, el plan de lord Mountbatten de construir en Kyaukpyu una pista de aterrizaje, practicable en cualquier estación, se estaba convirtiendo en realidad. Por el mar llegaron grandes máquinas para nivelar el terreno, mientras los *bulldozer* habían sido transportados por vía aérea. Desde la mañana a la noche –y en las últimas fases incluso durante toda la noche– se oía un continuo zumbido de maquinaria, y sobre la isla flotaba permanentemente una nube de polvo. El puerto funcionaba a tope, y un grupo costero transportaba todos los días miles de toneladas de abastecimientos desde el mar a tierra firme.

La campaña de Birmania había sido tan larga, tan cruenta y había costado tantos sufrimientos físicos que Ramree representó un verdadero paraíso para los hombres destacados en la isla. Los días eran cálidos, aunque las temperaturas nunca eran excesivamente altas, y las noches frescas. Los baños de mar, en las playas doradas, constituían lo mejor que muchos de aquellos hombres habían conocido hasta entonces. Para centenares de ellos, Ramree representa aún hoy uno de los más bellos recuerdos de su juventud.

Pero en marzo de 1945, cuando Slim cercó a los Ejércitos 15 y 33 japoneses en Birmania central, Akyab y Ramree adquirieron de pronto una enorme importancia estratégica. Slim no estaba muy seguro de poder llegar a Rangún antes de la estación de los monzones; poco después, el 29 de marzo, el jefe de su Sección de operaciones le presentó un informe del que se desprendía claramente que si no se iniciaba cuanto antes la operación anfibia el Ejército 14 correría un serio peligro de hallarse falto de abastecimientos a causa de la insuficiencia de sus vías de comunicación. Por lo tanto, era necesario conquistar cuanto antes Rangún desde el mar a fin de poder desembarcar allí abastecimientos y enviarlos luego hacia el Norte. En el curso de una reunión convocada por lord Mountbatten, el 9 de abril, se decidió que la División 26 se concentrase inmediatamente en Ramree, para iniciar sin pérdida de tiempo la Operación «Dracula». Akyab y Ramree se convirtieron así en escenario de una intensa actividad, mientras los Estados Mayores elaboraban los últimos detalles del asalto a Rangún, fijado para el día 1 de mayo. La RAF realizaba salidas cotidianas, despegando ya de la pista de Kyaupkyu, para bombardear y hostigar a las tropas japonesas en retirada.

La reconquista de Rangún constituye un capítulo aparte. Lo único que ahora cabe recordar es que los primeros hombres que entraron en ella pertenecían a las unidades que salieron de Ramree y que cuando empezó la estación de los monzones los abastecimientos para el Ejército 14 ya se desembarcaban en grandes cantidades. Las bases de Akyab y de Ramree cumplían su cometido.

LA CARRERA HACIA RANGUN

Antony Brett-James

En abril de 1945 el Ejército 14 de Slim había desarticulado los Ejércitos japoneses de Birmania central, en Mandalay y en Meiktila. Empezó entonces la marcha hacia el Sur. No se trataba tan sólo de una competición de velocidad entre las victoriosas vanguardias aliadas y los japoneses en retirada, sino que más bien era una carrera entre el grueso de las fuerzas de Slim y sus unidades anfibias, que se disponían a descender hacia Birmania meridional desde el Arakan. Fueron estas unidades, y no las divisiones que avanzaron por el interior del país, las que conquistaron Rangún para los Aliados, tras una batalla prácticamente incruenta.



Grupo acorazado británico empeñado en la batalla por la ciudad de Prome, importante puerto fluvial de Birmania meridional, conquistada el 2 de mayo de 1945 por las fuerzas de la División 20 india.
(Imperial War Museum)

La batalla para la reconquista de Birmania central llegó a su fin en marzo de 1945, con la caída de Meiktila y de Mandalay. Pero esto no significaba que el general Kimura admitiera que sus Ejércitos habían sido derrotados. Aunque muy castigados y prácticamente sin artillería y, sobre todo, sin transportes motorizados, las divisiones japonesas eran aún una fuerza que imponía respeto, y era de esperar que se batirían con la energía y resolución habituales; por otra parte, los japoneses sabían que el Ejército 14 de Slim se encontraría en un grave aprieto si le impedían que ocupase el puerto de Rangún antes de la estación de las lluvias, que generalmente empieza hacia el 15 de mayo.

Calculando que Kimura no estaba en situación de bloquearlo en ambas direcciones –el valle del Irawadi y la línea del ferrocarril Toungoo-Pegu–, Slim pensaba enviar tres divisiones de infantería y una brigada de carros por cada una de ellas; pero carecía de suficientes medios de transporte y de los correspondientes batallones, y tampoco los aviones disponibles podrían abastecer más de tres divisiones.

A primeros de abril, la Brigada de infantería 268 india, del general G. M. Dyer, y la Brigada 5 de la División 2 salieron de Myingyan con dirección Sudoeste y entraron en el valle del Irawadi, sin encontrar resistencia apreciable hasta el monte Popa. En este punto fueron detenidos hasta el 19 de abril por 500 japoneses, sólidamente atrincherados en las laderas, con numerosas piezas de artillería y que combatían con su acostumbrada tenacidad.

Entre tanto, la División 7 india de Evans realizaba constantes progresos a lo largo de las dos orillas del río. En Kyaukpadaung, importante nudo de carreteras y de ferrocarril, base de abastecimientos nipona en la orilla izquierda, los elementos de vanguardia de la brigada 33, al mando del general L. H. O. Pugh, fueron obligados a marchar al paso; pero, el 12 de abril, tras una dura batalla, conquistaron la ciudad, donde se apoderaron de un importante botín de camiones, vagones de ferrocarril, maquinaria para instalaciones petrolíferas, armas y municiones.

Desde Kyaukpadaung, los hombres de la Brigada 33 avanzaron sobre Chauk, donde les sorprendió el hecho de que la ciudad, circundada por fuertes defensas naturales representadas por alturas escarpadas y profundos barrancos, hubiera sido abandonada por los japoneses, quienes se habían retirado no hacia el Sur sino hacia el Oeste, en dirección a Seikpyu, donde fueron machacados por la artillería y atacados por la Brigada 114. Cuando la brigada de Pugh llegó al campo petrolífero de Yenagyaung, limitado por el río y por áridas colinas, en el aire se elevaban columnas de humo, señal de que los japoneses estaban destruyendo todo lo que podían. La batalla se desarrolló en medio de las ruinas de depósitos, de las torres de sondeo y de las centrales eléctricas, y el combate se convirtió en carnicería cuando los defensores, que preparaban una emboscada, bloquearon el camino no sólo con montones de maquinaria pesada, sino también con gran cantidad de bidones de gasolina. De las posiciones vecinas salieron pelotones suicidas, armados con antorchas, y prendieron fuego al carburante. Pero los carros, para los cuales se había preparado aquel infierno, no cayeron en la trampa y la soslayaron, llegando a su objetivo por otro camino. EL 25 de abril, las dos brigadas de la División 7 india se reunieron en el interior de la ciudad. El enemigo había desaparecido.

Durante todo este tiempo, la División 20 india del general Douglas Gracey había continuado avanzando hacia el Sur, siguiendo un curso paralelo a la izquierda, y el 13 de abril sorprendía a la guarnición japonesa que defendía Taungdwingyi, un punto clave en la ruta de retirada a lo largo de la cual habían intentado ponerse a salvo elementos del Ejército 28 japonés. El general Sakurai, que esperaba que los británicos lanzarían su ataque principal descendiendo por el valle y subvalorando además la velocidad de movimiento del Cuerpo de Ejército XXXIII, había ocupado la ciudad tan sólo con elementos del Ejército nacional indio y con tropas extraídas de la organización logística, mientras sus unidades combatientes se apostaban a lo largo de la orilla del río. Por si eso fuera poco, transcurrieron varios días antes de que les llegase la noticia de la caída de Taungdwingyi, de modo que los convoyes japoneses, ignorantes de la situación, siguieron llegando a la ciudad para caer en manos del adversario.

Luego, los hombres de Gracey realizaron una conversión al Oeste, y el 19 de abril conquistaron dos poblados en la orilla del río, Magwe y Myingyun. Desde este punto, el general envió una de las brigadas a 80 km por delante, hacia Allanmyo, que cayó el 20 de abril, tras una resistencia suicida de la retaguardia enemiga.

El 2 de mayo –el mismo día en que, como referiremos luego más ampliamente, el Cuerpo de Ejército IV ocupó Pegu, la División 26 india desembarcó junto a Rangún y el monzón se inició anticipadamente– cayó en manos de los Aliados el importante puerto fluvial de Prome. En Pegu desembocaba el extremo oriental de una carretera que la unía con Taungup, algo más al sur de la isla de Ramree, y la pérdida de Prome significó para los japoneses el cierre de la última ruta por la que hubieran podido retirarse.

En este punto, es necesario volver tres semanas atrás para seguir las acciones del Cuerpo de Ejército IV, mandado por Messervy. La División 17 india, del general David Tennant Cowan, debía arrojar a los japoneses de Pyawbwe, una ciudad situada a unos 50 km de Meiktila, para permitir el comienzo del avance sobre Rangún.

El general Cowan había proyectado asediar la ciudad y enviar al ataque sus brigadas, partiendo desde cuatro distintas direcciones, después de cortar la carretera que conducía a Rangún. Los movimientos comenzaron el día 30 de marzo y fueron el preludio de una áspera lucha, especialmente hacia el Sureste, antes de que Yindaw, desde donde Cowan pensaba coordinar las operaciones contra Pyawbwe, fuese conquistada.

El 8 de abril, el general Honda había ordenado a las tropas que evacuasen Pyawbwe inmediatamente después del crepúsculo, pero los defensores fueron sorprendidos por el ataque británico mientras se preparaban para abandonar la ciudad y sufrieron grandes pérdidas. Sus carros, nueve exactamente, quedaron destruidos; además debieron abandonar 13 piezas de artillería y más de 1100 cadáveres.

Pero la conquista de Pyawbwe requirió más tiempo del previsto, y esta circunstancia, junto con el lento comienzo del combate y la feroz resistencia de los defensores, aunque impuso un retraso al avance de Messervy, provocó un grave trastorno en el desarrollo de las operaciones del Ejército de Honda. Así, con esta importantísima y decisiva batalla se eliminó el mayor de los obstáculos que los Aliados tenían ante sí en su camino hacia Rangún. Kimura, en realidad, había exigido demasiado al ordenar a Honda que defendiera una línea tan larga como la que iba desde Yanaung hasta Thazi, sobre todo sabiendo que las tres divisiones del Ejército 33 apenas tenían hombres y elementos suficientes para constituir una completa. Quizá un repliegue inmediato sobre Shwemyo, con su *chaung*, su desfiladero y su rápida vertiente rocosa –una posición muy difícil de salvar– hubiera servido mejor a los propósitos de Honda. Mas, cuando intentó realizar este repliegue, ya era demasiado tarde.



Tropas británicas atraviesan una amplia zona cubierta de aguazales en el curso de su fatigoso avance por el territorio de Birmania meridional. (Keystone)

VEHÍCULOS Y EQUIPO EN DOTACIÓN DEL SOLDADO AMERICANO



Ambulancia Austin

Personal: dos hombres en la cabina y uno en el furgón ambulancia. **Capacidad**: cuatro camillas o diez heridos o enfermos sentados. **Autonomía**: 384 km. **Velocidad máxima**: 88 km/h. **Peso**: 3,1 t.

(John Batchelor)

1. Fusil británico *Mk V*, calibre 7,7 mm, con bayoneta y su correspondiente funda; al lado del fusil un cargador de peine con cinco cartuchos.
2. Teléfono de campaña portátil.
3. Pistola de señales *Very* con cartuchos.
4. Radio de campaña portátil, que las tropas llamaban familiarmente *Walkie-talkie*; llevaba un aparato retransmisor de peso y dimensiones limitados; antena plegable.

(History of the Second World War)

La División 5 india, del general Robert Mansergh, atravesó las posiciones de la 17 y se puso a la cabeza del avance para llevar a cabo la misión de asegurar a los Aliados, para el 25 de abril, la posesión de los aeródromos de Toungoo, según las instrucciones de Messervy, que decían: «El factor esencial es la rapidez, así que merece la pena correr riesgos para conseguirla. Cada día es precioso». Todas las unidades de las dos divisiones serían abastecidas por vía aérea, mientras la División 19 india debería asegurar la defensa de los aeródromos de Meiktila, destruyendo los elementos japoneses que se encontrasen aún en aquella zona.

La unidad de vanguardia era la Brigada 123, del general E. J. Denholm-Young, que tenía bajo su mando los carros de combate del 7.º de caballería india y el 116.º *Gordon Highlander*, de las tropas acorazadas. Estas vanguardias, divididas en nueve columnas separadas, disponían entre carros, camiones, *jeep*, autoametralladoras, medios anfibios y autopropulsados, de más de 1200 vehículos. Un pelotón especializado en la instalación del puente *Bailey* acompañaba a las unidades avanzadas de ingenieros; se había calculado que, en total, serían necesarias cerca de 1900 toneladas de material para los puentes a fin de poder avanzar desde Meiktila hasta Rangún.

A las 4,30 horas del 11 de abril, las dos columnas avanzadas llegaron a Yamethin y la rebasaron rápidamente, sin que nada les obstaculizase. Pero cuando entró en la ciudad la unidad que les seguía –dos grupos de artillería y una compañía de *Jat*–, más de 300 japoneses, situados al este de la carretera principal y que amparándose en la oscuridad se habían infiltrado atrincherándose en las casas, la atacaron y su situación se hizo muy difícil, ya que de noche era imposible reaccionar adecuadamente. Fue un mal momento para las tropas aliadas, con los medios acorazados aislados al sur de Yamethin y el resto de la brigada de Denholm-Young, al Norte. La madrugada no mejoró las cosas, pues la aviación japonesa, con una insólita salida de cuatro aviones, se apuntó un éxito notable bombardeando y ametrallando a baja altura la columna de retaguardia y destruyendo 12 camiones de municiones.

Una obstinada y hábil acción de retaguardia

Aquel día, compañías del 7.º Regimiento *York and Lancaster* intentaron dos veces entrar en la ciudad, pero las dos veces fueron obligados a retroceder. Los *Jat*, que rastrillaban las casas al oeste, realizaron algunos progresos, y al amanecer consiguieron asegurarse la posesión del cruce de carreteras y del nudo central del ferrocarril. Entonces intervino otro batallón, el 2/1.º *Punjab*, que rodeó a los japoneses por la periferia meridional. Sin embargo, los defensores –más de 300, con artillería y carros de combate– se hicieron fuertes en las posiciones periféricas del sudeste, tras la protección de un inesperado campo minado, en el que la primera sección perdió en un minuto una docena de hombres y que tuvo que ser eliminado mediante el fuego de la artillería.

La división de Mansergh, impaciente por este retraso, se lanzó de nuevo hacia el Sur el día 16 de abril, y al anochecer llegó a Tatkon, salvando una distancia de 32 km. A lo largo de este recorrido, la carretera principal bordea colinas y zonas cubiertas de jungla y, más adelante, a 13 km de Tatkon, pasa a través de algunos desfiladeros dominados por la mole rocosa de Shwemyo, un obstáculo poderoso de 210 m de altura. Como los carros y los camiones no lo podían rodear, se preveía que los japoneses opondrían resistencia en este punto, y, en efecto, mientras la División 5 se acercaba rápidamente para intentar su conquista, un regimiento japonés fue enviado a toda prisa al norte para hacer frente a la amenaza. Cuando las vanguardias de Denholm-Young llegaban ante la roca los japoneses ya empezaban a atrincherarse en la cima

Mientras una brigada se aseguraba una cabeza de puente sobre el próximo *chaung* de Sinthe, otra realizó una amplia maniobra envolvente y sorprendió a los nipones por la espalda, en el momento en que aún se hallaban excavando hoyos y trincheras. En ese momento, la tercera brigada de Mansergh fue enviada a lo largo de la carretera a fin de economizar aviones para el transporte de carburante, y recibió la orden de avanzar hasta el próximo objetivo, Pyinmana, siguiendo la línea del ferrocarril.

Al propio tiempo, la Brigada 161, del general E. H. W. Grimshaw, se lanzó hacia delante con el grupo acorazado, una vez los zapadores limpiaron las zonas minadas. Las continuas emboscadas de los francotiradores y los puentes destruidos imponían retrasos; pero, gracias al impulso de los *Gordon Highlander* y del 7.º de caballería, Pyinmana fue ocupada en las primeras horas del 20 de abril y el puente fue conquistado aún intacto.

El Ejército 33 de Honda había establecido la sede provisional del mando junto a Pyinmana y los carros de combate que atravesaron la ciudad no lo capturaron por un retraso de pocos minutos. Cuando aparecieron, el general se hallaba inspeccionando las defensas, pero el coche del Estado Mayor fue más rápido que los carros británicos, y así Honda escapó a la captura. La Brigada 161 de Grimshaw y los carros de combate dejaron tras sí a la Brigada 9 con la misión de rastrillar a los últimos defensores de la ciudad y la envolvieron por una desviación abierta apresuradamente por los *bulldozer*, continuando luego hacia el Sur.

En Lewe se conquistó el aeródromo, lo que era más importante, para el avance, que la conquista y ocupación de cualquier ciudad, y a él los planeadores americanos transportaron los *bulldozer* indispensables para las unidades avanzadas de ingenieros que deberían disponer las pistas, las cuales tres días más tarde estaban en situación de ser utilizadas.

Un ataque aéreo decisivo

Después de atravesar con grandes dificultades un gran *chaung*, la Brigada 123 se dirigió hacia Thawati, y la tarde del 21 de abril los carros de combate, tras rechazar sobre la marcha algunas tímidas intentonas de defensa, entraron en Yedashe, a sólo 295 km de Rangún. Al día siguiente, poco después del amanecer, cazabombarderos japoneses tipo *Oscar* bombardearon la Brigada 161 y ocho de ellos atacaron a los planeadores, de los cuales abatieron un buen número. Esta puede ser considerada como la última acción de la aviación nipona en Birmania, y si sus pilotos hubieran esperado diez minutos más quizá hubieran destruido algo de mucha más importancia: los primeros *Dakotas* destinados al abastecimiento.

Uno de los más importantes antagonistas a los que había que hacer frente en la carrera hacia Toungoo era el Ejército 15 nipón, al que Kimura había ordenado abandonar los montes Shan meridionales al este de Meiktila y dirigirse hacia el Sur, pues esperaba que si podía organizar, con lo que quedaba de él, una fuerte reserva, aún tendría una posibilidad de detener al Cuerpo de Ejército IV de Messervy en torno a Toungoo, impidiéndole ocupar los aeródromos hasta que las lluvias estacionales le concedieran un momento de tregua. Y Slim debía procurar que esto no sucediera. A primeros de marzo, previendo el intento enemigo de hacer converger en el Sur parte de las unidades concentradas en Birmania central y del norte, propuso que fueran los *Karen* quienes, a su debido tiempo, se encargasen de obstaculizar los planes del enemigo. Los *Karen* eran soldados pertenecientes al Ejército birmano, enrolados secretamente y que formaban pequeños grupos que constituían la *Force 136*. Así, pues, el 13 de abril ordenó a los citados *Karen* que entraran en acción, y que obstaculizasen los movimientos de los japoneses, interrumpiendo la carretera Loi-kaw-Bawlake y la que unía Mawchi con Toungoo. Los *Karen* ejecutaron estas órdenes con un entusiasmo que nacía del odio a los japoneses. Las columnas niponas, que de noche se dirigían a marchas forzadas hacia Toungoo, caían frecuentemente en emboscadas; los puentes saltaban por los aires antes de que las tropas acabasen de pasarlos. El resultado fue que los japoneses, obstaculizados de mil maneras distintas, no sólo perdieron continuamente hombres y medios de transporte, sino también la posibilidad de llegar a tiempo a su destino.

Si la irrupción de la Brigada Acorazada 255 en Pyinmana sembró la confusión en las filas japonesas y alarmó al general Honda, la súbita aparición de los carros en Toungoo fue mucho peor. Una vez más, Honda tuvo que huir precipitadamente y durante varias semanas no pudo recuperar el control de su vacilante Ejército, ya en vías de desintegración, y ni siquiera restablecer el contacto con sus unidades. Mientras los carros británicos atronaban las calles, los japoneses se refugiaban en la jungla.

Nadie había previsto una victoria tan fulgurante en Toungoo –el Cuerpo de Ejército IV la conquistó con tres días de antelación respecto incluso a las esperanzas o a las exigencias más optimistas–; pero, por otra parte, lo cierto era que sólo quedaban ocho días para cubrir 266 km. La cobertura aérea era esencial en las últimas fases de la persecución y la posesión de los aeródromos de Toungoo, dos de los mejores de los existentes en Birmania, era un botín de valor incalculable, pues ahora Rangún se hallaba dentro del radio de acción de los cazas. O al menos eso parecía. Messervy estableció la sede de su mando en la ciudad, y se destacaron a los aeródromos tres Grupos aéreos, uno de *Hurricane*, otro de *Spitfire* y otro de *Thunderbolt*.

La División 19 india fue transferida al Sur y destinada a la defensa de los valiosos aeródromos junto con un regimiento de la RAF. Por desgracia, las lluvias estacionales, que comenzaron a caer el día 2 de mayo, con un adelanto de más de diez días, inundaron todas las pistas. Uno de los dos aeródromos pudo ser mantenido en servicio para los aviones de transporte; pero, a excepción de un Grupo que permaneció en Toungoo, los demás aparatos tuvieron que volver al Norte y despegar desde Meiktila y Myingyan.

A sólo 109 km de Rangún

El 26 de abril, la columna mixta de infantería y medios acorazados de la División 17 llegó casi hasta Nyaunglebin, antes de entrar en contacto con los japoneses que se retiraban precipitadamente. Al día siguiente, las tropas aliadas sostuvieron un sangriento combate en Pyinbongyi, a 109 km de Rangún, en el curso del cual algunos pelotones suicidas intentaron destruir los carros de cabeza con cargas de alto explosivo atadas al extremo de largos bastones; asimismo, los *Sherman* eran obstaculizados desde las elevadas orillas del río y desde la densa vegetación de los alrededores, así como en el interior del poblado y desde un gran depósito que protegía el flanco derecho de los nipones. Al día siguiente, durante el avance sobre Pagagyi, la columna se encontró de improviso con los japoneses, que de nuevo defendían algunas barricadas en el centro de la carretera. Otra vez atacaron con cargas de alto explosivo en la punta de largas varas y con este sistema lograron destruir dos carros de combate.

La localidad de Pegu fue atacada por tres lados a la vez. El ataque lanzado por el Nordeste no consiguió su objetivo, que consistía en conquistar el puente principal, y ni siquiera los duros combates del 29 y del 30 permitieron a los Aliados conquistar este importante puente ni las numerosas alturas desde las cuales la artillería japonesa impedía cualquier avance ulterior. El barrio residencial de Pegu fue rápidamente ocupado, pero todos los intentos de penetrar en la población desde el Este resultaron infructuosos. Otro ataque lanzado por el Sur tampoco consiguió llegar hasta el puente sobre la carretera a causa de la profundidad de un curso de agua que lo hacía impracticable; sin embargo, la Brigada 63 del general G. W. S. Burton consiguió apoderarse del campo de golf.

Una desilusión

El más espectacular y al propio tiempo el más descorazonador de los ataques fue el que se lanzó por el Norte, a través del río Pegu, a cargo del 4/12.º Regimiento de la *Frontier Force*. Aquella noche se rechazaron dos contraataques y al amanecer los japoneses desaparecieron, pero dejando un determinado número de francotiradores que continuaron resistiendo durante una o dos horas.

La misma mañana, los japoneses se retiraron también del sector oriental de Pegu, mientras, por el contrario, siguieron resistiendo tenazmente en torno a la estación ferroviaria; los Aliados debieron limpiar la zona de minas e ingenios explosivos camuflados antes de poder ocuparla. Al fin, el 2 de mayo toda la ciudad estaba en manos de Cowan y el mismo día los ingenieros sustituyeron el arco central del puente del ferrocarril, que se había hundido, con un *Bailey*. Luego cubrieron la superficie del puente y quitaron los raíles para transformar el andén de acceso en carretera.

Todos los que estaban comprometidos en la empresa hicieron lo posible y lo imposible para que, al menos, una parte de la División 17 india se abriera paso hasta Rangún, pues esta unidad merecía un honor semejante por ser la única veterana de la retirada de 1942. Pero aquellos soldados tuvieron el duro desengaño de saber que les había precedido la División 26 india, que efectuó un desembarco anfibio el día 2 de mayo y llegó a Rangún.

Slim y lord Mountbatten se habían puesto de acuerdo sobre este plan el 2 de abril. El ataque anfibio, según Slim, «machacaría la puerta de servicio mientras yo haré irrupción por la entrada principal». El 2 de mayo, fecha fijada para la operación, fue el último día útil permitido por las condiciones atmosféricas.

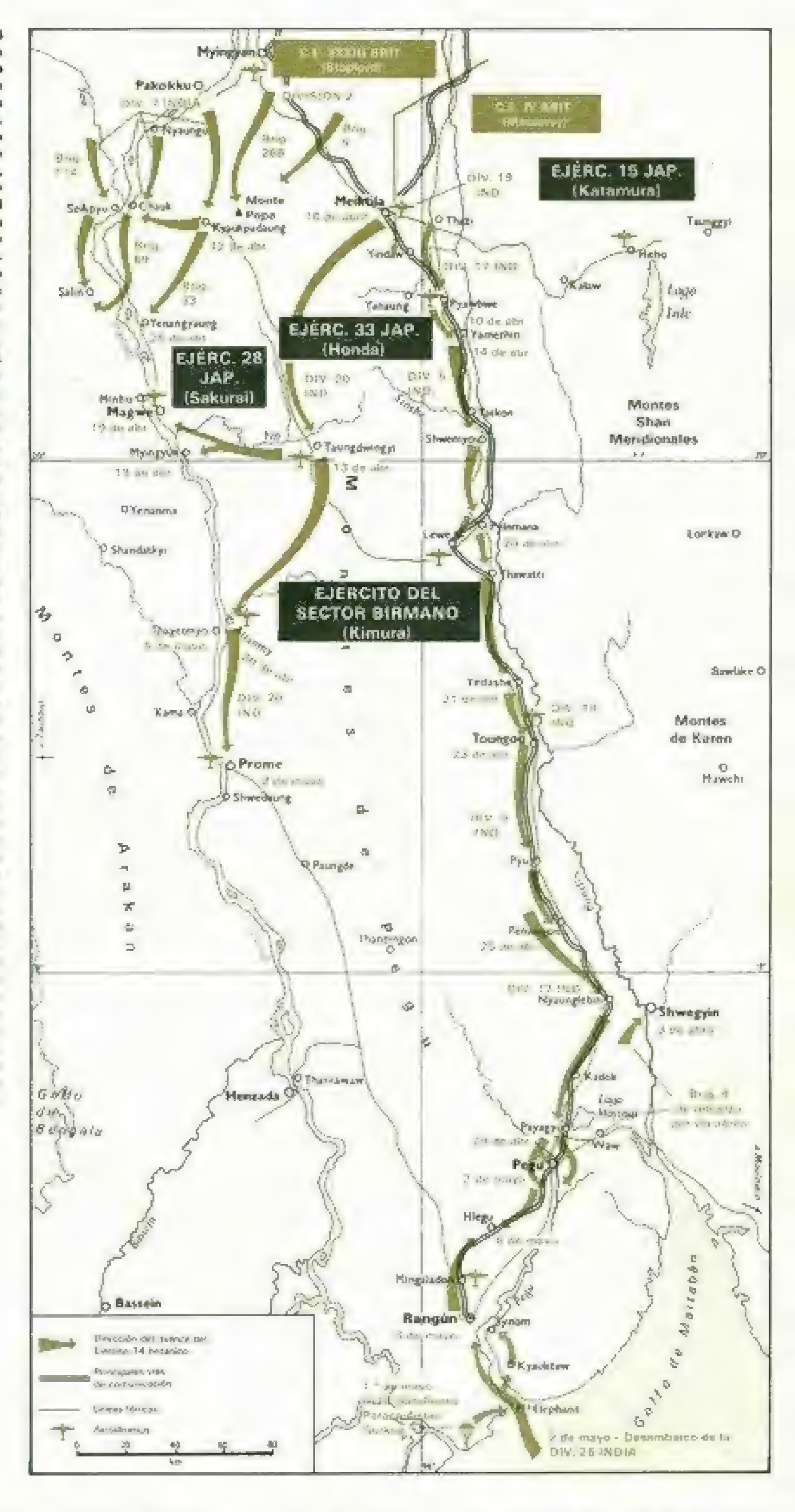
La División 26, del mayor general H. M. Chambers, compuesta por veteranos del Arakan, inició sus preparativos mientras una formación de buques de guerra, embarcaciones para el transporte de tropas y medios de desembarco se concentraba en aguas de Akyab y de Ramree. El plan disponía que el 1 de mayo se lanzaría en paracaídas un batallón de la 50.ª Brigada de paracaidistas sobre Punta Elephant para neutralizar las defensas que, según las informaciones, eran muy fuertes, tanto en la misma punta como en todo el curso del río hasta la ciudad.

Mientras el vicealmirante H. T. C. Walker conducía su formación naval procedente de Ceilán, de la que formaban parte los acorazados *Queen Elizabeth* y *Richelieu* y cuatro cruceros, y atacaba objetivos en las islas de Andamán y Nicobar para proporcionar una cobertura de gran amplitud a los convoyes que se dirigían a Rangún, tres destructores patrullaban por el golfo de Martabán, donde hundieron muchas embarcaciones que transportaban soldados japoneses desde Rangún a Moulmein.

El nudo corredizo en torno a Rangún

En las primeras horas del 1 de mayo, el 2/3.º Batallón paracaidista *Gurkha* y un destacamento de la *Force 136* embarcaron en 40 aviones de transporte para efectuar un lanzamiento un poco al oeste de Punta Elephant, con la orden de «eliminar a todos los japoneses que ocupan la zona, de manera que los medios de desembarco y los dragaminas puedan comenzar a pasar por el río Rangún a partir de las 4 horas del día D».

El lanzamiento no encontró resistencia, y todo fue fácil hasta el momento en que, a causa de un desafortunado error, un racimo de bombas des-



Las acciones del Ejército 14 británico contra las fuerzas japonesas en Birmania meridional se iniciaron a principios de abril de 1945. Con el fin de asegurarse el éxito de las operaciones, Slim decidió que el Cuerpo de Ejército XXXIII efectuase una acción diversiva en el valle del Irawadi, mientras el mayor esfuerzo se concentraría a lo largo de la línea del ferrocarril Toungoo-Pegu. En el curso de la acción, cuando las Brigadas 5 y 268 hallaban una violenta oposición en el Monte Popa, la División 7 india, avanzando sobre las dos orillas del Irawadi, se apoderó, el 25 de abril, del campo petrolífero de Yenangyaung; en el flanco izquierdo del Cuerpo de Ejército, la División 20 india, tras conquistar Taungdwingyi, el 13 de abril, y Megwe y Myingyun el 19, prosiguió hacia el Sur y el 2 de mayo entraba en Prome. Pero las fases más dramáticas de la ofensiva aliada se desarrollaron en el Este: a pesar de la decidida resistencia opuesta por los japoneses, las Divisiones 5 y 17 mantuvieron un ritmo de avance constante, conquistando importantes núcleos, pero sin conseguir llegar a Rangún. El día 1 de mayo de 1945, con el lanzamiento de tropas paracaidistas al oeste de Punta Elephant, empezó la operación para la conquista de la capital de Birmania del Sur. Al día siguiente, tropas de desembarco de la División 26 india tomaron tierra a ambos lados del río Rangún y, tras conquistar sus objetivos (el 3 de mayo), el 6 se reunieron con las fuerzas del Cuerpo de Ejército IV británico.

cargado por un *Liberator* cayó demasiado cerca de las tropas propias y mató o hirió a 32 *gurkha* paracaidistas. A pesar del incidente, el batallón continuó su fatigoso avance bajo una lluvia torrencial y por un terreno inundado hasta que al fin, a las 16 horas, encontró un puesto de guardia japonés, lo atacó con lanzallamas e hizo prisionero al único superviviente de los 37 defensores. La refriega, breve pero feroz, costó a los *gurkha* la pérdida de otros 41 hombres. El enemigo ya no obstaculizó sus movimientos en ninguna otra zona y, antes del anochecer, Punta Elephant estaba totalmente ocupada. Esta fue la única vez, durante toda la campaña de Birmania, en que una unidad de paracaidistas desarrolló una operación que correspondía plenamente a su tarea específica.

Entre tanto, se habían hecho a la mar seis convoyes protegidos por la División 224 de la RAF, al mando del general de división conde de Bandon, y por 84 cazas y bombarderos procedentes de cuatro portaaviones de escolta de la formación naval del comodoro G. N. Oliver, en la que figuraban también al crucero *Royalist* y cuatro destructores. El 2 de mayo, a las 2,15 horas, los convoyes alcanzaron las posiciones previstas, y los hombres ocuparon las lanchas de desembarco para llegar a la orilla.

Cinco horas más tarde, el 8/13.º de fusileros de la *Frontier Force* y el 5/9.º *Jat* de la Brigada 36, del general I. C. A. Lauder, desembarcaron en la orilla derecha del río, a unos 6,5 km aguas arriba de Punta Elephant, sin encontrar ni un solo japonés. Pero, tierra adentro, el terreno se hallaba inundado, hasta el punto de resultar intransitable para los automóviles y la artillería. No obstante, la infantería, que se iba abriendo paso hacia el Norte avanzando a través de las marismas, realizó progresos satisfactorios.

Casi al mismo tiempo (eran las 7 de la mañana), el 1.º *Lincoln* de la Brigada 71, del general H. P. L. Hutchinson, desembarcó en la orilla izquierda y consolidó la cabeza de desembarco en la confluencia del *chaung* Hmawwun y del río Rangún. Tampoco esta vez hubo resistencia japonesa: los habitantes de los poblados contaron que habían abandonado la zona quince días antes, a bordo de embarcaciones.

En el plan original se había decidido esperar la llegada de una tercera brigada de la División de Chambers antes de atacar Syriam, que se halla separada de Rangún por el río Pegu. Pero tan pronto como se supo que los japoneses habían abandonado aquella ciudad, sede de refinerías de petróleo, confiando su defensa a unidades del Ejército nacional birmano, el 3 de mayo se decidió que el 5/1.º *Punjab* avanzase por la carretera para ocupar sin más demora la citada localidad. Los japoneses no aparecieron por ningún lado y todo se desarrolló sin contratiempos.

Pero tampoco en Rangún –y esto el general Chambers lo ignoraba– quedaba ni un solo japonés. Un piloto de la RAF, que el día 1 de mayo sobrevoló la capital a baja altura, había podido leer una inscripción pintada con cal sobre el techo de la prisión, que decía: *«Japs Gone. British here»*. («Los japoneses se han marchado. Aquí están los ingleses»). Y sobre una techumbre próxima se habían añadido otras dos palabras: *«Extract Digit»*, para instarles a darse prisa.

El 3 de mayo llegó al mando del Cuerpo Expedicionario mixto el teniente coronel Saunders, con sus formaciones aéreas; pero ya era demasiado tarde para modificar los planes. Ahora ya estaba claro que los japoneses opondrían poca resistencia, o quizá ninguna, por lo que la tarde anterior se había acordado avanzar sin demora sobre Rangún. En consecuencia se hizo retroceder a la Brigada 36 y se embarcó nuevamente en los mismos puntos de la costa donde antes había desembarcado, mientras el 1/8.º de fusileros *Royal Garhwal*, de la Brigada 71, se embarcó en Kyauktaw. Pero las esperanzas de los *garhwales* de ser los primeros en entrar en la ciudad se desvanecieron cuando se comprobó que el nivel del agua era demasiado bajo y no permitía la flotación de las lanchas de desembarco: éstas embarrancaron en el fango y allí quedaron bloqueadas durante seis horas, hasta que la marea alta las liberó. Pero dos batallones de la Brigada 36 –el 8/13.º de fusileros de la *Frontier Force* y el 1/8.º de fusileros *Gurkha*–, precedidos de los dragaminas, desembarcaron en el mismo puerto de Rangún a las 16 horas de la tarde del 3 de mayo.

La capital birmana fue reconquistada sin hacer un solo disparo después de 36 meses de ocupación japonesa.

Volvamos ahora a la División 17 india, a la que el agua había impedido poner los pies en las calles de Rangún. El general Cowan ordenó que la infantería continuase a pie, de modo que el 6/7.º *Rajput* atravesó el *chaung* siguiente, en parte a nado y en parte por una pasarela de bambú, y luego se dirigió a Hlegu. En este lugar, los japoneses, que habían destruido el puente de la carretera, se hallaban a la defensiva en la orilla meridional; pero, precisamente en el momento en que se preveía un violento choque, los defensores, enterados de que la División 26 india se aproximaba por su espalda, se retiraron. El 6 de mayo, elementos de las dos divisiones establecieron contacto a unos 45 kilómetros de Rangún.

Todo lo que quedaba por hacer era rastrillar los grupos aislados y los desbandados que intentaban escapar atravesando el Irawadi, la carretera principal y el Sittang. Los restos de los Ejércitos japoneses, desorganizados, sin guía y sin contacto entre ellos, desmoralizados y expuestos al continuo peligro de caer en una trampa, tuvieron que afrontar una marcha por un terreno azotado por violentos huracanes, con los ríos que se desbordaban, los arrozales convertidos en pantanos y las aldeas que emergían como islas de las aguas que los rodeaban, mientras los soldados británicos, indios y *gurkha* les seguían los pasos.

LAS ULTIMAS BATALLAS DE HONDA

Arthur Swinson



Imperial War Museum

Con la campaña de Imphal los japoneses perdieron la iniciativa en el frente birmano y desde entonces sus ejércitos se vieron obligados a combatir desesperadamente en el inútil intento de situarse en posiciones seguras en Birmania central. El autor de este capítulo evoca la larga prueba a que estuvo sometido el Ejército 33 del general Honda, uno de los adversarios más tenaces que tuvo el Ejército 14 durante la campaña de Birmania.

El 9 de julio de 1944 fue una de las jornadas más negras en la historia del Ejército japonés. El teniente general Kawabe, comandante del Ejército del sector birmano, tuvo que reconocer al fin que la «marcha sobre Delhi», conducida por Mataguchi, había sido un completo fracaso y ordenó al Ejército 15 que se replegara sobre el Chindwin. El mismo día, Kawabe convocaba al teniente general Seiza Honda, comandante del Ejército 33 en el frente septentrional, para comunicarle las nuevas disposiciones. Las órdenes eran bloquear la carretera de Birmania y recuperar la iniciativa en aquel sector, lanzando un ataque contra Saluen, al Nordeste.

Honda, a pesar de que no gozaba entre los altos mandos japoneses de mucha consideración por sus dotes militares, era, sin embargo, un soldado de notable habilidad, un hombre dotado de una gran fuerza de carácter y de una lealtad a toda prueba. Aunque de temperamento agresivo, no se dejaba arrastrar por el impulso, y cuando una situación no ofrecía el menor resquicio de esperanza prefería ordenar un repliegue antes que sacrificar inútilmente la vida de sus hombres. Si, por el contrario, la necesidad del momento exigía que una unidad combatiese hasta la última gota de sangre, no dudaba en impartir las órdenes pertinentes. Sería un error hablar de «popularidad» en el Ejército japonés en el mismo sentido que el término tenía en el Ejército británico; pero aun así es indiscutible que los hombres de Honda tenían a su general en una gran consideración. En conjunto, Seiza Honda merecía respeto como soldado y como hombre.

Antes de lanzar la ofensiva contra Saluen, Honda tuvo que modificar el despliegue, porque Kawaba dispuso que la División 53 pasase al Ejército 15 y para sustituirla le asignó la División 2, restándola del frente birmano meridional. Honda quería iniciar la ofensiva a primeros de septiembre, avanzando por el nordeste de Lung-ling, por la carretera de Birmania, con la División 2 en el ala derecha y la 56 en la izquierda. Para cubrir estas dos unidades durante el período preparatorio, mantuvo en su poder dos posiciones avanzadas, Teng-chung y La-meng, a sólo 8 km de Saluen, mientras una tercera guarnición defendía Lung-ling, unos 32 km más atrás, en la retaguardia. La actividad preparatoria de Honda siguió sin interrupción ni obstáculos hasta fines de agosto; pero, hacia el 23 (la fecha exacta no ha podido ser precisada nunca), los chinos empezaron a presionar de improviso sobre Teng-chung y La-meng y atacaron con todas sus fuerzas Lung-ling, creando una de aquella situaciones que desesperan a cualquier comandante. Honda, sin embargo, conservó la calma y ordenó a las tres guarniciones que siguieran combatiendo mientras él completaba los preparativos para la ofensiva.

La operación se inició al amanecer del 3 de septiembre; pero al cabo de pocas horas llegó la noticia de que las dos posiciones avanzadas de Teng-chung y La-meng habían caído en poder del enemigo tras la muerte del último defensor, lo que constituyó un duro golpe. Además, por si la situación no era aún suficientemente grave, ni la División 2 ni la 56 llegaron a realizar progresos notables y Matsuyama, que mandaba esta última, enviaba partes descorazonadores.

El 7 de septiembre, tras examinar personalmente la situación, Honda llegó a la conclusión de que no tenía las fuerzas necesarias para hundir las posiciones chinas y, en consecuencia, ordenó interrumpir la ofensiva. A fines de mes, cuando descubrió que ni los chinos ni sus aliados parecían dispuestos a lanzar a su vez una ofensiva, Honda retiró la División 58, situándola en el sector Bhamo-Namhkan, y encargó defender la carretera de Birmania y la sólida posición de Lung-ling a la División 56. Aunque no le había sido posible recuperar la iniciativa, Honda consiguió mantener bloqueada la carretera, logrando por lo menos un éxito parcial. Sin embargo, el precio que tuvo que pagar era demasiado alto: había perdido 3350 hombres.

A finales de agosto se habían producido algunos cambios en el Alto Mando de Tokio y por ello prevalecieron nuevos conceptos operativos, que no tardaron en repercutir en la situación de Honda. Kawabe cedió el mando del sector militar de Birmania a Kimura, y Katamura, que entonces mandaba la División 54, fue requerido para sustituir a Mataguchi en el mando del Ejército 15. Honda perdió a su fiel comandante de División, S. Tanaka, al que sustituyó el teniente general E. Naka. Tanaka se convertía en jefe del Estado Mayor del sector militar de Birmania. En Tokio, donde ahora valoraban las terribles pérdidas sufridas por el Ejército 15 en Imphal y en Kohima, así como el fracaso de la ofensiva de Honda contra Saluen, se convencieron de que Kimura no podría resistir una ofensiva del Ejército 14 de Slim en el frente de Birmania central y al mismo tiempo bloquear la carretera de comunicación entre China y la India; en consecuencia decidieron dejar en segundo plano la defensa de la carretera de Birmania a fin de que Kimura pudiese modificar el despliegue de sus fuerzas en defensa de los campos petrolíferos de Yenangyaung, de los arrozales del delta del Irawadi y del puerto de Rangún. La nueva misión que correspondía ahora a Honda era la de conservar el control del frente septentrional, desde Lashio a Mandalay, y estar preparado para una acción ofensiva si el enemigo realizaba una maniobra sobre el flanco septentrional del Ejército 15.

A fines de septiembre, Honda ya había tomado las medidas necesarias, disponiendo a la División 56 en el sector de Lung-ling–Manshih, frente a los Ejércitos del Yun-nan, el Regimiento 168 en Namhkam y la División 18 en Muse. Era una posición difícil, puesto que el enemigo se aprestaba a descargar su ataque desde tres puntos, y Honda no podía saber desde cuál de ellos se lanzaría el primero.

Este primer ataque llegó por el Norte, donde el 16 de octubre el general Stilwell lanzó la última ofensiva. A la derecha, o sea al Oeste, la División 36 británica y la División 50 china avanzaron hacia el Sur, en dirección a Indaw, a lo largo de la línea del ferrocarril, y en dirección a Katha, sobre el Irawadi; por el centro la División 22 china se dirigió hacia Shwegu y Sikaw, al tiempo que por la izquierda la División 38 china marchaba sobre Bhamo y Namhkam. Honda, en grave inferioridad numérica, ordenó un repliegue, dejando todo el peso de los combates a los Regimientos 119 y 151 de la División 53 de Takeda, los cuales ocupaban las posiciones que defendían Indaw y Katha. En este lugar, el general Festing se encontró ante una resistencia verdaderamente firme, ya que los nipones estaban profundamente atrincherados en las alturas y sus posiciones se apoyaban recíprocamente. Sólo el ataque contra Pinwe costó 400 bajas. A pesar de ello, continuó avanzando y ocupó Indaw, Naba y Katha, mientras los chinos atravesaban el Irawadi por el noroeste de Shwegu y se dirigían hacia Si-u, al Sur, cortando la carretera Bhamo-Mabien.

A fines de noviembre, la situación de Bhamo se hizo crítica. La guarnición que la defendía estaba compuesta por 1200 hombres, cuatro piezas de artillería de campaña y unas pocas más de montaña. Los defensores contaban con abundantes reservas de víveres y de municiones, y entre las pagodas, de sólidas murallas, habían construido posiciones a prueba de bombas, por lo que estaban seguros de poder resistir, por lo menos, durante un mes. Pero Honda no estaba dispuesto a abandonarles a su suerte, por lo que mantuvo bajo su mando directo un cuerpo móvil, llamado *Yamazakai*, por el nombre del coronel que lo mandaba, al que ordenó el 30 de noviembre que atacase la retaguardia de la División 38 china, que en aquellos momentos presionaba sobre Bhamo. Mas el general D. I. Sultan, que el 24 de octubre había sucedido a Stilwell, había previsto la maniobra y ordenó a la División 30 china hacerle frente.

Yamazakai atacó el 9 de diciembre, consiguió penetrar en varias posiciones chinas y destruir algunas baterías; pero los atacados reaccionaron rápidamente, lanzando un contraataque que dio lugar a una violenta y desordenada batalla. Entre tanto, la guarnición se había reducido ya a 600 hombres útiles, a los que Honda ordenó que saliesen de Bhamo durante la noche del 14 al 15. La maniobra tuvo éxito: protegidos por la neblina del amanecer, los japoneses se escurrieron sigilosamente y se sumergieron en el cauce parcialmente seco del Irawadi; luego, a marchas forzadas, volvieron a Namhkam.

Unos meses antes, el 29 de octubre, el Grupo de Ejércitos XI chino, perteneciente al Ejército del Yun-nan, había atacado en la dirección de la carretera de Birmania; la presión se hizo tan fuerte en Lung-ling que Matsuyama rogó a Honda que le concediese autorización para retirar la División 56 antes de que fuera aniquilada por completo, a lo que Honda consintió el día 3 de noviembre. Los japoneses se replegaron sobre Manshing, donde excavaron rápidamente nuevas posiciones atrincheradas.

Por esta vez la División 56 tuvo suerte. Los chinos, embriagados por la fácil victoria, cayeron en una de sus inexplicables fases de inactividad y sólo reemprendieron su avance sobre Mangshih y Wanting cuando el general Wedemeyer, jefe de Estado Mayor junto al generalísimo Chiang Kai-shek, hiciera llegar a éste sus enérgicas protestas. Aun así avanzaron con toda calma, y la División 56 rehuyó el choque y se retiró ordenadamente. Los chinos ocuparon Mangshih el 28 de noviembre, y el día 1 de diciembre entraron en Chefang. Pero aquí se destuvieron de nuevo. Y aunque Wedemeyer se presentó ante Chiang Kai-shek y trató de convencerle con lisonjas y amenazas, las tropas chinas permanecieron inactivas durante un mes. De ahí que a fines de 1944 la situación fuera poco satisfactoria para los Aliados, y la brecha que se abría entre las fuerzas del NCAC y los Ejércitos del Yun-nan era aún demasiado grande.

Honda contra los chinos

En enero, sin embargo, la brecha empezó a cerrarse. De pronto, los Ejércitos del Yun-nan y el Ejército 1 chino empezaron a moverse y a acercarse a Wan-ting desde el Norte y desde el Oeste. Por fortuna para Honda, los servicios de seguridad de los atacantes no eran muy eficientes y pronto llegaron a su conocimiento los planes del adversario. Por eso, cuando una parte del Grupo de Ejércitos XI chino empezó a envolver Wan-ting, Honda estaba preparado y pudo detener inmediatamente el avance.

Las fuerzas chinas, enormemente superiores, hallaban siempre una fuerte resistencia local; cualquiera que fuese el punto por el que intentaran atravesar el Shweli los hombres de Honda les esperaban, situados exactamente frente a ellas. Así empezó a difundirse la leyenda de que los japoneses eran omnipresentes y que, por lo tanto, era completamente inútil atacarles. Al cabo de una semana, la ofensiva aliada llegó a un punto muerto.

Naturalmente, los comandantes chinos se hallaban cada vez más desconcertados y empezaron a preguntarse si no sería que los informes de los servicios de contraespionaje aliados cometían el error de subvalorar las fuerzas del adversario. Nunca se les ocurrió sospechar que la culpa fuera de la ineficacia de sus servicios de seguridad. Su nuevo plan preveía ataques en gran escala contra Wan-ting y Manhkam, a unos 50 km de distancia entre una y otra posición en la carretera de Birmania. Honda fue informado de ello el mismo día, y así pudo organizar una retirada ordenada y sin pérdidas.

El 18 de enero, el general americano Willey y la *Mars Force* aparecieron de pronto por las montañas al sur de Namhpakka y empezaron a hostigar las comunicaciones japonesas. Puesto que Wan-ting había sido ya evacuada, ninguna de las unidades de Honda quedó aislada; pero la carretera de Ledo se unía con la de Birmania en Mong-yu, 16 km al sur de Wan-ting, lo que significaba que las comunicaciones entre China y la India habían sido restablecidas. Honda se daba cuenta de que la situación iba a empeorar. Toda su energía y su habilidad, así como las ingentes pérdidas entre los hombres que habían bloqueado la carretera durante ocho meses, habían sido un sacrificio completamente inútil. Pero, aunque no quedaba ninguna esperanza, Honda no cejó en su determinación de cumplir con su deber hasta el fin. La noche del 24 de enero, cuando Matsuyama le telefoneó para comunicarle que la situación de la División 56 en Namhpakka era tan grave que se veía obligado a pedir autorización para volar el polvorín y replegarse hacia Hsenwi, Honda se la negó. La división debía permanecer en su puesto –ordenó– mientras no hubieran sido evacuados todos los heridos y todas las municiones. La carretera ya estaba expuesta a las incursiones de la *Mars Force* de los chinos, por lo que la evacuación no era un problema fácil. Así y todo, Honda consiguió hacer llegar a Namhpakka un convoy de camiones de carga de carburante y en pocos días logró hacer salir de Namhpakka un millar de heridos y la mayor parte de las municiones. Entre tanto, las posiciones avanzadas de Matsuyama caían una tras otra y su ya exhausta infantería combatía en condiciones de extrema desventaja numérica: uno contra diez o más. Al fin, la mañana del día 30, Honda autorizó la retirada. La operación se realizó durante la noche, y el 10 de febrero Honda había modificado una vez más el despliegue de sus tropas, con posiciones de cobertura en Hsenwi y Namtu –64 km al Sudoeste– y la principal en Lashio. El Regimiento 114 de la División 18 quedaba al extremo del ala izquierda, para vigilar los movimientos de la División 36 británica. El 19 de febrero la unidad japonesa sostuvo un vivo combate sobre el río, y la habilidad con que Honda había dispuesto sus fuerzas se vio demostrada por el hecho de que, por primera vez, los Aliados estuvieron convencidos de que la División 18 se hallaba en aquel sector.

La ofensiva de Slim

El 13 de febrero, Kimura convocó a Honda a su puesto de mando de Kalaw. La iniciativa ya había pasado definitivamente a los Aliados y en aquella reunión el argumento esencial fue tratar de encontrar una manera de detener el ataque que Slim pretendía lanzar contra Mandalay. Katamura, comandante del Ejército 15, opinaba que los ingleses llevarían el peso mayor de la ofensiva presionando desde el Sudoeste, por lo que pidió refuerzos. Kimura atendió su petición, estableciendo que los refuerzos los proporcionarían los Ejércitos 28 y 33. Honda, por su parte, propuso que su División 18 dejase un regimiento en Möng Mit, para retardar el avance de la División 36 de Festing, mientras el resto de la unidad podría marchar directamente sobre Mandalay.

Pero ninguno de estos movimientos pudo ponerse en práctica, pues Slim, con una maniobra inesperada, hizo que sus fuerzas cruzasen el Irawadi, donde conquistaron dos cabezas de puente, en Myinmu y en Nyaungu, respectivamente a 56 km y a 160 km de Mandalay. Entonces Kimura se apresuró a convocar otra reunión. La situación era grave: para la ofensiva sobre un amplio frente los Aliados emplearían siete divisiones de infantería y dos brigadas acorazadas. Honda, apoyado por Katamura, sostuvo que el adversario lanzaría un violento ataque desde Nyaungu contra Meiktila; pero Tanaka y todos los demás oficiales fueron de la opinión opuesta, sosteniendo que si alguna vez la acción se desarrollaba así, se trataría tan sólo de un rápido golpe de mano que podría ser rechazado.

En aquel momento, la opinión de Tanaka pareció recibir una inesperada confirmación por un informe llegado en aquel preciso instante, según el cual una columna enemiga, de 200 camiones, se dirigía hacia Meiktila. Pero Tanaka ignoraba que el mensaje contenía un error de transcripción: los camiones no eran 200, sino 2000. La columna era la División 17 india al completo, apoyada por la Brigada Acorazada 255. Los confiados comandantes nipones decidieron que el plan mejor para el Ejército 15 era lanzar una ofensiva al sudoeste de Mandalay. El Ejército 33 de Honda, ahora reducido ya a una sola división, la 56, y a un regimiento de la 18, defendería la cordillera de Möng Long para cubrir el flanco derecho del Ejército 15. Pero, en la práctica, el plan perdió toda su posible eficacia porque el 1 de marzo Cowan ocupaba Meiktila. Cuatro días más tarde, Kimuna tuvo que reconocer que los Ejércitos 15 y 33 habían caído en la trampa.

Con la caída de Meiktila, Slim se proponía no sólo la paralización de las vías de comunicación japonesas, sino también atraerse a los nipones hacia terreno descubierto, donde podría utilizar las fuerzas acorazadas para destruir sus unidades. Y Kimura reaccionó exactamente como Slim había previsto.

Honda, de vuelta a su puesto de mando, ordenó al teniente general Naka que se hiciera cargo de dos regimientos de la División 18 y que se dirigiera hacia el Sur, para unirse a Katamura. El 4 de marzo, cuando llegó a Kume, Naka se encontró con una orden de Katamura en la que le decía que se dirigiera cuanto antes a Meiktila para ani-

quilar a las fuerzas ocupantes. El día 12, Naka llegó a la zona y proyectó un ataque a Meiktila por el Norte y por el Oeste. Pero ya era evidente que el Ejército 15 empezaba a fraccionarse en todo el frente. Allí no había rastro de la División 49; y en vista de ello Naka decidió atacar solo, consiguiendo escasos resultados. Entonces dirigió sus esfuerzos sobre el aeródromo, donde sus tropas lanzaron una serie de violentísimos y prolongados ataques. A mediados de marzo, mientras los Aliados seguían resistiendo en Meiktila, Kimura reconoció que Katamura había hecho ya cuanto estaba en su mano para salvar el Ejército 15 y que le era imposible vencer a los defensores de Meiktila. Así, pues, llamó a Honda y le ordenó que trasladase su puesto de mando a Kalaw, para asumir la dirección de las operaciones en torno a Meiktila. Honda obedeció inmediatamente.

Meiktila, llave de Birmania

Para la batalla de Meiktila le fueron asignadas dos divisiones, la 53 de Takeda y la 49, ambas con un regimiento menos, y además el grupo que mandaba el coronel Sakuma. Su División 56 permaneció en las posiciones ya ocupadas, en los montes Möng Long. Honda llegó a Kalaw el 17 de marzo y se halló con una situación mucho más grave de lo que esperaba.

A fines de marzo, Cowan reemprendió los ataques, y el 29 todos los hombres de Honda habían muerto o se habían retirado. Pero, entre tanto, el general nipón había ocupado las colinas en torno a Taungtha, que dominan la carretera hacia Mandalay. A partir de mediados de marzo, Messervy empleó contra estas posiciones todas las fuerzas disponibles de su Cuerpo de Ejército IV, y al finalizar el mes Honda estaba ya convencido de que había perdido la batalla.

Además, sus pérdidas eran muy elevadas. La División 18 tuvo muchas bajas y perdió la mitad de su artillería; la División 49 quedó aún más reducida. Cuando Tanaka visitó su puesto de mando, Honda le dijo que era absolutamente inútil seguir combatiendo y el jefe del Estado Mayor de Kimura estuvo de acuerdo con él. Sin embargo, le pidió que permaneciese en las posiciones que ocupaba para que los agotados restos del Ejército 15 pudieran retirarse sin ser molestados. Honda solicitó que esta orden se la dieran por escrito, pero declaró que obedecería incondicionalmente.

Desde este momento, los Ejércitos japoneses se vieron cada vez más superados por los acontecimientos, y cuando Honda recibió órdenes de Kimura ya no estaba en condiciones de obedecerlas.

Obligado a retardar en lo posible el avance de los Aliados a pesar de la situación desesperada, Honda decidió, una vez más, oponer resistencia en Pyawbwe, en la entrada del valle de Sittang. Pero una columna acorazada, que apareció de improviso junto a la población, estuvo a punto de capturarle a él y a los oficiales de su Estado Mayor. Por fortuna, la columna, ignorante de la presa que había tenido al alcance de sus manos, giró hacia el Norte y Honda y su Estado Mayor huyeron a pie hasta Yamethin, donde pudieron encontrar medios de transporte. El 6 de abril se combatió duramente en los alrededores de Pyawbwe, y los nipones perdieron otros 302 hombres. El 10, Cowan y la División 17 india completaron el cerco de Pyawbwe y lanzaron el ataque definitivo.

Al amanecer del día 11, los Aliados eran dueños de la ciudad. Honda había ordenado a los defensores que abandonasen Pyawbwe durante la noche del día 10; pero, una vez más, le ganó la rapidez del adversario, que cercó la ciudad antes de que sus hombres pudieran salir de ella. Por si todo eso fuera poco, se le informó de que la División 18 había sido completamente aniquilada en Thazi y que la 53 fue sorprendida mientras se replegaba sobre Shwemyo. Prácticamente, el Ejército de Honda ya no existía y los Aliados tenían vía libre para lanzarse sobre Rangún.

Con sus unidades que cada vez tenían más aspecto de una horda desorganizada, Honda emprendió una vez más la marcha hacia el Sur, resuelto a oponer resistencia en Shwemyo y en el *chaung* Sinthe, donde la línea del ferrocarril, la carretera y el Sittang corren paralelos por un estrecho valle. Luego descubriría que el *chaung* Sinthe era un obstáculo poco importante y por ello el 16 decidió establecerse 40 km más al Sur, en Pyinmana, que permanecía ocupada por el grueso de la División 55. Honda dispuso que la División 18 se situase al Oeste, y la 53 al Este. También cursó órdenes a la División 49, pero esta unidad ya estaba desorganizada y sin contactos con el mando. En estas circunstancias fue imposible defender Pyinmana, porque la Brigada 161 india se presentó en el lugar incluso antes de que los japoneses pudieran poner en posición sus piezas de artillería, y, por segunda vez en diez días, Honda se encontró con su puesto de mando cercado por el enemigo. Tras un encarnizado combate consiguió abrirse una brecha y escapar a pie por el campo. Ahora sólo le quedaba una esperanza: poder reagrupar a sus hombres en Toungoo, 96 km más al Sur. La situación se hizo un poco menos tensa porque Kimura ordenó a Katamura organizar los restos del Ejército 15 en la carretera Toungoo-Mawchi, mientras Honda reorganizaba sus fuerzas al este de Toungoo.

Trabajando frenéticamente, en medio del mayor desbarajuste e imponiendo su voluntad a unos hombres tan cansados que casi no se mantenían en pie, Honda ordenó a las Divisiones 18 y 53, así como a lo que quedaba de la 49, que se dirigieran hacia el estuario del Sittang, descendiendo por la orilla oriental del río. La División 56 de Matsuyama permanecería con el Ejército 15, que se retiraba hacia Moulmein, en la desembocadura del Saluen.

La marcha fue lenta y penosa y Honda no sabía nunca si las columnas móviles de los Aliados le cortarían la carretera o bien si le atacarían por la espalda. Pero sí sabía que Toungoo había caído ya en manos del enemigo... A pesar de sus temores, la noche transcurrió sin incidentes y al amanecer la patética columna continuaba descendiendo hacia el Sur. Si conseguía resistir durante otros 160 km, alcanzaría la relativa seguridad del estuario del Sittang.

Una retirada de 960 km

Pocos días más tarde, tras perder otro centenar de hombres, Honda llegó al estuario. Había permanecido en acción durante diez meses, sin un respiro, y había llevado a cabo una retirada de 960 km. Pero ni siquiera entonces terminaba su última batalla. Durante la primera semana de mayo, cuando logró restablecer el contacto con Kimura, Honda supo que los Aliados habían conquistado Rangún, cercando por lo tanto el Ejército 28 de Sakurai. En aquel momento Kimura elaboraba el plan de la batalla que debería romper el cerco y ordenó a Honda que lanzara un ataque diversivo contra Waw, a unos 112 km al norte de Rangún y a 32 km al este del estuario del Sittang.

La tarde del 3 de junio, tras reunir unos 6000 hombres, atacó a la División 7 india. El monzón había llegado a la zona y toda la región se había convertido en un enorme charco. Apoyada por los pocos cañones de que disponía, la infantería de Honda avanzó chapoteando en el agua; pero como no tenía medio de cubrirse cuando se veía obligada a detenerse, sufrió pérdidas enormes. Luego llegó la RAF, que la bombardeó y la ametralló. Y a pesar de ello, los hombres de Honda consiguieron mantener la presión y sus adversarios se vieron obligados a abandonar las posiciones avanzadas.

Pero al final venció el agua, y así, el 4 de julio, los supervivientes de la infantería japonesa tuvieron que rehacer el penoso recorrido y llegar hasta el Sittang, donde permanecieron tres meses, hasta el día en que el Japón capituló. No se sabe cuántos sobrevivieron; pero es un hecho probado que Honda supo mantenerlos milagrosamente unidos bajo su mando. Aunque había sido derrotado en toda la línea, nadie puede poner en discusión las sobresalientes cualidades de Honda como soldado fiel, resuelto, y valerosísimo, que cumplió con su deber hasta el final.

Francotirador japonés hecho prisionero durante los combates por la conquista de Pegu es conducido a prisión. En las últimas fases de la campaña de Birmania, las tropas británicas avanzaron con tal velocidad que a menudo sorprendieron totalmente a las fuerzas niponas antes de que pudieran retirarse. (Keystone)



BIRMANIA LAS ULTIMAS BATALLAS

Birmania, mayo-agosto 1945

Arthur Swinson



Un oficial de Estado Mayor del derrotado Ejército 28 japonés entrega el sable al comandante del 1/10.º Regimiento *Gurkha* en señal de rendición.
Imperial War Museum

Antes de mayo de 1945 el Ejército 14 ya había roto toda resistencia japonesa en Birmania, pero aún quedaban unos 70.000 hombres dispersos en una amplia zona. ¿Por dónde tratarían de romper el cerco que les envolvía? ¿Cómo se les podría impedir que reunieran sus fuerzas? Pese a la crisis en los altos mandos con la que Slim tuvo que enfrentarse y a pesar de las condiciones atmosféricas adversas provocadas por los monzones, el general británico encontró solución a todos estos problemas, y el aniquilamiento de los soldados japoneses en fuga, llevado a cabo por el Ejército 14, hizo que la campaña de Birmania tuviera un final de acuerdo con su desarrollo.

En mayo de 1945, tras la caída de Rangún, el Ejército 14 se encontró en una extraña situación táctica. Los Cuerpos de Ejército XXXIII y el IV se abrieron como los dedos pulgar e índice de una mano izquierda, con el extremo del índice apuntando hacia Rangún. Ambas unidades se lanzaron hacia delante, hasta constituir un largo y estrecho saliente; y del formado por el Cuerpo de Ejército IV, de 500 km de longitud y menos de 3 de anchura, se ha dicho que fue el más largo y estrecho frente de la historia.

Como con semejantes distancias era imposible defender una línea ininterrumpida, se adoptó el sistema de dejar guarniciones en los puntos fortificados y patrullar las zonas intermedias. Entre tanto, fuertes patrullas de combate llevaban a cabo operaciones de castigo contra los restos de las unidades japonesas, con el fin de ir alargando poco a poco los salientes y asegurarse así las líneas de abastecimiento. Por aquellas fechas ya habían empezado los monzones, y de nuevo las tropas, empapadas hasta los huesos y caminando sobre arrozales inundados o nadando en los *chaung*, se abrían camino en la jungla agotadora. Hasta el último día, la guerra en Birmania fue dura e incómoda.

Aunque los Ejércitos de Kimura habían sido derrotados en el campo de batalla y se hallaban dispersos a lo largo y a lo ancho de centenares de kilómetros, aún quedaban algunos millares de hombres en condiciones de empuñar las armas y de oponer en determinadas zonas una resistencia organizada. Por lo que Slim podía calcular, en el valle del Irawadi y en los montes de Pegu había todavía unos 15.000 hombres del Ejército 28; en los montes Shan, al este de Meiktila, quedaban otros 6000, que habían empezado a abrirse camino hacia el Sur; al este del río Sittang se hallaban otros 25.000 hombres, restos del Ejército 33, y otros 24.000 se encontraban en el sector Mokpalin-Moulmein, al este de la desembocadura del Sittang y en la costa oriental del golfo de Martaban. Aparte de estas concentraciones mayores, había también grupos más reducidos de soldados y de otros elementos dispersos que elevaban el total a más de 70.000 hombres.

Si bien los japoneses disponían de pocos medios de transporte, y a pesar de que los abastecimientos y municiones eran escasos, Slim sabía que si conseguían concentrarse al este del Sittang, como se podía deducir fácilmente por sus movimientos, inmediatamente estarían en condiciones de organizar un contraataque. Y Slim estaba decidido a impedirlo. Con este fin anunció que tenía intención de interceptar y destruir todas las fuerzas enemigas que tratasen de atravesar el Sittang y de eliminar a las que ya se hallaban en la zona de Moulmein. Encargó a Messervy y al Cuerpo de Ejército IV la defensa de las pistas que bajaban de los montes de Pegu, mientras el Cuerpo de Ejército XXXIII de Stopford rastrillaría el valle del Irawadi.

La situación de los japoneses en aquellos momentos era desesperada. El Ejército 28 de Sakurai se había visto obligado a abandonar completamente el Arakan y ni el Ejército 33 ni el 15 estaban en situación de prestarle el menor apoyo. Sólo quedaban dos soluciones: o atacar al Este o morir de hambre. Entre las unidades del Ejército 28, la División 55 había quedado reducida a

Oficiales japoneses se rinden a las fuerzas aliadas. El día 11 de mayo de 1945, elementos del Ejército 28 que quedaron aislados al oeste del Irawadi, tras la derrota sufrida en el Arakan, atacaron a la División 7 al norte de Prome; pero las enormes pérdidas sufridas en el curso de los combates obligaron a las fuerzas japonesas a retirarse hacia el Este. *(Camera Press)*



poco más de una unidad de restos maltrechos; pero Miyazaki, un experto soldado que había sido comandante a las órdenes de Sato en Kohima, aún podía contar con el grueso intacto de la División 54, y además la fuerza del coronel Yamamoto conservaba todavía toda su artillería. El plan de Sakurai, que puso en práctica el 11 de mayo, consistía en ir cubriendo sus flancos con los destacamentos que ya se hallaban en la orilla occidental del río y atravesar el Irawadi con el resto de sus fuerzas lo más rápidamente posible, con la esperanza de alcanzar así la relativa seguridad que ofrecían los montes de Pegu y atacar el flanco derecho de los británicos en cuanto se presentara la ocasión.

Torrentes, tempestades y calor sofocante

Como Slim había ordenado, el Cuerpo de Ejército XXXIII estaba a la espera en sus posiciones. La primera acción se desarrolló en Allammyo, a unos 72 km al norte de Prome, entre la División 7 y la fuerza del coronel Yamamoto. La retaguardia enemiga fue destruida y se capturaron 75 de sus camiones. Entonces, Yamamoto, con el grueso de sus tropas se dirigió al Sur, hacia Kama, donde Miyazaki había establecido una cabeza de puente. Allí se desarrolló la segunda y la más importante acción. En la orilla occidental, dos brigadas de la División 7, del general Evans, junto con la Brigada 268 india se aproximaron desde el Norte, mientras la tercera brigada, con el apoyo de elementos de la División 20 de Gracey, formaba un doble cerco alrededor de la cabeza de puente japonesa establecida en la orilla oriental.

El tiempo empeoraba rápidamente y, como escribió el general de brigada Michael Roberts, «convertía todas las carreteras no asfaltadas en barrizales no transitables, tanto para los vehículos de ruedas como para los vehículos oruga, mientras imprevisibles chaparrones convertían los arroyos en torrentes caudalosos, en los que el agua llegaba hasta la cintura de los soldados. Entre una tempestad y otra salía el sol, y los hombres, animales y vegetación chorreaban de sudor y humeaban en medio de una atmósfera húmeda, abrasadora y sin una chispa de viento. Muchos hombres que antes habían soportado todas las penalidades caían agotados, y una marcha de 15 ó 20 km bastaba para dejar fuera de combate a los que habían sobrevivido.

Hasta el 20 de mayo los encuentros se produjeron tan sólo a escala reducida; pero cuando el cerco empezó a estrecharse, los combates se fueron haciendo más duros, hasta convertirse en sangrientos en la disputa por la posesión de las alturas que dominaban la aldea de Kama. Por la noche, los japoneses trataban de escapar, en principio en pequeños grupos y luego en secciones y compañías enteras. La noche del 27 al 28 de mayo, por ejemplo, el 4/15° Regimiento *Punjab*, de la Brigada 33, sufrió cinco ataques y perdió veinte hombres, pero a la mañana siguiente se contaron 48 cadáveres japoneses. La misma noche fueron atacados tanto el 4/1° Regimiento *Gurkha* como el 1/9° Regimiento *Hyderabad*, y aunque las bajas japonesas fueron bastante graves, algunos centenares de soldados consiguieron rebasar el cordón interior. Al día siguiente, el cordón exterior que bloqueaba los caminos de retirada hacia los montes Pegu, a unos 6 km de distancia, fue reforzado, y unos 300 japoneses que intentaron atravesarlo aquella misma noche fueron interceptados por el Regimiento 2/8° *Punjab*, de la Brigada 33; en el curso de la acción, que duró cuatro horas, murieron 138 soldados nipones.

Durante todo el día siguiente se persiguió a pequeños grupos que trataban frenéticamente de abrirse una brecha hacia las colinas, a través de la espesa jungla, y en este intento murieron otros muchos japoneses.

En los primeros días de junio, cuando los combates en la cabeza de puente de Kama ya habían terminado, se contaron 1400 enemigos muertos; pero sin duda las pérdidas sufridas por los japoneses debieron ser bastante más elevadas, pues muchos de los caídos en la espesura de la jungla o que en ella murieron más tarde a consecuencia de las heridas, nunca pudieron ser hallados. Se capturaron 74 prisioneros, una cifra realmente extraordinaria en la campaña de Birmania y que constituía una evidente señal de que la moral empezaba a resquebrajarse.

La División 54 perdió todos los medios de transporte y muchas piezas de artillería, de manera que desde entonces tuvo que concentrar todo su esfuerzo en su huida hacia el Este.

A pesar de todo, Miyazaki había conseguido mantenerla unida y organizada; pero también este soldado de talento se daba cuenta de que cualquier acción ofensiva estaba ya fuera de lugar.



En la zona del río Sittang, un soldado japonés se acerca a las tropas aliadas para rendirse. El 19 de julio de 1945 las fuerzas japonesas intentaron irrumpir al este del Sittang, entre Toungoo y Nyaunglebin, pero toparon con las profundas defensas dispuestas por la División 17 y fueron prácticamente aniquiladas. Imperial War Museum

A propósito de la táctica de los japoneses en este período, el general Roberts observa que «ellos evitaban la acción en lo posible, pero... una vez comenzado un combate, luchaban con la furia de un animal acosado. Los grupos más numerosos, que disponían de piezas de artillería, pasaban inmediatamente al contraataque, sobre todo aquellos que ocupaban posiciones clave y los que protegían puntos de concentración o atajos en las más importantes vías de retirada». En la importante carretera de Prome a Pakkaung había



Mujer perteneciente a un «batallón de consuelo» japonés interrogada por un oficial británico. Los combates en el frente birmano continuaron hasta el 4 de agosto de 1945, y en el curso de la última acción en el Sittang las fuerzas japonesas sufrieron muchas bajas: de los 18.000 hombres que intentaron salir de los montes de Pegu, sólo 6000 consiguieron alcanzar la orilla oriental del río, en dirección a Malasia. *Imperial War Museum*

una posición que no llegó a ser ocupada jamás, a pesar del ataque a gran escala lanzado por la brigada 114. Evans, demostrando con ello gran sensatez, se convenció de que no valía la pena arriesgarse a sufrir tantas bajas en ataques a semejantes posiciones, por lo que se limitó a mantener el cerco en torno a ellas y a dejar morir de hambre a sus defensores. Durante semanas enteras prosiguió la persecución de los japoneses por junglas y pantanos, donde los mosquitos y las sanguijuelas atormentaban a los hombres hasta casi hacerles perder la razón. No había piedad. Pero a pesar de su situación desesperada, pocos japoneses se humillaron hasta el punto de pedirla.

Mientras continuaban los combates en el valle del Irawadi y la División 5 india se batía con los japoneses en torno a Pegu y a Waw, Slim se halló ante un grave problema en lo referente a los abastecimientos. Los grupos aéreos de transporte americanos se estaban marchando, e incluso la RAF quería retirar sus propios aparatos para trabajos de reparación y reequipamiento. Todo ello, aparte la situación meteorológica, imponía la reactivación del puerto de Rangún, por lo que convocó a todos los ingenieros disponibles para acelerar los trabajos de reparación de los *docks*. Una vez dragado el río, poco a poco se fueron poniendo en funcionamiento los muelles, y a fines de junio ya se descargaban más de 3000 toneladas de abastecimientos diarias. Pero ni aun así habían acabado los problemas, ya que los centenares de kilómetros de carreteras no empedradas ya empezaban a convertirse en pantanos y no estaban en condiciones de soportar el continuo tráfico de vehículos pesados. Las líneas de ferrocarril, cuando era posible utilizarlas, tenían pocas unidades y para colmo había una tremenda carencia de embarcaciones fluviales. Sólo la energía y la resolución de sus ingenieros salvaron del hambre al Ejército 14.

Además de mandar su Ejército, Slim era ahora, prácticamente, el jefe absoluto de Birmania y de sus 13 millones de habitantes. No existía un gobierno civil; la delincuencia estaba muy extendida y seguía aumentando rápidamente; el comercio había cesado por completo, y la moneda no tenía valor alguno. Afortunadamente, se había previsto esta situación, así que el departamento para los asuntos civiles tomó las riendas del país con notable prontitud. Algunos funcionarios birmanos salieron entonces de sus escondites e inmediatamente se reintegraron a sus antiguos cargos; otros fueron hallados en los más insospechados lugares, y también se les pidió que se reintegraran a sus puestos. De manera que no se tardó mucho en poner en pie una esquemática organización gubernativa.

En aquel preciso momento, mientras el Ejército 14 se disponía a emprender su última y decisiva acción se produjeron dos acontecimientos capitales. El primero tuvo lugar el 7 de junio, sin previo aviso: el secretario de Estado para la guerra informó a lord Mountbatten que el período de permanencia en Extremo Oriente debía ser reducido a tres años y cuatro meses y que los hombres interesados debían ser repatriados inmediatamente. Aquello significaba, en la práctica, que partirían todas las unidades británicas, más un gran número de oficiales de las unidades indias y *gurkha*, además de los oficiales y soldados destinados en los servicios auxiliares y logísticos. A primera vista parece que con ello el Ejército se volatilizaría mucho más rápidamente que la misma resistencia japonesa. Sin embargo, una vez se consiguió retener el personal clave por razones de «necesidad operativa» y cuando muchos oficiales y soldados se ofrecieron voluntariamente a quedarse hasta el fin, se comprendió que era posible recomponer las unidades y formar una fuerza coordinada. Pero esta complicada operación coincidió con el segundo acontecimiento, que afectaba directamente a los altos mandos.

Crisis en los altos mandos

La situación era la siguiente: el próximo objetivo era Malasia, y largos estudios efectuados por el Estado Mayor habían dejado bien establecido que no era posible organizar una invasión en gran escala por mar partiendo de Birmania. Era necesario aprovechar los grandes puertos de Bombay, Colombo, Madrás y Calcuta, lo que quería decir que las fuerzas acantonadas ahora en Birmania habrían de dividirse en dos grupos: una parte debería permanecer en Birmania, hasta eliminar por completo a los japoneses, y la otra sería transferida para reorganizarse antes del desembarco. Sir Oliver Leese juzgaba que Christison, comandante del Cuerpo de Ejército XV, era el hombre adecuado para dirigir la futura operación en Malasia, ya que su experiencia directa en operaciones de combate era mayor que la de Slim. Así, pues, Christison partió para Delhi, donde estableció su cuartel general, para iniciar la planificación de la campaña. Entre tanto, Slim, comprometido en aquel momento en el frente y además luchando con los graves problemas a los que ya nos hemos referido, empezó a elaborar los planes para la misma operación con el Estado Mayor del Ejército 14.

Y entonces llegó la noticia de que sería transferido de Birmania el Ejército 14 y puesto al mando de Christison, mientras una fuerza mucho más reducida, que se llamaría Ejército 12, quedaría en el país al mando de Slim. Esta absurda y complicada disposición, que menospreciaba el enorme prestigio de Slim en el teatro de operaciones de Extremo Oriente, tenía que conducir inevitablemente a una crisis en los mandos y a afectar la moral de la tropa. Al final, cuando Mountbatten fue puesto al corriente de la situación, se llevó a cabo una reorganización en gran escala, tras la cual Slim pasó al ALFSEA, y Stopford asumió el mando del Ejército 12, mientras Miles Dempsey, llegado de Europa, asumía el mando del Ejército 14. Slim volvió inmediatamente a Gran Bretaña con permiso, donde, por primera vez, se encontró con el primer ministro y con los demás jefes responsables de la nación. Y es grato poder decir que encontró en su patria la recompensa y los reconocimientos que se merecía.

Entre tanto, Stopford, sin pérdida de tiempo, reorganizó el Ejército con las unidades que le quedaban. Entre éstas figuraban las Divisiones 7, 17 y 19 indias, la Brigada 268 y la Brigada Acorazada 255. Tenía también bajo su mando a la División 20 india, la División 82 de África occidental y la 22 de África oriental. Sin embargo, las Divisiones 7 y 20 habían sido destinadas a la invasión de Malasia, que debería comenzar a fines de agosto, por lo que era evidente que sólo estarían a disposición de Stopford otras siete semanas como máximo. Afortunadamente, Stopford pudo organizar el nuevo mando con el personal de su antiguo Cuerpo de Ejército XXXIII que había sido disuelto, de manera que logró dar las órdenes necesarias con la máxima rapidez. En el extremo meridional del frente, en el sector de Pegu-Waw, al oeste de la desembocadura del Sittang, se hallaba la División 7, con la División 17 en el centro y la 19 a la derecha, apoyada sobre Toungoo. En esa zona, mientras continuaban los monzones, los Aliados prepararon posiciones defensivas, atentamente vigilados por los japoneses que patrullaban la zona con la esperanza de hallar brechas o puntos débiles.

Aunque la situación de los japoneses era ya extremadamente crítica, Sakurai aún consiguió conservar sólidamente el control sobre sus hombres. Como medios de transporte sólo disponían de algunas bestias de carga y carretas tiradas por bueyes; sus víveres consistían en lo poco que podían procurarse entre los birmanos. No disponían de medios acorazados, y les quedaban pocas piezas de artillería. Poca cosa se podía hacer por los enfermos y los heridos, y todos aquellos que no estaban en condiciones de andar eran abandonados a su suerte. Y a pesar de ello, nadie pensaba en rendirse, y los panfletos y octavillas lanzados por la RAF que prometían un buen trato a los que se rindieran, no dieron ningún resultado. Sakurai estaba dispuesto a abrirse una salida o a morir en el intento.

Observando la situación, Stopford llegó a la conclusión de que el Ejército 28 enemigo estaba reunido en cinco grupos, todos ellos situados en profundidad sobre los montes de Pegu: al Norte, la División 54 de Miyazaki, en el centro la 72 Brigada mixta independiente y el mando de Ejército, con el personal logístico, y al Sur quedaban los restos de la División 55 y de la 105 Brigada mixta independiente. Esta suposición se confirmó el día 2 de julio, cuando una patrulla de la División 17 interceptó una orden de la División 55, en la cual no sólo se daban disposiciones sino que se exponía el plan de Sakurai para la irrupción. Ésta debía tener lugar a lo largo de un frente de 240 km, desde Toungoo hasta Nyaunglebin, utilizando carreteras y caminos de gran circulación, pues el estado del terreno impedía los movimientos a campo través. Pero era evidente, teniendo en cuenta aquellas órdenes, que el ataque principal se desarrollaría contra la División 7, por lo que Stopford reforzó inmediatamente aquel sector. Le fueron asignados tres grupos con los medios de una Brigada, además de los 2000 hombres del Ejército de Aung San, llamado entonces «fuerzas patrióticas birmanas».

Tanto la División 7 como estas unidades que se aprestaban a darle apoyo, quedaron bajo la jurisdicción del Cuerpo de Ejército IV, mandado en aquellas fechas por el teniente general sir Francis Tuker. Este experimentado comandante empezó inmediatamente a reforzar las defensas en profundidad; tras la patrullas que vigilaban todas las rutas de salida de los montes de Pegu se situaron posiciones fortificadas, reforzadas por artillería y por elementos acorazados. Más atrás aún, en la planicie entre la carretera y el Sittang, había algunas columnas móviles, a las que se asignó la misión de hacer frente y detener a los japoneses

que consiguieran evitar los puntos fortificados. En la orilla occidental del río se reemplazó otra línea de posiciones defensivas; y en la orilla oriental quedaban otras patrullas y algunos pequeños destacamentos móviles encargados de eliminar a los enemigos que intentasen atravesar el Sittang. En suma, la barrera que los japoneses debían atravesar era formidable.

El intento de fuga de Honda

Sin embargo, en la directiva interceptada faltaba una información: la fecha del ataque. No obstante, Stopford opinaba que no podía retrasarse mucho. Y también en este caso tenía razón. La noche del 3 de julio, Honda lanzó los restos del Ejército 33, unos 6000 hombres, a una acción diversiva contra Waw, en el extremo meridional del despliegue. Aunque los ataques japoneses se desarrollaron con singular violencia, las posiciones defensivas se mantuvieron firmes. A la mañana siguiente, los japoneses utilizaron toda la artillería que les quedaba, que comprendía cuatro piezas de 105 mm, y, por lo menos, otras cuatro de 75 mm, y con el apoyo de los morteros pesados lanzaron contra sus adversarios un fuego concentrado, preciso y devastador. Como el terreno inundado imposibilitaba a los defensores todo intento de atrincherarse, las pérdidas fueron gravísimas, y algunas posiciones avanzadas tuvieron que ser abandonadas. Afortunadamente, la RAF realizó constantes vuelos sobre los grupos artilleros del enemigo, provocando tal confusión que, por lo menos durante el día, los cañones quedaron reducidos al silencio.

La intención del ataque contra Waw era evidente: se trataba de poner en peligro o, incluso si ello era posible, interrumpir las comunicaciones por carretera y por ferrocarril entre el Ejército 12 y Rangún, y obligar a Stopford a debilitar su centro, con la esperanza de que el grueso del Ejército 28 pudiera abrirse camino hacia el Este, entre Toungoo y Nyaunglebin. Durante algún tiempo pareció que el éxito iba a sonreír a Honda, y el 7 de julio las unidades avanzadas de la División 7 india se vieron en la precisión de retirarse. La operación se llevó a cabo de noche y a través de campos anegados. Como la profundidad del agua era de unos 60 cm, los que transportaban a los heridos se veían obligados a continuar su marcha agotadora, sin poder detenerse a descansar un solo momento y dejar en el suelo su carga. Aparte del empedrado de las vías del ferrocarril y de los montículos donde se levantaban las aldeas, no se veía en toda la zona ni un solo metro cuadrado de tierra seca.

Pero el agua, como la jungla, es neutral y también los japoneses tuvieron que hacerle frente. El 11 de julio ya era evidente que habían abandonado el ambicioso proyecto de apoderarse de Waw, y que, por el contrario, empezaban a interesarse por Myitkyo, a unos 24 km al Nordeste. Esta posición estaba defendida por la Brigada 33, cuyo comandante convenció a la RAF para que cooperase con él en un constante apoyo.

A este respecto comenta el general Roberts: «Todo posible punto de resistencia fue marcado sobre fotografías aéreas a gran escala y le fue asignada una letra de referencia, que debía ser reproducida por la infantería mediante fajas de tela en el suelo para indicar que necesitaban apoyo. Cuando la infantería atacante se acercaba demasiado a un determinado objetivo para que pudieran seguir produciéndose los ataques aéreos, los pilotos continuaban haciendo pasadas "en blanco", con el fin de obligar al enemigo a mantener la cabeza a cubierto, dando de este modo a la infantería la posibilidad de sorprenderlo de cerca con las bayonetas y los *kukri*. El enemigo, aunque bien atrincherado y abundantemente aprovisionado de municiones, se vio pronto derrotado, y sólo con pérdidas insignificantes para los atacantes».

Las operaciones en torno a Waw, aunque sangrientas y agotadoras, fueron, naturalmente, de poca importancia; el ataque japonés de verdadera envergadura aún no se había producido. Stopford lo esperaba para el día 20 de julio, pero en realidad comenzó un día antes, cuando una compañía nipona apareció de pronto por las colinas y atacó una posición ocupada por tropas avanzadas de la División 17, a unos 32 km al sur de Toungoo. Estas avanzadillas no consiguieron abrirse mucho camino; pero, tras sus huellas, empezaron a bajar grupos cada vez más numerosos, de 500 o 600 hombres, y la misma secuencia de ataques se repitió durante todos los días.

Tras sufrir graves pérdidas en el asalto a las posiciones que protegían el cruce entre la senda de montaña que utilizaban y la carretera principal, los japoneses se dividieron en pequeños grupos, escapando así por los flancos del enemigo. Pero entonces eran perseguidos por las columnas móviles británicas e indias y por las escuadrillas del 221° Grupo de la RAF, viéndose obligados a refugiarse en los poblados vecinos en espera de la noche. Entonces los hombres de la División 17 cortaban todas las sendas que emergían del agua y cañoneaban los poblados, infligiendo al enemigo graves pérdidas, ya que los japoneses, arrinconados en las proximidades del Sittang, no podían recurrir con éxito a su técnica de atrincheramiento rápido; en efecto, apenas excavaban una trinchera, ésta quedaba inmediatamente inundada de agua. Los supervivientes trataban de escapar hacia el Este, sólo para ir a caer bajo el fuego de las posiciones situadas a lo largo de la orilla occidental del río, y una vez detenidos allí empezaba su persecución por las unidades de las fuerzas patrióticas birmanas.

Rotos y andrajosos

Si los japoneses no se hubieran ganado tan mala reputación en los días de su triunfo, quizás ahora los soldados que les acechaban hubieran podido demostrar una cierta piedad hacia ellos, con sus uniformes rotos y andrajosos, los soldados nipones parecían espantapájaros más que soldados, y todos, absolutamente todos, estaban demacrados, sucios y malolientes. Pero, como cuenta Henry Maule, todavía les reservaban una sorpresa:

«Entre las criaturas demacradas y feroces que murieron a centenares mientras trataban de cruzar la carretera principal, había jóvenes muchachas japonesas, de ojos alucinados. Estas muchachas habían realizado el avance con los "héroes" japoneses, en calidad de enfermeras y de amantes (los soldados japoneses, en efecto, se desplazaban por los frentes acompañados de burdeles ambulantes, llamados "batallones de consuelo"). Ahora que el mito se había derrumbado y desvanecido para siempre, ellas trataban de huir junto con la horda diezmada, pero aún feroz... En esta hora desesperada, poca indumentaria les quedaba a estas mujeres japonesas. Algunas llevaban un fusil con el cual disparaban contra las tropas británicas, mientras otras agarraban granadas de mano y se suicidaban cuando veían que iban a ser capturadas. Las que cayeron prisioneras, fueron vestidas de nuevo, alimentadas y destinadas a cuidar a los soldados japoneses heridos y hambrientos que ahora caían en manos de los británicos en número cada vez mayor. Y entonces sí se convirtieron para sus hombres en verdaderas enfermeras con un profundo espíritu de sacrificio».

Cada día los japoneses descendían desde los montes para encontrar el mismo destino. Como ha dicho John Masters: «Les apuntaban las ametralladoras, los fusiles ametralladores, los fusiles y hasta los carros y los cañones. Se ahogaban a centenares en el Sittang, y sus cadáveres flotaban por los campos inundados y entre los cañaverales. En julio de 1945 los que componíamos el Ejército 15 llegamos a matar o capturar 11.500 japoneses, mientras que de los nuestros sólo cayeron 96.

La mantanza continuó hasta el 4 de agosto, y luego los japoneses dejaron de llegar. No habría más. La última batalla de Birmania había llegado a su fin.

De los 18.000 hombres que salieron de los montes de Pegu, apenas 6000, según admitieron luego los propios nipones, consiguieron alcanzar la orilla oriental del Sittang, y muchos de ellos estaban demasiado débiles o demasiado enfermos para continuar luego la marcha hasta Malasia.

Quizá en mayor grado que cualquier otra campaña de la segunda Guerra Mundial, salvo quizá la defensa de Stalingrado, la campaña de Birmania reúne los elementos de una gran epopeya homérica. Se desarrolló en un terreno fantástico, rodeado por grandes cadenas de montañas y por impenetrables junglas que aislaban las tropas de cualquier otro sector. Continuó ininterrumpidamente durante tres años y ocho meses; se extendió sobre zonas amplísimas, y costó la vida de casi dos millones de hombres. Fue testigo de grandes desastres y acabó en triunfos igualmente grandes. Reveló milagros de heroísmo, paciencia, resolución y sufrimiento. Causó grandes padecimientos, pero fascinó y apasionó a todos aquellos que participaron en ella, vencedores y vencidos. Ninguna otra guerra de la historia militar puede comparársele.

De ella salió el Ejército 14, uno de los más extraordinarios que el mundo ha visto jamás. En ella se reveló el general Slim, quizá el mejor soldado de Inglaterra en todo el siglo XX, y probablemente el más grande desde los tiempos del duque de Wellington: pocos ingleses han tenido bajo su mando un Ejército tan numeroso, y pocos han conseguido una victoria de tal envergadura. Ninguno ha admitido nunca sus propios errores tan sinceramente, ni fue nunca tan generoso con sus propios hombres. Slim ciertamente ocupará un puesto único en los anales de la segunda Guerra Mundial y en los del pueblo británico.

Actualmente con la perspectiva que el tiempo proporciona, puede afirmarse que los triunfos de los Aliados en Birmania, desde agosto de 1944 en adelante, constituyeron un derroche de recursos, porque en aquella época el Japón estaba ya fatalmente condenado y porque la bomba atómica hubiera decidido de cualquier modo su suerte, tanto si se aniquilaban como si no se aniquilaban los Ejércitos 15, 28 y 33. Pero esta afirmación, si es que se hace, no tendría en cuenta que un soldado no es un profeta y que debe cumplir con su deber allí donde éste se encuentre: la ironía de los dioses no es asunto suyo.

1945

Mayo-junio: empiezan los combates en la cabeza de puente de Kama. Se rastrilla todo el valle del Irawadi, pero Slim se encuentra de pronto ante una crisis de abastecimientos.

7 de junio: se reduce el período de permanencia en Extremo Oriente, y por lo tanto el Ejército 14 se halla ante la amenaza de una grave reducción de efectivos. Muchos hombres se reenganchan voluntariamente.

Junio: Stopford sustituye a Slim en el mando y reorganiza el Ejército 12.

2 de julio: se intercepta una orden de operaciones japonesa en la que se dan instrucciones para la salida del Ejército 28.

3 de julio: Honda inicia un ataque diversivo contra Waw, consiguiendo cierto éxito inicial.

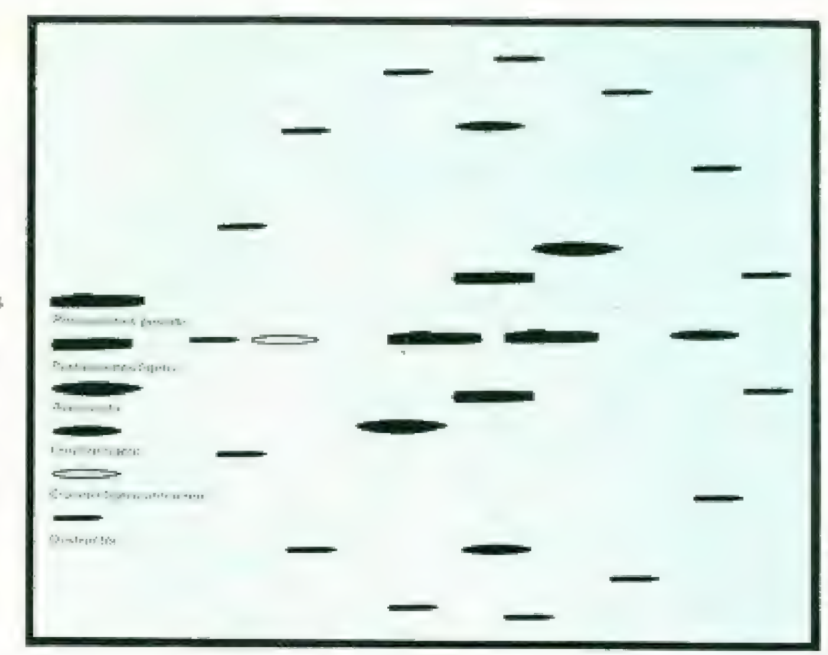
11 de julio: los japoneses abandonan el ataque a Waw en el frente de la División 17.

19 de julio: empieza el intento principal del Ejército 28 de romper el cerco.

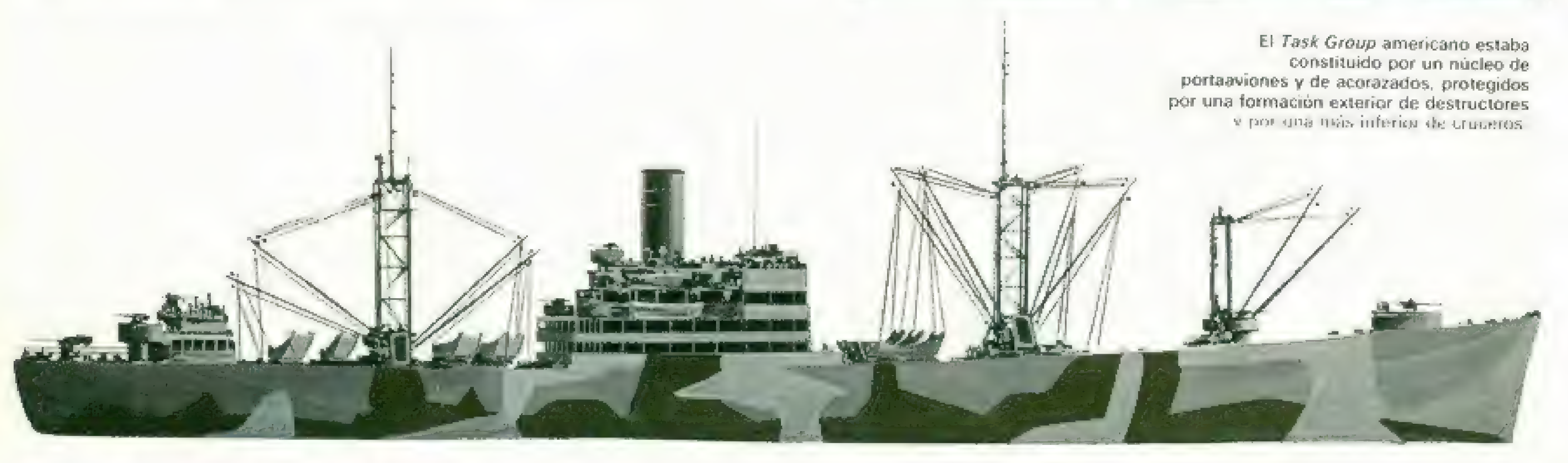
4 de agosto: son exterminadas las últimas tropas japonesas que tratan de escapar al cerco. Las bajas japonesas, entre muertos y prisioneros, se elevan a 11.500. Los Aliados tuvieron 96 muertos.

TRAS LA VICTORIA ALIADA

Desde los primeros días de la guerra en el Pacífico los japoneses, que gozaban entonces de una franca superioridad numérica, revelaron su tendencia a fraccionar las fuerzas navales, convirtiéndose así, en fácil presa de las compactas y bien situadas formaciones estadounidenses. La victoria americana en el Pacífico hay que atribuirla tanto a los transportes y a los abastecimientos como a los portaaviones, que constituían el nervio de la potencia naval de los Estados Unidos. También los ataques lanzados contra los buques japoneses por los submarinos y por las unidades de superficie contribuyeron en gran medida a la victoria de las fuerzas navales americanas. Reproducimos en estas páginas dos tipos característicos de buques de apoyo (un buque de transporte y un buque-cisterna), un portaaaviones del tipo *Essex*, un diagrama que indica en toneladas las pérdidas infligidas por los Aliados a las fuerzas navales japonesas y un gráfico con la composición y la formación en orden de combate de un *Task Group*, que formaba parte de una *Task Force*. La superioridad en portaaviones, el poderoso apoyo logístico, la destrucción de buques enemigos, la superioridad en los procedimientos tácticos: he aquí los elementos que aseguraron a los americanos su supremacía en el Pacífico.



El *Task Group* americano estaba constituido por un núcleo de portaaviones y de acorazados, protegidos por una formación exterior de destructores y por una más inferior de cruceros.



Buque de transporte tipo "C2-5-B1"

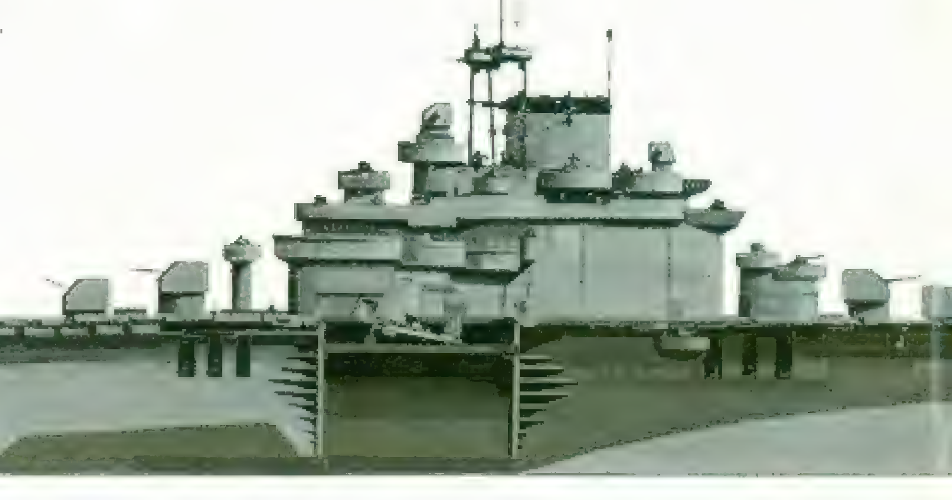
Esencial para las operaciones anfibias, esta unidad podía transportar tropas con sus correspondientes medios de desembarco, abastecimientos y municiones. Los americanos disponían de un centenar de estos buques para sus operaciones en el Pacífico. **Eslora**: 140 m. **Manga**: 20 m. **Armamento**: un cañón de 127 mm y 8 antiaéreos de 40 mm. **Tripulación**: 404 hombres, más las tropas de desembarco. **Desplazamiento**: 6556 t.

Buque cisterna tipo "T3-S2-A1"

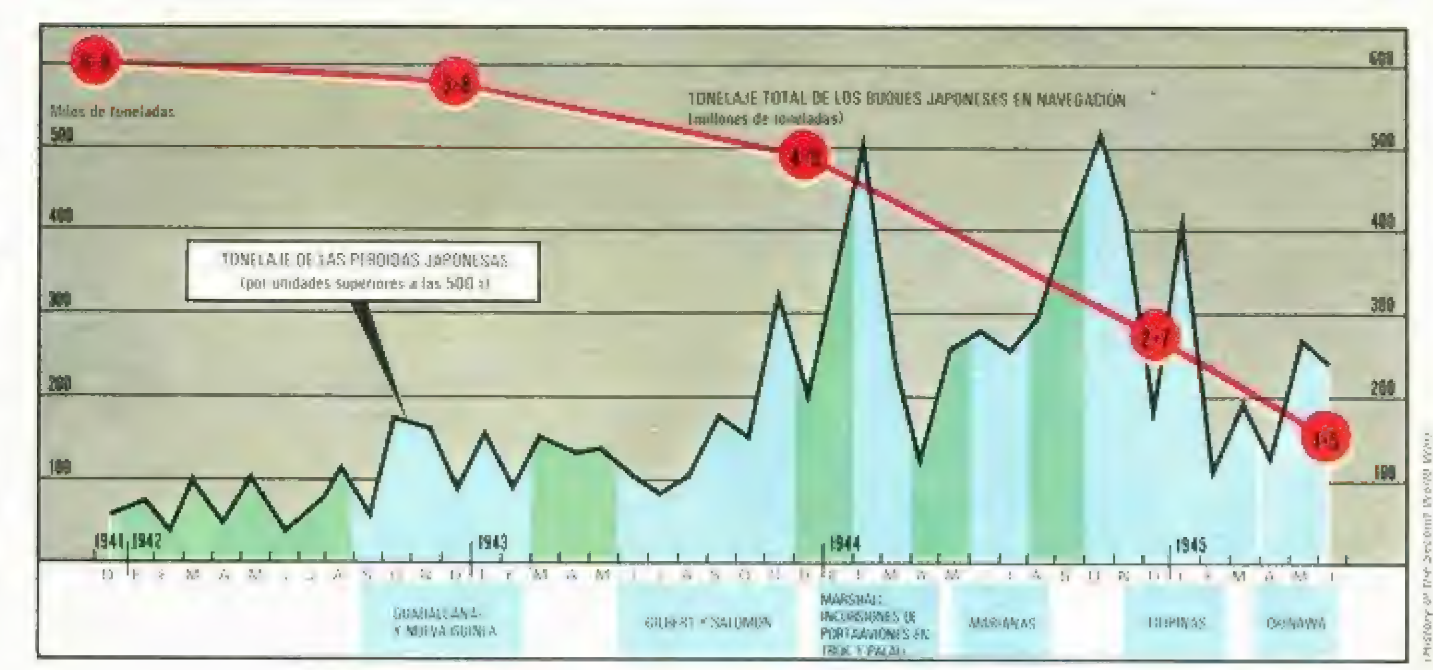
Las grandes distancias en el Pacífico hicieron indispensable el abastecimiento de las unidades en alta mar, de ahí el éxito de estos buques cisterna. **Eslora**: 168 m. **Manga**: 23 m. **Armamento**: 4 cañones de 127 mm, y 8 antiaéreos de 40 mm. **Tripulación**: 304 hombres. **Desplazamiento**: 7356 t.

Portaaviones "Wasp" del tipo "Essex"

Este tipo de portaaviones rápido fue el primero que estuvo dotado de un elevador exterior para aviones, situado a la izquierda del casco. **Eslora**: 250 m. (por encima de la línea de flotación), y 276 m (en total). **Manga**: 45 m. **Velocidad**: 32 nudos. **Armamento**: 12 cañones de 127 mm, de 44 a 48 cañones antiaéreos de 40 mm. **Aviones**: 100. **Tripulación**: 3500 hombres. **Desplazamiento**: 33 100 t.



Al empezar las hostilidades, los buques de la marina mercante japonesa sumaban un total de 6 millones de toneladas de desplazamiento. Al final de la guerra, esta cantidad había descendido a 1,5 millones aproximadamente. Puesto que muchas unidades eran utilizadas en el desesperado intento de apoyar a guarniciones que defendían las numerosas islas diseminadas en el océano, el porcentaje de buques hundidos aumentó rápidamente en relación con cada una de las grandes campañas. De ello derivaron pérdidas cada vez mayores en un período muy crítico para los japoneses.



History of the Second World War

1 [illegible]
2 Armamento antiaéreo de 20 y de 40 mm
3 Dos lanchas de salvamento
4 Motores de los ventiladores
5 Taller de reparación de las [illegible] de los aviones
6 Taller y maquinaria para el elevador
7 Almacenes de piezas de recambio para aviones y municiones
8 Aire acondicionado
9 Hangar principal de proa
10 Cañones antiaéreos
11 Cañones antiaéreos
12 Hangar de reparaciones
13 Almacén para los motores de recambio de los aviones
14 Taller motores aviones
15 Depósito de municiones de babor
16 Instalación para la iluminación de emergencia
17 Motores de la instalación frigorífica
18 Conducciones del vapor para las turbinas de propulsión
19 Turbinas.
20 Cámara de aire acondicionado
21 Carburante para aviones
22 Depósitos de combustible

Abajo: en esta sección transversal de un portaaviones de la clase "Essex" se pueden observar algunas nuevas características, entre ellas el aumento de espesor de la coraza, por encima y por debajo de la línea de flotación y los depósitos de combustible aislados de los puntos vulnerables.



John Batchelor

LOS GENERALES DE LA CAMPAÑA DE BIRMANIA

Arthur Swinson

La campaña de Birmania, que durante la guerra fue considerada como un episodio marginal, ha ido asumiendo desde entonces un interés cada día mayor para los historiadores. Su posición aislada respecto a los demás sectores de operaciones, las dimensiones del territorio y la extraordinaria capacidad de los comandantes de ambos bandos, le confieren un carácter épico. En esta página, Arthur Swinson examina las cinco figuras más sobresalientes de la campaña.



General sir WILLIAM SLIM

Años después de la guerra, cuando los alumnos de la Escuela Militar de Sandhurst votaron para elegir el general a cuyas órdenes les hubiera gustado prestar servicio, Slim fue el que obtuvo mayor número de votos. Las razones son claramente comprensibles. Aunque Slim no fuera muy conocido en Inglaterra mientras duró el conflicto, su reputación creció día a día a medida que se fue valorando plenamente la importancia de sus acciones bélicas. En Birmania aniquiló por completo tres Ejércitos japoneses –el 15, el 28 y el 33–, tras efectuar una larga retirada, detener una potente ofensiva adversaria y asestar finalmente el decisivo golpe maestro en Mandalay-Meiktila. No cabe ninguna duda de que su genio militar se basaba en su capacidad natural para dominar a sus propios hombres. Nunca hubo un general que se preocupara tanto en hacer comprender que era tan sólo un hombre como los demás y que podía equivocarse; nadie estuvo nunca tan dispuesto como él a admitir sus propios errores, incluso delante de simples soldados. Dentro de su dominio del arte de la guerra, lo que más sorprende de su personalidad es su total honestidad: su capacidad para ver con diáfana claridad no sólo las personas y las situaciones, sino incluso dentro de sí mismo. En el Ejército 14 esto condujo a una confianza completa entre el comandante del Ejército y las tropas, confianza ampliamente justificada y que al fin se vio premiada con la victoria.



General sir MONTAGU STOPFORD

Enemigo de toda ostentación e indiferente a la popularidad, Stopford era uno de aquellos hombres que sólo los soldados saben apreciar. Cuando se le invistió de la responsabilidad del mando en las altas esferas, su experiencia operativa era considerable, puesto que había alcanzado el grado de oficial en 1911, en la *Rifle Brigade*, y prestó servicios durante toda la primera Guerra Mundial en el frente occidental. En 1939 mandó la Brigada de infantería 17, del Cuerpo Expedicionario británico en Europa. Luego fue comandante de la Escuela de Guerra en Camberley y más tarde del Cuerpo de Ejército XII y del Cuerpo de Ejército XXXIII indio. Se encontraba al mando de esta unidad durante los tormentosos días de la ofensiva japonesa y, después de Kohima y de las batallas en el Sur, fue el primero en abrirse paso hacia Imphal, acontecimiento clave en la campaña de Birmania. Hombre enérgico, eficiente e inflexible para con los débiles y los ineptos, Stopford mandó su Cuerpo de Ejército en las grandes batallas de Birmania central y luego en la carrera para la conquista de Rangún. Cuando Slim dejó Birmania para preparar la operación en Malasia, Stopford se convirtió en el comandante del Ejército 12, por lo que le correspondió recibir la rendición de las fuerzas japonesas en Birmania. Más tarde fue nombrado comandante en jefe de las fuerzas aliadas de tierra en Asia sudoriental y terminó su carrera como comandante del sector septentrional.



Teniente general RENYA MUTAGUCHI

Cuando, en agosto de 1966, amigos y parientes llegaron para asistir al funeral de Mutaguchi, se distribuyó entre ellos el último de sus opúsculos: un ataque contra Kawabe y Sato, cuya incompetencia y felonía habían sido la causa, según él, del fracaso de la "marcha sobre Delhi". El viejo guerrero seguía combatiendo desde el ataúd. Este hecho es típico de la personalidad de Mutaguchi, rígidamente fiel al código samurai, que impone que el soldado siga siéndolo hasta la muerte y aun más allá de ella. Y en los últimos y amargos días de la ofensiva contra Imphal, escribía a las tropas: "Si vuestras manos están rotas, combatid con los pies... si os quedáis sin fuerzas en el cuerpo, seguid combatiendo con el espíritu".

Mutaguchi era ambicioso, impaciente, arribista; aterrorizaba a los oficiales de su Estado Mayor, y el resultado era que éstos le ocultaban las malas noticias, lo cual solía tener frecuentemente consecuencias desastrosas. A pesar de ello, tenía un innato sentido militar, y la ofensiva contra Imphal y Kohima ha quedado como el episodio más fascinante de la guerra en Birmania. Si su superior Kawabe no hubiera sido tan cauteloso y si él mismo no hubiera tenido enfrente el genio estratégico del general Slim, quizá hubiera llegado a conseguir la victoria. De todos modos, en las críticas situaciones que tuvo que afrontar, supo conducir las operaciones con maestría, y muchas veces estuvo muy cerca del éxito.



Teniente general MASAKI HONDA

Honda, comandante del Ejército 33, fue quizás el mejor general que los japoneses enviaron a Birmania, y, sin embargo, su nombre ha sido más bien ignorado, incluso por sus adversarios. Los primeros tiempos de su carrera los dedicó de una manera especial a la educación y al adiestramiento: en efecto, en 1938 era segundo jefe de la Escuela de Infantería. Hombre apuesto, era una extraña mezcla de puritano y de vividor; no jugaba ni frecuentaba las casas de las *geishas*, pero se desvivía por el *saké* y poseía el más amplio repertorio de historietas pornográficas de todo el Ejército japonés. En Birmania le correspondió el cometido de llevar a cabo una larga serie de acciones retardadoras y de retiradas: primero en el Norte y luego en Meiktila y en el Sur, hasta el estuario del Sittang. Sus hombres combatieron en La-meng, Ten-chung, Kamiang, Mogaung, Myitkyina y Bhamo. Cuando Kimura se vio primero burlado y luego atrapado por Slim en el frente central, ordenó a Honda que se encargase del mando de las operaciones en torno a Meiktila, y los combates que entonces se produjeron constituyen una prueba evidente de la elasticidad y de la capacidad de intuición de Honda. Una vez perdida la batalla, condujo los restos de sus fuerzas en la larga y dura retirada; pero, aunque se vio obligado a caminar a pie con un puñado de hombres de su Estado Mayor, nunca perdió su autoridad. Raramente podrá ser superado el coraje que demostró Honda en la adversidad.



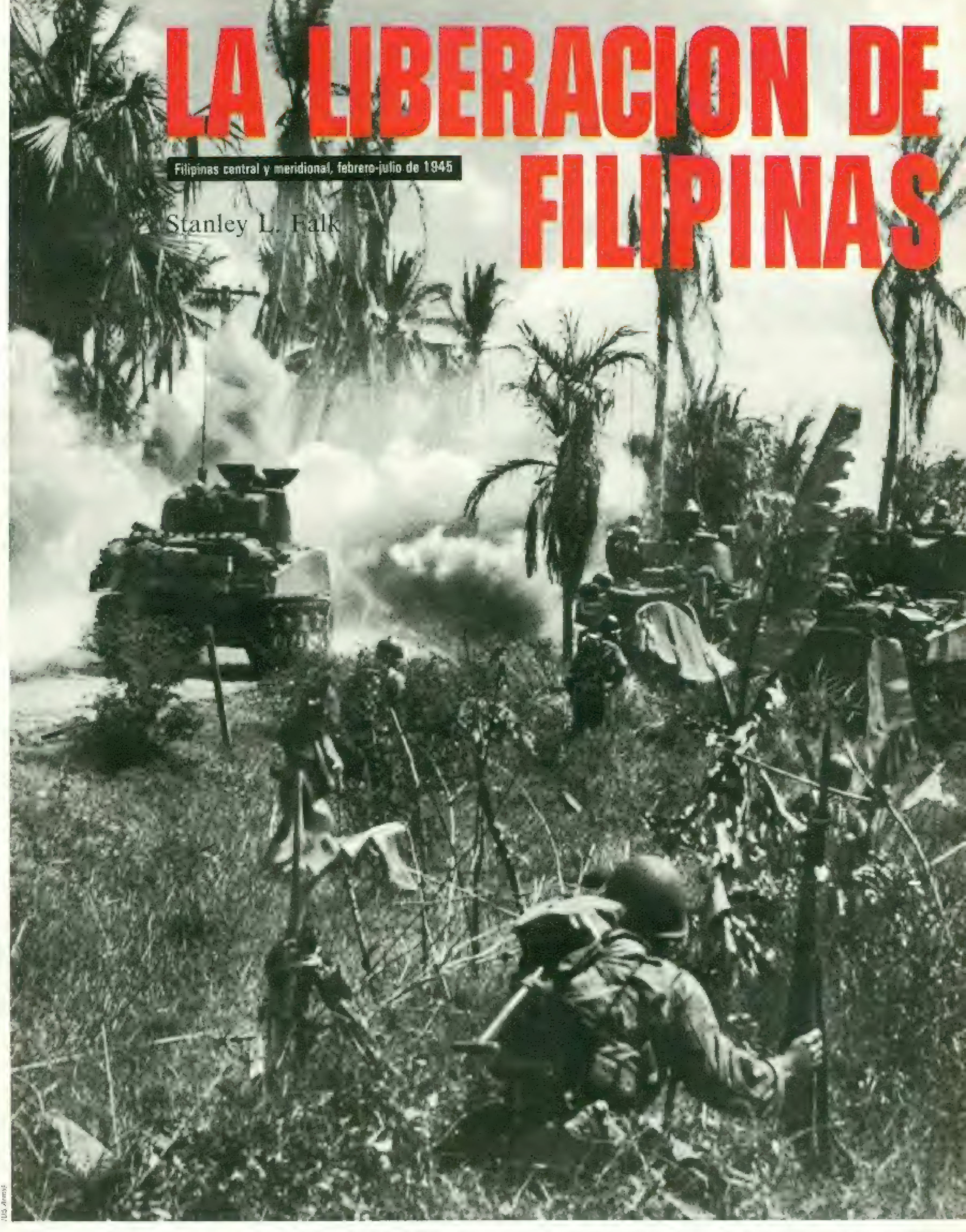
Teniente general KOTOKU SATO

Cuando el mando de la División 31 pasó a sus manos, en el momento de iniciar el avance sobre Kohima, Sato tenía 51 años, y aunque no figuraba entre los jefes más brillantes del Ejército nipón, gozaba de la mejor reputación por su coraje, sus modales suaves y reposados y su desprecio por los convencionalismos. Conquistó la fama al lanzar un audaz ataque nocturno contra los soviéticos durante un incidente fronterizo en 1938. Asimismo, su avance desde el Chindwin hasta Kohima fue realizado con audacia y rapidez; y si todos los comandantes de sus columnas hubieran obedecido sus órdenes, el avance hubiera sido más rápido todavía. Pero, en realidad, nunca consiguió tomar la posición central sobre Garrison Hill, y poco a poco sus tropas fueron lentamente rechazadas de toda la colina. Mas, lo peor fue que de pronto dejaron de llegarle, desde el Ejército 15, víveres y municiones, y así comenzó la enemistad entre Sato y Mutaguchi. Por haberse retirado por propia iniciativa de Kohima, se atribuyó a Sato el fracaso de la "marcha sobre Delhi". Su opinión, expresada en aquel tiempo en una serie de comunicados redactados en términos violentos, era que desde el momento en que Mutaguchi no se preocupó de abastecer a su división, él se sentía exonerado de cualquier responsabilidad. Sato era un hombre de limitadas capacidades y poco afortunado, pero tenía una cualidad que cualquier soldado admira: la de no dejarse avasallar por los superiores.

LA LIBERACION DE FILIPINAS

Filipinas central y meridional, febrero-julio de 1945

Stanley L. Falk



US Army

A pesar del empeño puesto en no malgastar tropas americanas en Filipinas, que los acontecimientos de la guerra en el Pacífico habían dejado a un lado, el general MacArthur estaba decidido a cumplir la promesa que hiciera de liberar las islas. Este complicado archipiélago presentaba para los invasores aliados grandes problemas, pero los japoneses estaban ya muy debilitados a causa de su prolongado aislamiento, y aunque resistieron con su habitual tenacidad, su posición era desesperada. Antes de terminar el mes de julio, MacArthur había cumplido su promesa.

Para el general Douglas MacArthur, la reconquista de Leyte y de Luzón no significaba aún haber cumplido su célebre promesa de volver a Filipinas. Estaba firmemente convencido de que aquella solemne promesa le obligaba y le comprometía a liberar de la ocupación japonesa no sólo algunas islas y una parte de los habitantes del archipiélago filipino, sino cada metro de terreno y cada uno de los filipinos que aún permanecían bajo el yugo del conquistador japonés. No sólo el prestigio americano –que tan gravemente afectado resultó por las derrotas sufridas en el Pacífico al principio de la guerra– continuaría descendiendo en el caso de que se permitiera que la bandera del Sol Naciente siguiera ondeando sobre una pulgada tan sólo de un territorio que antes había pertenecido a los Estados Unidos, sino que, desde un punto de vista humanitario (lo que era aún mucho más importante) era inconcebible que millones de filipinos quedaran en el olvido y abandonados en manos de unos conquistadores ya derrotados.

Aparte de ello había además óptimas razones estratégicas para reconquistar el resto de Filipinas. Algunas de las islas centrales constituían zonas muy aptas para instalar en ellas bases aéreas desde las cuales se podrían interrumpir las líneas de comunicación enemigas a través del mar de la China meridional, en tanto los aeródromos de Filipinas meridional servirían para las operaciones de apoyo con vistas a la reconquista de las Indias holandesas.

Por eso era esencial, tanto por razones morales como por motivos estratégicos, que Filipinas central y meridional fueran liberadas

Por este motivo, y para poder terminar las operaciones y la construcción de los aeródromos antes de las lluvias estivales, era de importancia vital que la liberación completa se llevase a cabo lo antes posible.

Este plan operativo estaba en la mente de MacArthur desde que, por primera vez, tomara en consideración el retorno a las Filipinas. Pero los jefes del Estado Mayor conjunto americano –cuyas opiniones acerca de las ventajas y desventajas de dejar a un lado la conquista de algunas de las

Guerrilleros filipinos, con armas y equipo americanos, retratados con algunos trofeos capturados a las fuerzas japonesas. En el curso de las últimas operaciones americanas en las Filipinas, los guerrilleros desarrollaron una valiosísima acción, tanto en el curso de los combates como para guarnecer las islas ya conquistadas. (National Archives)



islas de las Filipinas no habían sido nunca muy firmes– no acabaron de aceptar las ideas del general. Como explicó Marshall a los jefes de Estado Mayor británicos en Yalta, la liberación del resto de las Filipinas se dejaría en manos de los propios filipinos. No era posible destinar a este fin fuerzas masivas americanas. Así, nunca se dio a MacArthur directiva alguna para la reconquista del resto del archipiélago.

Sin embargo, MacArthur, con aquella fe en sus propias ideas y aquel desprecio por las de los demás que en él era habitual, siguió firme a su decisión. Es verdad que sometió sus planes a los jefes del Estado Mayor conjunto, pero en vistas que no le opusieron ninguna objeción, procedió a ponerlos en práctica. Y como las fuerzas que MacArthur deseaba emplear para liberar las Filipinas –el Ejército 8 del teniente general Robert L. Eichelberger, la VII Flota del vicealmirante Thomas C. Kinkaid y la 13.ª Fuerza Aérea del general de brigada Paul Wurtsmith– no eran necesarias en otra parte en aquel momento, Washington permitió a MacArthur que hiciera su deseo.

Y así ocurrió que, en el mismo momento en que el general Marshall aseguraba a los jefes británicos, a principios de febrero de 1945, que en Filipinas central y meridional solamente intervendrían tropas filipinas, las fuerzas de Eichelberger estaban preparándose para invadirlas. Su primera misión era abrir y limpiar una ruta marítima a través de las islas centrales, ocupando las zonas costeras y los islotes que dominan los llamados «pasos de Visayan»: el estrecho de San Bernardino, el mar de Sibuyan y el canal de la isla Verde. La posesión de este canal, de 325 millas de longitud, no sólo garantizaría a MacArthur una ruta marítima de importancia vital, sino que además privaría a los japoneses de una importante vía de retirada o de llegada de refuerzos.

En combinación con las operaciones de rastrillamiento por parte del Ejército 6 del general Krueger, en la parte meridional de Luzón, las tropas de Eichelberger iniciaron una serie de ataques anfibios que pronto alcanzaron el fin previsto. El 19 de febrero efectuaron desembarcos simultáneos en la costa noroccidental de Samar y en una pequeña isla junto a la costa. Inmediatamente después realizaron varios ataques a otras islas situadas hacia el Oeste, en algunas de las cuales tuvieron que hacer frente a pequeños pero decididos grupos de defensores japoneses. Las unidades de guerrilleros filipinos constituyeron una ayuda importante, tanto en los combates como en la ocupación y guarnición de las islas reconquistadas, dejando así a las fuerzas americanas disponibles para ulteriores operaciones. Los últimos desembarcos, los de la isla de Masbate, se realizaron a primeros de abril, y el día 5 Eichelberger informaba a MacArthur que la misión del Ejército 8 había sido llevada a término con éxito.

Un desembarco diario

Entre fines de febrero y mediados de abril, las fuerzas de Eichelberger efectuaron en total 14 desembarcos anfibios en gran escala y otros 24 de menor importancia, con una frecuencia de casi uno por día. Aunque estas acciones no podían compararse en importancia con los ataques a Leyte y a Luzón, tampoco eran simples ejercicios, y su ejecución a tan rápido ritmo requería un alto grado de preparación y de habilidad.

Las fuerzas japonesas con base en Filipinas central y meridional –el Ejército 35 del teniente general Sosaku Suzuki– ascendían a casi 100.000 hombres. Pero se hallaban dispersos en centenares de islas; sólo contaban con unos pocos aviones, y carecían de cualquier clase de apoyo naval para la defensa; les faltaban también municiones de artillería y carros de combate y no podían proporcionarse entre sí ni refuerzos ni apoyo alguno.

En consecuencia, los japoneses no habían adoptado ningún plan para rechazar a los invasores; pero sí tenían la intención de retirarse de las playas, hacia posiciones del interior, y resistir allí para retrasar el avance americano el mayor tiempo posible. En realidad, no esperaban casi combatir, porque estaban convencidos de haber sido rebasados, como les había sucedido a tantas guarniciones niponas que aún sobrevivían, sin ser molestadas, en muchas islas diseminadas por el Pacífico.

Al margen de estas consideraciones, también hay que aclarar que no tenían ninguna intención de rendirse, y que 100.000 hombres decididos a vender cara su piel constituyen un enemigo muy peligroso.

Los primeros desembarcos americanos tenían como finalidad completar el aislamiento de las islas Visayan (Filipinas central) y asegurarse bases desde las cuales poder cortar las vías de comunicación japonesas con el mar de China meridional. El 28 de febrero, un regimiento de la División 41 desembarcó, prácticamente sin encontrar resistencia, en Palawan, una isla larga y estrecha que protege el flanco noroccidental del mar de Sulu. Los escasos defensores japoneses se refugiaron en el interior, donde fueron perseguidos y exterminados por patrullas norteamericanas y por grupos de guerrilleros filipinos. Sus perseguidores tenían poderosos motivos para darles caza de esta manera: en efecto, en dos refugios antiaéreos de los nipones, destruidos por el fuego, se habían hallado los restos carbonizados de 150 prisioneros de guerra estadounidenses, que fueron encerrados allí, rociados con gasolina y quemados vivos. Otras fuerzas americanas desembarcaron libremente en otros varios puntos de la larga costa de Palawan y en las pequeñas islas vecinas. A mediados de abril, la mayor parte de la zona ya estaba firmemente en manos aliadas.

Entre tanto, el 10 de marzo, el resto de la División 41 desembarcó en Zamboanga, en el extremo occidental de Mindanao. Los japoneses disponían allí de mayores fuerzas (casi 9000 hombres); pero, gracias a la actividad previa desarrollada por los guerrilleros y a la renuncia del comandante japonés a defender las playas ante la potencia aeronaval americana, la división no tuvo dificultad alguna para desembarcar. Sin embargo, una vez hubo penetrado hacia el interior, los invasores se hallaron ante posiciones japonesas muy sólidas, bien dispuestas y defendidas en profundidad.



Marines pertenecientes al Cuerpo de Ejército X avanzan hacia el interior de la isla de Mindanao. Con la conquista de Davo, el 2 de mayo de 1945, por la División 24, las fuerzas del general Sibert infligieron un duro golpe al Ejército 35 japonés. *(US Army)*

Fueron necesarias dos semanas de duros combates para aplastarlas y abrir camino para un rápido avance a lo largo de toda la península de Zamboanga.

La próxima isla de Basilan cayó el 16 de marzo. Otras islas del archipiélago de Sulu, que se extiende hacia el Sudoeste, sufrieron a su vez la misma suerte. Mientras estas operaciones se hallaban en curso, otras unidades del Ejército 8 se encargaban de eliminar las guarniciones japonesas en las islas Visayan. El 18 de marzo, la mayor parte de la División 40 llegaba a la costa occidental de Panay. Casi toda la isla estaba ya en poder de los guerrilleros filipinos y los 2800 defensores japoneses no hicieron nada para conservar el puerto de Iloilo ante la evidente superioridad americana.

Después de volar e incendiar casi las tres cuartas partes de la ciudad, los soldados nipones se retiraron hacia el inaccesible y montañoso interior de Panay, donde consiguieron resistir hasta el final de la guerra.

Pero la División 40 no se detuvo allí para esperar. Dejó Panay en manos de los guerrilleros, y se apoderó de la vecina isla de Guimaras el 20 de marzo, para luego desembarcar, sin hallar tampoco resistencia, en la costa noroccidental de Negros, la mañana del día 29. Un pelotón de vanguardia se dirigió rápidamente hacia el interior para eliminar a los japoneses que montaban guardia en un puente estratégicamente importante y asegurarse así aquel paso antes de que fuera volado.



Las operaciones en Filipinas tuvieron un rápido desarrollo: el 28 de febrero un regimiento de la División 41 desembarcó en Palawan, asegurándose a mediados de abril la posesión de la isla; el resto de la división, tras el ataque a Zamboanga, el 10 de marzo, fue empleada en Mindanao. Entre tanto, la División 40, tras desembarcar en Panay el 18 de marzo y conquistar Guimaras el 20, el 29 atacó Negros. La División "Americal" conquistó Cebú a mediados de abril y, tras ocupar Bohol, desembarcó también en Negros. Las últimas acciones de los americanos en las Filipinas tuvieron lugar en Mindanao. Las Divisiones 24 y 31, del Cuerpo de Ejército X, efectuaron los primeros desembarcos en la bahía de Illana el 17 de abril de 1945, la División 40 desembarcó más tarde al Norte. Las fuerzas americanas se aseguraron el control de Mindanao a fines de julio, después que un batallón de la División 24, desembarcado en la bahía de Sarangani el 12 de julio, conquistara también la parte meridional de la isla.

El grueso de las fuerzas japonesas, unos 13.500 hombres, se halló así en la imposibilidad de detener el avance americano por la carretera costera, por lo que se retiraron hacia las montañas del interior, a unas posiciones que defendieron enérgicamente. Los combates adoptaron entonces la forma de una serie de ataques y contraataques realizados por pequeñas unidades sobre colinas inaccesibles y boscosas. Los aviones y la artillería americanos proporcionaban constante apoyo a las tropas de tierra; pero, a la postre, tuvo que ser la infantería, como siempre, la que soportó la parte más dura de la operación, avanzando con lanzallamas, fusiles y granadas de mano. Hasta primeros de junio la División 40 no consiguió superar las últimas posiciones organizadas por los japoneses en la parte septentrional de la isla de Negros.

Mientras la citada División 40 estaba empeñada en las islas Visayan occidentales, las islas de Cebú y de Bohol, así como la parte sudoriental de Negros constituían los objetivos de la veterana División *Americal*, que atacaba desde el Este. Esta unidad, la única división estadounidense que no tenía un número distintivo, había sido constituida en Nueva Caledonia con unidades no encuadradas en otras divisiones que ya se hallaban en el Pacífico; recibió su bautismo de fuego en Guadalcanal y en Bougainville e intervino asimismo en acciones en las Filipinas durante las últimas fases de la campaña de Leyte y en los estrechos de las Visayan. El 26 de marzo, el grueso de la división desembarcó cerca de la ciudad de Cebú, en la costa oriental de la isla homónima.

Dos días antes, el general Suzuki había llegado a la citada ciudad procedente de Leyte, y aunque encontró que la organización del mando japonés en la isla era un tanto confusa –situación a la que inmediatamente puso remedio–, se percató de que los 14.500 hombres que la defendían se hallaban en mucho mejor forma y ocupaban posiciones más sólidas que las demás fuerzas japonesas en Filipinas. Por ello, cuando la División *Americal* desembarcó, después de un intenso bombardeo preparatorio por parte de los buques de la Flota, tuvo que afrontar duros combates.

Un enorme atasco de tráfico

El cañoneo naval obligó a los defensores a retirarse de las playas, pero las oleadas americanas fueron detenidas apenas llegadas a la línea de fuego por una complicada y mortal serie de campos minados. Las explosiones pusieron fuera de combate a las primeras 15 lanchas de desembarco y mataron o hirieron a una veintena de hombres. La consecuencia fue un colosal atasco en el tráfico, mientras los ingenieros trataban afanosamente de localizar y neutralizar las minas y la infantería se apelotonaba a sus espaldas, en la estrecha playa. Afortunadamente para los atacantes, los japoneses no supieron aprovechar la confusión, y al cabo de una hora quedaron abiertos los pasillos suficientes para permitir el avance hacia el interior.

Los nipones habían establecido un complicado sistema defensivo entre la playa y la ciudad de Cebú, pero decidieron abandonar tanto las defensas como la propia ciudad para defender a cualquier precio las posiciones de las colinas. Así fue como las tropas de la División *Americal* se apoderaron fácilmente de Cebú, que se hallaba prácticamente en ruinas. Durante algunos días, los defensores se mantuvieron firmes en las posiciones de las alturas que rodeaban la ciudad, arrojando desde sus refugios una lluvia de fuego con armas automáticas. Pero el ataque americano, sostenido por el violento fuego de apoyo de los cañones de los destructores de la Flota, les obligó a ceder. Entonces se retiraron a otras defensas igualmente bien preparadas y resistieron durante otras dos semanas antes de que fueran finalmente rechazados y dispersados. Miles de ellos permanecieron escondidos durante todo el tiempo que aún duró la guerra.

Algunos elementos de la División *Americal* habían continuado desembarcando libremente en la larga costa de Cebú y en otras islas vecinas. Un pequeño grupo se aseguró la posesión de la isla de Bohol, a mediados de abril, sin grandes dificultades; y a finales de este mes otras unidades siguieron desembarcando en la parte sudoriental de Negros para reunirse con las tropas de la División 40, que ya se hallaba allí.

Este fue el último desembarco en gran escala realizado en la campaña de las Visayan. Aunque prosiguieron en ellas los combates esporádicos durante algún tiempo, los japoneses habían dejado de constituir una amenaza y los americanos ya podían servirse de la zona para instalar en ella sus bases. Pero aún quedaba por liberar la mayor parte de la enorme isla de Mindanao.

Al principio, en los planes de MacArthur, Mindanao había figurado como el primer objetivo. Pero la decisión de atacar antes Leyte retrasó su invasión por lo menos en un año y medio, y en consecuencia acabó siendo la última operación en gran escala de la campaña de las Filipinas. Una de las consecuencias de esta situación fue el debilitamiento de las fuerzas japonesas en la isla. Parte de las tropas había sido empleada en la fracasada defensa de Leyte, y grandes zonas de la propia Mindanao estaban en manos de las fuerzas guerrilleras.

No obstante, más de la mitad del Ejército 35 se hallaba en la isla, y el general Suzuki se proponía realizar un esfuerzo decisivo para conservar en su poder la zona centrooriental como último reducto. Pero Suzuki murió en el curso de un ataque aéreo americano, lo que debilitó en gran manera el espíritu de defensa de unas tropas que no se hallaban debidamente equipadas ni demasiado dispuestas a combatir después de varios meses de guarnición.

El último asalto «banzai»

Bastante bien informado acerca de la situación de las tropas japonesas, el general Eichelberger tomó la decisión de desembarcar en la parte occidental de Mindanao, donde las defensas eran muy poco profundas, para luego dirigirse rápidamente hacia el interior. Tropas del Cuerpo de Ejército X, del general de División Franklin C. Sibert, empezaron a desembarcar en la bahía de Illana el 17 de abril, donde se dieron cuenta de que la mayor parte de esta zona estaba ya en manos de los guerrilleros. Sibert, entonces, se dirigió hacia el Este, siguiendo el curso del río Mindanao, hasta Kabacan. Luego envió la División 31 hacia el Norte, a través de la zona central de la isla, mientras la División 24 proseguía su avance hasta Davao.

Davao cayó con facilidad ante la presión norteamericana el día 2 de mayo, pues los japoneses decidieron, sensatamente, no defenderla. Pero su conquista aisló la parte meridional de Mindanao del resto de la isla y proporcionó a Sibert una excelente base para lanzar ulteriores operaciones. Esto resultó una gran suerte para los americanos, ya que la defensa de las colinas, al norte y al noroeste de Davao, por parte japonesa, resultó formidable. Fue necesario un mes y medio de dura lucha para arrojar a los defensores y para destruirlos como fuerza en condiciones de combate.

Entre tanto, la División 31 se dirigía al Norte desde Kabacan, encontrando una resistencia esporádica pero casi siempre obstinada. A mediados de mayo, un desesperado pero inútil asalto *banzai* significó la culminación de esta resistencia, así como la última tentativa en gran escala realizada

1945

Febrero-abril: las fuerzas del general Eichelberger llevan a cabo, en total, 38 desembarcos en Filipinas central y meridional.

28 de febrero: un regimiento de la División 41 americana conquista Palawan.

18 de marzo: la División 40 americana desembarca en la isla de Panay y, tras conquistarla, ataca la vecina isla de Guimaras.

26 de marzo: la División *Americal* desembarca en Cebú y encuentra una fuerte resistencia en las alturas que se yerguen tras las playas. Otras unidades de la citada División *Americal* se aseguran la posesión de la isla de Bohol y de otras zonas de Cebú.

29 de marzo: la División 40 americana desembarca en Negros sin encontrar resistencia, pero más tarde encuentra una oposición que se prolonga hasta bien entrado junio.

17 de abril: el Cuerpo de Ejército X desembarca en Mindanao, y Davao cae el 2 de mayo.

12 de julio: en la bahía de Sarangani se efectúa el último desembarco en la costa de Mindanao. Después de dos semanas cesa la resistencia en la isla.

por los japoneses para detener el avance enemigo. Las lluvias torrenciales hicieron entonces su aparición, convirtiéndose en el mayor problema; pero antes de que pasara otra semana, la División 31 entraba en contacto con un regimiento de la 40, que había desembarcado en la costa septentrional. En junio, otro desembarco realizado más al Este selló la suerte de las tropas japonesas en el sector septentrional de Mindanao. Unidades americanas dividieron y dispersaron a los defensores, rechazándolos al interior de la jungla.

El desembarco anfibio final de la campaña de Mindanao se llevó a cabo el 12 de julio, en la bahía de Sarangani, a unos 120 km al sudoeste de la ciudad de Davao. Según el plan originario de MacArthur, el ataque inicial a las islas debería haberse realizado en esta localidad. Y, sin embargo —parece incluso una ironía— allí fue donde precisamente se dio el golpe final. Un batallón de la División 24 desembarcó sin encontrar resistencia, se unió a una formación de guerrilleros y avanzó en persecución de unos 2000 japoneses que habían quedado aislados en aquella zona. La misión de derrotar y dispersar a esta fuerza requirió cerca de dos semanas y significó el final de los combates en la isla de Mindanao.

Aproximadamente una quinta parte de los japoneses presentes en la isla habían muerto desde mediados de abril, con pérdidas relativamente exiguas por parte de los norteamericanos. Los soldados nipones que aún quedaban en ella, en su mayor parte heridos, enfermos o hambrientos, se dispersaron en grupos sin ninguna importancia militar.

Así se había llevado a efecto la misión del Ejército 8 en Filipinas central y meridional. Con una serie de rápidas operaciones convergentes, desarrolladas en una amplia zona, las tropas del general Eichelberger destruyeron el Ejército 35 japonés y dispersaron sus restos por la jungla. Estos japoneses ya no podían hacer otra cosa que esperar la rendición final, que significó el término de las hostilidades en el Pacífico.

Marines pertenecientes a la División «Americal» desembarcan en las cercanías de Cebú el 26 de marzo de 1945. A pesar de los densos campos minados preparados por los japoneses más allá de la línea de batalla, las unidades americanas consiguieron asegurarse una cabeza de desembarco en la isla, cuya conquista se consumó a mediados del mes de abril. (US Army)



LOS GENERALES DE LA GUERRA EN EL PACIFICO

Martin Blumenson

La guerra que se inició en Pearl Harbor y concluyó con las primeras explosiones atómicas puso de manifiesto algunos problemas que hasta entonces nunca se habían presentado y que, por lo tanto, los generales no tuvieron que resolver en ningún otro teatro de operaciones. Las inmensas extensiones oceánicas determinaron el carácter marítimo de estas batallas, de manera que los comandantes de las unidades tuvieron que perfeccionarse en las técnicas de las operaciones combinadas. Por ejemplo, sólo el Ejército 8 americano realizó 55 ataques anfibios en menos de ocho meses. En esta página, Martin Blumenson traza una semblanza de los principales generales que adoptaron las tácticas anfibias, al tiempo que hace un resumen de sus éxitos.



General TOMOYUKI YAMASHITA

Después de pasar gran parte de su vida militar en el ministerio de la Guerra, Yamashita prestó servicio en China y fue inspector general de la Aviación militar. Adquirió su reputación de "tigre de Malasia" estando al mando de las fuerzas que atacaron la gran base naval británica de Singapur, por tierra y por mar, obligándola a rendirse. Al ponerse al frente de las fuerzas japonesas en Filipinas, en el otoño de 1944, proyectó combatir en Luzón la batalla decisiva contra la prevista invasión americana. Y cuando MacArthur, por el contrario, atacó Leyte, el Mando Supremo imperial ordenó a Yamashita, a pesar de sus objeciones, que concentrara la resistencia sobre el terreno. El resultado fue la derrota total de los japoneses, con pérdidas enormes en cuanto a fuerzas aéreas, navales y terrestres, pérdidas que a la sazón los nipones ya no podían soportar. Al invadir los americanos Luzón, Yamashita, con poco apoyo por parte de las fuerzas navales y aéreas y sin poder obtener refuerzos de cierta entidad para las tropas de tierra, que ya andaban escasas de víveres y con los efectivos reducidos y mal equipados, organizó una defensa extremadamente hábil. A diferencia de MacArthur, que en 1942 se había retirado a Bataan, donde resistió durante casi cuatro meses, Yamashita dispuso sus unidades en tres zonas montañosas y resistió durante siete meses y medio, y únicamente se rindió cuando la guerra ya había terminado.



General MASAHARU HOMMA

Pocos días después de Pearl Harbor, el general Homma, al mando del Ejército 14 japonés, dirigió la invasión de las Filipinas. Los éxitos iniciales fueron tan rápidos que su mejor división le fue retirada para destinarla a otros cometidos, lo que, junto a la sorprendente obstinación de los defensores, en un determinado momento condujo a un punto muerto la campaña por Bataan y Corregidor. Mantuvo tenazmente su presión sobre el enemigo, y cuando los éxitos japoneses en el Pacífico permitieron el aflujo de refuerzos, lanzó algunas operaciones cuidadosamente preparadas y coordinadas que se vieron coronadas por el éxito. Después Homma dirigió las operaciones de rastrillamiento en la zona de las Visayan y de Mindanao. Con la conquista de las Filipinas echó a los norteamericanos de sus plazas fuertes en Extremo Oriente, destruyó un Ejército filipino-americano de 140.000 hombres y arrojó a las fuerzas aeronavales estadounidenses hasta la línea de la barrera malaya; asimismo conquistó el mejor puerto de Oriente y excelentes bases desde las cuales situar y sostener guarniciones en el Pacífico. Al finalizar la guerra Homma fue acusado, condenado y fusilado por su responsabilidad en la "marcha de la muerte" de Bataan, en la cual perdieron la vida 17.000 soldados filipinos y americanos, mortandad que en parte fue consecuencia del hecho de que los japoneses carecían de medios para proveer al sostén de tantos prisioneros.



General ROBERT L. EICHELBERGER

Jefe del Cuerpo de Ejército I en Nueva Guinea, Eichelberger asumió el mando de unas tropas australianas y americanas exhaustas, inmovilizadas en la jungla y en los pantanos, ante las sólidas defensas de Buna. Entonces reorganizó las unidades, reforzó los mandos, adoptó una nueva táctica y pronto consiguió conquistar Buna y poco después Sananda. Su conducta operativa y su estilo de mando, descritos por el general sir Thomas Blamey como "personalidad, impulso y coraje... iba por todas partes junto a sus hombres, dándoles ánimos y manteniéndoles en la brecha", marcó con carácter definitivo todas las operaciones que luego dirigió. Contribuyó a la conquista de Hollandia y de Biak. Cuando se le asignó el mando del Ejército 8 americano, de reciente constitución, dirigió las tropas en las batallas de Filipinas; después rastrilló las últimas resistencias de Leyte y a continuación dirigió el desembarco de Luzón (en la bahía de Subic, para cortar la llanura central hacia Manila, y en Nasugbu, para un avance de 72 km hasta la periferia de aquella ciudad en el espacio de cinco días). Más tarde realizó 30 desembarcos anfibios en el curso de 44 días en las campañas de las islas Visayan, y finalmente conquistó Mindanao, ocupando en dos semanas objetivos para los cuales se habían previsto varios meses de combates. El Ejército 8 americano realizó en total 55 ataques anfibios en ocho meses. Todas sus operaciones se distinguieron por el ardor y el ímpetu, una gran flexibilidad e improvisación y mucha rapidez para aprovechar cualquier ventaja circunstancial.



General WALTER KRUEGER

Instructor y táctico hábil, férreo en la disciplina, maestro de muchos de los oficiales americanos más jóvenes que luego alcanzaron los más altos grados durante la guerra, Krueger asumió el mando del Ejército 6 americano, constituido en Australia y en Nueva Guinea, a principios de 1943. Entonces se convirtió en el principal comandante de tropas terrestres de MacArthur y combatió por toda la costa septentrional de Nueva Guinea y en las islas que la flanquean: Nueva Bretaña, las islas del Almirantazgo, Biak, Noemfoor y Morotai, hasta llegar a las Filipinas. Invadió Nueva Bretaña en diciembre de 1943, y a continuación dio comienzo a tres meses de difíciles y continuas operaciones que acabaron con la caída de Nueva Guinea en poder de los Aliados. En octubre de 1944, su Ejército desembarcó en la isla de Leyte, en Filipinas; en diciembre desembarcó en la de Mindoro, y en enero de 1945 invadió Luzón, desembarcando en las orillas del golfo de Lingayen. Las tropas de Krueger ocuparon el aeródromo Clark y, tras duros combates, se apoderaron de Manila. Aunque poco conocido del gran público, a causa de su modestia y de que resultaba poco representativo, fue siempre un soldado duro y minucioso. En sus campañas hubo una gran variedad de situaciones de combate, lo que le dio ocasión de demostrar su gran flexibilidad en los desembarcos anfibios, en las prolongadas maniobras terrestres, en los combates para la ocupación de ciudades y en operaciones de montaña, y tanto en la jungla como en los pantanos.



General HOLLAND M. SMITH

Se le ha llamado algunas veces el padre de la moderna guerra anfibia americana. En efecto, Smith adiestró a unidades del Ejército y de la Marina, ayudó a preparar tropas estadounidenses y canadienses para los desembarcos en Kiska y en Attu (en las islas Aleutianas) y mandó las fuerzas de tierra que invadieron y conquistaron Tarawa y Makin (en las Gilbert), Kwajalein y Eniwetok (en las Marshall), Saipán y Tinian (en las Marianas) y Guam e Iwo Jima. Experimentado oficial del Cuerpo de *marines*, mandó el I Cuerpo de Ejército anfibio de la *Atlantic Fleet*; luego pasó a la *Pacific Fleet* y más tarde mandó el V Cuerpo de Ejército anfibio, fue jefe de la 56.ª *Task Force* y a continuación dirigió la fuerza de los *marines* de la *Pacific Fleet*. Fue Smith quien proporcionó el modelo base para los ataques anfibios en el Pacífico, utilizando técnicas que se convirtieron en una regla general para todos los desembarcos. Más que cualquier otro tipo de guerra, las operaciones anfibias exigen armonía en la acción, así como la sincronización precisa de un complicado mecanismo en el que intervienen fuerzas terrestres, marítimas y aéreas, dosificadas en las proporciones justas, en el momento exacto y en el lugar adecuado. La hábil coordinación de todas las fuerzas y de los respectivos armamentos, aparte de las complicadas técnicas militares (prolongados e intensos bombardeos, operaciones de demolición submarina, desembarcos en oleadas sucesivas y el uso de vehículos anfibios especiales), se atribuyen especialmente a su influencia y a sus enseñanzas.

Japón, 1945

EL JAPON AL LIMITE DE SUS FUERZAS

Alvin D. Coox

A principios del año 1945, a pesar de los discursos tranquilizadores de sus jefes militares, el Japón se hallaba en una situación desesperada. Mucho más aún que Gran Bretaña el imperio nipón dependía de las importaciones para su abastecimiento de materias primas, y el bloqueo americano estaba produciendo efectos desastrosos en su industria de guerra. Las flotillas pesqueras no podían salir a alta mar, privando así a grandes núcleos de la población de su principal alimento; y, no obstante, este pueblo hambriento, sin casas, extenuado por la guerra, seguía siendo requerido para realizar esfuerzos cada vez mayores en la defensa de la patria. Sin embargo ya no habia heroísmo capaz de poner remedio a la escasez de recursos materiales del Japón: el hecho estaba escrito en el muro bíblico...



(National Archives)

En la «zona de defensa nacional» japonesa, en el Pacífico central, se había abierto fatalmente una brecha desde el momento en que Saipan, Guam y Tinian cayeron en manos americanas en verano de 1944. El emperador, desconcertado, consultó a los altos consejeros de Ejército y de la Marina a fines de junio. El primer ministro, Hideki Tojo, ya en desgracia, presentó su dimisión en julio, admitiendo que «el actual gabinete no está en condiciones de alcanzar sus objetivos». El 24 de septiembre, los aviones americanos empezaron a bombardear las principales islas del archipiélago japonés, y el nuevo primer ministro, Koiso, advirtió: «Conviene que empecemos a considerar la posibilidad de que el enemigo llegue a desembarcar en el suelo de la patria». Pero los Aliados esperaban conseguir la rendición incondicional del Japón traduciendo la presión militar y económica en acontecimientos políticos. Sin embargo, la realidad era que a pesar de la caída de Iwo Jima en marzo de 1945 y la de Okinawa en junio, no se publicó por parte japonesa ninguna



Este pasquín japonés dice: «Si también allí hubiera incursiones aéreas, no sería para destruir el suelo patrio sino la moral. ¿Permitiremos al enemigo quebrantar nuestro espíritu combativo?». (History of the Second World War)

admisión de derrota, ni siquiera después de la rendición de Alemania.

Pero los acontecimientos seguían su marcha inexorable. El ritmo y la eficacia de los bombardeos aéreos norteamericanos se habían intensificado desde comienzos de 1945. En los primeros cinco meses de aquel año, el Japón fue bombardeado, según los cálculos del Estado Mayor del Ejército japonés, por 16.958 aparatos. El número de muertos ascendía a 214.261. Los informes norteamericanos indicaban a su vez que fueron arrojadas sobre el Japón 153.887 t de bombas (de ellas 98.466 incendiarias)

Inútiles medidas para la defensa civil

La destrucción de la ciudad de Tokio se consumó con los bombardeos de zona realizados el 14 de abril y el 24 de mayo. Durante este mes, parte de los edificios de los recintos del palacio imperial quedaron arrasados. Un informe de aquel período, del Ministerio del Interior, describe así el comportamiento de la población:

«Las consecuencias de la incursión aérea (del 10 de marzo de 1945) obligaron a la población civil a abandonar la zona; en algunos sectores los habitantes olvidaron mantener llenas las cisternas del agua; carecían de preparación para la defensa antiaérea, y, por otra parte, la gente, desde el principio, se preocupó tan sólo de poner a salvo sus propias pertenencias y carecía de espíritu combativo para hacer frente a los bombardeos incendiarios... de manera que no era capaz de defenderse de un ataque aéreo».

Tras las incursiones de mayo, el Ministerio del Interior admitió que las medidas para la defensa civil de Tokio y de otras ciudades debían considerarse inútiles. El jefe de la Sección de policía para la defensa aérea del Mando Supremo dijo, a su vez, que el pueblo había empezado a darse cuenta de que el equipo y las medidas generales contra los ataques aéreos no servían para nada, y durante los últimos ataques aéreos hubo un éxodo general de las zonas alcanzadas.

Los refugios antiaéreos eran ineficaces, en parte a causa de la escasez de materiales de construcción, sobre todo de acero y cemento para las estructuras de refuerzo. Los grandes centros de refugio exteriores habían sido construidos con madera y protegidos con terraplenes, y carecían de iluminación, de instalaciones sanitarias y de asientos; en muchos casos fueron trampas mortales en las que perecieron asfixiados los que se habían refugiado en ellos. Además, ninguno de estos refugios públicos salvaba de las emanaciones de gases o del fuego.

Se calcula que el tonelaje medio de las bombas arrojadas durante los bombardeos de zona realizados sobre Japón se elevó a cerca de 100 t por km². Los tres complejos urbanos que constituían la clave de la economía de guerra nipona fueron destruidos por el fuego de las incursiones aéreas en los siguientes porcentajes: Tokio-Yokohama-Kawasaki, 56 %; Nayoga, 52 %; Osaka-Kobe, 57 %. Sesenta y cinco de las principales ciudades quedaron completamente devastadas; Kyoto fue la única ciudad importante que se respetó.

Pero antes de junio de 1945, la ofensiva de los bombardeos incendiarios contra los mayores complejos urbanos había sido ampliada a las ciudades de importancia pequeña y media, en las que hubiera depósitos de materiales bélicos o instalaciones industriales auxiliares. Así, los bombardeos destruyeron el 72 % de los edificios y provocaron la evacuación del 80 % de la población de Hamamatsu, centro de producción de hélices para aviones e importante estación ferroviaria en la red principal de la isla de Honshu. La ciudad de Okayama, importante centro de producción de explosivos, metales y materias plásticas, fue destruida en un 62 %. Considerando la gran descentralización de la industria japonesa, los porcentajes brutos de las destrucciones proporcionan también una indicación bastante precisa del daño material total causado a las instalaciones industriales niponas.

Se hacía también evidente hasta qué punto el comportamiento de la población era distinto al previsto. En la ciudad de Kobe, por ejemplo, los obreros abandonaban el trabajo apenas sonaban las sirenas de alarma; en consecuencia, el simple sonido de las alarmas aéreas provocaba una interrupción inmediata en la producción industrial. Según informaciones recogidas por el Ministerio de la Guerra, en mayo de 1945, los porcentajes de asistencia a las fábricas de explosivos de todo el país, inmediatamente después de un ataque aéreo, descendían al 20 o 30 %. El porcentaje medio de ausencias en las fábricas de las zonas devastadas oscilaba alrededor del 40 %. En las zonas no sometidas a los bombardeos, el cociente de ausencias era, por término medio, del 15 %; pero en Kyoto, que no fue bombardeada, también las horas de trabajo perdidas se elevaron al 40 % a primeros de julio de 1945

Asimismo, un resultado indirecto de las incursiones fue la dispersión de la mano de obra a causa del problema de los alojamientos. El profesor Shioda, economista de la universidad municipal de Tokio, describió así las perspectivas de un obrero japonés en aquellos días:

«La asociación para servicios al Estado asignaba, a través de la industria, una ración suplementaria de sakè, arroz o trigo a los «héroes del trabajo» que realizaban toda la labor encomendada. Para el resto no había más que palabras, pobre consuelo para un estómago vacío. Y los obreros agotados y mal nutridos no podían aumentar su eficacia laboral por más que se les exigiera. Al contrario, su capacidad productiva disminuía a medida que los bombardeos se intensificaban. Ninguna nueva idea, en sentido teórico o político nacía del retrógrado movimiento espiritual, que disponía arcaicas ceremonias, como la adoración del Palacio, la recitación del documento imperial sobre la instrucción, o tomar baños helados. He aquí el comentario de un obrero de la industria metalúrgica:

"Las fábricas estaban impregnadas del tenebroso color de la guerra. Se asignaba a los obreros 12 horas de trabajo al día, más las horas extraordinarias y las extra-extraordinarias además. El tiempo libre en el curso del mes era insuficiente. Si un día nos quedábamos en casa los investigadores de la ciudad venían a vernos. Algunos que buscaron trabajos suplementarios para compensar el bajo salario, fueron arrestados y metidos en la cárcel" ».

Según los datos del Ministerio del Interior, las cifras mínimas de las pérdidas entre la población civil japonesa a causa de las incursiones aéreas son las siguientes: 241.309 muertos, 313.041 heridos, 8.045.094 sin hogar, 2.333.388 edificios destruidos y 110.928 parcialmente destruidos. El número de edificios arrasados suponía por lo menos el 30 % del total nacional. Hay que aclarar, sin embargo, que los propios japoneses demolieron 615.000 edificios para aislar los incendios; de ellos, 214.000 en la capital.

La evacuación en masa de civiles japoneses de las zonas urbanas comenzó en 1944. Entre enero y septiembre, 1.000.000 de personas abandonaron Tokio. La población de la capital descendió entonces de 5.000.000, en enero de 1945, a 2.453.000 en junio del mismo año. Asimismo, alrededor del 55 % de los habitantes de la zona de Nagoya fueron evacuados; la misma suerte corrió el 6 % de los que residían en la zona industrial Osaka-Kobe. En total, cerca de 8.295.000 personas de todas las categorías sociales fueron evacuadas en todo el Japón. La dispersión de la población escolar urbana, que se inició a mediados de 1944, se intensificó a partir de las incursiones de marzo de 1945.

En abril, más del 87 % de los niños en edad escolar, residentes en las ciudades, habían sido trasladados a zonas alejadas de posibles objetivos de bombardeos.

La carencia de alimentos se dejó sentir muy pronto. Casi el 50 % de la población se dedicaba normalmente a la producción de víveres; pero el 20 % del arroz tenía que ser importado. Al principio de la guerra, las disponibilidades alimentarias totales del Japón permitían un suministro superior tan sólo en un 6,4 % al sustento mínimo, y ello a pesar del cultivo intensivo y al alto rendimiento del terreno. Pero ya en 1942 las autoridades se vieron obligadas a sustituir con trigo y cebada una parte de la ración de arroz, y más tarde fue preciso recurrir a la distribución de patatas americanas y patatas blancas. El valor en calorías de la ración continuó disminuyendo, al mismo ritmo que disminuía la cantidad de comida disponible por persona.

El resultado de la reducción en las reservas de los alimentos básicos fue que la ración diaria en 1945 descendió por debajo de las 1500 calorías. Aunque todavía no era una dieta de hambre, del nivel mínimo necesario a un japonés para mantenerse en salud y eficacia laboral. El ministro de Agricultura, Shimada, había dicho en agosto de 1944 que el Japón tendría que elegir entre vivir «gordo y poco» o «delgado y mucho tiempo». Y es evidente que se eligió la segunda alternativa

Raíces de lirio, hierba y serpientes

El hambre y las enfermedades se extendían por el Japón en 1945. Con escudillas en las manos, los profesores recorrían los poblados agrícolas, de casa en casa, para mendigar sal y puré de habichuelas para los niños. Y estos últimos recurrían al sistema de sacar de la tierra las raíces de los lirios, comer frutos de morera y capturar serpientes y asarlas a la parrilla; así como devorar hierbas silvestres y cangrejos de río.

Los que residían en las ciudades se precipitaban a miles a las zonas agrícolas para conseguir patatas, verduras y fruta de los campesinos a los precios exorbitantes del mercado negro, y muy a menudo cambiando los géneros alimentarios por bienes de consumo que escaseaban y por objetos personales y de ornamentación. Se calcula que en un solo domingo, unas 900.000 personas salieron de Tokio para trasladarse a sus alrededores con este exclusivo fin.

Según los cálculos del Banco del Japón, los precios del mercado negro, en julio de 1945, superaban los precios de las tasas oficiales en varios miles por ciento.

Como las Fuerzas Armadas necesitaban arroz en cantidades cada vez mayores, a la población civil le correspondía, por término medio, un 40 % menos que en los primeros años de la guerra. En la primavera de 1945, un importante político dijo al príncipe Higashikuni que las raciones de arroz de mayo sólo podrían ser distribuidas a los ciudadanos echando mano de las reservas dispuestas para julio. Y para agosto era de esperar una peligrosa escasez del producto.

El 10 de junio de 1945, en una investigación secreta de la Dieta, el segundo jefe del Estado Mayor del Ejército, Shibayama, admitió que sería imposible prolongar la guerra más allá de la primavera de 1946 a causa de la crisis alimentaria, que empeoraba por momentos. En efecto, cuando se inició la temporada del arroz de 1946 la reserva de la cosecha del año anterior tan sólo era suficiente para el consumo de *cuatro días*.

Aunque el lema nacional: «No necesitamos nada hasta la victoria», siguió manteniéndose, los responsables japoneses estaban secretamente alarmados por la perspectiva de la carestía, especialmente en las zonas más pobladas: temían que los Aliados destruyeran el sistema de transporte terrestre y atacasen los campos en los que aún no se había efectuado la recolección.

Una calle de Yokohama arrasada por los bombardeos americanos. El 56 % de la zona de Tokio-Yokohama-Kawasaki quedó completamente destruido durante las incursiones desencadenadas de marzo a mayo de 1945. (Life Magazine)

Desnutrición, agotamiento y tuberculosis

En consecuencia, a pesar de que era una necesidad desesperada la obtención de materias primas para la industria, el Ministerio de Asuntos Exteriores consiguió que se aprobara su requerimiento de que «el espacio en los transportes marítimos se reservase, en la mayor cantidad posible, a la importación de sal, cereales y semillas de soja, abandonando el principio fijado anteriormente según el cual los principales materiales importados debían ser los minerales de hierro, carbón, arrabio y otros». Se permitió incluso a los buques de vapor que recurrieran a las valiosas reservas de combustible, acumuladas por las Fuerzas Armadas japonesas, con el fin de que pudieran transportar a Honshu la mayor cantidad posible de arroz.

A pesar de ello, en 1945 las importaciones descendieron al 11 % del normal y pronto habría que suspenderlas completamente. Por su parte, la importación de semillas de soja descendió al 31 % respecto al nivel de 1941.

En cuanto a la producción de sucedáneos, era también bastante mísera. El petróleo crudo era particularmente escaso. De una producción máxima de 12.346.000 barriles (1 barril= 163,65 l) en el primer trimestre de 1942, las reservas japonesas descendieron a 490.000 barriles antes de fines de 1944, y a 200.000 barriles en abril de 1945. Trementina, aceite de pescado, aceite de semillas y carbón de madera eran utilizados como combustibles; el alcohol servía de carburante para la aviación. Los químicos trabajaban en diversos proyectos orientados a la creación de un sucedáneo de la gasolina, y más tarde se intentó obtener alcohol de las patatas.

«Ya no es posible aumentar la producción»

Los economistas opinan que el consumidor japonés se vio mucho más afectado por la guerra que la población civil de los demás países beligerantes. Más de 5.000.000 de personas trabajaban en el sector comercial antes de la guerra; en la primavera de 1945 su número había descendido a menos de 2.000.000. A partir de mediados de 1944 el momento culminante de la economía de guerra japonesa llegó a su máximo y entonces otro aumento de la producción era ya imposible. Probablemente, el nivel de la producción global en la primera mitad del año fiscal de 1945 era del orden de un 25 % inferior al del año anterior.

En julio de 1945 la producción para las exigencias de la población civil (que había sido pospuesta durante toda la guerra) estaba por debajo del nivel de subsistencia y los bienes de consumo durables habían desaparecido casi por completo del mercado.

En cuanto a las líneas de comunicación, el sistema ferroviario tenía una capacidad relativamente limitada. Sólo dos líneas principales recorrían la isla de Honshu; las líneas colaterales eran pocas y de importancia reducida. En las islas Kyushu y Hokkaido el sistema consistía en líneas de enlace con los puntos. Por otra parte, en 1945 no había carreteras de gran circulación entre una ciudad y otra, y todo el sistema de caminos era carreteras sin asfaltar. A fines de 1944, sólo el 40 % de los vehículos japoneses seguía funcionando y muchos de ellos con gasógeno. Ya por entonces, los japoneses habían tenido que recurrir en gran parte a las carretas tiradas por bueyes o por caballos.

A principios de julio de 1945 los americanos iniciaron sus ataques aéreos tácticos contra las instalaciones ferroviarias y los puentes en la zona meridional de Kyushu, a fin de impedir los traslados de tropas. El mismo mes, un solo ataque aéreo lanzado por los aparatos de un portaaviones estadounidense destruyó 10 de los 12 pasajes ferroviarios, y dañó los otros dos, en la importantísima línea de Honshu-Hokkaido, por donde se transportaba el 30-40 % del carbón de Hokkaido. La capacidad de transporte de esta línea quedó reducida en un 82 %, sin posibilidad de recuperación durante nueve meses.

El Ministerio japonés para la Planificación había calculado, en 1941, que si la guerra duraba tres años, Japón dispondría de un tonelaje de buques mercantes de 5.250.000 t. Pero lo cierto era que en marzo de 1945 únicamente disponía de 2.366.000 t brutas, de las cuales sólo 1.560.000 estaban en condiciones de navegar. Y a mediados de agosto, el tonelaje de buques mercantes en actividad había descendido a 557.000 t brutas, y, por lo demás, el enemigo hundía un número cinco veces superior al de los que se construían. El Japón ahora sólo poseía el 12 % de la flota mercante con la que comenzara la guerra. Uno de los efectos de la pérdida de barcos fue que la pesca de alta mar –tan importante en la alimentación del país– tuvo que ser abandonada en su mayor parte.

Después de la caída de Okinawa, en 1945, la producción de municiones descendió a menos de la mitad del máximo nivel de producción bélica; y así no era posible sostener prolongadas acciones defensivas contra una invasión. Ya en octubre de 1944 un experto japonés en problemas económicos había admitido, en privado, hablando con el secretario personal del príncipe Konoye, que en 1945 podría hundirse toda la industria por falta de recursos.

Con una producción efectiva de aviones que constituía tan sólo un tercio de la prevista para 1945, la atención de las autoridades japonesas se concentraba en la escasez de aluminio. La disminución del número de buques influía gravemente en el abastecimiento de bauxita; en efecto, el 70 % de este producto se perdió en el mar en 1944. Y lo que aún era peor, se descubrió que sólo el 55 % del aluminio disponible era efectivamente empleado para la producción de aviones. Se inició por ello una campaña para recoger todo el aluminio posible en el territorio nacional, y se dice que el mismo emperador quedó impresionado por la amplitud de esta campaña y pidió que no se requisaran los utensilios domésticos. Y sin embargo, aquella campaña era necesaria. En 1945 la pro-

JAPÓN: LOS PLANES DE DEFENSA CONTRA UN DESEMBARCO AMERICANO QUE NUNCA LLEGÓ A PRODUCIRSE

(1) Los submarinos interrumpen las comunicaciones del adversario antes de la partida de los convoyes; aviones lanzados desde los submarinos y bombarderos de gran autonomía atacan por sorpresa las bases insulares enemigas avanzadas.

(2) Bombarderos de gran autonomía de la Marina y submarinos de autonomía reducida atacan a los elementos de vanguardia de la fuerza de invasión enemiga. En cuanto el principal convoy se halle a menos de 200 millas de las costas japonesas, todos los elementos "kamikaze", así como los submarinos de bolsillo, atacarán en masa. Incursiones de paracaidistas realizarán también ataques contra las bases enemigas avanzadas.

(3) Cuando el convoy de invasión enemigo se acerca a las playas, submarinos de bolsillo, torpedos humanos y embarcaciones suicidas atacan ininterrumpidamente, sobre todo de noche, a las unidades navales de apoyo y a los buques de trans-

1

3

porte. Artillería de largo alcance y "kamikaze impiden que los buques puedan fondear. Las armas disponibles y en condiciones de disparar apuntarán a los buques de transporte y a los medios de desembarco que hagan el trayecto desde los buques a tierra.

(4) Una vez las fuerzas enemigas hayan desembarcado, la artillería costera transporta el tiro desde los objetivos navales a los terrestres. Los "kamikaze" continúan atacando. La infantería de las divisiones costeras ataca ininterrumpidamente a las tropas enemigas para impedirles constituir una cabeza de desembarco. El enemigo se halla muy hostigado y no puede emplear sus armas por la confusión creada en las playas. Apenas localizados los objetivos del enemigo, las divisiones móviles se trasladan desde la zona de espera a la de invasión, mientras la artillería, en posición fija y de campaña, los carros y otros elementos entran en combate apenas llegados a primera línea. Las acciones se desarrollan en un frente restringido y en profundidad contra una pequeña cabeza de desembarco, ya debilitada por la acción de los elementos de la defensa costera. Si se realizan bien, estos contraataques deben eliminar la cabeza de desembarco antes de que el enemigo se arriesgue a desembarcar los elementos de asalto pesados. Cualquier infiltración enemiga será contrarrestada por la feroz resistencia de los guerrilleros.

2

4

ducción de aluminio llegaba tan sólo a un 9 % de la ya modesta producción máxima de 1944. Los residuos de este metal representaban el 80 % de la disponibilidad total del mismo para la industria aeronáutica, provocando así un grave descenso de la calidad. La importación de bauxita había cesado completamente desde el mes de enero de 1945.

Todos los que estaban en condiciones de valorar la debilidad real del país en cuanto a materias primas eran cada vez más pesimistas respecto a las perspectivas que la guerra ofrecía al Japón. Las altas personalidades del Ministerio de Municiones llegaron a la conclusión de que no se podía ganar aquella guerra y empezaron a considerar los problemas de la capitulación. Las reservas de materias primas se agotaban rápidamente, a medida que el territorio metropolitano iba quedando más y más aislado de las fuentes exteriores de abastecimiento. En cambio, los recursos del enemigo parecían ser cada vez más vastos e ilimitados. Pese a todo se hicieron grandes y nuevos esfuerzos para elevar la moral del personal y para introducir mayor autodisciplina y decisión. La policía política descubrió que en el Ministerio de Municiones los funcionarios se dejaban arrastrar por la indolencia y por el desánimo. «En un momento de semejante crisis nacional –observaba un oficial del servicio de contraespionaje– el templo principal de la producción bélica, (el Ministerio de Municiones) estaba falto de voluntad de victoria, cuando no desesperaba francamente del resultado de la guerra». Se supo que un jefe de sección, un capitán de navío, había saludado al nuevo año 1945 advirtiendo a sus subordinados que aquel año sería el de la derrota del Japón y les aconsejó que estuvieran dispuestos a refugiarse en cualquier sitio.

Los elementos de la población civil mejor informados también presentían la catástrofe. En febrero de 1945, Tojo, ya retirado, admitió en privado: «Es algo verdaderamente grave que el espíritu combativo del pueblo haya disminuido desde el momento en que la situación alimentaria se ha hecho precaria y en que los intelectuales albergan presentimientos de derrota». Más tarde, en junio, Tojo se hallaba tan preocupado que visitó al ministro de la Guerra Anami para animar al Ejército a que resistiera con firmeza, ya que el ministro de Marina Yonai y el ministro de Asuntos Exteriores Togo habían dado al ex presidente del Gobierno la impresión de estar dispuestos a la rendición de un momento a otro.

El corresponsal del *Domei*, Masuo Kato, estaba convencido de que la resistencia japonesa ya no tenía entonces la menor posibilidad de éxito y de que quizá el país seguía combatiendo tan sólo por costumbre y porque no se sabía cómo detener la lucha. Inmerso en el terror y en la ignorancia, el pueblo quizá pudiera intuir, por instinto, que algo no marchaba bien, pero se veía obligado a aferrarse desesperadamente hasta el final a un caduco mundo de leyendas.

Corrupción, desconfianza y crítica

Las conjeturas respecto al nivel de la moral de la población civil se confirman con las indagaciones estadísticas oficiales, iniciadas en la primavera de 1945, cuando la ofensiva aérea aliada había alcanzado su punto máximo. Los analistas militares y civiles japoneses citaban casos de espectaculares fallos de la moral, de mercado negro, de corrupción, de creciente desconfianza en los hombres que se hallaban al frente del país y de críticas a los militares y al Gobierno. Aunque intrínsecamente patriota, la población demostraba excesivo egoísmo, falta de valor, desesperación, inquietud, tendencias pacifistas e incluso revolucionarias. El presidente del Consejo de la Corona admitió, en la conferencia imperial, que la moral del pueblo había sufrido evidentemente un descenso y que la buena voluntad de los ciudadanos por hacer honor a las mejores tradiciones de los samurais podría fallar «si se producían determinadas circunstancias».

A principios de junio de 1945, en una reunión informativa de los consejeros del gabinete en la residencia oficial del primer ministro, un dignatario puso en aprietos al Ejército al preguntar: «¿Y si el enemigo no invade Japón ni este año ni el que viene, sino que se conforma, por el contrario, con la táctica de vencer a base de bombardeos? ¿Qué sucederá entonces?». El oficial del Ejército que estaba informando se vio obligado a admitir, con toda sinceridad: «Eso sería llevar a la práctica la estrategia más dolorosa que pueden adoptar contra nosotros».

A fines del mismo mes, el mismo oficial se enfureció al descubrir que la Sección operativa del Estado Mayor del Ejército, en Tokio, parecía tener en cuenta ciertas perspectivas de mediación diplomática a través de la Unión Soviética y que daba la impresión de haber perdido toda confianza. «Vuestro deber –gritó– es únicamente formular planes para operaciones dirigidas a conseguir el éxito. ¡No sirven las respuestas evasivas!». Dicho lo cual salió de la sala de reunión. Pero, en privado, el oficial se mostraba meditabundo: «Si el núcleo central del Mando Supremo imperial piensa ya de esta manera, ¿cómo se puede hablar a la población de victoria? Al día siguiente, este oficial fue destinado al cuartel general del Ejército de Corea, en Seul.

Había buenas razones para justificar el nerviosismo que se había propagado entre los miembros del Estado Mayor imperial. Se sabía que el Ejército padecía insuficiencias cualitativas y que las relaciones entre civiles y militares eran cada día peores. A principios de 1945 las autoridades se habían visto obligadas a recurrir a los últimos hombres que quedaban para reclutar nuevos soldados, sacrificando, inevitablemente, la calidad a la cantidad. En efecto, ya se enrolaban hombres que normalmente hubieran sido considerados físicamente inútiles. Así, durante una inspección a unidades antiaéreas, en otoño de 1944, el príncipe Higashikuni se llevó la desagradable sorpresa de ver lisiados y tuertos de uniforme. Hombres que ya habían alcanzado la edad máxima de reclutamiento, 45 años, militaban junto a jovencitos, pues desde diciembre de 1944 se había rebajado en un año la edad mínima de alistamiento.

Los dirigentes japoneses sabían muy bien que el país estaba definitivamente derrotado en el campo militar. Ya en abril de 1944, el ministro de Asuntos Exteriores Shigemitsu había intentado, aunque en vano, establecer contactos diplomáticos, sirviéndose de la Unión Soviética, para entablar negociaciones. El mismo mes, el príncipe Mikasa aconsejó a los comandantes militares la posibilidad de declarar a Kyoto y a Nara ciudades abiertas. Al propio tiempo, el general Ushiroku, el oficial más antiguo del Estado Mayor del Ejército, admitía ante sus colaboradores que era de esperar que la crisis del imperio sobreviniese en junio o en julio de 1944, opinión compartida por el príncipe Kaya.

En efecto, la pérdida de las Marianas, en 1944, causó gravísimas preocupaciones, aunque no fueron expresadas públicamente, entre los oficiales de más alto grado del Estado Mayor Imperial. «El infierno nos tragó cuando perdimos Saipán», admitió el jefe del Estado Mayor de la Marina. Asimismo, cuando se enteró de esta pérdida, el jefe del negociado para los asuntos militares del Ejército, teniente general Muto, dijo a su ayudante de campo: «El Japón está vencido».

Un coronel japonés anotó en su diario secreto que la caída de Saipan significaba el momento decisivo, tanto para el Japón como para la guerra en toda Asia oriental. Se ha demostrado –sostenía este oficial– que la concepción de defensa insular no puede hallar aplicación práctica si el enemigo posee la supremacía aérea y naval.

Se cuenta que en el curso de una reunión celebrada en el Estado Mayor de la Marina, a fines de junio de 1944, un príncipe imperial había observado que, puesto que la línea defensiva Nueva Guinea-Ogasawara había sido rota por el enemigo, quizá el objetivo actual de la guerra debía ser: «Cómo hacerse derrotar con elegancia». El 2 de julio de 1944, el coronel Matsutani dijo francamente al general Tojo que el Japón debía tratar de salir de la guerra apenas cayese Alemania. Las únicas alternativas para la negociación eran una paz de compromiso o la capitulación. En el peor de los casos, una condición esencial debía ser el mantenimiento de un Estado nacional. Matsutani conferenció también con el Estado Mayor de la Marina japonesa y sacó la impresión de que los altos mandos navales, así como los estadistas más autorizados, eran pesimistas respecto al resultado de la guerra y deseaban una solución de compromiso.

Al día siguiente de haber conferenciado con Tojo, Matsutani recibió la orden de traslado al frente chino por orden directa del mismo general Tojo.

Sin embargo, como luego se supo, precisamente en aquel momento, más o menos a mediados de 1944, el príncipe Konoye y el marqués Kido, depositario del sello privado, ya estaban discutiendo la posibilidad de entablar conversaciones de paz con Gran Bretaña, de considerar *la abdicación del emperador* y un período de regencia del príncipe Takamatsu durante la minoría de edad del príncipe heredero Akihito.

Los ambientes militares japoneses estaban ansiosos, naturalmente, por contrarrestar cualquier expresión de opiniones públicas y privadas favorables a la paz y llegaron incluso a impedir a las más altas personalidades del país que hablaran con el emperador. Tojo hasta insistía para que el príncipe Konoye fuera mantenido bajo una estrecha vigilancia. «Espero que no haya por aquí guardias de la policía militar», fue la primera cosa que dijo Konoye cuando fue a visitar a Shigueru Yoshida en la primavera de 1945.

Muchas de las más importantes reuniones privadas del príncipe se celebraron en localidades secretas.

Una valiente decisión

Pero tras el desembarco americano en Filipinas, el emperador expresó su deseo de conferenciar con los políticos más prestigiosos del país. Con el pretexto de informarse de la salud del soberano, los estadistas llegaron uno a uno a palacio en febrero de 1945. Konoye apoyó decidida y abiertamente la idea de la paz. «Yo creo –comenzó el príncipe– que nuestra derrota en la guerra, aunque dolorosa, es inminente e inevitable.» Con el fin de preservar la estructura nacional, Konoye sostenía que era necesario poner fin a las hostilidades lo antes posible. El príncipe añadió agudamente que los militaristas japoneses «en su corazón han perdido toda confianza en su propia capacidad para continuar la guerra, pero probablemente resistirán hasta la muerte para salvar la apariencia». Konoye concluyó con una respetuosa invocación al emperador para que tomase una «decisión verdaderamente valiente».

Ninguno de los políticos convocados se expresó con la misma decisión. Poco después Yoshida fue arrestado por la policía militar por el papel que claramente había desempeñado al facilitar a Konoye la confección de su memorial para el emperador. Además, Yoshida era acusado de haber escrito a otro eminente personaje que «el Ejército ha perdido confianza en la prosecución de la guerra, y no es posible ocultar el hecho de que la moral es baja. Pienso que la derrota es inevitable».

En abril de 1945, Kantaro Suzuki se convirtió en el último jefe de Gobierno del Japón. Era un anciano almirante, afectado de sordera, que afirmaba vagamente que él «creía haber oído» que el emperador quería que se esforzase por llevar la guerra a una conclusión (o sea, que hiciera la paz) lo antes posible. Los íntimos suponen que probablemente ni siquiera Suzuki comprendía del todo





el auténtico deterioro de la situación militar del Japón en el momento en que asumió su cargo.

Parte de la confusión tenía su origen en una cierta falta de claridad expositiva. En una reunión del 13 de junio de 1945, el marqués de Kido contó al primer ministro Suzuki que el almirante Yonai, ministro de Marina, había hecho este comentario: «El primer ministro parece aún muy decidido (a continuar la guerra)». Suzuki rió y observó: «Yo creía que Yonai estaba todavía muy decidido. ¿Es posible que me equivoque?» Kido anotó: «Así me enteré, *por casualidad*, de que aquellos dos hombres pensaban de la misma manera».

El general Anami también consiguió confundir a quienes le escuchaban. Nunca expresaba claramente sus propias intenciones y utilizaba circunloquios que inducían a pensar a todos que era partidario de la continuación de la resistencia a cualquier precio y hasta el final. En abril de 1945 Anami dio ciertas indicaciones respecto a la batalla decisiva con el fin de que se difundiera por todo el Ejército. Ordenaba a los oficiales y a los soldados que siguieran aquellas instrucciones a la hora de la batalla decisiva en el territorio nacional: «Obedeced los edictos imperiales y atended a los deseos del emperador; defended hasta el final el suelo de la patria; esperad el futuro una vez que se hayan completado los planes; conservad una fuerza espiritual profundamente enraizada con la cual desafiar audazmente a la muerte (suicidio); dad ejemplo a cien millones de compatriotas». No obstante, el secretario particular de Anami ha sostenido que «en el fondo de su corazón, el ministro de la Guerra acariciaba la idea de luchar con las fuerzas de invasión americanas y, luego de derrotarlas en el mar, aprovechar la ocasión para hacer la paz».

Jactancias en público, desesperación en secreto

Públicamente no se daba tregua al pueblo japonés con órdenes enardecedoras. En enero de 1945 las autoridades militares trataron de incitar al pueblo con la publicación de la noticia de que el «monstruoso» enemigo había bombardeado los sagrados templos de Ise. Tres meses más tarde Kantaro Suzuki inició su carrera de primer ministro «prometiendo patrióticamente que se entregaría por completo al Estado y que formaría personalmente en primera línea junto a los defensores de la patria. Aunque hubiera de pagar con la vida, esperaba que los *cien millones* de japoneses se lanzasen hacia delante, pasando por encima de su cuerpo caído, para proteger y salvar al emperador y la tierra imperial».

En realidad, el hecho de combatir hasta el fin no traería consigo la aniquilación de todo el pueblo. Por ejemplo, en China, a pesar de las continuas victorias militares japonesas, los chinos que perecieron fueron relativamente pocos. Casi todas las posiciones clave del país habían sido ocupadas por las fuerzas niponas, pero el gobierno nacionalista chino no se había dejado aniquilar. Por ello, aunque fuera preciso combatir una campaña decisiva en las islas mayores del archipiélago nipón y si las fuerzas japonesas eran rechazadas hasta las zonas montañosas, moriría un número relativamente pequeño de japoneses. ¿Acaso la voluntad nacional japonesa era inferior a la de los chinos? La dignidad y las consideraciones prácticas imponían la resistencia hasta el fin; una posible derrota aún podría convertirse en una victoria cierta.

A mediados de enero de 1945, el general Umezu, jefe del Estado Mayor General del Ejército, preparó un artículo para sus oficiales sobre el tema de la batalla decisiva. El camino para una victoria segura, sostenía Umezu, consistía «en que cada cosa sobre el suelo imperial contribuya al esfuerzo bélico y en reunir todo el potencial apto para el combate, tanto material como espiritual, a fin de aniquilar las fuerzas de invasión americanas. Por encima de todo, la creación de un espíritu metafísico para lanzar la batalla decisiva es la primera regla. Lo que es necesario recordar sobre todo a la hora de combatir esta batalla decisiva es la fidelidad total a un profundo espíritu combativo». En el mismo tono, una declaración *in extremis* del ministro de la Guerra apelaba al Ejército japonés para que combatiese hasta el fin de la «guerra santa», para defender la entidad nacional, aunque no quedase otra cosa para comer que la hierba y el barro y no hubiera otro sitio para dormir que los campos abiertos.

Desilusionados, desmoralizados y paralizados

En consecuencia, en agosto de 1945, el Japón presentaba un cuadro ambivalente. A primera vista, los jefes del Ejército y algunos políticos hablaban aún de guerra santa, de un desafío a la muerte por parte de cien millones de súbditos resueltos, armados de bastones y de lanzas de bambú. Y la policía política perseguía y aterrorizaba a las personas sospechosas de alimentar opiniones «pacifistas».

Sin embargo, en la intimidad, y utilizando las expresiones de Kazuo Kawa, «aunque los controles tradicionales generalmente sofoquen las expresiones de derrotismo, los horrores de los últimos meses de guerra han reducido a muchos japoneses a un estado muy próximo al pánico... Están desengañados, desmoralizados y paralizados». La virtual derrota del Japón se manifestaba

Izquierda: una formación de *B 29* arroja racimos de bombas sobre la ciudad de Yokohama en mayo de 1945. A la derecha: mujeres y niños tratan de aislar uno de los numerosos incendios que han estallado en Tokio a consecuencia de una incursión aérea americana. *(Imperial War Museum)*

a través de centenares de miles de fugitivos de las ciudades, sin casa y hambrientos. La economía del país estaba hundida y las perspectivas eran nulas, mientras el nudo del bloqueo aéreo y naval se estrechaba cada vez más y de un momento a otro se esperaba una invasión a gran escala.

Ahora sabemos que muchas y eminentes personalidades y oficiales japoneses estaban muy al corriente de la realidad de la situación; pero no se atrevían a expresar sus propios sentimientos. Otros opinaban que «nuestra boca no podía expresar lo que llevábamos en el estómago; si hubiéramos puesto al desnudo el corazón, revelando nuestras más íntimas convicciones, nunca hubiéramos podido alcanzar nuestro objetivo de paz». Un teniente coronel del Estado Mayor admitió: «Nos preparábamos simplemente para las operaciones finales con la idea filosófica de que debíamos combatir por la gloria de nuestras tradiciones nacionales y militares; esto era algo que trascendía de la cuestión de la victoria o de la derrota».

La conclusión era inevitable: la voluntad de resistencia por parte de las altas figuras de la política japonesa se hundió mucho antes que la voluntad del pueblo en su conjunto; pero los dirigentes no querían o no podían actuar anticipándose a la opinión pública. En este sentido, el Japón de agosto de 1945 puede compararse a un púgil robusto, pero con la mirada ya vidriosa, que ha encajado golpes tremendos y tiene ya perdido el combate, pero que no obstante se mantiene aún en pie, con la esperanza irrealizable de conseguir alcanzar todavía a su oponente con un golpe decisivo. Y eso mientras mira continuamente el reloj, esperando secretamente que la campana suene pronto y ponga piadosamente fin a su evidente sufrimiento y a sus secretos terrores.



ALVIN D. COOX

Graduado en la universidad de Harvard, es un investigador del Ejército japonés moderno. En la posguerra vivió durante 12 años en Japón, ejerciendo diversas actividades: profesor universitario, investigador, escritor y redactor jefe. Se le concedió una beca para licenciados de la Rockefeller Foundation. Es autor del estudio histórico *Year of the Tiger*; con otros autores ha escrito la antología en dos volúmenes *The Japanese Image* (1965-1966) y ha colaborado con el coronel de la reserva Saburo Hayashi en la edición, en lengua inglesa, de *Kogun: The Japanese Army in the Pacific War* (1959). Coox ha escrito numerosos artículos para revistas en Estados Unidos, en Gran Bretaña y en Japón. Asimismo ha investigado los conflictos ruso-japoneses de Changkufeng y de Nomonhan. Es profesor adjunto de historia y presidente del comité de estudios asiáticos en la universidad estatal de San Diego, en California.

Japón, 1945

LOS PLANES PARA LA DEFENSA DEL JAPON

Alvin D. Coox



Imperial War Museum

Cuando se hizo evidente que era necesario esperar, tarde o temprano, la invasión del territorio metropolitano, los jefes militares nipones pusieron de nuevo sus últimas y optimistas esperanzas en la posibilidad de una batalla campal en la que fuera posible derrotar al Ejército norteamericano. Desde el momento en que la economía del país se derrumbaba y ya no era capaz de sostener durante mucho tiempo las exigencias de la máquina bélica, fundaban todas sus esperanzas en las armas "especiales", destinadas a paralizar en el mar las fuerzas del enemigo. Cuanto más empeoraba la situación, más ostentosas y confiadas eran las predicciones de los elementos militares.

Ya en agosto de 1944, los acontecimientos obligaron al Mando Supremo a tomar en consideración la idea de una batalla decisiva en territorio metropolitano. Se esperaba poder transferir tropas y municiones del continente, tarea que se hacía cada vez más difícil a causa de los ataques navales, aéreos y submarinos de los Aliados y de la consecuente disminución de la potencia japonesa. Además, las disensiones entre las Fuerzas Armadas complicaban la situación.

Pero, al fin, en enero de 1945 se ultimó un plan para las operaciones combinadas del Ejército y de la Marina. Los aspectos predominantes de la estrategia japonesa deberían ser la sorpresa y los «ataques especiales» (*Tokko*, un eufemismo por ataques suicidas aéreos y navales). La línea del frente del nuevo perímetro del territorio metropolitano, núcleo de las operaciones, se extendía desde las Kuriles meridionales hasta las Bonin, Ryukyu, Formosa, China oriental y Corea meridional. En el escenario principal de la batalla del Pacífico y del mar de la China oriental se realizarían todos los esfuerzos para destruir a los atacantes cuando se encontrasen todavía en el mar. Y a las fuerzas enemigas que consiguieran desembarcar se les opondrían las fuerzas de tierra locales.

Para la lucha en el suelo metropolitano, todo dependía de la posibilidad de reunir 20 divisiones en el curso de las dos semanas después de los desembarcos. Los defensores concentrarían una potencia de fuego de artillería tres veces superior a la del enemigo en cualquier punto, y como ya no se podían utilizar las líneas de ferrocarril durante el día, las tropas serían trasladadas por la noche y el resto a pie. Cinco divisiones debían defender la parte septentrional de Honshu, diez la llanura de Kwanto, cinco permanecerían en la costa oriental (Tokai), cuatro en la parte central de Honshu (Chubu), otras cuatro en Kyushu, cinco constituirían la reserva estratégica, tres se hallarían en la zona centrooccidental de Honshu y tres en Corea del Sur.

Después de violentas discusiones entre el Estado Mayor del Ejército y los responsables del Ministerio de la Guerra, se llegó al fin a un acuerdo que establecía que el reclutamiento de nuevos efectivos debería realizarse dentro de pocos meses, en tres fases, sobre la base de nuevos planes de operaciones y recurriendo al Ejército del Kuang-tung, en el Manchukuo: 56 divisiones, 36 brigadas y unidades de apoyo logístico, con un total de 1.500.000 a 2.000.000 de hombres. Los mandos de Ejército fueron abolidos y se sustituyeron por mandos del Ejército de zona operativa y mandos de Ejército de distrito; además se organizó una reserva móvil (Ejército 36) en la llanura de Kwanto.

El plan del Mando Supremo imperial designaba que las Ryukyu serían el punto focal del perímetro, y Kwanto y Kyushu los puntos focales de las islas nacionales. Las medidas tácticas para la defensa del territorio metropolitano se dividieron en cuatro fases:

- los submarinos sembrarán la confusión en las comunicaciones del enemigo antes de la salida de los convoyes: aviones embarcados en los submarinos y bombarderos de gran autonomía atacarán por sorpresa las bases avanzadas del adversario;
- bombarderos de gran autonomía de la Marina y submarinos de autonomía reducida atacarán los elementos avanzados de la fuerza de invasión enemiga. Una vez el convoy principal de invasión haya llegado a menos de 200 millas del Japón, todas las fuerzas *kamikaze* del Ejército y de la Marina y los submarinos de bolsillo atacarán en masa. Incursiones de paracaidistas atacarán asimismo las bases aéreas avanzadas del enemigo que proporcionan el apoyo a la invasión;
- cuando el convoy enemigo llegue al Japón, los submarinos de bolsillo, los torpedos humanos y las embarcaciones suicidas atacarán a los buques que proporcionen el apoyo de artillería y a los transportes, particularmente de noche. Artillería de largo alcance y unidades *kamikaze* impedirán el anclaje. Toda la potencia de fuego disponible barrerá los transportes y los medios de desembarco que hagan el trayecto entre los buques y tierra firme;
- una vez hayan desembarcado las fuerzas enemigas, la artillería costera transportará el fuego desde los objetivos en el mar hasta las playas elegidas para el desembarco. Fuerzas *kamikaze* aéreas y navales continuarán sus ataques. Unidades de infantería de las divisiones costeras contraatacarán desde posiciones próximas a las playas para impedir la consolidación de la cabeza de desembarco. Apenas haya sido identificado el objetivo enemigo, divisiones de línea de la reserva entrarán en la zona principal de ataque, mientras los carros de combate de los defensores, la artillería pesada y otros elementos intervendrán en el combate apenas lleguen a la primera línea. Se lanzarán contraataques en un frente restringido y en gran profundidad. Si se realizan bien, estos contraataques deberán eliminar la cabeza de desembarco antes de que el enemigo haya podido desembarcar sus elementos de asalto pesados. Cualquier penetración del enemigo en el interior será contrarrestada por la resistencia de los guerrilleros.

El núcleo logístico del territorio nacional constaría de 2.903.000 hombres, 292.000 caballos y 27.500 vehículos automóviles. La formación de 16 nuevas divisiones costeras, más otras dos divisiones de línea y tres brigadas mixtas independientes se llevó a cabo bajo el estímulo de la inminente invasión. Cuatro divisiones escogidas y los últimos medios acorazados del Ejército del Kuang-tung, transferidos desde el Manchukuo, cruzaron durante la noche el estrecho de Corea.

Asimismo, en abril, el Mando Supremo imperial introdujo algunos cambios en el sistema de mandos en el territorio metropolitano: el mando general de la defensa quedó disuelto; el 1.[er] Ejército general, formado en Tokio, al mando del mariscal de campo Sugiyama, estaba de guarnición en el Japón oriental e incluía tres Ejércitos de sector; el 2.º Ejército general fue destinado a Hiroshima, al mando del mariscal de campo Shunroku Hata, y englobaba dos Ejércitos de sector, y por último, un Ejército general aéreo, con base en Tokio y a las órdenes del general Masakazu Kawabe, debía integrar tres Ejércitos aéreos en las islas nacionales.

Se teme una invasión inminente

La campaña de Okinawa se consideró como una batalla de desgaste, útil para ganar tiempo con vistas a la puesta a punto de las defensas del territorio nacional. Pero tras la caída de las defensas japonesas en las islas de Ryukyu, en junio de 1945, el Mando Supremo imperial empezó a temer que los americanos «jubilosos» se decidieran a asaltar directamente Kyushu. Como se creía poco probable una invasión desde las Aleutianas el Mando Supremo decidió retirar muchas unidades de la región de Hokkaido y situarlas en Honshu y en Kyushu, dejando tan sólo algunas guarniciones para defender las islas más importantes del archipiélago de las Kuriles. En la segunda mitad de mayo, los preparativos para las operaciones en el sector de Kwanto fueron momentáneamente suspendidos, y todos los medios de transporte por ferrocarril se destinaron a las defensas de emergencia en la parte meridional de la isla de Kyushu.

Entre tanto, el Consejo Supremo para la dirección de la guerra y el Gobierno decidieron que había que defender Tokio a ultranza; y con este fin, en junio de 1945, el Mando Supremo imperial creó el Ejército para la defensa de la ciudad.

La opinión de que la invasión de Kyushu precedería a los desembarcos en el Kwanto, y que estos últimos no se efectuarían antes de 1946 fue ganando terreno. No obstante, no había unanimidad al respecto, ni tampoco en las alternativas posibles. Algunos oficiales creían que la debilidad del Japón podría animar al enemigo a tratar de obtener una conclusión rápida del conflicto, dirigiéndose directamente hacia las islas Izu y desembarcando en la zona de Kwanto a fines de otoño de 1945. Sin embargo, también era posible que si el enemigo consideraba que las defensas costeras eran demasiado sólidas en las regiones de Kyushu y de Kwanto, quizá podría tratar de cortar en dos el cinturón de Homshu, donde las defensas eran débiles, avanzando desde la bahía de Ise contra los sectores de Nogoya y de Kyoto-Osaka-Kobe.

El ministro de Marina Yonai y otros políticos admitían (ya en septiembre de 1944) que el Mando Supremo se encontraría ante el mayor dilema si el enemigo decidía no invadir el territorio nacional, sino apretar el nudo corredizo de la presión aérea y naval. Los generales Kawabe y Arisue declararon más tarde que la mayoría de los oficiales del Mando Supremo imperial esperaba, francamente, que el enemigo invadiera las islas del territorio nacional antes de terminar el año 1945. Tal acción no sólo proporcionaría al Japón la posibilidad de asestar un golpe poderoso, sino que incluso aligeraría la crisis logística. En realidad, la situación empeoraba tan rápidamente que cuanto más se hacía esperar la invasión, más débil y hambriento se encontraba el Japón.

De las 90 divisiones americanas (incluidos los *marines*) que según los cálculos serían trasladadas a Extremo Oriente, se suponía que unas 60 se emplearían en las operaciones de desembarco. Y con 8600 aviones, la Marina y la Aviación estadounidenses garantizarían un apoyo aéreo estratégico y táctico completo. El número de divi-

siones británicas y de la *Commonwealth* oscilaría entre 67 y 82, aunque no se esperaba que ninguna de ellas sería utilizada en la invasión.

«Tokko»: la última esperanza

Desde el primer momento, los japoneses se aferraron a la convicción de que los aviones y las embarcaciones *Tokko* paralizarían cualquier fuerza de invasión. En efecto, se consideraba que las operaciones suicidas eran la clave del éxito. Por ejemplo, en Okinawa, bloqueada por un cerco de fuego de artillería naval enemiga, dos divisiones japonesas y media habían mantenido a raya a un Ejército americano cinco o seis veces superior, y ello durante cien días. Ahora, los aviones de combate nipones podrían operar desde aeródromos improvisados y desde instalaciones subterráneas. Además, el núcleo esencial de las fuerzas de tierra japonesas permanecía intacto. Se podrían amalgamar todos los recursos materiales y espirituales para defender la patria y el hogar, para aniquilar al invasor extranjero sobre aquel suelo tan ardientemente amado. La divisa de los defensores sería «¡Victoria o muerte!», y su espíritu, el de los *kamikaze*, el viento divino.



Una de las numerosas mujeres japonesas empleadas en las fábricas de municiones. (Imperial War Museum)

En cuanto a las contramedidas planeadas, el Estado Mayor de la Marina sostenía que si bien se realizaría el máximo esfuerzo para destruir a las fuerzas de invasión enemigas en el mar, en el caso de que los desembarcos se produjeran antes de lo que se esperaba (o sea en verano), sólo el 50 % de las fuerzas enemigas podría tomar tierra después de los ataques suicidas. Y en el caso de que la invasión se retrasara, la posibilidad de aniquilar dichas fuerzas en el mar sería aún mayor. El jefe del Estado Mayor de la Marina presentó estos planes en la reunión imperial, en junio de 1945. Dichos planes presentaban una notable mejora respecto a la opinión, recientemente expresada por el almirante, según la cual el 60 o el 70 % de los invasores conseguirían llegar a las playas.

Para poner a prueba estas afirmaciones, el Ejército aéreo general y la Flota combinada llevaron a cabo unas maniobras, sobre el mapa, en Fukuoka y los oficiales de Estado Mayor llegaron a la conclusión de que un tercio de las fuerzas enemigas (equivalentes a más de 5 divisiones) podría ser aniquilado en el mar. Si la fuerza de ataque se incrementaba o si se llegaba a chocar con un mayor número de grandes transportes enemigos, muchos oficiales opinaban que incluso se podría destruir hasta un 50 % de las fuerzas de invasión.

Como las últimas operaciones de contraofensiva periférica por parte de los japoneses habían fracasado, el Ejército y la Marina llegaron a un acuerdo (julio de 1945) acerca de las operaciones aéreas «Ketsu», decisivas para la defensa del territorio nacional. Ahora la intención era destruir los transportes enemigos antes de que las tropas iniciaran los desembarcos.

En total, contra la invasión, los japoneses podían oponer más de 10.000 aviones, el 75 % de los cuales eran aviones *Tokko*, producidos a toda prisa. Dos tercios de estas fuerzas se emplearían para la defensa de Kyushu, y un tercio para proteger el distrito de Kwanto. Un total de 325 aeródromos, incluyendo simples pistas de una sola dirección, estaban en construcción en todo el país, y 95 de ellas se hallaban situadas en localidades secretas del interior. Se ponía especial interés en la necesidad de distribuir los aparatos en numerosos y reducidos aeródromos y en utilizar las cavernas como hangares. A estos contraataques finales colaborarían 700 embarcaciones para ataques especiales del Ejército y 5200 de la Marina, además de los 38 submarinos y de los 19 destructores supervivientes.

Pero resultaba descorazonador para el Alto Mando japonés la incomprensión de los comandantes locales para la concepción «Ketsu» de la defensa. Los generales Kawabe y Miyazaki insistían en que no era nada seguro que el fuego japonés y las armas *Tokko* pudieran eliminar una cabeza de desembarco una vez ésta se hubiera extendido hasta el límite de la llanura costera. Y precisamente en las zonas costeras se hallaban situadas las mayores y más importantes bases aéreas, las principales vías de comunicación y gran parte del terreno cultivado. Además, muchas de las unidades costeras parecían haber asimilado falsas enseñanzas de las guarniciones que habían defendido las islas del Pacífico meridional, y por ello tenían la tendencia a construir obras defensivas demasiado lejos de las playas. Claro que esto obedecía al comprensible deseo de escapar a los devastadores efectos del bombardeo naval enemigo; pero las consecuencias iban en contra de la teoría básica del «Ketsu», que precisamente perseguía no dejar al enemigo el tiempo necesario para ocupar, consolidar y extender una cabeza de desembarco. Los oficiales de Estado Mayor del Mando Supremo imperial apreciaron estas anomalías, por lo que se impartieron nuevas directivas que no permitirían equívocos.

Victoria a cualquier precio

En agosto de 1945, las Fuerzas Armadas japonesas disponían de unos 2.350.000 hombres en el territorio nacional, organizados en 53 divisiones de infantería (además de las 5 divisiones de Hokkaido y de las islas nororientales) y 25 brigadas. También había 2 divisiones acorazadas y 7 brigadas y 4 divisiones de artillería antiaérea. Las 53 divisiones terrestres estaban distribuidas como sigue: Honshu, 35 de infantería y 2 acorazadas; Shikoku, 4 de infantería; Kyushu, 14 de infantería. Detrás de las tropas combatientes había 2.250.000 obreros del Ejército, 1.300.000 trabajadores de la Marina, 250.000 hombres de una fuerza especial de guarnición y una milicia voluntaria nacional que comprendía, oficialmente, 28 millones de hombres.

De acuerdo con lo dispuesto por los jefes del Ejército japonés, ¿cuál sería el resultado de una fanática defensa de Kyushu? El coronel Kazuyoshi Obata, experto en abastecimientos, opinaba que la guerra continuaría durante otros tres o cuatro años y que, con el apoyo del Manchukuo, Japón estaría en condiciones de dejar la partida en tablas. Incluso si el enemigo conseguía llegar a una proporción de 10 a uno a su favor, tal proporción sería insuficiente para el éxito. Por su parte, el coronel Takushiro Hattori afirmaba que el Mando Supremo imperial consideraba absolutamente necesario asestar un golpe formidable contra la primera oleada de invasión enemiga, obligando así a los Aliados a darse cuenta de la dificultad –si no de la imposibilidad– de conquistar las islas del territorio nacional. El Mando Supremo imperial, según Hattori, consideraba que un éxito en los combates de Kyushu podría retrasar y quizá impedir la invasión del distrito de Kwanto, o permitir al Japón negociar la paz en condiciones relativamente ventajosas.

Por eso había que obtener la victoria en Kyushu a cualquier precio, porque ello representaba la última esperanza de obtener una paz honorable y negociada. La campaña de Kyushu sería decisiva, y no sólo en el terreno militar. Crecía por momentos la sensación de que todo el destino del país se decidiría en aquella batalla y sólo en ella.

Pero, a todo ello cabe preguntarse, ¿es posible que los individuos más inclinados a teorizar, entre los elementos intransigentes del Estado Mayor, no alimentasen tampoco ninguna clase de dudas acerca de las perspectivas reales del Japón? El príncipe Kaya hizo comprender al príncipe Konoye que la elección, por parte del Ejército, de una batalla decisiva de aniquilación era una cuestión de apariencia superficial.

«Carne contra hierro»

Entre tanto, los jefes japoneses seguían con llamamientos a una lucha de carne contra hierro, de espíritu contra materia, todo ello en la tradición de la raza de Yamato (que históricamente despreciaba la rendición). La Dieta promulgó una ley para el «servicio militar voluntario», que afectaba a muchachos de 15 años y a hombres de 60; a muchachas de 17 y a mujeres de 40. El 11 de agosto de 1945 la prensa japonesa publicaba de nuevo «instrucciones para los oficiales y soldados del Ejército», claramente inspiradas por el ministro de la Guerra Anami: «La única cosa que podemos hacer es combatir obstinadamente hasta el fin en esta guerra santa para defender nuestra patria divina. Creemos firmemente que aunque ello signifique tener que comer hierba, masticar barro y dormir en los campos, una lucha resuelta nos indicará la vía de salida de una situación desesperada».

Hasta el final, los planes defensivos japoneses se caracterizaron por la idea del uso masivo de tácticas de ataque especial, por la insistencia en defender la zona costera y por la utilización de todos los hombres y de todas las mujeres útiles en un programa de resistencia nacional. El teniente coronel Iwaichi Fujiwara, experto de los Servicios de Información y de las operaciones, resume con estas palabras el punto de vista japonés a mediados de 1945:

«Confiando principalmente en el valor suicida, en el ardiente patriotismo y en la orgullosa fidelidad del pueblo, el Japón se preparaba para la batalla decisiva contra un enemigo muy superior, tanto en recursos técnicos como en potencial humano... A pesar de las muchas probabilidades adversas, el pueblo japonés sabía con toda seguridad que si sus jefes estaban resueltos a librar la batalla decisiva sobre el sagrado suelo de la patria, no había otra cosa que hacer que disponerse a combatir duramente hasta el fin».

En otras palabras, como ya había intuido el propio emperador en el verano de 1945, las intenciones de los japoneses no estaban ni mucho menos a la altura de sus posibilidades.

Teatro de operaciones del Pacífico, abril-agosto de 1945

LOS PLANES PARA LA INVASION DEFINITIVA

K. Jack Bauer

Los Aliados siempre estuvieron convencidos de que el final de la guerra en el Pacífico sería la invasión de Japón: invasión que representaría en aquel lejano escenario bélico lo que el *D-Day* había representado para Europa. Pero una operación de este tipo requeriría una enorme concentración de fuerzas, puesto que en su larga y sangrienta marcha hacia la victoria –desde Guadalcanal a Okinawa– los Aliados habían podido darse cuenta de que el fanatismo de los soldados japoneses aumentaba a medida que disminuía la distancia que les separaba del archipiélago nipón. Fue, pues, en una atmósfera de recelo en la que los estrategas ingleses y norteamericanos se dispusieron a preparar la poderosa fuerza de invasión que debía asestar el último golpe al corazón mismo del Japón...

Todos los planes estratégicos anglonorteamericanos, respecto a la guerra en el Pacífico, se basaban en la hipótesis de que el acontecimiento culminante del conflicto sería la invasión de las islas metropolitanas del archipiélago japonés. A parte de las dudas que podían albergar en cuanto a la efectiva voluntad nipona de llevar hasta sus últimas consecuencias la lógica del código *Bushido* (que rechazaba la rendición como deshonrosa), los estrategas debían elaborar sus planes sobre las previsiones más pesimistas.

El ataque contra las mayores islas del Japón sólo fue una eventualidad remota hasta el invierno de 1944-1945. Hasta entonces, los Aliados no lo consideraron como el último objetivo, y por ello hasta el 3 de octubre de 1944, con la redacción de la directiva de los jefes del Estado Mayor conjunto relativa a la conquista de Luzón, Iwo Jima y Okinawa, no se adoptaron medidas precisas para desalojar las direcciones de aproximación. En aquel momento, los estrategas prepararon rápidamente, aunque sólo en forma experimental, los planes de las operaciones que deberían conducir a la rendición incondicional del imperio del Sol Naciente. Estos planes se fundaban en dos operaciones interdependientes:

- reducir la capacidad y la voluntad de resistir del Japón mediante una continua actividad de desgaste desarrollada al unísono por las fuerzas aéreas y navales;
- conquistar algunas zonas claves en el corazón industrial del país, en la isla de Honshu. Esta segunda operación se llevaría a término en dos fases: la invasión de la isla más meridional, Kyushu, a partir del 1 de diciembre de 1945 (Operación «Olympic») y el ataque verdadero contra Honshu (Operación «Coronet»), que comenzaría el 1 de marzo de 1946.

Algunos importantes miembros del Ejército, de la Aviación y de la Marina, eran contrarios a la idea de invadir el Japón, pues estaban convencidos de que un prolongado bloqueo naval y aéreo bastaría para someterle. Sin embargo, casi todos los estrategas americanos, comprendido el general Douglas MacArthur, designado para dirigir la operación, eran partidarios de llevar a la práctica los planes «Olympic» y «Coronet».

El 3 de abril de 1945, los jefes del Estado Mayor conjunto encargaron a MacArthur que iniciara la elaboración de los planes detallados para la invasión y, al mismo tiempo, ellos mismos introdujeron modificaciones sustanciales en la estructura del mando de las fuerzas que operaban en el Pacífico. A MacArthur se le confiaba el mando de todas las fuerzas de tierra, excluidos los escenarios bélicos de Alaska y del Pacífico sudoriental, mientras el almirante Chester W. Nimitz ostentaría el de todas las fuerzas navales del Pacífico, excepto también las de la zona sudoriental. Las fuerzas aéreas del Ejército, salvo la 20.ª Fuerza Aérea, se confiaron al general George C. Kenney, comandante de la *Far Eastern Air Forces* (FEAF, fuerzas aéreas de Extremo Oriente). En julio de 1945, cuando se aumentó el número de *B-29* con base en el Pacífico, las fuerzas de bombardeo se reorganizaron, incluyéndolas en las *United States Army Strategic Air Force* (USASAF, fuerza aérea estratégica del Ejército de los Estados Unidos), confiadas al general Carl Spaatz.

Durante los meses de abril y de mayo, los colaboradores de MacArthur y de Nimitz prepararon los planes detallados de la invasión. Sus proposiciones (a las que el Estado Mayor de MacArthur asignó el nombre convencional de «Downfall»), coordinadas con las de los estrategas de Washington, confluyeron en una directiva oficial que se cursó el 25 de mayo de 1945. En ella se confirmaba la idea del ataque en dos fases y ratificaba la asignación del mando a MacArthur. Un cambio de especial relieve lo constituía la anticipación de la fecha del comienzo de la Operación «Olympic» (*X-Day*) para el 1 de noviembre, a fin de poder contar con condiciones atmosféricas más favorables.

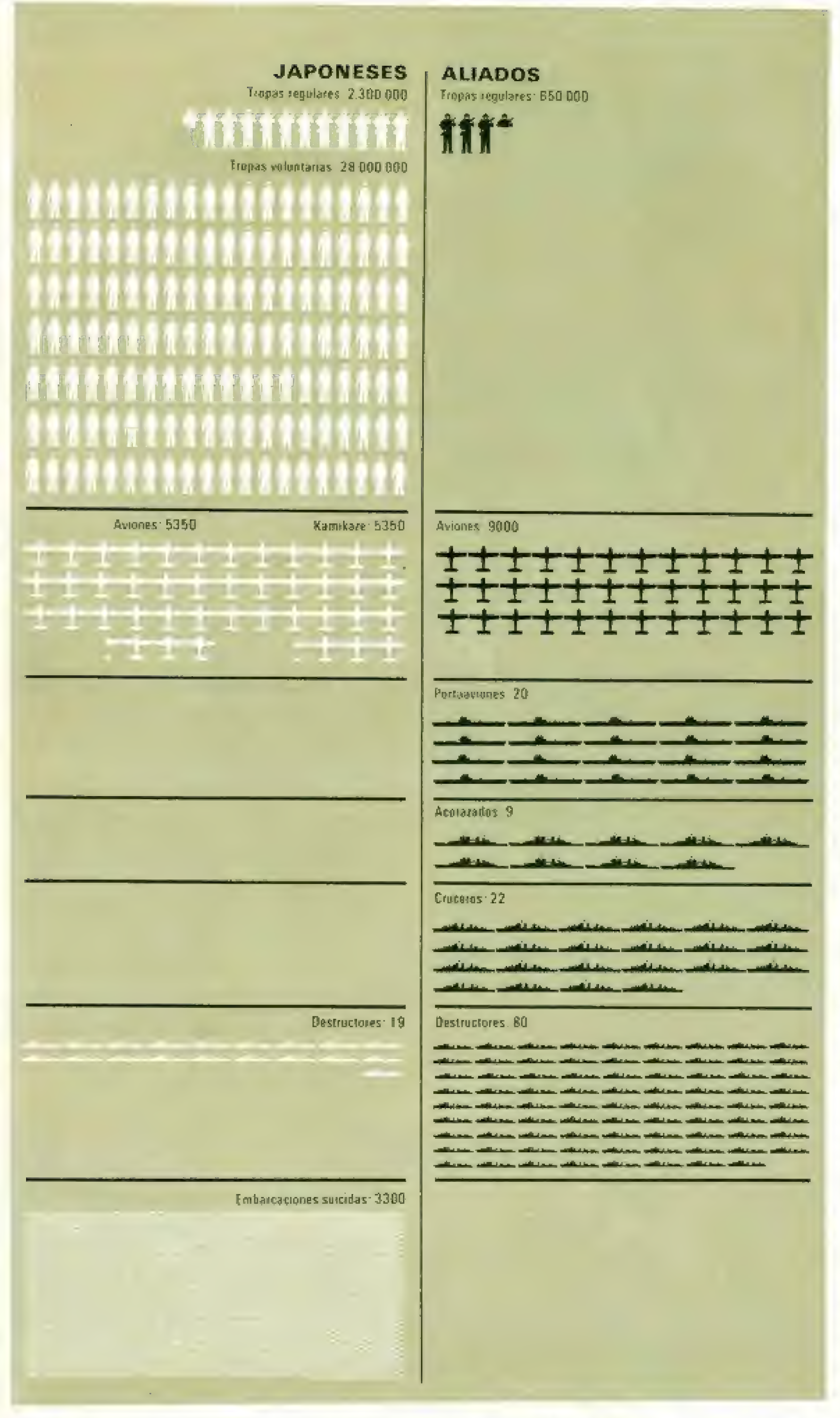
La «Overlord» de la guerra en el Pacífico

Aunque los estrategas habían considerado únicamente con carácter informativo el contenido de la directiva, en el curso de las posteriores discusiones sobre la misma, ésta tan sólo sufrió modificaciones de escasa importancia. El examen definitivo de la citada directiva se llevó a cabo en el curso de una serie de reuniones que se desarrollaron en la Casa Blanca en el transcurso del mes de junio. El 18, el presidente Truman dio su aprobación, subordinándola, sin embargo, a un nuevo cálculo del coste de la operación en términos de vidas humanas y de material. Esta cláusula obedecía al hecho de que sobre el asunto se habían formulado muchas y más variadas estimaciones. La tan a menudo citada cifra de un millón de bajas era el fruto de una previsión hecha por el ministro de la Guerra, Henry L. Stimson. Pero casi todos los expertos militares preveían que el precio del ataque contra Kyushu, en términos de vidas humanas, oscilaría entre las 30.000 y las 50.000 bajas, aproximadamente como la campaña de Luzón.

El plan «Downfall» empeñaría en total a unos 5 millones de soldados aliados y *marines*, así como la mayor concentración de aviones y de buques jamás asignados a una campaña. El grueso de las fuerzas sería norteamericano, y sólo un contigente de tres divisones de la *Commonwealth* (una británica, una australiana y una canadiense) tomaría parte en las sucesivas fases de la campaña de Honshu. También participarían unos cuantos grupos aéreos de la *Commonwealth*, y asimismo la *Pacific Fleet* británica se uniría a las fuerzas del almirante Nimitz antes de la invasión de Kyushu.

Esta limitada participación de la *Commonwealth* obedecía a motivos de orden logístico. En efecto, el mando del general Mac Arthur tenía a su disposición una cantidad de tropas auxiliares tan reducida que no podía destinar ni una mínima parte de ellas al contingente de la *Commonwealth*. En la medida en que fuese posible, las tropas de la citada *Commonwealth* serían dotadas de equipo norteamericano antes de llegar a Extremo Oriente. Así, pues, esto impedía que dichas fuerzas pudieran entrar en combate antes de las últimas fases de la Operación «Coronet». Y basándose en estas mismas consideraciones se rechazó también la oferta de tropas francesas y holandesas.

La invasión de Kyushu se llevaría a cabo con las tropas disponibles en aquel momento, las cuales, en el mes de abril, sumaban 19 divisiones de infantería, una de caballería y una aerotransportada, apoyadas por 53 divisiones aéreas. Además se preveía el traslado desde Europa de 10 divisiones aéreas y 17 grupos aéreos. Pero las



Las fuerzas contrapuestas en previsión de la Operación "Olympic"

Las tropas regulares japonesas, compuestas por 2.300.000 hombres, a las cuales se preveía añadir, en caso de necesidad, un ejército voluntario de 28.000.000 de hombres, eran muy superiores en número a las fuerzas norteamericanas de invasión que, según lo dispuesto en la Operación «Olympic», efectuarían la invasión del Japón. Por el contrario, en lo que respecta a las fuerzas navales, los Aliados tenían una supremacía indiscutible, sobre todo desde el momento en que la Flota nipona había sido prácticamente aniquilada en las desastrosas batallas del mar de Filipinas, del golfo de Leyte y de Okinawa. Pero los mandos japoneses pusieron sus esperanzas en la posibilidad de hacer frente a la invasión norteamericana recurriendo a las embarcaciones y a los aviones suicidas. Con la utilización de los aviones kamikaze (el 50 % de las fuerzas aéreas niponas), los japoneses preveían destruir, en los diez primeros días, la mitad de los buques de transporte estadounidenses.

(History of the Second World War)

A la derecha: según lo previsto en los planes operativos norteamericanos, aprobados el 18 de junio de 1945, la invasión del territorio metropolitano japonés se desarrollaría en dos fases: el 1 de noviembre de 1945 el Ejército 6 iniciaría la Operación «Olympic», atacando Kyushu (mapa pequeño), mientras el ataque a Honshu lo desencadenarían, el 1 de marzo de 1946, los Ejércitos 8 y 1 (Operación «Coronet»).

primeras grandes unidades no llegarían al Pacífico occidental hasta el último trimestre de 1945; en efecto, sólo tres (la 97 de infantería y la 13 y la 20 acorazadas) de las divisiones destinadas a las fases iniciales de las Operaciones «Olympic» y «Coronet» procedían de Europa.

MacArthur confió al veterano Ejército 6, del general Walter Krueger, el cometido de lanzar el ataque inicial. Después de haber conducido la marcha hacia el Norte, desde los impenetrables bosques de Papua, y de haber participado en la campaña de Luzón, esta fuerza disfrutaba en aquel momento de un período de reposo bien merecido. Tras la reorganización a que se la sometió, sus efectivos sumaban casi 500.000 hombres repartidos de la siguiente manera:

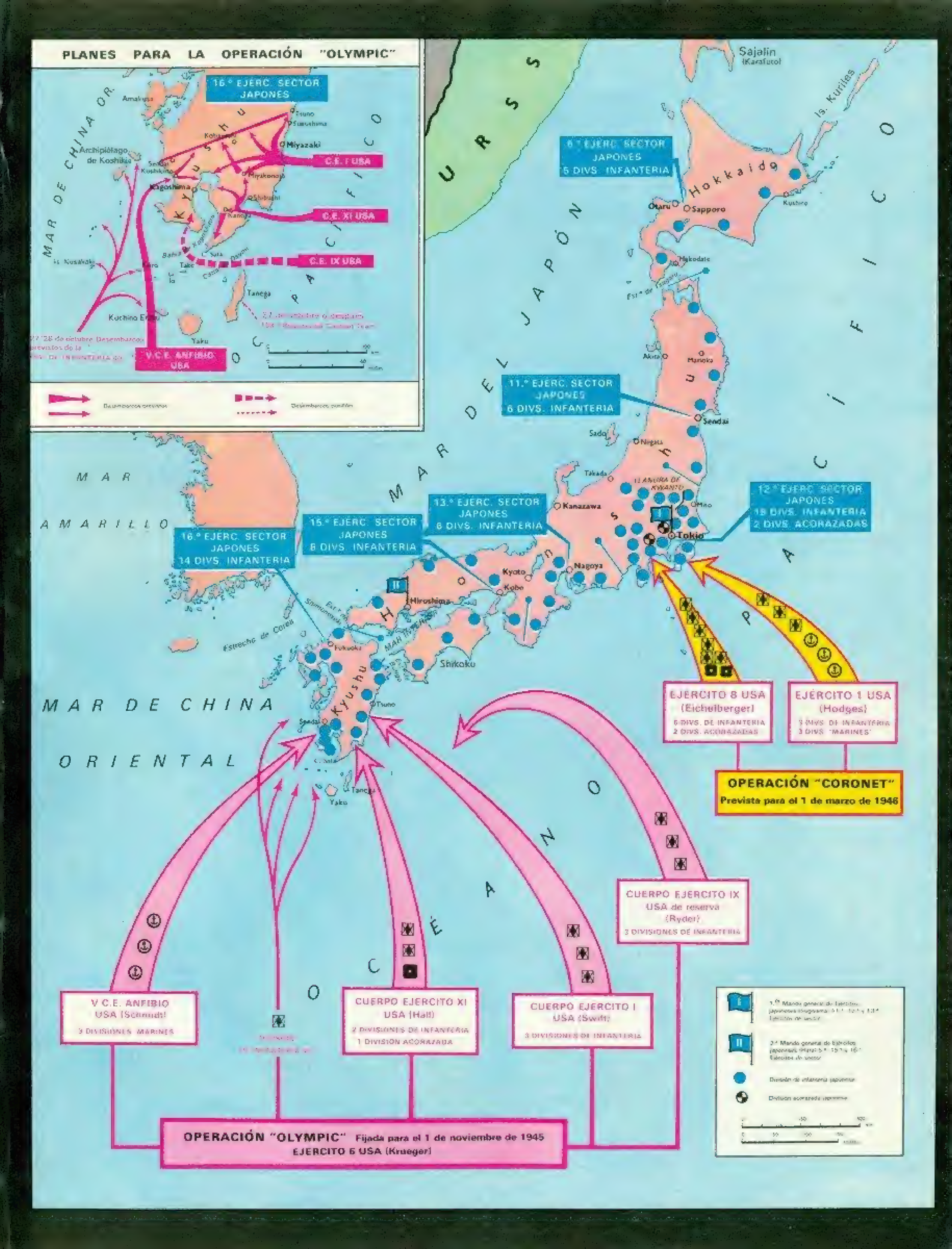
- Cuerpo de Ejército I (general de división Innis P. Swift), que comprendía las Divisiones 25, 33 y 41 de infantería, con un total de 93.266 hombres;
- Cuerpo de Ejército anfibio (general de división Harry Schmidt, de los *marines*), que comprendía las Divisiones de marines 2.ª, 3.ª y 5.ª, con un total de 98.814 hombres;
- Cuerpo de Ejército IX (general de división Charles W. Ryder), que comprendía las Divisiones de infantería 77, 81 y 98, con un total de 79.155 hombres;
- Cuerpo de Ejército XI (teniente general Charles P. Hall), que incluía la División de caballería 1, la 43 de infantería y la División *Americal*, con un total de 112.648 hombres.

El Ejército 6 tenía además a sus inmediatas órdenes la División de infantería 40 (21.879 hombres), la División Aerotransportada 11 con un total de 14.641 hombres y el 158.º *Regimental Combat Team* (7566 hombres), así como 29.209 soldados del Ejército. El trabajo logístico lo realizaban en total 125.364 hombres de la unidades de los Servicios del Ejército.

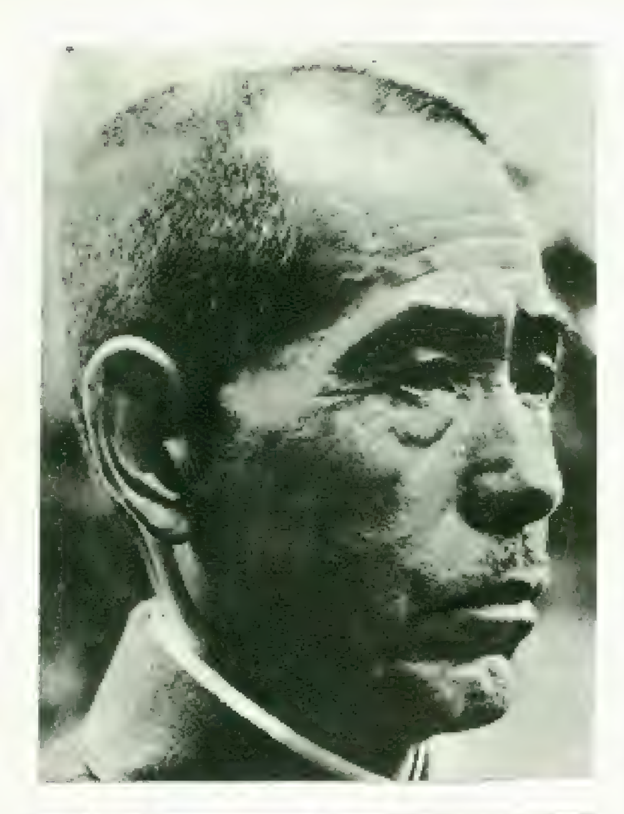
A los hombres de Krueger los desembarcaría la V Flota del almirante Raymond A. Spruance, la famosa formación que había llevado a cabo casi todos los desembarcos en el curso de la gran marcha hacia Occidente a través del Pacífico. Una innovación era el hecho de que la V Flota de Spruance y la III Flota del almirante William E. Halsey operarían simultáneamente. Esta última, que incluía casi todos los grandes portaaviones que operaban en el océano Pacífico, aseguraría una cobertura y un apoyo adecuados para los desembarcos.

Un desembarco con cuatro Cuerpos de Ejércitos

Salvo en importancia y en complejidad, la Operación «Olympic» no se diferenciaba mucho de las adoptadas antes. En sustancia, preveía un desembarco de cuatro Cuerpos de Ejército en la costa oriental y en la occidental de la punta meridional de Kyushu, seguido por un avance hacia el Norte, hasta una línea que corría de Sendai, en la costa occidental, a Tsuno, en la oriental. Como el ataque a Kyushu tenía como objetivo asegurar a los Aliados el dominio de bases seguras desde las cuales apoyar el ataque principal contra Honshu, se decidió que el avance no fuera profundo. El objetivo principal lo constituía la bahía de Kagoshima, una ensenada de unas 50 millas, a través de la cual afluiría la mayor parte de los hombres y de los abastecimientos, y que se convertiría después en la base avanzada de la Marina para la Operación «Coronet».



PLANES PARA LA OPERACIÓN "OLYMPIC"
16.° EJERC. SECTOR JAPONES
C.E. I USA
C.E. XI USA
C.E. IX USA
V.C.E. ANFIBIO USA
MAR DE CHINA OR.
Archipiélago de Koshiki
Kyushu
Miyazaki
Kagoshima
Tanega
Yaku
Kuchino Erabu
Sajalin (Karafuto)
Is. Kuriles
URSS
6.° EJERC. SECTOR JAPONES 5 DIVS. INFANTERIA
Hokkaido
Otaru
Sapporo
Kushiro
Hakodate
MAR DEL JAPÓN
11.° EJERC. SECTOR JAPONES 6 DIVS. INFANTERIA
Akita
Morioka
Sendai
Sado
Niigata
Takada
Honshu
Kanazawa
Mito
Tokio
Nagoya
Kyoto
Kobe
Hiroshima
Shikoku
Fukuoka
Tsuno
12.° EJERC. SECTOR JAPONES 18 DIVS. INFANTERIA 2 DIVS. ACORAZADAS
13.° EJERC. SECTOR JAPONES 6 DIVS. INFANTERIA
15.° EJERC. SECTOR JAPONES 8 DIVS. INFANTERIA
16.° EJERC. SECTOR JAPONES 14 DIVS. INFANTERIA
MAR AMARILLO
Estrecho de Corea
MAR DE CHINA ORIENTAL
OCÉANO PACÍFICO
EJÉRCITO 8 USA (Eichelberger) 6 DIVS. DE INFANTERIA 2 DIVS. ACORAZADAS
EJÉRCITO 1 USA (Hodges) 3 DIVS. DE INFANTERIA 3 DIVS. "MARINES"
OPERACIÓN "CORONET"
Prevista para el 1 de marzo de 1946
CUERPO EJERCITO IX USA de reserva (Ryder) 3 DIVISIONES DE INFANTERIA
V C.E. ANFIBIO USA (Schmidt) 3 DIVISIONES MARINES
CUERPO EJERCITO XI USA (Hall) 2 DIVISIONES DE INFANTERIA 1 DIVISION ACORAZADA
CUERPO EJERCITO I USA (Swift) 3 DIVISIONES DE INFANTERIA
OPERACIÓN "OLYMPIC" Fijada para el 1 de noviembre de 1945
EJERCITO 6 USA (Krueger)
División de infantería japonesa
División acorazada japonesa





Arriba: el mariscal Skunroku Hata, comandante del Ejército 1 nipón, que tenía su sede en Hiroshima. En la primavera de 1945, los japoneses organizaron la defensa de la isla de Kyushu, con la esperanza de poder rechazar la invasión americana y obligar a los Estados Unidos a aceptar una paz negociada. Abajo: el general George C. Kenney, quien el 3 de abril de 1945, después de una completa reestructuración del mando de las fuerzas que operaban en el Pacífico, asumió la jefatura de las fuerzas aéreas estadounidenses en Extremo Oriente. (Imperial War Museum) - (Keystone)

De una longitud de 320 km y una anchura de 130 a 200, la isla de Kyushu presentaba notables dificultades, tanto para los atacantes como para los defensores. El interior montañoso sólo disponía de una red de carreteras y otra ferroviaria; además, gran parte de la misma discurría tan cerca de la costa que estaría sometida al fuego de los cañones de los buques de guerra norteamericanos. Pero esta misma conformación topográfica, que exponía las líneas de comunicación a los cañones norteamericanos, se prestaba también para las técnicas de defensa subterráneas, favoritas de los japoneses. Asimismo, el perfil de la costa, muy accidentado, presentaba miles de ensenadas, desde las cuales los japoneses podrían dificultar, con sus embarcaciones suicidas, los movimientos del invasor.

Los nipones sospechaban que los norteamericanos atacarían la parte meridional de Kyushu o de Shikoku antes de dirigir sus verdaderos esfuerzos hacia Honshu. Y, basándose en esta sospecha, a finales de la primavera de 1945 empezaron a preparar los correspondientes planes de defensa; en junio, las incursiones de los bombarderos norteamericanos les convenció de la exactitud de su cálculo. Y entonces intensificaron de tal forma el aprestamiento de instalaciones defensivas en las áreas amenazadas que dejaron a Honshu virtualmente indefensa.

Los planes para la defensa de Kyushu se basaban, en gran medida, en la actividad de las unidades aéreas *kamikaze*. Los japoneses calculaban lanzar al ataque unos 10.700 aviones (el 50 % de los cuales eran *kamikaze*), y si bien existían divergencias de opinión entre los expertos sobre el número de aparatos que, por término medio, se precisarían para el hundimiento de cada uno de los buques, muchos confiaban en poder destruir, por lo menos, la mitad de los navíos norteamericanos. Esperaban que, combinando estos ataques con una irreductible defensa de las playas, podrían rechazar el ataque inicial y convencer a Estados Unidos de que el precio que tendrían que pagar para sojuzgar al Japón resultaría tan elevado que sería preferible una paz negociada. En realidad, los japoneses se encontraban con tales dificultades en sus esfuerzos para dotar de armas adecuadas a los defensores de Kyushu que su capacidad de resistir un desembarco se vio muy comprometida.

La defensa de Kyushu se confió al Ejército 16 de sector, cuyo mando se hallaba en Fukuoka, en la costa noroccidental. Otros dos Ejércitos (equivalentes a un Cuerpo de Ejército británico o norteamericano) guarnecía la parte meridional de la isla, mientras un tercero defendía la parte septentrional. En la península de Satsuma, al oeste de la bahía de Kagoshima, acampaban las cuatro divisiones de infantería y la brigada mixta autónoma del Ejército 40. El Ejército 57 estaba desplegado a lo largo del tramo de la costa oriental que, desde Cabo Sata, al Sur, se extendía casi hasta el estrecho de Bungo, en el Norte; contaba con cinco divisiones de infantería, dos brigadas acorazadas y una brigada mixta. El Ejército 56, con otras cinco divisiones de infantería, una brigada acorazada y cuatro brigadas mixtas, se hallaba al Norte. En la isla de Honshu se mantenían otras tropas en reserva, dispuestas a acudir en ayuda de los defensores de Kyushu. Pero teniendo en cuenta la extraordinaria vulnerabilidad de las líneas de comunicación japonesa ante los ataques de las fuerzas aéreas aliadas, es difícil decir con qué rapidez estas tropas de reserva habrían podido llegar al lugar de los combates.

Si los japoneses habían previsto los objetivos norteamericanos, el Servicio Secreto de los Estados Unidos, por su parte, había previsto también la estrategia nipona. Gracias a ello los planes norteamericanos contenían detalladas disposiciones que tenían por objeto prevenir o neutralizar los ataques aéreos *kamikaze*. Las embarcaciones suicidas, tanto de superficie como submarinas, en las que tanto confiaban los japoneses, no constituirían un grave problema. A diferencia de los aviones suicidas, no demostraron ser muy eficaces en Okinawa; pero, además, el Plan «Olympic» preveía que se lanzasen incursiones masivas contra sus bases potenciales. Como se preveía que sería preciso enfrentarse con defensas terrestres preparadas con sumo cuidado y situadas en profundas trincheras, las tropas destinadas al ataque fueron sometidas a un intenso programa de adiestramiento para mejor asimilar las técnicas con que superar semejantes obstáculos.

El traslado de buques desde Europa había empezado desde hacía tiempo, por lo que el almirante Nimitz podía contar con casi toda la Marina de Guerra de los Estados Unidos. Unas 2.900 unidades, sin contar las asignadas temporalmente a las divisiones auxiliares, se asignaron a la V Flota del almirante Spruance. Esta flota comprendía cinco grandes agrupaciones:

- fuerza anfibia *TF-40* (almirante Richmond Kelly Turner), destinada a transportar la fuerza de desembarco;
- fuerza de apoyo y cobertura *TF-54*, que debía bombardear las defensas costeras y asegurar un adecuado fuego de apoyo a las fuerzas de desembarco (vicealmirante Jesse B. Oldendorf);
- fuerza de portaaviones de escolta *TF-55* (contraalmirante Calvin T. Durgin), cuya misión era asegurar un apoyo aéreo a distancia próxima;
- fuerza de dragaminas *TF-56* (contraalmirante Alexander Sharp), que debía dragar las rutas de las unidades navales que intervinieran en la operación;
- fuerza de portaaviones rápidos *TF-58* (vicealmirante Frederick C. Sherman), que comprendía dos grupos formados cada uno por siete portaaviones de escuadra y tres portaaviones ligeros.

Probablemente, el aspecto más notable de toda la organización de la *Task Force 40* era que, por primera vez en la guerra, podía disponer de las tres fuerzas anfibias del Pacífico: *TF-43*, *TF-45* y *TF-47*.

A la III Flota del almirante Halsey se le asignaron 17 portaaviones de Escuadra y ligeros, 8 acorazados, 20 cruceros y 75 destructores. Esta fuerza comprendía dos grandes formaciones: la 2.ª *Task Force* de portaaviones *(TF-38)*, del vicealmirante John H. Towers, y la *Task Force* de portaaviones británicos *(TF-37)*, del vicealmirante H. Bernard Rawlings.

Mil aviones sobre Tokio

Los ataques aéreos de preparación empezaron a mediados de mayo. Y el 10 de julio, el almirante Halsey anunció su llegada frente a la costa japonesa con una incursión de 1000 aviones sobre Tokio. En general, los pilotos de la Marina operaban al este de Kobe, mientras los del general Kenney se mantenían al Oeste. Sólo de vez en cuando se hacía alguna excepción, como lo fue, por ejemplo, los ataques diversivos británicos previstos para el 18 y el 28 de septiembre contra Hong-Kong y Cantón.

Dos semanas antes de los desembarcos, es decir, el 18 de octubre, la III Flota empezaría a concentrar sus esfuerzos sobre Honshu y el mar Interior, a fin de aislar Kyushu y atraer la atención de los japoneses hacia Shikoku y la llanura de Kwanto. Y ocho días antes, dos de los grupos de portaaviones de Halsey se unirían a las unidades de Spruance para tomar parte en la fase final del proceso de «ablandamiento» de la zona de desembarco, mientras, más lejos, el resto de la III Flota seguiría cumpliendo la misión que se le había asignado.

Los aviones de base terrestre del general Kenney debían concentrar sus esfuerzos contra Kyushu y la costa china hasta diez días antes de la invasión. Estos últimos diez días se emplearían para interrumpir las comunicaciones entre la parte septentrional y la meridional de Kyushu y para aislar potenciales zonas de reunión de refuerzos. Apenas los técnicos del Ejército y de la Marina hubieran reactivado los aeródromos de Kyushu o hubieran construido otros nuevos, los pilotos de Kenney se trasladarían a esta isla y, tan pronto como llegara el número suficiente de aparatos, Kenney asumiría la misión de apoyar desde el aire a los hombres de Krueger.

La estrategia general de las fuerzas aéreas sólo permitía a los *B-20* y a los *B-32*, de las fuerzas aéreas estratégicas del general Spaatz, cooperar de una manera limitada en la Operación «Olympic». Y su cooperación consistía en lanzar ataques contra objetivos específicos «estratégicos» de Kyushu, en minar el estrecho de Shimonoseki y en aislar, con anticipación, los potenciales puertos de reunión de Ning-po y de Chusan, en la costa china. En caso de emergencia, los jefes del Estado Mayor conjunto podrían ordenar a la 20.ª Fuerza

Aérea, del teniente general Nathan F. Twining, con base en las Marianas, que proporcionase un apoyo directo.

Los contingentes de desembarco de la fuerza de asalto llegarían a la zona escogida para la operación el día *X-8*, acompañados por los portaaviones de la *TF-58* del almirante Sherman. Mientras los aviones de Sherman dominarían el espacio aéreo sobre la parte meridional de Kyushu, los del almirante Durgin atacarían las posiciones defensivas y todas las unidades de refuerzo que intentasen llegar a la zona de los desembarcos. Al mismo tiempo, la *TF-54* iniciaría un bombardeo de preparación, mientras los dragaminas de la *TF-56* neutralizarían las defensas submarinas. El esquema era sustancialmente análogo al aplicado tres años antes.

El más difícil de los cometidos preparatorios para la invasión era quizá el asignado al grupo de bombardeo del contraalmirante Jerauld Wright. No sólo debería interrumpir las vías de comunicación a lo largo de la costa occidental de Kyushu y eliminar las instalaciones defensivas en las playas de Kushikino, sino que también tendría que apoyar la invasión de las islas exteriores con la fuerza de ataque occidental del contraalmirante Glen B. Davis.

Cinco días antes de los desembarcos principales, los buques de Davis desembarcarían en las islas exteriores de Uji, Kusakaki, Kuro y Kuchino Rabu parte de la División de infantería 40, del general de brigada Donald J. Myers. La posesión de estas islas aseguraría el dominio de las vías marítimas que daban acceso a las playas de Kushikino.

Pero lo más importante aún era que en ellas se instalarían las estaciones de radar y de control de los cazas, indispensables para llevar a buen término la batalla contra los *kamikaze*.

Al día siguiente *(X-4)*, los mismos buques de Davis desembarcarían el resto de la división en el archipiélago de Koshiki. Como en el caso del archipiélago de Kerama, durante la campaña de Okinawa, la posesión del de Koshiki era necesaria como refugio y base de los aviones que se emplearan en vuelo de patrulla. Y en cuanto las baterías japonesas de la isla de Tanega, situada frente a la punta sudoriental de Kyushu, dificultaran la actividad de los dragaminas empleados en la limpieza del canal de Osumi, el 158.° *Regimental Combat Team*, al mando del general de brigada Hanford MacNider, las eliminaría el día *X-5* a más tardar. Si su intervención no fuera necesaria en Tanega, los «expertos en guerrilla» de esta unidad especial ayudarían a las fuerzas que operaban contra Kyushu.

No habrá desembarcos simultáneos

Los planes definitivos preveían un cambio bastante sustancial en la habitual práctica anfibia. Como las zonas de desembarco estaban más bien dispersas y lejanas entre sí, los estrategas renunciaron a la idea de intentar organizar desembarcos simultáneos por parte de todas las grandes formaciones. Desde el momento que los comandantes de las fuerzas de asalto no habían fijado aún la hora respectiva de desembarco cuando la elaboración de los planes fue abandonada, no podíamos saber de qué entidad habrían podido ser los intervalos de tiempo entre un desembarco y el otro.

Los tres Cuerpos de Ejército destinados al ataque efectuarían sus respectivos desembarcos en la formación «dos delante, uno detrás». Análoga disposición adoptaría cada división con sus tres regimientos de infantería.

En el *X-day* los regimientos de reserva permanecerían en espera frente a las playas, pero las divisiones de reserva no llegarían hasta dos días después.

El plan de campaña asignaba las siguientes misiones:

- Cuerpo de Ejército XI: desembarco desde las unidades de la *TF-43* del almirante Wilkinson; conquistar las playas del extremo de la bahía de Ariake y proseguir su impulso hasta conquistar Shibushi y su aeródromo; de allí conquistar Kanoya, llegar a la orilla oriental de la bahía de Kagoshima y establecer contactos con el Cuerpo de Ejército I en Miyokonojo; finalmente, tomar parte en el ataque destinado a alcanzar la línea Sendai-Tsuno;

- Cuerpo de Ejército I: desembarco desde los buques de la *TF-47* de Barbey; asegurarse el dominio de las playas cerca de Miyazaki, conquistar la ciudad, su aeródromo y una cabeza de desembarco en Fukushima, al otro lado del río Hitususa; lanzarse luego al interior a fin de limpiar de enemigos el extremo septentrional de la bahía de Kagoshima y enlazar con el Cuerpo de Ejército XI en Miyokonojo; finalmente, marchar hacia la línea Sendai-Tsuno;

- V Cuerpo de Ejército anfibio: desembarco desde los buques de la *TF-45* del almirante Hill; ampliar la inicial cabeza de desembarco en torno a Kushikino para incluir en ella a Sendai; dirigirse hacia el Este, hasta llegar al lado occidental de la bahía de Kagoshima, bloqueando mientras tanto a los eventuales refuerzos japoneses en marcha a lo largo de la costa occidental; finalmente, constituir el ala izquierda del Ejército 6 en el avance general hacia el Norte.

- Más elástica era la misión confiada al Cuerpo de Ejército IX, del general Ryder. Dos de sus divisiones efectuarían un ataque fingido en dirección a Shikoku, entre los días *X-2* y el *X*, para retirarse luego a Okinawa en espera de órdenes. Si era necesario, unidades del Cuerpo de Ejército IX ayudarían a las fuerzas ya desembarcadas; si, por el contrario, su intervención parecía superflua, el Cuerpo de Ejército desembarcaría al pie del monte Kaimon, en las proximidades de Wakiura, para asegurarse luego el control de la orilla sudoccidental de la bahía de Kagoshima.

Los estrategas norteamericanos esperaban que las trece divisiones de las fuerzas de ataque serían suficientes para conseguir los limitados objetivos de Kyushu. En caso negativo, se lanzarían otras divisiones.

La segunda fase de la conquista del archipiélago japonés la constituía la Operación «Coronet», o sea, el ataque contra la llanura de Kwanto, en la isla de Honshu, cuyo principio se había fijado provisionalmente para el día 1 de marzo de 1946 *(Y-Day)*. Se escogió esta zona porque ofrecía cierto número de buenas playas, por ser la más extensa zona de llanuras –lo que permitiría a los Aliados aprovechar al máximo su superioridad en medios acorazados y mecanizados–, porque disponía de buenos puertos a través de los cuales se recibiría el adecuado apoyo logístico y, finalmente, por ser el corazón de la actividad industrial, de las vías de comunicación y de la vida política del Japón. Los americanos esperaban que la pérdida de esta zona vital obligaría, incluso a los más obstinados de los japoneses, a admitir que la guerra ya estaba perdida. Sin embargo, si los japoneses insistían en la lucha, los Aliados estaban dispuestos a dominar la resistencia de los defensores en cualquier lugar en el que pudieran hacerse fuertes. Era justamente en esta eventual fase de rastrillamiento en la que harían su primera aparición tropas de la *Commonwealth* británica.

Aunque no se habían aclarado todavía muchos de los detalles de la invasión de Honshu cuando terminó la lucha, el esquema general de la operación era claro. Dos ejércitos norteamericanos, al mando del general MacArthur, llevarían a cabo el ataque:

- el Ejército 1 (general Courtney H. Hodges), que comprendía el Cuerpo de Ejército XXIV del general John R. Hodges (Divisiones de infantería 7, 27 y 96), y el III Cuerpo de Ejército anfibio, del general Roy Geiger, (1.ª, 4.ª y 6.ª Divisiones de *marines*);

- el Ejército 8 (general Robert L. Eichelberger), que comprendía el Cuerpo de Ejército X, del general Franklin L. Sibert, (Divisiones de infantería 24, 31 y 37), el Cuerpo de Ejército XIV, del general Oscar W. Griswold (Divisiones de infantería 6, 32 y 38) y el Cuerpo de Ejército XIII del general Alvan C. Gillem *jr* (Divisiones Acorazadas 13 y 20).

A excepción de las divisiones acorazadas, se trataba de fuerzas veteranas de la guerra en el Pacífico. El apoyo aéreo lo proporcionarían 40 divisiones aéreas de base en Kyushu y otras 40 que operaban desde bases situadas en las Marianas, Iwo Jima y Ryukyu.

En la llanura de Kwanto, el Ejército del mariscal Sugiyama desplegaba 18 divisiones de infantería, 7 brigadas mixtas autónomas, 2 divisiones acorazadas y 3 brigadas acorazadas. Aunque los estrategas japoneses esperaban poder trasladar otras tropas a la zona de combate, la precaria situación de los transportes japoneses y la virtual desaparición de las fuerzas aéreas niponas harían casi imposible una maniobra de este tipo.

Objetivo Tokio

El plan para la invasión de la llanura de Kwanto preveía que el Ejército 8 del general Eichelberger desembarcase en la bahía de Sagami, desde donde atacaría hacia el Norte y el Este para asegurarse el dominio de la orilla occidental de la bahía de Tokio, hasta Yokohama. Al mismo tiempo, fuerzas acorazadas marcharían hacia el Norte, hasta llegar a la zona de Kumagaya y de Koga, a fin de impedir la llegada de eventuales refuerzos japoneses. Si fuera necesario, algunas unidades acorazadas girarían después hacia el Sur para ayudar al Ejército 1 en la conquista de Tokio. Simultáneamente al desarrollo de estas operaciones, otras tropas se asegurarían el dominio del puerto de Yokohama.

El Ejército 1 del general Hodges se adueñaría de las playas de Kujukuri, zona fuertemente guarnecida, situada a unos 80 km al este de la capital nipona. Como los japoneses habían decidido oponer allí la máxima resistencia, la lucha sería dura y sangrienta. Una vez en tierra, el Ejército 1 atacaría hacia el Oeste y hacia el Sur para desalojar a los nipones de la costa oriental de las bahías de Tokio y de Sagami. Al mismo tiempo, un contingente de vanguardia se lanzaría directamente hacia la capital. Y tan pronto como ésta y el resto de la llanura de Kwanto cayeran en manos aliadas, el factor determinante en la posterior estrategia de MacArthur sería la reacción de los elementos residuales del Ejército japonés. Era probable que la caída de la capital pusiera fin a cualquier resistencia organizada, aunque los más fanáticos siguieran combatiendo.

Estos eran los planes a los que habría sido necesario recurrir si los japoneses hubieran decidido oponerse hasta el fin a la victoria aliada. En dichos planes no se mencionaba el empleo de armas atómicas ni se contaba con una intervención soviética. Y, sin embargo, a *posteriori* se supo que fueron justamente estos dos acontecimientos los que hicieron superflua la realización de las Operaciones «Olympic» y «Coronet».

No obstante, tampoco fueron totalmente inútiles, puesto que luego constituyeron la base del Plan «Blacklist», que se puso en marcha para la ocupación del Japón.

K. JACK BAUER

Nació en 1926. Consiguió su primer grado en Harvard, en 1948, y el título académico superior de *Master* y el doctorado en la universidad de Indiana, respectivamente en 1949 y 1953. A continuación trabajó en la sección de investigaciones históricas del Cuerpo de *marines* y de la Marina de Guerra en Washington, y colaboró con Samuel Eliot Morison en la redacción del volumen final de la *History of United States Naval Operations in World War II*. Autor de muchos artículos sobre cuestiones navales, aparecidos en revistas americanas y extranjeras, es actualmente profesor adjunto de historia en el Rensselaer Polytechnic Institute de Troy, en Nueva York.

EL PROYECTO "MANHATTAN"

Ronald Clark

La primera bomba nuclear del mundo, que hizo explosión en Alamogordo el 16 de julio de 1945, tuvo una compleja historia. En diciembre de 1938, en Alemania, se llevó a cabo el sensacional descubrimiento de la fisión nuclear; luego, las investigaciones efectuadas por los ingleses demostraron que la construcción de un arma nuclear era muy posible; por último, el esfuerzo tecnológico, científico e industrial realizado por los norteamericanos a través del proyecto "Manhattan" concluyó con la construcción efectiva de la bomba. Y por último, después de un largo período de angustiosa espera, se realizó el primer experimento que, llevado a cabo con pleno éxito en las desoladas extensiones del desierto de Nuevo Mejico, anunció al mundo que, para bien o para mal, la Humanidad había entrado ya en la era nuclear.

La explosión de la primera bomba atómica, que se hizo estallar experimentalmente en Alamogordo, en el desierto de Nuevo Méjico, la mañana del 16 de julio de 1945, fue posible gracias a una larga serie de descubrimientos y de progresos científicos. El primer paso lo dio en 1895 el científico francés Henri Becquerel al descubrir la radiactividad. Sin embargo, durante casi medio siglo, la posibilidad de aprovechar la energía encerrada en el átomo ni siquiera se llegó a tomar en consideración. Así, hasta diciembre de 1938 el químico alemán Otto Hahn no pudo descubrir lo que pronto se denominaría proceso de fisión, y un mes más tarde, después de que Hahn describiera sus experimentos, los físicos de todo el mundo empezaron a preguntarse si sería posible preparar una bomba atómica.

Es bastante fácil explicar la trascendental importancia que tuvo el trabajo de Hahn en el camino que conduciría a la realización de las armas nucleares (el adjetivo *nuclear* ha sustituido casi por completo al adjetivo atómico, ya que las armas en cuestión se basan en el principio de la desintegración del corazón o núcleo del átomo). En los primeros decenios de nuestro siglo se descubrió que todos los átomos consisten en un núcleo que contiene una o varias partículas dotadas de carga eléctrica positiva, denominadas protones, y (con la excepción del hidrógeno normal) una o varias partículas con carga eléctrica neutra, denominadas neutrones; en torno a este núcleo atómico dotado de carga eléctrica positiva gira una nube de partículas eléctricamente negativa –denominadas electrones– en número igual al de los protones; y se descubrió también que la diferencia entre los diversos elementos químicos se debe exclusivamente al distinto número de protones y de neutrones contenidos en el núcleo de sus átomos.

En 1919 Rutherford logró *desintegrar* el átomo, empleando las partículas expulsadas por la sustancia radiactiva denominada radio para bombardear átomos de nitrógeno; aproximadamente una de cada millón de partículas expulsadas del radio penetraba en un núcleo de nitrógeno y lo transformaba en el núcleo de un átomo de oxígeno. En 1932, Cockcroft y Walton emplearon flujos de protones de hidrógeno, artificialmente acelerados gracias al empleo de altísimos voltajes, para bombardear el litio y transformarlo en una sustancia distinta. En ambos casos se trataba de núcleos atómicos «ligeros», y también en ambos casos el número de los «centros» obtenidos era muy exiguo, con el resultado de que la energía liberada al producirse una transformación nuclear era muy inferior a la que había sido necesario usar para provocarla. En otras palabras, en la marmita nuclear había que arrojar más energía de la que al final salía de ella.

Y fue precisamente la posibilidad de cambiar radicalmente esta situación lo que dio tan fundamental importancia a los experimentos llevados a cabo por Hahn en diciembre de 1938. Lo que él hizo fue bombardear con neutrones el metal pesado «uranio», que contiene 92 protones en cada núcleo atómico, y descubrió que los núcleos pesados de uranio se desintegraban dando lugar a núcleos de dos sustancias distintas, el bario y el criptón.

Este fue el descubrimiento clave en el camino que había de conducir a la bomba. En efecto, se sabía que la energía contenida en un núcleo de uranio era mucho más del doble de la contenida en los dos nuevos núcleos, por lo que la energía liberada era relativamente grande. Aún más importante era la posibilidad de que la «fisión» de cada núcleo liberase uno o más neutrones: si, en efecto, existía tal posibilidad, dichos neutrones, apenas liberados, podrían desintegrar otros núcleos de uranio, los cuales, a su vez, liberarían más energía y otros neutrones, produciendo así una reacción en cadena.

La primera bomba experimental nuclear de plutonio estalló en Alamogordo, en el desierto de Nuevo Méjico, a las 5,30 horas del día 16 de julio de 1945. *(US Army)*

Reacción inmediata y sensacional

Ante el experimento de Hahn, la reacción en todo el mundo fue inmediata y en los ambientes científicos sensacional. En Copenhague, una de sus antiguas colaboradoras, Lise Meitner, que trabajó en Berlín hasta que las leyes contra los judíos la obligaron a refugiarse en el extranjero, elaboró con su sobrino Otto Frisch las implicaciones teoréticas de lo que bautizaron *fisión nuclear*. En Washington, el físico danés Niels Bohr explicó en el congreso de física teórica esta sensacional teoría, de la que le habían hablado Frisch y Lise Meitner. Por su parte, los de la Columbia University, la Carnegie Institution de Washington, la John Hopkins University y la Universidad de California repitieron los experimentos de Hahn. Y otro tanto hicieron muchos científicos de Varsovia y de Leningrado. Asimismo, en París, un equipo de físicos franceses que trabajaban en el Collège de France y a quienes dirigía Fréderic Joliot-Curie, demostró que cuando ocurría la fisión nuclear se liberaba efectivamente un determinado número de neutrones. Y pocas semanas después, el mismo grupo demostró que el número de neutrones liberados era de tres o cuatro, lo que hacía teóricamente posible una reacción en cadena.

Así, pues, en la primavera de 1939 se empezó a considerar que la realización de un arma nuclear en un futuro no demasiado lejano era muy posible. Pero, no obstante, se trataba de una posibilidad teórica, pues se ignoraban todavía las respuestas a muchas y complejas preguntas relativas al comienzo de una reacción en cadena.

Asimismo los problemas de carácter tecnológico parecían inmensos. Y estas dificultades aumentaron en seguida cuando se supo que sólo un determinado tipo de uranio era verdaderamente fisible. Como muchos de los otros elementos, también este metal existe en la naturaleza bajo formas de distintos isótopos, variedades químicamente idénticas que sólo difieren en cuanto al número de neutrones contenidos en los núcleos atómicos. Se descubrió que el metal natural estaba constituido por una mezcla de tres isótopos principales, y más del 99 % de dicha mezcla la constituían átomos que contenían 146 neutrones en cada núcleo. De los otros dos isótopos, uno tenía en cada núcleo 142 neutrones y el otro 143. Y era justamente este último isótopo –que a causa de sus 143 neutrones y 92 protones se conocía como uranio 235– el indispensable para llevar a cabo el proceso de fisión. Pero sólo el 0,7 % del uranio era de este tipo, y puesto que tenía características químicas idénticas a las del restante 99,3 %, las posibilidades de separarlo parecían escasísimas, incluso inexistentes.

«Este nuevo fenómeno»

Durante el verano de 1939, mientras Europa se preparaba para la guerra, los obstáculos para la creación de una arma nuclear seguían siendo enormes. Sin embargo, en Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña se dieron nuevos pasos en el camino que conduciría a la bomba.

En Estados Unidos, Enrico Fermi (que había repetido los experimentos de Hahn en la Columbia University), unió sus esfuerzos a los de Leo Szilard y Paul Wigner a fin de convencer a Einstein para que escribiera al presidente Roosevelt. «Este nuevo fenómeno –escribió, en efecto, Einstein a propósito de la fisión nuclear– podría incluso conducir a la fabricación de bombas, y se concibe, aunque no se puede afirmar con certeza, que de este modo se podrían conseguir bombas de un tipo nuevo y extraordinariamente poderosas. Una sola de ellas, transportada por una embarcación y hecha estallar en un puerto, podría destruir fácilmente todo el puerto y parte del territorio circundante.» Era indispensable, añadía Einstein, que Roosevelt eligiese una persona competente para disponer de las adecuadas cantidades de uranio en el momento en que se hiciera necesario su empleo, y que la actividad de investigación sobre la potencialidad del fenómeno se acelerase e intensificase.

En Francia la investigación se intensificó gracias al apoyo del Centre National de la Recherche Scientifique (Centro Nacional de la Investigación Científica). Y aún era más importante el hecho de que el equipo francés ya había presentado cinco patentes, y estaba discutiendo ya con Sengier, uno de los dirigentes de la Union Minière belga, la posibilidad de experimentar una bomba de uranio en el Sahara.

Pero Sengier ya había establecido estrechos contactos con los ingleses. En efecto, Gran Bretaña era el primer país que había confiado a las autoridades militares la misión de desarrollar una investigación respecto a la posibilidad de crear una arma nuclear. Y aunque esta investigación se desarrollaba bajo la directa intervención del Ministerio del Aire británico, el director de la investigación científica del citado ministerio se procuraba el uranio necesario para los experimentos y numerosos científicos trabajaban bajo la dirección del comité presidido por sir Henry Tizard, quien, por cierto, se mostraba un tanto escéptico en cuanto a las posibilidades de éxito. Igualmente escépticos se mostraban numerosos científicos, entre ellos el profesor Lindemann, que más tarde recibiría el título de lord Cherwell y llegaría a ser consejero de Winston Churchill.

Boceto de proyecto para una bomba

Pero la situación experimentó un cambio tan profundo como espectacular en marzo de 1940. El 19 de marzo llegaron a la mesa de Tizard dos memoriales. Ambos estaban firmados por aquel Otto Frisch que había contribuido a formular la teoría de la fisión y que ahora se encontraba en Gran Bretaña y por el profesor Rudolf Peierls, un joven berlinés naturalizado inglés que trabajaba en la universidad de Birmingham. Uno de los memoriales, sobre el tema *de la construcción de una «superbomba» basada en una reacción nuclear de uranio*, era altamente técnico. El segundo, titulado *Memoria sobre las propiedades de una «superbomba» radiactiva*, no sólo contenía un esquema teórico de principios generales para la construcción de la bomba, sino que insinuaba también, en términos simples y claros, las cuestiones de estrategia y de ética que, desde aquellos lejanos días, no han dejado de atormentar la conciencia del mundo.

Los memoriales de Frisch y de Peierls eran de importancia fundamental por dos motivos. En primer lugar, los cálculos realizados por los dos investigadores parecían excluir la posibilidad de que la explosión nuclear se resolviese en un trivial *chasquido*. «La energía liberada por la explosión de una *superbomba* de este género es poco más o menos igual a la producida por la explosión de mil toneladas de dinamita –escribían–. Esta energía se libera en un volumen muy exiguo, en el interior del cual necesariamente deberá producir, aunque fuera por un solo instante, una temperatura comparable a la existente en el interior del Sol. La consiguiente explosión destruiría cualquier rastro de vida en una vasta zona. Es difícil calcular la extensión de dicha zona, pero es probable que pueda compararse a la del centro de una gran ciudad.»

Este hecho era ya bastante importante. Pero el aspecto más sensacional de los cálculos de Frisch y de Peierls era la demostración de que la *masa crítica* de uranio necesaria para producir la reacción en cadena y capaz de autoalimentarse no era cuestión de toneladas, ni siquiera de quintales, sino de kilogramos.

Con el impulso de estas sensacionales novedades, Tizard constituyó poco después un restringido grupo de expertos y les confió la misión de

«examinar» todo el problema, coordinar el trabajo en curso e informar, en el más breve tiempo posible, si las posibilidades de producir bombas atómicas en el curso de la guerra y su eficacia en el plan militar son tales que justifiquen la concentración de energía que la realización de tales bombas implicaría». El *Comité Maud* (que así se denominó), presidido por el profesor George Thomson, se reunió por primera vez en la sede de la *Royal Society*, en la Burlington House, a mediados del mes de abril, en los días de la campaña de Noruega.

En París, los científicos franceses se habían interesado por el posible aprovechamiento de la fisión nuclear, tanto para la utilización pacífica de la energía atómica como para la fabricación de una bomba. La utilización de la energía nuclear con fines pacíficos implicaría la puesta a punto de un *moderador* que fuera capaz de refrenar a los neutrones liberados por la fisión, o sea de una sustancia capaz de *controlar* aquel fuego nuclear que, de otra manera, se consumiría en un instante dando lugar a una violentísima explosión. El material que mejor se prestaba para ello era la denominada agua pesada, una mezcla que contenía oxígeno y el isótopo pesado del hidrógeno, capaz de reducir la velocidad de los neutrones sin absorberlos. Puesto que la única fuente de producción de agua pesada era la sociedad noruega *Norsk Hydro*, el profesor Allier, actuando por cuenta del Gobierno francés, había acudido a Noruega, adquirió allí toda la cantidad disponible de agua pesada (unos 180 kg), la trasladó en avión a Gran Bretaña y la pasó luego a Francia.

A mediados de abril, Allier hizo tres cosas: informó a los ingleses del trabajo al que se dedicaban los científicos franceses para la puesta a punto de la bomba, expresó sus temores de que también los alemanes estaban trabajando en una arma nuclear y propuso, por cuenta del Ministerio de Armamentos francés, la estipulación entre los dos países de un acuerdo de cooperación nuclear a largo plazo.

Llegados a este punto, los ingleses hicieron un esfuerzo para descubrir de qué modo la teoría nuclear podía traducirse en realidades. Antes de que hubieran avanzado mucho por este camino, se les unieron dos miembros del grupo francés, Halban y Kowarski, quienes poco después empezaron a trabajar con los científicos británicos.

Con la constitución del *Comité Maud*, el esfuerzo nuclear británico se consolidó, aunque sobre una base demasiado pequeña. Además, ya no se trataba de un esfuerzo exclusivamente académico. Las *Imperial Chemical Industries* (ICI) y la *Metropolitan-Vickers* fueron las más importantes empresas llamadas a enfrentarse con los inmensos problemas de carácter químico y técnico. Debían ocuparse de la separación del raro isótopo uranio 235. El método mejor era el de una difusión gaseosa, que consistía en hacer pasar el uranio en estado gaseoso a través de un gran número de membranas y de filtros de diversas clases. Siendo un poco más ligeros, los átomos de uranio 235 pasaban a través de los filtros más fácilmente que los restantes, y mediante este «proceso de filtración» se podía llegar a separar todos los átomos más ligeros. Esto en la teoría; pero en la realidad el gas resultaba peligrosamente corrosivo; los orificios de los filtros habían de tener un diámetro de pocas milésimas de milímetro; la sustancia filtrante debía presentar unos 25.000 orificios por cm² y la superficie filtrante total debía constar no de centenares si no de centenares de miles de m². Además, toda la producción debería responder a los más rigurosos criterios de precisión.

Este era sólo un ejemplo del alud de problemas industriales que empezaron a presentarse. Desde hacía tiempo se sabía que la bomba debería consistir en dos pedazos de uranio 235, cada uno de ellos más pequeños que la masa crítica, que se pondrían instantáneamente en contacto entre sí de modo que formasen una cantidad de uranio 235 superior a la requerida para alimentar la reacción en cadena y, por consiguiente, provocar el estallido. Casi todos los problemas teóricos relacionados con esta fase de la operación los acometieron Peierls en Birmingham y Frisch en Liverpool, donde los científicos trabajaban bajo la dirección del profesor Chadwick. En Birmingham, un grupo dirigido por el profesor Haworth trabajaba en estrecha colaboración con los técnicos de la ICI a fin de descubrir métodos más eficaces para obtener uranio puro.

La segunda flecha en el arco nuclear

En el *Clarendon Laboratory* de Oxford, Francis Simon estudió las principales características de una instalación de separación del isótopo 235 que produciría diariamente un kilogramo de uranio 235 puro al 99 %. Mientras tanto, en el *Cavendish Laboratory* de Cambridge se realizaban dos importantes descubrimientos. En primer lugar, el grupo francés de Halban y Kowarski logró demostrar que una mezcla de óxido de uranio y de agua pesada podría producir una reacción en cadena lenta. A primera vista pareció que este descubrimiento no tenía ninguna importancia en lo referente a la creación de la bomba, pero dejaba entrever que, en el futuro, sería posible aprovechar la reacción nuclear para obtener energía para usos pacíficos: la «caldera» en lugar de la «bomba». En realidad, el descubrimiento de los científicos franceses contribuyó a crear lo que sería la segunda flecha en el arco nuclear: la que destruiría Nagasaki. Ya se había calculado que una reacción en cadena del tipo de la descubierta por Halban y Kowarski daría lugar, después de una serie de transformaciones nucleares, a un elemento totalmente inexistente en la naturaleza. Puesto que el uranio se había denominado así por el planeta Urano, y a un elemento inestable generado por su fisión se le llamó neptunio (del nombre del planeta cuya órbita se halla directamente al exterior de la de Urano), el nuevo elemento fue denominado plutonio, del nombre de Plutón, que es el del planeta siguiente.

En Gran Bretaña se dieron cuenta en seguida de la gran importancia del plutonio. El profesor Norman Feather y el científico suizo doctor Egon Bretscher, calcularon que el plutonio debía ser fisible, exactamente como el isótopo uranio 235. Así, pues, constituía un explosivo nuclear potencial. Además, debía ser químicamente distinto del uranio, que contribuiría a producirlo en la *pila atómica*, término usado para indicar el dispositivo en el que se produce una reacción en cadena lenta y que luego se sustituiría por el término *reactor*.

De repente surgió la posibilidad de vencer todos los grandes problemas relacionados con la separación del isótopo 235. Sin embargo, este método para producir un explosivo nuclear alternativo requeriría el empleo de grandes cantidades de la escasa agua pesada y además no existía ninguna certeza de que, confirmando las previsiones, el plutonio demostrase ser fisible. No obstante, sería justamente el plutonio el que constituiría el corazón fisible del artefacto que se haría estallar experimentalmente en Alamogordo y del arma que luego destruiría Nagasaki. Sólo la bomba de Hiroshima fue una bomba de uranio.

Este nuevo *elemento 94* –en cuyo núcleo existían 94 protones con carga eléctrica positiva– se llamó también plutonio en Estados Unidos. En este país, el presidente Roosevelt ya había contestado a la carta de Einstein, y se constituyó un comité consultivo sobre el uranio, presidido por el doctor L. Briggs. Pequeños grupos de investigadores examinaban posibles modos alternativos de separar los isótopos del uranio, mientras en la Columbia University, Enrico Fermi trabajaba en una dirección paralela a la seguida por el grupo francés. Un comité especial de la Academia Nacional de Ciencias publicó, en mayo de 1940 y en julio de 1941, unos informes sobre la marcha de los estudios desarrollados en Estados Unidos. Pero en ambos estudios se hacía hincapié en la posibilidad de producir, después de la guerra, energía atómica para usos pacíficos y ninguno «mencionaba la posibilidad de que el uranio pudiera desarrollar un papel de importancia decisiva en la guerra en curso».

Esto era bastante comprensible. Estados Unidos mantenían aún su posición neutral; no existía un «impulso para sobrevivir», como el que estimulaba a Gran Bretaña, convencida de estar amenazada por una arma nuclear alemana, y además parecía absurdo dedicar un interés que no fuera exclusivamente académico a aquello que casi todos los científicos estadounidenses consideraban tan sólo como una posibilidad remota.

Sólo Estados Unidos podían lograrlo...

Fueron el ejemplo británico, el definitivo informe elaborado a mediados de 1941 por el *Comité Maud* y el efecto de la cooperación angloamericana en la guerra, entre la primavera de 1940 y el otoño de 1941, los factores que al fin indujeron a Estados Unidos a arriesgar unos dos mil millones de dólares en lo que parecía todavía un gran juego de azar. Y en definitiva fueron los norteamericanos los que corrieron el riesgo. En efecto, cuando se dieron cuenta con mayor claridad de los problemas puramente técnicos relacionados con la producción de un arma nuclear, los científicos británicos empezaron a dudar de que aquel trabajo estuviera dentro de la capacidad de Gran Bretaña, cuyo aparato industrial, a causa de la guerra, estaba ya sometido a un esfuerzo casi insostenible. En realidad, a principios de los años cuarenta sólo Estados Unidos *podrían* producir la bomba.

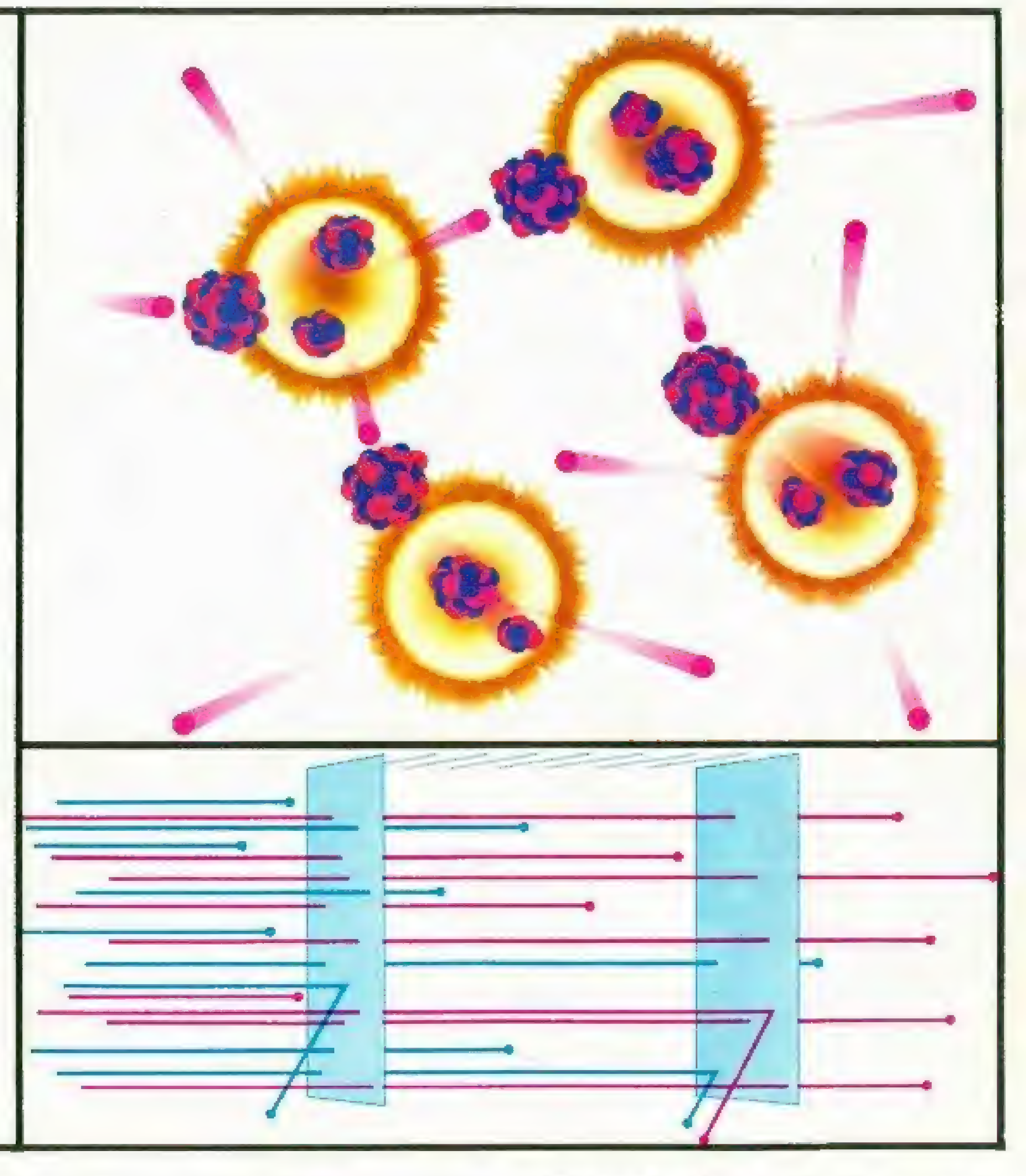
La cooperación agloamericana se había iniciado con el viaje de sir Henry Tizard a Estados Unidos, en otoño de 1940. Su misión era «informarles sobre lo que quisieran saber y proporcionar toda la ayuda posible, por cuenta del Gobierno británico, con el fin de poner en condiciones a las Fuerzas Armadas de Estados Unidos para que llegasen al más alto nivel de eficacia técnica». A partir de entonces se les envió a los norteamericanos copias de los informes del Comité Maud, mientras dos investigadores estadounidenses participaban en varias reuniones del Comité.

Se calculó que el material necesario para la primera bomba podría estar dispuesto a fines de 1943 y que, aunque la instalación para la separación del isótopo costaría 5 millones de libras esterlinas, el «efecto destructor, tanto material como psicológico, es tan grande que se deben realizar todos los esfuerzos para producir bombas de este tipo». Al cabo de un mes, Churchill ordenó que se redactasen los planes para la realización de bombas de uranio, y toda la cuestión se confió a una entidad especial, a la que se le dio el nombre convencional de *Tube Alloys*.

De todo ello se informó a los norteamericanos, y el 11 de octubre de 1941 el presidente Roosevelt envió a Churchill una carta personal para hacerle presente «la oportunidad de llevar a cabo, de manera coordinada, o incluso conjuntamente, cualquier gran esfuerzo en terreno tan importante». Y el 27 de octubre, el profesor Harold Urey, el descubridor del agua pesada, y el profesor George Pegram llegaron a Gran Bretaña para comprobar personalmente la marcha del trabajo iniciado por los ingleses. Antes incluso de que regresaran a Estados Unidos, el Comité de la Academia Nacional de Ciencias informó de que ya era realizable una bomba de fisión con «extraordinaria potencia destructora». El 6 de diciembre, después de haber examinado atentamente el informe *Maud*, el de la Academia Nacional y otros informes presentados por Pegram y Urey, el doctor Vannevar Bush, director de la Office of Scientific Research and Development (Oficina para la Investigación y el Desarrollo científico) de Estados Unidos, decidió que se deberían hacer todos los esfuerzos para

CÓMO SE LIBERA LA ENERGÍA NUCLEAR

Cuando un neutrón golpea el núcleo de un átomo de uranio se libera energía nuclear; el núcleo del uranio se desintegra formando dos nuevos elementos, el bario y el criptón, liberando además uno o más nuevos neutrones, los cuales pueden encontrar un nuevo núcleo de uranio y repetir el proceso. Cada escisión, llamada "fisión", genera otras muchas más: es decir, una reacción en cadena. Arriba, a la derecha: una reacción en cadena rápida da lugar a una explosión nuclear; en una reacción en cadena lenta (controlada, que se efectúa en una "pila" o "reactor" nuclear) la energía nuclear se libera con lentitud, siendo por consiguiente utilizable para fines pacíficos. Sin embargo, como muchos otros elementos, el uranio tiene diversos "isótopos": los isótopos son variedades que, aunque químicamente idénticas, tienen distinto número de neutrones en su átomo. Para los científicos nucleares de la década 1940-1950, un isótopo del uranio asumió una importancia determinante: el uranio 235, que tiene en su núcleo 143 neutrones y 92 protones con carga positiva y con el cual fue posible realizar una reacción en cadena. No obstante, los problemas que hubo que resolver fueron inmensos, porque el U-235 constituye tan sólo el 0,7 % del uranio puro y debe separarse del restante 99,3 % de sustancias químicamente idénticas. El procedimiento definitivamente adoptado para la producción de uranio 235 fue el método de la difusión gaseosa. Abajo, a la derecha: en este procedimiento, el uranio, bajo la forma de hexafloruro de uranio, pasa a través de una larga serie de filtros de material poroso, debidamente dispuestos, que presentan más de 25.000 agujeros por centímetro cuadrado. Esta acción filtrante, repetida con oportuna frecuencia, frena los átomos más pesados y permite aislar uranio 235 en estado puro.



llegar a la realización de una arma nuclear, y se confió a un nuevo comité la misión de resolver el problema. Al día siguiente los japoneses atacaron Pearl Harbor y Norteamérica entraba en la guerra.

Noticias asombrosas

Durante la primera mitad de 1942, los ingleses prosiguieron sus esfuerzos para encontrar el mejor tipo posible de membrana o «filtro» para la separación del isótopo, lo que al fin se consiguió. Pero en abril, un grupo de científicos británicos del *Tube Alloys*, que se habían trasladado a Estados Unidos, volvió con noticias asombrosas. Aunque el proyecto estadounidense se había iniciado tan sólo unos meses antes, los recursos, tanto industriales como científicos que los americanos habían empleado en la ejecución del proyecto, eran ya muy superiores a los que podía reunir Gran Bretaña.

Fue así como los ingleses se dieron cuenta de que si se quería disponer cuanto antes de una bomba nuclear (y la amenaza de un arma atómica alemana seguía siendo un poderoso estímulo para actuar rápidamente) Estados Unidos tenía muchas más posibilidades que Gran Bretaña, e incluso que Canadá, para lograrlo. Por ello, en junio de 1942, tanto el presidente Roosevelt como Churchill se declararon oficialmente de acuerdo sobre este punto.

La construcción de los gigantescos establecimientos y laboratorios, de cuya necesidad los norteamericanos se dieron cuenta en seguida, se confió al Ejército de Estados Unidos, y en particular al general Groves, brillante oficial y técnico de gran talento, que asumió toda la responsabilidad de la empresa, a la que se le dio el nombre de proyecto «Manhattan».

Al comienzo del verano de 1942 se había llegado ya a la conclusión de que existían cinco procedimientos distintos para producir un explosivo nuclear:

- producir uranio 235 con el método de la difusión gaseosa, en el que los ingleses estaban trabajando desde hacía más de un año;
- producir uranio 235 mediante un procedimiento de separación electromagnética; cuando el uranio en estado gaseoso se hace pasar a través de un campo magnético de densidad constante, el isótopo 235 se mueve a lo largo de una trayectoria más curva respecto de la seguida por los otros isótopos y puede ser recogido aparte;
- producir uranio 235 mediante centrifugación, método análogo al empleado para separar la nata de la leche.

Existía también la posibilidad de producir plutonio en una pila atómica:

- empleando como moderador agua pesada, cosa que en Cambridge el grupo francés había demostrado que era posible teóricamente,
- usando grafito en vez de agua pesada.

Cada uno de estos cinco sistemas presentaba enormes dificultades en el plan industrial. Pero el problema más grave no era averiguar cuál de estos sistemas era el mejor, sino saber si algunos de ellos funcionaban realmente. En efecto, nadie había separado todavía uranio 235 en escala industrial, ni tampoco nadie había demostrado aún, prácticamente, que una reacción nuclear en cadena estuviera en condiciones de autoalimentarse y, mucho menos, de producir plutonio.

La solución ideal sería, naturalmente, poner a prueba en primer lugar el método que ofreciera más confianza, luego el que le seguía inmediatamente en la «escala de consideración», y así sucesivamente. Pero se creía que los alemanes ya habían llegado hacía tiempo a una fase muy avanzada en el estudio de la bomba y por lo tanto no había tiempo que perder. Sólo los norteamericanos estaban en condiciones de ofrecer la respuesta estratégicamente justa: concentrar simultáneamente los esfuerzos en *todos* los métodos. Así, al cabo de un año se descartaron el método de centrifugación y el basado en el empleo de agua pesada; pero todavía quedaban tres métodos posibles, y el enorme esfuerzo industrial necesario para ponerlos a prueba absorbería una suma cada vez mayor de los recursos del país.

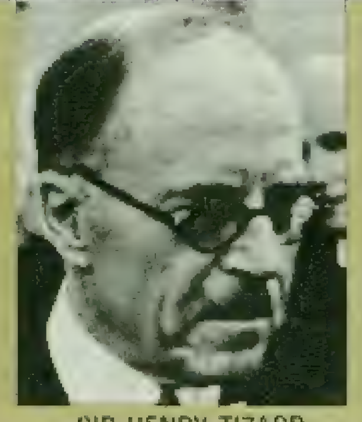
Si se pudo comenzar el trabajo rápidamente fue gracias a Sengier, el belga a quien, tres años antes, habían acudido las autoridades británicas y francesas a propósito de sus suministros de uranio del Congo. «En agosto de 1940 –explicó luego– di instrucciones a nuestros hombres en África para que enviaran secretamente a Nueva York una gran cantidad de material rico (que contenía aproximadamente el 65 % de óxido de uranio). Las 1140 toneladas de material salieron de África en 2000 cilindros de acero. El cargamento se

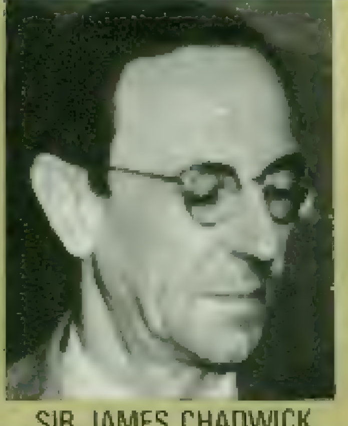
LOS ARTÍFICES DE LA PRIMERA BOMBA NUCLEAR


(History of the Second World War)

OTTO HAHN


ROBERT OPPENHEIMER


SIR HENRY TIZARD


SIR JAMES CHADWICK

embarcó en la bahía de Lobito en septiembre y en octubre de 1940 y llegó a Nueva York en noviembre y diciembre: allí se depositó en un almacén en Staten Island». Cuando los norteamericanos tuvieron necesidad de uranio para iniciar el proyecto «Manhattan», solamente tuvieron que sacarlo del almacén.

En la universidad de California, el profesor E. O. Lawrence desarrolló el proceso de separación electromagnético. En la Columbia University de Nueva York, bajo la dirección del doctor Harold Urey, el SAM, *Substitute Alloy Materials*, se enfrentó con los problemas teóricos relacionados con la separación del uranio 235 mediante el método de la difusión gaseosa. Ambos métodos se aplicaron en escala industrial en Oak Ridge, establecimientos construidos en las landas desiertas de Tennessee. Asimismo, en la universidad de Chicago, un grupo de científicos, entre los que se incluían Enrico Fermi y Leo Szilard, estaba trabajando en la construcción de la primera «pila atómica» del mundo, mientras en Hanford, pequeña población situada a orillas del río Columbia, en el estado de Washington, se hacían preparativos para producir plutonio, siempre que el experimento de Chicago tuviera éxito.

El experimento decisivo

En efecto, por lo menos unas veinte veces los norteamericanos se vieron obligados, por la escasez de tiempo disponible, a presuponer que una determinada operación tendría éxito y, por consiguiente, a arriesgar millones de dólares. En Oak Ridge, por ejemplo, se debía construir una enorme y revolucionaria central para la instalación basada en el principio de la difusión gaseosa *antes* de que se hubiera resuelto el problema de la proyección de los filtros. Cuando los problemas de tipo industrial estaban aún muy lejos de haber sido resueltos, se confió a Robert Oppenheimer la dirección de un laboratorio construido en Los Álamos, solitaria localidad de Nuevo Méjico, donde un gran número de físicos debía descubrir cuál era el método más eficaz para hacer aproximarse las dos masas subcríticas de material fisible, cuya unión daría lugar a la explosión nuclear.

Casi todo dependía del resultado del intento que Fermi estaba llevando a cabo en Chicago para provocar una reacción en cadena en condiciones de autoalimentarse.

En efecto, ello no sólo confirmaría la exactitud de los cálculos de los investigadores de Cambridge, sino que además constituiría la primera demostración práctica de que la fisión nuclear podría producir ciertamente un nuevo tipo de energía utilizable.

El experimento decisivo comenzó el 7 de noviembre, cuando el grupo de Fermi juntó una estructura de uranio y otra de grafito en un lugar excavado bajo el campo de fútbol de la universidad. Se trataba de unos 40.000 bloques de grafito, de 500 toneladas de peso en conjunto y de una pureza jamás alcanzada en escala industrial. Cuidadosamente distanciadas, en un bloque de unos 7 metros de anchura y una altura de unas 50 «capas», se colocaron 50 toneladas de uranio.

La mañana del 2 de diciembre, la estructura de bloques de uranio y de grafito ya estaba completada y sólo las pértigas de control en cadmio, que penetraban verticalmente hasta el propio corazón de la estructura, les impedían entrar en actividad. Estas pértigas de control absorbían los neutrones espontáneamente liberados en el interior de la pila, con lo que impedían que se encendiese el «fuego» nuclear.

A las 9,45 horas, Fermi ordenó la extracción de la primera pértiga y apenas se extrajo, los instrumentos de registro revelaron un imprevisto aumento del número de neutrones liberado, número que aumentaba durante cierto tiempo y se estabilizaba después. En cada fase, Fermi observaba los cuadrantes de los instrumentos y efectuaba cálculos. A su lado, los miembros del grupo sabían perfectamente que en aquel momento el mundo se encontraba en el umbral de una nueva era.

Durante toda la mañana se procedió lentamente a la extracción de las pértigas. El aumento y la sucesiva estabilización del número de neutrones registrados estaban perfectamente de acuerdo con lo previsto. Y la pila se aproximaba cada vez más a lo que se esperaba que sería la fase crítica.

Después de una breve interrupción del trabajo a la hora del almuerzo, a las 14 el proceso de extracción volvió a comenzar. Faltaban pocos minutos para las 15,30 cuando Fermi ordenó que la última pértiga de control se extrajera unos centímetros. La cuenta de los neutrones aumentó. Después, la línea trazada sobre el gráfico, basándose en los datos suministrados minuto tras minuto, en lugar de estabilizarse continuó ascendiendo. La reacción en cadena se autoalimentaba, el fuego nuclear estaba ardiendo.

Finalmente, resultados concretos

Si el proyecto «Manhattan» necesitaba un estímulo posterior, se lo proporcionó el experimento efectuado en la Chicago University; las conclusiones a que había llegado la física nuclear teórica habían sido convalidadas por resultados concretos.

Con el acicate de este éxito, los norteamericanos reemprendieron sus esfuerzos con renovados bríos, y al año siguiente (1943) sus planes entraron en una nueva fase. En efecto, en Oak Ridge empezó a funcionar la primera instalación del mundo que podía separar los isótopos del uranio a escala industrial con el método de la difusión gaseosa, y en febrero se iniciaron los trabajos para la puesta a punto de una pila de grafito de dimensiones piloto.

Se iniciaron también los preparativos para hacer frente a los inmensos y complejos problemas químicos relacionados con la separación del plutonio del uranio; dichos preparativos desembocaron en la construcción de una gigantesca instalación de separación: se trataba de enormes construcciones de cemento armado, de 250 m de longitud y 25 de altura, sin ventanas, con muros de un espesor de hasta 2,5 m y totalmente herméticas, de manera que el material radiactivo que contenían se tenía que manejar a distancia y mediante complicados sistemas ópticos.

En 1943, mientras en Estados Unidos seguían los preparativos nucleares, se produjo un acontecimiento de notable importancia: la fuga de Dinamarca de Niels Bohr, quizá el más eminente de todos los físicos nucleares vivientes. Bohr acudió primero a Londres, y luego se trasladó a Estados Unidos, donde pudo ayudar a los físicos norteamericanos a resolver una infinidad de cuestiones teóricas.

El fiel de la balanza se inclina a favor de Estados Unidos

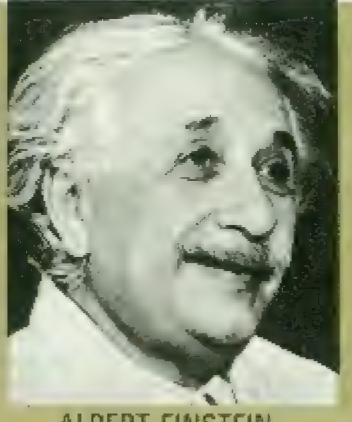
Era natural que Bohr desarrollase la mayor parte de sus actividades en Estados Unidos, puesto que desde principios de 1942 la importancia relativa del esfuerzo nuclear británico había continuado disminuyendo. En aquellos años, Gran Bretaña, desesperadamente escasa de hombres y de medios, y en el radio de acción de los bombarderos alemanes, no era ciertamente el lugar más apto para poder construir un arma nuclear. Así, a fines de 1943, casi todos los científicos británicos se habían trasladado a América, particularmente a Los Álamos. El traslado de los científicos, que siguió a la firma del acuerdo secreto de Quebec, según el cual «el Gobierno británico reconoce que el aprovechamiento posbélico de cualquier ventaja de naturaleza industrial o comercial será negociado por Estados Unidos y por Gran Bretaña conforme a términos que el presidente norteamericano dará a conocer al primer ministro de Gran Bretaña», constituyó el tercer gran estímulo para el proyecto «Manhattan».

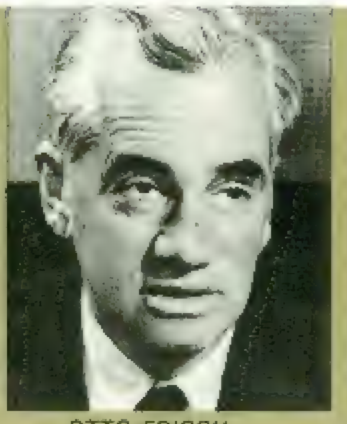
Los problemas que se afrontaron en Los Álamos, bajo la dirección de Robert Oppenheimer, eran sustancialmente distintos de los anteriores. Los primeros problemas habían sido sobre todo teóricos y a ellos les habían seguido problemas industriales y tecnológicos de una importancia y complejidad sin precedentes en la historia del mundo. En cambio, aquello con lo que Oppenheimer y sus colegas se debían enfrentar implicaba, simultáneamente, teoría y práctica. En efecto, nadie sabía todavía con exactitud qué cosa era en realidad la famosa «masa crítica» de uranio y plutonio, y eran muchas las interrogaciones que se planteaban sobre las características de los neutrones veloces, es decir, los no frenados por el moderador de una pila (o reactor) nuclear. El método para obtener de una explosión nuclear el máximo efecto se hallaba todavía en fase de estudio.

Pero, además, los hombres de Los Álamos debían decidir de qué modo el plutonio y el uranio 235, o bien uno de los dos, debía tratarse y colocarse para responder a las exigencias propias de un arma, y cuál sería la mejor manera de fabricar un ingenio que pudiese ser lanzado con precisión desde un avión.


ENRICO FERMI


LESLIE R. GROVES


ALBERT EINSTEIN


OTTO FRISCH


NIELS BOHR

En aquella fase de la fabricación de las primeras bombas nucleares, una de las dificultades más graves era la de aproximar las dos masas subcríticas de material fisible. Si no se lograba reunir las dos partes en pocas millonésimas de segundo existiría el peligro de una explosión prematura: la amenaza del *chasquido* en vez de la *explosión*, que continuaba pesando sobre la empresa como una espada de Damocles. Al principio se eligió un método muy sencillo: el del cañón. En sustancia, se trataba de poner una de las masas subcríticas en el extremo de un dispositivo semejante a un cañón, y disparar contra él desde el otro extremo la segunda masa subcrítica. Pero cuando ya estaba casi ultimado el método, en las primeras cantidades de plutonio que se habían puesto a disposición del experimento se descubrió una impureza, lo que implicaba un método de reunión todavía más rápido si se quería neutralizar el peligro de una detonación prematura.

Una nueva teoría

Fue entonces cuando los hombres de Los Álamos volvieron a tomar en consideración la idea de la *implosión* en lugar de la *explosión*. Este método requería el empleo de dos hemisferios de material fisible, colocados a cierta distancia uno de otro en el centro de una esfera de unos 135 cm de diámetro. El material fisible estaba circundado por un complejo conjunto esférico de cargas explosivas, fijadas a detonadores, que harían estallar las cargas; estas explosiones empujarían uno contra otro los dos hemisferios, dando lugar así a la formación de una única masa crítica. Además, para estar doblemente seguros de que no se produciría ningún retraso en la liberación de neutrones, los científicos decidieron colocar entre los dos hemisferios un *iniciador* de polonio y berilio, dos elementos raros que, mezclados, producen espontáneamente neutrones. La mezcla del polonio y del berilio tendría lugar, exactamente, en el instante en que la *implosión* hubiese reunido los dos hemisferios fisibles, y al cabo de una fracción de segundo del comienzo de la reacción nuclear se produciría la más grande explosión artificial que el mundo había visto.

Así era, por lo menos, en teoría. Se trataba de la teoría a la que los científicos de Los Álamos dieron los últimos retoques a fines de 1944, y seguía siendo teoría cuando, en los primeros días de julio de 1945, llegó a Nuevo Méjico plutonio en cantidad suficiente para que se pudiera pasar a la práctica. Oak Ridge ya estaba produciendo uranio 235 y se preveía que a mediados de julio estaría disponible una cantidad suficiente para construir una bomba basada en el principio del cañón. Pero el éxito de aquella única bomba y de una segunda bomba de plutonio dependía de la respuesta a la pregunta: ¿funcionaría un arma nuclear?

Un año antes del verano de 1945, el general Groves ya había tomado disposiciones para responder a esta pregunta, decidiendo que el primer experimento tendría lugar en el polígono de tiro de Alamogordo, una desolada faja de terreno desértico en la zona meridional de Nuevo Méjico. Situado a unos 320 km de Los Alamos y a 32 del lugar habitado más próximo, Alamogordo parecía ser un lugar debidamente aislado; y así, en otoño de 1944, se esbozaron los planes «Trinity», nombre convencional elegido por Oppenheimer para experimentar la primera bomba atómica.

A comienzos de julio de 1945 Campo Trinity se había transformado en el centro de una espesa red de vías de comunicación que unía los lugares de observación dispuestos alrededor del punto «Cero». A distintas distancias se habían preparado numerosos dispositivos e instrumentos de registro de los tipos más variados, cada uno de los cuales estaba unido mediante cables a un punto de registro central. La tarde del sábado 15 de julio más de 250 científicos se reunieron en la base de Campo Trinity.

Mientras se completaban los preparativos para experimentar *Fat Man* (gordinflón) –como se denominaba a la bomba de plutonio por su forma redondeada–, un cargamento, estrechamente vigilado, estaba atravesando los Estados Unidos para ser embarcado en el *Indianápolis*: se trataba de casi todas las partes componentes de *Little Boy* (muchachito), la bomba de uranio que se enviaba al Pacífico. La bomba de uranio debía enviarse al avión que esperaba en la pista de Tinian, en el Pacífico, antes de que el experimento con la bomba de plutonio *Fat Man* hubiese demostrado que el arma nuclear era un éxito.

Los hemisferios de plutonio llegaron al Campo Trinity desde Los Alamos; se colocaron en el envoltorio de la bomba y todo ello se transportó a través del desierto hasta la torre que en él se levantaba y en la que se izó con gran cautela, centímetro por centímetro. Entonces, y sólo entonces, se colocó en su sitio la esfera con las cargas explosivas. En los puestos de observación en trinchera, excavados alrededor de la torre –el más cercano distaba más de 8 km–, se reunieron los físicos nucleares: Oppenheimer, Fermi, Chadwick, Frisch, Lawrence y una veintena más.

La noche del 15 al 16 de julio era húmeda y ventosa. Groves y Oppenheimer temían que la lluvia pudiera arrastrar los residuos radiactivos de la explosión a las zonas habitadas; pero por toda una serie de razones el experimento no podía demorarse.

Poco después de las 2 horas de la mañana del lunes 16 las condiciones meteorológicas empezaron a mejorar. Débiles vientos, que soplaban a alta cota, dispersaban las nubes. Antes de las 5, los meteorólogos informaron que el tiempo se mantendría bueno durante dos horas, y entonces Groves dio la orden para la explosión: eran las 5,30.

En la torre se verificaron los últimos controles. Se empalmaron las mechas eléctricas, se encendieron los reflectores que iluminaban la torre y los operarios de las últimas fases de montaje se alejaron a bordo de *jeeps*.

Poco después de las 5 había comenzado la cuenta atrás; la voz del oficial encargado de ella se retransmitió a los hombres que estaban a la espera en las trincheras de observación y a la sala de control. Fermi había hecho apuestas sobre la posibilidad de que la bomba prendiera fuego a la atmósfera y destruyese todo el planeta. Otros habían apostado que la bomba sería un fracaso.

La cuenta atrás continuó, primero a intervalos de cinco minutos, luego de minuto en minuto, finalmente de segundo en segundo.

Sin el menor asomo de emoción la voz continuó: «Cuatro, tres, dos, uno, cero».

La primera nube en forma de hongo

Muchos de los hombres que asistieron al acontecimiento, tendidos en el suelo, protegiéndose los ojos y la cara, han descrito la primera explosión nuclear de la historia. Pero pocos han dado de ella una descripción tan viva como la de Otto Frisch, el hombre que apenas siete años antes, con su tía Lise Meitner, había calculado teóricamente sus características.

«De improviso, y sin ningún sonido, las colinas quedaron inundadas por una luz brillante, como si alguien hubiera encendido el sol mediante un interruptor». Después de haber dejado pasar algunos segundos, Frisch volvió la cara hacia Campo Trinity. Aunque distaba más de 30 km, el punto de la explosión era demasiado luminoso para mantener fija la mirada en él; pero aun así, en el centro se podía distinguir un pequeño núcleo esplendente. «Después de algunos segundos, logré mantener los ojos fijos en aquello, que ahora tenía el aspecto de una esfera roja, casi perfecta, unida al suelo por una breve estela gris.» Y continúa diciendo Frisch: «La esfera se elevó poco a poco, alargando su estela y haciéndose gradualmente más oscura y un poco mayor. En este momento, en su superficie se hicieron visibles zonas más claras y otras más oscuras, que le daban el aspecto de una fresa. Luego, el movimiento ascendente se hizo más lento y la esfera se aplanó, permaneciendo todavía unida al suelo por su estela, cuya forma recordaba la trompa de un elefante. A continuación, en su parte superior se desarrolló una especie de protuberancia y del hongo surgió un segundo hongo.»

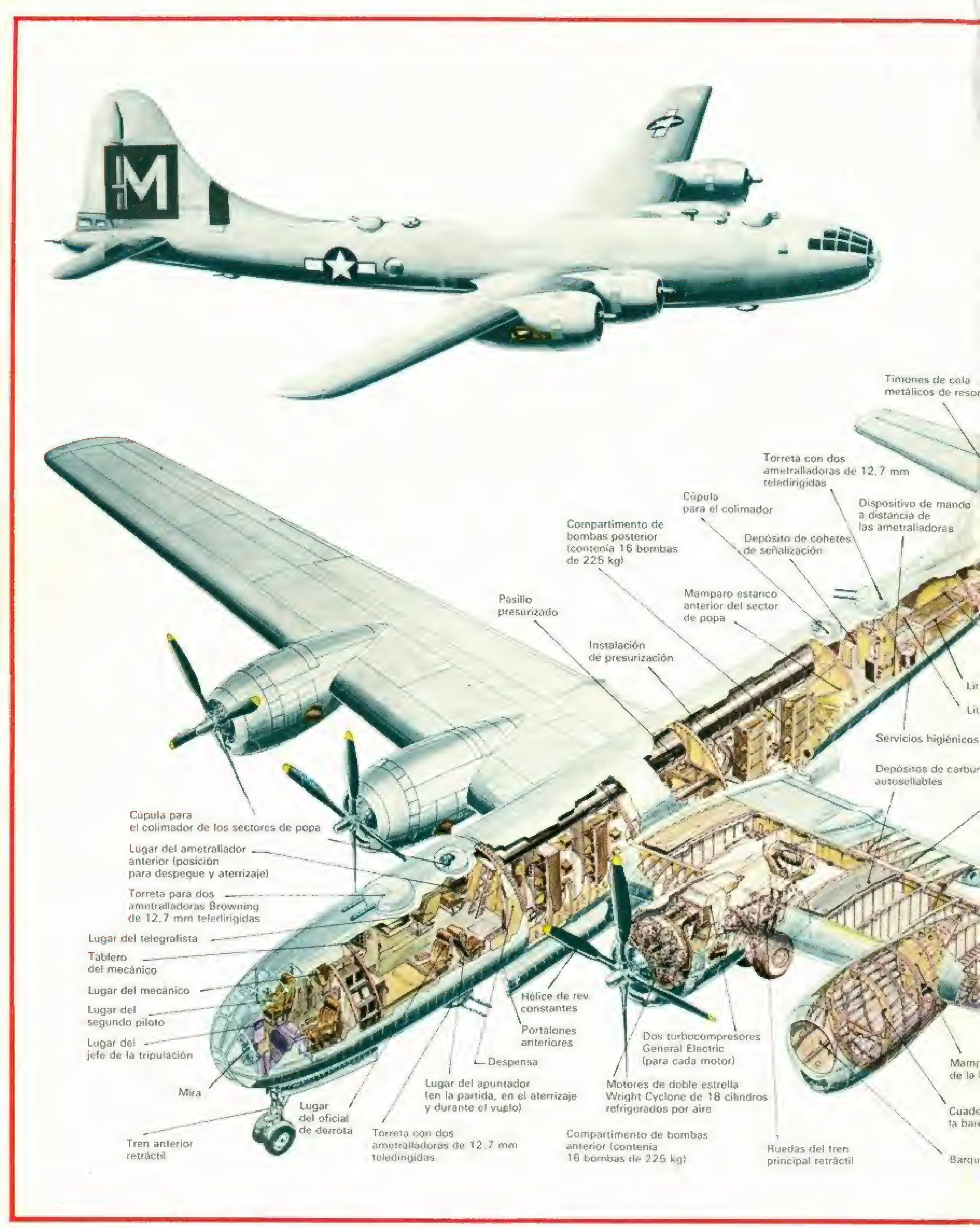
Después del vivísimo resplandor se oyó el trueno, seguido de una fortísima ráfaga de viento provocada por el desplazamiento de aire.

El experimento había sido un éxito. El arma acababa de producir efectos semejantes a la explosión de 20.000 toneladas de trilita.

RONALD CLARK



Autor de muchos artículos y libros sobre la ciencia aplicada a la guerra. Entre sus libros figuran *The Birth of the Bomb*, el primer informe del trabajo desarrollado en Europa en el campo nuclear, y *The Rise of the Boffins*, en el que describe cómo Gran Bretaña utilizó sus científicos durante la segunda Guerra Mundial. Ha supervisado también la biografía de sir Henry Tizard, consejero científico de cuatro ministros de la producción aérea. Durante la contienda, Ronald Clark fue designado corresponsal de guerra en unidades británicas y canadienses, desembarcó en Normandía el *D-Day* y participó en la campaña de Europa noroccidental. Permaneció en Alemania, después de la guerra, para seguir de cerca muchos de los procesos contra los criminales de guerra.


M
Timones de cola
metálicos de resor
Torreta con dos
ametralladoras de 12,7 mm
teledirigidas
Cúpula
para el colimador
Dispositivo de mando
a distancia de
las ametralladoras
Compartimento de
bombas posterior
(contenía 16 bombas
de 225 kg)
Depósito de cohetes
de señalización
Pasillo
presurizado
Mamparo estanco
anterior del sector
de popa
Instalación
de presurización
Servicios higiénicos
Depósitos de carbur
autosellables
Cúpula para
el colimador de los sectores de popa
Lugar del ametrallador
anterior (posición
para despegue y aterrizaje)
Torreta para dos
ametralladoras Browning
de 12,7 mm teledirigidas
Lugar del telegrafista
Tablero
del mecánico
Lugar del mecánico
Lugar del
segundo piloto
Lugar del
jefe de la tripulación
Hélice de rev.
constantes
Portalones
anteriores
Dos turbocompresores
General Electric
(para cada motor)
Despensa
Mira
Lugar del apuntador
(en la partida, en el aterrizaje
y durante el vuelo)
Motores de doble estrella
Wright Cyclone de 18 cilindros
refrigerados por aire
Lugar
del oficial
de derrota
Tren anterior
retráctil
Torreta con dos
ametralladoras de 12,7 mm
teledirigidas
Compartimento de bombas
anterior (contenía
16 bombas de 225 kg)
Ruedas del tren
principal retráctil

Estados Unidos, diciembre de 1941-agosto de 1945

LA DECISION

David Elstein

La razón de poner fin a la guerra con el Japón no fue la única que impulsó a los norteamericanos a emplear la primera bomba nuclear de la Historia. En realidad, el nuevo presidente de los Estados Unidos, Harry S. Truman, necesitaba desesperadamente un arma diplomática eficaz con la cual sostener su actitud de mayor intransigencia ante la Unión Soviética. He aquí, pues, por qué –aunque sus jefes de Estado Mayor creían que el Japón ya estaba desahuciado– Truman estaba decidido, incluso antes de que el experimento de Alamogordo hubiera demostrado toda la potencia mortífera de la bomba atómica, a emplearla contra el Japón.



EL "B-29": EL GIGANTE DEL AIRE

La "superfortaleza" *Boeing B-29* fue el mayor avión de bombardeo construido durante la segunda Guerra Mundial: a plena carga pesaba más de 60 toneladas. Lo accionaban los motores más poderosos que entonces existían y fue el primer avión construido en serie dotado de compartimentos completamente presurizados. También fue el primero que dispuso de un sistema centralizado de tiro de las ametralladoras, que podían ser dirigidas a distancia. Sin carga, alcanzaba la velocidad de 643 km/h y 9000 metros de cota, y podía llevar un cargamento de 900 kg de bombas en su recorrido de más de 8000 km. Operó sobre todo en el Pacífico, donde superó enormes distancias para llegar a los objetivos previstos. Como su producción empezó un tanto apresuradamente, los primeros ejemplares presentaron muchos defectos, que tuvieron que eliminarse en el curso de su utilización. Estaba dotado de una fuerte coraza y armado con ametralladoras de 12,7 mm, en torretas dobles situadas en el dorso y en el vientre del fuselaje. En algunos tipos (arriba, a la izquierda), la torreta dorsal anterior estaba dotada de cuatro ametralladoras y la de cola tenía una ametralladora de 20 mm. Cada una de estas armas estaba alimentada por una cinta de 1000 cartuchos. La sección central del ala se construía de una sola pieza, que contenía las barquillas de los motores y los depósitos de carburante; los poderosos motores *Wright Cyclone*, de 18 cilindros de doble estrella, desarrollaban una fuerza de 2200 HP cada uno. En sus largos vuelos hacia objetivos muy distantes se cargaban a bordo víveres para la tripulación.

El 24 de abril de 1945, doce días después de la muerte de Roosevelt, el nuevo presidente Harry S. Truman recibió una comunicación urgente del ministro de la Guerra. En ella se mencionaba «una cuestión extremadamente secreta», que «tiene tal importancia en el plan de nuestras actuales relaciones con otros países e influye de modo tan decisivo en todas mis ideas en este campo que considero oportuno que también usted quede al corriente sin más dilaciones».

La «cuestión extremadamente secreta», a la cual antes se había siempre referido usando la denominación convencional *Tube Alleys* o *S-1*, era la de la bomba atómica. Durante su período de vicepresidencia, Truman no había estado al corriente del proyecto y aunque el ministro de la Guerra, Stimson, se lo mencionó de pasada poco después de la muerte de Roosevelt, hasta el 25 de abril el nuevo presidente no fue puesto al corriente de las espantosas posibilidades relacionadas con el empleo de la energía atómica.

A Roosevelt la conclusión del programa atómico le parecía demasiado lejana para que su visión estratégica pudiera quedar influida por ella. Pero a Truman la bomba atómica se le apareció como una poderosa arma diplomática, que podría utilizarse para ejercer sobre los soviéticos la máxima presión; algo para derribar aquella tendencia a satisfacer cualquier petición rusa que había caracterizado los últimos meses del Gobierno Roosevelt.

A Truman le esperaba también la responsabilidad de tomar una decisión a propósito del empleo militar de la bomba. Aunque los japoneses se hallaban ya en una situación desesperada, se calculaba que aún se necesitarían 18 meses para llevar a cabo la invasión del archipiélago nipón. Por lo tanto, la decisión de emplear la bomba contra el Japón era evidente; tan evidente que ni siquiera era una verdadera decisión.

El ministro Stimson escribiría tiempo después: «En ningún momento, de 1941 a 1945, tuve ocasión de oír al presidente o a cualquier otro miembro responsable del Gobierno señalar el hecho de que la energía atómica no se debería emplear con fines bélicos». Y puesto que la bomba se emplearía, los únicos interrogantes a los que se debería responder eran: ¿Cuándo y dónde? Para adoptar estas decisiones el presidente Truman constituyó lo que se denominó comité *ad interim*, invitando a diversas personalidades políticas, científicas y militares a formar parte de él. La única pregunta a la que el comité no estaba llamado a responder era: ¿Es necesario para Estados Unidos utilizar la bomba?

Durante el mes que transcurrió antes de que el comité *ad interim* presentase sus conclusiones, Truman trazó las líneas de fondo de la política exterior norteamericana, basándose en la previsión de que se emplearía la bomba. Ya antes de la entrevista del 25 de abril con Stimson, los más eminentes consejeros del presidente se afanaban para eliminar cualquier resto de la actitud conciliadora demostrado por Roosevelt hacia los soviéticos. El mismo Truman estaba convencido de que debía disipar la sensación, creada después del encuentro de los tres grandes en Yalta, de que América «ganaría la guerra», pero «perdería la paz», en provecho de la Unión Soviética. Así, pues, decidió adoptar una actitud más enérgica y el 23 de abril comunicó a los miembros de su Gobierno: «Hasta ahora nuestros acuerdos con la Unión Soviética han sido como una calle con una sola dirección, y esto no puede continuar... Ahora o nunca».

Con el fin de la guerra en Europa, desapareció una de las zonas más importantes que habían inducido a los Aliados a hacer lo posible para atraerse a Stalin: la necesidad de coordinar las operaciones bélicas. La otra esfera en la que Norteamérica podía tener necesidad de la ayuda rusa era Extremo Oriente; y, en efecto, durante meses los jefes del Estado Mayor conjunto habían elaborado los planes basándose en el supuesto de que Rusia entraría en guerra contra Japón. Pero a fines de abril de 1945, se habían convencido ya de que la intervención soviética no tendría repercusiones de importancia en el terreno militar, y en cambio, una eventual declaración de guerra por parte de Rusia tendría graves repercusiones psicológicas en el Japón. Por otra parte, los políticos norteamericanos empezaban a preguntarse si no era más oportuno prevenir cualquier expansión de la influencia soviética en Asia sudoriental, poniendo fin a la guerra mientras las tropas rusas estaban todavía al otro lado de la frontera del Manchukuo.

Desde este punto de vista, la bomba atómica adquiriría un significado muy particular. En términos estratégicos, la bomba sostendría la actitud más belicosa que América había asumido jamás en el terreno diplomático, mientras tácticamente privaría de toda significación a la declaración de guerra de Rusia al Japón.

El día 1 de junio, el informe del comité *ad interim* estaba dispuesto. Aunque revelaba que entre los científicos atómicos existía un difundido sentimiento de duda respecto de la oportunidad de emplear militarmente la bomba, los expertos del comité se mostraban unánimes en formular las siguientes recomendaciones:

- se debía emplear contra el Japón y cuanto antes fuera posible;
- se utilizaría contra un doble objetivo, es decir, contra una instalación o una base militar rodeada de casas y de otros edificios que se prestasen de modo particular para ser dañados por la explosión;
- se debía emplear sin aviso previo.

Se rechazó la idea del aviso o de hacer estallar la bomba de una forma puramente demostrativa por existir el peligro de que la explosión fracasase o de que los japoneses transportasen prisioneros de guerra a la zona designada. Según el comité, si el objetivo era poner fin a la guerra, no existía «ninguna alternativa aceptable para su utilización militar directa». Stimson informó entonces a Truman de que una bomba de uranio 235, con encendido del tipo de cañón, estaría dispuesta para el 1 de agosto, y que se dispondría de una bomba de plutonio al mes de haberse realizado, naturalmente con éxito, una explosión experimental.

Ya en noviembre de 1944, un grupo de expertos que dependía directamente de Stimson, había empezado a componer una lista de los posibles objetivos. Idealmente, la elección debía recaer sobre ciudades de grandes dimensiones, dotadas de instalaciones militares y todavía no muy destrozadas por los bombardeos convencionales. Se eligieron diez ciudades; la cuarta era Nagasaki. Kokura, no muy distante de Nagasaki, era la tercera. El segundo lugar en la lista lo ocupaba Kyoto, a la que en seguida se eliminó por la importancia histórica y cultural que tenía en el Japón. A la cabeza de la lista se encontraba el nombre de la séptima ciudad japonesa en cuanto a magnitud: Hiroshima.

El único incidente que retrasó los tiempos de realización del programa fue no poder entregar en las fechas previstas los moldes de fundición y de los circuitos de encendido. En consecuencia, se tuvo que retrasar también la ofensiva diplomática de Truman; pero, mientras tanto, ante la insistencia de sus consejeros y de Churchill, el presidente había pedido otra entrevista de los tres grandes, un encuentro en el curso del cual se pudieran aclarar de una vez para siempre las cuestiones que todavía estaban en suspenso con Stalin. Pero Stimson se declaró enérgicamente contrario a la idea de una aclaración que correría el riesgo de ser prematura. Opinaba que sería «un terrible error hacer una apuesta diplomáticamente tan importante sin tener en la mano la carta decisiva», y, por tanto, solicitó de Truman que demorase cualquier encuentro hasta después del experimento nuclear de Nuevo Méjico.

Pero antes de que se pudiera utilizar eficazmente la bomba en el terreno diplomático, era necesario demostrar su eficacia en el campo militar. La perspectiva de emplearla contra el Japón estaba suscitando divergencias cada vez más profundas entre los consejeros militares y los políticos. Desde luego, la situación militar de los japoneses era desesperada. Después de la caída de Okinawa se habían dado cuenta de que no tenían ninguna posibilidad de ganar la guerra y, por consiguiente, habían reunido el resto de sus energías para la defensa del suelo patrio. Tenían todavía en el archipiélago más de dos millones de soldados, por lo que los jefes del Estado Mayor conjunto norteamericano suponían que la lucha se prolongaría hasta el invierno de 1946. Se calculaba que las pérdidas propias sumarían probablemente una cifra comprendida entre 200.000 y 1.000.000 de hombres, y, lógicamente, la sensación de que el lanzamiento de una bomba podría poner fin a la guerra y salvar millones de vidas humanas no podía por menos de tener un peso decisivo.

Y, sin embargo, ya mucho antes, todos los consejeros militares de Truman habían llegado a la conclusión de que la invasión del archipiélago japonés no sería necesaria, pues los bombardeos desde el aire y el bloqueo naval estaban poniendo evidentemente al Japón en una situación insostenible. Incluso el más cauto de los jefes de Estado Mayor, el general Marshall, opinaba que bastaría una declaración de guerra por parte de la Unión Soviética para inducir a los japoneses a la rendición.

Ahora bien, aunque el cálculo de los consejeros militares de Truman sobre la mentalidad japonesa era equivocado, queda en pie el hecho de que estaban convencidos de que el Japón se rendiría incluso sin una invasión y sin la utilización de la bomba atómica. El general Eisenhower se hizo portavoz de la actitud que prevalecía en los ambientes militares cuando, a fines de julio, con motivo del encuentro de los tres grandes en Potsdam, tuvo un coloquio con Stimson. «Le expresé mis profundas preocupaciones, sobre todo basándome en mi convicción de que el Japón ya estaba derrotado y que, por consiguiente, el empleo de la bomba no era necesario, y en segundo lugar porque opinaba que nuestro país no debería horrorizar a la opinión pública mundial con una arma cuyo empleo, a mi parecer, no estaba justificado por el solo objeto de salvar vidas norteamericanas. Mi profunda convicción era que justamente en aquel momento el Japón estaba buscando un modo de rendirse sin menoscabo de su honor».

El Gobierno norteamericano también estaba al corriente de los esfuerzos que los japoneses realizaban para negociar una rendición. Todos los mensajes que Togo enviaba a Sato, embajador en Moscú, eran interceptados, y resultaba evidente, desde hacía tiempo, que sólo con que se eliminase la cláusula de la «rendición incondicional» los políticos favorables a la paz podrían convencer al emperador para desautorizar a su Gobierno. La única condición en la que todos se mostraban irreductibles era que la posición del emperador era intocable.

Pero los norteamericanos fingieron no darse cuenta siquiera de los esfuerzos japoneses para iniciar negociaciones; y también los soviéticos los ignoraron. Evidentemente, estos últimos no querían que la guerra en el Pacífico terminase antes de que tuvieran la posibilidad de tomar parte en el reparto del botín. Pero, ¿por qué, si en verdad querían abreviar la guerra, los norteamericanos no hicieron ningún intento de tener en cuenta la iniciativa japonesa, si a fin de cuentas acabarían por conceder al pueblo japonés el respeto a su monarquía?

La respuesta se hizo evidente en el curso de la conferencia de Potsdam, durante la cual Eisenhower protestó contra la decisión de lanzar la bomba atómica. En Potsdam Truman podría esgrimir toda la fuerza diplomática que se desprendía del hecho de poseer un arma nuclear, y quizá

podría haber sido también el lugar y el momento de llevar a cabo su único gesto para dar a los japoneses la posibilidad de rendirse antes de que se efectuara el ataque atómico, presentándoles un ultimátum.

El presidente norteamericano llegó a Potsdam el domingo 15 de julio. A la tarde siguiente se le comunicaron las primeras noticias sobre el tan esperado experimento atómico de Alamogordo. El mensaje convencional decía: «Operación efectuada esta mañana. Diagnóstico no completo todavía, pero los resultados aparecen satisfactorios y superan ya toda previsión». Al día siguiente fue un Truman exultante quien abrió la reunión con una enérgica declaración a propósito de las peticiones norteamericanas en Europa. El 21, Stimson recibió un informe detallado del experimento y se lo leyó a Truman y a Byrnes: «El presidente quedó muy satisfecho... dijo que la noticia le daba una sensación de confianza completamente nueva».

Cuando se informó a Churchill, éste también se dio cuenta inmediatamente de las implicaciones diplomáticas del experimento: «Desde aquel momento nuestro modo de ver el futuro fue radicalmente distinto». Para los ingleses, como para los norteamericanos, la decisión de emplear la bomba no fue ni siquiera una auténtica decisión. El 1 de julio Churchill había dado su aprobación oficial, según los términos del acuerdo de Quebec estipulado en 1943, y aunque también él se daba cuenta de que para el Japón «la derrota era segura antes incluso de que cayese la primera bomba», la cuestión de una posible renuncia al empleo del arma ni siquiera se planteó.

Pero, para Truman, aún existía esta cuestión. A sus ojos no se trataba de una cuestión moral, puesto que la potencia destructora de la bomba atómica no era mayor que la de todos los bombardeos convencionales. Para Truman la cuestión era: ¿se podía justificar en el plan militar aquel ataque atómico tan ventajoso en el plan diplomático?

En efecto, en Potsdam quedó claro que, en sí mismo, el solo experimento atómico no era suficiente. Americanos e ingleses habían decidido informar a Stalin acerca de la bomba; pero cuando el 24 de julio Truman le habló de ella, lo hizo de un modo tan casual y sibilino que Churchill, al principio, se convenció de que Stalin no tenía la mínima idea de lo que estaban diciendo. Por todo ello, en el último momento Truman llegó a la conclusión de que sólo una efectiva incursión atómica persuadiría a Stalin de la fuerza irresistible que respaldaba a la diplomacia americana.

En consecuencia, y a pesar de haber expuesto con tanta energía la posición americana una semana antes, Truman no trató a fondo la cuestión. Por el contrario, decidió dejar el definitivo arreglo de cuentas para después del lanzamiento de la bomba, y el 25 de julio informó a Stimson que la orden de utilizarla «sería válida, a menos que le hubiese informado que la respuesta japonesa a nuestro ultimátum era aceptable». Así, pues, la decisión ya estaba tomada.

Al día siguiente respaldaron este ultimátum Truman, Churchill y Chiang Kai-shek. Aunque se amenazaba al Japón con una inmediata y total destrucción, no se hacía mención alguna de la bomba.

En el documento se aclaraban los términos de la rendición, pero se insistía todavía en el adjetivo «incondicional» y no se daba ninguna indicación sobre la suerte del emperador. Llegados a este punto, parece claro que la decisión de bombardear Hiroshima no se tomó exclusiva y simplemente para poner fin a la guerra lo más pronto posible.

Además, una vez experimentada la bomba con pleno éxito, se podría advertir al Japón sobre la naturaleza de la nueva arma; sin embargo, Truman decidió no hacerlo. Y lo que es aún más importante, hubiera podido tomar en mayor consideración el evidente deseo japonés de terminar la guerra. Pero una vez más prefirió interpretar la reacción nipona al ultimátum de Potsdam como una respuesta negativa. El 28 de julio, el primer ministro japonés Suzuki anunció que su Gobierno había *mokusatsu* el ultimátum, usando un verbo que podía traducirse como «ignorar» o «abstenerse de hacer comentarios sobre él». Truman decidió que el término significaba «ignorar» y confirmó las instrucciones según las cuales la primera bomba debería lanzarse, a más tardar, después del 2 de agosto.

Y precisamente el día 2 de agosto Togo envió a Sato un desesperado cablegrama en un último intento de convencer a los soviéticos para que apoyasen a los japoneses en sus esfuerzos para obtener términos de paz basados en el ultimátum de Potsdam: «Como la pérdida de un solo día en la presente cuestión podría dar lugar a mil años de amargura, se requiere de usted que inmediatamente tenga un coloquio con Molotov». Pero Molotov no quiso entrevistarse con Sato antes del 8 de agosto, día en que le anunció, con calma, que la Unión Soviética declaraba la guerra al Japón.

«El más grande acontecimiento de la historia»

Truman ya no podía hacer otra cosa que esperar el acontecimiento que señalaría para América el definitivo abandono del aislacionismo. La decisión de lanzar la bomba no fue, en efecto, de carácter militar; el comandante supremo aliado en el Pacífico, general MacArthur, ni siquiera fue consultado sobre el asunto. La decisión de Truman fue puramente política. Esperaba poner fin a la guerra antes de que los soviéticos pudieran entrar en liza; y estaba convencido de que las repercusiones psicológicas de la explosión nuclear servirían para este fin.

Truman ignoró los otros medios de poner fin a la guerra porque, a largo plazo, tenía necesidad de emplear militarmente la bomba para hacer de ella un sostén de su nueva política. En mayo de 1945, uno de los científicos atómicos que habló con James Byrnes respecto de la bomba anotó, en estos términos, el punto de vista del futuro secretario de Estado: «Byrnes no afirmó que era necesario emplear la bomba contra las ciudades del Japón a fin de ganar la guerra». Su convicción era que «el hecho de que Norteamérica poseyera la bomba y demostrara su eficacia haría más tratable a la URSS en Europa». Los Estados Unidos, que hasta el desastre de Pearl Harbor no habían tenido conciencia de sus responsabilidades internacionales, el 6 de agosto anunciaron la nueva política: por Europa, por la democracia, por una «paz duradera». Así, con un asombroso salto atrás a los días de Woodrow Wilson, Norteamérica, aprovechando la supremacía atómica, se proponía enderezar el mundo.

En las primeras horas del 6 de agosto, con tres días de retraso respecto del tiempo previsto y después de que tres *B-29* con peso análogo al de la bomba se habían estrellado en el curso de maniobras experimentales de despegue, el *Enola Gay*, elevándose desde la pista de Tinian, se dirigió a Hiroshima para lanzar sobre la ciudad su mortal carga de uranio 235. Cuando Truman, a bordo del crucero *Augusta*, fue informado del despegue del *Enola Gay*, anunció: «Esto es el más grande acontecimiento de la historia».



Los oficiales que componían la tripulación del «Enola Gay», de la 20.ª Fuerza Aérea estadounidense, quienes, la mañana del 6 de agosto de 1945 lanzaron sobre Hiroshima la bomba de uranio. A partir de la izquierda: comandante T. Ferebee, bombardero; coronel W. Tibbets, *jr.*, comandante del aparato; capitán T. Van Kirk, oficial de derrota, y capitán R. Lewis, segundo piloto. *(Archivo Rizzoli)*

LAS INCURSIONES NUCLEARES



(US Air Force)

Louis Allen

La explosión de la primera bomba nuclear sobre el Japón, en 1945, constituyó el momento culminante de la segunda Guerra Mundial. La bomba nuclear nació en los años de la guerra y había sido ultimada en una de las más fulminantes revoluciones científicas de todos los tiempos, una revolución que sólo por el impulso del conflicto podía asumir tales dimensiones. Los científicos más eminentes contribuyeron a forjar un arma de espantosa potencia; por fortuna, los sufrimientos que infligió a las poblaciones de Hiroshima y Nagasaki no se han vuelto a repetir en ningún punto de la tierra. Mas, para los que sobrevivieron a las incursiones nucleares, el recuerdo de "Pikadon" persiste todavía como una cicatriz profunda e incurable.

A las 2,45 horas del 6 de agosto de 1945 la «superfortaleza» *Enola Gay* se elevó de la pista de despegue, debidamente alargada, del campo Nord de Tinian, con un margen útil de pocos metros (su carga rebasaba en 7 toneladas la normal) y se dirigió hacia el Japón. Llevaba a bordo nueve hombres de tripulación, cuatro pasajeros (todos científicos) y una sola bomba con un extraño nombre convencional: *Little Boy*. Había comenzado la «misión 13 de bombardeo general». El coronel Paul Tibbets, responsable de la misión y que preparó durante más de un año a los hombres elegidos para la tripulación, era el único de ellos que tenía una idea precisa del tipo de bomba que el avión transportaba.

Ya bastante compleja desde el punto de vista electrónico, la bomba planteó un gran problema antes de que el aparato dejase la pista. Anteriormente ya había sucedido que algún *B-29*, en misión de bombardeo convencional, se precipitara en la fase de despegue desde Tinian, y si el *Enola Gay* sufría un accidente semejante toda la isla podría desaparecer en una nube de fuego y de humo. ¿No sería posible hacer inocua la bomba durante la fase de despegue y montarla después, durante el vuelo? El capitán de navío William Parsons opinó que el problema tenía solución. Este oficial de Marina, que fue director adjunto del laboratorio de explosivos de Los Álamos y que ahora volaba con Tibbets en calidad de observador científico, trabajó frenéticamente para adquirir familiaridad con el sistema de inserción del cebo de explosivo convencional. Finalmente, cuando ya le sangraban los dedos por el continuo contacto con las cortantes aristas de las diversas partes de la bomba, declaró que estaba seguro de que podría repetir la operación durante el vuelo. Así, cuando el avión llegó a los 2500 m de altura, Parsons se deslizó en el depósito de bombas y menos de media hora después indicó a Tibbets que ahora el avión estaba transportando una «bomba decisiva».

El *Enola Gay* no fue el primer aparato que despegó. A la 1,30 horas, tres aviones de los servicios meteorológicos habían salido de Tinian para calcular y transmitir las condiciones de visibilidad existentes sobre los posibles objetivos: Hiroshima, Kokura y Nagasaki. La bomba debía lanzarse a la vista. El objetivo principal era Hiroshima, pero si la zona estaba cubierta por una capa de nubes demasiado espesa, Tibbets debería escoger una de las restantes ciudades.

El comandante Eatherly, que volaba a bordo del avión meteorológico *Straight Flush*, a unos 10.000 metros de cota sobre Hiroshima, avistó en los suburbios de la ciudad un anillo de nubes, pero en medio se abría un hueco de unos 15 km en el que la visibilidad era perfecta. Transmitió, pues, al *Enola Gay* el mensaje en señales *Morse*, mensaje que marcó el destino de Hiroshima: «Y2.Q2.B2.C1». En términos de nubes significaba «2/10 a baja y media cota y 2/10 a 4500 m»: por consiguiente, sobre el objetivo principal la visibilidad era buena. A las 8,09 horas, según la hora de Hiroshima, se avistó la ciudad y los hombres de la tripulación se calaron sus gruesos anteojos para proteger su vista del resplandor de la explosión. A las 8,11 horas, Tibbets inició la maniobra preparatoria para el lanzamiento y dos minutos y medio después se la confió al apuntador.

El comandante Ferebee conocía de memoria la planimetría de Hiroshima, con los ramales del delta del río Ota que se adentraban en el mar, por lo que en seguida encuadró en su punto de mira el lugar elegido: un puente sobre el ramal principal del río. La orden era lanzar la bomba a las 8,15 (hora local) y la habilidad de Tibbets y las excelentes condiciones atmosféricas permitieron al *Enola Gay* ponerse sobre el objetivo con una diferencia de pocos segundos respecto de la hora prefijada. A las 8 horas, 15 minutos y 17 segundos se abrieron las compuertas del depósito de bombas y desde una altura de casi 10.000 m la *Little Boy* inició su carrera hacia abajo. Mientras el *B-29* y el avión auxiliar que le acompañaba se alejaban a toda velocidad, después de un brusco viraje de 150 grados para poner la máxima distancia posible entre ellos y el punto de la explosión, los hombres de la tripulación empezaron a contar los segundos. Cincuenta y un segundos después, a unos 550 m por encima de la ciudad y a sólo 200 metros del blanco, estalló la *Little Boy*.

Nubes púrpureas y hervor de llamas

Mientras el avión invertía su ruta, los tripulantes vieron una especie de relámpago y en seguida una doble oleada de choque alcanzó al aparato. En aquel momento se encontraban ya a 25 km de distancia; pero, de improviso, por debajo de ellos se formó una bola de fuego, cuya temperatura, en una imperceptible fracción de segundo, llegó al nivel de un millón de grados centígrados y que, transformándose en una masa de nubes purpúreas y de hervor de llamas, empezó a elevarse rápidamente hacia lo alto. Una turbulenta nube de denso humo blanco, ensanchándose en forma de hongo, se alzó velocísima hacia el cielo y alcanzó en unos pocos minutos una altura de 12.000 m. La tripulación del *Enola Gay* todavía podía verla cuando, ya de regreso a Tinian, se encontraba a una distancia de unos 600 km. Toda la ciudad, excepto la zona portuaria, situada en los suburbios, permanecía bajo una oscura capa de polvo gris de 5 km de anchura, en la que se entreveían llamaradas de color rojo y naranja.

Sin embargo, no se produjo ningún ruido apreciable, e incluso los que se encontraban en la ciudad informaron después de manera muy distinta sobre el ruido que percibieron. El doctor Hachiya, del hospital del departamento de comunicaciones de Hiroshima, recordó un gran relámpago de luz, y su colega el doctor Tabuchi un relámpago blanco de intensidad cegadora. Los que sobrevivieron en el interior de la ciudad describieron luego la explosión con el término *Pika* (relámpago). En cambio, los que se encontraban fuera la calificaron de *Pikadon* (relámpago-detonación); y, en efecto, en cuanto al ruido producido parece existir mayor acuerdo entre los que se encontraban a muchos kilómetros de distancia que entre los que se encontraban en la misma Hiroshima. Un oficial del Ejército que en aquel momento subía al tren en Iwakuni oyó un profundo *don* y, volviéndose en dirección a Hiroshima, vio una inmensa nube de humo; un pescador que se hallaba a bordo de su *sampan*, en el mar Interior, a unas 20 millas de Hiroshima, afirmó que vio el relámpago y oyó una terrible explosión.

En aquellos momentos moría Hiroshima. En unos pocos segundos, las radiaciones térmicas procedentes de la esfera de fuego en el centro de la ciudad volatilizaron a millares de personas. Otras que se encontraban a cierta distancia del epicentro resultaron espantosamente quemadas, e inmediatamente después, ráfagas de viento de la violencia de un tifón arrancaron los vestidos y la piel de los cuerpos de aquellos infelices que gritaban y se contorsionaban en los espasmos de la agonía. La oleada de choque, que duró casi un segundo, arrasó establecimientos, oficinas y casas, sepultando bajo los escombros a miles de personas. En la estación de Hiroshima, a unos 2 km de distancia, los trenes volcaron y los tranvías eran lanzados al aire con su macabra carga de cadáveres carbonizados. Si se exceptúan uno o dos edificios de cemento armado, que quedaron en pie, todo el núcleo comercial y residencial de la ciudad fue literalmente aniquilado en un instante. Árboles y hierba ardieron como paja, los incendios se propagaron con extraordinaria rapidez, atizados por un viento violentísimo que barría la ciudad de un extremo a otro.

Como todas las ciudades japonesas, también Hiroshima tenía un sistema de alarma aérea: una sirena de preaviso señalaba los aviones enemigos que llegaban y una sirena de alarma verdadera indicaba cuándo la ciudad misma estaba amenazada. A las 7,31 horas del 6 de agosto había funcionado la sirena de preaviso, cuando se avistó al *Straight Flush*, el aparato de los cálculos meteorológicos. Luego, cuando 22 minutos después el avión invirtió su ruta alejándose hacia el mar, en la ciudad resonó el «fin de la alarma». Muy pocos se preocuparon cuando se avistaron otros dos aparatos, e incluso algunos se alegraron viendo que debajo de uno de ellos se abrían paracaídas. Evidentemente, pensaron, los tripulantes se veían obligados a abandonar el avión. Casi todos se encontraban ya trabajando en los despachos o se dirigían hacia los establecimientos de los suburbios industriales. Los hombres inútiles para el servicio militar y los estudiantes movilizados trabajaban en la defensa pasiva. Ésta es la razón de que el cálculo del probable número de víctimas –20.000– realizado por J. R. Oppenheimer basándose en la hipótesis de que la bomba se lanzaría sobre una ciudad cuya población se hallaría en los refugios, resultó muy inferior a la realidad.

Hombres volatilizados, despedazados, carbonizados

Innumerables fueron las maneras en que murieron los habitantes de Hiroshima. Los que se encontraban cerca del epicentro quedaron volatilizados o completamente consumidos por el calor en menos de un instante. Todo lo que quedó de ellos, si en el momento de la explosión se encontraban de pie junto a un muro de cemento, fue la huella de su sombra en él. Todo el centro de Hiroshima, en un radio de unos dos kilómetros, se transformó en un horno mortal. Luego se desintegró, y lo que había sido una ciudad de 250.000 habitantes quedó reducido a una nube de polvo, constituida por millones y millones de esquirlas, pedazos de madera, cristal, metal y carne, lanzada hacia el exterior y hacia lo alto por una tremenda fuerza. A más de 3 km, la explosión quemó la piel de las personas y carbonizó los postes de telégrafo. A unos 400 metros del epicentro, la mica de las losas funerarias de granito –cuyo punto de fusión es de 900° C– quedó disuelta. Y también se fundieron tejas de arcilla gris (punto de fusión, 1300° C) a una distancia de 600 m. Luego se calculó que el calor provocado por la explosión en el punto cero, inmediatamente debajo del epicentro, alcanzó 6000 grados. Y la fuerza de la ola de choque llegó a una presión de 10 toneladas por m^2.

Pero la bomba reservaba todavía otras muertes. Millares de los que sobrevivieron en el primer momento quedaron bombardeados por neutrones y rayos gamma, y casi todos los supervivientes en el radio de 800 m del epicentro murieron después por efecto de las radiaciones.

El general de división Shuitsu Matsumura se encontraba en Hiroshima hacía exactamente un mes, con el cargo de jefe de Estado Mayor, y para él fue un agradable cambio el dejar la capital, casi reducida a cenizas, para pasar a la séptima ciudad del Japón, todavía casi intacta y donde era posible vivir con alguna comodidad. La mañana del 6 de agosto, después de haber bebido su habitual té, el general Matsumura tuvo de pronto la sensación de ver un relámpago cegador, seguido por un sonido semejante al de un inmenso soplo. Se sintió lanzado a través del techo y, un instante después, con la sensación de flotar en el aire, se encontró encima de un árbol de loto chino. Vio una cegadora e incandescente esfera de fuego y luego se encontró tendido en el suelo del jardín, perdiendo sangre por innumerables heridas en todas partes del cuerpo y con la ropa reducida a jirones. A su alrededor se derrumbó la casa. Su primer pensamiento fue que había estallado una bomba en el árbol de loto, y luego, mientras un resplandor rojizo brillaba por encima del edificio, tuvo miedo de quemarse y se cubrió la cabeza con las manos. Lo extraño fue que no advirtió ninguna sensación de calor. Habiendo visto un



HIROSHIMA, NAGASAKI, TOKIO: LAS VÍCTIMAS

A menudo se ha insistido en que la incursión con bombas incendiarias desencadenada sobre Tokio la noche del 9 al 10 de marzo de 1945 causó más víctimas que la bomba atómica; pero hay que tener en cuenta que comparar el número total de las víctimas no es el mejor método para demostrar la eficacia de la bomba nuclear. Si las cifras (más o menos redondeadas) se examinan en relación con la densidad de población por km² destruido, se obtiene un cuadro completamente distinto: en efecto, el número de víctimas por km² en Hiroshima fue cuatro veces mayor que el de Tokio. Las cifras originales proporcionadas por los japoneses para Nagasaki se basaban tan sólo en casos seguros, y la indagación sobre el bombardeo estratégico llevado a cabo por los norteamericanos las juzgó demasiado bajas. Por otra parte, poco después, los mismos japoneses empezaron a aumentar tales cifras. La oficina de la prefectura de Nagasaki difundió más tarde las cifras de 87.000 sólo para los muertos, y una publicación local, titulada *Hiroshima hoy* (1953) declaró que el número total de víctimas en aquella ciudad ascendió a 260.000. Esta cifra es más baja que la de 306.545, publicada en "Eclipse del sol naciente", de Toshikazu Kase, donde se pone de relieve que el primer recuento de víctimas efectuado en Hiroshima no tuvo en cuenta los militares, y entre éstos las bajas tuvieron que ser bastante numerosas, puesto que se calcula que el número de soldados presentes en la ciudad era casi la mitad de la población local.
Sobre este aspecto de la cuestión, los historiadores de las Fuerzas Aéreas norteamericanas juzgaron que los muertos o desaparecidos pertenecientes a las Fuerzas Armadas fueron 6769 de un total de 24.158. A principios de 1968, la televisión japonesa dio para Hiroshima una cifra que oscilaba entre 240.000 y 270.000 muertos, incluyendo en ella a todos los que habían muerto en los siguientes cinco años por enfermedades provocadas por las radiaciones. Por otra parte, en la misma transmisión se indicaba que el número de habitantes que había en la ciudad en el momento de la explosión era de 400.000, mientras que los cálculos más corrientes da una cifra muy inferior. Más de 10 km² de Hiroshima quedaron totalmente arrasados.
En un radio de 3 km del epicentro, resultaron destruidos 10.000 edificios por la expansión del aire y 50.000 por el fuego. En Nagasaki fueron destruidos unos 5 km², una superficie menor de la destruida, como promedio, en las incursiones incendiarias sobre Japón (casi 8 km²). Pero la bomba de Hiroshima cayó sobre una zona comercial y administrativa; y en Nagasaki la "Fat Man" alcanzó una zona bastante más industrializada, destruyendo de ella casi el 70 %.

HERIDOS
MUERTOS
70.000
80.000
130.000
80.000
HIROSHIMA
HERIDOS
MUERTOS
20.000
35.000*
50.000
60.000
NAGASAKI
Cifras del comité contraincendios japonés en un informe de 1960
Cifras de la comisión de investigación americana en un informe de 1953
* Más de 5000 desaparecidos

(History of the Second World War)



Estas cifras las ha proporcionado la comisión norteamericana para la energía nuclear en *The Effects of Nuclear Weapons*.

hueco sobre su cabeza, llegó hasta él trepando por los montones de maderas y de tejas despedazadas, y logró salir a la calle.

A su alrededor se derrumbaban las casas, y la gente, con el cuerpo cubierto de sangre, intentaba ponerse a salvo arrastrándose fuera de los escombros. Su primer pensamiento fue que los soldados acudieran en ayuda de la población y, sin preocuparse por sus heridas, se dirigió al castillo. Desgraciadamente, todavía no conocía bien la ciudad y perdió en seguida la orientación. Después de haber vagado de un lado para otro, se encontró ante los restos llameantes de la estación de radio; ante la entrada, en estado de *shock*, yacían dos hombres, uno de los cuales perdía sangre por una enorme herida en el muslo.

Un locutor salió corriendo del edificio y Matsumura le preguntó: «¿Conoce bien Hiroshima?» «Nací aquí», fue la respuesta. «Lléveme al mando militar del distrito», le pidió Matsumura; pero tampoco el hombre lograba orientarse en medio de las ruinas, de manera que para saber dónde se hallaban tuvieron que trepar por los montones de escombros de las casas hundidas. Por todas partes el espectáculo era el mismo: automóviles volcados y en llamas, caballos que se retorcían en los espasmos de la muerte, personas que gritaban en su agonía o estaban inmóviles, aturdidas por el *shock* y por la pérdida de sangre. Cuando al fin llegaron al ángulo de la plaza de armas occidental, ante ellos se presentó una escena espantosa: por todas partes se alzaban altas lenguas de fuego, la residencia del comandante ardía, así como todos los cuarteles. De los cinco pisos del castillo no había ni rastro.

Pero la escena horrible era la que se presenciaba en el centro de la plaza. Las tropas acababan de salir para efectuar los habituales ejercicios gimnásticos, y la expansión del aire había arrojado por tierra a los hombres con mortal violencia. Los que se habían arremangado o se habían quitado la camisa estaban cubiertos de horribles ampollas. De los refugios antiaéreos llegaban los gemidos de los heridos. Matsumura continuó a lo largo del foso, hacia el portón del castillo, mientras algunos soldados supervivientes salían gritando de los cuarteles, con las manos y los antebrazos quemados, levantándolos para aliviar el insoportable ardor. Cuando logró reunir algunos hombres, Matsumura se dirigió al parque de Asano Sentei. Guiándose por las vías del tranvía continuaron su camino en medio de una riada de personas desnudas o semidesnudas, con los cuerpos enrojecidos por las quemaduras o heridos por la onda de aire.

El grupo avanzaba entre las casas en ruinas. La residencia del gobernador estaba próxima a la de Matsumura. Atrapado bajo una viga e imposibilitado de moverse, el gobernador gritaba a su mujer que le amputase las piernas. Mientras se aproximaban las llamas le dijo: «Estoy destrozado, aléjate de aquí lo más pronto posible».

En el momento de la explosión, el general Fujii, del mando del distrito, después de haberse vestido de uniforme estaba a punto de salir de casa llevando en la mano su espada. Esta, chamuscada, se encontró luego al lado de sus restos carbonizados, juntamente con la prótesis de oro del general. El palafrenero que le esperaba junto al pórtico quedó calcinado en un instante, y la misma suerte corrió el caballo que mantenía por las riendas.

Una extraña lluvia viscosa

Una vez llegado junto al río, exhausto por el cansancio y por el *shock* e incapaz de continuar, Matsumura se sentó en medio de un grupo de heridos. Toda la parte anterior de su cuerpo se había cubierto de una capa de sangre seca, y él se la quitó como si se tratase de una hoja de celofán. Por todas partes había soldados heridos. Pero todavía quedaban hombres que no habían perdido la cabeza: un sargento, con la espalda reducida a una gran llaga, sacó del portafolios un cuaderno y comenzó a anotar escrupulosamente los mensajes.

Luego el fuego comenzó a extenderse, y pronto el refugio de Matsumura quedó cubierto por una densa nube de humo negruzco. El «altar de Nigitsu» empezaba a arder. Las corrientes de convección provocadas por el intenso calor se transformaron en un viento impetuoso que propagó aún más el fuego a lo largo de las orillas; pero los heridos estaban demasiado exhaustos para intentar huir. Matsumura se dirigió hacia un puente. En cierto momento, mientras recobraba aliento apoyado en una pilastra, empezó a caer la lluvia –una extraña lluvia viscosa que devolvía a tierra todo el polvo que las corrientes ascensionales habían elevado del suelo– y el agua de la marea que aumentaba le llegó hasta la cintura.

Entonces pensó que quizá fuera posible ponerse en contacto con otras unidades en las prefecturas

Hiroshima, 6 de agosto de 1945: poco después de las 8,16 horas, la bomba nuclear lanzada a la vista por el «Enola Gay» estalló sobre la ciudad a una altura de 550 m del suelo. *(Central Press)*

de Yamaguchi o de Shimane; podría ser que en el puerto de Ujina la unidad *Akatsuki* hubiera salido indemne del desastre. Decidió, pues, volver a subir la pendiente de Ushita para ponerse en contacto con el teniente general Yamamoto, comandante del depósito de material de Artillería; pero cuando llegó a casa de Yamamoto, Matsumura cayó al fin sin fuerzas en el pórtico. Luego perdió la sensación del tiempo, y sólo logró darse cuenta vagamente de que alguien le estaba preparando arroz y que éste parecía lleno de arena. Yamamoto descendió después por la pendiente volvió con algunas enfermeras y un oficial médico de Marina, que acababa de llegar a Hiroshima desde la base de Kure. A la luz de una vela extrajeron de treinta y seis puntos del cuerpo de Matsumura otras tantas esquirlas de vidrio y le saturaron una profunda herida en el cuello, usando como desinfectante cloruro de mercurio. Era todo lo que tenían.

Más tarde, Matsumura supo que no era el único superviviente de su Estado Mayor: el teniente coronel Kigi había quedado en pie al comienzo de una escalera y sólo había sufrido heridas leves. En cambio su mujer, la hermana y los dos niños habían sido reducidos a cenizas. Por una extraña y trágica ironía, los vestidos de los niños habían quedado intactos, y Kigi daba vueltas en torno a los restos carbonizados del puesto de mando apretando convulsivamente entre las manos aquellas únicas cosas que le recordaban que había tenido hijos.

Más tarde llegaron las tropas de Ujina. Era preciso limpiar las calles de los escombros y volverlas a abrir, y se tenían que extraer innumerables cadáveres. Con el calor del verano el hedor se había hecho insoportable, y fue necesario proceder a una cremación en masa; pero como se temía que las fogatas pudieran ser avistadas y aprovechadas por los bombarderos enemigos, las operaciones de cremación se limitaron a las horas diurnas. En Kure, apenas se enteraron del mensaje por radio de Truman, que ponía fin a todos los rumores que circularon respecto del tipo de bomba arrojada sobre Hiroshima, las autoridades sanitarias del Ejército empezaron a someter a minuciosos exámenes la sangre de las víctimas. El 10 de agosto llegó de Tokio el grupo «observación bomba atómica», y mediante exactas triangulaciones aseguró que el epicentro de la explosión estuvo a unos 1000 m de la casa de Matsumura. Los expertos calcularon que la explosión debía haberse producido a una altura de unos 500 m y que en el suelo la temperatura había llegado a los 5000 grados.

Rostros torturados, licuefactos

El parque de Asano Sentei, donde Matsumura había buscado refugio, fue escenario de horribles episodios. En su libro *Hiroshima*, John Hersey refiere que el padre Kleinsorge, misionero jesuita alemán, gravemente herido, acudió en ayuda de un soldado que no podía moverse y suplicaba agua. Cuando se acercó a él, el padre Kleinsorge vio que el hombre no estaba solo. Al otro lado de un seto yacían otros soldados, con la cara completamente quemada y las órbitas vacías: los ojos, licuefactos, se habían deslizado por las mejillas. Sus bocas estaban reducidas a agujeros purulentos. Uno de los bateleros que transportaban heridos a través del río se detuvo para ayudar a subir a la embarcación a una muchacha. Mientras la izaba a bordo, se dio cuenta de que la nariz y los ojos habían desaparecido y las orejas parecían haberse licuado. Luego, aquel ser casi ya privado de aspecto humano, cayó al agua para ser arrastrado con millares de otros cuerpos.

El episodio quizá más extraño de aquella jornada, episodio que revela el espíritu que dominó en el Japón durante la guerra, es el narrado por el doctor Hachiya en su *Diario de Hiroshima*. En un local de las oficinas de comunicaciones se guardaba un retrato del emperador, y aquel día, el señor Yasuda, empleado a quien se había confiado la misión de cuidar del cuadro en caso de emergencia, se encaminaba al trabajo cuando cayó la bomba sobre la ciudad. Su primer pensamiento fue la suerte del retrato, y dejando a su espalda los restos del tranvía se encaminó a pie por las calles en llamas, en medio de cadáveres y de oscuras nubes de polvo ardiente. Llegó al cuarto piso del edificio y forzó la puerta de hierro tras la cual se conservaba el cuadro. Los colegas de Yasuda opinaron que el lugar más seguro para el retrato del soberano era el castillo y así, con cuatro de ellos (uno delante, otro detrás y otros a cada lado), Yasuda se echó el cuadro a la espalda y se dirigió hacia el castillo. Pero un centinela le advirtió que el fuego se estaba difundiendo por todas partes, y entonces los cinco hombres decidieron encaminarse hacia el parque de Asano Sentei.

Mientras el pequeño cortejo se abría camino a través de muertos y heridos, se oyó de repente el grito: «¡El retrato del emperador!», y todos los que todavía estaban en condiciones de ponerse en pie, por terribles que pudieran ser las heridas que cubrían sus cuerpos, se apresuraron a saludar o a inclinarse profundamente. Los que estaban heridos demasiado gravemente para poder levantarse unían sus manos, rogando. Cuando los cinco hombres llegaron al río, la multitud les abrió paso y el cuadro se confió al señor Ushio, anciano funcionario del departamento de comunicaciones, quien lo depositó en una embarcación. Mientras la embarcación se alejaba de la orilla, un oficial desenvainó la espada y lanzó una orden; los soldados, quemados y sangrantes que yacían en las dos orillas, se pusieron en posición de firmes y saludaron. Apenas Ushio llegó a la orilla opuesta con su preciada carga, toda la orilla del río que acababa de dejar atrás se transformó en un remolino de llamas. Incluso los grandes pinos del parque ardieron y millares de personas intentaron huir de las llamas arrojándose a las aguas del río, por las cuales fueron arrastradas en seguida. Pero el retrato del emperador se había puesto a salvo.

La verdad se abre paso rápidamente

En medio de la confusión, había en el Japón quien tenía ideas precisas sobre lo que había ocurrido. Ya en febrero de 1944, el físico nuclear Yoshio Nishina, ex alumno de Niels Bohr y que en 1937 construyó el primer ciclotrón del Japón, había sido presentado al primer ministro Tojo por el jefe del Segundo Bureau (Servicio de Información), general Seizo Arisue. Nishina propuso entonces la construcción de una bomba basada en el principio de la fisión nuclear; pero Tojo rechazó la propuesta: el Japón no disponía de medios suficientes para montar las instalaciones industriales que ello requeriría. Arisue recordó la proposición de Nishina cuando, el 7 de agosto, se le ordenó que se trasladase a Hiroshima para descubrir lo ocurrido, y entonces pidió a aquél que le acompañase. De la base naval de Kure, Arisue había recibido un mensaje que hablaba de una nueva arma de potencia destructora sin precedentes y ya al día siguiente sus aparatos recogieron las palabras «bomba atómica».

Como en el momento de despegar de Tachikawa, en los suburbios de Tokio, resonó la alarma aérea, Arisue dijo a Nishina que le siguiera más tarde. A las 18 sobrevolaba la ciudad devastada a una cota de 1300 m. La visión de ciudades bombardeadas no era ciertamente una experiencia



Una víctima de Hiroshima con la espalda horrorosamente desfigurada por numerosísimas y extensas formaciones cancerosas provocadas por las radiaciones nucleares. (Keystone)



Los efectos de la bomba nuclear sobre la población de Hiroshima fueron desastrosos: en pocos segundos, las radiaciones térmicas, procedentes de la esfera de fuego que flotaba sobre la ciudad, volatilizaron a millares de personas, mientras otras que se encontraban a cierta distancia del epicentro resultaron con graves quemaduras. Al efecto térmico le siguieron violentas ráfagas de viento. Muchos de los que sobrevivieron a la ola de choque fueron luego alcanzados por neutrones y rayos gamma, y todos los que se encontraban en el radio de 800 m del epicentro murieron más tarde por efecto de las radiaciones.

Barra de uranio

Detonador

Espoleta de proximidad

Dispositivo detonador

Estabilizador cuadrangular

Barra de plutonio

Corona de 64 detonadores

Espoleta de proximidad

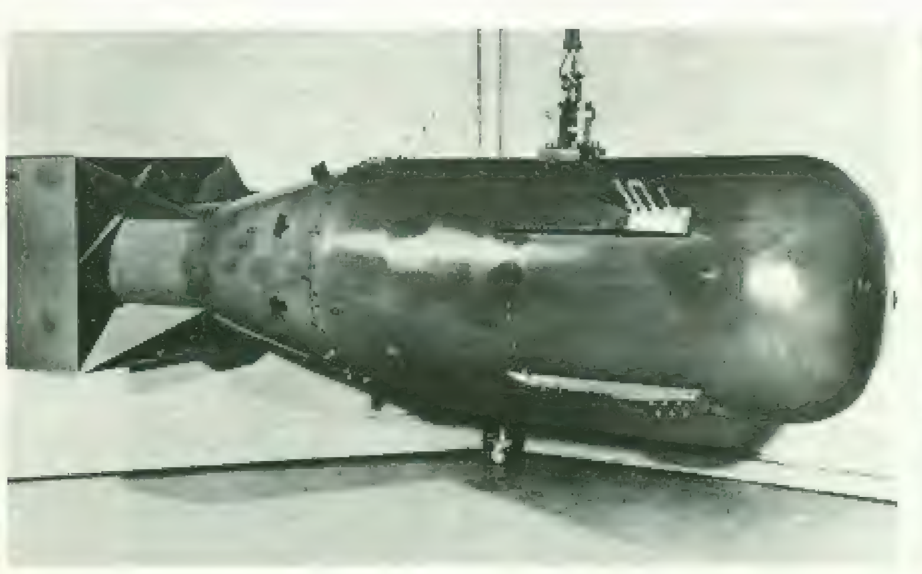
Dispositivo detonador

Estabilizador cuadrangular

Arriba: la bomba «Little Boy» (muchachito) lanzada sobre Hiroshima. Tenía un diámetro de 71 cm y una longitud de 3 m; pesaba alrededor de 4100 kg y tenía un cebo de percusión, constituido por una masa subcrítica de uranio 235, que era proyectada contra otra de forma cóncava, a fin de crear una masa hipercrítica que provocaba la explosión. *(Peter Warrington)*

Sobre estas líneas: la bomba «Fat Man» (gordinflón), lanzada sobre Nagasaki. Este tipo de bomba se basaba en el método de la «implosión»: una corona de 64 detonadores proyectaba simultáneamente sendos segmentos de plutonio para lograr una masa hipercrítica. Pesaba 4500 kg, medía 3,25 metros de longitud y poseía un poder destructor de unas 20.000 toneladas de alto explosivo, equivalente al del «Little Boy». *(Peter Warrington)*

Bomba de uranio «Little Boy»



Bomba de plutonio «Fat Man»



nueva para Arisue; pero aquel desierto calcinado, del que tan sólo emergían unas pocas ruinas ennegrecidas, no daba la menor señal de vida. Su avión aterrizó en una pista cerca del puerto, distante unos 4 km del epicentro de la explosión, y al saltar a tierra notó que la hierba estaba doblada hacia el mar, como si sobre ella hubiera pasado una gigantesca plancha. Un oficial, espada en mano, acudió al encuentro del avión. El lado derecho de su cara era perfectamente normal, pero el izquierdo había quedado reducido a una espantosa llaga. En una lancha, Arisue llegó a la sede del departamento de transportes del Ejército de Ujina, donde le recibió el general Baba. No había electricidad ni agua, y los oficiales trabajaban a la luz de velas en un pequeño patio. El general Baba comenzó a narrar lo ocurrido a Arisue, y luego estalló en lágrimas. Aquella mañana había visto a su hija salir de casa para ir a la escuela, y pocos minutos después encontró su cuerpo tumbado en la calle, lacerado por las esquirlas de vidrio. El hecho de que él mismo estuviera en condiciones tan lastimosas no le había impedido hacer algunas observaciones: todos los que en el momento de la explosión se encontraban en edificios de cemento armado o en profundos refugios habían sobrevivido, y los que se hallaban al abrigo de cualquier pantalla o llevando vestidos blancos habían sufrido quemaduras menos graves que los demás.

Al día siguiente, 8 de agosto, Arisue realizó un recorrido por las ruinas de la ciudad. Por todas partes se veían cadáveres de hombres y de animales, que, después de dos días de calor estival, ya estaban en fase de descomposición. Por la tarde llegó Nishina con su grupo de científicos y en seguida declaró que se trataba de los efectos de una bomba de uranio. Arisue organizó una reunión con los representantes de las diferentes Armas para el día siguiente; pero después de haber sido informado de la declaración de guerra por parte de la URSS volvió a Tokio.

La segunda bomba

Dos norteamericanos –el almirante Purnell y el general Groves– estaban convencidos de que una rápida «doble dosis» de ataque atómico pondría fin a la guerra; por otra parte, algunos de los científicos de Los Álamos, que habían trabajado en otro tipo de bomba basado en el plutonio deseaban saber si su ingenio también funcionaría. Para el lanzamiento de esta segunda bomba se fijó la fecha del 11 de agosto; pero como los meteorólogos auguraron mal tiempo por entonces se hizo necesario anticipar la fecha. De los otros tres objetivos que quedaban en la lista, Kokura, Nagasaki y Niigata, esta última se descartó por estar demasiado lejos. Kokura, que actualmente forma parte del complejo industrial conocido como Kitakyushu, era entonces un gran arsenal, que se extendía sobre una superficie de más de 800.000 m².

Nagasaki era un centro de gran importancia en la construcción y reparación de buques, así como una base militar.

Mientras la bomba de Hiroshima era del tipo «de cañón», basada en el principio de iniciar una reacción en cadena en una masa de uranio 235, la segunda bomba *(Fat Man)* se basaba en el método de la implosión: 64 pedazos de plutonio suspendidos de sendos detonadores dispuestos en círculo se unían para crear una masa hipercrítica. Pero ni siquiera se podía pensar en montarla en pleno vuelo: así como todo había marchado bien en el viaje de Tibbets, pareció que el del comandante Sweeney estaba bajo el signo de una estrella adversa. Ya antes del despegue se descubrió que su avión, el *Bockscar*, tenía una bomba del carburante defectuosa, de manera que el departamento de bombas no podría bombear a los motores sus 3600 litros de carburante.

El bombardero y los aviones de observación realizaron el vuelo por separado, y uno de estos últimos (que llevaba a bordo dos observadores británicos que, en el último minuto, habían sido autorizados por Washington para tomar parte en el vuelo) faltó a la cita sobre la isla de Yaku. Sweeney esperó por lo menos 15 minutos, después de los cuales se dirigió hacia el objetivo principal, Kokura. Pero allí se hizo evidente que no se podría realizar el lanzamiento a la vista: en perjuicio de su ya exigua reserva de carburante, Sweeney descendió tres veces sobre la ciudad, pero el apuntador no logró encontrar ningún hueco en la capa de nubes. Y esta circunstancia determinó la condena de Nagasaki.

Puestos en ruta hacia el objetivo secundario, los tripulantes del *Bockscar* calcularon el carburante que les quedaba: sólo disponían del suficiente para un vuelo sobre el objetivo, y luego no podrían volver a Tinian, sino que deberían tomar tierra en Okinawa. El comandante Ashworth, oficial de operaciones de la 509.ª División aérea y experto de la Marina para armas atómicas, en su condición de responsable del arma que el avión de Sweeney transportaba, decidió contravenir la orden de Washington según la cual sólo podía efectuarse el lanzamiento a la vista. Le dijo, pues, a Sweeney que se valiese del radar, incluso aunque Nagasaki estuviese cubierta de nubes. Y así estaba en efecto. Cuando el *B-29* llegó sobre la ciudad la cobertura de nubes era de 8/10, y casi todas las operaciones preliminares al lanzamiento se tuvieron que efectuar con el auxilio del radar. En el último momento el apuntador descubrió un pequeño claro y escogió como punto de referencia un hipódromo, y entonces, desde una cota de 8800 m, dejó caer la bomba. Eran las 10,58, hora local.

El segundo holocausto

En muchos aspectos, Nagasaki era distinta de otras ciudades japonesas, ya que tenía una larga tradición de contactos con Occidente. Fundada en el siglo XVI por un soberano local *daimyo*, que se había convertido al cristianismo, y donada luego por él a la Compañía de Jesús, Nagasaki era un puerto al que antaño buques españoles y portugueses habían transportado comerciantes y misioneros. La población de Nagasaki, todavía en gran parte católica, se concentraba, sobre todo, alrededor del distrito industrial y residencial de Urakami. Al fallar su blanco, la *Fat Man* cayó justamente sobre Urakami.

Como en Hiroshima, también en Nagasaki funcionó la sirena de preaviso en el momento de avistar el avión de Sweeney, esto es, a las 7,45; cinco minutos después sonó la alarma. Pero los habitantes de Nagasaki habían acabado por prestar poca atención al sonido de la sirena. Cuando a las 10,53 horas, después del nuevo avistamiento del *Bockscar*, la señal de preaviso resonó por segunda vez, fueron muy pocos los que se molestaron en llegar a los refugios más próximos. Pese a ello, las víctimas del fuego fueron menos numerosas que en Hiroshima, ya que la existencia de amplias áreas recubiertas de agua impidió que los incendios se extendieran con tan mortífera rapidez. El fenómeno del huracán de fuego, que había aterrorizado a Hiroshima, tampoco se produjo en Nagasaki.

En cambio, la bomba de plutonio demostró ser más eficaz que la *Little Boy* y la expansión del aire fue más violenta. Como la zona alcanzada se extendía en el fondo de una pequeña vaguada, los daños más graves se registraron en una área de forma aproximadamente oval, de 3,5 km de longitud y 3 de anchura. En el interior del óvalo, casi todos los edificios quedaron destruidos o inhabitables, y se causaron daños de menor importancia hasta 5 km del punto cero. Se debe hacer observar también que en Nagasaki no se produjo aquella total desorganización de los servicios de asistencia médica, que en Hiroshima tanto contribuyeron a que aumentara el número de víctimas. Por una casualidad verdaderamente fortuita, el servicio ferroviario no quedó interrumpido. Pero las tragedias individuales fueron en todo análogas a las ocurridas en Hiroshima.

Una anciana, llamada Matsu Moriuchi, se encontraba en el refugio antiaéreo de la escuela elemental Yamazato cuando cayó la bomba. Mucha gente que había buscado abrigo en el refugio resultó muerta y la misma suerte corrieron los que se encontraban en las inmediaciones. Asomándose para echar una ojeada, la anciana vio alrededor de la entrada del refugio gran número de personas semidesnudas, tumbadas en el suelo: sus



El aparato *B-29*, denominado «Enola Gay», que, partiendo del aeródromo de Tinian, efectuó una de las más precisas y mortíferas incursiones de la guerra al lanzar, desde 10.000 m de altura, la bomba que causó la destrucción de Hiroshima. *(US Air Force)*

cuerpos se habían hinchado de un modo monstruoso y la piel se les caía a jirones. No estaban muertos, y gemían lastimosamente pidiendo agua. Otra mujer, Sadako Moriyama, que se encontraba en el mismo refugio, se quedó petrificada de terror cuando vio entrar, arrastrándose a través de la entrada, a dos terribles monstruos jadeantes que tenían todo el aspecto de gigantescas lagartijas. Pero aún mayor fue su espanto cuando la luz le reveló que aquellos dos monstruos eran seres humanos: las grandes quemaduras les habían arrancado literalmente la piel, poniendo al desnudo la carne viva, y los cuerpos se habían fracturado en aquellos puntos en que, al ser elevados como pajas por la expansión del aire, habían chocado violentamente contra algún muro.

En un patético montón, cercano a una zanja de arena fuera del refugio, yacían cuatro niños que hasta unos minutos antes habían jugado cazando libélulas; ahora estaban allí, desnudos y quemados, con la piel que pendía de las puntas de los dedos como un guante vuelto al revés. En la pendiente de Koba, que distaba unos 5,5 km del punto de la explosión, Fujie Urata vio un relámpago de luz, al principio roja y luego azul, de una intensidad tal que los ojos no podían soportarla; pero ella estaba separada del punto de la explosión por una colina y no advirtió, por lo tanto, ninguna expansión de aire ni se vio expuesta a ninguna radiación.

Mientras observaba la gran nube de humo negro que ascendía hacia el cielo, empezaron a pasar por su lado los heridos procedentes de Urakami: niños con la cara negra e hinchada, obreros de la fábrica de material de artillería *Mitsubishi*, completamente desnudos, llorando por el *shock* sufrido, con la cara, el cuello y las manos sangrantes y recubiertos de ampollas y la piel cayéndoseles a jirones. Dirigiéndose hacia Urakami, Matsu Moriuchi vio, en medio de un campo de calabazas, una cabeza de mujer, en la que destacaba un diente de oro que brillaba en su boca desgarrada y con unos orificios negros y chamuscados en el lugar de los ojos. A un kilómetro y medio de Urakami, su hermana Tatsue encontró otra mujer que yacía en medio de la calle con dos niños; con la cara reducida a una enorme ampolla y los cabellos quemados hasta las raíces, suplicaba a los transeúntes que se llevaran a los niños, ya moribundos.

Desde las cimas de los montes se percibía el hospital de San Francisco, presa de las llamas, y en las alturas alrededor de Urakami no había una sola hoja, pues la expansión del aire había despojado los árboles hasta el tronco. Unas treinta monjas del orfanato de Urakami, a quienes la explosión sorprendió trabajando los campos de la granja, yacían, una al lado de otra, bajo algunas rocas y rezaban el rosario. El calor había cubierto de enormes quemaduras todo su cuerpo, y la expansión del aire les había arrancado los vestidos y la piel.

Algunos «doblemente supervivientes»

En los hospitales se repitieron las mismas escenas de Hiroshima: por todas partes muertos y heridos yacían en montones de carne quemada y lacerada, de sangre y de piel. Por una trágica coincidencia, cierto número de personas, supervivientes de la bomba de Hiroshima, se encontraban ahora en Nagasaki. Un editor de diarios, un arquitecto, un contable, un ingeniero, un obrero portuario y cuatro carpinteros fueron «doblemente supervivientes», y desde luego no fueron los únicos.

El relato más conmovedor es quizá el de Kenshi Hirata, el contable casado hacía tan sólo unas semanas y que había llevado a su mujer a Hiroshima diez días antes de que se abatiese la bomba sobre la ciudad. Durante toda la noche del 5 al 6 de agosto trabajó en su oficina y después de la explosión se había precipitado en busca de su mujer, a la que encontró muerta bajo los escombros de la casa destruida. Al trasladar tristemente las cenizas de su esposa a su ciudad natal, Nagasaki, llegó a ella cuando se produjo la segunda explosión atómica.

Apatía, desafío, desesperación y alegría

La gente de Hiroshima no reaccionó ante la catástrofe de una manera unánime y coherente. Pasados los primeros momentos de terror, los supervivientes se encaminaron hacia los suburbios y las colinas, con el espíritu desolado, incapaces de pensar, con la sola intención de alejarse de la ciudad destruida.

Luego, el impulso y el deseo de vivir volvió a prevalecer. Poco después comenzó a difundirse la voz de que también el Japón disponía de la bomba atómica, y que un grupo aéreo especial de la Marina, formado por bombarderos hexamotores, había atravesado inmediatamente el Pacífico para lanzar su carga de bombas atómicas sobre San Francisco y Los Ángeles. Al difundirse estos rumores, heridos y enfermos se alegraron, y en los hospitales los pacientes empezaron a reír, a cantar y a ofrecer plegarias por los pilotos que habían llevado a término aquel intrépido vuelo suicida.

Pero el 15 de agosto, los que en la estación de Hiroshima o en los locales del departamento de comunicaciones escucharon el mensaje imperial transmitido por la radio, tardaron mucho en comprender lo que estaba diciendo el emperador, y no todos se dieron cuenta en seguida de que simplemente estaba anunciando que la guerra había terminado. Muchos casi se desvanecieron por el *shock*, y el doctor Hachiya sintió gotas de sudor frío descender por su espina dorsal mientras las palabras *«Haisen da!»* («Hemos perdido la guerra») le zumbaban en los oídos. Presa de la desesperación, los restantes pacientes de su dormitorio lloraban. Luego, de repente, las lágrimas dieron paso a la rabia, incluso los que habían deseado la paz ahora gritaban que la guerra debía continuar, que era preferible morir por el Japón que vivir en la desventura. Al día siguiente, cuando llegó la noticia de que los aviones de una unidad de Aviación de base en Kure, distante 40 km, estaban lanzando manifiestos en los cuales se invitaba a los japoneses a no aceptar la rendición, algunos pacientes estallaron en gritos de alegría.

Pero, gradualmente, junto al apasionado rechazo de lo que parecía intolerable, empezaron a difundirse las enfermedades provocadas por las radiaciones, así como la desintegración moral. Nadie en Hiroshima conocía los síntomas ni el tratamiento que requerían las enfermedades causadas por las radiaciones ionizantes. En la sangre de todos los que se encontraron dentro de un radio de acción de 500 metros del epicentro de la explosión empezó a manifestarse una progresiva disminución del número de plaquetas, hecho que tenía como fatal secuela la muerte a consecuencia de graves hemorragias. Del segundo al decimoquinto día después de la explosión, muchos de estos supervivientes presentaron los primeros síntomas fatales: inapetencia, vómitos, manifestaciones hemorrágicas espontáneas y anormal disminución del número de glóbulos blancos. Incluso muchos de los que se habían encontrado a una distancia de 3000 m del punto se vieron afectados por diversas enfermedades y murieron.

Los historiadores norteamericanos atribuyen a las consecuencias de las radiaciones del 7 al 20 % de los casos de muerte; pero ponen de relieve que miles de los que fueron completamente volatizados por el calor o que murieron a causa de las gravísimas heridas, se hallaban tan cerca del punto de la explosión que, si no hubieran muerto por otras causas más directas, seguramente se los tendría que contar también entre las víctimas de los casos más graves de la radiación.

Asimismo, bastantes años después, ocurrieron numerosos casos de muerte de científicos y de médicos que dieron mucho que pensar a los japoneses. Tres personas habían acudido a Hiroshima y a Nagasaki para examinar los efectos secundarios debidos a las radiaciones» el físico nuclear Yoshio Nishina, el experto en los aspectos médicos de las radiaciones Masao Tzuzuki y el radiobiólogo Koichi Murachi. Nishina murió en 1951 de cáncer de hígado; Tzuzuki en 1960 de cáncer de pulmón y Murachi en 1961 de leucemia. Todos estos hombres habían manejado sustancias radiactivas durante muchos años en el curso de sus investigaciones; pero no cabía duda de que en las ciudades bombardeadas habían estado expuestos a dosis de radiaciones excepcionalmente elevadas, y aunque no se pudo establecer una relación segura entre causa y efecto en estos tres casos, a los ojos de los japoneses aparecieron no como una simple coincidencia, sino como una clara indicación de que los efectos de las radiaciones se hicieron sentir incluso después de muchos años.

Un irreparable daño espiritual

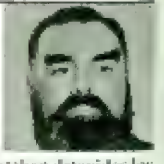
En el plano individual, a muchos les ocurrió que no sólo sufrieron penalidades sin cuento, sino que también sintieron la oscura sensación de haber abandonado a alguna persona querida justamente en el momento de máxima necesidad. Los sufrimientos producidos por la explosión y el estado de total desesperación que dejó como secuela pareció anular el valor de los hombres hasta el límite extremo –y a menudo más allá de dicho límite–, y con frecuencia los nervios más sólidos no pudieron resistir. Los que se quedaron en los refugios, retenidos por el temor de lo que les podría ocurrir si salían al aire libre para buscar a sus familiares, sintieron luego un remordimiento que nunca lograron borrar.

El doctor Nagai, autor de *Nosotros los de Nagasaki*, que durante días y tras la explosión trabajó sin un momento de descanso en el hospital, mientras su mujer, abandonada a sí misma, moría a consecuencia de las quemaduras sufridas, se acusó no sólo de su muerte sino también de haber abierto un insondable abismo entre sí mismo y las personas de su *tonarigumi* (vecindad). Afirmó que todos los supervivientes estaban en sus mismas condiciones: los que habían ignorado las peticiones de ayuda, los que no habían sabido permanecer en su sitio y cuidar de sus familiares moribundos, los que no habían cumplido su deber. Eran personas animadas tan sólo por el egoísmo.

Luego, el doctor Nagai se preguntaba si los que decidían el destino de las naciones y que parecían haber clasificado ya a la bomba atómica como un arma como las otras, se daban cuenta de lo que dicha bomba había causado no sólo en los cuerpos, sino también en los corazones y en las mentes de los que sobrevivieron. Los que tuvieron ocasión de ver los desolados suelos cubiertos de cenizas de Hiroshima o Nagasaki y posteriormente vieron surgir de aquel desierto nuevas ciudades llenas de vida, se habrán asombrado quizá frente a la capacidad de recuperación que las comunidades demuestran al reconstruir desde sus cimientos las ciudades aniquiladas.

Pero no vieron las incurables heridas espirituales abiertas en los corazones de los que no podían mirar a los ojos a sus vecinos o amigos porque, en último análisis, en el momento de máximo peligro los habían abandonado. Estas eran las víctimas de lo que él consideraba un irreparable naufragio espiritual.

LOUIS ALLEN



Nació en Yorkshire, en 1922, y estudió en la universidad de Manchester, Londres (escuela de estudios orientales), y en París. Prestó servicio como oficial, experto en lengua japonesa, en el Servicio de Información del Ejército indio, y se le citó en la orden del día. Después de la rendición vivió mucho tiempo en los campos en los que estaban detenidos los prisioneros de guerra japoneses, en Birmania, en Indochina, en Siam y en Malasia, interrogando a jefes y a oficiales nipones sobre la campaña birmana y escribiendo la historia de muchas unidades. Allen es cotraductor de un libro japonés sobre el fin de la guerra y sobre sus consecuencias en Birmania: *Prisionero de los ingleses* de Yuji Auda. En la actualidad enseña literatura francesa en la universidad de Durham

Siberia y Manchukuo, agosto-septiembre de 1945

RUSIA ATACA EN ORIENTE

PUNTO DE VISTA SOVIÉTICO

El breve pero sangriento encuentro sostenido por las fuerzas de la Unión Soviética contra las del Japón, en el último mes de la guerra, fue la postrera gran batalla terrestre del segundo conflicto mundial. Es, pues, justo que la contribución aportada por los autores soviéticos a esta historia concluya con un relato de aquella campaña.

Nicolaij Vasilievic Eronin, coronel



En el mes de agosto de 1945, en Extremo Oriente, las fuerzas soviéticas llevaron a cabo una de las más brillantes campañas de la fase final de la segunda Guerra Mundial. Duró tan sólo 24 días, pero por su grandiosidad, dinamismo y resultado final, se puede situar entre las más extraordinarias de todo el conflicto. Se combatió en un frente de unos 5.000 km de longitud y abarcó un área de 1.500.000 km².

Después del aniquilamiento del poderío bélico hitleriano y de la rendición incondicional de Alemania, el Japón resistía todavía, impávido, ante los Aliados, aunque se encontraba ya política y militarmente aislado y su situación económica y estratégica era cada día más crítica. En el verano de 1945, después de tres años y medio de lucha, las fuerzas norteamericanas y británicas habían logrado destruir el grueso de la Flota japonesa y ya se encontraban sobre el mismo Japón, apretando a su alrededor un férreo bloqueo marítimo y aéreo. Pero los militaristas nipones ni siquiera tomaban en consideración la idea de rendirse: contaban todavía con la intacta y relativamente bien desarrollada industria bélica del Manchukuo y de Corea, así como con la posibilidad de lograr romper la coalición aliada.

En el citado verano de 1945, Japón disponía aún, y sólo en el Ejército, de 5.500.000 hombres, organizados en 173 divisiones y en unas 100 brigadas autónomas; y sabiendo que todavía podía contar con fuerzas tan considerables el Mando japonés creía que estaba efectivamente en condiciones de oponer una prolongada resistencia a los norteamericanos, e incluso al Ejército ruso si la URSS entraba en la guerra.





Arriba: el general Yamada, comandante en jefe del Ejército del Kuan-tung, acude al puesto de mando soviético para negociar la rendición. A pesar de que el 14 de agosto de 1945 el Gobierno nipón había anunciado la rendición sin condiciones, las tropas del citado general Yamada siguieron combatiendo hasta el día 17, cuando una orden escrita del emperador les obligó a deponer las armas. A la izquierda: altos oficiales nipones y soviéticos en el curso de las conversaciones para el cese de las hostilidades en el Manchukuo, que se acordó el 19 de agosto de 1945. Al lado, en la otra página: en primer plano, de izquierda a derecha: el mariscal Aleksandr Vasilevskij, comandante en jefe de las fuerzas soviéticas en Extremo Oriente, junto con los mariscales Malinovskij, comandante del frente Trans-Baikal, y Meretzkov, que dirigió las operaciones del primer frente de Extremo Oriente. (Novosti Press Agency) (Imperial War Museum)

Al iniciarse la campaña con Rusia, los japoneses disponían de 40 divisiones de infantería y de 7 de caballería, así como de 23 brigadas de infantería, 2 de caballería y 2 acorazadas desplegadas en el Manchukuo, en Corea, en la parte meridional de la isla de Sajalín y en las Kuriles. En Sajalín se encontraba una división de infantería, mientras dos divisiones de infantería y una brigada guarnecían las islas Kuriles. Pero el grueso de las fuerzas niponas se hallaba desplegado en el Manchukuo y en Corea: se trataba del Ejército del Kuan-tung y de sus aliados, los Ejércitos del Manchukuo y de la Mongolia interior. El Ejército del Kuan-tung comprendía cuatro Grupos de Ejércitos (I, III, V y XVII), constituidos por dos Ejércitos cada uno, el 4.º Ejército autónomo y dos Escuadras aéreas; en total sumaban 31 divisiones de infantería, 9 brigadas de infantería y 2 acorazadas, con un total de 1.040.000 hombres, 1155 carros de combate, 5.360 piezas de artillería de campaña, 1.800 aviones y las 25 unidades de guerra de la flotilla fluvial Sungari.

Los Ejércitos del Manchukuo y de la Mongolia interior comprendían 13 divisiones de infantería o de caballería y 14 brigadas, con un total de 280.000 hombres, 900 piezas de artillería y morteros y 100 aviones. Además, en todas las direcciones principales, las fuerzas japonesas en el Manchukuo estaban protegidas por diecisiete zonas fortificadas, que consistían en 4.500 instalaciones permanentes de hormigón armado.

El plan elaborado por el STAVKA para poner fuera de combate al Ejército del Kuan-tung preveía dos ofensivas principales simultáneas: una desde la República Popular de Mongolia (Mongolia exterior) y la otra desde la faja litoral; la operación iría acompañada de una serie de ataque colaterales. Todas las fuerzas atacantes deberían converger hacia el centro del Manchukuo, a fin de cercar con la mayor rapidez al grueso del Ejército del Kuan-tung, interrumpir al mismo tiempo sus vías de comunicación con el Japón y con las fuerzas niponas desplegadas en China septentrional y, finalmente, desplazarlo en numerosos núcleos que serían aniquilados sucesivamente.

De acuerdo con este plan y teniendo presente la enorme distancia a la que se hallaría aquella zona de operaciones, así como sus características naturales y el carácter, el sistema defensivo y el despliegue de las fuerzas enemigas en cada una de las direcciones, el STAVKA constituyó un mando en jefe de las fuerzas soviéticas en Extremo Oriente (confiado al mariscal A. M. Vasilevskij) y tres frentes: el frente Trans-Baikal, el primer frente de Extremo Oriente y el segundo frente de Extremo Oriente.

Participarían también la Escuadra del Pacífico y la flotilla fluvial del Amur, así como el Ejército revolucionario popular mongol, que dependería del frente Trans-Baikal. La coordinación de las actividades de la Escuadra del Pacífico y de la flotilla del Amur con las operaciones de las fuerzas de tierra se confió al comandante en jefe de la Marina de Guerra, almirante N. G. Kuznetzov, mientras las fuerzas aéreas serían dirigidas por el comandante en jefe de la Aviación, teniente general del Aire A. A. Novikov. Por último, en Extremo Oriente se constituyó, a las órdenes del adjunto del intendente general, coronel gene-

ral V. U. Vinogradov, un grupo operativo de intendencia del Ejército ruso.

Para asegurar el éxito de la inminente campaña, se trasladaron importantes fuerzas a Extremo Oriente desde las regiones occidentales y centrales de la Unión Soviética; esto permitió la virtual duplicación de los efectivos desplegados en aquella zona y la constitución, antes del comienzo de las operaciones, de poderosos grupos de asalto en las principales direcciones. Se transfirieron también a Extremo Oriente los mandos de los que habían sido el segundo frente ucraniano y el frente de Carelia, los Ejércitos 1 y 39 de Prusia oriental, el 6.º Ejército Acorazado Guardia y el Ejército 53 de Checoslovaquia, además de gran número de otras unidades menores de las regiones occidentales y centrales de la URSS. El traslado y el equipamiento de fuerzas tan considerables en un período de tiempo relativamente breve, y cubriendo distancias de 9.000 a 11.000 km, constituyó una de las empresas más difíciles y costosas, pues para llevarla a cabo fue preciso resolver los enormes problemas logísticos que planteaba la necesidad de transportar toda la masa de tropas, equipos y abastecimientos a lo largo del ferrocarril transiberiano.

Y sin embargo, la operación se realizó con tal eficacia que permitió a todos los frentes iniciar sus respectivas operaciones exactamente en la fecha prevista.

Así, al comenzar la guerra con el Japón, la Unión Soviética había concentrado en Extremo Oriente once Ejércitos mixtos, un Ejército acorazado y tres Escuadras aéreas. Teniendo en cuenta también las unidades auxiliares, Rusia disponía en aquel teatro de operaciones de 76 divisiones soviéticas y 4 mongolas, 4 Cuerpos de Ejército acorazados o mecanizados, 5 brigadas de infantería y 24 brigadas acorazadas o mecanizadas autónomas: en conjunto, 1.500.000 hombres (un tercio de los cuales destinados a los servicios de abastecimientos), más de 26.000 piezas de artillería y morteros, más de 5.500 carros de combate y cañones autopropulsados y 3.900 aviones de combate.

A través del desierto de Gobi

Al frente Trans-Baikal del mariscal R. J. Malinovskij se le asignó la misión de lanzar un rápido ataque a través del desierto de Gobi y de la cadena montañosa del Gran Khingan, adelantándose a los japoneses mediante la rápida conquista de los pasos de dicha cadena, para desembocar finalmente en el Manchukuo central. El primer frente de Extremo Oriente (mariscal K. A. Meretzkov) debía desencadenar la ofensiva principal en dirección a Mu-tan-chiang y avanzar luego hacia Hsin-king (Chang-chun) y Mukden (Shenyang) para realizar la conjunción con el frente Trans-Baikal. Mientras tanto, el segundo frente de Extremo Oriente (general M. A. Purkajev) atacaría a lo largo del río Sungari y de la línea Tsitsihar-Harbin, a fin de mantener empeñadas a las fuerzas japonesas en el valle del Amur.

Así las cosas, el día 8 de agosto, de acuerdo con las obligaciones contraídas con los Aliados y animada por el deseo de derrotar al segundo responsable de la Guerra Mundial, la URSS declaró la guerra al Japón, imitada en seguida (el 10 de agosto) por la República Popular de Mongolia. Las fuerzas atacantes soviéticas y mongolas iniciaron las operaciones ofensivas el 9 de agosto. Las tropas del frente Trans-Baikal atravesaron el árido desierto y la cadena montañosa del Gran Khingan, derrotaron a las fuerzas niponas en Kalgan, So-lun y Hailar (Hu-lun) y entre el 18 y el 19 de agosto llegaron a los centros industriales y administrativos más importantes del Manchukuo. El día 20, el grueso del 6.º Ejército Acorazado Guardia, perteneciente al grupo de asalto, entró en Hsin-king y en Mukden, y avanzó luego por la península de Liao-tung hacia las ciudades de Antung, Dairen (Dal'nij) y Port Arthur. Los grupos de caballería y unidades mecanizadas de las fuerzas soviéticas y mongolas llegaron a Kalgan y Cheng-te el 18 de agosto, aislando del Ejército de Kuang-tung a ingentes fuerzas niponas que estaban de guarnición en China septentrional, y entraron en contacto con elementos avanzados del 8.º Ejército de liberación popular chino (una unidad comunista).

Convencidos ya de lo absurdo que sería cualquier intento posterior de resistencia, el 19 de agosto los japoneses empezaron a deponer las armas casi en todas partes. En los días que siguieron, fuerzas aerotransportadas soviéticas tomaron tierra en numerosas ciudades del Manchukuo central, en Corea y en la parte meridional de la isla de Sajalín, para capturar y desarmar más rápidamente a las fuerzas japonesas, impidiéndoles que llevaran a cabo destrucciones ruinosas. A finales de agosto, los japoneses estaban completamente desarmados y las fuerzas soviéticas habían llegado a la península de Liao-tung; mientras tanto, en Corea, las tropas rusas alcanzaban el paralelo 38.

Después de la derrota del Ejército del Kuantung, Japón se encontró con que ya no disponía de medios para seguir combatiendo. Y el 2 de septiembre el Gobierno nipón se vio forzado a firmar la declaración de rendición incondicional. Así concluyó, después de casi seis años, la segunda Guerra Mundial.



N. V. ERONIN, CORONEL

Nació en 1921. Ingresó en el Ejército ruso en 1939 y tomó parte en las operaciones del frente europeo y en la campaña de Extremo Oriente. Historiador militar y periodista, ha escrito numerosas obras de historia militar, entre las cuales cabe citar *La «Canne» de Iasi-Kisinev* (Moscú, 1964), *Budapest-Viena-Praga* (Moscú, 1965) y *Final* (Moscú, 1966). Asimismo se han publicado muchos artículos suyos en la prensa soviética.

RUSIA ATACA EN ORIENTE

PUNTO DE VISTA ALIADO

En agosto de 1945 el Ejército ruso ya estaba dispuesto para la última empresa de la segunda Guerra Mundial: la campaña en Extremo Oriente, destinada a eliminar el dominio japonés en el Manchukuo y, según confiaba Stalin, a resarcirse también de la vergüenza sufrida por los rusos en 1905, cuando el Japón había arrebatado al zar la base naval de Port Arthur. Por primera vez los soldados rusos tenían que enfrentarse con el Ejército japonés del Kuan-tung y, aunque la campaña terminó rápidamente con la rendición del Japón, el Ejército soviético se vio obligado a preparar nuevos procedimientos tácticos para vencer las defensas niponas. Y fueron justamente estos procedimientos, forjados en la atmósfera de tensión de aquella última campaña, los que constituyeron para el Ejército ruso una de las más importantes enseñanzas de todo el conflicto.

Malcolm Mackintosh



En pleno desarrollo de la segunda Guerra Mundial el imperio japonés había lanzado sus Ejércitos y su Flota contra las fuerzas de Gran Bretaña y de Norteamérica, conquistando rápidamente Malasia, Birmania, Indias holandesas, Nueva Guinea, Filipinas y los archipiélagos del Pacífico meridional. En el curso de estas ofensivas, así como durante la posterior retirada bajo la presión de las contraofensivas americana y británica, más de un millón de soldados nipones no habían podido tomar parte en la guerra por hallarse desplegados en el Manchukuo y en Corea, guarneciendo las dos zonas que constituían la base principal para las operaciones japonesas en China y para vigilar al mismo tiempo la larga frontera con la Unión Soviética.

En 1943, cuando los Aliados obligaron a los japoneses a adoptar una actitud defensiva, empezaron a considerar la posibilidad de una entrada en guerra de la Unión Soviética contra el Japón apenas terminaran en Europa las operaciones militares contra Alemania.

En el otoño del citado año, Rusia y Estados Unidos realizaron algunos sondeos de exploración para estudiar la posibilidad de una entrada en la guerra de la primera en Extremo Oriente, y apenas se llegó a un acuerdo en líneas generales Stalin inició los preparativos secretos que debían transformarse en un plan para la invasión del Manchukuo. El secreto era esencial, ya que en 1941 y en 1942 el Alto Mando soviético había retirado de sus regiones orientales casi todas las tropas para enviarlas al frente europeo.

Los Ejércitos soviéticos en Extremo Oriente estaban organizados en dos Grupos de Ejércitos o frentes, el frente Trans-Baikal y el de Extremo Oriente, y en 1943 comprendían poco más de 19 divisiones de infantería, 2 divisiones acorazadas, 2 divisiones de caballería, 10-12 brigadas de infantería y 8 brigadas acorazadas, los dos Ejércitos podían contar con el apoyo de 1.000-1.500 aviones. Tanto por parte soviética como por parte nipona, las tropas y los oficiales de los altos mandos de Extremo Oriente tenían poca experiencia.

Pero en el período que transcurrió desde la conferencia de Teherán y el fin de la guerra en Europa, en mayo de 1945, el Alto Mando soviético reorganizó sus dos frentes en Extremo Oriente, completó su equipo y amontonó considerables reservas de municiones, carburantes y víveres: todo ello en el mayor secreto, ya que un ataque japonés preventivo, o que simplemente se anticipase al soviético, podría desbaratar por completo los planes aliados. En mayo de 1945 Stalin incrementó sus fuerzas orientales hasta 47 divisiones de infantería, acorazadas y de caballería (con un total de medio millón de hombres) y dividió en tres los dos frentes anteriores: el frente Trans-Baikal, que tenía su base en la ciudad de Cita; el segundo frente de Extremo Oriente, con base en Chabarovsk, y el primer frente de Extremo Oriente, con base en Vladivostok. No obstante los rusos estaban convencidos de que necesitarían un margen de superioridad numérica aún mayor, y en cuanto terminaron los combates en Europa decidieron trasladar a Oriente cuatro de sus Ejércitos más experimentados, utilizando para ello el ferrocarril transiberiano. Dos de estos Ejércitos, el 5 y el 39, abandonaron la zona de Königsberg, en Prusia oriental, para ser enviados a sectores donde quizá fuera necesario vencer la resistencia de fortificaciones japonesas muy fuertes; los otros dos Ejércitos, el 6.º Acorazado Guardia y el 53, procedían del segundo frente ucraniano, mandado por el mariscal Malinovskij.

A partir del mes de abril de 1945, estas expertas unidades dejaron Europa y emprendieron el largo viaje a través de Rusia y de Siberia.

Planes en Moscú

Mientras se realizaba este masivo traslado de 27 divisiones de infantería y de 12 brigadas acorazadas desde Europa a Extremo Oriente, en el STAVKA, en Moscú, se trabajaba en la preparación de los planes de operaciones. La parte culminante de la campaña consistiría en un avance en tenaza en el Manchukuo, desde el Noroeste y desde el Este, cuyo objeto sería partir en dos el país: aprovechando la ventaja de la posición geográfica del Manchukuo, los estrategas esperaban aislar el grueso del Ejército del Kuan-tung de Japón y de Corea, así como a las fuerzas de expedición japonesas en China. Se lanzarían también ataques secundarios y diversivos a lo largo del Amur, contra las fuerzas niponas que guarnecían la parte meridional de la isla de Sajalin y las Kuriles, frente a la costa siberiana, y, finalmente, a través del desierto de Gobi, en dirección a Pekín. Asimismo, la Escuadra del Pacífico realizaría desembarcos en la costa coreana.

Para llevar a cabo este plan, el STAVKA desplegó los expertos Ejércitos procedentes de Europa a lo largo de la dirección septentrional que iba de Oeste a Este: en el frente Trans-Baikal se concentraron cinco Ejércitos, comprendido uno acorazado. Estos Ejércitos debían avanzar a través de los montes del Gran Khingan a fin de que llegasen a la línea Mukden-Hsin-king para poder girar luego hacia el Sur, en dirección a Port Arthur y el mar; en el trayecto enlazarían con las tropas del primer frente de Extremo Oriente, que avanzarían en la dirección oriental. Otras 30 divisiones se desplegaron a lo largo de los sectores secundarios, 11 en los ríos Amur, Argun y Ussuri, y otras en la isla de Sajalin, en la península de Kamchatka y en la Mongolia sudoriental.

Para mandar y controlar estas 80 divisiones soviéticas y mongolas, dispersas a lo largo de un inmenso frente, el STAVKA decidió constituir un Alto Mando autónomo en Extremo Oriente, confiándolo al mariscal Aleksandr Vasilevskij, que hasta febrero de 1945 había ocupado el cargo de jefe de Estado Mayor General soviético. Como jefe de Estado Mayor de Vasilevskij figuraba el general S. P. Ivanov, y su representante político de mayor graduación era el general I. V. Scikin. Para coordinar los servicios de transporte y la afluencia de abastecimientos se constituyó un mando especial de la retaguardia.

Con gran disgusto de los altos oficiales de los Ejércitos que ya se encontraban en Extremo Oriente, Stalin decretó que en todos los sectores principales los comandantes de Ejército y de Cuerpo de Ejército fueran generales expertos procedentes de Europa. Para mandar los dos frentes principales se eligió al mariscal Rodion Malinovskij (frente Trans-Baikal) y al mariscal Kiril Meretzkov (primer frente de Extremo Oriente). El ex comandante para el sector de Extremo Oriente, general Maksim Purkajev, quedó al mando del segundo frente de Extremo Oriente, con la misión de llevar a cabo las operaciones previstas para los sectores secundarios de los ríos Amur y Ussuri y de las islas. En el extremo occidental del frente, el general caucasiano de caballería Issa Plijev asumió el mando del grupo mecanizado y de caballería que comprendía fuerzas soviéticas y mongolas.

Elaborando los planes para sus respectivos avances en el Manchukuo central, los dos grupos principales de ataque soviéticos se dispusieron a hacer frente a problemas muy distintos. Ahora, el mariscal Malinovskij, comandante enérgico y minucioso, debía dar prueba de su audacia y de su espíritu de iniciativa, ya que a lo largo de su frente Trans-Baikal los japoneses confiaban, para contener a eventuales invasores, en las rocosas alturas de la cadena del Gran Khingan. Asimismo habían concentrado el grueso de las fuerzas siempre dispuestas para contraatacar, dejando en la vertiente soviética de las montañas tan sólo algunas ciudades guarnecidas. Pero a las 42 Brigadas acorazadas soviéticas los japoneses sólo podían oponer dos, y además ninguna de las divisiones y de las brigadas niponas disponía de artillería pesada, cañones modernos, contracarros o cohetes.

El mariscal Malinovskij propuso, con la aprobación del STAVKA, un plan que preveía un rapidísimo avance de sus unidades acorazadas hasta los pasos montañosos; confiando en la sorpresa y en la rapidez, sus carros de combate deberían superar las crestas, reorganizarse en la vertiente oriental de las montañas y lanzarse luego a la llanura central, abriendo amplios huecos en las principales concentraciones de fuerzas japonesas. Mientras tanto, la infantería cercaría las ciudades guarnecidas, siguiendo las fuerzas acorazadas al otro lado de los montes del Gran Khingan hasta la llanura, y los carros de combate ligeros y la

Una larga columna de prisioneros japoneses sale de la ciudad de Dunhua para dirigirse a la retaguardia. Según los datos proporcionados por los soviéticos, las bajas niponas en el curso de las operaciones en el Manchukuo sumaron 83.737 muertos y 594.000 prisioneros. *(Novosti Press Agency)*

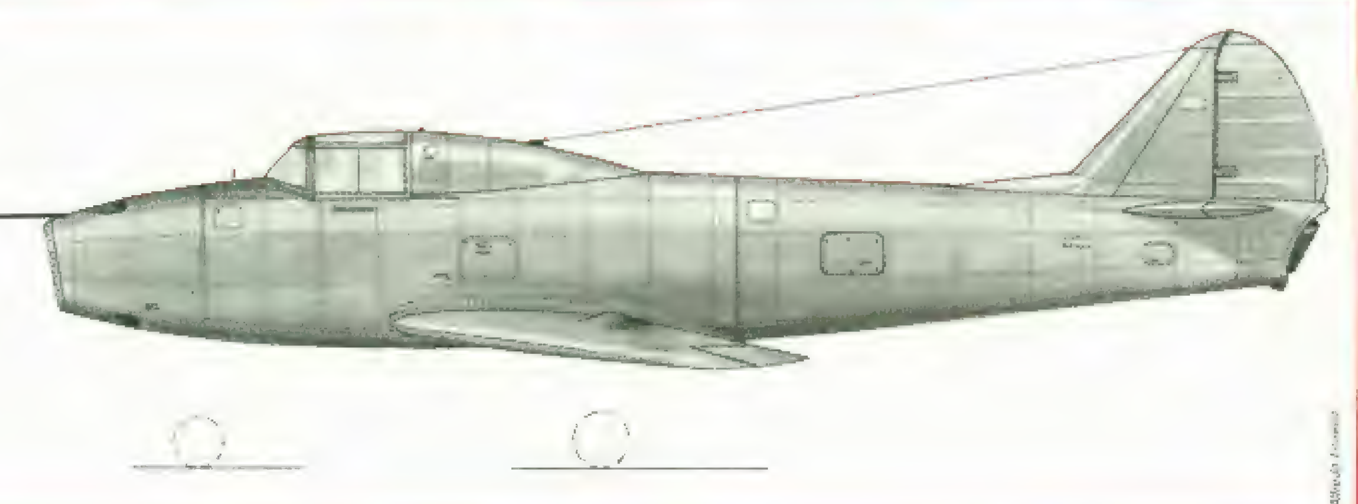


LOS PRIMEROS AVIONES A REACCIÓN ALEMANES Y ALIADOS

Junkers "Ju-287"
El dibujo que reproducimos representa el banco de pruebas aerodinámico para el bombardero pesado *Ju-287*. Este aparato, cuyo prototipo lo completaron y experimentaron los rusos, había de tener las siguientes características: **Velocidad máxima:** 830 km/h. **Autonomía:** 2200 km. **Armamento:** dos ametralladoras teledirigidas de 13 mm en posición caudal y 4000 kg de bombas.

Gloster Meteor 1
Único avión a reacción aliado que participó en el conflicto. **Envergadura:** 13,10 m. **Longitud:** 12,57 m. **Velocidad:** 620 km/h. **Autonomía:** 1950 km. **Armamento:** cuatro ametralladoras de 20 mm.

Reggiane "Re-2007"
Monomotor monoplaza de interceptación con alas estancas en flecha. Proyectado en los últimos meses de 1943, presentaba soluciones tan avanzadas que puede considerársele como el mejor proyecto de avión de caza a reacción del periodo bélico. Al final del conflicto, el prototipo, al que le faltaba el motor y todos los diseños se enviaron a América y a Gran Bretaña con fines de estudio. **Velocidad máxima:** 1050 km/h. **Autonomía:** 1500 km. **Armamento:** 4 ametralladoras *Mauser de* 20 mm.



En el último año de la guerra se dio un gran impulso a dos sectores especiales de la técnica aeronáutica: la propulsión a reacción y los cohetes. Las principales potencias habían conseguido notables progresos en estos campos, y si bien los alemanes iban en vanguardia, su situación militar era ya tan precaria que no estaban en condiciones de aprovecharse de la ventaja que ello significaba. Los Aliados, interesados sobre todo en producir una aplastante masa de aviones convencionales, estaban menos dispuestos que los alemanes a producir un avión revolucionario; sin embargo, en 1945, la aparición en el frente occidental de aviones a reacción alemanes les obligó a preocuparse de su desarrollo. En muchos aspectos sus conocimientos técnicos, aunque no su entusiasmo, eran más avanzados que los de los alemanes. Ofrecemos en estas páginas algunos de los aparatos a reacción producidos por los alemanes y por los Aliados y aunque de estos últimos sólo se empleó el "Gloster Meteor 1" (el "Shooting Star" únicamente entró en acción en Corea), representan el resultado de conocimientos y de técnicas adquiridos en el curso del segundo conflicto mundial.

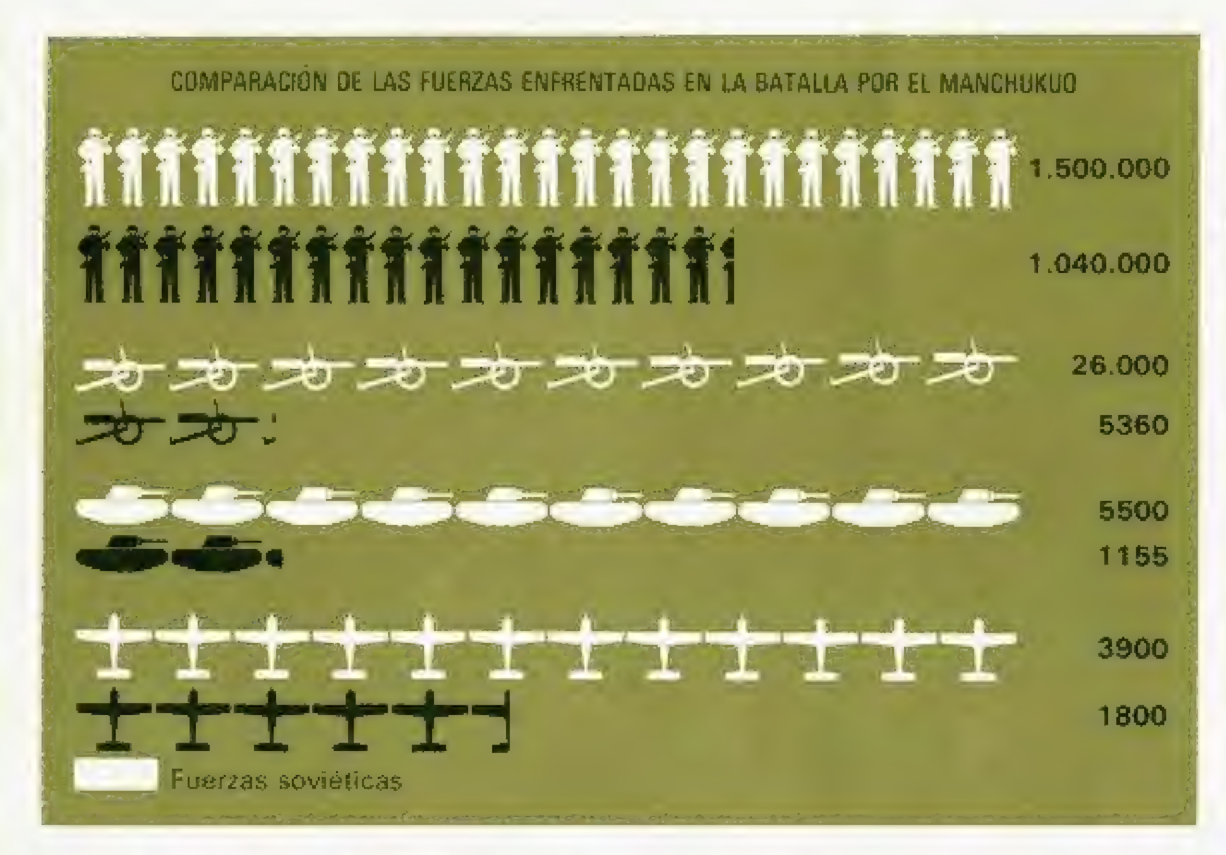


Berezniak Isaev "BI-1"
Avión-cohete de caza de propulsión líquida creado por los rusos. El motor-cohete, a dos líquidos de 500 kg, se manifestó pesado e inseguro. **Envergadura**: 7,20 m. **Longitud**: 7 m. **Autonomía**: unos 15 minutos de vuelo propulsado. **Velocidad máxima**: 620 km/h. **Armamento**: dos ametralladoras de 20 mm *ShVAK*.

De Havilland Vampire
El segundo caza a propulsión británico era del tipo de doble cola, con los timones situados fuera del flujo de los gases eyectados a fin de evitar la turbulencia. Fue el primer reactor que operó desde portaaviones. **Envergadura**: 12,19 m. **Longitud**: 9,37 m. **Velocidad máxima**: 855 km/h. **Autonomía**: 1175 km con depósitos auxiliares. **Armamento**: cuatro ametralladoras *Hispano* de 20 mm.

Lockheed P-80 A "Shooting Star"
El mejor reactor de caza derivado de las experiencias de la guerra. **Envergadura**: 11,88 m. **Longitud**: 10,51 m. **Velocidad máxima**: 898 km/h. **Autonomía**: 870 km; **autonomía máxima**: 2300 km. **Armamento**: 6 ametralladoras de 12,7 mm y 500 kg de bombas (o depósitos lanzables).

(John Batchelor)



En vista de las operaciones en el territorio del Manchukuo el STAVKA dispuso el traslado de ingentes fuerzas desde el frente occidental, las cuales, gracias a su superioridad en hombres y en medios así como a su dilatada experiencia bélica, adquirida en Occidente, aseguraron el rápido éxito del Ejército ruso. *(History of the Second World War)*

caballería de Plijev se lanzarían hacia el Sur, en dirección a Pekín. Los veteranos de Extremo Oriente, ahora relegados a puestos de vicecomandantes, afirmaban que semejante plan no podía tener éxito. Pero Vasilevskij se declaró de acuerdo con el comandante del frente y Malinovskij, en consecuencia, desplegó el 6.º Ejército Acorazado Guardia, a las órdenes del general A. G. Kravcenko, en el primer escalón, a lo largo del borde del saliente oriental de la Mongolia, que se extendía hasta las primeras pendientes montañosas de la larga cadena del Gran Khingan.

Dispuestos a saltar

En el extremo oriental de la dirección de avance, el mariscal Meretzkov tenía frente a sí una barrera de fortificaciones permanentes, cuya construcción se había iniciado veinte años antes y que ahora se extendía en una profundidad comprendida entre 13 y 25 km, por un terreno abrupto y rocoso que era un continuo sucederse de cráteres de volcanes extintos, valles profundos y zonas cubiertas por espesos bosques. En el ala derecha, el Ejército 85 divisaba el valle palúdico del río Ussuri, mientras en el Sur, en el ala izquierda, el Ejército 25 debía enfrentarse con las sólidas fortificaciones de la frontera entre Manchukuo y Corea, y especialmente con las zonas fortificadas de Dunnin. En vista de ello, Meretzkov decidió concentrar toda la fuerza de choque en un único Ejército –el 5, mandado por un veterano de Stalingrado, el general Nikolai Krilov–, apoyado por la derecha por el Ejército 1, y lanzar las 12 divisiones de Krilov directamente hacia el corazón del sistema defensivo japonés: la zona de Mu-tan-chiang, al noroeste de Vladivostok.

En una primera fase sólo se llevaría a cabo un ataque de infantería, sostenido por el fuego de la artillería pesada y por masivas incursiones aéreas; pero en un segundo tiempo entraría en liza un cuerpo mecanizado, mientras los Ejércitos contiguos lanzarían ataques simultáneos en la zona de Dunnin y contra las posiciones defensivas adversarias al oeste del lago Hanka. El frente del general Purkajev iniciaría su ofensiva atravesando los ríos Amur y Ussuri, y realizaría después una maniobra de tenaza avanzando por el Norte, hacia las ciudades de Harbin y Tsitsihar. A medida que se desarrollase la campaña, Purkajev también pondría en movimiento a las guarniciones de las islas, atacando a los japoneses en Sajalin y en las Kuriles.

A principios de agosto de 1945, los preparativos soviéticos para la campaña en Extremo Oriente estaba casi ultimados y el Gobierno de la URSS se disponía a entablar negociaciones con el Gobierno nacional chino, pues Stalin había declarado a los aliados occidentales que sólo después de haber concluido un tratado con Chiang Kai-shek la Unión Soviética podría entrar en la guerra. Las negociaciones tenían como objeto convencer a los chinos que aceptasen, después de la guerra, las reivindicaciones territoriales rusas en Extremo Oriente: Port Arthur en arriendo y la anexión de la parte meridional de la isla de Sajalin y de las Kuriles. Pero antes de que soviéticos y chinos llegasen a un acuerdo sobre dichos puntos se produjo, como se sabe, un acontecimiento de enorme importancia mundial que indujo a los rusos a revisar todo su plan: el 6 de agosto de 1945 Estados Unidos lanzaron sobre Hiroshima la primera bomba atómica. El efecto fue que los japoneses no tardaron en presentar una oferta de rendición a Estados Unidos y a Gran Bretaña, con tal de que se respetasen los derechos del emperador. Los Aliados rechazaron esta oferta, y el 9 de agosto se lanzó una segunda bomba atómica sobre Nagasaki. El día antes, después de apresuradas consultas con el Mando de Extremo Oriente, la Unión Soviética había declarado la guerra al Japón.

En seguida se concentró la atención en el frente Trans-Baikal, donde la unidad acorazada del mariscal Malinovskij esperaba la señal para lanzarse hacia los pasos de la cadena del Gran Khingan, y donde el grupo mecanizado de caballería Plijev estaba a punto de aventurarse en el desierto de Gobi. Según las previsiones, las fuerzas soviéticas no encontraron resistencia japonesa efectiva al oeste del Gran Khingan, y así el 10 de agosto, el 6.º Ejército Acorazado Guardia ya ascendía por las rocosas pendientes, hacia los pasos. En el Norte, el primer ataque soviético contra la ciudad fortificada de Hailar fracasó, y el comandante de Ejército, general Lucinski, decidió cercar la ciudad, mientras sus fuerzas móviles seguían su impulso hacia el más septentrional de los pasos del Gran Khingan, cuya cima alcanzaron el 11 de agosto.

En los pasos centrales y meridionales, la retaguardia japonesa observó, con indescriptible asombro, las interminables columnas de carros de combate que serpenteaban por las estrechas gargantas; pero no pudieron hacer otra cosa que destruir algunos carros de cabeza, bloquear temporalmente los pasos y retirarse hacia la llanura del Manchukuo central. Se trabaron combates aislados en la cresta de la cadena los días 11 y 12 de agosto; pero mientras tanto la gran columna acorazada había superado los pasos y se apresuraba a descender a la llanura.

Al 6.º Ejército Acorazado le siguieron, a través de las montañas, dos Ejércitos de infantería, el 39 y el 53, que por el camino eliminaron las restantes bolsas de resistencia japonesa; pero, en conjunto, la oposición era tan débil que, según fuentes oficiales soviéticas, dos regimientos del Ejército 39 ya empezaron a celebrar el fin de la guerra el 10 de agosto.

El plan japonés, según lo que nos es posible deducir, preveía un repliegue estratégico, protegido por acciones retardadoras en las montañas, hacia la llanura del Manchukuo central y la concentración del grueso de las fuerzas en la zona Hsin-king-Mukden-Harbin como medida preliminar para lanzar un masivo contraataque contra las fuerzas soviéticas procedentes del Oeste. Las órdenes imperiales, cursadas el 9 de agosto desde Tokio, afirmaban que la principal misión del Ejército era «defender el territorio nipón de Corea», lo que significaba el afrontamiento y la defensa de un «reducto» montañoso en la zona comprendida entre la frontera coreana y Hsin-king-Mukden.

Este plan se vino abajo no sólo por la rapidez con que los soviéticos rebasaron las montañas, sino también por las polémicas surgidas entre los comandantes de Ejército nipones: el general Ushiroku, comandante del Grupo de Ejércitos III y responsable del sector en el cual avanzaba el Ejército acorazado soviético, desobedeció las órdenes recibidas y se preparó para lanzar su Ejército 44 en una contraofensiva independiente, a fin de proteger la línea Mukden-Port Arthur. El general Yamada, comandante en jefe del Ejército del Kuan-tung, avaló al principio esta decisión, pero luego la anuló, con el resultado de que el Grupo de Ejércitos III se encontró en medio de un gravísimo estado de confusión que paralizó aún más sus actividades operativas.

Se envuelven las defensas

En el sector oriental, donde el primer frente de Extremo Oriente del mariscal Meretzkov había entrado en acción el 9 de agosto, los japoneses se proponían defender la línea de fortificaciones permanentes que, pasando por Mu-tan-chiang, se extendía desde Dunnin hasta el lago Hanka; pero si los rusos lograban hundir aquel sector, los nipones deberían retirarse al «reducto», entre las montañas de la frontera coreana. Como los japoneses contaban con buenas posiciones defensivas, el mariscal Meretzkov se encontró con una vigorosa resistencia. De momento pensó martillear las posiciones enemigas con su artillería pesada y lanzar luego ataques nocturnos con la infantería; pero la noche del 8 al 9 de agosto las condiciones atmosféricas empeoraron de improviso y fue imposible realizar el plan. En consecuencia, Meretzkov decidió renunciar a la preparación de artillería y lanzar a la infantería al ataque sin ningún apoyo, ordenando a sus hombres que avanzasen en grupos pequeños, rodeasen los reductos japoneses y concentrasen sus esfuerzos en interrumpir las líneas de comunicación y en destruir los puestos de mando tácticos del enemigo. Aumentando la fuerza de choque de 12 a 15 divisiones y lanzando contra las posiciones de Dunnin otras cuatro divisiones del Ejército 25, en cuarenta y ocho horas Meretzkov logró romper las dos primeras líneas defensivas adversarias, haciendo avanzar las vanguardias del Ejército 1 hasta la ciudad clave de Mulin, 40 km al este de la frontera soviética.

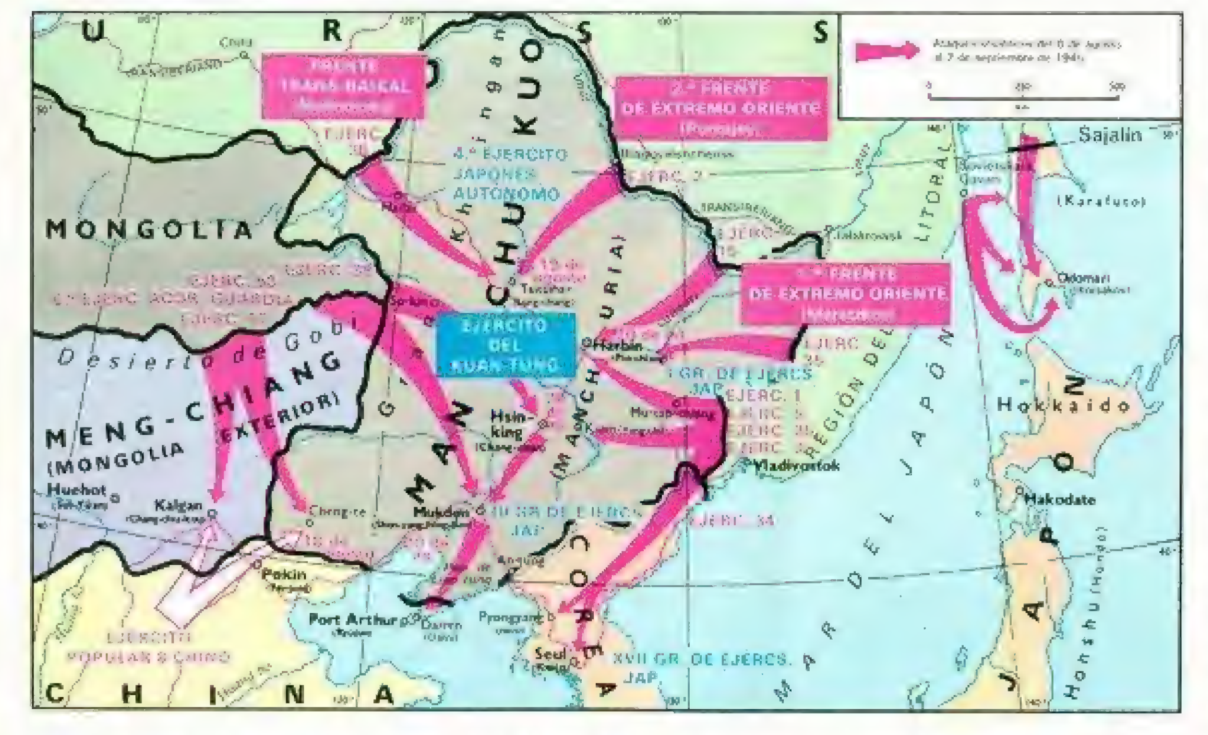
Allí, la resistencia japonesa fue muy dura y los rusos tuvieron que enfrentarse con ataques suicidas que tan bien conocían ingleses y americanos. Cuando los Ejércitos 5 y 1, apoyados por un Cuerpo de Ejército mecanizado, abrieron una brecha a lo largo del valle del río Mudan, el 11 de agosto, el comandante japonés del Grupo de Ejércitos I organizó una serie de contraataques masivos que obligaron a los rusos a detenerse ante la ciudad de Mu-tan-chiang para reorganizar su dispositivo de ataque y abrir una nueva dirección de avance hacia el Suroeste. Entonces el mariscal Meretzkov hizo acudir a primera línea otras reservas y fuerzas acorazadas, de modo que las fuerzas del primer frente de Extremo Oriente, rechazando a los japoneses por las carreteras que conducían a Harbin y Kirin (Yunchi), saltaron al otro lado de la zona fortificada. Llegados a este punto, el Cuerpo de Ejército mecanizado pudo lanzarse adelante con sus métodos propios de la guerra de movimiento, y gracias al activo apoyo de la aviación emprendió la persecución de los japoneses que huían hacia el Oeste. Al Sur, el grueso de las fuerzas del Ejército 25 arrolló las posiciones de Dunnin y se preparó para enviar una columna por la carretera costera de Vladivostok hacia el interior de la península coreana, donde, mientras tanto, fusileros de marina de la Flota del Pacífico habían desembarcado en los puertos de Seisin (Chongjin) y Rasin (Majin).

En el ínterin, por el Norte, el 10 y 11 de agosto también el segundo frente de Extremo Oriente había entrado en acción. Se trataba de tropas enroladas e instruidas en Extremo Oriente, sin ninguna experiencia de combate. Y, sin embargo, el día 10 de agosto los Ejércitos 2 y 15 empezaron a atravesar el río Amur entre Blogovescenk y Chavarovsk, logrando cercar las ciudades guarnecidas por los japoneses en la orilla meridional del río.

En Sajalin, una división soviética reforzada atravesó la frontera, adentrándose en la parte meridional de la isla, mientras en tierra firme se completaban los preparativos para un desembarco destinado a apoyar a las tropas que avanzaban hacia el sur de la isla. Lejos, en el Pacífico septentrional, en la península de Kamchatka, una división soviética se preparaba a su vez para desembarcar en Shumshu, la más septentrional de las islas Kuriles.

Esta era la situación general cuando, el 14 de agosto, el Gobierno japonés anunció la rendición incondicional a los Aliados y cursó a sus Ejércitos la orden de cesar el fuego. En el sector occidental, el grueso de las fuerzas del Ejército de Kuantung parecía estar a punto de entablar una batalla decisiva con el frente de Trans-Baikal, en la zona Hsin-king-Mukden; hasta aquel momento sólo dos divisiones y dos brigadas japonesas habían intentado oponer un dique al avance de las unidades de este frente. En el sector oriental, aunque su zona fortificada había sido ya arrollada, los nipones oponían aún al mariscal Meretzkov un sólido núcleo de unidades expertas y dispuestas a todo, y se preparaban para defender el «reducto» en las montañas al norte de la frontera coreana. La rendición del Gobierno japonés fue seguida por un período de gran confusión y de malentendidos en el Ejército del Kuan-tung. El mismo día 14 de agosto, el Estado Mayor del Grupo de Ejércitos III cursó a todas sus fuerzas la orden de cesar el fuego sin haber pedido previamente la autorización del Alto Mando del Ejército del Kuan-tung, el cual se apresuró a anular la orden. Al día siguiente, el general Yamada oyó por radio la proclama del emperador; sin embargo, decidió no tomar ninguna medida hasta que le llegase la confirmación escrita. El 16 de agosto, ignorando evidentemente la importancia de las fuerzas soviéticas que avanzaban contra ellos, los miembros del Estado Mayor del Ejército del Kuan-tung discutieron la noticia llegada de Tokio y, por mayoría, decidieron seguir combatiendo. Pero, al día siguiente, un miembro de la familia imperial japonesa entregó personalmente al general Yamada una orden, directamente cursada por el emperador, que exigía al comandante en jefe del Ejército del Kuan-tung que negociara la rendición. El general obedeció, y el 18 su jefe de Estado Mayor, general Hata, voló hasta el puesto de mando del mariscal Vasilevskij, donde al día siguiente firmó el acta de rendición.

Mientras tanto, las tropas soviéticas habían seguido avanzando, pues tenían la intención de ocupar la máxima extensión posible de territorio antes de que entrase en vigor el alto al fuego. A fin de acelerar la fase final de la campaña, Vasilevskij ordenó que se constituyeran unidades aerotransportadas especiales, que deberían desembarcar en las principales ciudades del Manchukuo (Mukden, Hsin-king, Harbin, Kirin y Port Arthur) para adueñarse de los aeropuertos y de los centros de comunicaciones de mayor importancia.



Las operaciones soviéticas contra las tropas niponas en el Manchukuo empezaron el 9 de agosto de 1945 con el avance del frente Trans-Baikal y del primer frente de Extremo Oriente. Al día siguiente, también el segundo frente entró en acción. Después de haber atravesado los pasos del Gran Khingan, las tropas del frente Trans-Baikal conquistaron So-lun, Kalgan y Hailar; el 6.º Ejército Acorazado Guardia llegó a Mukden el 20 de agosto y a Port Arthur el 22. El primer frente de Extremo Oriente conquistó Mu-tan-chiang, Kirin y Harbin, y el Ejército 25 avanzó hasta Corea. Mientras tanto una parte de las tropas del segundo frente de Extremo Oriente se empeñaba en la conquista de la isla de Sajalin, los Ejércitos 15 y 2, tras llevar a cabo un rápido avance, enlazaron en la ciudad de Tsitsihar con el frente Trans-Baikal y en Harbin con el primer frente de Extremo Oriente: el día 23 de agosto de 1945 terminaban todas las operaciones bélicas en el Manchukuo.

Retorno a Port Arthur

El 20 de agosto, la gran unidad acorazada del frente Trans-Baikal llegó a Mukden y la conquistó, prosiguiendo luego su marcha hacia Port Arthur, que cayó el 22. Mucho más al Oeste, después de haber cruzado el desierto de Gobi, el grupo mecanizado de caballería soviético y mongol del general Plijev desembocó al norte de Pekín. Otras unidades del frente Trans-Baikal llegaron al mar entre Pekín y Mukden.

El primer frente de Extremo Oriente alcanzó Kirin y Harbin y los rebasó sin encontrar casi resistencia, mientras el Ejército 25 hacía avanzar sus tropas (transportadas casi totalmente por ferrocarril) por Corea, ocupando el país según un acuerdo establecido anteriormente con Estados Unidos. Tropas del segundo frente de Extremo Oriente prosiguieron su avance hacia el Sur, desde el valle del río Amur: a la derecha, el Ejército 2 avanzó con tres divisiones desde Aigun a Tsitsihar; el Ejército 15 ascendió por el valle del río Sungari y, junto con las unidades de la flotilla fluvial del Amur, alcanzó Harbin desde el Norte, casi al mismo tiempo en que el Ejército 1 del primer frente, llegaba allí por el Este.

También la parte meridional de la isla de Sajalin y las islas Kuriles cayeron en manos del segundo frente de Extremo Oriente, pero sólo después de una batalla violentísima en Shumshu, donde los japoneses adoptaron las tácticas que tantas bajas habían infligido a los americanos en su avance de isla en isla en el Pacífico meridional.

Al fin, el 23 de agosto de 1945 Stalin cursó una orden del día que celebrada la victoria de las fuerzas soviéticas en Extremo Oriente, y esta fecha señaló el fin de las operaciones militares. Pero como la intención de la Unión Soviética era capturar todo el Ejército del Kuan-tung (y aprovechar luego el trabajo forzado de centenares de miles de hombres para realizar obras en las regiones orientales de la URSS), pasaron muchos meses antes que las fuerzas soviéticas acabaran de cercar, desarmar y transportar a tan ingente número de hombres. El resumen oficial soviético de la campaña habla de 83.737 japoneses muertos (la cifra oficial suministrada por los nipones es, por el contrario, de 21.000) y de 594.000 prisioneros, comprendidos 148 generales; las pérdidas soviéticas se cifraron en poco más de 8.000 muertos y 22.000 heridos.

Aunque entre el frente de Trans-Baikal y el grueso de las fuerzas del Ejército del Kuan-tung no se trabó ninguna batalla en gran escala, las enseñanzas que el Ejército ruso dedujo de la campaña en Extremo Oriente contribuyeron, de manera decisiva, a formar la estrategia y la doctrina militar posbélica de la Unión Soviética. A partir de 1945, el pensamiento militar soviético respecto de las operaciones terrestres ha hecho hincapié en los siguientes elementos: rapidez de avance, veloces movimientos a lo largo de las direcciones de ataque y menor preocupación por la protección de sus flancos, abastecimientos de carburante y de municiones por vía aérea y empleo de desembarcos aerotransportados destinados a preceder al grueso de las fuerzas terrestres.

En el curso de la campaña en el frente europeo, muy raramente el Ejército ruso había aplicado tácticas de este género; pero la campaña del Manchukuo demostró –si bien contra un enemigo ya casi inexistente– que las fuerzas soviéticas estaban en condiciones de preparar y realizar a la perfección operaciones de este tipo. En esta medida, y pese a la relativa falta de grandes batallas, la campaña desarrollada por los rusos en Extremo Oriente en agosto de 1945 merece una atenta consideración y un puesto destacado en la historia de la segunda Guerra Mundial.



LA RENDICION DEL JAPON

R. J. C. Butow

En Japón, los pacifistas ya no pudieron ejercer acción alguna desde el momento en que los extremistas militares subieron al poder; y, sin embargo, ya en 1942 muchos síntomas parecían indicar que la clase dirigente civil estaba seriamente preocupada por la debilidad del país. Luego, con el progresivo deterioro de la situación, se asistió a un aumento de la influencia de los pacifistas, hasta que incluso el mismo emperador se percató de que cualquier resistencia ulterior sólo conduciría a un desastre aún más grave. Pero ¿qué ocurriría después de la rendición? ¿La revolución comunista o la ocupación norteamericana? ¿Y cuál de las dos alternativas sería peor? Estos interrogantes torturaban a los japoneses que luchaban por la paz antes de que estallase la bomba atómica.

La mañana del 15 de agosto de 1945, Radio Tokio llamó la atención de su inmenso auditorio al anunciar solemnemente que, a mediodía, su Majestad imperial trasmitiría un mensaje. La excitación provocada por este anuncio era más intensa aún porque al pueblo japonés nunca se le había permitido escuchar la opinión de su emperador.

Durante el tiempo transcurrido desde el día del ataque a Pearl Harbor, el Ejército y la Marina imperiales habían salido muy malparados del duelo que se iniciara aquel domingo de diciembre. Desde los últimos meses de 1944, los *B-29* y otros aparatos de los más diversos tipos castigaban el territorio metropolitano del Japón. Pese a ello, no se había manifestado aún ninguna grieta visible en el compacto frente de la resistencia japonesa. Era, pues, natural que los millones de súbditos de Su Majestad esperasen que ahora se les exhortaría una vez más para redoblar sus esfuerzos a fin de sostener la «guerra santa» en la que el Japón estaba empeñado.

Apenas en Radio Tokio las manecillas del reloj señalaron el mediodía, los técnicos empezaron a hacer girar un disco secretamente grabado la tarde anterior en el palacio imperial. Todas las actividades se detuvieron mientras sobre el país caía un profundo silencio. El emperador hablaba: «Después de haber meditado profundamente sobre las tendencias generales del mundo y sobre las condiciones hoy existentes en nuestro imperio, hemos decidido resolver la presente situación recurriendo a una medida extraordinaria. Hemos ordenado a nuestro Gobierno que comunique a los Gobiernos de Estados Unidos, Gran Bretaña, China e Unión Soviética que nuestro imperio

acepta las cláusulas de su declaración conjunta».

La emoción del momento, el estilo barroco en que se formulaba el mensaje imperial y el hecho de que en muchas partes del país la recepción de la transmisión se veía algo disturbada, fueron otros tantos factores que contribuyeron a ofuscar el simple hecho de que el emperador estaba anunciando que el Gobierno japonés aceptaba el principio de Potsdam: un ultimátum con el cual las potencias aliadas habían exigido «la rendición incondicional de todas las Fuerzas Armadas niponas».

Su Majestad no había redactado de su puño y letra aquel mensaje: estaba simplemente leyendo lo que el Gobierno japonés puso en sus manos. Los redactores del mensaje se habían preocupado de no ofender a los militares, a los terroristas y a los fanáticos. *Derrota, rendición* y *capitulación* eran términos demasiado brutales y Su Majestad no debía emplearlos. Por el contrario, debía inducir al pueblo a pensar que el Japón se limitaba a no proseguir la guerra porque los factores estratégicos ya no le eran favorables.

Y había también otra razón: «El enemigo ha comenzado a utilizar un nuevo y terrible tipo de bomba cuya capacidad de infligir daños es incalculable, destruyendo así un gran número de vidas inocentes. Si continuásemos combatiendo, la lucha se resolvería no sólo con el derrumbamiento y la destrucción total de la nación, sino también con la completa extinción de la civilización humana».

Con esto se quería dar a entender que, con su acto, el Japón estaba salvando al resto del mundo. Se trataba de un movimiento hábil, pero ningún truco verbal evitaría a la clase dirigente el tener que admitir que el Japón había llegado al final de un callejón sin salida.

Todos los japoneses, declaró el emperador, debían «abstenerse rigurosamente de cualquier expresión de emoción incontrolada» que pudiera dar lugar a «inútiles complicaciones». No debían ser presa de «contiendas y luchas fratricidas» que pudieran crear «confusión», llevarlos «fuera del camino justo» o hacerles perder «la confianza del mundo».

Todo acabó en el curso de algunos minutos. Los que habían comprendido el significado del mensaje imperial lloraron en silencio. En la capital, reducida ya a un montón de ruinas, hombres moralmente deshechos se encaminaron hacia el palacio imperial para inclinarse en dirección al emperador, a cuyas órdenes la guerra había concluido. Mientras esos hombres, con los ojos llenos de lágrimas, entonaban el himno nacional y gritaban repetidamente: *«Banzai!»*, otros se dirigieron hacia el sagrado recinto del *Yasukuni Jinja* para comunicarse con el espíritu de los guerreros muertos. También otros se agruparon alrededor de un gran santuario dedicado a la memoria del famoso emperador Mutsuhito, abuelo del hombre que ahora estaba al frente de un imperio en ruinas.

Algunos de los súbditos de Su Majestad no supieron reaccionar al golpe de aquella tragedia nacional; otros expresaron su rabia con gestos de violencia o buscaron alivio en el suicidio. Sin embargo, casi todos aceptaron lo inevitable, esperando «preparar el terreno de una espléndida paz para todas las generaciones futuras, tolerando lo intolerable y soportando lo insoportable.»

El fin de un sueño

Así acabó un sueño que se había iniciado con grandes esperanzas de victoria. Durante los tres primeros meses del conflicto, por medio de la guerra-relámpago, el Japón había conquistado territorios cuya extensión total era casi igual a la mitad de la superficie de los Estados Unidos, llevando las fuerzas del imperio su amenaza hasta las fronteras de la India y las costas de Australia. Ahora los japoneses estaban a punto de ser expulsados de Asia continental y su imperio reducido a las playas que el comodoro Perry había contemplado casi un siglo antes cuando sus «naves negras» habían alcanzado por primera vez el dominio del Mikado. Aunque las últimas raíces de la historia de este casi increíble derrumbamiento parecen estar en los acontecimientos de 1945, los elementos de fondo de la decisión japonesa de rendirse se pueden hacer remontar a los primeros meses de la guerra. Cuando tras la serie de éxitos iniciales se abrió un período de derrotas, algunos exponentes de la clase dirigente dedicaron cada vez mayor atención al problema de poner fin al conflicto mientras el Japón conservase aún en sus manos cierto poder de contratación. A medida que en la mente de estos hombres se abría camino la conciencia de la relativa debilidad del país, empezaron a estudiar cautamente las tendencias pacifistas y a confrontar secretamente sus informaciones. La figura clave en esta actividad era el guardasellos imperial, el marqués Koichi Kido, el consejero más íntimo del emperador, ojos y oídos del Trono.

Kido se daba cuenta de que el imperio era demasiado extenso, y que no sería posible defenderlo cuando se produjera la inevitable contraofensiva de las potencias aliadas. En el momento en que la «ola de marea» de la ofensiva japonesa comenzó a retroceder, la responsabilidad de conservar las características institucionales políticas y administrativas de la nación empezó a gravitar sobre sus hombros, y acabó, por último, dándose cuenta de que el único modo en que se podía hacer frente a esta responsabilidad era poniendo fin a la guerra.

Respecto de los intentos de los últimos dos años, los de 1942 y 1943 fueron algo esporádicos; pero, de todas formas, también se logró algún progreso en aquel período. Kido se aseguró el apoyo del príncipe Fuminaro Konoye (que antes de Pearl Harbor había sido jefe del Gobierno) y de algunos eminentes estadistas. La facción de Konoye, formada por un grupo de ex primeros ministros, se reunía regularmente para examinar el desarrollo de la situación y las perspectivas para el futuro. Se trataba de un comienzo muy modesto, pero que más tarde daría sus frutos. En 1942 y en 1943, por ejemplo, Konoye, cuyo prestigio sólo cedía ante los miembros de la familia imperial, empezó a expresar el temor de que una guerra prolongada y que acabase en derrota podría provocar en el Japón el estallido de una revolución comunista. Era esta una advertencia que el príncipe había expresado en otras dos importantes ocasiones: durante las conversaciones para elegir un nuevo primer ministro que sucediese a Tojo, en julio de 1944, y en el curso de una audiencia extraordinaria que le había concedido el emperador en febrero de 1945. Por su parte, sabía que para inducir a los militares a aceptar la idea de una paz negociada debería aprovechar la influencia del emperador. Y en la consciencia de esta certeza está la clave de un acontecimiento que requirió dos añor más para madurar.

Las circunstancias y las actitudes que prevalecían en aquellos años se oponían a un fácil cese de las hostilidades. La paz a cualquier costa no entraba en los objetivos de aquellos hombres, pese a que dudaban de que el Japón estuviera verdaderamente en condiciones de proseguir la lucha y terminarla victoriosamente. sólo mucho más tarde advertirían en qué medida la marcha de la guerra los había obligado a aceptar el desmembramiento de su imperio.

No obstante, en 1944, la actividad de los «pacifistas» aumentó, manifestando a veces una audacia que *a posteriori* nos parece bastante sorprendente. El citado marqués Kido, el hombre mejor informado de aquella *élite* de personalidades, opinaba que las perspectivas concretas para aquel año eran más bien precarias, y los rumores sobre la posibilidad de una derrota alemana le impulsaron a esbozar un plan de paz que preveía la mediación soviética para poner fin a la guerra. Cuando discutió sus puntos de vista con el ministro de Asuntos Exteriores, Mamoru Shigemitsu, quien antes de Pearl Harbor había sido embajador en Londres, Kido descubrió que Shigemitsu no era menos pesimista que él. El ministro llegó a declarar explícitamente: «En definitiva, una rendición incondicional será inevitable».

En aquel mismo período también se mostraban muy activos dos oficiales del Estado Mayor imperial, un almirante y un coronel. Independientemente uno del otro, aquellos dos hombres adivinaban, por entre el oropel propagandista, la triste realidad: el Japón estaba perdiendo la guerra. Y en consecuencia empezaron a buscar medios y modos que permitieran llegar a una paz negociada. Pero la atmósfera que imperaba en Tokio era tal que el almirante acabó por anteponer la cautela a la acción, mientras el coronel, mucho menos circunspecto, acabó descubriendo que su traslado al Cuerpo Expedicionario en China era el precio que debía pagar por haber demostrado tan claramente sus ideas

Primeros síntomas de derrumbamiento interno

Por muy raro que pueda parecer, el pueblo japonés reaccionó con mucha lentitud ante la amenaza de aniquilamiento que quedaba implícita en el hecho de que el Gobierno rehusaba tomar conciencia de la precaria posición del Japón. Tan sólo a fines de 1944, es decir, una vez iniciadas las incursiones aéreas masivas, se manifestaron los primeros síntomas de un posible derrumbamiento en la moral de la población civil. Pero incluso entonces se prestó muy poca atención, por parte de las masas, a aquellos asuntos que, gracias al preciso adoctrinamiento a que se habían visto sometidas, estaban habituadas a considerar como cosa ajena a su competencia.

La propaganda gubernamental explica, por lo menos en parte que, por qué la población nunca obligó con la fuerza de la opinión a que los dirigentes buscasen el recurso de poner fin a la guerra. Además, esta explicación nos permite comprender por qué los esfuerzos de Kido y de otras eminentes personalidades que compartían sus ideas (esas mismas, por lo demás, no siempre libres de la influencia de afirmaciones infundadas y de datos estadísticos falseados) no habían recibido al menor apoyo del exterior.

Con el paso del tiempo, las altisonantes afirmaciones de los propagandistas empezaron a ser acogidas cada vez con mayor escepticismo, incluso por los más crédulos. En octubre de 1944, menos de tres meses después de que Tojo abandonara su cargo de primer ministro, la Marina de Guerra imperial tuvo que admitir que el Japón ya no disponía de una Flota en condiciones de lanzar una ofensiva. Y el 7 de noviembre, aniversario de la «revolución de octubre» rusa, Stalin habló explícitamente del Japón como de un país agresor, aunque todavía estuviera en pleno vigor aquel pacto de neutralidad soviético-japonés que el mismo Stalin había deseado.

El día de Navidad de 1944, los Estados Unidos celebraron el victorioso final de la campaña de Leyte, y como sea que anteriormente el primer ministro japonés había calificado de decisiva esta operación en las Filipinas, el anuncio norteamericano indujo a los más perspicaces miembros de la clase dirigente nipona a deducir de aquel enésimo desastre unas consecuencias fatales para el Japón.

Al empezar el año 1945, el emperador estaba ya de tal forma preocupado por la situación en que se encontraba el país que expresó al guardasellos imperial su deseo de consultar al respecto a los más eminentes estadistas. Temiendo que los ministros pudieran intervenir cuando los ex primeros ministros acudieran todos juntos al palacio imperial, Kido decidió organizar audiencias por separado y en diversos días del mes, y se dijo, como explicación oficial de cada visita, que aquellos políticos iban a presentar al emperador las felicitaciones por el año nuevo. Las opiniones

que todos ellos, de esta forma, brindaron al soberano, fueron muy contradictorias; pero, en general, los estadistas consultados no pusieron de relieve la inminencia de la derrota. La excepción más notable la constituyó el parecer expuesto por el príncipe Konoye. Este declaró que la guerra ya estaba perdida y que la prolongación de los combates tendría, como único resultado, un derrumbamiento militar al que seguiría, con toda probabilidad, una revolución comunista; además, Konoye hizo presente la absoluta necesidad de poner fin a las hostilidades lo más pronto posible.

Con una noble e interesante admisión de los errores cometidos por él mismo antes de la guerra, cuando fue primer ministro, Konoye declaró también que no había comprendido cuál era el verdadero objetivo que se escondía tras la tesis de los elementos más extremistas de las Fuerzas Armadas, es decir, los hombres responsables de los «incidentes» del Manchukuo y de China, así como de la guerra por la «gran Asia oriental». Estos extremistas debían ser eliminados, afirmó el príncipe Konoye, si se quería salvar al Japón del peligro del bolchevismo.

No cabe la menor duda de que el príncipe Konoye había dado con el *quid* del problema. Desde un punto de vista objetivo, lo cierto era que los militares habían perdido la guerra, pero, espiritualmente, estaban decididos a continuar la lucha. Los oficiales de mayor graduación del Ejército y de la Marina estaban convencidos de que, concentrando las fuerzas en el suelo japonés, lograrían infligir al invasor daños y pérdidas tan graves que el Japón acabaría por encontrarse en una situación que le permitiría conseguir del enemigo unas condiciones favorables para la rendición. Y esta fue la respuesta *standard* que todos los militares oponían a cualquier pregunta de los políticos sobre las efectivas posibilidades de evitar una catástrofe. De todas formas, inmediatamente después de la visita de Konoye al palacio imperial, los acontecimientos empezaron a adquirir un aspecto cada vez más siniestro. Las incursiones aéreas norteamericanas aumentaban cada día en intensidad y pronto llegaría el día en que una sola incursión incendiaria sobre Tokio provocaría más víctimas que la bomba atómica lanzada sobre Hiroshima en agosto. Tras la conquista de Iwo Jima, los Aliados se aseguraron una base aérea que distaba menos de 1300 km de la capital nipona; y Okinawa, la isla que controlaba una importantísima dirección de acceso al propio corazón del Japón, fue invadida el 1 de abril de 1945. Cuatro días después, la coalición que había sustituido al Gobierno Tojo en julio de 1944 se disolvió de improviso, y aquel mismo día, en Moscú, el Kremlin expresó su intención de no renovar el pacto de neutralidad con el Japón. El tratado debería conservar su validez hasta abril de 1946, pero quedaba por ver si la Unión Soviética sabría ser fiel a sus obligaciones.

De acuerdo con el procedimiento ordinario, se convocó a los más eminentes estadistas a una reunión con el guardasellos, reunión que se celebraría en el palacio imperial. Después de vivas discusiones, los más destacados exponentes políticos japoneses decidieron nombrar primer ministro a un almirante muy apreciado, el barón Kantaro Suzuki, de setenta años de edad, que antaño fuera gran chambelán del emperador. Aunque Kido, Konoye y algunos otros esperaban que Suzuki se dejaría convencer al fin para iniciar negociaciones de paz, el mandato imperial para la constitución del nuevo Gobierno no contenía ninguna orden explícita en este sentido. De todas formas, Suzuki «conocía» el hecho de que Su Majestad deseaba que se pusiera fin a la guerra lo más pronto posible. A pesar de ello, Suzuki reveló una gran incertidumbre y sólo gradualmente —a medida que, gracias a la posición en que se encontraba, acabó por conocer toda la verdad sobre la situación desesperada en que se debatía el país— llegó a convencerse de la oportunidad de poner fin al conflicto. Pero incluso entonces, su tendencia a cambiar a menudo de parecer iba a constituir un grave problema para los partidarios de la paz hasta el momento de la rendición.

Circunstancias únicas

A principios de abril de 1945, mientras Suzuki y sus ministros empezaban a asumir sus nuevas responsabilidades, en Europa la guerra entraba en sus fases finales: en efecto, la capitulación de Alemania se produciría antes de que transcurriera un mes. Fue entonces cuando el Gobierno japonés dejó escapar una ocasión única. Si Tokio hubiera intentado cualquier aproximación a los Aliados en mayo de 1945, el Japón quizá hubiera podido obtener en aquel momento una paz negociada en condiciones más favorables que las que después podía esperar. Pero el Japón no estaba preparado todavía, ni en el plano psicológico ni en el diplomático, para aprovechar las circunstancias, en verdad únicas, que se le presentaron en aquella ocasión, y —a pesar de que sobre el problema surgieron algunas discusiones— el Gobierno de Estados Unidos acabó por considerar que no existía ninguna razón decisiva para modificar la exigencia de «rendición incondicional» propuesta por los Aliados, sino más bien para subrayar que esta expresión se refería a la capitulación de las Fuerzas Armadas japonesas y no significaba el fin de la existencia del Japón como Estado. Por otra parte, nada se mencionaba respecto a la crítica cuestión de las intenciones aliadas en cuanto concernía a la institución imperial.

Sin embargo, por aquel entonces, la derrota de Hitler era un acontecimiento tan importante como para proporcionar al ministro de Asuntos Exteriores, Shigenori Togo, la posibilidad de asumir la iniciativa en el campo de las decisiones políticas. En especial, gracias a sus esfuerzos, un grupo de destacadas personalidades japonesas, denominadas colectivamente «Consejo supremo para la dirección de la guerra», pudo mantener una serie de entrevistas secretas. En este denominado «gabinete interno» figuraban el primer ministro, el ministro de Asuntos Exteriores, el ministro de la Guerra, el ministro de Marina, el jefe de Estado Mayor del Ejército y el jefe de Estado Mayor de la Marina. Y precisamente de las discusiones del Consejo supremo surgió, a mediados de mayo, la decisión de intentar una aproximación hacia la Unión Soviética. Lo más importante en aquel momento era impedir que los rusos entrasen en la guerra. Y en el peor de los casos, Tokio hubiera podido atreverse incluso a pedir al Kremlin que interviniera como mediador.

El difícil cometido de efectuar sondeos de exploración con los rusos recayó sobre un ex primer ministro, Koki Hirota, que en otros tiempos había sido embajador en Moscú. En junio de 1945, Hirota se entrevistó con el ministro plenipotenciario soviético en Japón, Jacob A. Malik, en cuatro ocasiones distintas y en una localidad montañosa de descanso, bastante lejos de Tokio, donde Malik y otros diplomáticos se habían refugiado para huir de las incursiones aéreas que se abatían sobre la capital japonesa. Pese a no comprometerse a nada, el embajador soviético continuó insistiendo para que los japoneses le sometieran proposiciones concretas. Finalmente, el 29 de junio, Hirota le entregó un documento escrito que contenía las propuestas japonesas. De dicho documento se deducía que el Japón estaba solicitando un tratado de no agresión; como garantía se comprometía a adoptar una política de no intervención en lo que respecta al Manchukuo, a renunciar a las concesiones de pesca en las aguas orientales soviéticas (a cambio de petróleo ruso) y a tomar en consideración cualquier otra cuestión que el Gobierno soviético pusiera sobre el tapete.

Malik prometió informar a Moscú y a reemprender las negociaciones apenas le enviasen instrucciones más precisas.

En realidad, esto no era más que una maniobra para ganar tiempo; en lugar de informar a su Gobierno mediante un cablegrama, Malik envió un correo, asegurándose así que, como mínimo, pasarían bastantes semanas antes de la llegada de las instrucciones. Luego, todas las tentativas de Hirota de entrevistarse con el embajador soviético resultaron totalmente infructuosas: Malik estaba siempre «indispuesto». Después de dos semanas de inútil espera, Hirota se vio forzado a presentar sus quejas, y con este acto concluyeron las negociaciones.

Mientras tanto, en Tokio, los estrategas del Ejército habían decidido que el Japón debía resistir a ultranza. Más tarde, por consejo de Kido al concluir ciertos preparativos que se llevaron a cabo entre bastidores, el emperador, de improviso, convocó a palacio al Consejo Supremo. Con frases cuidadosamente estudiadas, Su Majestad declaró que, pese a la política de combatir a ultranza, ahora era necesario además tomar en consideración otra manera de enfrentarse con la crítica situación en la que la nación se encontraba en aquellos momentos.

Y esta insólita toma de posición imperial favoreció la decisión de efectuar aproximaciones directas cerca del Kremlin.

El 12 de julio de 1945, el ministro de Asuntos Exteriores dio instrucciones al embajador japonés en Moscú para que informase a las autoridades competentes de la circunstancia de que el emperador deseaba que la guerra terminase inmediatamente y que pensaba enviar a la Unión Soviética al príncipe Konoye como enviado especial. Konoye llevaría consigo una carta personal del soberano y estaría autorizado para discutir cualquier cuestión referente a las relaciones soviético-japonesas, en particular con relación al problema del Manchukuo.

No se haría ninguna mención explícita de la posibilidad de una mediación. Por el contrario, el cablegrama del ministro de Asuntos Exteriores recalcaba que la exigencia aliada de una rendición incondicional no dejaba al Gobierno japonés otra alternativa que la de continuar combatiendo a fin de garantizar el honor y la supervivencia de la nación.

Nueve días más tarde, es decir el 21 de julio, se aclaró este punto. En un cablegrama enviado aquel día, el ministro declaró categóricamente que Konoye pediría la mediación soviética con el fin de poner término al conflicto.

Pero ya por entonces estaba en pleno desarrollo la conferencia de Potsdam; en Nuevo Méjico se había experimentado secretamente la nueva bomba atómica y se estaba aproximando rápida-

LAS ÚLTIMAS SEMANAS DE GUERRA

12 de julio de 1945: el Japón lleva a cabo su primera aproximación al Kremlin para solicitar la mediación soviética, pero todavía no está dispuesto a tomar en consideración la idea de una rendición sin condiciones.

26 de julio: el manifiesto de Potsdam define exactamente los términos de la "rendición incondicional", pero no menciona la futura situación del emperador.

6 de agosto: Norteamérica lanza la primera bomba atómica sobre Hiroshima.

9 de agosto: se lanza una segunda bomba atómica sobre Nagasaki. La Unión Soviética invade el Manchukuo.

10 de agosto: el Japón anuncia estar dispuesto a rendirse.

15 de agosto: el emperador anuncia por radio a la nación la decisión de rendirse.

2 de septiembre: a bordo del *Missouri* se firma oficialmente el documento de rendición.



2 de septiembre de 1945: los representantes del Gobierno japonés, a bordo del acorazado norteamericano *Missouri*, antes de la firma del acta de rendición. *(National Archives)*

mente el día en que el Japón pagaría muy caro el precio de su indecisión.

El manifiesto de Potsdam

Después de 1945 se ha dicho, en numerosas ocasiones, que en Potsdam Stalin no reveló la proposición japonesa; pero esto no responde a la realidad. Lo cierto es que Stalin informó al presidente norteamericano y al primer ministro británico de que el Japón había pedido la mediación soviética, prometiendo enviar a Moscú a Konoye; sin embargo, lo que Stalin no explicó fue que los japoneses no parecían dispuestos a tomar en consideración una rendición incondicional. Añadió incluso haber informado a los nipones de que el Gobierno soviético no podía dar ninguna respuesta precisa, ya que su oferta era genérica y no contenía propuestas concretas.

El Gobierno de Estados Unidos ya estaba al corriente, desde hacía mucho tiempo, de la intención de los japoneses de asegurarse la mediación soviética.

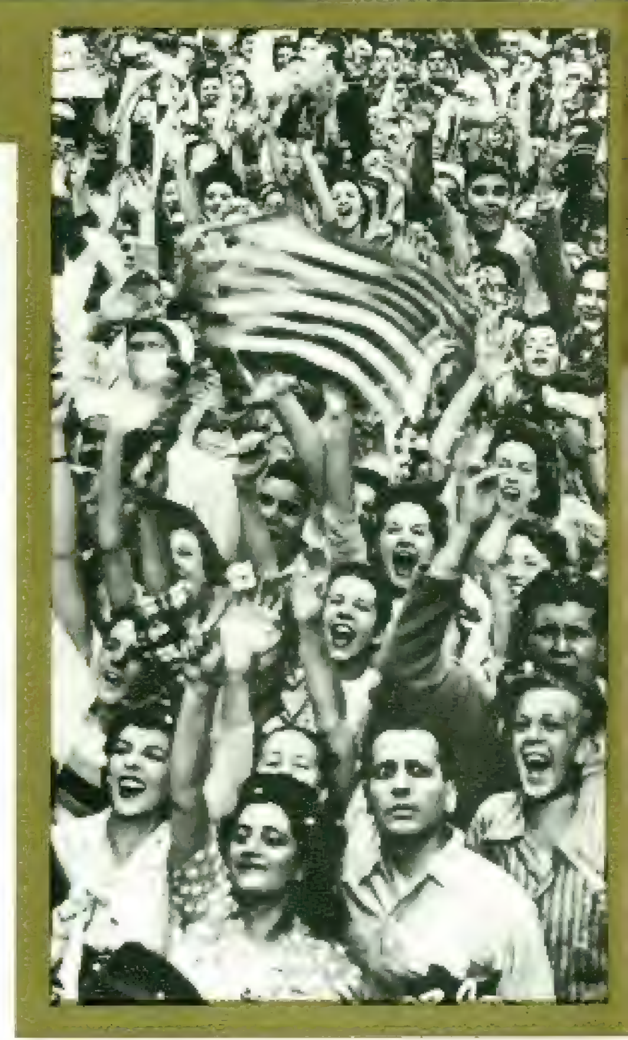
Como ya sucedió en 1941, los criptógrafos norteamericanos habían logrado descifrar los códigos japoneses, y, por consiguiente, Washington pudo enterarse con relativa facilidad de los secretísimos y apremiantes mensajes intercambiados entre el ministro de Asuntos Exteriores en Tokio y el embajador japonés en Moscú.

Sobre este telón de fondo, el 26 de julio de 1945 se hizo público el manifiesto de Potsdam. En definitiva, este documento contenía una precisa definición de las condiciones de una «rendición incondicional», pero no mencionaba el destino futuro del emperador y de la institución imperial. Para todos aquellos que en Japón sostenían la necesidad de llegar cuanto antes a la paz esto constituyó un duro golpe. La conservación de la institución imperial era uno de los requisitos sobre los que hasta aquel momento se habían basado todos sus esfuerzos, y la falta de compromisos concretos y precisos sobre este aspecto por parte de los Aliados hizo que, en Tokio, los responsables de la política japonesa se vieran divididos. Sin embargo, después de un atento y profundo examen de la situación, los partidarios de la paz llegaron a la conclusión de que el fin de la guerra contribuiría a conservar la institución imperial, mientras que, con toda probabilidad, una continuación de las hostilidades tendría como resultado su destrucción. Los militares, por el contrario, interpretaron





A la izquierda: antes de ser enviadas al campo de prisioneros, las tropas japonesas son cacheadas por algunos oficiales británicos. A la derecha: un oficial japonés, desvanecido durante la marcha hacia el campo de prisioneros, ha sido reanimado con agua por sus compañeros de armas. Abajo, a la derecha: 2 de septiembre de 1945: demostraciones de júbilo en las calles de Chicago al anunciarse la rendición del Japón y el fin de la guerra en todos los frentes.



la falta de cualquier referencia al emperador en el manifiesto de Potsdam como una clara demostración de las intenciones aliadas de derribar el Trono.

Pese a esta divergencia de opiniones en el seno del más alto organismo del Estado, incluso los exponentes de la facción favorable a la guerra –entre los que figuraban el ministro de la Guerra Korechika Anami, el jefe de Estado Mayor del Ejército Yoshijiro Umezu y el jefe de Estado Mayor de la Marina Soemu Toyoda– colaboraron, en una medida que hasta resulta sorprendente, con sus colegas para hacer posible el comienzo de las negociaciones de paz. Ninguno de ellos estaba de acuerdo sobre el modo en que el país debería intentar obtener una modificación de los términos del manifiesto de Potsdam, pero ya no insistían en el principio de la lucha a ultranza. Desde luego, había aún muchos obstinados en el Japón que se mostraban partidarios de una resistencia hasta el último extremo en el suelo de la madre patria, pero en los postreros días de la guerra ni siquiera Anami ni los dos jefes de Estado Mayor estaban dispuestos a apoyar a tales extremistas.

Los bombarderos americanos sembraban todos los días la destrucción más completa en el suelo nipón. Los Estados Unidos gozaban de una superioridad aérea tan aplastante que los aviones norteamericanos podían lanzar sobre las ciudades japonesas octavillas en las que advertían a la población que la próxima vez podía corresponderles su turno, lo cual era un arma psicológica de gran eficacia. Según algunos, estas octavillas constituían una especie de preaviso de la inminente amenaza de una destrucción atómica, pero se trataba de una tesis infundada. Ni siquiera el manifiesto de Potsdam contenía la menor alusión al hecho de que Estados Unidos disponían ya de una bomba que podía estallar con la fuerza de 20.000 toneladas de trilita.

A los japoneses se les decía simplemente que sobre ellos se cernía la amenaza de una «rápida y total destrucción»; pero esto se interpretaba como una explícita referencia a las incursiones incendiarias que, con furia devastadora, habían ido quemando una ciudad tras otra.

Antes de la conferencia de Potsdam, el general Eisenhower solicitó al presidente Truman que *no* pidiese a los rusos que entrasen en guerra. La Unión Soviética, según Eisenhower, estaba ansiosa de intervenir en Extremo Oriente y por lo tanto lo haría independientemente de los deseos de los Estados Unidos. Se trataba de una previsión correcta, a la que ya habían llegado por su cuenta los expertos de Washington. Pero el gran problema no consistía en si los rusos entrarían en la lucha, sino más bien si lo harían en el momento justo, es decir, para ayudar a los americanos en la invasión del Japón, programada para el día 1 de noviembre de 1945.

En Potsdam los rusos habían deseado que los Aliados dirigieran a la Unión Soviética una petición oficial de intervención. Tanto para Estados Unidos como para Gran Bretaña esto significaría alentar a Rusia a romper su pacto de neutralidad con el Japón, por lo que el presidente norteamericano se mostraba reacio; pero, finalmente, por sugerencia del secretario de Estado James F. Byrnes, envió a Stalin una carta en la que exponía una tesis favorable a la entrada en guerra de la Unión Soviética contra el imperio japonés en el contexto de la carta de las Naciones Unidas, que, por lo demás, aún no se había ratificado. Truman advirtió a Stalin que las obligaciones a las que la Unión Soviética se comprometería como miembro de las Naciones Unidas daban al Kremlin el derecho a ignorar el pacto de neutralidad todavía vigente con Japón.

Después de la guerra, describiendo este episodio en sus memorias, Byrnes escribió: «Luego el presidente me dijo que Stalin había manifestado una gran complacencia por dicha comunicación. Y era cierto. Nuestra referencia a la carta de las Naciones Unidas permitirá a los historiadores soviéticos demostrar que la declaración de guerra de Rusia al Japón estaba perfectamente de acuerdo con lo que los soviéticos gustan de definir como su escrupulosa observancia de los acuerdos internacionales».

Discusión en la cumbre

Para el pueblo japonés, el último acto fue una espantosa tragedia. Como se sabe, el 6 de agosto de 1945 se lanzó sobre Hiroshima una bomba atómica. Tres días después, una segunda bomba estalló en Nagasaki. Aquel mismo día –9 de agosto– la Unión Soviética inició las hostilidades contra el Japón, invadiendo el Manchukuo y violando así el pacto de neutralidad soviético-japonés que debería haber constituido una garantía hasta abril de 1946.

Aquellos dramáticos acontecimientos provocaron una febril actividad en el seno del Gobierno japonés, pero todas las reuniones acababan inevitablemente en nada. La única cuestión sobre la que las dos facciones opuestas estaban de acuerdo era en la necesidad de salvaguardar y preservar la institución imperial.

Ni siquiera la terrible incertidumbre creada por la devastación de Hiroshima y de Nagasaki (es decir, la posibilidad de que el siguiente nombre en la lista de nuevos objetivos pudiera ser el de la misma Tokio) parecía capaz de hacer cambiar de actitud a algunos de los hombres llamados a decidir. Había miembros del Gobierno que todavía se negaban a creer que el Japón estuviera derrotado. Uno de ellos llegó incluso a sugerir que los vestidos blancos y los edificios de cemento



Arriba: frente a la isla de Honshu, tropas niponas echan al mar cajas de municiones, según los términos de la rendición impuesta por los Aliados. La mayor parte de la población japonesa, exceptuando algunos círculos de extremistas militares, aceptó la capitulación como un hecho inevitable, o sea, la consecuencia de la derrota que les permitiría realizar una ordenada y gradual transición de la guerra a la paz. (Archivo Rizzoli)

armado asegurarían una protección adecuada contra las bombas atómicas. Cuando se envió a algunos expertos a toda prisa para que efectuaran una indagación en Hiroshima, un oficial japonés les mostró con gran satisfacción que sólo la mitad de su cara había sido quemada por la explosión «Por lo tanto –declaró– no se puede decir que no existen contramedidas».

Pero, de todas formas, al final prevalecieron las mentes más razonables. Y fue ciertamente una gran suerte, pues aunque ahora sabemos que las incursiones de Hiroshima y de Nagasaki habían agotado temporalmente las disponibilidades americanas de la nueva arma, una tercera bomba hubiera podido lanzarse en cualquier momento después de mediados de agosto, y otra unos seis meses más tarde.

A pesar de no estar al corriente de esta circunstancia, los políticos de mayor sentido común entre los jefes japoneses se dieron cuenta de que ya no era posible que hubiera más dilaciones. Con el apoyo del ministro de Marina Yonai, el ministro de Asuntos Exteriores Togo solicitó al Gobierno que aceptase inmediatamente el manifiesto de Potsdam, con la única condición de que en él no se expresara ninguna exigencia destinada a perjudicar las prerrogativas de Su Majestad el emperador como soberano del país. Pero el ministro de la Guerra y los jefes de Estado Mayor del Ejército y de la Marina insistían en la necesidad de añadir otras tres condiciones: querían evitar una ocupación aliada del Japón, pretendían que se concediese a los mismos japoneses el derecho de juzgar a los criminales de guerra y, finalmente, querían tener la facultad de retirar las Fuerzas Armadas de las zonas ocupadas y de aquellas donde todavía se combatía para desarmarlas y desmovilizarlas.

En medio de estas dos posiciones, el primer ministro Suzuki oscilaba entre una y otra dirección. El marqués Kido, por el contrario, se alineó sin reservas al lado del ministro de Asuntos Exteriores. Gracias precisamente a los esfuerzos de Kido, poco antes de la medianoche del día 9 de agosto, en un refugio antiaéreo situado en las cercanías del palacio imperial, se celebró una conferencia extraordinaria. Una vez las dos facciones opuestas expusieron sus respectivos puntos de vista, Suzuki recurrió a un procedimiento sin precedentes en la historia del país: solicitó al emperador que decidiera cuál de las dos propuestas debía adoptarse, si la sugerida por Togo o, por el contrario, la que preconizaba el ministro de la Guerra Anami. Rompiendo otra tradición, el soberano abandonó su papel de silencioso observador, que los procedimientos habituales le habían impuesto siempre, y expresando libremente su pensamiento declaró que era favorable a la tesis del ministro de Asuntos Exteriores. Esta explícita indicación de los deseos de Su Majestad recibió luego la unánime aprobación del Gobierno japonés. Y de esta forma fue posible, al fin, salir de aquel callejón sin salida.

En las primeras horas de la mañana del día 10 de agosto de 1945, se dirigieron cablegramas que anunciaban la voluntad del Japón de rendirse a los representantes diplomáticos japoneses en Berna y en Estocolmo, quienes los enviarían después a Washington, Londres, Moscú y Chungking. Al ofrecimiento japonés respondió aquel mismo día el secretario de Estado norteamericano Byrnes, lo cual provocó en el seno del Gobierno nipón una nueva controversia. La nota de Byrnes puntualizaba que el emperador estaría «sometido» a la voluntad de las potencias aliadas y que la forma de gobierno del Japón sería establecida por «la voluntad libremente expresada por el pueblo japonés».

Las discusiones suscitadas por estas precisiones provocaron la convocatoria de una nueva conferencia imperial; ésta se celebró la mañana del 14 de agosto. Como ya había hecho cinco días antes, el emperador declaró una vez más estar al lado de los partidarios de la paz, y el Gobierno se apresuró a ratificar unánimemente la «valiente decisión» de Su Majestad. Se enviaron nuevos cablegramas a Suecia y a Suiza; y esta vez ya era evidente que serían los últimos mensajes.

Las explosiones atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, así como la entrada en la guerra de la Unión Soviética, habían producido un *shock* tan profundo que fue posible que se creara una atmósfera insólita, en la que un factor normalmente estático como era el emperador pudo hacerse activo en una forma tan extraordinaria que hasta puede decirse que realizó virtualmente un milagro político.

Apoyando la tesis de los partidarios de la paz, el soberano no llevó a cabo un gesto político en el sentido constitucional del término: en realidad no hizo otra cosa que expresar su opinión personal. Luego, esta opinión fue transformada en decisión de la nación entera por la unánime ratificación del Gobierno. El hecho de que el emperador hubiese tenido que expresar su parecer dos veces, primero la noche del 9 de agosto y luego la mañana del 14, induce a pensar que el Gobierno ya no realizaba sus funciones de una manera regular, dejando así el destino de la nación suspendido de un tenue hilo.

Para disuadir a los extremistas de eventuales propósitos de recurrir a la violencia, el Gobierno grabó un mensaje imperial en el que se anunciaba el fin de la guerra y se invitaba al pueblo japonés a obedecer con lealtad la voluntad de su soberano. Este mensaje lo grabó personalmente el emperador la tarde del día 14 de agosto y al día siguiente se retransmitió a todo el país.

En el transcurso de la noche, un grupo de fanáticos oficiales entró en el recinto del palacio, con la esperanza de atraerse a la división de la guardia imperial. Cuando el general que mandaba dicha división rehusó apoyar a aquellos rebeldes, uno de éstos sacó su pistola y lo mató. Usando después el sello del general muerto, los jefes del complot cursaron muchas órdenes con las cuales, en sustancia, asumían el mando de las tropas estacionadas en palacio. El resto de la noche lo dedicaron a la búsqueda del disco que el emperador había grabado unas pocas horas antes, así como del marqués Kido y «otros traidores» que, aprovechando su proximidad al Trono, habían «desviado» al emperador, induciéndole a poner fin a la guerra. Afortunadamente para el pueblo japonés, el complot fracasó, y la mañana del día 15 de agosto se había restablecido el orden.

Mientras tanto, vencido por el íntimo conflicto que la idea de la rendición suscitara en él, el ministro de la Guerra Anami se había suicidado, según la antigua costumbre tradicional. En los días que siguieron, hubo otros muchos casos de suicidio, así como algunos episodios de violencia que tenían por objeto hacer revocar la decisión de rendirse. Sin embargo, por falta de organización y por el hecho de que los jefes responsables del Ejército y de la Marina se abstuvieron de prestar su apoyo, todos los esfuerzos de los extremistas fracasaron por completo. En la gran mayoría de casos, el mensaje del emperador, transmitido por radio a la nación, fue seguido por una total sumisión a la voluntad imperial. Aceptando lo inevitable, el pueblo japonés contribuyó a realizar lo que poco antes parecía imposible: una gradual y ordenada transición de la guerra a la paz.

Observando la escena que se desarrollaba ante él, a bordo del gran acorazado *Missouri* el 2 de septiembre de 1945, cuando la capitulación del Japón se confirmó en el curso de una ceremonia oficial de rendición, el comandante supremo de las fuerzas aliadas, general Douglas MacArthur, llamó la atención sobre un hecho que es la meta hacia la que la humanidad, incluso entre inmensos esfuerzos, continúa aspirando: «Es profunda esperanza mía y de toda la humanidad que, después de esta solemne ceremonia, un mundo mejor emergerá de la sangre y de los holocaustos del pasado: un mundo fundado en la fe y en la comprensión, un mundo consagrado a la dignidad del hombre y a la realización de su más profundo deseo: el deseo de libertad, de tolerancia y de justicia».

La guerra en el Pacífico había terminado.

R. J. C. BUTOW

Profesor en la sección de historia y de estudios sobre Extremo Oriente y sobre la URSS de la universidad de Washington. Gracias a su perfecto conocimiento de la lengua japonesa, adquirido en el período en que prestó servicio militar en el Ejército de los Estados Unidos durante la segunda Guerra Mundial, se le nombró oficial del Servicio de Información en el Mando Supremo del general MacArthur, en Tokio. Después de la guerra, su interés por la historia diplomática le impulsó a emprender trabajos de investigación en la universidad de Stanford y a aceptar luego el cargo de profesor e investigador en Princeton. Este breve artículo se basa en el documentadísimo y exhaustivo estudio realizado por el autor, *Japan's Decision to Surrender*, publicado por primera vez por la Stanford University Press en 1954. Butow es también el autor de *Tojo and the Coming of the War* (Princeton, 1961).

LA GUERRA: VISION PANORAMICA

La búsqueda de la verdad ha sido siempre parte integrante de las ocupaciones del género humano desde que el descubrimiento de que dos y dos son cuatro dio comienzo a la investigación científica basada en valores cuantitativos. En cambio, en lo que respecta a las materias no científicas, al basarse en valores cualitativos, no es posible alcanzar coeficientes de certidumbre tan alentadores, y todos los que se dedican a la búsqueda de la verdad histórica son plenamente conscientes de la fragilidad de las pruebas en las que han de basar sus argumentaciones. Cuatro testigos oculares de cualquier acontecimiento banal tienden a dar cuatro versiones distintas de lo que han visto, como, por ejemplo, puede confirmar cualquier agente de policía que tenga que investigar sobre un accidente de automóvil. ¿Qué confianza se puede depositar pues en los informes del tipo «yo estaba allí», reunidos cuando aún no estaban del todo desvanecidos ni la tremenda tensión ni el caos de los combates?

Por este motivo, en nuestra detallada exposición de la historia de la segunda Guerra Mundial, nos hemos esforzado, siempre que ello ha sido posible, por presentar relatos comparativos de muchos acontecimientos; por lo general, los militares y los historiadores elegidos para colaborar en la parte principal de la obra eran hombres que habían dedicado muchos años de trabajo al examen y al análisis de los testimonios respecto de los temas que se les habían encargado. Y sucede con frecuencia que de estos exámenes y análisis sale una imagen de los acontecimientos muy distinta de la aceptada corrientemente durante mucho tiempo, lo que quizá puede haber provocado en el lector el tipo de indignación que distingue la reacción de los hombres de buena fe ante la destrucción de mitos venerados y considerados intocables durante mucho tiempo, pues los mitos sobreviven siempre a los acontecimientos, y en ocasiones hasta siguen viviendo aún después de demostrarse que las pruebas en que se basan son discutibles o incluso inexistentes.

Una de estas falsas creencias que esperamos haber destruido es la de que la segunda Guerra Mundial no infligió al género humano sufrimientos tan terribles como los provocados por la primera. Desde luego, se trataba de una creencia infundada.

El segundo conflicto mundial duró todavía más que el primero y se combatió con una ferocidad sin precedentes y en unas zonas mucho más amplias de la superficie del Globo; además, se utilizaron armas dotadas de una potencia destructiva mucho mayor de lo que ni siquiera se podía imaginar durante la primera Guerra Mundial. Absorbió las energías y los esfuerzos de un número mayor de personas y al final resultaron muertas o heridas también muchas más; es probable que más de 50 millones de personas perdieran la vida (desde luego, esta cifra comprende también las víctimas de los deliberados intentos de los jefes nazis para llevar a término un sistemático genocidio), frente a los 8.634.300 muertos de la guerra de 1914-1918.

No es difícil hallar las raíces de este mito tan difundido. En efecto, aunque el mundo, en su conjunto, sufrió mayores pérdidas en la segunda conflagración, Europa, y especialmente Gran Bretaña, sufrieron más en la primera. La primera Guerra Mundial se combatió en gran parte en Bélgica, norte de Francia e Italia nororiental, y en esta zona de combates y de muerte que se extendió desde el Adriático a la costa belga, cada día, por término medio, perdieron la vida más de 2000 soldados británicos, franceses, italianos y alemanes durante el período que se llamaba de «actividad normal»; pero durante las grandes batallas, como las de Verdún, Somme y Passchendaele se perdieron centenares de miles de vidas, como para saciar a un terrible Moloch. Otros frentes, como los Balcanes o Rusia después de 1916, se consideraron secundarios, y aunque las bajas sufridas en estos escenarios de menor importancia tuviesen el efecto de desangrar a los protagonistas principales, no fueron más que «ejemplos secundarios», casi apartados del contexto principal.

En la segunda Guerra Mundial, las batallas equivalentes a las de Verdún y Passchendaele se combatieron en el frente oriental, en Kíev y en Stalingrado (también las batallas navales de Jutlandia y las de Dogger Bank de la primera Guerra Mundial, tuvieron su paralelo en el Pacífico, en las de Midway y del mar del Coral), y en cuanto las grandes potencias (Alemania y Unión Soviética, Japón y Estados Unidos) hubieron volcado en el conflicto todas sus energías, fue Europa occidental la que se transformó en un escenario secundario.

¿Fue realmente la «guerra de Hitler»?

Al principio, naturalmente, pareció que la guerra contra Hitler debía ser europea, concebida en Europa como consecuencia de la política de los estados europeos y alimentada, además, en un primer momento, por la economía y por la industrias europeas.

Pero pronto Europa demostró ser incapaz de sostenerla por sí sola.

La necesidad de alimentar todo el engranaje bélico hizo que el conflicto se hiciera global, desplazándose el baricentro hacia el Este, por lo que ni Francia ni Gran Bretaña tuvieron que pagar al final el espantoso precio de la completa destrucción que la guerra moderna inflige en el campo de batalla, precio que quizás, en el juicio de la Historia, merecían pagar si se tiene en cuenta el papel que habían desempeñado ambas en la génesis del conflicto.

Durante muchos años ha estado de moda decir que la segunda Guerra Mundial fue la «guerra de Hitler».

Es cierto que sólo el genio demoníaco de Hitler podía conducir al pueblo alemán, con tanta rapidez y tanta agresividad, a un conflicto tan largo y violento; pero asimismo hay que tener presente que Winston Churchill le dio a esta guerra otro nombre. La definió como la «guerra inútil»; definición que resulta indudablemente muy adecuada si se consideran las posibilidades que habían tenido las democracias occidentales de detener la carrera de Hitler.

Desde los primeros tiempos de su carrera política, Hitler afirmó explícitamente que sus principales objetivos, para el pueblo germano, consistían en una amplia expansión hacia el Este. Tres días después de convertirse en canciller del Reich, dirigiéndose a los oficiales de Alto Mando alemán de forma nada secreta, les informó de que su primer deber sería obtener el *Lebensraum* al Este y «germanizar» del modo más indiscriminado los territorios ocupados. Al mismo tiempo, afirmó que repudiaba los términos de los diversos tratados que habían tenido la finalidad de limitar la potencia bélica de Alemania, y dijo con toda claridad que, además de proponerse indiscriminados objetivos de expansión, tenía la firme intención de asegurarse los medios para alcanzar dichos objetivos.

Como para conseguir todos estos fines necesitaba también un potencial mayor de industria pesada para armar a su Ejército en aquella rápida expansión, Hitler ocupó de nuevo Renania, el corazón de la industria alemana que desde 1918 estaba bajo el control aliado, utilizando para ello las pocas unidades militares, sólo parcialmente adiestradas, disponibles en aquel momento y haciendo caso omiso de las enérgicas protestas de los consejeros militares.

Para la mente de un frío megalómano como era Hitler, el hecho de que su primer juego de azar en el terreno militar hubiera constituido un éxito no podía tener más que una explicación. En efecto, Francia y Gran Bretaña no sólo tenían el derecho, sino también los medios adecuados y necesarios

La segunda Guerra Mundial, que duró casi seis años y en la que participaron 56 naciones, costó la vida a más de 50 millones de personas. Representa, pues, la herida más profunda e incurable que se ha inferido jamás al género humano en el curso de la historia, y que probablemente no se repetirá. En este capítulo final, Barrie Pitt resume la guerra en una visión panorámica y destruye algunos mitos que se consideraron indiscutibles durante mucho tiempo.

para mantener el control de Renania, impidiendo que entrasen los soldados alemanes o haciéndolos retroceder una vez hubieran entrado; desde luego, los Ejércitos de una y otra nación podían hacerlo con la mayor facilidad.

Mas como ninguno de los dos países había hecho el menor intento de oponerse a las fuerzas de ocupación o de rechazarlas, Hitler no podía sacar más conclusión que aquellas dos potencias veían con buenos ojos no sólo la vuelta a la patria de tierras profundamente alemanas, sino también las ambiciones, tan frecuente y explícitamente repetidas, del hombre que conducía a la nación alemana.

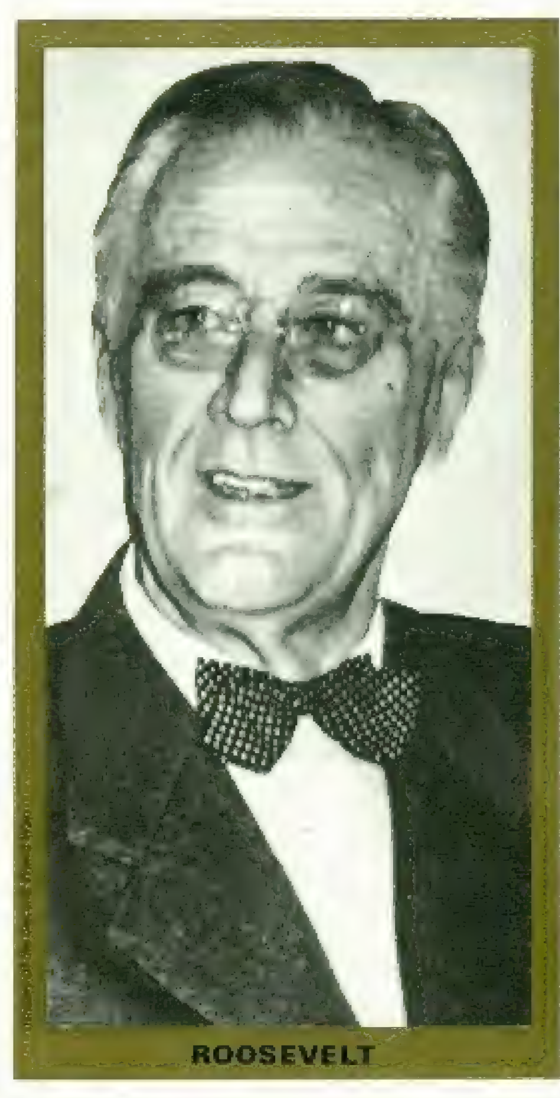
Y en realidad esta «simpatía» se expresaba de forma bastante explícita. Cuando, a comienzos de 1935, en Alemania se volvió a imponer el reclutamiento como medio de potenciar el Ejército alemán, el *Times*, aun hablando en términos muy sobrios de los peligros que este acto suponía para la paz europea, puso en evidencia que la acción de Alemania no violaba un acuerdo negociado libremente por todas las partes, sino los términos de una situación que se le había «impuesto por la fuerza» a la nación alemana y que ésta, por consiguiente, acababa por considerar «intolerable». No menos ponderado fue el tono de los periódicos franceses, y así, la aceptación *de facto* de esta abierta violación de unos principios convenidos hacia mucho tiempo, no podía tener otra consecuencia que la de inducir a los hombres responsables de dicha violación a considerar que su línea de conducta se aprobaba tácitamente.

Hitler continuó después incrementando y reforzando sus Fuerzas Armadas y extendiendo el territorio bajo su control, pues consideraba que, en el fondo, los Gobiernos francés y británico deseaban aquella gran expansión alemana hacia el Este, a expensas de la Rusia comunista y que él proclamaba a grandes voces que quería efectuar.

De esta manera la ya precaria situación continuó agravándose.



STALIN



ROOSEVELT

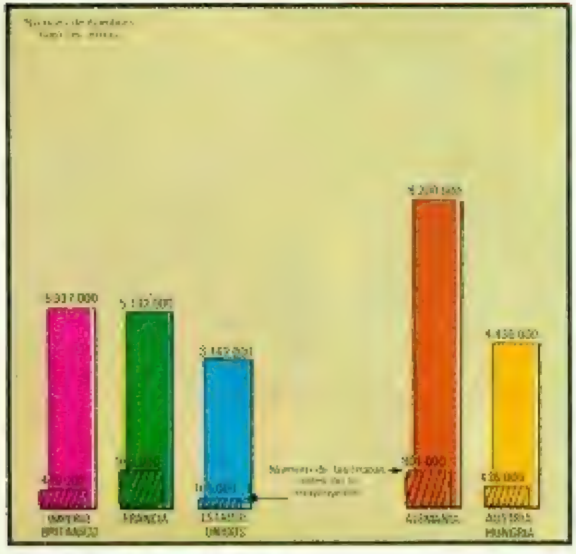


CHURCHILL

PRIMERA GUERRA MUNDIAL

A menudo se han hecho comparaciones entre las dos guerras mundiales por parte de algunas personas que, en cierto modo, vivieron los dos acontecimientos. Desde un punto de vista general, la segunda Guerra Mundial causó destrucciones muy superiores a las de la primera, duró más tiempo, abarcó una superficie del Globo mayor y en su transcurso se emplearon armas dotadas de una potencia destructora bastante más elevada de lo que pudiera imaginarse en el anterior conflicto. Requirió la aportación de las energías de un número notablemente superior de personas y, por último, la suma total de muertos y heridos (y en algunos casos incluso las parciales de las naciones por separado) también fue sensiblemente superior. El objeto de estos diagramas es establecer una comparación entre algunos datos estadísticos relativos a los dos conflictos, como, por ejemplo: la máxima cantidad de fuerzas en armas, el número de pérdidas en tonelaje mercante y el total de las bajas en hombres agrupadas por naciones y por bloques de alianza.

NUMERO MAXIMO DE TROPAS EN EL PERIODO BELICO



PERDIDAS ALIADAS EN BUQUES MERCANTES

1917 (año en que se registraron las mayores pérdidas) 3.375.000

BUQUES HUNDIDOS POR — PÉRDIDAS TOTALES 12.850.000

Submarinos 11.153.000

Minas y cruceros de superficie 1.689.000

Ataques aéreos 8.000

NUMERO DE LOS MILITARES ALIADOS Y DE LAS POTENCIAS CENTRALES MUERTOS

Millones de muertos: 0 – 0,2 – 0,4 – 0,6 – 0,8 – 1

ALIADOS	MILITARES
IMPERIO BRITÁNICO	947.000
FRANCIA	1.400.000
ESTADOS UNIDOS	116.000
UNIÓN SOVIÉTICA	1.700.000
ITALIA	650.000
BÉLGICA	14.000
PORTUGAL	7.000
RUMANIA	335.000
SERVIA	48.000
GRECIA	5.000
JAPÓN	300
TOTAL	5.222.300

POTENCIAS CENTRALES	MILITARES
ALEMANIA	1.800.000
AUSTRIA-HUNGRÍA	1.200.000
TURQUÍA	325.000
BULGARIA	87.000
TOTAL	3.412.000

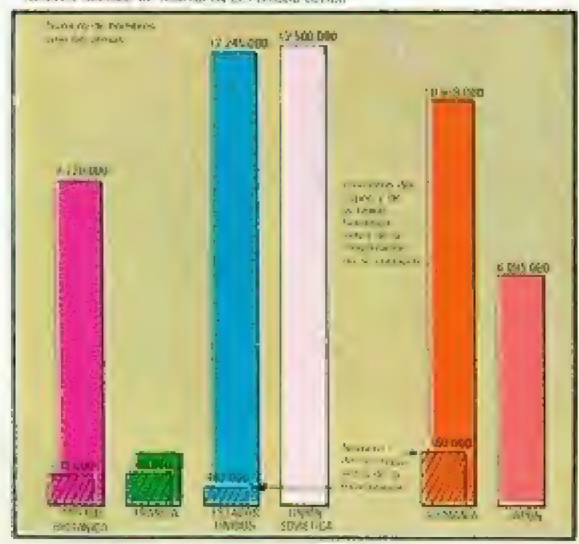
NUMERO TOTAL DE SOLDADOS ALIADOS Y DE LAS POTENCIAS CENTRALES MUERTOS 8.634.300

History of the Second World War

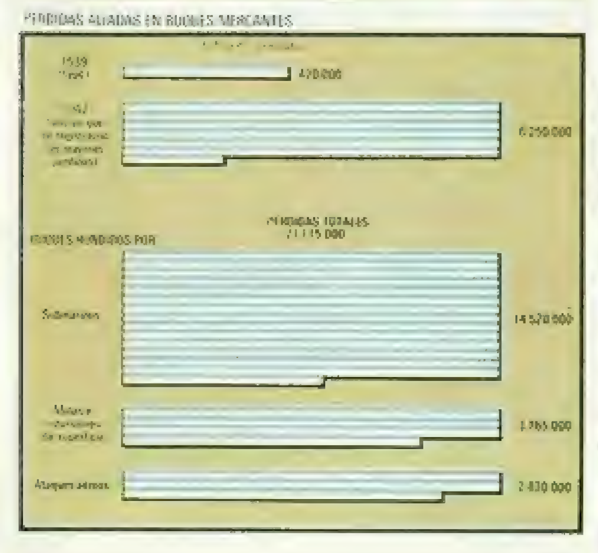
SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Teniendo en cuenta que las estadísticas sólo son válidas a título indicativo y que no existen cifras seguras sobre el número de paisanos muertos en el curso de la primera Guerra Mundial, es evidente que las pérdidas del segundo conflicto son mucho mayores. Pero esto solamente es cierto si se consideran los datos en conjunto y los relativos a algunas naciones (URSS, Alemania, China, Polonia, Japón, etc.) mientras que para otras (Francia, Gran Bretaña, Italia, etc.) las pérdidas en vidas humanas fueron inferiores. El fenómeno de la guerra es bastante complejo y en él influyen muy distintos elementos, incluso contradictorios a menudo: así, el personal empleado en los servicios logísticos alcanzó, en proporción, un porcentaje bastante superior al de combatientes; las armas, sobre todo las automáticas, empleadas cada vez en mayor número, fueron parte determinante en el cálculo de la potencia bélica, y la mayor movilidad conseguida en el campo de batalla permitió reducir las fuerzas que había que destinar a los diferentes teatros de operaciones.

NÚMERO MÁXIMO DE TROPAS EN EL PERIODO BÉLICO



PÉRDIDAS ALIADAS EN BUQUES MERCANTES



NÚMERO DE MUERTOS (militares y civiles)

ALIADOS

Millones de muertos: 0 – 0,2 – 0,4 – 0,6 – 0,8 – 1

	MILITARES	CIVILES*
IMPERIO BRITÁNICO Y COMMONWEALTH	452.000	60.000
FRANCIA	250.000	360.000
ESTADOS UNIDOS	295.000	
UNIÓN SOVIÉTICA	13.600.000	7.700.000
BÉLGICA	10.000	90.000
HOLANDA	10.000	190.000
NORUEGA	10.000	
POLONIA	120.000	5.300.000
GRECIA	20.000	80.000
YUGOSLAVIA	300.000	1.300.000
CHECOSLOVAQUIA	20.000	330.000
CHINA	3.500.000	10.000.000
	18.587.000	25.410.000

NÚMERO TOTAL DE MILITARES Y CIVILES MUERTOS 43.997.000

EJE

	MILITARES	CIVILES*
ALEMANIA	3.250.000	3.810.000
AUSTRIA	230.000	80.000
ITALIA	330.000	85.000
RUMANIA	200.000	465.000
HUNGRÍA	120.000	280.000
BULGARIA	10.000	7.000
FINLANDIA	90.000	
JAPÓN	1.700.000	360.000
	5.930.000	5.087.000

Número total de militares y civiles del Eje muertos 11.017.000

NÚMERO TOTAL DE MUERTOS ALIADOS Y DEL EJE 55.014.000

*incluidos los judíos

History of the Second World War


HITLER

condescendencia y, «con el objetivo de defender la paz en Europa», acababa de proclamar el compromiso de Gran Bretaña de defender Polonia de toda posible acción agresiva por parte de Alemania. Esta decisión, aun siendo muy importante, pues señalaba el abandono de aquella atmósfera de ilusión en la que durante diez años había permanecido inmersa la política británica y la francesa, era también en sí misma un desastroso ejemplo de confusión mental: en efecto, entre todos los países que las democracias occidentales podrían comprometerse a proteger, Polonia era casi el más inaccesible, era uno de los que menos merecían dicha protección. También Polonia, después de todo, se había aprovechado del desmembramiento de Checoslovaquia. Winston Churchill escribiría después con razón:

«Habría tenido sentido combatir por Checoslovaquia en 1938, cuando en el frente occidental el Ejército alemán apenas podía disponer y a duras penas de media docena de divisiones adiestradas, y los franceses en cambio, que disponían de 60 ó 70 divisiones, habrían podido lanzarse casi con toda seguridad al otro lado del Rhin o por el Ruhr. Pero algo así se había considerado entonces irracional, indigno del nivel alcanzado por el pensamiento y la moral modernos. En cambio, ahora, las dos democracias occidentales se mostraban finalmente decididas a arriesgar su propia vida para defender la integridad territorial de Polonia. Muy difícilmente, aunque buscásemos en las lista de crímenes, locuras y desgracias de la humanidad, que según dicen es la historia, podríamos encontrar algo que se parezca a esta inesperada y completa inversión de cinco o seis años de cómoda condescendencia y su transformación, casi de la noche a la mañana, en la disposición a aceptar una guerra ya a todas luces inminente en condiciones mucho peores y a una escala mucho mayor...».

Hitler quedó desconcertado y profundamente irritado por este inesperado viraje de la política de Gran Bretaña, y, desde luego, era difícil imaginar en él otra reacción.


MUSSOLINI

En marzo de 1938, como se sabe, las tropas alemanas marcharon sobre Viena, y Austria quedó de nuevo relegada a su casi tradicional posición de sumisión a Prusia; a partir de entonces Hitler no tenía ya ningún motivo para temer una intervención por parte de las potencias occidentales, y es incluso comprensible que creyera cada vez más que, por lo menos en cierta medida, estas potencias aprobaban su actuación, aprobación que seis meses después se transformó en una verdadera colaboración política cuando Gran Bretaña y Francia permitieron la cesión a Alemania de las regiones occidentales de Checoslovaquia, que eran las únicas que podían servir de escudo para impedir que la dominación alemana se extendiera al resto del país.

En efecto, después de haberle concedido aparentemente a Alemania el pleno derecho a transformarse de nuevo del pequeño y militarmente débil país que era en 1933 a la potencia europea que llegó a ser en 1939, ahora parecía que Gran Bretaña y Francia cooperaban en el trabajo de «limpieza» de las fronteras orientales, lo que permitiría a Alemania conseguir el *Lebensraum* en el Este, como el *Führer* había pedido con insistencia desde los primeros días de su ascenso político. A Hitler (que consideraba a los franceses, y, en especial, a los ingleses, políticamente astutos y lógicamente despiadados como era él) le parecía que estos países estaban siguiendo una sana y coherente política, encaminada en último análisis a liberar al mundo del comunismo, y si por el momento, se estaban sirviendo de él para alcanzar sus objetivos, él tenía sus propias ideas acerca de quién tendría que pagar la cuenta al final.

Esta hipótesis equivocada encontró un primer mentís, quizás de forma apropiada, el día 1 de abril de 1939, cuando la prensa mundial anunció que el Gobierno británico, a la sazón bajo la dirección del primer ministro Neville Chamberlain, había decidido abandonar su política de olímpica

Gracias al conocimiento que los diplomáticos occidentales habían adquirido del temperamento de Hitler, no debía ser difícil prever su siguiente maniobra.

El viraje de la política de Chamberlain pareció un desafío explícito a la supremacía política de Hitler en Europa, un desafío que Hitler podía aceptar sin correr ni siquiera la décima parte de los riesgos que había corrido al enviar sus fuerzas a Renania o a Austria, o incluso apoderándose de Checoslovaquia.

Quizás el único país que podía apoyar con más garantías el ofrecimiento británico de apoyo a Polonia era la URSS; pero Rusia era el país con el que los estadistas británicos, por toda una serie de razones, tanto tradicionales como religiosas, no querían cooperar, a pesar de las propuestas de los mismos jefes soviéticos.

Al borde del abismo

Cinco meses después del conocimiento de la decisión británica de proteger Polonia, las tropas de Hitler cruzaron la frontera polaca, iniciando así la guerra europea que pronto degeneraría en la segunda Guerra Mundial. Aun admitiendo que fue el genio maquiavélico de Hitler el que creó la fuerza explosiva que arrastró al mundo al borde del abismo, las democracias occidentales no pueden descargar sobre él, ni mucho menos, toda la responsabilidad del conflicto. Sir Basil Liddell Hart ha escrito a este respecto: «Si permitís que alguien alimente el fuego de una caldera hasta que la presión del vapor alcance el punto de peligrosidad y después cerráis de pronto la vávula de seguridad, la responsabilidad de la explosión recae sobre vosotros».

Aunque la comparación no es totalmente exacta, refleja, no obstante, la realidad en la medida suficiente para provocar fundadas dudas sobre la definición de la «guerra de Hitler» que se ha dado a los trágicos acontecimientos que más tarde se produjeron

Sin embargo, en los dos años siguientes pareció manifestarse un aspecto completamente distinto del de la responsabilidad moral para definir el conflicto como «guerra de Hitler»: se trata del hecho de que la marcha de la guerra estuvo determinada en gran medida por las ambiciones del dictador alemán, y pareció estar a punto de concluir con su realización efectiva. En pocas ocasiones una guerra ha tenido un desarrollo tan «resbaladizo», y casi parecía que cada vez que el destino ponía un obstáculo temporal a los planes de Hitler en realidad no hacía otra cosa que ofrecerle un nuevo elemento de ventaja: por ejemplo, cuando en enero de 1940 cayó, por casualidad, en manos aliadas el plan para el ataque alemán a Occidente.

Los cambios que fue necesario introducir a causa de este aparente contratiempo determinaron el hecho de que la cauta mediocridad con que había sido trazado el plan original fuese sustituida gradualmente por la revolucionaria genialidad del plan del general Manstein, que permitió a las fuerzas acorazadas alemanas superar las defensas aliadas y llegar a las costas del canal de la Mancha en sólo 10 días.

Francia cayó, Polonia estaba ya bajo el dominio nazi y asimismo el final de Noruega estaba ya próximo: quince meses después de que Chamberlain anunciara que Gran Bretaña se comprometía a defender la integridad territorial de Polonia «con el objetivo de mantener la paz en Europa», en Europa reinaba realmente la paz... si se aceptan los corrientes puntos de vista de que la esencia de la paz consiste en la ausencia de un conflicto armado y de que las Islas Británicas son una entidad extraeuropea.

En lo que a Hitler concernía, cualquiera que fuera el papel que Gran Bretaña decidiese asumir (imperial o solitario) la paz podría continuar rei-

nando en Europa. A pesar de todos los malentendidos que podían haberse producido en los últimos años, Hitler no tenía ningún plan inmediato respecto a Gran Bretaña, al sistema de vida británico o incluso a la posición que Gran Bretaña ocupaba en el mundo, excluyendo a Europa. Mientras Gran Bretaña reconociese el predominio alemán sobre el continente y, lo que es mucho más importante, permitiese a Alemania dirigir toda su atención hacia la solución del problema que atormentaba al mundo entero (que era la existencia de la Rusia comunista).

Gran Bretaña podía continuar su camino contando con la «bendición» de Adolf Hitler e incluso con su propia ayuda, si en algún momento se le ocurría pedírsela.

Pero fue entonces cuando Gran Bretaña hizo el mayor esfuerzo y realizó la mayor aportación a la derrota de la Alemania nazi. En efecto, sólo ella podía desafiar todavía la potencia alemana y rechazar la filosofía nazi, pues era la única nación, entre las que se habían decidido a tomar las armas contra Hitler, que aún no estaba vencida. Entre las demás potencias, las únicas que podían oponer una efectiva resistencia a Alemania –Rusia y Estados Unidos– no lo hacían por la ceguera de los «centros de poder» de los respectivos sistemas políticos: ni Stalin ni la opinión pública americana habían comprendido aún que la existencia del nazismo podía llegar a amenazar sus mismos sistemas de vida.

Así pues, Gran Bretaña se encontró sola. Si en aquel momento se hubiera dado cuenta plenamente de la enorme potencia que tenía ante sí, si hubiera pensado que nadie acudiría en su ayuda y que tendría que adaptarse a su slogan «quien trabaja solo vale por tres», seguramente su valentía se habría esfumado y habría acabado aceptando el predominio de Hitler. Pero los ingleses son una raza *no militar* por excelencia y por ello no consiguen tomar conciencia exacta de la realidad militar.

En su imaginación soñaban con sacar 400 divisiones de los numerosos pueblos que a la sazón constituían su vasto imperio (el mismo imperio que, en definitiva, durante toda la guerra no consiguió aportar más que 40 divisiones) y con utilizar, para equipararlas, una superioridad industrial que en realidad hacía bastante tiempo había terminado.

Así, armada casi únicamente con estas falsas esperanzas, en 1940 Gran Bretaña permaneció en pie y desafió a Hitler, y después de algunos meses de gestos tan rabiosos como vanos, el *Führer* acabó volviéndoles despreciativamente la espalda a los tenaces isleños para fijar de nuevo su mirada en las extensiones nevadas de más allá de los Cárpatos, que desde hacía siglos obsesionaban la imaginación teutónica.

Durante los meses que siguieron, la atención de Hitler se vio de vez en cuando alejada de su principal y tan acariciado objetivo por las extravagancias de su «acólito» Mussolini. En consecuencia, se dejó arrastrar primero a la campaña del Norte de África y más tarde, a través de los Balcanes, al Mediterráneo; pero estas expediciones, que después se transformaron, acaso por casualidad, en brillantes victorias militares, no eran para Hitler más que irritantes motivos de distracción. Las que para los ingleses fueron campañas de honor, en las que demostraron todo su espíritu de iniciativa y desesperada valentía (como el asedio de Tobruk, la campaña de Grecia o la batalla de Creta), para sus enemigos no fueron más que episodios insignificantes.

Parecida debió de haber sido la actitud, ciento treinta años antes, de Napoleón y de sus Ejércitos hacia la campaña de España.

A este respecto es interesante observar lo poco que el mismo Hitler estaba dispuesto a aprender de la lección que la historia ofrece: también él les volvió la espalda a los ingleses y avanzó por las estepas rusas, hacia lo que luego sería su ruina y su final.



TOJO

El más grandioso espectáculo militar desde los días de 1914

El 22 de junio de 1941 fue sin duda la fecha apocalíptica del calendario militar. «Cuando comience la Operación "Barbarroja" –proclamó Hitler– el mundo entero contendrá la respiración» y el hecho de que ello no ocurriera así en realidad no es más que una demostración del desinterés de los hombres por asuntos muy alejados de su ámbito personal o, a lo sumo, nacional.

Los movimientos iniciales de la Operación «Barbarroja» constituyeron el espectáculo militar más grandioso que se había visto desde los acontecimientos de agosto de 1914, y, sin embargo, Europa occidental y América los observaron con el mismo despreciativo desinterés con el que una manada de vacas observa el paso de un tren.

Aun aquellos cuya actividad consistía en analizar las cuestiones de alcance mundial, se preocupaban casi exclusivamente de calcular la entidad del desgaste que la potencia alemana tendría que sufrir antes del inevitable e inminente derrumbamiento de la resistencia soviética.

Hay que reconocer que, al principio, casi todo pareció confirmar estas hipótesis. Jamás se había preparado un plan militar de la envergadura de la Operación «Barbarroja», pues nunca había ocurrido que el atacante dispusiese de técnicas de organización, de transporte y de comunicación que pudiesen utilizarse a escala tan grandiosa. «Bastará con dar un puntapié en la puerta principal –había afirmado orgullosamente Hitler– para que todo el edificio ruso, podrido hasta sus cimientos, caiga a nuestros pies»; y mientras pasaban los días a medida que las líneas negras se extendían cada vez más hacia el Este, la única exageración que aquella frase parecía contener era la referente al esfuerzo que sería necesario realizar contra la «puerta principal». Además, la duda que en el pasado siempre había surgido en la mente de los militares ante avances tan rápidos no se manifestó en este caso. Al parecer, no se trataba ahora de hábiles retiradas tácticas con la finalidad de atraer al agresor cada vez más profundamente al interior de una trampa, y se creía que eso era así por la sencilla razón de que Ejércitos soviéticos enteros se veían atrapados por sorpresa, cercados y aniquilados. Los campos de prisioneros estaban llenos a rebosar, y bajo los golpes de las columnas acorazadas alemanas el suelo se cubría de sangre rusa.

Por eso, cuando el Grupo de Ejércitos del Centro alemán se detuvo en el río Desna, Occidente no se hizo demasiadas ilusiones; desde luego, no era nada descabellado suponer que la potencia rusa ya estaba fuera de combate, o por lo menos encerrada en una trampa, y que los alemanes sólo se habían detenido para terminar la obra de limpieza, reforzar sus unidades agotadas pero victoriosas y preparar el último y fácil avance hacia Moscú.

Esta convicción no cambió en absoluto a causa de los acontecimientos que inmediatamente se produjeron; en efecto, si, ante la sorpresa del mundo entero, las tropas alemanas de vanguardia se alejaron de la capital soviética, fue tan sólo para lanzar contra los Ejércitos rusos un nuevo golpe mortal, esta vez en Kiev, donde la Unión Soviética sufrió la catástrofe militar más terrible de la historia, tanto en lo que se refiere a pérdidas humanas como en pérdidas materiales.

Pero, en realidad, Rusia había ganado algo, y ese algo era mucho más importante que una victoria militar: había ganado tiempo. Cuando volvieron sobre sus pasos para conquistar Moscú y poder pasar así el invierno en cuarteles cómodos y seguros en el interior de la capital, las tropas alemanas encontraron el camino sólidamente bloqueado. En efecto, desde el mes de junio, innumerables columnas de trabajadores estaban preparando construcciones defensivas, y a los Ejércitos soviéticos ya se les habían asignado cometidos específicos; pero quizás lo más importante era que no sólo la dirección de la defensa de Moscú, sino también la elaboración de los planes de contraataque se había confiado a Georgij Konstantinovic Zukov, un general cuyos posteriores éxitos justifican tal vez la opinión de los que lo consideran como el mayor estratega de este siglo.

Cuando Leningrado y Moscú estaban todavía muy lejos del alcance del invasor, el invierno congeló el frente oriental, y el mundo empezó entonces a intuir la magnitud de las operaciones que se habían efectuado entre el mar Báltico y el mar Negro. Hasta aquel momento los alemanes habían aniquilado completamente 200 divisiones soviéticas, pero Stalin había lanzado a la batalla otras 160.

El Japón intenta imponerse como gran potencia

Fue entonces cuando la guerra experimentó la última y mayor expansión. Cuando en 1937 el Japón había declarado la guerra a China, lo hizo con la tácita aprobación, o mejor dicho, con el aliento implícito, de Estados Unidos, que deseaban desviar del Pacífico las ambiciones japonesas y gozar de todas las ventajas comerciales que fuese posible obtener de cualquier situación. Al ir pasando los meses, con el impulso del éxito, los japoneses avanzaron cada vez más lejos de sus bases de partida y ello hizo más apremiante la necesidad que sentían de camiones para transportar a los hombres, de vehículos acorazados para proteger a los indefensos medios de transporte y de aviones para proteger a unos y a otros desde el aire, así como, naturalmente, del petróleo indispensable para abastecer de carburante a camiones, vehículos acorazados y aviones.

En un primer momento, Japón no tuvo demasiadas dificultades para conseguir todo lo que necesitaba, y su aventura militar continuó desarrollándose con éxito, conduciendo a los Ejércitos nipones cada vez más profundamente por el interior

Las hostilidades en todos los frentes habían cesado ya y la paz estaba firmada, pero los Aliados no consideraron terminada la guerra con la firma de la rendición incondicional de las tropas combatientes. Quisieron que los jefes, los mayores responsables en la dirección de la política y en el rumbo dado al conflicto, fueran juzgados según los principios del Derecho Internacional. Los procesos se celebraron en Nuremberg a partir de noviembre de 1945 (arriba) y en Tokio en 1946 (a la derecha) y concluyeron con numerosas condenas a muerte. A todo el proceso se le dio ostentosamente un carácter de máxima legalidad e imparcialidad de juicio.

(Camera Press - Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie)

de China y permitiéndoles ocupar territorios cada vez más extensos. Pero de pronto, en 1940, se produjo una inesperada y drástica reducción de todos los abastecimientos indispensables. En septiembre, Estados Unidos impusieron el embargo sobre el caucho y en julio de 1941 congelaron todos los créditos japoneses en Norteamérica, anunciando además el embargo del petróleo «contra todos los agresores», con lo que dio a entender claramente al Japón que merecía esta denominación.

Así, casi el 90 % de los abastecimientos petrolíferos del Japón se desvaneció de la noche a la mañana, junto con importantes porcentajes de otras materias primas que le eran indispensables. El Japón se encontró con ello ante una clara alternativa: o abandonar todo lo que había conquistado en dos años de dura lucha, con una pérdida de prestigio que ninguna nación oriental habría podido tolerar, o bien conseguir de otras fuentes los productos que necesitaba. Y quiso la suerte que no muy lejos existieran otras fuentes del indispensable petróleo: Borneo, Java y Sumatra podían satisfacer la urgente necesidad del Japón, y más al Norte, en Birmania, estaba disponible la que podía considerarse como «provisión de reserva». Pero había que tener en cuenta que no existía más que un medio de asegurarse toda la riqueza de aquellas zonas: la rápida, completa y victoriosa ocupación militar de una gran extensión geográfica.

Las naciones tienen filosofías y actitudes distintas sobre los problemas capitales, como la guerra, por la sencilla razón de que tienen tras ellas una historia propia y tradiciones originales. Así, desde el punto de vista del pensamiento occidental tradicional, los occidentales tendemos a considerar el 7 de diciembre de 1941, día del ataque contra Pearl Harbor, como un día de infamia, y el 15 de febrero de 1942, día de la rendición de Singapur, como un día de tragedia.

Pero existe también un pensamiento diferente. Para los japoneses, el 7 de diciembre de 1941 fue el día en que decidieron hacer frente, con valentía y honor, a enormes riesgos antes que aceptar la vergüenza de una vil capitulación, y para ellos un día de infamia fue el 15 de febrero de 1942, cuando, ante sus ojos incrédulos, seres humanos que vestían el uniforme de soldados renunciaron de forma tan total a toda apariencia de honor y dejaron de luchar mientras estaban todavía en posesión de sus facultades *y de armas con que hacer frente a sus enemigos*. Se sabe que un soldado japonés se sintió tan afectado por aquella visión que, aunque contento por la victoria conseguida, se avergonzó de ser hombre desde el momento que otros seres humanos se comportaban de forma tan indigna.

El Japón se aseguró las fuentes de petróleo, y el no menos indispensable corredor para transportarlo al territorio metropolitano, con una desconcertante explosión de energía militar que, además de asegurarse el control de casi la mitad del océano Pacífico, barrió y anuló completamente el imperio oriental holandés y llegó incluso a amenazar las fronteras de la India y la costa septentrional de Australia.

El dominio de tan inmensa extensión de tierras y de mares se logró casi por completo antes de que pasaran seis meses desde el ataque a Pearl Harbor; pero, al final de aquel período, el Japón se encontró con sus recursos militares esparcidos hasta el máximo: parecía un hombre que, tendido en el suelo, mantuviese cerradas las cuatro puertas de una habitación, dos con los pies y dos con las manos, temiendo que la presión ejercida sobre las puertas no fuera suficiente para abrir por lo menos una.

Se trataba evidentemente de una posición bastante... incómoda; pero no se lo parecía a los entonces malparados Aliados, que en 1942 estaban pasando por su período más desfavorable del conflicto, e incluso hacia mediados de aquel año parecían estar en una situación desesperada. En el Norte de África el Ejército 8 británico había tenido que retirarse una vez más de Cirenaica y estaba atrincherándose en posiciones defensivas al sur de El-Alamein; en Rusia, Stalingrado parecía estar a punto de caer en manos de los alemanes; es más, Hitler había anunciado ya su conquista por obra de sus Ejércitos victoriosos; finalmente, en los ambientes navales aliados, la noticia de la victoriosa batalla de Midway no había suscitado ningún entusiasmo especial, puesto que en aquel momento no se conseguía comprender su verdadero alcance.

Stalingrado no fue «la Verdún del Volga»

Sin embargo, aquel período fue lo que Churchill definiría luego como el «gozne del destino», y el punto en que se ejerció la máxima presión contra «la puerta», con el fin de que se abriera hacia el interior, fue indudablemente Stalingrado.

No cabe duda de que si los dirigentes soviéticos no hubieran considerado conveniente cambiar el nombre de la pequeña ciudad rural, situada a orillas del Volga, de Tzaritzyn en Stalingrado, ésta no se habría convertido en la ciudad más famosa de la segunda Guerra Mundial. Es cierto que debía protegerse el flanco septentrional de las fuerzas alemanas que habían avanzado hasta el Cáucaso y cerrar aquella pequeña brecha entre el alto Don y el bajo Volga; pero la necesidad de dominar un puente sobre el Volga, precisamente *en aquel punto en particular*, no era tan grande como para justificar la utilización, por parte de Hitler, de más de un millón de hombres con los que alimentar el ataque. Lo cierto es que el *Führer* descubrió en esta batalla la ocasión propicia para humillar a su enemigo más odiado, y el aspecto propagandístico de la operación acabó siendo más importante que el interés militar. El resultado fue una batalla que infligió un golpe durísimo al Ejército alemán y esparció por el viento las cenizas del mito de la invencibilidad germana.

En lo que se refiere a violencia e importancia, con frecuencia se ha comparado Stalingrado con Verdún. No se trata, desde luego, de una comparación sin fundamento; no obstante, por lo menos en un aspecto esencial, las dos batallas fueron distintas. En 1916, los franceses aceptaron el desafío de Falkenhain, o sea un soldado francés por un soldado alemán, enviando a aquella pequeña plaza a orillas del Mosa interminables columnas de refuerzos, hasta que ambos contendientes se desplomaron agotados, casi desangrados después de aquella espantosa carnicería.

Las repercusiones de semejante holocausto en la vida francesa se dejaron sentir muy claramente incluso en 1940, y hasta quizás se adviertan aún ahora.

Pero en Stalingrado, durante aquel crucial invierno de 1942-43, los jefes del Ejército ruso revelaron una habilidad extraordinaria para darse cuenta de la situación militar y para aprovechar las enseñanzas del pasado, que debería ser un modelo para todos. Tampoco esta vez, los soviéticos, dirigidos por el inteligente general Zukov, se dejaron llevar por las implicaciones emotivas del nombre de la ciudad, sino que desplegaron a los defensores a lo largo de sólidas líneas defensivas, cuya disposición no fue dictada por el principio del *máximo posible*, sino por el del *mínimo necesario*, y utilizaron los hombres y el material así ahorrados para lanzar las grandes ofensivas envolventes que acabarían estrangulando al Ejército 6 alemán.

Stalingrado es, por consiguiente, el nombre de una gran victoria obtenida a un precio razonable, mientras que Verdún es sólo el nombre de una batalla que devoró miles y miles de vidas humanas sin ningún resultado positivo, a excepción del de dejar agotados a ambos contendientes. De la misma manera, la batalla de El-Alamein, que algunos han comparado a la de Mons, fue realmente la batalla que para Gran Bretaña señaló el viraje decisivo en la lucha contra Alemania: desde aquel momento, la victoria comenzó a delinearse como segura.

El año 1943, fue, pues, el año en el que la balanza empezó a inclinarse a favor de los Aliados. Se expulsó al fin a las tropas del Eje del Norte de África; se invadió Sicilia y, después del armisticio de Cassibile, que señaló la cobeligerancia de Italia junto a los Aliados, los angloamericanos empezaron a remontar la península; al mismo tiempo, los Balcanes se convirtieron en escenario de una creciente resistencia partisana contra las fuerzas de ocupación, así como en una amenaza cada vez más grave en el flanco de los Ejércitos alemanes que luchaban en Rusia. En la Unión soviética, finalmente, la antigua leyenda del «compresor ruso» empezaba a hacerse realidad. Inexorablemente, los Ejércitos alemanes que, a costa de terribles bajas, habían logrado superar dos inviernos rusos y conseguido para su *Führer* tan grandiosos triunfos, ahora se veían obligados a retroceder, y en aquel frente la lucha fue realmente feroz y despiadada. Se había vertido demasiada sangre rusa durante la invasión y mientras duró la ocupación alemana para que los combatientes de ambos bandos pudieran tratar con caballerosidad al enemigo caído, para que nadie pudiera pedir o esperar piedad; el espíritu de venganza en ambos bandos dio a la batalla el fanatismo propio de una guerra de religión. La vida humana no tenía ningún valor, y la muerte era el más corriente de los acontecimientos; centenares de divisiones fueron aniquiladas en la batalla, otros centenares estaban combatiendo en aquellos momentos y más aún deberían lanzarse a la lucha para sufrir la suerte de las que las habían precedido antes de que el suelo ruso estuviera de nuevo libre del invasor. Y aun después de la liberación transcurrieron varias semanas de matanzas.

Pero quizás el espectáculo más desconcertante para los ojos de mundo occidental fue la reorganización y la expansión de la industria soviética. Como la mayor parte del potencial industrial de la Unión Soviética estaba localizada al oeste del Don, en los primeros meses de la guerra, cuando toda aquella inmensa zona cayó en manos alemanas, la industria rusa sufrió un golpe casi mortal. Rusia había perdido de pronto unas 31.000 empresas industriales de pequeñas y grandes dimensiones, 250.000 motores eléctricos, 175.000 máquinas-herramienta, casi 330 altos hornos y hornos *Martin* así como centrales hidroeléctricas con una capacidad productiva cifrada en un total de 5 millones de Kwh.

Sin embargo, no todo se había perdido, pues con un esfuerzo prodigioso se evacuaron de la dirección de avance de los invasores algunas instalaciones y maquinaria de importancia vital; en algunos casos, fábricas completas se habían trasladado al Este, donde estaban más seguras. Con una rapidez y un espíritu de improvisación que pueden figurar con pleno derecho en la historia de las más grandes hazañas del hombre, se reconstruyeron estas fábricas, mientras otras nuevas se ponían rápidamente en actividad. Así, en el mes de marzo de 1942, la producción estaba aumentando de nuevo: un aumento que pronto permitiría a los rusos superar incluso la producción de la industria bélica alemana, con tanto esmero alimentada y cuidada.

En los días del largo asedio de Stalingrado, el Ejército ruso ya no tenía nada que envidiar, en cuanto a armamento, a ningún otro Ejército del mundo, y nunca más los soldados soviéticos tendrían que hacer frente a un enemigo numéricamente superior y dotado de armas más numerosas y eficientes.

La réplica aliada a la «Totalkrieg»

En Europa, el esfuerzo mayor se efectuaba en el aire, y la ofensiva de bombardeo lanzada por Gran Bretaña contra Alemania estaba adquiriendo una intensidad cada vez mayor en lo que se refería al

número y a la potencia de las bombas lanzadas, aunque ya muchos dudasen de la validez moral de un tipo de guerra tan indiscriminado, y otros incluso de su eficacia. Pero, en conjunto, a pesar de la experiencia adquirida bajo los bombardeos alemanes, cuando se vio claramente que cuanto mayor parecía el peligro tanto más firme se hacía la decisión de resistir, los ingleses estaban ilógicamente convencidos de que aquel era el método con el que a la postre se conseguiría doblegar a Alemania. Gran parte de las energías de la nación se utilizó para alimentar la ofensiva aérea, y muchos de sus mejores y más valientes jóvenes sacrificaron la vida en la aplicación de un método que, en sustancia, servía muy poco para obstaculizar la «Totalkrieg» alemana y que, en cambio, echaría las semillas del odio posbélico. El bombardeo indiscriminado sirvió, en definitiva, para minar los cimientos de aquella posición de árbitro, e incluso de defensor, en cuanto a las normas de comportamiento civil que hasta entonces había detentado Gran Bretaña.

No obstante, junto con sus colegas aliados, los jefes supremos de la Marina y del Ejército británicos estaban dedicando casi todas sus energías a la preparación de un segundo frente. Naturalmente, Stalin ejerció una gran presión para inducir a las potencias occidentales a lanzarse a esta gran empresa en 1943; pero éstas, aduciendo la tesis engañosa de que ya existía un segundo frente en Italia, prefirieron aplazar el momento crucial hasta que se hubiera completado adecuadamente la fase preparatoria, por lo que la invasión de Normandía no se inició hasta el 6 de junio de 1944.

Si el lanzamiento de la Operación «Barbarroja» fue un grandioso espectáculo militar, el de la Operación «Overlord» constituyó, indudablemente, la más fabulosa exhibición de perfección técnica y de hábil organización. El número de hombres que tomaron parte en ella no fue tan elevado como en la operación alemana; pero como se trataba de una operación anfibia, las dificultades eran mucho mayores; además, en 1944, los defensores alemanes esperaban el ataque con mucha más seguridad de lo que lo habían esperado los defensores rusos en 1941.

La constitución de la cabeza de desembarco aliada en la costa francesa fue, pues, una operación extremadamente complicada, y la expansión y salida de la misma una cuestión de rapidez y de organización, en la que la complejidad de la maniobra no debía ser en modo alguno un obstáculo para la precisión. Sin embargo, tan sólo en agosto, después de las terribles matanzas en la que se hizo famosa la garganta de Falaise, los Aliados consiguieron avanzar más allá de la costa septentrional de Francia; en el curso del mismo mes se lanzaba otra operación anfibia en la costa mediterránea francesa. A principios de septiembre, columnas acorazadas americanas ya estaban avanzando profundamente por el interior del país, y así, el 11 de septiembre, algunas unidades avanzadas que se habían abierto camino hacia el Este cruzaban la frontera alemana cerca de Tréveris. Era la primera vez, después de la unificación de Alemania por obra de Bismarck, que tropas extranjeras invadían el territorio germano, que fue defendido en vano por una tenaz resistencia. Y esta resistencia no cesaría tan pronto como se esperaba.

La influencia que el nacionalsocialismo ejercía sobre el pueblo alemán no desapareció hasta casi el momento mismo en que cada ciudadano alemán se encontró sometido a la autoridad aliada, y no tiene demasiada importancia determinar si esta actitud revelaba un valor patriótico a ultranza o más bien el temor a lo que podría significar resistirse a la dictadura de Hitler cuando la protección aliada no estaba todavía al alcance de la mano. Hubo algunos alemanes, dotados de un extraordinario valor moral y físico, que intentaron oponerse al régimen de Hitler, como lo demostró la conjura del 20 de julio de 1944; pero lo cierto es que la inmensa mayoría de la nación estaba como hipnotizada por la personalidad del *Führer* y se mostró respetuosamente obediente con su credo político.

Y hay que admitir también que lo siguió siendo hasta el final; hasta que se cerró la brecha entre el frente oriental y el occidental, casi todas las batallas combatidas en suelo alemán fueron tan violentas y sangrientas como las de las primeras fases de la guerra, y especialmente en el frente oriental el odio soviético hacia el agresor alemán y el miedo alemán a la venganza rusa contribuyeron a dar a los últimos combates de la guerra una ferocidad y una violencia increíbles.

Un hombre de talento diabólico

El 30 de abril de 1945 Hitler se suicidó; con ello, dejando aparte las inevitables formalidades, la guerra había terminado en Occidente. Un hombre de gran talento, aunque diabólico, había sacado a su país de la debilidad y del caos para elevarlo hasta una potencia sin precedentes, pero poco después lo había vuelto a lanzar de nuevo al caos, todo ello en el breve plazo de doce años. Afortunadamente, los hombres de ese tipo no abundan.

En Oriente la potencia japonesa tenía los días contados; en realidad, su suerte siempre había dependido del éxito de sus aliados del Pacto Tripartito, o, para ser más exactos, de la victoria de Alemania en concreto. Volviendo a la comparación del hombre tendido en el suelo, el Japón podía mantener cerradas las cuatro puertas mientras la atención de todos los que estaban intentando abrirlas estuviera absorbida, en gran parte, por otros combates. Pero en cuanto Gran Bretaña y Estados Unidos pudieran disponer de parte de las energías utilizadas hasta entonces en los frentes europeos, el Japón ya no podría defender con la necesaria eficacia el enorme perímetro de sus conquistas.

Y quiso el destino que, por determinadas razones geográficas, aquellas cuatro puertas no pudiesen ser forzadas en el orden más lógico. En efecto, las grandes campañas anfibias emprendidas por los norteamericanos en el Pacífico se dirigieron primero contra las zonas estratégicamente menos importantes para el Japón; y así, mientras pudiera mantenerse el control de los territorios conquistados en el Oeste (Java, Sumatra, Borneo y las rutas marítimas al norte de las Filipinas) el imperio podría permitirse el lujo de perder la multitud de pequeñas islas del Pacífico.

Pero, inexorablemente, los ataques aliados fueron aproximándose a la zona vital. A finales de octubre de 1944, mientras las tropas alemanas luchaban ya en el suelo de su patria, las tropas estadounidenses desembarcaron en Leyte; en diciembre habían llegado a Mindoro y un mes más tarde invadieron la misma isla de Luzón.

El historiador agota rápidamente los calificativos superlativos cuando debe describir el valor y la obstinada decisión de los soldados japoneses, puesto que en todos los campos y en todas las ocasiones se batieron con verdadero valor y hasta con fanatismo; pero ni siquiera su espíritu de sacrificio podía detener ya la «marea» de la ofensiva americana. El 4 de febrero de 1945, las fuerzas norteamericanas llegaron a Manila, y cuando Alemania aceptó finalmente la derrota, el Japón estaba ya aislado de todas sus fuentes de petróleo. El gran intento había fracasado, la decisión de arriesgarse con honor había resultado fatal.

Sin embargo, en estos últimos momentos, la ciencia ofrecería al Japón una ocasión para rendirse honorablemente. La teoría de la fisión nuclear ya había llegado al terreno de una solución definitiva antes de la guerra; pero había sido necesaria la desesperación impuesta por la misma guerra para convencer a las naciones a que se decidieran a hacer frente al coste, en términos de tiempo, dinero y energías, de la realización práctica de aquella teoría. El intento de Alemania de aprovechar la teoría para obtener una bomba atómica había fracasado, y, por una ironía del Destino, este fracaso obedecía en gran parte al hecho de que su política antisemita indujo a huir al extranjero a muchos de los cerebros que para esta operación habría necesitado. Las pérdidas sufridas por el Eje en las filas de los científicos resultaría a la larga una baza favorable y decisiva para los Aliados. Así, el proyecto «Manhattan», que culminaría el 16 de junio de 1945 en Alamogordo con la primera explosión nuclear, fue, a su manera, una operación tan compleja y monumental como la «Barbarroja» y la «Overlord». Lo cierto es que en el calendario científico y en el político, el 16 de julio de 1945 es una fecha apocalíptica como la del 22 de junio de 1941 en el calendario militar.

El 6 y el 9 de agosto de 1945 se lanzaron dos bombas atómicas, respectivamente sobre Hiroshima y Nagasaki, y en consecuencia el 10 de agosto el Gobierno japonés se mostró dispuesto a negociar con los Aliados. La cuestión de la verdadera necesidad de utilizar este último vehículo de destrucción masiva es un tema de acalorada discusión, en la que no se llegará nunca a una resolución definitiva; pero en lo que se refiere a su efecto inmediato, vale la pena recordar que el huracán de fuego desencadenado el 13 y el 14 de febrero de 1945 en Dresde, por obra de la RAF, quemó vivas a más personas de las que murieron en Hiroshima; que la muerte inesperada es siempre igual para las víctimas, sea cual sea la forma en que llega; que una muerte lenta por los efectos del gas o del *napalm* es todavía menos agradable que por leucemia y que, finalmente, los efectos de cinco años de guerra convencional en las generaciones futuras es todavía desconocido, pero muy probablemente será considerable, al menos por la tensión psíquica sufrida por los padres durante aquel largo período.

La herida más sangrienta de la Historia

El día 2 de septiembre de 1945 los japoneses firmaron el documento oficial de rendición, con lo que terminaba la segunda Guerra Mundial. Había durado casi seis años (en efecto, los combates durarían aún algunos meses más); en ella tomaron parte, en total, 56 países beligerantes (desde luego algunos habían gastado más energías que otros) y había causado la muerte de más de 50 millones de personas.

Fue, por tanto, el golpe más violento y prolongado que se ha infligido jamás al género humano en su historia milenaria; y probablemente lo seguirá siendo, pues, aunque es probable que una posible guerra futura sea, con mucho, más violenta, difícilmente podrá ser también más larga.

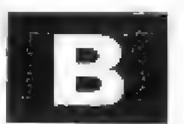
Y sin embargo, pese a todo esto, aquel no fue un período de locura universal. Puesto que la ineptitud política de muchos gobernantes de entonces había permitido que Hitler ascendiese al poder, indudablemente habría sido una tontería aún mayor permitirle que permaneciera en él y, al final, asegurarse el dominio del mundo, reduciendo la grandeza de éste en los mezquinos límites de su visión política y social. Como ha destacado justamente Roger Manvell, Hitler poseía los atributos de la grandeza, pero carecía por completo de cualidades humanas; el mundo es mejor desde que él ha desaparecido.

Pero el precio (en términos de sufrimientos, valor, fuerza de ánimo y resistencia, así como de puro y simple esfuerzo físico y mental) que el género humano pagó para liberarse de los peligros que le amenazaban seguirá siendo objeto de constante asombro y de investigación. ¿Cómo es posible que una especie tan inepta, que permite el crecimiento de una amenaza tan grande, pueda encontrar luego en sí misma reservas tan inmensas de grandeza humana?

La humanidad es un eterno enigma...

INDICE ANALITICO

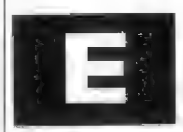








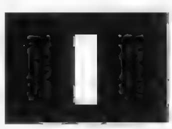


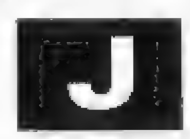












K

L

M









